

3 ○ ○ TRILOGÍA DEL PERDÓN



FLORENCIA
BONELLI
LA TIERRA SIN MAL

Lectulandia

Emanuela y Aitor han vuelto a separarse. Ella espera a su primer hijo refugiada en Orembae, la hacienda de su gran amigo Lope de Amaral y Medeiros. Aitor parte en busca de una mina de estaño para cumplir con su sueño de volverse rico y así poder ofrecer a Emanuela una vida desahogada y placentera.

Mientras tanto, el Santo Oficio de la Inquisición, representado por el temido fray Claudio de Ifrán y Bojons, acecha a Emanuela a causa de su fama de «niña santa».

Pero el monje dominico no es el único que amenaza la felicidad de la pareja. Las correrías de Almanegra no se olvidan y antiguos enemigos regresan para cobrar venganza.

La tierra sin mal pone fin a esta épica historia de aventuras, amor, traición y amistad. La última y esperada entrega de la *Trilogía del perdón*, la obra más polémica de Florencia Bonelli.

Lectulandia

Florencia Bonelli

La tierra sin mal

Trilogía del perdón - 3

ePub r1.0

sleepwithghosts 03.10.15

Título original: *La tierra sin mal*
Florencia Bonelli, 2015
Diseño de cubierta: Raquel Cané

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este libro, por orden alfabético, a Fabi Acebo, Adri Brest, Gelly Caballero, Naty Canosa, Paulita Cañón, Glorita V. Casañas, Vicky Ferrari y Loti y Pía Lozano. Ellas saben por qué, pero les digo igualmente: porque las quiero mucho.

Para mi sobrino Tomás.

El débil nunca puede perdonar. El perdón es el atributo de los fuertes.

Mahatma Gandhi

*Exurge Domine et judica causam tuam.
(Álzate, oh Dios, a defender tu causa).*

Verso del salmo 73 y leyenda del escudo del Tribunal
del Santo Oficio de la Inquisición.

(1753-1768)

CAPÍTULO

I

Asunción, Provincia del Paraguay. Finales de abril de 1753

Claudio de Ifrán y Bojons se dirigió a su joven asistente:

—Fray Pablo, leed de nuevo el último párrafo.

—Sí, Excelencia. —Depositó la péñola en el tintero y carraspeó antes de comenzar—. Por cuanto lo aquí expuesto, pongo a vuestra consideración la gravedad del asunto, toda vez que los portugueses judaizantes han hecho nido en estas tierras, infestándolas con escritos anatematizados y con sus ritos heréticos, sin menoscabar la importancia que representa haber encontrado en mi última visita de navíos libros listados en el *Index Librorum Prohibitorum* dentro de varias pipas de sal, como también casos de bigamia y no pocos de hechicería, en manos, generalmente, de mujeres esclavas. He tenido escritos en mis manos que revelan la posible presencia de alumbrados entre los asuncenos. En resumidas cuentas, Su Excelencia, tal y como sospechaba el Excelentísimo inquisidor general de la España, el padre Francisco Pérez de Prado y Cuesta, quien me envió a estas tierras tiempo atrás, la Provincia del Paraguay, alejada de toda orbe y civilización, se ha convertido en la guarida de Satanás, y en esta se impone con carácter de apremiante la constitución de un Tribunal del Santo Oficio, ya que es evidente que con el de Lima no se da abasto. Mi parecer es que hace muchos años se debió proceder a la constitución de lo que aquí os solicito. —El muchacho detuvo la lectura y elevó la vista—. Excelencia, ¿no deberíais hacer mención del caso de la milagrera de San Ignacio Miní, la que llaman niña santa, y lo de la curación de la viruela?

—No. Solo tenemos la carta viejísima de ese hacendado, el tal Amaral y Medeiros, que la menciona, y los dichos de la gentuza. No he podido hablar con el provincial de los loyolistas, ni con el superior de las misiones, ni con el capellán de San Ignacio Miní. Todos me rehúyen. No —volvió a decir—, no basaremos el pedido en un hecho que no conozco cabalmente. Tal vez se trate de una mera invención de las afiebradas mentes del populacho.

—Muy prudente de vuestra parte, Excelencia —manifestó el joven dominico y prosiguió con la lectura de la carta que Ifrán y Bojons enviaba al presidente de la Real Audiencia de Charcas. Al terminar, Pablo Cerdán y Jaume preguntó—: ¿Deseáis añadir algo más, Excelencia?

—No. Haced una copia para nuestro archivo y enviad la misiva al señor presidente cuanto antes.

—Como Su Excelencia ordene.

El joven dominico abandonó la silla y se detuvo cuando su jefe volvió a hablarle.

—Luego iréis a controlar los sambenitos y los carteles de los reconciliados colgados en la puerta de la iglesia catedral. Ayer pasé por allí y los vi muy ajados, algunos nombres borrados. Creo que faltan unos cuantos. Tomad nota y disponed que sean reemplazados.

—Es sabido, Excelencia, que los familiares de los reconciliados los arrancan para no ver sus apellidos expuestos al escarnio público.

—Sí, lo sé —contestó, tajante, al percibir, en la inflexión que adoptó el tono del muchacho, cierta piedad por los parientes de los herejes—. Castigaré duramente a quien encuentre cometiendo ese delito. Ahora id y ocupaos de estos asuntos.

—Como Su Excelencia ordene.

Fray Pablo se retiró para terminar con el encargo en su celda y en el pórtico se cruzó con Cristóbal, el esclavo adquirido pocos días atrás en la almoneda. Le vino a la mente la extraña disputa que fray Claudio había sostenido con un campesino por la mujer negra. ¿Qué le había susurrado el hombre para hacer desistir al inquisidor? Después de todo, ¿de qué le habría servido una negra, si las mujeres tenían prohibido el ingreso en el convento?

Fray Claudio, sin duda, además de excelso inquisidor, además de «maestro» de inquisidores, como lo había calificado el abad, era un señor de fuste y de medios. Le había comentado otro dominico limeño que, entre sus antepasados, contaban gallardos lansquenets, que, en la época de los Austrias, engrosaban los famosos tercios españoles, una facción del ejército admirada por su resistencia en el campo de batalla. Ese denuedo en defender a sus soberanos le había redituado a la familia Ifrán títulos y tierras.

A Pablo lo pasmaba que hubiese aceptado ocuparse de las tareas propias de un comisario en un sitio tan pobre como Asunción, más allá de que el clérigo había llegado a la ciudad en su carácter de visitador de distrito, investido con la fuerza que le prodigaban sus cargos de inquisidor del Virreinato del Perú e inspector general. Pablo no se habría atrevido a preguntarle si lo fastidiaba el encargo, pues el sacerdote hacía gala de una naturaleza inflexible y jamás hablaba de asuntos personales ni de sus sentimientos. Se limitaba a las cuestiones del Santo Oficio, a las del convento que lo atañían y a nada más; ni siquiera comentaba acerca de los problemas del reino ni de la región, tan convulsionada en esos días a causa del Tratado de Permuta. Lo visitaba a menudo ese hombrecillo llamado Árdenas, el cazador de brujas, a quien Pablo evitaba porque le daba mala espina.

Con las cartas credenciales que ostentaba Ifrán y Bojons, resultaba lógico el pedido a la Real Audiencia de Charcas, el de constituir un tribunal del Santo Oficio en la Provincia del Paraguay, no solo por la comprometida situación en la que se hallaban las almas asuncenas, sino porque el puesto de comisario, en opinión del joven fray, le iba chico a su mentor. No contaba con grandes posibilidades; los antecedentes le jugaban en contra: en el siglo pasado, se había solicitado algo similar

para la ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre, y Felipe III había rechazado el pedido. Se esmeraría en escribir la carta para el presidente de la Audiencia con su mejor caligrafía; tal vez terminase en manos del rey.

Tomó asiento a la mesa que le servía para todo, acomodó los elementos del recado de escribir y se dispuso a copiar la misiva. Tomó el papel y lo admiró, pues en ese elemento también residían el poder y la fortuna que manejaba el Santo Oficio. Era grueso, pero sobre todo destacaba por su color blanquecino y su textura suave; nunca había visto uno de calidad tan refinada. Fray Claudio le había explicado que la pureza de su color blanco se obtenía gracias a un proceso especial. Solo lo empleaban los inquisidores de alto rango y en la Secretaría de Estado y del Despacho del Rey. Como fuese, era un placer deslizar la péñola sobre esa superficie.

* * *

Claudio de Ifrán y Bojons lanzó un suspiro cuando su secretario lo dejó solo. Se levantó la manga de la sotana y se rascó el brazo cubierto por un sarpullido que había comenzado tiempo atrás, unas semanas después de su llegada a Asunción el año anterior. El doctor Moral, único físico de la ciudad, que le inspiraba poca confianza, le había diagnosticado parestesia para luego cambiar el dictamen por absceso. En aquel momento, lo único que había deseado era que Moral descartase la posibilidad de que fuese lepra, lo que el médico había hecho con vehementes aseveraciones. Su miedo no era infundado; en la cárcel secreta del Santo Oficio, llamada simplemente la secreta, uno de los prisioneros, un hombre acusado de judaizante, había contraído la enfermedad, uno al cual él había interrogado. La certeza del físico le provocó tal alivio que ni reparó cuando este le abrió el absceso con un postemero y le aplicó un unguento.

El flemón había sanado para reaparecer al cabo de unas semanas, más extendido y virulento, ensañado sobre todo en los codos y las corvas. Moral, entonces, lo calificó de «enfermedad de la piel», y le recetó baños de inmersión en agua tibia con unas cucharadas de vinagre medicinal que hedía, lo cual perturbaba a fray Claudio, pues, al contrario de la mayoría de sus pares, se mostraba en extremo celoso de su higiene personal y la de sus estancias.

Abandonó el despacho, cruzó el pórtico al paso acelerado que lo caracterizaba y que el picor acicateaba, e ingresó en el sector de sus aposentos.

—¡Cristóbal!

—¿Excelencia? —contestó el esclavo, con la vista al suelo.

—¿Está listo mi baño?

—Sí, Excelencia.

—¿Echaste las cucharadas de vinagre?

—Sí, Excelencia.

—Ayúdame a desvestirme.

Se dejó la camisa de delgada holanda pues si bien Moral le había sugerido que lo hiciese desnudo, de ninguna manera ofendería al Señor Nuestro Dios enseñándole sus partes vergonzosas. El contacto con el agua lo alivió casi de inmediato. Suspiró y apoyó la cabeza en la pared alicatada de la tina que había mandado construir y que había provocado un ceño al abad; el hombre nada dijo; después de todo, era por cuestiones de salud.

Comenzó a bisbisear el rosario y, como a menudo le sucedía, el rostro y el nombre de ella se inmiscuyeron entre los avemarías y los padrenuestros para robarle la paz. Se preguntó si ella habría conocido la cura para su dolencia. «Sí», admitió. La había visto operar prodigios con hernias, roturas de huesos, quemaduras y enfermedades con las que los médicos no sabían cómo proceder. Durante semanas, antes de arrestarla, la había vigilado, y en una oportunidad la había visitado en su humilde casa y consultado por un supuesto malestar estomacal. Se había tratado de la primera vez que la tenía tan cerca, y si bien sus rasgos lo habían impresionado, un aura intangible, más peligrosa que la belleza, lo había succionado hacia ella como el vórtice de un tornado. Lo había mirado en lo profundo de los ojos y lo había hechizado.

—Vuesa merced no padece de nada —había manifestado la descarada—. Está aquí por otras razones.

Pese a todo, el recuerdo lo hizo sonreír. Ella lo había hecho sonreír, acción que él evitaba; la juzgaba contraria a las cualidades de un buen inquisidor, y sin embargo, con ella había surgido espontáneamente, y qué bien lo había hecho sentir.

Apretó el puño en torno a las cuentas del rosario y elevó el tono de voz para ahogar a fuerza de avemarías los recuerdos de esa mujer, que aun muerta, lo atormentaba. Abandonó la tina, la comezón aliviada.

* * *

Octavio de Urizar y Vega, más conocido como padre Ursus dada su imponente contextura, se recogió la sotana y saltó desde la jangada al muelle del puerto de Asunción. Unos payaguás lo rodearon para ofrecerle sus servicios, que el jesuita aceptó antes de alejarse hacia la casa de la Compañía de Jesús. Caminaba, ansioso, en parte porque esperaba encontrar a su gran amigo, el padre Santiago de Hinojosa, y también porque ansiaba echar mano de las cartas que su familia y Manú le habrían enviado desde Buenos Aires.

Le abrió el hermano César, alegre y simpático como de costumbre, que lo acompañó a la cocina, donde le proporcionó una jofaina para que se lavase y le sirvió un refrigerio.

—Iré por el padre Santiago —se excusó el hermano lego—. Me pidió que le avisase apenas arribarais.

Ursus abandonó la mesa al ver entrar a su querido amigo, Santiago de Hinojosa. Se saludaron con un abrazo y se sentaron a compartir mates mientras intercambiaban novedades.

—¿Cómo ha ido tu viaje a Córdoba? —se interesó Santiago—. ¿Cómo has encontrado la ciudad? ¿Muy cambiada desde nuestros años en el seminario?

—No, cambiada no. Igual, diría.

—¿Cómo están las cosas por allá?

Ursus agitó los hombros en tanto succionaba la bombilla.

—Noté abrumado de preocupaciones al padre José —se refería a José Barreda, el provincial de los jesuitas—, resignado, diría.

—La situación se complica.

—¿Qué ha sido del padre Altamirano? —Ursus preguntaba por el jesuita al que todos llamaban «comisario» Altamirano, enviado por el general de la orden para ocuparse de la migración de los guaraníes que, después del Tratado de Permuta, habían quedado del lado portugués.

—Ha debido huir a Buenos Aires. —Eché un vistazo en torno para asegurarse de que estuviesen solos—. Es un hombre soberbio y en absoluto conocedor de la idiosincrasia de nuestros indios. Durante los meses que lo asistí como secretario, nunca prestó atención a mis advertencias. La última decisión, la de exigir a los capellanes de los pueblos en conflicto que abandonasen a los indios a su suerte si estos no se avenían a mudarse, fue la gota que colmó el vaso. Amenazó con excomulgar a los padres capellanes si no salían de los pueblos rebeldes. Los indios fueron a buscarlo a Santo Tomé para matarlo. Por fortuna, se lo advirtió a tiempo. Yo, por orden del padre Strobel —hablaba del superior de las misiones, que residía en el pueblo de la Candelaria—, me quedé en estas tierras y no viajé a Buenos Aires con Altamirano. Ahora tengo una cátedra en el colegio.

—¿Volverá? Me refiero a Altamirano —aclaró Ursus.

—Espero que Nuestro Señor no lo permita. Lo cierto es que ahora, con la guerra en puerta y sin los indios mudados a otras tierras, no le queda mucho por hacer. Hizo el paripé de que lidiar con esos indios sería pan comido y fracasó rotundamente.

—¿Estamos a las puertas de la guerra?

—Me temo que sí, amigo mío. Si bien el gobernador Andonaegui ha enviado comitivas militares en son de paz para tratar de convencer a los indios de que se muden a otras tierras, dudo de que logren su cometido. Por fin los peninsulares se darán cuenta de que si los indios nos hacen caso es porque saben que es para su provecho. En esta oportunidad juzgan lo contrario y nos dan la espalda. No son niños que se dejan arrear como ganado, como tantas veces han declarado nuestros enemigos en la corte de Madrid.

—¡Qué mal terminará todo esto, Santiago! Para nuestros indios y para nuestra orden.

—Sí, me temo que sí. Pero háblame de cosas menos aciagas. Cuéntame, ¿has

sabido de mi Manú?

Ursus se palmeó el costado de la sotana y sonrió.

—El hermano César acaba de darme la correspondencia que llegó de Buenos Aires. La leeré, tranquilo, esta noche.

—Y de Aitor, ¿qué has sabido? ¿Regresó a San Ignacio?

Una sombra se posó sobre el gesto del jesuita y le borró la sonrisa.

—Como sabes, acabo de regresar después de un largo tiempo lejos de la misión, pero hasta que me fui, no se sabía nada de él. Desapareció a mediados de diciembre. Estamos a finales de junio. Aunque espero que haya vuelto, mi instinto me dicta que no.

—Se habrá unido a los ejércitos de algún pueblo rebelde.

Ursus agitó la cabeza para negar.

—He enviado misivas a los capellanes de los siete pueblos, aun al de Yapeyú y al de La Cruz, y ninguno ha visto u oído hablar de Aitor Ñeenguirú.

—¿Qué habrá sido de él?

Ursus no tuvo tiempo de manifestar sus teorías. El hermano César entró en la cocina y le anunció que un visitante, al enterarse de su presencia, había solicitado verlo. Lo aguardaba en el locutorio.

—Se trata de don Hernando de Calatrava —añadió el coadjutor.

—Ven, Santiago. Acompáñame. Me gustaría presentártelo.

—Lo conozco de vista. Viene a menudo a buscar el tónico que le mandas.

—Lo prepara Ñezú con astillas de *yvyra vera*. De guayacán —tradujo—. Para sus pulmones, muy dañados durante sus años de prisión en Lima. Calatrava asegura que la mejoría es notable. Espero que durante mi ausencia se lo hayan hecho llegar.

—Lo ha recibido, sí —intervino el coadjutor.

—Pensar que era nuestro enemigo durante la revuelta de los comuneros —comentó Hinojosa.

—Ya ves cómo es la vida, amigo mío. A veces las tornas se vuelven.

Santiago de Hinojosa juzgó sincera la alegría que mostraba el alguna vez soberbio coronel de Calatrava al encontrarse con Ursus. Se quitó el ajado tricornio y se inclinó para besarle la mano, que el sacerdote retiró para palmearlo en el hombro. Decidieron caminar los tres juntos hasta el mercado, donde Ursus compraría sal y pocos elementos más que no se fabricaban en las doctrinas. A cierto punto, Hinojosa los abandonaría para continuar hacia la casa de una feligresa enferma a quien visitaba semanalmente para llevarle la comunión.

—¿De quién se trata? —se interesó Ursus, mientras sorteaba un bache.

—Mencía Cerdán y Jaume, una santa mujer, muy piadosa, devota de nuestra orden. Es joven aún, pero sufre de una dolencia que el doctor Moral no ha sido capaz de curar ni de identificar, me atrevo a decir. Está muy sola. Es viuda y su único hijo ha profesado como dominico.

Un hombre saltó de una carreta y atrajo la atención de Ursus. Vestía un saco

bendito, o sambenito, como se conocía a la esclavina amarilla que los reconciliados con el Santo Oficio eran obligados a llevar como recordatorio de su falta o de su herejía. En el centro de la prenda había una media aspa negra, símbolo que indicaba que se trataba de un abjurado *de levi*, o tal vez *de vehementi*.

—Es la primera vez —comentó Ursus— que veo un ensambenitado en Asunción. He visto los sambenitos colgados en la puerta de la catedral, pero corresponden a casos tan antiguos que nunca los vi puestos en sus dueños.

—El año pasado —explicó Santiago de Hinojosa— llegó a la ciudad un alto funcionario del Santo Oficio de Lima. El inquisidor Claudio de Ifrán y Bojons.

—¡Ey, don Hernando! —exclamó Ursus, y con una de sus manos lo ayudó a recuperar el equilibrio.

—Me resbalé —se disculpó Calatrava—. Es difícil no perder el paso con este fango.

Ursus lo contempló de reojo y asintió.

—Llegó como jefe de una visita de distrito —prosiguió Hinojosa— y aseguran que, como se encontró con tanta herejía y maledicencia, ocupó el cargo de comisario y se quedó entre nosotros. Sabemos que ha pedido a la Audiencia de Charcas fijar un tribunal aquí, en Asunción.

—¿Un tribunal aquí, en Asunción? —se extrañó Ursus.

—Así es.

—¿Sabes por qué ese hombre carga con el sambenito? ¿Judaizante, tal vez?

—No —contestó Hinojosa—. Bígamo. Os despido aquí. Esta es la casa de doña Mencía.

—Nos vemos más tarde —saludó Ursus.

—Que Dios os acompañe.

Avanzaron en silencio hacia el corazón del mercado, donde los comerciantes, sin mostradores ni sillas, exponían los artículos sobre esteras. Había gran cantidad de mujeres ofreciendo jarrones de miel, atados de mandioca, algodón en flor, cañas de azúcar, velas, pasteles, fruta, botes de sal, huevos y atados de tabaco. Los hombres mercadeaban la carne, el vidrio y gran variedad de herramientas, en tanto los payaguás ofrecían pescado, que colgaban en los remos de sus embarcaciones y que acarreaban cruzados sobre los hombros.

—¿Cómo se encuentra doña Nicolasa? —se interesó Ursus, mientras estudiaba la calidad de un pedazo de vidrio.

—Mejor desde que le compré una esclava.

—Me alegro por la compra de la esclava. Eso quiere decir que las cosas van bien.

—No diría bien, pero sí mejorando.

—¿Es trabajadora?

—La compré hace un par de meses, hacia finales de abril, y hasta el momento ha demostrado ser muy útil. Es callada y taciturna, pero industriosa. Nicolasa luce más... aliviada.

—Debió de ser duro para ella cambiar una vida de postín en lo de Amaral y Medeiros por una de trabajo riguroso.

—Sí, lo ha sido. Lo es. —Calatrava bajó la vista e hizo dar vueltas el tricornio—. Padre Ursus, no he sido el esposo que ella esperaba. No he sido un buen esposo —remató.

—¿Os gustaría hacer confesión?

—Otro día, padre. Necesitaría tiempo para contaros mis pecados y ahora llevo prisa.

Se despidieron, y Calatrava envió saludos y agradecimientos al *paje* que le proporcionaba el tónico que estaba sanándole los pulmones. Ursus lo acompañó con la mirada hasta que el hombre trepó en la carreta y se alejó por el camino real.

* * *

Le abrió Tomasa, la india que vivía con doña Mencía.

—¿Cómo ha estado la señora?

—Ahí, padre. El doctor Moral le cambió el cordial. Veremos si eso la pone buena. Vuesa merced conoce el camino. Yo iré por el mate.

La dueña de casa, que en su primera juventud sin duda había sido una beldad, cosía en el estrado, hundida en almohadones, el rostro pálido, los labios azulados, las ojeras marcadas, las puntadas lentas. Aseguraba que le faltaba el aire, que si se movía deprisa, se mareaba, que la sorprendían espasmos en el pecho, que la ahogaban y le comprimían la garganta. El físico había intentado varios tratamientos, sin resultados.

«Si estuviese Manú», caviló Hinojosa, y enseguida se reprochó la idea. Aunque Manú viviese en San Ignacio Miní, no la habría llevado a casa de doña Mencía, por mucho que lo angustiase el sufrimiento de la feligresa. Habría sido como empujarla en la guarida del león. Pablo, el hijo de la dueña de casa, joven dominico, era el secretario del inquisidor que sumía en el pánico a los asuncenos, el tal Ifrán y Bojons, el cual, desde su llegada el año anterior, insistía en que se le revelasen los detalles del caso de la niña santa y del papel que había desempeñado durante la peste de viruela. Por fortuna, tanto el padre provincial José Barreda, como el superior de las misiones, el padre Strobel, soslayaban el tema y le restaban importancia, atribuyendo la fama de la niña a las mentes supersticiosas e influenciables de los indios.

Contempló a doña Mencía, que no se había percatado de su presencia. La serenidad de la mujer aquietaba el tumulto que en general azotaba su cabeza. Se preguntaba por qué ansiaba ayudarla, calmar su malestar, sanar su cuerpo. No negaría que, de las feligresas a las que confesaba y asistía con ayuda espiritual, Mencía Cerdán y Jaume era especial; su favorita. Se convenció de que lo atraía la sabiduría innata de la mujer, la bondad sincera, esa que él asociaba a un alma caritativa y no a una agobiada de preceptos y de mandatos. En resumidas cuentas, Mencía era bondadosa simplemente porque lo era, no porque la religión se lo ordenase.

Admiraba la dulzura con que trataba a Tomasa, pese a que la india era una cascaciruelas que ni siquiera cebaba bien, y era condescendiente con los dos esclavos de su propiedad, a los que les permitía comer lo mismo que se servía en su mesa y a quienes tenía bien vestidos, aun calzados, una rareza entre los de su casta.

—¡Padre Santiago! —La mujer lo descubrió observándola y le sonrió—. Pasad, por favor, pasad.

—Luciais tan serena que no quería sobresaltaros. No abandonéis el estrado, señora. Os veo muy cómoda allí.

—Iré a sentarme con su reverencia en la sala.

Había un aura de belleza inmarcesible en torno a ese rostro que se había ajado a causa de la mala salud, una luz que aún brillaba en sus ojos grisáceos y que, Santiago estaba seguro, provenía de su espíritu elevado.

—Bendígame, padre.

El jesuita apoyó la mano sobre la cabeza inclinada de la mujer y, al rozar la suavidad del cabello, sufrió un estremecimiento que le erizó la piel del antebrazo.

—Dios os bendiga, doña Mencía, y os proteja de todo mal.

—Amén. Gracias, padre.

Tomasa llegó con el servicio del mate. El jesuita y la dueña de casa conversaban de nimiedades en tanto sorbían la infusión de yerba. Santiago estudiaba los movimientos lentos de la feligresa y fijaba la vista en los labios que se asían a la bombilla de plata; aun la simple acción de succionar la cansaba.

—¿Cómo os habéis sentido, señora?

—Mejor, padre, gracias al nuevo cordial que me recetó el doctor Moral.

—Doña Mencía...

—¿Qué, padre? ¿Qué deseáis decirme?

—Si vuesa merced me lo permitiese, yo consultaría a un *paje*, un curandero —tradujo—, del pueblo de San Ignacio Miní; le preguntaría acerca de vuestro estado de salud. Es un gran conocedor de la flora de estos parajes y de sus propiedades curativas. Mis hermanos jesuitas y yo hemos visto operar prodigios con sus bebedizos y electuarios. El padre van Suerk, el sotocura de San Ignacio, que es un médico de gran reputación, lo respeta como si se tratase de un colega de Montpellier.

—No he podido menos que notar que habéis dudado en ofrecerme la sabiduría de este *paje*. ¿Por qué?

—Pues... Porque vuestro hijo, que ahora asiste al inquisidor Ifrán y Bojons, podría oponerse. Después de todo, se trata de un curandero.

Mencía bajó la vista y suspiró.

—Mi hijo. Mi dulce Pablo.

—Se encuentra bien, espero.

—De salud, sí, a Dios gracias. Pero...

—Hablad, señora. ¿Qué os angustia? Sabéis que podéis confiar en mí.

—Sí, sí, lo sé. Es que... Me temo que su alma se haya endurecido desde que...

Era un muchacho tierno y amable. Ahora se expresa con severidad. Se ha vuelto crítico y moralizante.

Santiago extendió la mano y apretó la de doña Mencía, que alzó el rostro y lo contempló, sorprendida.

—No mencionéis esto con nadie, señora mía —susurró, de modo que Tomasa no lo escuchase.

Resultaba palmario que la mujer culpaba a la influencia del inquisidor Ifrán y Bojons por el cambio en la disposición de su hijo, y ese conocimiento en las manos equivocadas podía costarle caro a la viuda.

—Padre, sé que no debo hacerlo.

Un carraspeo los sobresaltó. Santiago de Hinojosa apartó la mano y se puso de pie.

—¡Niño Pablo! —se alegró la india.

—Tomasa, te he dicho que me llames *fray* Pablo.

—Disculpas, fray Pablo, es que lo he llamado niño toda la vida. Y no me acostumbro.

Mencía y Santiago intercambiaron una mirada.

—Buenas tardes, fray Pablo —saludó Hinojosa. Pese a lo seguido que visitaba la casa de los Cerdán y Jaume, era la primera vez que se cruzaba con el único hijo—. Soy el padre Santiago de Hinojosa.

—Buenas tardes, padre. Mi madre me ha hablado de vos.

—¡Hijo, qué alegría verte! —La mujer extendió las manos, que el joven tomó antes de inclinarse y besarla en la frente.

Santiago notó que el rostro pálido de Mencía adquiría colores, que se le iluminaba ante la presencia del hijo, y se vio asaltado por un sentimiento que no supo definir hasta un rato después: celos.

Transcurrieron los primeros minutos entre silencios incómodos y frases de protocolo. Pablo tomó la iniciativa y comentó:

—Me ha dicho mi madre, padre Santiago, que vuesa merced vivió durante casi quince años en la doctrina de San Ignacio Miní.

—Así es.

—¿No es allí donde la última peste de viruela, la del 50, no mató a uno de vuestros indios?

—Así es.

—Dicen que fue obra de una niña santa que allí vive. Una niña blanca —añadió.

Hinojosa sonrió y sacudió la cabeza con gesto relajado, más allá de que en el pecho se le hubiese formado un nudo.

—¿Por qué sonreís, vuesa merced? No creo que el tema se deba tomar a chirigota.

—¡Hijo! —se agitó doña Mencía.

—Señora, calmaos —terció Santiago—. Disculpad, fray Pablo. Mi sonrisa no se debe a que tome el tema a chirigota, sino a que me asombra cómo las cosas se salen

de madre, y cómo todo se exagera y pierde dimensión.

—¿A qué os referís?

—A que la niña santa no existe y que lo de la viruela se debió a un procedimiento que practicó el doctor van Suerk, el sotocura de San Ignacio Miní, que evitó que nos contagiásemos de tan cruel enfermedad.

—¿Qué procedimiento?

—No conozco los detalles. Sé que se trató de una práctica que un facultativo inglés, compañero de van Suerk en la Universidad de Montpellier, le comentó por carta.

—¿Inglés, habéis dicho? —Hinojosa asintió con seriedad—. ¡Un hereje, seguro!

—¡Pablo, hijo! Si ese hereje, como tú lo llamas, ayudó a salvar las vidas de esas gentes, ¿qué más da que no practique nuestra religión?

—¡Madre! ¿Qué estáis diciendo? Nada bueno puede venir de un hereje.

—Tal vez sea católico —terció Hinojosa.

—Lo dudo —aseveró el joven dominico, envarado—. Volviendo al tema de la niña santa, vuesa merced dice que tal cosa no existe. ¿No es cierto, entonces, que una niña blanca vive desde hace años en San Ignacio Miní?

—Vivía —lo corrigió Hinojosa, en tono cauto—, y no era una niña *santa*. Simplemente era una niña blanca. Los indios, que son muy impresionables, la ensalzaron debido a las circunstancias de su nacimiento.

—¿Cuáles fueron esas? —inquirió el dominico.

—El capellán de San Ignacio la halló, recién nacida, una noche, a orillas del río Paraná.

—¡Oh! —se impresionó doña Mencía.

—Yo estaba con él. Su madre, una joven de buena casta (eso era evidente por las ropas que llevaba encima), acababa de parirla, allí, a varas del río.

—¡Pobre criatura! —intervino otra vez la dueña de casa.

—Murió pocos minutos después de que las encontrásemos. Pensamos que Manú...

—¿Manú?

—Manú, la niña. Pensamos que ella también moriría, pero, contra todo pronóstico, sobrevivió. Eso bastó para que se la adornase con la fama de niña santa —mintió Hinojosa, y se dijo que pecaba para salvar a Manú, pues prefería el Purgatorio a causa de esas mentiras piadosas que saber a su dulce niña en manos del Santo Oficio.

—¡Qué historia tan triste y asombrosa al mismo tiempo!

—Así es, doña Mencía, triste y asombrosa.

—Decís que la niña ya no vive en la doctrina —persistió fray Pablo.

—Ya no es una niña, sino una joven de diecisiete años, en extremo piadosa y de alma pura. Y no, ya no vive en San Ignacio Miní. Abandonó el pueblo en mayo del 50.

—¿Por qué?

—Así lo dispuso el padre Manuel Querini, el provincial de aquel momento.

—¿Adónde se encuentra ahora?

—Esa información deberéis solicitarla a mi superior, el provincial Barreda.

—¿Es que vos no sabéis dónde se encuentra?

—No —siguió mintiendo.

* * *

Acabados los ejercicios espirituales, Ursus rompió el sello de lacre y desplegó la hoja de Manila. Aunque la notó temblorosa, reconoció la caligrafía de Ederra. Dentro había otra misiva, que hizo a un lado para leer primero la de su hermana. Reparó en la fecha, 21 de marzo del año de la salvación de Nuestro Señor de 1753; habían transcurrido poco más de tres meses desde que Ederra la había despachado.

«Querido hermano, espero que te encuentres con buena salud y en la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

»Te escribo estas líneas desde el dolor más profundo y te pido que perdones mi caligrafía; me trema la mano.

»Es mi deber anunciarte que he perdido a mi Alonso. Lo encontraron degollado en el portón de mulas, sobre la calle de San Nicolás, tres días atrás, la mañana del 18 de marzo. Lo sorprendieron para robarle el caballo y las pocas pertenencias que llevaba encima. Nadie sabe quién lo hizo; no ha quedado rastro del o de los demonios que me lo quitaron.

Ursus comenzó la carta de nuevo; había entendido mal. Sus ojos barrieron las primeras líneas y acabaron arrasados. Soltó el papel, se cubrió el rostro y sollozó. ¡Qué sino tan cruel le había tocado en suerte a Ederra! Una nueva pérdida la asolaba. ¿No bastaba con haberle quitado a la pequeña Crista? Tomó inspiraciones profundas hasta aplacar los latidos y recobrar la compostura. Levantó la carta y siguió leyendo. Ederra le detallaba las cuestiones del funeral y la reacción de los amigos, que se habían mostrado solidarios.

»En medio de este dolor tengo que darte otra mala noticia. Esta no me apena; me enfurece. Tu protegida, la perdida de Emanuela Ñeenguirú, decidió fugarse. Lo hizo, presumimos, la noche del 16 de marzo, o la madrugada del 17.

Un sofoco oprimió el amplio torso del jesuita y se le erizó la piel. El temblor de las manos le impedía avanzar con la lectura. Soltó la carta y se tomó de nuevo unos segundos para calmarse. «¡Manú, mi pequeña Manú!», exclamaba para sí, acongojado por una pena indescriptible, tal vez más dolorosa que la causada por la muerte de su cuñado.

»No hemos vuelto a saber de esa desagradecida, a quien acogimos cuando no tenía adónde ir. Así nos paga, huyendo, humillándonos, poniendo en entredicho el buen nombre de los Urizar y Vega, pues ¿qué explicaciones daremos a nuestras

amistades? Ella formaba parte de la familia y estaba a punto de contraer nupcias.

»Pero aquí no acaban las maldades de esa perdida. Necesitas saber que, al momento de dejar nuestra casa, se encontraba en estado de buena esperanza.

—¡Qué! —exclamó Ursus, y releyó la última línea. ¿Su Manú embarazada? ¿De quién?—. Aitor —masculló.

»No sabemos quién es su amante ni si ha huido con él. Su prometido, el doctor Murguía, quien, pese a saberla mancillada para siempre, había aceptado casarse con ella, está hecho un basilisco. Sé de buena fuente que ha jurado que no se detendrá hasta dar con ella. Si llegases a saber dónde se esconde, por favor, dímelo. Es justo que el doctor Murguía lo sepa.

»Te adjunto una carta que Emanuela escribió antes de desaparecer, de la cual no entiendo una palabra por estar en guaraní, y que le pidió a Justicia que entregase y que yo confiscué. No logré extraerle el nombre del destinatario».

Ederra terminaba poco después, con más epítetos para Emanuela y lamentos. Ursus abandonó el papel sobre la mesa y se refregó la cara. Desplegó la misiva que acompañaba la de su hermana y leyó con ojos ávidos.

«Buenos Aires, 16 de marzo del año 1753 de Nuestro Señor.

»A la salida de la misa de once, me he encontrado con el cabo Matas. Me ha dicho que te ayudará a huir esta noche. Desde que supe de tu detención, no vivo, no duermo, no como, me cuesta respirar; solo pienso en ti y me angustio haciendo cábalas sobre tu suerte. Rezaré por ti y por el cabo Matas, para que todo salga de acuerdo con sus planes.

»En cuanto a mí, no cometeré el mismo error de tiempo atrás, no me iré sin despedirme, sin decirte adónde voy. Tengo que escapar y cuanto antes. Lo haré esta noche después de haberme asegurado de que estás libre. Me pondré bajo la protección de Lope, tu hermano y mi gran amigo. Él me conducirá a Orembae, donde viviré con su madre, con Ginebra y con tu padre. Pese a la profunda tristeza que siento por lo que ha ocurrido en los últimos días, saber que conoceré a tu padre me hace ilusión.

»No me busques, por favor. Saber que estás casado con ella ha sido una de las noticias más inesperadas y duras que he recibido en mi vida. He ocultado ese dolor bajo las tantas preocupaciones que me atormentan por estos días, y me gustaría que allí se quedase, enterrado para siempre, pues temo que si le permito volver a la superficie, me destruirá, y yo debo conservar el ánimo por mi hijo. Nuestro hijo.

»No quiero preguntarte por qué la desposaste. Me dirás lo mismo que dos días atrás, que tuviste que hacerlo. No quiero pensar en tantos detalles y contradicciones que no comprendo. No quiero saber por qué no me lo contaste, por qué volviste a engañarme, a decirme que me convertirías en tu esposa. Quiero olvidar, Aitor. Lo necesito por mi bien y el de mi hijo. Por eso, no me busques, te lo imploro.

»Que Tupá y Tupasy María te preserven de todo mal y guíen tus pasos para que seas feliz.

»En mi corazón, siempre serás solo tú.

Emanuela Ñeenguirú».

Las revelaciones lo dejaron sin aliento, sumido en sentimientos tan contradictorios como intensos; alegría, porque Manú estaba cerca; tristeza, porque su pequeña había regresado con el corazón destrozado; ira destinada a Aitor, porque la había engañado; miedo por saberlo en prisión; agobio ante la inmensidad del amor que se profesaban esos dos desde hacía más de diecisiete años y que se mantenía incólume pese a las vicisitudes con que la vida los desafiaba. «En mi corazón, siempre serás solo tú». Así era su Manú, fiel y bondadosa aun en las peores

circunstancias. Aitor no la merecía, pero la necesitaba tanto como a su próximo respiro. Manú constituía su única oportunidad de redención.

* * *

Cristóbal guió a Árdenas hasta el despacho de fray Claudio. El dominico se hallaba de espaldas al ingreso, de pie frente a un ventanal que daba al puerto. Apenas giró el cuello cuando chirriaron los goznes de la puerta y, al constatar que se trataba del cazador de brujas, regresó a su posición meditativa sin pronunciar palabra.

Árdenas echó un vistazo en torno y descubrió al secretario, fray Pablo, sentado en el escritorio, la vista anhelante estática en la figura del inquisidor.

—Decís que ese jesuita...

—Santiago de Hinojosa —completó el joven dominico.

—Decís que Hinojosa asegura que encontraron a la niña santa a orillas del Paraná.

—Sí, Excelencia. Su madre acababa de parirla. Murió minutos después. Pensaron que la niña también moriría, pero sobrevivió. En opinión del jesuita, eso despertó toda clase de supersticiones entre los indios.

—Comprendo. ¿Cuál es el nombre de la niña?

—Manú.

—Un nombre guaraní, estimo.

—No lo sé, Excelencia.

—Averiguadlo, fray Pablo.

—El jesuita se mostró muy cauto y reticente. No será fácil obtener información de él.

—Usad a vuestra madre para que le sustraiga información al jesuita.

Las mejillas casi imberbes de Pablo adoptaron un tenue color rosado. Bajó la vista antes de contestar:

—Como Vuestra Excelencia ordene.

—En cuanto al procedimiento para lo de la viruela, ¿cómo decís que se llama el sotocura de San Ignacio Miní, el que lo utilizó?

—Era un apellido extraño, Vanser, Vanfer... Algo por el estilo. No sonaba español.

—Fray Pablo, si lo que deseáis es ser un inquisidor, tendréis que aprender a estar más atento y recordar y memorizar la información que obtengáis, así, como al acaso. Esa siempre termina revelándose como la más valiosa.

La tonalidad rosada de las mejillas de Pablo se convirtió en un intenso color rojo, que trepó aun por los pabellones de las orejas y la tonsura.

—Retiraos.

—Sí, Excelencia.

Ifrán y Bojons soltó un suspiro y regresó a su escritorio.

—¿Acabas de llegar, Árdenas?

—Así es, Excelencia.

—¿Alguna novedad? —preguntó, con el desinterés que nacía del desaliento, mientras paseaba la vista por un folio con un sello de lacre.

—Estuve del otro lado del río Uruguay. La cosa está muy tensa por aquellos lares. Hay indios alzados por doquier. Los soldados portugueses y los españoles están siempre con las armas en las manos. No les permiten comenzar con las tareas de demarcación.

—Nada de eso me interesa, Árdenas. Dime algo con sustancia.

—En Yapeyú, contraté a un indio muy despierto, un guaraní que, según me dijo el lenguaraz, es un correveidile que todo lo sabe; nada importante escapa a su gobierno. Le pedí que se mantuviese alerta por si una tal María Clara de Calatrava aparecía por la zona. Le ordené que me enviase mensaje con un propio a Asunción de inmediato. Le di unos cuartillos y fue como si le entregase oro.

—Es que no conocen el metálico.

—La esperanza de recibir más cuartillos lo mantendrá atento. Necesitaba contratar a otra persona, Excelencia, de lo contrario...

—Has hecho bien en sumar ese indio al resto de soplones y contactos que tienes por todas partes —concedió fray Claudio—. Veremos si prueba ser más útil que los demás, que hasta el momento solo han demostrado ser zánganos sin ninguna utilidad. ¿De qué pueblo es este indio?

—De San Ignacio Miní.

Ifrán y Bojons levantó la vista del documento y la clavó en Árdenas.

—¿No se te ocurrió preguntarle por la niña santa?

—Lo hice, Excelencia, pero el muchacho asegura que la niña se marchó hace años y que nada saben de ella.

—¿Te contó de algún portento?

—No. Su actitud cambió cuando le pregunté por los supuestos dones para sanar de la niña. Me dijo que él no sabía nada de eso.

«La protege», dedujo fray Claudio.

—¿Cómo se llama este guaraní?

—Laurencio Ñeenguirú, Excelencia.

* * *

Todos detestaban el Tratado de Permuta. Y a Fernando VI por haberlo firmado. Lo llamaban el rey imbécil. Laurencio, en cambio, creía que el acuerdo entre el Portugal y la España se había convertido en la puerta de escape de una vida mediocre en la doctrina de San Ignacio Miní hacia una de libertad y aventuras. Sus tíos Marcos y Fernando y su padre, Bartolomé, habían regresado a la doctrina después de meses de compás de espera en San Nicolás. Los tres declaraban echar de menos San Ignacio y

a sus familias. A él, en cambio, nada le faltaba, y estaba feliz de haberse sacado de encima a su esposa, la que había resultado cómoda y quejumbrosa. No tenía intenciones de regresar. Después de haber probado el dulce sabor de la libertad, moviéndose de pueblo en pueblo, siendo dueño de su tiempo y de su destino, no volvería a echarse al cuello el yugo que significaba vivir regido por los campanazos de los *pa'i*.

En sus vagabundeos había aprendido que la información era un bien tan preciado como el tabaco o la chicha, y que los militares, fuesen españoles o portugueses, tarde o temprano estarían dispuestos a pagar por ella. Mantenía los ojos abiertos y los oídos alertas para cazar cualquier dato que pudiese convertirse en un bien de cambio.

La primera vez que un soldado portugués le soltó unas monedas en la palma de la mano por haberle entregado a una joven con la cual saciar sus apetitos, un estremecimiento le había recorrido el cuerpo. Al sentir el frío y el peso del metal, se creyó invencible. Ese día decidió que había acabado su vida en el taller de ebanistería o en el *avamba'e*. Con dinero todo era fácil. Extendías las monedas y te entregaban los productos. Y obtener las monedas no resultaba complicado; bastaba con birlar de los depósitos de las misiones aquellas mercancías que los militares codiciaban, en especial tabaco, yerba, azúcar, chicha y mujeres; sobre todo por las mujeres, los soldados pagaban bien. En el caos en que se hallaban las doctrinas desde que los guaraníes se habían declarado en abierta rebeldía, hacerse de cualquier artículo resultaba un juego de niños, y convencer a las mujeres de que lo acompañasen a las vivaqueadas de los españoles o de los portugueses tampoco era trabajoso desde que se vivía en ese estado de insubordinación contra el poder que encarnaban la Corona de la España y los *pa'i*; bastaba con prometerles piezas de telas finas o chafalonía para que lo siguiesen. Por supuesto, no a todas se lo proponía. Las estudiaba, las observaba, las interrogaba hasta determinar cuáles aceptarían y cuáles lo habrían acusado con los *pa'i*. Por ejemplo, a una como Manú, tan pura e inocente, jamás se lo habría propuesto.

«Manú», pensó, con la amargura a la que se sometía sin remedio cuando la evocaba. Era el único recuerdo de San Ignacio que lo hundía en la nostalgia, y supo con seguridad meridiana que habría regresado si ella aún viviese allí. La había amado, aún la amaba, y el luisón se la había arrebatado. De todas las que le tenía juradas a su tío Aitor, haberse robado el corazón de Manú era la primera que se cobraría. No sabía cuándo ni dónde, pero el instinto le indicaba que sus caminos volverían a cruzarse.

Se acordó del hombrecillo con cara de lirón, el tal Árdenas, que había intentado sonsacarle información acerca de la niña santa días atrás. Primero le había hablado de una tal María Clara, para después preguntarle por la niña santa cuando se enteró de que él era oriundo de San Ignacio Miní. Ni una palabra que comprometiese a Manú había brotado de sus labios.

Oculto en el sitio de costumbre, imitó el canto del chogüí, el santo y seña que

había acordado con Denilson, el soldado portugués que le compraba mercancías y que hablaba fluido guaraní. Lo vio aparecer con tres hombres vestidos de paisanos, a los que no conocía y que, por cierto, no pertenecían al ejército portugués ni eran los compañeros de regimiento de Denilson. Temeroso de que quisiesen apresarlo, guardó silencio y se escondió en el hueco del tronco de un árbol.

—¡Ey, Laurencio! —lo llamó Denilson en voz baja—. ¡Sal! Vengo con amigos. Quieren ofrecerte un acuerdo. Te pagarán bien.

Salió al abierto, con la mano sobre el mango del cuchillo que le había regalado su abuelo Ñeenguirú y que él calzaba en una faja en la cintura. Guardó distancia, mientras los evaluaba. Uno, en especial, llamó su atención, no porque fuese alto y fornido, con manos enormes, facciones curtidas y unos ojos verdes que lo evaluaban con intensidad, sino porque le resultaba familiar. Denilson lo señaló antes de hablar.

—Este es don Domingo Oliveira y estos son dos de sus hombres. Son baquianos y lenguaraces de mis superiores. Les hablé de ti. Oliveira quiere proponerte un trato.

«Domingo Oliveira», recordó Laurencio, el hombre al que el luisón le había puesto un flechazo en el trasero. Habían pasado años, pero él lo recordaba de los días que había transcurrido en el hospital de San Ignacio Miní. Se quitó el chapeo e inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Me dice el cabo Denilson que conoces estos parajes como la palma de tu mano. —Oliveira le habló en un excelente guaraní, empleando un tono afable que para nada engañaría a Laurencio; sabía que ese portugués podía ser un demonio tan brutal como su tío el luisón. Se limitó a asentir—. Y también me asegura el cabo que conoces la realidad de las doctrinas muy bien. —Otra vez asintió—. Pues estamos dispuestos a pagarte por la información. —Extrajo un talego del bolsillo y la sacudió; el tintineo de las monedas provocó el familiar escozor en Laurencio.

—¿Qué información?

—Toda la que tenga que ver con lo que está ocurriendo como consecuencia del Tratado de Permuta.

—Es mucha. Le costará caro.

Domingo Oliveira y sus hombres soltaron risotadas.

—Ya veo que los guaraníes no son tan ingenuos como imaginaba.

—No me haga perder el tiempo. ¿Qué quiere saber? —lo apuró Laurencio, y el portugués lo evaluó con una mirada apreciativa.

—Me gusta la gente que no pierde el tiempo. Queremos saber quién está al mando de la revuelta.

—Son varios. La cosa está dividida.

—¿Dividida? —Laurencio guardó silencio—. ¿Hay rencillas entre los distintos caciques? —Laurencio asintió—. Háblame de eso.

Laurencio le contó.

CAPÍTULO II

Emanuela asentó la fecha en su cuaderno, 6 de agosto de 1753, y prosiguió en guaraní, como cada día desde que había tomado la costumbre de escribir las efemérides durante las interminables y tediosas jornadas de navegación, en el viaje hacia el Paraguay.

«Hoy, que se celebra la Transfiguración de Nuestro Señor Jesús, se cumple un mes de mi llegada a Orembae. Doña Florbela, Dios la bendiga, me ha tomado de las manos y me ha dicho que yo, con mi don, he transfigurado el rostro de su esposo, don Vespaciano. “Quitaste la desesperanza de sus ojos, querida Manú, y pusiste de nuevo el brillo que tanto llamó mi atención el día en que lo conocí”. Me gusta cuando doña Florbela me llama “querida” o cuando, sin darse cuenta, me dice “hija”. Siento que, a diferencia de la casa de la calle de Santo Cristo, pertenezco a Orembae. Aquí nadie me condena por estar encinta y sin esposo, y me han recibido con el mayor de los cariños, pese a que debe de significar una gran falta para ellos.

»Hoy he cambiado el tratamiento para sanar las escaras de don Vespaciano, las cuales, cuando llegué, me asustaron, sobre todo la que se había formado en la zona del sacro. Como de costumbre, las he lavado con agua hervida y jabón de sosa, y en lugar del aceite de escaramujo, he optado por un emplasto de hojas de llantén, que mi taitaru siempre indicaba como un gran astringente, capaz de detener la pudrición de la carne. A pesar de que doña Florbela se escandalizaba al principio, cada mañana y cada atardecer, Cosme y Mateo, los indios encomendados que se ocupan de las necesidades de don Vespaciano, lo desnudan, lo urucuizan y lo ubican en el sector más resguardado del jardín para que el sol dé de lleno sobre las heridas. “El sol”, decía el padre van Suerk, “y el agua del mar son los mejores cicatrizantes que conozco”. Los indios lo abanicán con hojas de güembé para evitar que las moscas y otros insectos hagan nido en la escara. También hice cambiar el colchón por uno más blando y he colocado almohadillas rellenas de pluma de ganso y forradas de satén en los puntos más críticos, como los del sacro, brazos y talones. Además, día y noche, mantengo una palangana con agua bajo la cama; mi taitaru la colocaba bajo las hamacas, cualquiera que fuese el morbo. Estas medidas y un cambio rotundo en su dieta le regenerarán el tejido muerto. Doña Florbela enseguida prestó su consentimiento para que la cocinera le preparase las comidas que yo señalo. Es preciso que ingiera maní, nueces, porotos, frutas —mango, papaya y ananá especialmente—, verduras y carnes de pollo y pescado. Come por onzas y todo majado, ya que prácticamente no puede masticar.

»Soy optimista en cuanto a la recuperación de don Vespaciano. Le impongo mis manos todos los días, y, mientras pienso en mi hijo, que crece dentro de mí, y en

Aitor, percibo cómo el calor abandona mi cuerpo para fluir en el de él. Ha comenzado a mover los dedos de las manos y a girar apenas el cuello. Hace esfuerzos por articular. Su necesidad por comunicarse me abrumba. A veces su desesperación se apodera de mí y preciso alejarme un momento para recobrar el ánimo. Es imperativo que me vea sonriente y fuerte.

»Le hablo continuamente. Le cuento de Aitor, solo las cosas buenas, de cuando era niño, de cuando se convirtió en aserrador con solo trece años y se pasaba semanas lejos de mí, de cuando se disfrazó de luisón para darle una lección a su sobrino Laurencio nieto. Esta anécdota lo hizo sonreír, y los ojos se le colmaron de lágrimas. Se emociona continuamente. Conozco la sutil mueca que ejecuta cuando desea poner su mano sobre mi vientre, que apenas asoma bajo la bata de cotilla. Abre grandes los ojos y sonrío si percibe que mi hijo se mueve. El calor de su mano traspasa la tela y llega hasta mis entrañas. Percibo el vigor que, poco a poco, va regresando a esos dedos que estaban muertos cuando llegué a Orembae».

* * *

Emanuela había tomado el bastón de mando en cuanto a la salud de Vespaciano de Amaral y Medeiros se refería, y doña Florbela y Ginebra se lo habían cedido de buena gana. Aun en otras cuestiones domésticas su buen juicio y practicidad se imponían de manera sutil, y a un mes de su llegada a la hacienda, las domésticas se dirigían a ella para solicitar indicaciones, lo mismo la señora de la casa, pues doña Florbela la consultaba de continuo, por ejemplo, le había pedido un tónico que le devolviese el vigor; también Ginebra, aunque diese más rodeos, le preguntaba, sobre todo por cuestiones concernientes a sus hijas. Días atrás, le había comentado acerca de las continuas hemorragias nasales de Emanuelita, la mayor de dos años.

Al igual que había cambiado la dieta de don Vespaciano, dispuso alteraciones en la de doña Florbela, que debía ser rica en carnes rojas, en especial hígado de vaca y morcilla, que nadie conocía en la región, pues era cosa de los esclavos porteños, por lo que Emanuela le enseñó a prepararla a la cocinera con sangre de vaca y de cerdo, como tantas veces había visto hacerlo a Romelia. También era preciso que la señora consumiese legumbres y verduras de hojas verdes, sobre todo acelga y espinaca, y leche fresca. Doña Florbela, de apetito casi inexistente, se resistía, y Emanuela la instaba como si se tratase de una niña. Para atizarle el hambre, le preparaba una infusión de hinojo y coriandro, y añadía acedera a la ensalada, porque era sabido que su sabor áspero invitaba a comer.

En cuanto a Emanuelita y su sangrado nasal, al principio la trató con un emplasto de alumbre, el cual interrumpió días más tarde porque le irritaba la piel. Recordó, entonces, que su *taitaru* se había ocupado de un problema similar que aquejaba al hijo más pequeño de su hermano Andrés, para lo cual había embebido con jugo de llantén un canuto hecho de estopa, que había colocado en el orificio sangrante de la

nariz. Así fue cómo decidió cambiar el tratamiento de las escaras de don Vespaciano, cuando recordó que el llantén poseía esa propiedad cauterizante y era un gran astringente.

No resultó tarea fácil convencer a Emanuelita de que no se quitase el canuto de la nariz, el cual debería llevar por un buen tiempo, excepto de noche; se lo retiraban apenas unos segundos para renovar el concentrado y volvían a colocárselo. Ginebra perdía la calma cuando la niña se lo sacaba, y en una ocasión acabó dándole un mamporro, que la hizo llorar, lo cual provocó una nueva hemorragia. Emanuela la cargó en brazos y la llevó a la pieza de Drusila, una india del servicio doméstico, donde había parido una de las tantas perras de la hacienda. Se pasaron un buen rato con los cachorros. Emanuela la observaba mientras la pequeña los acariciaba con una delicadeza que sorprendía para una de su edad. Los rizos rubios le rebotaban cada vez que movía la cabeza y los ojos celestes la buscaban para sonreírle o comentarle algo en su media lengua guaraní. Le prometió que, si no se quitaba el canuto, el perrito que ella eligiese le pertenecería. Se decidió por una hembra, la más gorda y mullida.

—Es una niña —le explicó en guaraní—. ¿Cómo la llamarás? —La pequeña agitó los hombros y los bucles le bailaron sobre el rostro de querubín—. ¿Por qué no la llamamos Marã, por estas manchitas negras que tiene en el lomo?

—Marã —repitió Emanuelita, con bastante claridad.

—Ahora debemos dejarla con su sy para que siga amamantándose. Dentro de unas semanas, vendremos a buscarla y la llevaremos a vivir con nosotros. Pero recuerda: solo si no te sacas el canuto.

—Sí, tía Manú.

A Ginebra no le cayó en gracia la noticia de que una perrita formaría parte del elenco de la casa; ya demasiado tenía con el tal Orlando, siempre pegado a las faldas de Emanuela, o la macagua posada en su hombro. Del mismo modo con el que habían admitido las mascotas de Manú con naturalidad y hasta se habían encariñado con ellas, doña Florbela y Lope se mostraron complacidos con la idea de una perrita para la niña y la aceptaron con grandes muestras de entusiasmo, que hicieron reír de manera gangosa a Emanuelita, dado el canuto en la nariz. Ginebra suspiró y calló, resignada. No ganaría esa batalla, pues nada le negaban a la niña, menos que menos a Manú, por quien sentían una devoción rayana en lo religioso.

Ginebra quería a Manú y admitía que, desde su llegada, la vida se le había facilitado. Se ocupaba de las labores que a ella fastidiaban y lo hacía con un ánimo inquebrantable, siempre con una sonrisa, como si las encontrase divertidas. Esa alegría que nunca la abandonaba, ¿sería la consecuencia de saberse amada por un hombre como Aitor? El aire se había cargado de su energía, e incluso las domésticas, a las que siempre les pesaban los pies, se movían más deprisa. El aroma también había mudado, y Ginebra pronto descubrió que se debía a que Manú quemaba a diario anime y otras resinas. Una mañana se encontró elevando la nariz al entrar en la sala, mientras seguía la estela de la esencia. Los aromas agradables operaban maravillas en

su espíritu entristecido desde que sus padres habían abandonado *Orembae* y desde el soponcio de su suegro. La atemorizaba que la hacienda estuviese en manos de Morales, ese pícaro al que ella no le habría confiado una gallina, y temía que un día se despertasen y se encontrasen con que el capataz se había alzado con las vacas y las mulas y abandonado las sementeras y los cultivos a su suerte.

No tenía duda de que, con Manú viviendo allí, Lope permanecería en *Orembae*, lo que no significaba que se ocuparía de las cuestiones de la hacienda, las cuales no solo detestaba, sino que desconocía. Seguiría inmerso en sus libros, escritos y traducciones y elegiría olvidar que dependían de que el algodón y la yerba se recolectasen o de que los animales fuesen vendidos en las ferias.

¡Cuánto echaba de menos a Aitor! Él se habría encargado de todo, de las tareas del campo y de librarla del convencimiento de que seguía adelante porque respirar era un acto mecánico. Hacía meses que no lo tenía en su cama, y eso comenzaba a pesarle. Necesitaba de su vigor, de sus modos bruscos, de su sinceridad, cruel a veces. La hacía sentir viva. Después de la vez en que la había desvirgado antes de su boda, habían vuelto a estar juntos un año más tarde, a mediados del 51, en ocasión de una visita de Aitor, en la que ella, al igual que la primera ocasión, se escabulló a su pieza. Conocía el motivo de su semblante ensombrecido: Manú había abandonado San Ignacio Miní y a él. El mal humor, en realidad, ocultaba un corazón destruido. Ella habría podido acabar con su miseria, pero no lo había hecho. Si le revelaba dónde se hallaba el amor de su vida, correría a buscarla y ella lo perdería. Y eso fue lo que ocurrió cuando lo supo, vaya a saber cómo: corrió a buscarla.

Aunque Manú se había mostrado reservada en cuanto a la identidad del padre de su hijo y a las circunstancias que la habían impulsado a fugarse de lo de Urizar y Vega, y pese a que Lope fuese una tumba, no necesitaba que le dijese que el niño era de Aitor. La sorprendieron los celos y la envidia. Siempre había sabido lo profundo e inconmensurable que era el amor que el indio profesaba por Emanuela, y nunca lo había celado. Se contentaba con tenerlo cada tanto para ella, para amarlo sin revelar que lo hacía, con ese modo tan suyo de no mostrar lo que en realidad habitaba en su corazón. También la sorprendió desear haber quedado embarazada de Aitor, lo cual habría sido imposible —él jamás se aliviaba dentro de ella—, además de un escándalo, pues la huella de una sangre tan fuerte como la de ese indio salvaje habría quedado impresa en los rasgos del niño para condenarla.

Tal vez ahora que Manú vivía en *Orembae*, lo tendrían de nuevo entre ellos, quizá para siempre. Sí, estaba feliz de contar con Manú en la hacienda.

* * *

—¿Qué llevas ahí, Manú? —se interesó Lope, y cerró el libro.

Emanuela subió los dos escalones que la conducían al estrado, donde doña Florbela y Ginebra bordaban en silencio.

—Un bebedizo de gordolobo para tu madre.

—Gracias, hija —susurró doña Florbela, que esa mañana se había despertado más debilitada que de costumbre. Drusila había tenido que ayudarla a salir de la cama.

—Lo endulcé con yerbabuena. Está tibio. Bebedlo lentamente, por favor.

—¿Para qué es, querida?

Emanuela no le diría que había visto en una ocasión al padre van Suerk recetárselo a una india escrofulosa, que había muerto de tuberculosis. El día anterior, había notado una protuberancia en el cuello de doña Florbela, la cual, según lo leído en *Tesoro de pobres*, solía tratarse de inflamación de los ganglios a causa de escrofulosis, que si bien era un morbo típico de la infancia, también se encontraba entre los adultos, sobre todo en mujeres mal alimentadas y débiles.

—Para que os abra el apetito. Comisteis muy poco en el almuerzo.

—Gracias, hija. ¿Qué haríamos sin ti?

—¿Os resulta agradable? —se interesó Emanuela luego del primer sorbo de la mujer.

—Sí.

—Os lo prepararé cada mañana. Os lo llevaré a vuestra recámara y lo beberéis antes de levantaros.

—Gracias, querida.

María de los Milagros, que se hallaba en un moisés a los pies de su madre, comenzó a lloriquear y a quejarse.

—Ha estado así desde ayer. No me ha dejado dormir en toda la noche.

—Ayer le dimos una nueva papilla —recordó Emanuela, y lo hizo en castellano por respeto a la dueña de casa—. Debió de producirle cólicos. ¿Puedo tomarla?

—Por supuesto —contestó Ginebra.

La sacó del moisés, la colocó sobre su pecho y le masajéó la espalda. La niña se calmó de inmediato.

—¿Sabes? Mi abuela solía enseñarles a mis cuñadas cómo masajear el vientre de mis sobrinos para que expulsasen los cólicos. Puedo mostrarte cómo lo hacía, de modo que, cuando la veas inquieta, la calmes de esa manera.

—Sí, muéstrame, Manú.

—Vamos a mi recámara. Allí tengo un aceite de melisa con el que la masajearás.

Se adentraron en el silencio de la casona, apenas alterado por el crujido de los chapines sobre el piso de madera y la respiración congestionada de Emanuelita, que respiraba por la boca a causa del canuto. La niña iba sujeta al vestido de su tía Manú y cargaba a Marã con el otro brazo regordete.

Recostaron a Milagritos de espaldas sobre la cama y la desvistieron. Emanuela la contempló con afecto y le admiró los bucles rubios y los iris celestes. Se lavó las manos, las secó y las friccionó con el aceite esencial de melisa, una de las pocas preparaciones que había llevado consigo en la huida. En *Orembae*, doña Florbela le había legado su huerto para cultivar las hierbas que desease y había mandado limpiar

y acondicionar un cuartito en la zona donde dormían los indios de la casa, que se convirtió en el sitio donde las secaba y almacenaba.

—Para que no estén frías —explicó a Ginebra, que la observaba restregarse las manos con vigor.

Milagritos, que lloriqueaba de nuevo, se calmó apenas Emanuela le apoyó las palmas tibias sobre el vientre.

—Me temo, Manú, que son *tus* manos las que la liberan del malestar. No será lo mismo con las mías.

—Pienso que no hay manos como las de una madre —expresó Emanuela, y evocó las de su *sy*, que tantas veces la habían consolado y curado. La emoción la tomó por sorpresa, y el calambre que le estranguló la garganta le impidió hablar. Masajeó a la niña con el rostro inclinado para ocultar el gesto triste. Carraspeó, al cabo.

—Es importante que lo hagas de arriba hacia abajo, para que los cólicos bajen y ella pueda eliminarlos. Debes hacerlo suavemente, de modo de no apretarle el estómago y producirle náuseas.

—Está bien. ¡Mira, Manú! Está sonriendo.

Emanuela se inclinó y besó la nariz de la niña. Se quedó observándola. Era la más bonita de las dos, pues si bien había heredado del padre la tonalidad rubia del cabello y el color celeste de los ojos, poseía la delicadeza y regularidad de los rasgos de la madre. La niña rio, y su risa cristalina y contagiosa la colmó de dicha. Se inclinó y la besó en los carrillos, mientras meditaba que, dentro de tres lunas, besaría los de su hijo.

La mano de Ginebra se posó sobre la de ella y la obligó a detener el masaje. Se miraron a los ojos.

—*Aguyje*, Manú. Por todo.

—¡*Aguyje*, tía Manú! —imitó Emanuelita en su media lengua, y las mujeres rieron.

—De nada, tesoro. Gracias a ustedes por recibirme con tanto cariño.

* * *

Por la tarde, Emanuela escuchó que Lope alzaba la voz en el despacho de don Vespaciano. Pocos minutos después, Morales, el capataz, abrió la puerta y salió echando venablos. Pasó junto a ella y no saludó. Para la hora de la cena, Lope estaba borracho. La comida transcurrió en un ambiente tenso. Ginebra no se esforzaba por ocultar la mala cara. Doña Florbela removía la comida en el plato. Lope, risueño, no se daba cuenta de que sus chanzas y comentarios irritaban a su esposa y avergonzaban a su madre. Emanuela, que lo habría hecho callar y obligado a comer a doña Florbela como lo hacía con Emanuelita, apretaba el puño y dominaba el impulso; por mucho que la trataran con cariño, ella era la recogida y le correspondía guardar el lugar.

No se reunieron en el estrado para tomar infusiones y bajativos y marcharon a sus recámaras después de mascullar los deseos de buenas noches. Emanuela, asistida por Dolores, la india que le habían asignado como su ayuda personal, se preparó para ir a la cama. Siempre recordaba a Romelia, en especial en ese momento, y se angustiaba por su suerte. ¿Qué desgracia le habría caído por haberse convertido en su cómplice, por haberla protegido? ¿Qué penalidad le habría aplicado doña Ederra? ¡Cuánto la echaba de menos! Por mucho que Ginebra, doña Florbela y Lope la hubiesen acogido con tanta calidez, le faltaba Romelia casi tanto como le faltaba su sy.

Despidió a Dolores y se sentó frente al escritorio para asentar los hechos del día. Orlando, que se mostraba más afectuoso desde que ella había quedado encinta, se paró en dos patas y lloriqueó.

—Ven aquí. —Lo levantó y lo colocó sobre su regazo—. Deja de mirarme con esos ojos tristes. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Escribió la fecha, 18 de agosto de 1753, y elevó la vista. Miró en torno. Era una recámara espaciosa y bien amueblada, con piezas de palo rosa, boj y cinamomo, en las que reconocía la mano de su tío Palmiro. Además de una mesa pequeña, doña Florbela había mandado colocar un escritorio y le había regalado un viejo recado de escribir. Se sentía a gusto allí, respetada y querida desde el momento en que Lope la había guiado dentro. Después de haberla presentado a su madre, le había explicado que ella era quien lo había ayudado a superar su problema de la niñez —no especificó cuál— enviándole la lechuza caburé para que lo despertase por las noches. Doña Florbela, convencida de que la historia había sido una invención de la vívida imaginación de su hijo, levantó las cejas antes de soltar una carcajada y abrazar a Emanuela. Ni qué hablar de la alegría con que la recibían los ojos azules de don Vespaciano y la manera agitada con que respiraba, desesperado por hablarle. Se calmaba cuando ella lo besaba en la frente y le susurraba que no se angustiase, que pronto sería capaz de decirle lo que quisiese.

Sí, los Amaral y Medeiros la habían acogido como una familia amorosa, pero esa no era su casa, la que había soñado compartir con Aitor, decorarla para él, mientras esperaban la llegada del niño. Sacudió la cabeza. No quería pensar en cosas tristes, no quería detenerse a cavilar acerca de la ausencia de la única persona capaz de hacerla sentir viva. No quería admitir que se sentía como una cáscara vacía. No quería preocuparse por la suerte que había corrido Aitor después de la fuga, ni enojarse porque, otra vez, la hubiese engañado. ¿Habría regresado a San Ignacio Miní, con su mujer y su hijo? El dolor la traspasó como un filo y se mordió el puño para no llorar. Detestaba sentir lástima de sí misma, cuando debía estar agradecida por contar con el apoyo y el afecto de Lope y de su familia.

El canto del urutaú se filtró por la contraventana y la alcanzó como un golpe en el corazón. Inquietó a Orlando, que gañó, y a Saite, que aleteó en la alcándara. Aitor le había enseñado a distinguirlos, como también a identificar el ave cuando, posada en un árbol, se volvía parte de él para confundir a los depredadores. Ella debería haber

hecho lo mismo, esconderle el corazón a Aitor para evitar que volviese a lacerárselo. El canto se repetía y lo haría toda la noche. Semejaba el llanto de un ser humano.

Durmió poco y mal. Se levantó a las seis, cuando todavía estaba oscuro. Las indias, que se afanaban en la cocina, la recibieron con saludos obsequiosos, reflejo de que se habían enterado de su fama de sanadora. Colgó la caldera en las llaves y, mientras esperaba que el agua hirviese, fue disponiendo las hojas de gordolobo para la infusión de doña Florbela y otra de *toro-ka'a*, la que había preparado a menudo a su *ru* para la resaca; se la haría llevar a Lope. Al mismo tiempo, repartía indicaciones para la elaboración del desayuno de doña Florbela.

Drusila llevó la bandeja y, mientras Emanuela corría las cortinas, la india ayudó a la señora a incorporarse y acomodarse sobre las almohadas.

—¡Manú, querida!

—Buen día, doña Florbela. ¿Cómo habéis dormido?

—Bien, hija. Esa tisana que me trajeron anoche me ayudó a descansar.

—Es una excelente noticia. ¿Puedo acercarme a esta silla y sentarme junto a vos? — Doña Florbela asintió, aún asombrada—. Aquí os he traído otra vez la infusión de gordolobo, la que probasteis ayer por la tarde. Y yo misma me ocuparé de que vuesa merced coma todo el desayuno. Os lo daré en la boca, como hago con Emanuelita, si es preciso.

—¿Todo eso? —se descorazonó la mujer.

—El gordolobo os abrirá el apetito, ya lo veréis.

Le entregó la taza y doña Florbela se la llevó a los labios. Cerró los ojos, como si la bebida le hubiese causado placer, y Emanuela sonrió.

—¿Algo más, señorita Manú? —preguntó Drusila en guaraní.

—Pídele a Adeltú que le lleve al señor Lope la infusión que dejé en la cocina. Que digo yo que la tome antes de levantarse. Gracias, Drusila.

La india se retiró y doña Florbela la siguió con la mirada.

—¿Cómo me gustaría saber hablar esa lengua! Me complace su cadencia, sus sonidos dulces, pero apenas sé decir algunas frases y palabras.

—Podría enseñaros con todo gusto, señora.

—¿De veras, Manú?

—¿Qué no haría por vuesa merced, que me ha recibido con los brazos abiertos?

Doña Florbela le acunó el rostro con la mano tibia a causa de sostener el taza.

—Has sido una bendición para esta familia y bendita ha sido la hora en que llegaste. De tu intercambio con Drusila, solo entendí el nombre de mi hijo y el de Adeltú. ¿Qué le has dicho, querida?

—Le pedí que le dijese a Adeltú que lleve a Lope una infusión que dejé lista en la cocina. Es para que se le pasen los efectos del alcohol.

Doña Florbela bajó la vista.

—Gracias, querida. El vicio de Lope me atormenta más que cualquier otra cosa.

—Yo conseguí que mi padre dejase de tomar. Él se emborrachaba de continuo.

—¿De veras? Tenía entendido que las bebidas espirituosas estaban prohibidas en las doctrinas.

—Lo están. Pasó muchos días en la cárcel por violar la regla. Pero el vicio había anidado en él y seguía preparándola, y los *pa'i*... los padres, lo castigaban.

—¿Cómo lo lograste? Ayudar a tu padre a que abandonase la bebida.

—Estando siempre atenta a él, descubriendo los sitios donde la escondía, dándole a beber la infusión que acabo de preparar para Lope. Mi abuelo asegura que la hierba del toro, o *toro-ka'a*, como la llamamos nosotros, les quita las ganas de beber.

—¿Cómo podríamos ayudar a mi hijo, Manú?

—Para comenzar, deberíamos deshacernos de las bebidas con alcohol que hay en la casa.

—¡Vespaciano se pondría furioso! —exclamó, y enseguida mudó el gesto escandalizado—. No, no lo hará simplemente porque no puede. A veces echo de menos su mal carácter —admitió.

—Si vuesa merced me autoriza, me ocuparé de quitar las botellas del despacho y las de la sala y esconderlas en el cambo, donde sé que hay más. Ginebra me lo ha dicho.

—Lope tiene llave del cambo.

—Entonces, buscaremos otro sitio.

—¿Mudar la bodega? —se descorazonó doña Florbela—. Será un trabajo arduo. Está bien provista gracias a que mi hermano... —Se detuvo y, como siempre le sucedía cuando recordaba a Edilson, los ojos se le arrasaron.

—Bebed un sorbo —la instó Emanuela.

—Gracias, hija. Discúlpame. Aún me cuesta creer que mi vital y alegre hermano haya muerto. —Sorbió y carraspeó—. En cuanto a la bodega del cambo, sí, la mudaremos a un sitio donde Lope no pueda hallarla, aunque resulte un engorro.

—La salud de vuestro hijo lo vale, doña Florbela.

—¿La bebida le afectará la salud? —preguntó, incrédula.

—Lamentablemente sí. Le destruirá el hígado. —Por piedad, no le mencionó cómo había muerto Laurencio abuelo—. Tendremos que proceder cuando Lope no nos vea. Es imperativo que ignore el destino de las bebidas.

—Se pondrá furioso cuando descubra que las hemos quitado.

—Mejor furioso que ebrio y enfermo.

—Sí, hija, pero no me queda fuerza para lidiar con un Lope enojado.

—Lo haré yo, doña Florbela.

—Quieres ayudarlo —declaró, y la miró fijamente.

—Sí. Es lo menos que puedo hacer. Él ha sido el mejor de los amigos. Debéis estar orgullosa de vuestro hijo.

—Lo estoy, querida. Es su padre el que no lo está, y eso siempre ha significado una gran pena para mí y para Lope.

—Todo cambiará de ahora en adelante.

—Dios te oiga, hija mía.

Emanuela abandonó la silla y cargó la bandeja hasta la cama. La acomodó sobre las piernas de la mujer, que observó el contenido con desconfianza.

—Doña Florbela, si deseáis recuperar la vitalidad, debéis comer más y mejor.

—A veces, hijita, no tengo ganas de nada, ni... —La mujer se interrumpió, y Emanuela le apretó la mano. Unos segundos más tarde, doña Florbela elevó el rostro; había decisión en su semblante—. Hagámoslo, Manú. Escondamos las botellas. Lope me informó ayer que viajará a Asunción para ocuparse de una carga de yerba y algodón. Aprovecharemos su ausencia para vaciar la casa de bebidas.

—Así lo haremos, señora. Ahora, comed, por favor. Hacedlo por Emanuelita y Milagros, que tanto os quieren.

La mujer se llevó un trozo de morcilla y, aunque empezó masticándolo con difidencia, acabó disfrutándolo.

—Tu vestido es muy bonito, Manú. Ese color verde cardenillo le sienta bien al color de tus ojos.

—Era de mi madre, señora.

—Es una prenda muy fina, pero ¿no tienes otra?

—Tengo otro vestido, uno rosa, pero no puedo usarlo ahora que... Me ajusta demasiado en la cintura.

—Ya veo. Pues tendremos que confeccionarte algunos.

—¡Oh, no! ¿Para qué? Dentro de tres lunas... quiero decir, tres meses, nacerá mi hijo y esos vestidos se perderán.

—Los achicaremos después, si eso tanto te mortifica. Pero quiero que tengas más vestidos, Manú. Así lo querría si fueses mi hija.

—Gracias, señora. Pero no quiero que, además de todo lo que hacéis por mí, gastéis dinero para confeccionarme un vestido.

—¡Sonseras! —desestimó la mujer—. Manú querida —dijo, y la inflexión en la voz presagió que abordaría una cuestión delicada—. No quiero que pienses que soy una cotilla, pero necesito hacerte una pregunta.

—La que vuesa merced desee, doña Florbela —respondió con más valor del que albergaba; el corazón le batía, fuerte, en el pecho.

—Y tampoco quiero que te ofendas.

—No lo haré.

—¿Es mi hijo el padre del tuyo?

Emanuela frunció el entrecejo y ladeó la cabeza.

—¿Lope? —La mujer asintió con cautela—. ¡Oh, no! Lope es para mí como un hermano. Además, él está casado y yo jamás... —guardó silencio al recordar que Aitor también lo estaba.

—¿El padre del niño sabe que estás por darle un hijo? —Emanuela asintió—. ¿Te abandonó cuando lo supo?

—No.

—¿Lo aceptó?

—Sí, estaba feliz con la noticia.

—¿Qué sucedió, entonces?

—Yo lo abandoné cuando me enteré de que estaba casado. Me lo ocultó. Me enteré por terceras personas.

—Lo siento, Manú. —La mujer le acarició la mejilla y la miró con una dulzura que le recordó a la de su *sy*, y eso bastó para que las lágrimas fluyesen sin cesar—. No llores, mi niña. Tu hijo será una bendición para ti y para esta casa. Será amado tanto como Emanuelita y María de los Milagros.

—Gracias, señora —sollozó Emanuela, y le besó la mano—. No sabéis lo que significan para mí vuestras palabras. Gracias por no condenarme.

—¿Cómo podría? Nuestro Señor Jesucristo dice que no debemos juzgar si no queremos ser juzgados.

—Algunos lo hacen, juzgar duramente a los demás. Tal vez no tengan miedo de ser juzgados porque se consideran libres de culpa.

—Quien esté libre de culpa, que arroje la primera piedra.

Emanuela ahogó una risita y volvió a repasarse los ojos mojados.

—¿Por qué no habremos recibido noticias de San Ignacio Miní? —preguntó para cambiar el tema y mudar el ánimo—. Le escribí a mi *pa'i* Ursus pocos días después de llegar aquí y nada hemos sabido aún.

—Lo extraño es que ni siquiera haya enviado un billete para avisar que ha recibido tu carta. Lo más probable —concluyó doña Florbela— es que esté de viaje. No hay otra explicación.

* * *

Lo sacaron del ensimismamiento las risotadas de Hilario Tapary, un guaraní que, junto con Ambrosio Corvalán, un peninsular que se proclamaba minero, se habían unido al grupo que formaban él y su gente. Los habían hallado medio desfallecidos de hambre y sed un par de leguas antes de cruzar el río Uruguay. Los Marrak —Melor, Ruan y Conan—, mineros de la zona de Cornualles, que habían interrogado a Corvalán, aseguraban que el hombre entendía de metales y de su extracción, en especial de la plata. Aitor no se fiaba, y los mantenía bajo vigilancia. Jamás les permitía hacer guardia durante la noche, pese a que el guaraní y el español se ofrecían.

Corvalán y Tapary eran socios; el primero sabía cómo arrancar la plata de la veta y Tapary conocía la ubicación del metal. Se lo había confesado en su lecho de muerte el encomendero al que había servido desde pequeño. La mina se hallaba en la Gobernación del Tucumán, en la jurisdicción de San Luis.

—Está en el Cerro de las Invernadas —había especificado el indio.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué no la explotaron? —se interesó Aitor.

—Porque no basta con hallar la mina, señor Almanegra —había declarado Corvalán—. Para extraer el metal se necesita mucho dinero, y yo no conseguí a nadie dispuesto a confiar en mi hazaña.

Aitor fijó sus ojos amarillos en el español y guardó silencio. El hombre acabó por bajar el rostro, intimidado. Quería que le temiesen, todos ellos. «Que te teman, sí», había acordado Conan Marrak, «pero que te respeten también. Si te temen sin respeto, te odiarán, y jamás podrás dormir tranquilo».

Después de una conversación con los Marrak, había decidido que ofrecería a Corvalán y a Tapary trabajar en la mina de estaño. Tiempo atrás lo había hecho con el resto de la comitiva: Lindor Matas, su padre, Ismael, su madre, Delia, y su hermana, Aurelia; con Sancho Perdías, Rosario Contreras y Carlos Frías; con el esclavo Ciro y el peninsular Manuel. Todos habían aceptado seguirlo en su aventura.

—Nunca es suficiente la mano de obra para llevar adelante el trabajo de una mina —había asegurado Melor Marrak, padre de Conan y hermano de Ruan—. Cuantos más seamos, mejor.

Confiaba en los Marrak y también en Lindor e Ismael Matas. Se mantenía atento con Frías, Perdías y Contreras, que si bien habían arriesgado el pellejo para sacarlo de prisión, el instinto, que tantas veces lo había salvado en la selva, le señalaba que no se relajase del todo con ese trío de militares fugados. En cuanto al peninsular Manuel, que se apellidaba López, era el muchacho más callado y tímido que Aitor conocía, aunque muy diligente y servicial, nunca se quejaba y siempre se mostraba dispuesto a echar una mano o a realizar las tareas. Debía de ser un poco mayor que él, pero su semblante de niño asustado lo hacía sentir viejo. Se preguntaba si las miradas fugaces que le había visto echar a Aurelia hablaban de un sentimiento que crecía dentro de él; la muchacha, por su lado, lo trataba con la misma frialdad que destinaba a los demás. El que había resultado una joya era el esclavo Ciro, y Aitor se felicitaba por haberlo aceptado en su variopinto grupo. Era el primero en levantarse y el último en acostarse, ayudaba a las mujeres con las tareas domésticas y, cuando llegaban a un río o a un arroyo, le lavaba las pocas ropas con las semillas del *ybaro* o árbol del jabón, que producían espuma en contacto con el agua, o con las raíces de la mandioca.

Aitor extendió su cacharro, y Aurelia le vertió un poco más de café. Estaba habituándose al amargo brebaje desde que la yerba se había acabado semanas atrás. Se había negado a comprar en el último puesto en parte porque no quería hacerse ver —después de todo, era un prófugo de la justicia— y también porque no quería gastar un cuartillo del dinero que le había dejado don Edilson Barroso.

—¿Por qué se dirigen hacia el norte? —La voz de Aitor acalló los bisbiseos y las risas.

—Hilario —tomó la palabra Corvalán— está buscando a su familia, que vive en una reducción de franciscanos.

—En Itapé —aclaró el indio.

—Y yo —prosiguió el español— me dirijo al Brasil, a la zona de las minas. Dicen

que pagan buenos jornales.

Aitor escupió a un costado e insultó, y su actitud desconcertó a todos.

—Los mamelucos —dijo, y se refería a los portugueses— son felones como una yarará.

—Estuve en Potosí —explicó el hombre, con resquemor— y los compatriotas de allá no me trataron como a un buen cristiano.

—Los peninsulares venden a su madre por dinero, lo mismo que los mamelucos.

En el mutismo que siguió solo se escuchaban el crepitar de los leños y los chillidos de los animales nocturnos. Los iris de Aitor descollaban como brasas ardientes a la luz del fogón, y Corvalán, después de unos instantes, rompió el hechizo que parecían lanzarle esos ojos amarillos y bajó la vista. Como siempre que ese hombre lo miraba de hito en hito, tenía la impresión de que pretendía arrebatarle el alma.

—No todos los peninsulares tenemos mala entraña, señor Almanegra —se atrevió a expresar.

—Llámeme solo Almanegra. Mi gente y yo —continuó sin pausa— nos dirigimos hacia una zona donde hay una mina de estaño que me pertenece. —Tapary y Corvalán elevaron las cejas—. Les ofrezco trabajar en ella.

—¿De estaño? —Corvalán no fue capaz de esconder el timbre de desprecio.

—Sí, de estaño —intervino Melor Marrak al advertir el gesto encolerizado de Aitor—. Se trata de un metal muy requerido, en especial para la fabricación de armas.

—Sí, claro. ¿Dónde se encuentra?

—¿Por qué pregunta? —lo encaró Aitor, muy celoso de la ubicación de la mina; solo le había mostrado el mapa a los Marrak y dormía con él bajo la cabeza—. Yo lo conduciré hasta la mina, que está mucho más cerca que las del Brasil. Si está interesado, dígalo. De lo contrario, mañana por la mañana seguirá su camino y nosotros, el nuestro.

—¿Cuánto es la paga que ofrece, señor... Almanegra? —se corrigió Hilario Tapary.

Aitor no habría sabido qué contestar a esa pregunta si los Marrak no le hubiesen explicado el sistema por el cual se compensaba a los mineros.

—Un real por jornada de trabajo y cuatro maravedíes por cada onza de mineral extraído, cualquiera que sea su ley. —Se sentía importante agregando esa expresión, «cualquiera que sea su ley», la cual, a decir verdad, entendía a medias. Sabía, gracias a Conan, que tenía que ver con la calidad del estaño; al parecer, no todo el estaño que la tierra donaba poseía la misma pureza.

Tapary y Corvalán intercambiaron miradas y asintieron.

—Aceptamos —manifestó el español.

—Además, les ofrezco comida y protección.

—Confiamos en vueseñoría, Almanegra.

Aitor profirió una risotada tan inesperada que sobresaltó a la mayoría.

—Pero no debería, Corvalán. No debería —insistió, y reveló los colmillos puntiagudos al sonreír—. Los míos me desprecian porque aseguran que soy un luisón.

—¡Dios nos libre y nos guarde! —masculló Tapary, y se hizo la señal de la cruz.

Aitor volvió a carcajear ante la reacción del guaraní.

—¿Qué es un luisón? —quiso saber Corvalán.

—Pregúntele a su amigo Hilario —dijo Aitor—. Él sabrá explicarle. —Saltó en pie inopinadamente, con la agilidad y la flexibilidad con la que manejaba su cuerpo—. Frías, Matas, ustedes empezarán con la guardia esta noche.

—Sí, Almanegra.

Se alejó hacia el arroyo para orinar. Y para pensar. En ella, en Emanuela. Elevó la vista al cielo. La luna creciente encandecía en el cielo negro y sin nubes.

—Jasy —susurró, y detestó que le fallase la voz. A veces, como en ese momento, en que la recordaba tensa, los ojos enormes y azules fijos en él mientras la desvirgaba, le sucedía que la voz le fallaba, y que las emociones lo dominaban, lo debilitaban, y la odiaba. Odiaba amarla y necesitarla con esa ansiedad que le carcomía las vísceras, le aceleraba la respiración y le quebraba la voz. Odiaba que ella no lo necesitase con la misma pasión. Había vuelto a abandonarlo, se había ido sin importarle cuál era su suerte. Según Aurelia, la noticia de su encarcelamiento la había destrozado. Él dudaba, pues se había fugado y ni siquiera le había dejado una carta. ¿Se entregaría a Lope? ¿Claudicaría a sus ofrendas de amor? «*Quiero que comprendas algo: una cuestión fue haberme ido del pueblo sin haberte esperado porque estaba rabiosa de celos y de dolor, y otra muy distinta habría sido entregarme a otro. ¿Crees que podría soportar sobre mi cuerpo las manos de uno que no fuese mi adorado Aitor?*» ¿Le creía? Después de todo, le había prometido que no volvería a apartarse de él y lo había hecho. Apretó los puños. Degollaría a Lope y no le importaría convertirse en un Caín.

Soltó el aliento con un sonido exasperado. ¿Hacía cuánto que no la veía, que no la estrechaba en sus brazos, que no le hacía el amor? Conan, que, meticuloso como era, le seguía la huella al tiempo y tomaba nota en un cuaderno, el día anterior le había dicho que era 20 de agosto. A él, los blandengues lo habían apresado el 14 de marzo, y la tarde de ese día había sido la última junto a su Jasy, una tarde amarga, en la que ella le había dicho: «*Vete, Aitor. Vete y no vuelvas más. No soporto siquiera el sonido de tu voz*». Después de más de cinco meses desde la conversación que habían sostenido esa tarde, las palabras que evocaba con claridad eran esas: «*Vete y no vuelvas más*».

Cinco meses sin su Jasy. El viaje se había prolongado. Las primeras leguas se habían convertido en un martirio, con la milicia tras ellos y las mujeres que lentificaban la marcha, más allá de que no se arrepentía de haber permitido que los acompañasen. Gracias a ellas, siempre tenían una comida caliente, café y un pan muy sabroso que cocinaban sobre los rescoldos y al que llamaban jallullo. Les habían

confeccionado unos almofrejes, donde guardaban la cama de camino y otras pertenencias, y les remendaban la ropa que tan a menudo se rasgaba a causa de las ramas y las espinas, pues, para evitar las rutas que se encontraban plagadas de soldados, andaban por senderos agrestes y caminos de sirga.

Sí, el viaje se había prolongado, pero estaban a treinta leguas de *Orembae*, y ya podía saborear el reencuentro con Emanuela. Se le notaría el embarazo. La imagen de su Jasy con el vientre hinchado arrasó con la rabia y el resentimiento. Una calidez se propagó por su pecho y lo impulsó a sonreír a la nada. ¡Cuánto ansiaba verla desnuda, tomarla como los animales, mientras su mano le sostenía el vientre, sostenía al hijo de los dos!

—Oh, Jasy —se estremeció, mientras las escenas de las cópulas compartidas se sucedían y le provocaban una erección. Se alivió de prisa y cayó de rodillas, la cabeza echada hacia delante, el corazón alborotado, la garganta tiesa y la sensación de vacío expandiéndole el hueco en el pecho que dolía y ardía desde que ella lo había abandonado.

Un alboroto en el campamento lo puso en guardia. Se ajustó los pantalones y corrió en dirección al fogón. Enseguida distinguió a una muchacha, muy joven, no más de quince o dieciséis años, que temblaba junto al fuego. Aurelia le echaba una manta encima y Delia le ofrecía una taza de café. Los hombres, agrupados frente a ella, la contemplaban con la actitud de quien está presenciando una aparición.

—¿Qué sucede aquí? —La voz de Aitor los sobresaltó; como era habitual en él, se había aproximado con el sigilo de un felino.

—La encontramos echa un ovillo a orillas del arroyo cuando fuimos a lavarnos —barbotó Aurelia—. Oímos un gemido y ahí estaba la pobrecita. No ha dicho palabra.

Aitor se aproximó y la estudió al favor de la luz del fogón. A juzgar por los rasgos, era guaraní.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en su lengua.

La muchacha elevó la vista y lo observó como si acabase de despertar de un sueño profundo. Se echó hacia atrás, ajustó la manta y lloriqueó. Delia se acuclilló junto a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—No temas. No te hará ningún mal.

La joven la miró y sacudió la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —insistió Aitor en guaraní.

—Lucía Paicá —susurró.

—¿Paicá? —repitió Aitor, y la muchacha asintió sin mirarlo—. Eres de San Nicolás —afirmó; había reconocido el apellido, que pertenecía a uno de los caciques importantes de esa doctrina. La muchacha asintió de nuevo.

En San Nicolás había nacido la sublevación de los guaraníes en contra de la mudanza a otras tierras. El pueblo se hallaba lejos, a unas nueve leguas hacia el norte por el camino que ellos seguían; lo conocía bien de sus años como aserrador. En una oportunidad, el capellán, el *pa'i* Carlos Tux, le había permitido dormir en las barracas

cuando hachaba en los alrededores. Dudaba de que lo recordase.

Aitor sujetó el mentón de la muchacha, que lo miró con miedo, pero no apartó la cara. Se la estudió, moviéndola hacia uno y otro lado.

—¿Quién te ha golpeado?

—Un hombre.

—¿Quién?

—Uno que, con engaños, me sacó de mi pueblo.

—¿Para qué?

—Para entregarme a los soldados portugueses.

—¿Un hombre de tu pueblo?

—No. Llegó tiempo atrás cuando comenzó la sublevación.

—¿Por qué quería llevarte con los portugueses?

La muchacha agitó los hombros y bajó el rostro.

—Estoy perdida —lloriqueó—. Logré escaparme, pero me perdí.

—Mañana por la mañana, te llevaré de regreso a tu pueblo.

Lucía Paicá elevó la vista y lo contempló con devoción.

* * *

Aitor presionó al grupo, que mantuvo un paso constante y rápido, aun las mujeres, que cabalgaron a sentadillas sin quejarse. Lucía y Aurelia compartían la montura y, si bien no hablaban la misma lengua, se comunicaban con gestos. Lo complació que su gente estuviese a la altura cuando él lo exigía. Quería llegar cuando antes a San Nicolás, devolver a Lucía Paicá y seguir viaje a *Orembae*. Evitaría entrar en el pueblo porque corría riesgo de encontrarse con sus hermanos, Bartolomé, Fernando y Marcos, o con su sobrino, Laurencio nieto.

Durante un alto que se permitieron para hacer sus necesidades y comer, Aitor sonsacó a Lucía acerca de la situación en la doctrina.

—¿Hay personas de otros pueblos?

—Había, pero casi todos partieron.

—¿Cuántos quedan en San Nicolás?

—Dos de Santos Mártires del Japón y Laurencio Ñeenguirú, el demonio que me tendió la trampa, que es de San Ignacio Miní. Pero me ocuparé de que nunca vuelva a poner pie en mi pueblo.

Aitor asintió con aire flemático. Giró y se alejó lentamente, impresionado por la revelación de la muchacha. Se reprochó no haberlo liquidado años atrás. Solo pensar que esa alimaña hubiese deseado a su Jasy constituía motivo suficiente para que lo degollase. El malparido estaba en tratos con los bandeirantes, los verdugos de su pueblo. Merecía una muerte lenta y dolorosa.

—¡Hijoputa! —masculló—. ¡Pedazo de mierda!

Una idea fue tomando forma durante la última legua. Pediría autorización al *pa'i*

Tux para dejar al grupo en la misión y seguir solo a *Orembae*. Necesitaba enfrentar a Emanuela sin la carga que suponía arrastrar a esa gente. Quería sentirse ligero y sin ataduras. No sería fácil convencerla; no le concedería el perdón con la primera súplica. «*Por ser así, como soy, tan... alma negra, tengo miedo de volver a lastimarte*», le había confesado en Buenos Aires, y ella le había respondido: «*Y yo volveré a perdonarte*». El recuerdo de esas palabras lo hizo sonreír a la nada, hasta que otras irrumpieron en su memoria y lo sumieron en la angustia. «*¡Nunca te perdonaré este engaño! ¡Jamás!*», le había gritado, ciega de dolor y de rabia después de haberse enterado de que Olivia era su esposa, gracias a que Lope se lo había contado. ¡El diablo se lo llevara!

Fue recobrando la calma, aflojando la sujeción de las riendas y la presión que sus rodillas ejercían sobre los flancos del caballo que había pertenecido a Alonso de Alarcón, un espléndido alazán, al que había bautizado con el nombre de Creso, el cual enseguida percibió que la energía violenta de su amo mermaba y por eso disminuyó la velocidad. Aitor lo dejó hacer, le había exigido demasiado.

«¿Por qué tengo que pedirle perdón?», se cuestionó. Después de todo, había desposado a Olivia para permanecer en el pueblo y conocer su paradero. La culpa era de ella, que lo había dejado, impulsándolo a beber, a emborracharse y a confundirla con Olivia. Emanuela entendería cómo se habían dado las cosas. Era hora de acabar con el berrinche. Le importaba bien poco eso de convertirse en lígaso, o bígalo, no recordaba la palabra. Lo que fuese, carecía de importancia. Olivia no era su esposa; jamás lo sería, y lo traía sin cuidado lo que dijese los *pa'i* o el mismísimo rey, que, por otra parte, era un imbécil; había que ver el acuerdo ridículo que había firmado con el Portugal.

Apenas entraron en San Nicolás, Aitor percibió el clima de desorden que reinaba. No era el mismo pueblo que había visitado años atrás. Se olfateaba el relajó. La comitiva atrajo la atención y, antes de que llegasen a la plaza principal, un grupo de indios cubiertos por capas de plumas, lo que hablaba de su jerarquía dentro de la doctrina, formó una columna frente a ellos. Aitor levantó la mano y su gente detuvo los caballos.

—Buenas tardes, hermanos —saludó, y los hombres, difidentes, no le contestaron—. Mi nombre es Almanegra y les traigo de regreso a una de las vuestras, a Lucía Paicá.

Una exclamación angustiosa se alzó de entre la multitud que rápidamente formaba corro en torno a ellos. Una mujer rompió filas y se detuvo frente al caballo de Aitor.

—¿Dónde está mi hija?

—¡Madre! —Lucía saltó de la montura y corrió hacia la mujer, que la recibió en un abrazo y rompió a llorar.

Uno de los que formaban el cortejo de autoridades, el que vestía la capa más vistosa, incluso exhibía una corona muy acabada de plumas de flamenco, abrazó a las

dos mujeres. Segundos más tarde, un jesuita, cubierto por la tradicional sotana negra, se aproximó a paso raudo y colocó la mano sobre el hombro de la joven.

—¡Lucía, bendito sea Dios!

—¡*Pa'i!*

Aitor y su gente acabaron siendo agasajados en la sala del Cabildo. El padre de Lucía, el cacique Cristóbal Paicá, lo ponía al tanto de las últimas noticias, mientras Aitor engullía el guiso de maíz, legumbres y *mborevi*, como llamaban al tapir, su carne favorita.

—El gobernador Andonaegui —dijo Paicá—, que con tanta malicia nos ha declarado en rebeldía, aún no ha llegado con el grueso de su ejército, pero ha enviado comitivas con militares de alto rango para negociar y mantiene retenes por todas partes. Aquí vino a vernos un buen hombre, un capitán de los blandengues de Buenos Aires. Titus de Alarcón es su nombre —informó Paicá, y los demás asintieron.

—¿Anda por aquí aún? —quiso saber Aitor, simulando indiferencia.

—Tiene asiento del otro lado del río Uruguay, en la doctrina de Yapeyú, pero sabemos que sigue visitando los pueblos, buscando convencernos de que abandonemos nuestra tierra. La verdad es que él mismo no parece convencido. Estoy seguro de que todo este asunto del Tratado de Permuta le parece una gran injusticia.

—¿De dónde eres, Almanegra? —se interesó el corregidor.

—Vengo de Buenos Aires. Don Cristóbal —habló de prisa para esquivar las preguntas—, quisiera pedirle un favor, si es posible.

—Le has salvado la vida a mi hija, Almanegra. Pídemelo que desees.

Aitor, que había reparado en que la autoridad del *pa'i* Carlos Tux estaba muy menguada —ni siquiera lo habían invitado al agasajo en el Cabildo—, dirigió su petición al jefe político.

—En realidad, quienes encontraron a Lucía fueron las mujeres que viajan conmigo, Delia y su hija, Aurelia. Es a ellas a quienes debe agradecerles. Yo solo la traje hasta aquí.

—Pero de seguro desviaste tu camino para devolvérmola.

—Eso sí.

—¿Qué deseas pedirme?

—Que hospede a mi gente por unos días. No serán más de cinco, a lo sumo siete. Tengo que ocuparme de un asunto y necesito viajar solo.

—Cuenta con ello, muchacho. Los atenderemos como si fuesen de nuestro pueblo.

—Don Cristóbal —Aitor asumió un gesto de seriedad y acentuó la gravedad de la voz—, es preciso que todos ustedes sepan que fue un felón quien alejó del pueblo a Lucía con artimañas. Su hija me lo confesó. Dice que está en tratos con los mamelucos.

—¿Quién es? —exigió el hombre.

—Su nombre es Laurencio Ñeenguirú, de San Ignacio Miní.

—¡Te lo dije, Cristóbal! —saltó el alcalde de primer voto—. ¡Te dije que ese era un pillo!

—¡Un felón! —exclamó el alguacil.

—Que tu compañía, Martín, salga ya mismo a recorrer la zona. Lo quiero de nuevo aquí para ajusticiarlo.

—Como ordenes, Cristóbal.

Aitor sonrió, mientras saboreaba un trozo de tapir.

* * *

La muy zorra le había arañado la cara al intentar retenerla, y los rasguños ardían como si les hubiese echado limón. Se había equivocado con Lucía Paicá. A la muchacha le gustaba que la magrease y le diese placer tocándola entre las piernas y, sin embargo, no permitiría a los portugueses que lo hicieran, ni siquiera a cambio de piezas de tela fina ni de un peine y un cepillo de hueso. Domingo Oliveira le había propinado unas bofetadas para dominarla, y hasta parecía que le había gustado que fuese así, arisca y mal dispuesta. La habían subestimado; la chica peleó como una gata salvaje y zafó de sus captores, y por más que la buscaron en los alrededores, no la hallaron.

Ingresó en San Nicolás por el lado de la estancia, que desembocaba en la zona de las barracas y los talleres. La prudencia se imponía. Si la Paicá había regresado, probablemente lo había delatado. El pueblo aún dormía. Esperaría cerca del *cotiguazu*, la casa donde vivían las viudas, las recogidas y las huérfanas. Con suerte, vería a María Cruz, una joven viuda que, a diferencia de la Paicá, se mostraba encantada de divertir a los soldados, fueran del reino que fuesen.

Se puso alerta al notar que se había encendido una luz en el interior de la casa de las viudas. La doctrina comenzaba a cobrar vida, y poco después el encargado de despertar al pueblo, pasó cerca de él gritando:

—¡Hermanos, aún no aclara, pero hay que despertar! Tupá los guarde y bendiga. ¡Despertad! Al que madruga, Tupá lo ayuda.

Las mujeres del *cotiguazu* desfilaban en su camino hacia los baños. Si María Cruz no se presentaba en breve, tendría que marcharse. En menos de media hora, la misión sería un hervidero, y a él se le haría difícil la retirada. Se le ocurrió mostrarse abiertamente, caminar por el pueblo como si nada. Lo descartó casi de inmediato. Le creerían a Lucía Paicá, pues a él los demás le tenían mala voluntad.

Apareció María Cruz, y Laurencio nieto experimentó un instante de euforia. Se mantuvo oculto tras el tronco de un aguay, que no era especialmente grueso; de todos modos lo cubría porque nunca había desarrollado una contextura fornida. Era una de las cosas que más le había envidiado a su tío Aitor, quien se había vuelto macizo de tanto hachar y aserrar en el monte. Como si lo hubiese conjurado con el recuerdo, Aitor salió de la barraca, la que él mismo compartía con los dos de Santos Mártires

del Japón, y pasó cerca de él, en dirección a los baños de los hombres. Pestañeó varias veces, incrédulo ante la visión. No había error: se trataba de él, de su tío Aitor. Llevaba el pelo bastante más largo, le rozaba los hombros, y su gesto desplegaba la mueca de enojo que él conocía bien. Se encogió tras el tronco, cerró los ojos e inspiró varias veces hasta recobrar la calma. ¿Qué diantres hacía allí? Jamás había mostrado interés por el Tratado de Permuta; a él solo le importaba saber dónde se hallaba Manú.

Le chistó a María Cruz, que movió la cabeza hacia uno y otro lado antes de posar sus ojos en él, apenas visible tras el aguay. La expresión de asombro y miedo que se reflejó en el rostro de la viuda lo inquietó.

—¿Qué haces aquí, Laurencio? ¡Están buscándote!

—¿Por qué?

—No te hagas el pícaro conmigo. Esa presumida de Lucía Paicá regresó ayer al mediodía y te acusó con su padre y los otros del Cabildo. El cacique Cristóbal enseguida envió una compañía a buscarte.

El corazón de Laurencio volvió a dispararse, y un malestar se le asentó en el estómago.

—Tienes que irte, o te atarán al rollo y te darán guascazos hasta que sueltes el último suspiro. Así lo ha dispuesto la autoridad.

—¿El *pa'i* Carlos?

—No, qué va. Ese pobre diablo ya no cuenta. Tiene miedo hasta de decir misa. Lo dispusieron el corregidor y todos los demás.

—¡Mierda!

—¿Pensaste que esa vanidosa de la Paicá estaría tan dispuesta como yo a divertirse con tus amigos los soldados? Te lo advertí, Laurencio. Te dije que esa no lo haría.

—Sí, lo hiciste. Maldigo el instante en que no te hice caso.

Laurencio se retrajo súbitamente tras el árbol al divisar la figura de Aitor. Aunque no le hubiese visto el rostro, lo habría identificado gracias a su caminar inconfundible, como si pretendiese arrollar cuanto se interpusiese en su camino.

—¿Quién es ese, el que está saliendo del baño de hombres?

—Ese es el que encontró a la Paicá perdida en el monte y la trajo de regreso. Se llama Almanegra.

—¿Almanegra? —A punto de revelar que ese no era el nombre de su tío, calló.

—Está al frente de un grupo de hombres y mujeres, la mayoría blancos, que viajan hacia el norte.

—¿Dijo para qué se dirige hacia el norte?

—Si lo dijo, no me llegó el chisme. Desde aquí no has podido verlo bien, pero tiene el rostro tatuado y un par de ojos amarillos que da miedo. Ojos amarillos — insistió —, como los del lobisón.

—Sí, como los del lobisón —repitió Laurencio nieta, mientras seguía la figura de

su tío, que se alejaba en dirección a las barracas—. ¡Tengo que marcharme! — reaccionó de pronto.

—¡Llévame contigo, Laurencio! —Ante la mirada dubitativa del muchacho, la mujer arremetió—: ¡Me lo debes! A diferencia de la Paicá, siempre me he mostrado dispuesta a complacer a tus amigos.

—Te gustaba hacerlo —le recordó.

—Sí, pero jamás te pedí nada por hacerlo, y no creas que no me di cuenta de que esos te pagaban por acostarse conmigo. Nunca te pedí nada a cambio. Ahora te pido que me saques de aquí. No soporto estar en el *cotiguazu* con esas estúpidas.

Laurencio la estudió, mientras se acariciaba el mentón. Tal vez María Cruz le serviría más como informante y espía que como prostituta.

CAPÍTULO III

Ignacio de Loyola insistía en sus escritos, en especial en *Ejercicios espirituales*, acerca de la necesidad de templar el carácter y de someter las pasiones antes de que se descontrolasen y reinasen sobre la prudencia y la serenidad, virtudes indispensables para un jesuita. Ursus se acordaba de esto con pesar, resignado a la exaltación en la que se encontraba desde que había iniciado el viaje hacia *Orembae*. Habría azuzado al par de mulas que arrastraba la carreta que cargaba con Malbalá, Ñezú, Vaimaca, Juan y Bruno Ñeenguirú. En cambio, se dominaba y, montado en su caballo, mantenía las riendas tirantes para evitar que el ruano se disparase; después de años de cubrir el trayecto a la carrera, el animal no comprendía por qué su dueño lo sofrenaba.

Se había enterado de la presencia de Manú en casa de los Amaral y Medeiros a finales de junio, al leer la carta para Aitor, la que Ederra le había confiscado a Justicia. Casi dos meses más tarde, por fin iría a verla. Se había encontrado con una esquila de Manú al volver de Asunción, donde le confirmaba que estaba bajo la tutela de Lope y de doña Florbela. Habría corrido a verla. Después de esos años de ausencia, saber que la tenía cerca había evidenciado cuánto la echaba de menos, cuánto necesitaba de su alegría y afectuosa disposición.

La visita a *Orembae* se había pospuesto por diversas razones. La primera había sido que, al regresar después de varios meses de ausencia —el viaje a Córdoba era siempre largo y tedioso—, encontró al pueblo convulsionado y al padre van Suerk y al hermano Pedro, sumidos en la inquietud; hasta echaban llave a la puerta de noche, pues temían que los degollasen en sus lechos. Los hermanos Ñeenguirú —Bartolomé, Marcos y Fernando— habían regresado de San Nicolás y alborotado a la gente con sus discursos sediciosos. La presencia de Ursus, su vozarrón desde el púlpito, acompañado de sacudidas de sus manos enormes, y un par de insolentes azotados en el rollo habían bastado para devolver al redil a los insurrectos.

El que no había regresado era Laurencio nieto. ¿Qué bellaquerías estaría cometiendo? Se acordaba de la carta del capellán de San Lorenzo, Tadeo Henis, donde le confesaba que lo consideraba un malicioso y un cotilla. Su colega le había referido que se movía de un pueblo a otro, confundiendo y agitando los ánimos. Tal vez, después de todo, Aitor había tenido razón en desconfiar de él y llamarlo marica y cobarde.

—Aitor —susurró, y adelantó un poco el caballo para que no lo viesen turbado. «¿Dónde te has metido, hijo mío?» Miró hacia atrás y clavó la vista en Malbalá, a la que, por primera vez, notó ansiosa, inquieta, sonriente, conversadora. Se había abstenido de revelar que Manú se encontraba en *Orembae* hasta la tarde del día

anterior, de lo contrario la noticia la habría impulsado a correr por la selva para estrechar a la hija añorada, lo mismo que el resto de la familia, y él no podía permitir que los Ñeenguirú invadiesen la hacienda de su amigo, en especial desde que Vespaciano estaba enfermo. Él los acompañaría y decidiría quién iría a ver a Manú.

Tras haber sofocado el malestar entre las gentes de su pueblo, otra cuestión muy seria lo había mantenido ocupado: el inquisidor fray Claudio de Ifrán y Bojons ordenaba al padre van Suerk que compareciese en la ciudad de Asunción. Un intercambio frenético de correspondencia se inició entre las autoridades de la Compañía de Jesús y los curas de la misión de San Ignacio Miní, que acabó cuando el provincial Barreda ordenó al padre van Suerk que se presentase ante el inquisidor, lo cual el jesuita holandés cumplió sin dudar. Ursus, que había enviado a Damián, el mensajero de la misión, para que trajese noticias frescas, las había recibido la tarde anterior. «*La convocatoria del Santo Oficio*», le informaba van Suerk en su misiva, «*se debe al método de inoculación que empleamos cuando teníamos la viruela encima. A pesar de que sucedió hace más de tres años, la cuestión, que sigue siendo portentosa para las ánimas supersticiosas, llegó a oídos del inquisidor Ifrán y Bojons, que me exigió que le explicase de qué se había tratado el asunto. Preguntó mucho por la niña santa, a lo cual respondí que la niña blanca que había vivido entre nosotros no era santa, sino una simple niña, y que ya no se hallaba en la misión. Cuando me preguntó dónde se encontraba le informé que no lo sabía, y siempre te estaré agradecido por no haberme revelado su paradero, pues, en caso de haberlo sabido, le habría mentado y perdido la gracia de Dios, porque habría preferido eso a poner en riesgo a mi querida Manú*».

—Querida Manú —farfulló Ursus.

El final de la carta de van Suerk era desconsolador. Aunque el inquisidor le había permitido marcharse —Dios sea loado— después de una letanía de admoniciones, el provincial Barreda, que se encontraba en Asunción, le había ordenado que pasase una temporada en el Colegio Mayor, en Córdoba, «hasta que las aguas se calmasen». Ni siquiera se le permitiría volver al pueblo por sus libros y otras pertenencias. Marcharía de inmediato y dejaría a los indios sin médico, y a él, sin el compañero que había constituido un pilar de constancia y sabiduría.

Al desconsuelo causado por la carta de van Suerk le buscó un antídoto, y marchó a casa de los Ñeenguirú, la que todavía ocupaban Malbalá y su único hijo soltero, Juan, el cual, Ursus estaba seguro, permanecería en ese estado pues resultaba poco probable que alguna muchacha lo reclamase por esposo después de haber quedado desfigurado tras el paso de la viruela.

Ursus acabó restregándose los ojos ante la emoción con que Malbalá y Juan recibieron la noticia de que Manú se hallaba a menos de tres horas a caballo. Los había encontrado en la enramada; cenaban en silencio. Lo invitaron a comer del guiso, a lo cual se rehusó. Carraspeó antes de decirles:

—Mañana saldremos muy temprano hacia *Orembae*, la hacienda de Amaral y

Medeiros.

Ursus estudió la reacción de Malbalá, que mantuvo la vista fija en el suelo y la mano congelada sobre el plato que le descansaba en las piernas.

—¿Quieres que te acompañemos a *Orembae*? —repitió Juan—. ¿Quieres que le lleve un poco de música a tu amigo, *pa'i*, el que está inválido?

—Esa no sería una mala idea, Juan, pero en realidad quiero que me acompañen porque allí los espera una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —inquirió la mujer.

—Allí se encuentra Manú.

—¿Manú? ¿Mi hermana, *pa'i*?

—Sí, hijo. Manú, nuestra querida Manú.

Malbalá se cubrió el rostro y rompió a llorar. Juan, después de unos segundos de estática contemplación, volvió el rostro hacia su madre y la abrazó, hasta que la soltó, y sin dar explicaciones, se alejó corriendo para volver minutos más tarde con algunos de sus hermanos por detrás. Al cabo, aparecieron los que faltaban, además de Ñezú, Vaimaca y Palmiro Arapizandú. Todos querían ir, a lo que Ursus se opuso. En esa primera ocasión irían Malbalá, los abuelos y dos de sus hermanos, Juan y Bruno.

* * *

Emanuela se hallaba en el jardín de doña Florbela, mientras estudiaba el desarrollo de unos esquejes de mandrágora, una planta que su *taitaru* declaraba milagrosa, y eso que no era un hombre dado a las hipérboles. A unas varas, en un sitio recluso y al cuidado de dos indios, Vespaciano recibía su baño de sol en las escaras, que no estaban sanando con su último tratamiento, el jugo de llantén. ¡Cuánta falta le hacía su *taitaru*! No dudaba de que él habría sabido qué hacer para cerrar las heridas.

De rodillas junto a los esquejes, giró y se hizo sombra con la mano. Drusila corría en su dirección.

—¡Señorita Manú! ¡Señorita Manú!

Se puso de pie de un brinco y salió a su encuentro.

—¿Le sucedió algo a las niñas? —se preocupó.

—No, no. Está llegando el *pa'i* Ursus.

—¡Oh!

—Y viene con otras gentes. En una carreta.

Se recogió el ruedo de la falda y corrió a su recámara. Se quitó el mandil con manchas marrones y verdes y se estudió en el espejo. Llevaba un atuendo sencillo de saya y camisa. Se acomodó unos mechones que habían escapado al moño ajustado en la nuca y se perfumó con el unguento de almizcle de yacaré y esencia de franchipán. No necesitó pellizcarse las mejillas; el sol las había coloreado durante sus labores en el huerto. Se echó un rebozo sobre los hombros y se cubrió el vientre. ¿Qué diría su madre cuando la supiese encinta? ¿Y su *pa'i*?

Ginebra, Lope y doña Florbela, menos pálida desde que ingería la tisana de gordolobo y comía a instancias de Emanuela, se hallaban en la galería principal y daban la bienvenida a Ursus. Los Ñeenguirú, que ya habían evacuado la carreta, se agrupaban a distancia prudente y observaban la imponente casona y a las anfitrionas con gestos indescifrables, en los que Emanuela supo leer cuán intimidados y fuera de sitio se sentían. La sobrecogió un amor profundo por ellos, y la embargó una emoción que nació de la certeza de que pertenecía a ese grupo de guaraníes y de que había vuelto al hogar. Los rostros de sus seres amados se desdibujaron, y las lágrimas no tardaron en caer. Una felicidad que no experimentaba desde hacía meses la hizo correr a los brazos de su *pa'i* Ursus.

—¡*Pa'i!* ¡*Pa'i!*

—¡Hija!

Ursus abrió los brazos, y Emanuela se abandonó en ellos. El jesuita los cerró, y la joven desapareció en su torso. Le apoyó la mejilla barbuda en la coronilla, y la familiaridad del perfume de su pequeña Manú lo retrotrajo a la época en que Malbalá la acicalaba cada tarde para que tomase sus clases para ser española. Emanuela se aferraba al cuerpo robusto del hombre al que quería como a un padre y lloraba. Ursus la apartó con delicadeza y le acunó el rostro.

—No llores, mi niña.

—*Pa'i*... No puedo evitarlo —se lamentó, entre hipo— No sabes cuánta falta me has hecho.

—Y tú a mí, querida Manú.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme, *pa'i*? Te envié aviso de mi llegada hace más de un mes; ya casi dos.

—Estaba en Córdoba. ¿A ver? Déjame mirarte.

Emanuela había temido ese momento, cuando su *pa'i* descubriese que estaba encinta y sin marido. Lo decepcionaría. Los ojos oscuros la recorrieron y se detuvieron en su vientre, que el rebozo no cubría.

—*Pa'i* —atinó a susurrar Emanuela con voz ahogada—, no te enojés conmigo. Te lo suplico.

—Shhh.

—Es de Aitor —sollozó, como si la confesión la exonerase de la falta.

—Tranquila. Hablaremos después. Ahora ve a saludar a los tuyos, que están ansiosos por estrecharte en un abrazo.

Emanuela asintió, se secó los ojos y la nariz con el rebozo, se lo ajustó en torno al vientre y corrió hacia su familia, que no se atrevía a alejarse de la carreta, pero que la aguardaban con sonrisas y mentones temblorosos.

—¡*Sy!* ¡Cuánto te eché de menos! ¡Cuánta falta me hiciste!

La mujer, incapaz de hablar, la apretaba contra su pecho y la besaba en la sien. Emanuela se apartó para caer en brazos de su *taitaru*, luego de su *jarýi* y de sus hermanos, Juan y Bruno.

—Te prometí que volvería —le recordó a Bruno, que sonreía y se quitaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Aquí estoy. He regresado. ¿No has traído a tu esposa?

—Mi *pa'i* solo nos permitió a nosotros venir. Nos dijo que esta era la casa de un enfermo, y que no podíamos invadirla en tropel.

Vaimaca la separó del abrazo de Bruno y le miró el vientre hinchado, sobre el cual colocó la mano de dedos sarmentosos. Emanuela percibió el calor que la penetraba y la reacción de su hijo, que saltó dentro de ella.

—Vas a darle un machito —aseveró la anciana—. ¿Lo sabe? Que estás preñada. —Emanuela asintió—. Debe de estar loco de felicidad.

—Lo estaba. Lo estábamos los dos. Después supe que me había engañado de nuevo y lo dejé.

Malbalá le despejó la frente de unos mechones húmedos de sudor y lágrimas.

—Dime, Manú, ¿dónde está Aitor? Hace tantas lunas que no sabemos nada de él.

—¿No regresó a San Ignacio?

Malbalá negó con la cabeza. La noticia la alivió; después de todo, no había vuelto con Olivia. Pero, ¿dónde se encontraba, entonces?

—¿Sabes algo de él? —insistió la abipona.

—Ahora no, *sy*. Primero quiero presentarlos con la señora de la casa, su nuera y su hijo. Ellos me han acogido con el más tierno de los afectos.

Los Ñeenguirú se mostraron cortos de genio e intimidados, y Emanuela recordó cuánto detestaba Aitor saberla rodeada del ambiente español, qué inseguro y marginado se sentía. Su familia no se habría atrevido a trasponer la contraventana de la galería y entrar en la sala de no haber mediado la exquisita disposición de Lope, que les hablaba en su lengua con una cordialidad y una reverencia que otros habrían destinado exclusivamente a personas regias, de una alcurnia superior. ¡Cuánto lo quiso Emanuela en ese momento! Incluso a Ginebra, que tomó del brazo a Malbalá y le suplicó que entrase pues quería mostrarle un repostero que estaba tejiendo en un telar.

—Manú me ha dicho que usted es una tejedora sin igual.

Malbalá esbozó una sonrisa de labios apretados y traspuso el umbral con la desconfianza de un animal que jamás se ha relacionado con los seres humanos.

—Gracias, querido Lope —susurró Emanuela, y le apretó la mano.

También experimentó un profundo cariño por la dueña de casa, quien, llegada la hora del almuerzo, decidió acomodar a los Ñeenguirú en la mesa principal, siendo que los indios de los Amaral y Medeiros comían en la cocina o en los puestos del campo. Se trató de una comida tensa, en la que los esfuerzos de los anfitriones, del padre Ursus y de Emanuela por relajar a los convidados no dieron frutos. La cuestión idiomática no ayudaba, pues, para no dejar fuera a la anfitriona, se hablaba en castellano, y pese a que Lope y Emanuela traducían para los Ñeenguirú, el diálogo se volvía afanoso y cortado.

A pesar de los manjares que desfilaban bajo sus narices, los Ñeenguirú apenas tocaban la comida, y aun Bruno, que era un tragaldabas, comía como un pajarillo.

—¿Cómo se encuentra mi amigo Vespaciano? —quiso saber Ursus.

—¡Tanto mejor, padre Ursus, tanto mejor! —exclamó doña Florbela—. Y todo gracias a nuestra querida Manú, que, desde que llegó, lo cuida como si se tratase de su padre. Las mejorías son enormes. Coloca sus manos sobre él y lo sana. Cada día, lo sana. —La mujer calló al percibir la sombra que cruzó la expresión del jesuita, que de sonriente se tornó súbitamente seria.

—¿Cómo está el padre van Suerk, *pa'i*? —intervino Emanuela para salvar el momento incómodo.

—Ay, hija. No tengo buenas noticias. El padre Johann ha debido dejarnos.

—¿Por qué?

—El Santo Oficio lo convocó por lo de la inoculación que hicimos cuando lo de la epidemia de viruela.

—¿Está preso? —preguntó Lope, pues Emanuela había enmudecido.

—No.

—Bendito sea Dios —masculló la joven.

—Pero el padre Barreda juzgó prudente alejarlo de la doctrina por un tiempo. Lo destinaron a Córdoba. —Ursus volvió el rostro hacia Emanuela—. Me dijo Johann que el inquisidor le preguntó insistentemente por la niña santa.

Emanuela bajó la vista y apretó los puños bajo la mesa. Enseguida experimentó una tensión en el vientre y apoyó las manos para calmar a su hijo.

—Por eso, hija —habló el jesuita con una nota de desesperación—, te imploro que te cuides.

—*Pa'i*, ¿cómo puedo quedarme de brazos cruzados cuando sé que puedo ayudar al padre del hombre... —Se detuvo a tiempo, antes de completar «que amo»—, del amigo que me ha cobijado cuando más lo necesitaba?

—Manú, lo primero que cuenta eres tú —manifestó Lope—. Que te preserves de todo mal, eso es lo único importante. —Había tanta pasión en su discurso y en la manera en que sus ojos azules la contemplaban, que ni siquiera para los Ñeenguirú, que, excepto Juan, no comprendían una palabra, pasó inadvertido que el dueño de casa estaba enamorado de ella.

—No, Lope. Dios me ha dado este don para ayudar a mis semejantes, que no a mí. Debo usarlo.

—Eres terca como una recua de mulas —se lamentó Ursus.

—Lo siento, *pa'i*.

—Juan —intervino Lope en guaraní—, siempre nos cuenta el *pa'i* Ursus lo gran músico que eres. —Tradujo para su madre, y la mujer levantó las cejas, sorprendida—. Después podrías tocar algo para nosotros, si trajiste tus instrumentos.

—Traje mi violín y mi tiorba.

Lope tradujo y a doña Florbela se le iluminó el rostro con una sonrisa.

—¿Tocaréis para nosotros, señor Ñeenguirú? —le pidió la mujer.

—Con todo gusto, señora —contestó en castellano.

—Señora Malbalá —habló de nuevo doña Florbela—, desde que llegasteis he querido felicitaros por vuestro hijo Aitor. —La anfitriona miró a Lope y esperó a que tradujese—. Tiempo atrás, le salvó la vida a mi único hijo y, días más tarde, la mía.

Pocas veces Emanuela había visto esa expresión de sorpresa en el rostro de su sy, tan hábil en ocultar los sentimientos y sus opiniones.

—Sepa —prosiguió la señora— que Aitor es muy querido por mí y por mi esposo.

La piel oscura de Malbalá adoptó una tonalidad encarnada. Lope, Ursus y Emanuela intercambiaron miradas elocuentes.

* * *

Después del almuerzo, los Amaral y Medeiros se retiraron a descansar y les permitieron a los Ñeenguirú compartir un momento en familia. Doña Florbela se ocupó de que les sirviesen tisanas y bajativos antes de marchar a los interiores.

Hablaron de las mascotas de Emanuela —la chancha Timbé, ya muy envejecida, el carayá Miní, muy apocado, y la dulce perrita Porã—, a las que Juan había querido cargar en la carreta y a lo cual su *pa'i* Ursus se había opuesto.

—¿Dónde está Aitor, Manú? —exigió saber Malbalá.

—No lo sé, sy. Lo vi por última vez la tarde del 14 de marzo, cuando lo enfrenté para preguntarle si era cierto que había desposado a Olivia. —Malbalá ocultó la mirada y se restregó las manos—. Sy, no quiero que te atormentes por cuestiones que no son tu responsabilidad.

—Sí que lo son —susurró la mujer, y elevó el mentón y contempló a Emanuela con una mirada penetrante; había desafío en sus ojos oscuros y sesgados.

«¡Qué bella es!», se asombró Emanuela, como si la viese por primera vez, y comprendió la infatuación que debió de haber despertado en Amaral y Medeiros.

—Aitor es como es a causa de lo que sufrió desde niño.

—Aitor es como es, y basta —sentenció Vaimaca—. Manú, dices que esa fue la última vez que lo viste.

—Así es, *jarýi*. Esa noche... Él se dedicaba al contrabando. —Había pronunciado «contrabando» en castellano; desconocía la palabra en guaraní.

—¿Contrabando? —repitió Bruno—. ¿Qué es eso?

—Cuando se ingresan mercancías en la ciudad sin el permiso de la autoridad.

—¿Aitor hacía eso? —inquirió Juan, y Emanuela asintió.

—Su jefe era don Edilson, hermano de doña Florbela. Esa noche, la del 14 de marzo, los del ejército les cayeron encima. Aitor fue encarcelado y don Edilson murió.

—¡Santo cielo! ¡Mi hijo está preso!

—¡No, sy! —Las manos de Emanuela le sujetaron el rostro—. No está preso. Huyó de prisión. Abandoné Buenos Aires no bien me aseguré de que hubiese huido. Unos amigos muy fieles lo ayudaron. Está libre —insistió.

—Dios sea loado —susurró la mujer.

—¿Sabe Aitor que estás aquí, con la familia de Amaral y Medeiros?

—Lo sabe, *taitaru*. Antes de irme le dejé una carta.

—¿Y no se ha aparecido por acá? —se extrañó Vaimaca, y Emanuela agitó la cabeza para negar.

—¡Eso significa que algo le ha sucedido! —se angustió Malbalá—. De lo contrario, ya estaría aquí.

—En mi carta le pedí que no me buscara, sy.

—¡Ja! —se mofó Malbalá—. Como si tu pedido bastara para detenerlo. Tú y el hijo que vas a darle son lo único que cuenta para él. Derribará lo que tenga enfrente para recuperarlos. ¿Acaso no entiendes que eres la razón de su vida?

Emanuela bajó la vista y comenzó a llorar quedamente, no solo por el enojo y la impaciencia que trasuntaban los ojos fulgurantes de su madre, sino porque echaba tanto de menos el amor de Aitor que a veces le dolía el pecho, como en ese momento. Bruno la cobijó en su abrazo, y Emanuela ocultó el rostro en el pecho de su hermano.

—El viaje desde Buenos Aires, sy —explicó Juan—, es muy largo y afanoso, ya sea por agua o por tierra. Además, Aitor es un prófugo ahora. No puede mostrarse abiertamente, lo que, estoy seguro, le complica el avance.

«Un prófugo», repitió Emanuela, y el dolor en el pecho se le agudizó.

—Basta de llorar —la instó Vaimaca, y la obligó a apartarse de Bruno y a erguirse—. Mantén el buen ánimo —le aconsejó, mientras le secaba las lágrimas con el rebozo—, de lo contrario, mi bisnieto saldrá malhumorado y hosco como su padre. —Emanuela ahogó una risita—. Y se te agriará la leche. ¿Con qué lo alimentarás, entonces?

Las manos de Malbalá se dispararon hacia el vientre de Emanuela, donde se demoraron para acariciarlo y contenerlo.

—Mi nieto —susurró, emocionada.

—Aitor ya te ha dado otro —dijo Emanuela, y detestó la nota de resentimiento que le tiñó la voz.

Malbalá levantó la mirada y sonrió.

—Son dos.

¿Dos? Su madre no podía comprender el daño que acababa de infligirle con esas palabras. Siempre había albergado la esperanza de que hubiesen tenido solo un hijo, fruto de una sola traición.

—Son dos niñas. Son mellizas —aclaró.

—¿Qué? ¿Aitor tiene dos hijas mellizas?

—Así es. Se llaman...

—No quiero saberlo, sy —la interrumpió, confundida, agobiada de dolor, también

de alivio—. No quiero que me cuentes nada de... de su familia, de su esposa o de sus mellizas. No quiero... —se le quebró la voz, y Bruno volvió a abrazarla.

—No te diremos nada si no quieres saber —expresó Vaimaca—, pero creo que es justo que sepas solo una cosa: para Aitor no existe ni existirá *nunca* otra mujer que no seas tú.

* * *

Como el padre Ursus y los Ñeenguirú pernoctarían en *Orembae*, al atardecer se dispusieron las recámaras que ocuparían. Emanuela, que había creído que su familia acabaría durmiendo en las piezas del ala de la servidumbre, se emocionó cuando doña Florbela los guió hacia los interiores.

—Esta es la habitación que ocupa Aitor cuando viene a visitarnos —señaló la mujer, y Emanuela se sorprendió, pues él le había dicho que lo hacían dormir con los del servicio doméstico. Sonrió, aunque un pensamiento la perturbó: «Qué cerca está de la de Ginebra».

—Aquí dormirán Juan y Bruno —prosiguió la anfitriona—. Hace meses que no lo hace, me refiero a Aitor: hace meses que no nos visita. Espero que se encuentre bien —dijo, en dirección a Malbalá, que, luego de la traducción de Emanuela, se limitó a asentir.

Vaimaca y Ñezú se instalaron en otra recámara, y Malbalá lo hizo en la de Emanuela.

—Aquí tienes agua fresca para lavarte, sy.

—Manú, ven aquí, hija.

La mujer, cansada después de una noche de insomnio y un día de emociones, se había desmadejado en un canapé. Emanuela se sentó sobre sus calcañares, delante de ella, y recostó la cabeza sobre las piernas de su madre. Guardaron silencio, mientras Malbalá la acariciaba.

—¿Tienes náuseas por las mañanas?

—Ya no, sy.

—¿Te has sentido bien?

—Solo un poco cansada. A veces me duermo de pie.

Malbalá rio por lo bajo.

—Ah, sí. Las ganas de dormir me acompañaban durante las nueve lunas. ¿Comes bien? ¿Tienes apetito? No parece que hubieses ganado mucho peso.

—Como bien. Se me han ensanchado las caderas.

—El cuerpo se prepara para el parto.

Emanuela se incorporó y la miró con una mueca desolada.

—¿Duele mucho, sy?

—Parir un hijo es doloroso, pero pasa enseguida y no vuelves a pensar en ese dolor hasta que te encuentras de nuevo con las piernas abiertas esperando a que salga

otro. Cuando nació Bartolomé, mientras pujaba y pujaba, pensé: No permitiré que esto me suceda de nuevo, no volveré a pasar por esto. Y ya ves, tuve siete más. ¿En qué piensas, hija?

—En mi madrecita, sy, en que parió sola, a orillas del Paraná, sin que nadie la asistiese o ayudase. Debió de sufrir... —Se le cortó la voz y ocultó el rostro en el regazo de Malbalá—. No quiero que me dejes, sy. No quiero que vuelvas a San Ignacio Miní. Quiero tenerte conmigo. Quiero que estés conmigo cuando nazca el hijo de Aitor.

—No hay nada que desee más, hijita.

—Hablaré con doña Florbela. Sé que será un abuso de mi parte pedirle que te reciba, pero es que no puedo separarme de ti de nuevo. No sé cómo pude hacerlo en el 50.

—Porque estabas furiosa con Aitor y querías castigarlo. —Emanuela guardó silencio y cerró los ojos, laxa a causa de las caricias de su madre—. ¿Fueron felices antes de que supieses lo de Olivia?

—Muy felices, sy. Nunca lo habíamos sido tanto.

—No sabes la alegría que me da saberlo. Sufrió mucho desde que te fuiste.

—Yo también sufrí, sy. Sufrí tanto o más que él, porque además del dolor por haberlo alejado de mí, cargaba con la pena que me causó su traición, algo que yo jamás le hice sufrir a él. Jamás lo haría.

—Lo sé, lo sé.

Emanuela aferró las manos de Malbalá.

—Sy, ¿por qué nunca me advertiste en tus cartas de que Aitor la había desposado?

—Por la misma razón que tú nunca lo mencionabas, tesoro mío, para olvidar. Quería ayudarte a olvidarlo. Además, sabiendo lo enferma que habías estado apenas llegada a Buenos Aires, ¿cómo piensas que te habría dado semejante noticia? Habría sido como asestarte un golpe en la cabeza.

Emanuela bajó la vista y asintió. Besó las manos de su madre.

—Sy, deseo que te quedes en *Orembae* —insistió—. Lo deseo con todo mi corazón.

—Eso dependerá de doña Florbela.

—Pero también de ti. Aitor me contó quién es su padre. Lo sé todo, sy. —Malbalá emitió un suspiro y bajó la mirada—. No te juzgo, sy. Solo quiero que seas feliz. Tal vez no te sientas cómoda en esta casa.

—¿Cómo está él? ¿Cómo está Vespaciano?

—Lo encontré muy mal cuando llegué. Pero desde que me ocupo de su salud y desde que le impongo las manos, la mejoría ha sido notable.

—Dios te bendiga, hija mía. ¿Dónde lo tienen?

—En su recámara, la que está al final de la galería. Don Vespaciano sabe que le dará un nieto, el hijo de Aitor.

—¿Se lo dijiste? —Emanuela asintió—. ¿Te comprendió?

—Sí, comprende todo. Al menos, eso es lo que presiento.

—Quisiera verlo.

—Te llevaré más tarde. Ahora están higienizándolo.

Llamaron a la puerta. Era Drusila.

—Que dice el *pa'i* Ursus que la señorita Manú vaya al despacho de don Vespaciano.

* * *

Emanuela cruzaba los patios y los corredores de la casa con aire ausente, sin prestar atención a Orlando, que la seguía con ojos cargados de súplica. Reflexionaba acerca de la mejor manera de exponerle a su *pa'i* los acontecimientos que la habían orillado a abandonar la casa de la calle de Santo Cristo.

—Hija, siéntate —la invitó el jesuita, y echó el cerrojo detrás de ella.

—*Pai*. —Calló cuando Ursus elevó una mano y agitó la cabeza.

—¿Quieres hacer confesión, Manú?

—Sí, *pa'i*.

El sacerdote, que se había cubierto con la sotana de nuevo —había llegado en camisa y pantalones, los que usaba para montar—, extrajo la estola morada y la besó antes de colocársela sobre la nuca.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Anda, hija. Cuéntame todo. ¿Cómo supo Aitor dónde encontrarte?

—Juan se lo dijo. Estuvo en Buenos Aires instalando un órgano neumático para los franciscanos y escuchó hablar de la niña santa.

—Ya veo. Regresó a San Ignacio y se lo contó de inmediato a Aitor, que salió como un forajido a buscarte.

—Sí, *pa'i*.

—Y tu *pa'i* sumido en la angustia de no saber qué le había sucedido.

—Lo siento, *pa'i*.

—Sigue contándome.

Emanuela se mordía el labio y se restregaba las manos. Ursus se las cubrió con una de él y se las apretó ligeramente.

—Sabes que te quiero como a una hija y que puedes decirme lo que sea.

—Te defraudé, *pa'i*. Me entregué a él sin estar casados. Cuando lo hice, pensé que nos casaríamos, que me convertiría en su esposa. No hay... No había nada que desease más que ser la esposa de Aitor.

—Lo sé, lo sé.

—¡Perdóname, *pa'i*!

—No soy yo el que debe perdonarte, sino Nuestro Señor.

—Siempre dices que Él es misericordioso.

—Lo es, Manú.

—Pídele que me perdone.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

—Amén —masculló Emanuela, con los ojos cerrados y las manos unidas bajo el mentón, y aunque por un lado sentía alivio, la perturbaba la idea de que estaba traicionando a Aitor. «¿Le contarías a mi pa'i Ursus en confesión lo que hacemos cuando estamos solos?» «No», había sido su respuesta. «¿Por qué no?» «Porque en la confesión se cuentan los pecados, y para mí esto que tú y yo compartimos no es pecado. Nuestro amor no es pecado. Es una bendición. Tú eres una bendición para mí».

—¿Pa'i?

—Dime.

—Mi hijo no es pecado. Es una bendición.

—Por supuesto que lo es.

—Pero lo llamarán bastardo —dijo, y se le quebró la voz.

—Será amado por todos, y nadie lo llamará bastardo. —Le cubrió el vientre con la mano—. Dios lo bendiga.

—Gracias, pa'i.

—De nada, mi niña. Ahora dime: ¿qué fue lo que sucedió para que abandonases la seguridad de mi familia y vinieses a *Orembae*? Dímelo —la instó, al notar que dudaba.

—No me atrevo, pa'i.

Ursus colocó el índice bajo el mentón de Emanuela y la obligó a levantar la vista.

—¿Tan grave es que no te atreves a hablarlo con tu pa'i?

—Lo es, pa'i.

—Ederra se comportó mal contigo, ¿no es así?

—Ella... deseaba que me fuese de casa de tus padres, pa'i.

—¿Por qué?

—Estaba celosa. Sabía que don Alonso... Pues...

—Alonso, ¿qué?

—Él trató de abusar de mí una noche, la noche en que apresaron a Aitor. —Abandonó la silla y se dirigió hacia la puerta en un acto impensado. Giró y se encaminó a la contraventana, desde donde habría apreciado el jardín si no hubiese sido de noche.

—Alonso está muerto, Manú. —Se volvió bruscamente, y la acometió un ligero mareo—. Lo degollaron junto al portón de mulas.

—¡Qué tragedia, pa'i! ¡Cuánto lo siento!

—¿Aitor sabía que Alonso había intentado vejarte? ¿Se lo dijiste?

Frunció el entrecejo y ladeó la cabeza.

—No, pa'i, nunca llegué a contárselo. Lo apresaron esa noche los blandengues,

por contrabando.

—¿Aitor en el contrabando?

—Trabajaba para don Edilson. Don Alonso los delató. El mismo don Alonso me lo dijo la noche en que... se metió en mi recámara.

—¿Por qué los delataría? ¿Cómo sabía que Aitor estaba metido en eso?

—Don Alonso y don Edilson... Pues... Verás, *pa'i*, don Alonso ayudaba a don Edilson a conseguir documentos y le solucionaba cuestiones relacionadas con el tema. A cambio de eso, podíamos comprar al fiado en su tienda. Cosas muy bonitas y finas.

El jesuita guardó silencio. Miraba al suelo y se masajeaba el mentón.

—¿Dices que Aitor cayó prisionero de los blandengues?

—Sí, *pa'i*, pero unos amigos lo ayudaron a huir.

—Gracias a Dios —murmuró—. Entonces, es un prófugo.

—Sí, *pa'i*.

Ursus apoyó el codo en el brazo de la silla y se sujetó la cabeza.

—Qué descalabro —masculló.

—Lo siento, *pa'i*. Así están las cosas.

—¿Alonso...? Él no consiguió lo que se proponía contigo, ¿verdad?

—No, *pa'i*, gracias a Saite y a Orlando. —Al nombrarlo, el perro abandonó su rincón y buscó la mano ofrecida de Emanuela—. Si no hubiese sido por ellos... *Pa'i*, ¿por qué me has preguntado si Aitor estaba enterado de lo que don Alonso intentó hacerme? —Se miraron en silencio—. Crees que él lo asesinó, ¿verdad?

—No, hija, no. Pero sé que por ti, Aitor sería capaz de cualquier cosa.

Emanuela se preguntó si la conjetura de su *pa'i* Ursus sería verdad. El malestar que la había asaltado minutos atrás se acentuó. ¿Aitor habría degollado a Alonso de Alarcón?

—Te has puesto muy pálida, Manú. Ven, siéntate.

—Es todo tan triste, *pa'i*. En Buenos Aires, cuando perdoné a Aitor y volvimos a ser lo que éramos antes de su traición, fui tan feliz. Después todo comenzó a volverse oscuro, enredado. Doña Ederra quería que me casase con Murguía, a quien detesto. Tú no lo habrías aprobado, *pa'i*. No es un buen hombre.

—Confío en tu juicio.

—Murguía insistía en que me convirtiese en su esposa y, veladamente, me amenazaba con el Santo Oficio. No olvides que es familiar de la Inquisición. ¡Me sentía acorralada, *pa'i*! Doña Ederra me advirtió que si no me casaba con Murguía, tendría que ir al convento, pero que en su casa no permanecería por mucho tiempo.

El jesuita extendió el brazo y cubrió las manos heladas de Emanuela.

—Lo siento tanto, hija. Pensé que, poniéndote bajo el ala de los míos, te encontrarías tan protegida como cuando estabas conmigo. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, *pa'i*. Siempre has sido mi ángel guardián, desde el momento mismo en que llegué a este mundo. No podías prever lo que sucedió.

—¿Sabes dónde se encuentra Aitor en este momento?

—No, *pa'i*, y aunque fingí fortaleza ante mi *sy*, no sabes en la angustia que vivo.

—¿Él sabe que estás en *Orembae*?

—Sí. Le dejé una carta con Justicia.

Ursus asintió. La mentada carta descansaba en el bolsillo de su sotana.

* * *

Aunque no se sentía bien —las emociones del día y la conversación con su *pa'i* le habían drenado el vigor—, Emanuela fue a ver a don Vespaciano como hacía por las noches, antes de cenar. Se ocupaba de que comiese lo dispuesto para él, verificaba que lo hubiesen higienizado, puesto ropa limpia y que las sábanas estuviesen fragantes. Quería saberlo cómodo. Le pidió a su *taitaru* que la acompañase; quería mostrarle las escaras.

—¿Puedo acompañarte, Manú?

—Ahora no, *sy*. Lo verás mañana.

Emanuela entró en la recámara, y una sonrisa trabajosa iluminó el rostro enflaquecido de Amaral y Medeiros. Sus ojos azules y vivaces la seguían, incansables, en tanto ella daba indicaciones a los indios que lo cuidaban.

—Don Vespaciano, le presento a mi *taitaru*, Ñezú Arapizandú. —El anciano asintió a modo de saludo—. Él es un gran *paje* y me gustaría mostrarle las escaras. —Le sujetó la mano—. Apriete un poco si está de acuerdo con que mi *taitaru* lo revise. —Emanuela percibió la presión y sonrió.

Los indios lo acomodaron en la cama con gran destreza y le descubrieron las heridas. Emanuela explicó a Ñezú las medidas que había tomado.

—Sin duda, hay una mejoría, pero no terminan de sanar.

El *paje* se alejó unos pasos hacia atrás y estudió la cama. Ladeaba la cabeza hacia uno y otro lado. Se arrodilló con la flexibilidad de un joven y miró por debajo.

—Has hecho bien en poner esa batea con agua, pero la ubicación de la cama no es buena para la sanación. Esta habitación no es buena, Manú.

—¿Qué hay con ella, *taitaru*?

—El aire se estanca, es denso. Creo que habría que cambiarlo a una que dé hacia el este y que tenga muchas de esas ventanas que parecen puertas. Es preciso que entre el sol de la mañana.

—Así se hará.

Se aproximó con el paso tranquilo con el que Emanuela lo había visto desplazarse toda la vida, sin que nada lo alterase. Empezó por estudiar las escaras de los tobillos y así fue subiendo hasta dar con la más grande, la del sacro. Las observó de cerca y las olfateó.

—La carne no está podrida —diagnosticó—, pero no tiene fuerza para curar.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Miel silvestre.

—¿Miel silvestre?

—Es lo mejor. La carne empieza a cerrarse a los pocos días. Le pones una capa de miel sobre la escara y la cubres con una hoja de aloe abierta, de modo que la succulencia dé sobre la herida. Pero antes, dispón que lo cambien de habitación. No debe pasar la noche aquí. Este sitio es malo.

Doña Florbela y Lope fueron convocados a la recámara de Amaral y Medeiros y, aunque un poco desorientados e incrédulos a causa de las instrucciones del *paje*, dispusieron que se lo cambiase a la de Lope, que reunía las características exigidas.

—¿Miel, Manú?

—Lope, te confieso que a mí también me desconcierta, pero tengo fe ciega en él.

—Confía, Lope —intervino Ursus—. Johann y yo hemos visto a Ñezú operar milagros. Uno de ellos lo tienes frente a ti. —Señaló a Emanuela—. La trajimos casi muerta del río apenas nacida, y Johann admitió que no sabía qué hacer con ella. Se la dimos a Ñezú y aquí la tienes.

Dos horas más tarde, Vespaciano descansaba en la recámara de su hijo, y Emanuela admitía que un aire sereno le relajaba las facciones. Comenzarían al día siguiente con el nuevo tratamiento porque Ñezú exigió que el aloe se cortase al amanecer, cuando la sabia fluía de la raíz hacia la carne de las hojas.

—¿Cómo has estado, amigo mío? —preguntó Ursus, y tomó la mano de Vespaciano—. Veo que te tienen como a un rey, con Manú a tu disposición.

Amaral y Medeiros estiró los labios apenas para sonreír. Emanuela le llevó una silla y su *pa'i* se sentó junto a la cabecera, y mientras ella se afanaba en quemar romero, de acuerdo con la indicación de Ñezú, el jesuita le contaba a Vespaciano acerca del Tratado de Permuta y de sus consecuencias. Llegada la hora de la cena, Ursus se puso de pie, y Amaral y Medeiros no le soltó la mano; es más, la apretó con una firmeza inimaginable tan solo semanas atrás.

—Quiere que te quedes con él, *pa'i*.

—Lo haré —decidió Ursus, y volvió a sentarse.

—Haré que te traigan la cena aquí.

Emanuela se acercó deprisa a la cabecera y sostuvo la mano de Amaral y Medeiros contra su vientre.

—¿Lo siente, don Vespaciano? ¿Siente cómo se mueve su nieto dentro de mí? Lo hace siempre a esta hora.

Los ojos del inválido se anegaron y, cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas enjutas y reseca, Emanuela se las secó con el borde del mandil.

—¿Saben? —dijo, emocionada—. Ya sé cómo llamaré a mi hijo.

—¿Ya lo has decidido?

—Sí, *pa'i*. Hace tiempo que medito qué nombre debería llevar. Le pondré tres nombres, los de los hombres que más amo en esta vida. Mi hijo se llamará Octavio Vespaciano Aitor.

Aun el recio Ursus acabó moqueando, y la emoción creció cuando se dieron cuenta de que Amaral y Medeiros se esforzaba por articular. Emanuela lo obligó a beber un sorbo de chacolí y le colocó las manos sobre la frente. Las quitó al cabo de unos segundos y lo besó.

—Tranquilo —susurró—. Inspire profundo e inténtelo de nuevo.

Ursus y Emanuela contuvieron el aliento mientras lo veían luchar por vocalizar.

—Mmm... Mi... ni... to O... ta... vi... Ve... pa... ci... ci-a... no Aa... A-i... tor ddd... de A... ma... ral y Mmm... Me... de... ros.

Ursus se enjugó las lágrimas con la manga de la sotana y encerró la cara de Vespaciano entre sus manazas.

—¡Sí, amigo mío! ¡Sí! ¡Tu nieto será un Amaral y Medeiros! ¡Bravo, Vespaciano! Saldrás de esta, amigo mío. Siempre supe que tenías más vidas que un gato.

—Mmm... hi... hi... jjj... jo Aa... A-i... tor. ¿Ddd... dón... ddde?

—Tu hijo Aitor posee el espíritu más inquieto que conozco, amigo mío. Meses atrás viajó a Buenos Aires, pero presiento que no pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a verlo. Lo que más añora en este mundo se encuentra ahora en *Orembae*.

Los ojos de Amaral y Medeiros se movieron para posarse en Emanuela, que lloraba con una sonrisa.

* * *

Ursus meditaba acerca de la naturaleza humana y en lo veleidosa que se tornaba en ocasiones, mientras observaba dormir a Vespaciano de Amaral y Medeiros, su enemigo del pasado, su gran amigo del presente.

Ederra lo había defraudado. Si bien la tenía por una mujer severa, también la había considerado justa y noble. Y con Manú no lo había sido; por el contrario, había intentado sacársela de encima como a un trasto viejo a causa de la lujuria de su esposo. ¡Cuánto lo había desilusionado Alonso de Alarcón! Sin duda, tanto Ederra como él habían sufrido pérdidas y penas lacerantes, pero ¿estas justificaban la alteración tan radical de la índole de una persona?

Se dio cuenta del silencio que lo circundaba. *Orembae* dormía, y él seguía allí, velando el sueño de su amigo. No entendía por qué le costaba levantarse y abandonar la recámara. Sonrió a la nada, mientras se decía que había sido un honor escucharlo pronunciar sus primeras palabras después de meses de mutismo obligado. Y tan bellas palabras. Por fin, Vespaciano reconocería al hijo habido en el pecado, y a su nieto también. Era una manera de reparar el daño infligido a Aitor, que había vivido hostigado por su padrastro sin conocer la razón hasta muchos años más tarde.

Un crujido alteró la mansedumbre de la casa. Miró la puerta y luego se volvió hacia las contraventanas que daban a la galería. Se puso de pie de un salto al ver que una se entreabría lentamente. Buscó con ojos frenéticos algo para defenderse. Arrancó el aguamanil del entredós y se salpicó con los restos de agua. Lo mantuvo en

alto, mientras se aproximaba a la contraventana que continuaba abriéndose.

—¡Aitor! —exclamó entre dientes.

—¡*Pa'i!*

Permanecieron estáticos, las miradas fijas, los cuerpos tensos. Aitor movió apenas la cabeza hacia la cama donde yacía Amaral y Medeiros y apretó ligeramente el entrecejo.

—Ven —lo instó Ursus en un murmullo, y devolvió el aguamanil al mueble—. Salgamos a la galería. No quiero despertar a tu padre.

Aitor dio un paso atrás. Ursus salió y cerró con cuidado detrás de él.

—¿Por qué entras en casa de tu padre como si fueses un ladrón?

—Porque tengo cuentas que saldar con ese felón de Lope.

—Creíste que estabas entrando en su recámara, ¿verdad? —Aitor le sostuvo la mirada, con desafío—. Pues hoy, por orden de tu *taitaru*, trasladamos a tu padre a esta habitación. Por alguna razón, Ñezú considera que la de él no es propicia para su curación y que esta lo es. —Aitor siguió observándolo con una fijeza que lo habría desestabilizado si no lo hubiese conocido desde el día de su nacimiento—. ¿Qué pensabas hacerle a tu hermano? ¿Degollarlo? —conjeturó, y señaló con el mentón el cuchillo que Aitor empuñaba en la derecha.

—Eso no te concierne, *pa'i*.

—Todo lo que a ti se refiere me concierne, porque eres como un hijo para mí y te amo. Aunque ni yo mismo entiendo por qué te amo cuando eres tan ingrato con tu *pa'i*. Huiste apenas supiste dónde se hallaba Manú. No me advertiste de nada. Tu ausencia se prolongaba y mi angustia aumentaba.

—La mantuviste lejos de mí todo ese tiempo. Me viste sufrir como un condenado a muerte, y nada hiciste por acabar con mi dolor. Me obligaste a casarme con Olivia. Dudo de tu amor, *pa'i*.

—Mi amor por ti es inmenso, aunque dudes de él. —Sacudió la cabeza y sonrió con una mueca que reflejaba melancolía—. ¡Qué desmemoriado es el ser humano! ¿A poco olvidas por qué Manú dejó San Ignacio entre gallos y medianoche? ¿Olvidas por qué no quiso que se te informase dónde hallarla?

—No lo olvido.

—Entonces, no me acuses injustamente, porque si alguien tuvo la culpa de aquello, ese fuiste tú, Aitor.

El muchacho exhaló un suspiro y bajó el rostro. Envainó el cuchillo. Cuando volvió a mirar a Ursus, no quedaba huella del enojo o de la belicosidad. Lucía exhausto.

—Perdóname, *pa'i*. Siempre hago todo mal.

El jesuita se acercó con cautela y lo aferró por los hombros, acción que pocos habrían emprendido sin riesgo de terminar con un trompazo y el trasero por el suelo. Aitor siempre había sido arisco y detestaba que se lo tocara. Se miraron, y Ursus volvió a maravillarse de los ojos exóticos del muchacho, cuyo color amarillo se

remarcaba gracias a las pestañas espesas y oscuras, al sombreado natural de los párpados y a las cejas de un diseño fuera de lo común, que lo dotaban de un aire casi satánico.

—Estoy feliz de saber que estás sano y salvo —dijo, y le golpeó amigablemente la mejilla.

—Gracias, *pa'i*.

—Ven, sentémonos.

Aitor miró hacia uno y otro lado, y como no vio sillas ni tocones, lanzó una mirada inquisitiva al sacerdote.

—En el suelo, hijo. ¿Piensas que no soy capaz de hacerlo? No se me caerá la venera.

Aitor se acomodó contra la pared, donde descansó la cabeza y cerró los ojos. Ursus se movía junto a él en tanto se ubicaba en las lajas frías de la galería. Sin levantar los párpados, inquirió:

—¿Emanuela está aquí?

—Sí.

Las emociones que lo arrollaron fueron intensas y variadas: ira, alivio, resentimiento, alegría, tristeza. Apretó las mandíbulas para contener el llanto y convirtió las manos en puños. Elevó el mentón e inspiró profundamente, como si acabase de pasar mucho tiempo bajo el agua.

—¿Cómo supiste que Manú estaba en *Orembae*?

—Lo deduje. Ella y Lope desaparecieron al mismo tiempo.

—Manú me explicó que se vio obligada a huir pues mi hermana y el tal Murguía la presionaban con la boda.

—¡Debió esperarme, *pa'i*!

—¡Baja la voz o despertarás a tu padre!

—Al menos debió dejarme aviso. Me lo había prometido, *pa'i*. Me había prometido que no volvería a dejarme sin decirme adónde se marchaba. Faltó a su promesa.

—Pues te equivocas. No faltó a su promesa.

Aitor lo contempló con un ceño apretado. El jesuita rebuscó en el bolsillo.

—Aquí está. Toma, Aitor, te pertenece. Emanuela la dejó para ti antes de huir de casa de mis padres. Se la dio a Justicia para que te la entregase, pero Ederra se la quitó y me la envió a mí. Tómala —lo instó, pues Aitor miraba el papel plegado y nada decía.

—Gracias, *pa'i* —masculló, y recibió la carta.

—Léela tranquilo. Iré a ver cómo está tu padre.

Aitor esperó a que el jesuita hubiese entrado para estudiar la carta. El sello de lacre estaba roto y el papel presentaba un aspecto ajado. La olió, y no halló rastros de su Jasy. «Jasy», lloró su alma. Esa carta cambiaba las cosas. La desplegó, y lo fastidió notar que le temblaban las manos. No se atrevía a leerla. Él no era un cobarde, se

recordó. Se enjugó las lágrimas y leyó. Prestó atención a la fecha, 16 de marzo de 1753, dos días después de su detención. Recorrió los primeros párrafos con frenesí y entendió la mitad. Recomenzó la lectura un par de veces hasta que halló la serenidad para concentrarse. Estaba enfrentándose a su destino; Emanuela lo sostenía en sus manos. Al acabar, mantuvo la vista en la última frase. *«En mi corazón, siempre serás solo tú. Emanuela Ñeenguirú»*. Esas palabras le expresaban que, pese a todo, lo amaba, que lo amaría siempre; de todos modos, sabían a despedida.

Recostó de nuevo la cabeza contra la pared y cerró el puño en torno a la carta, en tanto algunas frases se disparaban en su mente y lo herían y lo sumían en el estupor y en la confusión. *«Desde que supe de tu detención, no vivo, no duermo, no como, me cuesta respirar; solo pienso en ti... No me busques, por favor. Saber que estás casado con ella ha sido una de las noticias más inesperadas y duras que he recibido en mi vida... Quiero olvidar, Aitor. Lo necesito por mi bien y el de mi hijo. Por eso, no me busques, te lo imploro»*.

Se secó los ojos con la manga de la camisa al escuchar que su *pa'i* Ursus regresaba.

—No me quiere con ella, *pa'i*.

—Lo sé —admitió el jesuita, y volvió a ocupar su sitio junto a él.

—¿Ella te lo dijo?

—No. Leí la carta. Como te dije, mi hermana me la envió. No sabía de qué se trataba. Si hubiese sabido que era para ti, no la habría leído.

—No te preocupes, *pa'i*. No me molesta.

—No debiste engañarla, Aitor. Debiste contarle que estabas casado con Olivia.

—En mi corazón solo está Emanuela, *pa'i*, ninguna otra.

—Olivia es tu esposa.

—Eso dices tú, pero no es lo que dicen mi corazón ni mi cabeza.

—Lo dice la Iglesia. Lo dice Dios.

Aitor guardó silencio. Abrió el puño y estiró la carta hasta desplegar las arrugas.

—Hace meses que faltas del pueblo. Allí están tu esposa y tus hijas, que te esperan.

—No las quiero.

—¿Ni siquiera a las niñas? —se disgustó el jesuita.

—Las miro y no puedo evitar culparlas. Por ellas, tuve que desposar a la madre.

—Ellas vinieron a este mundo porque *tú* fornicaste fuera del sacramento del matrimonio. ¿En qué me equivoqué al educarte, hijo mío?

—Tú, *pa'i*, en nada. Tengo el alma negra, eso es todo.

—¡No tienes el alma negra! —Un silencio ominoso se apoderó del momento—. Hijo —retomó el jesuita, con acento conciliador—, recapacita: Olivia y tus hijas te necesitan.

—Lo sé, *pa'i*. Nadie lo sabe mejor que yo. Pero igualmente siento que es muy injusto. Estaba borracho cuando me acosté con Olivia. En caso contrario, jamás...

—¿Jamás qué?

—No me habría aliviado en ella.

—*Coitus interruptus*.

—¿Cómo dices, *pa'i*?

—Coito interrumpido. Así se llama esa práctica, la de no acabar dentro de la mujer. Es pecado.

—Todo es pecado.

—No todo, pero pareciera que a ti te gusta pecar y solo pecar. Me dijo Manú que eres prófugo de la justicia.

—Además de pecador y luisón, sí, *pa'i*, soy prófugo.

—¿Qué harás, Aitor? ¿Volverás a San Ignacio?

—No, *pa'i*.

—Allí están tus hijas —insistió.

—Tienen a la madre. Con eso basta.

—Aitor...

—Vine para llevarme a Emanuela, *pa'i* —expresó, con desafío.

—Ella no quiere ir contigo, hijo. No puedes obligarla.

—¡Es mi mujer, por Dios santo!

—¡No tomes el nombre de Dios en vano!

—Es mi mujer —repitió, con acento cansado. Giró el cuello para mirar al sacerdote a la cara—. No puedo vivir sin ella, *pa'i*. El tiempo que ella pasó en Buenos Aires, lejos de mí, yo estuve muerto en vida. Nada me animaba, excepto la esperanza de volver a verla.

—Tienes que reunir fuerzas de flaquezas y apartarte de ella, por su bien. Es el deseo de Manú.

—¿Por qué no me matas, *pa'i*? —Le extendió el cuchillo—. Si quieres que deje a Emanuela, tendrás que matarme.

—Guarda ese cuchillo, muchacho necio, y por una vez respeta la decisión de la mujer que dices amar. Si tanto la amas, la dejarás tranquila hasta que las cosas se compongan y hasta que ella se recupere del dolor tan grande que le has causado.

—La quiero a mi lado —se empecinó.

—¿Qué tienes para ofrecerle? —Aitor se volvió de pronto, atraído por la pregunta, la misma que le había formulado Conan Marrak meses atrás—. ¿Una vida de prófugo, sin comodidades, siempre a salto de mata? Ella está encinta, Aitor. En menos de tres meses nacerá tu hijo. Aquí tiene las comodidades que tú no podrás ofrecerle. Ella se merece recibir a su hijo en un sitio donde nada le falte.

—Estás matándome, *pa'i*.

Ursus le apretó la mano.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero ¿sabes? Un hombre no lo es en verdad hasta que el destino lo enfrenta con un abismo en el que no le queda otra opción que sacrificarse por lo que ama. Solo en esa instancia mostrará su naturaleza valiente. Eres muchas

cosas, Aitor, pero si de algo estoy seguro es de que no eres cobarde, ni te amilanas ante el desafío.

—*Pa'i*, no quiero perderla.

—Nunca la perderás. Ha sido tuya desde el instante en que nació. ¿Es que no has leído el final de su carta, cuando te dice que siempre estarás en su corazón?

—Ella es mi vida, la sangre en mis venas, el aire que respiro.

—Lo sé, pero ahora tienes que saber retirarte para enmendar los errores que tú mismo cometiste cuando te olvidaste de lo que Manú significaba para ti y fornicaste con Olivia. Aitor, es hombre quien enfrenta las consecuencias de los propios actos. Lo contrario te convertiría en un niño caprichoso. Si te comportas con nobleza ahora y dejas a Manú para ahorrarle una vida de escarnio y penurias, entonces Dios Nuestro Señor te compensará y algún día serán felices. Yo siempre rezaré por ti, hijo. Siempre.

Aitor asintió, el mentón pegado al pecho; no se mostraba convencido.

—¿Cómo está mi padre?

—Desde que Manú está con él, la mejoría ha sido notable.

—¿De veras?

—Ella lo cuida personalmente, lo toca con sus manos benditas, se desvive por él, porque es tu padre. Vespaciano sabe que el hijo que lleva en el vientre es tuyo, y le brillan los ojos cuando Manú le hace sentir cómo se mueve dentro de ella.

Aitor ahogó una risa cargada de emotividad.

—¿Sigue postrado?

—Sí, pero hoy, pocas horas atrás, dijo sus primeras palabras después de mucho tiempo. Lo hizo con gran dificultad, pero Manú y yo, que estábamos allí, lo comprendimos perfectamente.

—¿Qué dijo?

—Dijo algo referido al nombre de tu hijo.

—¿Sí? —La alegría y la esperanza que trasuntaba su mirada la despojaron de la veta cruel, casi salvaje, que tanto intimidaba.

—Manú acababa de decir que su hijo llevaría el nombre de los tres hombres que ella más ama en este mundo: Octavio, Vespaciano y Aitor, en ese orden.

Aitor apoyó el codo en la rodilla plegada y se apretó los ojos con el pulgar y el índice.

—Entonces —prosiguió el sacerdote—, tu padre balbuceó: Mi nieto, Octavio Vespaciano Aitor de Amaral y Medeiros. —Ursus aguardó a que Aitor se compusiera antes de añadir—: Ya ves, hijo, tu padre ha decidido reconocerlos, a ti y a su nieto, como lo que son, sangre de su sangre.

—Tal vez sea demasiado tarde. Él ahora está postrado, prácticamente no habla, no se mueve...

—Lo hará —lo interrumpió Ursus—. Si Manú permanece con él y sigue asistiéndolo, te aseguro que tu padre se recuperará. Volverá a ser el hombre gallardo

que era.

Aitor asintió con la cabeza echada entre los brazos, que apoyaba en las rodillas.

—¿Cómo están las cosas por acá, en *Orembae*?

—Lope estuvo contándome que sospecha de Morales. Parece ser que se las trae de pillo y anda vendiendo ganado y tercios de yerba por su cuenta. Ya sabes lo que dicen: el ojo del amo engorda el ganado. Desde que tu padre cayó enfermo, no hay nadie que se ocupe de controlar a Morales. Él hace y deshace.

Aitor se irguió y pegó la espalda en la pared. Clavó la mirada en la noche, y el gesto de engañosa calma asustó al jesuita.

—No le harás nada a Morales, ¿verdad, hijo?

—Me gustaría ver a mi padre. Solo verlo. No lo despertaré.

Hizo el intento de ponerse de pie, y Ursus lo detuvo sujetándolo por el antebrazo.

—Prométeme que no le harás daño a Morales.

—Lo prometo.

—¿Aitor?

—Dime, *pa'i*.

—¿Asesinaste a mi cuñado, Alonso de Alarcón? —La mano del jesuita se ajustó en el antebrazo del joven.

—¿Lo asesinaron? —Ursus asintió con deliberada lentitud—. ¿Por qué piensas que fui yo?

—Porque Alonso intentó lastimar a Manú. —El sacerdote retiró la mano como si Aitor lo hubiese quemado al ser testigo del fuego que ardió en su mirada.

—Si intentó lastimar a mi mujer, entonces me alegro de que esté en el infierno.

—¿Lo asesinaste? —Como Aitor lo miraba y no respondía, Ursus ofreció—: ¿Prefieres contármelo en confesión?

—No.

—¿No qué?

—No lo asesiné.

Se puso de pie con un movimiento ágil y extendió la mano para ayudar al sacerdote a levantarse. Ursus se la estrechó y se sintió elevado por una fuerza superior. Él era un hombretón, y sin embargo, el muchacho, bastante más bajo y liviano que él, lo había levantado como si fuese una tacuara. Los años de aserrador le habían impreso una huella indeleble, y a su carácter decidido y temerario, se sumaba una fortaleza física formidable.

—Lo siento, hijo.

—¿Qué sientes, *pa'i*?

—Haber pensado que habías sido capaz de asesinar a Alonso.

—Está bien.

Traspuso la contraventana y caminó hacia la cabecera de la cama. Su padre estaba despierto. Una sombra de temor le cruzó la mirada hasta que reconoció de quién se trataba. Le temblaron los labios y se le anegaron los ojos, y resultó inquietante verlo

luchar por articular.

Aitor se sentó en la silla que Ursus colocó detrás de él y aferró la mano de Vespaciano, a quien la emoción estaba jugándole una mala pasada. Ursus lo incorporó en la cama y le dio de beber agua.

—Tranquilízate, Vespaciano.

—Hi... hi... o.

—Aquí estoy, padre. —Era la primera vez que lo llamaba así, y los dos lo sabían.

—Mmm... mi a... ppe... lli... ddo.

—Ya le dije que planeas reconocerlo, lo mismo a tu nieto.

Aitor percibió el aumento en la presión de la mano de Amaral y Medeiros, como si intentase confirmar las palabras del jesuita, y enseguida lo vio mover la boca. Quería hablar de nuevo. Lo ponía nervioso; parecía que se ahogaba.

—Mmm... Ma... nnnú.

—Sí, sé que Emanuela está aquí. Gracias por haberla cobijado bajo tu techo. — De nuevo, la mano de Amaral y Medeiros aumentó la presión—. Mi *pa'i* me ha dicho que ha estado ayudándote a que cures.

Vespaciano movió apenas el mentón para asentir.

—Qqq... Qué... dda... ttt... te.

—No puedo, padre. Hay algo importante que tengo que hacer. Si lo consigo, estarás orgulloso de mí.

—Ttú mmm... mi or... ggu... llo.

—Pero estarás más orgulloso aún.

—Mmm... Ma... nú.

Aitor, desorientado, buscó la ayuda de Ursus.

—No quiere que te lleves a Manú —explicó el jesuita.

—Emanuela se quedará en *Orembae* —le confirmó—. La pongo en tus manos, padre. Ella y mi hijo son lo único que tengo en la vida. Son mi tesoro máspreciado. Cuídalos.

—Sss... sí.

—Cuando el tiempo haya llegado, vendré por ellos.

* * *

Ursus y Aitor improvisaron una cena en la cocina con los restos de carne asada y *kiveve* que Emanuela había preparado para festejar el reencuentro con su familia.

—Conque mi sy, mis abuelos, Juan y Bruno se sentaron a la mesa de los Amaral y Medeiros —dijo Aitor, con una mueca divertida, irónica—. Me habría gustado verlo.

—Estaban tan nerviosos, se sentían tan fuera de sitio, que poco comieron, aun el glotón de Bruno.

—¿Regresan mañana, *pa'i*?

—Manú quiere que Juan toque el violín para tu padre. Quiere sentarlo en la sala y

armar un pequeño festejo, así que no, regresaremos el viernes. —Tras una pausa en la que le cambió el semblante, que de relajado se tornó preocupado, añadió—: Tu *sy* me pidió quedarse. No quiere separarse de Emanuela. Quiere acompañarla en la última parte del embarazo.

—Sí, que se quede —declaró, y Ursus le admiró la facilidad con la que adoptaba un aire de comando que pocos se habrían atrevido a desafiar.

—Es una situación incómoda, hijo. Tienes que ver eso.

—¿Porque mi *sy* y don Vespaciano fueron amantes?

El jesuita asintió con un suspiro de resignación.

—Doña Florbela no lo sabe, a Dios gracias. De igual modo, no sé si es lo correcto.

—*Pa'i*, Emanuela necesita de mi *sy* en este momento. No se la quites. Permítele que se quede. De ese modo, será más fácil para mí partir.

Ursus asintió y bebió de un trago el resto del vino de Castilla. Aitor devoró los últimos bocados y se puso de pie.

—Me marcho, *pa'i*.

—¿Dónde pasarás la noche?

—Tengo la impresión de que he pasado más noches en la selva que en mi hamaca. ¿Por qué preguntas con esa inquietud?

Ursus esbozó una sonrisa forzada y le palmeó la mejilla donde empezaba a crecer una barba rala.

—No te preguntaré qué es eso que tienes que hacer, eso que, si lo consigues, hará orgulloso a tu padre. Sé que no me lo dirás.

—No lo haré. Pero tú, *pa'i*, reza por mí.

—¡Siempre, hijo mío! ¡Hasta con mi último aliento!

—*Pa'i*, no puedo evitar amar a Emanuela como lo hago.

—Lo sé, Aitor. Nadie lo sabe mejor que tu *pa'i*.

—¿Los cuidarás, a ella y a mi hijo? Dímelo, *pa'i*, así partiré en paz.

—Lo haré con mi vida. Y también me ocuparé de Olivia y de tus hijas.

Se abrazaron. Aitor lo apartó casi de inmediato y se echó los morrales al hombro.

—*Pa'i*, mándame aviso al pueblo de San Nicolás si cualquier cosa importante se presenta. Hazlo a nombre de Almanegra.

—¿Almanegra? ¿Quién es Almanegra?

—Yo.

Abandonó la cocina sin volverse. Que su *pa'i* creyese que se marchaba. Lo que todavía le quedaba por hacer en *Orembae* no era de su incumbencia.

* * *

Conocía de memoria la casa de los Amaral y Medeiros, por lo que le llevó apenas unos minutos ubicar dónde dormía Lope, solo, pues no compartía la recámara con su

esposa. Franqueó la puerta con sigilo para evitar que rechinasen los goznes. La luz de luna se filtraba por las contraventanas y remarcaba los perfiles de los muebles. Se colocó a los pies de la cama y la sacudió. Lope se incorporó súbitamente.

—¡Qué sucede! ¿Quién está ahí?

—Aitor.

Lo vio tantear la mesa de noche hasta dar con un yesquero, que empleó para encender la bujía de la palmatoria. Aitor se aproximó a la cabecera y olfateó el aroma rancio del alcohol.

—Tienes que dejar la bebida. Un borracho no puede estar al mando de *Orembae*.

—¿Has venido a degollarme como me prometiste?

—Ganas no me faltan, pero Emanuela no me lo perdonaría. Por alguna razón que no llego a entender, siente afecto por ti.

—Tal vez sea porque nunca la he engañado.

—Tal vez. Pero me ama a mí, y fui yo quien le puso ese hijo que lleva en el vientre. —Aitor se inclinó, y Lope se retrajo hasta chocar con la cabecera—. Nunca lo olvides, Lope: Emanuela es mía.

—Lo sé —tartamudeó.

—La dejaré en *Orembae* porque ella necesita tranquilidad y comodidad ahora que tendrá a mi hijo. Te la encomiendo, pero ten por seguro que siempre estaré cerca, acechándote, observándote. —Desenvainó el cuchillo y le colocó la punta cerca del mentón—. Si intentas seducirla, si tocas uno de sus cabellos, ¡vive Dios, Lope! Volveré en medio de la noche y ya no me importará que Emanuela sienta afecto por ti. Te despertaré antes de abrirte en canal como si fueses un conejo. —Se retiró tan súbitamente que Lope ahogó una exclamación—. Ahora, háblame de Morales —le ordenó, en tono llano, mientras calzaba el arma en la faja del pantalón—. Mi *pa'i Ursus* me ha dicho que sospechas de él.

* * *

Salió de la recámara de Lope minutos más tarde, sin despedirse. En la penumbra del corredor, distinguió una figura, y gracias a su olfato, supo que se trataba de Ginebra; de noche, siempre se embadurnaba con la misma loción. Maldijo entre dientes. Aunque hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, no tenía ganas de ella. La vio aproximarse rápidamente y no la correspondió cuando Ginebra le echó los brazos al cuello.

—¡Aitor! Oh, Aitor, cuánta falta me has hecho.

—Ginebra. —Un sustrato de advertencia le tiñó la voz, mientras la aferraba por el codo y la alejaba de la puerta de Lope.

—Ven, vamos a mi recámara. Allí estaremos tranquilos.

—No.

—¿No?

—Llevo prisa. Dime dónde duerme Emanuela.

La joven se quedó mirándolo con incredulidad, solo un par de segundos, hasta que sus ojos negros mudaron con un brillo irascible, que lo fastidió.

—Ella eligió a Lope, Aitor. Están juntos ahora.

Un gruñido escapó de entre los labios apretados del indio. Rodeó el cuello de Ginebra y la arrastró contra la pared. La muchacha, desesperada, le sujetó la muñeca e intentó quitárselo de encima.

—Óyeme bien, Ginebra. Emanuela es *mi* mujer. *Tu* esposo la recibió en esta casa y le ofrece protección porque yo así se lo permito. Si vuelves a insinuar que hay algo entre ellos, te quebraré el cuello.

—¡Suéltame! —exigió, con voz estrangulada.

Se inclinó sobre la cara abochornada de la joven y le habló cerca de los labios.

—Me traicionaste.

—¡Jamás te traicioné, Aitor!

—Sabías que Emanuela vivía en Buenos Aires y nunca me lo dijiste. Sabías que estaba buscándola como un loco, sabías que padecía por su ausencia y me ocultaste dónde se hallaba.

—¡No puedes culparme! Estoy enamorada de ti.

—¡Bah! Tú eres fría y calculadora, y no sabes lo que es el amor. Quien ama hace lo imposible para ver feliz al ser amado.

Los ojos de Ginebra brillaron en la penumbra.

—Tú no serías capaz de sacrificarte por nadie, ni siquiera por el ser amado.

La declaración de la muchacha lo fastidió y cerró un poco más la mano en torno a su cuello.

—Si le dices que tú y yo fornicábamos, también te quebraré el cuello. —Apretó el pulgar en la tráquea para acentuar la promesa—. Será como partir la rama delgada de un árbol. Ahora llévame a la recámara de mi mujer.

La soltó. Ginebra inclinó el torso hacia delante e inspiró profundamente con un sonido anginoso. Tosió varias veces. Al incorporarse, Aitor le notó los ojos inyectados y arrasados y la piel aún enrojecida. Se miraron en la penumbra del pasillo. La muchacha echó a andar y Aitor la siguió. Sin palabras, le señaló una puerta antes de alejarse y perderse en la oscuridad.

Aitor tiró del pestillo, y la puerta se abrió con una estridencia. Por un lado deseó que Emanuela despertase. Necesitaba oír la cadencia dulce y culta de su voz, olerla detrás de las orejas, besarla y arrancarle gemidos. Por el otro, deseó que no lo hiciera, porque sería imposible dejarla, y él había llegado a la conclusión que dejarla era lo mejor. Para ella, para el niño, que no para él. Para él, esa nueva separación constituiría una nueva muerte.

—¿Quién anda ahí?

Reconoció la voz susurrada y alterada de su madre. Le gratificó que su Jasy durmiese con Malbalá. Oyó el aleteo de Saite y sintió la humedad del hocico de

Orlando en los pies, y también se alegró de saberlos con ella.

—Soy Aitor, sy.

—Oh. —El sonido murió antes de convertirse en una exclamación.

Advirtió que su madre abandonaba la cama y se dirigía hacia él. Se abrazaron sin intercambiar palabras. Malbalá le besó el pecho, sobre el corazón. Lo tomó de la mano y lo guió a través de la contraventana, a la galería. Le acunó el rostro y lo contempló con ojos brillantes.

—Gracias, Tupá, por devolverme a mi hijo amado.

—Sy...

—Hijo mío. —Volvió a ocultar el rostro en el pecho de Aitor—. Hijo de mi alma.

—¿Dormías, sy? ¿Te desperté?

—No, hijo. No consigo acomodar los huesos en esa cama. Extraño la hamaca.

—Quiero que te quedes con Emanuela, sy. No quiero que te apartes de su lado. Solo si tú te quedas con ella, seré capaz de alejarme.

—No creo que tu *pa'i* lo juzgue correcto. Además, necesitamos la aprobación de Lope.

—Despreocúpate de mi *pa'i*. Ya hablé con él. En cuanto a los Amaral y Medeiros, ellos te recibirán.

—Entonces, me quedaré con ella y con tu hijo, y los protegeré con mi vida.

Aitor abrazó a su madre con destemplanza, de pronto embargado de amor y gratitud.

—No sé si podré dejarla —admitió, y detestó que la voz le temblase.

—Es lo mejor. Ella necesita estar tranquila, y tú no puedes darle nada ahora. Eres un prófugo, hijo mío.

—¡Qué vida de mierda!

—Todo se resolverá. Lo dice mi corazón, que rara vez se equivoca.

—¿Y si deja de amarme, sy? ¿Y si la distancia y el tiempo la hacen olvidarme?

—¿Crees que el sol se pondrá mañana? —Aitor asintió—. El amor de Manú por ti, hijo mío, es tan constante como el amanecer. Nada borraré lo que ella siente por ti.

—Quiero verla antes de partir. —Malbalá vaciló, y Aitor presionó—: Necesito verla, sy. Si la veo, cobraré fuerzas para llevar a cabo lo que tengo que hacer.

—No la despertarás, ¿verdad?

—No lo haré.

—Ayer, con nuestra llegada y con tu padre, que dijo sus primeras palabras en mucho tiempo, se emocionó. Por la noche, no se sentía bien. No quiero que le alteres el sueño.

—No lo haré —volvió a prometer.

Entraron, y Malbalá corrió los cortinados para permitir que la luna iluminase tenuemente la recámara. Aitor se aproximó a la cabecera y permaneció en estática contemplación de Emanuela. «Jasy», la llamó con la mente, y fijó la vista en el rostro pálido y apacible de la mujer que amaba. La emoción lo recorrió en forma de

hormiguelo, y se le erizaron las piernas y los antebrazos. Tragó con dificultad y se mordió el labio para evitar que temblase. Sus ojos vagaron por el bulto que formaba el cuerpo de su Jasy bajo la manta y se detuvieron sobre la protuberancia del vientre. Estiró la mano y la colocó a escasas pulgadas de su hijo. Allí la dejó, suspendida, temblorosa, mientras reflexionaba que su destino se presentaba negro en ese momento. Malbalá aseguraba que todo se resolvería, y él se aferraba a esa creencia como lo habría hecho de una liana a treinta varas del suelo.

La mano abierta temblaba sobre el vientre de Emanuela. Incapaz de contenerse, la posó sobre la colcha y apretó apenas. Lo asaltó un calor, que le trepó por el brazo y le humedeció los ojos. Emanuela se rebulló. Aitor dio media vuelta y salió del dormitorio. Malbalá lo siguió fuera. Lo halló a unos pasos, la frente contra la pared, el puño entre los dientes.

—Hijo.

—Es lo más duro que me ha tocado hacer en la vida, sy.

—Lo sé.

—Dile que la amo hasta la demencia. Dile que volveré por ella y que la convertiré en mi esposa. Díselo, sy. En este momento, de nada estoy seguro, solo de que ella y yo seremos marido y mujer.

* * *

A diferencia del resto de la peonada y de los indios encomendados y yanaconas, Morales, por ocupar el cargo de capataz, dormía solo en un puesto. Se trataba de una vivienda precaria, construida de adobe y tacuaras, y cubierta con hojas de *karanda*'y, una palmera típica de la zona. La puerta, que en realidad era un cuero de vaca extendido sobre un bastidor de cañas, no se presentó como un escollo difícil de sortear. Lo rasgó de arriba abajo con el cuchillo, y se metió por el tajo. Aguardó a que sus ojos se habituasen a la penumbra. Era una pieza más bien pequeña, que hedía a sebo barato, sudor y tabaco.

Ubicó el catre donde roncaba Morales. Se colocó la máscara veneciana, la que había tomado de la caja fuerte de don Edilson Barroso, y se la ató detrás de la cabeza. La agitó. Se sostenía, firme, y él se sintió seguro y poderoso en el anonimato que le confería. Tomó un trapo que halló sobre la mesa, desenvainó su cuchillo y se acercó al catre.

—Morales —lo llamó, con voz portentosa, y se inclinó cerca del rostro del capataz.

—¿Qué...? —El hombre abrió la boca para soltar un alarido de terror, y Aitor aprovechó para insertarle el trapo.

Habría estallado en carcajadas ante el rictus de ojos saltones de Morales. Le apoyó la punta del cuchillo sobre la nuez de Adán y le habló en castellano, con voz impostada y pausada, teñida de gravedad.

—Soy el demonio que vendrá a buscarte si llego a saber que perjudicas a los Amaral y Medeiros. Óyeme bien, Morales, porque esta es la primera y la última advertencia que te hago. Si vuelves a vender ganado, yerba, algodón o tan solo una hoja de laurel por tu cuenta, volveré por ti y te destriparé vivo. Me ocuparé de que mires mientras te saco fuera los intestinos. De ahora en adelante, cuidarás los intereses de *Orembae* como si fueses su dueño. Tengo ojos y oídos en todas partes. No te atrevas a desafiarme. —Aitor arrugó la nariz—. ¿Qué es ese olor? ¡Te has hecho encima! —Rio, mientras evocaba la ocasión en que el cobarde de Laurencio nieto se había mojado los pantalones—. Mañana irás a ver a don Lope y le devolverás el dinero que obtuviste por la mercancía y el ganado que le robaste. Te estaré espiondo, Morales.

Se irguió y lo miró. Se dio cuenta de que el pánico que comunicaba la mueca horrible de Morales intensificaba la sensación de poder que había experimentado momentos atrás, tan solo por haberse calzado la máscara.

—Me llamo Almanegra. Díselo a tu gente y a todos los que conozcas. Si perjudican a *Orembae*, los perseguiré hasta los confines del mundo y los destriparé vivos. Este juramento es tan seguro como la muerte.

En un acto inesperado, le tajeó la mejilla antes de marcharse, caminando, sin ningún apuro. Morales se cubrió la herida en un acto mecánico, sin gritos ni escándalos, aún hechizado por el demonio que acababa de visitarlo. Al amanecer, cuando se acercó al fogón donde los peones mateaban antes del rodeo, les mostró la herida que le surcaba el lado izquierdo del rostro, desde el pómulo hasta la comisura, y les refirió los hechos.

—Era blanco como la leche y la piel brillante y dura como un pedazo de cuero curtido. No tenía ojos, sino dos huecos negros sin fin. Entró volando y se fue volando.

—¿Qué te dijo?

—Que cuidara a *Orembae* como si fuese mía, que estaría vigilándome. Que si perjudicaba a los Amaral y Medeiros, vendría a buscarme y me destriparía vivo. Me dijo: Me ocuparé de que mires mientras te saco fuera los intestinos. —Los peones arrugaron el gesto y se masajearon el bajo vientre—. Y no dudo de que lo haría si no cumpliera su orden.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—Almanegra.

En poco tiempo, incluso en las tabernas de Corrientes se mentaba al demonio del rostro blanco y del alma negra, y se le adjudicaban decenas de apariciones y desastres.

CAPÍTULO IV

Aprovecharon el viaje de Lope a Asunción y se deshicieron de las bebidas alcohólicas. A Emanuela la sorprendió que Ginebra se mostrase contraria al plan. Esgrimía razones de poco peso, y más bien parecía una niña encaprichada. Doña Florbela, en una muestra de inusual autoridad, zanjó el asunto diciendo que se llevaría a cabo, lo desease su nuera o no.

«Tal vez», meditó Emanuela días más tarde, «por esto se oponía Ginebra», cuando Lope, recién llegado de la ciudad, desplegó una ira que hizo llorar a las niñas, y a Orlando, esconderse bajo el entredós, al buscar sin resultados una botella de brandy muy preciada y enterarse de que la habían arrojado junto con las demás bebidas alcohólicas, aun las que almacenaban en el cambo. Ginebra, Emanuela, Malbalá y Florbela lo observaban lanzar manotazos y patadas a los muebles. Hasta que la dueña de casa dio un paso al frente y le vociferó:

—¡Basta, Lope! ¡Basta de comportarte como un niño consentido!

La mujer, de pronto debilitada, se dejó caer en una silla y descansó la frente en la mano. El muchacho, con el cabello revuelto y las mejillas escarlata, paseó la mirada de aspecto desquiciado por las cuatro mujeres, la demoró unos segundos en Emanuela, que lo contempló con aplomo, chasqueó la lengua y se marchó con paso airado hacia los interiores de la casona. Emanuela lo buscó un par de horas más tarde; llamó a la puerta y aguardó en vano la invitación a entrar. Abrió y asomó la cabeza. Lope, sentado en un canapé frente a la contraventana, observaba el jardín.

—¿Puedo entrar?

—Ya lo has hecho.

Emanuela se detuvo frente a él.

—No me dejas admirar el paisaje. Hazte a un lado.

—No. Quiero que bebas esto que te he traído. Es la tisana de *toro-ka'a*. Te ayudará cuando la falta de alcohol se vuelva insoportable. —Se la extendió, pero Lope no la recibió—. No voy a permitir que te destruyas como lo hizo mi *ru*. No puedes pretender que me quede de brazos cruzados mientras veo cómo cavas tu propia fosa.

—¿Por qué te importo, Manú? ¡Tú no me amas!

—¡Te amo como a mis hermanos! Te amo porque eres el hermano de Aitor y porque eres mi mejor amigo, el que siempre ha estado dispuesto a ayudarme. Claro que te amo.

—No como yo quiero.

—¿Y por eso bebes?

—Bebo porque de ese modo no tartamudeo y porque, ebrio, me olvido de que soy

un majagranzas para mi padre. Tal vez lo sea en verdad.

Emanuela se quedó mirándolo. Una sonrisa acabó por hacerle temblar las comisuras.

—Tu padre tartamudea ahora. Deberías oírlo. Ven —extendió la mano—, te llevaré con él. Hace semanas que no lo ves y me ha preguntado por ti.

—¿De veras? —Lope aceptó la mano y se puso de pie—. ¿Ha preguntado por mí?

—Sí.

—Será divertido verlo tartamudear —dijo, mientras caminaba junto a Emanuela.

—Estoy tan feliz, Lope. Las escaras de tu padre están prácticamente curadas. La receta de mi *taitaru* dio resultado. ¿Quién iba a pensar que lo curaría la miel silvestre y el aloe?

Apenas traspuso el umbral, Lope atajó el respiro; la atmósfera que circundaba a Vespaciano solía heder a enfermedad, a carne tumescente y corrompida, a medicinas, a cuerpo mal lavado, a desánimo. A muerte. El primer influjo de aire lo tomó por sorpresa; olía a mirra y a anime, dos resinas que Manú quemaba a diario y que él mandaba traer para que no le faltasen. La habitación lucía ordenada, aireada y soleada. Aun los indios que cuidaban a su padre mostraban mejor aspecto, más cuidado y limpio, y sonrieron a Manú.

Como hacía semanas que no visitaba la recámara de su padre, aun antes de que lo mudasen a la de él, se asombró al hallarlo rozagante. Los ojos azules le brillaban y había ganado peso. Su mirada encontró la de Amaral y Medeiros, que lo seguía con ojos atentos, más bien suplicantes, y eso lo golpeó con dureza. Su padre jamás lo había contemplado de ese modo, y se sintió incómodo; no sabía qué hacer.

—Ven, Lope. Tu padre ha estado preguntándome por ti.

Un indio acercó una silla a la cabecera, y Lope se sentó.

—Hiii... o. —La jota y los diptongos eran lo que más le costaba articular, y si bien practicaban a diario con Emanuela, todavía no conseguía pronunciarlos correctamente, y eso lo ponía de mal humor.

—¿Así que no soy el único Amaral y Medeiros que tartamudea por estos días? —Vespaciano apretó el entrecejo de esa manera que Lope conocía bien, la que en el pasado le había advertido que la furia de su padre estaba a punto de desplegarse. Se sorprendió cuando el hombre relajó la cara, sonrió y asintió—. Os veo muy bien, padre. —Amaral y Medeiros asintió y con un esfuerzo que lo dejó acezante, elevó apenas la mano y señaló a Emanuela—. Sí, sé que ella ha operado este milagro. Acabo de regresar de Asunción —expresó de prisa, perturbado por haber hablado de «milagro» con relación a Manú—. Ya partió el embarque de yerba, caña y algodón hacia Santa Fe.

—¿Mmmo... ra... les?

—Ah, ese pillo. Tuve mis sospechas tiempo atrás de que estaba robándonos ganado y mercancía. —El respiro del enfermo se tornó trabajoso, y la cara se le volvió rubicunda—. No os agitéis, por favor. —Lope le cubrió la mano con la suya y

la apartó enseguida; nunca había tocado a su padre—. Fueron sospechas, nada más, y os aseguro que desde hace un tiempo se ha comportado como el mejor capataz que *Orembae* pueda desear. No lo reconoceríais, padre. Todo va muy bien.

Lope le detalló las distintas actividades que estaban desarrollándose en la hacienda, y Amaral y Medeiros, entre tartamudeos y gestos, le hizo preguntas y sugerencias que pusieron en evidencia que su cerebro seguía funcionando tan bien como antes del soponcio. Desde esa tarde, la visita de Lope se convirtió en parte de la rutina. Emanuela se dio cuenta de que lo ayudaba a transcurrir las peores horas de abstinencia, que eran cuando caía el sol y llegaba la noche. Durante los primeros días, padeció sudoraciones frías y temblores, y Emanuela se asustaba porque no sabía qué hacer; nada de eso le había sucedido a su *ru*, quien se había deprimido, perdido el apetito, enojado, llorado, gritado, pero no había temblado como una hoja ni se había cubierto de una fina capa de transpiración; no había empalidecido ni le habían castañeteado los dientes; tampoco se le había vuelto vidriosa la mirada ni había vomitado.

En esos momentos críticos, Emanuela, Malbalá y Drusila se turnaban para velarlo durante las horas nocturnas, las más críticas, pues, preso de la desesperación, temían que intentase hacerse daño. Florbela se había ofrecido para asistir a su hijo, a lo que Emanuela se había opuesto, pues, por mucho que la cuidase, le diese tisanas para abrirle el apetito y la obligase a comer morcilla y lentejas, la mujer perdía vitalidad a ojos vistas. Habría bastado con una noche en vela para aniquilar sus arrestos. En cuanto a Ginebra, había esgrimido que a ella una mala noche le provocaba desarreglos estomacales. ¿Quién se ocuparía de Emanuelita y de Milagritos si ella estaba descompuesta, en cama? Emanuela se quedó mirándola, incrédula y pasmada, pues las niñas se lo pasaban con ella o con la abuela, también con Malbalá, a quien seguían como perros falderos desde que la india les había confeccionado guirnaldas con flores de franchipán, les contaba historias con personajes que habitaban en la selva y las llevaba a visitar al abuelo.

Emanuela, que por estar encinta, necesitaba dormir, se hacía cargo de las primeras horas de vigilia. Luego seguía Malbalá, y por último Drusila. En verdad, no había mucho que pudiesen hacer por Lope más que instarlo a beber la tisana cuando los labios se le reseocaban de tanto vomitar, secarle el sudor y ponerle paños frescos si la frente se le afiebraba. En ocasiones, lloraba como un niño pidiendo un trago; a veces se violentaba y lo exigía. Hasta que una noche durmió tres horas de continuo y, al despertar, pidió agua. Cruzó unas palabras con Malbalá y se quedó dormido de nuevo. Ese fue el comienzo del fin de la peor parte de la abstinencia. Una mañana, dos semanas después de haber descubierto que las bebidas alcohólicas habían desaparecido, se presentó a desayunar perfumado y bien vestido, con el semblante fresco y descansado, y aun Ginebra comentó lo bien que lucía.

—Me temo, Manú —le confesó cuando estuvieron solos—, que nunca dejaré de añorar la bebida. Siempre está en mi pensamiento. La olvido un rato mientras trabajo,

mientras leo, pero si algo me inquieta, la añoro. Es muy difícil.

—Sí, lo sé. Es lo más difícil que has hecho en tu vida, pero te has probado a ti mismo que eres tan poderoso como tu padre. Conquistar un vicio como el que tenías, Lope, es obra de un titán. Y te admiro por ello.

* * *

Como acostumbraba a esa hora, cuando el atardecer coloreaba el cielo de naranja y de arboles, Malbalá se sentaba junto a la cama de Vespaciano y le daba charla. La primera vez que había entrado en esa habitación, se cercioró de que estuviesen solos. Pasado un fugaz momento de desorientación, el enfermo la reconoció. Balbuceó un «no» y dio vuelta la cara sobre la almohada, con evidente embarazo. Malbalá se la encerró entre las manos y lo obligó a mirarla.

—¿Crees que te amo y admiro menos porque estás impedido? Pues te amo y admiro más. Porque eres fuerte, duro y sigues luchando. El padre de mi hijo tiene alma de guerrero.

Le pasó los pulgares oscuros por la piel arrugada y pálida y le barrió las lágrimas. Lo besó en la frente y se sentó en el borde de la cama.

—Me quedaré en *Orembae*, por mi hija Manú y por ti. Tu esposa, que es una buena mujer, me ha recibido gracias al pedido de mi *pa'i* Ursus y de Manú.

—¿Mmma... nú, ttt... tu hi... a? —se extrañó.

—Mi hija del corazón, no de mis entrañas. La amamanté cuando llegó, recién nacida, a San Ignacio Miní, y nunca volví a separarme de ella. La quiero como a los hijos que nacieron de mí.

Esa tarde comenzó el hábito de la visita de Malbalá. Al principio iba sola y le daba charla; sobre todo le refería las travesuras de Aitor, de cuando era niño y adolescente. Después se le ocurrió visitarlo con las niñas y la perrita Marã, que eran una fuente de alegría y ocurrencias, y para sorpresa de Emanuela, que había temido que lo fastidiasen —Lope le había contado que su padre había deseado que fuesen varones—, lo hacían sonreír de continuo, y hasta reír con carcajadas tan extrañas y disonantes, que provocaban la risa de las niñas, que a su vez alimentaba la del abuelo.

Por recomendación de Ñezú, Malbalá fricciónaba las piernas de Vespaciano con un linimento preparado con cantueso y aceite de oliva. Emanuela se limitaba a prepararlo. Muy pesada en las últimas semanas de embarazo y con la panza enorme, le habría resultado imposible darle una mano a su *sy*. En opinión del *paje*, las piernas de Amaral y Medeiros se habían debilitado tras los meses de postración, y jamás volvería a caminar si no recobraban la fuerza. Urgía sacarlo de la cama para evitar que las escaras volviesen a formarse.

Una tarde especialmente calurosa de principios de noviembre, Malbalá se afanaba en masajear las piernas largas y delgadas de Vespaciano, las que ella recordaba gruesas y fuertes. Cada tanto, se incorporaba y se pasaba la mano por la frente para

enjugarse el sudor. En una de esas pausas, advirtió un bulto entre las piernas del hombre que levantaba el paño con que le había cubierto las partes pudendas. Aguzó la vista. Abrió grandes los ojos, elevó las cejas y entreabrió los labios. Dirigió la mirada hacia el rostro de Amaral y Medeiros y lo vio concentrado en sus pechos.

—Pícaro demonio. Si todavía puedes levantar eso, entonces bien puedes intentar levantarte y caminar.

* * *

Aitor masticaba en silencio, atento al hombre y a la mujer —su esposa, según parecía— que comían frente a él, sentados en un tronco. El hombre se lamentaba de las peripecias y desgracias que habían padecido desde que se les había ocurrido zarpar con rumbo a las Indias Occidentales. Desde conseguir el permiso para emigrar en las tediosas instituciones del reino —hablaba del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación de Sevilla— hasta el viaje de meses en una nave maloliente, sin agua ni comida suficientes, todo había resultado difícil, frustrante, aun penoso. La última calamidad, el ataque que unos charrúas habían perpetrado contra su carreta y de la cual Aitor y sus hombres les habían salvado el pellejo, lo tenía desmoralizado al punto de desear morir, allí, en plena selva. La mujer, muy joven y de una belleza que atraía miradas solapadas, incluso la de los Marrak mayores, comía en silencio y no hacía comentarios, ni un gesto que evidenciase qué pensaba de la parrafada del esposo.

—Estas son tierras muy crueles para aquellos que no las conocen —opinó Ambrosio Corvalán, el peninsular que se decía minero, y su compañero, el guaraní Hilario Tapary, asintió—. Aquí solo se viene por una cosa: para hacerse rico. Mi nombre es Ambrosio Corvalán, de la localidad de Huelva. ¿Cuál es vuestra gracia?

—Máximo de Atalaya, y ella es mi esposa, Engracia. Somos de Noguera de Albarracín, y vivíamos en las estribaciones de los Montes Universales.

—¿A qué habéis venido vosotros a estas tierras olvidadas de Dios?

—Para lo mismo que vuesa merced, para hacernos ricos —admitió el aragonés.

—¿Así, al acaso, o tenéis un plan?

El hombre masticó su trozo de armadillo con la vista baja; resultaba obvio que buscaba tiempo para reflexionar si respondía con la verdad.

—Tenía un plan. Solo necesitaba un buen baquiano.

—¿Para qué? —preguntó Aitor, y su voz gruesa hizo reaccionar a todos, aun a la mujer, que parecía inmovible.

—He venido tras la huella de un insecto.

—¿Un insecto? —repitió Hilario Tapary—. ¿Un bicho?

—Así es. Un insecto. Una especie de mosca, para más precisión.

—¿Es vuesa merced un estudioso de la flora y de la fauna? —preguntó Ruan Marrak.

—No. Pero si encontrase esa mosca y le extrajese lo que creo que tiene, me haría rico.

Los hombres intercambiaron miradas en torno al fogón. Ismael Matas se llevó el índice a la sien y lo hizo dar vueltas en un ademán que indicaba la condición de orate del recién llegado.

—Pues aquí tenéis frente a vos al mejor de los baquianos —dijo Hilario Tapary, y apuntó a Aitor, sin darse cuenta de la tensión que se reflejó en los gestos de los demás.

—Hilario, cierra el pico —ordenó el señalado—. Nadie pidió tu recomendación.

—Perdón, Almanegra.

—¿Almanegra? —habló la mujer de Atalaya por primera vez, y Aitor la miró fijamente a través de las llamas casi moribundas del fogón, que le volvían de bronce el color de los ojos. Asintió apenas y se volvió hacia el esposo.

—¿Para qué quieren encontrar esa mosca? —quiso saber.

—Ya no tiene importancia. Los indios asesinaron a los baquianos que conducían la carreta y se hicieron con nuestras cosas, donde contaba con los reales para llevar a cabo mi plan. Estoy arruinado y en el medio de la nada. No sé qué haré —se lamentó, con la cabeza entre las manos.

—Cuénteme —insistió Aitor—. ¿Qué pensaba hacer con esa mosca?

—Si es que la mosca existe —retrucó el hombre. Se abrió la chupa llena de polvo y extrajo un pedazo de papel. Lo desplegó, su puso de pie y se sentó junto a Aitor—. Tengo el dibujo de la mosca y de la planta donde anida y vive. Dicen que la mosca es de color...

—Rojo —completó Aitor, sin apartar la vista del diseño.

—¿La conoce vuesa merced?

—Sí. Y a la planta donde anida también. Venga, acompañeme hasta el arroyo.

El hombre lanzó una mirada vacilante a su esposa y otra en torno antes de ponerse de pie y seguir a Aitor, que ya le llevaba algunas varas. Corrió para alcanzarlo.

—Puedo ayudarlo a dar con la mosca —expresó Aitor, y se acuclilló en la orilla para lavarse la cara y las manos.

—Ya le dije, señor Almanegra...

—Almanegra a secas.

—Ya le dije, Almanegra. No tiene sentido. Sin dinero, nada se puede hacer.

—Yo puedo prestarle el dinero. —El aragonés levantó las cejas en una mueca de incredulidad—. No todo es lo que parece, señor Atalaya. Soy un indio, sí, pero en este momento, su vida y la de su mujer están en mis manos. Así que, dígame, ¿qué haría con esa mosca?

Máximo de Atalaya asintió y carraspeó antes de hablar.

—¿Oyó vuesa merced hablar de la cantárida? —Aitor negó con una agitación corta—. ¿De la mosca española? ¿No? Pues verá, en la zona de donde provenimos, los Montes Universales, existe una variedad de insecto muy especial, similar a un

escarabajo, de un color verde y un aroma muy peculiar, dulzón a la vez que repugnante. Pues este insecto, la cantarida, después de secarla, se la somete a un proceso alquímico...

—¿Alquímico?

—Sí, un proceso que se lleva a cabo con alambiques, redomas y algunos ácidos peligrosos. —Aitor asintió, todavía sin entender—. Pues bien, de este proceso se obtiene la cantaridina, un polvo con el cual se preparan los caramelos de Richelieu.

—¿Caramelos? —se pasmó Aitor—. ¿Quiere decir dulces para los niños?

—Oh, no, no. Se les llama caramelos de Richelieu pero de seguro no son para los niños, sino para los adultos.

—¿Y con los caramelos de... Ri...?

—Richelieu.

—Con esos caramelos, ¿se volverá rico?

—Son caramelos especiales. Muy, muy requeridos en la Europa. Se venden en los burdeles de gran prestigio, y los nobles dan lo que se les pida por ellos. Son caramelos afrodisíacos.

—¿Qué es eso?

—Uno de esos caramelos lo excitaría de tal manera que se pasaría horas y horas con la verga dura como un hierro, y sería capaz de fornicar sin cansarse desde la medianoche hasta el alba. Y mientras lo hace, los pensamientos más placenteros ocuparían su mente. Creería estar en el Paraíso, se lo aseguro.

—¿A cuánto por caramelo?

—En la corte de Madrid se venden a veinte pesos de plata la unidad.

«¡Veinte pesos cada caramelo!», se asombró Aitor, pero no movió una ceja.

—¿Cree que la mosca roja que hay en esta región tiene el mismo poder que la de sus pagos?

—Eso me dijo un físico que vivió en estas tierras. Él me dibujó el insecto y la planta donde habita.

—¿Está seguro de que causará el mismo efecto?

—Seguro, no.

—¿Y se vino hasta aquí sin estar seguro? —dudó Aitor.

—Allá no nos quedaba nada, Almanegra. Vuesa merced no lo sabe, pero el comercio de la cantaridina está en manos de muy pocos. Uno de esos pocos era el padre de mi esposa, a quien otro gremio asesinó para quedarse con su porción del comercio. Desde que era un mozalbete, yo trabajaba en la recolección de la mosca, en el bosque de los Montes Universales. Engracia es la que conoce el proceso alquímico. Es la mejor, os lo aseguro. De hecho, el jefe del gremio que asesinó a su padre quería quedársela, amancebarla y usarla para su beneficio. Por eso debimos huir. La revelación que nos hizo el físico ha sido un regalo de la Providencia, nada más. ¿De veras vuesa merced cuenta con el dinero para costear la inversión que se necesita?

Aitor pensó en el dinero que le había heredado don Edilson, el que necesitaría

para construir el horno y la chancadora y para comprar picos, palas y otras herramientas que los Marrak habían listado, sin mencionar el salario para los trabajadores y la comida. Por otro lado, sabía que ese dinero no sería suficiente; Conan ya se lo había advertido.

—Es preciso que busquemos alguien que nos lo preste. Pídeselo a tu padre —le había sugerido el cornuallés.

—No.

Tal vez, reflexionó Aitor, el tipo que tenía enfrente y la muchacha de los ojos negros se convertirían en la respuesta a su necesidad.

—¿Cree que en estas tierras encontrará compradores para sus caramelos?

—¿En estas tierras hay hombres, burdeles y prostitutas? —Aitor asintió, con un ceño—. Entonces sí, Almanegra, encontraremos compradores. ¿Qué dice, hacemos el negocio? —Estiró la mano, que Aitor miró con desprecio.

—Debo meditar. Le daré mi respuesta mañana, al amanecer, antes de partir.

De regreso al campamento, pensó que desviarse del camino para hallar la dichosa mosca pospondría la búsqueda de la mina. Igual daba, se alentó. Si encontraban la mina de estaño, no podrían comenzar a explotarla hasta no contar con la concesión que, según le había explicado Corvalán, debían solicitar en Potosí.

Se detuvo a unas varas del fogón y apreció al grupo sentado en torno a las brasas. Estaban todos, excepto Delia y Aurelia, que habían preferido esperarlos en San Nicolás —habían hecho migas con la familia Paicá y las tenían como a reinas—, y Contreras y Frías, quienes se habían quedado a pedido del cacique Cristóbal, para que les enseñasen el arte de la guerra, y Aitor había prestado su consentimiento.

Detuvo la mirada en Conan y, con un movimiento de la barbilla, le indicó que lo acompañase.

—¿Qué tienes? Luces preocupado.

—Oye con atención lo que te diré —exigió Aitor—. Tal vez hayamos encontrado la fuente para obtener el dinero que precisamos.

* * *

Gracias a la promesa de que pronto se la llevaría de San Nicolás y a las chucherías que le daba para mantenerla contenta, María Cruz se portaba bien y les brindaba información valiosa, como, por ejemplo, qué caciques habían formado alianza y cuáles se tenían ojeriza, con cuántos cañones de tacuara contaban, con cuántos fusiles, con cuántos hombres, dónde mantenían vigilancia y si tenían pomberos en la selva. Al pasarle la información, Laurencio se congraciaba con Domingo Oliveira, que a su vez se lucía con los oficiales del ejército portugués para el que trabajaba últimamente. Además de informante, Oliveira les servía para alimentar a los soldados y lo hacía cometiéndolo abigeato, empresa nada fácil por esos días con el capitán Titus de Alarcón por ahí y la campaña llena de retenes.

—Las mujeres y muchos de los niños —habló María Cruz con la boca llena del confite de yema de huevo y caramelo que le había dado— también se preparan para luchar contra los mamelucos. A diario toman lecciones de arco y flecha o del uso de la macana.

—¿Qué fue del tal Almanegra —se interesó Laurencio—, el que halló a Lucía Paicá en el monte?

—Se ha ido. Nadie sabe adónde. Una mañana, él y su gente se marcharon.

—¿Y no sabes nada de nada? ¿Estás segura?

—Puedo averiguar —dijo, con aire ladino—. Las dos mujeres que viajaban con él se quedaron en el pueblo, lo mismo que dos de sus hombres, que les enseñan al cacique Paicá y a su gente a pelear.

—¿Cómo es eso?

La joven sacudió los hombros.

—Se ve que saben de esas cosas.

—Averigua, María Cruz, y la próxima vez te traeré una pieza de tela más suave que el algodón. Sobre todo, averigua acerca del tal Almanegra. Dime, ¿has oído hablar alguna vez de una mujer blanca de nombre María Clara?

—No.

—¿Y María Clara de Calatrava?

—¡Qué apellidos raros tienen los españoles! No, nunca he oído ese nombre.

Dos semanas más tarde, se encontraron en el mismo sitio. Antes de soltarle lo que sabía, María Cruz se aseguró de que Laurencio tuviese la pieza de tela que le había prometido.

—Es satén —le mintió el muchacho, pues en realidad era un pedazo de angaripola, aunque muy vistoso, con listones amarillos y blancos—. Dime, ¿qué averiguaste de Almanegra?

—Que dice una prima de Lucía Paicá, que dice la tal Aurelia, que Almanegra se dirige hacia el norte en busca de una mina.

—¿Una mina? —Laurencio le habría dado una tunda a la estólida de María Cruz. ¡Qué mina ni qué mina! ¿Qué sabía su tío Aitor de minas? Él sabía de árboles, no de metales.

—Sí, una mina.

—¿Estás segura?

—Eso dijo la prima de Lucía Paicá.

De seguro, conjeturó Laurencio, como consecuencia de la dificultad que imponía la cuestión del idioma, Aurelia había querido decir una cosa, y la prima de la Paicá había entendido otra. En cuanto a los hombres de Almanegra que permanecían en San Nicolás, eran dos soldados, dos desertores en realidad, que les enseñaban a los caciques a pelear como los peninsulares.

—Piensan atacar el fuerte del otro lado del río Pardo porque saben que están cortos de municiones.

—¿Cómo diantres saben eso?

—Ellos también tienes espías. ¿O qué piensas, Laurencio? ¿Que los de San Nicolás somos idiotas?

Cinco días más tarde, Frías y Contreras escaparon de milagro cuando se aprestaban a tomar el fuerte y una lluvia de flechas les cayó encima. Un grupo de tupíes, aliados del ejército portugués, los atacaba desde la torreta y también montados en las empalizadas de palo a pique. De asaltantes, los guaraníes se habían convertido en asaltados. La pérdida en hombres fue grande; solo regresó un tercio de la compañía que había marchado.

—Hay un alcahuete entre nosotros —afirmó Contreras, y el padre Carlos Tux tradujo.

* * *

Los Marrak mayores, Melor y Ruan, habían oído hablar de la cantaridina, obtenida de la mosca española, aunque se murmuraba que solo los aristócratas y algún miembro del clero con canonjías suculentas la compraban dado lo exclusivo de su tráfico y del precio elevado. Se la consideraba un eficaz afrodisíaco, que provocaba erecciones descomunales, aunque también, en dosis muy altas, se convertía en un veneno letal.

Aitor meditó que no tenía nada que perder, excepto un poco de tiempo. Si existía la posibilidad de que el negocio de la mosca roja, la que él tantas veces había visto en el fruto del güembé, sirviese para llenarle las faltriqueras, entonces valía la pena probar. Llegó a un acuerdo con Máximo de Atalaya, que no tuvo posibilidad de negociar y aceptó las condiciones: su vida y la de su esposa Engracia dependían de él.

—La sexta parte de lo que obtenga vendiendo los caramelos será mío. El señor Conrado Marraque —dijo, y señaló a Conan, quien, desde la salida de Buenos Aires se había cambiado el nombre por precaución, lo mismo que Ruan y Melor, ya que los ingleses tenían prohibido el acceso a los territorios españoles en las Indias Occidentales— es quien administra mis dineros y se ocupa de llevar los libros contables. —Hizo una pausa, orgulloso de su parrafada con términos raros, y posó la mirada en Engracia de Atalaya, que lo observaba con sus ojos oscuros, que lo atraieron por lo inescrutables—. A él deberán pedir lo que necesiten y rendir los gastos y lo que obtengan del rescate de los caramelos.

—¿Rescate? —se extrañó Atalaya.

—Rescate, comercio, es lo mismo —desestimó Aitor, y dio un paso adelante hasta ubicarse muy cerca del aragonés—. Nunca intente estafarme o será lo último que haga.

—Somos gentes de palabra, Almanegra.

—Además de la mosca roja —dijo Aitor, y se dirigió a Engracia—, ¿qué precisará para convertirla en el caramelo? —Se acordaba de que Atalaya había hablado de un cierto proceso, pero, por mucho que se esforzase, no recordaba la

palabra.

—Por ahora, para realizar las pruebas —expresó la mujer, y como casi no la había escuchado hablar, su voz gruesa y segura lo sobrecogió—, me bastará con lo que conseguí salvar del ataque de los indios y que el tiempo no sea tan húmedo. Después, precisaré construir un sitio donde trabajar.

—Señora, el tiempo aquí siempre es húmedo —replicó Aitor, y la miró a los ojos. Le gustó que la mujer no desviase la mirada ni se mostrase intimidada—. Estamos en la selva.

—Pues entonces necesitaré un buen fuego, Almanegra —retrucó la mujer, y bajó el rostro porque, Aitor se dio cuenta, le despuntaba una sonrisa que deseaba ocultar a su esposo.

Como Aitor suponía, no fue difícil hallar un güembé con moscas rojas en el interior de su fruto. El proceso de secado y transformación del insecto en caramelos llevaría algunos días, sin mencionar que Engracia debía estudiar la mosca primero —era la primera vez que la veía— y determinar la eficacia del alcaloide, siempre y cuando este existiese. Decidieron acampar en un sector cercano al arroyo Piray Guazú, que, de acuerdo con el mapa de don Edilson, no distaba mucho de la ubicación de la mina. Esta, en opinión de Aitor, se hallaba en los alrededores del sitio donde otro arroyo, el Aguaray Miní, moría en el Paraná.

—Cuando recorrimos la zona en el 50 con don Edilson —evocó Aitor—, no hicimos tiempo a llegar a esa parte. Había que volver para el casorio de Lope.

—Tampoco lo juzgamos prudente —añadió Ruan Marrak, quien por esos días era conocido como Rubén Marraque—. El vestigio de casiterita comenzaba a perderse en esa región. —Señaló en el mapa, por debajo del arroyo Piray Guazú.

—Ojalá nos hayamos precipitado en el 50 —deseó Melor Marrak, que ahora se hacía llamar Melchor—. No sería la primera vez que sucediese que el mineral formara islotes muy espaciados dentro de un mismo sector.

Después de levantar el campamento, con chozas de tacuaras y techo de hojas de palmera, Aitor decidió que no tenía sentido sentarse a esperar que las moscas se secasen. Dispuso que los Marrak, Ambrosio Corvalán y el fiel Ciro lo acompañasen hacia el norte, hacia el Aguaray Miní, mientras los Matas, Perdías, Manuel López e Hilario Tapary, quien, como todo guaraní, era buen cazador y conocía la flora del lugar, quedasen al cuidado del matrimonio Atalaya.

* * *

Santiago de Hinojosa había cortado las visitas a Mencía Cerdán y Jaume. Al principio no le había significado un gran esfuerzo, furioso como estaba. Sabía que la información que le había sonsacado había ido a parar a los oídos de su hijo, el dominico, que a su vez se la había transmitido al inquisidor Ifrán y Bojons, quien la había empleado para interrogar al padre van Suerk y atacar a la Compañía de Jesús.

Al igual que le había sucedido a él años atrás, van Suerk había sido exiliado en Córdoba. Se trataba de un duro golpe para el médico holandés, que amaba San Ignacio Miní como a su tierra y que había marchado sin decir ni pío, pues la regla *perinde ac cadaver* los obligaba a acatar las órdenes con ciega obediencia. De igual modo, Hinojosa sabía cuánto estaría sufriendo el destierro.

Le comentó a Ursus en una carta acerca de sus presunciones, las que apuntaban a la viuda de Cerdán y Jaume como la soplona, y, aunque su amigo admitió que probablemente había sido ella la que, a través de su hijo, había puesto en conocimiento del Santo Oficio los detalles del proceso turco para prevenir la viruela, cabía también la posibilidad de que se hubiese tratado de una charla inocente entre madre e hijo, con la excepción de que el hijo había empleado la información para beneficiar a la Inquisición.

Sí, cabía esa posibilidad; no obstante, la naturaleza desconfiada de Hinojosa le impedía terminar de creer en la inocencia de doña Mencía. Recordaba la primera conversación en la que su hijo había tomado parte, y también la sostenida con ella a solas días más tarde, durante la cual lo había sonsacado. Él, con la guardia baja y medio embobado con la viuda, le había detallado los pormenores. Pocos días después, el Santo Oficio había convocado al padre van Suerk.

Con el tiempo, la distancia que había impuesto entre él y doña Mencía comenzaba a pesarle. La ira se disipaba, y volvía a preocuparlo el bienestar de la mujer, siempre sola en esa casona, a merced de la voluntad de una india estulta y de dos esclavos. Los recuerdos de los momentos gratos compartidos con la piadosa mujer lo asaltaban a todo momento, como por ejemplo en ese, mientras confesaba a una jovencita, que le decía vaya a saber qué cosa y él se limitaba a mascullar «ajá, ajá», sin prestarle atención. Le dio la absolución con culpa, pues casi no la había oído, y se juró concentrarse con el próximo penitente.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, padre Santiago.

La voz lo sobresaltó. Se irguió en el interior del confesionario. Focalizó a través del entramado de la rejilla. Los ojos grisáceos de doña Mencía lo contemplaban con un ansia que solo consiguió aumentar el ritmo desbocado de sus palpitaciones.

—¿Doña Mencía?

—Sí, padre. Soy yo.

—¿Habéis dejado la casa?

—Vuesa merced no ha vuelto a verme y necesitaba hacer confesión.

—¿Cómo habéis venido hasta aquí?

—Chacho y Juan Diego —se refería a sus esclavos— me trajeron en la parihuela.

—Os noto agitada. No debisteis abandonar vuestra casa.

—Necesitaba hacer confesión —insistió la mujer.

Santiago apoyó el codo en el ventanuco y se sostuvo la cabeza. Cerró los ojos e inspiró en el desesperado intento de frenar el caos que se había apoderado de su

cuerpo. No estaba acostumbrado a ese desquicio. A través de la rejilla lo acarició el aroma a azahares de la mujer.

—¿Qué pecado habéis cometido?

—Traicioné a un amigo. A mi único amigo.

—¿De qué manera?

—Usé mi amistad con él, la confianza con que me honra, para indagar acerca de un determinado tema. Luego entregué esa información a otra persona.

Santiago apretó los párpados y se mordió el puño.

—La traición —dijo, al recobrar la compostura— fue el pecado que condenó a Judas Iscariote.

—Lo sé, padre. Y me siento muy mortificada. La culpa no me deja vivir.

—¿Vuestra infidencia ha perjudicado a alguien?

—No lo sé con certeza, pero creo que sí, aunque no gravemente.

—¿Os arrepentís de vuestro pecado?

—¡Oh, sí, padre! Sí, profundamente —añadió.

—¿Por qué?

—Pues... —La pregunta la confundió—. Causé un daño a otro, padre, y no puedo vivir con esta carga.

—¿Habéis pedido perdón a vuestro amigo?

—No, pero lo haré.

—¿Algún otro pecado?

—No, padre.

La absolvió, y vio cómo Juan Diego se aproximaba y la ayudaba a levantarse. Terminó de confesar más aturullado que antes. Anhelaba que acabase la fila de penitentes e ir donde Mencía. Al salir por fin de la iglesia y entrar en el Colegio Seminario, se topó en el locutorio con Hernando de Calatrava, que aguardaba al hermano César.

—El bueno del padre Ursus me ha enviado el tónico que prepara vuestro curandero, Ñezú. Mis pulmones han mejorado considerablemente desde que lo tomo.

—Loado sea el Señor.

—Amén.

Ese corto encuentro hizo renacer una idea que había quedado en la nada luego de los acontecimientos que acabaron con el exilio de van Suerk: consultar a Ñezú acerca de la condición delicada de doña Mencía. Le escribiría a Manú y le expondría las características del morbo, que a su vez ella compartiría con el *paje*, quien, Ursus le había dicho, visitaba a menudo *Orembae*. Entre esos dos, concebirían algún brebaje o tratamiento para mejorar la salud de la pobre Mencía, que, siendo todavía joven, cargaba con el cuerpo como si tuviese noventa años.

—Manú —susurró, y deseó poder llevarla a casa de los Cerdán y Jaume para que posase las manitas sobre Mencía y la curase.

En su última carta, la muchacha le confiaba que le daba su «calor», como ella

llamaba al don con el que había nacido, a Amaral y Medeiros y que los progresos eran asombrosos; el hombre ya se sostenía en pie y, con ayuda, caminaba unos pocos pasos; se expresaba con bastante claridad y movía la mano derecha; la izquierda permanecía muerta, al costado. Había tomado la previsión de quemar la misiva y planeaba, en su respuesta, exhortar a Manú a no escribir acerca de su «calor». Esa prueba incontestable en las manos equivocadas podía conducirla a la guarida de Ifrán y Bojons, el diablo se lo llevase.

Por la tarde, después de la hora de la siesta, se calzó el sombrero de ala ancha, tomó su breviario y su rosario y la caja bendecida y muy ornamentada donde llevaba la comunión para los enfermos, y recorrió, después de más de dos meses, el camino conocido como Samuhú-Peré, donde se hallaban las casas de las familias más pudientes de Asunción. La gente, al reconocer que en la caja iba el Santísimo, se arrodillaba a su paso y esperaba con actitud reverente a que los bendijese.

Tomasa lo recibió con una sonrisa que, en general, reservaba para el «niño» Pablo. Lo condujo a la sala, donde Mencía bordaba en el estrado.

—¡Padre Santiago! ¡Qué alegría!

Chacho la ayudó a incorporarse y la condujo hasta la silla de respaldo alto que ocupaba los días en que recibía. La servidumbre se retiró, y Mencía volvió el rostro hacia el jesuita.

—Padre, vuesa merced y yo sabemos a qué se debe su ausencia de tanto tiempo. —Hinojosa asintió y la miró fijamente—. Os suplico perdonéis la infidencia que cometí al contarle a mi hijo lo que me habíais referido sobre vuestro amigo, el médico holandés. —Bajó la vista y se restregó las manos—. Sé que fue convocado por el inquisidor, por fray Claudio.

—Sí, fue convocado.

—¿El padre van Suerk...? ¿Él está bien?

—Sí.

Los ojos de la mujer se colmaron de lágrimas y los labios azulados le temblaron. Una conmiseración como Hinojosa jamás había sentido arrolló con todo a su paso — el resentimiento, la desconfianza, la ira— y lo dejó inerte frente a esa mujer. Estiró los brazos y le cubrió las manos, y habría resultado de necios negar el escozor placentero que lo recorrió hasta anidar en su estómago.

—Calmaos, doña Mencía. Este arrebato no os hace bien.

—Temía que estuviese prisionero en la secreta.

—No, no. Ha debido abandonar su pueblo, eso es todo. Pasará un tiempo lejos de Asunción hasta que las aguas se aquieten. ¿Por qué no le habéis preguntado a fray Pablo? Él os habría referido el destino del padre Johann.

—Tengo prohibido hacerle preguntas sobre esas cuestiones —admitió, con la voz cargada de llanto.

—Pero él sí pudo inquirir acerca del padre Johann, ¿verdad?

—Sí —aceptó la mujer—. Entended el corazón de una madre —lo exhortó—. Mi

hijo... Él nada desea excepto convertirse en un inquisidor tan respetado y honorable como fray Claudio. Me pidió que lo ayudase a averiguar acerca de aquel asunto de la viruela para congraciarse con fray Claudio, y yo...

—Shhh... No os torturéis.

—Me aproveché de nuestra amistad. Es imperdonable. Deleznable. Soy una Iscariota.

—Calmaos —la instó, con más severidad—. Todo ha quedado atrás, y, a Dios gracias, no hay nada que lamentar.

—Salvo que el padre van Suerk debió abandonar su pueblo.

Entró Tomasa con el servicio del mate, y tanto Hinojosa como Mencía se irguieron en sus sillas y pusieron distancia.

—Yo cebaré, Tomasa —indicó la patrona—. Ve al mercado y trae un poco de pescado, que mañana es viernes.

En el mutismo que siguió tras la salida de la india, el borboteo del agua que caía sobre la yerba ejerció un efecto sedativo sobre sus ánimos exaltados. Hinojosa recibió el mate de la mano temblorosa de la anfitriona, y, cuando sus ojos se encontraron, la mujer sonrió apenas y se escondió tras bajar los párpados.

—¿Cómo os encontráis de salud, doña Mencía?

—No muy bien, padre. El tónico que me prescribió el doctor Moral tiempo atrás no ha dado los resultados esperados.

—Una vez os hablé del curandero del pueblo de San Ignacio Miní, respetado aun por el propio padre Johann, que es un médico con estudios en las universidades de Padua y Montpellier.

—Sí, lo recuerdo.

—Lo consultaré ahora. No quiero que perdamos más tiempo. Pero, para que el curandero os prescriba una medicina adecuada, vuesa merced me deberá detallar a la perfección los síntomas que la aquejan.

—Padre, gracias por este voto de confianza. Os prometo que jamás volveré a divulgar, ni con mi hijo ni con nadie, lo que conversemos entre estas paredes.

Hinojosa se limitó a asentir, más allá de que en su semblante relajado se evidenciaba la satisfacción que le causaba la promesa.

—Ahora decidme qué sentís.

La mujer describió los malestares que la aquejaban desde hacía un año, aproximadamente. Habían comenzado con poca severidad para volverse ahogos y punzadas en el pecho, en ocasiones insoportables. Casi al final de su discurso, cuando le faltaba el aliento para acabar las palabras, escucharon un ruido en el vestíbulo. Doña Mencía calló y miró con intención al jesuita. Se llevó el índice a la boca en el gesto de pedir silencio. A poco se presentó fray Pablo, que se detuvo de golpe al encontrar al jesuita.

—¡Padre Santiago! —exclamó el joven—. Hacía tiempo que no visitaba a mi madre.

—He estado muy atareado, fray Pablo.

—Imagino que este asunto del Tratado de Permuta os tiene a todos vosotros muy agitados.

—Muy agitados en verdad —ratificó, y se puso de pie—. Llegáis en el momento justo. Me disponía a dar la comunión a vuestra madre.

El rito se desarrolló durante unos minutos, pasados los cuales el joven dominico intentó sonsacar información a Hinojosa acerca del destino del padre van Suerk, acción que avergonzó a doña Mencía y que enfureció a Hinojosa por partida doble, porque le resultaba intolerable ver sufrir a la pobre viuda y porque quería moler a golpes al Judas que había entregado a van Suerk.

—He oído decir que vuestro superior, fray Claudio, ha solicitado a la Audiencia de Charcas que se instituya un tribunal del Santo Oficio en Asunción.

—Así es —contestó el muchacho, con cautela.

—¿Habéis tenido éxito?

—La Audiencia no se ha expresado aún.

—¿Qué opináis vos, fray Pablo? ¿Es una buena idea abrir un tribunal en una ciudad tan pobre como esta?

—¿A qué os referís? Que Asunción sea pobre no es impedimento para que el Santo Oficio funcione.

—Ah, pero sí que lo es, fray Pablo, pues el Santo Oficio se sustenta de las confiscaciones que realiza a sus reos. Y en una ciudad pobre, eso es un poco difícil.

—La cara juvenil del muchacho adquirió un color encarnado—. Yo soy de la firme creencia de que el Santo Oficio debería funcionar exclusivamente con fondos de la Corona, sin tocar un maravedí de las fortunas de los acusados.

—¿A qué se debe vuestra opinión? —preguntó el dominico, sin ocultar el enojo.

—Porque no vaya a ser cosa de que si no queman, no comen.

Por fortuna, Hinojosa no le había entregado el sombrero a Tomasa. Lo aferró por el ala y se puso de pie.

—Me retiro, doña Mencía. Gracias por su hospitalidad y por esos ricos mates. Buenas tardes.

—Buenas tardes, padre Santiago.

—Buenas tardes, fray Pablo.

El muchacho, cuyo semblante había adquirido un color rojo intenso, apenas inclinó la cabeza y no ofreció acompañar al jesuita a la puerta.

Santiago de Hinojosa siguió yendo a la casa de Cerdán y Jaime tanto como sus obligaciones y como el decoro se lo permitían. Él habría visitado a la viuda a diario, ya que rara vez se le quitaba de la mente, pero se abstenía no solo para evitarse problemas, sino para proteger el buen nombre de la dama.

Hacia fines de octubre, para el día de San Judas Tadeo y de San Simón, de quienes doña Mencía era devota, Hinojosa, con la excusa de que era domingo y debía llevar la comunión a la enferma, se presentó en la casa con una pequeña botella de

gres. Según la carta de Emanuela que acompañaba el recipiente, este contenía un electuario que Ñezú había preparado con la destilación de las hojas de la dedalera y miel silvestre que la señora debería tomar por las mañanas en ayunas y antes de irse a dormir, vertiendo dos gotas bajo la lengua. «*Recomiendo mucho juicio, pa'i*», aconsejaba Emanuela. «*La dosis nunca debe superar las dos gotas, la cual, dada la consistencia del cocimiento, será fácil de suministrar sin excesos. Mi taitaru se ha mostrado insistente en este punto, pues así como la dedalera cura, también mata*».

Hinojosa no encontró excusa para volver a casa de doña Mencía sino hasta el domingo siguiente, para llevarle la comunión. La señora lo recibió con una sonrisa de labios rosados y una tonalidad saludable en las mejillas. El cambio en su aspecto y actitud eran tan radicales que el jesuita se quedó mudo. La mejoría exaltaba la belleza juvenil de la cual él siempre había sospechado.

—Las gotas de su curandero, padre, han resultado más efectivas de lo que yo les daba crédito.

—Bendito sea Dios —masculló Hinojosa, y se sentó frente a la viuda, sin dejar de mirarla con fijeza.

Doña Mencía manifestó con acento y gesto contrito:

—Padre, necesito hacer confesión.

Hinojosa extrajo la estola morada, la besó y se la colocó sobre los hombros.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, padre.

—¿Por qué deseáis hacer confesión?

—He mentado, padre. Mi hijo me ha preguntado a qué se debía mi mejoría tan notable y le he dicho que al nuevo tónico que el doctor Moral me ha prescripto.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Para proteger al curandero de San Ignacio Miní, padre. Porque no deseo que ningún mal caiga sobre ese buen hombre, quien, sin duda, es un bendito entre los hombres.

Hinojosa asintió con expresión solemne. Levantó la mano y, sin tocar la cabeza de la penitente, la absolvió.

* * *

Apenas la esclava pasó a formar parte de la casa, Nicolasa había creído que, al menos, no se sentiría tan sola. Aunque fuese con una mujer zafia y sin cultura, tendría con quien hablar. Ella, que jamás había intimado con los sirvientes, dadas las circunstancias estaba dispuesta a rebajarse por un poco de atención, también para quebrar el silencio, que presentía que la volvería loca. Se había dado cuenta de que a veces transcurrían varios días en que no cruzaba palabra con nadie, pues con Calatrava prácticamente no dialogaba.

Sus esperanzas se desvanecieron cuando, tras varios intentos, desistió de entablar

una conversación con Romelia, que se limitaba a mascullar monosílabos o a asentir o a negar con la cabeza. Era trabajadora, eso había que decirlo, y las tareas de la casa las llevaba adelante con vitalidad y gran maestría, como si la energía que le faltaba para sonreír o para hablar la destinase a cocinar, limpiar, coser y lavar la ropa.

A ojos de Nicolasa, la esclava se presentaba como una contradicción: aunque su rostro comunicase que llevaba el peso del mundo sobre los hombros, su cuerpo se movía con agilidad y, sin duda, se ganaba el pan que se llevaba a la boca y el jergón donde dormía de noche.

Tampoco hacía migas con Calatrava; no obstante, en su presencia, Nicolasa notaba por sutilezas, la negra se sentía a gusto. A los dos les agradaba el silencio, eso resultaba palmario, y se mostraban agradecidos del mutismo, como si se respetasen más por haber detectado la inclinación común a callar. Se entendían con gestos y miradas.

Una mañana, la del 17 de noviembre —Nicolasa lo sabía porque era el día de San Gregorio Taumaturgo, natalicio de su padre muerto largo tiempo atrás—, mientras encendía el fuego para preparar mate, Romelia lloraba. Nicolasa no la escuchó, más bien lo notó: los hombros se le mecían y la caldera le temblaba mientras intentaba verter agua en el mate. Al acercarse sin ser vista, captó el sollozo ahogado. Como no le interesaba saber qué le pasaba, volvió a la habitación, la única de la casa y que no compartía con su esposo, y se sentó a rezar el rosario por el alma de su padre, a la espera de que la mujer, como cada mañana, los convocase para desayunar.

Escuchó que se abría la puerta principal e identificó el carraspeo y la respiración de Calatrava. Sin duda, ese tónico que traía de la ciudad y que ella no tenía idea de dónde conseguía, estaba operando maravillas en sus pulmones. Las esperanzas de enviudar languidecían, justo en el momento en que Ginebra, en la última carta, le aseguraba que Vespaciano de Amaral y M edeiros comenzaba a mostrar indicios de mejoría que permitían soñar con una recuperación total. Su hija adjudicaba la sanación a una «amiga» de Lope, una tal Manú, que vivía en *Orembae* desde principios de julio y que curaba con las manos. «*Manú, además, se ocupa de todas las necesidades de mi tío Vespaciano, por lo que la carga se ha aligerado para mi bien, pero sobre todo para el de mi tía Florbela, quien, cada día, luce más frágil y macilenta*». «Esta última», pensó Nicolasa, «sí que ha sido una buena noticia». La sonrisa se le desvaneció cuando sus cavilaciones tomaron otro rumbo. «Vespaciano en franca convalecencia, Florbela en el umbral de la muerte, y yo, atrapada con Calatrava, rompiéndome el lomo como una mula», se lamentó, mientras bisbiseaba los avemarías. Se calló de pronto al escuchar voces provenientes de la sala. Romelia y su esposo estaban conversando. Nicolasa se aproximó a la puerta y paró la oreja. Era la primera vez desde que Calatrava la había traído, que la mujer hablaba más de tres palabras seguidas.

—Lloro por mi niña, amo Hernando.

—¿Qué niña? ¿Tu hija?

—Como si lo fuese, amo Hernando.

—¿Quedó en Buenos Aires?

—Sí, amo Hernando. Anoche la soñé y sé que me necesita en este momento.

—¿Te gustaría enviarle una carta? Yo podría escribirla por ti.

«¡Escribirla por ti!», se enfureció Nicolasa, quien se cuidaba de escribir a Ginebra con la frecuencia que habría deseado para no gastar papel y tinta, que costaban un ojo de la cara, ni en el chasqui. «¡Escribirla por ti!», bufó de nuevo, rabiosa también por el tono compasivo de Calatrava, que jamás, ni siquiera en las buenas épocas de su matrimonio, se había mostrado tan solícito con ella.

—Sé escribir, amo Hernando. Pero no lo haré. No sabría adónde enviar la carta.

—¿Sabes escribir? —se pasmó el hombre, lo mismo Nicolasa.

—Me enseñó mi hermano de leche, el hijo de mis amos de Buenos Aires.

—Comprendo.

—Ya está listo el desayuno —anunció la mujer con voz queda, y Nicolasa escuchó que se sonaba la nariz.

* * *

Más se aproximaban al desagüe del arroyo Aguaray Miní en el Paraná y más se acentuaba la presencia de casiterita en los barrancones que lo encajonaban y también en el curso de agua, lo cual coincidía con la lectura del mapa de don Edilson y con las previsiones de Aitor, que estaba eufórico. Los Marrak, más bien los Marraque, mostraban signos de entusiasmo, aunque también de prudencia. En su larga trayectoria de mineros, habían lidiado con circunstancias en las que los indicios apuntaban a que habían dado con una veta especialmente rica, para terminar desencantados.

Luego de un recodo, avistaron a lo lejos el río Paraná. En ese punto, Ruan y Melor se detuvieron durante un largo tiempo pues habían detectado una mena de casiterita en la pared del barrancón que podría terminar de confirmar lo que sospechaban y deseaban: el mapa de don Edilson Barroso no mentía.

Como les quedaban pocas horas de luz, Aitor decidió instalar el vivac a unas varas de la orilla, en una parte elevada del terreno. Excepto los Marrak mayores, que permanecieron con la mitad del cuerpo sumergido en el Aguaray Miní, Conan, Ciro y Ambrosio Corvalán lo ayudaron a despejar un círculo en el terreno, cuya vegetación exuberante se erigía como un muro impenetrable. Aitor los lideraba. Los hombres observaban con gestos atónitos la habilidad del indio para echar abajo tacuaras, helechos gigantes, árboles y arbustos, y abrir una trocha en lo que minutos antes se mostraba como infranqueable.

En tanto Ciro se ocupaba de encender el fuego y Conan y Ambrosio improvisaban banquetas con troncos, Aitor se alejó para cazar. Necesitaba mantenerse ocupado y gastar energía, de lo contrario, acabaría por descargar la ansiedad y la frustración en

Corvalán, que lo ponía nervioso con su optimismo constante, o en Conan, que lo fastidiaba con su comedimiento, o en Ciro, con su sumisión. ¿Cuánto tardarían Melor y Ruan en determinar si habían hallado lo que tanto buscaban? ¿Cómo estaría Emanuela? Los dos pensamientos lo acompañaban en tanto se internaba en la selva para hacerse de un pedazo de carne.

Regresó dos horas más tarde, con el crepúsculo encima, y arrojó a los pies de Ciro dos aves, un yacú poí y un moitú, similares a pavos y de carne preciada entre los guaraníes. A diferencia de cuando trabajaba como aserrador y hachero, no tendría que desplumarlas ni destriparlas; de eso se encargaría el esclavo. Se dio cuenta de que estaba acostumbrándose y tomándole el gusto a eso de delegar las tareas tediosas en el sirviente. Se dio cuenta también de con qué facilidad podía volverse adicto a la buena vida y al lujo, y lo deseó con un anhelo que le cosquilleaba en el estómago. Codiciaba ser rico y poderoso, y lo codiciaba por su Jasy. Todo *siempre* se reducía a ella, pensó con desánimo.

Abandonó el campamento y se dirigió al arroyo, a un sector alejado de aquel en el que trabajaban Melor y Ruan. No quería verles las caras, no quería que le dijese con una mirada que todo era en vano. Él quería ser rico.

—Emanuela —susurró, ahogado por la necesidad de pronunciar su nombre. Si sus cálculos no fallaban, estaría pronta a parir. Lo recorrió un escozor producto del miedo y de la expectación. Su Jasy le daría un hijo, un varón, no le cabía duda, que se transformaría en su mano derecha para administrar la mina y perpetuar la riqueza que forjaría con el estaño.

Se tensó al percibir que alguien se aproximaba. Quien fuese, olía a humo y a la grasa de ave que chorreaba sobre las brasas.

—Soy yo. Conan —se anunció el cornuallés, sabiendo que era riesgoso sorprender a Aitor por la espalda.

—Acostúmbrate a pensar en ti como Conrado.

El muchacho se ubicó junto a Aitor y dirigió la vista hacia el arroyo que se desplegaba frente a él, cuyo lecho bajaba con aguas turbias y mansas.

—¿En qué piensas?

—En Emanuela —dijo, y ya no se sorprendió de soltarle la verdad, así, sin más, como jamás había hecho ni hacía con nadie.

—Ya debe de estar por parir —calculó Conan, y Aitor guardó silencio—. ¿Irás a *Orembae*?

—Si fuese, no sería capaz de dejarla de nuevo. La arrastraría conmigo, con crío recién nacido y todo, y nada me importaría. No, no iré a *Orembae*. Tengo que mantenerme lejos. No es el momento de regresar.

—¿Podrás vivir con la incertidumbre de saber si Manú y tu hijo están bien?

—Mi *pa'i* prometió enviarme aviso a San Nicolás.

Melor los llamó con las manos en torno a la boca para amplificar la voz. Aitor y Conan compartieron una mirada cargada de ansiedad y bajaron hasta el arroyo para

caminar por la marisma hasta el punto donde se hallaban los mayores.

—Aitor, hijo, creo que hemos dado con lo que tanto hemos buscado.

—¿De veras, tío Ruan?

—Sí, Conan. Tu padre y yo creemos que el mapa indica en verdad la existencia de un aluvión de casiterita más que importante en esta región.

Aitor pasaba la mirada entre los tres mineros cornualleses, medio incrédulo al notar por primera vez optimismo en sus expresiones y en el tono de la voz.

—¿Es seguro?

—Todavía quedan por realizar algunos estudios, pero nuestra experiencia nos indica que la probabilidad de que la mina sea explotable es muy elevada.

—¿Qué necesitan para estar seguros?

—Deberemos verificar la ley del metal, es decir, cuán puro es —explicó Melor—, y también si la cantidad que producirá será suficiente para cubrir los gastos en que incurramos para obtenerlo.

—Para lo cual primero calcularemos la ley de corte —añadió Ruan—, que definirá la concentración mínima de metal que deberíamos hallar para que la mina sea rentable.

Aitor, que entendía a medias y tampoco se esforzaba demasiado para seguir el discurso de los expertos, declaró:

—Hagan todos los estudios y cálculos que tengan que hacer, pero desde ahora les digo que nos haremos ricos.

Emprendieron el regreso al campamento para compartir la noticia con Corvalán y Ciro. Conan caminaba junto a Aitor e iba con la vista al suelo y una sonrisa.

—Aitor, este es el momento más importante de tu vida, el que la cambiará para siempre.

—Es importante, pero no el más importante.

Conan lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿No?

—No. Fue cuando tenía cuatro años, y mi *pa'i* Ursus me trajo a Emanuela recién nacida. Ese día cambió mi vida.

Ambrosio Corvalán desplegó la alegría y el entusiasmo que ni Aitor ni los Marrak se habían permitido, el primero a causa de su severidad natural; los segundos, porque, aunque optimistas, no querían cantar victoria sin contar con los resultados de los análisis que ellos mismos realizarían y que tomarían algunos días.

Después de ofrecer su petaca con vino de Jerez, de la cual Aitor simuló beber —necesitaba la cabeza más despejada que nunca—, Corvalán, católico ferviente, que acarrea el misal y el santoral a todas partes, sugirió que bautizasen a la mina con el nombre de San Gregorio Taumaturgo, por haberla hallado un 17 de noviembre, día del santo considerado uno de los Padres de la Iglesia. Aitor desdeñó la propuesta con una sacudida de cabeza.

—La llamaré *Emanuela*.

—*La Emanuela* sea, entonces —refrendó Corvalán, con su habitual ánimo risueño y amistoso.

En los días sucesivos, mientras los Marrak, expertos ensayadores de metales, hacían sus estudios y análisis con ácidos que habían cargado con extremo cuidado esperando esa instancia, Aitor fue enterándose de cuestiones importantes, como, por ejemplo, que se trataría de una explotación a cielo abierto y que irían formando un socavón para extraer el metal; que, en realidad, la mina era de aluvi3n, la cual se diferenciaba de las de veta o fil3n porque estas se ubicaban en terrenos rocosos; en las de aluvi3n, el metal se asentaba en los playones de los cursos de agua o en terrazas vecinas, por lo cual la extracci3n se realizaría solamente con el uso de barretas, cuñas, palas y picos, sin necesidad de pólvora y, por ende, con menos riesgo; que la ubicaci3n era óptima pues contaban con cuantiosa cantidad de agua y de leña para el proceso de purificaci3n de la casiterita; que desviarían el arroyo para lo cual sería menester construir un pequeño embalse, que no representaría un problema ya que se trataba de un curso muy manso. Todo apuntaba a que, si los Marrak por fin daban el visto bueno, la explotaci3n sería un éxito.

Aitor, para matar la espera, salía de cacería o pasaba horas subido a un árbol como en sus épocas de aserrador evocando a Emanuela y releyendo su carta, la que le había entregado su *pa'i* Ursus. Cada párrafo le arrancaba un pedazo de corazón. La desesperaci3n de su Jasy, su tristeza y su dolor lo traspasaban como filos. La habían acorralado, a su adorada Emanuela, encinta y sola, empujándola a abandonar la casa de los Urizar y Vega y a huir con Lope. Por momentos percibía cómo el odio le teñía de negro los pensamientos hasta que la frase «*En mi corazón, siempre serás solo tú*» operaba como una mano helada sobre una frente afiebrada, y el odio se convertía en una sonrisa insegura, y las letras se le desdibujaban hasta que las lágrimas le rodaban por las mejillas y él las secaba con el fular que su Jasy le había bordado con corazones y que siempre llevaba al cuello. Le volvían las esperanzas, y se recordaba que él todo lo podía y que, así como había encontrado la mina, algún día regresaría por Jasy y la haría su esposa. La tendría como a una reina, y la compensaría por los errores que había cometido y que la habían lastimado; la sofocaría de amor y de riquezas, que la harían olvidar los tragos amargos. Esos planes lo sumían en la ansiedad; quería comenzar con la extracci3n, le urgía empezar para hacerse rico, y habría molido a golpes a Corvalán cuando este le recordaba que los trabajos no podrían iniciarse inmediatamente, declaraci3n que refrendaban los Marrak, y entonces Aitor los habría molido a golpes a los cuatro.

—Una vez que Rubén y Melchor confirmen la conveniencia de asentarnos aquí —explicaba Corvalán—, es preciso marchar a Potosí para asentar la denuncia del hallazgo, es decir, para reclamar la propiedad de *La Emanuela*.

—¿Y todo esto —preguntó Aitor y abarcó el entorno con una pasada de su brazo — será mío?

—Oh, no. El petitorio que presentaremos ante la autoridad te asegurará la

concesión de la mina, pero ni el terreno ni los minerales serán de tu propiedad, sino de la Corona española. Tú serás dueño del mineral que extraigas, y por el permiso para hacerlo que te habrá concedido el rey deberás entregarle un quinto de tus ganancias, que ingresarás en la Caja Real más cercana a la mina. Supongo que nos tocará hacerlo en la de Asunción.

A finales de noviembre, los Marrak comunicaron los resultados de sus investigaciones.

—La calidad del estaño es excelente —aseguró Melor, y, salvo Aitor, que permaneció con los brazos cruzados, las manos calzadas en los sobacos y las piernas algo separadas, aun Ciro aplaudió y vitoreó—. De gran pureza.

—La cantidad de metal por vara cuadrada es del cincuenta y seis por ciento —expuso Ruan.

—¿Eso es mucho? —quiso saber Aitor.

—¡Muchísimo! —ratificó Ambrosio Corvalán.

Melor Marrak se plantó frente a Aitor con una sonrisa y ojos esplendentes.

—Muchacho, hoy sí puedes afirmar lo que dijiste días atrás.

—Nos haremos ricos.

—Eso es.

CAPÍTULO

V

Ese sábado 17 de noviembre, Emanuela se despertó con el dolor en la cintura que acarrea desde hacía días, solo que intensificado. Salvo los primeros meses de náuseas matinales, había transcurrido un embarazo placentero, sin sobresaltos ni malestares; un poco de cansancio, nada más. A excepción de las últimas semanas en las que el peso de su vientre le había impedido trabajar en el huerto y en el jardín de doña Florbela, siempre se había mantenido activa, ocupándose de coser ropitas para su hijo y de cortar pañales y de las cuestiones de la casa y de sus habitantes, en especial de don Vespaciano y de las niñas, que la seguían a sol y a sombra, siempre deseosas de que tía Manú les relatase versiones dulcificadas de la mitología griega y de la guaraní, y les mostrase los dibujos que llenaban su cartapacio.

—¿Quién es? —preguntó Emanuelita, y, a pesar de que aún no tenía dos años, lo hizo en un claro guaraní al señalar el retrato de Aitor—. ¿Malo?

—No, malo no —sonrió Emanuela, orgullosa de lo avispada que era la niña—. Es tu tío Aitor, el padre de Octavito. —Se tocó el vientre. Milagritos se aproximó gateando y se lo acarició con tierna torpeza. Emanuela le acunó el rostro de mofletes colorados y la besó en la coronilla. A veces la aturcía el amor que le inspiraban esas dos. Si era capaz de amarlas tanto sin haberlas parido, ¿de qué dimensión sería el sentimiento que le despertaría su hijo? En los últimos tiempos, le temía al amor. Ella siempre había amado sin medida, sin sentido de la preservación, y había padecido la separación y la pérdida de manera tan brutal que casi la habían conducido a la muerte. Conversaba con su *pa'i* Ursus, que la visitaba tan a menudo como sus responsabilidades se lo permitían, y le contaba acerca de los pensamientos turbulentos que la desolaban.

—Le temo al sentimiento que me inspirará mi hijo, *pa'i* —se avergonzó de confesarle en una oportunidad—. Me asalta toda clase de miedos, me angustia que algo malo le suceda. Desearía que se quedase dentro de mí para siempre.

—Hija, tendrás que aprender a vivir con esta verdad: quien ama, sufre. Pero vivir sin amor no tiene sentido. Perder al ser amado es el gran riesgo en el que nos embarcamos al amar, pero no puede evitarse.

Siempre la alegraba pasar tiempo con don Vespaciano, quien, desde la llegada de Malbalá, había rejuvenecido. Su recuperación la pasmaba, pues si bien, al llegar a *Orembae*, se había propuesto arrancarlo del umbral de la muerte y ayudarlo a recuperar su dignidad, jamás imaginó que en pocos meses lo vería sentado en un sillón de la sala, erguido, la cara más llena, el cabello más abundante, los ojos azules rápidos y despiertos, la sonrisa siempre pronta. Amaral y Medeiros era como las niñas: cada día aprendía algo nuevo, y eso, en opinión de Emanuela, reflejaba el

poder y la fuerza que lo habitaban, poder y fuerza que su hijo Aitor había heredado. «*Logro todo lo que me propongo, Jasy. Deberías saberlo*», le había advertido tiempo atrás, mientras discutían acerca de su fijación por hacerse rico. Era cierto, lograba todo lo que se proponía, y tal vez, partiendo de la nada, siendo un indio en un mundo de blancos, acabaría por volverse influyente y adinerado. A ella, eso no le serviría de nada; solo deseaba una cosa que él no podía darle: convertirla en su esposa. Él ya tenía una.

Por orgullo, a nadie se animaba a confesarle, ni siquiera a su *pa'i*, cuánto la atormentaba que Aitor no se hubiese presentado en *Orembae* para buscarla, sentimiento que, por otra parte, la enfurecía pues ella se lo había exigido en la carta que le había dejado con Justicia: «*No me busques, por favor... No me busques, te lo imploro*». La lucha entre el deseo de volver a sus brazos y el deber de mantenerse lejos de ellos era una pesadilla con la que vivía a diario y de la cual no sabía cómo desembarazarse.

—¿Qué... pi-en... sas, Ma... nú?

Emanuela bajó la costura y sonrió.

—En nada, don Vespaciano, y en todo. En mi hijo; en Emanuelita, que la vi comiéndose las uñas; en Milagritos, que tiene cólicos; en que nos quedamos sin holanda para hacer más pañales para Octavito; en mi hermano Juan, que vendrá mañana...

—¿En... A... itor? —la interrumpió.

—Siempre, don Vespaciano. Él siempre está conmigo.

A Emanuela le gustaba el atardecer, cuando doña Florbela, Ginebra y ella — Malbalá se ocupaba de masajear las piernas de Vespaciano a esas horas— ocupaban sus sitios en el estrado y, mientras unas cosían ropitas, sábanas y pañales o tejían mantas, batitas y escarpines, la otra leía en voz alta pasajes del libro *Diez privilegios para mugeres preñadas*, de Juan Alonso y de los Ruyzes de Fontecha, que al final traía un diccionario con descripción de plantas, flores, hierbas y enfermedades, que Emanuela disfrutaba especialmente.

Allí estaban, en el estrado, ese sábado 17 de noviembre, Emanuela sostenida por almohadones, su dolor en la cintura casi insoportable, cuando la asaltó la primera contracción. Profirió un alarido y dejó caer el ejemplar de Ruyzes de Fontecha. Las niñas se asustaron, soltaron los juguetes y corrieron hacia ella, seguidas por Marã y Orlando, que ladraban y gañían alternadamente en torno a su silla. Saite agregó dramatismo a la escena al abandonar su alcándara y sobrevolar la sala emitiendo chillidos, para acabar posándose en la baranda del estrado con las alas completamente extendidas y el pico entreabierto.

Lope saltó de la silla donde leía *Fuenteovejuna*, de su tocayo Lope de Vega, y subió corriendo los tres escalones. Se arrodilló junto a Ginebra, que ya sostenía la mano de Emanuela.

—Ya pasa, ya pasa —susurraba la muchacha en un intento por animarla, sin

quejarse por la crueldad inconsciente con que la parturienta le apretaba la mano.

Doña Florbela se puso de pie y, con una velocidad sorprendente para su salud delicada, bajó del estrado e hizo sonar una campana para convocar a Drusila y a otras domésticas.

—Lope, llévate a las niñas y a estos animales.

—Pero, madre...

—Ahora, Lope.

Una nueva contracción endureció el vientre de Emanuela, y su clamor espantó a Lope, que tomó en brazos a Milagritos y de la mano a su hija mayor, mientras con los pies iba arrastrando a Orlando y a Marã.

—Respira, Manú —aconsejó Ginebra—. Es menos doloroso si no contienes el aire.

Enseguida se presentaron Drusila y las otras indias, y un poco después Malbalá.

—Tenías razón, sy —concedió Emanuela, con esfuerzo—, ya está por llegar mi hijo.

—Sabía que ese dolor en la cintura era una señal de que el parto se avecinaba. A mí me sucedía siempre.

Pasada la segunda contracción, Emanuela consiguió incorporarse y se dirigió a su recámara. Todavía en el corredor poco iluminado, percibió que un líquido tibio le acariciaba la cara interior de las piernas y se encharcaba en torno a sus sandalias.

—¡Sy! —exclamó, y se aferró al antebrazo de la mujer—. ¡He roto la fuente!

—Tranquila, es normal.

Apenas se recostó sobre la cama la atacó una nueva contracción, la más cruenta de las tres.

—Una vez que rompes bolsa —explicó Ginebra— es más doloroso.

Para ser primípara, las contracciones se sucedían con una frecuencia sorprendente. Doña Florbela, mientras le quitaba las sandalias y le secaba los pies, le comentaba que el trabajo de parto de Lope había durado casi un día y medio.

—Al principio, las contracciones eran esporádicas. Solo hacia el final comenzaron a ser tan frecuentes como las tuyas. Creo que tu hijo nacerá muy pronto, Manú.

Las domésticas entraban y salían cargadas de sábanas, lienzos, bateas con agua caliente y ropita de bebé. Emanuela avistó que Drusila se presentaba con unas tijeras y atrajo la atención de su madre apretándole el antebrazo.

—Sy, ¿recuerdas lo que te dije de las tijeras para cortar el cordón de mi hijo?

—Que las sumergiese en agua hirviendo y que luego pasase aceite de tomillo por el filo.

—Eso es. ¡Ve y hazlo!

—Si la sumerges en agua hirviendo —opinó Drusila—, se volverá roma, Manú, y no cortará el cordón.

—¡No importa! —se enfureció—. ¡Hagan como les digo! Mi *taitaru* asegura que

es la única manera de preservar a mi hijo de la enfermedad de los siete días. ¡No quiero que mi hijo muera! ¡No quiero!

Drusila y Malbalá corrieron a cumplir la orden, mientras doña Florbela se acercó y le enjugó el sudor con un paño humedecido con esencia de rosas.

—Tu hijo no morirá, Manú —la confortó—. Tu hijo nacerá sano y crecerá feliz.

Emanuela se echó a llorar. Se daba cuenta de que estaba comportándose como una desquiciada y que asustaba a las mujeres que la conocían tranquila y mansa. No podía contenerse. El mundo se le había caído encima: el dolor la abrumaba, el miedo la paralizaba y la falta de Aitor la sumía en una desesperanza oscura y densa.

Luego de una contracción especialmente virulenta, atrajo a Malbalá con un tirón brusco y le suplicó:

—Sy, háblame de él, por favor. Cuéntame del día en que Aitor nació.

Doña Florbela, que no comprendía el guaraní, volteó súbitamente al oír el nombre que jamás había escuchado de labios de Emanuela. Frunció el entrecejo y, aunque no comprendiese ni jota, siguió el relato de la abipona con atención, su mirada fija en el rostro de Emanuela, que iba relajándose e iluminándose, hasta que una nueva contracción destruyó la expresión alegre y la convirtió en un rictus de padecimiento.

Después de controlar la dilatación, Malbalá indicó a Emanuela que pujase. Tal como había previsto doña Florbela, el niño, aunque primerizo, nació poco después. Su llanto ahogó los ladridos de Orlando, que se mantenía, estoico, detrás de la puerta cerrada de la recámara de su dueña, y los chillidos y picotazos de Saite, apostado del otro lado de la contraventana.

Malbalá cortó el cordón y ató un jirón de tela en torno al vientre del niño. Con la asistencia de doña Florbela, le quitó los coágulos y lo envolvió en una manta. En tanto, Ginebra, Drusila y las otras domésticas cambiaban las sábanas y ayudaban a Emanuela a ponerse un camisón.

—Sy —suplicó, mientras Ginebra le colocaba almohadas en la espalda—, dame a mi hijo. Necesito verlo.

—Toma a tu hijo, tesoro mío —susurró Malbalá, con la voz tomada y los ojos arrasados—. Es sano, hija mía. Sano y hermoso como su padre.

Emanuela lo recibió entre sollozos y risas ahogadas. Se secó con impaciencia las lágrimas, que no le permitían estudiar su carita oscura, hinchada y cubierta de pelo. «El hijo de Aitor», pensó, tan abrumada que no acertaba a entender qué estaba sintiendo. «*Y ahora vas a regalarme este hijo, que será más amado por su padre que el príncipe más importante de las Europas*». El recuerdo tuvo el efecto de una embestida; la sorprendió, la atacó sin aviso, y rompió a llorar movida por lo que consideraba una injusticia: Aitor no estaba a su lado para admirar lo que habían creado juntos.

No valieron las palabras de consuelo de doña Florbela ni las de Malbalá ni las caricias de Ginebra, y solo acabó de llorar al darse cuenta de que el niño había abierto los ojos y la miraba, aunque, después de un análisis más cercano, le resultó claro que

no lo hacía con fijeza, sino más bien tras un velo, como si le costase enfocar.

—¿De qué color son sus ojos, sy?

—Hasta dentro de un tiempo, los tendrá de ese color, que no es negro ni azul. Después adquirirá el definitivo.

Emanuela deseaba que fuesen dorados, o ámbar, como los llamaba desde que había visto las arracadas bellísimas de doña Florbela, hechas de esa piedra, que, en realidad, le había explicado Lope, no se trataba de una piedra sino de una resina fosilizada.

No podía apartar sus ojos de la carita de Octavio.

—Octavio Vespaciano Aitor —necesitó susurrar. ¿Qué apellido llevaría? ¿Ñeenguirú? Don Vespaciano le había prometido que le daría el que le correspondía, el de Amaral y Medeiros. ¿Lo habría ofrecido en un momento de debilidad? ¿Se habría arrepentido? ¿Cómo le explicaría a doña Florbela que el niño era un Amaral y Medeiros?

Lo colocó sobre sus piernas y abrió la manta para estudiarle el cuerpecito, largo y flaco. La emocionaba cada detalle, y no se cansaba de mirarle los dedos de los pies y los de las manos. La uña del meñique era tan diminuta que forzó la vista para descubrirla, lo mismo las tetillas, que se confundían en el tono oscuro de la piel. Le admiró la boca, perfecta como la de Aitor, succulenta, bien definida, y con el labio superior en forma de corazón, y le besó la barbilla respingona, donde se le formaba un hoyuelo.

Lo recogió y lo acunó contra su seno. El niño no perdió tiempo y buscó el pezón, y las mujeres, aun las domésticas, que la espiaban mientras se ocupaban de poner orden, rieron.

—Será un tragón como el padre —vaticinó Malbalá.

Emanuela le besó la frente y permaneció unos segundos con la nariz hundida en el cuellito de Octavio, olfateándolo, memorizando su aroma exquisito. Hasta que el niño comenzó a chillar.

—¿Qué le pasa, sy? —se preocupó—. ¿Por qué llora? ¿Qué hice?

—Tiene hambre, hija. Póntelo en el pecho. ¿No ves cómo busca el pezón?

Se trataba de un camisón especial, uno que doña Florbela le había confeccionado especialmente, que le permitía sacar el seno por una abertura junto a la cartera sin necesidad de desatar lazos ni desnudar el torso. El niño se prendió al pezón con un ansia que volvió a inspirar risas. La primera succión arrancó una exclamación a la madre, que enseguida se transformó en una expresión de apacible sonrisa a medida que el niño mamaba y se alimentaba con calostro. Al cabo, lloriqueó de nuevo, y Malbalá le indicó que lo cambiase al otro seno. Minutos más tarde, se quedó dormido con el pezón en la boca.

* * *

A la mañana siguiente, alrededor de las diez, Emanuela recibió una sorpresa: don Vespaciano entró caminando en su recámara. Por supuesto, de un lado lo sostenía Lope, del otro uno de los indios que lo cuidaba. Arrastraba los pies y avanzaba con lentitud, pero parecía mentira ver lo erguidas que estaban sus piernas cuando a principios de julio se le doblaban como si fuesen de estopa.

Lo ubicaron en un canapé mullido junto a la cabecera de la cama y enseguida el hombre estiró con dificultad su mano buena, como la llamaba, y apretó la de Emanuela, quien, con Octavito dormido en brazos, lo contemplaba tras un velo de lágrimas.

—Después del nacimiento de mi hijo, verlo entrar caminando es la mejor cosa que me ha pasado en la vida, don Vespaciano.

Lope despidió al indio, colocó una silla junto a su padre y tomó asiento. Emanuela lo miró, y Lope le sostuvo la mirada. Había comodidad y confianza en el intercambio silencioso, comodidad y confianza que habían ido cimentándose tras los años de amistad, pero sobre todo durante el período más duro de abstinencia de Lope, en el que Emanuela no lo había abandonado ni un momento. Le había secado el sudor y sujetado las manos cuando le temblaban, lo había obligado a atiborrarse de infusión de la hierba del toro y distraído con anécdotas del pueblo y de su gente, que lo habían hecho reír y olvidar, también con juegos de mesa y acertijos. Durante semanas, hasta que el veneno que le corría por las venas salió por fin de su cuerpo, Emanuela vivió para él.

—No vinimos anoche a verte porque mi madre nos advirtió que estabas exhausta.

—Gracias por venir ahora. ¿Quiere verlo, don Vespaciano?

Emanuela se inclinó hacia delante, y el hombre hizo otro tanto con la lentitud con que emprendía todo por esos días, y fijó la mirada en el rostro apacible del niño. Emanuela advirtió la avidez con que sus ojos azules lo recorrían.

—Será el vivo retrato de Aitor —declaró Lope.

—Sí —ratificó Amaral y Medeiros.

—¿Cómo te encuentras, Manú?

—Muy bien, Lope. Más que bien.

—Luces más bonita que antes.

—Gracias.

Lope iba a hablar y se calló cuando advirtió que su padre intentaba decir algo.

—Mmm... mi ni... eto se... rá uuu... un A... ma... ral y Mede... iros.

Emanuela sintió un tirón en la garganta y calor en los ojos. Las figuras frente a ella se desdibujaron. Recogió a su hijo y lo acercó a su rostro para besarlo.

—¿Estás de acuerdo con eso, Lope?

—Por supuesto, Manú. Octavio es mi sobrino, nieto de mi padre. Merece llevar nuestro apellido.

Emanuela amaba a Lope como a un hermano; ese día, sin embargo, marcó un cambio en su relación, como si hubiesen traspuesto un umbral y el afecto que se

profesaban se hubiese convertido en una fidelidad incondicional, una amistad sin límites. Estiró la mano y sujetó la que le ofrecía el muchacho.

—Gracias, querido amigo. Gracias por todo. Tu generosidad y desinterés me hacen admirarte aún más.

Las mejillas pálidas de Lope se colorearon.

—Ya convoqué al notario, que comenzará con los trámites de reconocimiento de Aitor y de Octavio en cuanto le demos los datos y mi padre firme los documentos.

—¿Qué dirá doña Florbela? —se angustió Emanuela—. Ella sabe que Aitor es hijo de mi sy.

—Yo mmm... me ocu... pa... ré ddd... de e... so.

—No quisiera causarle una pena a doña Florbela. Ella ha sido mi ángel guardián. Se ha comportado como una madre dulce y gentil. Siento que estoy traicionando su confianza. Tal vez deberíamos bautizar a mi hijo con mi apellido, Ñeenguirú.

—¡No! —exclamó Amaral y Medeiros, y Emanuela vislumbró un atisbo del carácter endiablado que lo había hecho famoso en el pasado.

—Mi padre está decidido, Manú. Déjalo hacer. Mi madre ama a Aitor. No dirá nada.

—Tal vez mi sy tenga que abandonar *Orembae* —dedujo, y una sombra se posó sobre los tres rostros al mismo tiempo.

* * *

Doña Florbela no fue a visitarla al día siguiente del nacimiento de Octavio. Según le comentaron, primero Drusila y después Ginebra, guardaba cama. El esfuerzo desplegado durante el parto y las emociones vividas la habían extenuado. A Emanuela no la sorprendió la noticia; las escrófulas se habían pronunciado en el cuello de la mujer, que las ocultaba con fulares de seda, y últimamente tosía. Por eso y sin importar cuánto deseaba que Octavio llevase el apellido de su abuelo paterno, había sugerido que el niño se apellidase Ñeenguirú. Quería evitarle un trago amargo a quien la había recibido con los brazos abiertos cuando ella no tenía adónde ir. También pensaba en Malbalá, en que se vería obligada a marcharse pues doña Florbela, con toda razón, no soportaría su presencia, por lo que ella también se marcharía; no estaba dispuesta a separarse de nuevo de su sy. ¿Dónde irían? No a San Ignacio Miní; por un lado, tenía prohibido volver allí; por el otro, no habría tolerado encontrarse con Olivia.

Doña Florbela se presentó la tarde del segundo día. Pese al reposo y a que se había alimentado con carne y legumbres —al menos, eso le había asegurado Drusila—, no tenía buen semblante. Emanuela le ofreció una sonrisa amplia al verla cruzar el umbral y le extendió la mano, que la dueña de casa aceptó enseguida y besó.

—¿Cómo habéis estado, doña Florbela? Ginebra me ha dicho que habéis guardado cama.

—Estoy muy bien, querida. Muy bien. No quiero que te preocupes por mí. Déjame ver a mi niño.

La señora se inclinó sobre el moisés que había pertenecido a Lope y que también habían usado sus hijas. Doña Florbela sonrió durante el tiempo que observó dormir a Octavio, sonrisa que mantuvo cuando se sentó junto a la cabecera de la cama y miró a Emanuela, que la contemplaba con ansiedad.

—Es muy parecido a Aitor —declaró—. Aun recién nacido, la similitud de los rasgos es sorprendente.

—Lo sabéis, entonces.

—¿Por qué no me dijiste que Aitor era su padre, Manú? Sabes cuánto quiero y admiro a ese muchacho.

—Tal vez por eso mismo, doña Florbela. No quería que pensaseis mal de él.

—Nunca pensaría mal del que salvó la vida de mi hijo y mi honor. Ni siquiera...

—¿Ni siquiera?

—Ni siquiera ahora que sé que es hijo de Vespaciano.

—Gracias —susurró Emanuela. Se apretó las manos para contrarrestar la emoción y el miedo.

—Me lo comunicó mi esposo esta mañana —prosiguió la mujer, con una ecuanimidad que ayudó a calmar a Emanuela—. Quiere darles su apellido, a Aitor y a su nieto.

—Así me lo hizo saber ayer por la tarde. —Levantó la mirada y, al encontrar la de doña Florbela, que la contemplaba sin rastros de enojo ni celos, deseó borrar la pena que estaba causándole—. ¡No tolero que sufráis, doña Florbela! Vuesa merced ha sido como un ángel protector para mí y para mi hijo. Siento que os traiciono. Prefiero que Octavio lleve mi apellido a que vos sufráis.

—Vespaciano no te hará caso, Manú. Cuando algo se le pone en la cabeza, no hay poder sobre esta tierra que lo haga cambiar de opinión.

—Haberle causado esta pena resulta insoportable para mí.

—Nada de emociones exacerbadas mientras amamantas al niño. Se te irá la leche o lo indigestarás. Además, tú no me has causado ninguna pena, más bien alegrías. Hace muchos años ayudaste a mi hijo a superar sus incontinencias nocturnas. Hace poco lo ayudaste a superar el vicio del alcohol, que jamás imaginé que sería capaz de abandonar. Le salvaste la vida a Vespaciano...

—Yo...

—Sí, Manú. Vespaciano estaba dejándose morir y tú le diste una esperanza. Yo amo a mi esposo —aclaró tras una pausa—, pero no he sabido satisfacer sus necesidades ni sus apetitos, que él ha buscado en otras.

Emanuela estiró el brazo y cubrió la mano de la señora.

—Yo también he sido engañada y traicionada por el hombre que amo, doña Florbela. Conozco bien cuán doloroso es. Conozco lo profunda que es la herida causada por la traición de la persona a quien le habríamos confiado la vida. Conozco

también el dolor que causan la humillación, la vergüenza. En especial conozco la confusión que se experimenta al sentir que ya no reconocemos al ser amado. Nadie, solo el que lo ha padecido, podría entendernos.

—Aitor es como su padre, Manú: ambicioso, hambriento, desmedido, como si la vida misma no le bastase. Pero creo que es eso lo que los hace tan atractivos a los ojos de las mujeres.

—Qué condena —masculló Emanuela.

—Tu hijo será un Amaral y Medeiros, lo mismo que el hijo de Malbalá.

Emanuela levantó el rostro con un movimiento rápido y lanzó un vistazo suplicante a doña Florbela.

—Tu madre no se irá de *Orembae*, si es eso lo que me preguntan tus ojos. — Emanuela, conmovida, asintió—. Es una gran mujer y se ha dedicado a Vespaciano desde que llegó a esta casa. Lo cuida como yo no podría, dada mi debilidad. Es evidente que lo quiere. Cuando yo no esté, será de gran compañía para él, que nunca ha sabido estar solo.

Emanuela se mordió el labio y sacudió la cabeza, abrumada por tantos pensamientos que necesitaba expresar.

—No, no, mi niña. Basta de lágrimas o agriarás la leche de Octavito. Mira, te he traído un obsequio. Vamos, enjúgale los ojos y mira lo que te he traído.

Emanuela se secó los ojos y se sonó la nariz. Doña Florbela tenía una caja de madera sobre las piernas, bellísima, con un taraceado en madreperla que formaba zarcillos y flores.

—Es para ti —indicó la mujer, y se la extendió.

—Es bellísima, doña Florbela —admitió, mientras pasaba la mano por la superficie lustrosa de la tapa.

—Sí, la caja es bellísima, pero también estoy regalándote su contenido. Ábrela.

Las reconoció enseguida: las arracadas de ámbar, que no estaban solas; una gargantilla, un anillo y un broche, también de ámbar, completaban el juego.

—No lo merezco.

—Mereces mucho más que esto, Manú. Tú tal vez no lo notes, porque es parte de tu naturaleza, pero allí donde vas, dejas un halo de alegría, y eso es lo que has hecho en esta casa, perfumarla de alegría. Las niñas están contentas, Lope ya no se embriaga, Vespaciano se ha levantado de una cama que, creí, sería su lecho de muerte. Hasta Ginebrita luce más... Es difícil saber qué siente Ginebra, pero la veo sonreír más a menudo desde que estás tú. En fin, has sido el ángel salvador de los Amaral y Medeiros.

«Dejé una estela de odio y muerte tras de mí en casa de mi *pa'i* Ursus», reflexionó, y la amargura se le reflejó en la expresión, la cual doña Florbela malinterpretó.

—No estoy regalándote este aderezo de ámbar en pago por lo que has hecho desde que llegaste. No quiero que te ofendas pensando eso.

—No me ofendo, doña Florbela. ¿Cómo podría? Lo considero demasiado, de eso se trata. Vos me habéis acogido sin poner una sola condición ni objeción y me habéis tratado como a un par, pese a que no me conocíais y a que yo traía la vergüenza a vuestro hogar. Encinta y sin esposo.

—Manú, si hubieses llegado a esta casa veinte años atrás, cuando a mí me regían prejuicios y principios vanos, cuando pensaba que la esencia de la vida se hallaba en cuestiones que hoy juzgo, más que intrascendentes, estúpidas, sí, te habría condenado sin piedad. Pero la vida me enseñó, a golpes muchas veces, que es la compasión y la generosidad lo único que nos redime y nos da serenidad de espíritu, así que no vuelvas a decir que trajiste la vergüenza a este hogar, porque, como te dije antes, solo trajiste alegría. —La mujer sacó la gargantilla de la caja y se aproximó para colocarla en torno al cuello de Emanuela—. Este es mi regalo por el nacimiento de tu maravilloso hijo. Eran de mi madre, y ahora quiero que las conserves tú. Cuando yo no esté, las verás y te acordarás de mí, y rezarás por mi alma. —Emanuela, con la expresión congestionada, asintió—. Poseo muchos aderezos, algunos heredados, otros son regalos de mi esposo y de mi hermano Edilson, que en paz descansa, pero he decidido que conserves este porque sé que para ti es especial, porque sé a qué te recordaron la vez que me viste usar las arracadas: al color de ojos de Aitor, que es tan único como él. ¿Verdad que sí?

—Sí, me recordaron a sus ojos, que tanto amo.

* * *

Aitor y su pequeña comitiva regresaron a la zona cercana al arroyo Piray Guazú donde había quedado el resto del grupo. Máximo de Atalaya los recibió eufórico, con excelentes noticias: la mosca roja del güembé no solo poseía las propiedades de la cantárida para provocar una constricción en los vasos y aumentar el flujo sanguíneo, lo que conllevaba, en el caso de los hombres, a erecciones poderosas y duraderas, sino que no era tan irritante como su análoga española y, por lo tanto, menos riesgosa. El mismo Máximo lo había probado.

—Aunque el alcaloide que produce también es vesicante —añadió el hombre, alborotado, los mofletes enrojecidos y los ojos chispeantes—, es mucho menos ofensivo que la cantaridina.

Aitor, que no tenía idea de lo que significaba vesicante, posó los ojos en Engracia, que le devolvió una mirada enigmática por lo seria e indescifrable. Lo complacía la medida que ostentaba la mujer; se reconocía en esa postura de estudiada calma.

—Tendremos que buscar el territorio más densamente poblado de güembés —siguió hablando Atalaya— e instalarnos en las inmediaciones.

—Por ahora —lo interrumpió Aitor—, me urge regresar al pueblo de San Nicolás. Luego, partiremos a Potosí.

—Iremos contigo, Almanegra —dijo Engracia, y su voz grave, oscura,

silenció a todos—. Sé que es una de las ciudades más grandes del virreinato — prosiguió con una seguridad que Aitor admiró, en tanto meditaba que era la primera vez que la mujer lo tuteaba y que se manifestaba con libertad—. Allí conseguiré lo que necesito para la fabricación de los caramelos.

—Los prostíbulos deben de abundar en Potosí —se entusiasmó Atalaya—. Aprovecharé el viaje para ganarme varios compradores.

—No tengo intención de llevarlos conmigo —se plantó Aitor—. Es una distancia enorme, más de doscientas setenta leguas, y pienso hacerlas a mata caballo. Ustedes no lo resistirían.

Engracia se aproximó con paso lento, aunque decidido, y se detuvo frente a él, a menos de una vara. Lo miró a los ojos y sonrió con ironía.

—Tú, Almanegra, no tienes idea de lo que soy capaz de resistir. Doscientas setenta lenguas a mata caballo no me asustan.

—Yo compraré lo que necesitas. Solo dímelo.

—Solo yo sabré qué calidad comprar.

Se midieron con una mirada que mantuvo al resto del grupo callado y con el aliento contenido. Aitor apreciaba la catadura de la mujer, en la que se reconoció de nuevo. Era una sobreviviente, igual que él.

—Está bien —concedió—. Pero si no soportan el tranco, los abandonaré al costado del camino y seguiré con mis hombres.

—Trato hecho —dijo Engracia.

* * *

Después de cruzar el río Uruguay, Aitor actuó con una prudencia que por un lado lo fastidiaba y retrasaba y que por el otro juzgó necesaria ante el despliegue de tropas portuguesas y de algunos destacamentos españoles, que dominaban la campaña y cuya cantidad se había redoblado desde la última vez que habían atravesado esos parajes. ¿Qué habría sucedido? Se ocultaban y avanzaban a la caída del sol y por trochas y caminos poco transitados, alejados de las rutas principales.

Al entrar en San Nicolás un atardecer a mediados de diciembre, ya los aguardaba una comitiva, con el cacique Paicá a la cabeza. Frías y Contreras se adelantaron para saludarlo, y Aitor ocultó el contento y el alivio que experimentó al verlos; necesitaba la mayor cantidad de gente para la explotación de la mina y había temido que esos dos se hubiesen alzado en su ausencia.

Lo invitaron a comer en la sala del Cabildo. Se presentó después de darse un baño en el arroyo con el jabón y las prendas limpias que le facilitó Delia, contenta de tenerlo de regreso. A poco de empezar a engullir, se enteró de por qué los militares se hallaban alborotados y esparcidos por la campaña. Después del ataque al presidio que se hallaba al otro lado del río Pardo, los portugueses habían aumentado su presencia en la zona y presionado al ejército español para que escarmentase a los indios

sublevados. Si los mamelucos no atacaban, se debía a que las municiones no habían llegado.

Aitor masticaba y sorbía el mate sin interrumpir a quienes le referían los detalles de la escaramuza, en la que los tupíes y sus flechas los habían humillado. En tanto, se acordaba de las lecciones que le había impartido su *pa'i* Ursus de niño y cuánto fastidio le habían causado, todas, excepto una: las epopeyas militares de la Antigüedad, en especial la de Quintus Fabius Maximus, el general romano que había participado en las Guerras Púnicas, y que al encontrarse en desventaja numérica frente a los ejércitos de Cartago, había optado por evadir el enfrentamiento en campo abierto y adoptar un estilo tal vez menos honorable, aunque más efectivo: ataques poco ambiciosos y sorpresivos a objetivos pequeños, robos, destrozos, vandalismo, secuestros de soldados para obtener información y luego emplearlos como arma de negociación; cualquier hazaña que les permitiese sobrevivir hasta que llegasen refuerzos.

—Si hacen la guerra de frente, perderán —profetizó a un auditorio que había dejado de lado la comida y lo oía con atención—. Somos nosotros los dueños de la selva, nadie la conoce mejor. Usen ese conocimiento para esconderse y atacarlos por sorpresa. Maten su ganado, quemem sus tiendas, roben sus armas, pongan trampas.

—Les ganamos en un ataque frontal en 1641, cuando la batalla de Mbororé —le recordó uno de los caciques.

—Sí —admitió Aitor—, porque estábamos unidos y porque los *pa'i* nos comandaban.

—¿Quieres decir que no somos capaces de hacer la guerra sin los *pa'i*? —se ofendió el alcalde de primer voto.

—Digo que ellos nos mantuvieron unidos y que eso fue lo que nos condujo a la victoria —argumentó Aitor—. Hoy los siete pueblos tienen un enemigo común, y ¿qué hacen? Pelean entre sí para ver cuál será el jefe, quién se llevará la gloria, quién vestirá la corona de rey. Además, es evidente que hay un felón entre ustedes. Si no, ¿cómo supieron los mamelucos del ataque al fuerte?

Los caciques y funcionarios se miraron; algunos vistazos recayeron en el capellán, Carlos Tux, que ocupaba un sitio relegado y mantenía un perfil bajo.

—No me miren a mí —se defendió—. Jamás traicionaría a mi pueblo.

—Pero si ya nos deshicimos de Laurencio Ñeenguirú, ¿quién está vendiéndole información a los mamelucos? —se preguntó Paicá.

—No se deshicieron de Laurencio Ñeenguirú —replicó Aitor—. Esa alimaña sigue viva, allí fuera, y bien podría tener amigos aquí dentro.

Contreras y Frías lo interceptaron al final de la cena. No tenía ganas de hablar con nadie, solo de trepar a una hamaca y dormir.

—El capitán Titus estuvo aquí —informó Frías—. Tuvimos que rajar al monte para evitarlo. Por suerte los pomberos nos alertaron. Nos pasamos dos días en la selva —añadió con el disgusto que la causaba el recuerdo.

—¿Todavía sigue por aquí?

—Sí, estacionado en Yapeyú y, desde allí, se mueve por toda la campaña.

—¿Los habría apresado?

—No él —aseguró Contreras—, pero venía con un grupo de soldados y con otro oficial. Si alguno de ellos nos hubiese reconocido, el capitán Titus no habría tenido otra salida más que apresarnos.

—¿Para qué vino? —se interesó Aitor.

—Fue después de lo del ataque al presidio. Vino en son de paz, para convencer a los indios de que no sigan hostigando a los portugueses y para que se avengan a mudarse a otras tierras.

—¿Piensas quedarte en San Nicolás, Almanegra? —quiso saber Frías.

—No.

—Los muchachos nos contaron que encontraste la mina —dijo el antiguo soldado, con la sonrisa que esbozaba con tanta facilidad.

—Así es.

—¡Enhorabuena!

—Gracias.

—Queremos ir contigo —declaró—. No es seguro permanecer aquí, con el capitán Titus merodeando por la zona.

Aitor asintió y posó una mirada inquisitiva en Contreras.

—Yo también partiré contigo, Almanegra.

—¿Quiénes son esos dos que llegaron con ustedes? —se interesó Frías.

—Dos a los que les salvamos el pellejo —informó Aitor—. Los charrúas atacaron su carreta y los desplumaron.

—¿Se quedarán con nosotros? —intervino Contreras.

Aitor se preguntó por qué no le molestaba el interrogatorio de Frías y sí el de Contreras. Tal vez se debía a la provocación que le brillaba en los ojos, al acento desafiante con que preguntaba.

—Si no hacen preguntas y mantienen el pico cerrado —replicó Aitor—, tal vez se queden.

Se sostuvieron la mirada hasta que el criollo bajó la vista. El padre Carlos Tux llamó a Aitor, que, sin dirigir otra palabra a Contreras y a Frías, caminó en dirección del jesuita y se detuvo frente a él.

—Mande, *pa'i* —dijo, más por costumbre que por una genuina inclinación a servirlo.

—Esto llegó para ti, Almanegra. —Le extendió una misiva—. El mensajero no dijo quién la enviaba. Simplemente la entregó y se marchó.

—Gracias. —Tomó la carta y se alejó a paso tranquilo, simulando la ansiedad por dar con un sitio solitario donde leerla. Le temía a la reacción que le causarían sus párrafos. La ansiedad lo impulsaba a partir el sello de lacre; el miedo lo mantenía inactivo. Era de su *pa'i*. ¿Quién más, fuera del grupo que lo acompañaba, sabía que

se hallaba en San Nicolás y que se hacía llamar Almanegra? Salió del pueblo y se dirigió hacia el arroyo donde unas horas atrás se había bañado. Poseía un salto que enseguida le había evocado a su Jasy. Se ubicó sobre una roca por encima de la pequeña cascada, arrullado por los sonidos de los animales y de la caída del agua. La luna casi llena se reflejaba en la superficie del arroyo y le brindaba la luminosidad que necesitaba para leer. Quebró el lacre, y el crujido, que desentonó en el concierto nocturno, le provocó un escalofrío.

Orembae, 24 de noviembre del año de gracia de 1753.

«Aitor, me hace inmensamente feliz comunicarte que el pasado 17 de noviembre, a eso de las nueve de la noche, Manú dio a luz un varón, al que llamó Octavio Vespaciano Aitor y que hoy por la mañana bauticé en la capilla de la estancia con el apellido Amaral y Medeiros, de acuerdo con las indicaciones de Vespaciano. Lope y Ginebra fueron sus padrinos. Tanto tu hijo como Manú se encuentran en perfecto estado de salud».

Las líneas se tornaron difusas. Reaccionó cuando una lágrima cayó sobre el escrito y borroneó una palabra. Inspiró sonoramente y bajó los párpados. Percibió el cosquilleo de las lágrimas al caer. Soltó el aire que había estado reteniendo involuntariamente. Le temblaban las manos, los labios, el mentón y sentía los ojos calientes.

—Jasy, Jasy, Jasy —mascullaba con los dientes apretados y los brazos cruzados sobre el torso. Se meció en la roca, la carta atrapada en su pecho, hasta que resultó imposible contener la emoción y profirió un clamor con el rostro dirigido hacia la luna y que acalló a la selva. Lloró con un abandono como solo se había permitido la noche en que supo que Emanuela había partido de San Ignacio Miní, si bien el dolor que lo devastaba era distinto, no tan profundo, ni desolador, lo suavizaba un atisbo de esperanza y, sin embargo, lo ahogaba en su intensidad.

* * *

El aullido lo había paralizado. A pocas varas de San Nicolás, a punto de reencontrarse con María Cruz por más información, Laurencio nieto se detuvo en un acto mecánico. No se atrevía a avanzar. Se trataba de un luisón, no cabía duda. Había salido a buscar víctimas aun cuando la luna no terminaba de completarse. Debió de haberle hecho caso a su instinto y no acatar la orden de Domingo Oliveira, que lo había obligado a buscar a la india. Los mamelucos estaban nerviosos y presionaban a su compatriota para que echase luz sobre la oscuridad en la que se encontraban.

El aullido provenía de la zona del arroyo. ¿Estaría cebándose con un tapir o un pecarí, al que había cazado pese a la noche tan luminosa? Apartó unas hojas de helecho y lo descubrió montado en una roca, sobre el salto, la cabeza echada hacia atrás mientras le gemía a la luna. La imagen le cortó el respiro. Lo aterraba la escena, y no reunía la voluntad para apartar la mirada; una extraña fascinación lo mantenía

estaqueado en ese sitio mientras contemplaba al luisón que más temía, a su tío Aitor, que ahora se hacía llamar Almanegra, y con ese nombre se lo mentaba hasta en las pulperías de ciudades tan lejanas como Ontiveros, Villa Rica, Corrientes y Yapeyú. Lo había dejado boquiabierto escuchar los relatos de las hazañas que se le adjudicaban. Hablaban de un demonio de la cara blanca, inerte, sin facciones, una voz de ultratumba y unos orificios infinitos en lugar de ojos, en los cuales solo se apreciaba la luz amarilla que chispeaba al final si se lo veía muy de cerca, y si eso sucedía, lo más probable era que se acabase desgarrado por un par de colmillos largos, muy blancos y afilados. Ver la luz amarilla de sus ojos era lo mismo que la muerte.

Aitor cambió súbitamente la postura y el comportamiento, y Laurencio se dio cuenta de que lo había oído. No, oído no, pues estaba seguro de que no había movido un dedo. Lo había olido. Era célebre el olfato de Aitor entre los cazadores de San Ignacio Miní, cualidad que evidenciaba aún más su índole de luisón. Había detectado el aroma de su sudor y el de la orina que le corría entre las piernas, pues se había desgraciado como en aquella oportunidad tantos años atrás. Aitor se le presentaba como un ser invencible, infranqueable, inaccesible. Lo odió con una ferocidad que le llevó a meditar: «Debe de existir la manera de destruirte, y la voy a encontrar».

La cabeza de Aitor se movió con una rapidez deliberada que evidenció la sospecha que lo inquietaba: en ese sector de la selva, entre los helechos, algo acechaba. Sus ojos dorados lo apuntaron, y Laurencio contuvo una exclamación al notarlos más amarillos que de costumbre, como sucedía cuando adoptaba su condición de luisón. Estaba atrapado: cualquier movimiento que ejecutase lo traicionaría, ya fuese por el ruido o por los olores que agitaría. Aitor mantenía la vista fija en el punto donde él se escondía. Permaneció inmóvil, contuvo el aliento y esperó.

Su tío se puso de pie y regresó al pueblo. Entonces cayó de rodillas y se aferró de la maleza para no dar de bruces en el colchón de hojas. Deseó que Aitor Ñeenguirú nunca hubiese nacido.

* * *

Se ató el cabello que ya le rozaba los hombros en una coleta a la altura de la nuca y se colocó la máscara veneciana. Se echó encima la capa negra con capucha que Máximo de Atalaya le había regalado después de que lo descubriese apreciándola, y montó sobre Creso, el alazán que había pertenecido a Alonso de Alarcón, el diablo se ocupase de su alma.

Frenó a cierta distancia del puesto donde dormía Morales. Sería cauto. El capataz no era tonto, y después del primer asalto, probablemente dormiría con el cuchillo bajo el jergón. Sabía que el hombre estaba haciendo bien su trabajo; así se lo había asegurado su *pa'i* Ursus en la misma carta en la que le había comunicado el

nacimiento de su hijo. Sonrió en la noche, bajo la dureza del cuero de la máscara. El hijo de él y de su Jasy, el hijo que había nacido el mismo día en que había dado con la mina. «Mi hijo», pensó, loco de la ansiedad por echarle un vistazo. Se había jurado no acercarse a Emanuela por un tiempo, hasta que ella se repusiese de la herida que había vuelto a abrirse con la noticia de su matrimonio con Olivia y hasta que él no consiguiese convertirse en lo que tanto deseaba: un hombre rico como Creso; por eso había llamado Creso al caballo de Alarcón, para que su fiel compañero le recordase cada mañana para qué se levantaba.

Sí, ese había sido su propósito, guardar distancia, que, a escasas varas del casco de la hacienda de *Orembae*, se convertía en una empresa de imposible consecución. «Me meteré en su recámara solo para mirarlos dormir», se prometió, «y luego me marcharé». Aunque primero se ocuparía de Morales, para que siguiese por la buena senda.

Ató a Creso al tronco de una palmera bastante alejada y se aproximó con la actitud furtiva de su espíritu de cazador. Se trataba de una madrugada calurosa de principios de enero, y percibía el sudor que le corría bajo la máscara y la capa, que era de un tejido grueso. Avistó un montículo en la enramada de la vivienda. «Un perro», conjeturó. El hombre había puesto un guardián a la entrada del rancho. El bastidor de cuero que hacía de puerta estaba abierto de par en par, probablemente a causa del calor.

Soltó un silbido, y advirtió que la cabeza del animal se erguía, y las orejas, una puntiaguda, la otra roma, se paraban. Volvió a silbar, y el animal se levantó, lo cual le permitió observar los lineamientos de su figura recortados en la luminosidad de la noche. Se trataba de un ejemplar de buena estampa, no muy alto, aunque sí fuerte y de cabeza grande. «Igual que yo», pensó. Otro silbido, y el perro corrió en su dirección.

—Ven —lo llamó en castellano cuando lo tuvo a un tiro de piedra.

A los pocos segundos el animal se dejó acariciar, y Aitor le descubrió señales de maltratos en el lomo surcado por heridas.

—Yo tampoco le sería fiel a ese imbécil de Morales —lo alentó, y se dirigió hacia el rancho con la actitud de quien se sabe patrón, con el perro junto a él.

Se detuvo en el umbral y perforó la penumbra. Advirtió la presencia de Morales, que dormía solo y casi desnudo. El brillo de la hoja del cuchillo lo atrajo enseguida; se hallaba junto al camastro, en el piso, muy a mano. Elevó el índice y miró al perro a los ojos, que de inmediato se sentó sobre los cuartos traseros y no entró con él. Aitor se inclinó, recogió el arma y apoyó la punta a la altura del corazón del capataz.

—Morales —lo llamó, con voz impostada.

Después de abrir los ojos de manera súbita y en un acto mecánico, el hombre manoteó bajo la cama.

—No te muevas o te perforaré el corazón con tu propio cuchillo.

—¡Almanegra!

—Sí, soy yo. —Resultaba divertida la mueca de horror del capataz—. He venido para que me rindas cuentas.

—¡He administrado *Orembae* como si fuese mía! ¡Lo juro por el alma de mi madre! ¡Lo juro!

—Me he enterado de que se ha robado ganado en otras haciendas.

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo, lo juro!

—¿Quién?

El hombre tragó con un ruido que reveló la sequedad de su garganta.

—Pues... Se dice por ahí que ha sido el antiguo administrador de *Orembae*. Domingo Oliveira es su gracia. Se dice que roba el ganado para dárselo a los portugueses, a los soldados que vinieron a quitarles la tierra a los jesuitas.

«¡El diablo se lleve su alma!», maldijo Aitor.

—Quiero que redobles las guardias y que la casa esté siempre con vigilancia. ¿Has entendido? —presionó de mal modo, exasperado por el gesto de confusión con que lo miraba.

—Sí, Almanegra.

—¿Tienen armas de fuego?

—No muchas.

—Si a mi regreso encuentro la casa, en especial de noche, sin protección —arrastró la punta del cuchillo desde el pecho hacia el gaznate del hombre—, te degollaré.

—Sí, sí. Digo, no, no... No faltarán las guardias. Lo juro, Almanegra.

Aitor se lo quedó mirando desde los orificios que le conferían a la máscara el aspecto espeluznante, divertido con la actitud servil y aterrorizada del hombre.

—Tu perro ya no te pertenece. No lo reclames.

—No, no.

—Si lo haces, cuando vuelva, no tendré misericordia contigo.

Recogió la capa y le dio la espalda para abandonar el rancho. Silbó para que el animal lo siguiese.

* * *

Haber penetrado en el casco de la estancia sin dificultad —ni siquiera se había visto obligado a trepar el muro pues el portón estaba sin traba— y hallar la contraventana de la recámara donde dormían su mujer y su hijo abierta de par en par debido al calor, no constituía un cuadro que un hombre de su carácter y disposición habría tomado con calma.

Orlando salió a recibirlo con gañidos y muestras de afecto y le suavizó el mal humor. Saite aleteó en la alcándara y, con un sigilo que pasmaba, voló para posarse sobre su muñquera. Aitor le acarició el buche, lo lisonjeó y lo soltó en la noche, para que, aunque ya viejo, se diese el gusto de cazar.

Se deslizó hasta el sitio donde dormía Malbalá.

—Sy —la llamó, con un acento y un sacudón más duro del que habría deseado, pero estaba molesto y no se midió.

—¿Qué? ¿Qué? —se despertó la mujer, alborotada y se irguió en la cama ubicada a unas varas de la de Emanuela.

—Silencio. Soy yo. Aitor.

—Hijo. Hijo mío.

—Salgamos a la galería.

—Sí, sí, enseguida.

Octavio se rebulló en el moisés e hizo unos ruiditos antes de empezar a llorar. Instintivamente, Aitor se retrajo en la oscuridad tras la cama de Malbalá, conmovido por el llanto de su hijo, exaltado al ver que Emanuela se incorporaba con lentitud, como si le pesasen el torso y la cabeza. Descubrió en la penumbra qué largo tenía el cabello, cuyas puntas descansaban sobre el colchón, y la pensó completamente desnuda, con el pelo recogido, que ella soltaba para él, porque sabía cuánto lo fascinaba que se derramase sobre sus hombros y su espalda. Tuvo una erección, allí, a pulgadas de su madre, que se acentuó al advertir el perfil de los senos de Emanuela, apretados contra el género delgado del camisón. Estaban muy grandes, pesados de leche, con los pezones erectos. Aunque se esforzó por borrar la imagen, su mente lo traicionó y evocó el color encarnado que adoptaban cuando se ponían duros a causa de la excitación, y evocó también los gemidos de su Jasy cuando él se los mordía con los colmillos o se los succionaba hasta causarle placer. Ahora se endurecían al llanto de su hijo.

—Duerme, Manú —la instó Malbalá, que ya se cubría con una bata y se dirigía hacia el moisés—. Yo me ocupo de Octavito.

—Pero, sy, tal vez tenga hambre.

Al sonido de esa voz soñolienta, tan amada, tan añorada, el cuerpo de Aitor reaccionó con violencia: apretó los párpados, las mandíbulas y los puños, cortó la respiración y tensó los músculos; un escozor le cubrió la piel, aun en sitios que nunca se le erizaba, y una humedad cálida le inundó los ojos. Los testículos se le tensaron y la erección se tornó dolorosa. Deseó no haberse quitado la capa.

—No, hijita, son cólicos —insistió la abipona—. Yo me ocuparé. Duerme. Estás extenuada, Manú.

—Está bien —concedió, y la debilidad de su voz golpeó a Aitor; jamás la había escuchado tan cansada.

Abandonó la habitación con la urgencia de quien escapa de un incendio. Malbalá se apareció en la galería con un bulto en los brazos, y el corazón de Aitor, muy desbocado, dio un respingo antes de batir con velocidad renovada. Le ardía el pecho, y tenía agarrotada la garganta, como si una lampalagua se le hubiese enroscado en el cuello y lo constriñese.

Se inclinó para mirarlo y ahogó una risotada cargada de llanto al toparse con los

ojos muy abiertos de su hijo y el entrecejo fruncido. Lo besó allí, en el ceño, para distendérselo. Demoró los labios sobre la piel tibia y suave, y los arrastró por la frente y por la pequeña nariz, y por los carrillos regordetes. Le olfateó el cuello rollizo. Olía a Emanuela, a la vida.

—¿Y ese perro? —se sorprendió Malbalá, mientras, con el pie, instaba a Orlando a entrar de nuevo en la recámara.

—Desde hoy dormiré aquí fuera y quiero que siga a Emanuela adonde sea que ella vaya. Dile que se apareció y que tú lo adoptaste. Pídele que lo cure. Está muy lastimado.

—Está bien —concedió, a sabiendas de que, con Aitor, lo mejor era guardarse los cuestionamientos.

—Dámelo, sy.

—Sostenle la cabecita —lo conminó, mientras se lo entregaba.

—Sé cómo hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? Jamás te vi cargar a tus hijas.

Aitor no replicó. Observaba con fijeza y una sonrisa a Octavio, que a su vez lo miraba con desconfianza; el beso de su padre no había acabado con el ceño.

—Hijo mío —susurró con voz estrangulada, y escondió la nariz detrás de la pequeña oreja, donde volvió a embriagarse del aroma familiar hasta percibir que las pulsaciones descendían a un ritmo normal.

—Es tu vivo retrato —escuchó decir a Malbalá—. Lo observo y es como si estuviese observándote a ti, veintidós años atrás.

—No heredó mis orejas. Las de él son pequeñas y están pegadas a la cabeza.

—Sí, es lo único de Manú que reconozco en él. Por lo demás, es igual a ti.

—No tiene mi color de ojos.

—Es pronto para decir. Pero yo creo que lo tendrá.

—¿De qué color son? No veo bien con tan poca luz.

—Su color es como el de los recién nacidos, azulado, a veces se tornan grisáceos.

—¿Emanuela está bien, sy? Parecía muy cansada.

—Está exhausta.

—No lo permitas, sy. La conozco; es capaz de resentir su salud con tal de cumplir con su deber.

—Es normal, Aitor. Tu hijo no acaba de comer que ya pide más. Lo tiene pegado al pecho todo el día. ¿No ves lo bien alimentado que está? ¿No ves qué carrillos tiene? Y eso es gracias a la leche de Manú, que es gorda y le fluye como un río, Dios se la conserve.

La erección de Aitor, que había remitido a la visión de su hijo, cobró vida.

—¿Emanuela se alimenta bien?

—Si no lo hiciese, su leche no sería tan abundante ni tan gorda.

—¿Sufrió mucho? En el parto.

—Sufrió como toda mujer, pero, para ser primeriza, fue mejor de lo que yo

esperaba. Tu hijo nació poco después de que Manú rompiera bolsa. Yo, con tu hermano Bartolomé, estuve horas y horas padeciendo.

Aitor contemplaba a su madre con los ojos arrasados y una sonrisa temblorosa.

—Sy, habría dado cualquier cosa por estar con ella en ese momento.

—¿Sabes, hijo? Entre contracción y contracción, cuando Manú recobraba el aliento, me pedía que le contase cómo había sido tu nacimiento.

—¿De veras? —Malbalá asintió—. ¿Cómo está ella, sy? ¿Habla de mí? ¿Me echa de menos?

—No habla de ti a menudo, pero sé que te piensa de continuo, como la vez en que te fugaste por lo del asunto del asesinato de la esclava. En aquella ocasión, jamás pronunció tu nombre, pero nadie ponía en duda de que estabas con ella todo el tiempo. Y ahora, con Octavito, creo que, aunque quisiese, no podría escaparle a tu recuerdo.

—¿Lo querrá? Escaparle a mi recuerdo —aclaró.

Malbalá le acarició la mejilla.

—No, hijo. Eres su vida. Tú y Octavito son su vida.

—Gracias, sy. Estoy tan feliz con mi hijo. —Se inclinó para besarle de nuevo.

Malbalá se pasó el dorso de las manos por los ojos, emocionada ante la declaración de su hijo, siempre tan arisco y reacio a desnudar sus sentimientos.

—Deberías ver a Manú, estarías orgulloso de ella, tan dedicada a tu hijo, en cuerpo y alma. Octavito la sigue con la mirada y llora si la pierde de vista. Es un tirano, igual que su padre.

Aitor rio con un sonido congestionado y se secó los ojos con el fular que Emanuela le había bordado.

—Pese a que tu hijo no le da respiro, sigue ocupándose de todos y siendo el centro de la casa, como lo era cuando vivía con nosotros, en San Ignacio. —La sonrisa de Malbalá se borró y le cambió el talante al comentar—: Ahora también le impone las manos a doña Florbela.

—¿Está enferma?

—Muy escrofulosa, muy debilitada. Manú me confesó días atrás que su don no está funcionando con la pobre mujer, que es una santa.

—¿Te trata bien desde que sabe que... pues...? Mi *pa'i* Ursus me contó que bautizaron a mi hijo con el apellido de Amaral y Medeiros —añadió, a modo de explicación.

—¿Quieres saber si doña Florbela sabe que tu padre y yo fuimos amantes? —Aitor asintió—. Lo sabe y lo acepta con entereza. Supongo que la alivia que me ocupe de Vespaciano. Ella, como te digo, está inutilizada para todo esfuerzo. Yo, por mi lado, trato de hacerme invisible a sus ojos, para no contrariarla. He dejado de comer en la sala con la familia.

—Entiendo. Y mi padre, ¿cómo está?

—Mejor. Mucho mejor. Con ayuda, ha comenzado a caminar. —Las cejas de

Aitor formaron triángulos muy acusados—. Lo hace muy lentamente y siempre apoyándose en alguien. Habla mucho mejor. Manú hizo el milagro.

—Sy, ¿qué dijo Emanuela cuando le contaste que vine a verla la vez pasada? Malbalá carraspeó y tomó una inspiración profunda.

—Tu *pa'i* Ursus y yo decidimos ocultarle que estuviste en *Orembae*. Vespaciano también estuvo de acuerdo.

—¿Cómo? ¿Fueron capaces? ¡Pensará que la he olvidado, que no quiero verla!

—¡Baja la voz!

Octavito se quejó y lloriqueó apenas, y Aitor lo miró con una mueca de espanto.

—¿Qué le sucede, sy?

—Sucede que lo has asustado. Cálmate y presta atención a las razones que tuvimos para no decirle que habías estado aquí. Ese día, el que tú viniste a buscarla, ella había vivido emociones que acabaron por enfermarla. La obligué a que se fuese a la cama temprano, porque estaba muy pálida y con taquicardia. Eso no es bueno cuando se está preñada, Aitor.

—Pensará que la he olvidado —se amargó.

—Ella te lo pidió en su carta, que no la buscaras.

—La conozco, sy. Ella espera que la busque. Ella *quiere* que la busque. —Malbalá le devolvió una mirada cargada de desconsuelo, que lo abatió aún más—. Me olvidará. Me olvidará y hará su vida sin mí, no me esperará, y yo no podré soportarlo.

—Aitor, hijo. —Malbalá le acunó la cara—. No existe un minuto del día en que Manú no te evoque, y eso es un tormento para ella. Te ama con locura, Aitor. Para ella, no existe nadie excepto tú. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Júramelo, sy. Si tú me juras que Emanuela nunca me olvidará, si tú me prometes que me esperará la vida entera si es necesario, podré irme sin obligarla a seguirme esta misma noche.

—Te lo juro por la salud de tu padre.

La solemnidad del juramento los mantuvo callados durante algunos segundos, en los que se sostuvieron la mirada.

—Gracias, sy. ¿Le dirás mañana que vine a verla?

Malbalá bajó los párpados y suspiró.

—Hijo, creo que no comprendes el efecto que la sola mención de tu nombre tiene sobre Emanuela. Si llegase a saber que estuviste aquí y que no la despertaste, la noticia la afectaría al punto de cortarle la leche. ¿Y con qué se alimentaría tu hijo? ¿No ves lo sano y fuerte que está gracias a la leche de Manú? ¿Qué ocurriría si la perdiese?

—¿Se puede perder la leche por una emoción fuerte?

—¡Por supuesto! Podría perderla o se le podría agriar, lo que indigestaría al niño, que terminaría por sufrir una descompostura y morir.

Aitor apretó el abrazo en torno al pequeño bulto y lo cubrió con el rostro. El amor

desmesurado que le inspiraba Emanuela se había transferido naturalmente al hijo de ambos; solo había bastado que posase los ojos en él. Aceptó, sin remordimientos, que del mismo modo en que las hijas de Olivia le inspiraban indiferencia, esa pequeña criatura le despertaba un sentimiento de feroz posesividad por el simple hecho de haberse gestado en las entrañas de su Jasy. Lo observó, estático y en un mutismo reverencial. Lo había hecho feliz la noticia del embarazo de Emanuela, pero jamás había creído que experimentaría la emoción que lo dominaba en ese instante.

—Sy —dijo, con voz rasposa—, en unos días partiré lejos.

—¿Adónde?

—A Potosí, una ciudad a más de doscientas leguas al norte de aquí.

—¡Doscientas leguas!

—Hay un asunto de la mayor importancia que tengo que atender. Mi futuro y el de mi familia dependen de él.

—¿Volverás?

—¿Qué clase de pregunta me haces, sy? Volveré y, entonces, nada ni nadie podrá impedirme que me reúna con mi mujer y mi hijo. Me gustaría volver adentro y ver a Emanuela.

—Se despertará si te aproximas. Desde que nació Octavio, tiene el sueño muy liviano. Y si se despierta y te encuentra junto a su cama, del susto, se le cortará la leche. No es prudente, hijo.

—No se despertó cuando entré en la habitación y Orlando me recibió con tanta fiesta.

—Es un sonido al que está familiarizada y no le presta atención.

Aitor cerró los ojos en un gesto exasperado y suspiró ruidosamente.

—Está bien. Ahora, llévame con mi padre. Necesito hablar con él.

Antes de devolverlo a los brazos de Malbalá, Aitor besó varias veces a Octavio y lo llamó «hijo mío, hijo de mi alma» y le prometió que regresaría para llevarlo con él.

* * *

Malbalá despidió al indio que cuidaba a Vespaciano durante la noche y lo despertó con suavidad.

—Aitor está aquí —se apresuró a explicarle al notar su confusión—. Quiere verte.

—Que... pase —indicó, mientras, con la ayuda del brazo que le respondía, se incorporaba contra el respaldo. Malbalá acomodó las almohadas detrás de él y, antes de salir a la galería para llamar a Aitor, encendió dos bujías.

Entró en la recámara, y se detuvo en seco al descubrir a Amaral y Medeiros erguido contra el respaldo de la cama. Parecía el de antes. «Este milagro es gracias a mi Jasy», caviló, henchido de orgullo, y respondió con una sonrisa a la de su padre. Se aproximó a la cama reflexionando que no cometería el mismo error del pasado, cuando, por ocultarle que amaba a una muchacha llamada Emanuela, padeció en vano

casi tres años, siendo que Amaral y Medeiros había conocido el destino de su mujer durante todo ese tiempo.

—Hi... jjjo —pronunció con algo de dificultad, aunque decididamente de manera más fluida que meses atrás.

—Luce muy bien.

—Graci... as a tu Manú.

—Sí, lo sé.

—¿Has visto a mi ni... eto? —Aitor asintió—. Tu madd... dre di-ce que es iggu... al a ti ddde pequeño.

—Sí, me lo ha dicho. Por fortuna, no sacó mis orejas. —Se las tocó, y Amaral y Medeiros rio por lo bajo—. Don Vespaciano...

—Lla... mame padre. Me comppp... place que me lla-mes padre. Pron... to serás un Amaral y Mede-iros.

—Gracias. No deshonraré su apellido.

—Lo sé.

—He venido a despedirme. Parto en unos días hacia Potosí. Antes de morir, don Edilson me dejó un mapa con la ubicación de una mina de estaño. —Las cejas casi blancas de Vespaciano avanzaron sobre la frente para expresar la sorpresa—. La hallamos el 17 de noviembre, el mismo día en que nació mi hijo —expresó, orgulloso.

—¡Bu-en a-uguri-o!

—Sí. Iré con los Marrak a denunciar la mina y obtener el permiso para explotarla.

—Nece-sita-rás dinero.

—No estoy aquí por eso —aclaró, a la defensiva—. Solo quería que lo supiera.

—En Poto... sí vive mi pri... mo Camilo ddde Porttt... Por-to-ca-rre-ra —dijo, muy lentamente—. Es notari... ri-o. Dile que eres mi hi... jjjo.

—No me creerá. Me verá indio y con estos tatuajes y me soltará los perros.

—Malbalá —llamó Amaral y Medeiros con una seguridad y fluidez que llevó a Aitor a conjeturar que pronunciaba el nombre con frecuencia.

—Dime, Vespaciano. —La mujer, que se había mantenido aparte, se aproximó con actitud diligente.

—Lope.

—¿Lo despierto y le digo que quieres hablar con él? ¿Eso quieres?

—Sí.

Aitor se tensó. No deseaba verlo, menos aún frente a su padre. Se puso de pie y se alejó hacia la contraventana por donde había ingresado. Caminó en círculos, mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño.

—A... A-itor. —Se detuvo y alzó la vista. Amaral y Medeiros lo contemplaba con tristeza—. Ven. —Volvió a sentarse junto a la cama—. Qui... qui-ero que se-as amigo de Lope. Te necesita.

—Él me desea la mujer.

—Manú solo te ama a ti. Solo a ti, hi... jo.

Lope entró atándose el cinto de la bata, los rizos dorados alborotados y una expresión entre somnolienta y desconcertada que habría arrancado una risotada a Aitor si la envidia y el rencor no le hubiesen agriado el humor. Ese mequetrefe disfrutaba de la compañía de su mujer todos los días, mientras él la codiciaba desde la distancia.

—¡Aitor!

Se puso de pie y recibió el abrazo de Lope con actitud rígida. Lo pasmaba la incapacidad de Lope para sentir rencor, ¿o se había olvidado de la amenaza de la última vez, cuando le prometió degollarlo si tocaba un pelo de Emanuela? Lo complació que oliese a jabón, a limpio, y no a alcohol.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien, bien. ¿Qué te trae por aquí?

—He venido a despedirme. Parto hacia Potosí en unos días.

—Malbalá —intervino Amaral y Medeiros—, plll... pluma, pappp... pel y tinta.

Vespaciano le pidió a Lope que redactase en su nombre una carta para su tío Camilo de Portocarrera en la cual presentaba a Aitor como un Amaral y Medeiros y le solicitaba que lo asistiese en las tramitaciones para la concesión de la mina.

—¿La mina? —se interesó Lope—. ¿Cuál mina?

—Despu... Despu-és —lo acalló Amaral y Medeiros, aunque sin la hosquedad que habría empleado con su hijo legítimo en el pasado—. Lope, tra-e el documento de A... A-itor.

El muchacho abandonó la habitación y regresó al cabo con una declaración escrita por el notario Lacalle, de Asunción, que se ocupaba de las cuestiones de la familia Amaral y Medeiros desde hacía años. Aitor notó la calidad gruesa y blanquecina del papel y reconoció el sello al pie del documento; pertenecía al anillo de su padre, el que le había prometido que le pertenecería algún día.

Recorrió el párrafo rápidamente, sin entenderlo. Leer no se le daba bien en guaraní; en castellano le resultaba casi imposible, y, si se empleaba un lenguaje pomposo y de palabras raras como el que desplegaba ese escrito, era lo mismo que estuviese en turco.

—Allí dice —explicó Lope— que, de acuerdo con lo dispuesto en la ley doceava de las Leyes de Toro, mi padre solicita al rey que se te legitime por rescripto, lo mismo a Octavito.

Aitor lo miró sin emitir sonido, mientras se decía que antes muerto que confesarle que no entendía una palabra. Además, lo había fastidiado que pronunciase el nombre de su hijo con tanta confianza y afecto.

—Tú debes prestar tu conformidad a la solicitud de legitimación, lo mismo que yo.

—¿Tú?

—Así es —ratificó Lope—, porque el rey no querrá legitimarte en mi perjuicio.

—¿Lo harás?

—Ya lo hice. —Le señaló su firma, al pie del documento.

Aitor asintió, y aunque sabía que correspondía que le agradeciese, no pronunció la palabra.

—Solo faltas tú —añadió Lope—. Debes firmar aquí.

Jamás había firmado, a excepción de las dos cartas que le había escrito a su Jasy y solo con su primer nombre. No tenía idea de cómo hacerlo en un documento tan rumboso. Tomó la pluma ofrecida.

—Firma con tu nombre: Aitor Ñeenguirú, el cual, Dios mediante, cambiarás por el de Amaral y Medeiros.

—¿Cuándo?

—Son tramitaciones que llevan a veces más de tres años. Pero mi padre le escribirá al virrey y le pedirá que envíe el pedido a la corte de Madrid con la mayor premura posible.

Aitor no quería mirar a su madre; percibía la ansiedad y la emoción que brotaban de ella como si irradiase calor. En cambio, miró a su padre, que sonreía y asentía, y después, de soslayo, la firma de este, la cual, desde el soponcio, había cambiado. En el pasado, lo había visto firmar con tantas vueltas y ringorranos que Aitor se había preguntado cómo no se mareaba al trazarlos. Ahora simplemente se leía, en una grafía temblorosa, Vespaciano del Jesús de Amaral y Medeiros. Él lo imitó: Aitor Francisco de Paula Ñeenguirú. Con suerte, esa sería la primera y la última vez que firmaría con el despreciado apellido de su padrastro. Cuando fuese un Amaral y Medeiros, ensayaría la firma más aparatosa de la que se tuviese conocimiento en las Indias Occidentales.

Lope espolvoreó arena sobre la firma, sacudió el papel y lo enroscó. A indicación de su padre, escribió una carta para Camilo de Portocarrera en la que explicaba la filiación de Aitor y en la que le solicitaba que lo asistiese en sus negocios en Potosí. Vespaciano la firmó con dificultad, y Aitor ocultó las emociones que le provocaba que su padre se tomase tantas molestias por su bien. Lope derritió el lacre y estampó el sello, que quitó del anular derecho de Amaral y Medeiros.

Aitor se puso de pie con la carta para el notario Portocarrera en mano y clavó la vista en su padre primero, en su hermano después.

—La seguridad de *Orembae* es pésima. He llegado hasta aquí sin siquiera tener que trepar el muro. El portón estaba sin traba.

—¡Adeltú! —masculló Amaral y Medeiros.

—Está viejo el pobre —lo apañó Lope—. Lo relevaré de ciertas obligaciones y se las pasará a Juan Javier. Es un muchacho muy despierto.

—Además, tienes que disponer de grupos de guardia permanente. Domingo Oliveira está haciendo de las suyas por la campaña. Ha robado ganado en las estancias de Santo Ángel y de San Luis. —Aitor hablaba de dos de los siete pueblos

ubicados del otro lado del río Uruguay, a veintisiete leguas al sur de *Orembae*—. Y dicen que se mueve hacia el norte. No me extrañaría que intentase robar el ganado de los Amaral y Medeiros y de cometer otros desarreglos para vengarse. —Alternó una mirada severa entre los rostros de Lope y de Vespaciano—. Roba ganado para alimentar al ejército portugués. Ahora les hace de espía y de lenguaraz a los mamelucos.

—Malddd... Maldddi...

—Tranquilízate, Vespaciano, por favor —intervino Malbalá.

—Los guardias deberían estar armados porque los hombres de la banda de Oliveira lo están.

—No contamos con más de dos mosquetes y muy viejos. Si mi tío estuviese vivo —caviló Lope—, sería fácil conseguir fusiles y bayonetas, pero...

—Usa tu amistad con Titus de Alarcón. Háblale de Oliveira y de tu sospecha de un ataque a *Orembae*. Por una buena paga, él podría hacerse de algunas armas del ejército y vendértelas. Está en el fuerte de Yapeyú.

—No conoces a Titus, Aitor. Es demasiado honorable para ensuciarse las manos en un asunto como el que propones.

Aitor esbozó una sonrisa lobuna, y Lope contuvo el aliento al distinguirle los largos colmillos; se había olvidado de cuánto lo afectaban.

—Todos tenemos un precio, Lope, aun tu honorable capitán Titus de Alarcón.

—Le escribiré.

—Si le escribieses y la carta cayese en manos equivocadas, lo comprometerías y te meterías en un lío. Será mejor que viajes a Yapeyú. —«Y que te mantengas lejos de mi mujer por un tiempo», rumió.

—Lo pensaré.

—Por lo pronto, ordena a Morales que organice las guardias, día y noche, aunque sea con lanzas y macanas.

—Así lo haré.

—Lope —dijo Amaral y Medeiros—, abrr... bre la cajja fu-erte y dale dinero a tu her-ma-no.

—Enseguida, padre.

—No. —Lope se detuvo—. No lo necesito, ya te lo dije —le recordó a Amaral y Medeiros con tono incisivo. No aceptaría el dinero de su padre, en especial con Lope presente.

Un brillo de reconocimiento y admiración dio vida a los ojos azules de Vespaciano, que se limitó a asentir. Extendió la mano derecha hacia Aitor, que se aproximó a la cama y se la sujetó.

—Ve con Di-os, hi... hijo mí-o.

—Gracias, padre. Te encomiendo a mi mujer y a mi hijo. Son lo único que tengo. Protégelos, por favor.

—Con mi vida —aseguró en una declaración apasionada, sin pausa ni vacilación.

CAPÍTULO VI

El Domingo de Pascua de 1754, la catedral de Asunción se hallaba abarrotada de gente, aun la explanada. El matrimonio Calatrava había llegado temprano y ocupaba una posición cercana al altar, donde la única esclava de su propiedad había extendido una estera de totoras para que se acomodasen el ama Nicolasa y la señora Ginebra, de visita en casa de sus padres por primera vez desde que estos habían abandonado *Orembae* dos años atrás.

Hernando de Calatrava, de pie detrás de su esposa y de su hija, hacía girar el tricornio y, sin mover la cabeza, paseaba la mirada de un sitio a otro. Buscaba a su peor enemigo, fray Claudio de Ifrán y Bojons. Si bien la Iglesia de Roma y sus ritos absurdos lo tenían sin cuidado, observaba los días de preceptos y fiestas de guardar desde que se había enterado de que Ifrán y Bojons pretendía erigirse como inquisidor de Asunción. No le daría motivos para destruir su vida, más allá de que Dios sabía que, si descubría su gran secreto, le caería encima con el poder que le confería el Santo Oficio y lo destrozaría. Aunque él también le conocía secretos al inquisidor, se recordó para darse ánimos.

Fijó la vista en Ginebra y sonrió. Había llegado la tarde anterior, y, aunque apocada y de pocas palabras, traía frescura a la casa lúgubre que compartía con Nicolasa, su esposa, poco menos que una extraña. La contempló, allí sentada en la estera, las piernas recogidas bajo el vestido de terciopelo en una tonalidad malva que le había comprado su amante, Vespaciano de Amaral y Medeiros, mientras él se pudría en la prisión de Lima. A pesar de los dos años de trabajo y exposición al sol, Nicolasa conservaba la belleza que lo había atraído la mañana en que la distinguió entre las muchachas que se paseaban por la calle principal de Villa Rica. Algo similar le había ocurrido con María Clara, cuando la avistó en la Plaza de la Inquisición: quedó estupefacto ante el rostro que se asomó entre los visillos de la litera y no descansó hasta que un oficial del ejército los presentó en un baile en el palacio del virrey. Nicolasa y María Clara, dos mujeres similares en su hermosura, aunque opuestas en su disposición y carácter. María Clara había abandonado la vida de princesa que conducía en la Ciudad de los Reyes, siempre cubierta de joyas, exquisitos perfumes y vestidos costosos, mimada por su tío y por su padre, para seguirlo a una aldehuela como la de Asunción, a él, un oficial con apellido rimbombante y sin un maravedí. Nicolasa, en cambio, habría preferido que muriese en prisión a que regresase para arrancarla de la comodidad y los lujos que le brindaba Amaral y Medeiros. En honor a la verdad, no podía culparla; no le guardaba rencor.

Levantó la vista súbitamente movido por el instinto. En línea directa, ubicado en un sitio de privilegio en el altar, Ifrán y Bojons lo observaba. «Si una mirada contase

con el poder de matar, estaría muerto», pensó Calatrava, y la sostuvo con denuedo, más allá de ser consciente de que se trataba de una bravata; frente al imperio del inquisidor, él no era más que un pobre diablo. Lo dominó una sensación de irrealidad: la de tener a ese hombre tan cerca y estar evocando a María Clara; aunque no debería resultarle extraño, se dijo, pues siempre estaba acordándose de ella. A veces, movido por la desesperación, lo tentaba el impulso de presentarse en el convento de Santo Domingo y preguntarle por la suerte que había corrido la mujer que amaba. Descartaba el arrebato con la misma rapidez que había nacido, no solo por absurdo sino por inefectivo; si Ifrán y Bojons conocía el destino de María Clara, se lo ocultaría.

Cruzaron miradas a lo largo de la misa pascual que fray Claudio concelebró con el obispo, una muestra de su posición y del alcance de su influencia. Al finalizar, los feligreses debieron permanecer en sus sitios; el inquisidor se disponía a leer un edicto de fe, un documento larguísimo en el cual se detallaban las actitudes y los comportamientos que delataban a un hereje o a un blasfemo. Se conminaba a los pecadores a presentarse espontáneamente en la sede del Santo Oficio y confesar sus faltas dentro de la semana de la lectura del edicto, y de ese modo obtener una penalidad atenuada. Asimismo se le recordó a la feligresía que se consideraba deber de buen cristiano señalar a la autoridad eclesiástica las sospechas o el conocimiento fehaciente de que algún miembro de su familia o de su vecindad incurría en prácticas reputadas de heréticas.

—De modo que si —leyó Ifrán y Bojons— cualquiera de vosotros respetase la Ley de Moisés de acuerdo con la tradición judía por la cual se guarda el sábado, se practica la circuncisión, se abstiene del consumo del cerdo, se entierra a los muertos de acuerdo con los ritos de esa religión o se dedica al estudio de la Torá, deberá confesarlo para regresar al seno de la Santa Iglesia Romana y de la gracia de Dios y para la salvación de su alma.

Acabó el edicto enumerando otras faltas por las cuales los católicos debían inculparse ante la Inquisición, tales como bigamia, sodomía, inobservancia de los días de precepto, no hacerse la señal de la cruz al pasar frente a una iglesia, comer cordero durante la Pascua y carne los viernes, cometer usura, irrespetar al Santísimo; la lista nunca alcanzaba el fin. Una hora y diez minutos más tarde, el documento terminaba con una advertencia: si el Santo Oficio descubría una falta que no hubiese sido confesada de manera espontánea, el castigo al pecador se aplicaría con rigor, y ya no tendrían lugar las medidas lenitivas.

* * *

La lectura del edicto de fe operó en la feligresía como el anuncio de la muerte de un ser querido, y por mucho que sonasen las campanas para anunciar la resurrección de Cristo, la gente no compartía su alegría. El entusiasmo con el que se habían levantado

esa mañana de domingo pascual se había esfumado.

Los Calatrava emergieron al sol casi al final, cuando el atrio comenzaba a despejarse. Hernando se detuvo en la mitad del acto de colocarse el tricornio al descubrir el par de ojos que lo acechaban desde otro sector de la explanada. Ifrán y Bojons no hacía un misterio de su animosidad.

A punto de inclinar la cabeza para saludarlo en un acto desafiante y burlesco, se detuvo al descubrir que la mirada implacable del inquisidor se posaba en Nicolasa y en Ginebra. Un erizamiento le recorrió el cuerpo, y acabó por alojarse en el estómago. El malestar se le acentuó cuando el dominico se inclinó hacia un costado y, sin apartar los ojos de su familia, le susurró al hombrecillo que lo acompañaba, el mismo de la almoneda, que asentía con la vista fija en Nicolasa. Un poco más atrás, se hallaba su adlátere, el muchacho, también religioso, que lo seguía a sol y a sombra. «Debería huir», se dijo Calatrava.

—¡Romelia! ¡Querida Romelia!

La llamada lo sacó del trance y se dio vuelta en el momento en que un hombre más bien joven y vestido con un boato atípico para esas tierras abrazaba a su esclava con la confianza y el cariño que se habría destinado a la madre.

—¡Querida Romelia! ¡Qué placer inesperado encontrarte aquí!

Calatrava vio sonreír por primera vez a la esclava, que desveló su dentadura en la que faltaban algunas piezas. Se aproximó de inmediato. Carraspeó.

—Don Leónidas, él es mi amo, el señor Hernando de Calatrava —intervino Romelia, y movió la mano e hizo la presentación con la mirada siempre en el suelo, como se imponía a los esclavos—. Amo Hernando, él es el señor Leónidas Cabrera, amigo de mis antiguos amos. Nos conocimos en Buenos Aires.

Hernando de Calatrava presentó a Nicolasa y a Ginebra, quienes, cada una a su estilo, la primera sin escrúpulos, la segunda, velando su interés, estudiaron el atuendo de chupa y casaca de un calicó celeste, y las facciones oscuras y masculinas del hombre, en las cuales sus ojos verdes descollaban como la luna llena en el cielo nocturno.

—Es un honor conoceros, señora de Calatrava. —Se inclinó en el acto de saludarla—. Es un honor conoceros, señora de Amaral y Medeiros. ¿Estáis emparentada con el señor Lope de Amaral y Medeiros?

—Es mi esposo.

—¡Magnífica coincidencia! —exclamó—. Lope y yo nos conocimos en Buenos Aires —añadió, mientras la observaba con ojos apreciativos.

Ginebra esplendía en su bata de cotilla de pequín amarillo pálido, el estomaguero en el mismo lienzo y espolinado con flores blancas, y el rostro enmarcado por un rebozo de seda lila. Desde que Emanuela se hacía cargo de Vespaciano y de la dirección de la casa, aun del bienestar de sus hijas y del de doña Florbela, Ginebra había vuelto a dormir toda la noche y a ocuparse de su cuerpo. Emanuela conocía tantos ungüentos y secretos de belleza como electuarios, tónicos, cordiales y

cataplasmas, y se divertían preparándolos y probándolos con los ingredientes que les enviaba su *taitaru* o que Lope les conseguía en sus viajes a Asunción. Un afeite que resultaba de mezclar lanolina, almidón y óxido de estaño había demostrado ser mágico para devolver a su cutis la blancura y la suavidad. El carmesí elaborado con cochinillas disecadas le otorgaba vida a sus pómulos y, mezclado con aceite de almendras, brillo a sus labios.

Como correspondía a su casta, Romelia se había retirado dos pasos y observaba la escena con una ansiedad que le costaba disfrazar. Volvió a sonreír cuando Leónidas Cabrera la buscó con la mirada.

—Disculpadme, doña Nicolasa, pero querría cruzar unas palabras con Romelia, si vuesa merced lo aprueba.

—Acércate, Romelia —la invitó Calatrava, y Nicolasa consintió con un asentimiento brusco, de labios apretados.

—Vuesa merced —dijo la esclava—, ¿puedo preguntarle cómo están los Urízar y Vega?

—¿Urízar y Vega? —repitió Ginebra, y Romelia se giró para exponerle su rostro y sonreírle. Desde el día anterior se preguntaba cuánto le llevaría a la esposa del señor Lope recordarla. No podía culparla si no la reconocía; después de todo, había visitado la casa de la calle de Santo Cristo en el 50, durante la época del luto por la muerte de Crista, cuando la sala se sumía en sombras. Una señorita del linaje de Ginebra no habría prestado atención a los rasgos de la esclava que cebaba mate.

—Sí, ama Ginebra. Yo pertenecía a la familia de Urízar y Vega. Su merced nos visitó en algunas ocasiones en el año 50, cuando Manú... cuando la señorita Manú llegó pa' vivir con nosotros.

—De ella quería hablarte, querida Romelia —manifestó Cabrera, y su expresión sufrió un cambio súbito—. ¿Has sabido de su suerte? A mi regreso a Buenos Aires, fui a visitar a doña Almudena y a don Mikel, y me encontré con una realidad que me sumió en la más profunda tristeza: Manú había huido, nadie sabía dónde se encontraba, y don Alonso había sido asesinado en el portón de mulas de su propia casa.

—¡Oh! —se conmovió la esclava—. ¡Don Alonso asesinado!

—Nadie sabe quién lo hizo. Unos asaltantes, seguramente, pues le quitaron el caballo y otras pertenencias.

Romelia se enjugó las lágrimas con el rebozo, no tanto por la muerte de su antiguo patrón, que se había portado como un patán con Manú, sino porque había albergado esperanzas de que Cabrera le diese noticias de su niña. La consolaba que se hubiese fugado con Aitor.

—Manú vive con nosotros, en *Orembae* —intervino Ginebra, y lo expresó en esa manera tan típica de ella, desapegada y serena. Romelia y Cabrera le devolvieron gestos atónitos y silenciosos—. Así es —prosiguió la muchacha—, llegó en julio del año pasado y, desde ese momento, hemos tenido la dicha de hospedarla bajo nuestro

techo.

—¿Quién es Manú? —se interesó Calatrava, pero nadie le contestó.

—¿Manú se encuentra bien? —preguntó Cabrera.

—Muy bien, a Dios gracias. El pasado 17 de noviembre dio a luz a su hijo. Dentro de tres días —agregó—, cumplirá cinco meses.

—Dios lo bendiga —susurró Romelia, con fervor, y obtuvo un vistazo enojado de su ama Nicolasa.

—No sabía que estuviese en estado de buena esperanza —admitió Cabrera, con la expresión de pronto endurecida.

—¿Cómo llamó al niño?

—¿Cómo te atreves a interrogar a mi hija, negra insolente?

—¡Nicolasa! —la reconvino Calatrava.

—Madre, por favor. Octavio, Romelia. Lo llamó Octavio, en honor del padre Ursus.

La esclava rompió a llorar con un sentimiento tan conmovedor que no consiguió ocultar tras cubrirse la cara con el rebozo y ahogar los clamores dentro del grueso percal.

—¡Estamos dando un espectáculo! Hernando, ordénale a esta negra que se calle.

—Ve a la carreta, Romelia —la instó el hombre—. Ginebra, acompáñala.

—¿Las señoras no preferirían que las llevase en mi berlina?

—¿Poseéis una berlina, señor Cabrera?

—Sí, doña Nicolasa. —Señaló en dirección a la calle, donde aguardaba el vehículo con cuatro mulas y un cochero en el pescante—. Y la pongo a vuestra disposición.

—Es una visión inusual la de un carruaje tan elegante en estas calles lodosas y llenas de baches. ¿Tenéis algún compromiso para el almuerzo pascual, señor Cabrera?

—Ninguno, señora. Iba a regresar a la posada donde me alojo.

—¡De ninguna manera! Almorzaréis con nosotros si toleráis hacerlo en una granja humilde y sin las comodidades ni lujos a los que, doy por sentado, estáis acostumbrado.

—Buena compañía en este Domingo de Pascua, eso es todo lo que pido, y no tengo duda de que eso obtendré —afirmó, con un floreo del tricornio y una reverencia.

Cabrera, Ginebra y doña Nicolasa se alejaron en dirección al carruaje, alrededor del cual se habían detenido varias personas para admirarlo. A excepción del gobernador, propietario de una calesa mucho más modesta, nadie poseía un vehículo como aquel.

—Ven, Romelia. A ti y a mí no nos queda más que regresar en la carreta.

—Sí, amo Hernando —masculó la esclava, mientras se secaba los ojos y la nariz con el rebozo.

—Háblame de la tal Manú, que tanto revuelo ha causado —pidió Calatrava, una vez que se hubieron acomodado en el asiento de la carreta—. ¡Arre! —exclamó, y latigueó el anca de la mula.

—Era... Es la luz de mis ojos.

—¿La conoces desde niña?

—Oh, no. La conocí en el 50, cuando Manú tenía catorce años. Me separaron de ella casi tres años más tarde.

—Le tienes mucho afecto, ¿verdad?

—Nunca parí a un hijo, don Hernando, pero sospecho que mi amor por Manú es como el de una madre.

—¿Así que trabajabas para la familia del padre Ursus?

—Sí. Nací en casa de los Urizar y Vega. ¿Vuesa merced conoce a Octa... al padre Ursus?

—Sí, es un gran amigo. Lo aprecio sinceramente.

Los ojos de la esclava se colmaron de lágrimas, que se deslizaron en silencio.

—El padre Octavio, o Ursus, como lo llaman ustedes, es mi hermano de leche.

—¿El que te enseñó a leer y a escribir? —se admiró Calatrava.

—El mismo.

—¿Cómo se relaciona la tal Manú con el padre Ursus?

—Octavio —dijo Romelia, cayendo en la familiaridad sin darse cuenta— es como un padre para Manú. Es una historia que sorprende a quien se avenga a oírla.

—Soy todo oídos.

Lo que duró el trayecto, Romelia narró las circunstancias del nacimiento de Emanuela e intentó ajustarse a lo que Ursus le había descrito en sus cartas y a lo que la propia Manú le había referido, y lo que al principio se presentó como un acto de caridad por parte de Calatrava, que buscaba consolar a su esclava, con los minutos se transformó en un interés genuino.

—Es una historia en verdad asombrosa —admitió el antiguo coronel.

—Lo es, amo Hernando.

—¿Dices que llamaron Emanuela a la niña?

—Sí, como su madre.

—Es un nombre poco común. Solo supe de otra mujer que se llamase así.

—Yo no conozco a ninguna, salvo a mi Manú. El ama Ederra aseguraba que era un nombre sacrílego pues no figuraba en el santoral. Nosotros festejábamos el santo de Manú el día de santa Manuela.

—Comprendo. ¿Y qué día nació Manú?

—El 12 de febrero de 1736.

* * *

Fray Claudio de Ifrán y Bojons no conseguía apartar la vista de la escena que se

desarrollaba a escasa distancia. Ver a Hernando de Calatrava medrar, con dos mujeres hermosas como compañía y una esclava que lo servía, mientras su pobre María Clara penaba por ahí, estaba convirtiéndose en una tortura para su corazón y su alma, no muy diferente de las físicas que él aplicaba a los reos del Santo Oficio. Hasta parecía que estrechaban lazos con personas de fuste, a juzgar por la manera oficiosa con que los saludaba ese muchacho demasiado emperifollado para una aldea como esa.

—Recuérdame el nombre de la mujer de Calatrava —exigió a Árdenas, que tampoco apartaba la vista del objeto de obsesión de su patrón.

—Nicolasa.

—Debe de ser viuda y esa, su hija. Se parecen.

—Sí, Excelencia.

—¿Qué puedes decirme de ellas?

—Nada, lo admito —expresó, con resquemor—. Viven en una chácara en las afueras de la ciudad, pero sus vecinos no han sabido darme señas, ni de Calatrava ni de su mujer Nicolasa. Dicen que se mantienen apartados y que miran con cierto desprecio. Solo una mujer que les vende leche de cabra me informó el nombre de la señora.

—Quiero que averigües todo acerca de ella y de la joven que parece ser su hija. ¿Cómo te fue en Corrientes? —Lo miró de soslayo—. Por la cara que pones, ya veo cómo te fue. ¿Estuviste con el indio, el que siempre está enterado de todo?

—Sí, estuve con él, pero asegura que por esos parajes no existe ninguna María Clara de Calatrava.

—¿Habla castellano este indio?

—Se defiende, Excelencia.

—¿Se entienden, pues?

—A veces con la ayuda de un lenguaraz.

—¿Y es de fiar? ¿Qué tal si traduce mal lo que le dices o lo que el indio te dice a ti?

—En esta oportunidad me he servido de un lenguaraz excelente. Lo usan en el ejército portugués. Domingo Oliveira se llama.

Ifrán y Bojons asintió con aire ausente, mientras veía alejarse, hacia un lado a Calatrava con la negra, la cual, por alguna razón, sollozaba, y a las mujeres y al petimetre hacia otro.

—Vamos —ordenó, y tanto Árdenas como fray Pablo, que, como de costumbre, guardaba distancia, se pusieron en marcha.

Caminaron en silencio hacia la zona del puerto, más conocida como Barrio de las Barcas, donde se hallaba el convento dominico. Fray Claudio avanzaba con largas zancadas, movido por la impaciencia; quería llegar. El sudor y la aspereza del hábito, aun con la camisa de holanda debajo, empeoraban el prurito causado por las pústulas que, por muchos baños de vinagre que tomase, no cesaban de expandirse, y desde los codos y las corvas, habían cubierto casi la totalidad de sus brazos y piernas.

Fray Pablo Cerdán y Jaume no veía la hora de excusarse y abandonar el convento para ir a visitar a su madre en el Domingo de Resurrección. De seguro se encontraría con el padre Santiago de Hinojosa, con quien, contra todo pronóstico, había hecho buenas migas. Después del disgusto que había significado emplear a su madre para que sonsacase al jesuita acerca de su colega holandés van Suerk, Hinojosa y él habían vuelto a encontrarse, mayormente en casa de Mencía, aunque también por la calle, y si bien al principio habían intercambiado un saludo frío y rápido, con el tiempo estos se habían prolongado, y a Pablo, los comentarios y declaraciones del sacerdote jesuita lo habían intrigado. Su conversación era, además de cultivada, inteligente y desafiante; lo hacía pensar aun varios días después de sostenida, y cuando se encontraban de nuevo, retomaban la polémica. A veces lo escandalizaban sus razonamientos y no se los habría repetido a fray Claudio. Cuando se cuestionaba por qué había comenzado a ocultarle cosas a su mentor, en especial las relacionadas con Hinojosa, no hallaba respuesta, y eso lo sumía en un gran desasosiego. Tal vez lo moviese un sentimiento de protección, pues no quería que el jesuita, que tanto consuelo y compañía le proporcionaba a su madre, terminase exiliado como van Suerk.

Más estudiaba y se preparaba para su oficio de inquisidor, y más dudas lo asaltaban. Después de una conversación con Hinojosa, en la que este le había contado que, en el documento medieval *Canon Episcopi*, se negaba la existencia de las brujas y se afirmaba que eran fantasías e ilusiones heréticas, se había atrevido a preguntarle a Ifrán y Bojons si en verdad creía en mujeres que volaban en escobas y que lanzaban hechizos. Como se había preparado para una reconvención, lo pasmó que el severo inquisidor sonriese con condescendencia antes de contestar de buen modo:

—Así lo estableció el Santo Padre Inocencio VIII en 1484, en la bula *Summis desiderantes affectibus*.

—Sí, lo sé, Vuestra Excelencia. La he leído varias veces, pero, si me permitís la imprudencia, me gustaría conocer vuestra opinión, pues la respeto como a nada.

—¿Para qué deseáis conocer mi opinión, fray Pablo, si la del Santo Padre es infalible? ¿Respetáis más la mía que la de él?

—No, Excelencia, pero vos sois un inquisidor, ese es vuestro oficio, y no el del Santo Padre, por lo que en esta materia, me animo a decir que la autoridad está en vuestras manos. Además, respeto vuestra opinión —insistió.

Fray Pablo se dijo que la comezón que tanto afectaba a su tutor debía de haberle dado una tregua ese día o tal vez se había olvidado por un rato de la falta de respuesta a su pedido de formar un tribunal del Santo Oficio en Asunción, pues Ifrán y Bojons volvió a sonreír antes de contestar:

—Cuando me convertí en un miembro del Santo Oficio, mi ferviente deseo era el

de combatir la herejía, no la brujería. De igual modo, como buen inquisidor, leí hasta casi saberlo de memoria el *Malleus Maleficarum*, pero os confieso que seguía incrédulo. Hasta que conocí a una bruja...

—¡Oh!

—Sí, una tan poderosa que tomó posesión de mi mente y me perturbó. Casi se convirtió en mi fin, pero el poder del Altísimo estaba conmigo y me salvó. Me avergüenzo de mi incredulidad, fray Pablo. Fui duramente castigado a causa de ella —afirmó, y se marchó sin desvelar la críptica declaración, ni ahondar en los detalles de la relación con la hechicera.

Pablo Cerdán y Jaume también conocía de memoria párrafos del *Malleus Maleficarum*, o *Martillo de las brujas*, escrito por dos dominicos alemanes hacia fines del siglo XV. También había estudiado el *Manual del Inquisidor*, escrito por Nicholas Eymerich, inquisidor general de Aragón durante la segunda mitad del siglo XIV, en el cual explicaba qué era la brujería y cuáles los medios para descubrirla. Ifrán y Bojons, que le ofrecía su biblioteca con generosidad, lo había conminado a leer *De la démonomanie des sorciers (Sobre la adoración demoníaca de las brujas)*, de Juan Bodin, donde se aseguraba que el poder de las hechiceras provenía de sus pactos con el diablo y donde se exhortaba a quemar en la hoguera a una mujer aunque solo se sospechase de su participación en un aquelarre.

Pero también Hinojosa demostraba largueza con sus libros y le había prestado algunos que figuraban en el Index y que lo habían conmocionado, como el caso de *Discurso contra la ociosidad*, de Pedro de Valencia, en el que defendía a la mujer y a su derecho a trabajar, o también su *Discurso sobre brujas y cosas tocantes a magia*, en el cual había expresado su condena y repulsión por el auto de fe celebrado en Logroño en 1610, en el cual habían muerto miles de mujeres acusadas de hechicería.

Por fin, había conseguido la venia de fray Claudio para abandonar el convento en ese Domingo de Pascua y avanzaba en dirección a la casa de su madre sumido en los turbulentos pensamientos nacidos de sus lecturas y de sus diálogos con esos dos grandes de la teología, el dominico Ifrán y Bojons y el jesuita Hinojosa. Su mente y su corazón navegaban entre dos aguas, tan opuestas como fascinantes. La confusión lo desasosegaba.

Escondido en el bolsillo del hábito, llevaba el libro *De praestigiis daemonun et incantationibus ac venificiis (De la ilusión de los demonios, encantamientos y venenos)*, de Johann Weyer, según el cual la mayoría de los brujos y brujas eran personas con problemas mentales y no servidores del demonio. Lo había leído con un interés malsano si se tenía en cuenta de que se trataba de un libro prohibido por el Santo Oficio, y deseaba sacárselo de encima y devolvérselo a Hinojosa, antes de que su mentor lo descubriese y le exigiese respuestas. Además, no le gustaba cuando ese hombrecillo Árdenas andaba en torno. Experto en brujería, siempre se mantenía atento, los ojos movedizos y con un brillo sagaz. Como estaba seguro de que la ojeriza era mutua, no tenía duda de que si el cazador de brujas hubiese tenido la

oportunidad de desacreditarlo frente a Ifrán y Bojons, lo habría hecho.

Al entrar en la sala y hallar a su madre de buen semblante, también se acordó de por qué había cedido ante el jesuita e iniciado una amistad con él. Tomasa había cometido la infidencia de contarle que el tónico que tanto beneficiaba a la amita Mencía no se lo proporcionaba el doctor Moral, sino que lo había hecho preparar el padre Santiago de Hinojosa.

—¿Por qué no me lo diría mi madre? —se pasmó el muchacho.

—Pues porque lo preparó un curandero de los pueblos jesuitas, y vuesa merced lo habría echado de cabeza con el inquisidor. Por eso —subrayó la india, y se cruzó de brazos y lo miró con desafío, cuando siempre lo había hecho con afecto.

No ponía en tela de juicio la labor fundamental que desarrollaba el Santo Oficio; sin embargo, de un tiempo a esa parte lo inquietaba una idea que iba tomando fuerza: la Inquisición iba dejando una estela de tristeza, miedo y resentimiento, como había ocurrido ese mediodía, después de la lectura del edicto de fe. El padre Santiago sostenía que la religión era el canal de Nuestro Señor para llevar la paz y la felicidad a los corazones católicos. ¿Qué habría opinado fray Claudio de ese pensamiento? Lo habría refutado y despreciado, no le cabía duda, pues la religión, en opinión del dominico, era el canal por el cual Nuestro Señor le recordaba al hombre que su vida era finita y que su alma no, y que, si no deseaba arder durante la eternidad en el infierno, debía ajustarse a los mandatos de la Iglesia de Roma, la única poseedora de la verdad. Pablo se sentía un traidor al hallar más de su gusto la idea del padre Santiago.

Se preguntó cuáles serían las consecuencias del edicto de fe leído ese mediodía. ¿Se acusarían los vecinos unos a otros? ¿Emplearían la oportunidad para saldar viejos rencores y enemistades? Siempre le daba vuelta en la cabeza lo que le había manifestado el padre Santiago, que el Santo Oficio no habría debido hacerse de los patrimonios de los reos. «*Porque no vaya a ser cosa de que si no queman, no comen*». Reflexionaba a menudo sobre esa frase, y la relacionaba con el juicio que fray Claudio le había iniciado semanas atrás a un comerciante muy rico de Ontiveros acusado de judaizante. Él no cesaba de pensar en qué destino sufrirían la mujer y los hijos, despojados de todo. Si algún familiar no los acogía, terminarían en la calle.

—Feliz Domingo de Resurrección, madre —la saludó, y se inclinó para besarla en la frente—. Luces muy bien hoy.

—Feliz Domingo de Resurrección para ti, hijo mío. Me siento bien, gracias.

—Pensé que me encontraría con el padre Santiago.

—Ha viajado a San Ignacio Miní para festejar la Pascua con su amigo, el padre Ursus, y para darle la bienvenida al nuevo sotocura, el que reemplazará a... —La mujer se interrumpió y fijó la vista en la costura.

—El que reemplazará al padre van Suerk, al que exiliaron por mi culpa.

Doña Mencía extendió la mano y cubrió la de fray Pablo.

—No, por tu culpa no, hijo.

—Sí, madre, por mi culpa. Os usé para obtener información acerca del cura holandés y de la niña santa y se la entregué al inquisidor.

Mencía elevó la vista con un gesto rápido y apretó el ceño.

—¿Al inquisidor? ¿A fray Claudio, te refieres? —Pablo asintió—. Nunca lo habías llamado *el inquisidor*. —La mujer pronunció las palabras con entonación encrespada.

—Es así como lo pienso ahora —confesó el muchacho.

—Luces abatido, hijo.

—No es nada, madre. Tal vez se trate del edicto de fe, que se leyó hoy, en la misa de la una.

—¿No deberías estar complacido? —se asombró doña Mencía—. Tú mismo ayudaste a redactarlo y trabajaste duro en él. Me consta.

—Sí, debería estar complacido, pero no lo estoy.

* * *

Los escrúpulos de Nicolasa se disolvieron gracias al contento que Leónidas Cabrera demostró desde el momento en que puso pie dentro de la casa, la cual, aunque inspirase loas al hombre, era poco más que un rancho. Resultaba claro que al caballero no lo perturbaban la falta de mobiliario refinado ni la vajilla de estaño ni la comida simple ni la chicha en lugar de vino. Por fortuna, Ginebra se había presentado con delicias que mejoraron la comida pascual, como quesos de cabra y de vaca, embutidos de venado y de cerdo, pecarí en escabeche, confituras y *kiveve* preparado por la tal Manú, quien, para disgusto de Nicolasa, se convirtió en el centro de la conversación durante el almuerzo.

—Fue un espectáculo como jamás se ha visto —declaró Leónidas Cabrera—, la pequeña muchacha acariciando la testuz del imponente Almanegra.

—Si vuesa merced no me asegurase que ha visto ese portento con sus propios ojos, no os creería —admitió Hernando de Calatrava.

—No solo lo vi con mis propios ojos, señor mío, sino que me hallaba a escasas varas de la escena.

Romelia, a quien, pese a las protestas de Nicolasa, se le había permitido comer a un costado de la mesa de los señores y no en la cocina, una estancia separada de la casa a causa del riesgo de incendio, sonreía y asentía sobre su plato de comida.

—¿Y tú sabías esta historia magnífica, Romelia —comentó Calatrava, animado—, y nunca me la referiste?

—Lo siento, amo Hernando —farfulló.

—¿Qué otros portentos ha llevado a cabo esta joven?

Calatrava advirtió el cruce de miradas entre el torero y su esclava.

—En verdad —habló Cabrera—, no debería estar relatando estas cosas. A la pobre Manú, salvar a Almanegra le significó un interrogatorio por parte de la

Inquisición. Pasamos momentos de mucha tensión mientras el comisario la cuestionaba. Temimos que acabase en la mazmorra.

—Entiendo —dijo Calatrava—. Se creyó que se trataba de un acto de brujería.

—Y tal vez lo era —opinó Nicolasa.

—¡No lo era! —reaccionó Romelia, y luego de un momento de confusión y miradas atónitas, dijo—: Le suplico que me disculpe, ama Nicolasa.

—Vete a la cocina —indicó Calatrava— y trae las confituras que trajo Ginebra.

—Sí, amo Hernando.

—Eso sucede por mezclarse con la gentuza —masculló Nicolasa, y lanzó una mirada rabiosa en dirección a su marido.

Ginebra y Leónidas intercambiaron gestos apenados y avergonzados.

—Esto ha sido culpa mía —expresó el torero—. No debí hablar de Manú, menos aún delante de Romelia, que la adora. La quiere como a una hija.

—No ha sido vuestra culpa, señor —replicó Nicolasa—. Esa negra se pasa meses sin abrir la boca y hoy, de todos los días, elige para hacerlo e irrespetar a sus dueños. ¿Quién es, aparte de una esclava, para afirmar que no se trató de un acto de brujería cuando la propia Iglesia así lo sospechó? Es obvio que encantó al toro con malas artes. Yo también creo que se trató de un hechizo.

—No lo era, señora —objetó Leónidas de buen modo—. Os aseguro que no lo era. Manú... Pues ella simplemente nació con ese don, el de curar con las manos.

Calatrava, a punto de llevarse el vaso a la boca, lo alejó y alzó la mirada hacia el torero.

—¿De veras, don Leónidas? ¿La muchacha cura con las manos?

—Sí —contestó, incómodo—. Ese día, en la arena, yo mismo vi cómo sus manos cauterizaban las heridas en el lomo y en el ojo de Almanegra.

—¡Qué es eso sino un acto de brujería! —reaccionó Nicolasa—. Su asociación con el demonio le dio el poder para curar.

—¡Calla, Nicolasa! —El exabrupto de Calatrava enmudeció la habitación e imprimió gestos de pasmo en las expresiones de los comensales—. ¿Acaso no has oído que se trata de un don con el que la muchacha ha nacido?

—Tales cosas no existen.

—¡Vive Dios, Nicolasa! Qué necia eres.

—Decidme, señor Cabrera —intervino Ginebra—, ¿cómo es que os encontráis en estas tierras tan alejadas de la Península y de vuestra fama de matador?

—Verá, doña Ginebra, lo que me ha traído a estas Indias ha sido un asunto de lo más penoso. Mi único hermano y yo peleamos tiempo atrás. Él, que es bastante más joven, decidió abandonarnos, a mí y a mi madre. Yo le prometí a ella en su lecho de muerte que lo encontraría y que haríamos las paces. Las pistas me trajeron hasta aquí. Manuel ha demostrado ser huidizo, pero no cejaré hasta hallarlo.

—Os deseo buena fortuna en vuestra búsqueda, señor —expresó la muchacha.

—Gracias, señora —contestó el torero.

—Si necesitáis ayuda, contad con la mía y la de mi esposo. Seréis bienvenido en *Orembae*.

—Es mi deseo volver a ver a mi amigo Lope y a Manú, así que acepto vuestra invitación.

* * *

El rollo de costoso papel empleado tan solo por la Secretaría de Estado y del Despacho del Rey y por la jerarquía del Santo Oficio llegó a su oficina en el convento de Asunción el jueves 13 de junio, que coincidía con la fiesta de Corpus Christi en ese año de la gracia del Señor de 1754. Ifrán y Bojons desanudó la cinta y lo desplegó. Lo primero que vio fue el sello real, no el que habría empleado el marqués de Rocafuerte, presidente de la Audiencia de Charcas, sino el que se estampaba en la corte de Madrid. Un escalofrío lo recorrió al identificar la firma del mismísimo rey al pie del documento junto a la de Juan Peñuelas, Secretario de Cámara. Ahora comprendía por qué su pedido para instituir un tribunal del Santo Oficio llevaba más de un año de espera: había ido a parar al otro lado del Atlántico.

—¡Fray Pablo! ¡Fray Pablo!

El muchacho entró corriendo.

—¡A vuestras órdenes, Excelencia!

—Ha llegado la respuesta a mi pedido por lo del tribunal afincado en Asunción.

—Le extendió el papel, cuyos extremos se plegaban obstinadamente—. Leed.

Se trataba de una mañana nublada, bastante penumbrosa. El joven dominico se aproximó a la ventana que daba al puerto y sujetó el documento, que tembló en sus manos.

—Por cuanto vos, inquisidor, jurista y teólogo del Virreinato del Perú, fray Claudio de Ifrán y Bojons, me suplicáis la instauración de un tribunal del Santo Oficio en la ciudad de Asunción, en la Provincia del Paraguay, a fin de poder conseguir vuestro principal intento, que es velar por nuestra santa fe católica y protegerla de la herética pravedad y de la apostasía en estos, nuestros reinos...

Prosiguió hasta el final sin pausar un instante. Después de pronunciar el nombre de Su Majestad y el de su secretario, rasgados al pie de la misiva, guardó silencio y no se atrevió a elevar el rostro. Se trataba de una negación categórica al pedido solicitado por fray Claudio en abril del año anterior, y fray Pablo temía que el inquisidor advirtiese la alegría que esa negativa le causaba. Con todo y más allá de la imposibilidad de erigir el tribunal, el rey, atendiendo a la escandalosa realidad que denunciaba una gran cantidad de judaizantes provenientes del Brasil y seguramente al fuste del dominico —los Ifrán y Bojons eran una familia de peso en el reino—, nombraba a fray Claudio como inquisidor permanente de la Provincia del Paraguay, le concedía una renta anual de veinte mil pesos de plata ensayada, que era una pequeña fortuna, y la autorización para contratar empleados —procuradores, notarios,

calificadores, consultores, un alguacil y algunos familiares— o de servirse de los de Lima. Era, en la práctica, el establecimiento de un tribunal, aunque sin el título.

Fray Pablo caviló que se trataba de una muestra de magnanimidad por parte del rey, la cual fray Claudio no apreció pues le arrebató la carta de la mano, la arrojó sobre el escritorio y abandonó el despacho llamando a gritos a Cristóbal, su esclavo. Le pedía que le preparase la tina con vinagre medicinal. El absceso que se extendía por su cuerpo estaría provocándole un escozor insoportable. Tiempo atrás, fray Pablo se había dado cuenta de que la enfermedad empeoraba cuando su mentor se alteraba.

* * *

Fray Claudio no esperó a que Cristóbal lo ayudase y se despojó él mismo de la sotana y de la camisa de holanda y, completamente desnudo, más en un acto de rebeldía que de padecimiento, se sumergió en la piscina de agua tibia y olor punzante del vinagre, al cual nunca acababa de habituarse.

«¡Maldito sea!», exclamó para sí, y golpeó con el puño el borde alicatado de la tina. Maldito fuese el rey imbécil. En verdad que lo era. ¿Qué haría? ¿Rechazaría el nombramiento y regresaría a Lima? Se lo habría considerado una afrenta a Su Majestad, quien, después de todo, lo había recompensado con una espléndida renta y cierto poder, aunque no el que investía a un inquisidor a cargo de una jurisdicción. En Asunción se había forjado un nombre; para todos era «Su Excelencia, el inquisidor», y aunque no existiese el dichoso tribunal, el pueblo lo miraba con respeto y, sobre todo, con miedo. En Lima, en cambio, su nombre se diluía en la cantidad de inquisidores y demás empleados.

—María Clara —susurró, y el enfado se le esfumó. No debía perder de vista que su viaje a Asunción no se relacionaba con las actividades del Santo Oficio sino con su desesperación por encontrarla. Bajó los párpados en un ademán de agobio y expulsó el aire ruidosamente. Los años pasaban y las posibilidades de volver a estrecharla entre sus brazos se desvanecían. Era hora de que fuese aceptando que su María Clara no se hallaba en Asunción, ni siquiera en las ciudades más cercanas. Árdenas, pillo como era, la habría encontrado.

—¿Dónde estás, querida mía? —farfulló, con voz congestionada—. ¿Qué ha sido de ti y de tu hijo?

«¡Maldito Calatrava! ¡Maldito y mil veces maldito!» ¡Qué día tan negro! Le habían negado su derecho a presidir un tribunal del Santo Oficio, y tampoco encontraba a María Clara, la razón de su vida; nada salía como había previsto. No obstante, quedaba un objetivo por cumplir en esa aldehuela del demonio: destruir a Calatrava, y no le importó blasfemar al pronunciar su juramento:

—¡Voto a Dios que lo conseguiré!

* * *

Aitor se retiró de Engracia y eyaculó en la base de su espalda. Se recostó a su lado, en el lecho de la pensión de Potosí en la que se alojaban desde hacía alrededor de seis meses. En la habitación contigua, dormía Máximo de Atalaya, a quien la relación de su mujer con Almanegra lo tenía sin cuidado, siempre que los negocios entre ellos marchasen viento en popa.

—Máximo es un sodomita —le había explicado Engracia la vez que, aún de viaje hacia Potosí, mientras Aitor hacía la guardia nocturna, se aproximó para darle charla y le confió, sin aspavientos ni pasiones exageradas, que lo deseaba.

—¿Qué es sodomita?

—Un hombre al que no le gustan las mujeres, sino los hombres.

Aitor enmascaró el asco en una expresión impenetrable y se limitó a asentir, mientras continuaba atizando los rescoldos que mantenían tibio el café. Si bien le habían contado de la existencia de hombres que lo hacían con hombres, era la primera vez que veía a uno, y lo preocupó no haber sido capaz de identificarlo. ¿Engracia mentiría por alguna razón? En ese mes que llevaban de viaje había aprendido a respetarla. Tozudo en su meta de recorrer al menos cinco leguas por día, los obligaba a cabalgar casi sin pausa, solo la necesaria para cambiar el caballo, y, a diferencia de sus hombres, la mujer no se había quejado ni una vez, pese a que debían de dolerle los riñones y las asentaderas.

No parecía del tipo mentiroso; sabía exactamente lo que deseaba y, para tomarlo, iba de frente, sin miramientos ni melindres. Le gustaba Engracia de Atalaya.

—¿Por qué lo desposaste si es sodomita?

—Máximo era empleado de mi padre y su gran amigo. Me desposó para protegerme. Cuando los enemigos de mi padre lo asesinaron, él me colocó bajo su ala y me salvó.

—Entiendo.

—Tu anillo es... soberbio. Infunde miedo. Como tú, Almanegra.

Aitor extendió la mano sin soltar el fular de droguete azul que sujetaba en el puño y observó el anillo que había pertenecido a don Edilson, el de la calavera con los zafiros en las cuencas de los ojos.

—Vengo observándolo desde que nos conocimos, y hoy, que te conozco bastante mejor, puedo decir que le va a tu personalidad.

Aitor no prestaba atención a Engracia y fijaba la vista en los zafiros, tan azules como los iris de su Jasy. Bajó los párpados en un acto mecánico para protegerse, en vano, del dolor que le causaba el recuerdo de Emanuela; comenzaba a fastidiarlo.

—¿Qué tienes ahí? ¿Un pañuelo? —La mujer fue más rápida, y Aitor no consiguió sujetarlo antes de que se lo arrebatase—. Corazones —dijo, al estudiar los bordados—. Es un trabajo primoroso y delicado. ¿Quién lo hizo? —Aguzó la vista en

el corazón más grande, el del centro, y leyó—: Aitor y Ja...

—¡Basta! —Le arrebató el pañuelo azul y se lo ató en torno al cuello.

—Discúlpame, Almanegra. No era mi intención ser imprudente.

—Está bien. No vuelvas a hacerlo.

—Lo prometo. —Le acarició la mejilla cubierta de una barba rala que Aitor no afeitaba desde hacía semanas y le recorrió el tatuaje del brazo con la punta del índice—. Fue un golpe de fortuna lo que ocurrió hoy, ¿verdad?

—Sí, lo fue.

Engracia hablaba del ataque al convoy portugués a primeras horas de la tarde. Se habían escondido al verlos aproximarse por el camino, como hacían siempre que descubrían gente, para evitar toparse con militares o salteadores de caminos, que abundaban. Dos carretas con ruedas enormes, similares a las de don Edilson, las que empleaban para transportar el contrabando a tierra, hollaban el sendero. Los boyeros conducían las yuntas, que avanzaban esforzadamente, lo que evidenciaba lo pesada que era la carga, la cual no se apreciaba pues los adrales iban cubiertos con toldos de cuero. La presencia de cuatro soldados a caballo, portugueses a juzgar por el uniforme, que abrían y cerraban la marcha, ponía de manifiesto que, además de pesada, era valiosa.

—Solo dos cosas movilizarían al ejército a proteger una caravana —susurró Ambrosio Corvalán cerca de Aitor—: dineros del tesoro real o azogue, y yo me juego de que están transportando este último. Estoy seguro de que es azogue —recalcó—. Para Minas Gerais. Usan este camino en territorio español porque es más directo, pese a que el rey Felipe V cerró este paso años atrás para evitar las incursiones de los lusitanos.

—¿Qué es el azogue? —se interesó Aitor.

—Es un mineral sin el cual es imposible procesar la plata. En Potosí nos darían una fortuna por él. Deben de traerlo de Colonia del Sacramento y están transportándolo hasta las minas brasileras.

Aitor se quedó pensando en eso de que les darían una fortuna por la carga, fuera lo que fuese el dichoso azogue. Él necesitaba más que una fortuna para comenzar con la explotación de la mina, y si bien el negocio de los Atalaya prometía pingües dineros, había que ver. Por otro lado, el mineral estaba en manos de los portugueses, esa gentuza a la que cada día odiaba más, con Domingo Oliveira a la cabeza. Asestarles un golpe después del daño que les habían ocasionado a los guaraníes y a los *pa'i* con el Tratado de Permuta se convertía en un estímulo adicional para atacar.

—¿Sabrías a quién venderle el azogue en Potosí? —preguntó, en tono llano.

—Sí —afirmó Corvalán—. Y con la carestía que hay por estos días, conseguiría una excelente suma.

Se dijo que transportar el azogue de los portugueses lentificaría la marcha; el viaje se prolongaría cuando él había estimado finalizarlo en pocos días, sin mencionar que la desaparición de los soldados alertaría al ejército de los mamelucos, quienes

saldrían a buscarlos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Si las carretas están llenas de toneles, como sospecho, podríamos obtener unos treinta mil, cuarenta mil pesos.

La magnitud de la cifra le causó una euforia que no le alcanzó el semblante. Hizo cálculos de cuánto los demoraría transportar las carretas hasta Potosí, y solo le bastaron unos minutos para decidirse a atacar. Sus hombres respondieron a las órdenes sin cuestionarlas, y Aitor se sintió orgulloso del grupo que componían. Salvo Máximo y Engracia, que se mantuvieron ocultos y no participaron del asalto, los demás lo hicieron, aun Ciro.

Con un arquero de la técnica y pericia de Aitor, los soldados no contaron con la posibilidad de defenderse. Los dos primeros no se dieron cuenta de que morían. Los otros dispararon sus armas sin saber desde dónde o quiénes los atacaban. Saltaron sobre los cuatro boyeros, que nada pudieron hacer con sus lanzas. Los redujeron y les perdonaron la vida para que comunicasen un mensaje a los mamelucos. Aitor, con su máscara veneciana calzada en el rostro, se dirigió a cuatro hombres balbuceantes y temblorosos. Ambrosio Corvalán, que hablaba portugués, tradujo.

—Soy Almanegra y estos son mis hombres —declaró en castellano, envalentonado por el miedo que inspiraba su estampa enmascarada y de capa negra—. Díganles a vuestros jefes que soy el dueño de estos caminos y que si volvemos a verlos en tierra española, les cortaremos los gaznates.

Los hombres desaparecieron entre la maleza. Corvalán no perdió tiempo y confirmó lo que había sospechado: los toneles contenían azogue, o mercurio, un elemento que sorprendió a Aitor pues había esperado algo sólido y en realidad se encontró con un líquido espeso y plateado, al cual, Corvalán le indicó, no debía tocar pues era venenoso. Taparon el tonel y reiniciaron el viaje. Semanas más tarde, mientras concretaban la venta con un minero desesperado por el escurridizo metal, Aitor meditaba que no solo estaba haciéndose de una suma de dinero como jamás imaginó poseer, sino que ratificaba dos cosas: Corvalán no le había mentado y él había procedido bien al dejarse llevar por el instinto y atacar. Sin duda, como había expresado Engracia aquella primera noche que habían pasado juntos al raso, toparse con el convoy portugués había sido un golpe de fortuna.

* * *

La mujer todavía respiraba con dificultad mientras se recuperaba del orgasmo. Aitor abandonó la cama para ir en busca de su pipa. Desnudo, se sentó en una silla cuyo aspecto destartalado y pintura desconchada iba de acuerdo con el resto de la decoración de la pensión. Habría elegido un sitio mejor para transcurrir sus días en Potosí; después de todo, pronto se convertiría en el primogénito de Vespaciano de Amaral y Medeiros. Conan era de otra opinión y le señaló la prudencia de medirse en

los gastos en una ciudad donde los precios eran elevadísimos.

—Hemos tenido suerte con esto del azogue —había consentido apenas se hicieron de los treinta y siete mil pesos de plata ensayada, cuando Aitor propuso abandonar la pensión misérrima que habían ocupado desde el día de la llegada y transferirse a una posada que lucía muy refinada, próxima a la Casa de la Moneda—, pero debes entender que es imperioso ahorrar cada tomín, pues lo que tienes tal vez no te alcance para lo que nos espera una vez de regreso en la mina de estaño.

Por eso permanecían, él, sus hombres y el matrimonio Atalaya, en una pensión humilde, aunque, debía admitir, bastante limpia; la comida era decente. Aitor sonrió, mientras llenaba la cazoleta de la pipa, al evocar el asombro que había experimentado la primera vez que se adentró en las calles de la ciudad más fastuosa, ruidosa y grande que había visto. Villa Imperial del Potosí, así se llamaba. En aquella oportunidad, Corvalán, que se demostraba un libro abierto, fuera cual fuese el tema que abordase, había comentado que la población de la ciudad era de ciento sesenta mil almas, la misma que la de Londres. Aitor, que no tenía idea de dónde quedaba Londres, guardó silencio, e hizo una nota mental para preguntarle más tarde a Conan, que también era culto. Pensó en su Jasy; ella habría sabido decirle dónde se ubicaba. Recordarla en aquel momento, mientras deseaba tenerla delante de él, en la grupa del magnífico caballo negro que montaba y que había pertenecido a uno de los soldados portugueses, le arruinó el momento de euforia que había vivido al entrar en Potosí.

Después de seis meses, la Villa Imperial del Potosí ya no lo intimidaba y se movía por sus calles con la soltura que empleaba en la selva. Le sentaba bien que se tratase de una metrópoli —así la llamaba Corvalán, y él empleaba la palabra de tanto en tanto pues sonaba cultivada—, atestada de gente variopinta. Con su aspecto peculiar, de ojos amarillos y rostro tatuado, no atraía la atención en mayor medida que los restantes ciento sesenta mil seres humanos que la poblaban.

—¿Por qué sonríes, Almanegra? —le preguntó Engracia desde la cama.

Aitor alzó la vista y la observó estirada, completamente desnuda, mientras se limpiaba el semen derramado en su espalda, y pensó que, si se hubiese tratado de Emanuela, habría soltado la pipa, pese a que estaba disfrutando del aromático tabaco, para saltarle encima y poseerla de nuevo, como había hecho durante su tiempo juntos en la casa de la calle de Santo Cristo.

Cerró los ojos e inspiró profundamente al acordarse del amanecer que siguió a la noche en que la había desvirgado, cuando la tomó tres veces en poco más de una hora, sin consideración a que estuviese dolorida y que todo eso fuese nuevo para ella. Se había comportado como una bestia y de igual modo su Jasy se había brindado por completo, no se le había negado una vez. «¿Quieres tomarme de nuevo?» La voz de Emanuela, inocente, algo incrédula, se filtró entre los recuerdos y lo hizo sonreír.

—Vuelves a sonreír, Almanegra. Dime en qué piensas.

—Conan dice que quien solo se ríe, de sus maldades se acuerda.

—¿Estás acordándote de tus maldades, Almanegra? —Aitor asintió—. ¿De cuál?

Cuéntame.

—De muchas.

—¿Tantas has cometido?

—Tantas —confirmó, y se quedó mirándola, reflexionando que si Emanuela no le hubiese robado el corazón dieciocho años atrás, podría acabar enamorándose de Engracia. La primera noche que habían pasado juntos, junto al fuego, a la orilla del camino, ella le había dicho:

—Almanegra, te he deseado desde el día en que te conocí, pero hoy, cuando te vi asaltar a los portugueses con esa máscara sobre tu cara, me escondí entre unos arbustos y me alivié con mi propia mano pensando en ti.

No lo había satisfecho la confesión porque envanecía su índole de macho, sino por la manera en que la mujer la había expresado, despojada de artificios, sin coquetería, con sinceridad. Eso era, Engracia se comportaba con una sinceridad que a él le inspiraba confianza pues le recordaba a la de Jasy, solo que los ojos de la española estaban cargados de experiencia y mundanidad, en tanto los de Emanuela miraban con la pureza que nacía de la inocencia, pues no importaba a cuántas prácticas abyectas él la sometiese, su Jasy nunca se desharía del candor que la volvía tan entrañable a los ojos del mundo. Sí, del mundo, pues todos se la codiciaban.

«Aitor, hijo. No existe un minuto del día en que Manú no te evoque, y eso es un tormento para ella. Te ama con locura, Aitor. Para ella, no existe nadie excepto tú. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?»

—¿En qué piensas ahora que el gesto se te ha ensombrecido? —se interesó Engracia.

—En nada.

—En Manú, ¿verdad?

Cada vez que Engracia se refería a Emanuela, Aitor deseaba romperle el cuello al bocazas de Frías. Había bastado que la española le hiciese la mamola para que el muy zonzo cayese en la trampa y le refiriese acerca de la señorita Manú. Después de que Engracia le hubo confesado que sabía de su mujer gracias a Frías, Aitor lo había buscado en la sala de la pensión y, sin importarle que jugase una partida de naipes con los Matas y Contreras, lo había aferrado por el cuello y lo había arrancado de la silla.

—Vuelves a hablar de Emanuela con alma viviente —le advirtió cerca del rostro empalidecido— y te cortaré la lengua.

—Sí, Almanegra. Sí. Lo siento.

Lo arrojó al suelo y abandonó la pensión hecho una furia, la misma que lo dominaba en ese momento en que Engracia le invadía los pensamientos y le preguntaba acerca de su recuerdo más sagrado. Emitió un gruñido, abandonó la pipa sobre la mesa y se dirigió hacia el montículo que formaba su ropa. Comenzó a vestirse. Faltaba poco para la reunión con el primo de Vespaciano, el notario Portocarrera.

Engracia se sentó en el borde de la cama y se lo quedó mirando con una mueca de desconsuelo.

—¿Por qué no quieres hablarme de ella?

—Basta, Engracia.

—¿Por qué? —insistió.

Aitor soltó la camisa y sus miradas se encontraron.

—Engracia —dijo, y notó que, al sonido de su voz, enronquecida por la rabia, los pezones de la española reaccionaban, se endurecían—, te respeto y valoro tu amistad, y eso no es poco, te lo aseguro. Respeto tu coraje y que te andes sin melindres. Pero no creas que compartir mi cama te da derecho a interrogarme. Nunca vuelvas a preguntarme por ella si quieres que sigamos siendo amigos. ¿He sido claro?

—Sí, muy claro. Te pido que me disculpes si he sido imprudente. Te juro que no se trata de simple curiosidad, sino del interés de conocerte porque yo también te respeto. Más bien, te admiro.

Aitor asintió con el entrecejo muy pronunciado y regresó al montículo de ropa.

—¿Puedo preguntar adónde vas tan temprano? —quiso saber, sin acento ofendido, más bien con cautela.

—Sí.

—¿Adónde vas?

—Conan y yo encontraremos a un posible comprador de estaño.

—¿De veras? ¿Cómo ha sabido de la mina? Aún no la explotas.

—Gracias a las publicaciones que se hicieron después de la denuncia. Esperó a que se cumplieran los seis meses y como nadie apareció reclamándola, fue a lo del notario. Nos reuniremos en su despacho.

—¿Para qué quiere el estaño?

—Para enviarlo a la Península, para fabricar armas.

—¿Esta tarde me acompañarás a comprar esas cosas que el tendero prometió conseguir?

—Lo haré.

—¿Cuándo regresaremos al Paraguay?

Aitor se hacía la misma pregunta todas las mañanas al abrir los ojos. Ya le urgía regresar y comenzar con la construcción del horno y de la chancadora y con la explotación de la mina. Ya le urgía arreglar su vida y volver al regazo de Jasy. Sin embargo, hasta que Portocarrera no finalizase el trámite de denuncia que lo habilitaría para extraer el estaño, no podía marcharse.

Contarle a Vespaciano acerca de la mina y de su viaje a Potosí se había demostrado como un acierto. Su primo era un excelente notario, con influencias y conexiones que habían acelerado un trámite que solía llevar a veces más de un año, pues a la publicación de la denuncia del hallazgo de la mina se imponía una espera para verificar que no se presentasen oposiciones de terceros que reclamasen ser propietarios anteriores. Esa primera publicación, por ley, debía repetirse dos veces.

En ese tiempo Aitor había sabido mantener a raya su genio, pero lo consumía una ansiedad que desfogaba en el cuerpo de Engracia y en largas cabalgatas que daba en las afueras de la ciudad, con el cerro Potosí, que albergaba la mina de plata más rica del mundo, como telón de fondo.

Pocos días atrás, cumplido el plazo legal y sin oposiciones de terceros, Portocarrera había procedido al pedido de demarcación y toma oficial de posesión, en la que se solicitó permiso para explotar, de acuerdo con las mediciones que habían realizado los Marrak, cuatro pertenencias mineras, cada porción con una superficie de ciento cuarenta varas cuadradas, por lo que se le concedían un poco más de seis fanegas de tierra. Aitor no entendía nada de medidas de superficie y se lamentaba no haber prestado atención cuando su *pa'i* Ursus se las había enseñado; no obstante, sospechaba que se trataba de una porción de tierra, o más bien de tierra y arroyo, bastante grande a juzgar por la codicia que brillaba en los ojos de los Marrak y de Corvalán. Él lo apreciaría una vez que recorriese la extensión a caballo.

—¿Cuándo regresaremos? —repitió Engracia, habituada a los silencios de Aitor.

—Hoy lo sabré, después de la reunión con el notario. ¿Y vosotros? ¿Cómo vais con la venta de los caramelos?

—Ayer Máximo vendió la última partida que preparé. Sin más mosca roja, no puedo seguir elaborando.

—Lo importante era conseguir los clientes —le recordó Aitor.

—Clientes sobran en Potosí. Con tanto prostíbulo y gente adinerada, los caramelos desaparecieron. Además, no hay ningún caso que lamentar, ninguna reacción adversa. La mosca del güembé es tanto mejor que la cantárida.

—Y mosca roja es lo que sobra en la selva —aseguró, mientras se ponía una camisa y se ataba el lazo al cuello. Por recomendación del notario Portocarrera, se había comprado vestimenta a la española de manera tal que, al presentarse frente al juez para denunciar la mina, su aspecto no provocase un impacto negativo. También se recogía el pelo en una coleta trenzada, calzaba botas con hebilla dorada —un verdadero suplicio— y se cubría con un tricornio. A pesar de la pátina de hombre civilizado, los tatuajes y los ojos exóticos, que descollaban en su semblante oscuro, delataban una esencia montaraz. Entonces, el apellido Amaral y Medeiros junto a su nombre, Aitor Francisco de Paula, hacía el resto, y las puertas se abrían como por ensalmo, y las sonrisas endulzaban las miradas recelosas.

Solo los Marrak estaban al tanto del cambio de apellido y les había pedido que no compartiesen la información con el resto del grupo, al menos por el momento. Para los demás, él seguiría siendo Almanegra. Se sentía poderoso detrás de ese nombre.

—Tu padre ha enviado el documento al rey hace pocos meses —le había recordado Conan días atrás—. Estrictamente hablando, aún no eres un Amaral y Medeiros.

—Portocarrera dice que la carta en la cual mi padre me reconoce como su ilegítimo basta para poner la mina a nombre de Aitor de Amaral y Medeiros. —Si

bien había expresado la respuesta con actitud pretenciosa y desinteresada, él mismo albergaba dudas. ¿Y si el rey no se avenía a otorgarle el apellido de su padre por rescripto? Desestimó el asunto; afrontaría el problema cuando llegase.

Chasqueó la lengua e insultó entre dientes cuando atarse el lazo del cuello de la camisa se convirtió en una operación imposible. Lo alcanzó la risa de Engracia, que abandonó la cama y se dirigió hacia él, desnuda, moviéndose con pretendida inocencia. Lo miró con ojos chispeantes y divertidos, le apartó las manos y se encargó del nudo.

—¿Cuánto obtuvo tu esposo anoche por la venta de caramelos?

—Aún no he hablado con Máximo. ¿No recuerdas que me mantuviste muy ocupada anoche? Pero veamos, era una partida de trece caramelos. Si los vendió a todos, como sospecho, a doce pesos y cinco reales cada uno...

—Ciento sesenta y cuatro pesos, con un real —se le adelantó Aitor, que se lo pasaba haciendo cuentas mentales y conversiones de moneda para evitar que lo estafasen en los varios negocios que afrontaba desde la llegada a Potosí.

Engracia apartó los ojos del nudo para mirarlo y le destinó un gesto apreciativo.

—Dile que, cuando regrese al mediodía, querré mi parte.

—Se lo diré.

—¿Qué había con eso de que en la corte de Madrid obtenían veinte pesos por los caramelos de Richeliú?

—Richelieu —lo corrigió la mujer, entre risas.

Esa era otra de las cosas que le gustaban de Engracia: cuando lo corregía de sus tantos yerros al hablar o al pronunciar, lo hacía sin incomodarlo ni humillarlo.

—Richelieu —repitió, con una sonrisa ladeada—. ¿Qué pasó con los veinte pesos?

—Eso es en Madrid, Almanegra, donde los caramelos son muy conocidos y solicitados. Aquí no lo son. Para ganar el favor de los clientes tenemos que ir con cautela. Si los ofreciésemos a un precio excesivo, solo conseguiríamos negativas. Además, aquel se fabricaba con una sustancia conocida. La mosca roja... Pues, yo no sabía cómo iba a resultar —admitió—. Ten confianza en Máximo. Era un excelente recolector de mosca española, pero está demostrando ser mejor mercader. Listo —dijo, y dio los últimos retoques al moño blanco—. Has quedado muy guapo. —Lo ayudó con la chupa y luego con la casaca, ambos de chintz beige—. Oye, Almanegra, creo que deberíamos buscarle un nombre a los caramelos. Así como en la Europa los conocen como Richelieu, aquí deberíamos bautizarlos de algún modo.

—Bautízalos con el nombre que desees.

—¿Qué opinas de caramelos Almanegra?

Aitor rio por lo bajo.

—Con ese nombre, ¿conseguirás clientes o los espantarás?

—Los conseguiré, no tengo duda. Pero le preguntaré a Máximo. —Aitor asintió—. Almanegra, yo fabricaré los caramelos en el Paraguay, ¿verdad?

—Sí. Te instalarás cerca de la mina, donde hay mucho güembé.

—Bien. Pues yo fabricaré los caramelos en el Paraguay —retomó— y los venderemos en Potosí...

—En Potosí, en Lima, en Asunción, en Colonia, a cuanta ciudad podamos llegar. Máximo viajará de continuo para ganar nuevos clientes.

—Pero, ¿cómo haremos para transportarlos desde el Paraguay?

—No es que se trate de una carga muy pesada, ¿no?

—No, pero tampoco es como llevar una bolsa de plumas.

—Conozco indios de mi pueblo que recorrerían las leguas hasta Potosí y Lima en quince días.

—¡Quince días!

—Sin carga alguna y cambiando caballo en cada posta, sí, quince días. Nuestros mensajeros demorarán un poco más debido a que la carga obligará a reducir la marcha, pero no les tomará más de veinticinco.

—Tendrán que ser mensajeros de gran lealtad, ya que ellos mismo transportarán nuestros dineros.

—Lo serán, no te preocupes. Además, trabajando para Almanegra, ¿quién desearía hacerse el pícaro y acabar perseguido por un demonio toda la vida?

Engracia rio y le echó los brazos al cuello para besarlo. La fama, o tal vez la infamia del salteador de caminos Almanegra había alcanzado los mentideros aun de Potosí, y una noche en que habían ido a una pulpería para tomar unos tragos y jugar a los naipes, los amigos de Aitor se habían encontrado con que unos parroquianos vociferaban las andanzas del demonio de máscara blanca que había matado a un retén de veinte soldados para robarle las carretas arrojándoles flechas desde el cielo, pues contaba con la misma habilidad que las aves: volaba. Regresaron soltando risotadas y llamaron a la puerta de la pieza donde Aitor y Engracia dormían para referirle los relatos salidos de madre.

Engracia deslizó las manos por el pecho de Aitor y lo miró con preocupación.

—Aquí te presentas a todos como Almanegra, y a los boyeros a los que asaltamos en el camino también les dijiste que eras Almanegra. ¿De qué te valió, entonces, usar la máscara? Eres imprudente.

Aitor sonrió, y Engracia ahogó una exclamación.

—¿Qué sucede?

—Nunca puedo evitar emocionarme cuando sonrías y muestras tus colmillos. No me acostumbro. Son espléndidos.

«¿Alguna vez te dije que tus colmillos me hacen pensar en cosas pecaminosas?», le había confiado Emanuela. «¿De veras? ¿Como cuáles? ¿Como esta?», la había provocado antes de hincar los colmillos en la piel rosada y traslúcida de uno de sus pezones.

Se quitó las manos de Engracia y se apartó, de pronto incómodo. Sus colmillos pertenecían a Emanuela, y a nadie más.

—¿Qué ocurre, Almanegra?

—Tengo que irme. —Caminó hacia la puerta y, antes de abrir, expresó, sin volverse—: No te preocupes por la identidad de Almanegra. Le temen demasiado para atreverse a denunciarlo.

CAPÍTULO VII

Se trataba de un preciado momento en la rutina de Emanuela, cuando los niños hacían su siesta y ella se sentaba en el estrado y leía.

No obstante, el toro dobla la cerviz al yugo del arado y el potro generoso tiene que tascar el freno; yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas.

Descansó el libro sobre el regazo y perdió la vista en el paisaje que asomaba por la contraventana de la sala, el jardín de doña Florbela; así seguían llamándolo sin importar que la mujer ya no se ocupase de él. Ahora el cuidado de las plantas, como tantas otras cuestiones en *Orembae*, recaía en ella. No se quejaba. Por primera vez desde que había abandonado la casa de los Ñeenguirú, se sentía parte de una familia. Había llegado a la hacienda de los Amaral y Medeiros el 6 de julio de 1753, embarazada, con el corazón destrozado y un futuro incierto, y en ese momento, a principios de febrero de 1756, con casi veinte años y un hijo de dos, segura en el afecto que le prodigaban los Amaral y Medeiros, sintiéndose útil, casi la patrona de casa, se daba cuenta de que su situación no difería de aquella de mediados del 53, pues su corazón seguía destrozado.

Abrió nuevamente el libro y releyó la frase del poeta romano Ovidio. *Yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas.* Suspiró y volvió a elevar la mirada. Después de tanto tiempo, ella aún se sometía al amor, y sus saetas seguían desgarrándole el pecho, y su fuego, quemándole las entrañas. Ni un día de esos años alejada de Aitor había transcurrido sin que lo evocase, sin que cualquier excusa lo trajese a su mente. Solo bastaba echar un vistazo a Octavio, viva imagen del padre, con su pelito negro, lacio y largo, sus cejas definidas y anchas, su boca delineada como un corazón y, en especial, con sus ojos dorados, para que los recuerdos la conmovieran.

El 17 de noviembre de 1753, día del nacimiento de su hijo, Emanuela había experimentado una felicidad tan pura y avasalladora, tan nueva y desconcertante, que la había convencido de que Octavio satisfaría todas las necesidades; su pequeño tesoro resultaría suficiente para devolverle la alegría; no precisaba a nadie más. Y así era, Octavio Vespaciano Aitor le había devuelto la alegría, y solo verlo corretear y jugar con sus primas Emanuela y Milagros, que lo adoraban, constituía un cuadro que la hacía dichosa. Sin embargo, había bastado que transcurriesen unas semanas y que se acabase el mesillo, para que las imágenes de ella y Aitor desnudos en la cama le alterasen el sueño y la obligaran a buscar alivio con las manos, lo que la avergonzaba. También la avergonzaba la certeza de que, si Aitor hubiese ido a buscarla a *Orembae*, ella se habría ido con él, casado o no, y la tenía sin cuidado convertirse en su

concubina y traicionar las enseñanzas que su *pa'i* Ursus y la religión católica le habían instilado desde pequeña. Sin meditarlo, se habría arrojado a sus brazos y le habría suplicado que le hiciese el amor.

Aitor nunca se había aparecido por *Orembae*, y eso, aunque sonase contradictorio, seguía hiriéndola como nada. ¿No quería conocer a su hijo? ¿No deseaba saber si ella se encontraba bien? ¿No lo volvían locos los celos a causa de Lope? «Tal vez se cansó de mis melindres, se cansó de que lo abandonase en cada escollo que nos ponía el camino, de que faltase al pacto de sangre que sellamos tantos años atrás», se reprochó. Que Aitor se hubiese cansado de ella planteaba un escenario que le daba pánico, pues si bien Octavio era su alegría, sin Aitor, se sentía incompleta y la vida adquiría una tonalidad gris. Su índole de mujer, la que él había despertado y tallado al gusto de su paladar, permanecía oculta tras una fachada que, a medida que pasaba el tiempo, se resquebrajaba. Cada mañana, se presentaba como un desafío sobrellevar el dolor por su ausencia y el vacío en que la hundía su silencio.

—¿En qué piensas, Manú? —La voz de Lope la alcanzó desde el extremo de la sala.

—En una frase de Ovidio, que acabo de leer.

Lope se detuvo frente al estrado y apoyó el brazo en la baranda.

—¿Qué lees?

—*Ars amatoria*.

—*El arte de amar*. Excelente poema.

Y, como solían, comentaron la obra del escritor romano. Emanuela admiraba la cultura de Lope, y también la soltura con que expresaba las ideas y lo fácil que resultaba comprenderlo. Nadie habría adivinado que había existido un tiempo en el que tartamudeaba. Pese a sus vastos conocimientos en literatura, música, historia y geografía, no los desplegaba como una medida para elevarse sobre el resto, sino para compartírselos, porque así como a él le proporcionaban beneplácito, deseaba que los demás lo experimentasen. A excepción de su *pa'i* Ursus y de su hermano Juan Ñeenguirú, Emanuela no conocía a otro hombre tan generoso y magnánimo. En ocasiones, mientras Lope hablaba a la familia con esa desenvoltura adquirida desde su regreso a *Orembae*, sin vacilaciones ni temor a la mirada de Vespaciano, y ella se dedicaba a admirarlo y a quererlo, se preguntaba por qué no se había enamorado de él, por qué, en cambio, amaba a Aitor, que ni siquiera se había interesado en conocer a su hijo. Lope, por el contrario, manifestaba un amor incondicional por «su sobrino». La complacía cuando Lope lo llamaba así, sobrino, porque no solo estaba reconociendo lo que Octavio significaba para él, sino el vínculo que lo unía a Aitor, su hermano mayor. Octavio, a su vez, lo adoraba y, de las pocas palabras y expresiones que pronunciaba sin falla, «tío Lope» era una de ellas.

—Se acerca tu natalicio, querida Manú —le recordó Lope—. ¿Aceptarás la invitación del *pa'i* Ursus o la rechazarás como el año pasado?

—No lo sé —admitió, con una mueca apesadumbrada. La falta de deseo de volver

a San Ignacio Miní para transcurrir su cumpleaños se asociaba a una persona: Olivia. No quería verla; le temía al encuentro, a la mirada de odio y de engreimiento que le lanzaría. Después de todo, aunque Aitor la hubiese abandonado con dos hijas, ella era la que ostentaba el título que Emanuela codiciaba, el de esposa.

—Le vendría bien al pueblo verte. Están angustiados e inquietos con esto de la ejecución del Tratado de Permuta. Tú aplacarías sus ánimos y le harías un gran favor a nuestro querido *pa'i* Ursus, que está tan preocupado.

Emanuela se pasó la mano por la frente. Ponían demasiada fe en ella, y a veces la abrumaba. Aunque le temía al regreso, sabía que finalmente claudicaría; se lo debía a su *pa'i*.

—¿Tan mal están las cosas con lo del Tratado de Permuta?

—Muy mal —ratificó Lope—. El gobernador de Montevideo, Joaquín de Viana, que no le tiene a los indios la paciencia de Andonaegui, está tascando el freno para no lanzarse sobre las doctrinas rebeldes, pero lo hará apenas Gomes Freire de Andrade —se refería al gobernador de Río de Janeiro— y Andonaegui se pongan de acuerdo, aún los ejércitos y den la orden de ataque. Viana está haciendo presión sobre sus dos colegas, y dicen que es muy persuasivo.

—Dios los proteja —susurró, angustiada por la posibilidad de que Aitor se hubiese unido a los pueblos del otro lado del Uruguay. «*Prométeme que no irás, Aitor*», le había suplicado a principios del 53. «*Temo que será un baño de sangre*». «*No iré*», le había asegurado él. «*Ahora solo me importas tú*». Solo que ahora ella no contaba para él, ni ella ni el hijo que con tanto amor y tanta pasión habían engendrado.

—Manú, ¿me escuchas? —Lope estiró la mano sobre la baranda del estrado y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla—. Te has puesto pálida. ¿Te sientes bien?

—Estoy bien —dijo, y se envaró en el asiento—. He pensado que, si los gobernadores deciden atacar, aquello será una masacre.

—¡No pienses en cosas tristes, querida mía! —la animó con una sonrisa—. Olvida el Tratado de Permuta y todo lo relacionado con él. Solo piensa en que se aproxima tu natalicio y en la invitación de tu *pa'i* Ursus para que los visites. A Malbalá la complacería regresar al pueblo y ver a sus nietos. ¿Hace cuánto que no los ve? ¡Años!

Era cierto, Malbalá se había dedicado a Vespaciano y nunca había vuelto a San Ignacio, ni siquiera para transcurrir unas horas. Tal vez añorase reunirse con su familia, y, más allá de que sus hijos la repudiaban, la alegraría reencontrarse con sus nueras y nietos. Olivia era una de sus nueras. ¿La visitaría? ¿Conversarían? ¿Cómo era su relación? Nunca se había atrevido a preguntarle, como tampoco se atrevía a hablarle de Aitor; resentida como estaba, temía referirse a él con dureza y causarle una pena; después de todo, era su hijo.

—¿No echas de menos a tu *pa'i*? —presionó Lope—. Con esto de que no se anima a dejar el pueblo en manos del nuevo sotocura y debido a la inquietud de la

gente, ¿hace cuánto que no viene a vernos?

—La última vez fue para el primer natalicio de Octavito, hace más de un año. Y aunque nos escribimos a menudo, no es lo mismo —admitió.

—Pobre *pa'i* Ursus. Debe de estar deseoso de reunirse contigo y con mi sobrino.

—Ni siquiera ha viajado a Asunción, tanto teme dejar el pueblo —informó Emanuela.

—¿Quién se ha ocupado de las cuestiones de la yerba y demás?

—El hermano Pedro. Se le dan bien los números. Pero sé que mi *pa'i* ansía ir a Asunción, sobre todo para visitar a mi *pa'i* Santiago y a su nuevo amigo, Hernando de Calatrava, tu suegro. Lo aprecia mucho, me lo ha dicho.

A la mención de Hernando de Calatrava, Lope agravó el gesto, y Emanuela se asombró. Desde que Amaral y Medeiros había vuelto a tomar las riendas de *Orembae* y Lope, a dedicarse a sus lecturas y escritos, lucía relajado, incluso feliz, pese a que la salud de doña Florbela languidecía. Dedicaba tiempo a los niños y visitaba a diario a su madre, prácticamente confinada en su alcoba, para leerle y recordar viejos tiempos. No había vuelto a tomar, al menos no en *Orembae*, y Emanuela creía que tampoco lo hacía cuando viajaba a Asunción ni en las dos oportunidades en que se había ido por un buen tiempo, una vez a Yapeyú, de donde regresó con armas de fuego, y otra a Buenos Aires, para finiquitar los asuntos de su tío Edilson. Por eso, verlo preocupado la sorprendía. Conocía el final desdichado que había tenido la amistad entre Calatrava y Vespaciano de Amaral y Medeiros, cuando el primero descubrió que el segundo se acostaba con su esposa, una tal Nicolasa, la cual, le había contado Drusila, era hermosa —Ginebra se le parecía, en opinión de la india—, aunque fría y dura como el mármol. Resultaba obvio que la costumbre de saciar los apetitos sexuales con cuanta mujer atractiva se le cruzase era una característica que Aitor había heredado del padre. En ocasiones, cuando Ginebra se presentaba a la mesa especialmente acicalada y su belleza invadía cada rincón y opacaba aun la platería bruñida de doña Florbela, Emanuela se preguntaba si Aitor la habría deseado, si se habría acostado con ella. Sentimientos oscuros —envidia, celos— la atormentaban.

—¿Estás preocupado por tu suegro?

—No, no —desestimó Lope—. Sé que lleva una vida dura en su chácara de Asunción, pero es un hombre que no le teme al trabajo. En su última visita, Ginebra lo encontró bastante mejorado gracias al cordial que le prepara tu *taitaru*. Asegura que la cosecha de algodón dará buen rinde este año, aunque imagino que siendo solo él y mi tía Nicolasa los que lo cultivan y recogen, la cantidad no alcanzará para cubrir los gastos. Pero mi suegro se niega a recibir mi dinero.

—Entiendo.

A Emanuela le gustaba cuando Ginebra anunciaba que visitaría a sus padres porque llevaría carta a Romelia y regresaría con una para ella. Todavía se le aceleraba el corazón al recordar el día en que Ginebra le había contado que la esclava de los

Urizar y Vega había acabado, de todos los sitios posibles, en una almoneda en Asunción, donde su padre la había comprado para que ayudase a doña Nicolasa con las cuestiones domésticas. Había llorado de alegría, de tristeza, de añoranza, hasta que Malbalá la aferró por los hombros y la sacudió ligeramente para advertirle que si no se moderaba, perdería la leche. Por aquel entonces —mayo del 54—, todavía amamantaba a Octavito y, como pretendía seguir haciéndolo durante algunos meses, la idea de quedarse sin leche le devolvió la sobriedad. Sin embargo, la emoción la acompañó por días. Le costaba creer que en un territorio tan vasto como el de las Indias Occidentales, su querida Romelia se hallase a pocas leguas. Con todo, nunca se habían visto; Romelia no podía marcharse de casa de sus dueños, y ella no podía dejar *Orembae*, con Octavio pequeño y doña Florbela enferma. Cuando Ginebra anunciaba que partiría a Asunción, ella albergaba la ilusión de que regresase a *Orembae* con Romelia a su lado; nunca ocurría.

Leónidas Cabrera, con quien Ginebra y los Calatrava se habían encontrado un día a la salida de misa, los había visitado en dos oportunidades. La alegraba reencontrarse con él y también le provocaba tristeza, pues él formaba parte de un tiempo cuyas memorias a veces quería olvidar. De hecho, había sido Cabrera el primero en pronunciar un nombre que detestaba: Rodrigo Murguía. Le había referido que el físico, después de despachar a sus sobrinos a una escuela jesuita, se había marchado de Buenos Aires. Emanuela habría preferido que no le contase que se había convertido en el hazmerreír de la sociedad porteña después de que ella lo hubiese dejado con un palmo de narices, y que se murmuraba que había abandonado la ciudad tras su huella. La última cotilla le provocó un escalofrío, y buscó la mano de su *sy* bajo la mesa.

En su última visita, a fines del año anterior, Cabrera los había entretenido con las desventuras padecidas desde que había abandonado Madrid en busca de su hermano pequeño. De hecho, se hallaba en esas tierras paraguayas tras un dato muy certero que lo tenía como miembro de una banda de desertores.

—Solo deseo reencontrarme con Manuel. Así se lo prometí a mi madre.

Emanuela le habría preguntado por el motivo de la disputa. Debía de tratarse de una cuestión dolorosa e íntima, que el torero prefería no revelar en la mesa de los Amaral y Medeiros. El ánimo regresó a los comensales cuando Cabrera les relató la hazaña de Emanuela en la plaza de toros, la vez que detuvo la corrida y salvó a Almanegra. A todos causaba asombro y devoción, excepto a Lope, que lo ponía incómodo. A Vespaciano, le arrancaba estentóreas risotadas.

—Solo imaginar a mi pequeña Manú junto a semejante ejemplar de toro y a toda la plaza en-mudecida, incluido el gobernador Andona-egui, y me dan ganas de arroj... jarme al piso para reírme mejor.

—Basta, Vespaciano. No es bueno que te agites —lo había reconvenido Malbalá, la única que le daba órdenes o le señalaba los yerros sin recibir un rebuzno a cambio, pues si bien no era el mismo del pasado, al que se le temía por su carácter bilioso,

nadie se habría atrevido a sobrepasar los límites.

La recuperación de Amaral y Medeiros era casi absoluta; solo vacilaba en algunas palabras con diptongos, arrastraba un poco la pierna izquierda —por eso se movilizaba con bastón— y aún no recuperaba por completo la movilidad de la mano izquierda, obstáculos que no le impedían subir al caballo y recorrer la propiedad. «Es el mismo de antes del soponcio», comentaban las indias en la cocina, y aunque Emanuela asentía, reflexionaba que no lo era. El ataque que lo había postrado por más de dos años, privándolo de las funciones básicas, abismándolo en un mundo de carencia, dolor y dependencia, lo había cambiado profundamente. Amaral y Medeiros había resurgido como el ave Fénix, con la misma índole autoritaria y poderosa, aunque más compasivo, en especial con Lope, y con ideas más enaltecidas; no había vuelto a hablar de hacerse con un título de nobleza a trueque de pecunia y se había decidido a reconocer a su ilegítimo y al hijo de este, sin importarle las consecuencias sociales.

A la orden de Malbalá, Vespaciano tomó un respiro y sofocó las risotadas. Más compuesto, aunque con igual entusiasmo, declaró que deseaba conocer al toro Almanegra, que lo quería como semental entre sus vacas y que no cejaría hasta comprarlo.

—Su nombre no es Almanegra —expresó Emanuela, que había permanecido en silencio a lo largo del relato—, sino José Moro. Y ahora es de propiedad de los Urizar y Vega.

—Permitidme que os contradiga, Manú —intervino Cabrera—. La propiedad del toro es vuestra. Andonaegui lo compró y os lo regaló.

—Pero los Urizar y Vega lo han protegido y alimentado durante todos estos años. Me pregunto si aún vivirá.

—¡Si está vivo, lo traeré a *Orembae*! —sentenció Amaral y Medeiros.

A la fecha, Emanuela sabía poco del asunto. Vespaciano le había escrito a don Mikel y todavía era temprano para la respuesta, a la cual le temía. ¿Qué contestaría el viejo vasco? ¿Que ella era una desfachatada, una perdida, y que el toro iba a cuenta por los años que había vivido gratuitamente en la casa de la calle de Santo Cristo? Su *pa'i* Ursus nunca le hablaba de los Urizar y Vega, y si doña Ederra o sus padres la denostaban o desacreditaban en sus misivas, no se lo mencionaba.

—Iré a San Ignacio —decidió, de pronto urgida por perderse en el amplio y generoso abrazo de su querido *pa'i* Ursus.

—¡Excelente! —se entusiasmó Lope, el problema de su suegro olvidado.

—Vendrán conmigo, tú, los niños, don Vespaciano y Ginebra, si lo desea.

—Iremos. ¡Claro que iremos! Nunca he ido a la misión de San Ignacio. Mi madre fue un par de veces cuando yo era pequeño, para comprar muebles, esteras, reposteros y esas cosas, pero no me llevó. Te confieso que siempre he querido saber dónde crecieron Aitor y tú. —Se calló de pronto y su semblante volvió a mutar—. Perdóname, Manú. No fue mi intención nombrarlo.

Emanuela suspiró y se puso de pie. Caminó hacia el cancel del estrado y descendió los tres escalones. Se detuvo frente a Lope y le sonrió con aire melancólico.

—No te angusties. ¿Crees que, por callar su nombre, no lo pienso día y noche?

Lope, que simulaba quitar una mancha de la baranda, asintió con el ceño pronunciado, y a Emanuela la golpeó la tristeza que comunicaban su gesto y el lenguaje de su cuerpo, y otra vez se preguntó por qué no lo amaba sino como a un hermano, siendo que se trataba de uno de los hombres más bondadosos que conocía.

—¡Aquí están mis hijos! —vociferó Vespaciano con un torrente de voz, y Emanuela y Lope se sobresaltaron.

Amaral y Medeiros, con Morales a la zaga, entró a paso rápido, haciendo repiquetear la contera del bastón contra los tablones de madera del piso. Ese sonido se había convertido en uno de los más familiares de la casa, que hacía abandonar los juegos y las tareas a los niños para correr a recibir a su *taitaru*, como lo llamaban.

Los semblantes de Emanuela y de Lope se iluminaron ante la sonrisa del patriarca, que se aproximó y apretó el hombro de su hijo y besó la frente de su ángel, como llamaba a Manú.

—Buenas tardes, señorita Manú. Buenas tardes, don Lope.

—Buenas tardes, Morales —lo saludaron.

El hombre, con actitud nerviosa, miraba hacia el suelo y se golpeaba el costado de la pierna con el sombrero. A Emanuela, el capataz no le gustaba; le chocaba su comportamiento sumiso porque lo juzgaba artero y, aunque hacía un buen trabajo, no confiaba en él. Lope le había asegurado que, al principio de la postración de Amaral y Medeiros, Morales había sustraído ganado, balas de algodón, cañas de azúcar y tercios de yerba. Después, como por arte de magia, los robos cesaron, y el empleado se había comportado con la sobriedad de un cartujo y la moral de un calvinista.

Emanuela aún recordaba como un hito la oportunidad en que don Vespaciano había entrado en su despacho por primera vez después del soponcio. Lo había hecho con paso vacilante, apoyándose en el brazo de Lope y en el de ella, y con una emoción oculta tras un ceño, que a ella le evocaba al de Aitor. Se había ubicado en la poltrona, había mirado en torno, con ojos inquisidores, y había exigido los libros contables.

—Quiero revisarlos —declaró, con acento ominoso.

En tanto Lope colocaba los mamotretos sobre el escritorio, los que había completado con letra uncial y meticulosidad, Emanuela se excusó y salió del despacho. Caminó a paso rápido, con Orlando correteando por detrás, y no prestó atención al llamado de Milagritos, que le pedía que le contase de nuevo el cuento de Perséfone. Se encerró en su habitación y rezó el rosario, rogando a Tupá y a Tupasy María que don Vespaciano aprobase la gestión de Lope. Unas horas más tarde, cuando se sentaron a la mesa para cenar, el dueño de casa, a quien todavía le costaba expresarse sin tartamudeos, reconoció que *Orembae* no habría funcionado mejor si él

hubiese estado a cargo y, por primera vez en su vida, felicitó a Lope y le dijo que se sentía orgulloso de él. A Emanuela se le llenaron los ojos de lágrimas al ver la emoción con que Lope recibía el cumplido.

—Estoy feliz por ti —le había expresado más tarde, mientras se apartaban para analizar un texto en griego—. Sé cuánto te ha complacido que don Vespaciano haya aprobado tu trabajo en la hacienda.

—Querida Manú, respeto demasiado mi inteligencia para pensar que si la hacienda funcionó bien fue gracias a mí. El excelente trabajo, contra todo pronóstico, lo llevó a cabo Morales. Pero no voy a negarte que las palabras de mi padre me conmovieron. Las he esperado toda la vida —añadió, tras una pausa.

La relación entre Lope y Amaral y Medeiros prosiguió en un plano de armonía, en el cual no existían declaraciones de afecto ni conversaciones profundas ni trascendentales, pero sí un respeto mutuo nacido en el reconocimiento de los talentos de cada uno y en la compasión por sus flaquezas.

—Padre, Manú ha decidido aceptar la invitación del *pa'i* Ursus y pasar su natalicio en San Ignacio Miní.

—¿De veras, ángel?

—Sí, don Vespaciano.

—¿Y si ese pillo de Ursus te obliga a quedarte?

—No lo haré, créame. En el 50 tuve que marcharme porque era muy irregular que una niña blanca viviese en la doctrina. No me aceptarían ahora, menos aún con todo este desarreglo provocado por el Tratado de Permuta.

Amaral y Medeiros, que se sujetaba el mentón y fruncía el entrecejo, no parecía convencido.

—Iré con ustedes, aunque nadie haya decidido invitarme —agregó, haciéndose el ofendido—, y me aseguraré de que mi ángel regrese a *Orembae*.

Movida por un impulso, Emanuela dio un paso adelante y le plantó un beso en la mejilla, que Malbalá afeitaba cada mañana.

—Usted está invitado y lo sabe —le aclaró—. No es necesario que venga para obligarme a regresar a *Orembae*, al que considero mi hogar.

Vespaciano, conmovido, incómodo, sonrió con labios temblorosos y, sin mirarla, le acarició la mejilla.

—¿Dónde están mis nietos? —dijo de pronto, con voz tronante.

—Tengo que ir a despertarlos de su siesta —informó Emanuela—. Emanuelita tendrá su lección de música en un rato.

A finales del año anterior, la educación de Emanuelita había sido objeto de largas polémicas en el seno de la familia. Ginebra, en consonancia con una sugerencia de su madre, proponía enviarla, a falta de conventos de monjas en Asunción, al que se había fundado en Buenos Aires tiempo atrás, el de Santa Catalina de Siena, donde le enseñarían las cuestiones básicas —leer y escribir— y a formarse para llevar adelante un hogar o para dedicarse a servir al Señor, si ese era su deseo. A Emanuela, la sola

mención del convento al cual había amenazado enviarla el comisario de la Inquisición, Urbano de Meliá, si no desposaba al doctor Murguía, le provocó una ráfaga de dolor, que la dejó sin respiración.

Se imaginó la soledad y la confusión que experimentaría la niña, tan apegada a su familia, y luchó con denuedo, muchas veces propasándose de su lugar de recogida, para torcer el brazo de Ginebra, que al principio se mostraba inquebrantable. Con el tiempo, había descubierto que, así como la esposa de Lope se manifestaba impasible, casi fría e indolente, ajena a los problemas, ocultaba sentimientos apasionados, por ejemplo los que le inspiraba doña Nicolasa, por quien, con tal de complacerla, habría hecho cualquier cosa, como desposar a un hombre que no amaba o enviar a su hija a más de doscientas leguas de *Orembae*.

Ofreció, entonces, ocuparse ella misma de la educación de Emanuelita, la cual, llegado el momento oportuno, se extendería también a Milagros. Se pasó horas escribiendo y planificando las lecciones del *trivium* y el *quadrivium*, y para plegarse a las exigencias de doña Nicolasa, que llegaban en largas cartas provenientes de Asunción, añadió costura, bordado y tejido, lecciones de urbanidad y buenas maneras y administración doméstica.

Por fortuna, don Vespaciano y doña Florbela apoyaron su propuesta porque no soportaban la idea de separarse de la niña. Lope, que en principio había acordado con la sugerencia de su suegra, aprobó el plan de estudios de Emanuela por la simple razón de que esta se lo pidió. Ginebra sacudió los hombros y aceptó la decisión de una educación privada para su hija mayor con el mismo desapego que recibía cualquier noticia. No obstante, Emanuela, que comenzaba a vislumbrar a través de los resquicios de su máscara, la supo contrariada.

Días más tarde, después de acondicionar una sala, iniciaron las lecciones de Emanuelita, de casi cinco años. Las clases que le había impartido su *pa'i* Ursus constituían la guía de estudio, y así como había hecho el jesuita, se servía del catecismo para enseñarle las primeras letras. Como le rompía el corazón mantener apartados a Milagritos, de cuatro, y a Octavio, de dos, les permitía entrar en el salón y sentarse a la mesa, donde les daba cuartillas y carbonillas para que dibujasen. La condición para permanecer era el absoluto silencio, que aun Marã, Orlando y Argos respetaban a rajatabla.

—Ve, ve, mi ángel —la conminó Amaral y Medeiros—. Despierta a mis herederos y hazlos sonar música para mí. Morales —se giró para hablarle al capataz—, dejaremos ese asunto para más tarde.

—Como mande, patrón —dijo el hombre, y se marchó.

* * *

Emanuela entró en la recámara de Octavio, apostada junto a la de ella y conectadas por una puerta, e inspiró profundamente el aroma que ella asociaba a su hijo, ese del

que nunca se cansaba y que le daba paz, y, mientras lo hacía, recordaba la costumbre de Aitor de hundir la nariz tras su oreja.

Divisó a Malbalá en la penumbra, que le sonrió mientras preparaba la ropa del niño. Desde la recuperación milagrosa de Amaral y Medeiros, en la que la abipona había cumplido un papel fundamental, a nadie se le ocurrió enviarla de nuevo a San Ignacio Miní, ni siquiera a doña Florbela. Malbalá se convirtió en la mano derecha de Emanuela y la ayudaba en la administración del casco de la hacienda.

—Sy, ve y despierta a las niñas. Lléalas a la sala. Hoy tienen lección de música y canto.

—Enseguida. Aquí tienes la ropa de Octavito.

—*Aguyje* —agradeció.

Ansiosa por tocar a su hijo, se aproximó al pequeño lecho. Argos, que, como de costumbre, dormía a los pies de la cama, levantó la cabeza y paró las orejas, una puntiaguda y la otra bastante reducida, fruto de una pelea, especulaba Emanuela. Amaba a todas sus mascotas, pero reconocía que ese perro era especial. Lo había encontrado echado en la contraventana de su habitación un amanecer apenas iniciado el 54. El animal, de pelo corto, blanco y con manchones negros, no muy alto, aunque robusto y cabezón, la había mirado con sus ojos mansos y oscuros para luego entrar con timidez en la recámara y lamerle los pies desnudos. Le había robado el corazón. La tristeza en su mirada, unas heridas en el lomo y la oreja por la mitad desvelaban un pasado reciente de torturas y maltratos. Le recordaba a Aitor, por las cicatrices y por el celo con que los protegía, a ella y a Octavio, sobre todo al niño, a quien seguía a sol y a sombra. Lo había llamado Argos, porque en esa época estaba terminando de leer por enésima vez la *Odisea*. El paso del tiempo le confirmaba que la elección del nombre había sido justa, pues la fidelidad del animal era su rasgo más singular.

Como una de las indias encomendadas le señaló que había visto a Morales con Argos, en la primera oportunidad en que se lo cruzó le preguntó si era su dueño. La reacción del capataz había sido desmesurada al negar una y otra vez que no le pertenecía. El perro, por su parte, pegado a sus polleras, había retirado los belfos, mostrado los dientes y gruñido. Desde ese día, Emanuela lo tomó bajo su ala, y no transcurrió mucho tiempo antes de que la unión entre el animal y su hijo se consolidase. Suspiró al evocar la escena de un Octavio de meses, que gateaba a gran velocidad, seguido por Argos, que interponía el cuerpo delante de las contraventanas abiertas para impedirle que saliese fuera de la casa.

—Querido Argos —susurró, emocionada. Le palmeó la cabeza, y el perro le lamió la mano—. ¿Cómo estás, amigo mío? ¿Preparado para despertar a tu pequeño amo?

El perro gañó a modo de respuesta, y Emanuela sofocó una risita. Se inclinó en el lecho y observó dormir al niño. La belleza de su carita oscura siempre operaba en ella de la misma manera: le robaba el aliento. Su parecido con Aitor la maravillaba. «Es mi hijo en miniatura», había declarado don Vespaciano hacía poco, y sin embargo, la

disposición de Octavio era dulce y alegre, opuesta a la del padre. El amor que le habían negado a Aitor desbordaba sobre su hijo, que crecía rodeado de mimos, palabras cariñosas y regalos. Con sus escasos dos años y dos meses, era seductor, y con una sonrisa, se ganaba el corazón de cualquiera, en especial el de aquellos de los que deseaba obtener algo, como por ejemplo de las indias de la cocina, que siempre cedían y le daban confituras, pese a que Emanuela se las escatimaba.

Todos los miembros de la casa —familia y domésticos por igual— se habían deshecho en muestras de afecto y mamolas para consolarlo cuando le tocó el turno de recibir la vacunación contra la viruela, y solo dejó de llorar en las tres oportunidades en que su madre le sajó la piel del brazo cuando su *taitaru* lo colocó delante de él en la grupa del caballo y se lo llevó para recorrer sus dominios. Había regresado con una sonrisa esplendente y, en su media lengua, le había descrito las aventuras vividas con su abuelo.

Emanuela le acarició la frente y lo llamó.

—Arriba, dormilón —lo instó en castellano, porque era la lengua con que había decidido dirigirse a los niños, los cuales hablaban mayormente en guaraní, a menos que lo hicieran con doña Florbela, a la cual veían cada vez menos—. Es hora de despertar.

Octavio se rebulló y se pasó el puño por la boca y por la nariz emitiendo unos sonidos que la enternecieron. Parpadeó antes de abrir los ojos por completo y revelar los iris dorados como los del padre, un espectáculo que nunca dejaba de pasmarla.

—Mamita —balbuceó, con la voz ronca de sueño, y sonrió.

—Tienes la sonrisa más linda que existe. ¿Lo sabías?

El niño gorjeó, y Emanuela se preguntó cuánto entendería de lo que le decía. Se inclinó para besarle la frente, y los bracitos de Octavio se le ajustaron en torno al cuello. Lo levantó de la cama. Dado el calor estival, dormía solo con pañales. Le acarició la espalda tibia y suave, y le olió el cuello que ella perfumaba a diario con un bálsamo de almizcle de yacaré. Lo apretó ligeramente, abrumada por el sentimiento inconmensurable que le despertaba esa criatura que Aitor le había regalado y que ella había nutrido en sus entrañas. «*Entonces, ahora que he sangrado y después de que nos casemos, ¿Tupá pondrá un niño en mi vientre?*» «*No, Tupá no. Yo te lo pondré en el vientre*». «*¿Tú?*» «*Sí, amor mío, yo*». El recuerdo, tan lejano en el tiempo que parecía pertenecer a otra vida, le robó un sollozo. Enseguida, Octavio, siempre atento a ella y a sus gestos, se apartó y frunció el entrecejo al estudiarla.

—Dios mío —dijo sin pensar, pues nunca tomaba el nombre de Dios en vano—, eres igual a tu padre.

El ceño del niño se acentuó y las cejas, de forma tan peculiar, se volvieron más acusadas. Le sujetó el rostro con las manitas y la miró en lo profundo de los ojos.

—Dale un beso a tu madre —lo conminó, y el niño la complació plantándole los labios en el mentón, bañándolo de saliva y succionándolo—. ¡Qué hermoso beso, hijo mío! Ahora me toca a mí. —Le besó varias veces el cuello y el rostro, lo que provocó

risas al pequeño, que se rebullía y luchaba por zafar de las cosquillas.

Como hacía mucho calor, Malbalá había dispuesto para su nieto una camisa ligera de Holanda y unos pantalones que apenas le cubrían las rodillas. Emanuela le calzó las sandalias y le ató el pelito largo en una coleta. Lo perfumó y le urucizó las partes expuestas, aunque no planease llevarlo fuera. Se lo quedó mirando, orgullosa de su pequeño, y se atormentó al preguntarse cuándo comenzaría a inquirir acerca de su padre.

Lo llevó en brazos hasta la sala, donde Emanuelita y Milagritos lo esperaban. Se rebulló para que lo bajase, lo cual hizo de inmediato, y lo vio correr a los brazos de su abuelo, que, sentado en una silla parecida a un trono, se los extendía.

—¡Ey, aquí llega el príncipe de la casa! —exclamó, y las niñas lo rodearon y le pidieron a coro que las llamase princesas—. ¡La princesa Emanuela y la princesa Milagros! Vuestras altezas —los llamó, pasando al castellano, lo que arrancó risas a los niños, acostumbrados a oír a su *taitaru* hablar en guaraní—, por favor, complaced al rey de esta casa y tocad algo alegre para mí.

Octavio recibió de manos de Malbalá el violín en miniatura, manufactura de su tío Juan, que se lo había entregado pocos meses atrás, en su segundo natalicio. Milagritos tomó la flauta, y Emanuelita se acomodó junto a Emanuela en la taburete del clavicordio, regalo de Lope, también obra de Juan Ñeenguirú, quien, con la ayuda de su tío Palmiro, había construido una pieza bella estéticamente, con la tapa taraceada con conchillas que formaban zarcillos, flores y frutos y la letra E en medio, grande y muy ornamentada, y perfecto desde el punto de vista musical, con sonidos vivaces y armónicos. Lo habían llevado a *Orembae* el 12 de febrero del 54, cuando se presentaron para festejar el cumpleaños de Emanuela.

Milagritos con la flauta y Octavio con el violín hacían más ruido que música. Las Emanuelas, en cambio, interpretaron una melodía de Giacomo Facco que inspiró sonrisas a Vespaciano, el cual seguía las evoluciones agitando la mano derecha en el aire y el pie en el suelo. Lope y Ginebra, que se habían unido a la tertulia, contemplaban el espectáculo con beneplácito. Al acabar, los adultos esponjaron a los niños por igual y nadie mencionó que los más pequeños no dominaban el arte.

Emanuela observaba a su hijo recibir las felicitaciones de su *taitaru*, de su *jarýi* y de su tío Lope, con el violín en una mano y el arco en la otra, los que sujetaba con la seguridad y la soltura de un experto violinista, pese a que solo se alzaba una vara del suelo. Le brillaban los ojos dorados con vanidad y complacencia, y más allá de que había tocado mal, estaba convencido de haberlo hecho bien. Aunque Emanuela opinaba que era demasiado pronto para lecciones de música, Juan, que demostraba un cariño por Octavio que no manifestaba por sus otros sobrinos, se presentaba el tercer viernes de cada mes en *Orembae*, donde permanecía hasta el lunes, para impartirle lecciones de violín. El músico guaraní aseguraba que el pequeño de dos años poseía una afinidad con la música que él rara vez había encontrado. Lo asombraba el talento natural que desplegaba al comprender con rapidez qué cuerda tocar, sin mencionar

que era un placer enseñarle por el entusiasmo que desplegaba. Emanuela sospechaba de las opiniones de su hermano, las que juzgaba teñidas por el cariño que el niño le inspiraba. Amaral y Medeiros, en cambio, soltó una de sus risotadas jactanciosas ante la declaración del músico guaraní y aseguró que ese talento provenía de los Portocarrera, la familia de su madre, en la que se habían destacado varios músicos, uno de ellos, en la corte de Lisboa.

—A mí madre le encantaría oírlos tocar —comentó Lope—. Esta noche podríamos obligarla a cenar con nosotros y después los niños interpretarán esta melodía.

Emanuela miró fugazmente a su *sy* y percibió la incomodidad que la obligaba a bajar la vista, apretar las manos y excusarse de la sala con un murmullo. Si doña Florbela cenaba con la familia, la abipona, aunque nadie se lo exigiese, ni siquiera la señora de *Orembae*, se recluía en la habitación que compartía con su hija.

Al final, la cena transcurrió como de costumbre pues, cuando Emanuela fue por la tarde a llevarle el cordial y el trocisco a doña Florbela e imponerle las manos, no consiguió convencerla de que fuese a la sala para oír tocar a sus nietas y a Octavito.

—Hijita, imagina que me ha cansado desplazarme desde la cama hasta este canapé —le dijo, a modo de excusa.

Emanuela dispuso que dos indios llevaran el clavicordio a la recámara de la señora para alegrarla con el disonante concierto, del cual doña Florbela disfrutó como si se tratase de uno interpretado en la Capilla Real de Madrid, incluso soltó un corta carcajada cuando Octavio entró con su violín en mano.

Comentó:

—El instrumento es casi tan alto como él.

* * *

—*Sy* —dijo Emanuela esa noche, mientras Malbalá le cepillaba y trenzaba el cabello —, he decidido pasar mi natalicio en San Ignacio Miní. Mi *pa'i* Ursus me necesita para calmar los ánimos. No puedo defraudarlo.

—Está bien —contestó, en tono neutro.

Emanuela la estudió en el espejo y no consiguió leer en su expresión lo que pensaba.

—¿Vendrás conmigo?

—No. Allá mis hijos no me quieren.

—Bruno y Juan te quieren. También tus nueras y tus nietos. Te alegrará verlos.

—A ellos los he visto hace poco, cuando vinieron para el natalicio de Octavio. — Sus miradas se encontraron en el reflejo—. Hijita, desde que vivo en *Orembae*, donde nadie me desprecia, ni siquiera la santa de doña Florbela, y sabe Dios que tiene motivos para hacerlo, me he dado cuenta de lo infeliz que era en la doctrina, señalada por todos, despreciada por mis hijos. No quiero volver.

—Regresaremos al día siguiente.

—Me quedaré aquí y aprovecharé que todos se han ido para encerar los muebles y los pisos.

Emanuela la observó; se preguntaba cuál sería la relación entre su *sy* y don Vespaciano. Desde la recuperación de Amaral y Medeiros, ya no pasaban tanto tiempo juntos, y, cuando estaban en la misma habitación, casi ni se dirigían la palabra, aunque compartían miradas. La incomodó imaginar a su madre y al dueño de *Orembae* en el frenesí de un beso, ni qué decir en la cama. ¿Lo harían? Ella, que amaba y deseaba a Aitor, conocía el hechizo que la atracción física ejercía. Igualmente, si mantenían ese tipo de relación, era fuera de la vista de los demás. De hecho, Malbalá dormía con ella y ni una vez de las tantas en que Emanuela se levantaba de noche para controlar a su hijo había encontrado la cama vacía.

—Necesito que vengas conmigo, *sy*. No podré enfrentar a Olivia si tú no estás a mi lado. —Volvieron a contemplarse a través del espejo—. Le temo.

—No te hará nada. No se atrevería. Sabe bien que, si llegase a tocarte un cabello, el pueblo la lapidaría, como a la adúltera de la Biblia, porque la culpan de que hayas tenido que abandonarlos. Dicen que lo del Tratado de Permuta fue un castigo por haberte sacado del pueblo.

Después de un momento de estupor —desconocía la ojeriza de su gente por Olivia—, Emanuela afirmó:

—No le temo a su violencia física. Le temo a su desprecio, a su mirada triunfal. Después de todo, ella es su esposa.

Malbalá soltó un bufido.

—Sí, su esposa —repitió, con acento mordaz—. Aitor no volvió a ponerle un dedo encima desde que la dejó preñada aquella noche... —Malbalá se detuvo ante la expresión de ojos desmesurados y labios entreabiertos de Emanuela—. Perdona, hija.

—¿Eres la amante de don Vespaciano?

El eco de la pregunta se suspendió en el silencio. Malbalá agitó la cabeza y sonrió con tristeza.

—¿Tan mal piensas de tu *sy*?

Emanuela se volvió sobre el taburete con un giro rápido y se abrazó a la cintura de la mujer, que la acunó contra su seno.

—¡Perdóname, *sy*! ¡Perdóname! No quiero que pienses que te juzgo. Sabe Dios lo débil que he sido yo cuando de Aitor se trata. Solo quería saber. Pero no me respondas. He sido una impertinente.

—Lo amo, Manú. Desde hace más de veinticinco años. Vespaciano es el amor de mi vida, y aunque solo fuimos felices por poco tiempo, antes de concebir a nuestro hijo, no me arrepiento de nada. No me habría gustado morir sin experimentar esto que siento por él. Pero no, no somos amantes, hija, no mientras la santa de doña Florbela viva. Me lo he prometido, y se lo he hecho entender a él, que es un egoísta que solo piensa en sí mismo. Igual que Aitor. —Se inclinó y la besó en la frente—. Si

me necesitas, iré contigo a San Ignacio.

—¡Gracias, sy! Como ves, yo también soy egoísta.

Malbalá de nuevo soltó el soplido irónico e incrédulo.

—Sí, *muy* egoísta, hija mía.

Más tarde, cuando Malbalá dormía, Emanuela abandonó la cama y se dirigió a su pequeña biblioteca guiada por la luz de una palmatoria. Tomó el libro *Sonetos* de Shakespeare, regalo de su *pa'i* Santiago en su decimotercer natalicio, y lo abrió en el ciento dieciséis. Hacía tiempo que no lo leía. Algo se deslizó de entre las páginas y acabó en el suelo. Se acuclilló con la bujía y la divisó junto a su pie, la florecilla blanca, muy simple, que Aitor le había enviado con Saite el mediodía en que le había dado de comer en la boca las torrijas de arroz y queso.

Su sy acababa de asegurar que no le habría gustado irse de este mundo sin haber amado como amaba a don Vespaciano. Ella, en cambio, no acertaba a decidir si amar como amaba a Aitor no se trataba de una maldición. Allí, acuclillada, medio entumecida a causa de la pena, con la florecilla entre los dedos, volvió a abrir el libro en el soneto que tanto significaba para ella. Leyó partes entre lágrimas. *No es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra. Es la marca indeleble que contempla la tempestad y que nunca tiembla. El amor no cambia en pocas horas o en semanas, sino que resiste aun en el día del Juicio Final.*

Se cubrió la boca y la nariz para que el llanto no despertase a Malbalá, mientras se decía que, sin duda, lo que Aitor le inspiraba era amor, pues después de tantas tempestades, tantas pruebas y tanto dolor, ella seguía amándolo. ¿Terminaría por definirlo como una condena, una maldición? Probablemente, aunque su rasgo más destacado era que —y ella, que operaba prodigios con las manos, lo sabía bien— se trataba de un milagro, algo sin explicación, contrario a la razón, poderoso. Era un poco como vislumbrar a Dios.

* * *

Hacía tiempo que no veía al padre Ursus, caviló Hernando de Calatrava, mientras aguardaba a que el hermano César o algún otro coadjutor le abriese la puerta. Venía por su tónico.

La puerta se abrió, y Calatrava dio un paso atrás al toparse con fray Claudio de Ifrán y Bojons, que iba de salida. El dominico se detuvo de golpe al descubrir al antiguo coronel en el umbral del Colegio Seminario. Se miraron a los ojos, primero con sorpresa, luego con el resentimiento que los unía.

—¡Don Hernando! —exclamó el hermano César, y su voz alegre cortó la corriente de odio que lo mantenía unido al sacerdote—. Pasad, pasad. Que Dios os acompañe, fray Claudio.

—Buenas tardes —masculló el dominico, que se calzó el sombrero de ala ancha y se alejó por la calle, conducido por ese paso veloz y nervioso que lo distinguía.

Calatrava lo siguió con la mirada durante unos segundos antes de ingresar en la casa de los jesuitas.

—Sentaos, don Hernando. Llamaré al padre Santiago.

Apareció Santiago de Hinojosa con un libro en la mano, como de costumbre, y la botellita de gres en la otra. Se saludaron afectuosamente y luego de intercambiar preguntas triviales y de realizar la entrega del tónico de Ñezú, Calatrava, animado por la amistad cultivada con el jesuita durante esos años, le preguntó por el inquisidor Ifrán y Bojons.

—¿Lo conocéis? —preguntó el sacerdote.

—De vista —mintió—, de lo que se comenta en el mercado.

—La gente de Asunción está muy impresionada con la severidad de este hombre. No estaban acostumbrados a los edictos de fe, los sambenitos y demás.

—Espero que vuestra orden no esté en problemas con el Santo Oficio.

—Mi orden, estimado Hernando, siempre está en problemas. De hecho, un querido amigo, el padre van Suerk, debió exiliarse luego de que Ifrán y Bojons cuestionase sus prácticas para tratar la viruela, y no importó que, gracias a ellas, ni un indio hubiese muerto víctima del cruel morbo. En esta oportunidad, Ifrán y Bojons se enteró de que el padre Barreda —Hinojosa hablaba del provincial— viajó desde Córdoba por este condenado asunto del Tratado de Permuta y aprovechó para pedirle autorización para visitar la misión de San Ignacio Miní.

—¿La del padre Ursus? —se preocupó Calatrava.

—En efecto. Quiere saber acerca de la que él llama «niña santa».

—He oído mucho sobre ella. Mi esclava, Romelia, la nombra al menos una vez por día. Manú la llama.

La sonrisa de Hinojosa, que le donó juventud a su expresión, asombró a Calatrava. El nombre parecía haber operado magia en su gesto amargado.

—Sí, Manú. Emanuela es su nombre, pero desde pequeña la llamamos Manú. Os aseguro que no existe criatura de disposición más dulce, pura y bondadosa que la de la querida Manú.

—Romelia me contó las circunstancias de su nacimiento. Muy trágicas, por cierto.

—Yo estaba allí, don Hernando. Puedo daros un testimonio de cuán trágicas fueron.

Hinojosa relató los detalles del nacimiento y de los sucesos que habían llevado al pueblo de San Ignacio a considerarla una santa.

—Fue en ese momento —finalizó el padre Santiago—, mientras enterrábamos a la pobre madre de Manú, que la india enferma de tercianas, a la muerte el día anterior, se presentó vociferando que la había sanado la niña santa a condición de que acompañase a su madre a su morada final. Si no hubiesen sido estos ojos —dijo, y se los señaló— y estos oídos los que oyeron y vieron todo, no lo creería.

Hernando de Calatrava guardó silencio, la vista fija en el rostro del jesuita.

—¿Y decís que nunca nadie se presentó en el pueblo para reclamar a la criatura?

—Nunca. La pobrecita Emanuela madre no llevaba encima nada que nos permitiese identificarla, tan solo sus prendas, muy costosas y refinadas, que Ursus guardó con cariño y esmero durante muchos años, para cuando Manú fuese mayor. Era lo único que le quedaba de su madre.

—¡Qué relato tan extraordinario y terrible! ¿Y decís que la única palabra que barbotó la moribunda fue su nombre, Emanuela?

—Así es. Cuando Ursus le preguntó cómo se llamaba, eso fue lo único que acertó a farfullar, y con mucha dificultad, pobre criatura. Estaba casi exangüe.

—¿Buscasteis a sus familiares?

—Sí. Escribimos a todas las misiones para que se corriese la voz. Lo mismo hicimos con nuestros hermanos en Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y en cuanta ciudad contamos con un colegio. Nuestros hermanos fueron muy solícitos al tratar de encontrar a sus parientes. Algunos hasta usaron el púlpito para que la noticia de la muchacha muerta pariendo a orillas del Paraná, con una mancha en forma de rombo en el muslo derecho como toda seña...

—¿Cómo habéis dicho? —lo detuvo Calatrava, y se inclinó hacia delante en la mesa del locutorio.

Santiago de Hinojosa hizo un ceño y entrecerró los ojos, mientras estudiaba la ansiedad que, de pronto, se había apoderado de los rasgos del antiguo coronel, siempre medido y austero en sus declaraciones y comportamiento.

—¿Qué habéis dicho? —insistió, ante el mutismo del jesuita.

—Que nuestros hermanos...

—No, no. Lo otro, lo de la mancha en el muslo derecho.

—Las indias de la misión que lavaron y prepararon el cuerpo para el entierro, la revisaron a pedido de Ursus para descubrir alguna marca o señal que nos permitiese referirla a sus familiares. Aseguraron que tenía una piel tan blanca como la leche, inmaculada, sin lunares ni cicatrices, a excepción de una mancha de color marrón pálido que descollaba en la piel traslúcida del muslo derecho.

—¿Y decís que tenía forma romboidal?

—Eso dijeron las mujeres que la prepararon.

—¿Estáis seguro, padre Santiago? Es importante que...

—Por pudor y respeto —lo interrumpió Hinojosa—, ni Ursus ni yo, ni siquiera el médico de la doctrina, el padre van Suerk, la vimos. Pero no creo que se deba sospechar de lo que afirmaron las indias. ¿Para qué mentirían...?

—¿Qué edad calculáis que tenía la muchacha?

—Era joven. Ursus le calculó unos veinte años, veintidós, veintitrés a lo sumo.

Hernando de Calatrava se puso de pie en un acto intempestivo y se calzó el tricornio con rapidez. Nada quedaba de las maneras medidas y galantes. Su rostro había perdido la expresión apacible.

—Debo irme. Ahora —anunció.

—Está bien —balbuceó el padre Santiago, desconcertado, y abandonó la silla.

—Buenas tardes, padre Santiago.

—Buenas tardes. Lo acompaño —agregó, pero dudaba de que el hombre lo hubiese escuchado.

Calatrava salió del locutorio y entró en el vestíbulo. Hinojosa lo siguió a tranco rápido más en un acto mecánico de protocolo que de curiosidad. Al alcanzar la entrada del seminario, la encontró vacía. Calatrava había destrabado la puerta y salido por sus propios medios.

* * *

«Amanecerá pronto», calculó Aitor, y deseó que la noche no terminase, pues cuando el sol se derramase sobre la tierra, él moriría. Después de dos días estaqueado, con algunas gotas de agua que los soldados portugueses le echaban sobre los labios resquebrajados, no como un acto de piedad, sino de burla, sin alimento ni sombra, las muñecas y los tobillos en carne viva, no resistiría otra jornada. Le costaba creer que hubiese llegado el fin cuando le parecía que acariciaba los bordes del *Yvy Marae'y*, de la Tierra sin Mal, del Paraíso, donde él ya no era un indio, despreciado por su catadura, sino el rico y respetado Aitor de Amaral y Medeiros.

Después de tantas batallas, tantas pérdidas y sacrificios, ¿moriría a manos de unos mamelucos, reducido y humillado en el vivac de su ejército? ¿Moriría cuando el sueño de convertirse en un minero adinerado estaba a punto de volverse realidad? ¿Moriría cuando comenzaba a gozar del poder que le confería el apellido de su padre? Pero sobre todo, ¿moriría sin antes luchar por Emanuela y por su hijo, aun en contra de ella misma?

«Jasy», susurró sin emitir sonido, y se acordó de que al día siguiente sería su vigésimo natalicio, y la imaginó en *Orembae*, rodeada del amor de los Amaral y Medeiros, y por un lado sintió rabia, celos y dolor, y por el otro, alivio de saberla protegida por su padre y por su medio hermano. «¿Me amas aún, amor mío? ¿Me piensas día y noche como yo a ti? En tu carta me decías que en tu corazón siempre sería solo yo. No lo olvides, Jasy. No olvides que tu corazón solo me pertenece a mí».

Al terminar cada jornada de trabajo extenuante en la mina, incluso cuando acababa descargando las frustraciones y la tensión en el cuerpo generoso de Engracia de Atalaya o en algún asalto a convoyes o a estancias portuguesas, había desarrollado la costumbre inquebrantable de conversar con ella, con su Jasy. No se iba a dormir sin referirle sus dudas, sus miedos, sus planes, y le pedía su opinión, y la hacía partícipe de sus decisiones. A nadie le mostraba el alma como a Emanuela por una simple razón, en nadie confiaba como en ella. Intentaba persuadirla de que enmascararse y convertirse en el salteador de caminos y abigeo Almanegra, temido en la campaña, mentado en la ciudad, era una proeza justa. Robarle a los mamelucos no estaba mal, por el contrario, estaba bien, porque ¿acaso no afirmaba el refrán que ladrón que roba

a ladrón tiene cien años de perdón? «¿Me perdonarás tú a mí, adorada Jasy? ¿Me perdonarás mis flaquezas, mis mentiras y mis defectos? ¿Me aceptarás como tu hombre, tu amante, tu protector, el padre de tu hijo, tu todo, pese a que no puedo conducirte hasta el altar y desposarte como tú tanto deseas?» En algunos años, estimaba no más de tres, si las cosas marchaban como hasta ese momento, sería capaz de poner el mundo a los pies de su Jasy. La cubriría de joyas y de prendas suntuosas, le construiría una mansión y la conduciría en un carruaje como ese que había visto en Río de Janeiro el año anterior, todo blanco, con adornos dorados a la hoja, y nada de mulas, sino cuatro caballos, blancos también. Le daría todo, excepto lo que ella más deseaba: convertirla en su esposa.

Las lágrimas le corrían por las sienes. Tironeó los tientos de cuero que le sujetaban los brazos y las piernas y lo exponían como a Cristo en la cruz. ¡Qué vulnerable se sentía! ¡Qué idiota había sido! Maldecía el instante en el que se le había ocurrido regresar a San Nicolás, pero en aquel momento reclutar indios para trabajar en la mina se había presentado como la única alternativa para hacerse de mano de obra, que nunca bastaba, y aun con Delia y Aurelia, que se deslomaban separando el mineral del barro y de las gangas, no alcanzaban a cubrir la cuota para convertir la explotación en rentable.

La mina poseía, en opinión de los Marrak, una ubicación óptima, con abundante agua para el lavado del metal y cercana a la selva, que proveía la madera necesaria para el horno de fundición, el que habían construido tiempo atrás, apenas llegados de Potosí, con piedras y orificios necesarios por los cuales se filtraba el viento y atizaba el fuego. Recogían el mineral del lecho del río a través de un proceso de lavado en bateas o bien lo extraían de las barrancas, labor que se realizaba con barreta y cuña y sin necesidad de pólvora ni grandes fatigas. Una vez individualizados los trozos de estaño, se conducían a la chancadora, donde se molían hasta convertirlos en pedazos pequeños, que luego iban a parar al horno, que los fundía en una cocción que duraba días y días, al término de la cual se abría la puerta de hierro, y el estaño líquido fluía a unos moldes de arena, en los cuales se enfriaba. Una vez desmoldado, el bloque del mineral estaba listo para ser vendido.

A los Marrak, expertos ensayistas, los sorprendía la calidad del estaño que obtenían, al que definían de ley superior, pues la cantidad dentro de la mena no bajaba de los cateos originales: el cincuenta y seis por ciento. Hasta el momento, solo habían hecho una entrega en Potosí, la cual habían cobrado en contante, dinero que se había esfumado para pagar provisiones y herramientas con las que regresaron a la mina *La Emanuela*. Se sostenían con la venta del azogue que les robaban a los mamelucos, o con la de las reses con las que se alzaban de sus estancias. También les robaban a los españoles que apoyaban el Tratado de Permuta para perjudicar a la Compañía de Jesús, que en el pasado les había hecho un gran daño al quitarle los indios encomendados. Los caramelos de la mosca roja, los caramelos Almanegra, como los había bautizado Engracia, comenzaban a cobrar fama en los burdeles y

entre los aristócratas de costumbres laxas, y rendían cada vez ganancias más suculentas, pero no las suficientes para cubrir los gastos de la mina.

Por eso era importante contar con mucha mano de obra para procesar grandes cantidades de mineral que permitiese que los ingresos superasen a los costos. Esa necesidad lo impulsó a ensillar a Creso, atar en reata a Lucifer, su otro caballo, el negro que le había robado a un soldado mameluco en su primer asalto, y galopar a campo traviesa hasta San Nicolás. Sabía que, a causa de la guerra, muchos indios desertaban para regresar a la selva. Él se encontraba en posición de ofrecerles una vida mejor.

Al entrar en la misión de San Nicolás a principios de febrero del 56, halló las cosas más o menos en las mismas condiciones de la última vez: había desorden, indisciplina y desconcierto. El cacique Cristóbal Paicá lo recibió con muestras de afecto y lo puso al día respecto de la situación, a la que definió de tensa calma. Después del fracaso de la primera campaña militar desplegada por los españoles y los portugueses, habían comenzado a movilizarse de nuevo a fines del año anterior. A Paicá lo preocupaba que, a diferencia de lo ocurrido en el 54, cuando los ejércitos marcharon por vías separadas, en ese momento lo hiciesen unidos.

—Tienen que hostilizarle la avanzada —había sugerido Aitor—, no de manera frontal, sino como les enseñé la vez anterior, con ataques sorpresivos y rápidos para desaparecer en la selva y ponerse fuera del alcance de esos desgraciados. Deben quitarle el ganado para que no tengan con qué alimentarse y destruir su armamento usando la pólvora que los *pa'i* esconden en los polvorines.

Aitor, estaqueado, con el sol que comenzaba a calentar, volvió a maldecir, y se preguntó por qué no había cerrado el pico. Haberse inmiscuido en los asuntos de los pueblos del otro lado del río Uruguay terminaría por costarle la vida. Él solo necesitaba indios para la mina. Estaba dispuesto a ofrecerles vivienda, comida y un salario, algo que los guaraníes no conocían.

—¡Mierda! —masculló al recordar la manera imperdonable en que se había dejado atrapar. ¡Él, el mejor cazador de San Ignacio Miní, se había convertido en la presa de un retén de mamelucos! Y todo por salvar a esa coqueta de Lucía Paicá, que se había empeinado en participar del asalto y se le había pegado como una vieja del agua.

Analizando los hechos, quedaba claro que había un alcahuete entre los indios de San Nicolás. Años atrás se lo había advertido al cacique Paicá, que la cuestión del traidor no había terminado con el descubrimiento de la felonía de Laurencio nieto. Resultaba obvio que había uno nuevo o que esa alimaña tenía contactos dentro del pueblo que seguían proporcionándole información. El asalto, bien planeado por Aitor y por las autoridades de la doctrina, se había convertido en una masacre cuando los soldados los sorprendieron por detrás. Lucía Paicá, que se jactaba de su destreza con el arco y la flecha —decía que Contreras le había enseñado—, se paralizó de miedo al verse rodeada. Aitor corrió para salvarla del bayonetazo de un mameluco y, antes de

llegar, cayó desvanecido al recibir un golpe en la nuca. Recobró el conocimiento en una carreta enrejada, donde varios indios le hacían compañía. Ciego de ira, se aferró a los barrotes de hierro y comenzó a vociferar en el no muy fluido portugués que Ambrosio Corvalán le había enseñado y que le había servido para cerrar un acuerdo de venta de estaño con un fabricante de vajilla y adornos en Río de Janeiro. El capitán a cargo de los prisioneros, cansado de sus gritos, insultos y demandas, al llegar al vivac, lo mandó estaquear. De eso hacía dos días, y Aitor se preguntaba qué destino le esperaba.

El campamento comenzaba a despertar. ¿Proseguirían con la avanzada? Escuchó varios cascos de caballo que llegaban al galope y se frenaban no muy lejos de él. Oyó las risotadas y los intercambios en portugués, de los cuales entendió poco y nada. Hasta que oyó una voz en guaraní y se tensó. Habían pasado años desde la última vez en que la había escuchado, la voz de su sobrino Laurencio nieto, el pérfido que había entregado mujeres, tabaco e información a los mamelucos en el pasado y que en ese momento entraba en su campamento como si formase parte del ejército.

Una sombra se proyectó sobre él. Aitor echó el cuello hacia atrás y descubrió a un grupo de hombres que lo contemplaba con sonrisas ladinas. Aitor no tardó en identificar a Domingo Oliveira y, para su sorpresa, a Laurencio nieto a su lado. «¡Malditos! ¡Malditos!» No por nada el hermano Pedro siempre repetía: «Tupá los cría y ellos se juntan».

—¡Miren qué sorpresa nos esperaba en el campamento! —exclamó Domingo Oliveira—. ¡Aitor, el lameculo de don Vespaciano!

—Ahora soy Aitor de Amaral y Medeiros, bastardo inmundo —masculló, y como hacía dos días que no articulaba y tenía la garganta seca, la voz le salió estridente, lo cual lo avergonzó. La mueca de sorpresa de Oliveira se transformó en un gesto resentido, que significaron una pequeña victoria para Aitor.

—¡Un Amaral y Medeiros! —rio el antiguo capataz de *Orembae*—. Con que eras hijo del viejo don Vespaciano. Me han dicho que está tirado en una cama, que ni siquiera se puede sacar la verga de los pantalones para mear. ¡Espero que se haga encima! —deseó antes de asestar un puntapié en el costado de Aitor—. ¡Indio inmundo, me pagarás cada uno de los flechazos que me pusiste en el cuerpo! ¡Uno por uno!

—¡Maldito cobarde! —lo insultó Aitor con acento torturado—. ¡Te atreves a patearme porque estoy atado! ¡Eres un marica!

El sitio donde había recibido el golpe le latía con ferocidad, y se preguntó si no le habría roto una costilla. Pese a tener los ojos cargados de lágrimas, divisó la sonrisa que le ocupaba el rostro a su sobrino.

—Debí asesinarte aquel día en que te desfiguré la jeta, gusano maldito.

La mueca alegre de Laurencio nieto se esfumó. Imitó a su jefe y pateó a Aitor del otro lado.

—Debiste hacerlo —admitió Laurencio—, pues ahora me ocuparé de que mueras

tú.

—¿Se conocen? —se asombró Domingo Oliveira.

—Sí, es el hermano de mi padre, y le tengo varias juradas. —Se acuclilló junto a la cabeza de su tío y esperó a que se recuperase del golpe para llamarlo perro hediondo—. *Jagua ne* —lo insultó cerca del rostro, y bajó la voz de modo que sus compañeros no escuchasen el resto—. Te aseguro que morirás, perro hediondo. Cuando le diga a los portugueses que tú eres el bandido Almanegra, el que ha estado robándoles y asaltando sus carretas, me darán la recompensa que ofrecen por tu cabeza y después te colgarán. Te veré morir ahorcado. Te veré sacudir los pies hasta que te quedes quieto con la lengua afuera.

—¡Basta! —intervino Oliveira—. Habla en voz alta, Laurencio. Quiero escucharte.

—Es una cuestión de familia, Domingo. —Volvió la mirada hacia Aitor y se aproximó para seguir susurrándole—: Pero antes de que mueras quiero que sepas que sé que Manú, la que tú proclamas tu mujer, vive en *Orembae*. Iré a buscarla y la haré mía.

Laurencio se cayó sobre sus asentaderas cuando Aitor soltó un bramido y le mostró los colmillos. La ira le había desfigurado el rostro, tornándose de una tonalidad morada. Las venas y los tendones se le inflaron en la frente, el cuello y en los brazos desnudos. Los ojos dorados lanzaban llamas, en tanto el hombre seguía rugiendo como una bestia. La sangre le brotó de las muñecas cuando, loco de rabia e impotencia, tiró de los tientos que lo mantenían sujeto a las estacas. Una cedió y se deslizó fuera de la tierra, lo que causó un clamor de sorpresa y admiración entre los hombres de Oliveira, pues, sin duda, se trataba de un portento, una muestra de fuerza descomunal. El mismo Oliveira estaba estupefacto, igual que Laurencio, que se arrastró hacia atrás para ponerse fuera del alcance de la ira del luisón, que intentaba golpearlo con la punta de la estaca.

Un cabo se aproximó con el fusil cruzado en el pecho y les ordenó que se marchasen. Se necesitaron tres soldados para sujetar a Aitor, mientras un cuarto volvía a clavarlo en el suelo.

* * *

Titus de Alarcón, recientemente ascendido al grado de teniente coronel por el gobernador José de Andonaegui, detuvo el caballo a la voz de alto del soldado portugués. El sargento y el cabo que lo escoltaban frenaron detrás de él.

—Traigo una misiva para el general Gomes Freire de Andrade de parte del general Andonaegui.

Si bien los ejércitos vivaqueaban a corta distancia en su avance conjunto hacia las misiones jesuíticas, sus comandantes rara vez se veían y elegían comunicarse por escrito. Titus, que se había ganado el beneplácito del gobernador de Buenos Aires

pese a haber fracasado en su misión para convencer a los guaraníes de abandonar los pueblos, se ocupaba de la correspondencia del jefe del ejército español, un encargo que hablaba de la confianza que el joven militar le inspiraba.

El soldado asintió y llamó a otro para que los acompañase a la tienda del general Freire de Andrade. En tanto se adentraban en el campamento, Titus observaba el entorno con mal disimulado desprecio. Detestaba a los lusitanos por crueles y ladinos; detestaba el Tratado de Permuta por injusto y ridículo, sobre todo al rey imbécil, que lo había firmado, y también a Andonaegui, sin importarle que lo hubiese ascendido. Se dio cuenta de que se le había amargado el espíritu. Ese asunto de la guerra con los guaraníes le había sabido mal desde el vamos. En ese momento, con casi tres años recorriendo esas tierras y conociendo a los naturales, estaba cansado de ver injusticias y de tratar con gente obtusa o perversa.

Le franquearon el paso en la tienda del jefe supremo. Sus subalternos aguardaron fuera. Se cuadró ante la aparición de Gomes Freire de Andrade y le entregó la carta. Esperó con el cuerpo rígido y la mirada al frente en tanto el hombre rompía el sello de lacre y leía. Siguió esperando mientras el amanuense escribía y el general dictaba. Veinte minutos más tarde, estaba fuera, de nuevo escoltado por el mismo soldado.

Se detuvieron de golpe cuando los alcanzó un rugido sobrenatural. Enseguida se dieron cuenta de que provenía de un indio al que tenían estaqueado en el suelo. Un grupo de paisanos, seguramente lenguaraces o arrieros, estaban molestándolo. El guaraní, con una fuerza descomunal, había arrancado la estaca del suelo, lo que causó una gran impresión a Titus, y la blandía para golpear a uno que se ponía fuera de su alcance arrastrándose sobre las asentaderas. A punto de indicarle al soldado portugués que interviniese, la expresión se le volvió de piedra al divisar, entre los que se aprovechaban del hombre en el suelo, a Domingo Oliveira, el malnacido al que había perseguido durante más de un año, sin éxito.

—¡Soldado! —vociferó, y sacó del trance al joven portugués—. ¿Acaso no veis que esos miserables están torturando a ese pobre diablo que no puede defenderse? ¡Intervenid, por amor del cielo!

El soldado avanzó con el fusil cruzado en el pecho y les ordenó que dejaran en paz al prisionero. Titus siguió con la mirada a Oliveira, que se retiraba riéndose a carcajadas, mientras palmeaba con actitud condescendiente la cabeza del muchacho que se había deslizado hacia atrás para colocarse fuera del alcance del indio embravecido. Tres soldados sometían al hombre estaqueado, que se debatía con una fuerza sobrehumana, en tanto un cuarto volvía a maniatarlo. El prisionero elevó la cabeza para insultar a los soldados que se alejaban, y Titus volvió a caer víctima de un sobresalto: si los recuerdos y la vista no le fallaban, ese indio, aunque con el cabello mucho más largo, era Aitor, el amante de Manú. Pese a haber enterrado ese nombre en el olvido a fuerza de voluntad y resentimiento, ahora brotaba con facilidad, y las emociones teñidas de nostalgia lo arrollaron. Se acordó de por qué había dado un paso al costado cuando la voz dulce y refinada de Manú regresó del

pasado y le susurró que el amor que la unía al hombre que en ese momento se hallaba en manos de los portugueses era indestructible. ¿Destruirían también los malditos y ambiciosos lusitanos, al igual que estaban haciendo con siete pueblos pujantes, un amor tan grande?

Giró sobre sus talones y regresó a la tienda de Freire de Andrade. El general se presentó y lo miró con un ceño.

—¿Habéis olvidado algo, teniente coronel de Alarcón?

—No, general, pero acabo de hacer un descubrimiento que me ha causado gran turbación.

—¿Cuál?

—Que el ladrón, asesino y vejador de mujeres Domingo Oliveira se pasea por vuestro campamento como si tuviese bula.

Freire de Andrade, con los pulgares calzados en la pasamanería de su chaqueta, carcajeó.

—¡General! —se enfureció Titus—. ¿Os refiero que albergáis entre vuestras huestes a un asesino que ha causado estragos en la campaña de los dominios de mi rey, y vos reís?

—En tiempos de guerra, querido teniente coronel, las cosas adquieren otra perspectiva, y si un hombre demuestra ser útil al ejército, como lo ha demostrado Domingo Oliveira, podemos cerrar los ojos a sus otros pecados. ¡Silencio! —ordenó, cuando Titus pretendió tomar la palabra—. Oliveira es el mejor lenguaraz y baquiano con el que contamos, sin mencionar que nos provee ganado y otras provisiones...

—¡Que roba de las estancias de los españoles y de las misiones jesuíticas!

—¡Se le da dinero para que lo adquiera! —se ofendió el militar portugués.

—Pues sepa que termina en su bolsa, pues lo que les entrega a vosotros es producto de su abigeato.

—Vosotros, los españoles, no estáis libres de culpa y cargo en este sentido.

—¿A qué os referís, general?

—Al bandido que todos llaman Almanegra, a quien no habéis podido o *querido* atrapar, que vive asolando nuestras *fazendas* y asaltando nuestros convoyes. He realizado una queja formal a Andonaegui y también al coronel Sanjust —Freire de Andrade hablaba del gobernador del Paraguay—, y ninguno ha movido un dedo para detenerlo.

Titus de Alarcón sofocó la risotada que le cosquilleaba en la garganta, mientras evocaba las palabras de Manú: «*Titus, el alarife, Francisco de Paula Almanegra, es en realidad Aitor*». «Si tan solo este pomposo portugués supiese que tiene a Almanegra bajo las narices».

Freire de Andrade interpretó el silencio del joven blandengue como una aquiescencia a su razonamiento. Asintió con una media sonrisa.

—Ahora, teniente coronel de Alarcón, regrese a su campamento y olvídense de Domingo Oliveira. Cuestiones más importantes nos ocupan en este momento.

Titus avanzó a grandes zancadas hacia el prisionero estaqueado y se detuvo junto a él, a la altura de la cabeza. Tenía los ojos cerrados. El color ceniciento de la piel y los labios resquebrajados delataban que estaba deshidratándose. Le ordenó al soldado portugués que le trajese un cacharro con agua. El muchacho dudó, pero un grito del militar porteño lo puso en marcha. Se acuclilló y le susurró:

—Aitor, despierta. —Las pestañas del guaraní se agitaron antes de elevar los párpados. Entrecerró los ojos a causa del sol—. Soy Titus de Alarcón, amigo de Manú. Te pido que resistas. Vendré esta noche para liberarte.

—Será tarde. Domingo Oliveira es mi enemigo. Acaba de descubrir que soy prisionero de los mamelucos y no permitirá que vea el nuevo amanecer.

Titus se frotó el mentón y se mordió el labio. Aitor lo vio girar la cabeza hacia uno y otro lado, en la actitud de quien se asegura de que nadie esté viéndolo. Titus extrajo del cinto de su uniforme un cuchillo y rápidamente cortó el tiento hasta dejarlo sujeto por un hilo. Bastaría un jalón, y Aitor se vería libre.

—Toma. Aquí te dejo el cuchillo. —Lo escondió entre los abundantes cabellos negros del indio—. Espera un rato antes de liberarte y corre hacia el sur. Estaré esperándote con un caballo.

—Está bien.

El soldado apareció con el cacharro y lo extendió al militar español. Titus lo recibió sin pronunciar palabra. Ayudó a Aitor a elevar la cabeza y le dio de beber sorbos cortos. Metió la mano en el bolsillo de la cacheta y extrajo un puñado de pasas de uva y piñones, que dejó caer en la boca de Aitor. No era mucho, pero le devolverían, en parte, el vigor.

* * *

Las piernas le fallaron tres veces antes de que recobrase el control y pudiese correr como si lo persiguiesen todas las compañías del ejército portugués. No era así. Por el momento, nadie lo perseguía. A riesgo de que Laurencio nieto revelase a algún oficial su identidad, había esperado para cortar los tientos y liberarse a que se hicieran las once de la mañana, momento en que los soldados se juntaban en torno al fogón y comían carne y choclos y hablaban de mujeres y jugaban a los naipes. Corrió y corrió hacia el sur y, aunque no estaba seguro de que encontraría a Titus de Alarcón, no le importaba. Había recuperado la libertad, y eso era lo que contaba. Regresaría a San Nicolás a pie. Tenía el cuchillo que el blandengue le había dejado; se las había arreglado con mucho menos en el pasado.

Detuvo la marcha cuando se sintió fuera de peligro. Se hallaba en la parte densa de la selva, impenetrable para muchos; no para él. Los soldados no se atreverían a tomar ese camino. Cortó unos *ñangapiry*, o pitanga, como los llamaban los blancos, y se los papó deprisa, atizado por el hambre. Lo mismo hizo con un *yacaratia* jugoso y dulce. Restaurado el ánimo luego de la frugal ingesta, reemprendió la avanzada. Al

cabo de un rato, exasperado de cortar ramas con una herramienta inadecuada como lo era un cuchillo, decidió avanzar subido a los árboles, sirviéndose de las raíces adventicias de los güembés y de otras plantas parásitas para transportarse de uno en otro hasta emerger en un claro. Con los brazos entumecidos y agotado por la falta de alimento sustancioso, se detuvo a descansar en la copa de un palo de rosa particularmente alto. Desde allí avistó un arroyo. Bajó con la rapidez y la habilidad de un mono y se precipitó a la orilla para beber, pues si bien había saciado la sed con el agua que había hallado en una ortiga brava, todavía sentía seca la garganta y pastosa la boca. También se lavó las heridas de las muñecas y de los tobillos, que ardían a causa del sudor. Se quitó la camisa y se miró los dos moratones que comenzaban a formarse en los costados, donde esos miserables lo habían pateado como a un perro. Se tanteó las costillas; no parecían rotas.

—¡Aitor! —El llamado entre dientes lo puso en alerta—. ¡Aquí!

Titus emergió de entre unos helechos con dos caballos a la zaga. Aitor se puso la camisa y se aproximó con cautela. A pesar de todo, desconfiaba. ¿Cómo lo había reconocido Alarcón? Emanuela nunca los había presentado durante su estadía en Buenos Aires. ¿Los habría visto juntos en la calle o en casa de los Urízar y Vega?

El blandengue le entregó las riendas de un ruano, que Aitor no recibió.

—No tengo con qué pagárselo.

—Algún día lo harás.

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué me ha salvado la vida por segunda vez? ¿Lo hace por mi mujer? —inquirió, y su acento disimuló malamente los celos.

—En parte. Manú me dijo una vez que su Aitor y ella eran uno solo, y que no importaban la distancia ni las circunstancias, vuestro amor era más poderoso y constante. Me dijo que era indestructible. —Aitor carraspeó y miró hacia otro lado para esconder la emoción—. No permitiré que ese malnacido de Oliveira destruya las ilusiones de la mejor persona que he conocido en mi vida. Pero también lo hago porque creo que los guaraníes luchan por algo justo, y no me gustaría que ganasen los portugueses.

—Pero ganarán —vaticinó Aitor—, y vuesa merced lo sabe. Los indios no somos nada frente al poderío de dos ejércitos unidos.

—Sí —exhaló Titus, y bajó la cabeza—. Y cuando caigan sobre vuestros pueblos, será una carnicería.

—Es nuestro destino —sentenció Aitor.

—Toma el caballo y escapa. No permitas que esos lusitanos te atrapen de nuevo. ¿Sabes que le han puesto un precio a la cabeza del bandido Almanegra?

Aitor entrecerró los ojos y pronunció el ceño. Había risa en la voz y en el gesto de Alarcón, pero no burla, tampoco amenaza. ¿Por qué mencionaba a Almanegra? Si bien en el 53 había ayudado a escapar de la cárcel a un contrabandista con ese nombre, jamás lo había visto.

—Lo sé —contestó con cautela.

Titus le entregó las riendas y le ofreció la mano derecha.

—Ve con Dios. —Tras una pausa, añadió—: Almanegra. —La mueca desconcertada de Aitor hizo reír a Titus—. No temas. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me enteré durante una corta visita que hice a Buenos Aires en el verano del 53, cuando pedí conocer al alarife Francisco de Paula Almanegra, que levantaba un muro en casa de mis tíos. Quería cerciorarme de que fuese una persona honorable. Entonces Manú me dijo que el tal Almanegra era su Aitor. Horas atrás, Freire de Andrade me habló del salteador Almanegra. Até los cabos y supe que se trataba de ti.

—Ofrecen muchos doblones por mi cabeza.

—No me importan los doblones, al menos no tanto como a otros. Y aunque no apruebo el robo ni el abigeato, me gusta saber que les das una lección a esos lusitanos engreídos, que tanto nos han perjudicado.

Aitor se avino a sujetar la mano ofrecida y la apretó con firmeza.

—Buena fortuna —le deseó Titus, y Aitor se limitó a asentir; no sabía si se trataba de una de las tantas fórmulas protocolares de los blancos a la cual él debía responder de determinada manera.

—Algún día le devolveré todo lo que ha hecho por mí. Es una promesa. Yo no prometo en vano.

Se quedó un rato observando a Titus de Alarcón, un hombre al que había detestado visceralmente y que en ese momento le inspiraba respeto y agradecimiento. Lo observó alejarse por la orilla del arroyo, hasta que se perdió en un recodo. Se puso en marcha, decidido a regresar a San Nicolás. No había padecido tantas desventuras para volver a la mina sin lo que había ido a buscar: trabajadores. Además, les advertiría que Laurencio nieto seguía haciendo de las suyas, como él siempre había sospechado.

—Algún día —se prometió, porque así como compensaría a Alarcón por los favores conferidos, a Laurencio nieto lo asesinaría, y lo haría lenta y dolorosamente por haberse atrevido a amenazar a Emanuela.

CAPÍTULO VIII

El miércoles 11 de febrero, cerca del mediodía, Calatrava y Romelia llegaron al embarcadero de San Ignacio Miní en una jangada alquilada en el puerto de Asunción. Los bogadores, unos payaguás que se declaraban «amigos» del *pa'i* Ursus, los esperarían hasta que concluyese la visita. En el muelle construido con tacuaras grandes como troncos, los recibió una pequeña comitiva de miembros del Cabildo. Uno de los bogadores, que hablaba bastante bien el guaraní, ofició de intérprete.

—Soy amigo del padre Ursus. Mi nombre es Hernando de Calatrava y he venido a visitarlo desde Asunción. Ella es Romelia, mi esclava.

La mujer inclinó la cabeza en señal de saludo, y los indios no habrían adivinado, dada la impassibilidad de su gesto, que el corazón de la mujer batía, desbocado. Estaba muy agradecida con su amo Hernando, quien, pese a los reclamos y quejas de la ama Nicolasa, la había llevado con él en ese viaje organizado a las apuradas y de improviso, cuyo destino final había sido el pueblo donde vivía su querido hermano de leche, Octavio de Urízar y Vega. Durante los dos primeros días de viaje, el amo Hernando se había mantenido callado y ensimismado, como era lo usual. El tercer día, en cambio, se aproximó donde ella y le pidió que le hablase de Manú. La sorprendió el pedido, pero como había pocas cosas que le ocasionasen tanto placer como hablar de su niña, se lanzó a describirle cada detalle, desde el carácter de bondadosa disposición hasta los rasgos físicos, como también que sabía latín y griego, que dibujaba como una artista y que tocaba el clavicordio como una virtuosa, todo lo cual admiró a Calatrava. Por último, le contó que amaba a un indio con el cual se había criado, que era el padre del pequeño Octavio Vespaciano Aitor de Amaral y Medeiros.

—¿De Amaral y Medeiros?

—Sí, amo Hernando. Aitor, el amado de mi Manú, es hijo ilegítimo de un hacendado de por aquí. Don Vespaciano de Amaral y Medeiros.

El hombre asintió, con el gesto de pronto ensombrecido, y volvió a encerrarse en su abstracción.

Subieron a una carreta que los condujo desde el embarcadero hasta el pueblo, cuya visión arrancó sofocadas exclamaciones a los visitantes.

—Nunca imaginé que fuese tan majestuoso —admitió Calatrava, con la vista fija en la fachada barroca de la iglesia.

En el atrio, rodeado de indios, algunos cubiertos con capas y coronas confeccionadas con plumas de colores brillantes y varas y bastones en las manos, se hallaba Ursus. Calatrava saltó de la carreta y extendió la mano a Romelia, para ayudarla a bajar.

—¡Hernando! —se alegró Ursus, que, desde hacía un tiempo, había abandonado el formalismo de anteponer la palabra «don» a su nombre.

—¡Padre Ursus! Espero que mi visita no os resulte inoportuna.

Se dieron un abrazo.

—Veo que has llegado acompañado —comentó el jesuita, y detuvo la mirada en la mujer africana, que se mantenía a unos pasos detrás de su amo. El sacerdote aguzó la vista y frunció el entrecejo. En el momento del reconocimiento, distendió la expresión y abrió grandes los ojos oscuros—. ¿Rolia?

—Sí, Octavio. Soy yo.

Se levantó un clamor desde la multitud que formaba corro en torno al *pa'i* Ursus y a sus visitantes, cuando el sacerdote hizo algo inesperado: abrazó a la mujer negra.

—¡Rolia! ¡Bendito sea Dios! ¡Qué alegría verte!

—¡Sí, qué alegría, querido hermano!

Ursus sonreía y se limpiaba los ojos con la manga de la sotana. Se dirigió a los indios y les explicó:

—Esta es Romelia, mi hermana de leche. Los pechos de su madre nos alimentaron al mismo tiempo cuando éramos dos recién nacidos.

Como la esclava tenía prohibido el ingreso en la casa de los padres como toda mujer mayor de catorce años, Octavio la entregó a los cuidados de Vaimaca y Ñezú, que la condujeron a su hogar, encantados de conocer a Romelia, de quien Manú les había hablado. Calatrava, en tanto, marchó junto con Ursus, quien le presentó al hermano Pedro de Cormaner y al nuevo sotocura, Segismundo Asperger, un herbolario y médico, aunque sin título, aclaró en un castellano de pesado acento alemán.

Después del almuerzo y de un rato de conversación banal, el hermano Pedro y el *pa'i* Segismundo se excusaron y partieron para ocuparse de sus deberes.

—Padre Ursus —dijo Calatrava, de pronto sombrío—, me he presentado hoy aquí, sin avisar, de improviso, por un asunto de capital importancia. Espero que podáis ayudarme.

—Habla, Hernando.

—Sí, lo haré, pero en confesión, padre.

Ursus asintió y se puso de pie. Apareció un momento más tarde con la estola morada sobre los hombros. Volvió a ocupar la silla y bajó la vista para fijarla en las manos entrelazadas que le descansaban sobre las piernas.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, padre.

—Cuéntame qué apesadumbra tu alma.

—Hubo una época, padre Ursus, en la que cometí bigamia. —Calatrava hizo una pausa para estudiar la reacción del jesuita, que permaneció con la mirada fija en el regazo—. Veinticinco años atrás, viajé a Lima por mandato de mis superiores. Ya estaba casado con Nicolasa. Ella, encinta de Ginebra, quedó en Villa Rica, nuestra

ciudad de origen. Yo me sentía inquieto allí. Me parecía estar confinado tanto en esa ciudad misérrima como dentro de los muros de mi hogar.

—¿Amabas a tu esposa?

—Amaba su belleza. Cuando descubrí que se trataba de una pátina que escondía a una persona egoísta, coqueta e intrigante, su hermosura se desvaneció. Pero ya era tarde. Abracé la propuesta de viajar a Lima con fervor. Estaría fuera más de un año. Nicolasa lloraba y a mí me costaba disimular la alegría que me proporcionaba la idea de abandonar esa vida mediocre. Ella me pedía que la llevase, pero yo esgrimía todo tipo de excusas, en especial que era demasiado riesgoso afrontar un viaje tan brutal y largo en estado de buena esperanza. La verdad era que quería que ella quedase atrás.

—Sorbió un trago de aguamiel y continuó—. Lima me obnubiló. La Ciudad de los Reyes la llaman, y eso me pareció a mí, una ciudad imperial. Allí conocí a María Clara y me enamoré de ella perdidamente.

—¿También de su belleza?

—Su belleza fue lo que me atrajo hacia ella como un insecto vuela hacia el fuego. Después me robó el corazón con su dulzura y su bondad. Era la criatura más exquisita y refinada que he conocido. Pertenecía a una familia de fuste. Eran ricos, y, sin embargo, María Clara era sencilla, humilde, bondadosa. Nos frecuentamos y nos enamoramos. Su padre murió por esos días, y ella se convirtió en la pupila de su tío, con el cual, en realidad, vivía desde pequeña.

—¿Era huérfana de madre también?

—Sí. Una noche —prosiguió—, completamente tapada por un rebozo, me esperó en el ingreso del cuartel donde nos alojábamos y me confesó que me amaba, lo cual me convirtió en el hombre más feliz de la Tierra, y me dijo que deseaba fugarse conmigo. Su tío jamás habría aprobado nuestro amor, por lo que había decidido huir. Para esa época, mi misión en Lima estaba llegando a su fin. Hice los arreglos para partir y regresé al Paraguay con ella. Nos casamos apenas llegados a Asunción. —Calatrava ejecutó una pausa y volvió a observar la reacción del jesuita, que se mantuvo impertérrito—. Nos instalamos en una casa que compré, una tapera en comparación con las suntuosas a las que estaba habituada mi adorada María Clara; no obstante, ella nunca acababa de decirme lo feliz que era, jamás pronunciaba una palabra para quejarse o lamentarse. Siempre paso y me detengo a ver la fachada de la casa donde transcurrí los mejores años de mi vida. También los peores. De allí me sacaron a la rastra los soldados del gobernador Zabala después de sofocar la revuelta comunera. Ahora pertenece al jefe de Policía del Cabildo.

—¿Qué sucedió con Nicolasa y Ginebra?

—A Nicolasa le dije que permanecería en Asunción por orden de mis superiores y que iría a verlas tanto como me fuese posible. Ya estaba metido en la revuelta comunera.

—¿Por qué te aunaste a la revuelta? ¿Por una convicción?

Calatrava rio sin ánimo y agitó la cabeza.

—Lo hice por dinero, padre Ursus. Mantener dos familias con el sueldo de coronel, que llegaba siempre con retraso, me hizo aceptar los doblones que me dio un grupo liderado por uno que solía ser mi amigo. Ese grupo buscaba destruir a la Compañía de Jesús, que no solo les quitaba a sus mitayos y yanaconas, sino que provocaba la caída del precio de la yerba debido a las grandes cosechas que realizaban en sus pueblos. Lo hice por dinero —repitió.

—Continúa.

—Nicolasa, como podréis imaginar, me pedía que mandase por ella, que la llevase a Asunción. Yo le decía que la cosa estaba complicada, que se hablaba de posibles enfrentamientos armados, que era peligroso que ella y la niña se aventurasen. Cuando me daba cuenta de que Nicolasa estaba al borde del desquicio, viajaba para calmarla y le llevaba dinero. —Calatrava suspiró y guardó silencio antes de retomar la palabra—. Y llegó el año 35. Hacia fines de mayo, María Clara me anunció lo que tanto habíamos esperado: la llegada de nuestro primer hijo. La felicidad era completa después de casi habernos resignado a que Dios no nos bendeciría con un descendiente. Yo sabía que tener un hijo en medio de una revuelta que iba de mal en peor, con una situación tan precaria desde todo punto de vista, era un desatino. Pero ella estaba tan feliz, se sentía tan plena, que yo solo podía sonreír y mirar el futuro con benevolencia.

—¿María Clara sabía que tú eras casado?

—¡Oh, no, claro que no! Si lo hubiese sabido, me habría abandonado. Detestaba la mentira por sobre todas las cosas. Era de disposición compasiva y para nada severa, pero cuando se le mentía, se convertía de piedra. De hecho, había abandonado a su familia porque le habían mentido toda la vida. No —repitió, más apocado—, nunca lo supo.

—Prosigue.

—Como bien sabéis, padre Ursus, la revuelta terminó mal para nosotros, los comuneros. Zabala entró en Asunción el 30 de mayo, pocos días después de que yo supiese que María Clara iba a darme un hijo. El gobernador de Buenos Aires se mostró inflexible con sus enemigos, y debo admitir que corrí con suerte; no morí ejecutado como tantos de mis compañeros, pero confiscaron mi casa y dejaron a María Clara en la calle. Durante varios meses, me tuvieron preso en el fuerte de Asunción, desde donde pedí una y otra vez que me permitiesen encontrarme con mi esposa. Sé que intentaba verme a diario. Un guardia me lo contó. Me dijo que estaba desesperada, sin dinero para pagar la renta de la pensión... —Se cubrió los ojos con la mano y se mordió el labio. Transcurrió un momento antes de que recuperase el control—. Disculpadme, padre Ursus.

—Tómate tu tiempo. Bebe un poco de aguamiel.

—Sí, gracias. —Sorbió, y Ursus notó que el vaso le temblaba en la mano—. Lo que sigue, vuesa merced lo sabe bien. Me llevaron a Lima donde me encerraron y de donde salí gracias a la caridad de quienes intenté destruir en la época de las revueltas.

Si vuesa merced y sus superiores no hubiesen intercedido por mí, habría perecido de consunción en las celdas de la prisión de Lima.

—¿Qué fue de María Clara y de tu hijo?

—Nunca volví a saber de ellos. Así como recibía cartas de Nicolasa, de María Clara nunca recibí siquiera una. El tiempo pasaba y mi ansiedad aumentaba. Encerrado en esas mazmorras inmundas, creí volverme loco de la desesperación y de la angustia. —Hizo una pausa y encontró la mirada del jesuita—. Aquí llegamos el punto clave de la confesión, padre Ursus, en el que preciso de vuestra ayuda. Hoy he llegado aquí para que vuesa merced desvele el misterio de los destinos que tuvieron María Clara y nuestro hijo.

—¿Yo?

—Desde hace tiempo, escucho hablar de Manú o de la niña santa. Una historia trágica, casi un relato mitológico el de esa criatura, pero que, más allá de sorprenderme y de conmoverme, nunca llamó mi atención. Hasta que, días atrás, el padre Santiago de Hinojosa me habló de la madre de Manú.

—De Emanuela.

—No de Emanuela. De María Clara. —Ursus levantó la barbilla con un movimiento rápido y volvió a mirar a la cara a don Hernando—. El día en que María Clara me anunció que me daría un hijo, me suplicó que si era niña la llamásemos Emanuela, como su madre, y en caso de ser varón, Emanuel.

—La mujer que hallamos aquella fatídica noche a orillas del Paraná dijo llamarse Emanuela. Yo le pregunté cómo se llamaba. Sabía que la hemorragia se la llevaría, por lo que me urgía saber su nombre. Me contestó, casi sin aliento, Emanuela.

—Os estaba diciendo el nombre de la hija que acababa de parir.

—Lo dudo. Creo que...

—María Clara tenía una mancha de nacimiento en el muslo derecho, aquí —se señaló la parte frontal, justo sobre la rodilla—. Sin ser un rombo perfecto, se le parecía.

En un acto mecánico, Ursus se puso de pie y comenzó a caminar por la sala. Se detuvo a cierta distancia del penitente y le expresó:

—A pesar de que la vi solo aquella noche, medio exangüe, a la muerte y empapada, el recuerdo de la madre de Manú se fijó en mi mente con nitidez. Descríbeme a María Clara.

—Menuda, de piel muy blanca, inmaculada podría decirse, sin lunares ni marcas, solo esa que le he referido, la del muslo derecho. Cejas delgadas y muy arqueadas. Ojos oscuros, rostro oval, de facciones regulares y europeas. Ni una gota de sangre india corría por sus venas. Cabello abundante y castaño. Labios generosos.

—¿Puede ser posible? —masculló Ursus.

—Sí, creo que la mujer a la que recordasteis como Emanuela durante veinte años es en realidad mi María Clara.

—¡Señor mío, ten piedad! ¿Cómo estar seguros? La pobre no llevaba nada

consigo, ni tan solo un pequeño dije que nos permitiese reconocerla.

—Debió de vender las pocas joyas que tenía para mantenerse. Pobre amor mío.

—¿Qué hacía a orillas del Paraná? ¿Por qué estaba allí?

—Creo que se dirigía a *Orembae*.

—¿La hacienda de los Amaral y Medeiros? —Hernando de Calatrava asintió con solemnidad—. ¿Por qué allí?

—Vespaciano era el jefe del grupo que financiaba la revuelta.

—Sí, lo sé.

—El día anterior a que me apresasen, sabiendo que el final se acercaba, le indiqué que recurriese a él si algo llegaba a sucederme. A su vez, le escribí a Vespaciano rogándole que protegiese a Nicolasa y a Ginebra.

—Tiene lógica —admitió Ursus—, pero no hay certeza. No sé cómo dilucidar este misterio.

—Si veo a Manú, podré afirmar si es mi hija o no. Sé que vive en *Orembae*. Mi amistad con Vespaciano terminó años atrás y no creo ser bien recibido en su casa. Si vos me concedieras el enorme favor de ir a buscar...

—Manú estará aquí mañana.

—¿Cómo?

—Mañana, 12 de febrero, es el natalicio de Manú.

—¿De veras? —La voz del hombre surgió vacilante, y los ojos se le arrasaron.

—De veras. Ha aceptado la invitación que le ha hecho el pueblo, el cual, pese a mis esfuerzos, la venera. Mañana la tendremos con nosotros. Están muy exaltados con la llegada de la niña santa y están preparando celebraciones y decorados para homenajearla.

—Es una persona amada, ¿entonces?

—No creo que haya dos muchachas tan amadas como Manú, en especial por su *pa'i* Ursus. —Calló, emocionado. Regresó a la silla y volvió a sentarse frente a Calatrava. Inspiró profundamente y cerró los ojos antes de preguntar—: Hernando, ¿te arrepientes del pecado de bigamia y de la mentira?

—Sí, padre, me arrepiento.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

—Amén.

Se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Le diré a Tarcisio que te prepare la habitación de huéspedes. Podrás descansar antes de la misa vespertina. Me gustaría que la oyeses.

—Lo haré, padre, pero no deseo descansar, sino visitar la tumba de María Clara.

—No estamos seguro de que sea ella —le recordó el jesuita—. Creo que nunca lo estaremos —se descorazonó—, ni siquiera después de que veas a Manú.

—Padre, sé que esa mujer que vos hallasteis a orillas del Paraná era mi María Clara.

Ursus asintió y, sin volver a pronunciar palabra, condujo a Calatrava hasta el cementerio, donde lo dejó solo frente a la tumba cuya lápida rezaba una simple leyenda: *Emanuela (m. 12 de febrero 1736)*. Se detuvo cuando lo alcanzó el llanto desgarrador del hombre. No se atrevió a volverse y mirarlo, no quería asomarse en su dolor, no quería violar su intimidad. Reinició la marcha.

* * *

Emanuela entró en San Ignacio en un birlocho conducido por un indio de *Orembae* y que compartía con los niños, con Malbalá y con Ginebra. Orlando iba en su falda, Marã en la de Emanuelita, Saite planeaba en torno y Argos, demasiado robusto para ocupar un sitio en el vehículo, correteaba junto a la rueda, siempre del lado de Octavio. Lope, don Vespaciano y un par de peones montaban a los costados del carruaje descubierto. Viajaban armados; los patronos con armas de fuego, los peones con lanzas y cuchillos.

El recibimiento, con orquesta y ofrendas, habría puesto a la sombra los organizados con motivo de las visitas del provincial y del obispo para las fiestas patronales. Emanuela extendía las manos desde el birlocho, recibía los presentes, reía y agradecía, saludaba y se sorprendía. Emanuelita, Milagritos y Octavio, que habían esperado el día de la visita al pueblo de San Ignacio Miní con más ansiedad que la del natalicio de Jesucristo, giraban sus cabecitas hacia uno y otro lado e intentaban abarcar con ojos bien abiertos la fiesta y la veneración que despertaba Emanuela.

El coche se detuvo en el atrio de la iglesia, donde los aguardaba el comité de bienvenida, encabezado por las autoridades del Cabildo. Palmiro Arapizandú, aún corregidor, y los alcaldes de primero y segundo voto le colocaron en torno al cuello una guirnalda de flores de *mburukuja*, pues se sabía que era la favorita de la niña santa. Parlamentaron un buen rato, como era costumbre entre los guaraníes, y Emanuela se conmovió con sus palabras, en especial cuando la llamaron «hija dilecta de San Ignacio Miní». Ella, a su vez, había preparado un discurso, y lo dijo con bastante ecuanimidad, preguntándose si Olivia y sus hijas estarían observándola. Por mucho que las había buscado entre el gentío, no las había divisado.

Saludó después a su *pa'i* Ursus, a quien no veía desde hacía más de un año, y se permitió abrazarlo y hundir el rostro en la estameña del hábito, cuyo aroma la hacía pensar en la palabra hogar. Siguieron un emocionado hermano Pedro y un Tarcisio de inusual sonrisa. Le presentaron al nuevo sotocura, el *pa'i* Segismundo Asperger, de una gentileza y maneras tan exquisitas que la conquistaron de inmediato. La sorpresa llegó cuando apareció Romelia a un llamado de Ursus. Volver a verla, sobre todo en circunstancias en las que sus emociones se hallaban en carne viva, la privó del habla. El rostro de Romelia, la familiaridad de sus gestos y de sus rasgos y la generosidad de su cuerpo maternal encarnaban ideas similares a las que le inspiraba su *sy*, la de refugio, confianza y paz. Solo bastó mirarla para sentir que regresaba, como por

ensalmo, a la casa de la calle de Santo Cristo, donde había compartido con Aitor su época más feliz. También recordó que, por su culpa, la mujer había sido arrancada de su hogar y vendida como un traste, y, más allá de que Romelia, en las pocas cartas intercambiadas, hubiese declarado que estaba feliz con el cambio pues se hallaba cerca de ella, Emanuela sabía que echaba de menos el lugar donde había nacido. Se echó a llorar tan amargamente que Octavito, en brazos de su *taitaru* Vespaciano, se rebulló hasta zafar y corrió junto a su madre, quien, cobijada en el abrazo de la esclava, no se daba cuenta de que le jalaba la falda.

—¡Mamita! ¡Mamita! —comenzó a llamarla con llanto en la voz.

Emanuela se limpió rápidamente las lágrimas con el mandil de Romelia y lo levantó en brazos. Le cubrió el rostro de besos, mientras le aseguraba que eran lágrimas de alegría, que no se preocupase su niño bello, tesoro de su vida, amor de mamá. La muchedumbre había caído en un mutismo espectral. Todos mantenían la vista fija en la niña santa, mientras la observaban adorar a esa criatura del pelo largo y retinto y de los ojos dorados, el hijo del luisón.

Fue Ursus el que volvió las cosas a la normalidad al intervenir y quitarle a Octavio de los brazos, su *téra rerekoha*, su tocayo. El niño, con un ceño profundo que arrancó una carcajada al jesuita, tomó distancia y lo contempló con seriedad.

—Él es mi *pa'i* Ursus —le recordó Emanuela—, de quien tanto te he hablado.

—Tú llevas mi nombre, Octavio —dijo Ursus en guaraní—. Por eso digo que eres mi *téra rerekoha*.

—Tú te llamas Ursus —contradijo el niño en un guaraní perfecto— y yo me llamo Octavio.

La muchedumbre, emocionada al oírlo hablar en la lengua de sus ancestros y asombrados por la precocidad del pequeño, explotó en risotadas.

—Me dicen Ursus —explicó el sacerdote—, pero mi verdadero nombre es Octavio.

—Y a mí, ¿cómo me dicen?

—A ti te llamamos Octavito —intervino Emanuela.

Ursus plantó un beso en la frente del niño y, al inclinarse para ponerlo en brazos de la madre, susurró:

—Es como ver a Aitor a su edad. El parecido es remarcable.

Por esa razón y sabiendo que los agasajos de los que sería objeto significarían un desafío para su atención, Emanuela le había hecho jurar a su *sy* que nunca lo dejaría solo. Temía que Olivia o alguno del pueblo se la tomase con el pequeño para vengar las fechorías del luisón.

—Hija —la llamó Ursus—, me gustaría que conocieras a alguien.

La tomó del brazo y la condujo hasta un hombre que conversaba animadamente con Ginebra y Lope.

—¡*Pa'i!* —exclamó Ginebra en una muestra infrecuente de entusiasmo—. No sabes la alegría que ha sido encontrar a mi padre hoy aquí.

—Fue una alegría también para mí cuando Hernando se presentó ayer en una inesperada visita. Como le dije que llegarían hoy, decidió quedarse. Querida Manú, te presento a don Hernando de Calatrava, antiguo coronel del ejército de Su Majestad, padre de Ginebra.

Emanuela ejecutó la reverencia que le habían enseñado doña Almudena y doña Ederra sin mirar a los ojos del caballero. Al levantarlos, la sonrisa del hombre la desconcertó. Sus ojos no estaban fijos en ella, sino que bailoteaban como si estudiaran cada rincón de su rostro. No se sintió incómoda, no había concupiscencia en su mirada, más bien euforia y afecto.

—Manú —intervino el hermano Pedro—, pasemos a la sala capitular del Cabildo. Allí te han preparado el almuerzo.

Con Octavito de la mano y escoltada por el regidor, los alcaldes, el capellán del pueblo y el sotocura, la niña santa entró en el Cabildo y ocupó el sitio de privilegio en el largo tablón. Fuera, la gente comía carne y verduras asadas, *kiveve* y toda clase de platos típicos que las mujeres habían preparado para homenajear a la hija que retornaba al hogar. Siguieron festejos en la plaza, donde Juan y su orquesta interpretaron varias piezas de compositores europeos y dos del propio Juan, que Emanuela aplaudió de pie, lo que el pueblo imitó, y el músico acabó siendo ovacionado. Hubo obras de teatro, coreografías, bailes y desfiles de las compañías del ejército. Emanuela, ubicada siempre en la primera fila, rodeada por las autoridades políticas y religiosas, disfrutaba como cuando era niña y ninguna preocupación la atribulaba. Sonreía al comprobar cuánto se divertían Emanuelita, Milagritos y Octavio, quienes, pese a haberse levantado de madrugada para emprender el viaje, no mostraban signos de cansancio.

Los festejos concluyeron con una misa tardía. A la salida, en el atrio, Ursus se mantuvo cerca de Emanuela; temía que la gente evocase las tradiciones del pasado y pidiese a la niña santa que los tocara para liberarlos de sus dolencias. Pese a que el día anterior los había conminado a que no se lo solicitasen, desconfiaba de la resolución de sus feligreses.

Los niños, que se habían dormido durante la misa, fueron llevados a la antigua casa de los Ñeenguirú, ocupada por Juan, que nunca se había casado. Los desvistieron y acomodaron en unos catres dispuestos a propósito. Emanuela salió a la enramada, y enseguida se vio rodeada por sus mascotas, no solo Orlando y Argos, sino Timbé, Miní y Porã. Se puso de rodillas para mimar y acariciar a sus viejos amigos, mientras Malbalá le contaba a Vespaciano acerca de Timbé, de cómo Manú la había salvado de la muerte.

—Después de que te fuiste, Miní estuvo desaparecido durante varios meses —le confesó Juan.

—Sí —confirmó Malbalá—. Nunca te lo conté en las cartas para no preocuparte, pero el mismo día en que te marchaste, se fue. Regresó casi un año después. Se recostó contra Timbé y allí se quedó durante días, triste y apático. Desde entonces,

prácticamente siempre anda montado sobre ella, como si la pobre no fuese más vieja que él.

Emanuela recogió al carayá del suelo y lo acunó en sus brazos. El mono estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Es extraordinario que un cerdo haya vivido tantos años —se asombró don Vespaciano, mientras palmeaba el costado del animal y admiraba el artilugio que reemplazaba el cuarto trasero faltante.

—También lo es que aún viva Saite —manifestó Juan—, pero ya ve, don Vespaciano, con Manú nada de lo que se supone que debería ser es.

—¡Ja! Ni que lo digas, querido Juan. Yo soy la prueba viviente de ello. Manú, ángel mío, ¿te gustaría llevar tus mascotas a *Orembae*?

—Sí, me gustaría, pero creo que tenemos suficiente con tres perros, una macagua y un toro —dijo, refiriéndose a Almanegra, el cual don Mikel les había enviado de regalo poco tiempo atrás—. Ginebra no lo aprobaría —añadió.

—Tu toro no cuenta pues vive en la estancia y no en el casco. Además, Ginebra puede decir misa —replicó, mostrando una chispa de su antiguo mal carácter—. En *Orembae* mando yo, y si yo digo que tus mascotas vivirán allí, así será. A menos —se apresuró a agregar— que Juan no quiera separarse de ellas.

—Por mí no se preocupe, don Vespaciano. He cuidado de Timbé, de Miní y de Porã con mucho esmero, pero sé que pertenecen a mi hermana. Además, tendré oportunidad de verlos cuando viaje para darle sus lecciones de violín a mi sobrino.

—Entonces, asunto arreglado.

—¡Gracias! Le aseguro que no darán fastidio. Han vivido siempre afuera y son tranquilos y educados.

Vespaciano se inclinó y le besó la frente.

—Gracias a *ti*, ángel mío.

—Quiero que vaya a recostarse. Sé que es fuerte y que su salud se ha restablecido, pero no debe abusar.

—Lo haré. En verdad estoy rendido.

—Mi *pa'i* Ursus me dijo que lo acomodaría en una de las habitaciones de la casa de los padres. —El hombre masculló y gruñó, con la vista al suelo—. ¿No quiere dormir allí porque está don Hernando?

—Me porté muy mal con él, hijita.

—Entiendo. Le haremos un sitio aquí, con nosotros. La casa de Bruno es más pequeña y está llena con Ginebra y Lope.

—Iré a tomar un baño al arroyo —anunció Malbalá. Recogió su tacuarembó, se calzó en la frente la manija que llamaban *apisama* y se alejó en dirección a la trocha que conducía al recodo secreto del Yabebirí.

Emanuela dejó a Amaral y Medeiros en compañía de Juan y se dirigió hacia la casa de los padres en busca de otro camastro. Llamó a la puerta y le abrió Tarcisio, que volvió a sonreírle con la alegría de esa mañana. La invitó a pasar. Ella seguía

siendo la única mujer mayor de catorce años a quien se le permitía el ingreso.

—¡Manú! Pasa, querida —exclamó Ursus en castellano por respeto a su invitado, Hernando de Calatrava, quien se puso de pie enseguida y le destinó una mirada ansiosa y una sonrisa de dientes descubiertos.

—¿Cómo están los niños?

—Cayeron rendidos, *pa'i*. Me sorprende que hayan resistido tanto. No están habituados a pasar un día sin hacer su siesta.

—Pocas veces he visto a tres niños divertirse tanto como hoy lo han hecho mis nietas y vuestro hijo, señorita Manú.

—Emanuelita y Milagritos estaban muy emocionadas por haber conocido a su *taitaru* Hernando.

—¿De veras?

—Las oí referirse a vuesa merced en varias ocasiones.

—No sabía que supieran de mi existencia.

—Oh, pero sí que saben de vuestra existencia. Ginebra les habla de continuo acerca de vos.

—Pobre mi Ginebra —masculló, y bajó la vista.

—*Pa'i* —habló Emanuela para romper el silencio que se cernió en la sala tras el comentario de Calatrava—, vine a pedirte otra de las camas que tenéis aquí, en el sótano. Es para don Vespaciano. Dormirá con nosotros.

Emanuela notó, por el rabillo del ojo, que don Hernando alzaba la cabeza y prestaba atención.

—Entiendo —masculló Ursus—. Tarcisio, ocúpate.

—Como ordenes, *pa'i*.

—Hija, el atardecer está fresco y agradable. Me gustaría caminar contigo. Hace tanto que no conversamos, Manú.

—Será un placer, querido *pa'i*. —Se aproximó y, en puntas de pie, lo besó en la mejilla.

—¿Has visto, Hernando, qué tesoro es mi niña?

—He visto.

Antes de salir, Emanuela notó la mirada elocuente que intercambiaron su *pa'i* Ursus y Calatrava, y advirtió también el leve asentimiento que el hombre le dirigió al jesuita. Cruzaron la plaza en silencio, Ursus con la vista al suelo, abstraído en sus pensamientos. Emanuela iba tomada de su brazo, con la vista en la torreta, abrumada de recuerdos y de cuestionamientos. ¿Reuniría la fuerza para trasponer el umbral y entrar? ¿Por qué no había visto a Olivia?

—No vi a Olivia, *pa'i*.

—¿Cómo? ¡Ah, Olivia! Debió de permanecer en su casa, supongo.

—¿Y sus hijas? ¿Participaron de los festejos?

—No las vi.

El mutismo que siguió desconcertó a Emanuela porque la incomodó. Ella jamás

se incomodaba en compañía de su *pa'i*.

—¿*Pa'i*?

—¿Qué, mi niña?

—Dime qué sucede. Te encuentro extraño, nervioso.

—Sí, Manú, lo estoy.

El jesuita repasaba los sucesos, las referencias, las fechas, los datos, las aseveraciones que Calatrava le brindaba desde el día anterior, y admitía que el misterio nacido la noche del 12 de febrero de 1736 se resolvía a la perfección. La confirmación que el hombre había esperado obtener a la visión de Manú había llegado y sin dificultad. «Es el vivo retrato de su abuelo», le había asegurado, abrumado por la emoción. «Exacto color de ojos, ese azul tan peculiar, el corte del rostro, la forma del mentón, los pómulos, la nariz un tanto aguileña... En todo se le parece, excepto en la generosidad de los labios. Eso lo heredó de mi María Clara». ¿Con qué fin Calatrava mentiría acerca de la paternidad de Emanuela, cuando esta no poseía fortuna ni alcurnia? Como solía preguntarse Santiago de Hinojosa, *cui bono*? En verdad, Calatrava no obtenía nada a cambio de reconocer a una hija habida de una relación ilícita; más bien, se echaba al hombro un grave problema. Sin embargo, estaba dispuesto a enfrentar a cualquiera con tal de que la joven supiese la verdad.

—Dime, ¿qué ocurre? —insistió Emanuela, y abrió grandes los ojos al sospechar el origen de la inquietud del sacerdote—. Se trata de Aitor, ¿verdad? ¡Oh, no! ¡Por piedad, no! ¡Le ha sucedido una desgracia y no te atreves a decírmelo!

Ursus se detuvo y la aferró por los hombros.

—No se trata de Aitor. No tiene que ver con él. Tranquilízate. No sé nada de él, pero confío en que el Señor oye mis plegarias y me lo preserva de todo mal. Se trata de un asunto muy serio, Manú, pero que te hará feliz. ¡Ah, mi niña! En realidad, no sé cómo lo tomarás.

—Habla, *pa'i*, estás angustiándome. ¿De qué se trata?

—Quiero que regresemos a la casa y que escuches lo que don Hernando tiene para decirte.

—¿A mí? ¿Don Hernando?

—Sí, a ti. Quiero que me prometas que lo oirás con calma y que serás la Manú que tanto amo, dulce y comprensiva. ¿Lo prometes, hija?

—Sí, sí, *pa'i*, lo prometo.

Abrieron la puerta de la casa de los padres, y Calatrava detuvo de golpe su ir y venir. Emanuela cayó en el gesto que hacía cuando estaba confundida: frunció el entrecejo y ladeó la cabeza.

—Eres tan parecida a tu abuelo —pensó en voz alta don Hernando.

—¿Mi abuelo? ¿Lo conocéis, señor?

—Sí. Y a tu madre, mi adorada María Clara.

—Mi madre se llamaba Emanuela —replicó, envarada. El peso de la mano de Ursus en su hombro la serenó.

—Ven, Manú, siéntate y presta atención a don Hernando.

Calatrava se sentó después de ella y le dedicó una sonrisa melancólica, que le causó una emoción fuerte, inexplicable, la cual luchó por extinguir. No quería que ese extraño le inspirase sentimientos de afecto; estaba enojada con él. Declaraba haber conocido a una tal María Clara, la cual, decía, era su madre, cuando su *verdadera* madre yacía en el cementerio de la doctrina y se había llamado Emanuela. No le permitiría que le arrebatase la única certeza que tenía acerca de su origen.

—Hace muchos años —empezó el hombre—, cuando era un joven alocado y egoísta, partí hacia Lima en una misión que me habían encomendado mis superiores...

Emanuela escuchó el relato sin interrumpir ni pedir explicaciones; no le interesaba aclarar los puntos dudosos u oscuros, nada tenían que ver con ella.

—Cuando María Clara, feliz como nunca la había visto, me anunció que estaba encinta, me suplicó que llamásemos Emanuela a nuestra hija, o Emanuel, en caso de que fuese varón. Era un homenaje a su madre.

—¿En eso radicáis vuestra seguridad, señor? ¿En que vuestra mujer deseaba nombrar a la niña Emanuela?

—No en eso, sino en que María Clara tenía una mancha en el muslo derecho, justo arriba de la rodilla, cuya descripción coincide con la que me dio el padre Ursus.

Emanuela se volvió con un movimiento rápido hacia el sacerdote, que se limitó a asentir.

—También me baso en la descripción que el padre Ursus me hizo de las facciones de la mujer que encontró en el río aquella noche. Coinciden con las de María Clara.

—No puede ser cierto. Mi madre dijo que su nombre era Emanuela. Mi *pa'i* Ursus le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y ella dijo Emanuela.

—Estaba diciéndole el nombre de la niña que acababa de parir —alegó Calatrava.

—¿Por qué estaba pariendo sola, a orillas del Paraná?

—Como acabo de explicarte, yo me hallaba preso en Lima. Daría cualquier cosa por volver el tiempo atrás y salvar a la única mujer que he amado, que aún amo, de ese final tan espantoso.

—Hernando sospecha que María Clara se dirigía hacia *Orembae* en busca de ayuda.

—Cuando me di cuenta de que la revuelta fracasaría, le dije que, si algo me sucedía, recurriese a Vespaciano. En esa época, éramos amigos. En cuanto a los detalles de por qué se hallaba sola en ese paraje, creo que nunca lo sabremos —admitió.

—Tal vez la balsa en la que se dirigía a lo de Amaral y Medeiros se haya hundido —conjeturó Ursus— y ella nadó hasta la orilla. Por eso la hallamos empapada. Hay unos rápidos muy peligrosos en esa zona.

Emanuela, abrumada, confundida y cansada, se puso de pie. Ursus y Calatrava la imitaron. Se detuvo frente a su *pa'i* y elevó la vista hasta encontrarlo con la mirada.

—*Pa'i*, no sé qué pensar.

Ursus se compadeció de la confusión y del dolor que trasuntaban sus ojos azules. La envolvió en un abrazo. Emanuela se aferró a la sotana y hundió el rostro en el pecho del sacerdote.

—Creo que has hallado a tu padre, mi niña. Creo que Hernando y María Clara son tus padres.

Emanuela tembló y apretó los labios para no llorar.

—Manú, hija —escuchó decir a Calatrava detrás de ella, y ajustó el abrazo, como si temiese que la apartasen del hombre al cual había considerado su padre, pues si bien había llamado *ru* a Laurencio abuelo, en ese momento caía en la cuenta de que ese rol siempre había estado en manos de su adorado *pa'i* Ursus.

—Escucha a tu padre, hija.

—¡Tú eres mi padre! ¡Tú, que me salvaste de una muerte segura y que diste cristiana sepultura a mi madre!

Ursus la besó en la coronilla.

—Yo soy tu *pa'i*, sí, y tú eres la hija de mi corazón, lo sabes. Pero Hernando es quien te dio la vida y debes respetarlo.

Emanuela se giró en el abrazo del jesuita y, sin soltarle la sotana, miró con dureza a Calatrava. La expresión de dolor y las lágrimas que, silenciosas, brotaban de sus ojos la conmovieron. La pregunta no emergió con la dureza prevista.

—¿Y qué hay de Ginebra? ¿Es mi hermana?

—Sí, lo es.

—Es mayor que yo y su madre está viva.

Emanuela volvió a advertir el intercambio de miradas significativas entre el jesuita y don Hernando. Habían acordado mantener en secreto lo de la bigamia, aun a riesgo de enfangar la memoria de María Clara; por esos días la Inquisición ensombrecía las vidas de los asuncenos en busca de blasfemos, brujas y herejes, como también de bigamos y sodomitas. Calatrava, por su parte, había decidido no revelar el verdadero apellido de María Clara a nadie, ni siquiera lo había hecho en confesión al padre Ursus; ocultaría su filiación, y también su pasado y el de su familia por el bien de su hija Manú. «Mi hija». Acarició el pensamiento, lo saboreó como un trago de buen vino, y al mismo tiempo se cuestionó cuál sería el camino para alcanzar el corazón de Manú, y cambiar la pena y la confusión en amor.

—Yo estaba casado cuando conocí a tu madre en Lima. Ella y yo vivimos en pecado. —Emanuela abrió grandes los ojos—. ¡No debes juzgar a tu madre, hija mía! Era una santa, te lo aseguro. Su único pecado fue amarme.

—No la juzgo. Sabe Dios que no tengo autoridad ni derecho para hacerlo. Yo misma... Yo soy una pecadora. Y mi hijo... —Incapaz de expresar lo que secretamente la mortificaba, que su debilidad por Aitor había mancillado a Octavio para siempre, que lo llamarían bastardo y lo humillarían, se mordió el labio y volvió al cobijo de su *pa'i* Ursus. Ahora, ella también era el fruto habido de una relación

ilícita. Su hijo y ella compartían la condición de bastardos.

Sintió las manos de Calatrava sobre los hombros y no los sacudió para quitárselas. Percibió los temblores que lo recorrían y la calidez húmeda de su piel, que penetró el género del vestido.

—Manú, querida Manú, eres el fruto de un amor muy puro y profundo, de un amor que me acompañará toda la vida, que me redimió y me hizo mejor persona. Nunca dejaré de amar a tu madre, y te amaré a ti porque eres lo único que me queda de ella. Sé que has sido amada, hija mía, y por eso le estoy infinitamente agradecido al padre Ursus y a los Ñeenguirú, pero quiero que sepas que también fuiste amada por tus verdaderos padres desde el día mismo en que supimos que vendrías a este mundo. Nunca había visto tan feliz a mi María Clara como el día en que supo que crecías dentro de ella.

—Ella estaba sola cuando me parió —le reprochó sin volverse, con la mejilla aún sobre el pecho de Ursus—. Mi pobre madre estaba sola y desesperada y triste, casi exangüe. Si mi *pa'i*...

—¡Piedad, hija mía!

El clamor de Calatrava le devolvió la sobriedad. Se giró con un movimiento brusco. El hombre se cubría el rostro y lloraba en silencio, aunque con una amargura que la impulsó a ir hacia él y sujetarlo por las muñecas.

—Perdonadme —le imploró, y presionó para que se descubriese la cara—. Perdonadme. He sido dura e injusta. Sé que mi madre no habría padecido si no os hubiesen llevado prisionero a Lima.

Las manos mojadas de Calatrava le acunaron el rostro.

—Hija, no trates de justificar mis faltas. Son muchas y las asumo. Mis errores me han costado caro, pero nada ha sido más duro de sobrellevar, ni siquiera los quince años en las mazmorras de Lima, que la incertidumbre acerca del destino de tu madre y el tuyo. Creo que Dios me ha dado algo que no merezco, me ha devuelto una parte de mi amada María Clara en ti. ¡No te pido que me ames! No lo pretendo. Solo te pido, te imploro que me permitas estar cerca de ti y conocerte. —La contempló con la misma avidez del mediodía, cuando le había estudiado los detalles del rostro—. Eres digna hija de tu madre. Habrías sido su orgullo y su felicidad.

—¿Habría sido su orgullo con un hijo a cuestas y sin marido?

—Sí, lo habrías sido, y Octavito se habría convertido en su tesoro más grande. Lo único que detestaba tu madre y condenaba con dureza era la mentira. Quiero que me concedas la oportunidad de hablarte de ella, quiero que la conozcas a través de mí y que la ames y te enorgullezcas de ser su hija. María Clara era la mejor persona que he conocido, y créeme, Manú, he conocido a tantas a lo largo de mi vida. Eres una privilegiada, hija mía, por haber nacido de un ser tan esplendente y bondadoso.

Emanuela actuó por impulso y lo abrazó. Le habían presentado a ese hombre pocas horas antes y, más allá de ser el padre de Ginebra, no significaba nada para ella. No entendía por qué se pegaba a él con la misma desesperación con que había

buscado el abrazo de su *pa'i* minutos atrás. Lo único que sabía con certeza era que se sentía cómoda, sobrecogida por un sentimiento de familiaridad, como cuando se entra en un sitio al que se conoce de memoria y por el cual se puede transitar a oscuras. Sobre todo, se sentía amada.

* * *

A la mañana siguiente, Vespaciano escuchó desde su camastro que Malbalá anunciaba que iría al arroyo a darse un baño. Se vistió tan deprisa como su entorpecida mano izquierda se lo permitió y salió a la enramada con las botas y los calcetines en la derecha. Sus nietos, que jugaban con las mascotas, corrieron a saludarlo. Emanuela, con el semblante pálido y ojeroso, lo obligó a sentarse en una mecedora y terminó de vestirlo y lo ayudó a asearse.

—¿Qué sucede, mi ángel? ¿No has dormido bien anoche?

—Me lo pasé en vela, don Vespaciano. —Sonrió forzadamente—. Creo que echaba de menos mi cama en *Orembae*.

Juan le pasó un mate y un plato de guiso, que devoró, incluso recogió el pringue con pan de maíz y cerró los ojos mientras lo saboreaba.

—¿Quién ha preparado esta exquisitez?

—Mi madre —respondió Juan.

Conversó un rato con Juan, por quien sentía un gran afecto. El muchacho le contaba la historia de cada vecino que se acercaba a la enramada de los Ñeenguirú para saludar a la niña santa; le entregaban un regalo y luego caían de rodillas, inclinaban la cabeza y esperaban a que los tocara. Los niños observaban el desfile en silencio, muy impresionados.

Luego de que pasase un rato, le susurró a Juan que iría a recorrer el pueblo.

—¿Quiere que lo acompañe, don Vespaciano?

—No, Juan, gracias. Mejor, quédate con los niños, que Manú está ocupada con esta gente. No te preocupes por mí.

—Porã, acompaña a don Vespaciano.

La perra abandonó su sitio junto a Timbé y a Miní, que elevaron las cabezas para observarla alejarse. Vespaciano se dirigió hacia el punto por el cual había visto desaparecer a Malbalá. Porã encabezó la marcha con la seguridad de quien ha emprendido el mismo recorrido varias veces. Enseguida caminaban por un sendero angosto sumido en la penumbra. Los árboles, algunos altísimos, formaban una cúpula por la cual se filtraban los rayos de la mañana. Caminaba aprisa con el bastón por miedo a perder de vista a la perra. Una fortaleza nacida de la anticipación lo guiaba hacia la mujer que había significado tanto en el pasado y que lo era todo en el presente.

—¿Qué haces aquí, Porã? —la escuchó decir, y se ocultó tras unos helechos, tal como había hecho veinte años atrás cuando la halló sentada en la misma roca,

mientras sostenía a su pequeño hijo, el hijo de los dos.

La mujer acarició la cabeza de la perra y siguió secándose el pelo. Estaba desnuda, y los pechos se le sacudían. A pesar de los años, todavía su piel lucía tersa, la cintura se le marcaba y tenía las piernas torneadas. Se imaginó apretando los labios en torno a los pezones negros y endurecidos, y la erección le levantó la tela del pantalón. La deseó con la desmesura de los años de juventud y la amó por hacerlo sentir un mozalbete de nuevo. Lo embargó un sentimiento de felicidad como pocas veces recordaba haber experimentado. Ella le había hecho prometer que respetarían a Florbela, que no caerían en la tentación. En ese momento, la promesa le resultaba sin sentido. ¿Por qué seguir esperando? Ellos no eran dos jovencitos con tiempo para perder. Salió del escondite y caminó, ciego, hacia ella.

—¡Vespaciano!

La mujer se cubrió la desnudez y lo miró con expresión azorada. Amaral y Medeiros se ayudó con el bastón para ponerse de rodillas frente a ella y luego lo soltó; cayó con un ruido seco contra la roca, y el sonido se suspendió en el mutismo repentino y antinatural de la selva.

—Aquí te vi por primera vez, hace más de veinticinco años. Aquí nos amamos, aquí concebimos a nuestro hijo, aquí fui feliz como nunca lo había sido, como nunca he vuelto a serlo. Dios me concedió una segunda oportunidad para vivir y no quiero desperdiciarla a causa de prejuicios vanos. Quiero vivirla contigo, a tu lado. Quiero que me ames tanto como yo a ti. ¿Me amas, Malbalá?

—Sabes que sí. —Estiró la mano y le acunó la mandíbula—. Nunca he amado a otro que no seas tú. Eres el amor de mi vida.

A Malbalá, la sonrisa de Amaral y Medeiros le cortó el respiro. Se quedó quieta, admirándolo, incrédula de que un hombre tan recio y hermoso se hubiese enamorado de una india como ella. Le permitió que le quitase el lienzo y que revelase su cuerpo desnudo lleno de imperfecciones a causa del paso del tiempo y de los ocho embarazos; no lo detuvo cuando lo vio desplegarlo en la orilla, ni tampoco cuando sus dedos le rozaron los pezones ni cuando sus labios se los succionaron. Obedeció cuando él le ordenó que lo desvistiese y no se resistió cuando la atrajo hacia él y la recostó sobre la tela para amarla.

* * *

Se había mantenido apartada durante los festejos del día anterior, también los de ese, incluso les había prohibido a las niñas que se alejasen de la enramada. Obedientes y dóciles como eran, habían cumplido la orden, aunque sabía cuánto les pesaba el confinamiento mientras el pueblo se divertía, cantaba y bailaba.

Pero esa mañana, en tanto observaba dormir a sus hijas, había tomado una decisión: hallaría el modo de hablar con Emanuela. Ahogaría el dolor, sofocaría el orgullo y los celos y le pediría que le tocara el vientre con sus manos benditas. No

sería fácil; nunca permanecía sola, siempre la escoltaban sus familiares, y un corro se formaba en torno a ella adonde fuese que se encontrase. Los del pueblo le impedirían que se le acercase, y la lapidarían antes de permitir que le dirigiese la palabra.

La distinguió desde la lejanía y supo de inmediato hacia dónde se dirigía. Iba sola, con la macagua sobre el hombro como toda compañía. ¿Le arrojaría el ave rapaz cuando descubriese que estaba siguiéndola? El miedo la obligó a detenerse; la hemorragia que manaba de entre sus piernas la animó a ponerse en movimiento de nuevo. Acababa de cambiar los trapos, que nunca duraban demasiado; enseguida se ensopaban en la sangre que no cesaba de manar, al tiempo que el bulto en el bajo vientre no cesaba de crecer; le había formado una protuberancia del lado derecho.

Como había sospechado, Emanuela se dirigía al cementerio. Primero entró en el sector de los hombres para depositar una corona de pasionarias sobre la tumba de Laurencio abuelo; después se encaminó hacia el de las mujeres; allí se sentó junto a la tumba de su madre, sobre la cual colocó una guirnalda similar, también de flores del *mburukuja*. Se dio cuenta de que sollozaba. Aguardó a que se calmase para llamarla.

—Manú —dijo en un murmullo que se mezcló con el roce de las hojas de los cedros que rodeaban el perímetro del cementerio.

Emanuela giró la cabeza, y sus ojos lacrimosos la reconocieron de inmediato: Olivia. Aunque existió un instante en el que tuvo miedo, el sentimiento murió enseguida; el rostro ceniciento de la mujer y su expresión mortificada le provocaron compasión y nada de inseguridad. La sorpresa de tenerla frente a ella después de tantos años la dejó muda.

—Él te llama Jasy, ¿verdad?

Emanuela cerró los puños y tensó el cuerpo. Odió a Aitor por haberle confiado a esa mujer, ¡a esa mujer!, el secreto que ella jamás le había dicho a nadie, ni siquiera a su *sy*, ni siquiera a Romelia. Después razonó que era improbable que él se lo hubiese confesado, pues protegía el sobrenombre con el que la había bautizado el día de su nacimiento tanto como a ella misma.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con dureza deliberada.

Olivia se aproximó, y Emanuela se puso de pie.

—Él nunca me lo dijo, si eso temes. —Rio con melancolía—. Él prácticamente no me dirige la palabra. No me la dirigía, debería decir, pues hace años que no lo veo. No, él no me lo dijo.

Emanuela se movió hacia un costado con la clara intención de marcharse. Olivia también se movió y la interceptó. Levantó una mano temblorosa y le suplicó:

—Por favor, Manú, no te vayas.

—Dime cómo sabes que me llama Jasy —le exigió.

Olivia suspiró. Habló sin mirarla, con la vista perdida en los cedros.

—La noche en que se enteró de que habías abandonado el pueblo, lo vi subir a la torreta del baptisterio. Esperé. Como no salía, entré. Estaba muy tomado, tirado en el suelo. Lloraba como un niño. —Hizo una pausa y volvió la vista hacia Emanuela—.

Creyó que eras tú, Manú. Cuando lo hicimos esa noche... él no lo hacía conmigo, sino contigo, y gritaba Jasy, Jasy con un sentimiento que me sorprendió porque no era propio de él, siempre tan duro y distante. Parecía otro mientras te llamaba a ti, a su Jasy, su único amor, la única mujer que cuenta para él. La única que ha amado, ama y amará para siempre. Creo... No sabía a la clase de amor que me enfrentaba cuando decidí que Aitor sería mío. —Se restregó las manos y volvió a morderse el labio antes de confesar—: Y ahora estoy pagándolo muy caro.

Emanuela se quedó observándola, desprovista de palabras. Olivia siempre le había parecido una mujer magnífica; le había envidiado la belleza agresiva de ojos de felino y el cuerpo exuberante, que se movía como el yaguareté que una vez ella y Aitor habían avistado desde un árbol. En ese momento, sin haber perdido su hermosura, ya no la desplegabá como un arma, ni se movía con la cadencia estudiada de un felino. Más bien, parecía apaleada y macilenta.

«*Dijiste que no habías podido acabar. Aquella noche que te vi con ella, no habías podido acabar*», se acordó de haberle reprochado a Aitor la última vez que se habían visto, tres años atrás. «*Y no lo hice, Jasy*». «*¿Cómo, entonces...?*» «*No la dejé preñada esa vez*», había contestado él, avergonzado, mortificado.

—Quedaste encinta esa noche, en la torreta —pensó en voz alta.

—Sí —admitió Olivia—. Esa noche, porque creyó que eras tú, hizo algo que jamás había hecho: acabó dentro de mí.

«*Acabó dentro de mí*». Emanuela dio vuelta la cara como si las palabras la hubiesen abofeteado. Apretó los párpados en el acto reflejo de cerrarse a las imágenes que había visto seis años atrás y que habría deseado arrancar de su mente, la de Aitor y Olivia fornicando en la barraca. También lo habían hecho en un sitio sagrado para ella. Ya tenía la respuesta a su cuestionamiento del día anterior: no visitaría la torreta.

Inspiró profundamente y abrió los ojos poco a poco. Olivia la contemplaba con un gesto que la sorprendió, la confundió también. Hizo un ceño y ladeó la cabeza. ¿Por qué la miraba con afecto? ¿Por qué había benevolencia en sus ojos de gata? No tenía intención de perder el tiempo con esa mujer. Aferró el ruedo de su saya y echó a andar. Olivia volvió a interponerse.

—Sal de mi camino.

La macagua se agitó en el hombro de Emanuela. Olivia dio un paso hacia atrás.

—Manú, por favor. —Cayó de rodillas.

—¿Qué haces? Ponte de pie.

—Manú, ayúdame.

—¿Ayudarte?

—Sé que no lo merezco. Siempre te he envidiado por el amor que Aitor siente por ti, y fui feliz cuando supe que te irías del pueblo. Sé que no he sido buena contigo cuando tú siempre fuiste amable conmigo. ¡Perdóname!

Emanuela la observaba con ojos incrédulos. Las lágrimas caían por las mejillas cobrizas de Olivia, y su expresión de súplica la conmovía.

—¿Qué necesitas? —preguntó al cabo.

—Necesito de tu don, Manú. De tus manos santas. Estoy muriendo, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Sangro continuamente y tengo un bulto aquí, que crece y crece. —Apoyó la mano en el bajo vientre—. A veces los dolores no me dejan respirar. Me siento débil. No me importaría morir, pero mis niñas son pequeñas aún y me necesitan. ¿Qué será de ellas si yo muero? Su padre no las quiere y su abuela se ha marchado del pueblo.

—¿Has hablado con el *pa'i* Segismundo o con mi *taitaru*?

La mujer asintió.

—Ya no saben qué hacer para detener la hemorragia.

Emanuela y Olivia se miraron fijamente.

—Hazlo por mis hijas, que también son hijas de Aitor.

«¿Amarías a los hijos que tuviese con otra mujer?» «Sí, los amaría», había respondido a la pregunta de Aitor, y lo había hecho con sinceridad. «¿Por qué? ¿No te recordarían mi traición?» «Me recordarían que son una parte de ti. Por eso los amaría».

Usar su don en esa mujer a la que detestaba se presentaba como un desafío. Desde hacía tiempo sabía que el calor que brotaba de sus manos se relacionaba con los sentimientos, y que cuanto más amor sentía, más intenso y sanador se volvía. Quería ayudar a Olivia porque no soportaba la idea de que las niñas sufrieran. Antes, tendría que perdonarla. Se arrodilló frente a ella. La mujer se incorporó y la miró con esperanza y una sonrisa tímida. Extendió las manos, que Emanuela no tomó.

—Perdóname, Manú. Me enamoré de él, lo amé desde el día en que me salvó de ese malnacido de Domingo Oliveira, y moriré amándolo. Tú eras pequeña cuando llegué a la doctrina. ¿Cómo podía imaginar que él te amaba del modo en que te ama? ¡Eras su hermana! ¡Eras una niña!

—Pero después, cuando fui mayor y él me pidió que nos casásemos, seguiste buscándolo.

—Él no me hacía caso, Manú, te lo juro. ¿Para qué le servía yo o cualquier otra si tenía a la muchachita que era la luz de sus ojos? Después vino lo de la epidemia de viruela y...

—Basta —susurró, y bajó la vista.

—Perdóname —suplicó Olivia, y le aferró las manos, que Emanuela no retiró—. Hazlo por mis niñas, por las hijas de Aitor. Son dos criaturas buenas. A veces me recuerdan a ti por su dulzura. En nada se parecen a mí ni a Aitor.

Emanuela esbozó una sonrisa emocionada, que sofocó enseguida. Se sentía incómoda con esa faceta de Olivia, a quien siempre había imaginado frívola y malvada, y que en ese momento le mostraba un costado maternal y sensible.

—Pese al desprecio de su padre, que nunca fue cariñoso con ellas y que nunca viene a verlas, ellas lo recuerdan con cariño y me preguntan por él.

—¿Dónde tienes el bulto? —la detuvo Emanuela.

—Aquí. —Olivia, que aún le sostenía las manos, las guió hasta apoyarlas en el tipoy.

—Recuéstate sobre el césped y trata de calmarte y de respirar profunda y lentamente.

Olivia se extendió sobre el colchón de hierba y cerró los ojos. Aunque no era religiosa, comenzó a murmurar el padrenuestro. Al primer contacto de las manos de Emanuela con el bulto, la recorrió un extraño cosquilleo. Enseguida llegó la sensación de calidez, que le distendió los músculos poco a poco, aun aquellos que no sabía que contraía, como los del rostro. Debió de quedarse dormida. Se despertó al llamado de Emanuela. Se incorporó rápidamente, y enseguida lo lamentó, pues cuando lo hacía, los coágulos y la sangre bajaban más deprisa. En esa oportunidad, sin embargo, nada sucedió, y soltó un grito de alegría al darse cuenta de que la hemorragia había cesado. Se puso de pie.

—¡Ya no sangro! ¡Ya no sangro, Manú! —Cayó de rodillas de nuevo y besó varias veces las manos de su benefactora—. ¡Dios te lo pague! ¡Dios te lo pague con tantas bendiciones y dicha! ¡Gracias, gracias!

Emanuela sonrió con timidez, más bien avergonzada, y retiró las manos. Le había detenido el flujo de sangre, pero no la había curado. Después de tantos años, sabía, como lo había sabido con doña Florbela y con otros, que su don sanador no contaba con el imperio para curar a Olivia. El mal que se apoderaba de sus entrañas era oscuro, perturbador y más poderoso que cualquier otro con el que Emanuela se hubiese enfrentado. Se alegraba de haberle concedido un respiro al restañar la hemorragia.

—Ahora ve a tu casa y acuéstate —le indicó—. Es necesario que comas carne, leche, huevos y legumbres para recuperar el vigor que se te ha escapado junto con la sangre.

—Así lo haré. —Volvió a aferrarle las manos y a besárselas—. Gracias por perdonarme. Gracias por curarme.

—Solo Dios sabe si te he curado —expresó con prudencia—. Habrá que esperar.

—Sí, entiendo. Pero que haya dejado de manar la sangre de entre mis piernas para mí es milagro suficiente.

—Ve y acuéstate —insistió Emanuela, que deseaba quedarse sola.

—Sí. —Olivia se levantó y dudó antes de irse.

—¿Qué sucede?

—Manú, quiero que sepas que, después de aquella noche en la torreta, Aitor nunca volvió a tocarme. Se casó conmigo porque de otro modo habría tenido que irse del pueblo. Mi *pa'i* Ursus no se lo habría permitido, quedarse y no desposarme. Pero nunca fuimos marido y mujer. Vivía la mayor parte del tiempo en casa de Malbalá, y solo venía a la mía cuando mi *pa'i* Ursus lo amenazaba o cuando su *sy* lo convencía. —Arrugó la cara en un intento vano por contener el llanto—. ¡Aitor me odia, Manú! ¡A mí, y a las niñas también!

Emanuela, que no sabía qué decir, guardó silencio mientras Olivia acababa de llorar y se calmaba. La mujer se secó la cara con las manos. Mantuvo la vista apartada al decir:

—Solo quería que lo supieses.

—Está bien. Ahora ve.

* * *

Antes de marcharse del pueblo, Emanuela apartó a Ñezú y le refirió su experiencia con Olivia.

—Le impuse las manos, *taitaru*, pero solo conseguí detener la hemorragia.

Los párpados rugosos y caídos del *paje* se levantaron con rapidez en un gesto de asombro que Emanuela no le conocía y que revelaron los ojos con arco senil.

—¿Le impusiste las manos?

—Sí, *taitaru*.

—¿Cortaste la hemorragia? —Emanuela asintió—. ¿Cómo lo conseguiste? Que tu don funcionase —se explicó Ñezú, que era el único a quien Emanuela le había confiado que su don funcionaba cuando el amor la invadía.

—Pensé en Octavito, *taitaru*, en cuánto me dolería dejarlo en este mundo siendo tan pequeño. Pensé en sus hermanas, las hijas de su padre, en que me gustaría que algún día se conocieran y se amasen.

Ñezú esbozó una sonrisa, bastante infrecuente también, y le palmeó la mejilla con torpeza.

—Pero no la curé, *taitaru*.

—El *pa'i* Segismundo ha probado todo lo que conoce para estos casos de sangrado que no acaba. Yo también. Olivia está en manos de Tupá, hijita.

Los interrumpió Calatrava, que sonreía y lanzaba vistazos ansiosos a Emanuela. Extendió la mano hacia Ñezú, que la apretó sin fuerza.

—Ha sido un gusto conoceros, Ñezú —aseguró, y Emanuela tradujo—. Sin vuestro tónico, hoy estaría muerto y no habría podido conocer a la hija que me dio mi María Clara.

El anciano dirigió la mirada hacia su nieta, que volvió a traducir, y asintió. Esa mañana, Emanuela había convocado a su familia, aun a los Ñeenguirú que no le dirigían la palabra a Malbalá y también a los Amaral y Medeiros, y, una vez que los tuvo reunidos en la enramada, con Ursus a su lado, les contó acerca de la revelación de Calatrava. Su *sy*, don Vespaciano, Lope y Ginebra, a quienes les había confiado la historia de Calatrava y de María Clara un rato antes, se mantuvieron impertérritos. En cuanto a las reacciones de los demás, hubo exclamaciones ahogadas, gestos de sorpresa, miradas recelosas, comentarios murmurados, pero nadie expresó abiertamente lo que pensaba. Emanuela paseó la mirada sobre ellos y la detuvo en la de Ginebra. Como de costumbre, sus ojos negros no comunicaban nada. Hizo el

ademán de aproximarse, pero la muchacha recogió el ruedo del vestido y se alejó.

—¿Te irás a vivir con él a Asunción? —preguntó Bruno a viva voz, y don Vespaciano, que permanecía con la vista baja en la mecedora, la levantó con rapidez. Emanuela lo miró al contestar «no», y la sonrisa benévola y de alivio que le devolvió el hacendado le recordó a las de Aitor, por inusuales, porque no le iban a un rostro hecho para ceños y rictus.

Calatrava había expresado su intención de tenerlos, a ella y a Octavito, en su chácara en un futuro no muy lejano, a lo cual Emanuela había asentido sin comprometerse, a sabiendas de que su visita no acontecería sino hasta dentro de un buen tiempo. Romelia le había referido cuán pequeña era la vivienda y cuán difícil, doña Nicolasa. No cavilaría sobre esas cosas. Solo deseaba regresar a la hacienda de los Amaral y Medeiros y pasar un rato con doña Florbela. Esos dos días en San Ignacio Miní, en los cuales había sido venerada y festejada, en los que se había reencontrado con su gente y con sus mascotas, había sido feliz, aunque también le habían servido para darse cuenta de que, para ella, la palabra hogar, en el presente, se decía *Orembae*.

Emanuela, con la ayuda de Juan, trepó al birlocho y, con Orlando en la falda y Saite en el hombro, se dio vuelta en el asiento para verificar que subieran a sus otras mascotas, Timbé, Miní y Porã, en la carreta que les había prestado Ursus para transportarlas hasta la hacienda. Ginebra, que desde la mañana no le dirigía la palabra, se acomodó a su lado. Emanuela la buscó con la mirada, a la que Ginebra rehuyó simulando despedirse de quienes rodeaban el vehículo. Acabados los saludos finales, el coche se puso en marcha, y el pueblo lo siguió arrojando flores de *mburukuja* y de naranjo y entonando canciones.

A la salida del pueblo, cuando el bochinche comenzaba a languidecer, Emanuela buscó la mano de Ginebra y se la apretó. La muchacha posó la vista en la mano por la que muchos habrían dado oro para que los tocara.

—De todo este asunto —susurró Emanuela—, lo que más feliz me hace es saber que tengo una hermana y que Emanuelita y Milagritos son mis sobrinas. Soy feliz por tenerlas, Ginebra. Y tú me tienes a mí. Solo pensemos en eso, en que nos tenemos la una a la otra y que siempre estaremos para ayudarnos. Solo piensa en eso. Por favor.

Ginebra asintió, incapaz de hablar a causa del bulto que le endurecía la garganta. Una lágrima desbordó y, antes de que pudiese detenerla, la vio explotar sobre la mano de Emanuela. Aunque trató de seguir el consejo, no consiguió ahogar la voz que la atormentaba al recordarle que estaba enamorada del hombre que amaba a su hermana.

CAPÍTULO IX

Emanuela se acomodó en el escritorio de su recámara y se dispuso a contestar la carta de su padre, Hernando de Calatrava. Escribió la fecha, 14 de febrero del año de la gracia de Nuestro Señor de 1757, y el encabezamiento, «Estimado don Hernando». Detuvo la pluma y se quedó mirando el nombre; no se decidía a llamarlo «padre». Aunque hacía un año que no se veían y pese al poco tiempo compartido en San Ignacio Miní, habían ido conociéndose a través de una relación epistolar fluida, en la cual Emanuela había descubierto que, en ocasiones, revelar los sentimientos con la palabra escrita resultaba más fácil que hacerlo con la hablada.

En esa ocasión, Emanuela respondía al saludo que Calatrava le había enviado para su natalicio y que se lo había entregado Ursus, recién llegado de Asunción, donde había encontrado a Calatrava. Su carta parecía un canto a la alegría, una oda a su hija menor, a la hija de su adorada María Clara. Emanuela, que, gracias a Romelia, sabía que la vida de don Hernando era de todo menos una oda a la alegría y que las cosas no iban bien con su mujer, lo quiso un poco más por ocultarle sus penas y problemas. Estaba al tanto de que doña Nicolasa había armado un escándalo de órdago al enterarse de que su esposo la había traicionado con una limeña, que, para más escarnio, le había dado una hija, la tal Manú. Había amenazado con abandonarlo y regresar a *Orembae*. Calatrava, quien, durante el desahogo de la mujer, había conservado los papeles, reaccionó con violencia ante la provocación.

—No volverás allí —le advirtió— simplemente porque te mataré antes de que pongas pie de nuevo en esa casa, y te lo impediré no para evitar que vuelvas a arrastrarte hasta la cama de Vespaciano, sino porque no quiero que, con tu crueldad innata, vayas allí a destruir la paz y la armonía que por fin ha conseguido esa familia.

Visitar a su padre en Asunción estaba fuera de discusión por el momento. Era justo decir que tampoco habría abandonado *Orembae* aunque su madrastra hubiese manifestado que la recibiría con los brazos abiertos. La casa y sus habitantes dependían de ella, y nada le causaba tanta dicha como saberse necesitada y respetada. La salud de doña Florbela y la educación de los niños constituían sus principales responsabilidades, si bien la rutina se conformaba de muchas otras, sin mencionar que la consultaban antes de tomar una decisión, como por ejemplo cuando el mal hábito de Emanuelita de comerse las uñas se pronunció, y Ginebra, desesperada, le pidió consejo. A Emanuela la hizo feliz que su hermana —le gustaba pensar en ella como «su hermana»— volviese a confiar en ella después de meses de mantener una actitud cordial, aunque más distante de lo normal.

—Prepararé una tisana de ajeno muy concentrada con la que le embeberemos las puntas de los dedos mientras duerme. Verás que el sabor amargo le repulsará y no

volverá a comerse las uñas.

Al día siguiente, cuando la niña se quejó del mal sabor y hubo que darle un vaso con aguamiel para quitárselo, Ginebra declaró:

—No chilles tanto, hija. Es lo que sucede cuando te comes las uñas, se vuelven amargas.

Emanuelita, después de varios días de amanecer con las uñas ungidas con ajeno, abandonó la mala costumbre. Al tiempo, Ginebra se quejó de que Milagritos estaba más inquieta que lo usual, que no dormía bien de noche y que se lo pasaba tocándose la nariz porque le picaba.

—Son parásitos —diagnosticó Emanuela, y se dirigió a su cuartito, el que doña Florbela le había destinado para que secase sus hierbas y realizase sus preparados, donde machacó en el almirez semillas de zapallo, a las que les agregó corteza seca de güembé hecha polvo. Mezcló la pasta con dulce de higos y se la dio a los niños como postre durante tres días seguidos. La operación se repetía varias veces por año, como también la de la vacunación contra la viruela para los nuevos trabajadores de la hacienda y para sus hijos recién nacidos.

Emanuela se levantaba con el canto del gallo y era de las últimas en irse a la cama, e igualmente no le alcanzaban las horas para ocuparse de los quehaceres y las obligaciones. Malbalá le reprochaba que ni siquiera tomase una siesta cuando lo hacían los niños y que hubiese perdido peso.

—Los vestidos te bailan y ya no tienes pechos —la sermoneó.

Emanuela se observó con desconsuelo el estomaguero del vestido y ratificó lo que su madre afirmaba: le bailaba sobre el torso, y se angustió al acordarse de cuánto le habían gustado a Aitor sus senos generosos. Y aunque se dijo con fingida indiferencia: «¿Qué más da si él me ha dejado para siempre?», en el almuerzo repitió la comida y pidió ración doble del budín de arroz con leche.

Se esforzaba por no pensar en él, y se daba cuenta de que mantenerse ocupada, haberse convertido en ráfagas que iban y venían por la casa, el jardín y el huerto, era la manera que había conjurado para sofocar el recuerdo, aunque más no fuese durante las horas del día, pues por las noches nada de lo que probase —leer, rezar, tejer, coser, escribir— le quitaba de la mente el nombre de Aitor. Las horas más oscuras de la jornada coincidían con las más negras de su alma, cuando la tristeza le aniquilaba el buen ánimo y la conducía por derroteros que la deprimían. En los últimos tiempos, una frase que él había pronunciado en la víspera de su decimotercer natalicio la atormentaba especialmente. ¿Acaso se había olvidado de ese juramento? «*Jasy*», le había dicho, «*siempre, siempre regresaré al sitio donde tú estés. Quiero que confíes en mí. Nunca, nada ni nadie me alejará de ti*».

Lo que más la atormentaba era que Aitor hubiese olvidado que tenían un hijo.

* * *

Había soñado con Emanuela, como le sucedía a menudo. En ocasiones se sentía tan feliz de nuevo junto a ella, que al despertar y darse cuenta de que se hallaba en la cabaña de la mina, se deprimía y se lo pasaba de mal humor el día entero. Otras veces, se trataba de un sueño erótico, cuyo único rastro era la erección de la cual Engracia se ocupaba más que dispuesta. Sin embargo, eran las pesadillas las más frecuentes, como la que acababa de padecer, en la que Emanuela, desde el otro lado de un río, le gritaba que lo odiaba por no querer a Octavio. «¡Lo quiero!», había vociferado sin éxito, pues un sonido estruendoso, como el de una cascada, ahogaba su afirmación. «¡Lo quiero porque tú me lo diste! ¡Porque es de mi Jasy!»

—¡Almanegra! ¡Despierta, Almanegra!

Aitor se incorporó en la cama e, impulsado por el instinto, empuñó el cuchillo que escondía bajo la almohada. Engracia se echó hacia atrás. No gritó, no se asustó, no dijo nada y conservó la expresión impertérrita. Se mantuvo fuera de su alcance mientras esperaba a que él cayese en la cuenta de la realidad.

—Lo siento —masculló Aitor, y sacó las piernas fuera del lecho y se cubrió la cara con las manos.

—Tuviste otra pesadilla. ¿Quieres hablarme de ella?

Negó con una sacudida de cabeza y se puso de pie. La mujer le estudió el cuerpo desnudo con codicia. Tenía la espalda surcada por la mordida del látigo, además de varias cicatrices en el resto del cuerpo, que se había hecho en su pasado como aserrador y en el presente, como salteador de caminos y minero. La más reciente, que destacaba en la piel oscura gracias a su tonalidad magenta, la tenía en el muslo, donde lo había alcanzado una bala de plomo del *fazendeiro* al cual él y sus hombres le habían robado una decena de caballos excelentes.

—Te hará bien desahogarte, Almanegra.

—No. Por favor, tráeme una taza de café.

—Sí, enseguida. Aurelia lo tiene listo.

Se había aficionado al brebaje, en especial desde que robaban los sacos con los granos a los cultivadores portugueses. Lo despabilaba más que el mate, y le gustaba su sabor amargo. ¿Le gustaría a su Jasy? Apretó los puños y los dientes. No veía la hora de que los restos del sueño se desvaneciesen y, con ellos, el recuerdo de Emanuela. La había soñado a causa de su vigesimoprimer natalicio, que había acontecido días atrás. Sí, se debía a eso.

—¡Bah! —exclamó, y arrojó la camisa al suelo.

¿A quién quería engañar? El natalicio no había acontecido días atrás; habían transcurrido varias semanas. Lo cierto era que *siempre* la pensaba, fuera el día que fuese; *siempre* la llevaba clavada en la mente, como una espina de la que no podía desembarazarse por mucho que apretase, por mucho que se sajase la carne para quitársela.

Acabó de vestirse y abandonó la pieza de la cabaña que habían erigido cerca de la mina y que compartía con Engracia. Cuando su esposo, Máximo de Atalaya, volvía a

La Emanuela de uno sus frecuentes viajes, ella se mudaba con él, lo atendía, le cocinaba, le lavaba, pero de noche, sin necesidad de fugarse como una ladrona, partía a dormir con su amante.

Aitor entró en la sala contigua y se sentó a la mesa, donde apoyó las manos unidas. Se quedó mirándolas sin verlas, mientras seguía atado al mal sueño. Bajó los párpados e inspiró profundamente para quietarse. Las palpitaciones alocadas se acallaron al tiempo que los sonidos de la mina comenzaron a imponerse. El trabajo nunca se detenía, el horno nunca se apagaba, la chancadora siempre giraba y molía el metal. Y él era el dueño absoluto de esa explotación que, poco a poco, empezaba a demostrar su valor.

Engracia apartó la tela que servía de puerta durante el día y franqueó el paso a Ciro, que entró con un cacharro y un plato, ambos humeantes, y los depositó delante de su amo.

—Gracias —dijo Aitor, con voz ominosa, y sorbió un trago de café antes de lanzarse sobre el guiso de pecarí.

—¿Se puede?

—Pasa, Aurelia —indicó Engracia, y le sonrió.

—Buen día, Almanegra.

—Buen día —contestó, con la cara cerca del plato, no tanto porque estuviese famélico, sino porque no quería ver a la hermana de Matas; le hacía pensar en Emanuela, en que sus manos le habían salvado la vida, en el abrazo que se habían dado después y en las palabras que ella le había susurrado. «*Y yo te seguiría a cualquier parte, porque donde tú estés, ahí está mi hogar*». ¿Aceptaría vivir en esa mina, en esa casucha misérrima, para estar con él? ¿Renunciaría a los lujos de *Orembae*?

—¿Puedo empezar con la limpieza, Engracia?

—Sí, Aurelia. Por la pieza. Cambia las sábanas, por favor.

—Sí, por supuesto.

—Ciro, quiero afeitarme —declaró Aitor.

—Sí, Almanegra. Enseguida. —Desapareció detrás del trapo.

Así se habían resuelto las cosas: Delia y Aurelia habían abandonado las labores en la mina para ocuparse de la limpieza de las cabañas de los «jefes», como también de la preparación de las comidas, no solo las de los jefes, sino también las de los trabajadores, para lo cual contaban con la inestimable ayuda de Ciro, que, por otro lado, mostraba un celo rayano en la obsesión a la hora de atender al amo Almanegra.

—Conan llegó anoche muy tarde —anunció Engracia, y se sentó a la mesa—. Acabo de cruzármelo y me pidió que te dijese que quiere verte. —Aitor gruñó a modo de respuesta y Engracia suspiró—. Almanegra, necesito mosca roja. Ya casi acabo con el último lote.

—Está bien —masculló, siempre con la vista en el plato—. Enviaré hoy mismo a los muchachos.

—Me voy a trabajar —anunció, y caminó despacio hacia la puerta en la esperanza de que Almanegra la llamase y le sonriera. Nunca sonreía; lo había visto hacerlo en contadas ocasiones, las que ella atesoraba. Los días que soñaba con esa mujer —no hacía falta que Almanegra le confesase que los sueños que lo atormentaban tenían a la tal Manú como protagonista— se volvía más hosco que de costumbre, y ella detestaba su mal humor. Abandonó la cabaña sin obtener la sonrisa.

Aitor acabó el guiso y salió a la enramada. Fijó la vista en el vaivén de las caderas de Engracia, que se alejaba hacia la pieza para la alquimia, como la llamaba Máximo de Atalaya, y se dio cuenta de que no era el único que lo apreciaba. Algunos trabajadores, que se acercaban para echar los pedazos de metal en la trituradora, fijaban la vista en sus asentaderas o en sus pechos. Lo sorprendió la ausencia de ira o de celos; no hubo nada. Quería a Engracia, la respetaba, y lo atraía con su belleza y su carácter enigmático; pero no le pertenecía, como él no le pertenecía a ella. Sonrió con amargura y algo de sarcasmo al calcular cuál habría sido su reacción en caso de que esos hombres hubiesen estado ojeando a Emanuela. Se mordió el labio y apretó los párpados al recordar cómo la había castigado la noche en que la espío mientras ella tocaba el clavicordio con Titus de Alarcón a su lado y el torero Cabrera a pocos pasos. Le remordía la conciencia evocar las escenas en que la había poseído con ira, como si la culpase de la codicia de esos dos. Lo mortificaba acordarse de su cara de confusión y dolor, mientras él se impulsaba dentro de ella. La había hecho llorar.

—Amor mío —susurró—, perdóname.

Carraspeó y volvió dentro de la cabaña al ver que Ciro se aproximaba con los aparejos para afeitarlo. Conan entró detrás del africano.

—Buen día, Almanegra.

—Buen día. Llegaste anoche.

—Así es.

—Siéntate. Ciro, trae café para los dos.

—Sí, Almanegra.

—¿Cómo te fue? —quiso saber Aitor, sin ocultar la ansiedad, y Conan sonrió.

—Excelente. Pedro da Silva —Conan se refería a un fabricante de enseres de estaño de Río de Janeiro— y Gomes da Costa y Lima —hablaba de un fabricante de cañones de la misma ciudad— se han comprometido a comprar toda nuestra producción, la cantidad que sea, ¡toda ella y por el tiempo que dure la mina!

El entusiasmo de Conan Marrak, que en general desplegaba un carácter prudente y reservado, contagió a Aitor, que sonrió contra todo pronóstico.

—¡Bien hecho, Conan!

Brindaron con el café que Ciro les colocó delante. Aitor sorbió unos tragos antes de indicar al africano que comenzase a afeitarlo.

—¿Has visto a Corvalán?

—No —dijo Conan—, no me lo he cruzado. Apenas amanece.

—Pues llegó hace dos días. El hombre de Potosí...

—¿El que fabrica utensilios de bronce y estaño?

—El mismo. Pues Corvalán lo convenció de que adquiriese nuestro estaño, y te aseguro que la cantidad es enorme. Necesitaremos más trabajadores para cubrir los nuevos pedidos sin descuidar nuestros viejos clientes.

Aitor guardó silencio para no dificultar el trabajo de Ciro, y Conan aprovechó para beber el resto del café. Salieron de la cabaña y se dirigieron hacia el arroyo, donde la actividad ya era frenética pese a que acababa de amanecer. Sobre todo en esos días de verano, de calor impiadoso, se aprovechaban las horas tempranas y las vespertinas para trabajar en la obtención de la casiterita. La sensación de poder que le inspiraba el despliegue de gentes trabajando para él borró los últimos vestigios de la pesadilla y lo impulsó a desplazarse con aire de comando. «*Logro todo lo que me propongo, Jasy. Deberías saberlo*».

Había cientos de personas lavando pedazos de casiterita u obteniéndolos a fuerza de horadar la barranca del arroyo con barretas y picos; cientos de personas que trabajaban para él, que lo ayudaban a construir la fortuna que, poco a poco, comenzaba a acumular. Al final, el dichoso conflicto causado por la firma del Tratado de Permuta se había vuelto a su favor. La guerra con los guaraníes había acabado el año anterior, hacia el 10 de febrero, en las estribaciones de la colina de Caaybaté, donde los indios habían levantado un pequeño fuerte. La batalla no había durado mucho, y las muertes había sido numerosas del lado guaraní, más de mil; se decía que alrededor de ciento cincuenta habían caído prisioneros; el resto había escapado. Muchos trabajaban en ese momento para él, y no pasaba un día en el que una o más familias se presentasen pidiendo refugio y trabajo, pues no querían volver a vivir en las doctrinas jesuitas ni convertirse en yanaconas de los estancieros españoles, pero tampoco les gustaba la selva; era una vida demasiado dura, para la cual no estaban habituados. Por esa razón, en la mina no faltaba la mano de obra, cuando en un principio se había constituido como la gran preocupación de Aitor, de los Marrak y de Corvalán. Sin duda, el conflicto había sido beneficioso para *La Emanuela*.

Aitor y Conan, a quienes se les unió Corvalán, pasearon por el arroyo, vociferando órdenes e impartiendo indicaciones, mientras planificaban el mejor modo de responder al aumento repentino de la demanda. Hablaron con los caporales, que eran los jefes de una veintena de trabajadores, y también con el capataz general, que era Ismael Matas, y su asistente, Manuel López, con quienes fijaron las metas de producción para la semana siguiente.

—Necesitaremos construir otro horno y otra chancadora —comentó Ambrosio Corvalán, mientras regresaban al «pueblo», como llamaban al caserío que se alzaba cerca del Aguaray Miní.

—Lo decidiremos después de que Conan y yo hagamos ciertos cálculos —declaró Aitor con dureza, pues a veces lo fastidiaba que Corvalán se tomase atribuciones que no le correspondían. Era un buen hombre, honesto y sabía de minería, pero no era el dueño de *La Emanuela*, y Aitor se lo haría entender.

—Sí, sí, claro. Pero pensé que, como el negocio de los caramelos Almanegra va tan bien...

Para nadie del círculo íntimo de Almanegra era un misterio que cada vez que Máximo de Atalaya llegaba a la mina, traía un cofre cargado con monedas de plata y doblones de oro. De hecho, Rosario Contreras y tres indios de San Nicolás, hábiles guerreros, se habían convertido en su guardia del cuerpo luego de que una banda lo asaltó a la salida de Potosí, donde vendía la mayor parte de la producción; había salvado el pellejo de milagro. Carlos Frías y Lindor Matas se habían convertido en los responsables de la custodia de la mina, con quince indios cada uno bajo su mando, que hacían de pomberos y recorrían el perímetro día y noche. También eran responsables de la vigilancia de la cabaña de Aitor, donde se guardaban los documentos más importantes y los cofres con dinero, solo que a los soldados para esa tarea los había elegido él mismo, pues no se fiaba de nadie, tal vez solo de Conan Marrak y de Engracia. Eran seis, y habían peleado en la misma trifulca en la que Aitor había caído prisionero de los mamelucos para terminar estaqueado en su campamento. Uno de ellos era cacique Cristóbal Paicá, que veneraba a Aitor por haberle salvado la vida a su hija Lucía, la cual también, pese a las quejas de Engracia, era de las privilegiadas que custodiaban la casa del patrón de la mina. La muchacha no se había jactado en vano de sus dotes de arquera, y había sorprendido a Aitor al demostrar la rapidez y la certeza que desplegaba al momento de arrojar una flecha. Salían a cazar juntos, y mucha de la comida que alimentaba a esa ingente cantidad de personas se debía a la excelente puntería de la joven. Más allá de eso, también lo veneraba, y habría muerto antes que traicionarlo. Sus hermanos, los dos hijos mayores de Cristóbal Paicá, también formaban parte de su guardia personal. Los otros dos que completaban el grupo de seis eran dos guaraníes de Santo Ángel que, simplemente, le inspiraban confianza.

—Tú piensa en el horno y en la chancadora que tenemos ahora, y de las cuales tú e Hilario son responsables —señaló Aitor a Corvalán—. Del resto, me ocupo yo.

—Sí, Almanegra. Me despido —dijo el peninsular, y se alejó en dirección al sitio donde depositaban la leña para el horno, que nunca debía faltar.

—Le hablas con demasiada dureza —le reprochó Conan.

—Le hablo como se merece. ¿Quién es para venir a meterse en mis negocios con los Atalaya? La cuestión de los caramelos...

—Pero Ambrosio tiene razón, Aitor. Nos harán falta un horno y una chancadora. De nada valdrá reventar a los mineros en el arroyo para que cubran las cuotas de producción, si luego no tenemos cómo triturar el metal ni fundirlo.

—No tocaré lo que obtengo por la venta de los caramelos para invertir en la mina. Ya sabes que eso tiene otro destino.

Se miraron fijamente. Tiempo atrás, Aitor le había confesado que lo obtenido por la venta de los caramelos afrodisíacos lo guardaba para adquirir una propiedad en Asunción —en un viaje reciente, le había echado el ojo— y convertirla en un palacio

más grande que la catedral y el Cabildo, uno como la ciudad jamás había visto. En él, llevaría a vivir a Emanuela y a su hijo.

—Entonces, si no tienes intención de echar mano de eso, tendrás que salir a robar ganado o azogue, esas maldades que tan bien se te dan cuando te pones la máscara y te echas encima la capa negra, porque ya sabes que, por el momento, lo que da la mina sirve para pagar los salarios y comprar herramientas. —La expresión reprobatoria del cornuallés provocó una risotada a Aitor—. Ríe, ríe, pero me gustaría saber qué diría Manú si supiese lo que haces con esa máscara.

—Me condenaría. Pero las mujeres no sirven para estas cosas. Cuando un hombre se ha propuesto algo, no hay nada a lo que no echaría mano para lograrlo. Y yo soy así, Conan, nada me detiene hasta que obtengo lo que deseo. No puedo evitarlo. Prefiero arrepentirme por hacer algo que deseo que por no haberlo hecho.

El joven cornuallés soltó el aire por la nariz con una exhalación larga y sonrió con benevolencia.

—Lo sé, amigo mío. Lo sé. Y te admiro por eso, aunque debo admitir que tu comportamiento me da vértigo, me perturba.

—¿Qué quiere decir vértigo?

—Es la sensación que te recorre las piernas cuando te asomas a un abismo. En resumidas cuentas, tu comportamiento es demasiado osado para mí.

—La osadía déjala de mi parte. Tú dedícate a hacer cálculos y números, que se te dan bien. Y dime cuánto necesitaremos así sabré a qué mameluco malnacido despojar.

—A veces creo que eres feliz vistiéndote de Almanegra, causando estragos entre los portugueses y los españoles que apoyaron el Tratado de Permuta. A veces me das miedo, Aitor.

—Eso es lo que deseo, que me teman. Si me temen, me respetan. Es la única manera que tengo para controlarlos. —Dirigió la vista hacia el arroyo, donde se reunía la mayor cantidad de trabajadores de la mina—. Con el miedo.

—Ya sabes lo que pienso al respecto. No me gusta repetirme, pero debes entender que, además del miedo y de la fuerza, necesitas ser justo y sagaz para conservar el poder, porque solo así te serán fieles, y lo que más necesitas es que no te traicionen.

Aitor asintió con gesto preocupado, mientras meditaba que la fidelidad de su gente era clave.

—Discúlpame —dijo súbitamente, y caminó hacia el jinete que entraba en el predio de la mina. Se trataba de uno de los *tapererepura* que llevaba y traía mensajes en su nombre y entregaba pedidos de caramelos Almanegra. Se llamaba Carmen y cubría la zona del Paraguay.

Poco tiempo atrás, en una acción temeraria que había enojado a Conan, Aitor se había aventurado en la capital provincial, donde se asentaba el ejército después de haber aplastado la rebelión guaraní. Retenes y compañías se desplazaban de aquí para allá, en especial para fijar los sitios donde se erigirían nuevos presidios, como

llamaban a los fuertes, con el fin de evitar que los portugueses avanzaran más allá de los nuevos límites. Las calles estaban llenas de soldados, incluidos los blandengues. Cualquiera podría haberlo reconocido de sus días transcurridos en la mazmorra de Buenos Aires, aunque hubiesen sido dos.

Aitor juzgaba vanos los resquemores de Conan. ¿Quién lo recordaría después de tantos años, a él, un simple contrabandista de Buenos Aires? Además, no veía otro modo de restablecer la comunicación con su *pa'i* Ursus. Desde que San Nicolás y su capellán, el padre Carlos Tux, punto de contacto en el pasado, habían desaparecido, no sabía nada de Emanuela ni de su hijo, y la falta de noticias estaba volviéndolo loco. Por fortuna, el día en que entró en la iglesia de la Compañía de Jesús, su *pa'i* Santiago estaba confesando. Se arrodilló frente al ventanuco y se presentó. Luego de que el jesuita sofocase la emoción y la sorpresa, sentaron las bases para un flujo de mensajes seguro.

—¿Me traes algo, Carmen?

—Sí, Almanegra. —El *tapererepura* introdujo la mano en el morral que le cruzaba en el pecho y extrajo una carta con un sello de lacre—. Me la dio el *pa'i* Santiago.

Aitor contuvo el impulso que lo apremiaba a correr hacia la cabaña y encerrarse para leer las primeras noticias después de más de un año. Caminó a paso tranquilo y cerró cuidadosamente la puerta, en realidad una placa de tacuaras y cuero, y se detuvo bajo la única ventana por donde se filtraba la luz. Quebró el lacre. Lo primero que hizo fue leer la fecha: 14 de febrero de 1757. «Dos días después del natalicio de mi Jasy», calculó.

«Hijo mío, Dios te bendiga y te conserve con bien. Qué alegría cuando tu pa'i Santiago me hizo saber de tu aparición en la ciudad. Qué consuelo también, porque me angustiaba la falta de noticias.

»Acabo de regresar de Orembae, adonde fui para festejar el natalicio de Manú. Querrás saber de ella y de tu hijo. Me alegra decirte que se encuentran en perfecto estado de salud y de ánimo.

Paradójicamente, la noticia por la cual le había temblado el alma —saber si su mujer y su hijo estaban bien—, además de aliviarlo y alegrarlo, también lo sumió en los celos y en la angustia. Ellos podían estar bien sin él, mientras que él, sin ellos, era un despojo.

»Octavio cada día semeja más a ti. Manú le deja el cabello largo, y me hace pensar en ti, cuando no permitías que te lo cortásemos después de haberte pelado a causa de los piojos. Sus ojos son como los tuyos, amarillos, aunque un poco más grandes, como los de Manú, y con una mirada más límpida, sin nada de la suspicacia de los tuyos. En todo lo demás es tu vivo retrato.

»Juan está enseñándole a tocar el violín, y sorprende lo virtuoso que es con tan solo poco más de tres años. Juan dice que él nunca ha conocido a alguien de tan corta edad y con tal aptitud. Manú está enseñándole a leer y a escribir, en guaraní y

en castellano, junto con sus primas, pues es muy precoz. He visto sus cartapacios, y me alegra informarte que no heredó tu espantosa caligrafía, sino la delicada y bella de su madre. Tienes un hijo alegre, vivaz, amoroso. Muy apegado a Manú y querido por todos, en extremo mimado por Vespaciano, en demasía a mi gusto, pues lo esponja y regala como a nadie. Sus primas, que podrían estar envidiosas, en cambio lo adoran. Todo es armonía y felicidad en Orembae.

De nuevo, bajó la carta y cerró los ojos. Se imaginó espiándolos, a Lope, a Emanuela y a su hijo. ¿Llamaría papá a su hermano? Los pensó jugando y riendo en un ambiente bucólico y apacible. Casi hizo un bollo con la carta. Siguió leyendo.

»Me enorgullece decirte que Manú se ha convertido en el corazón de ese sitio. Desde que la salud de doña Florbela se ha resentido tanto y siendo Ginebra como es, más bien indolente, Manú se ocupa de las cuestiones domésticas con mano de hierro en guante blanco. Es la favorita de Vespaciano y el solaz de doña Florbela. Estaba hermosa en su vigesimoprimer natalicio, aunque tu sy se quejaba de que estaba muy delgada. La noto contenta y tranquila, pero como te conozco y sé qué oscuros pensamientos te atormentarán, quiero que sepas que, aunque contenta y tranquila, sus ojos no brillan como antes. Aitor, en mis tantos años en esta Tierra, he sido testigo de muchas cosas, hijo mío, pero el milagro más grande que he tenido la suerte de presenciar es el sentimiento fiel y profundo que Manú siente por ti y por tu hijo.

A ese punto, Aitor se arrastró hasta la silla. Apoyó el codo en la mesa y se cubrió la frente. Intentó sofocar el llanto que le desgarraba el pecho y la garganta. Se apretó los ojos y tragó varias veces hasta controlar el impulso que lo debilitaría.

»Antes de despedirme, tengo que comunicarte una noticia muy triste. Olivia está enferma desde hace mucho tiempo y, aunque finge entereza, sé cuánto sufre y qué debilitada está. Un año atrás, Manú visitó San Ignacio Miní y le impuso las manos...

—¡Qué! —Releyó la frase, incrédulo, y prosiguió con avidez renovada.

»Un año atrás, Manú visitó San Ignacio Miní y le impuso las manos, que detuvieron una hemorragia que se la habría llevado en poco tiempo, pero que no le curaron el morbo. Y lo ha hecho en varias ocasiones desde entonces. Cuando la hemorragia recomienza, Ñezú sube a Olivia a una carreta y la lleva a Orembae, donde Manú se la restaña. Tu taitaru asegura que la intervención de Manú le ha prolongado la vida, pero que, más temprano que tarde, Tupá se la llevará. Me doy cuenta de que Manú siente culpa por no ser capaz de curar lo que está matando a Olivia.

»Es menester que vengas a San Ignacio, hijo mío. Debes despedirte de ella y hacerte cargo de las niñas, que se sentirán perdidas sin su madre. Envíame aviso y organizaré tu regreso de modo que nadie lo sepa.

»Hijo, por el bien de Manú, quema esta carta apenas hayas terminado de leerla. El Santo Oficio sigue tras de ella.

»Que Tupá te bendiga y te proteja, y te libre de todo mal. Pa'i Ursus».

La carta lo sumió en un estado de estupor que lo mantuvo quieto en la silla, con la

vista fija en la nada. El campanazo que convocaba a los trabajadores a comer lo sobresaltó y cayó en la cuenta de que, durante más de una hora, se había limitado a darle vueltas a un asunto que le resultaba inexplicable: Emanuela había usado su don para ayudar a la mujer que había destrozado sus ilusiones y sus sueños. En un primero momento, se enojó con ella, incapaz de comprender por qué quería salvar a la mujer culpable de la separación que padecían. Después de superar la perplejidad y sin resolver el misterio que encarnaba Emanuela, se convenció de que solo una criatura tan exquisita y elevada como su Jasy contaba con la fortaleza para perdonar a un par de cretinos como Olivia y él. Y aunque debería haberse sentido avergonzado y poco digno, o, en el peor de los casos, resentido y furioso, su espíritu obró como de costumbre, guiado por el egoísmo, y se sintió orgulloso de ser el dueño de esa criatura elevada y la deseó para él más que nunca.

* * *

El 17 de noviembre de 1757, Octavio Vespaciano Aitor de Amaral y Medeiros cumplía cuatro años. Desde la mañana, la familia y los domésticos lo habían mimado, regalado, alabado y complacido. Después del desayuno, don Vespaciano lo condujo en su caballo hasta el potrero donde se hallaban los ejemplares más valiosos y le señaló un potrillo de alazán, que corría con un entusiasmo que arrancó risas al niño.

—Ese potrillo, Octavio, es tuyo. Es mi regalo por tu natalicio.

El niño se giró en la montura y clavó los ojos dorados e intensos en los azules de su abuelo.

—¿De veras, *taitaru*?

—De veras, hijo. Debes pensar cómo lo llamarás.

Cuando regresaron a la casa, lo esperaban más regalos. Don Vespaciano le había mandado hacer una montura y unas botas con nazarenas de plata en una talabartería de Corrientes, una miniatura de las del abuelo; eran un primor. Sus primas lo esperaban, ansiosas, para entregarle un conjunto de chaqueta, chupa y calzones, todo en fina seda dorada y con botones de oro, que, según Emanuelita, combinaban con la tonalidad de sus ojos, comentario que hizo fruncir el entrecejo al festejado y observar a la niña con expresión confundida. Lope y Ginebra le regalaron una camisa y una camisola sin cuello, las dos blancas, guirindola de encaje, medias de seda, también blancas, y los zapatos negros con taco y una gran hebilla de oro.

Cerca del mediodía, doña Florbela se sintió con ánimo para recibirlo, y lo lisonjeó al verlo engalanado con el conjunto dorado.

—Pareces un príncipe de una corte europea, Octavito.

—Gracias, abuela —contestó el niño, en castellano.

—Esto es para ti. Pertenece a mi padre. —Le extendió una cajita de terciopelo, que Emanuela le ayudó a abrir. Se trataba de un alfiler para embellecer la guirindola; era de oro y con un topacio en la punta—. El color del topacio es como el de tus ojos,

Octavito. —Emanuela prendió el alfiler, y doña Florbela sonrió desde la cama—. ¡Mira qué bien te queda, hijito! Eres todo oro y sol. Si pareces un príncipe.

Antes de que llegasen Ursus y los Ñeenguirú para aunarse a los festejos, Emanuela y Malbalá lo condujeron a la recámara y lo sentaron frente al tocador para adecentarlo. Emanuela le peinaba el cabello que le alcanzaba la mitad de la espalda, mientras Malbalá le limpiaba las hebillas de oro de los zapatos, empañadas por corretear en la hierba húmeda del jardín.

Emanuela sonreía para sí, mientras cepillaba los largos mechones lacios y negros y pensaba en cuánto le recordaban a los del padre. Un sentimiento de orgullo y amor por esa criatura magnífica que habían creado ella y Aitor le mantenía las pulsaciones aceleradas.

—¿Mamita?

—¿Mmm?

—¿Por qué tú tienes la cara de un color y yo de otro?

—¿Por qué tengo la cara de un color y tú de otro? —repitió la pregunta en guaraní para que Malbalá entendiese. Era, sin duda, un pedido de auxilio. Intercambió una mirada con su sy y luego buscó la de Octavio en el espejo.

—¿A qué te refieres? —dijo, para ganar tiempo.

—¿Por qué mi cara es oscura y la tuya no?

Reanudó las pasadas de cepillo con menos ímpetu y carraspeó.

—Tienes la piel del color de tu *jarýi*, hijito.

—¿*Jarýi*?

—¿Qué, Octavito?

—Tú eres la sy de mi sy, ¿verdad? —Malbalá asintió, en tanto Emanuela reflexionaba que la precocidad de Octavio, que tan orgullosa la ponía, a veces se le volvía en contra—. Entonces, ¿por qué tu cara no es del color de la de ella?

—Porque tu sy es la hija de mi corazón, pero no salió de mí, de mis entrañas. —Se tocó el vientre—. La verdadera sy de tu sy era blanca y se llamaba María Clara. Murió el mismo día en que tu sy nació.

—¿Yo no salí de las...

—Entrañas —lo ayudó Malbalá.

—Sí, de las en... trañas. ¿Yo no salí de las entrañas de mi sy?

—Claro que saliste de las entrañas de tu sy. Dormiste allí durante nueve lunas y después saliste.

—Entonces, ¿por qué soy de otro color?

—Porque heredaste mi color —replicó Malbalá. El niño ladeó la cabeza, confundido. La abipona suspiró con actitud vencida antes de explicar—: Yo, Octavito, soy la sy de tu *ru*, y él es oscuro como tú.

—¿Mi *ru*?

—Sí, tesoro.

—¿Dónde está mi *ru*?

La pregunta a la cual Emanuela había temido se presentaba cuando no estaba lista para responderla. Se preguntó si algún día lo habría estado.

—No lo sé, hijito.

—¿No me quiere?

—Te adora —aseguró la abipona, y Emanuela apartó el rostro para esconder el dolor que le causaba la mentira.

—¿Por qué no viene a verme hoy que es mi natalicio?

«Porque ni siquiera sabe que hoy es tu natalicio», se enfureció Emanuela.

—Porque está lejos —explicó Malbalá—, haciendo algo muy importante para que tú y tu sy vivan como reyes el día de mañana.

—Quiero conocer a mi *ru*. Quiero que me conozca y que me vea con estas ropas de oro.

—Pero él te conoce, hijito.

Emanuela se puso de pie con un movimiento agresivo y ahogó un bufido impaciente. Malbalá, que seguía de rodillas junto al taburete, elevó el rostro y la congeló al mirarla con una expresión entre endurecida y suplicante.

—Cuando eras muy pequeño, tan pequeño que no sabías caminar ni hablar, él vino a *Orembae* a conocerte. Tu *pa'i* Ursus le había avisado de tu nacimiento y él no podía con sus ansias por verte. Te sostuvo en brazos y te besó. Y tú lo miraste del modo en que me miras ahora, con las cejas muy juntas —la mujer le tocó el ceño, y el niño soltó una risita y sacudió los hombros—, y tu padre se emocionó. Te llamó hijo mío, hijo de mi alma. Y te prometió que un día vendría a buscarlos, a ti y a tu sy, y que se los llevaría para siempre con él.

Emanuela se alejó en dirección a la contraventana, donde apoyó la frente contra el vidrio y lloró en silencio. Conocía a Malbalá demasiado para saber que decía la verdad. ¿Por qué le había ocultado la visita de Aitor? ¿Por qué nunca la había mencionado?

—¿Cuándo vendrá? —se impacientó Octavio.

—Algún día.

—¿Y si no viene?

—Vendrá. Estoy segura de que tu *ru* vendrá.

—¿Por qué estás segura, *jarýi*?

—Dime, Octavito, ¿te gustaría vivir lejos de tu sy?

El cabello del niño voló cuando este giró la cabeza para echar un vistazo a su madre, que le daba la espalda. La volvió hacia su abuela y la agitó varias veces para negar.

—A tu *ru* tampoco le gusta vivir lejos de tu sy. La necesita y la echa de menos. Por eso sé que un día volverá. No puede vivir sin ella por mucho tiempo.

—Quiero que vuelva ahora.

—Ahora no. Se está ocupando de cosas importantes.

—¿Para que mi sy y yo vivamos como reyes mañana?

Aun Emanuela profirió una risita ahogada en llanto. Malbalá abrazó a Octavio.

—Sí, tesoro mío, para que tú y ella vivan como reyes *el día* de mañana.

La contestación pareció satisfacer al niño, pues sonrió mostrando los dientes y achinando los ojos. Se bajó del taburete y corrió hacia su madre, a la que tomó de la mano. Emanuela apretó los dientes para detener el llanto.

—¿Quieres que mi *ru* venga por nosotros, *sy*?

—Claro —dijo, y carraspeó.

—¿Mi *ru* te quiere, *sy*?

—A nadie tu *ru* quiere tanto como a tu *sy*, Octavito —intervino Malbalá, y le alcanzó un pañuelo a Emanuela, que dio vuelta la cara para secarse los ojos y soplarse la nariz—. La ama muchísimo, tesoro mío. Más que a nadie en este mundo.

—¿Más que a mí?

—Sí, más que a ti, más que a mí. Como a nadie —subrayó.

Octavio volvió la cabeza en dirección a su madre y le sacudió la mano para llamar su atención. Emanuela se puso de rodillas, y el niño le encerró la cara entre sus manitas que aún lucían regordetas, con hoyuelos en los nudillos.

—Yo también te amo muchísimo, *sy*.

—Gracias, hijito. Y yo a ti. Tanto que mi amor llega hasta el lugar más bello y lejano que existe, el *Yvy Maraé'y*.

—¿Estás triste, *sy*?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Echo de menos a tu *ru*.

—¿Lo quieres mucho?

—Sí, mucho.

—¿Más que a mí?

—Tu padre y tú son lo que más amo en este mundo. A los dos por igual.

De nuevo, la respuesta conformó al niño, que volvió a sonreír revelando los dientes. Llamaron a la puerta. Era Drusila.

—Señorita Manú, ha llegado el señor Cabrera, y el *pa'i* Ursus y los Ñeenguirú hace rato que conversan en la sala con don Vespaciano y don Lope. El señor Juan me ha pedido por el niño Octavio.

—¡Tío Juan! ¡Me prometió un violín nuevo! —recordó el pequeño, y corrió fuera de la habitación.

Emanuela sentía la mirada de Malbalá mientras, inclinada frente al espejo, se secaba los ojos, se coloreaba los pómulos con polvo de cochinilla y se acomodaba los rizos en el moño. Se incorporó con actitud impaciente y algo colérica. Fijó la vista en la de la abipona.

—Tú y yo hablaremos más tarde —le advirtió, y salió de la recámara.

* * *

Se trató de una larga jornada de festejos, conciertos, obras de teatro, comilonas y mucha bebida, ninguna alcohólica, hecho que no fastidió a don Vespaciano. Aprovechando la jornada cálida, pero no abrumadora, y confiándose en el pronóstico de Ñezú, que aseguraba que no habría lluvias, se improvisó un escenario en el jardín, ubicado de tal modo que doña Florbela, recostada en una *chaise longue* junto a la contraventana de su dormitorio, apreciase el espectáculo. Varios indios instalaron el clavicordio de Emanuela a un costado del entablado, mientras las indias lo decoraban con guirnalda de flores. Se invitó a los domésticos y a los peones para que oyesen música y disfrutasen de las dramatizaciones de las leyendas guaraníes y griegas, mientras disfrutaban de la comida y de la bebida. Todos aplaudían y reían con las actuaciones de los niños y de la señorita Manú, aunque fue la pieza que ejecutó Octavio con su violín, completamente solo, lo que enmudeció a la audiencia. La había compuesto Juan; era sencilla, e igualmente asombraba que una criatura que apenas se elevaba una vara y media del suelo, con manos aún pequeñas, contase con la habilidad para saber dónde colocar los dedos sobre las cuerdas del instrumento y arrancarle sonidos armoniosos. Acabada la melodía, Amaral y Medeiros, vociferando y aplaudiendo, subió al escenario y levantó en brazos a «su príncipe», como lo llamaba, y lo besó y lo abrazó. El niño, a quien Juan le había retirado el violín nuevo, cerró los bracitos en torno al cuello del hombre y lo apretó.

—Te quiero, *taitaru* —le susurró el niño, y Amaral y Medeiros alejó el rostro para mirarlo a los ojos. Se limitó a sonreír y a asentir, incapaz de hablar, y lo depositó en el entablado para pasarse un pañuelo por los ojos.

Era costumbre entre las familias españolas que los niños hiciesen sus comidas lejos de los adultos, en la recámara destinada para los juegos y el estudio, en especial si había invitados, como esa noche. Los nietos de Amaral y Medeiros la transgredían; el dueño de casa así lo había ordenado tiempo atrás. Con todo y pese a estar excitados y contentos por los sucesos del día, se quedaron dormidos en sus sillas porque no habían hecho la siesta. Drusila y otras domésticas los llevaron en brazos hasta sus dormitorios, seguidas por Malbalá, que no habría permitido que nadie se ocupase de meter en la cama a su nieto.

La mujer regresó media hora más tarde. Los comensales se habían trasladado a la sala, donde bebían tisanas y fumaban cigarros y pipas que perfumaban el ambiente con el tabaco de *Orembae*. Los invitados se pusieron de pie y anunciaron que se retirarían a descansar. Emanuela cruzó una mirada elocuente con su madre, luego otra con su *pa'i* Ursus, que asintió con gesto serio. Se inclinó para recibir la bendición y el beso en la frente de don Vespaciano, y le pidió:

—¿Me permite usar su despacho para hablar con mi *pa'i* y mi *sy*?

—Claro, hijita. ¿Algo te preocupa?

—Hoy me enteré de que Aitor vino a *Orembae* y que mi *sy* y mi *pa'i* me lo ocultaron. Usted también lo sabía, ¿verdad?

—Sí, hijita. Hablé con él.

—Entonces, creo que debería estar presente.

Al cabo, Malbalá, Ursus y Vespaciano se hallaban de pie en el despacho frente a Emanuela, que los observaba con un ceño y ojos duros.

—¿Por qué me han ocultado que Aitor estuvo en *Orembae*?

Vespaciano se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, mi ángel, la primera vez...

—¿La primera vez? ¿Quiere decir que estuvo más de una vez aquí?

—Dos veces —confirmó Malbalá.

—¡Me lo han ocultado dos veces!

—Por tu bien, Manú —intervino Ursus—. La primera vez vino para llevarte. A ti te faltaban tres meses para parir. Estabas muy gruesa, y ese día habías tenido una fuerte impresión al reencontrarte conmigo y con tu familia. Ni siquiera te sentías bien. ¿Cómo habría resultado tu reencuentro con Aitor? Podría haber perjudicado al niño, podría haberse precipitado el parto.

—¿Preguntó por mí? —quiso saber. Aunque la avergonzaba el ansia que le teñía la voz, necesitaba que se lo dijese.

—¿Que si preguntó por ti? —rio el jesuita—. ¡Te digo que vino para llevarte con él!

—Te observó dormir —musitó Malbalá, y el modo en que la miró y el acento que empleó dieron a entender a Emanuela que Aitor había sufrido.

—¿Por qué no me llevó con él?

—Porque lo convencimos de que no lo hiciese —expresó Amaral y Medeiros—. Lo hicimos entrar en razón. ¿Qué vida podía darte siendo un fugado de la justicia?

Emanuela se apretó el tabique nasal con el pulgar y el índice en un gesto exasperado, aunque también para simular la emoción, feliz porque Aitor no había faltado a su promesa. «*Jasy, siempre, siempre regresaré al sitio donde tú estés. Quiero que confíes en mí. Nunca, nada ni nadie me alejará de ti*».

—¿Y la segunda?

—Vino a conocer a su hijo —explicó Malbalá—. Estaba loco por verlo. Fue él quien trajo a Argos, Manú, para que los protegiese a ti y a Octavito.

—Argos apareció a principios del 54. No recuerdo el día exacto.

—El 2 de enero —aportó Amaral y Medeiros.

—¿No quiso llevarme con él?

—Estaba por partir hacia Potosí. No podía llevarte. El viaje habría sido fatal para Octavito, y él lo sabía.

—¿A Potosí?

—A Potosí —ratificó Amaral y Medeiros—, para inscribir una mina de estaño que halló a unas leguas hacia el norte, en el arroyo Aguaray Miní. Mi cuñado le heredó el mapa con la ubicación de la mina. Y Aitor se decidió a explotarla.

El recuerdo de la escena de años atrás la transportó a la intimidad de la habitación

de lo de Urizar y Vega. «Quiero darte lujos y bienestar. No quiero volver a discutir sobre este tema», se había impuesto Aitor. «¿Y si no lo logras?», lo provocó ella. «¿Si no logras conseguir dinero y prestigio?» «Logro todo lo que me propongo, Jasy. Deberías saberlo». «¿De veras?», siguió hostigándolo. «Conque logras todo lo que te propones. ¿Y qué te has propuesto que hayas logrado?» «Que seas mía». Atajó a tiempo el gemido que le llenó la boca y le infló el pecho. Inspiró profundamente para acallar el corazón, desbocado ante las memorias de lo que había seguido después, cuando Aitor le introdujo el pulgar en el ano y la tomó en cuatro patas. Sentía las mejillas afiebradas, sabía que se había ruborizado, y le latía el punto del placer entre las piernas.

—¿Está explotándola? A la mina.

—Sí —contestó Ursus.

—¿Cómo lo sabes, *pa'i*?

—Porque a principios de este año retomé el contacto con él por carta. —Sin remedio, Emanuela dio un paso hacia delante y fijó la mirada cargada de súplica en la del sacerdote—. Está bien, Manú. Él está bien. Loco por saber de ti, hijita, y de Octavio.

—Oh, *pa'i* —sollozó, incapaz de seguir mostrándose incólume cuando en realidad la angustia y la tristeza estaban destrozándola.

La resolución adoptada en el 53, cuando decidió dejarlo para no convertirse en su concubina, se le presentaba como una resolución ridícula, no le encontraba sentido, y seguía culpándose de haberlo abandonado cuando él la necesitaba.

—¡Aitor me necesita, *pa'i*! Me necesita, y yo lo abandoné.

El jesuita la encerró entre sus brazos largos y fuertes.

—Hijita, no te castigues. Hiciste lo justo. Aitor está casado —le recordó—. Tú y él habrían vivido en pecado.

Emanuela apartó el rostro y echó la cabeza hacia atrás para mirar al sacerdote a los ojos.

—Lo sé, *pa'i*, pero en este momento no me importa. ¡Sé que estoy pecando! Pero no puedo evitar amarlo como lo amo, *pa'i*, no puedo. ¡Perdóname!

—Rezo por ti, querida Manú. Todos los días del Señor, rezo por ti y sobre todo por él, para que, algún día, puedan estar juntos y encontrar la felicidad.

—Gracias, *pa'i* —susurró, y se secó la nariz con un pañuelo. Se apartó del abrazo sintiéndose conspicua y avergonzada. Unas manos fuertes se posaron sobre sus hombros, y se volvió para enfrentar los ojos benévolos de don Vespaciano.

—Manú, ángel mío, no llores. Me rompes el corazón.

—Es que lo echo tanto de menos, don Vespaciano.

—Lo sé. Yo también.

—Aunque no hable de él, aunque no pronuncie su nombre, él nunca abandona mi pensamiento.

—Lo sé, mi ángel, pero no quiero que desesperes. Mira, cuando estaba

dejándome morir, cuando la vida había perdido el sentido para mí, llegaste tú como un ángel del cielo y me curaste. Lo mismo ocurrirá contigo y con Aitor. El futuro, que tan negro se presenta ahora, se llenará de luz, ya lo verás. Solo te pido que tengas paciencia y que seas fuerte.

—Seré fuerte, don Vespaciano.

* * *

El sueño la rehuía. Su mente saltaba de las escenas felices durante el festejo del cuarto natalicio de Octavio a las revelaciones acerca de las visitas de Aitor. La fastidiaba una taquicardia para la cual no encontraba pose en la cama. Encendió una palmatoria y se levantó. Orinó en la bacinilla y se lavó las manos en la jofaina.

—¿Estás bien, hija? —preguntó Malbalá con voz de dormida.

—Un poco inquieta —admitió, en tanto se ataba el cinto de la bata—. No concilio el sueño. Voy a ver a Octavio. Vuelve a dormir, sy.

—Está bien.

Abrió la puerta que comunicaba ambas recámaras, sin hacer ruido. La cabeza de Argos se alzó de pronto, con las orejas atentas. «Argos, querido Argos», pensó. Aitor se lo había dado para que los protegiese, y el animal, desde ese día, no se había apartado de Octavio, como si hubiese comprendido su misión. Apartó el tul que cubría el lecho y le acarició la cabeza entre las orejas antes de inclinarse para velar el sueño de su hijo. Dormía boca arriba, una manita bajo el mentón, mientras con la otra sujetaba el balero, uno de los regalos por su natalicio; se había destapado. Le quitó el juguete con delicadeza, lo acomodó, lo besó en la frente y se quedó observándolo. ¡Cómo había disfrutado de ese día! Pese a haber descubierto que tenía un padre que no lo visitaría en mucho tiempo, no había perdido el buen ánimo ni su carácter dulce ni su avidez por la vida, y había gozado de los festejos. ¡Era un deleite verlo feliz! ¡Qué orgullo había experimentado cuando su pequeño tocó el violín! Con qué seguridad y solemnidad lo había hecho, ignorante del portento que encarnaba. ¡Cómo le habría gustado que Aitor lo hubiese visto!

Demoró el beso en la frente de Octavio hasta que sus fosas nasales se colmaron de su aroma, el mismo que tenía desde que era un bebé. Volvió a palmear a Argos, cerró el tul y abandonó la recámara. Visitó el dormitorio de las niñas y, después de comprobar que se encontraban bien, caminó hacia la sala, dispuesta a leer la carta que Hernando de Calatrava le había enviado con Leónidas Cabrera. Pensó en el torero, en lo elegante y gallardo que le había parecido con esa chaqueta y esa chupa de seda azul oscuro y bordados en hilos de plata, que continuaban en los calzones blancos, que tan bien le ceñían las piernas largas, de músculos definidos. Alejó la imagen; la juzgó una traición a Aitor, que había ido dos veces a *Orembae* y que se sacrificaba en una mina por ella y por Octavio. ¿Cómo sería aquello? Le habría encantado conocer el lugar.

Se ubicó en su silla del estrado, colocó la palmatoria sobre la mesa y rompió el sello de la misiva de su padre. Sonrió lo que duró la lectura. El hombre enviaba su afecto a Octavio y le repetía cuánto anhelaba que pasasen una temporada en su chacara en un futuro no muy lejano. «*He comenzado a levantar una pieza y una letrina a unas varas de la casa principal para ti y el niño, hija mía. Como te he comentado en mis anteriores cartas, la casa es pequeña, y yo deseo que, cuando nos visitéis, estéis cómodos y a gusto*». Emanuela sabía que, en realidad, construía la habitación aneja para evitar que doña Nicolasa y ella tuviesen que soportarse el día entero; al menos, eso aseguraba Romelia.

—Manú.

—¡Oh! —exclamó, y se sobresaltó en la silla—. ¡Don Leónidas! Me habéis dado un susto de muerte.

—Lo siento. No podía dormir.

—Yo tampoco —dijo, y dobló la carta. Tomó la palmatoria y salió del estrado, dispuesta a regresar a su dormitorio. Pese a que Cabrera había pasado la noche en *Orembae* en varias ocasiones, nunca habían vivido una situación como esa, en la que ambos se encontraban en saltos de cama. De nuevo la afligió la idea de que traicionaba a Aitor.

—Ha sido una fiesta maravillosa —comentó el Cordobés, y Emanuela se dio cuenta de que le daba conversación para evitar que se fuese.

—Sí, no podría haber sido más hermosa. No debisteis gastar tanto dinero en esos presentes para el niño —lo reconvino, pues Cabrera lo había regalado como nadie. Entre ropas, zapatos y juguetes —un caballito de madera con crin verdadera, un balero, pelotitas de vidrio de colores, llamadas canicas, y soldaditos de plomo—, Emanuela calculaba que había gastado más que don Vespaciano y Lope.

—Es un placer para mí comprar cosas para Octavito. Es un niño tan agradecido y alegre.

Emanuela, a pesar de sí, sonrió. En verdad lo era, y recordó cómo había agradecido y abrazado a Cabrera en tanto el hombre iba entregándole los obsequios. Se había aficionado al torero, y Emanuela sospechaba que el hombre se había propuesto ganarse el corazón del niño. No le había costado; en cada visita, lo regalaba con largueza y le destinaba tiempo para jugar. Pocas cosas le gustaban tanto a Octavio como sentarse en las rodillas del Cordobés y oír los relatos de sus días como matador. En cada visita, montaban un caballo e iban a la estancia de *Orembae* para visitar a Almanegra —nadie lo llamaba José Moro, y Emanuela se había resignado—.

—Gracias por haber viajado para su natalicio y por haberlo obsequiado con tanta generosidad, más allá de que no lo apruebo. Lo viciaréis.

—No lo haré. Siempre estarás tú para conservar el corazón puro y el alma noble.

En presencia de los demás, le destinaba un trato respetuoso; en soledad, siempre

la tuteaba, y ella no reunía el coraje para pedirle que no lo hiciese. Emanuela se acomodó como pudo el escote de la bata y carraspeó antes de despedirse.

—Manú, todo el día he deseado poder hablar contigo a solas. Hay algo que quiero contarte y que te hará feliz.

—Oh. —Levantó las cejas y se quedó a la espera.

—Sentémonos un momento, por favor.

El torero le quitó la palmatoria y la aferró por el codo para guiarla hasta un sofá. Se miraron a los ojos, y, aunque habría bajado la vista, los verdes grisáceos de Cabrera la mantuvieron hechizada.

—Encontré a mi hermano. Encontré a Manuel.

—¡Qué grata noticia, don Leónidas! ¡Cuánto me alegro por vos y por él! ¿Cómo lo habéis hallado? ¿Cómo se encuentra?

—Está bien, muy bien. Lo hallé en Asunción de mera casualidad. Asombroso. Nos cruzamos en la calle principal, en la parte donde muere en el puerto.

—¿Trabaja allí, en el puerto?

—No. Estaba de pasada por Asunción. Él y su jefe habían ido a comprar víveres y herramientas para la mina en la que trabajan.

—¿Una mina?

—Sí, una mina de estaño.

Emanuela se rebulló en el asiento, de pronto inquieta.

—¿Y...? Pues, ¿cómo os ha tratado Manuel? ¿Se ha puesto contento al veros?

—Sí, contento, aunque se entristeció cuando le anuncié la muerte de nuestra madre.

—Puedo imaginarlo. ¿Qué os contó de estos años de separación? ¿Cómo acabó trabajando en una mina?

—No lo creerás, Manú, pero mi hermano trabajaba para don Edilson Barroso en Colonia primero, en Buenos Aires después.

—¡Habéis estado tan cerca sin saberlo!

—Así es, y trabajando para don Edilson, conoció al dueño de la mina para la cual trabaja ahora. Es la mano derecha del capataz, un tal Ismael Matas.

La inquietud de Emanuela, nacida a la mención de la mina de estaño, se convirtió en un nerviosismo frenético que le calentó la vista, le coloreó los pómulos y le tornó pastosa la boca.

—¿Y...? —Tragó dos veces para disolver el nudo en la garganta—. ¿Habéis ido a la mina? ¿La habéis conocido? Me pregunto cómo será una mina —agregó deprisa, exaltada, incapaz de callarse—, nunca he visto una. No imagino cómo...

—Sí, he ido —la interrumpió Cabrera—. En un principio, Ismael Matas se oponía. Decía que Almanegra...

—¿Almanegra?

Leónidas Cabrera rio por lo bajo.

—Almanegra, sí, el dueño de la mina. ¿Puedes creerlo? Como el toro que

rescataste. No sé si ese es su nombre o sobrenombre. Igualmente, Almanegra le sienta muy bien, con ese pelo negrísimo y largo que tiene y los tatuajes que le cubren el rostro. En Asunción, oí hablar de un bandido, un salteador de caminos y abigeo, a cuya cabeza los portugueses le han puesto un precio muy elevado...

—Oh, Dios bendito —farfulló, y se mordió el puño.

—¿Qué sucede, Manú?

—Nada, un simple malestar. Seguid contándome. Es muy interesante. ¿Así que conocéis a un bandido con el mismo nombre?

—Conocer, no. Almanegra es famoso por estas latitudes, sobre todo en la campaña. Dicen que roba a los lusitanos y a los españoles que apoyaron el Tratado de Permuta. Dicen que comparte lo obtenido en sus correrías entre los guaraníes y los charrúas, por eso se estima que es indio. Pero también da a los criollos pobres una parte del botín con el que se alza cada vez que roba hacienda o asalta un convoy. Es un enigma. Nadie le ha visto la cara, pues comete sus fechorías con una máscara blanca. Aseguran que es espeluznante y que cuenta con poderes.

—¿Qué tipo de poderes?

—Ninguno, en realidad —desestimó Cabrera—. Son leyendas que se tejen en torno a este personaje tan peculiar. Dicen que puede volar, hechizar con una mirada y cosas por el estilo. Nada que sea cierto, te lo aseguro.

—¿Creéis que el bandido y el dueño de la mina sean la misma persona?

—No, no lo creo.

—Me decíais que habíais conocido al dueño de la mina, al tal Almanegra.

—Después de convencer a Ismael Matas para que me permitiese visitar la mina donde vive mi hermano, a lo cual accedió si las últimas leguas las hacía con los ojos vendados...

—¿Por qué? —se pasmó Emanuela.

—Pues porque Almanegra es muy celoso de la ubicación de la mina y no quiere que extraños conozcan dónde se encuentra.

—Por fin, llegasteis a la mina —lo instó Emanuela— y conocisteis al dueño, ¿verdad?

—Durante los primeros días, lo vi desde lejos. Solicité una reunión con él, pero, aunque Manuel se lo pedía, el hombre se negaba sin dar explicaciones. Muy descortés, debo decir. Muy hosco, muy... Lo juzgué un paleta. Aquella extraña situación se me antojaba una cuestión personal, como si una vieja rencilla se interpusiese entre nosotros, lo cual era ilógico.

«Para nada ilógico. Aitor no ha olvidado vuestro nombre, don Leónidas, en especial desde que os vio en la sala de los Urizar y Vega, mientras yo tocaba el clavicordio».

—Cuando Manuel le dijo que yo estaba interesado en invertir en la mina se decidió a recibirme.

—¿Y...? —Emanuela buscaba las palabras para obtener información sin desvelar

su interés—. ¿Os trató bien o finalmente se comportó como el paleta que sospechabais que era?

—Tosco, poco refinado, sí, pero más bien se trata de un hombre que hace lo que le da la gana, sin explicaciones. Un hombre sin ley, ni rey. Conmigo se mostró duro y frío, pero después lo vi con la mujer que vive...

Fue como recibir una bofetada. Emanuela ahogó un sollozo y se mordió el labio. La vista se le enturbió, y luchó para guardar la compostura. No quería hacer una escena frente al Cordobés, que se apresuró a tomarle la mano y frotársela entre las de él.

—¿Qué sucede, Manú? ¿Te sientes bien?

—No, realmente no —contestó, jadeando—. Tengo estos espasmos —se señaló con vaguedad el torso—, no me dejan en paz. He comido algo que no me ha sentado bien.

—¿No deberías tomar una tisana? Si me dices dónde duermen las domésticas, podría...

—¡Oh, no, don Leónidas! No es para tanto. Ya pasará. Seguid con vuestro relato. Me decíais que... pues que el dueño de la mina fue hosco con vuesa merced, pero galante con la... mujer...

—No diría galante, pero sí afectuoso.

—¿Es... la esposa?

—No. La mujer tiene marido, pero me contó Manuel que el hombre aprueba la relación de su joven esposa con Almanegra.

—¡Oh!

—Una extravagancia más en la vida de este hombre enigmático. La mujer, que si mal no recuerdo se llama Engracia, es joven y muy hermosa, lo cual explica que la mantenga a su lado. Además, la amante de Almanegra fabrica unos caramelos que su esposo vende, los cuales les significan excelentes ganancias para Almanegra y para el matrimonio.

—¿Caramelos? —atinó a preguntar, aunque en sus oídos aún resonaban esas palabras horribles, «la amante de Almanegra».

Los párpados de Cabrera se entrecerraron con artera actitud.

—Unos caramelos muy especiales —declaró, con aire misterioso—, caramelos que solo los adultos tienen permiso de saborear.

Emanuela no comprendía de qué le hablaba el peninsular. Eligió no indagar. Temía seguir abriendo otras cajas de Pandora. Tenía suficiente con lo que acababa de enterarse. Aitor y Engracia. Engracia y Aitor. «*Es joven y muy hermosa*», había asegurado Cabrera, un hombre acostumbrado a la visión de mujeres bellas, que lo buscaban por su fama de matador. Los espasmos de los que había hablado se convirtieron en realidad, y una náusea le revolvió el estómago. Se puso de pie.

—Será mejor que vuelva a mi recámara, don Leónidas, e intente descansar. Me ha sobrevenido una indisposición.

—Te acompaño, Manú.

Caminaron en silencio. Las ganas de llorar habían pasado, y una ira como pocas veces había experimentado ocupaba su lugar. Se detuvieron frente a la puerta de la recámara de Emanuela.

—Buenas no...

—Manú —la detuvo el hombre, y le aferró la mano libre, la que no sostenía la palmatoria—. Quiero que sepas que mis sentimientos hacia ti...

—Ahora no, Leónidas —expresó con firmeza, y que lo hubiese tuteado con esa mirada endurecida le pareció un contrasentido que lo hizo envarar—. Créeme, este es el peor momento.

Se contemplaron con fijeza a la luz de la bujía. Poco a poco, el semblante de Cabrera fue distendiéndose, y una sonrisa melancólica le endulzó los rasgos.

—¿Eso quiere decir que algún día podría llegar el momento justo?

—Tal vez. Buenas noches —lo saludó, y tiró un poco para liberar la mano.

Se apoyó sobre la puerta después de cerrarla con traba. Soltó el aire y dejó caer los párpados. La rabia se había convertido en cansancio; más bien, en hartazgo. Se acostó sobre el lío de sábanas sin sacarse la bata, ni siquiera las pantuflas. Fijó la vista en la oscuridad. No parpadeó hasta que los ojos le picaron. Agitó las pestañas varias veces, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus sienes, provocándole escalofríos al contacto con la piel afiebrada.

Aitor había viajado a Potosí, la ciudad más grande y rica del virreinato, tal vez de todas las Indias Occidentales. Había adquirido una mina de estaño, estaba explotándola, estaba haciéndose rico, tal como se lo había prometido. No dudaba de que había vivido experiencias y conocido gentes y lugares exóticos y fascinantes; debía de sentirse otra persona, además de poderoso y libre y feliz. Ese Aitor, el que vivía abiertamente con la tal Engracia y tan lejos de ella, le resultaba un extraño; no era *su* Aitor.

«*La amante de Almanegra*». La voz de Cabrera le revoloteaba en los oídos como el zumbido fastidioso de un mosquito del cual no conseguía desembarazarse. Engracia, joven y bella. Engracia. Engracia. La amante de Almanegra. ¿Almanegra, el salteador de caminos? No le importaba. «Has muerto para mí, Aitor». La valentía que nació con el juramento barrió con la culpa y la tristeza nacidas horas antes con la revelación de las apariciones de Aitor en *Orembae*. Hacía cuatro años que no se presentaba. «Por supuesto, ahora que la tiene a *Engracia* y que es dueño de una mina de estaño, ¿para qué nos quiere a Octavio y a mí?» ¿Su amante le habría dado un hijo también? Lamentó no haberle preguntado a Leónidas Cabrera. La noticia de que Aitor vivía con una mujer la había aturrullado. Suspiró, dejó caer los párpados. «No importa», pensó. «Ya nada importa».

* * *

Días más tarde, Emanuela se aproximaba a la cocina y escuchó que las indias hablaban de Almanegra. No reveló su presencia y se ocultó tras el pilar de la entrada con la intención de discernir si se referían al toro o al bandido. Confirmó que hablaban del segundo.

—Cuéntenme de este famoso Almanegra —dijo a viva voz, y las mujeres soltaron exclamaciones.

—¡Nos asustó, señorita Manú!

—Cuéntenme de Almanegra —insistió con la inflexibilidad y el gesto serio que la caracterizaba últimamente y que tenía a todos desconcertados.

—Es un bandido —afirmó una—. Asalta los carruajes y los convoyes y roba ganado y caballos, pero solo a los mamelucos, señorita Manú.

—Y a los españoles que estuvieron de acuerdo con el Tratado de Permuta —aportó otra.

—Morales asegura que se le presentó dos veces —intervino Drusila, y Emanuela alzó las cejas—. Mientras dormía.

—Asegura que lo congeló con la mirada. No podía mover las manos ni las piernas. Sus ojos lanzaban llamas. Morales dice que su cara era... como la de un muerto, tesa y blanca. Como la de un muerto —insistió.

—Juan Javier —Emanuela se dirigió al nuevo mayordomo, el que reemplazaba al viejo Adeltú.

—Mande, señorita Manú.

—Ve al puesto de Morales y dile que deseo verlo. Ahora.

—Sí, señorita Manú.

—Lo haces entrar en el despacho de don Vespaciano. Allí estaré esperándolo.

Emanuela aguardó la casi media hora que le llevó al mayordomo escoltar al capataz al interior de la casa.

—Adelante —indicó al tímido golpe en la puerta.

Morales, con aire sumiso, la mirada al suelo, se quitó el sombrero y entró.

—Buenas tardes, señorita Manú.

—Buenas tardes. Morales, hábleme del tal Almanegra, el que se le presentó dos veces.

La cabeza del hombre se disparó hacia arriba y sus ojos, transformados con genuina súplica, se fijaron por primera vez en ella. Emanuela, aunque nerviosa, le sostuvo la mirada y conservó el gesto implacable.

—Reláteme los hechos.

El hombre se pasó la lengua por el labio inferior y miró hacia los costados antes de balbucear las dos experiencias más aterradoras de su vida, según manifestó.

—Fue Almanegra el que le quitó a Argos, ¿verdad? —El hombre frunció el entrecejo para expresar su confusión—. Hablo del perro que, se dice, le pertenecía a usted.

—Sí, era mío —admitió, con una mueca abatida—. Almanegra me lo quitó.

—¿Por qué me mintió cuando se lo pregunté?

—¡Por temor a él, señorita Manú! Me dijo que si lo reclamaba, volvería por mí, que no tendría misericordia.

—¿Ha vuelto por usted?

—No, a Dios gracias, no. Debe de ser que, como he cumplido todo lo que me exigió, no ha tenido necesidad de regresar. Pero no me fío. Estoy seguro de que está vigilándome, lo sé, siento su presencia. Dicen que cuenta con el poder pa' volverse invisible. ¡Yo sé que puede volar! Yo mismo lo vi volar. Además, no anda lejos.

—¿Cómo es eso de que no anda lejos? ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, tampoco cerca. Dicen que sus últimas fechorías las ha cometido en el Guayrá, y cuentan también que le salvó el pellejo a un teniente coronel del ejército español, un tal Titus de Alarcón.

—¿Cómo? ¿Titus de Alarcón? ¿Está usted seguro, Morales?

—Ese fue el nombre que me refirió mi compadre, que pertenece a la compañía del tal Alarcón y que hace poco estuvo de visita. Él es de Ontiveros.

—¿Qué más le refirió su compadre? ¿Qué más le dijo? ¿Por qué un bandolero ayudaría a uno del ejército?

—Eso no lo sé, señorita Manú, pero dicen que los guaycurúes y los chiriguanos andan en tratativas con los lusitanos para arrancarle a los chiquitos esa parte del territorio.

—Pero esa parte del territorio pertenece a la Corona española —se pasmó Emanuela.

—Pero los lusitanos la codician pa' ellos, señorita Manú. Así ha sido desde la época de Matusalán. —Emanuela no se molestó en corregirlo y lo instó a proseguir—. Los portugueses avanzan y los españoles retroceden —se lamentó el capataz—. El teniente coronel de Alarcón ha sido enviado para fundar un presidio allí, pa' evitar que los portugueses avancen. Parece ser que se le iban a venir encima todos los chiriguanos y los guaycurúes juntos, que son más malos que la viruela y unos jinetes endiablados. Almanegra se enteró y le dio aviso, y después lo ayudó a ahuyentarlos con su banda, que no es numerosa, pero lo que le falta en hombres lo compensa con flechas. Dicen que un flechazo de Almanegra es letal. Eso dicen —remató, menos exaltado.

Emanuela soltó un suspiro.

—Está bien, Morales. Puede retirarse. —El hombre, aún afectado por el relato, se quedó mirándola—. Puede irse —reiteró.

—Señorita Manú, ¿me permite el atrevimiento de hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Almanegra le regaló el perro a... vuesarced? ¿Vuesarced y Almanegra se encontraron?

—¡Por supuesto que no! Jamás he visto al tal Almanegra. ¿Qué le hace pensar que nos encontramos?

—Es que Almanegra es un demonio, yo doy fe de eso, y se dice que los demonios se sienten atraídos por los espíritus puros y santos, y vuesarced es una santa, que cura con las manos.

—Yo no curo con las manos, Morales.

—Oh —se avergonzó el hombre.

—No vuelva a repetir esa mentira. Argos apareció una mañana en la contraventana de mi recámara, y como le curé las heridas, con emplastos y ungüentos, *no* con mis manos, y lo alimenté y lo traté con afecto, no ha deseado irse de mi lado. ¿Sabe usted por qué tenía el lomo lleno de escaras? Incluso las había agusanadas.

Morales, con las mejillas coloradas, bajó la vista.

—Ha de ser que peleó con un yaguareté o con un aguará guazú. Siempre andaba buscando roña, el muy ladino.

—Sí, ha de ser —lo dispensó Emanuela, con acento duro—. Puede retirarse nomás. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Manú.

CAPÍTULO X

En el silencio del despacho, la fricción que generaban las uñas de Ifrán y Bojons al rascarse el antebrazo lo desconcentraba. Fray Pablo elevó con disimulo las pestañas y lo observó desde su escritorio. El dominico leía un documento y con aire ausente metía la mano bajo la manga del hábito y se rascaba las pústulas y costras que se expandían por la piel. La ineficacia de los tratamientos del doctor Moral estaba confirmada. Durante años había intentado combatir la enfermedad sin resultado; de hecho, parecía que el morbo medraba. En cada viaje a las distintas ciudades que visitaba para cumplir con sus obligaciones de inquisidor, consultaba a uno o dos médicos; nunca habían dado con la cura; ni siquiera le ponían un nombre a los desagradables manchones rojos que se expandían por los brazos, las piernas y, últimamente, el torso del dominico, y, al igual que el doctor Moral, la definían «enfermedad de la piel».

El hombre sufría, eso estaba claro, aun cuando jamás se quejase ni mencionase a nadie su padecimiento. Era orgulloso y terco. A punto de ofrecerle la sapiencia del *paje* de San Ignacio Miní, el que le preparaba el tónico con dedalera a doña Mencía, fray Pablo se abstuvo. La oferta desencadenaría el espíritu inquisidor de Ifrán y Bojons, y el joven sabía dónde acabaría el asunto: con el curandero guaraní recluido en la secreta, su madre también por acudir a un hechicero, y tal vez el padre Santiago preso o exiliado por haber propiciado el vínculo.

Suspiró, abatido, y volvió la vista al documento que redactaba, uno importante relacionado con el secuestro de los bienes del dueño de un astillero de Corrientes, acusado de marrano. Copiaba las palabras sin prestar atención al sentido, mientras reflexionaba cuánto había cambiado su concepto del hombre para el cual trabajaba desde hacía más de cinco años. Él ya no era el muchacho infatuado del 52, aunque sospechaba que fray Claudio seguía siendo el mismo hombre inflexible y radical, solo que en ese momento él lo veía con claridad, sin la admiración nacida de apologías y escritos. La amistad con el padre Santiago, sin duda, y las lecturas en las que este lo había orientado colaboraron para que la venda cayese. A veces se preguntaba si su índole no era simplemente influenciable, y así como en un principio se había sentido inclinado a imitar las creencias y conductas del famoso inquisidor limeño, más tarde había hecho algo similar al dejarse llevar por la retórica del hábil jesuita. Había meditado mucho acerca de ese cuestionamiento; incluso veladamente lo había hablado con su madre. Ella, con su sentido común, le había dicho:

—La respuesta a todo está en el corazón de una persona. Cuando todo es confuso, se debe oír qué nos dice el corazón. Él sabe, porque él no miente. La clave es permitirle hablar y no temer lo que nos dice.

Lo cierto era que Pablo, aun en los primeros tiempos con fray Claudio, cuando lo admiraba como a pocos, había experimentado una sensación de incomodidad y temor en relación con su jefe y mentor. Sospechaba que el hombre se complacía en causar sufrimiento, y eso lo había rebelado. En cambio, el padre Santiago le proponía un pensamiento más afín a su índole, como si le ofreciese una prenda que le iba bien, ni grande ni chica, justa para sus medidas. Lo atraían la bondad del jesuita y su predisposición para comprender la debilidad humana. Lo hacía sentir cómodo su discurso indulgente, en especial cuando se refería a las mujeres. En eso difería diametralmente con fray Claudio, que las consideraba venales y ladinas. En su opinión, todas eran un poco brujas y hechiceras, como lo había sido Eva. Tiempo atrás, el dominico le había dado a leer una obra muy antigua, del siglo X, escrita por un monje francés, santo de la Iglesia de Roma, Odón de Cluny, en la cual, en opinión de fray Claudio, se definía a la perfección la naturaleza femenina. San Odón afirmaba que *«la belleza del cuerpo sólo reside en la piel. En efecto, si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, así como se dice que el lince de Beocia puede ver el interior, la visión de las mujeres les daría náuseas... Puesto que ni con la punta de los dedos toleraríamos tocar un escupitajo o un excremento, ¿cómo podemos desear abrazar el odre mismo de los excrementos?»*. ¿Eso pensaba fray Claudio de su madre, de sus abuelas, de sus hermanas y sobrinas, si las tenía? Porque a él, la definición le resultaba por completo equivocada si se refería a su madre, un ser delicado, fragante, dulce y bondadoso. ¿Por qué Ifrán y Bojons detestaba a las mujeres? ¿Eran todas brujas para él? Con frecuencia, evocaba un diálogo que habían sostenido en el cual el inquisidor le había confesado que, en un principio, él no había creído en la brujería. *«Hasta que conocí a una bruja»*, le había confiado. *«Sí, una tan poderosa que tomó posesión de mi mente y me perturbó. Casi se convirtió en mi fin, pero el poder del Altísimo estaba conmigo y me salvó. Me avergüenzo de mi incredulidad, fray Pablo. Fui duramente castigado a causa de ella»*. ¿Qué habría sucedido entre esa bruja e Ifrán y Bojons? ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría muerto quemada durante un auto de fe?

Llamaron a la puerta, y como Cristóbal, el esclavo de fray Claudio, se hallaba en la otra recámara preparando un baño para su amo, fray Pablo se levantó y contestó el llamado. Era Árdenas, el roedor, como lo llamaba para sí.

—Buenas tardes, fray Pablo —saludó el hombrecillo.

El muchacho se limitó a inclinar la cabeza antes de franquearle el paso. La existencia de Árdenas era otras de las cosas que lo habían distanciado de Ifrán y Bojons.

—Pasa, Árdenas. Podéis retiraros, fray Pablo.

—Como ordenéis, Excelencia —dijo, y cerró la puerta detrás de sí.

* * *

Árdenas tomó asiento frente a Ifrán y Bojons y esperó a que el inquisidor terminase la lectura y lo autorizase a hablar. El dominico se quitó los quevedos, se restregó el tabique nasal y clavó los ojos inyectados en su empleado.

—¿Y, Árdenas? ¿Qué novedades me tienes?

Conversaron primero de dos casos de judaizantes, uno de un fabricante de embarcaciones de Corrientes y otro de una mujer en Santiago de Jerez, a la que los vecinos acusaban de marrana por no comer carne de cerdo ni querer trabajar los sábados. El cazador de brujas había viajado a las dos ciudades para recoger testimonios y ocuparse, junto con los empleados del Santo Oficio, de confiscar los bienes de los reos. Ifrán y Bojons le pidió que indagase sobre el pasado y la moral de un par de sujetos a los que deseaba contar como familiares de la Inquisición. Por último, el dominico, sin esperanza, preguntó por el avance de las investigaciones acerca de la suerte de María Clara, aunque lo de avance era una forma de decir, pues más estancada la pesquisa no podía estar.

—Descubrí en qué iglesia casaron María Clara y Calatrava. —Ifrán y Bojons se incorporó en la silla y levantó los párpados celados—. En la de San Roque.

La parroquia, ubicada hacia el este, era la más alejada del centro de la ciudad. ¿Por qué, si habían vivido sobre la calle principal, la de Samuhú-Peré, a pasos de la de Santo Domingo, en el barrio de las Barcas, habían elegido una iglesia tan aislada y lejana?

—¿En qué fecha?

—El 10 de diciembre de 1732.

—¿Buscaste entre los bautizos asentados hacia finales del 35, principios del 36?

—Sí, en todas las iglesias de Asunción, excepto en la de los loyolistas. Me echaron con cajas destempladas. El capellán del Colegio Seminario me dijo que no tengo autoridad para hurgar entre sus libros. En las demás parroquias, al presentarme como vuestro adlátere y familiar del Santo Oficio, bastaba. Con los loyolistas, no.

—Y en las demás iglesias —se impacientó Ifrán y Bojons—, ¿qué obtuviste?

—Nada. Ningún bautizo en el que la madre se haya llamado María Clara. También busqué por el nombre del padre, pero en ninguno se mencionaba a Hernando de Calatrava.

El inquisidor tomó papel, mojó la péñola en el tintero y escribió con trazos enérgicos que evidenciaban su mal humor. Plegó la hoja y la cerró con una gota de lacre, sobre la cual estampó el sello del Santo Oficio.

—Preséntale esto al capellán de la Compañía de Jesús. Bastará para franquearte el acceso a los libros de esos jesuitas.

—Gracias, Excelencia.

—Y del segundo matrimonio de Calatrava, ¿qué pudiste averiguar?

—Revisé los libros de todas las iglesias, con excepción de la de San Ignacio, se entiende.

—¿Y?

—Nada.

—¿Cómo nada? El hombre debe de haber casado con la tal Nicolasa cinco años atrás ¡a lo sumo!

—Quizá casó en otra ciudad y luego se trasladaron a esta.

—Esto es un callejón sin salida —se lamentó, y abandonó la silla.

Caminó hacia la ventana y corrió el cortinado para contemplar la actividad del puerto, misérrimo en comparación con la grandiosidad de El Callao, ni qué decir de lo paupérrimo de la realidad asuncena en comparación con la de Lima. Estaba cansándose de ese hueco, cuyo clima y comida le habían causado esa enfermedad a la piel, la cual, en ocasiones, amenazaba con arrebatarle la cordura. Suspiró. María Clara no aparecía, tal vez nunca lo hiciese. Tarde o temprano tendría que soltarle la mano y dejarla ir.

* * *

Poco a poco, los síntomas volvieron a aparecer: las agitaciones, las palpitations desmesuradas, las puntadas en el pecho, la falta de aliento, los dolores de cabeza. La pesadilla, de la cual creía haber despertado para siempre, comenzaba a formar parte de sus jornadas nuevamente, y doña Mencía Cerdán y Jaume habría deseado no haber vivido esos años de bienestar, si la voluntad de Dios la quería de nuevo enferma y sufriente. Se sentía como un ave a la cual le habían abierto la jaula y la habían conminado a volar para volver a atraparla y encerrarla tiempo más tarde. Haber saboreado la dulce libertad se estaba transformando en un recuerdo amargo.

El padre Santiago de Hinojosa, que a veces pasaba largos períodos sin visitarla, se presentaba al menos tres veces por semana desde que se había enterado de su recaída. Eso la hacía feliz, y Mencía no quería cuestionarse por qué. El consejo que le había dado a su hijo, el de recurrir al corazón en tiempos de confusión, no se atrevía a seguirlo cuando se relacionaba con ella y con lo que ese jesuita le provocaba.

Hacia finales de marzo del 58, Santiago de Hinojosa se presentó con una botellita de gres similar a las que le traía a menudo, solo que esa, le explicó el sacerdote, contenía un cordial más potente.

—Ñezú mandó decir que ha preparado esta medicina con la máxima dosis de dedalera con que es posible prepararla. Más, sería peligroso. Podría mataros.

—Tal vez sería una bendición, padre Santiago. La muerte —aclaró.

—¡No digáis eso, doña Mencía! —Le sujetó las manos y se arrodilló junto a su lecho—. Por favor, no volváis hablar con tanto desaliento. Entiendo que volver a sentirnos mal es un golpe muy duro, pero ya veréis que esta nueva medicina os ayudará a sentirnos mejor.

—¿Y si luego de un tiempo no hace efecto, como sucedió con la anterior?

—Encontraremos otra salida —se empecinó el jesuita, y la mujer sonrió con melancolía en la mirada—. No soporto veros tan abatida.

—No tengo nada por qué luchar, padre. Mi hijo, a Dios gracias, pertenece a la Iglesia y está bien encaminado. He vivido sola en esta casa demasiado tiempo. Mi corazón no funciona como debería. Tal vez sea mejor esperar a que Dios me lleve a su seno.

—¡Sandeces!

Santiago se puso de pie con una furia con la que pretendía disimular el pánico que estaba experimentando. Si doña Mencía se daba por vencida, moriría en pocas semanas, no tenía duda. Entonces, ¿qué sería de él? ¿Qué lo haría sonreír cada mañana al despertar si sabía que ella no existía? «¡Hablaré con Manú! ¡Le pediré que la toque, que le imponga sus manos sagradas!»

En un instante, la euforia murió aplastada por la realidad. Sacar a Manú de la protección que significaba *Orembae* y conducirla a esa casa equivalía a entregarla a los lobos. Si bien la tirantez y el recelo que habían teñido en un principio su relación con Pablo Cerdán y Jaume con el tiempo habían dado paso a una amistad, él no se fiaba. Después de todo, el muchacho seguía trabajando para el inquisidor Ifrán y Bojons y no parecía dispuesto a solicitar que le asignasen otras tareas o que lo trasladasen a otro convento. Lamentablemente, Manú no podía ayudar a doña Mencía sin arriesgar el pellejo.

Volvió la vista hacia la cama, y los ojos lacrimosos de la mujer lo encontraron. Tenía que elegir entre doña Mencía, a quien amaba, ¡sí, la amaba! ¿Qué sentido tenía ocultarlo cuando su cuerpo, gran traidor, respondía a ella con una lujuria que no había sentido ni en sus años mozos? Pues bien, tenía que elegir entre la mujer amada y la joven a la que quería como a una hija. ¡Qué destino tan macabro!

* * *

Saite murió en los brazos de Emanuela el 4 de octubre de 1758, una fecha que ella recordaría siempre pues la macagua la había dejado en el día de San Francisco de Asís, protector de los animales. Lloró a escondidas para no conmocionar a Octavio, que reaccionaba mal cuando la veía sufrir; no lo toleraba. Lloró con desesperación, con amargura, con una sensación de pérdida que iba más allá de la muerte del ave, pues ¿quién mejor que ella sabía que Saite estaba viejo y cansado y que merecía reposar en paz después de años de fidelidad y de amor? Su muerte la golpeaba con dureza porque había sido Aitor el que se lo había traído del monte, herido, con un ala rota, la que ella había curado con el calor de sus manos. Tenía la impresión de que el último destello de esperanza de que el amor de ellos venciera las pruebas a las que lo sometía el destino acababa de apagarse junto con la luz en los ojos de su adorado Saite.

Lo enterraron en el jardín de doña Florbela, y aunque toda la familia, aun los domésticos, la acompañaron para despedir a la mascota, Emanuela no conseguía expulsar la sensación de que se había quedado sola y vacía. «*No soy nada sin ti,*

Jasy», había admitido Aitor en Buenos Aires, años atrás, «*solo una cáscara vacía, sin alma. Cuando te fuiste, te llevaste mi alma. Te fuiste y me dejaste sin alma, Jasy*». Debía de tratarse de eso, de que su alma comprendía que acababa de enterrar el último nexo entre ella y el ser que la completaba, pues sin Aitor, ¿qué era ella? La madre de Octavio, nada más. Su esencia de mujer no existía. Él, en cambio, tenía una amante y había cumplido el sueño de convertirse en un hombre rico y de poseer un apellido rimbombante, pues tiempo atrás había llegado desde Madrid el documento en el cual el rey le concedía por rescripto la condición de hijo de don Vespaciano del Jesús de Amaral y Medeiros. No sabía si Aitor se había enterado de la feliz resolución del trámite, pues en las ocasiones en que su *pa'i* Ursus había intentado contarle acerca de él, ella, dominada por el orgullo, le había pedido que no le refiriese nada. En un principio, la actitud de Emanuela había sorprendido al jesuita; tiempo después pareció comprender su necesidad de permanecer en la ignorancia y guardó silencio. El que no acallaba su deseo por saber de él era Octavio, que le preguntaba con frecuencia y la perseguía para que le relatase anécdotas de cuando eran niños. En general, Malbalá satisfacía la curiosidad del niño, gesto que Emanuela agradecía, pues últimamente, cuando pensaba en Aitor o hablaba de él, se le estrangulaba la garganta.

Como sucedía cada vez que enterraba a una de sus mascotas, comenzaron a caer las desgracias. Tres semanas más tarde, falleció doña Florbela. La consolaba que hubiese muerto de noche, mientras dormía. Drusila fue a despertarla por la mañana y la encontró fría, lo cual hablaba de que su corazón se había detenido horas antes. Lope sufrió un quebranto que puso en alerta a Emanuela; temía que volviese a caer en el vicio de la bebida, por eso, cuando el muchacho anunció días después del entierro que deseaba transcurrir un tiempo en su casa de Asunción, Emanuela se opuso. Tuvieron el primer altercado en años.

—¿Quién eres tú para decirme lo que puedo hacer? ¡Viajaré a Asunción, si ese es mi deseo!

—No es bueno que estés solo, Lope.

—¿Por qué, Manú? ¿Porque sabes que tengo un espíritu débil y que puedo caer en la tentación del alcohol nuevamente?

—Sí —admitió.

—Pues no seré tan fuerte y arrogante como tu adorado Aitor, pero tampoco soy un fantoche.

El comentario la hirió profundamente. Dio media vuelta dispuesta a marcharse. Lope la detuvo, sujetándola por la cintura. Clavó la nariz en el rodete en la base de su nuca, y ella lo escuchó inspirar su perfume con ansias.

—Perdóname, Manú. Perdóname, amor mío.

La surcó un escalofrío y tardó en reaccionar. Sin volverse, susurró:

—No me llames así, te lo suplico.

Lope la obligó a enfrentarlo, y lo hizo con una fiereza que la pasmó.

—Eres mi amor, el amor de mi vida, y lo sabes.

—Estás casado. Tu esposa es mi hermana y todos vivimos bajo el mismo techo. No arruinemos la armonía que tan feliz me hace.

—Manú... La muerte de mi madre me ha hecho ver que la vida es corta, que si no aprovechamos las pocas cosas buenas que nos ofrece, moriremos como mediocres, sin haber conocido un instante de felicidad. Y tú eres lo mejor que la vida me ha dado. Manú —le acarició la mejilla—, adorada Manú.

Emanuela le retiró la mano.

—No, Lope. Por favor.

—¿Por qué no? Ginebra y yo hace años que no compartimos el lecho. Nuestro matrimonio fue una farsa desde el principio. Tuvimos dos hijas por el bien de las apariencias, pero ya nada nos une. ¿Por qué no me permites amarte? ¡Permíteme que te muestre lo feliz que puedo hacerte! ¿A quién le guardas fidelidad? ¿A Aitor, que te ha traicionado cada vez que se le ha presentado la oportunidad? ¿Sabías que él y Ginebra eran amantes?

—¡Dios bendito! ¿Qué dices?

—Digo la verdad. Cuando Aitor visitaba a mi padre, siempre acababa en la recámara de Ginebra. Si de casualidad me encontraba en *Orembae*, hacía la vista gorda. Mientras no la dejase encinta, nada me importaba.

—¡Mientes!

—Cree lo que quieras, Manú, pero yo digo la verdad. Por eso vuelvo a preguntarte, ¿a ese traidor le guardas fidelidad?

Dio un paso atrás y lo contempló con ira y dolor.

—No le guardo fidelidad a nadie excepto a mi corazón —replicó con dureza, y Lope se puso pálido—. No te amo, Lope, no como una mujer debe amar a un hombre para entregarse a él. Te quiero, no sabes cuánto, pero es el mismo sentimiento que me inspiran mis hermanos.

—Si tan solo me dieses una oportunidad, yo...

—No.

Abandonó la biblioteca y corrió a su habitación, donde se encerró a llorar. La muerte de Saite había sido el agüero de situaciones más dolorosas de las que había previsto. ¿Ginebra y Aitor? No le costaba imaginarlos juntos. ¿Acaso Ginebra no le había coqueteado desde que se habían conocido en el Yabebirí once años atrás?

Se secó las lágrimas, cansada de llorar y de sufrir. Miró en torno. La recámara que ella consideraba de su propiedad en ese momento le resultaba poco familiar, ajena. A *Orembae*, el sitio al que había llamado hogar, ya no lo juzgaba tan acogedor. Había perdido su condición de refugio, y una necesidad imperiosa de irse la puso de pie. No soportaría enfrentar a Ginebra. Mirarla a los ojos, sonreírle y hablarle sabiendo que había fornicado con Aitor se convertiría en una agonía.

Lope no partió a Asunción, y en los días que siguieron al altercado, se mostró sumiso, gentil, casi obsecuente. Emanuela, por el bien de los niños y de don

Vespaciano, lo trataba como de costumbre, pero evitaba pasar tiempo con él a solas; sus momentos de lectura, charlas y traducciones habían acabado.

—Perdóname —le suplicó una mañana en el huerto, adonde había ido a buscarla a propósito—. No sé qué demonio se apoderó de mí. Perdóname. Causarte una pena... No puedo vivir sabiendo que te he causado una pena.

Emanuela, de rodillas sobre la tierra, le sonrió. En verdad, no le guardaba rencor y lo había perdonado.

—Te perdono. No volvamos sobre el tema, es lo único que te pido.

—Como deseas.

Emanuela regresó al cuidado de las acederas, que tanto le gustaban a don Vespaciano, y Lope se quedó allí, de pie, en el filo del huerto, observándola. Un silencio incómodo cayó sobre ellos.

—No iré a Asunción. Tenías razón. Quería alejarme para darme a la bebida de nuevo.

—Te entiendo. Perder a tu madre fue muy duro, y la bebida siempre fue un refugio para ti.

—Sí, la bebida era mi refugio, pero ¿para qué deseo irme si tú estás aquí? Tú eres mi refugio ahora.

Emanuela siguió removiendo la tierra; no levantó la vista, no hizo comentarios, y la fastidió desear que Lope tomase la palabra de nuevo para confesarle que lo que había dicho acerca de Ginebra y Aitor era mentira. Él, sin embargo, no lo hizo.

Damián, el *tapererepura* de San Ignacio Miní, se presentó a la mañana siguiente con una carta para Emanuela. Era de su *pa'i* Ursus. Allí le comunicaba que Olivia había muerto dos días atrás. Malbalá expresó su deseo de volver a San Ignacio Miní, a lo cual don Vespaciano se opuso con férrea determinación.

—Si lo que tanto te preocupa son mis nietas, las traeremos a vivir aquí —resolvió el hacendado.

Emanuela, que por alguna extraña razón se sentía responsable de las mellizas de Aitor, se alegró con la propuesta de Amaral y Medeiros. Escribieron a Ursus para pedirle que enviase a las niñas cuanto antes. La respuesta llegó rápidamente. «*Las niñas viven ahora en casa de Bruno, al que siempre han estado muy aficionadas. Él las quiere tiernamente, lo mismo su esposa Miriam. Juzgo una imprudencia sacarlas de un sitio que les resulta familiar, con personas a las que conocen desde que nacieron, para trasladarlas a Orembae, del que ni siquiera han oído hablar. Sería una crueldad*».

Se hicieron planes. Invitarían a Bruno, a Miriam, a las niñas y a Juan a pasar la Navidad en *Orembae*. Faltaba poco más de mes y medio, y Emanuela comenzó a inquietarse. Deseaba conocer a María Antonia y a Ana Dolores —por fin había permitido que Malbalá le revelase sus nombres— y, al mismo tiempo, le temía al encuentro. Eran las hijas que Olivia le había dado a Aitor. Tenía pánico de odiarlas. La afirmación que había expresado con tanta seguridad años atrás, en ese momento le

sonaba presuntuosa. «¿Amarías a los hijos que tuviese con otra mujer?» «Sí, los amaría».

El día de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre, una carta de Hernando de Calatrava provocó un giro en los acontecimientos. El hombre se había quebrado la pierna izquierda al caer de un árbol y pedía por Emanuela. Aseguraba que temía perder la extremidad, tan tumefacta y morada estaba, y que no confiaba en el criterio del único médico de Asunción, el docto Moral. «Tú y mi nieto estaréis cómodos aquí, pues la pieza que he construido para vosotros está terminada, hija mía. Romelia estará a tu servicio». Emanuela detuvo la lectura y dirigió la vista hacia el jardín de doña Florbela. Aunque la urgía correr a su padre y ayudarlo en ese momento de aflicción, las dudas la asaltaban. ¿Cómo sería el recibimiento de doña Nicolasa? ¿Qué trato le dispensaría? En sus cartas Romelia le contaba lo que Calatrava callaba, que la mujer, desde que se había enterado del romance de su esposo con la «mujerzuela limeña», se había vuelto más cruel, más grosera, y que no perdía oportunidad para descargar su mal humor en el amo Hernando. Asimismo se cuestionaba acerca de Hernando de Calatrava, su padre, a quien había visto una vez en el 56, casi tres años atrás, y con quien sostenía desde entonces una relación epistolar. ¿Se sentiría a gusto con él? Recordó los momentos compartidos en San Ignacio Miní, la mirada de adoración que le había dirigido y el amor y la pasión con que se había expresado cada vez que mencionaba a su María Clara.

—Tengo que ir —dijo entre dientes, y comenzó a hacer planes para partir de inmediato.

Amaral y Medeiros se opuso en un primer momento con una muestra del carácter que lo había hecho famoso en la juventud, si bien rectificó enseguida el exabrupto ante la expresión de asombro e incomodidad de Emanuela.

—Hija —empleó un tono pacificador, y le tomó la mano y se la besó—. Mi ángel, perdóname.

—Está bien, don Vespaciano.

—No soporto la idea de que dejes *Orembae*.

—Me necesita. Es mi padre y me necesita.

—Yo también te necesito.

«Es egoísta, como Aitor», meditó sin resentimiento.

—Vuesa merced goza de buena salud. Ahora es mi padre quien está sufriendo.

El hombre asintió sin mirarla.

—¿Cuánto tiempo pasarás con él?

—No lo sé. Lo que me lleve soldar el hueso roto.

—Júrame que volverás a *Orembae*, a tu hogar, a nosotros.

—Lo haré —prometió luego de un titubeo pues, desde la revelación de Lope, la del amorío de Aitor y Ginebra, la comodidad y la seguridad que había experimentado en ese sitio se desvanecían.

—Dejarás a Octavio con nosotros. No es conveniente...

—¡No! —exclamó, y de inmediato se avergonzó de su vehemencia—. Lo siento, don Vespaciano, pero mi hijo vendrá conmigo. Es justo que pase un tiempo con su abuelo materno.

—Pero hija, el viaje es tedioso, y Octavito es tan inquieto, y Asunción tan poco saludable...

Emanuela conocía la índole manipuladora del hacendado; era la misma del hombre que amaba. Utilizaría al niño como prenda para hacerla volver. Don Vespaciano ignoraba que ella era tan terca como él manipulador. Solo muerta la apartaría de su hijo.

—Octavio viene conmigo.

—Pero...

—Vespaciano, por favor —intervino Malbalá—, no insistas. Conozco a Manú, y no habrá poder que la haga cambiar de opinión.

Un destello de rabia surcó los ojos azules de Amaral y Medeiros, que se extinguió cuando volvió a posarlos en Emanuela. Suspiró y le sujetó la mano de nuevo.

—Solo quiero que vuelvas a nosotros.

—Lo sé.

—Júrame que lo harás.

—Lo haré.

—¡Júralo!

Emanuela sonrió con aire triste.

—Me recuerda tanto a Aitor —manifestó antes de retirarse a preparar los baúles.

* * *

Emanuela, con Orlando en brazos, Argos a sus pies y Octavio sujeto a su falda, llegó a Asunción una semana más tarde. Lope y su familia la acompañaban. No había conseguido disuadirlo de que emprendiese el viaje. Declaró que la acompañaría, a lo que Ginebra había agregado que ella también iría pues su padre también la necesitaba. Emanuela, que desde la revelación de Lope no la miraba a la cara, levantó la vista y la descubrió observándola con una dureza inexistente en el pasado. «Está celosa», se dijo, y meditó que eran hermanas. La noticia del vínculo las había turbado a las dos por igual, y sin embargo nunca habían hablado en profundidad acerca del descubrimiento. Ginebra se había comportado del modo habitual, con desapego e indiferencia. En ese momento caía en la cuenta de que todo el tiempo la había celado de Calatrava.

Emanuela tomó la decisión de llevar a Emanuelita y a Milagritos. Las niñas, muy apegadas a ella y a Octavio, se encontrarían de repente sin su tía Manú y sin su adorado primo, y, para peor, sin sus padres, y se hundirían en la pena. Ginebra intentó oponerse, pero Lope se impuso. Por eso, el mediodía del 15 de diciembre, cuando la jangada de *Orembae* atracó en el puerto de Asunción, los seis pusieron pie sobre el

muelle cubierto de barro rojo, juncos, pajas y otros desperdicios. Argos saltó tras ellos. Marã iba en brazos de Emanuelita. Miní, Timbé y Porã permanecían en *Orembae*.

Octavio, intimidado por los ruidos, la muchedumbre y los malos olores, se aferraba a la falda de su madre con una mano, a la oreja roma de su perro con la otra y lanzaba vistazos desconfiados en torno. Previendo que su suegro, impedido, no iría a buscarlos, Lope había enviado un propio a la residencia que mantenía en la ciudad para que diese aviso a su cochero de que fuese a buscarlos. El hombre los aguardaba en el pescante de la carreta tirada por dos mulas.

Acompañaron a Emanuela hasta la chácara de Calatrava. No hubo tiempo para apreciar la propiedad ni para saludos ni presentaciones. Romelia corrió a recibirlos y les informó que el amo Hernando tenía fiebre y deliraba. Ginebra tomó por el codo a Emanuela y la arrastró dentro, con Orlando todavía en los brazos, Octavio sujeto a su saya y Argos por detrás. Cruzaron el umbral, y Nicolasa se puso de pie. Miró a Emanuela a los ojos, y luego la recorrió con ojos penetrantes y displicentes, que terminó posando primero en Octavio, luego en Argos, que retiró los bellos y le mostró los dientes sin emitir sonido.

—Tengo que soportarla en mi hogar con niño y perros incluidos, ¿ah?

—¡Madre! —se ofuscó Ginebra, y a Emanuela la asombró la reacción de su hermana—. Guárdate las mordacidades. No es momento para eso. Manú es la única que puede ayudar a mi padre. Si no vas a colaborar, al menos hazte a un lado y no estorbes.

—¿Qué está sucediendo aquí? —intervino Lope, que se había quedado atrás para bajar los baúles de Emanuela.

—¡Lope, hijo! —Nicolasa se aproximó a paso veloz hacia su yerno—. Ginebrita no comprende la afrenta que es para mí recibir a la hija de esa...

—¡Cuidado, tía Nicolasa! —la previno Lope—. Ni una palabra que ofenda a Manú, os lo advierto.

—Vamos —susurró Ginebra, y Emanuela, seguida por Octavio, Argos y Romelia, se adentró en la única habitación de la casa.

—¡Los perros no pueden pasar!

—Tía Nicolasa... —La voz conciliadora de Lope se perdió cuando Ginebra cerró la gruesa puerta de cedro.

El cuadro que componía Hernando de Calatrava en medio de la cama, con la piel del rostro deshidratada, grisácea y adherida a los pómulos, los labios resquebrajados y el cuerpo surcado por temblores, la paralizó apenas unos instantes; recobró el dominio enseguida.

—Ginebra, abre la puerta y la ventana —ordenó, mientras depositaba a Orlando en el suelo y se quitaba el rebozo—. Que corra el aire —añadió, en tanto se lavaba las manos en una jofaina—. Romelia, ve y dile a Lope que haga traer mi baúl, el pequeño. Orlando, siéntate aquí. No te muevas. —El perro obedeció, gañendo—.

Hijo. —Lo levantó en brazos y lo depositó en una silla alejada de la cama. Se acuclilló delante de él—. Necesito que tú, Orlando y Argos se queden quietecitos aquí. Ese señor en la cama es tu abuelo, tu *taitaru*...

—Mi *taitaru* está en *Orembae*.

—Sí, tu *taitaru* Vespaciano. Este es tu *taitaru* Hernando. Él es mi padre, Octavito.

—¿Tu padre?

—Sí, cariño. Y está muy enfermo. Necesito tranquilidad para curarlo. ¿Te quedarás quietecito? —Le pasó las manos por las mejillas rechonchas y le apartó algunos mechones. Si doña Nicolasa no le hubiese provocado rechazo y desconfianza, habría permitido al niño que se reuniese con su padrino Lope y con sus primas. Se aburriría en esa habitación, sin mencionar que no era un cuadro que quería que se fijase en la memoria de su pequeño. No obstante, la seguridad de Octavio venía primero—. ¿Lo harás, tesoro de mamá?

—Sí, mamita.

—¡Ese es mi niño valiente! Te quiero —dijo, y lo besó en la frente y en la punta de la nariz.

—¿Hasta dónde? —preguntó entre risitas, pues se trataba de un juego en el que se embarcaban cada vez que uno le declaraba su amor al otro.

—Hasta el sitio más lejano y bello que existe, hasta el *Yvy Maraé'y*.

Entraron Lope, el cochero con su baúl y Romelia.

—Quítale la sábana, por favor —pidió Emanuela a la esclava—. Quiero verle la pierna.

—Me llevo a Octavito y a los perros, Manú —dijo Lope.

—¡No! —Se volvió con rapidez—. No, déjalos —añadió, avergonzada—. No molestan.

—Pero...

—Lope, no quiero que mi hijo se separe de mí.

—Está bien. Esperaré afuera.

Emanuela y Ginebra cortaron los jirones que envolvían la pierna de Calatrava y le retiraron el entablillado.

—¡Santo cielo! —se espantó Ginebra, y se echó hacia atrás, mientras Emanuela se inclinaba hacia delante y estudiaba la carne azulada e inflamada.

—Tiene quebrado el fémur —diagnosticó, mientras recordaba con afecto a su *pa'i* Johann van Suerk, que le había enseñado todo acerca de roturas de huesos—. ¿Cómo sucedió? —preguntó, sin apartar la vista de la pierna.

—Se trepó en un guabirá para coger sus frutos —contó Romelia—. A doña Nicolasa le gustan mucho. Se resbaló en una rama y cayó.

Colocó la mano sobre la frente de Calatrava; hervía.

—El guabirá no suele ser un árbol demasiado alto —señaló Emanuela.

—No sé nada de guabirás, Manú —admitió la esclava—. Este era alto, pero no altísimo. Don Hernando cayó de una rama elevada. Lo hizo con tanta mala suerte

que, antes de tocar el suelo, la pierna golpeó contra el adral de la carreta. Fue en ese momento en que se rompió el hueso. Yo mismita oí el crujido.

—Romelia.

—Ordena, Manú.

La muchacha fue entregándole bolsitas e indicándole qué hacer. Para la inflamación, se servirían del fruto del sándalo colorado, al que ella llamó *yuquiripei*; lo machacaría y luego lo cocería con sus semillas; debía obtener una sustancia aceitosa. Para bajarle la fiebre, le pidió que preparase una infusión con las flores del duraznillo negro, también conocido como hediondilla a causa de su olor empalagoso y denso, y otra con una flor de floripondio, que lo narcotizaría, detendría los temblores y calmaría el dolor.

—¿Qué significa que lo narcotizará? —quiso saber Ginebra.

—Que lo adormecerá. Lo sumirá en un sueño muy profundo. Pero atención, Romelia —se dio vuelta para detener a la esclava, que estaba a punto de abandonar la recámara—, debes usar la cantidad de agua que te he dicho; un poco más sí, un poco menos *jamás*. El floripondio puede ser letal.

—Descuida, Manú. Respetaré la medida.

—¿Para qué quieres sumirlo en un sueño muy profundo? —insistió su hermana, y Emanuela se dio cuenta de que no la interrogaba por desconfianza sino a causa del desasosiego que la dominaba y que la volvía inusualmente locuaz.

—Porque necesitamos dormirlo antes de acomodarle el hueso. Tú, Romelia y yo le acomodaremos el hueso, ya que el médico que lo entablilló no lo hizo.

—¿Qué? ¡No me atrevo!

—¿No te atreves? Está bien. Lo haré con Lope, entonces.

—¿No puedes curarlo con tus manos y ya?

Emanuela giró la cabeza y clavó la vista en Ginebra, que bajó la cara, avergonzada.

—Lo siento, Manú. Ha sido una imprudencia...

—Ve y busca agua, la más fresca que puedas encontrar, y lienzos. Es preciso que lo enfriemos.

Al regresar, Ginebra se detuvo de golpe bajo el dintel y no entró. La habitación parecía haber cambiado, como si una luz cálida y suave se regase por la ventana, y no el sol inclemente de momentos atrás. Olía a tierra mojada, a hierba fresca recién cortada, a flores de naranjo. Emanuela, sentada junto al lecho, el torso inclinado, la cabeza caída hacia delante, los ojos cerrados, la boca entreabierta, posaba sus manos sobre la pierna de Calatrava. Al cabo, emergió del trance dando una inspiración profunda y mirando en torno como si acabase de despertar de un sueño. Sonrió cuando sus ojos se detuvieron en los dorados de Octavio, que la observaba como hipnotizado, lo mismo los perros.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mamita.

—Aquí tienes el agua y los lienzos —dijo Ginebra, y cruzó la distancia hasta la cama.

—Gracias. Necesito que sostengas esta bolsita de tul sobre la nariz de don Hernando. Lo que te lleve rezar dos credos, nada más.

—¿Qué es?

—Flores de floripondio, lo mismo que le di a Romelia para la infusión. Debe inhalar el perfume de las flores. Ayudará a calmarlo. Pero solo dos credos.

Al cabo, apareció la esclava con las infusiones de floripondio y la de duraznillo negro. El mejunje de sándalo rojo seguía cociéndose al fuego. Casi una hora más tarde, le habían dado de beber varias cucharadas de las tisanas, y el cuerpo de Calatrava comenzaba a mostrar signos de relajamiento. Emanuela colocó un rollo grueso de tela entre los dientes de su padre y dio instrucciones a Romelia y a Ginebra para proceder a encajar las dos partes del fémur. Aunque era la más menuda de las tres, Emanuela jalaría del pie. La esclava y su hermana sostendrían el torso del enfermo. La operación fue un éxito, y Ginebra sonreía y contemplaba a Emanuela con afecto, lo que la ponía incómoda pues no reunía lo que se precisaba para perdonarla.

Le colocaron el emplasto de sándalo rojo antes de entablillarlo de nuevo y sujetarlo con longuetas. El hombre dormía con placidez, si bien el semblante de tonalidad grisácea todavía preocupaba a Emanuela.

—Romelia, es preciso que le demos de beber jugos de frutas frescas. Sería muy propicio si pudieses preparar uno con papaya y piña. Si no, cualquier fruta le hará bien.

—Como ordenes, Manú.

—Hasta que podamos despertarlo y darle el jugo, no hay mucho para hacer excepto cambiarle los trapos fríos.

—Yo lo haré —ofreció Ginebra—. Ve con Octavito, que se ha dormido en la silla.

Las horas transcurrieron lentamente. Calatrava despertó, y sonrió al distinguir los rostros de Emanuela y de Ginebra, que lo contemplaban con muecas cargadas de ansiedad.

—Hijas...

—Aquí estamos, padre. —Ginebra le apretó la mano—. Manú os está curando. Os repondréis muy pronto.

—Creo que perderé la pierna.

—No la perderéis —lo reconfortó Emanuela.

—Manú, hijita mía...

—¿Cómo os sentís, don Hernando?

—No quisiera morir sin oírte llamarme padre.

—No moriréis, os lo aseguro. ¿Cómo os sentís?

—Mejor. La pierna... No duele.

—Manú os está curando —reiteró Ginebra, emocionada.

—Ahora, Ginebra y yo lo ayudaremos a incorporarse —explicó Emanuela—. Quiero que bebáis unos jugos de frutas. Os sentiréis mejor una vez que los hayáis tomado.

Después de unos sorbos, el cansancio venció de nuevo a Calatrava, y volvió a quedarse dormido. La penumbra fue apoderándose de la habitación, sumiendo la cama y al enfermo en la oscuridad, y junto con ella, en la fiebre, que abrasaba de nuevo el cuerpo de Calatrava. Insistieron con los trapos fríos y como no obtenían resultados, Emanuela decidió darle una tisana preparada con corteza de quina; habría deseado evitarla dados los efectos perniciosos para el hígado.

Hacía horas que Lope, los niños y Argos —Orlando permanecía con ella— se habían marchado a la casa de la ciudad. Si bien no la complacía la idea de pasar la noche separada de Octavio —sería la primera vez—, Emanuela sabía que no podría ocuparse de él. Lope contaba con domésticos que los higienizarían y los alimentarían. Dormirían cómodos, olvidados de la mala fortuna que sobrevolaba la chácara de Calatrava.

* * *

El enfermo pasó una noche tranquila. Amaneció con la frente perlada de un sudor fresco y la pierna bastante desinflamada, aunque el color azulado persistía. Pidió agua, y Emanuela lo obligó a beber también infusión de duraznillo y jugo de papaya y piña. Ginebra, que había velado a su padre junto a ella toda la noche, la ayudó a cortar las lenguetas, quitarle el entablillado y a untar la zona con el emplasto de sándalo colorado. Un rato más tarde, Calatrava volvía a dormirse.

—En unos días —susurró Emanuela más para sí—, probaremos con goma elemí. Es excelente para soldar huesos rotos.

—¿Qué es goma elemí? —se interesó Ginebra.

—La sabia de la ícica —masculló sin mirarla—. Nosotros, los guaraníes, la llamamos *yvira ysy*.

—¡Cómo me gustaría saber de medicina como tú, Manú! No me sentiría tan poco útil.

Emanuela asintió y siguió ordenando sus bolsitas con hierbas, semillas, flores y frutos secos y sus frascos con ungüentos, electuarios y cordiales. En tanto, reflexionaba cuánto la habría alegrado, tiempo atrás, una muestra de entusiasmo como esa por parte de la inexpresiva y reservada Ginebra; ella la habría aprovechado para iniciar una conversación. ¿Se comportaría de esa guisa tan fría e impasible con Aitor? Apretó los párpados y sacudió la cabeza.

—¿Qué sucede, Manú? —se preocupó Ginebra, y le apoyó la mano sobre el hombro, de la cual Emanuela se deshizo apartándose con la excusa de arrojar el agua de la jofaina por la ventana.

—Nada. Cansancio, supongo.

—Ve a dormir. Yo me quedo con... nuestro padre.

Emanuela habría aceptado; la tensión y la falta de sueño estaban cobrándose su parte; le dolía la cabeza y se sentía nauseosa. Además, necesitaba descansar si pretendía imponer las manos a don Hernando de nuevo. Sus planes se derrumbaron cuando el padre Santiago de Hinojosa y Leónidas Cabrera se presentaron para visitar al amigo en desgracia. Exclamaron al verla aparecer en la pequeña sala de los Calatrava, y ninguno hizo un misterio de la felicidad que les causaba encontrarla allí. Hinojosa la abrazó y la besó en la frente, y doña Nicolasa soltó bufidos reprobatorios.

—No os mostréis tan escandalizada, Nicolasa —la reprendió el jesuita—. Manú es como una hija para mí.

—En realidad, padre Santiago, es la bastarda que *mi* esposo engendró...

—¡Silencio! —la mandó callar el sacerdote—. ¿O acaso os olvidáis de las palabras de Cristo: «El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra»?

Desayunaron en un ambiente tenso, mascullando preguntas que obtenían contestaciones breves y que mayormente respondían a la curiosidad de los visitantes por la salud de don Hernando, hasta que Nicolasa, que no se había interesado por su esposo siquiera una vez, anunció que iría al huerto y se marchó. El cambio en el aire resultó tan palmario que algunos lanzaron suspiros y otros esbozaron sonrisas avergonzadas.

—Disculpadla, padre Santiago —pidió Ginebra—. Está herida y es de índole resentida.

—No te preocupes, hija —la consoló el jesuita—. Tu madre terminará por aceptar a Manú.

«No lo creo», conjeturó la susodicha, y pese a lo desagradable que era compartir el techo con una mujer como su madrastra, meditó que la experiencia estaba sirviéndole para convencerse de que jamás conferiría a María Antonia y a Ana Dolores el trato que la mujer de su padre le brindaba a ella. Se sintió reconfortada, y el temor a odiar a las hijas de Olivia y Aitor se disolvió como la niebla al amanecer.

—¿Octavio quedó en *Orembae*? —se interesó el Cordobés.

—No, no —contestó Emanuela—. Hemos viajado todos juntos. La familia de Ginebra, Octavio y yo. Los niños y Lope pasaron la noche en la casa de los Amaral y Medeiros, la que está a pocas varas del Cabildo.

—Iré a buscarlos —propuso el torero— y los llevaré al río, donde los indios payaguás pescan con sus redes en la orilla. Es un espectáculo que los entretendrá.

—Es una feliz idea —admitió Emanuela—, sin embargo, don Leónidas, debo haceros una advertencia. A Octavito y a Milagritos les he enseñado a nadar sin inconveniente, pero resultó imposible con la pobre Emanuelita. Le teme al agua con un miedo cerval. Os imploro que prestéis atención a ella con especial ahínco. No permitáis que se acerque a la orilla. A ver si resbala...

—Lo haré, querida Manú. —El hombre le tocó la mano que descansaba sobre la mesa, una acción que se reputaba muy íntima, y la joven la retiró con los pómulos

colorados.

—Os agradezco —masculló, mientras lamentaba haber esbozado ese «tal vez» aquella noche de noviembre del 57, más de un año atrás, cuando Cabrera le preguntó si existían esperanzas para él. Desde ese momento, sus visitas a *Orembae* se habían repetido con frecuencia abrumadora, los regalos para Octavio eran cada vez más extravagantes y costosos y las atenciones que tenían a Emanuela como única receptora tan evidentes que aun el medio ciego y sordo de Adeltú adivinaba sus intenciones. A Lope y a don Vespaciano les caía bien el peninsular, habría resultado difícil no acogerlo con afecto; el torero poseía un encanto seductor y mundano por el cual aun hombres recios como Amaral y Medeiros se sentían atraídos; sin embargo, por razones distintas, ni el padre ni el hijo miraban con buenos ojos el cortejo con que halagaba a Manú.

Entraron Lope, los niños y Argos, y se reanudaron los saludos y las muestras de alegría. Los niños corrieron hacia Leónidas, que los saludó como si se tratase de adultos; se inclinó ante ellos y los llamó don Octavio, doña Emanuela y doña María de los Milagros, lo que causó risas a los más pequeños. Las sonrisas se expandieron en sus rostros cuando el torero les propuso visitar la zona del río donde pescaban los payaguás. En tanto hacían planes para llevar a cabo aventura tan excitante, Emanuela se deslizó junto a Lope y le preguntó cómo habían marchado las cosas.

—Con los niños, de maravillas. Pero al llegar ayer por la tarde a la casa, los domésticos me pusieron al tanto de unos inconvenientes que han surgido con la construcción de la casa... ¡más bien debería calificarla de palacete!, que mi nuevo vecino está haciendo erigir al lado de la mía. Han echado abajo la medianería y han vuelto a levantarla unas pulgadas más adentro en nuestro terreno. Para colmo de males, los alarifes comenzaron a trabajar con los primeros rayos del sol, y el jaleo que provocaron me despertó cuando todavía no eran las seis. ¡Qué desatino!

—¿Conoces al propietario de la casa? A tu vecino, me refiero.

—Conocía al anterior, a don Eliécer Basoalto, pero mis domésticos aseguran que no saben quién es el nuevo. Se cotillea que se hizo de la casa de Basoalto echando mano de jugadas sucias. Sin duda, es el mejor terreno de toda la Samuhú-Peré.

—¿Qué tipo de jugadas sucias?

—Encontró el talón de Aquiles del viejo don Eliécer, que tenía unos cuantos, y golpeó sin piedad.

«El talón de Aquiles», repitió Emanuela para sí. Poco tiempo después de enterarse de la existencia de Engracia, exhausta de cargar con su pena, le había contado a su *pa'i* Ursus acerca de lo que Cabrera le había referido de Aitor, que se hacía llamar Almanegra y que vivía con una mujer, la tal Engracia. Admitió que por esos días el recuerdo del hombre al que había amado desde niña le despertaba sentimientos negros, en especial rencor, tanto rencor. El jesuita, en un acto de extrema franqueza, que se habría juzgado de herético en un tribunal del Santo Oficio, le manifestó:

—Manú, tú eres la única redención de Aitor. Tú, hija, eres para él lo que Quirón fue para Aquiles. Como dice Ovidio en *El arte de amar*, la cítara de Quirón educó al joven Aquiles, domando su carácter feroz, y el que tantas veces había aterrado a sus compañeros y enemigos, temblaba delante de Quirón.

—Entonces, tú también eres su Quirón, *pa'i*. Eres de los pocos a quienes Aitor respeta.

—Pero solo a ti, querida Manú, respeta, ama y, sobre todo, teme.

—¡Aitor no me teme, *pa'i*!

—Oh, ya lo creo que te teme. No teme a Dios, ya me he resignado a esa verdad, pero te teme a ti. Tú eres su Quirón, pero también su talón, su punto débil. Eres la que empuña su corazón, la que cuenta con la potestad para arrancárselo y hacerlo trizas.

Estuvo a punto de contestar: «Nunca lo haría, *pa'i*», pero calló. Después de todo, ¿no lo había hecho al abandonarlo cuando se enteró de que estaba casado con Olivia?

—Con tu dulzura, sí, pero también con tu firmeza, has conquistado y amansado a ese que todos llamaban, con miedo y reverencia, lobisón y que hoy es Almanegra.

«No, querido *pa'i*, te equivocas: su corazón se me escapó, lo perdí. Lo destruí. Ya no empuño nada que lo atraiga a mí. Me he quedado sin poder».

* * *

A principios de 1759, Aitor recibió, junto con la carta de su *pa'i* Ursus, una de don Vespaciano, quien había aprovechado el sistema de comunicación que mantenían para escribirle. Encontrar una segunda carta lo sorprendió; descubrir el sello de Amaral y Medeiros en ella lo preocupó pues a su padre no se le daba lo de escribir para narrar trivialidades ni para mandar saludos; debía de tratarse de algo grave. Tiempo atrás le había escrito para contarle que tenía en su poder el documento firmado por el propio Fernando VI, en el cual se le concedía el apellido Amaral y Medeiros. Se había tratado de una excelente noticia. ¿Por qué, entonces, la visión de esa misiva lo angustiaba?

Se fijó en la fecha: 10 de diciembre de 1758. «Exactamente un mes atrás», calculó. La carta comenzaba del mismo modo que la anterior: «*Querido hijo*». Detestaba lo que esas simples palabras le causaban, ese reblandecimiento que lo debilitaba. Lo que siguió borró con cualquier emoción o sentimiento delicado. Su padre le advertía que Leónidas Cabrera, un peninsular, torero de profesión, que había conocido a Manú en Buenos Aires y que desde hacía un tiempo vivía en Asunción, la cortejaba. Visitaba *Orembae* muy seguido, y ni la distancia ni los días que tomaba el viaje por el Paraná lo disuadían de su objetivo de convertirla en la señora Cabrera.

—¡Mierda! —Descargó el puño sobre la mesa, y Conan, que se ocupaba de las entradas en los libros contables, se sobresaltó.

—¿Qué sucede, Aitor?

—Nada —masculló y siguió leyendo.

Don Vespaciano también le refería que el torero se había propuesto ganarse la simpatía de los niños y que los obsequiaba y los agasajaba como si fuesen príncipes. «Sabe que, ganándose el corazón de mis nietos, en especial el de Octavito, llegará al de Manú». A continuación lo prevenía de que «Cabrera es un buen espécimen, todo lo galante, agraciado y rico como para obtener el favor de cualquier mujer». ¿Qué mensaje escondían esas palabras? ¿Su padre le advertía que Emanuela, su Emanuela, estaba considerando la posibilidad de aceptar el ofrecimiento del malnacido de Cabrera? Lo ahogaría en el Aguaray Miní si osaba volver a asomar el pico por ahí para visitar a su hermano Manuel. O mejor, viajaría a Asunción y lo degollaría. Emanuela y Octavio eran de él, de su propiedad, le pertenecían por derecho.

—Son míos —masculló.

—¿Qué dijiste? —Conan detuvo la pluma y elevó la vista. Aitor no le respondió, enfrascado como estaba en la lectura. Leía con un gesto que, meditó el cornuallés, lo habría asustado si no lo considerase un hermano. Encogió los hombros y siguió anotando en el mamotreto.

Los últimos párrafos no le proporcionaron nada de calma; por el contrario, lo alarmaron al punto de tentarlo a dejar todo y correr hacia lo único que deseaba. Enterarse de que Emanuela abandonaría la seguridad de *Orembae* para acudir en ayuda de su padre, el tal Hernando de Calatrava —gracias a su *pa'i* Ursus, estaba al tanto del increíble descubrimiento—, echaría por tierra el control que con tanto denuedo había cultivado durante esos años.

Desde que su *pa'i* Ursus le había anunciado lo de la muerte de Olivia se contenía para no lanzarse sobre su mujer y su hijo, y lo hacía porque las experiencias vividas y los consejos del jesuita y de Conan le habían enseñado que actuar con arrebatos y sin planificar solo causaba problemas, y aunque iba en contra de su propia naturaleza, refrenaba al potro salvaje que lo impulsaba a devorarse la vida en lugar de saborearla. Había trazado un plan para recuperar a Emanuela y su intención era respetarlo.

Siguió leyendo. Calatrava poseía una chacara en las afueras de Asunción, situación que, reflexionó, el lechuguino de Cabrera aprovecharía para asestar el golpe final. Si concurría a menudo a *Orembae*, ¿con cuánta frecuencia se presentaría en lo de Calatrava? ¡Cómo lo detestaba! Apretó los puños y no le resultó difícil imaginar que se cerraban en torno al cuello del matador.

Tal vez era su culpa si Emanuela se permitía pensar en otro hombre. Habían transcurrido demasiados años. ¿Cuántos exactamente? Se habían visto por última vez a mediados de marzo del 53; era 10 de enero del 59. «Casi seis años sin mi Jasy», estimó, y echó la cabeza hacia delante hasta apoyar la frente sobre la mesa. Habían sido años intensos, venturosos, en los cuales un día jamás era igual al siguiente. Esos años le habían traído alcurnia, riqueza, bienestar, pero lo habían mantenido lejos de lo único que le daba sentido a todo, a la alcurnia, a la riqueza y al bienestar. Había construido el imperio del cual se sentía orgulloso gracias a la tranquilidad que significaba saber que su padre protegía a los dos únicos seres que contaban para él.

Emanuela y Octavio estaban seguros en *Orembae*. Y ahora le decían que ella se marcharía a Asunción para vivir con un padre inválido, una madrastra que la odiaba y cerca de un torero bien parecido que la festejaba. Es más, probablemente hacía tiempo que se encontraba en la chácara de Calatrava ocupándose de todos y de todo, como era su costumbre. «De todos y de todo, excepto de mí».

—¿Cuándo piensas que estará lista la casa de Asunción?

—Prados —Conan se refería al maestro mayor de obra que dirigía la construcción de la casa de Aitor— asegura que para la festividad de la Asunción de la Virgen.

—¿Y cuándo carajo es esa festividad?

—Yo soy un hereje protestante, Aitor. Se supone que tú deberías saberlo. Después de todo, te criaste en una doctrina católica.

Aitor se esforzó por recordar.

—El 15 de agosto —dijo—. Quiero que mandes a Carmen con una misiva para ese imbécil de Prados en donde le dirás que tendrá que terminarla para mediados de mayo. Ni un día más.

—Pero Aitor...

—¡Conan, no me contradigas!

El cornuallés suspiró y adoptó una postura vencida.

—¿Puedo preguntar, sin que te conviertas en una fiera, a qué se debe este cambio de planes?

—A que no soporto un día más lejos de mi mujer y de mi hijo. Quiero terminar la casa y llevar a Emanuela y a Octavio a vivir en ella cuanto antes. Hace más de dos meses que quedé viudo. No hay razón para esperar.

—Temo que si apuras a Prados, hará mal las cosas. Le has exigido detalles extravagantes. Y ese pintor italiano que hiciste venir de Río de Janeiro...

—Escríbele —se empecinó Aitor—. La casa deberá estar lista para mayo.

Al atardecer, Engracia entró en la cabaña y se topó con Aitor, que observaba fijamente una hoja de papel. Sabía de qué se trataba: era el retrato de Emanuela; lo había descubierto tiempo atrás, en una ocasión en que Conan había olvidado uno de los cofres abiertos. Hurgó entre los documentos, varios relacionados con la mina, un salvoconducto a nombre de Francisco de Paula Almanegra emitido en Buenos Aires en el 53, varias cartas escritas en una lengua que no conocía —dedujo que se trataba del guaraní— y una hoja de papel Manila enrollada. La desplegó, nerviosa de que Conan regresase o de que Aitor la pillase. No dudó: se trataba de la tal Manú, la mujer que Aitor amaba, por quien había bautizado la mina, por la cual languidecía su corazón.

En ese momento, lo observó observarla. La contemplaba como si quisiese devorarla, con una intensidad en los ojos de oro que la turbaba por desconocida, por anhelada. «Ojalá yo fuese el objeto de esa mirada», deseó, y la excitación que sin remedio se despertaba cuando lo tenía cerca, le recorrió el cuerpo, le endureció los pezones y le ablandó la zona entre las piernas.

Se había enterado de que la esposa de Aitor había muerto a fines del año anterior. ¿Cuánto tiempo duraría el intermedio que compartían en esa lejana mina de estaño? Porque no tenía duda de que, al igual que en las obras de teatro, lo que ellos tenían no era más que un intervalo hasta que Aitor recuperase a Emanuela. ¿Ella lo aceptaría de nuevo? En una oportunidad, Conan se había apiadado de su curiosidad y le había contado que la muchacha, a quienes algunos llamaban «niña santa», había abandonado a Aitor al enterarse de que estaba casado. Pues bien, el escollo de la esposa, en contra de todo pronóstico, se había esfumado. ¿Qué haría Emanuela? ¿Lo perdonaría?

Conocía demasiado a Aitor para suponer que, pese a estar de espaldas al ingreso, ignoraba que ella se encontraba en el umbral de la cabaña y que, desde hacía unos minutos, lo miraba. Él se guiaba por sutilezas que habrían pasado inadvertidas para los comunes mortales, como el cambio de la dirección del aire, los olores, el juego entre las luces y las sombras, tal como hacían los animales. Porque, sin duda, Aitor tenía el aspecto de un humano, pero ella sabía que dentro escondía una bestia salvaje.

Se aproximó con cuidado y se ubicó detrás de él. Apoyó el mentón sobre su coronilla y las manos en sus hombros. Sin emitir sonido, sin mover un músculo, él persistió en la contemplación del retrato. Que no lo escondiese ni se enfadase constituía un mensaje que Engracia descifró rápidamente. ¿Qué lo impulsaba a contemplarla en ese día especialmente? ¿Qué había ocurrido? ¿Carmen, que acaba de llegar de Asunción, habría traído carta de Emanuela?

—Tiene unos ojos muy agradecidos —susurró con sinceridad.

—Sí. —La voz le surgió cavernosa, y a Engracia volvió a surcarla la corriente de excitación—. Son azules —expresó con orgullo—, tan azules como estas piedras. —Levantó la mano en la cual usaba el anillo de la calavera.

Comprendió, entonces, lo que siempre la había intrigado: la obsesión con la que, en ocasiones, Aitor fijaba la vista en el anillo de plata y zafiros. Casi soltó una carcajada. ¡Qué tonta había sido! Ella era inteligente, ¿por qué no se había dado cuenta de que la joya de algún modo se relacionaba con esa mujer, «la niña santa»? Como si le quitasen un velo de los ojos o como si de pronto se encendiesen varias bujías, vio con claridad la esencia de Aitor, que en un principio le había resultado enigmática: ese hombre salvaje, valiente, al que le había visto enfrentar peligros que habrían acobardado al más bragado, solo existía por la mujer del retrato, menuda, de belleza mediocre, aunque de ojos estupendos, azules y, sobre todo, dulces.

—Ella lo es todo para ti —afirmó.

—Sí, todo.

—¿Volverás con ella ahora que eres viudo?

—Sí.

—¿Y si ella no te quisiese a su lado? —se atrevió a preguntar.

—Esa posibilidad no existe.

—¿La forzarías?

—Sí.

—¿Qué hay de mí?

Engracia se arrodilló al costado de la silla y aferró a Aitor por el mentón para obligarlo a que la mirase. Él, como estaba de un humor peculiar, se lo consintió.

—¡Dios bendito! Tus ojos... Son lo más bello que he visto en mi vida. El color dorado no parece de este mundo.

—Algunos dicen que son los ojos del lobisón. —Sonrió con melancolía—. Créeme, han sido más una maldición que una bendición.

—¿Qué hay de mí? —volvió a inquirir.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasará conmigo cuando vuelvas con ella? ¿Me abandonarás?

—Jamás te abandonaré. Tú y Conan son mis mejores amigos, en quienes más confío.

—¿Y en Emanuela? ¿En ella confías?

Aitor rio sin fuerza.

—Engracia, no pretendo que entiendas lo que estoy por decirte, pero ella es yo, y yo soy ella. Somos la misma criatura. No sé dónde acabo yo y dónde empieza ella. Confío en ella como en mí mismo.

—¿No te desharás de mí, entonces?

Aitor le acarició el filo de la mandíbula.

—Si tú quieres seguir cerca de mí, así será, pero una vez que ella vuelva a mí, no seremos amantes.

—¿Por qué? No exijo que me ames, solo que pasemos de tanto en tanto un momento juntos. ¿Acaso no disfrutas de mí, de mi cuerpo?

—No estarías aquí, bajo mi techo, si no encontrase placer en tu cuerpo y en tu compañía. Eres hermosa y te deseo. Pero una vez que ella entre a formar parte de mi vida de nuevo, ocupará todo lo que hay, lo sé, siempre ha sido así. Ella es como un sol que me encandila y que, al mismo tiempo, no puedo dejar de mirar fijamente. Aun separados, aun alejados por la distancia y el tiempo, ella ocupa todo lo que hay en mí, cada rincón de mis pensamientos es para ella. No soy bueno con las palabras, Engracia, tú lo sabes. No sé si logro hacerte comprender que...

—¿Que Emanuela es la mujer más afortunada del mundo por poseer el corazón del hombre que amo? Sí, lo comprendo. Espero que lo aprecie.

—Te confundes: el afortunado soy yo.

CAPÍTULO XI

La recuperación de Calatrava, aunque satisfactoria, era lenta —después de todo, y aunque Emanuela no lo admitiese abiertamente, habría perdido la pierna si ella no hubiese intervenido a tiempo—, por lo que aún no se hallaba en condiciones de trabajar en el algodonal. Ese contratiempo había reducido los ingresos a cifras alarmantes. Don Hernando no aceptaba que su yerno le diese balas de algodón de *Orembae* para cambiarlas en el mercado por víveres, terquedad que causaba accesos de ira a doña Nicolasa. Más se quejaba la mujer, más se empecinaba su esposo en rechazar la ayuda de Lope.

—¡Juro por mis lares y petates, Nicolasa! —la amenazaba Calatrava—. Si me entero de que has aceptado algo de la propiedad de ese traidor de Amaral y Medeiros...

—¡Qué! —lo encaraba la mujer—. ¿Qué me harás? ¿Matarme? ¿Echarme de esta tapera? ¡Ojalá lo hicieras!

—¡Bah! —profería Calatrava, y se alejaba arrastrando la pierna.

—Parecen tirios y troyanos —se lamentaba Lope.

Romelia y Emanuela, cansadas de las discusiones, en especial porque perturbaban a los niños, se las habían ingeniado para hacerse de lo necesario para sobrevivir. La esclava se había convertido en la vellera más reputada de Asunción, y le quitaba los pelos de las piernas y de los sobacos a gran parte de las mujeres, aun a las mujeres de la mala vida, secreto que Emanuela y Romelia guardaban celosamente. Las atendía en el burdel, que quedaba detrás del edificio de la Manufactura Real de Tabaco y al cual entraba embozada y después de haberse hecho la señal de la cruz, la versión extendida, esa que le pedía a Dios que la librase de sus enemigos. Cuando salía, iba directo a la iglesia de la Compañía de Jesús, que quedaba a dos pasos, para confesarse. Al cura de turno, sin embargo, nunca le mencionaba cuánto se divertía mientras depilaba a esas mujeres y cuánto más le agradaba su compañía que la de las de fuste.

El negocio se había iniciado cuando Ginebra descubrió a Romelia quitándole el vello a Emanuela con su mezcla de azúcar y limón.

—¿Por qué Romelia está arrancándote el pelo de las piernas, Manú?

No le revelaría la razón, no le diría que lo hacía para evitar que Aitor comparase sus piernas velludas con las imberbes y lustrosas de Olivia. A decir verdad, no tenía sentido perseverar en el hábito. ¿Para qué? Aitor ya no formaba parte de su vida; sin embargo, cada tres semanas se sometía al rito de belleza, y sabía bien por qué. Siendo fiel a su máxima de no engañarse a sí misma, admitía que la esperanza de que las manos de él volviesen a deslizarse sobre su piel aún latía, sí, débilmente, pero lo

hacía.

—Lo encuentro muy higiénico —contestó en cambio, sin mirar a Ginebra a los ojos, pues de pronto se había acordado de que las manos de Aitor también habían recorrido las piernas de ella. Había días en que se olvidaba de lo que Lope le había revelado, en especial cuando Ginebra propiciaba un acercamiento, cuando la buscaba para consultarle algo y se mostraba tan interesada y respetuosa de su opinión. Pero había otros en los que imaginaba a Aitor y a su hermana haciendo el amor, y el cariño por Ginebra se esfumaba.

—¿Higiénico? ¿Qué significa esa palabra?

—Es una costumbre saludable y femenina. Muy pulcra.

—Ah. —Ginebra se aproximó y observó las manos hábiles de la esclava—. ¿Duele, Manú?

—Un poco. Te acostumbras.

—¿Podrías quitarme el vello, Romelia?

—Sí, ama Ginebra.

La joven quedó tan sorprendida y satisfecha, con la piel suave y delicada, que se lo mencionó a sus conocidas durante una tertulia en casa del alcalde de primer voto. Con excepción de algunas que se mostraron escandalizadas —quitar el vello era cosa de prostitutas—, las mujeres empezaron a aparecerse en la chácara de los Calatrava. La primera fue una señora con el labio superior bigotudo, que al descubrirse en un espejo con el bozo enrojecido pero sin el vello que la acompañaba desde los doce años, declaró que lamentaba no haber descubierto antes el secreto; no se habría sentido tan conspicua ni desdichada. Regresó a la ciudad, y sus amigas, que se sorprendieron al verla sin la pelusa gris que tanto la había afeado en el pasado, también visitaron a la vellera Romelia. La condición para acceder al rito era sencilla: aportar el azúcar y el limón para elaborar la pasta y retribuir el servicio con media arroba de harina, o una pieza de Holanda o de bocací, o cuatro docenas de huevos, o una lengua de vaca en escabeche, o cinco pescados, o dos conejos gordos, o tres gallinas, o lo que la clienta ofreciese y que Romelia considerase justo. Asimismo, incrementaban las ganancias vendiendo la pomada que Emanuela preparaba con lanolina, almidón y óxido de estaño y el ungüento perfumado de almizcle de yacaré y esencia de franchipán, ingredientes que Ñezú le enviaba desde San Ignacio.

Emanuela, además, daba clases a un grupo de niñas asuncenas. Se le había ocurrido a su *pa'i* Santiago la vez en que se presentó en lo de Calatrava para saber cómo sanaba la pierna de su amigo y la encontró impartiendo clases a las hijas de Lope y a Octavio.

—Los niños aprenden a leer y a escribir y a cifrar en nuestra escuela —había expresado el jesuita—, pero las niñas no tienen adónde concurrir. Muchas de mis feligresas no quieren que sus hijas sean analfabetas como ellas, y estarían complacidas si pudiesen contar con alguien que les enseñase.

Lope apoyó la idea de Hinojosa, lo mismo don Hernando, incluso Ginebra

expresó su acuerdo. Doña Nicolasa no abrió la boca, lo cual constituía una agradable novedad, pues sus comentarios mordaces y miradas despreciativas comenzaban a cansar a Emanuela, aunque, en honor a la verdad, desde que ella y Romelia ponían un plato de comida dos veces por día en la mesa, callaba sus pensamientos y evitaba los conflictos.

Como salón de clases, se propuso adaptar la pieza que Calatrava había mandado construir para Emanuela y Octavio, separada de la casa principal, sugerencia que se descartó casi de inmediato pues al engorro de quitar las camas a diario y hacer espacio para las alumnas, se sumaba el inconveniente de la lejanía. Eran pocas las familias que poseían carretas, ni qué decir carruajes, para transportarlas hasta las afueras de la ciudad, sin mencionar que los días de lluvia, cuando los caminos se volvían intransitables, no habrían podido concurrir a la escuela ni en la berlina más lujosa.

—Acondicionaremos la sala de juegos de Emanuelita y María de los Milagros en nuestra casa de la ciudad —decidió Lope, muy entusiasmado.

Emanuela dirigió la mirada hacia Ginebra y, como la vio sonreír y asentir, aceptó. Hinojosa consiguió que el Colegio Seminario le donase una pizarra y tizas y un par de pupitres. Leónidas Cabrera le regaló un escritorio, y Lope aportó una mesa grande y varias sillas, la mayoría de las cuales permaneció vacía durante las primeras semanas pues solo tres niñas se anotaron para tomar clases con la señorita Manú.

La primera lección la impartió el lunes 12 de febrero de 1759, el día de su vigésimo tercer natalicio, y se le antojó un buen augurio para comenzar el nuevo año de vida. Llegó a la casa de Lope con Octavio a las ocho de la mañana. Calatrava los había conducido en la carreta, y aunque Emanuela no aprobaba el esfuerzo, había sido imposible convencerlo de que ella y el niño irían caminando.

El primer día de clases, después de deleitarse con el desayuno con que la esperaban Lope y su familia para obsequiarla por su natalicio y de recibir los regalos, Emanuela experimentó escrúpulos que le hicieron danzar las tartas y los confites en el estómago. Enseñar a sus sobrinas y a su hijo era una cosa, pero hacerse cargo de la educación de niñas ajenas a las que no conocía, ¿no se juzgaría de osadía irresponsable? Además, ¿cómo se llevarían las niñas y Octavio con las demás alumnas? ¿Cómo se las ingeniaría para enseñarles a los seis?

Al primer aldabonazo que anunciaba la llegada de las alumnas, las palpitaciones de Emanuela se aceleraron. Se encomendó al Sagrado Corazón de Jesús, como le había enseñado su *pa'i* Ursus, y fue ella misma a abrir la puerta. Eran Lucía, de diez años, y Raquel, de ocho, dos hermanas, hijas de una feligresa del *pa'i* Santiago. Al cabo llegó Carmina, de cinco, nieta del notario más reputado de Asunción. Cuando tuvo a los seis pequeños reunidos en el salón, tan incómodos e intimidados como ella, resolvió: «Nada mejor que un cuento para ganarse el corazón de un niño». Les ordenó que se sentasen y les estudió las caritas expectantes antes de narrarles una de sus historias favoritas, las aventuras de Ulises, rey de Ítaca, esposo de Penélope, amo del

fiel Argos. En tanto la leyenda avanzaba, los niños se sumergían en un mundo de fantasía que ella recreaba con su pasión. La deleitaba verlos gesticular, levantar las cejas y separar los labios cuando el relato se volvía intenso e intrigante. Los mantenía hechizados con su voz, los contagiaba de entusiasmo, les hacía sentir lo mismo que Ulises. Al terminar con la versión resumida de la epopeya del héroe, tenía la certeza de que no le costaría ganarse el corazón de sus nuevas alumnas.

Cada mañana comenzaba de igual manera, con un relato, para luego continuar con las lecciones. Antes de que terminase la semana, contaba con una nueva pupila, prima de Carmina e hija del jefe de Policía del Cabildo; Teodora se llamaba y tenía doce años. La fascinaba ir descubriendo la personalidad de cada una, las reacciones que las impulsaban en cada situación o aprieto, el modo en que se relacionaban entre ellas y cómo expresaban su alegría, tristeza o frustración. Octavio, que poseía un encanto y un poder de seducción innatos, las tenía en un puño, y el miedo inicial a que se sintiese intimidado o incómodo en medio de tanta fémina se esfumaba al verlo dirigirse a las niñas con la soltura y la confianza que destinaba a sus primas. Las clases se desarrollaban en concordia, y más allá de algunas veces en que fue necesario pedir a los alarifes que construían la casa del lado que disminuyesen los martilleos y los ruidos, lo que cumplían de inmediato, no había problemas ni complicaciones.

El viernes se fijó como el día en que las esclavas que acompañaban a las niñas a la escuela de la señorita Manú consignasen la paga, también en especie, todas muy variadas, desde una docena de naranjas o una arroba de sal hasta un trozo de guadamecí. El viernes también se impartían las lecciones de música. Poco antes de que Emanuela comenzase con su escuela, Lope había mandado a buscar a *Orembae* el clavicordio, al que inicialmente instalaron en el salón principal de la casona y que luego acabó en el salón de clases. Algunas mostraban más talento que otras, pero en general esperaban con ansias poner sus manos en las teclas. Octavio las acompañaba con el violín. Temió que la falta de lecciones retrasase y perjudicase su aprendizaje, por eso no consiguió retener una exclamación de alegría cuando, hacia fines de marzo, Hinojosa le contó que Juan Ñeenguirú se mudaría a Asunción para ocupar la cátedra vacante de Música y Armonía del Colegio Seminario. Más feliz estaba Juan, que había echado de menos a su sobrino y a su hermana, y que decidió impartir a Octavio clases de violín diarias, por lo que el dominio que el pequeño de cinco años poseía sobre el instrumento mejoró ostensiblemente.

A principios de abril, se sumaron dos niñas a la escuela de la señorita Manú, hijas de un feligrés de la Compañía de Jesús, amigo de su *pa'i* Santiago, y Emanuela resolvió que serían las últimas que aceptaría pues una clase de nueve pupilos era, más que un desafío, un desatino, sin mencionar que María y Ana, las nuevas, solo hablaban guaraní. Octavio se sintió atraído por ellas apenas sus ojos dorados les estudiaron los rostros oscuros y las facciones que revelaban su origen indio, y pese a que era menor que las niñas nuevas, las colocó bajo su ala. Había que verlo traducir

para ellas o servirle de lenguaraz, corregirlas cuando escribían mal el castellano u ofrecerles galletas de algarroba a la hora del refrigerio. Emanuela lo observaba de soslayo, simulando que fijaba su atención en otras cuestiones para no avergonzarlo, aunque atenta a su pequeño de maneras caballerescas y corazón de oro.

A principios de mayo, casi tres meses después de iniciada la aventura escolar, Emanuela, que en un principio lo había hecho con el fin de aportar a la economía de su padre, admitía cuán feliz la hacía y cuánto le costaría dejar de hacerlo cuando regresase a *Orembae*. La compañía de los niños la vitalizaba, planificar las clases le mantenía la cabeza ocupada y afianzar el vínculo con las niñas la colmaba de una alegría que la tenía sonriendo todo el día. Las alumnas, a su vez, con la naturalidad con que emprendían todo, comenzaban a conocerla y a cobrarle confianza, y poco tiempo pasó antes de que se enterasen de que «sabía curar».

Sucedió a principios de abril, el sábado 7, el día anterior al Domingo de Ramos, cuando Teodora, la mayor de la clase, hija del jefe de Policía del Cabildo, que llevaba más de una semana enferma de unas fiebres pútridas que las medicinas del doctor Moral no lograban someter, fue desahuciada. Emanuela, que no conocía a los padres de la niña, solo a la esclava que la escoltaba a diario a lo de Lope, decidió visitarla ese sábado, después de que Carmina le contase que a su prima le habían impartido los Santos Óleos. A medida que se aproximaba a la casa de la enferma, se repetía: «No debo hacer esto, no debo hacerlo. Mi *pa'i* Ursus se enfadará», no obstante seguía avanzando, mientras recordaba la dulzura de Teodora y lo agraciada que se ponía cuando se comportaba como una madre con los más pequeños.

De pie junto al lecho de la niña pálida, consumida y con costras negras en los labios, se convenció de que hacía lo correcto.

—¿Puedo tocarla? —le preguntó a la madre.

La mujer, estrangulada por el llanto, asintió. El padre susurró un sí. Emanuela cerró los ojos y pensó en cosas bonitas. Se cuidó de apoyar las manos sin levantar sospechas, como quien acaricia. Al volver a la realidad, la madre y el padre estaban de rodillas, uno a cada lado de ella, y lloraban sin consuelo. Emanuela, asustada, dirigió la vista hacia la niña creyendo que había muerto y la vio despierta. Teodora sonreía apenas a causa de las costras, y un ligero color rosado le otorgaba vida a sus pómulos.

—¿Qué habéis hecho, señorita Manú? —quiso saber la mujer entre sollozos—. ¡He visto que una luz os salía de las manos! ¡Y ese perfume a flores de azahar!

—No he hecho nada. Simplemente la toqué y recé. No he hecho nada, señora. Nada, os lo aseguro. Por favor, no mencionéis eso de la luz a nadie. Podrías perjudicarme seriamente.

La mujer, en un raptó, le sujetó las manos y se las besó repetidas veces con actitud desmesurada, humedeciéndolas con lágrimas. Emanuela las apartó con suavidad, besó a la niña en la frente, la conminó a ponerse buena para regresar pronto al salón de clases y se marchó.

Emanuela acabó las fricciones con árnica y colofonia que le daba a la pierna de su padre cada mañana, antes de marchar a la ciudad, y se enjugó la frente con el dorso de la mano. El calor matinal y el ejercicio la habían hecho sudar. Levantó la mirada, y se topó con los ojos sonrientes de Hernando de Calatrava. Le devolvió la sonrisa con timidez.

—Gracias, hija.

—De nada, don Hernando.

—¿Cuándo me llamarás padre?

Se afanó poniendo orden en la habitación, una excusa para rehuir la mirada del hombre. A mediados de mayo, a cinco meses de su llegada a la chacara de Calatrava, todavía no se decidía a llamarlo como él tanto deseaba. Un pensamiento la atormentaba: ¿sería en verdad su padre? Su *pa'i* Ursus estaba convencido de que sí, pero la verdad era que la única certeza la constituía el hecho de que su mujer, la tal María Clara, había poseído una mancha en el muslo derecho similar a la de su madre y que había estado encinta para la misma época. ¿Bastaba para afirmar que María Clara y la mujer que su *pa'i* Ursus había hallado moribunda a orillas del Paraná eran la misma persona?

—Padre —murmuró para alegrarlo.

Calatrava estiró la mano y Emanuela se la tomó.

—Dilo de nuevo, así te acostumbras.

—Padre.

—Gracias, hija mía. —Le besó la mano con los ojos cerrados—. Gracias, tesoro mío. Por todo —agregó, y la miró con intención—. Por llamarme padre y por haber salvado mi pierna. No creas que no sé que, de no ser por ti, la habría perdido.

—Y por Ginebra, no os olvidéis. Ella os cuidó con mucho esmero. Estaba muy preocupada por vuesa merced.

—Mi Ginebra. ¡Cuánto la he hecho sufrir!

—Nada de tristezas. No son buenas para el alma, por ende no son buenas para el cuerpo. Eso afirma mi *taitaru*, y lo que él dice es palabra santa para mí.

—También lo es para mí, que si no fuese por Ñezú, ya habría muerto de consunción.

—Vamos, de pie. Os ayudaré a ponerlos los pantalones y los zapatos.

—¡Cómo me gustaría que tu madre pudiese verte en este momento, Manú! ¡Qué orgullosa estaría de ti! Eres todo lo que una madre puede esperar de una hija.

—¿Así lo creéis, don... padre? ¿Una hija soltera y con un hijo?

Calatrava le rodeó la cara con las manos y le besó la frente.

—¿Quién soy yo para juzgarte cuando...? —A punto de revelarle que había sido bígamo, calló—. Eres la hija que tu madre habría deseado, créeme —declaró en

cambio.

* * *

Árdenas cruzaba el patio principal del convento de Santo Domingo. Al pie de la escalera que lo conduciría al despacho de fray Claudio se encontró con el doctor Moral, que se tocó el borde del tricornio y siguió caminando hacia la salida. No tenía duda de que el físico había visitado a Ifrán y Bojons. Eso significaba que sus ronchas y costras habían empeorado. Estaría de mal humor. Esperaba que la noticia que le traía se lo mejorase. Llamó a la puerta. Le abrió el esclavo Cristóbal y se apartó para darle paso. Divisó a fray Pablo, que, como de costumbre, escribía con afán. Fray Claudio contemplaba por la ventana y se rascaba el cuello con aire ausente. «Ahora también las tiene ahí», se lamentó el cazador de brujas.

—Buenas tardes, Excelencia.

Ifrán y Bojons le habló sin volverse y con acento sarcástico.

—Árdenas, ¿qué novedad me traes?

—Tal vez...

—¡Tal vez, tal vez! ¡Contigo todo es tal vez! ¡Necesito precisión!

—¡Excelencia, os traigo una noticia que os complacerá! —El dominico lanzó una exclamación entre exasperada y sarcástica—. ¿Podríamos hablar a solas, Excelencia?

—Fray Pablo —dijo Ifrán y Bojons—, por favor, acabad de redactar la carta en vuestra celda.

—Sí, Excelencia.

El joven dominico cerró la puerta, y el inquisidor dirigió la mirada al cazador de brujas.

—¿Y bien? ¿Qué noticia?

—Tiempo atrás os dije que si bien había hallado el registro de la boda de la señorita María Clara con Calatrava en la parroquia de San Roque, no tuve tanta suerte con el del nuevo matrimonio de Calatrava.

—¿Los loyolistas por fin te permitieron ver sus registros?

—Sí. Bastó que mostrase vuestra carta y se me permitió revisarlos. En ellos tampoco hallé el registro de la boda de Calatrava con Nicolasa.

—¿Y el de un bautizo hecho en el 36?

—Tampoco. Nada sobre el hijo de la señorita María Clara. Pues bien, había perdido mis esperanzas cuando una semilla que cultivé tiempo atrás dio sus frutos. ¿Recordáis aquel indio que contraté en Corrientes para que averiguase por la señorita María Clara, el tal Laurencio Ñeenguirú? —Fray Claudio asintió, aunque no se acordaba—. Cada tanto lo encuentro, para ver qué información puede darme. Pues bien, nos reunimos en Villa Rica. Ahora forma parte de una banda de abigeos y se mueve permanentemente por la campaña.

—¡Cuidado, Árdenas! No quiero que mi nombre se asocie al de un delincuente.

—Perded cuidado, Excelencia. Vuestro buen nombre está fuera de peligro. Gracias al indio, que, pese al tiempo transcurrido, sigue preguntando por María Clara de Calatrava, se enteró de que años atrás, en esa ciudad, en Villa Rica, vivía un militar, un tal Hernando de Calatrava, casado con Nicolasa Ruiz.

—¿Cómo? —El dominico se aproximó a paso rápido—. ¿Casado con Nicolasa Ruiz años atrás? ¿Cuántos? ¡Fechas, Árdenas! ¡Necesitamos fechas!

—Se casó con ella en el 29. Así lo establece el registro de la catedral de la ciudad. Lo vi con mis propios ojos, Excelencia.

Una sonrisa infrecuente curvó los labios de Ifrán y Bojons, y Árdenas se dijo que lo prefería serio.

—¿Estáis seguro de que Nicolasa Ruiz y la Nicolasa que vive en la chácara con él son la misma persona?

—Sí, Excelencia. Vi el registro del bautizo de la niña nacida de ese matrimonio, Ginebra Teresa del Rosario de Calatrava y Ruiz. La joven tan bella que vimos el Domingo de Resurrección del 54 se llama Ginebra. Supusimos que era hija de la nueva mujer de Calatrava. ¡Pero es la hija de ambos, de Nicolasa Ruiz y de Calatrava!

—¡Por todos los cielos! ¡El bastardo, el miserable es bígamo! ¡Y María Clara vivió con él en pecado! ¡Engendró un bastardo! ¡Mald...! —Se mordió el puño antes de completar la maldición.

—Lamentablemente, así es, Excelencia.

Un silencio ocupó el despacho, apenas alterado por la respiración afanosa del inquisidor, que se había reclinado contra el escritorio, como si no fuese capaz de soportar el peso de su cuerpo avejentado.

—¡Árdenas! —exclamó de pronto—. Es imperativo que reúnas las pruebas para detenerlo por bigamia. ¿Me oyes? ¡Todo! ¡Quiero todos los documentos que lo condenan! ¡Destruiré a ese malnacido!

Un golpeteo exigente en la puerta hizo girar las cabezas de los hombres.

—¡Adelante! —gritó Ifrán y Bojons, irritado—. ¿Qué deseáis, fray Pablo?

—Disculpadme, Excelencia, pero acabo de recibir un billete. Me avisan que mi madre se ha puesto muy mala. ¿Me autorizáis a marcharme para verla? Tal vez... —Se aclaró la garganta—. Tal vez sea la última vez que la vea con vida. Su corazón ya no resiste. Deseo darle los Santos Óleos.

—Sí, sí, marchaos, claro, claro. Los Santos Óleos, dádselos —ordenó, aunque su mente se hallaba fija en la imagen de Calatrava encerrado en la secreta del Santo Oficio.

—Gracias, Excelencia —susurró el muchacho.

* * *

Era un desatino, lo sabía, como sabía también que se arrepentiría de la decisión que

acababa de tomar, sin mencionar que Ursus se olvidaría de todo, de que era un sacerdote, de los diez mandamientos, de todo, y lo asesinaría. Igualmente, avanzaba a largos trancazos por la calle principal, imposible de frenar la determinación con la que pretendía convencer a Manú de que lo acompañase a casa de los Cerdán y Jaume y colocase sus manos santas sobre el corazón agonizante de su dulce Mencía. «¡Resiste, Mencía!», clamó, desesperado. A lo largo de sus años como jesuita y misionero había visto morir a más gente de la que podía recordar. Compadecerse y conmisericordia con el dolor nunca le había resultado difícil; no obstante, lo que experimentaba en ese momento en el que su amada Mencía se hallaba en el umbral de la muerte, luchando por insuflar vida en su cuerpo, era algo imposible de describir con palabras.

Agitó la aldaba varias veces, con insistencia. La puerta peatonal del portón se abrió apenas y una esclava asomó la cabeza.

—¡Pronto! ¡Ve a buscar a Manú! Dile que su *pa'i* Santiago la necesita.

—La señorita Manú está en el salón de clases, con sus alumnas.

—¡Ve y llama a Manú! ¡Ahora!

—¡Sí, padre!

Se quedó en la acera, la vista fija en el resquicio de la puerta, mientras invocaba a Emanuela.

—¡Ey, padre Santiago!

Se dio vuelta: Calatrava descendía de la carreta. Se le acercó a paso medido; solo una mirada atenta habría notado que arrastraba la pierna izquierda. El hombre, sonriente y de buen semblante, se quitó el tricornio e inclinó la cabeza para saludarlo. Frunció el entrecejo al notarle el semblante descompuesto.

—¿Ha sucedido algo, padre Santiago?

—He venido a buscar a Manú. La necesito.

—¿La necesitáis? ¿Para qué?

Emanuela abrió la puerta peatonal.

—¡*Pa'i!*

—¡Hija! Deprisa. No hay tiempo que perder. Morirá si tú no intervienes. ¡Ahora!

Como le sucedía cuando una situación la pasmaba, ladeó la cabeza y profundizó el ceño.

—¿Quién, *pa'i*?

—Una de mis feligresas —respondió, más sobrio, algo avergonzado—. Una santa, una señora que no merece el padecimiento que está soportando. Te necesita, hija.

—Iré por mi rebozo.

—¡Manú, hija! —la detuvo Calatrava—. ¿Te parece una decisión sabia?

—No, claro que no lo es —admitió Hinojosa—, pero...

—Iré, *pa'i*.

—Yo os llevaré —ofreció Calatrava—. Iremos en mi carreta.

La india Tomasa y los dos esclavos al servicio de la familia Cerdán y Jaume repetían los padrenuestros y las avemarías bisbiseados por el hijo de la moribunda, que ya le había impartido los Santos Óleos y en ese momento desgranaba las cuentas del rosario a la espera de que la muerte se llevase a su madre o de que ocurriese un milagro a fuerza de pedírselo a Dios. No estaba preparado para perderla. Que Dios se apiadase de su alma, pero no aceptaba su voluntad. No quería que su madre muriese. Un profundo sentido del ridículo le impedía encogerse en el lecho, junto a ella, y romper a llorar como cuando era niño y tenía pesadillas.

—¡Padre Santiago! —exclamó Tomasa, y fray Pablo se puso de pie.

Su amigo jesuita y él cruzaron una mirada, y resultó palmario que a Hinojosa no le gustó encontrarlo allí.

—Buenas tardes, fray Pablo.

—Buenas tarde, padre Santiago. ¿Quiénes os acompañan? —preguntó con acento cordial.

—Ella es Manú, y él es su padre, don Hernando de Calatrava.

Los tres inclinaron las cabezas en señal de saludo.

—¿Sois amigos de mi madre?

—No —intercedió el jesuita—. Manú está aquí para *ayudar* a vuestra madre. No hay tiempo que perder.

—¿Cómo? ¿A qué os referís?

—Venid conmigo, fray Pablo, os lo suplico.

Salieron de la habitación a un patio y se alejaron hacia el aljibe. Hinojosa se sujetó al pretil y dejó caer la cabeza entre los brazos. Suspiró antes de volverse hacia el joven dominico.

—Manú puede curar a vuestra madre. Ella...

—Claro —recordó Pablo, entre asombrado y entusiasta—, ella es la niña santa.

—Ella es la niña santa. Haberla traído hoy aquí es como haberla echado a la arena con los leones, como les sucedía a los primeros mártires de la Iglesia.

Le dirigió una mirada penetrante, y Pablo bajó la vista.

—Entiendo vuestra suspicacia, padre Santiago. Pero os lo juro por la vida de mi madre, jamás hablaré con nadie de lo que hoy tenga lugar en esa habitación.

—Habéis jurado por la vida de vuestra madre.

—Lo sé. No estoy preparado para perderla.

Volvieron a mirarse fijamente.

—Deshaceos de Tomasa y de los esclavos. Bajo ningún concepto deben saber lo que Manú hará.

—¿Qué hará?

—La tocará.

Fray Pablo regresó al dormitorio luego de haber despachado a los domésticos para que realizasen mandados casi ridículos en un momento como ese. Se detuvo bajo el dintel, sobrecogido por una sensación que no acertaba a individualizar ni a definir; algo invisible, que lo envolvía como una tela cálida y suave, le infundía paz. Cayó en la cuenta de que la luz dentro de la recámara había cambiado; se había vuelto más cálida, aunque más intensa sin ser agresiva, y había un perfume agradable, fresco, como el del rocío al amanecer; también identificó el aroma de las flores del limonero, que a su madre tanto le gustaban. Terminó de entrar y cerró la puerta. Hinojosa y el tal Calatrava se dieron vuelta y lo miraron. Manú, en cambio, permaneció quieta y con los ojos cerrados. Se había sentado en el borde de la cama y sostenía las manos de Mencía entre las de ella. Sonreía ligeramente, como si evocase una memoria agradable.

Pablo notó que se había quitado el rebozo y que usaba el cabello castaño recogido en un rodete en la nuca. Le estudió el perfil, de nariz aguileña, a la cual nadie habría calificado de bonita y que sin embargo le iba a su rostro pequeño, que terminaba en un mentón respingado y femenino. Tenía orejas delicadas y un cuello fino y de una blancura en la que se transparentaban las venas azules. No reunía la voluntad para dejar de mirarla, pese a temer que el jesuita o el padre de la muchacha se diesen cuenta de que la devoraba con los ojos. La sensación que lo había sorprendido al entrar y que le daba paz emanaba de ella, ahora lo comprendía.

La muchacha soltó con suavidad las manos de su madre y arrastró las de ella hasta descansarlas sobre el pecho de la enferma, siempre con los ojos cerrados y la sonrisa. El efecto fue inmediato: la respiración afanosa de Mencía cesó, y por un instante Pablo creyó que había muerto. Sus cejas se alzaron y su boca se entreabrió al notar que una luz de tonalidad naranja se expandía por el tórax de su madre y le coloreaba aun el cuello. La situación lo desbordaba, porque al tiempo que se daba cuenta de que estaba presenciando un portento, solo le importaba que esa luz hiciese latir de nuevo el corazón moribundo.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Pablo calculó pocos minutos, aunque le resultaron una eternidad. Los párpados de Mencía aletearon, y la enferma tomó una inspiración profunda, impulsada por un vigor que hacía años la desertaba. Pablo sujetó el aliento hasta que su madre abrió por fin los ojos y los revoloteó en torno, perdida, aturdida.

—Eres un ángel —dijo, con voz rasposa, cuando su mirada se posó en Emanuela.

—No. Soy Manú, amiga del padre Santiago.

—Tú eres la niña santa —susurró al cabo, e intentó acariciarla—. Me has curado.

—Todavía estáis muy débil, señora. Debéis descansar.

—Me has curado.

—Volveré mañana por la mañana.

—No me cuesta respirar. No me duele el pecho.

—Lo sé —susurró Emanuela, y al ponerse de pie, se mareó.

Los tres hombres saltaron para sujetarla. Fray Pablo llegó primero y la rodeó por la cintura. Sabía que actuaba de manera extremadamente impropia, sabía que los ojos del jesuita y del padre de la joven lo horadaban, sabía que fray Claudio lo habría enviado a la hoguera si lo hubiese pillado de esa guisa; no obstante, continuaba apretándola contra su pecho, percibiendo el perfume de su cabello, sintiéndose poderoso al percibirla tan menuda y delicada. Acabó de rodillas, frente a la niña santa. Le aferró las manos y se las besó.

—Gracias, gracias —repetía una y otra vez, entre sollozos.

—Fray Pablo —suplicó Emanuela—, por favor, no. Poneos de pie.

—Sí, sí, perdonadme. Me he comportado como un...

—Como un hijo devoto de su madre. Lo entiendo.

—Hijo —llamó Mencía—, padre Santiago.

Los sacerdotes se ubicaron uno a cada lado de la cabecera.

—¿Cómo os sentís, doña Mencía? —preguntó Hinojosa, y Emanuela hizo un ceño al notarle una voz rara y el semblante tenso. Se dio cuenta de que disimulaba las ganas de llorar.

—Mejor, tanto mejor gracias a la niña santa, gracias a vos, que la habéis traído. Sé que es...

—Shhh —la acalló el jesuita—. No os agotéis. Ya oísteis a Manú, debéis descansar.

—Cerrad los ojos, madre, e intentad dormir.

Emanuela se volvió hacia Calatrava.

—Don... Padre —se corrigió—, llevadme a casa de Lope. Me urge estar allí. Octavio ya debe de haber regresado de su clase de violín. Se estará preguntando qué fue de mí.

Hinojosa, que perseveraba en la mueca tensa y seria, la cubrió con el rebozo y la abrazó. Le susurró gracias antes de soltarla, y a Emanuela volvió a afectarla la emoción que reconoció en su voz y en la manera en que la apretaba. ¿Por qué se mostraba tan sentido? Después de todo, un sacerdote estaba acostumbrado a asistir a los moribundos. ¿Era doña Mencía especial?

—Señorita Manú. —Fray Pablo, algo avergonzado por su exhibición anterior, se acercó con las mejillas arreboladas y una sonrisa tímida—. Os debo la vida de mi madre.

—No a mí, sino a Nuestro Señor, que me concedió este don.

—Sí, pero por algo os eligió a vos.

—No soy nadie, fray Pablo.

—Vuesa merced es un ángel —afirmó, y, con una inclinación, se hizo a un lado para darle paso.

—Buenas tardes —se despidió don Hernando, y se calzó el tricornio.

—Buenas tardes, señor Calatrava. Y gracias por haber traído a su hija hoy a esta casa.

—A vuestro servicio, fray Pablo.

* * *

Tres días más tarde, el domingo 20 de mayo, don Leónidas Cabrera cenaba en lo de Calatrava cuando la tormenta que se descargó con una furia inusitada para esa época del año los llevó a conjeturar que sería sensato que el invitado y su cochero pernoctasen en la chácara. En tanto se disponía todo para acomodar a dos hombres en una casa tan pequeña, los sorprendieron unos golpes insistentes, que hicieron ladrar y gruñir a Orlando y a Argos.

—Yo abriré, Romelia —indicó Calatrava, y el Cordobés fue tras él.

Se trataba de un monje empapado, con la capucha echada sobre la cabeza.

—¡Fray Pablo! —se sorprendió don Hernando cuando el muchacho se descubrió—. ¡Pasad, pasad!

—Gracias, pero no hay tiempo que perder.

Calatrava lo guió a la sala, donde el dominico buscó con afán los ojos azules de Emanuela.

—Buenas noches, señorita Manú.

—Buenas noches.

—Romelia, trae unos lienzos para el padre —indicó Nicolasa.

—No os preocupéis por mí —dijo el dominico—. Más bien... Don Hernando, ¿podríamos hablar a solas?

—Decid lo que tengáis que decir, fray Pablo. Esta es mi familia y don Leónidas, un caro amigo.

—Pues... Vengo a advertiros que, mañana por la mañana, el Santo Oficio vendrá a arrestaros. Os acusan de bigamia.

Hubo exclamaciones, muecas de pánico e insultos mascullados. Emanuela ordenó a Romelia que envolviese al niño en una aguadera y que lo condujese fuera, a la pieza en la que dormían. Era húmeda y poco saludable, pero no lo quería allí en ese momento.

—¡Maldito Ifrán y Bojons! —explotó Calatrava, y se giró súbitamente hacia su mujer—. ¡Tú! —la señaló con el índice—. ¡Has sido tú! ¡Tú me has denunciado con la Inquisición!

—¡No! —se defendió Nicolasa.

—Padre, por favor —intercedió Emanuela.

—Lo has hecho para deshacerte de mí y correr a la cama de Amaral y Medeiros ahora que Florbela ha muerto. ¡Desvergonzada! —Lo detuvo Cabrera antes de que se lanzase sobre su esposa—. ¡Desgraciada!

—¡No he sido yo!

—¡Eres la única que pudo traicionarme!

—¡Si hubiese querido deshacerme de ti, te habría envenenado hace tiempo!

—¡Basta! —intercedió el Cordobés, y Emanuela lo miró con admiración y agradecimiento—. Guardad la compostura, los dos. Hay que mantener la cabeza fría.

—Por favor, don Hernando —terció fray Pablo—, no discutáis ahora. Es preciso que huyáis. Lamentablemente, con la cuestión de la enfermedad de mi madre y que me lo he pasado con ella estos días, solo hoy vi la orden de arresto que fray Claudio firmó esta tarde. No creo que se aventure con esta tormenta. Pero mañana por la mañana estarán aquí. No debe encontraros.

—Manú, por favor —habló Cabrera—. Ayuda a tu padre a recoger algunas cosas, las indispensables. Vendréis conmigo, don Hernando.

—¿Dónde lo lleváis? —Nicolasa dio un paso adelante.

—¡No se lo digáis, Leónidas! Donde sea que yo me esconda, ella no debe saberlo. —Se aproximó, y Nicolasa caminó hacia atrás—. ¿No te diste cuenta, *querida* Nicolasa, que entregándome a la Inquisición, te quedarías en la calle?

—¿Cómo?

—¿Acaso no sabes que a los reos les confiscan los bienes y que sus familias se quedan sin nada?

—¡Oh, Dios bendito!

—¡Ahora es tarde para invocar a Dios, mujer del demonio!

—¡Padre, basta, por favor! ¡No le habléis de ese modo! Os ha dicho que no ha sido ella.

—No me defiendas, bastarda. No necesito que me defiendas.

—Déjala, Manú —expresó Calatrava, de pronto vencido—. Nicolasa es un alma perdida.

—Señorita Manú —intervino fray Pablo—, os sugiero que vos también partáis con vuestro padre.

—¿Yo?

El dominico la miró con fijeza y asintió con lentitud deliberada. Emanuela respondió de igual modo, con un asentimiento mudo, y se cubrió con el rebozo para abandonar la casa principal. Debía empacar sus pertenencias y las de Octavio.

—¿Por qué la bastarda debe acompañar a mi esposo?

—Nicolasa, voto a Dios, vuelves a abrir la boca y será la primera vez que se la romperé a una mujer, y qué bien me sentiré. ¡Manú, hija! —la llamó Calatrava antes de que saliese a la lluvia—. Dile a Romelia que vendrá con nosotros. Si no la llevamos, la Inquisición la confiscará con el resto de mis bienes.

—¡No te llevarás a Romelia, Hernando! ¡No me dejarás sin ella!

—Te quedarás sin ella de todos modos. Deberías haber pensado en eso antes de denunciarme.

CAPÍTULO XII

El inquisidor, su amanuense, el comisario y el notario se encontraron con la chácara de Calatrava completamente vacía. Avisados de la situación, Ginebra y Lope habían ido a buscar a Nicolasa antes del amanecer y la habían conducido a su casa de la calle Samuhú-Peré.

Nadie sabía qué había sido de don Hernando ni de Cabrera, y durante días Emanuela y Romelia hicieron cábalas sobre la suerte que habían corrido, hasta que el 26 de mayo, mientras Emanuela despedía a María y a Ana y se las consignaba al esclavo que las llevaba y las traía, avistó al Cordobés, que se aproximaba por la acera. Su modo de caminar, reconcentrado y tenso, desprovisto de la actitud distendida y alegre que le conocía, la llenó de malos augurios.

—Adiós, señorita Manú —dijo Ana, con esa voz decidida que siempre le arrancaba una sonrisa, sin importar que la escuchase a diario.

—Hasta el lunes, cariño.

—Adiós, señorita Manú —la imitó María, con timidez. Aunque más alta y fornida que Ana, siempre se colocaba a la sombra de la hermana.

—Adiós, tesoro. No olvidéis redactar lo que os he pedido —les habló a propósito en castellano, pues el primer día de clase el esclavo que las escoltaba le había manifestado: «Que dice mi amo que les enseñe a hablar y a escribir en español».

Cabrera, de pie junto al portón, aguardó a que las niñas se marchasen. Emanuela le encontró la mirada con miedo.

—Estás pálida.

—Tengo miedo de lo que me diréis.

—Entremos.

Cerró la puerta peatonal del portón y no le permitió avanzar hacia los interiores. Lo detuvo sujetándolo por el brazo.

—Os suplico, don Leónidas. Decidme cómo está mi padre.

—Bien, él está bien. Enojadísimo, pero bien. Te manda su afecto.

Le tembló el mentón y los ojos se le tornaron acuosos. Había terminado por encariñarse con don Hernando, fuese su padre o no.

—Gracias —dijo, con la voz gangosa.

Cabrera le acunó la mejilla. Se miraron fijamente. La tensión aumentaba, y ninguno apartaba la vista. El hombre hizo un chasquido con la lengua antes de envolverla en sus brazos.

—No soporto verte sufrir.

—Estoy bien —lo tranquilizó Emanuela, y no intentó romper el contacto. Después de esos días de angustia e incertidumbre, en los que, por el bien de Octavio,

había llevado una máscara, se permitió relajarse contra el pecho fuerte de Cabrera. Se apartó al escuchar voces en la casa. Carraspeó, incómoda, y se secó las lágrimas con las manos.

—Manú.

Emanuela dejó caer los párpados lentamente y se preparó. Sabía lo que el torero le diría.

—¿Qué? —dijo, apenas.

—Cásate conmigo. —Le sujetó las manos y se las besó con reverencia—. Hazme feliz y conviértete en mi esposa. Tú y el niño lo sois todo para mí. Quiero a Octavio como si fuese de mi propia carne. —Emanuela ahogó un sollozo y Cabrera volvió a abrazarla—. Te haré feliz. Octavio y tú siempre seréis felices si de mí depende. Escaparemos con tu padre. Nos iremos lejos, a la España, si deseas, donde la amenaza de la Inquisición no os perseguirá, ni a ti ni a él. Estaréis a salvo. Nada ni nadie te hará daño. —Alejó el rostro para estudiarla con una mirada dulce y le sonrió—. Amor mío.

Inclinó la cabeza, y Emanuela se mantuvo quieta, los ojos muy abiertos. Separó los labios en el instante previo a que los carnosos de Cabrera los rozasen. El contacto los estremeció a los dos, pero superada la sorpresa inicial, Emanuela no experimentó las corrientes ni las palpitaciones que otros labios le provocaban. Cabrera, en cambio, se mostraba fascinado con su boca a juzgar por el modo en que la penetraba con la lengua y por la fuerza con que la pegaba a su torso.

—¡Oh! —exclamó Emanuela cuando un campanazo los sacó del trance. Sin mirar al torero, se acomodó el cabello y se alisó el delantal antes de abrir—. Buenas tardes, *pa'i*.

—Buenas tardes, Manú —contestó Santiago de Hinojosa, y le estudió los pómulos ruborizados y los labios hinchados. Levantó la vista y se topó con Leónidas Cabrera, que recogía el tricornio del suelo y se alisaba la chaqueta y la chupa—. Buenas tardes, don Leónidas —dijo, serio, con marcada lentitud.

—Buenas tardes, padre Santiago.

—Pasa, *pa'i*.

—Prefiero que no perdamos tiempo. Doña Mencía está esperándonos.

—Voy a embozarme y enseguida regreso.

Cabrera los acompañó a lo de Cerdán y Jaume. Emanuela, del brazo de su *pa'i* Santiago, avanzaba por la calle principal con la vista al suelo, mortificada. «Se ha dado cuenta», se reprochaba, «mi *pa'i* se ha dado cuenta».

—Emanuela me ha contado lo ocurrido con don Hernando —mencionó el jesuita—. También me ha dicho que os echasteis al hombro la responsabilidad de ocultarlo.

—Así es, y estoy muy feliz de poder ayudar al padre de Manú. Don Hernando es, además, un gran amigo.

—Será mejor no preguntar adónde lo habéis llevado.

—Juzgo prudente no decirlo, padre, en especial para no comprometeros.

—*Pa'i* —intervino Emanuela, nerviosa por el tono cortante del sacerdote—, ¿has averiguado cómo va lo de la acusación de bigamia?

—Nos encontraremos con fray Pablo en lo de doña Mencía. Él nos pondrá al tanto.

Fray Pablo y doña Mencía se hallaban en la sala, la señora en su sillón del estrado. Días atrás, había abandonado la cama. Se la veía rozagante y sonriente, lo cual a su vez arrancó sonrisas a Emanuela y al padre Santiago.

—Ángel mío —la saludó la señora, y le besó las manos—. He sabido lo tu padre. ¿Cómo te encuentras, mi niña?

—Bien, pese a todo. Estoy tan agradecida con su hijo. —Miró al dominico, que se ruborizó.

—Ven, ángel mío. Ayúdame a ir a la sala, con los señores.

Le presentaron a Leónidas Cabrera, y la mujer levantó las cejas, sorprendida al saber que el peninsular tenía escondido al reo de la Inquisición.

—Manú, hija —habló la señora, y le acarició la mejilla—. Es preciso que te cuides.

—¿A qué os referís, doña Mencía? —se preocupó Hinojosa.

—Esta mañana vino a verme el doctor Moral. Está desconcertado por mi recuperación. No sabe a qué responde. Y me dijo que están sucediendo cosas extrañas desde hace un tiempo.

—¿Cosas extrañas? —repitió fray Pablo—. ¿Os explicó de qué hablaba, madre?

—Habló de la rotura del hueso de la pierna de un chacarero en las afueras de la ciudad. Él estaba seguro de que terminaría en gangrena, como suele ocurrir en esos casos, pero no; a Dios gracias, el hombre sanó perfectamente y camina como antes. Luego el caso de la hija de don Venancio Arguizábal, el jefe de Policía, que estaba a la muerte a causa de unas fiebres pútridas; se recuperó y se encuentra en perfecto estado de salud. Come a dos carrillos y juega y ríe como antes del morbo. Por último estoy yo, con mi curación *milagrosa*, así la llamó Moral. Milagrosa —remarcó.

—Manú —intervino Hinojosa—, ¿sabes algo de lo de la hija del jefe de Policía?

—Sí, *pa'i* —dijo, con la vista baja.

—Has sido tú, ¿verdad? Tú la has curado.

—Sí.

—¡Manú! —se enfadó el jesuita—. ¡Por todos los santos! ¿En qué estabas pensando?

—Teodora asiste a mis clases, *pa'i*. ¿Qué querías que hiciese? ¿Que la dejase morir sin intentar sanarla?

—Ha sido muy riesgoso, mi niña —se ablandó el sacerdote—. El comisario y su esposa no te conocen. De seguro, apenas te fuiste de su casa, salieron a vociferarlo a los cuatro vientos.

—Les pedí que nada dijesen, que me harían un gran daño si lo hacían.

—¡Ja! ¡Como si eso fuese a detenerlos! Jesús les pedía lo mismo a quienes

sanaba, en balde.

—*Pa'i*, por favor, no te enfades conmigo.

—No, mi niña, no. —El sacerdote se aproximó con un gesto contrito—. No me enojo contigo, sino con la situación. Tenemos a ese inquisidor del de... —Se giró para mirar a fray Pablo—. Os pido disculpas, fray Pablo. Me he dejado llevar por mi temperamento.

—Os comprendo, padre Santiago. No debéis disculparos conmigo.

—Fray Pablo, ¿qué sabéis de la causa contra el señor Calatrava? —se interesó Cabrera.

—Muy poco. He sido apartado de mis funciones como amanuense de fray Claudio.

—¿Por qué? —se sorprendió Hinojosa—. ¿Qué ha sucedido?

—Dos días atrás, el abad me indicó que fray Claudio ya no me precisaba y que podía regresar a mis obligaciones de antes. Después de tantos años, ya ni siquiera recuerdo cuáles eran. —Rio sin ganas.

—Pero, ¿por qué? —persistió el jesuita.

—Sospecha que, de algún modo, tuve que ver con la desaparición de don Hernando. Él no le había comentado a nadie el asunto, ni siquiera a su notario, solo a ese hombrecillo que tiene por cazador de brujas, el tal Árdenas, que es quien lo ayuda a descubrir herejes y adivinas. Pero hace más de veinte años que trabaja para él. A los ojos de fray Claudio, la fidelidad de Árdenas es tan segura como la muerte. En cambio yo... Hace tiempo que mi convicción no es la misma —declaró, y fijó la vista en la de Hinojosa— y fray Claudio, que es un gran observador y conocedor de la naturaleza humana, lo ha notado. Habiendo sido yo el único que vio la orden de arresto de don Hernando, desconfió de mí.

—Lo siento —susurró Emanuela.

—Pues no deberíais, señorita Manú.

—¿Corréis peligro?

—No os preocupéis por mí.

—¿Corres peligro, hijo?

—No, madre. Fray Claudio no tiene ninguna prueba en mi contra. Se limitó a interrogarme. Nada más.

—Nos decíais que sabíais poco de don Hernando. —Cabrera intentó traerlo de nuevo al problema que le interesaba.

—El proceso y el juicio contra don Hernando seguirá adelante. Se le confiscarán los bienes y su familia sufrirá el escarnio. Se lo condenará *in absentia* y participará en el auto de fe en efigie. Se colgará un sambenito en la puerta de la catedral, con su nombre en letras grandes y vistosas. Sus descendientes siempre cargarán con la mancha de haber sido parientes de un reo del Santo Oficio y no podrán ocupar puestos de jerarquía ni en la Iglesia ni en el gobierno.

—¿Qué suerte correrá doña Nicolasa? —inquirió el jesuita.

—Ella no está acusada de nada, por lo tanto no tiene nada que temer. Si fray Claudio llegase a saber dónde se encuentra, podría citarla para interrogarla. Lo primero que le preguntará es dónde se encuentra don Hernando.

Regresaron a lo de Amaral y Medeiros en silencio, meditabundos y preocupados. Frente al portón de la casa, resultó evidente que Cabrera deseaba retomar la conversación donde Emanuela y él la habían dejado. Ella no se mostraba tan proclive y se despidió, nerviosa y rápidamente, arguyendo que Octavio habría regresado de su clase de violín y estaría preguntando por su madre.

—Entraré contigo —anunció el jesuita—. Lope me pidió que visitase a doña Nicolasa. Dice que está muy triste.

Emanuela opinaba que, en realidad, su madrastra estaba muy enojada, y que ella y su pequeño se habían convertido en la diana de sus ataques. Se preguntó cuánto más soportaría la situación. Se hallaba en una encrucijada. Si volvía a *Orembae*, Lope, como de costumbre, seguiría sus pasos; por ende, Ginebra regresaría también, y ahora con su madre a cuestas. Las agresiones persistirían, y ella, que desde hacía un tiempo no se hallaba cómoda en *Orembae*, terminaría por odiar ese sitio que tanto había amado. Por otra parte, si abandonaba Asunción, acabarían sus clases, y las niñas se quedarían sin enseñanza.

Echó un vistazo a Leónidas Cabrera y se preguntó si en él no se hallaban las respuestas a sus problemas. Por eso, cuando el peninsular le preguntó si podía acompañarla a misa a la mañana siguiente, aceptó.

* * *

Durante la misa en la iglesia de San Ignacio, con Leónidas Cabrera y Lope de pie detrás de ella, Emanuela se lo pasó pensando en Aitor, mientras fijaba la vista en el perfil de Octavio, a su lado en la alfombrilla. Hacía más de seis años que se habían visto por última vez, y pronto se cumplirían siete meses desde la muerte de Olivia. ¿Por qué no volvía a ella y a su hijo? El pecho se le encogió de miedo y de vergüenza al recordar lo que le había exigido en su último encuentro. «*No vuelvas, Aitor. No te quiero de vuelta. Esta vez no te perdonaré. Estoy cansada de que me tomes por tonta. No sé por qué lo haces, por qué piensas que soy tonta, pero ya no me interesa. Solo quiero que te marches y que no vuelvas*».

«¡No vuelvas!», se rebeló. «¡Quédate con tu Engracia, con tu mina, con tu mundo! ¡Octavio y yo no te necesitamos!» Y así se lo pasaba desde que sabía lo de esa mujer y lo de su traición con Ginebra. Por momentos se arrojaba al valle de la desesperación; segundos después, ascendía a la cúspide del éxtasis al evocar al Aitor niño y al jovenzuelo, protagonista de su vida. Si pensaba en el verano transcurrido en la recámara de la casa de los Urizar y Vega, entonces recurría a sus manos para aliviarse, y se sentía culpable, pues esas manos que eran el vehículo de Dios para curar, ella las usaba para pecar.

A la salida de misa, fueron a saludarla Carmina y Teodora, que lucía completamente recuperada; la sombra de las costras en torno a sus labios representaban el único vestigio de la enfermedad. El jefe de Policía y su mujer la homenajearon con muestras de afecto que la avergonzaron; la hacían sentir conspicua. También aparecieron María y Ana, adorables con sus vestidos de blonda blanca y sus mantillas de ñandutí. Las acompañaba una mujer —una peninsular, por el acento—, quien, con grandes muestras de admiración y respeto, se presentó como Inmaculada Vargas, el ama de llaves, y el esclavo de siempre, que la sorprendió entregándole una esquela.

—Que dice mi amo que me diga a mí la respuesta.

Rompió el sello de lacre. Antes de leer, admiró la letra de calígrafo, perfecta, redonda, pareja, algo inclinada hacia la derecha. «*Estimada señorita, os suplico que me hagáis el honor de visitarnos, a mis hijas y a mí, esta tarde. Mi esclavo irá a buscaros apenas pasada la hora nona y os conducirá a mi hogar. He invitado también al padre Hinojosa. Os despido y quedo a vuestra disposición, agraciada señorita, cuyos pies beso*». Después de tan pomposa despedida, el señor López se había olvidado de firmar. Levantó la vista, y se topó con la mirada inusualmente ansiosa del esclavo. Era raro que a los padres de las niñas les preocupasen sus estudios, y salvo a los de Teodora, no conocía a los demás. La intrigó que ese hombre se interesase por conocer a la maestra de sus pequeñas, cuando en general eran los primeros en oponerse a que aprendiesen a leer y escribir. Asintió apenas para comunicar su aceptación, lo que propició una sonrisa en el mensajero.

* * *

Contaba con varios vestidos elegantes, muchos heredados de doña Florbela, confeccionados con géneros exquisitos, y sin embargo eligió el más simple, el rosa, el que le había regalado Aitor para el último natalicio que habían compartido. El espejo le devolvió una expresión triste mientras se preparaba para concurrir a la casa de María y de Ana. Le tembló el mentón y la vista se le nubló. Necesitaba a su *pa'i* Ursus y a su *sy*, los necesitaba para que le recordasen a Aitor, para que la ayudasen a echar luz en la oscuridad que había cubierto su vida. No deseaba aceptar a Cabrera. La pregunta era: ¿aceptaría a Aitor si él volvía? «¡No volverá, estúpida! ¡Te ha olvidado!»

Romelia entró sin hacer ruido. Desde que había escapado de las garras de la Inquisición, se comportaba con timidez, hablaba en voz baja y ocultaba la mirada, como si de ese modo se hiciese invisible. La mujer se colocó a sus espaldas, y se encontraron en el espejo.

—Estás pensando en él, ¿verdad? —Emanuela asintió—. Como siempre.

—Ayer Cabrera me pidió que fuese su esposa.

—Oh. ¿Le diste una respuesta?

—No, pero creo que debería aceptarlo. Octavio está muy aficionado a él y...

—Nunca serás feliz con don Leónidas. Lo sabes, ¿verdad, Manú? —Bajó la vista y asintió—. No necesitas a Cabrera cuando tienes la protección de don Vespaciano, del amo Lope, de tu padre... Bueno, de tu padre no —se corrigió—, pero no estás sola, mi niña. Y cuentas conmigo. Te protegeré con mi último aliento.

—Lo sé. Gracias, Romelia. —Se secó las lágrimas y se esforzó por sonreír—. Péiname. Nadie lo hace como tú.

Antes de partir, buscó a su hijo para despedirse. Lo halló en los fondos de la casona. Jugaba con Lope y con las niñas. Lope lo hacía dar vueltas en el aire, y los chillidos de alegría y excitación de Octavio la alcanzaban, le acariciaban el pecho y le derretían el hielo que la entumecía. Al verla, el niño sonrió, lo que dotó de un destello a sus ojos dorados, y corrió hacia ella; Argos, por supuesto, fue detrás de él. Emanuela se puso en cuclillas y lo recibió en sus brazos.

—¡Mamita!

—Amor mío. —Lo besó varias veces, hasta que el pequeño luchó por apartarse—. ¿Estás divirtiéndote con tío Lope?

—¡Sí! ¿Quieres jugar con nosotros?

—No. Debo salir un momento. Estaré de regreso en un par de horas.

—¿Adónde vas?

—El padre de María y de Ana me ha invitado a merendar a su casa.

—¿Podemos ir contigo?

Emanuela sonrió, orgullosa de que su hijo nunca dejase fuera a sus primas.

—Solo me invitó a mí, cariño.

—Está bien —aceptó, desencantado.

—Te quiero, Octavio.

La declaración de su madre le devolvió la sonrisa.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el sitio más lejano y bello que existe, hasta el *Yvy Marae'y*. —Se volvió hacia el perro y lo rascó bajo el hocico—. ¿Cuidas a mi pequeño príncipe? —El animal profirió un aullido, que hizo reír a Octavio y a Emanuela—. A ti también te quiero, Argos.

El esclavo la esperaba en la calle. Lo saludó con una inclinación de cabeza. El hombre le indicó con la mano la dirección que tomarían, por esa misma calle, la principal, la Samuhú-Peré, hacia el puerto. Romelia, completamente embozada, se puso en marcha detrás de ellos. Emanuela habría preferido que se quedase en la casa para proteger a Octavio de las pullas de doña Nicolasa. No temía que lo golpease, no con Argos pegado al niño como una sombra, pero sí que volviese a insultarlo, como había hecho tres días atrás al llamarlo indio bastardo. Lope había amenazado con arrojarla a la calle si se atrevía siquiera a lanzarle una mirada aviesa.

—¿Aquí? —se sorprendió Emanuela cuando el esclavo, luego de caminar pocas varas, se detuvo en la casa del lado, la que tantos dolores de cabeza le causaba a Lope

con la cuestión de la medianería—. ¿Aquí viven María y Ana? ¿Al lado? Pero si...

—Mi amo acaba de mudarse —explicó el esclavo, y se apresuró a abrir la cancela de hierro artísticamente forjado—. Pasen, por favor. Está esperándola.

Lo que Lope había dicho, que se trataba de un palacete, se reveló como cierto en tanto Emanuela y Romelia cruzaban patios y vestíbulos hacia la sala. El olor de la pintura y de la trementina aún se suspendía en los ambientes. Emanuela revoloteaba los ojos, ávida por registrar los detalles. Todo era nuevo, immaculado, costoso, exagerado, brillante. Acostumbrada al lujo de *Orembae*, se dio cuenta de que lo que la rodeaba era algo fuera de lo común, y concluyó que se trataba de un boato desmedido para la pobreza de una ciudad en la que no circulaba el metálico y el trueque regía el comercio.

—¿Quién es este hombre? —murmuró Romelia, y Emanuela no atinó a contestar que no tenía idea pues la mujer que se había presentado como el ama de llaves a la salida de misa se apareció en la sala y despidió al esclavo con una agitación de mano.

—Bienvenida, señorita Manú —la saludó con simpatía.

—Buenas tardes, doña Inmaculada. No sabía que las niñas viviesen al lado.

—Acabamos de mudarnos. Si me permitís, os retiraré el rebozo. —Emanuela se lo extendió—. ¿Preferís que vuestra esclava os espere en el quinto patio?

«Conque quinto patio», meditó. La casa era, sin duda, enorme. Lope le había dicho que el solado de don Eliécer Basoalto era el más extenso y codiciado de la ciudad.

—No. Prefiero que permanezca conmigo.

—Como deseéis. Niñas —llamó, y las pequeñas se asomaron tras unos pesados cortinados del más exquisito brocatel granate oscuro, con florones recamados en hilos de oro, y guardamalleta en el mismo género y orlada con madroños dorados—. ¡Niñas! —las reconvino el ama de llaves cuando echaron a correr hacia su maestra.

Emanuela abrió los brazos y las pequeñas acabaron pegadas a su torso, aferradas a su cintura. Les besó las cabezas, que siempre olían tan bien, y las apartó para admirarlas, pues habían cambiado sus vestidos de misa por unos aún más bonitos, con casaca y basquiña con tontillo, idénticos, a excepción de los colores; el de María era verde pastel y el de Ana, azul claro; semejaban damiselas de la corte en miniatura. Emanuela enseguida apreció la calidad de la seda y de las joyas que adornaban a las pequeñas. Cada una debía de llevar varios miles de pesos sobre sus cuerpiitos.

—¡Estáis bellísimas! —las esponjó.

—*Aguyje* —farfulló María, con las mejillas rojas de vergüenza.

—No hables en nuestra lengua, María —la reconvino Ana—. Sabes lo que padre dice.

—Perdón.

—No es problema, tesoro —contestó Emanuela en guaraní.

Lo percibió al mismo tiempo, el cambio drástico en el gesto de Romelia y la tensión en el cuerpo de las niñas, que retrocedieron y fijaron la mirada en un punto

más allá de ella.

—Doña Inmaculada. —La voz del hombre la alcanzó por la espalda. Un frío le recorrió la espina dorsal. Se incorporó lentamente. Cruzó una mirada fugaz con Romelia y dejó caer los párpados; la mueca de la esclava había expresado más que las palabras. Se volvió movida por el influjo de una voluntad ajena. Abrió los ojos. Allí estaba él, de pie en toda su gloria.

—Llevad a las niñas a sus recámaras —ordenó Aitor, sin apartar la mirada de Emanuela—. No pueden regresar hasta que yo disponga lo contrario.

—Sí, vuesa merced. Niñas, habéis oído a vuestro padre.

Emanuela escuchaba las voces y percibía los movimientos como si lo hiciese bajo el agua. Se le calentaron los ojos, más bien sintió que se le hinchaban dentro de las cuencas, una sensación extraña, novedosa, que no tenía que ver con que deseara llorar —de hecho, no deseaba llorar—; se trataba de la reacción descomunal de su cuerpo a la energía que expulsaba el de Aitor y que la rodeaba y la maniataba, mientras sus ojos de sol la encandilaban, aunque, a decir verdad, no había perdido el foco ni se le había nublado la vista; lo veía con nitidez, en tanto lo que lo rodeaba se había desdibujado en torno a él. Una luz brillante, que lo circundaba, se había devorado el entorno. Aitor se destacaba en ese brillo como si fuese la estatua de un dios pagano. Pestañeó dos veces para romper el hechizo, sin éxito, e incluso esa acción se demostró difícil; los ojos le ardieron y los párpados le pesaron.

Tenía la boca seca. El corazón le latía con violencia en la garganta. Intentó llevarse la mano al cuello para calmar el dolor que las pulsaciones le infligían, y le resultó imposible levantar el brazo; se había vuelto de plomo. Ni siquiera intentó mover las piernas; sabía que estaba paralizada. «¿Qué está sucediéndome?»

—Romelia, vete. Déjanos solos.

La voz de Aitor, aunque cortante y fría, se le enredó en el torso y le acarició los pezones, que se endurecieron bajo la camisa de holanda y le hicieron doler.

—Aitor... —intentó hablar la esclava.

—Señor de Amaral y Medeiros para ti —la corrigió.

—Oh —se sorprendió la mujer.

Emanuela la escuchó que se deslizaba detrás de ella; se iba, la abandonaba. Intentó ordenarle que no se marchase, pero la lengua se le adhirió al paladar seco, y el dolor que le ocasionó despegarla le provocó una náusea. La cara se le puso fría, la visión se le enturbió y se balanceó sobre sus pies.

—¡Jasy!

Sabía que se desplazaba en su dirección, desesperado por sujetarla, por tocarla, solo que ella en esa instancia no lo habría tolerado. Cerró los ojos, inspiró largamente y reunió la fuerza para detenerlo con un gesto de la mano.

—No —grajeó a través de una garganta seca y dolorida—. Agua.

—¡Doña Inmaculada! ¡Doña Inmaculada!

Mantecía los ojos cerrados, y así y todo imaginaba la escena que se desarrollaba

delante de ella. Percibía la desesperación de Aitor, veía su rostro contraído, las cejas puntiagudas, la cicatriz más blanca que de costumbre, la profunda arruga en el entrecejo, las paletas nasales muy dilatadas, los labios apretados, los músculos de las mandíbulas contraídos. Lo veía vestido como un virrey, con chaqueta y chupa de pequín de seda azul y pasamanería dorada, que le conferían un brillo sobrenatural a sus ojos amarillos. ¿Había visto bien? ¿Los botones eran de oro, con una piedra azul en el centro?

—Ordenadme, don Aitor.

—Un vaso de agua. ¡Deprisa! La señorita no se siente bien.

—Enseguida.

—Jasy... —Con los ojos aún cerrados, Emanuela agitó la cabeza para negar—. Permíteme que te ayude. Perdóname, amor mío. Quería darte una sorpresa, pero solo he conseguido ponerte mala. La emoción ha sido demasiado fuerte.

«Amor mío». Con qué facilidad usaba las palabras que eran sagradas para ella. ¿Cómo llamaría a Engracia en la intimidad? ¿Amor mío? ¿Y a Ginebra?

—Manú. —La voz de Romelia se convirtió en un faro en la oscuridad. No se movió; la mujer iría por ella. Se apoyó en su cuerpo rollizo y de aromas familiares cuando su mano le rodeó la cintura. Se dejó conducir.

—Siéntate, Manú.

La acomodó en un canapé o en un sillón, no sabía, seguía con los ojos cerrados, si bien estaba en posición de afirmar que tenía los fuelles y el relleno más mórbidos y cómodos sobre los cuales había descansado. Apoyó las palmas al costado de sus piernas y acarició el género; suave, muy suave, como había previsto. Todo era caro, ostentoso, bello, y ella se sentía fuera de sitio, nada de esa magnificencia excesiva le daba la bienvenida.

—Aquí está el aguamiel para la señorita. Y un abanico para aventarle aire.

—Puede retirarse, doña Inmaculada. Bebe, Emanuela. —Por la cercanía de la voz, calculó que Aitor se hallaba acucillado a sus pies—. Bebe, amor mío. Estás muy pálida y tienes los labios morados. —Volvió al castellano para dirigirse a Romelia—. Oblígala, Romelia. No tiene color en las mejillas.

Un aire fresco y con aroma a sándalo le acarició el cuello y le provocó un escalofrío, que le endureció de nuevo los pezones, en tanto un sonido sereno y constante, como el aleteo de un ave, ejerció un efecto apaciguador en sus palpitations desbocadas. «Que no deje de abanicarme», deseó.

—Vamos, Manú, bebe. —Entreabrió los labios reseco al sentir el borde frío que la instaba—. Eso es. Otro trago, mi niña.

Después de varios sorbos, se sentía mejor. El cuerpo sudado, una pesadez en la frente y un ligero malestar en el estómago constituían las secuelas.

—Gracias, Romelia —escuchó decir a Aitor, sin la petulancia de momentos atrás—. ¿Podrías dejarnos a solas, por favor?

—¿Manú? —inquirió la mujer, y ella asintió dos veces.

—Ve, Romelia —consiguió articular, y la sorprendió la debilidad de su propia voz. Habría preferido mostrarse fuerte e indoblegable; en cambio, daba lástima.

De cuclillas, Aitor giró el cuello para comprobar que la esclava abandonase la sala. Se puso de pie y acercó una silla frente al canapé que ocupaba Emanuela. Se sentó sin prestar atención a los faldones de la chaqueta, que terminarían arrugándose, y abrió las piernas para evitar que las rodillas se tocasen, no porque no lo deseara, sino porque sabía que ella no se lo permitiría. Lo consumía la ansiedad por tocarla. Entrelazó los dedos de las manos y los apretó hasta que cobraron una tonalidad blanquecina. Ella permanecía con la cabeza baja, y él solo le veía la raya sobre la coronilla que le partía el cabello, el cual llevaba modestamente recogido en la nuca, con unos bucles que le acariciaban las sienes y las mejillas. Anhelaba deshacerle el rodete sobre la espalda desnuda y obligarla a inclinarse hacia delante mientras él, apostado detrás de ella, veía cómo el cabello se abría y se deslizaba hacia los costados y le revelaba la piel y el trasero. Se rebulló en la silla para acomodar la erección que le apretaba bajo los calzoncillos y el calzón. Esos ropajes eran tan elegantes y costosos como fastidiosos.

Extendió la mano y la cerró en torno al brazo de Emanuela, muy delgado, se preocupó. Reaccionó como si la hubiese quemado: alzó la cabeza, incorporó el torso y sacudió el hombro para quitárselo de encima. El rechazo le causó tristeza, que se le alojó como una piedra en el estómago; sobre todo le causó miedo. Su Jasy no había reaccionado de ese modo cuando habían vuelto a verse en Buenos Aires a principios del 53.

—¿Jasy?

Emanuela odió que le temblase la mano mientras sujetaba la copa y se la llevaba a la boca. Debió morder el borde para frenar el temblequeo, y temió romperlo pues era de cristal. Nunca había visto una copa de cristal; el pie era bonito y ornamentado. Ni siquiera los Amaral y Medeiros poseían vajilla tan refinada. De nuevo, se sintió pequeña, débil y fuera de sitio. Tragó dos sorbos hasta sentir que la garganta volvía a abrirsele.

—Jasy...

—Quiero irme. No me siento bien.

—Vayamos a nuestra recámara. Ahí te recostarás...

—¡No! —exclamó, y alzó la vista. La fijó en la de él, y descubrió dolor en esos ojos de yaguareté; había dolor, sí; anhelo también, y una chispa de ira e impaciencia comenzaba a fulgurar en el fondo. No le prestó atención y se dio el gusto de estudiarlo, mientras su perfume de algalia le seducía las fosas nasales y una sensación onírica se apoderaba de su ánimo, pues le parecía un sueño tenerlo tan cerca después de más de seis años.

Llevaba el cabello hacia atrás, más renegrado que nunca, brillante a causa del afeitado con que lo había peinado y recogido en la nuca con una coleta trenzada. No podía ver hasta dónde le llegaba, pero suponía que lo había dejado crecer y que de

nuevo le rozaba la cintura. ¿Engracia le habría tocado el cabello? «¡Por supuesto, necia! Dormían juntos. ¿Cómo no iba a tocarle el cabello?» La imagen de esa mujer cortándole las puntas le resultó intolerable. Intentó ponerse de pie; él la detuvo, colocándole una mano en el hombro.

—Quiero irme —expresó, sin mirarlo.

—Jasy, te imploro, hablemos. Estoy tan feliz de tenerte de nuevo frente a mí. Ha sido un suplicio mantenerme lejos de ti todos estos años.

Levantó la barbilla y lo fulminó con una mirada, que lo hizo callar. Miró hacia uno y otro lado para estudiar la sala más lujosa que conocía. Supo contener la exclamación al descubrir los muros pintados con paisajes y, al llevar la vista al cielo raso, ya no la sorprendió que estuviesen embellecidos con trampantojos; había rosetas, moños, guirnaldas con flores, todo tan real que Emanuela se dijo que si los alcanzaba con los dedos, percibiría las formas en lugar de la superficie enyesada del techo. Los pisos eran de una suntuosidad exagerada, como todo en ese sitio, de madera bruñida y oscura, con trabajos de taracea que reflejaban las guirnaldas y las rosetas del cielo raso en una tonalidad más clara; incluso tenía embutidos de madreperla. Era una obra de arte, no le cabía duda, probablemente de su tío Palmiro o de uno de sus discípulos. Se habría puesto en cuatro patas y estudiado el diseño de no hallarse tan incómoda y avergonzada.

Aitor la observaba estudiar el entorno y aguardaba con el aliento sujeto el veredicto. Lo enorgullecía la casa que había hecho construir para ella, para su reina, para su amor, para la madre de su hijo, para la diosa de su vida. Quería venerarla en ese palacio. A punto de preguntarle qué opinaba, cerró la boca al oírla afirmar:

—Lope no sabe que tú eres el dueño de esta casa. —Lo expresó con la voz aún débil y fina, siempre evadiéndolo con la mirada.

—No lo sabe, no. Mi notario ya me informó que me denunció por haberle quitado unas pulgadas de terreno.

—Retirá la denuncia al saber que se trata de ti.

—Sí, lo hará. Después de todo, somos hermanos, ¿verdad?

El sarcasmo la impulsó a levantar la vista y a mirarlo a los ojos. Estaba más hermoso que nunca, y grotesco a la vez, con el rostro surcado por tatuajes y las prendas de un marqués. Nada disimularía la verdadera índole de Aitor, ni esos ropajes costosos ni esa mansión. Su espíritu montaraz acabaría por imponerse. La excitación despertó un latido entre sus piernas pese al estado calamitoso en el que se encontraba, tan poderosa era la atracción que él ejercía sobre su cuerpo. Le descubrió aros en el pabellón de la oreja derecha, varias perforaciones que formaban una línea desde el lóbulo hacia arriba, una miríada de piedras preciosas que alternaban una azul y una amarilla. «Como el color de nuestros ojos», pensó, y se acordó de las muñequeras que le había confeccionado a los trece años. El recuerdo le provocó ganas de llorar. No quería llorar. Ya había dado un espectáculo lamentable; no quería sumar un quebranto. Pensó en algo que la enojase. No necesitó meditar demasiado; el nombre

Engracia operó el efecto buscado.

—¿Cuándo se han mudado?

—Los domésticos limpian y ponen orden desde hace días. Nosotros llegamos ayer.

«Los domésticos», repitió. ¿Cuántos habría? Como todo en esa casa, el número no sería modesto. «*Nosotros llegamos ayer*». ¿Quiénes eran «nosotros»?

—Las niñas, tus hijas, jamás te mencionaron, y se hacían llamar López.

—Así les ordené.

—¿Las orillaste a mentir?

Aitor se encogió de hombros.

—Quería darte una sorpresa. Solo que, hasta ahora, las cosas no van saliendo como había previsto. —Curvó una comisura en una sonrisa apenada que alcanzó el corazón de Emanuela. Luchó por mantener la mano quieta y no emplearla para lo que añoraba, acariciarle la mejilla afeitada y perfumada.

—¿De quién hablas cuando dices nosotros?

—De las niñas y de mí.

Se obligó a mirarlo a los ojos; necesitaba estudiar su reacción a la pregunta que le formularía.

—¿Y tu mujer? ¿Ella no ha llegado aún?

Aitor se apartó violentamente y pegó el torso, muy erecto, al respaldo de la silla. Las planicies de sus mandíbulas se endurecieron hasta volverse sinuosas de tendones y músculos. Los labios le formaron una línea y los ojos le centellearon bajo las cejas gruesas y negras.

—¿De qué estás hablando, Emanuela?

—De Engracia.

La respuesta fue poderosa. Aitor se puso de pie, al tiempo que mascullaba un insulto. Le dio la espalda y se alejó unos pasos, oportunidad que Emanuela aprovechó para estudiarle el calzón de la misma seda azul del resto del traje, ajustado a las rodillas con cintas doradas. Las medias blancas se le adherían a las pantorrillas, que ella sabía musculosas y duras, bien formadas; le otorgaban a la elegancia del vestuario una nota atractiva, excitante. Era raro verlo con zapatos, no porque fuesen extravagantes; de hecho, Lope, aun Octavito, usaban unos similares, con un poco de taco, lengüeta grande y hebilla de oro, sino porque su Aitor, el que ella había amado desde niña, siempre había ido descalzo, a lo sumo con unas sandalias como las que usaban los *pa'i*. «Deben de estar matándolo», dedujo.

Aitor regresó junto a ella en dos largas zancadas. Se detuvo cerca del canapé, tanto que Emanuela inclinó la cabeza hacia atrás para encontrarle la mirada, que Aitor le sostuvo con un gesto cargado de ira, esa que ella había descubierto bullendo en el fondo y que ahora comenzaba a desplegarse. Imprudente, deseaba incitar esa rabia, quería que se exhibiese en toda su magnitud. Aitor, por su parte, meditaba la posibilidad de negar la existencia de Engracia. Un recuerdo lo detuvo. «¿*Por qué*

siempre has pensado que soy tonta, Aitor?»

—Engracia no es mi mujer. Mi mujer, la única que reconozco como tal, eres tú. Solo tú.

—¿Quién es Engracia entonces?

—Una socia de negocios —masculló, reacio.

—Una socia con la que convives. Yo la llamaría amante.

Aitor tomó aire con una inspiración agresiva y le dio la espalda. Sus planes de una tarde de feliz reencuentro caían en picado; mejor dicho, ya se habían estrellado en el suelo.

—¿Quién te habló de Engracia? —exigió, de nuevo junto a ella—. ¿Quién? —Emanuela lo miró a los ojos, de pronto envalentonada al notarlo nervioso—. Fue ese hijoputa de Cabrera, ¿verdad? ¡Debí echarlo a flechazos limpios el día en que osó poner pie en mi mina!

—Sí, fue él.

Aitor la sujetó por los hombros y la obligó a ponerse de pie. Emanuela intentó zafarse, pero fue imposible, y aunque se quejó a causa del padecimiento, él no aflojó la viciosa sujeción.

—¿No te das cuenta de que ese imbécil te lo ha dicho para separarnos? Sí —dijo, y sonrió con sarcasmo, mostrándole los colmillos—, sé muy bien que te quiere para él. ¡Lo sé bien!

—Leónidas Cabrera no sabe de ti. Te conoce como Almanegra, patrón de su hermano Manuel. Jamás te vio en Buenos Aires, jamás le hablé de ti, jamás nos vio juntos. No me contó acerca de tu mujer para separarnos simplemente porque él no sabe que tú... —Cerró la boca, y se lo quedó mirando.

Aitor le ofreció una sonrisa ladeada y la obligó a ponerse en puntas de pie al ajustar aún más las manos en torno a sus brazos.

—Porque no sabe que soy el hombre que amas —completó, con pedantería.

—No sabe que eres el padre de mi hijo.

Se midieron con una expresión que fue mutando, y de iracunda fue transformándose en una cargada de deseo. Los ojos de Aitor le recorrieron el rostro y acabaron fijándose en sus labios.

—Estás tan hermosa, Jasy.

Su aliento le golpeó la boca, y una corriente de deseo la recorrió desde ese punto hasta alcanzar el que no cesaba de pulsar entre sus piernas. «Engracia es hermosa. Yo, no», se recordó para envalentonarse y no caer en la tentación.

—Y llevas puesto mi vestido, el que te regalé para tu natalicio.

La cabeza de Aitor descendió lentamente. Emanuela apartó el rostro, y los labios de él se posaron en el filo de su mandíbula.

—No —gimoteó.

—¿No, Jasy? —Aitor arrastró la boca hasta hallar el punto detrás de la oreja, con cuyo perfume había soñado durante más de seis años. Demasiado tiempo. Hundió la

nariz e inspiró profundamente. El aroma le invadió las fosas nasales, lo embriagó de vida y de una euforia que ni el hallazgo de la mina, ni los cofres llenos de doblones de oro y de plata que poseía, ni ese palacio, ni nada en ese maldito mundo serían capaces de despertar en él. Solo su Jasy, que pese al paso de los años, conservaba un alma pura, un corazón generoso. «Aunque herido», se recordó. ¡Maldito Cabrera!

—Muero por besarte, amor mío. No sabes cómo deseé que llegase este día.

A punto de claudicar y contestarle «yo también», repitió la palabra que la rescataba del encanto: Engracia.

—Quiero irme. Por favor. No quiero encontrarme con Engracia.

Aitor la soltó con violencia. Emanuela se tambaleó hacia atrás.

—¡Basta de pronunciar ese nombre! Esa mujer no significa nada para mí. ¿Por qué te rehúas a aceptarlo? —Volvió sobre ella y le circundó los brazos, encerrándoselos, inutilizándoselos—. ¿Por qué te cuesta aceptar que eres lo único que realmente deseo en esta vida? ¿Por qué estás castigándome si no hago otra cosa que pensar en ti?

—Quiero irme —repitió, con el rostro apartado.

—Esta es tu casa, Jasy. Este palacio te pertenece. Lo construí para ti.

—No lo quiero.

—¿Por qué?

El dolor en la voz de él la golpeó. «¿Por qué?» ¿Por qué se había reconciliado con la idea de que Aitor se hubiese casado con Olivia y, en cambio, no reunía la fuerza para soslayar que hubiese vivido con Engracia durante esos años?

—Porque no voy a perdonarte esta vez. Estoy cansada de tus traiciones. —Elevó la vista y la fijó en sus ojos—. Sé que Ginebra y tú fueron amantes.

—¡Mierda! —Volvió a soltarla, y Emanuela se rodeó para atrapar el calor de él antes de que la abandonase—. Voy a matar a alguien —masculló, y echó un vistazo de soslayo hacia ella. Su gesto y su actitud hablaban del dolor que la embargaba, dolor que él estaba infligiéndole. La apretujó contra su pecho, desesperado por llegar a su corazón, por merecer su perdón, por borrar tanta pena, por verla sonreír.

—Amor mío —le susurró, y le humedeció el pabellón de la oreja, y le causó escalofríos y un sollozo—. Las otras no significan nada. Shhh —la apaciguó cuando Emanuela comenzó a removerse para escapar del abrazo—. Siempre que hemos estado juntos te he sido fiel. *Siempre* —remarcó con pasión, y le besó la cabeza—. No necesito a nadie si tengo a mi Jasy.

—Salvo cuando te enojaste porque cuidaba a los enfermos de viruela y te acostaste con Olivia.

—Emanuela...

—Suéltame. Me asfixias.

—Lo siento —murmuró, y la dejó libre.

—Y salvo cuando visitabas *Orembae* y te acostabas con mi hermana Ginebra.

—Yo...

—Déjame hablar. No dudo de que sientes afecto por mí...

—¡Afecto! —Aitor soltó una carcajada—. ¿Afecto, Emanuela? ¿Estás burlándote?

—No. Tú te has burlado de mí, has jugado conmigo, con la tonta de Emanuela, haciéndome creer que me amabas en tanto te revolcabas con otras, que, *por supuesto*, no significaban nada, excepto cuando estabas dentro de ellas, dándoles placer, tomando placer de ellas.

El llanto que tanto había combatido se desató con la violencia de una tormenta de verano, pero no respondía a la angustia ni a la tristeza, sino a la rabia, una rabia como solo Aitor era capaz de despertar en ella. Lo vio aproximarse para consolarla. Había confundido sus lágrimas y lo pagaría caro. Le cruzó la cara de una bofetada cuando lo tuvo a un paso.

—No te atrevas a poner tus manos inmundas sobre mí.

—Jasy —se pasmó Aitor, mientras se acunaba la mejilla y la contemplaba con ojos desorbitados.

—¡Y no te atrevas a llamarme de ese modo nunca más! ¡Para ti soy Emanuela! ¡Solo Emanuela! ¡Romelia! —llamó—. ¡Nos vamos!

Lo sorteó sin esperar a que la esclava se presentase en la sala. Si estaba en el último patio, jamás la oiría. Avanzó con la decisión de un toro de lidia. No tuvo tiempo de recorrer ni siquiera unas varas. Sus pies se despegaron del suelo y una fuerza a la que ella jamás habría osado desafiar la hizo girar en el aire como si pesase lo que una pluma.

Aitor la mantuvo pegada a su cuerpo, la espalda de Emanuela contra su torso, su cara oculta en la curva del cuello de ella, mientras inspiraba y le permitía al aroma de su Jasy insuflarle un poco de calma. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

—Déjame ir —exigió Emanuela, aunque sin la mordacidad de momentos atrás—. No queda en mí nada del amor que te tenía. —Era una mentira flagrante, pero el orgullo la impulsaba a hablar.

—No digas eso, te lo imploro. Estás matándome.

—Tú y tus traiciones mataron mi amor por ti.

—¿Por qué me niegas lo que es mío por derecho?

—¿Qué es tuyo por derecho?

—Tú. Tú eres mía, solo mía, desde el día en que naciste. Mi Jasy, mi pequeña Jasy, luz de mis ojos, amor de mi vida, mi tesoro precioso.

—Mentiras, todas mentiras.

—Verdades, todas verdades. No importa lo que tú digas, son verdades.

—Déjame ir. Por favor.

—Jamás te irás de esta casa, *tu casa*, la que hice construir para ti y para nuestro hijo. Esta noche dormiremos juntos, haremos el amor hasta caer rendidos y mañana nos casaremos. No estoy dispuesto a pasar un instante más sin mi Jasy.

Emanuela cerró los ojos y se mordió el labio para contener la emoción, la alegría,

la tristeza, el resentimiento. Aitor declaraba no ser bueno con las palabras, pero lo era, oh, qué bueno era. Le susurraba unas frases dulces, y ella caía en su trampa, como el excelente cazador que siempre había sido.

—Ayer, Leónidas Cabrera me pidió que fuese su esposa y he decidido aceptar.

El aire se enrareció, el sol se ocultó, sombras invadieron la estancia, la tensión que la mantenía pegada a Aitor alcanzó una cota que la hizo temblar. Se dio cuenta, demasiado tarde, que había pronunciado las palabras que jamás debió pronunciar. Aitor la obligó a volverse con un movimiento que la sacudió como si fuese de estopa. Levantó los párpados, y aunque los habría bajado enseguida, acobardada por la expresión asesina de él, los mantuvo abiertos, fascinada por sus ojos, que se habían vuelto negros de ira. Le mostró los colmillos y le habló cerca de la boca.

—Te quitaré la vida antes de permitirte que seas de otro. Cerraré mis manos en torno a tu cuello y apretaré hasta ahogarte.

No mentía, ella lo sabía. La fuerza destructora de Aitor era tan arrolladora como la que lo había llevado a convertirse en un hombre rico, de indio a gran señor. Tragó el nudo antes de preguntarle:

—¿Y qué le dirás a tu hijo cuando te pregunte por su madre? ¿Que la asesinaste con tus propias manos?

La risa forzada que profirió causó un desfallecimiento a Emanuela, porque potenció la belleza de él, porque le otorgó más autoridad, porque la inhibió, la debilitó.

—¿Es que no has entendido? Si no te tengo, nada importa. Si no te tengo, no me importan ni mi hijo ni la mina por la que tanto trabajé ni la fortuna que acumulé. Todo carece de importancia porque todo lo que hice lo hice para ti, por ti. Emanuela, la vida no tiene sentido si tú no estás en ella. Además, mi hijo no tendrá oportunidad de preguntarme pues apenas te haya asesinado, me colgaré de un árbol.

En medio del ensordecimiento que le provocaba el torrente sanguíneo que rugía en sus oídos, le pareció oír unos campanazos.

—Pero antes de hacerlo —le habló con los dientes apretados y las dedos clavados en su carne hasta causarle un dolor intolerable—, antes de colgarme de un árbol, asesinaré a Cabrera. Lo despellejaré muy lentamente por haberse atrevido a poner sus ojos en lo que es mío. ¡¡¡MÍO!!!

El grito de Aitor la tomó por sorpresa, la estremeció de pies a cabeza. Si él no hubiese estado sujetándola, se habría desmadejado en el suelo. Había jugado con fuego y estaba quemándose.

—¡Y tú eras mío y yo tenía que compartirte con cuanta mujer se te cruzase en el camino!

—¡Soy tuyo! ¡Y jamás tuviste que compartirme con nadie! —Aitor levantó las cejas y abrió grandes los ojos, como si acabase de comprender algo fundamental—. ¿Cabrera te ha tocado? Emanuela, ¿te ha tocado? ¡Dímelo, maldita sea!

Emanuela vio por el rabillo del ojo que doña Inmaculada pasaba corriendo hacia

la puerta. La consumieron la vergüenza y la indignación. ¿Qué opinaría del acto patético que estaban representando? Por fortuna, no comprendía lo que estaban echándose en cara, pero encontrarlos así, gritándose en guaraní, era suficiente para que se formase el peor concepto de ellos. Aitor, en cambio, no parecía en absoluto avergonzado.

—¡Contéstame! ¡Dímelo! ¿Ese malnacido osó ponerte una mano encima? ¿Osó tocarte?

¿Quién era para reclamarle cuando había tenido mellizas con Olivia, se había acostado con Ginebra y convivido con la tal Engracia durante años?

—¡Quién diantres te crees que eres para preguntarme!

—Emanuela, estoy a punto de perder el control. Dame una respuesta o te la sacaré a guascazos.

—¡Sí, osó tocarme! ¡Sí, me besó! ¡En la boca! ¡Y se lo permití!

No creía en la leyenda del lobisón, o del luisón, o como fuera que se llamase, nunca había creído, ni de pequeña. En ese momento le sobrevinieron las dudas, y por primera vez le tuvo miedo. Ni siquiera las veces en que lo había visto enfurecido con Laurencio abuelo o con alguno del pueblo, Aitor había sufrido esa transmutación, y paradójicamente lo que más la asustó fue que, en lugar de que el ceño se le acentuase o que los ojos se le achinaran de ira, las facciones se le relajaron como por ensalmo. Entreabrió los labios, por donde escapó un gemido angustioso y agitado. Un escalofrío la surcó con el rigor de un latigazo cuando lo vio echar la cabeza hacia atrás y expulsar un clamor desgarrador, grave, prolongado, que se le alojó en el pecho. ¿Qué había hecho? Lo había herido profundamente, al amor de su vida, al padre de su hijo.

No tuvo tiempo de enmendar su error. El clamor acabó súbitamente, y en un silencio ominoso, Aitor la sujetó por el cuello y aplicó una ligera presión. Reaccionó instintivamente y cerró las manos en torno a las muñecas de él. Se quedó quieta, deslumbrada ante el cambio en su semblante, que había vuelto a distenderse, aunque no había nada de la sorpresa o del dolor de instantes atrás, sino seriedad y determinación. El miedo se convirtió en un peso helado en su vientre y emitió un sollozo.

—¿Por qué? —dijo él, en un hilo de voz—. ¿Por qué? —repitió, con más vigor, y ajustó un poco las manos—. ¡Por qué! ¡Dime por qué!

—¡Aitor!

La voz lo distrajo un momento. Levantó la vista y, en medio de la nube de ira que lo enceguecía, divisó dos sotanas negras.

—¡Aitor! —repitió Ursus—. ¡Suéltala!

Volvió a mirar a Emanuela. Ni siquiera a ella, que la tenía a unas pulgadas, la distinguía correctamente. Apartó las manos de su cuello con un movimiento veloz y dio dos pasos hacia atrás. La vio correr y cobijarse en una de las sotanas, la de su *pa'i* Santiago, le pareció. Se cubrió la cara e inspiró largas porciones de aire para

calmarse. Oyó susurros y sollozos, y se dio cuenta de que se marchaban. Emanuela se iba, volvía a abandonarlo, a dejarlo solo, a sumirlo en la miseria. Se dio cuenta de que alguien se aproximaba. Por el aroma a humo y a río, supo que era su *pa'i* Ursus, que acababa de llegar de San Ignacio Miní. Él lo había convocado para que celebrase su boda con Emanuela. Emitió una risita irónica, cansada.

—Hijo. —La mano de Ursus le apretó el hombro.

Sin mirar al jesuita, se dirigió a la arquimesa donde guardaba vinajeras y bebidas espirituosas.

—¿Un trago, *pa'i*?

—No creo que sea sensato que bebas, Aitor.

—No lo es, *pa'i* —acordó, y bebió de un golpe la medida de coñac, una especie de brandy francés, de calidad superior, que había comprado en Colonia del Sacramento y que le había costado un ojo de la cara. No lo había adquirido para él, sino para pavonearse con sus invitados. Era la primera vez que bebía en nueve años, y el alcohol le quemó la garganta. Apretó los párpados y esperó a que el ardor remitiese. No volvió a servirse.

—¿Qué ha sucedido, hijo? Los gritos se escuchaban desde la calle.

—Me he reencontrado con mi mujer, *pa'i* —respondió con sarcasmo—. Ha sido un encuentro... explosivo, diría.

—Tenías las manos en torno a su cuello. Manú se fue llorando.

«Yo también deseo llorar, *pa'i*».

—¿Crees que habría apretado hasta asfixiarla?

—No —contestó el sacerdote de manera categórica.

—Pues te equivocas. Le habría extraído hasta el último respiro.

—¡Aitor, te suplico, no digas esas cosas!

—¡Digo la verdad, *pa'i*! ¡La habría ahorcado!

—¿Qué dices? La bebida se te fue a la cabeza.

Aitor se aplastó el cabello y profirió un clamor exasperado.

—¿Qué querías que hiciese, *pa'i*? ¡Le permitió que la besase! ¡Voy a arrancarle la lengua, maldito hijoputa!

—¿A quién?

—¡Al bardaje de Cabrera! ¡Le pidió que se casase con ella y la besó! ¡Lo voy a degollar! ¡Lo voy a despellejar vivo y lentamente!

—¡Hijo, qué nervio! Mira que reclamarle a Manú un beso cuando tú has tenido dos hijas con otra mujer.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que acabo de decirte?

Ursus se quedó mirándolo, perplejo, pues Aitor había formulado la pregunta con genuina confusión. En verdad, su muchacho no tenía vergüenza ni moral.

—¿Adónde vas? —se preocupó cuando lo vio dirigirse hacia la salida.

—Voy a buscar a mi mujer y a mi hijo. ¡Esta es su casa! ¡Aquí vivirán de ahora en adelante!

—Aitor, hijo, juzgo prudente que le permitas que se calme. Manú se fue muy turbada...

—¡No, *pa'i*! Hasta hoy no he hecho otra cosa que seguir tus consejos, los de mi sy, los de mi padre, ¡y mira dónde me encuentro! Mi mujer está a punto de desposar a otro.

—No lo dice en serio, Aitor. Está dolida. Sabe lo de esa mujer, la tal Engracia.

—¿Qué pretendías, *pa'i*? ¿Que me pasase estos seis años viviendo como un monje? Yo no soy tú, *pa'i*. —Se miraron a los ojos en silencio, hasta que Aitor chasqueó la lengua y se cubrió la frente—. Ya hice las cosas a tu modo y no sabes cómo me arrepiento. Aquella noche, cuando fui a buscarla a *Orembae*, debí llevármela.

—Estaba encinta, hijo, muy gruesa. Le faltaba poco para parir.

—¡No vi nacer a mi hijo, *pa'i*! ¡No lo he visto crecer! ¡No más!

—¡Aitor! —Ursus corrió detrás de él.

Irrumpió en lo de Lope sin llamar. La puerta peatonal estaba abierta, y él se lanzó dentro guiado por su sentido de la orientación, pues era la primera vez que ponía pie en esa casa. Sabía que Ursus lo seguía, y tal vez fuese mejor que el jesuita se mantuviera cerca; era el único con la autoridad para instilar un poco de cordura en medio de la nube de ira y desesperación que lo cegaba. Desafortunadamente, la escena con la cual se topó en el patio principal no ayudó a disiparla: Emanuela, flanqueada por su *pa'i* Santiago y por su hermano Lope, recibía las atenciones del torero Cabrera, que se inclinaba y le besaba la mano. Sus ojos captaron justo el instante en que los labios del hombre le rozaban la piel.

Se lanzó con un rugido que arrancó exclamaciones y provocó gestos de espanto. Aunque alertado, Leónidas Cabrera no se movió lo suficientemente rápido y recibió el impacto en el costado como si un carnero lo hubiese embestido, situación con la que jamás había lidiado durante sus años en la arena. Acabó unas varas más allá, despatarrado en el suelo. Aitor no esperó a que se repusiese. Se arrojó sobre él y, ubicado a horcajadas, le propinó una lluvia de trompadas. ¡Qué bien se sentía! Ni siquiera sentía dolor en los nudillos, pese a la ferocidad con que los estampaba en la cara de ese bardaje; ni siquiera se daba cuenta de que intentaban apartarlo. Descargar esa energía asesina en el objeto de su desdén era como una bocanada de aire fresco y vigorizante.

—¡Nadie va a quitarme lo que es mío! ¡Nadie! —vociferaba con cada puñetazo—. ¡Emanuela es mía! ¡Solo mía!

Hinojosa y Ursus consiguieron apartarlo con gran dificultad y después de varios intentos fallidos. Aitor parecía haberse convertido en una roca imposible de mover. Lope y un esclavo se ocuparon de Cabrera. Lo arrastraron a los interiores, mientras Aitor, que jadeaba como un perro, lo seguía con una mirada asesina. No hizo el intento de quitarse de encima las manos de los jesuitas y les permitió que lo sujetasen. Los pies del torero desaparecieron tras una puerta, y Aitor dirigió la vista

hacia la figura de Emanuela, que se cubría la boca con una mano y lo contemplaba con los ojos muy abiertos, cargados de pánico. «¿Qué mierda he hecho?» Junto a ella, había tres niños. No demoró en reconocer a su hijo, cuya manita oscura se sujetaba a la falda de Emanuela. Una emoción, imprevista en ese momento de furia, le aligeró el ánimo, aunque enseguida el estómago le dio un vuelco al advertir que el pequeño lo observaba con el mismo espanto de la madre, y se acordó de sí mismo, de cuando, a esa edad, lo aterrorizaban los arranques de Laurencio abuelo, y se acordó también del odio y del desprecio que ese hombre le había inspirado.

—Vamos, Aitor —lo instó Santiago de Hinojosa—. Será mejor que vuelvas a tu casa.

Se limitó a asentir con la vista al suelo.

* * *

Emanuela corrió a su recámara y ni siquiera los llamados de Octavio la detuvieron. Se arrojó en la cama y se echó a llorar. Detrás de ella entraron Romelia y Ginebra. No prestó atención a sus palabras de consuelo y siguió llorando. Nada que le dijese calmaría el torbellino de sentimientos que el regreso de Aitor había desatado, en especial las de Ginebra, que sonaban falsas. Había captado la chispa de codicia que brilló en los ojos negros de su hermana cuando Aitor apareció en el patio, y también la luz que le había embellecido las facciones. Nunca la había visto cobrar vida ni iluminarse de esa manera.

—Ginebra, Romelia —escuchó que Ursus decía—, dejadme a solas con Manú.

—Sí, Octavio.

—Sí, *pa'i*, como ordenes.

El colchón se hundió bajo el peso del jesuita, y Emanuela, con los ojos cerrados, se incorporó y buscó refugio en el abrazo del sacerdote, que la apretó contra su pecho y le besó la cabeza.

—Lo odio, *pa'i*.

—Shhh.

—Lo odio —insistió.

—Manú, tú no odias a nadie, menos que menos a Aitor, que es el padre de tu hijo y el amor de tu vida.

El llanto arreció, y el sacerdote le permitió desahogarse. Se incorporó unos minutos después y se secó el rostro empapado, y secó también con su pañuelo la estameña de la sotana, embebida con lágrimas.

—Gracias, hija. No te preocupes.

—Gracias a ti, *pa'i*. —Sonrió con labios inseguros y volvió a echarle los brazos al cuello—. ¡Oh, *pa'i*! Cuánto agradezco que estés aquí en este momento.

—¿Sabes? Él me pidió que viniese. Lo hizo el día en que fue a buscar a las niñas a San Ignacio, después de la muerte de Olivia. Me dijo que estuviese hoy aquí,

porque te daría una sorpresa. Ha planeado este reencuentro desde hace meses, Manú. Ha preparado todo al mínimo detalle. Estaba muy ansioso. Quería impresionarte.

—Tú sabes cómo me siento, *pa'i*. No sé qué hacer con tanto resentimiento que me carcome el alma. Lo imagino con esa mujer, con Ginebra...

—Shhh.

—No puedo evitarlo —admitió, con culpa. Se incorporó con rapidez—. ¿Cómo está don Leónidas? ¡Oh, santo cielo! ¡Tengo que ir a verlo! ¡Todo esto ha sido por mi culpa!

—Cálmate. Acabo de pasar por la recámara donde lo han recostado. Está bien. Quédate tranquila. Una esclava estaba limpiándole las heridas.

—¡Dios, ten piedad! Y si don Leónidas lo denunciase, ¿qué haríamos, *pa'i*? Aitor es prófugo de la justicia —añadió en voz baja.

—Pero como Almanegra, no como Aitor de Amaral y Medeiros. Por otro lado, no creo que Cabrera intentará hacer nada en su contra. Están tú y el niño de por medio.

Emanuela agitó la cabeza y exhaló un suspiro trémulo.

—Parecía una bestia salvaje —susurró, con acento estrangulado—. Le tuve miedo, *pa'i*.

—Tú no, Manú. ¿Recuerdas lo que te dije aquella vez, que tú eres la única a la que Aitor respeta, ama y teme? —Emanuela asintió—. Es así, Manú. Lo eres todo para él. Aitor jamás te haría daño. Jamás, ni siquiera cegado por la rabia.

Asintió, convencida. Después de su temeraria confesión, cuando creyó que Aitor la estrangularía, él, presa de un ataque de ira que habría espantado al más valiente, se había limitado a rodearle el cuello y a aplicar una ligera presión.

—Manú, hay mucha oscuridad en Aitor, y estos años lejos de ti, lo han sumido en una oscuridad aún mayor. Te necesita, hija. Tú eres su redención.

—*Pa'i*...

—¿Mamita?

Ursus y Emanuela dieron un respingo y descubrieron a Octavio bajo el dintel, con Argos y Orlando como escoltas. Hacía ese gesto con las manitas, en el que caía cuando estaba nervioso; entrelazaba los dedos a la altura del pecho, los ajustaba y los aflojaba, los giraba, los retorció, los estiraba. «Es adorable», pensó Emanuela. ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Había oído la conversación?

—Ven, cariño —lo llamó, y Ursus lo levantó, lo acomodó sobre sus piernas y lo bendijo entre bisbiseos. Orlando saltó sobre la cama; Argos se echó en el piso, a los pies del sacerdote.

—¿Quién era ese señor malo, mamita? Tenía la cara pintada.

—Ese señor... —Las palabras murieron en su garganta; se le formó un nudo y decidió no continuar. Lanzó un vistazo elocuente a Ursus, que asintió.

—Octavito, dejemos que tu madre descanse. Está un poco cansada.

—¿Quién era el señor de la cara pintada, *pa'i*? —preguntó en guaraní, la lengua que empleaba para comunicarse con el jesuita.

—Ven conmigo. Te lo explicaré. Ahora dejemos sola a tu madre.

—Ve con tu *pa'i*, cariño. —Lo besó en la frente y se recostó, exhausta.

Ursus abandonó la recámara con el niño en brazos y Argos por detrás. Buscó la soledad de una salita que daba al patio principal. Se ubicó en un sofá, con el niño en las rodillas, y le pasó las manazas por la carita, emocionado por los recuerdos.

—Eres el vivo retrato de tu *ru*.

—*Pa'i*, ¿por qué tenía dibujos en la cara el señor malo?

—Ese señor no es malo, Octavito. Estaba enojado, muy enojado, y eso no está bien, pero no es malo. Y esos dibujos son parecidos a los que tiene tu *jarýi sy Vaimaca*. —El niño asintió, solemne—. Se llaman tatuajes. Una vez que te los haces, ya no los puedes quitar. Tal vez los tatuajes lo hacen parecer malo, pero ese señor no lo es. Octavito, ese señor es una de las personas a las yo que más quiero en este mundo. Él siempre está en mis oraciones. —El pequeño levantó las cejas puntiagudas, y sus ojos brillaron de intriga—. Ese señor es tu *ru*, y su nombre es Aitor.

—¿Mi *ru*? ¿Mi padre? —dijo en castellano para mayor seguridad.

—Sí, hijito.

—¿No es malo?

—No. Es bueno, solo que tiene un carácter muy... fuerte.

—¿Qué es un carácter, *pa'i*?

—El carácter es lo que hace que una persona sea de determinada manera. Por ejemplo, Emanuelita es distinta de Milagritos, ¿no es verdad?

—Sí. Emanuelita le tiene miedo a todo. Milagritos, no.

—¿Lo ves? Emanuelita tiene un carácter más temeroso. Milagritos, en cambio, es más temeraria, más valiente.

—Mi *ru*, ¿qué cate...?

—Carácter.

—Sí. Mi *ru*, ¿qué carácter tiene?

—Tu *ru* es el hombre más valiente y temerario de todos los hombres que conozco.

Los párpados de Octavio se elevaron en señal de sorpresa y admiración, y Ursus ahogó una carcajada.

—Es el mejor cazador de San Ignacio Miní. También el mejor hachero. Es capaz de hachar un árbol altísimo...

—¿Más alto que tú, *pa'i*?

—¡Uf, muchas veces más alto que yo! Y luego lo arrastra hasta el río atánoselo a la espalda. Es fuerte como un buey.

—¿De veras?

—Sí, hijo, de veras.

El niño fijó la vista en un punto indefinido y guardó silencio. Ursus esperó con paciencia.

—¿Por qué mi *ru* golpeó a don Leónidas? Don Leónidas es bueno.

—Sí, pero tu *ru* es muy celoso de tu *sy*, y don Leónidas estaba tocándola. Es como si alguno intentase tocarte y hacerte daño. ¿Qué haría Argos? Lo mordería, no me cabe duda, porque te cuida con su vida.

Octavio, confundido, reaccionó igual que Emanuela, ladeó la cabeza y frunció el entrecejo.

—¿Y yo podré volver a tocar a mi *sy*?

Ursus profirió una carcajada.

—Sí, podrás. Tu *ru* jamás te haría daño, Octavio. Jamás. Daría su vida por ti.

—¿Como Argos?

—Mucho más que Argos. ¿Sabías que fue tu *ru* quien llevó a Argos a *Orembae* para que los protegiese a ti y a tu *sy*? —El niño agitó la cabeza para negar y el pelito negro le danzó en torno al rostro—. Pues así es; le ordenó que se quedase junto a ti y que te protegiese mientras él se ausentaba.

—¿*Pa'i*?

—¿Qué, hijo?

Los ojos dorados se le colmaron de lágrimas, y a Ursus lo tomó por sorpresa pues hasta esa instancia se había mostrado muy compuesto. El pequeño se colocó la mano junto a la boca en el gesto de quien dirá un secreto, y el jesuita se inclinó para oírlo.

—Creo que mi *ru* y mi *sy* están peleados. ¿Ya no se quieren, *pa'i*?

Ursus le acunó la carita y le barrió las lágrimas con los pulgares.

—Óyeme bien, Octavito. Tu *ru* y tu *sy* se aman entrañablemente. Se aman tanto que tú no puedes siquiera imaginarlo. Y te aman a ti porque eres el regalo más hermoso que Tupá les ha dado. Quiero que te quedes tranquilo y que no pienses en cosas desagradables.

—Está bien. ¿Puedo ir a ver a mi *ru*?

—Será mejor ir a verlo mañana. Yo mismo te llevaré. Conozco mucho a tu *ru* y es mejor dejarlo solo cuando está enojado.

—Está bien.

* * *

Al día siguiente, cerca del mediodía, Romelia entró en la recámara de Emanuela, y la halló escribiendo cartas para Malbalá y para don Vespaciano, que su *pa'i* Ursus había ofrecido llevar a *Orembae*.

—¿Has tenido noticias de Aitor?

—Hace un momento me envió un billete pidiéndome que lo visite después de mis clases.

—¿Irás?

—No le he respondido aún, pero sí, iré. Quiero saber todo acerca de la tal Engracia. Después tomaré una decisión.

—Oh —musitó la esclava, y se volvió para doblar unas camisas que estaban sobre la cama.

Emanuela frunció el entrecejo.

—¿Romelia? Mírame. —La mujer se dio vuelta, con la vista hacia abajo—. ¿Qué sucede? Dímelo. ¿Es acerca de mi padre? —se agitó—. ¿Has sabido algo de él?

—No, no es acerca del amo Hernando. Es acerca de esa mujer, la tal Engracia.

Odiaba ese nombre. Le provocaba palpitaciones y malestares. Intentó relajar la piedra en la que se había convertido su estómago inspirando varias veces.

—Anda, dime. ¿Qué has sabido de ella?

—Acabo de estar en el burdel. Hoy tenía que quitarle el vello a dos de las muchachas.

—Romelia, ya no es menester que lo hagas.

—Lo hago porque me gusta. Cuestión que allí estaba yo, en el burdel, cuando Paquita me dijo: Rome (ella me llama así). Rome, ¿ves a esa mujer? Me señaló a una que hablaba con la patrona, doña Camelia, y yo le pregunté si era una nueva. Y me contestó que no. Me dijo: Es una mujer muy rica. ¿No ves qué vestido tan costoso lleva? Y me explicó que es la que fabrica los caramelos Almanegra. Había ido al burdel en lugar de su esposo, que está en Potosí. Y me acordé de los caramelos que te mencionó tanto tiempo atrás don Leónidas, esos que fabricaba *la amante de Almanegra* —lo citó textualmente.

—Sigue —la instó Emanuela, con tono desfallecido y las pulsaciones desbocadas.

—Pues esos caramelos, acabo de enterarme, sirven para...

—¿Para qué? Habla, por amor del cielo.

Se inclinó y le reveló al oído:

—Para que a los hombres se les ponga muy, pero muy dura la verga.

—¡Oh, santo cielo! ¿Y esa mujer los fabrica?

—¡Sí! Y los vende su esposo. Y hacen una fortuna con ellos.

«¿Quién es Engracia entonces?», le había preguntado la tarde anterior, y Aitor había contestado con pocas ganas: «Una socia de negocios». ¿Acaso Aitor participaba en la venta de esos caramelos infames?

—Romelia, ¿cómo es esa mujer? ¿Bonita?

—Vulgar, diría yo.

—¿Es bonita? —se impacientó Emanuela.

—Sí —masculló la esclava—, lo es.

Emanuela no imaginó que la verdad la afectaría hasta el punto de provocarle una oleada de frío y de calor, que la descompuso. Romelia le alcanzó un vaso con agua y le pasó una cajita con sales de amoníaco bajo la nariz.

—Coraje, mi niña. Podrá ser bonita, pero Aitor está loco por ti.

—¿Qué hace en Asunción? ¿Por qué está aquí? ¿No dijo Cabrera que vivía en la mina, donde fabrica sus caramelos? ¿Qué? ¡Romelia, por amor del cielo! No pongas esa cara. ¿Qué sabes?

—Ahora vive aquí, en Asunción. Acaba de mudarse.

Cerró los ojos cuando la recámara comenzó a girar en torno a ella. Tomó largas inspiraciones para apaciguar el revoltijo en el estómago. Romelia le alcanzó un lienzo humedecido con el que se quitó el sudor frío de la frente y del labio superior. Escribió unas líneas en un papel, lo dobló y se lo entregó a la esclava.

—Ve a casa de Aitor y se lo entregas al primero que abra la puerta. No esperes respuesta. No la preciso.

* * *

Aitor regresó de lo de Conan Marrak alrededor de las tres de la tarde. El cornuallés le había alquilado una quinta a los franciscanos, situada en las inmediaciones del convento, bastante alejada de la Gran Plaza. Había aceptado la propuesta de Aitor, la de administrar la mina desde Asunción; después de todo, se lo pasaba viajando a esa ciudad para pagar el quinto real.

Entregó las riendas de Creso a uno de los esclavos que se ocupaban de las caballerizas y entró con evidente apuro. Para esa hora, Emanuela ya habría respondido a su invitación. Inmaculada le recibió el tricornio, la chaqueta y la fusta.

—Don Aitor, os he dejado sobre vuestro escritorio una nota que Romelia trajo para vuesa merced hace un par de horas. —Aitor se limitó a asentir en tanto se remangaba, simulando desinterés—. ¿Deseáis que os traiga algo para comer?

—Sí. Comeré en mi despacho. ¿Y las niñas?

—En su clase, con la señorita Manú.

Cerró la puerta y se lanzó sobre la esquila, sin siquiera quitarse las botas, que le torturaban los pies. Devoró las pocas líneas y soltó el papel como si lo hubiese quemado.

—Jasy —masculló, vencido, mientras las palabras de Emanuela se repetían en su mente. «*No quiero volver a verte. Olvídate de mí y de mi hijo*».

El desfallecimiento se prolongó solo unos minutos, lo que le llevó a doña Inmaculada presentarse en el despacho con una bandeja. En tanto el ama de llaves disponía la comida sobre el escritorio, Aitor se alejó hacia una de las contraventanas que daban al jardín en los fondos de la casa y se quedó allí, quieto, con la vista fija en la escena de flores y plantas que un jardinero se ocupaba de cuidar todos los días. El escritorio de Emanuela, ubicado cerca del de él, miraba hacia el jardín, justo delante de la fuente. Quería que su Jasy disfrutase de las aves mientras se bañaban y jugaban con los chorros de agua. Toda su riqueza, que en los últimos años había escalado a niveles que ni él hubiese previsto, tan elevados que su nombre comenzaba a repetirse en el palacio del virrey en Lima y en las ciudades importantes —rey del estaño lo apodaban—, carecía de importancia si Emanuela no aceptaba formar parte de su vida. «¡Carajo!», vociferó en su interior, y apretó el puño contra el vidrio. «¡Carajo, Emanuela!»

Escuchó que doña Inmaculada, sin pronunciar palabra, cerraba la puerta y lo dejaba solo. Miró la hora en el reloj de sol que había mandado construir en un punto estratégico del jardín. Faltaba poco para las cuatro de la tarde. En un rato, su hijo comenzaría la clase de violín con Juan. No le gustaba la idea de que Octavio se aficionase a la música. Operaría en su espíritu como lo había hecho en el de su hermano, dulcificándose, volviéndolo compasivo y conciliador. Él lo precisaba con carácter para que comandase la mina y a los mineros.

Se dio vuelta y fijó la vista en el espectáculo que componía la mesa que doña Inmaculada acababa de armar sobre el escritorio. Apreció la vajilla de porcelana, una excentricidad de la Sajonia —no tenía la menor idea de dónde quedaba ese sitio—, blanca, con florecillas verdes y celestes, tan delicada y sutil que le había hecho pensar en su Jasy apenas la descubrió en casa de un cliente en Río de Janeiro. Y también admiró los cubiertos de plata, y la copa de cristal, y también el tallado que hermooseaba la vinajera, y el salero de plata, y el mantel de lino. Rompió en una carcajada sin humor. Resultaba ridículo que un indio inculto como él, carente de educación y de refinamiento, poseyese esos tesoros de los cuales, estaba seguro, ni el conde de Superunda podía jactarse. Engracia habría vendido el alma al diablo si a cambio se le hubiese permitido convertirse en la patrona de todo eso, en especial de su cama. Emanuela, en cambio, lo desdeñaba.

—Ahora será a mi modo —dijo, y se sentó a comer.

* * *

El hermano César lo acompañó hasta el salón. Aitor permaneció bajo el dintel, mientras observaba a su hijo, de espaldas a él, con el violín calzado en el mentón. Su hermano Juan le susurraba unas indicaciones y le señalaba el diapasón. El niño asentía y cambiaba la posición de los dedos regordetes sobre las cuerdas.

Argos, echado junto a su pequeño amo, también de espaldas a la puerta, levantó la cabeza de pronto y lo vio; tal vez hubiese olfateado su perfume, ese carísimo que había comprado en Río de Janeiro pensando que podría gustarle a Emanuela. Se acuclilló y silbó. Los violines se acallaron súbitamente, y el perro se acercó al hombre moviendo la cola y gañendo. Aitor lo sujetó por las orejas y le sacudió la cabeza en una muestra de afecto.

—¡Ey, Argos! Veo que te acuerdas de mí.

—¡Aitor! —exclamó Juan, y apoyó el violín y el arco sobre un escritorio antes de caminar a su encuentro. Se abrazaron—. ¡Pero mira que atuendo! Si pareces un duque.

—¿Un duque, hermano? ¿Con estos tatuajes?

—Y con esos aretes —señaló Juan—. ¿Cuántos son? Cinco —contó, y Aitor no mencionó que era el resultado de la sumatoria del día de su natalicio, dos, y el de Emanuela, uno más dos.

Aitor notó que Octavio se había escondido detrás de su tío y que se asomaba para mirarlo con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

—¿Qué haces aquí? —se interesó el músico—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace unos días. He venido a saludarte. —Posó la mirada en el niño, que ocultó la cara de inmediato—. Y a ver a mi hijo.

—Octavito. —Juan lo sujetó por el brazo y, con delicadeza, lo obligó a salir de su escondite.

Aitor se puso en cuclillas y le sonrió. Levantó la mano para tocarle el pelo lacio que le caía más allá de los hombros y la retiró cuando el pequeño se retrajo.

—Yo soy tu padre —se presentó en castellano.

—Sí, lo sé. Mi *pa'i* Ursus me dijo que no eres malo.

Aitor y Juan rieron, mientras el niño seguía mirando fija y seriamente al hombre de los tatuajes. El gesto ceñudo en el que había caído le recordó a Aitor la ocasión en que lo sostuvo en brazos por primera vez.

—Un poco malo soy —admitió—, pero nunca lo seré contigo.

—¿Y con mi madre?

La mueca risueña se esfumó del rostro de Aitor.

—No, con ella tampoco. Ven. —Le tendió la mano—. Iremos a dar un paseo.

—Aitor —intervino Juan—, Romelia me dijo que vendría a buscarlo...

—Juan, no interfieras. Me llevo a mi hijo. —Lo cargó en brazos y chasqueó los dedos en dirección de Argos.

—Aitor, por favor, no te lo lleves. Manú no me dijo que...

—¡Es mi hijo, Juan! Tengo derecho a pasar tiempo con él. Seis años de lejanía han sido suficientes, ¿no lo crees así?

—Sí, lo entiendo, pero Manú...

—Dile a Emanuela que vaya a verme a mi casa si sabe lo que le conviene.

—¿A qué te refieres con eso? ¡Aitor! —Salió detrás de él y apretó el paso para igualar las trancadas de su hermano—. Lo llevarás a casa de Lope, ¿verdad? —Aitor soltó una risotada por la nariz—. ¿Adónde lo llevas? ¡Dímelo, por piedad!

Intentó quitárselo mientras Aitor lo levantaba para sentarlo en la montura.

—No te atrevas, Juan —lo amenazó en un murmullo letal, y el músico se retiró.

—Aitor —suplicó—, dámelo.

—No. Es mío. —Montó de un salto y ajustó el brazo derecho en torno al niño antes de soltar un silbido dirigido a Argos y oprimir los flancos de Lucifer, su caballo negro, el que había pertenecido al soldado portugués que asesinó para robarle el azogue. ¡Qué largo camino había recorrido desde entonces! ¡Cuántas aventuras y desafíos había enfrentado! Todo lo había hecho para saborear esa victoria, la de tener a Octavio entre sus brazos y, pronto, a su Jasy. Lo complació que el niño hubiese conservado la calma y que no llorase ni hiciese berrinches.

En la casa de Conan, lo esperaban Delia y Aurelia, que se harían cargo del pequeño. Lo recibieron entre exclamaciones y muestras de afecto.

—¡Es igual a ti, Almanegra! Tu vivo retrato.

—Aurelia, no vuelvas a llamarme de ese modo. Aquí soy Aitor de Amaral y Medeiros.

—Sí, es verdad. Lo siento —masculló, mientras recibía al niño y lo besaba en ambas mejillas.

A excepción del ceño, Octavio no manifestaba señales de disgusto. Se notaba que estaba habituado a las caricias, no lo fastidiaban, y se acordó de sí mismo, de cuánto lo disgustaba que lo tocasen. Esa realidad, la de que su hijo soportara que lo besasen y tocasen, lo enojó. Lo quería duro, impaciente, arisco. Las mujeres se lo llevaron para alimentarlo, y él se encerró en el despacho con Conan.

—Pasaré la noche aquí.

—Tenemos todo pronto —aseguró Conan—, pero ¿no echará de menos a Manú?

—Tendrá que habituarse. No permitiré que esté siempre pegado a sus faldas.

—Por amor del cielo, Aitor, es muy pequeño.

—Yo, a su edad, salía a cazar con mi tío Palmiro.

Conan suspiró y elevó los ojos al cielo. Se encaminó hacia su escritorio, abarrotado de libros, cartapacios y papeles. Extrajo una hoja y se la extendió.

—Es una carta —explicó—. Llegó a la oficina de Potosí, y Carmen la trajo esta tarde. Un peninsular, un fabricante de fusiles, nos hace un pedido de estaño.

Hablaron de negocios durante un rato, y luego de impartir las últimas indicaciones, Aitor se puso de pie y regresó a la sala, donde se encontró con Octavio sentado en un sofá; lucía agitado. Se miraron con fijeza, y por primera vez comprendió la fascinación que sus ojos de oro habían provocado en los demás, esa mezcla de admiración ante una tonalidad tan magnífica, y de desconcierto, tal vez de miedo, ante algo tan inusual, casi sobrenatural.

—¿Alimentaron y dieron de beber al perro?

—Sí, Alma... Aitor. Pide por Manú.

—Tiene sueño —lo justificó Delia.

—Dejadme a solas con él. —Se ubicó en una silla frente a su hijo—. Ven.

El niño se bajó del sofá y cruzó la distancia que lo separaba del hombre de los tatuajes, pero se detuvo a mitad del recorrido; Argos hizo otro tanto. Lo estudiaba con desconfianza, mientras hacía un juegucito con las manos, se las tomaba a la altura del pecho y las restregaba de la manera más absurda.

—No hagas eso con las manos.

El niño las dejó caer a los costados del cuerpo. «Obedece sin chistar», se decepcionó.

—Ven, acércate.

—¿Dónde está mi mamita?

Ya no la llamaba «madre». En ese estado de inquietud, se le había deslizado el «mamita».

—Ahora estás conmigo, que soy tu padre.

—Quiero estar con mi mamita.

—Con mi madre —lo corrigió, y sonrió cuando Octavio ejecutó el mismo ademán en el que caía Emanuela cuando algo la confundía—. Ven. Te he dicho que te acerques.

El niño sacudió la cabeza para negar. «Pues bien, no siempre obedece».

—¿Quieres mucho a tu madre?

—Hasta el *Yvy Marae'y*.

Aitor levantó las cejas y sonrió con ironía.

—¿Hasta la Tierra sin Mal? —El niño asintió y reinició el juego con las manos a la altura del pecho—. ¿Por qué?

—Mi mami... Mi madre dice que es el lugar más bello y lejano que existe.

—Pero no es el más lejano.

—¿No? —El gesto de sorpresa de Octavio arrancó una carcajada a Aitor.

—No. El sitio más lejano que existe es el infinito, y yo la quiero hasta ese lugar.

—Yo también la quiero hasta ese lugar. Hasta el fimino.

—Infinito.

—Sí. Quiero ir con mi mamita —sollozó, y se restregó los ojos—. Quiero a mi mamita.

—Yo también la quiero. La quiero para mí. ¿Sabes, Octavio? Ella es mía.

El niño volvió a ladear la cabeza y a fruncir el entrecejo.

—No, es mía —declaró con una fiereza que enorgulleció a Aitor.

—Primero fue mía, mucho antes de que tú nacieras. Y la quiero de nuevo.

* * *

Emanuela se paseaba por la sala. Iba y venía por la misma línea, y, a diferencia del día anterior, no admiraba la marquetería del suelo ni los frescos de los muros ni los trampantojos del cielo raso, y solo le echó un vistazo al clavicordio del cual no se había percatado antes. Lope y Juan la seguían con ojos preocupados desde el tresillo en el que se habían sentado. Doña Inmaculada, que ya les había ofrecido el oro y el moro sin conseguir una aceptación, se mantenía a un costado, tensa y en silencio. La señorita Manú cada tanto lanzaba vistazos en dirección a la entrada principal, y ella no se atrevía a mencionarle que el señor de Amaral y Medeiros ingresaría por el portón de mulas, por lo que accedería a la sala por la entrada posterior. Lanzó una corta exclamación cuando lo vio aparecer, lo que atrajo la atención de los visitantes. Los señores se pusieron de pie y la señorita Manú dio media vuelta y se lo quedó mirando.

—Don Aitor...

—Podéis retiraros, doña Inmaculada.

—Sí, señor.

Aitor avanzó hacia Emanuela con suficiencia, mientras se quitaba el tricornio y

los guantes. Desvió la mirada hacia Juan y Lope, y la mueca sarcástica se profundizó.

—¿Has venido con la caballería, Emanuela?

Las mejillas se le arrebataron. Muy a su pesar, se había quedado sin palabras, sin aliento, sin voluntad cuando Aitor hizo su aparición en la sala, espléndido en su traje para montar.

—¡¿Dónde está mi hijo?!

—*Nuestro* hijo.

—¡Dónde está! —Caminó hacia él con determinación y se detuvo a un palmo—. ¡Devuélveme a mi hijo!

—*Nuestro* hijo —reiteró con una flema que la enfureció. Aitor le sujetó las muñecas cuando Emanuela intentó asestarle golpes en el pecho—. Tranquila, Jasy —susurró.

—¡Aitor, por lo que más quieras! —intervino Lope—. Dile dónde está el niño así iremos por él.

—No intervengas, Lope. Esto no te concierne.

—Durante seis años, Manú y Octavio han estado bajo mi responsabilidad.

—Responsabilidad que no cumpliste al permitirle al torero que se acercase a mi mujer y a mi hijo.

—¡Suéltame! ¡No quiero que me toques!

—Pues hubo un tiempo en que me rogabas que te tocara por todas partes.

—¡Aitor! —se escandalizó Juan—. Suéltala, hermano, o le dejarás marcas en la piel.

Aitor aflojó la sujeción. Emanuela liberó los brazos y le asestó una bofetada. Juan y Lope ahogaron una exclamación, y ella dio varios pasos hacia atrás. Aitor permanecía inmóvil, con la cara vuelta y los párpados apretados.

—Devuélveme a mi hijo —insistió, con voz segura y compuesta.

—No.

—Hermano...

—¡Juan, no te metas!

—¿Por qué me haces esto, Aitor?

Los ojos de Emanuela se colmaron de lágrimas. Eso, sumado a que acababa de decir su nombre por primera vez desde hacía más de seis años, lo afectó profundamente. Apretó los puños a los costados del cuerpo para evitar abrazarla y decirle que sí, que le devolvería al niño, que no llorase, que no soportaba verla sufrir.

—Tú sabes por qué.

—¿Dónde lo tienes? Dímelo, te lo suplico. ¡Oh! ¡Lo has escondido en casa de esa mujer! ¡Lo tienes en lo de tu amante!

—¡No! —se ofendió.

—¡Le has dado mi hijo a esa mujer! ¡Sé que ahora vive en Asunción! ¡Lo sé! ¡Lo sé!

«Mierda», masculló para sí, incapaz de apartar la vista de las lágrimas que

empapaban las mejillas de su Jasy.

—Será mejor... —empezó a decir Lope, y cerró la boca cuando Aitor levantó una mano en su dirección.

—Juan, Lope, quiero que se vayan. Necesito hablar con mi mujer.

—¡Ellos no se irán! Si quieres hablar, habla —lo conminó, mientras se secaba los ojos con un pañuelo que le había extendido Lope.

—Habla a solas.

—Está bien, pero Lope y Juan me aguardarán aquí.

Asintió con dureza y le indicó con la mano el camino hacia el despacho. Cerró la puerta y aguardó a que Emanuela se habituase a la nueva estancia, donde el servicio ya había encendido los blandones y corrido los cortinados.

—Ese escritorio es para ti. Hice que lo colocasen en mi despacho para que estés conmigo mientras trabajo. Disfrutarás del jardín y de la fuente desde esa contraventana. Ahora ha oscurecido, pero mañana verás qué bonito ha quedado todo. En nuestra recámara tienes otro escritorio, más pequeño, y un tocador. Me gustaría mostrártelos.

Emanuela se quedó mirándolo como si de pronto comprendiese cabalmente la transformación que se había operado en el hombre que amaba desde que tenía memoria. El día anterior había estado segura de que, pese a las ropas elegantes, en él aún habitaba el ser montaraz, resentido y pasional que a ella le calentaba la sangre y le causaba cosquillas en el estómago. En ese momento, tal certeza no existía.

—¿Dónde está Octavio?

—Jasy...

—¡No quiero que esté con tu amante! —La avergonzó su tono caprichoso, y lo odió por orillarla a convertirse en un ser despreciable, que le recordaba a su madrastra.

—Emanuela, ¿cuántas veces tengo que decirte que no tengo amante? La única mujer que deseo por amante y por esposa está frente a mí.

—Sé que Engracia se ha mudado a Asunción. ¿Para qué me quieres a mí si la tienes a ella tan cerca?

El semblante de Aitor se ensombreció, y Emanuela se dio cuenta de que volvía a caer en la misma del día anterior, volvía a jugar con fuego.

—Engracia y su esposo son mis socios, no mis esclavos. Pueden vivir donde les plazca. Eligieron Asunción porque es conveniente para el negocio.

—¡Ja! Para el negocio —ironizó, incapaz de dominar los celos que estaban convirtiéndola en una Gorgona.

—Sí, Emanuela —dijo Aitor, con voz medida y lenta—. Es bueno para el negocio.

—¿El de los caramelos Almanegra?

—¡Bueno, Jasy! Deberías hacer la espía para el ejército. Estás muy bien informada.

De nuevo, las mejillas se le arrebataron, y el disgusto se profundizó.

—No me tomes a chirigota, Aitor.

—Jamás osaría hacerlo, Jasy.

—No quiero que mi hijo esté con ella.

—*Nuestro* hijo está en casa de Conan, al cuidado de Aurelia y de Delia.

—Oh. ¿Aurelia y Delia? —Aitor asintió—. Ellas... Pues, ¿están contigo?

—Todos estos años han estado conmigo, bajo mi protección, trabajando para mí en la mina, lo mismo Ismael y Lindor. Como verás, Octavio no puede estar en mejores manos.

—Las de su madre son las mejores. —Se aproximó sin acercarse demasiado y entrelazó los dedos como en plegaria—. Aitor, te lo suplico, devuélvemelo. No está acostumbrado a estar lejos de mí. Me echará de menos, tendrá miedo.

—Separarse un poco de tus faldas le hará bien. Está muy apegado a ti. Lo quiero duro, Emanuela. Lo necesito duro, no un pusilánime que no sabrá cómo enfrentar la vida.

—Dios bendito —se lamentó Emanuela en un hilo de voz—. Es tan solo un niño, Aitor.

—Yo, a su edad...

—¡Tú, a su edad, vivías una vida completamente distinta de la de Octavio! Él se ha criado rodeado de amor, de afecto, de... —Calló al advertir el rictus que cruzó fugazmente el rostro de Aitor.

—Y yo, de odio y de desprecio. ¿Es eso lo que intentas decir, Jasy?

Emanuela suspiró y bajó la vista. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué todo se había ido al garete?

—Le dijiste a Juan que viniese a verte si sabía lo que me convenía. ¿Qué significa eso?

—Que no volverás a ver a nuestro hijo a menos que te conviertas en mi esposa.

—¿Qué?

—Hasta que no te conviertas en mi esposa, Octavio permanecerá lejos de ti. Si te niegas a desposarme, me lo llevaré muy lejos, y volverás a verlo cuando él esté en posición de regresar a ti por sus propios medios, lo cual no acontecerá hasta dentro de quince, veinte años.

Emanuela sacudía la cabeza y lloraba sin emitir sonido. La figura de Aitor se desleía, la fuerza la abandonaba, las piernas le temblaban, y un vacío oscuro y frío la tragaba.

—¿Por qué? —balbuceó, entre sollozos—. ¿Por qué me haces esto?

No hubo respuesta, y eso le dolió más que una contestación ácida o sarcástica. Sus rodillas cedieron y cayó al suelo, donde rompió en un llanto desgarrador. Aitor inspiró profundamente con los ojos cerrados antes de sentarse en la alfombra de Crevillente que había elegido pensando en ella. La recogió en su regazo como si se tratase de una muñeca de estopa y la abrazó. La cubrió con su torso y comenzó a

mecerse como lo habría hecho con un niño.

—Shhh, amor mío. Shhh —la consolaba, mientras la cubría de besos—. Ya no llores. No sufras en vano.

Emanuela no lloraba en vano, de eso estaba segura. Lloraba por tantas cosas; por los seis años de soledad, por la sensación de abandono, por el tiempo perdido, por la angustia de no saber, por la incertidumbre, por los celos, sobre todo por el amor tan poderoso e infinito que le inspiraba ese hombre, que era lo único en su vida y a quien, temía, ya no conocía. Se despejó el rostro y lo buscó con la mirada, y mientras se deleitaba con su belleza —eso no había cambiado, aún le quitaba el aliento—, evocaba las palabras de su *pa'i* Ursus. «*Manú, hay mucha oscuridad en Aitor, y estos años lejos de ti, lo han sumido en una oscuridad aún mayor. Te necesita, hija. Tú eres su redención*».

—¿Qué quieres de mí, Aitor? —preguntó, entre hipos y espasmos de llanto.

Él le pegó los labios en la frente y dijo:

—Quiero ser el hombre que se despierte a tu lado cada día. Quiero ser el que tenga el derecho de caminar contigo por la calle, tú tomada de mi brazo; el que ponga hijos en tu vientre; quien te alimente, te vista, te sostenga, quien te dé todo lo que necesites. Quiero ser tu dueño, pero también quiero ser tuyo, solo tuyo. —Hizo una pausa, y Emanuela lo sintió inspirar profundamente—. Jasy, no creo que puedas imaginar lo que significa este momento para mí. Tenerte entre mis brazos de nuevo después del infierno por el que atravesé sin ti... —La voz le tembló, y cortó el discurso abruptamente. Se mordió el labio y apretó los párpados—. Te necesité cada maldito segundo de estos malditos años que me mantuve lejos de ti. Cada maldito segundo, Emanuela. Y construí lo que construí, que es inmenso, Jasy, solo porque al abrir los ojos por las mañanas soñaba con el momento en que lo pondría a tus pies. Si tú no me quieres, si no quieres todo lo que tengo para darte, ¿qué sentido tiene mi vida? Sin ti, Jasy, es como si no existiese. Tú cuentas con el poder para hacerme desaparecer.

—Tengo miedo —admitió.

—¿De qué, amor mío?

—De ti, de este amor tan enorme. A veces siento que me devorará y me destruirá.

—No, no —susurraba él, y derramaba besos en su rostro.

—Siento que no te conozco. Te veo y te oigo y no reconozco en ti nada de mi Aitor.

—Jasy, soy tu Aitor, el de siempre. No mires mis ropas, no mires la riqueza que me rodea. Es una cáscara. Mírame a los ojos, mírame bien a los ojos, y me encontrarás. Me verás temblando de miedo y de deseo por ti. Verás también mis demonios, que tú conoces como nadie y a las cuales solo tú sabes someter. Soy el mismo que desde los cuatro años te venera porque eres el aire que respiro, la sangre en mis venas. Mi luna, mi luz, mi guía en la noche, pero también puedes convertirte en la oscuridad más profunda. Te temo, Emanuela. Eres la única que puede

destruirme.

—No quiero destruirte.

—Entonces casémonos mañana y hazme feliz.

Emanuela apartó el rostro y lo escondió en la manga de su chaqueta, empapada de lágrimas y saliva.

—Mírame. ¿Por qué no me contestas?

—No puedo dejar de pensar en Engracia, en que viviste con ella todos estos años mientras yo estaba sola.

—Me mantuve lejos porque *tú* me lo pediste, Emanuela. Cuando fui a buscarte a *Orembae*, me convencieron de dejarte tranquila, de que era lo mejor. Tal vez debí de comportarme como el egoísta que he sido toda la vida y debí arrastrarte conmigo, sin importarme que estuvieses a punto de parir. Entonces, no habría habido soledad ni amargura ni Engracia ni nada, y hoy seríamos felices.

—¿Estás enamorado de ella?

Aitor carcajeó y la besó en la frente.

—Te responderé, pero tú sabes que no mejor que nadie. No, no estoy enamorado de ella. Estoy enamorado de la misma mujer desde que tenía cuatro años. Pueden reprocharme muchas cosas, Jasy, excepto ser inconstante.

—¿Qué sientes por ella?

—Conan y Engracia son mis mejores amigos. Confío en ellos, y cuando dependes de los demás para construir lo que yo construí y te das cuenta de que puedes dormir tranquilo porque no intentarán perjudicarte, entonces comienzas a sentir afecto por esas personas, las respetas.

—Si no estás enamorado de ella, ¿cómo puedes...?

—¿Fornicar?

Emanuela ocultó la mirada y asintió.

—Para mí, fornicar es una manera de aligerar la sangre, de serenarme. A veces siento que un fuego me bulle en las venas. Entonces necesito hacer cosas: trabajo sin aliento, salgo a cazar, tiro abajo un árbol, fornico, me masturbo. Si no lo hago, tengo la impresión de que el fuego me devorará. Por eso te advertí aquella vez, cuando apenas eras una niña, que te tomaría una y otra vez, que lo haría tantas veces como tuviese la oportunidad, que nunca me saciaría.

—Y así lo hiciste en casa de los Urizar y Vega.

—Sí, así lo hice, y no recuerdo momentos más felices de mi vida. ¿Sabes? He vivido de esos recuerdos. No puedes imaginar cuántas veces los he evocado.

—Yo también. Y me aliviaba con las manos pensando en ti.

—Jasy... —Hundió la nariz en su cabello e inspiró con avidez—. Tu perfume sigue volviéndome loco. Dios mío, cómo lo eché de menos.

Emanuela percibió la erección que crecía contra su pierna, y el deseo se avivó como el fuego del que Aitor le había hablado, ese que le corroía las venas. Se miraron a los ojos y después los labios. Aitor cayó sobre los de ella sin medir la fuerza, lo

hizo con desconsideración, con el ímpetu y las ansias almacenadas durante demasiado tiempo para uno con un espíritu impaciente y mezquino como el de él. El apetito se desató igual que el fuego en un campo de hierba seca. Estaba intacto. No, había crecido, se había multiplicado, y Aitor se preguntaba si alguna vez lograría extinguirlo. Sin salir de la boca de Emanuela, la recostó sobre la alfombra y se mantuvo apartado, sostenido por el antebrazo apoyado en el suelo. Le levantó la falda con tontillo y maldijo las tantas capas de tela que le dificultaban alcanzar la esencia de su mujer, la que solo él conocía, la que solo él había saboreado. El delirio que lo envolvía como una bruma no le impedía reprocharse que esos no eran el sitio ni las circunstancias —Lope y Juan seguían afuera— para hacerle el amor después de más de seis años. Igualmente, seguía adelante, incapaz de sofocar lo que se había desatado; había que permitirle que se consumiera.

—No lo puedo creer, no lo puedo creer —repetía, mientras le pasaba los labios por el cuello—. No puedo creer que te tengo de nuevo debajo de mí, que estoy besándote. Jasy, amor mío.

Unos golpes en la puerta rompieron el encanto.

—¿Aitor, hijo? Soy yo, tu *pa'i*. Abre la puerta.

—¡Mierda! —masculló en castellano contra el escote de Emanuela, y esta rio.

—¡Un momento, *pa'i*!

—Manú, hija, ¿estás bien?

—Sí, *pa'i* —lo tranquilizó, y como la voz le surgió débil, agregó con más ímpetu—: En un momento estaremos contigo.

Aitor la ayudó a ponerse de pie y le despejó el rostro de los mechones humedecidos. Le acunó el rostro y le besó los labios, y sin soltarle la cara, se la estudió. Qué apetecibles lucían sus labios, rojos e hinchados, y la erección que no remitía pujó bajo el calzón.

—Vamos a lo de Conan a buscar a Octavito.

—¿Serás mi esposa? —Emanuela bajó las pestañas y asintió—. Mírame a los ojos y dilo.

—Sí, seré tu esposa.

Aitor le rodeó la cintura y la atrajo a su cuerpo. Soltó un suspiro.

—Me heriste profundamente cuando me dijiste que aceptarías al bardaje de Cabrera. ¿Es cierto, lo habrías aceptado?

—No.

—Júramelo.

—Lo juro. Y tú júrame que no volverás a traicionarme con otra mujer, ni con Engracia ni con Ginebra ni con ninguna. ¿Por qué sonríes?

—Porque es el juramento más fácil que me ha tocado hacer. Además, si he estado con otra mujer era porque no podía tenerte a ti, ya fuese porque eras muy niña o porque me habías abandonado.

—Ahora me tendrás siempre que lo deseas.

—Jasy... —Arrastró los labios sobre los de ella y se los mordisqueó—. No podré salir con la verga como la tengo.

—Abotónate la chaqueta.

—Son decorativos. Los ojales no están abiertos. Te aseguro que preferiría volver a vestir mis camisas y calzones. Eran más cómodos.

Los sobresaltó otro golpe en la puerta. Salieron, y Ursus caminó directo hacia Emanuela. La estudió con ansiedad.

—¿Estás bien? Luces afiebrada.

—No me siento muy bien, *pa'i* —admitió—. No pegué ojo anoche.

Ursus lanzó un vistazo ominoso a Aitor, que no lo advirtió, su atención fija en Emanuela. La tomó por la cintura y la apartó del jesuita para guiarla a un sofá. Se dio vuelta para llamar a doña Inmaculada y la halló a pocas varas, con las niñas a sus flancos.

—¿Qué hacen ellas aquí?

—Se enteraron de que la señorita Manú estaba en la casa y no hubo forma de mantenerlas alejadas. Quieren verla.

—La vieron hoy durante las clases. Que regresen a sus recámaras ahora mismo. Emanuela no se siente bien.

—No, que vengan. Venid.

Las niñas se aproximaron a paso rápido y se arrodillaron junto al canapé.

—Señorita Manú —habló Ana en guaraní, la más resuelta—, ¿es cierto lo que hemos oído, que se casará con nuestro padre?

—¿Les agradaría que me convirtiese en su esposa?

—Si lo hiciese —prosiguió Ana—, ¿se convertiría en nuestra madre?

—Si ustedes me lo permitiesen, sí.

—¡Sí! —exclamaron a coro, y Emanuela rio, y la tensión que le apretaba el estómago se disolvió un poco.

—Entonces sí, me convertiré en su esposa.

Hubo exclamaciones, risitas y palabras masculladas, y Emanuela no se atrevió a levantar la vista para ver la reacción de Lope.

—*Pa'i* —habló Aitor, y había tanto orgullo y triunfo en su voz que Emanuela se emocionó—, mañana por la tarde celebrarás la boda para la cual te convoqué tiempo atrás.

—Lo haré, hijo. Con el mayor de los gustos.

* * *

Alrededor de las nueve de la noche, el carruaje con el escudo de Amaral y Medeiros se detuvo frente a la casa de Lope, y el cochero con librea saltó del pescante para desplegar la zancajera y abrir la portezuela. Aitor descendió con Octavio dormido en sus brazos; Argos saltó detrás. El cochero lo guió con un fanal pues la oscuridad de la

calle era absoluta. Llamaron a la puerta, que Emanuela abrió enseguida. Resultaba obvio que había estado esperando en el patio de recibo.

—¿Por qué no estás en la cama? —le reprochó Aitor—. Luces muy pálida.

Emanuela no le contestó y le quitó al niño. Lo apretó contra su pecho y le besó los carrillos regordetes.

—Mamita —masculló Octavio sin abrir los ojos.

—Sí, tesoro mío. Soy yo.

—Mamita.

—Duerme, ángel mío.

Aitor la siguió hacia los interiores de la casa, y se limitó a levantar el mentón en dirección a Ginebra a modo de saludo cuando la encontraron en el patio principal. Emanuela se preguntó qué hacía allí a esa hora. «Esperando a Aitor», concluyó.

Romelia la ayudó a desvestir a Octavio y a meterlo en la cama y se retiró. Aitor se sentó en el borde y observó dormir a su hijo.

—¿En qué piensas? —susurró Emanuela, y le apoyó las manos en los hombros.

—En que es perfecto, en que lo hicimos tú y yo.

—Es nuestro tesoro.

Aitor se giró y hundió el rostro en el vientre de Emanuela, que lo circundó con sus brazos y lo mantuvo pegado a ella.

—Nuestro hijo y tú son mis posesiones más preciadas. Daría la vida por ustedes.

—Lo sé.

—Me perdí sus primeros años.

—No tiene sentido pensar en eso. Ahora recuperarás el tiempo perdido, y te convertirás en su héroe.

Aitor se inclinó para besar la frente de su hijo y se puso de pie. Aguardó a que Emanuela cerrase el tul que bordeaba el lecho para expresar:

—Lo quieres más que a mí, ¿verdad?

—Qué extraño —comentó Emanuela—. Octavio me preguntó lo mismo de ti, si te quería más que a él.

Aitor sofocó una risa y agitó la cabeza.

—Pequeño bribón. Yo le enseñaré a quién perteneces. —La besó en la frente—. No me acompañes. Recuerdo el camino hacia la puerta.

—Quiero acompañarte.

—Estás muy pálida. Quédate. Quiero que te metas en la cama enseguida. Mañana será un gran día.

—Ginebra estará esperándote en el patio principal. Lo sé.

Aitor le levantó el rostro por el mentón.

—Jasy, mírame. Aunque Ginebra estuviese esperándome, nada sucedería entre nosotros. Ten confianza en mí.

—Pides demasiado, Aitor. La confianza que te tenía no existe. Tendrás que trabajar duro para reconstruirla.

Aitor bajó la vista y asintió y le permitió que lo escoltase hasta la puerta. Ginebra estaba esperándolo. Pasaron a su lado sin pronunciar palabra y se detuvieron delante del portón principal. Emanuela se disponía a abrir la puerta peatonal cuando Aitor la detuvo.

—Aguarda un momento. —Metió la mano dentro de la chaqueta y extrajo una cajita forrada en gros de seda verde—. Iba a dártelo ayer, pero las cosas no salieron como las preví. —Levantó la tapa y le presentó un anillo con varias gemas—. Es para ti, amor mío.

—Oh. Es bellissimo, Aitor.

—Son topacios y zafiros —le aclaró, mientras le deslizaba la joya en el anular izquierdo—. Los vi y pensé en el color de nuestros ojos y en las muñequeras que me hiciste aquella vez.

—Te las hice con tanto amor.

—¡Jasy! —La abrazó con destemplanza, la hundió en su pecho, la sostuvo con la angustia que le provocaba saberla tan indefensa, tan vulnerable, tan codiciada por todos—. Soy feliz, tan feliz. Gracias, amor mío, por hacerme feliz. ¿Tú eres feliz?

Emanuela no contestó. Pugnaba por sofocar el llanto, abrumada por las palabras de él, tan sinceras; estaba desnudándole el alma, entregándole el corazón, y ella no conseguía deshacerse de las dudas, de la desconfianza, del dolor.

—¿Jasy? —Aitor la apartó para mirarla—. Jasy, ¿qué sucede?

Emanuela rompió a llorar sin remedio, y enseguida se sintió envuelta en su fuerza.

—¿En verdad ibas a quitarme a Octavito?

—No, amor mío, no. ¿Cómo crees?

—¿Y si no aceptaba desposarte?

—¿Crees que iba a permitir que eso sucediese? Jasy, me conoces como nadie. Siempre consigo lo que me propongo.

—Lo sé. —Levantó la vista, y él le secó los ojos y las mejillas con un pañuelo—. Sufrí tanto desde que supe que vivías con ella. El dolor era tan insoportable que...

—Shhh, calla. Estás matándome.

—Creí que me habías olvidado, que te habías enamorado de ella, que no volverías a mí.

—Jasy, una vez, tantos años atrás, te dije que siempre volvería a ti, ¿lo recuerdas? —Emanuela asintió, y un nuevo acceso de llanto la doblegó—. Y la promesa que te hice aquella noche en la torreta, cuando mezclamos nuestras sangres, no la hice en vano, Emanuela. Después de tu nacimiento, ese fue el momento más importante de mi vida.

—Nuestro hijo es el pacto de sangre más perfecto que hemos hecho.

—Sí, amor mío. —La besó en la coronilla—. Tú y él son lo único que cuenta para mí. Te amo, Emanuela, tanto que no hay manera de medir este amor.

CAPÍTULO XIII

Emanuela, ayudada por Romelia, iba guardando sus pertenencias en los baúles mientras le explicaba a Octavio que, desde ese día, vivirían en la casa del lado.

—Tu padre la construyó para que vivamos todos juntos.

—¿Emanuelita, Milagritos y Marã también?

—No, ellas se quedarán aquí con tío Lope y tía Ginebra. Pero las verás todos los días. Ahora vivirás con María y con Ana, que son tus hermanas.

—¿Mis hermanas?

—Sí, cariño. Son hijas de tu padre.

—¿Son tus hijas, mamita?

—No. Son hijas de una señora que se llamaba Olivia y que ahora está con Dios.

—¿Se fue al cielo?

—Sí, tesoro. Dios se la llevó. María y Ana están muy tristes a causa de eso.

Octavio corrió hacia Emanuela y se abrazó a sus caderas.

—¡No quiero que Dios te lleve, mamita! ¡Dile que no te lleve!

Se acuclilló y sujetó al niño por los hombros.

—Quiero que te quedes tranquilo. Dios no me apartará de ti. Ahora piensa en la fiesta que tu padre dará esta tarde.

—¿Una fiesta?

—Sí, para ti y para mí, porque está muy feliz de que vayamos a vivir con él.

Una doméstica se presentó para anunciar que el señor Leónidas Cabrera pedía por ella. Emanuela y Romelia cruzaron una mirada.

—Termina de empacar, por favor, y cuida de Octavio.

—Sí, Manú —contestó la esclava, muy deprimida; no quería separarse de su niña.

En la sala, también encontró a Lope y al padre Santiago. Emanuela estudió en silencio la cara magullada de Cabrera.

—Lo siento. Lo siento tanto, don Leónidas.

—Es el orgullo herido lo que más duele —admitió, con una sonrisa de labios fruncidos para evitar que las heridas se abriesen.

—Es tan injusto.

—Manú —la interrumpió—, no os angustiéis. Yo habría actuado de igual modo en su lugar. Comprendo el celo que siente por su mujer. El padre Santiago estuvo contándome acerca de... bien, de vuestra historia.

—Eso no justifica que se haya comportado como un salvaje.

—Ahora comprendo muchas cosas —dijo Cabrera, y la miró con intención—. Comprendo que debí de lastimaros cuando os hablé del dueño de la mina, de Almanegra.

—Adoptó ese nombre en Buenos Aires, cuando conoció la historia del toro.

—Lo imaginé.

Emanuela contuvo el aliento y no apartó la vista de la de Cabrera; intentaba leerle el pensamiento, atormentada por la certeza de que el torero era de los pocos que sabía que el indio que se había convertido en gran señor y que había llegado a Asunción haciéndose llamar Aitor de Amaral y Medeiros, en el pasado había sido conocido como Almanegra, igual que el famoso salteador de caminos, cuya cabeza tenía un precio muy alto.

—Mi hermano Manuel respeta mucho a vuestro futuro esposo y está muy a gusto trabajando para él.

—Me alegro —respondió Emanuela, más tranquila. La afirmación de Cabrera parecía esconder un acuerdo tácito entre ellos. Después de todo, se alentó, el torero no tenía modo de probar que el Almanegra de la mina era el mismo que el que robaba ganado y asaltaba los convoyes portugueses. «¡Aitor!», se enfureció. «¿Por qué eres tan temerario?»

—Dejaré la ciudad por unos días. Iré a ver a vuestro padre. Ayer, el padre Ursus me dio el tónico que necesita para sus pulmones. Se lo llevaré.

—¡Oh, sí! El tónico, lo había olvidado. ¡Gracias, gracias, don Leónidas!

—¿Qué está sucediendo aquí? —La voz de Aitor tronó en el recinto, y Emanuela sofocó una exclamación y se alejó de Cabrera. Lope y Santiago de Hinojosa se interpusieron cuando Aitor se movió hacia el torero con una expresión feroz, en la cual destacaban sus ojos de fuego líquido.

—¡Aitor! —alzó la voz el jesuita—. ¡Detente y piensa! No actúes como un energúmeno.

El sollozo de Emanuela operó como un rayo en su mente ofuscada, y lo paralizó delante de su hermano y del sacerdote, a los cuales habría arrollado.

—¿Qué hace este hombre aquí, con mi mujer?

—He venido a felicitarla —contestó Cabrera con dignidad—. El padre Santiago me informó que hoy contraerá nupcias con vuesa merced.

—Manteneos lejos de ella.

Pese a los nervios, Emanuela no pudo menos que notar que Aitor se había expresado en el castellano de las gentes cultas, y la embargó un sentimiento de ternura y admiración.

—Vuestra mujer y yo somos amigos, señor Alma... Amaral y Medeiros. Quería pedir autorización para visitarla de tanto en tanto. También para ver a vuestro hijo.

—No.

—Aitor, Leónidas solo...

—Lope, no te metas. He dicho que no, y no cambiaré mi decisión.

—Tal vez vuestra esposa no sea de la misma opinión —lo provocó el torero.

—Cabrera, mi mujer hace solo lo que yo le digo, y yo digo que no.

—Don Leónidas —terció Emanuela—, gracias por vuestros buenos augurios,

pero creo que será mejor que os vayáis.

Se miraron en el silencio de la sala, los ojos endurecidos de Leónidas Cabrera fijos en los suplicantes de Emanuela. El hombre asintió y se calzó el tricornio. Se despidió con saludos masculados. Lope e Hinojosa lo escoltaron hasta la puerta. Emanuela y Aitor se sostuvieron la mirada a través del espacio penumbroso que los separaba.

—¿Por qué aceptaste recibirlo? —Ante la falta de respuesta, él se precipitó sobre ella, la aferró por los brazos y la sacudió apenas—. ¡Por qué!

—¡Porque temo por ti!

—¿Qué?

—¿Acaso no lo comprendes? —La mueca confundida de Aitor le arrancó un bufido exasperado—. Sin mencionar que podría haberte denunciado por la golpiza que le propinaste, Cabrera sabe que Almanegra y Aitor de Amaral y Medeiros son la misma persona.

—¿Qué hay con eso?

—¿Supones que no llegaron a mis oídos los relatos de las hazañas del salteador de caminos a quien todos llaman Almanegra? —Arrugó el rostro cuando los dedos de Aitor se hundieron en su carne—. Estás haciéndome daño.

—¿Piensas que el salteador de caminos y yo somos la misma persona? —Emanuela asintió—. ¿Tan mal piensas de mí?

—¿Olvidas con quién estás hablando? Soy yo, Aitor, que te conozco como nadie en este mundo. Sé que asaltabas convoyes de los portugueses, que robabas su ganado y su azogue. Sé también que vendes caramelos que hacen... caramelos que... caramelos para los hombres... para...

Aitor rompió a reír y la sofocó en un abrazo. La besó en la boca.

—Oh, Jasy, no seas tan dura con tu Aitor.

Emanuela se rebulló y consiguió apartarse para mirarlo mientras le hablaba.

—No estoy de acuerdo con tu vida de bandolero, pero sé qué te movió a hacerlo. Conozco cómo actúas, cómo piensas, cómo tomas las decisiones, y sé que jamás podré cambiarte. Por otro lado, no es mi intención hacerlo. Solo te pido, *te imploro* que acaben las actividades imprudentes e ilegales. Octavio y yo te necesitamos. Ahora que la vida ha vuelto a reunirnos cuando parecía que nunca volverías a mí, te suplico, cuídate por mí, por tu hijo.

—¡Sí! —susurró él con pasión, y volvió a encerrarla entre sus brazos—. Sí, amor mío. Sí, amor de mi vida. Haré lo que me pidas. Tú eres la voz de mi conciencia, y haré lo que me digas de ahora en adelante.

La condujo a un sofá y la sentó sobre sus rodillas. Se besaron con un abandono que los hizo olvidar que era de mañana y que se hallaban en la sala de Lope.

—Dios —suspiró Aitor, sin apartarse de sus labios—, no veo la hora de estar enterrado dentro de ti.

—Aitor...

—No seré suave, Jasy. Te fornicaré duro y fuerte. Estoy tan caliente.

—Tómame como quieras. Seré feliz con lo que tengas para darme.

—Amor mío.

Un carraspeo cortó el beso de los enamorados. Doña Nicolasa y Ginebra los observaban desde el ingreso. Emanuela hizo el intento de saltar de las rodillas de su futuro esposo; este la mantuvo sobre sus piernas, con la erección clavada en el trasero.

—Debéis saber, señor de Amaral y Medeiros, que entre las gentes decentes, este comportamiento se reputa de inaceptable.

Aitor levantó la ceja partida y una comisura.

—¿Y era aceptable que vuesa merced se metiese en la cama de mi padre cuando doña Florbela aún vivía?

—¡Oh, qué desfachatado!

—Señora —habló con acento conciliador y se puso de pie. Sujetó a Emanuela por la cintura y la condujo donde las mujeres—. No pretendo juzgaros. Vivo a mi modo y dejo vivir a los demás al modo que más les plazca. Os ofrezco mis disculpas si os he ofendido. —Inclinó el torso en una manera galante, y Emanuela fue testigo de cómo se relajaban las facciones de su madrastra y cómo se iluminaban con codicia los ojos negros de su hermana, y tuvo celos, y también sintió rabia; las dotes seductoras de su amado habían mejorado con los años.

—Acepto vuestras disculpas, señor de Amaral y Medeiros.

—Llamadme Aitor, por favor. —La mujer prestó su aquiescencia con una inclinación de cabeza—. Quería proponeros un negocio. Deseo compraros a la esclava Romelia. Es un regalo de bodas que me gustaría hacerle a mi esposa.

—¡Oh, Aitor! —exclamó Emanuela, y enseguida reprimió su alegría para no exponerse frente a esas dos.

—Veréis, don Aitor, por mucho que me gustaría complaceros, no me será posible. Mi esposo es un prófugo de la Santa Inquisición y sus bienes, Romelia incluida, serán confiscados.

—He sabido que ya confiscaron la chácara y sus carretas y sus herramientas, pero Romelia sigue aquí.

—Sí —admitió a desgana la mujer—. Lo cierto es que el inquisidor Ifrán y Bojons no sabe de la existencia de la esclava. De igual modo, ¿cómo podría vendérosela si mi esposo es quien tiene los documentos de propiedad de la negra?

—Será un acuerdo basado en la buena fe. Yo os daré... digamos, quinientos pesos de plata ensayada y vuesa merced me dará la esclava.

—Trato hecho.

—En un rato, os enviaré el dinero y vos me enviaréis a Romelia. Y ahora, señoras, si me permitís, debo hablar con mi prometida.

Emanuela se dio cuenta de que Ginebra le observaba el anillo de zafiros y topacios con la misma codicia con que había contemplado la erección de Aitor. Lo

tapó con la mano.

* * *

La boda tendría lugar en el salón más suntuoso de la casa de Aitor. Emanuela se preparaba en la habitación que, desde ese día, compartiría con él, un recinto tan espacioso y desmedido como todo en esa residencia, que, además de contar con una cama enorme, elevada sobre un plinto y con tornalecho cubierto por colgaduras de damasco en tonalidad burdeos, tenía dos juegos de tresillo, un escritorio, un tocador, un entredós y varios espejos de caballete. Resultaba imposible no verse reflejada desde cualquier rincón de la estancia. Más allá de ese despliegue, la excentricidad la constituían dos cuartos adjuntos, uno para guardar la ropa y otro para bañarse, no en una tina, sino en una especie de fuente alicatada con mayólica de Manises; eran las cosas más extrañas que Emanuela había visto. Según Aitor, que le había mostrado la casa con orgullo, la idea de las habitaciones para el baño y el cambiador —así lo había llamado en castellano— se las había sugerido el arquitecto que había contratado para diseñar la casa, el mismo que había proyectado la Casa de la Moneda de Potosí. Sus servicios le habían costado un ojo de la cara, le había aclarado, y Emanuela se contuvo de advertirle que se consideraba de mal gusto mencionar el precio de las cosas; de hecho, se había refrenado varias veces durante la recorrida; él parecía decidido a detallar el costo de la mansión.

Romelia, hecha unas pascuas desde que se sabía propiedad de su niña Manú, la ayudó a prepararse. Emanuela, feliz como pocas veces había estado en su vida, se entregó a sus cuidados y le permitió que le quitase el vello de las piernas, que le remarcase los ojos con un carbón, que le curvase las pestañas y que le colorease las mejillas y los labios con el polvo de cochinilla. Le recogió el cabello, le marcó bucles con un hierro caliente, que le cayeron sobre las sienes y la nuca, y le entretejió flores del naranjo amargo, que había recolectado en el jardín. En tanto la preparaba, no cesaba de describir las maravillas que había visto —la fuente, el reloj de sol, las plantas, las flores, los árboles frutales—.

—Eres su reina, y él ha construido este palacio para ti —concluyó la esclava.

El vestido, compuesto por una casaca y una basquiña y confeccionado en Río de Janeiro, yacía sobre la cama, donde lo había extendido doña Inmaculada. Emanuela no se atrevía a rozarlo, tan etéreo lucía. Aitor, muy ufano, le había explicado que se trataba de seda de Lyon, «la mejor», había agregado, y como ella se quedó mirándolo con una ceja elevada y una sonrisa cómplice, él admitió que no tenía idea de qué era Lyon.

—Una ciudad de la Francia —dijo ella—, famosa por sus fábricas de seda.

Aitor la abrazó y le susurró:

—Nadie es más culto que mi Jasy.

Más allá de la exquisitez de la seda blanca, eran los bordados con motivos

naturalistas en hilos de oro lo que quitaba el aliento.

—Vamos, mi niña. Ha llegado la hora de vestirse.

Romelia le puso la camisa de mangas cortas, larga hasta las rodillas, los calzones y las enaguas, todas las prendas de lino. Siguieron las medias de algodón sostenidas con ligas. Enseguida le ajustó el tontillo; luego el corsé con haldetas, sobre el que se apoyó la basquiña. Por último, la casaca, de mangas hasta el codo, que le marcó la cintura y dejó al descubierto una porción del escote. Romelia se agachó para calzarle los chapines de cordobán blanco.

Emanuela giró para estudiarse en uno de los espejos de caballete y se quedó estupefacta. Por primera vez en sus veintitrés años se sentía hermosa, y esa certeza le dio valor para salir de la recámara cuando don Vespaciano, que había llegado la noche anterior con Malbalá, Bruno, su esposa Miriam, Vaimaca, Ñezú y Palmiro Arapizandú, fue a buscarla. Se puso los aretes y la gargantilla de ámbar, a modo de homenaje a doña Florbela, y se perfumó antes de abrir la puerta.

—Eres una visión, ángel mío —manifestó el hombre—, la mujer más bella que he visto.

—Gracias, don Vespaciano. Me siento bella porque soy feliz.

Emanuela, que había esperado una ceremonia íntima, con un puñado de personas, se sorprendió al encontrar la sala abarrotada, y aunque originalmente la intrigaron los rostros que la observaban avanzar hacia el altar improvisado, cuando sus ojos encontraron los de Aitor, ya no desvió la mirada del espectáculo que componía su señor con tatuajes abipones. Si bien el traje de seda de un azul tan profundo que parecía violeta y su cabello negrísimo y trenzado le causaron un salto en el pecho, era su expresión dichosa y colmada de orgullo lo que la emocionó. Lo amaba, tanto que se sabía en carne viva, expuesta a lo que él decidiese para ella. Siempre le perdonaría sus debilidades, sus defectos y pecados. Dios la ayudase.

El padre Ursus declaró que, según el rito de la Santa Iglesia de Roma, eran marido y mujer, y Aitor, contra toda regla de urbanidad, la sujetó por la cintura y la besó en los labios. Octavito, que durante la ceremonia, se había mantenido firme junto a su padre, tiró del vestido de Emanuela para llamar su atención.

—¿Por qué te besó en la boca, mamita?

—Porque soy su esposo —contestó Aitor, y le sostuvo la mirada.

—Yo también quiero besarla en la boca.

—No, tú no. Solo yo.

Emanuela, que habría querido intervenir, se vio rodeada por los invitados que hacían corro para felicitarla. Sentía el peso de Octavio, sujeto a su basquiña, y entre saludo y saludo, lo miraba y le sonreía; el niño le devolvía una expresión ceñuda, de la que Emanuela pronto se olvidó cuando empezaron a sorprenderla caras del pasado que había echado de menos, como Delia y Aurelia, que sollozaron al felicitarla, y Conan Marrak, a quien en público debía llamar Conrado —Aitor la había prevenido—, y otras que no conocía, que Aitor fue presentándole, en general autoridades del

Cabildo, militares y personajes de la vida pública de Asunción, que parecían muy interesados en conversar con el señor Amaral y Medeiros, a quien acapararon en un extremo del salón. Emanuela recorría las estancias saludando y preocupándose de que el servicio doméstico cebase mate a los invitados y aperitivos antes de la cena, que Lope no bebiese y que los niños se sintiesen a gusto, pero nunca lo perdía de vista. Lo admiraba desde lejos y, cada tanto, levantaba la vista y lo descubría observándola. Él le guiñaba un ojo, y eso bastaba para que su cuerpo respondiese como si le hubiese pasado la lengua entre las piernas.

Durante la cena, en la que se sirvieron siete platos acompañados de vinos españoles, Emanuela comió poco y, aunque Aitor le insistía y él mismo le ponía trozos de carne o de verduras en la boca, los nervios, las expectativas por la noche de bodas, la presencia de doña Nicolasa y de Ginebra cerca de ella y la expresión lúgubre de Lope le habían robado el apetito. Fijó la vista en la de Malbalá, que la contemplaba con intención, conocedora de sus resquemores y angustias, e intentó hallar paz en su semblante bondadoso. Todavía no se habituaba al cambio operado en la abipona, desde el vestido de seda conchal lavanda, el cabello recogido y el aderezo de perlas hasta el hecho de que fuese la señora de Amaral y Medeiros, igual que ella. Todavía no daba crédito a lo que su madre le había confesado la noche anterior, después de sorprenderla con su llegada: se había convertido en la esposa de don Vespaciano; su *pa'i* Ursus se había presentado una mañana en *Orembae* y los había conminado a casarse. Lo habían hecho el día del natalicio de Emanuela, el 12 de febrero, en la capilla del casco de la estancia.

—¿Eres feliz, sy? —le había preguntado después de que, juntas, acostasen a los niños.

—Inmensamente, hijita. ¿Y tú?

—Inmensamente, sy —había contestado, sin entrar a detallar que existían cuestiones que opacaban el brillo de su alegría, las que se desvanecieron cuando Malbalá afirmó:

—Nunca he visto a Aitor tan feliz, Manú. Nunca. Eres su alegría.

Para después de la cena nupcial, Juan había organizado un concierto con alumnos del Colegio Seminario y unas piezas con Octavio. Emanuela se ubicó junto a doña Mencía, que había llegado escoltada por el padre Santiago y por su hijo, fray Pablo.

—Estáis hermosa, doña Mencía —expresó con sinceridad, y le apretó la mano. Junto con la salud, la mujer había recuperado la belleza, y Emanuela se preguntaba si las miradas que le había visto lanzar a su *pa'i* Santiago en dirección a la viuda nacían de su celo sacerdotal o de otro tipo; sospechaba que pertenecían al segundo. Así como jamás habría dudado de la castidad de su *pa'i* Ursus, no le costaba imaginar a Santiago de Hinojosa enredado con una mujer. Confirmó sus suspicacias cuando, al final del concierto, el alcalde de segundo voto del Cabildo, un hombre apuesto y soltero, se aproximó para conversar con doña Mencía, e Hinojosa apareció junto a ella y la conminó a salir un momento al jardín para tomar el aire fresco del

anochecer; la notaba pálida.

El concierto terminó con una sonata de Bach que interpretaron Juan y Octavio, cuya coda, un *allegro molto vivace*, impulsó a los invitados a aplaudir de pie. Emanuela, con lágrimas en los ojos, admiraba a Octavio, que imitaba a su tío Juan y se inclinaba para saludar al público con su diminuto violín en una mano y el arco en la otra. Descollaba en su traje dorado, el que le habían regalado sus primas y sus tíos Lope y Ginebra, y que él se había empeñado en llevar esa tarde, pese a que Aitor le había regalado varios, uno más elegante que el otro. Emanuela buscó a Aitor entre los invitados y lo encontró ceñudo, la vista fija en Octavio, que recibía las felicitaciones del público, impresionado por la precocidad del pequeño músico. Emanuela suspiró. Conocía demasiado a su esposo para ignorar el motivo de su disgusto.

«Mi esposo», repitió, y de pronto se dio cuenta de que no había disfrutado del reencuentro con Aitor ni de la boda ni de nada. Los sucesos se habían precipitado, y ella, que dos días atrás arrastraba el alma, ese martes 29 de mayo de 1759, se había convertido en una mujer nueva.

—Emanuela de Amaral y Medeiros —susurró, y buscó con la mirada a Aitor. Sonrió, dichosa, al descubrir que él la contemplaba con un hambre que habría sido evidente para el corazón más cándido. Se encontraron a mitad camino. Aitor le colocó las manos sobre las haldetas de la basquiña y le susurró:

—Estás tan hermosa.

—Me robaste el aliento cuando te vi junto al altar.

—No veo la hora de que se vayan y de tenerte solo para mí. No veo la hora de estar dentro de ti.

—No veo la hora de que entres dentro de mí.

* * *

Ginebra estudiaba a los esposos, que, en medio del salón atestado, se susurraban palabras fervientes a juzgar por la intensidad con que se miraban. Se había propuesto no sentir celos ni envidia, y estaba fracasando. Se unió a su madre en una sala más tranquila. La mujer estudiaba los frescos de los muros.

—Jamás he visto tanto despilfarro y lujo —admitió Nicolasa—. ¿Has reparado en la vajilla con la que cenamos? ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Me dijo Manú que se llama porcelana y que viene de la Sajonia.

—¿Porcelana? Nunca había escuchado la palabra. ¡Y la cubertería, de plata maciza! ¡Y las copas! Imagino que así han de ser las cosas en Lima. ¡Qué mural tan exquisito!

—Oí decir a Aitor que es obra de un pintor italiano que contrató en Río de Janeiro, un tal Bernardo di Vitta. Es aquel —dijo, y señaló a un anciano menudo, algo encorvado y de piel arrugada—. Aún debe terminar algunos paisajes y trampantojos, a más del retrato de Manú y el de Aitor.

Nicolasa asintió con la boca fruncida y prosiguió el análisis de los muebles, los blandones, los cortinados y los espejos con marco de pan de oro que embellecían los sectores de las paredes que no cubrían los murales.

—Lo llaman el rey del estaño.

—¿Cómo has dicho, madre?

—Oí a un grupo de hombres que llamaban al flamante esposo de la bastarda *rey del estaño*.

—Aitor posee una mina de estaño. Don Edilson Barroso le heredó el mapa con la ubicación.

—¿Cómo? —se escandalizó la mujer—. ¿Por qué don Edilson se lo heredaría a Aitor, a quien no lo unía ningún vínculo sanguíneo, y no a su único sobrino, hijo de su única hermana?

—Don Edilson estaba muy aficionado a Aitor.

—¡Sandeces! La mina debería pertenecer a tu esposo.

—Pues no le pertenece. Además, estoy segura de que Lope habría guardado el mapa para seguir con sus libros y escritos. Estoy contenta de que haya caído en manos de Aitor.

—Pues entonces, querida Ginebra, has desposado al Amaral y Medeiros equivocado.

—Te recuerdo, madre, que cuando me obligaste a desposar a Lope, Aitor no era un Amaral y Medeiros y tú lo despreciabas. Cuando visitaba *Orembae*, ni siquiera te dignabas a saludarlo.

—Nadie puede culparme. Con esos tatuajes y las fchas en las que se presentaba, daba miedo y repugnancia. ¿Quién iba a pensar que era hijo de Vespaciano?

—Y de Malbalá.

Nicolasa dirigió la vista hacia la india en seda lavanda y arrugó la nariz.

—Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—Sí, pero esa mona es la flamante esposa de mi suegro.

—No es asunto que me concierna —declaró, altanera.

—Claro que no —ironizó Ginebra.

—Me gustaría verte señora de todo esto, y no a esa bastarda de Emanuela.

«A mí también».

Ginebra se alejó de su madre, mientras se reprochaba haberla buscado si en ella jamás encontraba solaz. Le habría gustado contar con su padre en ese momento; él le habría levantado el ánimo y la habría alejado de los pensamientos negros que la invadían. Buscó a Aitor. No le resultó difícil localizarlo; la fiesta languidecía y él se destacaba como un faro en la noche. Vio a doña Inmaculada acercársele a paso rápido y decirle algo al oído. El ceño de Aitor iba profundizándose a medida que la mujer se explicaba. Asintió con un movimiento rígido y abandonó la sala con el ama de llaves por detrás. Ginebra lo siguió hacia un sector menos iluminado y silencioso, y lo vio deslizarse en una habitación y entrecerrar la puerta. Se aproximó en puntas de pie y

se asomó por el resquicio. La escena frente a ella le provocó un vuelco en el corazón: Aitor abrazaba a una mujer, que sollozaba en su pecho. Solo le veía la delicada figura y el cabello negro y espeso que le cubría la espalda.

—Ven, siéntate —indicó Aitor, y condujo a la mujer hasta un canapé. Se acuclilló frente a ella—. ¿Qué haces aquí, Engracia? —preguntó, sin animosidad, más bien con paciencia, lo que desconcertó a Ginebra, y cuando la mujer alzó el rostro para contestarle, su sorpresa se profundizó hasta obligarla a ahogar un quejido; se trataba de la criatura más hermosa que había visto, aun con los ojos inyectados y la nariz enrojecida. «Es más bonita que yo», admitió.

—Perdóname, cariño —lloriqueó la tal Engracia—. No pude resistirme.

—¿Has estado bebiendo?

—Sí. Estoy un poco borracha —confesó, risueña—. Cuando supe que hoy la desposarías, tome unos tragos para atravesar el mal momento.

—¿Cómo lo supiste?

—Conan fue a visitarme esta mañana y me lo contó.

—Voy a matarlo.

—No. Yo lo sonsaqué. Además, tarde o temprano me habría enterado. Después de todo, sabía que volvías a Asunción para casarte con ella. Me lo advertiste.

—Creí que las cosas habían quedado claras entre nosotros.

—Sí, Almanegra, yo también lo creí, pero he fracasado en mi intento por simular fortaleza. ¡Te amo! Y no soporto la idea de que lo nuestro haya terminado.

Engracia le sujetó el rostro y trató de besarlo. Aitor dio vuelta la cara, y los labios de la mujer le humedecieron la oreja.

—No, Engracia. —Se puso de pie—. Iré a pedirle a doña Inmaculada que te prepare un café. Espera aquí. Regreso enseguida.

Ginebra se ocultó tras un cortinado. Cuando Aitor se perdió de vista, regresó a la fiesta. Divisó a Emanuela enfrascada en una conversación con el jefe de Policía del Cabildo y su esposa. Se aproximó cuando vio que la pareja se alejaba.

—¿Has visto a Aitor, Manú? Lope está buscándolo.

Emanuela giró la cabeza hacia uno y otro lado.

—Qué extraño. Estaba aquí hace un momento. Iré por él.

Ginebra la siguió por la casa, que era enorme. Emanuela regresó a la parte delantera y se detuvo frente a una puerta entreabierta. Hizo un ceño al escuchar voces masculadas.

—¿Aitor? —Abrió la puerta—. ¡Oh! —exclamó al encontrarlo de cuclillas frente a una mujer a la que intentaba hacerle beber algo de un cuenco. Sus ojos se toparon con los sorprendidos de la mujer, y el semblante pasmado de Emanuela se profundizó para luego oscurecerse cuando comprendió la verdad—. ¿Engracia?

«Hermosa, ¿no es así, Manú?», pensó Ginebra, sin sarcasmo, más bien con resignación.

—¡Mierda! —Aitor saltó de pie—. ¡Emanuela! —la llamó, pero la novia se había

recogido el ruedo de la basquiña y se alejaba corriendo. Ginebra volvió a mimetizarse en la oscuridad del salón, y escuchó que Aitor convocaba a gritos a doña Inmaculada.

—Ocúpese de Engracia y pídale a Conan que la saque de aquí.

—Sí, don Aitor.

* * *

Emanuela cubrió con la sábana a Octavio y se sentó en el borde de la cama. Lo besó en la frente.

—¿Has visto qué hermosa recámara tienes, qué grande es? —El niño asintió—. ¿Te ha gustado la fiesta? —inquirió, esforzándose por mostrarse contenta—. ¿Has visto cómo te han felicitado los invitados por lo bien que tocaste el violín?

—Sí. ¿Mamita?

—¿Qué, amor mío?

—¿Por qué Aitor te besó en la boca?

—No lo lloames Aitor, Octavio. Él es tu padre.

—Está bien, pero ¿por qué te besó en la boca?

—Porque es mi esposo. —El niño la miró, confundido, y Emanuela le besó el ceño, tan similar al del padre—. Verás, cariño, tu padre es el rey de esta casa y tú, el príncipe. Solo el rey puede besar en los labios a la reina.

—¿Tú eres la reina?

—Sí. Algún día, cuando seas mayor, tendrás tu propia reina y la besarás en los labios.

Octavio le echó los brazos al cuello y la besó en la mejilla.

—Te quiero, mamita.

—¿Hasta dónde?

—Hasta... fimino.

—¿Fimino? —rio Emanuela.

—Padre dice que él te quiere hasta fimino, que está más lejos que el *Yvy Maraé'y*. Yo también te quiero hasta el fimino.

—¿No será infinito?

—Sí, infinito.

—¿Tanto me quieres? —El niño asintió, serio—. Y yo te quiero más allá del infinito.

Rezaron, y como el sueño no llegaba, Emanuela le contó una historia, que no terminó pues Octavio se quedó dormido. Pasó por la habitación de María y de Ana, que comentaban los hechos de la fiesta. Las arropó, dijo con ellas sus oraciones y se aseguró de que tuviesen agua en la jofaina antes de marcharse.

Se daba cuenta de que retrasaba el encuentro con Aitor. Después de sorprenderlo con Engracia, se había refugiado en la fiesta, donde, sabía, él no armaría un escándalo. Poco después, arguyendo un dolor de cabeza, se había despedido de los

últimos invitados, todos de confianza, y marchado a su recámara, donde Romelia la había ayudado a desvestirse, lavarse y ponerse el camisón. Había salido de inmediato para ocuparse de su hijo y de las niñas. Imaginaba que, para ese momento, él estaría esperándola.

Le tembló la mano al apoyarla en el picaporte, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Todo se había arruinado, como siempre sucedía entre Aitor y ella. ¿Dios no quería que fuesen felices? ¿Luchaban contra su voluntad todopoderosa? ¿Alguien había maldecido su amor? ¿Olivia, Ginebra, Engracia, alguna otra que ella no conocía? Bajó el picaporte y entró. Aitor se paseaba, furibundo. Llevaba el pelo suelto, tan largo como en los tiempos en que ella le cortaba las puntas, y los faldones de una bata de satén verde oscuro flameaban detrás de él.

—¿Dónde estabas?

—Ocupándome de nuestros hijos.

—¿En nuestra noche de bodas?

—¿En nuestra fiesta de bodas tenías que estar con tu amante?

Aitor no le dio tiempo a escabullirse. Se precipitó sobre ella y la aferró por los hombros. Le deslizó las manos por los brazos y le desató el cinto de la bata con jalones bruscos.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no es mi amante?

Deslizó los índices bajo el escote de la prenda, y esta se derramó en el suelo.

—No me toques —ordenó Emanuela, y se rodeó con los brazos para cubrir la tela traslúcida del camisón—, no después de haberla tocado a ella.

Aitor cerró los ojos y suspiró.

—Jasy, amor mío, no discutamos. He esperado una vida para compartir contigo esta noche.

Emanuela se alejó.

—¿Qué hacía esa mujer en tu casa?

—*Nuestra casa.*

—¿Qué hacía aquí en el día de *mi* boda? ¿Cómo crees que me sentí cuando te vi de rodillas delante de ella?

—Estaba ebria. Estaba obligándola a beber café para que se le pasase la borrachera y pudiese volver a su casa.

Emanuela se apretó los ojos y exhaló con hartazgo.

—¿Qué considerado! ¿Cómo sabe dónde vives?

—¡Emanuela, es mi socia! ¡Es una amiga!

—¡Pues Leónidas Cabrera también es un amigo y le prohibiste que volviese a verme!

—¡Leónidas te quiere para él!

—¡Eres un desvergonzado! ¿Acaso Engracia te quiere para jugar al bisbís?

—No sé jugar al bisbís.

—¡No te burles de mí, Aitor! ¡No me trates como si fuese lenta de entendederas!

Se dejó caer en la silla del tocador y se cubrió el rostro con las manos. La rabia y los celos la ahogaban.

—Amor mío, eres la persona más culta e inteligente que conozco. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te considero tonta ni lenta de entendederas? Todo lo contrario.

—¿Por qué me obligas a convertirme en esta persona que detesto? No quiero volverme una mujer celosa, amargada, resentida. Me recuerdo a mi madrastra y me avergüenzo.

Aitor se acuclilló junto a la silla, le sujetó las muñecas y aplicó presión para separarle las manos de la cara.

—Jasy, mírame. ¡Mírame, maldita sea! —Emanuela levantó las pestañas y le encontró la expresión de pétrea severidad—. Jamás podrías convertirme en una mujer como Nicolasa, ni aunque te lo propusieses. Eres demasiado perfecta, y dulce, y buena...

—Y tonta, tanto que mi esposo recibe a su amante en el día de nuestra boda.

—¡NO ES MI AMANTE!

Se puso de pie y la arrastró con él. Su clamor de voz rauca y su expresión feroz le drenaron la rabia y ahogaron su espíritu combativo. Con voz insegura, le suplicó:

—No grites. La casa está llena de gente y todos duermen. Los despertarás.

—Entonces, deja de decir necedades. ¡Levanta los brazos!

Hizo como le ordenó, y Aitor le quitó el camisón. Quedó desnuda delante de él después de más de seis años en los que no habían compartido la intimidad. La sobrecogieron la vergüenza y el pudor. Se cubrió los senos con el brazo derecho y usó la mano izquierda para taparse el monte de Venus. Aitor tomó distancia para admirarla, y luego fijó la vista en un punto detrás de ella. Emanuela, intrigada, giró la cabeza y ahogó un sollozo al descubrir su trasero reflejado en uno de los tantos espejos de caballete. Volvió la vista hacia él y advirtió la erección que le pulsaba bajo los calzones, la única prenda que llevaba bajo la bata; su torso estaba desnudo. La boca se le llenó de saliva, las mejillas se le calentaron y una puntada le latió entre las piernas.

Quiso recuperar la bata para cubrirse. Tenían que hablar. El tema de Engracia no estaba agotado. ¡No, señor! Si Aitor le ponía las manos encima, ella se olvidaría aun de su nombre y él se saldría con la suya. Aitor le adivinó la intención y se movió deprisa. Recogió la bata y la arrojó fuera de su alcance. Le sonrió con un gesto macabro, y Emanuela sintió un desfallecimiento al avistar las puntas de sus colmillos. Tenía los ojos negros de deseo, y los músculos se le tensaban mientras se quitaba la bata y los calzones. Quedó desnudo frente a ella, con una muñequera en el antebrazo derecho como única prenda. Blandía su pene largo y oscuro con vanidad, y Emanuela no conseguía apartar la mirada de ese espectáculo añorado durante tanto tiempo. Aitor se acunó los testículos y se aferró el miembro y lo masajéo, descubriendo el glande y cubriéndolo de nuevo. Se pasó la lengua por el labio antes de afirmar:

—Lo quieres, ¿no es así, Jasy? Te mueres por tenerlo dentro de ti, en cualquier parte, en tu boca, en tu culo, en tu *tako*, entre tus tetas. ¿No es así?

Caminó hacia atrás hasta que sus talones chocaron con el plinto. Se dio vuelta y trepó por el costado de la cama, dispuesta a escabullirse hacia el otro extremo. Aitor le sujetó los tobillos y la arrastró hasta el borde. Emanuela se aferraba a las sábanas, que se deslizaban junto con ella.

—¡Suéltame! ¡No quiero que me toques!

Quedó con el torso sobre la cama y las piernas en el aire, sostenidas por Aitor, que guardaba un silencio inquietante, mientras le clavaba los dedos en la parte más carnosa de las pantorrillas. Emanuela se apoyó en los antebrazos para mantener erguida la cabeza y se asió a las sábanas. Intentó reptar hacia el lado opuesto, sin éxito. La fuerza de Aitor la sometía fácilmente, tanto que le separó las piernas pese a que ella las mantenía rígidas y pegadas, y se ubicó entre ellas. Emanuela se removía y percibía la erección caliente de él contra la piel sensible.

—¡Déjame! ¡No tengo deseos de ti ahora! —mintió, movida por el orgullo.

—Pero yo sí de ti, Jasy. Más de seis años sin tu *tako* me tienen muy caliente. E impaciente. No sabes cuánto. Tu culo... Cómo me calienta. Siempre ha sido mi debilidad. Sigue moviéndote, amor mío, para que tu culo me golpee las bolas. Eso me pone aún más duro, si eso es posible.

Emanuela se dio cuenta de que él, con las manos ajustadas en sus caderas, adelantaba la pelvis y guiaba la cabeza del pene buscando penetrarla. Le pasó el glande entre los cachetes de la cola y ejerció una ligera presión contra el ano. Emanuela apretó los párpados, cerró los puños en la sábana y se mordió el labio para no dejar escapar el gemido de excitación que le explotó en la garganta. La cabeza del pene se deslizó entre sus piernas hasta perderse en los pliegues de su vagina viscosa y caliente. El clamor ronco que emitió Aitor le endureció los pezones hasta causarle dolor.

—Oh, Jasy —dijo entre dientes, el acento torturado y la respiración afanosa—. Estás tan mojada, amor mío. Mojada para mí. No sabés cómo esperé este momento.

La penetró con un impulso sordo. Los dos gritaron al mismo tiempo y permanecieron inmóviles, Aitor, porque pugnaba por sofocar la eyaculación; Emanuela, porque intentaba acomodarlo dentro de ella, habituarse a la quemazón que la alcanzaba hasta el ombligo, y que poco a poco se diluía y le permitía sentir el miembro pulsante de Aitor dentro de ella y caer en la cuenta de que, con él enterrado en sus entrañas, volvía a estar completa y de que el frío y el vacío que la habían acompañado durante esos seis años desaparecían. Soltó un suspiro, no tanto de alivio como de resignación, abrumada por la dependencia de él, como si del vicio del alcohol se tratase. Aitor era su vicio, del cual no podía deshacerse, del cual no podía prescindir. Lo había visto con Engracia, de rodillas delante de ella, evidentemente preocupado por el bienestar de la mujer, y en lugar de haberle arañado la cara y pateado los testículos, ahí estaba, con él alojado en su interior, en esa posición

sumisa, casi denigrante. Era la posición más extraña en que la había tomado; no obstante, la excitaba como pocas. Con las piernas en el vacío, se sentía ligera y, por alguna razón, eso exaltaba las sensaciones que cada movimiento de él le provocaba.

No podía verlo, hasta que elevó la vista y lo descubrió reflejado en el espejo de caballete que se erguía del otro lado. Se quedó sin aliento, suspendida en el tiempo, hechizada, como si la imagen de Aitor le hubiese lanzado un conjuro. «*No seré suave, Jasy. Te fornicaré duro y fuerte. Estoy tan caliente*», le había advertido, y estaba cumpliendo su palabra. Le hundía los dedos en la carne de las caderas y se impulsaba dentro de ella con movimientos cortos y rápidos de la pelvis. Solo movía esa parte, el resto del cuerpo permanecía tenso y quieto, los músculos remarcados, los de los brazos, que cargaban con el peso de ella, y los de las piernas, que lo sostenían a él. Por momentos se detenía y echaba la cabeza hacia atrás y ahogaba un bramido, como si sufriese una agonía, y a Emanuela se le atascaba el respiro ante la visión de su cuello oscuro surcado de venas y tendones, con la nuez de Adán enorme en medio. Era lo más bello que había visto, Aitor con el cabello larguísimo y la expresión torturada, los labios entreabiertos y los colmillos que asomaban. Era lo más bello y era de ella. ¿Solo de ella?

Los cuestionamientos desaparecieron cuando las sensaciones la obnubilaron, la de la fricción de los pezones sobre la sábana y la del filo del colchón en el punto exacto donde residía el placer. Impulsó el monte de Venus hacia abajo para apretar el sitio que comenzaba a vibrar y a arrancarle gemidos que antes el orgullo le había obligado a sofocar. Nada le importaba, solo conseguir que el placer que Aitor quería darle la embargase de dicha. ¡Cuánto había esperado para revivir esa sensación inefable!

Aitor percibió que los músculos de la vagina de Emanuela se ajustaban y que su viscosidad aumentaba, y supo que pronto el gozo la haría gritar. Había soñado con esos gritos. ¿Cuántas veces se había despertado con su eco en los oídos, rabiosamente dichoso, para luego darse cuenta de que se propagaban en la nada? La tortura había acabado. Casi era un sueño estar de nuevo dentro de ella, el único sitio donde era realmente feliz, dentro de su Jasy.

Como de costumbre, esa noche las cosas entre ellos se habían complicado gracias a la imprudencia de Engracia, pero el amor y la pasión que se inspiraban siempre los rescataban de las trampas del destino. Y ahí estaba él, con los dedos hundidos en las caderas lechosas de ella y con la verga alojada en sus entrañas. Le gustaba esa posición, mucho.

—¡Aitor! —la oyó exclamar, y, gracias al espejo de caballete ubicado frente a él, fue testigo de la imagen más extraordinaria y sobrecogedora que conocía, la de su Jasy en el alivio, el mentón ligeramente echado hacia atrás, los ojos cerrados, el ceño apretado, las puños asidos a las sábanas y los labios entreabiertos, por donde brotaba un gemido largo y doliente, que le cortó el respiro. Los senos le colgaban y se mecían al son de sus embistes, y los pezones gordos y rojos rozaban la cama. Se le llenó la boca de saliva, y su simiente estalló dentro de ella, que seguía gimiendo y

friccionándose en el colchón, mientras él no acababa de vaciarse y de bramar.

Los codos de Emanuela cedieron, y su mejilla dio con la cama. Elevó apenas el mentón hasta descubrir el reflejo de Aitor en el espejo. Lo acometía una parálisis, y fruncía el rostro como transido de dolor, mientras las últimas corrientes de placer lo mantenían quieto, los testículos pegados a sus glúteos, los músculos en una tensión que se aflojaría en cualquier momento. Emanuela aguardó sin respirar, sin quejarse por la crueldad con que le clavaba los dedos en las caderas. Aitor aflojó las manos y echó la cabeza hacia delante, vencido. Emanuela aprovechó para meter las piernas dentro de la cama. Aitor siseó cuando ella se apartó y su carne abandonó el calor de su vagina. Apoyó las manos en el borde del colchón para descansar el peso del cuerpo. Levantó la vista al escucharla moverse, y la vio reptar sobre la cama, y el movimiento de su trasero le devolvió la energía que acababa de drenarse junto con el semen. Clavó las rodillas a la altura de las caderas de Emanuela y se acostó sobre ella, cubriéndola por completo. Soltó un suspiro cuando entró en contacto con su piel suave y tibia.

—¡Jasy! —exclamó, sin aliento, la boca pegada a la sien de ella—. ¿Por qué me negabas esto, amor mío? ¿No te das cuenta de que te necesito?

A Emanuela, el peso de él la abrumaba, pero no le habría pedido que se apartase; la hacía feliz la sensación de protección y de bienestar. Quedaron cruzados en medio de la cama, sin hablar, mientras se calmaban. Aitor se ubicó de costado y la obligó a pegar la espalda a su pecho. La circundó con los brazos y le calzó la mano izquierda en el monte de Venus y con la otra le contuvo un seno.

—Qué polvo, amor mío —dijo en castellano, mientras le mordisqueaba el pabellón de la oreja, y Emanuela rio.

—Hacía tanto que no escuchaba esa expresión, la que te enseñó don Edilson.

—¿Estás bien? ¿Estás cómoda?

—Sí —musitó.

Pasado un silencio, Aitor tomó la palabra de nuevo; esta vez su acento sonó serio, más bien reverencial.

—Gracias, amor mío.

—¿Por qué?

—Por haberte convertido en mi esposa. Desde que tengo memoria, era lo que más deseaba en la vida, y ahora lo he conseguido. —Ajustó el abrazo y hundió la nariz detrás de la oreja de ella—. ¿Recuerdas la noche en que te lo pedí en la prisión de la doctrina?

—Sí, lo recuerdo.

—A pesar de tener la espalda surcada de guascazos, fui tan feliz cuando me dijiste que sí.

—Siempre te digo que sí. A todo.

—Tú eres mi tesoro máspreciado. Soy tan feliz, Emanuela.

—Yo también, amor mío —admitió, y le besó el antebrazo derecho—. ¿Qué es

esto? —se intrigó, y le tocó la muñequera de tela.

—Desátala —ordenó Aitor, y le expuso el nudo.

—¡Oh! —se sorprendió Emanuela al descubrir que se trataba del fular que le había confeccionado y bordado en Buenos Aires. El azul de la tela se había desleído, el hilo del bordado se había pelado en algunas partes y tenía dos agujeros—. Aitor... Aún lo tienes.

—Por supuesto. Jamás me separo de él. En la mina, donde no tengo que vestir como un pavo real, lo llevo en el cuello. Aquí, en la muñeca. Tu retrato y este pañuelo han estado conmigo todo este tiempo. Era lo único que me quedaba de ti, y los he cuidado como si de mi vida se tratase. Perderte —dijo, tras una pausa— ha sido siempre mi gran pesadilla. ¿Recuerdas lo que te conté una vez, de cómo me volvía loco de rabia y de miedo cuando era pequeño porque temía que te apartasen de mi lado?

—Sí, lo recuerdo.

—Qué angustia, Dios bendito. Nada de lo que he conquistado hasta ahora siquiera puede compararse con saber que eres mía a los ojos de Tupá y de los hombres. Ahora eres la señora de Aitor de Amaral y Medeiros, y nadie te apartará de mí.

—Siempre he sido tuya, Aitor.

—Jasy... Te amo. —El mutismo de ella lo llevó a decir—: Siento lo de esta noche. Lo siento, amor mío. Había planeado nuestra boda desde hacía tanto tiempo, quería que todo saliese perfecto...

—Todo salió perfecto —lo confortó ella.

—Lo de Engracia opacó un poco la cosa, ¿no crees?

—Sí —masculló, y ya no estaba tan segura de retomar el tema de la amante.

—No volverá a ocurrir. Me ocuparé de eso.

—¿Irás a verla? —se descorazonó.

—Los Atalaya y yo...

—¿Atalaya? ¿Ese es su apellido?

—El del esposo. Máximo de Atalaya y yo somos socios, Jasy, y el negocio que tengo con ellos rinde mucho dinero. El terreno donde está construida esta casa, la casa misma y todo lo que hay en ella, los dos carruajes... Todo lo pagué con lo que ganamos vendiendo los caramelos.

—¿Es cierto que esos caramelos sirven para...?

—¿Para? —la provocó Aitor.

—¿Para poner duro...?

—Di verga —la interrumpió él.

—¿Para poner dura la verga de los hombres?

—¿Como la tengo yo ahora? —Meneó la pelvis contra la cola de Emanuela—. ¿Así de dura?

—No creo que tan dura —opinó, y deslizó la mano entre sus cuerpos y le aferró la erección en un puño firme.

El cuerpo de Aitor se tensó, y sus manos se cerraron en el monte de Venus de Emanuela y en su seno. La destemplanza de él le causó un instante de dolor. Sus respiraciones se agitaron, y sus pieles se erizaron.

—Tampoco creo que esos caramelos la harían crecer tanto, ni que la pondrían tan gruesa como para hacer doler.

—¿Te hice doler, Jasy? —se afligió.

—Un poco, pero es un dolor que me gusta, porque realza el placer que viene después.

Aitor la colocó de espaldas y se apoyó en un codo para tomar distancia y estudiarla. Quería un momento para apreciar a su mujer, la belleza de sus ojos azules, la succulencia de sus labios, la delicadeza de su cuello delgado y blanco, la generosidad de sus senos. Se inclinó y atrapó un pezón con los dientes y sonrió sin soltarlo ante la reacción de Emanuela, que emitió un gemido.

—Podría chuparte las tetas todo el día solo para oírte gemir como acabas de hacerlo.

—Aitor... —suplicó—. Más. Chúpame la otra —le pidió, y le puso el otro pezón en la boca—. Aitor, por favor, tómame.

—No, Jasy. Ahora iremos lentamente. Quiero volver a ver el cuerpo del cual me separaron durante tanto tiempo.

Le deslizó la mano por el vientre, donde la piel de Emanuela se volvía casi traslúcida y las venas celestes se le transparentaban, y la detuvo sobre el ombligo. Desplegó los dedos y se quedó quieto, observando el contraste de sus colores. «Santo cielo», se maravilló. «¿Por qué me amas, Jasy? Dios sabe que no lo merezco», habría admitido, pero sus labios permanecieron sellados. No quería que ella se diese cuenta de lo poco que valía. Le daría placer, la volvería loca de placer para que nunca lo dejase, para distraerla, para que no advirtiese la oscuridad que lo habitaba, para que no mirase en torno y se percatase de cuántos la codiciaban, varios mejores que él.

Le hundió la lengua en el ombligo, mientras sus dedos le acariciaban el punto que, él le había enseñado, escondía el secreto del placer. Los orgasmos se sucedían, y él no le daba respiro. Ella se contorsionaba, se sujetaba a sus cabellos y le pegaba el monte de Venus a la cara, y gritaba, gritaba tanto. Gritaba su nombre, y él deseaba que todos la escuchasen, en especial los domésticos, para que fuesen por ahí diciendo qué satisfecha estaba la señora, había que ver cómo la hacía gritar el amo Aitor todas las noches toda la noche.

La penetró cuando la tuvo blanda y exhausta, y pocas veces su erección se deslizó en una cavidad tan caliente, viscosa y apretada como la de su esposa. «Mi esposa», se recordó, y la emoción lo obligó a permanecer quieto, con los ojos cerrados.

—Jasy —le susurró, pegado a su oído—, abre los ojos y mira el techo.

—¡Oh! ¡Un espejo! Todo el dosel es un espejo.

—Sí.

—Tantos espejos... ¿Por qué, Aitor?

—Para verte, sea cual sea la posición en la que te haga mía. Siempre quiero verte. Ni uno de tus alivios se me ha de escapar. Me lo juré una noche en lo de Urizar y Vega, mientras te tomaba como los animales, y no podía verte.

—Muévete, Aitor. Por favor. Muévete dentro de mí.

Emanuela mantuvo la vista fija en el reflejo que los sobrevolaba; tenía algo de fantástico, de sobrenatural, y la fascinaba. Nunca creyó que la excitaría la imagen de ellos fornicando, haciendo el amor, follando, echando un polvo, como fuese que Aitor llamase a ese acoplamiento en el que, gracias a la unión de sus cuerpos, sus almas vivían un momento de magia, un instante sublime, casi divino. La luz de los gruesos baldones que iluminaban la recámara le permitía apreciar la imagen en detalle, y ella se extasiaba en las ondulaciones de los músculos de Aitor, que había dejado atrás el comportamiento delicado para impulsarse dentro de ella con la fiereza del primer coito. Sus glúteos, la manera en que se apretaban y se relajaban, era lo que más la enardecía. Se los cubrió con las manos, y cambió el ángulo de la pelvis para que la erección de Aitor le alcanzase las entrañas y le friccione el punto del placer.

Aitor la sintió estremecerse, percibió que los músculos de su vagina lo succionaban, lo apretaban, lo tragaban, y apuró las embestidas. Acabaron juntos, los clamores roncós de él ahogaban los gemidos de ella.

—Oh, Jasy. Jasy, Jasy, Jasy —repetía, con voz estremecida—. No vuelvas a dejarme, amor mío. Sea lo que sea que suceda entre nosotros, no vuelvas a abandonarme.

Emanuela lo abrazaba y lo apretaba contra su pecho, desesperada por calmarlo, por infundirle paz.

—Nunca más, amor mío. Nunca volveré a dejarte. Lo juro.

—Cualquier desafío que la vida vuelva a lanzarnos, lo conquistaremos, te lo prometo.

—Lucharemos juntos.

—Tú eres lo único, Emanuela. Lo primero, lo último, lo único, nunca lo olvides. Nada está por encima de ti. ¡Nada! ¡Nadie!

—Lo sé, lo sé.

Cayeron en un silencio de respiraciones trémulas, que fueron apaciguándose. Estaban saciados, extenuados, felices. Emanuela soportaba el peso de Aitor y le pasaba las yemas de los dedos por las cicatrices que el látigo le había impreso en la espalda. El recuerdo de su Aitor atado al rollo soportando el castigo la hizo reflexionar acerca de tantas otras cosas malas que había padecido, muchas cuando niño.

—Perdóname.

Aitor levantó la cabeza rápidamente y la miró. Emanuela tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—Jasy, ¿qué pasa, amor mío?

—Perdóname por haberte abandonado cuando supe que estabas casado con

Olivia.

—No, Jasy. —Aitor se recostó junto a ella y la obligó a mirarlo—. Emanuela, nunca me pidas perdón. Tú no, amor mío. Soy yo el que ha cometido errores que nos han hecho daño.

—Quiero que sepas que no me marché hasta que supe que el plan de fuga de Matas había sido exitoso. Solo después acepté partir en el barco de Lope.

—Lo sé, amor mío.

—No soporto pensar cuánto sufriste.

—¿En la cárcel? No...

—¡En la vida! —se quebró Emanuela—. Desde que naciste, la vida fue dura contigo.

—Shhh... —Aitor le apoyó el índice sobre los labios—. Ya hemos hablado de esto. Esta vida, con sus cosas malas, es la mejor, es sublime, perfecta porque te tengo a ti. Y los golpes que recibí, me hicieron fuerte, muy fuerte, Jasy, y todo lo que conseguí, y toda mi fuerza, y todo lo que soy, es para ti, amor mío, solo para ti. No tienen otro destino. Lo pongo todo a tus pies.

—Gracias —sollozó, entre hipos y sorbidas—. Lo acepto con orgullo, Aitor. Estoy orgullosa de ser tu esposa. Te admiro tanto.

—¿De veras, Jasy? ¿No te importa estar casada con el bandolero Almanegra?

—No. Solo te pido que no sigas exponiéndote. Te lo suplico.

—No, no —repitió, mientras le llenaba el rostro de besos—. Juro que no. Aquello se acabó. Ya no lo necesito.

—Gracias. Y lo poco que soy es solo para ti, Aitor, y te lo ofrezco.

—¿Lo poco que eres? —Sonrió ampliamente, y Emanuela percibió el tirón entre las piernas, abrumada por la belleza de su hombre de colmillos largos y puntiagudos—. No sabes lo que vales, ¿verdad?

—Valgo si valgo para ti y para tu hijo.

—Bueno, a juzgar por lo que mi hijo piensa acerca de su *mamita*, creo que eres lo más valioso en su vida. En cuanto al padre, después de haberte follado como un poseído, me parece que no hay dudas al respecto, ¿no crees? Amo cuando sonrías, Jasy. ¿Lo sabías? Amo verte feliz.

—Solo contigo experimento esta plenitud, Aitor. Esta paz que es extraña, porque es una excitación permanente. Es raro lo que me haces sentir, pero es lo más bello que conozco en la vida.

—Gracias por decírmelo.

Se metieron bajo las sábanas porque empezaba a hacer frío. Se abrazaron y se quedaron en silencio, mientras se contemplaban a través del espejo en el cielo raso del tornalecho.

—Aitor, ¿por qué vino Engracia a verte?

—Porque se emborrachó.

—¿Es bebedora, como mi *ru*?

—No. Es la primera vez que la veo borracha. Estaba melancólica y tomó de más.

—¿Por qué estaba melancólica?

Aitor suspiró y la besó en la frente.

—Porque se enteró de que íbamos a casarnos.

—Oh. ¿No lo sabía?

—Claro que lo sabía. Quiero decir, no sabía la fecha exacta, pero sabía que, tarde o temprano, te desposaría. Cuando terminé las cosas con ella, fui sincero y le dije que era para volver a ti. Es una mujer sensata. Lo de esta noche fue un momento de debilidad. No volverá a suceder, te lo prometo. —Emanuela asintió—. ¿Por qué esa cara, Jasy? Dime, ¿qué sucede?

—No quiero que vuelvas a verla. Es tan hermosa —añadió en un susurro cargado de llanto.

Aitor carcajeó y apretó el abrazo.

—Ni un décimo de lo hermosa que es mi Jasy.

—Estoy muy celosa.

—Yo te haré olvidar de todo lo malo, amor mío, hasta que solo quede lo lindo, lo bueno, y tú sonrías el día entero. Vivo para verte sonreír, Emanuela. Es lo que me hace feliz.

—Gracias.

—En unos días, partiremos de viaje. Quiero que conozcas la mina, *La Emanuela*. ¡Ah, una sonrisa! No hay nada, ¿entiendes? *Nada* más hermoso que tu sonrisa.

—¿La bautizaste en mi honor?

—Claro, Jasy. ¿En honor de quién, si no? ¿Sabes qué día la hallé? —Emanuela negó con la cabeza—. El 17 de noviembre del 53.

—¡Oh! El día en que nació Octavio.

—Exactamente. Mientras me dabas un hijo, yo encontraba la mina que me llenaría de dinero para hacerlos felices. Octavio me trajo suerte.

—No quiero dejarlo, Aitor. Quiero que lo llevemos con nosotros. A las niñas también.

—Jasy, es nuestro viaje de bodas.

—Lo sé, pero es tan pequeño. Nunca nos hemos separado. No quiero que se resienta pensando que llegas y le robas a su madre.

—Hoy quería besarte en la boca —evocó, ceñudo—. Se cree tu dueño, ¿verdad?

—Es posesivo, tirano y celoso, igual que su padre.

Aitor rio soltando el aire por la nariz y la besó en los labios.

—Además, no quiero dejarlo solo en Asunción. Doña Nicolasa le tiene mala voluntad.

—Planeaba dejarlos, a él y a las niñas, en *Orembae*, y luego seguir viaje contigo. Romelia, Aurelia y Delia se quedarían con ellos. Estarían muy cuidados.

—Lo sé, pero no se trata solo de eso, sino de que quiero que tú y Octavio se conozcan, lo mismo María y Ana. Este viaje será una excelente oportunidad.

—Jasy —se quejó—, te quiero para mí. Quiero tomarte cuando y donde quiera. Creo que después de seis años, me lo merezco. Si estamos con los niños...

—Te prometo que me tendrás cuando y donde quieras. Los niños no serán un impedimento. Lo prometo —subrayó—. Llevaremos a Romelia, Aurelia y Delia para que se ocupen de ellos. Haremos el amor tanto como queramos, ya verás.

Aitor asintió, las cejas aún unidas y puntiagudas.

—Con una condición. Mientras estemos en la mina, quiero llevarte a un sitio especial, pero solo tú y yo iremos. Es algo importante para mí. Solo tú y yo, Jasy. Nos llevará un día, a lo sumo dos.

—Está bien —acordó Emanuela, y como Aitor aún lucía preocupado, le acunó el rostro y lo obligó a mirarla—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo fue que acabaste en mi despacho? Me refiero a cuando me encontraste con Engracia.

—Estaba buscándote. De hecho, Lope te buscaba.

—¿Lope?

—Sí, Ginebra me dijo que Lope estaba buscándote y me preguntó dónde estabas.

—Ah —se limitó a susurrar y la besó en la sien—. Duerme ahora, amor mío. Debes de estar extenuada.

—Sí —admitió, y cerró los ojos.

* * *

Aitor levantó el párpado y, gracias a la luz que ingresaba por la ventana de la sala de baño, divisó dos siluetas a unas varas, la de un niño y la de un perro. «Octavio», pensó, y a medida que la vista se le acostumbraba a la penumbra, los rasgos de su hijo y de Argos cobraban nitidez. También se dio cuenta de que estaba boca abajo, con el culo al aire. Emanuela dormía a su lado, completamente desnuda. Mierda, se habían olvidado de echar traba a la puerta. Deslizó la mano y tiró de la sábana para cubrirse.

—Octavio, ¿qué haces aquí?

—Quiero a mi mami... a mi madre —se corrigió, mientras se restregaba las manos de esa guisa tan peculiar a la altura del pecho.

—Está durmiendo. Y deja de hacer eso con las manos.

Emanuela se rebulló a su lado, y Aitor se dio cuenta de que buscaba el camisón en el lío de sábanas y se lo ponía.

—Aquí estoy, tesoro. Ven.

Octavio echó un vistazo poco amigable a su padre y corrió hacia el otro lado de la cama, con el perro a la zaga. Aitor se deslizó hasta amoldar el cuerpo al de su esposa y colocarle la erección entre las nalgas. La oyó tomar una inspiración profunda, y al sentir que se le tensaban los músculos del vientre bajo su mano, supo que estaba excitada. Debía de tener los pezones erectos, listos para que se los succionase. Lo obnubilaron las ganas de apretar los labios en torno a las puntas endurecidas, hasta

que vio a Octavio de pie en el filo del lecho. Ya comenzaba a fastidiarlo la idea de llevarlo al viaje de bodas. Lo observó con detenimiento, y admitió que lucía adorable en uno de los trajes que él le había mandado confeccionar en Río de Janeiro, de color marrón muy claro. Lo habían perfumado y peinado con una trenza a la altura de la nuca.

—¿Cómo has dormido en tu nueva cama, cariño?

—Bien, mamita. ¿Por qué no te has levantado aún? ¿Estás mala?

—No. Es que anoche, a causa de la fiesta, me dormí muy tarde. Estaba cansada. ¿Los demás se han despertado?

—Todos, menos tío Bruno.

—Siempre fue un dormilón —comentó Aitor en guaraní, y Octavio fijó una mirada difidente en su padre—. ¿Quieres acostarte un rato con nosotros? —lo invitó, movido no por la ternura, sino por la compasión, un sentimiento ajeno a él, pero que su hijo acababa de inspirarle. Olfateaba la ansiedad que estaba experimentando, él la conocía de memoria, la que nacía de codiciar a Emanuela y no tenerla. Lo asombró estar dispuesto a compartir a su mujer con Octavio.

El niño asintió con una sonrisa que le alcanzó los ojos dorados. Emanuela le sacó la casaca y la chupa y, cuando inclinó el torso fuera de la cama para ayudarlo con los zapatos, hundió el trasero en la ingle de Aitor, que insultó entre dientes.

—¡Arriba, tesoro de mamá! —Emanuela lo asistió para que trepase al lecho, que era muy alto. Argos hizo otro tanto y se ubicó a los pies.

Octavio se sentó sobre sus calcañares, junto a Emanuela, y estudió el entorno, siempre con la sonrisa que, a su vez, hacía sonreír a Aitor. Detuvo la mirada en el tatuaje en forma de ajorca que Aitor tenía en el brazo.

—¡Qué elegante está el príncipe de mamá! ¿Quién te ha peinado?

—Mi *jarýi*.

—Qué extraño. Nunca quieres que yo te recoja el cabello.

—Pero él se lo recoge —dijo, y apuntó con el dedo a Aitor, que levantó una ceja y la comisura en una mueca entre divertida y sorprendida.

—¿Le pediste a tu *jarýi* que te peinase como se peina tu padre? —El niño asintió con gravedad—. ¿Querías parecerte a él?

Octavio volvió a asentir, y Aitor experimentó una emoción que le cosquilleó en el estómago.

—Sí. Mi *pa'i* Ursus dice que es muy valiente, y mi *taitaru* me contó, mientras desayunábamos, que una vez peleó con un yaguareté.

Aitor, que nunca había peleado con un yaguareté, guardó silencio; le gustaba despertar la admiración del pequeño.

—En dos días partiremos de viaje —anunció.

—¿De veras?

—Sí, hijo, de veras.

—¿Mi mam... mi madre vendrá con nosotros?

—Sí. Iremos a la selva a cazar, solos, tú y yo. —Octavio levantó las cejas, y Aitor rio por lo bajo—. Te enseñaré a usar el arco y la flecha. Fabricaremos un arco para ti.

Emanuela guardó silencio y se dedicó a contemplar a sus dos grandes amores mientras Aitor relataba anécdotas de sus años de aserrador y Octavio reflejaba su fascinación haciendo gestos y preguntas. Estaba segura de que su hijo no disfrutaría de la caza, pero se abstuvo de mencionarlo. La relación entre Aitor y Octavio no sería fácil, lo sabía, y ella debería convertirse en el puente donde finalmente padre e hijo se encontrarían.

Llamaron a la puerta. Era Malbalá. Buscaba a Octavio.

—Ahí estás, golfillo. Llevo rato buscándote. ¿Por qué estás molestando a tus padres?

—Mi padre me llevará de caza, *jarýi*, y me enseñará a usar el arco y la flecha.

—Bueno —dijo la mujer, mientras lo sacaba de la cama—, no conozco a ningún arquero mejor que tu padre, por lo que tendrás al mejor maestro. Vamos, ponte los zapatos. Tu *taita guazu* Ñezú pide por ti. Quiere que toques el violín para él y para tu *jarýi* sy Vaimaca.

Malbalá le colocó la chupa y la chaqueta y salió de la recámara con el pequeño en brazos y Argos por detrás.

—Al fin solos —susurró Aitor, mientras Emanuela se estiraba a su lado y él aprovechaba para quitarle el camisón—. Doña Inmaculada ya debe de haber llenado la bañera. Vamos, quiero tomar un baño contigo.

Emanuela tuvo un momento de agitación al pensar que el ama de llaves había entrado en la habitación mientras ellos dormían desnudos; después se acordó de que, durante la recorrida, Aitor le había señalado una puerta dentro de la sala de baño, disimulada en el mural de la pared, por la cual se accedía a la pequeña estancia sin necesidad de pasar por el dormitorio.

Aitor saltó de la cama y Emanuela lo aguardó, quieta, de su lado, con el corazón desbocado y una sonrisa inconsciente, la vista fija en la erección de él, tan pronunciada que casi se le pegaba al vientre. Le pasó los brazos por el cuello, y Aitor la llevó en andas hasta el baño, donde se suspendía el vapor del agua y el aroma de una esencia que le resultó familiar, la de romero, laurel y menta, la misma que ella solía emplear con él después de afeitarlo.

—Qué exquisito perfume —susurró, y arrastró los labios entreabiertos por la sien y la mejilla de Aitor—. Huele al amor de mi vida.

—¿Sí? ¿Y se puede saber quién es el amor de tu vida?

—El padre de mi hijo, el único hombre a quien he amado desde que tengo memoria.

Le hundió los dedos en el cabello suelto y larguísimo y le sujetó la cabeza para besarlo. Sus labios se tocaron, y la pasión que latía desde que habían abierto los ojos se desató con violencia. Aitor le introdujo la lengua profundamente, y Emanuela la enredó en la de ella. Sus labios la devoraban en un acto desesperado; no sabía qué

hacer para acercarla más, para fundirla en él. Rara vez había besado en la boca a otra mujer; lo juzgaba demasiado íntimo, un acto que solo con Emanuela cobraba sentido. Cortó el beso y subió los escalones de la bañera. Probó la temperatura del agua antes de entrar, con ella todavía en brazos. Emanuela se deslizó hasta acabar de rodillas en la bañera, delante de él. Le apoyó las manos a los costados de las piernas y elevó la mirada. Los ojos de su Jasy, grandes como los de un venado, lo contemplaron con lujuria.

—Por favor, pónmelo en la boca.

Lo recorrió un escalofrío que le erizó incluso el cuero cabelludo y que le secó la garganta. Asintió, incapaz de articular, y se esforzó por mantener los ojos abiertos en tanto los labios de ella se ajustaban en torno al diámetro de su pene, que él guiaba dentro de la cavidad de su boca. Y también se esforzó por no apartar la vista en tanto Emanuela lo succionaba, lo apretaba, lo volvía loco. En el silencio de la sala de baño se exacerbaban el sonido del agua que producía el movimiento sutil del cuerpo de ella, sus respiraciones fatigosas y los gruñidos que él no intentaba sofocar. Se retiró ante la inminencia del orgasmo y apuntó su eyaculación para que cayese en el escote y en los senos de su mujer. Acabó de rodillas y aguardó unos instantes hasta recobrar el aliento. Levantó la cabeza. Emanuela lo aguardaba con ansiedad, sus ojos oscurecidos por el deseo. Reaccionó a la visión de su semilla que resbalaba por la piel de ella y le bañaba los pezones, y su pene saciado comenzó a cobrar dureza nuevamente.

—Siempre quise hacerte esto, bañarte con mi semilla. Las tetas, el culo, la espalda, la cara, el vientre, todo el cuerpo. Quiero marcarte como los animales.

—Hazlo, márcame. Quiero que me bañes con tu semilla cada parte del cuerpo.

Aitor estiró la mano y desparramó el semen hasta que no quedase pulgada de sus senos sin cubrir. Emanuela echó hacia atrás el torso, ofreciéndosele, gimiendo, clavándole las uñas en las piernas. Aitor se sujetó la erección que asomaba bajo el agua.

—Jasy, no puedo saciarme de ti —admitió, la culpa evidente en el tono de voz—. No puedo parar.

—No quiero que lo hagas. ¿Crees que yo me sacio de ti, Aitor?

Entonces, Emanuela hizo algo que lo aturdió, lo paralizó, lo sobrecogió: se sujetó un seno y pasó la punta de la lengua por el pezón cargado con semen, y mientras lo lamía y lo chupaba, lo observaba a él a través de los párpados entornados. Aitor se dijo que pocas veces se había sentido tan rendido, expuesto y excitado como ante la visión de su Jasy saboreando su semilla. No fue delicado cuando la obligó a volverse y a descansar contra la bañera, de modo que la ingle de ella calzase en el filo de la pared y el torso le avanzase sobre la ancha base alicatada donde doña Inmaculada había colocado jarrones y afeites. Manoteó un lienzo, de esos destinados para secarse, y lo enfiló entre su mujer y el borde de la bañera para evitar que la fricción la lastimase. Le separó las piernas. Le cubrió la espalda con el pecho y estiró los brazos

junto a los de ella hasta que sus dedos se entrelazaron sobre la superficie de mayólicas.

—Te amo —le dijo al oído con voz rasposa, agitada—. Te necesito para vivir, Emanuela.

—Y yo a ti, amor mío.

Aitor le clavó los colmillos en el hombro, mientras se introducía en ella. Emanuela echó la cabeza hacia atrás, emitió un gemido y ajustó los dedos entrelazados con los de él.

—Sé que no me necesitas como yo a ti, lo sé. Puedes vivir sin mí, Jasy. Yo, en cambio, no puedo.

—No puedo, Aitor —afirmó, con acento torturado—. No puedo sin ti.

Aitor mantenía los dientes hundidos en la carne de ella en tanto agitaba la pelvis con embestidas violentas.

—Te bastan Octavio, tus amigos, tus alumnos, tus mascotas. Yo solo te tengo a ti.

—Tú eres la razón de mi existencia —le aseguró en un tono anhelante, desesperado.

No hubo respuesta. Aitor se ocupó de masajearle el punto que latía entre los pliegues de su vagina, y la hizo temblar.

—¡Oh, Aitor! ¡Sí! ¡Por favor, no te detengas! ¡Así!

El trasero de Emanuela se sacudía y su pelvis giraba sobre la mano de Aitor, y este gruñía de placer y la mordía. Los músculos se le contraían en torno a la carne de él, alojada en sus entrañas, y lo obligaban a disminuir las arremetidas. El placer se le desató entre las piernas, y Aitor la siguió unos segundos después. Se convulsionó bajo el cuerpo de su esposo, y, cuando la sensación de gozo se diluyó, posó la frente sobre la superficie alicatada a la espera de que Aitor acabara de vaciarse dentro de ella. Él se apartó demasiado aprisa y se alejó de ella, y Emanuela se mordió el labio que le temblaba.

Despegó los pezones de los azulejos y se dio vuelta con miedo. Él se había retirado hacia la pared opuesta. Sumergido por completo y con la cabeza apoyada en el borde, se había relajado. Emanuela, que lo conocía como nadie, sabía lo que él esperaba, lo que él necesitaba. «*Te necesito para vivir, Emanuela*». Su valiente Aitor, un titán en la vida, la necesitaba a ella, tan poco agraciada, tan miedosa y vulnerable. Se acomodó sobre sus piernas. Él continuó inerte, con las manos bajo el agua, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Emanuela le acunó una mejilla y se inclinó para besarlo. Le depositó besos pequeños en los párpados, en la frente, en la sien, en el costado de la nariz, en la mandíbula; en tanto, le susurraba:

—Eres el amor de mi vida, el que me *da* la vida, el que me convirtió en mujer, a quien le doné mi virginidad, el único que me conoce como mujer, el único que me hace sentir mujer, el único que lo hará. Eres el que me dio un hijo, y todos los que tenga serán tuyos. Y ahora eres mi esposo, el único con derecho sobre mí, sobre mi cuerpo, mi vientre, mi corazón y mi alma. Te até a mí para siempre, esposo mío. Ya

no podrás deshacerte de mí. Nunca. Pase lo que pase, tendrás que soportar a tu Jasy.
—Suspiró sobre el rostro de él, y percibió que se estremecía.

—Amo el aroma de tu aliento. Y el que tienes detrás de las orejas. Dímelo de nuevo.

—¿Qué?

—Llámame esposo.

—Esposo mío, esposo amado, único hombre de mi vida. Mi señor, mi dueño. Mi todo. Mi dulce y feroz Aitor.

Los brazos de él emergieron y la circundaron con intemperancia, y no se quejó cuando las costillas le dolieron. Aitor ocultó el rostro en su cuello y se quedó quieto, callado, la respiración acelerada. Lo mantuvo pegado a ella, mientras le besaba la cabeza.

—Te amo, Aitor. ¿Sabes? Cuando me despertaba por las mañanas, mi primer pensamiento era para ti, y le pedía al Señor que te protegiese. Luego iba a despertar a Octavio, el mejor regalo que me has hecho, y pensaba en ti, te descubría cada mañana en él, en sus ojos de sol y en su sonrisa de labios en forma de corazón. El día continuaba, y las excusas para recordarte nunca se terminaban. Estabas conmigo en cada instante, siempre conmigo, siempre en mi pensamiento, y en mi cuerpo. Hasta que llevarte a todas partes se hizo pesado y mi vida empezó a carecer de sentido. Después del nacimiento de tu hijo, cuando estaba tan ocupada amamantándolo, cuidándolo, me convencí de que, aunque tú no fueses parte de nuestras vidas, él y yo seríamos felices. Pero el tiempo pasaba, y esa creencia se debilitaba, se volvía mentira. Sin Aitor, las sonrisas no eran genuinas, el corazón no latía con fuerza, nada tenía color. Cansada de vivir sin ti, decidí escribirte para pedirte que fueses a *Orembae* por nosotros. —Aitor levantó la cabeza y la horadó con una mirada seria, casi brutal—. No me importaba convertirme en tu concubina, solo quería que me devolvieses las ganas de vivir. Entonces, me enteré de que convivías con una mujer en la mina...

—Voy a matar a Cabrera —farfulló.

—Saberlo me partió el corazón —confesó, y se le estranguló la voz.

—¡Jasy! ¿Cómo pudiste pensar que ella o cualquier otra ocuparía tu lugar?

—Cabrera decía que Engracia era muy hermosa y que tú la tratabas bien...

—¡Oh, Jasy! —Le sujetó el rostro con las manos y la obligó a mirarlo—. ¡Perdóname, amor mío!

—Olivia murió —prosiguió ella—, y el tiempo pasaba y tú no venías por nosotros, y yo sabía que mi *pa'i* te había avisado de que eras viudo, y...

—Quería terminar esta casa. Quería un sitio perfecto para ti. Quería darte este palacio.

—A veces me enojaba contigo y me decía que no te necesitábamos, pero la pena acababa por doblegarme y lloraba. Estoy tan cansada de llorar. —Se reclinó sobre el torso de él y apoyó la mejilla en su hombro. Aitor le cubrió la otra con la mano y la

sostuvo pegada a él, tenso, como a la espera de un acontecimiento fatídico.

—Perdóname —le pidió en un hilo de voz—. Perdóname, amor mío.

—Y tú a mí. No debí abandonarte en Buenos Aires. Te lo había prometido.

—Te perdono. Perdóname tú a mí.

—Te perdono, Aitor.

Sus cuerpos se relajaron en el silencio y en el ambiente cargado de humedad y de aromas fragantes. Permanecieron callados, disfrutando del contacto de sus cuerpos y de la intimidad que, después de seis años, la vivían con naturalidad, como si jamás se hubiesen separado.

—Entonces —la voz gruesa de Aitor irrumpió en el mutismo y causó escalofríos de emoción a Emanuela—, ¿ibas a mandar por mí aunque siguiese casado con Olivia? —dijo, con acento engreído.

—Sí. Y tú, ¿cuándo planeabas ir por nosotros?

—Planeaba aparecerme en *Orembae* para tu natalicio. Había conseguido lo que me había propuesto...

—¿Qué?

—Ser rico para ti. Muy rico. Y me decía que seis años de separación eran suficientes, que no me importaban tus prejuicios ni tus caprichos...

—¿Caprichos?

—Sí, caprichos. Entonces, llegó la noticia de la muerte de Olivia, y eso cambió los planes, porque ahora sí podía darte lo que más deseabas, ser mi esposa...

—Y tú, ¿deseabas ser mi esposo?

—Ser tu hombre, eso es lo importante para mí. Ser el único con derecho para reclamarte como mi hembra, eso es lo único que cuenta. Lo que digan los curas me tiene sin cuidado. No vale para mí. Lo que hay aquí —se señaló la sien— y aquí —se tocó el pecho a la altura del corazón— es lo único verdadero. Y aquí y aquí solo estás tú.

—¿Entonces? Me decías que la muerte de Olivia cambió los planes.

—Los demoró, porque quería terminar primero la casa y organizar la boda, y darte una sorpresa, que salió muy mal pues casi te desvaneciste cuando me planté frente a ti. Y me rechazaste, y... Bueno, tú lo sabes mejor que nadie.

—¿De veras pensabas ir por nosotros aunque siguieses casado con Olivia?

—Sí —admitió él, la voz áspera y el timbre cansado—. Ya no soportaba tu ausencia. Tenía pesadillas. Me atormentaban. Necesitaba volver a tenerte entre mis brazos para saberte protegida. La noticia de que ese imbécil de Cabrera te rondaba estaba volviéndome loco de celos. Temía que me rechazases —masculló, luego de una pausa.

—Ahora sabes que no lo habría hecho. Pero ¿qué hubieses hecho si lo hacía, si me negaba a seguirte?

—Conociéndome como me conoces, ¿necesitas preguntarlo?

Emanuela profirió una risita.

—Me habrías maniatado y echado en la bodega de tu barcaza y llevado contigo a la mina.

—Exactamente.

—Y yo habría sido feliz, maniatada y todo.

—Por supuesto.

* * *

Antes de emprender el viaje hacia *La Emanuela*, Aitor debía finiquitar varios asuntos y contaba con poco tiempo. Primero, iría a la casa de su hermano Lope. Pidió por la señora Ginebra y la esperó en una sala pequeña. La vio cruzar el patio principal. Sus ojos se encontraron, y los negros de ella refulgieron de deseo.

—¡Aitor! —Intentó echarle las manos al cuello, pero él no se lo permitió. La sujetó por las muñecas y la apartó.

—Sé lo que hiciste anoche, Ginebra.

—¿Anoche? ¿De qué hablas?

Aitor levantó una ceja.

—Lo sabes. De igual modo, te lo explicaré. Sabías que yo estaba con esa mujer en mi despacho y, con argucias, condujiste a Emanuela hasta allí para que nos encontrase. —Alzó el índice y lo suspendió cerca de la nariz de Ginebra—. Mantente lejos de mi mujer. No interfieras entre nosotros, Ginebra, o...

—¿Qué me harás? ¡Dime!

—¿Qué está sucediendo aquí? —intervino Lope desde la puerta.

—Controla a tu mujer o tendré que hacerlo yo. Mantenla lejos de Emanuela. Solo quiere lastimarla.

—¡Por supuesto que no quiero lastimarla! ¡Es mi hermana!

—¡Ja, tu hermana! ¿Para qué la llevaste anoche a mi despacho? Porque sabías que yo estaba con esa mujer, ¿verdad?

—¡Ella tiene que saber la clase de hombre que eres!

—¿Estabas con una mujer? —se escandalizó Lope—. ¡Por amor de Dios, Aitor! ¿No puedes serle fiel ni en el día de tu boda?

—¡No es mi amante, imbécil! ¡Emanuela es la única mujer de mi vida! Engracia es mi socia y amiga.

—¡Amiga! —se burló Ginebra.

—Por última vez, mantente lejos de mi esposa. No te lo advertiré dos veces.

Aitor cruzó el patio en dirección al vestíbulo y no se dio cuenta de que doña Nicolasa, oculta tras un macetón con una planta, lo seguía con la mirada. Había oído la conversación y si bien la habían sostenido en guaraní, lengua que ella no hablaba, pudo concluir que Ginebra estaba enamorada del indio convertido en gran señor.

* * *

Al día siguiente, Aitor entró en su casa ciego de deseo por arrastrar a su esposa a la alcoba después de haberse pasado la mañana con Conan y Engracia, atendiendo cuestiones de negocios. La necesitaba; ella era su solaz, su reposo, su alivio. Avanzaba, exultante, y cruzaba los patios y las estancias que los separaban. La sabía en la sala principal gracias a la melodía rápida que sonaba en el clavicordio que le había comprado en San Pablo de Piratininga. La erección le pulsaba bajo el calzón en tanto los recuerdos de la cópula que habían compartido al amanecer le inundaban la mente así como los acordes del clavicordio le inundaban los oídos y lo guiaban hasta su Jasy.

Se detuvo de golpe en el ingreso y se ocultó detrás de la columna al descubrir que Lope se hallaba de pie detrás de Emanuela, demasiado cerca de ella, la vista fija y hambrienta en la parte que el vestido no le cubría y que el cabello recogido no le ocultaba. Emanuela finalizó la pieza, y en el silencio que siguió se propagaron las risas de los niños provenientes del jardín y que ingresaban por las contraventanas abiertas. Emanuela se puso de pie y, al darse vuelta y encontrar a Lope tan próximo, sonrió con embarazo y se alejó en dirección al servicio de mate. Cebó uno y se lo extendió.

—Manú, eres una gran concertista.

—No —desestimó ella—. Ojalá estuviese aquí Micaela de Riba. Me ayudaría a pulir mi técnica, y así podría enseñarles mejor a mis alumnas.

—¿Seguirás dando clases?

—Sí, claro, cuando regresemos de nuestro viaje de bodas.

Lope le devolvió el mate y adoptó una actitud meditativa. Caminó hacia la contraventana y se detuvo para admirar el jardín, tan poco usual en las construcciones españolas, más bien una costumbre francesa, según había leído. Volvió a Emanuela, que lo contemplaba con un ceño. Lope le extendió la mano, y ella, sin abandonar su asiento en el tresillo, se la aferró. Aitor se dio cuenta de que para ella se trataba de un gesto fraterno; para Lope, no.

—Querida Manú, ¿eres feliz?

Aitor apretó las mandíbulas, y sus ojos, fijos en su medio hermano, se entrecerraron.

—Lo soy, Lope. Muy feliz. ¿Qué sucede? ¿Por qué sacudes la cabeza?

—Porque no creo que él sepa el tesoro que tiene en ti. Porque no creo que él pueda hacerte feliz. Ginebra me refirió lo que sucedió el día de la boda, cuando su amante se presentó aquí y él salió a recibirla.

—Ya no es su amante —musitó Emanuela, y el estómago de Aitor se endureció de miedo al notar la poca convicción en la réplica.

—Después de todo, ¿tú le crees?

—Sí, Lope, le creo —declaró con firmeza, y Aitor la amó hasta la locura, y amó el rubor de sus mejillas, y la mueca de sus labios enfadados.

—¿Cómo puede hacerte sentir mujer si te humilla recibiendo a la otra en tu propia casa?

Emanuela soltó la mano de Lope y se puso de pie con irritación evidente.

—Tu hermano es el único que puede hacerme sentir mujer. El único.

—¡Tío Lope! ¡Tío Lope, ven!

La vocecilla de Octavio irrumpió en la sala, y Lope salió para atender el llamado del niño. Aitor se contuvo de ir tras él para descargar unos puñetazos en su cara de querubín. Enfermo de celos, apretó los párpados e inspiró varias veces para contener el arranque de ira. Le había advertido a ese par que se mantuviesen lejos de su mujer. ¿Por qué la gente no se contentaba con una advertencia? Después tenían la frescura de calificarlo de violento; lo cierto era que no le dejaban alternativa.

Emanuela no estaba en la sala. La buscó con un desasosiego innecesario, pero no podía evitar lo que ella le provocaba. La descubrió a través del resquicio de la puerta entornada de su despacho. Sostenía la cortina de una ventana y miraba el jardín. Sonreía. Se aproximó sin denunciar su presencia y se colocó tras ella. Estaba observando a los niños, que jugaban con Lope. Tuvo celos de la relación que Octavio tenía con su padrino, a quien evidentemente amaba, y de lo fácil que les resultaba comunicarse; a él estaba costándole.

La risa de Lope se congeló al advertir que su hermano se hallaba detrás de Emanuela. Aitor avanzó hacia su mujer sin apartar la vista de Lope, con una mueca ufana que le exponía los colmillos y que nada tenía de amistosa. Emanuela dio un respingo cuando las manos de Aitor le encerraron la cintura y sus labios le acariciaron la nuca.

—Tranquila, soy yo.

—Amor mío.

—Estaba desesperado por llegar a ti. Loco de deseo. Te eché tanto de menos.

—Y yo a ti —le confió ella, y le cubrió las manos con las suyas—. Estábamos esperándote para almorzar.

—Después. Ahora quiero comerte a ti. —Le pasó una mano por la pechera del vestido, a la altura de los senos, y Emanuela cerró los ojos y gimió—. Solo he pensando en chuparte las tetas y el *tako*. No puedo esperar.

—Vamos a la recámara —propuso, con voz desfallecida, y le detuvo la mano que seguía acariciándole los senos.

—No. Aquí —se empecinó, y levantó la vista para comprobar que Lope siguiese presenciando el espectáculo.

—Cierra la cortina y la puerta, entonces. Los niños...

—Sí, los he visto. —Aferró el pesado género y, antes de deslizarlo por el riel, volvió a mirar a su hermano con elocuencia y una ceja levantada. Se dirigió a la puerta y la cerró con traba. También corrió las cortinas de las contraventanas, pero no

se molestó en cerrar una, a la que dejó como encontró, entreabierta.

Lo excitaba que Emanuela no se hubiese movido del lugar junto al trincherero, y que, con la cabeza apenas vuelta, lo siguiese con ojos pesados de deseo. Caminó hacia ella; en tanto, iba deshaciéndose de la casaca, la chupa y aflojando la jareta del calzón. Emanuela no le permitió que siguiese adelante. Ella se lo bajó y le acarició la erección a través de la holanda de los calzoncillos. Aitor apoyó las manos en el borde del mueble y la encerró entre sus brazos. Pegó la frente a la de ella y cerró los ojos, inflamado de excitación.

—Yo también estuve pensando en nosotros.

—Jasy... Por Dios...

—Te deseo tanto, Aitor. —Se recogió la falda y le guió la mano hasta que los dedos de él acertaron con el bulto secreto—. ¿Lo sientes latir? Solo por ti, amor mío. Solo tú calmas el dolor.

Aitor cerró una mano en la nuca de Emanuela y le cruzó la espalda con un brazo. El beso fue voraz, implacable, Lope y sus intrigas olvidadas. Aitor le introducía la lengua y le presionaba el trasero contra el trincherero al refregarse en su pelvis. Cortó el beso y la obligó a volverse y a reclinarsse sobre el mueble. Por fortuna, ese día no llevaba tontillo ni corsé. Sus manos le liberaron los senos, que se aplastaron contra la superficie de madera, y también le expusieron el trasero. Se tomó un segundo para admirarlo y acariciar los cachetes, la boca llena de saliva. El índice desapareció en la raya y le tocó el ano. Emanuela se sacudió y se mordió el labio.

—Algún día voy a sodomizarte, Jasy.

Ahogó un sollozo, escandalizada y excitada por igual, y el latido entre sus piernas se convirtió en un padecimiento.

—Aitor, por favor —suplicó, y extendió una mano hacia atrás para invitarlo a penetrarla.

Se sujetó la erección y embebió el glande en los jugos de su mujer. Sonrió con suficiencia antes de impulsarse dentro de ella. Le provocó un primer orgasmo, y como se dio cuenta de que se reprimía, le exigió al oído antes de que llegase el segundo:

—Grita, Jasy. No te contengas, amor mío. Grita para mí. Hazme feliz.

—Me oirán.

—Nadie te oirá —le mintió, y ella lo complació. Y gritó.

CAPÍTULO XIV

—¡Cuanto más tiempo pase —se enfureció Claudio de Ifrán y Bojons— más difícil será encontrarlo, Árdenas!

—Lo sé, Excelencia.

—Hoy es 1° de junio, debíamos detenerlo el 21 de mayo. ¡Más de diez días! Calatrava ya debe de hallarse muy lejos.

—Excelencia, permitidme que os haga una pregunta. —El clérigo asintió apenas—. ¿Interrogasteis a su esposa, la tal Nicolasa Ruiz?

—Sí —masculló, y se rascó el cuello—. Se presentó espontáneamente, por fortuna, pues no habría sabido dónde encontrarla. Aseguró que visitaba a su hija y que, cuando regresó a la chácara días más tarde, su esposo no estaba y el notario de secuestros llevaba a cabo el inventario de los bienes. La historia que me refirió coincide con lo que sabemos de esa sanguijuela. Salvo expresar su deseo de que lo encontremos y le hagamos pagar por un delito que ella desconocía, no aportó nada de interés.

Árdenas mantenía la cabeza baja y miraba a su jefe de soslayo. Desde el fiasco de la detención de Calatrava, el dominico era un manojo de nervios, y su enfermedad de la piel se había agravado. El conocimiento de que el hombre que le había robado a María Clara era casado y que la había rebajado a una vida en el pecado comenzaba a pesarle al inquisidor, que desde hacía un tiempo presentaba la estampa de un anciano. Lucía cansado y enfermo, y Árdenas se preocupó. Si el inquisidor moría, él se quedaría sin trabajo y sin sus cuartillos, que habían sido muchos a lo largo de esos años al servicio de Su Excelencia, pero que él había despilfarrado sin consideración al futuro.

—Excelencia, Domingo Oliveira y Laurencio están rastreándolo por todas partes. Son buenos baquianos, conocedores de la selva y de la campaña. Lo hallarán. ¿Por qué no os retiráis a descansar?

—No, no —desestimó el dominico—. La de Calatrava no es la única causa que tengo.

—¿Habéis conseguido un reemplazante de fray Pablo?

—No —respondió, con dureza—. Ya han pasado dos por este despacho en pocos días. Unos inútiles.

—¿Por qué no convocáis de nuevo al muchacho? Lo cierto es que no hay pruebas en su contra, Excelencia. Y dudo de que él os haya traicionado.

—Puede ser —consintió—, pero le he perdido la confianza. No, fray Pablo no volverá a poner pie en este despacho. Además, si, como presumo, él advirtió a Calatrava de su inminente arresto, nos guiará hasta él.

—¿Pensáis que fray Pablo sabe dónde se esconde?

—Lo tengo vigilado, por las dudas. El comisario está en ello.

Árdenas abandonó el convento de Santo Domingo con el estómago hecho una piedra. Necesitaba sacarse de encima el malestar. Se encaminó hacia el edificio de la Manufactura Real de Tabaco, detrás del cual había una casa cuyo exterior sobrio escondía el mejor burdel de la Provincia del Paraguay; él, que los conocía a todos, daba fe. Allí lo atendería Amparo, su favorita, y compraría uno de esos caramelos, los que las muchachas llamaban Almanegra, y que había probado la vez anterior. Costaba la ira de Dios, pero valía la pena. Nunca la había tenido más dura ni por tanto tiempo.

* * *

Viajaron a *La Emanuela* en la barcaza que Aitor había hecho construir en un astillero de Corrientes y que se usaba para transportar el estaño fundido. Remontaron el río Paraná e hicieron una escala en el embarcadero de San Ignacio Miní para dejar a Ursus, a Ñezú, a Vaimaca, a Palmiro, a Bruno y a Miriam. Aitor rechazó la invitación del jesuita para transcurrir unos días en la misión. Le urgía llegar a la mina.

A Emanuela la sorprendió la ebullición de gentes y la cantidad de construcciones que poblaban la zona aledaña al arroyo donde se hallaba el mineral. Había imaginado otra escena. Una energía vital pulsaba desde la tierra, y el rumor no cesaba, ni siquiera de noche, pues el horno y la chancadora jamás se detenían. Aitor la tomaba de la cintura y la guiaba por sus dominios, y el orgullo que irradiaba la hacía sonreír. Los mineros detenían sus labores para observarla, se quitaban los sombreros e inclinaban la cabeza en señal de respeto, aun las mujeres. Era la señora Emanuela, por quien Almanegra había bautizado la mina que les daba de comer. Aurelia y Delia, que habían regresado con el patrón, les habían contado que acababa de desposarla, si bien su historia era de larga de data; bastaba ver al pequeño de unos cinco o seis años, vivo retrato de Almanegra, para saber que el romance no era reciente.

Aitor los condujo a un altozano desde el cual se apreciaba una vista espléndida del arroyo Aguaray Miní y del socavón donde trabajaban un centenar de personas. Se colocó detrás de ella y la circundó con los brazos. La olisqueó detrás de la oreja y descansó el mentón en su hombro. Se quedaron en silencio, observando el paisaje. Los niños correteaban en torno y se divertían recogiendo piedras de colores y atrapando mariposas.

—Todo esto es tuyo, Jasy —susurró Aitor—. Quiero que seas la reina de mis pertenencias. Quiero que la casa de Asunción sea tu palacio y que te sientas la patrona, que hagas y deshagas a tu antojo. Nunca discutiré una de tus decisiones.

Emanuela giró en el círculo de sus brazos, lo tomó por la cintura y se quedó mirándolo. ¿Alguna vez se acostumaría a la belleza agresiva de su hombre? Llevaba el pelo suelto hasta la cintura, y había cambiado el atuendo: un sombrero de castor de ala ancha en lugar del tricornio, y en vez del traje ciudadano, una camisa de

algodón de Castilla y unos bombachos que se enfilaban dentro de unas botas de cuero que le cubrían hasta las rodillas. Llevaba el cuchillo calzado en la cintura y un par de pistolas de sílex a los costados; se cuidó de no tocarlas cuando lo abrazó.

—Estoy tan orgullosa de mi esposo —dijo, y la sonrisa de él la hizo sonreír a su vez.

—¿De veras? Dime por qué.

—Porque nunca traicionaste tus sueños y luchaste por lo que querías contra toda adversidad.

—Lo que más quiero eres tú.

—Y me tienes. Para siempre. Nada volverá a separarnos.

Se miraron con fijeza, hasta que los ojos de Aitor descendieron y se detuvieron en los labios de Emanuela, que se los lamió. Aitor siguió mirándoselos hasta que el deseo por saborearla lo sometió. Sus labios se acariciaron suavemente, y los dos se estremecieron al primer contacto. Las niñas rieron ante la osadía de los adultos. Octavio corrió hacia la pareja, se embutió entre los cuerpos y empujó a Aitor con una fuerza impensable para uno de su edad y tamaño.

—¡Ey!

—¡No! —gritó el niño, y adoptó una posición aguerrida frente a Aitor y de espaldas a Emanuela, los puños cerrados, el torso hacia delante, las piernitas algo separadas y los ojos dorados como dos rescoldos bajo las cejas negras.

Como estaba de buen humor, Aitor tomó a chanza el exabrupto. Se acuclilló y le extendió la mano, que el niño no tomó.

—Quiero que siempre protejas a tu madre como acabas de hacerlo, excepto cuando se trate de mí. ¿He sido claro?

—No quiero que la toques.

—Octavio —dijo, con menos paciencia—, tu madre es mi esposa. Puedo tocarla cuando quiera.

—¡No!

Emanuela intervino. Obligó a Octavio a volverse y le sonrió.

—Cariño, ¿te acuerdas de que te dije que tu padre era el rey y tú, mi príncipe?

—¡No! ¡Yo soy el rey! ¡Yo soy el rey! —Se echó a llorar con amargura. Abría grande la boca y soltaba alaridos. Emanuela lo recogió en sus brazos y le llenó de besos los carrillos con lágrimas. María Antonia y Ana Dolores corrieron a él y le acariciaron la cabeza y le susurraron palabras de aliento. Aitor mascullaba insultos, arrepentido de haber acarreado a los mocosos en su viaje de bodas.

Por la noche, a pedido de Emanuela, la acompañó a dar las buenas noches a los niños, que dormirían en la cabaña que él había compartido con Engracia, en tanto ellos ocupaban la de Conan. Aitor se sentó en el borde de la cama y Emanuela se colocó detrás de él, las manos en sus hombros. Contempló a Octavio con ojos mansos, y le gustó que el pequeño no apartase la mirada. Le acarició la mejilla, suave como la de Emanuela, oscura como la de él, y el niño lo dejó hacer. Se inclinó y le

besó la frente. Le habló cerca del rostro.

—Mañana construiremos el arco que te prometí. Y tu madre nos ayudará.

—¿Y las flechas?

—También. Y construiremos una *aripuca*.

—¿Qué es eso?

—Una trampa para cazar aves. —Las cejas de Octavio se elevaron en un gesto de sorpresa—. Se construye con tacuaras y fibras de güembé. Hay que tener mucha paciencia para cazar con la *aripuca*. A veces te pasas horas esperando a que una se acerque para comer el cebo, y cuando se coloca bajo la *aripuca*... ¡Zas! —exclamó, y Octavio se sobresaltó; después rio—. La trampa cae y encierra al ave. Pero para eso, debes saber esperar. La paciencia es esencial para ser cazador.

—Yo quiero ser cazador como tú.

—Lo serás.

La construcción del arco y de la *aripuca* fue un éxito y sirvió para acercar a Aitor y a Octavio. Aun las niñas se divirtieron cuando descubrieron la habilidad con que Emanuela tejía las fibras del güembé, por lo que después de fabricar la cuerda para el arco, les enseñó a confeccionar muñequeras y canastas. Aitor caló un pedazo de madera con varias figuras similares a puntas de flechas, y Ambrosio Corvalán, encargado del horno de fundición, las fabricó con estaño y plomo. Lo que siguió, el adiestramiento de Octavio, volvió a tensar la relación. Aitor no se destacaba por la paciencia, y la puntería de Octavio dejaba mucho que desear; ni una vez acertó en la diana.

—¡Por amor del cielo, Aitor! ¡Tiene apenas cinco años! No puedes pretender que dispare como tú.

—Emanuela, a los cinco años, yo acertaba a un ave pequeña ubicada a treinta varas sobre mi cabeza.

—No lo atormentes, te lo imploro.

—¡Quiero que sepa defenderse! Saber usar el cuchillo y el arco me ha salvado la vida varias veces.

Emanuela recordó la ocasión en que Aitor los había salvado del ataque de Domingo Oliveira a la vera del zanjón de Matorras, y se preguntó cuántas veces se habría expuesto a situaciones similares.

—No me digas eso, por favor —suplicó, desfallecida, de pronto pálida—. No quiero pensar que tu vida corrió peligro, o que la de mi hijo correrá peligro. No lo soporto.

Aitor la cobijo en su pecho y le besó la cabeza. Jamás le revelaría los peligros a los que se había expuesto a lo largo de su vida, en especial desde la huida de Buenos Aires; nunca le referiría la cantidad de veces que había mirado a la muerte a los ojos. Ella viviría tranquila, sin preocupaciones, como si el mundo no fuese el albañal que era. Él se ocuparía de eso.

Salir de caza sirvió para ensanchar el abismo que se abría entre padre e hijo.

Aunque en un principio Octavio se entretenía con las enseñanzas de Aitor —cómo encender un fuego, cómo dejar marcas en el camino para no perderse, conocer la dirección del viento y los puntos cardinales—, se echó a llorar cuando su padre mató de un flechazo a un venado, y por mucho que le explicase que serviría para alimentar a casi la mitad de los mineros, el niño seguía moqueando y mirándolo con ojos acusadores. Lo de la *aripuca* tampoco tuvo buen final. Después de un rato de espera —Aitor concedió que el niño se lo había pasado quietecito y sin hacer ruido—, cayó una yacutinga, con la cual Delia habría preparado un espléndido guiso. Octavio supuso que, luego de estudiarla de cerca y admirar su extraño diseño y plumaje, la soltarían. Al ver que su padre la agarraba del pescuezo y desenvainaba el cuchillo, armó un escándalo de tomo y lomo. Aitor acabó por liberarla con tal de que dejase de chillar.

Regresaron a la mina con caras largas, Aitor con el venado cruzado sobre los hombros y Octavio con un ceño no muy distinto al del padre y las manitas hechas puños. Emanuela suspiró y se armó de paciencia. Por la noche, se organizó una gran comilona con el venado, y a Octavio se le pasó el mal humor cuando los mineros, enterados por Delia y Aurelia de sus dotes de violinista, le pidieron que tocara. Se lució con las tres piezas que ejecutó, y mientras Emanuela aplaudía, orgullosa, buscó a Aitor y lo vio a unas varas, quieto, la vista fija en Octavio, y el estómago le dio un vuelco.

Como era noche de luna llena y el cielo estaba despejado, después de acostar a los niños, fueron a bañarse a un recodo del Aguaray Miní. Emanuela le lavaba el largo cabello en silencio. El perfume de la noche y los sonidos de los insectos comenzaban a operar sobre sus ánimos exaltados. Aitor rompió el mutismo y preguntó, sin animosidad:

—¿Mi hijo es un flojo como Lope? ¿Un cobarde?

—Creo que si fuese un cobarde no te habría hecho frente el otro día, cuando me besaste. Cualquiera lo pensaría dos veces antes de enfrentarte, Aitor. Tu aspecto es intimidatorio para un adulto. Imagínate para un niño de cinco años.

—Vivió rodeado de mujeres y de Lope y de Juan, que son buenas personas, pero con eso no basta. La vida se los comería crudos si tuviesen que salir a pelear. Ahora pondré a mi hijo bajo mi ala y lo moldearé a mi imagen.

Emanuela detuvo el lavado y le besó la mejilla.

—¿Quieres que te afeite? Traje los aparejos que te regaló mi *pa'i* Ursus.

—¿Los tienes tú? —se pasmó Aitor.

—Los traje conmigo de Buenos Aires. Estaban en mi recámara en lo de Urizar y Vega.

—Los creí perdidos para siempre. Sí, afeítame, Jasy. Nadie lo hace como tú.

«¿Engracia te afeitaba? ¿Ella te cortaba las puntas del cabello?» En lugar de eso, le preguntó:

—¿Cuándo me llevarás a ese sitio que me prometiste?

—Pasaremos una noche fuera —le advirtió de mal modo, pues esperaba que se negase.

—Está bien.

Partieron dos días después, al amanecer, montados en Creso, con Lucifer en reata. Podrían haber usado un caballo cada uno, pero Aitor necesitaba cerca a Emanuela, sus cuerpos en contacto, y por eso la ubicó delante de él, segura entre sus brazos, mientras los animales avanzaban hacia el sur a paso prudente en una región virgen.

—¿Crees que Octavio te echará de menos?

—Cuando tenga sueño o hambre —contestó Emanuela—, pero está muy apegado a Romelia, y ella lo conoce bien, y se anticipará a sus necesidades, sin mencionar que María y Ana lo miman más que yo. No te preocupes. Anoche, cuando fui a arroparlo y le advertí que tú y yo pasaríamos dos días lejos de la mina, todo lo que me dijo fue que Lucía Paicá le enseñaría a tirar con el arco. Estaba muy entusiasmado.

—Lucía es muy buena con el arco.

—Y tu hijo quiere complacerte. —Tras una pausa, Emanuela se decidió a comentar—: Aurelia asegura que Lucía está enamorada de ti. —Aguardó una respuesta que no llegó. Aitor permaneció relajado detrás de ella, como si no la hubiese escuchado—. Dice que rechazó a Contreras, que está loco por ella, porque te quiere a ti. ¿No dices nada?

—No conocía esos cotilleos. Generalmente no les presto atención, me aburren. Son cosa de mujeres. Lo que acabas de referirme, sin embargo, me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque nunca he confiado en Contreras.

—Arriesgó su vida para sacarte de la cárcel en Buenos Aires.

—Es verdad, pero igualmente nunca he confiado en él. Estaba enamorado de ti.

Antes de contradecirlo, Emanuela recordó lo que Titus de Alarcón le había dicho en referencia a Contreras: «*Creo que quedó un poco enamorado de ti, Manú*» y respetó la percepción de Aitor, que, con esos ojos de yagureté, contaba con la capacidad de ver en el corazón de las personas.

—Y ahora lo está de Lucía, según parece —señaló Emanuela.

—Lo cual me preocupa. Por despecho, suelen hacerse cosas malas.

Aitor le explicó que Contreras no trabajaba en la mina sino que formaba parte de la escolta de Máximo de Atalaya, que viajaba por el virreinato acarreando los valiosos caramelos y cofres con monedas.

—Contreras conoce la ubicación de la mina —añadió, preocupado.

—¿La ubicación es secreta?

—No, pero quiero que la conozca la menor cantidad de gente posible. Soy muy celoso de mis cosas. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

—Lo sé —susurró.

Cerca del mediodía, después de varias horas sobre la montura, Aitor detuvo los caballos. Se deslizó al suelo y sujetó a Emanuela por la cintura para ayudarla a

descender. Se miraron en la penumbra de la selva, embriagados de su aroma, de su familiaridad, de sus sonidos.

—¿Te acuerdas —dijo él— cuando íbamos al Yabebirí, a nuestro sitio secreto? —Emanuela asintió—. Vivía para regresar a la doctrina y tenerte conmigo bajo la cascada.

—Y yo te esperaba con tantas ansias.

Aitor le sujetó el rostro por el filo de la mandíbula y la besó. Al principio, jugó con sus labios carnosos, los chupó, los mordisqueó, los lamió, hasta que ella, excitada, ávida, impaciente, lo aferró por la nuca y le devoró la boca, y él enseguida le permitió que lo penetrase, y se embarcaron en un juego de lenguas enredadas, enfebrecidas por alcanzar el punto más profundo. Ladeaban las cabezas hacia uno y otro lado buscando hundirse más, acercarse hasta volverse uno. Las manos se ajustaban con desesperación. Emanuela le apretó la erección, y Aitor cortó el beso y frunció el rostro en una mueca de dolor en la que los tatuajes se contrajeron; el rombo del entrecejo desapareció.

—Hazme el amor —imploró, con la boca pegada en el cuello de él, donde la sangre le pulsaba con ímpetu.

—Sí —accedió con un silbido áspero, y se abrió los pantalones, sin siquiera quitarse el cinto donde llevaba el cuchillo y las pistolas, y sacó fuera el miembro duro. Se puso de rodillas delante de Emanuela, que le acariciaba la cabeza, los hombros, el rostro, en tanto él le quitaba la saya y los calzones.

—Muéstrame las tetas.

Emanuela se abrió el jubón, desató los lazos de la camisa y de la enagua y liberó sus senos. Rebotaron delante de los ojos hambrientos de Aitor, que refregó la cara en ellos antes de meterse un pezón en la boca y succionar con tanta hambre que Emanuela gimoteó de dolor y de placer.

—Me acuerdo de la madrugada en que fui a conocer a mi hijo. Él se echó a llorar y tú te incorporaste en la cama enseguida. Tenías el cabello suelto y las tetas enormes. Podía ver los pezones marcados contra el camisón. Oh, Jasy... Cuánto te deseé en ese momento. Me puse duro, ahí, frente a mi sy. Dejarte ese día ha sido la cosa más difícil que me ha tocado hacer, Emanuela. Lo juro.

—Lo sé, amor mío. Lo sé. Ahora mis pechos son para ti. Todo lo que soy es para ti. Chúpame, Aitor. —Le sostuvo la cabeza contra el pezón y lo observó, extasiada, mientras los labios perfectos de él se prendían a su seno y lo succionaban. Aitor la penetró con un dedo, y Emanuela se convulsionó. Se aferró a sus hombros cuando las rodillas le temblaron. Acabaron sobre el colchón de hojas, Aitor clavado en ella, las piernas de Emanuela enlazadas en la espalda de él. Sus glúteos se flexionaban contra las pantorrillas de ella. Los sentía moverse hacia arriba y hacia abajo, en el ritmo frenético con que Aitor la empalaba una y otra vez. Le sujetó las muñecas con una mano y le colocó los brazos por encima de la cabeza. Con la otra, mantenía el torso apartado de ella, para no cargarla con su peso. Emanuela percibía la quemazón en las

muñecas, mientras él la embestía sin piedad. Todo el tiempo se miraban. Ella sabía que no debía cerrar los ojos; Aitor siempre le exigía que su atención estuviese centrada en él.

—Te amo —le dijo, para ver si conseguía suavizar la dureza con que la contemplaba.

Aitor, sin apartar la mirada de la de ella, cambió el ángulo de la pelvis, como si haber llegado a sus entrañas no le bastase, y siguió impulsándose con brutalidad. Emanuela elevó las caderas y gimió cuando el roce acentuó el placer.

—¡Aitor! ¡Oh, sí! ¡No te detengas!

Los músculos de su vagina se cerraron viciosamente en torno a él, que le soltó las muñecas y se sostuvo con ambas manos al arquear el torso. Emitió un clamor ronco y largo que perturbó los sonidos de la selva. El orgasmo de Emanuela fue violento, y cuando creyó que acababa, la intensidad cobró un nuevo vigor, y gimió y se sujetó a la cintura de Aitor y se pegó a su cuerpo, mientras él se aliviaba en ella y soltaba bramidos que desbandaban a las aves, hacían chillar y saltar a los monos en los árboles y relinchar a Creso y a Lucifer.

Las piernas de Emanuela se desmadejaron a los costados, lo mismo sus brazos, que quedaron en cruz sobre el lecho de hojas. Aitor seguía aferrado a ella, todavía tenso, aún se convulsionaba y agitaba la pelvis cuando sutiles corrientes lo surcaban. Le arrastró la boca por la frente y se aflojó con un suspiro.

—Jasy, siempre es así contigo. No puedo evitarlo.

—¿Evitar qué, amor mío?

—Volverme loco, tomarte como si fuese una bestia.

—A mí me encanta cómo me tomas. —Un momento después, susurró—: Tu semilla me escurre entre las piernas.

—Sí, no acababa de salir —confesó, y, cuando elevó el rostro para observarla, Emanuela advirtió la inquietud en su expresión—. Siempre me propongo ser suave, saborearte lentamente, no devorarte como una fiera hambrienta, pero después te siento debajo de mí, tan pequeña y vulnerable, y me miras con esos ojos confiados y puros, y pienso en que todos te codician, y algo que no consigo dominar se despierta en mí, un deseo de protegerte y de hacerte parte de mí, y te tomo brutalmente, a ti, a mi delicada Jasy y...

—Shhh... —Emanuela le retiró los mechones y le acarició los labios—. Está bien, no te justifiques. Me vuelve loca el modo en que me tomas. Tómame como quieras, Aitor. Siempre me harás feliz.

—Amor mío... No quiero que nada ni nadie te aparte de mí. —Hizo un ceño y miró un punto indefinido más allá de ella antes de decir—: Lope... Él te habla mal de mí, ¿verdad?

—Aitor, mírame. —Le encerró el rostro con las manos—. Después de todo lo que hemos vivido, de todo lo que hemos enfrentado y vencido, ¿piensas que hay algo, excepto Tupá, más fuerte que nuestro amor?

Aitor rio por lo bajo y la besó en los labios.

—No quiero salirme de ti, pero el suelo está húmedo y debes de tener la espalda fría.

—Sí —admitió ella—, estoy sintiendo un poco de frío.

Aitor se puso de pie, y Emanuela cerró las piernas en un acto instintivo, como en el gesto de atrapar el calor que él dejaba dentro de ella, para evitar que la sensación de vacío la entristeciera. Se puso de pie con la asistencia de Aitor, que la ayudó a vestirse.

—Ven. —Le tomó las manos—. Cierra los ojos.

—Está bien.

Lo enorgulleció que no dudase, que no lo interrogase, y que lo acompañase ciegamente, y se dio ánimos al reflexionar que tal vez estaba logrando lo que ella le había dicho, que reconstruiría su confianza con trabajo duro.

Apartó unos helechos y la guió hacia un claro. El sonido de la catarata, que los había alcanzado medio adormecido desde la selva, se volvió nítido. El aroma y la frescura del agua los envolvieron. La condujo por la cintura hasta la saliente de una roca. Se colocó detrás de ella y la sujetó por la cintura.

—Abre los ojos —le pidió al oído.

—¡Aitor!

—Hermoso, ¿verdad?

—¡Magnífico!

—Desde que descubrí esta cascada años atrás, mi sueño es traerte aquí, hacerte el amor aquí, disfrutar contigo de la paz de este sitio.

—¿Esta es la cascada de la que me hablabas, la del salto más alto que nuestra torreta, con piedras negras y aguapés blancos y violetas?

—Sí, amor mío, es esta.

Emanuela giró entre sus brazos y le echó las manos al cuello.

—¡Es bellísima, Aitor! Gracias por traerme. Gracias por cumplir tu promesa.

—Bajemos. Quiero que nos demos un baño.

Volvieron por los caballos y descendieron por una ladera poco empinada. Aitor enlazó las riendas en un arbusto y desembarazó las monturas de los bultos con sus pertenencias, las que acomodó sobre una piedra. Emanuela, elevada en una roca, se hacía sombra con la mano y estudiaba el entorno con una sonrisa que lo emocionó. Se unió a ella y le pidió al oído:

—Desnúdate para mí.

Rio cuando notó que un rubor le cubría las mejillas, y se distendió sobre una piedra para admirar el espectáculo. Pocas veces Emanuela lo había visto tan relajado, y se dio cuenta de que se debía al hecho de que la tenía solo para él y de que estaban aislados, lejos de la sociedad, donde cualquier cosa se convertía en una amenaza. No lograba entenderlo, pero, al abismarse en el alma compleja de Aitor, se daba cuenta de que el temor de que algo o alguien se la arrebatase poseía raíces profundas,

nacidas cuando él tenía apenas cuatro años. Ese miedo nunca se había extinguido, había ardido como un fuego eterno, el fuego que lo había impulsado contra viento y marea para que en ese día compartiesen un sueño que ella había creído imposible. Nada era imposible para Aitor. Su determinación no conocía límites ni escollos, y aunque siempre lo había sabido, en ese instante lo vivió como una epifanía, que le cortó el aliento y le anudó la garganta.

Acabó de quitarse la última prenda, la enagua, y se dio vuelta y se puso en cuclillas para doblarlas, y lo hizo a propósito, para mostrarle el trasero. Lo miró por sobre el hombro y lo descubrió con la vista fija en sus asentaderas, la excitación y el deseo evidentes en el bulto que crecía bajo la bragueta. Le sonrió y se soltó el cabello, que le cubrió la espalda. Caminó en su dirección. La mirada de él la hacía sentir hermosa. Se arrodilló a su lado, y Aitor movió la cabeza hasta que sus labios le acariciaron los pezones. Ella lo acunó y lo pegó a uno de sus senos. Le besó la coronilla y le dijo:

—Te amo tanto. No sabes cuánto, Aitor.

Su declaración lo tomó por sorpresa, no se la esperaba; resultaba evidente por el modo en que la miraba, con la boca entreabierta y los ojos colmados de emoción.

—¿Puedo desnudarte?

Él asintió, y abandonó su cómoda posición para quitarse el cinto con las armas; el resto se lo dejó a ella, que, en silencio, comenzó por las botas y las medias, y le masajeó los pies con un bálsamo que había preparado con aceite de oliva, canela, mirra, raíz de ácoro y casia cuando se dio cuenta de que, a causa de llevar calzado nuevo, se le habían llagado. Aitor suspiró, complacido, y se recostó sobre la piedra. Colocó un brazo a modo de almohada y cruzó el otro sobre el rostro. Emanuela le quitó después los pantalones, y él la ayudó alzando la pelvis, e hizo otro tanto cuando lo desembarazó de los calzoncillos. Le miró la erección y se lamió el labio, pero no la tocó. Aitor levantó el brazo que le cubría la cara y le acarició el hombro, y le sostuvo un seno, y le apretó ligeramente el pezón. Siguió tocándola, provocándola, y Emanuela no detuvo su tarea; se mantuvo estoica, mientras la entrepierna se le volvía pesada y húmeda. Le abrió la camisa y le pasó las manos por los pectorales y lo acarició con los labios, y le succionó las tetillas. Aitor se sacudió y soltó el respiro con un soplido violento. Lo urucuizó, y le pidió que se recostase boca abajo para pasarle el ungüento en la espalda. Aitor se acomodó la erección y la complació.

Emanuela se sentía osada, libre, desprejuiciada. Se había producido un cambio en ella, y no sabía a qué adjudicarlo. Solo sabía que deseaba darle a Aitor tanto placer como el que él, sin cadenas ni remordimientos vanos, le donaba a ella. Le masajeó los glúteos con el ungüento rojizo que lo protegería de los insectos y del sol. Después, hundió la lengua entre las nalgas y le acarició el ano con la punta. La respuesta de Aitor fue desmesurada: se arqueó con violencia y ahogó un bramido ronco; luego se plegó en una posición fetal. Respiraba con inhalaciones cortas y rápidas y se aferraba el miembro.

—¿Más? —le preguntó al oído, y él, con los ojos cerrados, asintió y volvió a ponerse boca abajo.

Emanuela lo acarició primero con el índice, una y otra vez, hasta que le separó las nalgas y hundió la lengua en el orificio que vibraba de placer. De nuevo, la reacción de él fue violenta.

—¡Jasy! —clamó, y permaneció paralizado, la cara fruncida y la erección en el puño.

Emanuela lo guió para que se acostase boca arriba y, sin palabras, le indicó que soltase el pene. Le lamió los testículos y después se llenó la boca con su carne. Lo acarició con la lengua, le recorrió las venas hinchadas y pulsantes, y le succionó con suavidad el glande. Pocos segundos después, Aitor se retiró con un tirón brusco y le lanzó un chorro de semen en el cuello, en el escote, no era consciente dónde la marcaba, su mano se movía al ritmo de los espasmos que le sacudían el cuerpo. Acabó, laxo, sobre la piedra, la expresión aún contraída, los puños a los costados, los dedos de los pies contraídos y el pene caído hacia un costado. Emanuela se limpió con un paño y gateó hacia él. Se inclinó y le besó la boca por la que escapaba el aliento acelerado.

—Jasy...

—¿Qué, amor mío?

—Casi me matas. Fue uno de los mejores polvos de mi vida. Creí que me desgraciaba sobre la piedra.

—¿Fui demasiado atrevida? Dímelo.

Aitor soltó la risa como un ronquido sarcástico y, sin alzar los párpados, estiró la mano y le buscó la mejilla a ciegas.

—Tú puedes hacer conmigo lo que quieras. Cualquier cosa —subrayó—. En nadie confío como en ti —dijo, y abrió los ojos—. Dios, qué bella estás. —La aferró por la nuca y la obligó a descender hasta que sus labios se tocaron—. Gracias por esto. Me hiciste sentir amado.

—Eres amado, Aitor. Hasta el exceso.

—¿Por mi Jasy?

—Por tu Jasy, que vive solo por ti, para hacerte feliz.

—¿Te hago feliz, Jasy?

—Inmensamente.

Le apartó un mechón que le caía sobre el rostro y lo mantuvo pegado al costado de la cabeza.

—Emanuela, quiero que siempre sea así entre nosotros. Quiero que nunca se acaben esta dicha, esta libertad, esta confianza, esta felicidad que solo tengo si te tengo a mi lado. Hagamos un juramento para que siempre sea así.

—Lo juro, Aitor.

—Lo juro, Jasy.

Se bañaron en la olla. Como Emanuela se quejó de que tenía frío, Aitor la instó a

nadar para entrar en calor, y empezaron un juego en el que él la perseguía y ella huía. Siempre terminaba atrapándola; como todo guaraní, era un excelente nadador. La tenía atrapada contra una roca en la orilla; la sujetaba por las muñecas, la presionaba con el cuerpo y le pegaba los labios en el cuello.

—No puedes vencer a tu maestro. ¿Acaso no recuerdas quién te enseñó a nadar?

—Tú —contestó, agitada—. Tú me enseñaste.

—Sí, yo. Y tú me enseñaste a amar.

Emanuela levantó la cabeza que había apoyado sobre la roca y lo miró a los ojos. Él sonreía, y había tanta dicha en su expresión que se le formó un nudo en la garganta.

—Te amo —pensó en voz alta—. Soy tan feliz de que seas mío.

Le soltó las muñecas y le rodeó la cintura. Emanuela, desesperada por tocarlo, le encerró el rostro con las manos y lo besó en los labios. Hicieron el amor en el borde de la olla, dentro del agua. Aitor se sujetaba a las anfractuosidades de la roca y la penetraba. Emanuela, aferrada al torso de él, le clavaba los talones en las nalgas en una súplica muda para que se introdujese más profundamente dentro de ella. Deslizó el talón entre los glúteos y le tocó los testículos. Aitor cortó el contacto visual al echar la cabeza hacia atrás y ahogar un bramido sordo. Emanuela se quedó estática, fascinada, observando el cuello tenso, surcado de tendones y venas, la nuez de Adán enorme y marcada, que en ese momento le pareció la imagen de la fortaleza y de la masculinidad de su hombre.

Comieron las provisiones que Aurelia y Delia habían preparado el día anterior. Aitor engullía con la voracidad que lo caracterizaba desde niño, y Emanuela gozaba viéndolo sano y vital. Ella también comía con fruición, y Aitor la instaba colocándole trozos en la boca. Cuando terminaron, él se echó sobre la roca, mientras Emanuela acomodaba los utensilios y guardaba los restos de modo de no atraer alimañas.

—Jasy, ¿adónde vas? —Se incorporó sobre un codo y la vio alejarse hacia la orilla—. Sigue moviendo así el trasero y acabarás con mi *tembo* dentro de él.

—No creo que puedas —lo provocó sin mirarlo—. Acabas de comer.

—Oh, Jasy... No tienes idea de lo que ese culo es capaz de lograr.

Emanuela soltó una risita cómplice y cristalina y se acuclilló en la orilla, justo donde flotaba una isla de aguapés. Cortó una flor de tonalidad lila y se la colocó en la oreja izquierda. Se acomodó el cabello sobre el costado derecho y se dio vuelta para que Aitor la viese. Le sonrió, de pronto timorata al advertir que el miembro de él se alzaba en todo su esplendor. Se humedeció el labio, mientras lo contemplaba fijamente. Se dio vuelta y caminó hacia la cascada. Escuchó que él se levantaba, y apuró el paso. Se preguntó por qué corría; él también corría detrás de ella. Cruzó la cortina de agua y se encontró dentro de una gruta penumbrosa y fría y, al mismo tiempo, acogedora, como una especie de capullo en el cual ni siquiera penetraban los sonidos de la selva, amortiguados por el rugido de la caída. Emitió un grito nervioso, que surgió con una calidad cavernosa, cuando las aguas se partieron y entró

Aitor, exponiendo su erección como si de un trofeo se tratase. Permaneció quieta, la piel erizada, los pezones duros, la vibración entre las piernas cada vez más intensa. Él se aproximaba y la mantenía hechizada con los ojos. Le pasó las manos por la cintura y se las cerró en los cachetes del trasero. Le habló con los labios sobre los de ella.

—Quiero sodomizarte. Quiero que me tengas dentro de ti de todas las maneras posibles.

—¿No es pecado?

—Nada es pecado —dijo él, mientras le mordisqueaba el cuello—, si es entre tú y yo.

—El inquisidor, cada vez que lee un edicto de fe, dice que hay que denunciar a los sodomitas.

—¿Qué tiene que opinar un maldito inquisidor acerca de lo que hago con mi esposa? Pecado es lo que hace la Inquisición. Ellos torturan y queman personas, Jasy. ¿Te acuerdas de la obra de teatro que escribió mi *pa'i* Santiago, la que representaron para que el pueblo dejase de molestarte? ¿Recuerdas cómo acabó esa mujer solo por conocer de hierbas y enfermedades?

—Sí —musitó, apocada—. Pero solo a mí puedes hablarme con tanta libertad. Aitor, óyeme bien, bajo ninguna circunstancia debes repetir lo que acabas de decir. Es muy peligroso. Años atrás llegó de Lima un inquisidor muy poderoso, un hombre que ha traído mucha desdicha al Paraguay. Fray Pablo...

—¿Fray Pablo?

—Un dominico que era su amanuense. Estuvo en nuestra boda; el hijo de doña Mencía —aclaró, y Aitor agitó los hombros—. Pues él asegura que es un hombre sin piedad. Prométeme que no te referirás a la Inquisición en esos términos.

—Te lo prometo. Pero volvamos a la cuestión que me interesa. Quiero que comprendas que nada de lo que hagamos tú y yo es pecado. Nuestra intimidad es nuestra, y nadie tiene nada que decir acerca de ella. ¿Sientes que si te penetrase por el trasero estaríamos pecando?

Emanuela bajó la vista y negó con la cabeza. La avergonzaba y la llenaba de culpa excitarse con la idea de que Aitor la tomase de ese modo.

—¿A ti te gustaría mucho, amor mío?

—Sí —contestó él, la voz pesada de deseo—. Muchísimo.

«¿Lo has hecho con otras? ¿Con Engracia?», le habría preguntado; no se atrevió.

—¿Por qué?

—Porque se siente con más intensidad.

Ahí tenía su respuesta. Intentó mantener alta la moral; no arruinaría el día magnífico que estaban compartiendo.

—¿Quieres hacerlo ahora? —le preguntó, y le acarició la erección.

—No, ahora no. Estoy muy caliente y necesito tomarte. Lo otro llevará su tiempo, sin mencionar que necesitaremos el ungüento que preparas con aceite. —Emanuela abrió grandes los ojos y Aitor rompió a reír. Le besó la nariz—. Jasy, deja todo de mi

parte y no tengas miedo.

—No tengo miedo si estoy contigo, Aitor.

La arrastró hasta una roca plana donde se sentaron, ella sobre las piernas de él. Se quedaron en silencio por un momento, mientras observaban la cortina que golpeaba las piedras ennegrecidas. Aitor le despejó el cuello y se lo besó y mordisqueó, mientras le masajeaba los senos y le apretaba los pezones. Se deslizó hacia el borde de la piedra y juntó las piernas. Su pene erecto acarició la base de la espalda de Emanuela. La guió con delicadeza para que separase las rodillas y le acomodó la erección entre las nalgas. Le succionó el lóbulo antes de confiarle:

—Quiero tomarte como tantas veces lo deseé en nuestra cascada en el Yabebirí, contigo sentada en mis rodillas.

—No podrás verme cuando me alivie y a ti te gusta verme.

Aitor estiró los labios en una sonrisa sobre el hombro de Emanuela.

—Tengo toda la vida para verte.

—Y un montón de espejos.

Aitor carcajeó, y el eco de su risa, que rebotó en las paredes de piedra, provocó un escozor de placer a Emanuela. Aun su risa la excitaba. Le habría consentido cualquier cosa con tal de que no la soltase en ese momento. Gemía sin control, y él la alentaba al susurrarle cuánto lo calentaban esos grititos y el modo en que agitaba el trasero sobre su *tembo*. La excitaba que él le hablase con tanta ecuanimidad en una instancia en la que ella solo podía jadear, y cuando le apretó el punto mágico, el orgasmo la sacudió sobre sus piernas, tanto que la flor de aguapé terminó en el suelo. Se habría caído de bruces si él no la hubiese sujetado. Todavía la recorrían escozores de gozo cuando Aitor la asió por la parte más fina de la cintura, la levantó sobre su erección y se introdujo en ella con un movimiento fluido y certero. Hundió los colmillos en el trapecio de Emanuela y apretó los párpados. Ella lo comprimía en su interior, y él estaba volviéndose loco.

—¿Era así como nos imaginabas, amor mío?

—Jasy... —jadeó—. Lo que yo imaginaba... No. Esto que tenemos, no me lo esperaba —admitió—. Eres... —La voz se le cortó cuando Emanuela comenzó a rotar la pelvis sobre sus piernas—. Jasy, eres mi lugar preferido en el mundo.

—Y tú el mío, Aitor.

Le aferró los antebrazos y siguió agitándose de acuerdo con las indicaciones mudas de él, que la guiaba por las caderas; a veces la obligaba a moverse hacia atrás y hacia delante; a veces, hacia los costados; en ocasiones, en círculos. Todo el tiempo, Emanuela fijaba la vista en la flor lila sobre la piedra negra, y pensaba en ellos dos, y la excitación la abrasaba. Soltó un alarido de placer que se propagó en la gruta lo mismo que las ondas del orgasmo dentro de su cuerpo. Se convulsionó sobre las piernas de Aitor, y los músculos de su vagina se ajustaron a su erección y lo hicieron gemir.

Habría querido retrasar el alivio, pues amaba hallarse, profundo, en ella, tenerla

en esa posición. Sin embargo, urgido por una necesidad irrefrenable, le clavó los dedos en la carne de la cintura y la levantó y la deslizó por su pene una, dos, tres veces antes de que un rugido traspusiese la cortina de agua y espantase a los flamencos que se bañaban en la olla y que echaron a volar soltando graznidos.

Emanuela cerró las manos en las rodillas de su esposo y llevó el torso hacia delante. Él apoyó la frente en la espalda de ella y cerró los ojos, mientras aguardaba a que la agitación menguase. Tragó para humectarse la garganta, tensa y seca.

—¿Jasy?

—¿Qué, amor mío?

—¿Qué he hecho para merecer tanto? ¿Por qué soy tan feliz?

—Ya te lo dije antes: nunca renunciaste a tus sueños, y por eso Tupá te compensó. Aitor le cruzó los brazos sobre el pecho y la atrajo hacia él.

—Tengo miedo de que se dé cuenta de que no lo merezco y me lo quite.

Emanuela retuvo el aliento, sorprendida por la flaqueza de él, tan infrecuente, tan ajena a la personalidad de su amado, que siempre se proclamaba invencible, aun irrespetuoso de Tupá. Se sintió abrumada de amor y de ternura al caer en la cuenta de que ese costado aññado y lastimado, Aitor solo se lo mostraba a ella. Se removió sobre sus piernas y se dio vuelta para abrazarlo. Le acunó la cabeza entre los senos.

—Mi amado Aitor. Tupá no te quitará nada, amor mío.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo se lo pido todos los días.

Le arrastró los labios por el filo de la mandíbula con una desesperación que la impulsó a apretar los brazos en torno a él.

—Tú solo pídele una cosa, solo una.

—¿Qué?

—Que no te aparte de nuevo de mi lado. Otra vez lejos de ti... No creo que pueda soportarlo.

Emanuela, embargada de culpa y de tristeza, asintió y farfulló un sí con la voz en un hilo. Le acunó el rostro y lo besó muchas veces, y la emocionó la actitud de él, quien, con los ojos cerrados y en silencio, se distendió entre sus brazos y le permitió que le arrastrase la boca por la cara y que le susurrase palabras de amor.

—Eres tan hermoso. Y tan fuerte. Y tan mío. Te amo, Aitor. Gracias por haber vuelto a mí y a tu hijo. Gracias por haber construido esa casa para mí y por haberme convertido en tu esposa.

—Jasy, tú eres mi reina. ¿Qué no pondría a tus pies, amor mío?

—Solo te necesito a ti. Aitor, no quiero que pienses que desdeño tu riqueza; sé cuánto has trabajado por obtenerla y me enorgullezco de ti, pero quiero que sepas que lo que único que cuenta para mí eres tú. Si hubieses vuelto a mí en harapos, te habría recibido con el corazón lleno de dicha.

—Tal vez, si me hubiese presentado en harapos —expresó él, con acento más ligero—, te habría dado lástima y no me habrías hecho penar como lo hiciste. —

Profirió una carcajada cuando Emanuela se ruborizó y bajó las pestañas—. Eres la cosa más adorable que existe. —La sujetó por la mandíbula y le plantó un beso en la boca.

—Estaba celosa —se justificó ella, sin levantar la vista.

—Lo sé, y vuelvo a pedirte perdón.

—Está bien. —Alzó los ojos y se quedó perpleja ante la belleza de su esposo, como si lo viese por primera vez, con el pelo mojado peinado hacia atrás y los ojos que, en la penumbra de la gruta, parecían de bronce; aun las pantallas conspicuas de sus orejas le resultaban atractivas, y se las acarició.

—No quiero que te empeñes en esfuerzos sobrehumanos por llenarme de joyas y de vestidos.

—Pero lo haré, Jasy.

—Ya me has dado demasiado.

—Nunca es demasiado si de ti se trata.

Emanuela sonrió con los labios sobre la sien de Aitor, incapaz de reprimir la vanidad que la devoción de su hombre le inspiraba.

—Tienes la piel de gallina —señaló Aitor—. Salgamos.

Atravesó la caída de agua con Emanuela en brazos. Como atardecía, encendió un fuego y preparó mate, mientras Emanuela se secaba y vestía. Después lo secó a él y le peinó el cabello. Comieron en silencio, mientras se lanzaban miradas y sonrisas.

—¿Dónde dormiremos?

—Volveremos arriba, a la selva. Avisté un isipoi donde podríamos acomodarnos muy bien. —Le lanzó una mirada cómplice—. Jasy, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que serías capaz de vivir en la raíz de un isipoi siempre y cuando yo estuviese contigo? —Ella asintió, sonriente—. Me hiciste muy feliz ese día, amor mío. Siempre me hacías feliz.

—Y siempre lo haré, con la ayuda de Tupá.

—Sí, lo harás. Eres la única que puede hacerlo.

—En cuanto a la raíz de isipoi, sí, viviría allí contigo sin dudarlo, aunque debo admitir que la casa que construiste en Asunción no me disgusta en absoluto.

Aitor soltó una risotada y caminó en cuatro patas hacia ella, que permaneció quieta a la espera de que él la abrazase. Rieron hasta que las risas se convirtieron en sonrisas, y estas en expresiones colmadas de fascinación y deseo.

—Jasy —Aitor la aplastó contra su pecho—. ¿De veras te gusta la casa que construí para ti? ¿No te resulta demasiado recargada? Conan decía que era de mal gusto, y cuando me lo decía, yo me acordaba de que tú siempre me reprochabas que era exagerado y... Usabas otra palabra.

—Ostentoso. Sí, la casa es exagerada y ostentosa, como lo eres tú, y también lo son los dos carruajes, y los vestidos que me hiciste confeccionar, y las joyas que me compraste. Pero yo amo tu exageración y tu ostentación porque así eres y las despliegas para expresarme tu amor.

—Sí, amor mío, sí. —La besó con pasión y se apartó de ella antes de sucumbir al deseo de tenderla en la roca para volver a tomarla. Apoyó la frente en la de Emanuela y suspiró—. ¿Sabes, Jasy? Las pocas veces que viajé a Asunción y visité la casa para ver los avances, solo pensaba en una cosa: en que tú vivirías allí, en que serías la dueña, la patrona, y que cada vez que yo regresase, tú saldrías a recibirme. Y que dormiríamos juntos cada noche, y que allí viviríamos con nuestros hijos.

—Ese era mi sueño también. Mientras vivía en la doctrina, añoraba el día en que nos casaríamos y que mi *pa'i* Ursus nos asignaría una casa para nosotros dos. Imaginaba cómo decorarla y con qué flores alegrar la enramada. En lo de Urízar y Vega era una extraña, una recogida, y no sentía que ese fuese mi hogar. En *Orembae*, me sentí bienvenida y amada, pero ese tampoco era mi hogar. Y ahora que tengo un palacio para mí, me doy cuenta de que mi hogar eres tú, que siempre te añoré a ti, y no a un sitio en particular. Te añoraba a ti conmigo, fuera donde fuese que nos cobijásemos. ¿Por qué lloras? —Le barrió con los pulgares las lágrimas que se derramaban en silencio y lo besó en los labios—. ¿Qué te puso triste?

Aitor carraspeó y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—No estoy triste, Jasy. Todo lo contrario, amor mío. Vamos, antes de que caiga la noche.

Emanuela insistió en que durmiesen en el sobrado que Aitor había construido más de diez años atrás y que aún se mantenía en pie entre las ramas de una grapia de envergadura. Él se negó pues quería estar cerca de los caballos en caso de que un yaguaraté o un aguará guazú les hiciese una visita nocturna. De igual modo, sintió la necesidad de regresar al sitio que lo había albergado durante tantas noches. Aunque lo había visto trepar árboles, la dejó atónita la agilidad con que escaló unas veinte varas en pocos segundos. Saltaba de rama en rama con la agilidad de un carayá. Volvió a tierra sonriendo con aire presuntuoso.

—Está firme como el primer día.

Emanuela le echó los brazos al cuello y le habló con la boca cerca de la de él.

—Ese sobrado ha subsistido todos estos años porque *tú* lo construiste, Aitor. Lo que tú haces es para siempre, y te admiro por eso.

—Lo más sólido que construí es nuestro amor, porque fui yo el que te amó primero y el que te convenció de amarme.

—Eso es lo que tú crees. Lo cierto es que estaba loca de amor por ti mucho antes de que me pidieses que fuese tu esposa. ¿O te olvidas de que te seguí un día hasta el arroyo para verte desnudo?

Con una risotada, la tomó por la cintura y la hizo dar vueltas en el aire.

—Mi niña adorada —dijo, cuando la depositó en el suelo y le encerró el rostro con manos reverentes—. Mi dulce niña. Luz de mis ojos. Amor de mi vida. —Carraspeó y apartó el rostro cuando la veneración con que Emanuela lo observaba y atendía a sus palabras le causaron un nudo en la garganta—. Ve a hacer pis antes de que nos acostemos. Yo me ocuparé de los caballos.

Aitor pasó una antorcha dentro de la raíz para alejar posibles insectos y otras alimañas antes de acomodar un jergón dentro de ella. Se recostaron. Un fuego ardía en la base del árbol. Se cubrieron con una colcha. Aitor pasó el brazo bajo la cabeza de Emanuela a modo de almohada y la pegó a su cuerpo.

—¿Lloverá?

—No —contestó Aitor—. El cielo está muy despejado. ¿Tienes frío?

—No, estoy muy a gusto.

—Yo también.

Se quedaron en silencio, admirando el espectáculo de la luna, cuya luz se filtraba por la cúpula de los árboles.

—Conocí el mar, Jasy.

—¿De veras?

—Sí, cuando viajé a Río de Janeiro por negocios. Tenemos varios clientes allí.

—¡Cuántas cosas has hecho sin mí! —se desanimó.

—Te llevaré a Río. Es una ciudad como ninguna otra y quiero que la conozcas.

—¿Cómo es el mar?

—Gigante e infinito.

—Como nuestro amor.

—Sí. —Le besó la frente—. Como nuestro amor. El agua viene y va con el viento. Lame la orilla y se retira, una y otra vez. Jamás se detiene. Caminaba por la playa de arena mirando el horizonte y pensando en ti. Entonces, noté que a veces el agua subía hasta más de la mitad de la playa y en otras ocasiones apenas si cubría la orilla. Le pregunté a mi cliente, un hombre bastante culto, a qué se debía, y me respondió que era la marea, marea alta cuando el mar asciende, y marea baja cuando descende. ¿Sabes de qué depende? —Emanuela lo sabía, pero negó con la cabeza—. De la luna. —Aitor se apartó para descubrir el gesto de sorpresa que ella se esforzó por imprimirle a su semblante—. Es la luna con su fuerza misteriosa e invisible la que domina al mar, que es poderoso e infinito. La pequeña luna es la dueña y la señora del mar. Y pensé en ti y en mí, en que yo soy el mar y tú, la luna. Tú eres mi *jasy* desde que tengo cuatro años. Tú eres mi dueña.

—¿Qué sería de la luna sin el mar? Su existencia carecería de sentido. Tú le das sentido a mi vida, Aitor. Una vez te dije que era una cáscara vacía sin ti.

—Ahora lo tienes a Octavio.

—Octavio es mi hijo, el hijo que me diste, y lo amo más allá del entendimiento, pero es su padre quien me hace sentir plena, quien me devuelve a la vida con solo una sonrisa.

—Jasy... —Se colocó de costado, hundió la cabeza en el hueco que formaban su cuello y el hombro y ajustó los brazos en torno a ella—. Sigue diciéndome cosas bonitas, amor mío. Me hacen muy feliz.

—Tu ausencia me hunde... me hundía en una melancolía que aprendí a disimular, pero que me acompañaba a todas partes. Había días en que se volvía insoportable;

entonces me encerraba en mi recámara y me rodeaba de tus cosas, las pocas que había conservado: la caja con los aparejos para afeitar, la florecilla que me enviaste con Saite aquella vez que te alimenté en la boca...

—¿La conservas?

—Sí, en mi libro *Sonetos* de Shakespeare. De hecho, en esos días tristes leía incansablemente el ciento dieciséis y me convencía de que nuestro amor jamás cambiaría, de que enfrentaría las pruebas hasta...

—... El día del Juicio Final —recitó Aitor al mismo tiempo que ella, y rieron.

—Me sucede que, cuando te presentas frente a mí, siempre, irremediablemente, el corazón me da un vuelco, se me crispan los pechos y se me humedece el... *tako*. — La sujeción de Aitor se ajustó en torno a ella, sus colmillos le rasparon la carne del cuello—. Y me late ahí abajo, tanto que a veces me duele. No importa que haya pasado poco tiempo desde la última vez en que te vi. Mi cuerpo responde a tu presencia por su cuenta, como si mi mente no estuviese involucrada. Es difícil de explicar.

Aitor la había oído con el aliento contenido. Emanuela estaba revelándole una experiencia que las mujeres usualmente no compartían, por orgullo, por pudor, por la razón que fuese —él no las entendía—. Su Jasy, en cambio, se la regalaba en una entrega tan confiada e inocente, tan despojada de melindres y de vanidad, que lo empequeñecía y lo enaltecía, todo al mismo tiempo.

—Gracias por contármelo, amor mío. Voy a atesorar estas palabras y este momento toda la vida.

* * *

Emanuela levantó los párpados y lo vio a él, que dormía a su lado, y respiró el aroma único de la selva y se concentró en los sonidos de la fauna y de la cascada, y se acordó de que estaban en el hueco de una raíz adventicia, y sonrió. Sin abrir los ojos, Aitor quiso saber:

—¿Por qué sonríes, Jasy?

—¿Cómo sabes que sonrío?

—Lo sé todo de ti, amor mío. ¿Por qué sonríes?

—Porque tenía razón.

—¿Acerca de qué?

—De que contigo podría vivir en la raíz de un isipoi. Pocas veces dormí tan profundamente como anoche. Me siento fresca y lista para enfrentar la jornada. —Las pestañas espesas y rizadas de Aitor se agitaron, y Emanuela aguardó sin respirar a que le revelase los ojos—. Dios bendito —susurró—. Eres tan hermoso —pensó en voz alta, y le acarició la mejilla.

—Y usted —levantó una comisura en un gesto socarrón— luce muy bien follada, señora de Amaral y Medeiros. —Soltó una carcajada cuando el sonrojo de Emanuela

se pronunció. Se miraron hasta que las sonrisas se desvanecieron—. Amo el color de tus ojos, Jasy. Siempre estuve orgulloso de que mi mujer tuviese un color tan poco común.

—Poco común es el tuyo.

—Lo sé. —Se acarició el pabellón de la oreja—. ¿Ves estos aretes? Nos representan. Los zafiros son tus ojos y los topacios, los míos.

—Aitor...

—Son cinco, la suma de la fecha de tu natalicio y la del mío. Los compré en Potosí, al mismo joyero al que le compré tu anillo y las otras joyas que te regalé.

Emanuela tragó para aligerar el calambre en la garganta.

—En verdad pensabas en mí.

Aitor hizo un ceño y entrecerró los ojos en un gesto de confusión.

—Todo el tiempo, Emanuela —confirmó, con voz endurecida—. Todo el maldito tiempo. ¿Por qué dudas?

—Porque, lejos de mí, has vivido tan intensamente, has pasado por tanto, has logrado tantas cosas que me cuesta creer que yo haya estado en tu mente.

—En mi mente, en mi corazón, en todas partes. Créeme, *por favor*.

—Te creo, amor mío. Y tú estabas en mí desde que abría los ojos hasta que los cerraba cada noche. Tú eras lo primero y lo último. Tú *eres y siempre serás* lo primero y lo último, Aitor.

Hicieron el amor de nuevo dentro de la raíz del isipoi y después bajaron a la olla para bañarse y desayunar. Volvieron a amarse bajo la cascada antes de iniciar el regreso a la mina. Emanuela, sentada de frente sobre las rodillas de Aitor, las piernas en torno a la cintura de él y las manos cerradas en su nuca, echaba el torso hacia atrás y le ofrecía los pechos, que Aitor succionaba y mordisqueaba. Emanuela se agitaba contra la pelvis de él y soltaba clamores angustiosos, que lo enloquecían de deseo.

—Prométeme que volveremos a este lugar y que seremos tan felices como ahora —le pidió ella, todavía jadeante después de haberse aliviado.

—Te lo prometo —dijo, con la frente en el escote de su esposa, que se erizó cuando el aliento de él le acarició la piel—. Volveremos el 29 de mayo del año próximo, para nuestro primer aniversario de bodas.

—Sí, amor mío, sí. En mi corazón, este siempre será nuestro *Yvy Marae'y*.

—Para mí, cualquier sitio es el *Yvy Marae'y*, solo necesito que tú estés en él.

Durante el viaje de regreso, se detuvieron para orinar y acabaron haciendo el amor sobre un colchón de musgo. Aitor, aún afectado por el orgasmo, levantó la vista y descubrió una tortuga de tierra que lo miraba desde menos de una vara de distancia. Su caparazón mediría unas siete pulgadas de diámetro.

—¿Jasy? —susurró.

—¿Qué? —jadeó ella.

—Creo que he encontrado el regalo para Octavio. Esa tortuga.

Emanuela echó la cabeza y los ojos hacia atrás y rio.

—Para Octavio —acordó—, pero también para María Antonia y Ana Dolores. Para los tres, Aitor.

—Sí, amor mío, para los tres.

Entraron en la mina al atardecer, Emanuela sentada sobre la montura con las piernas hacia un costado y delante de Aitor, que sujetaba las riendas con la izquierda y rodeaba la cintura de su mujer con la derecha. Un grupo salió a recibirlos, y Emanuela soltó un grito de alegría al descubrir a Octavio a la vanguardia del comité de bienvenida. Corría hacia ellos con una sonrisa que le desvelaba los dientes y ponía hoyuelos en sus carrillos. El cabello negro y lacio le flameaba a los costados del rostro, mientras sus piernitas se movían a gran velocidad.

—¡Mamita! ¡Mamita!

—Creo que alguien te echó de menos —masculló Aitor, con acento divertido, y bajó del caballo. Sujetó a Emanuela por la cintura y la depositó en el suelo—. Ve con tu hijo.

Emanuela recibió a Octavio en brazos y lo hizo dar vueltas en el aire, lo que arrancó carcajadas al niño. Se abrazaron, y Emanuela le besó la cara varias veces.

—Tesoro de mamá. Te eché tanto de menos.

—Yo también, mamita. No vuelvas a dejarme.

—No, amor mío, no. —Emanuela avistó a María y a Ana, que los observaban desde cierta distancia con semblantes nostálgicos, y sintió una profunda pena por ellas. Les tendió la mano, y las niñas corrieron a su encuentro. Los encerró a los tres en un abrazo apretado—. Aquí tengo a mis tres amores —dijo, y les besó las cabezas, y cerró los ojos para que las lágrimas no escapasen cuando los bracitos de las niñas se ajustaron al oír que las llamaba sus amores—. ¿Cómo os habéis portado?

—Muy bien —contestó Romelia.

En tanto, Lucía Paicá informaba a Aitor acerca de los acontecimientos de la mina.

—Me dijo mi mujer que le darías clases a mi hijo de tiro con el arco.

Lucía frunció la nariz diminuta y respingada.

—No tuve éxito, Almanegra. Lo siento. Le falta fuerza en los bracitos. Es muy pequeño aún —lo excusó.

—¿Extrañó a su madre?

—Cada tanto, estuviese haciendo lo que fuese, levantaba la vista y la buscaba. ¿Dónde está mi mamita?, preguntaba, y todos corríamos a distraerlo. Ambrosio y los Marrak lo llevaban con ellos a todas partes porque le gusta ver la chancadora, el horno y la mina, y esta mañana mi padre lo llevó a pescar con red.

—Un fracaso con el arco, entonces.

—No seas tan duro. Es apenas un niño. Y muy inteligente. Además de muy seductor. Nos tenía a todos en un puño, a su disposición.

Aitor caminó hacia Emanuela, que aún abrazaba y conversaba con los niños. Se detuvo detrás de ella. Las niñas rompieron el abrazo y bajaron la vista. Aitor las besó en la cabeza, y las niñas balbucearon un «buenas tardes, padre» en castellano.

Octavio lo observaba con ojos difidentes y ajustaba las manitas en la falda de Emanuela.

—¿No vas a saludar a tu padre, Octavio? —preguntó Aitor.

El niño negó con la cabeza. Emanuela lo apartó y lo empujó con delicadeza. Aitor, de cuclillas, le sujetó los antebrazos y aplicó fuerza cuando el niño presentó un poco de resistencia. Lo besó en la frente, y mientras lo apretaba contra su pecho, lo asaltó un instante de debilidad, y lo mantuvo ahí, cerca de él, mientras lo olía y caía en la cuenta de lo menudo que era. Su hijo, pensó, el hijo de las entrañas de su Jasy, el hijo de un amor infinito y eterno.

—Les hemos traído un regalo —anunció, luego de aclararse la garganta.

—Lo encontró vuestro padre —señaló Emanuela— y enseguida dijo que sería para vosotros.

—¿Qué es, padre? —se interesó Octavio, y a Aitor el corazón le latió con fuerza al oír que lo llamaba «padre». No lo admitiría a nadie, pero le habría gustado que lo llamase «papito».

—¡Lucía! —llamó Aitor—. Trae esa canasta que cuelga de la montura de Lucifer.

—¡Qué es! ¡Qué es! —se impacientaba Octavio, y saltaba entre los brazos de Aitor.

La tortuga se convirtió en el único objeto de interés de los niños, que se peleaban por bautizarla, por lo que Emanuela organizó un concurso en el que cada uno escribiría el nombre de su elección en un trozo de papel. Se estableció una condición: el nombre sería femenino, pues se trataba de una hembra. Los tres papeles doblados acabaron dentro de un talego, y se le solicitó a Cristóbal Paicá que metiese la mano y sacase uno. Ganó María Antonia, y la tortuga se llamó Olivia.

CAPÍTULO XV

Llegaron a Asunción el 12 de agosto a primeras horas de la tarde. La barcaza atracó en el puerto, y Conan Marrak saltó a cubierta para darles la bienvenida. Aitor había enviado a Carmen, el *tapererepura* de la mina, con aviso de que, según los cálculos del capitán, llegarían ese domingo. Aitor ayudó a subir al carruaje a Emanuela, a los niños, a Orlando y a Argos, y ató en reata a Creso y a Lucifer, y le ordenó al cochero que los llevase a la casa y que regresase al puerto después. Él y Conan permanecerían en el desembarcadero para controlar la descarga de los bloques de estaño fundido que colmaban la bodega. Finalizaron cerca de las siete, y marcharon a la quinta de Marrak, donde los aguardaba Engracia para cenar. Transcurrieron un momento agradable, comiendo y bebiendo, hablando de los viejos tiempos y de negocios. A eso de las once, Aitor, urgido por volver a su esposa, se puso de pie.

—¿Quieres que te lleve a casa? —ofreció a Engracia—. Tengo mi carruaje fuera.

—Me trajeron mis esclavos en la parihuela.

—Ataremos la parihuela al techo y tus esclavos irán en el pescante.

—Muy bien. Volveré contigo, pues.

Apenas se puso en marcha el vehículo, Engracia, que había tomado tres vasos de malvasía, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. Aitor la aferró por las muñecas y la apartó de él.

—No, Engracia.

—¿Por qué no? Ella nunca lo sabrá.

—Lo sabré yo.

Se contemplaron con intensidad en la media luz de la cabina. Engracia chasqueó la lengua y dio vuelta la cara.

—Has cambiado. *Ella* te ha cambiado.

—Ella no me ha cambiado. Así soy cuando ella está conmigo.

—¿Así? ¿Cómo? ¿Con esa expresión de bobalicón feliz? ¿Con esos ojos que te brillan como si vivieses en el Paraíso? ¿Con la risa fácil? ¿De buen humor?

—Así, exactamente así.

—Ese no es mi Almanegra —se empacó—. Ella te hace débil.

—Almanegra no existe, Engracia. Ahora soy Aitor de Amaral y Medeiros. Si no te gusta, podemos limitarnos a hablar de negocios. No tienes por qué soportar...

—¡No! —Engracia volvió a rodearle el cuello y pegó la mejilla en el brocado de su casaca—. No me niegues tu amistad, por favor.

—No vuelvas a violar nuestro acuerdo.

—¿Por qué? —Levantó una ceja y le lanzó una mirada traviesa—. ¿Te tienta que te abrace, que te toque? ¿Te hace acordar de nuestro tiempo en la mina?

—No, Engracia. No me tienta, pero me fastidia tener que recordarte cuál es tu lugar. Estás borracha de nuevo. —Pasado un silencio, añadió—: Deberías encontrarte un amante.

—Ya lo encontré —expresó, sin entusiasmo—. Es joven, de buena estampa, fogoso, pero no eres tú.

Aitor se la quedó mirando. La noticia no le agitó celos ni rencores; al contrario, deseó que Engracia acabase por enamorarse del «joven de buena estampa» y se olvidase de él. Tardó en llegar a su casa. Había llovido, y las calles se volvían imposibles, con grandes zanjones por los que corría el agua pluvial que arrastraba basura y animales muertos; el olor nauseabundo era insoportable. Recordó las calles de San Ignacio Miní, que, pese a las lluvias frecuentes, jamás se encharcaban ni erosionaban gracias a las mentes que las habían diseñado, con desagües y pendientes que conducían el agua lejos de los cimientos de las casas y de las demás construcciones.

Caminó hacia su dormitorio tan rápido como la oscuridad de los interiores se lo permitió. Lo apremiaba la necesidad de ver a su esposa e impregnar las fosas nasales con el aroma que lo fascinaba para deshacerse de la podredumbre de las calles. Se desvistió con Orlando gañendo y saltándole en torno. Se lavó los sobacos y el cuello con el jabón de hierbas y pétalos de franchipán que Emanuela fabricaba, vieja receta de Malbalá; no quería que percibiese el perfume de Engracia. Se frotó los dientes y la lengua con el trozo de áspero percal y la pasta de goma de tragacanto y bicarbonato de sodio, una fórmula de los *pa'i*; Emanuela siempre tenía un aliento exquisito, y él no quería ser menos. Se enjuagó la boca y escupió en el orinal.

Se metió en la cama desnudo. Ella dormía de costado, hecha un ovillo. Le pegó el torso a la espalda tibia y la olió a través del cabello. Una calma descendió sobre él con la contundencia del agua fría sobre una quemadura. Permaneció quieto, la nariz hundida tras la oreja de ella y la mano en su vientre. Emanuela se rebulló e hizo unos ruiditos con la boca que le provocaron una sonrisa. La fricción inocente del trasero de ella sobre su falo se la borró.

—¿Aitor? —preguntó, aturdida por la somnolencia.

—Sí, amor mío, soy yo. Duerme.

—¿Cómo les fue con la descarga?

—Muy bien. Descargamos todo y lo almacenamos en la barraca. El celador del puerto nos asignó una custodia adicional.

—Me alegro. ¿Cenaste?

Aitor sonrió, complacido ante la preocupación de su esposa.

—Sí, en lo de Conan.

—Te eché de menos.

—¿De veras?

—Quería esperarte despierta, pero me venció el sueño.

—Duerme, amor mío —susurró, y le besó la mejilla.

Emanuela llevó la mano hacia atrás y le palpó la erección. Aitor se mordió el labio y sofocó un jadeo. Le masajeó los pechos a través de la tela efímera del camisón. Los gemidos de su esposa y las contorsiones de su trasero no colaboraban con la decisión de dejarla en paz. Sabía que estaba extenuada y que se esforzaba para complacerlo porque conocía el hambre insaciable que ella le despertaba.

—Aitor, te necesito —suplicó, como si le hubiese leído el pensamiento.

No precisó más palabras. Se elevó sobre el codo izquierdo y le bajó los calzones. Lo hicieron de costado, la espalda de Emanuela contra el torso de él. La obligó a llevar la pierna derecha hacia atrás, por sobre su cintura y hasta que el pie de ella le rozó las nalgas. La penetró lentamente, la mano calzada en el monte de Venus. Minutos después, se congratuló por la decisión de haber emplazado su recámara lejos de las de los niños, pues sus clamores los habrían despertado.

* * *

A eso de las siete de la mañana, Aitor se despertó con unos golpes insistentes en la puerta. Emanuela ya estaba en pie y se cerraba el cinto de la bata, mientras caminaba deprisa para ver de quién se trataba.

—Disculpad que os haya despertado.

—¿Qué sucede, doña Inmaculada?

—Una esclava de los Amaral y Medeiros dice que don Lope se puso mal. Piden por vuesa merced.

—Dile que iré enseguida. Y envía a Romelia con agua fresca para lavarme.

Un cuarto de hora más tarde, Emanuela, Aitor y Romelia entraban en la casa de Lope. Por orden de Emanuela, no habían despertado a Vespaciano ni a Malbalá; primero evaluaría la situación. Ginebra y doña Nicolasa salieron a recibirlos al patio principal.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —exclamó la más joven, y tomó a Emanuela de las manos.

—Llévame con él —habló en guaraní, sin importarle la presencia de su madrastra—. ¿Qué sucedió?

—Se despertó en medio de la noche. Gritaba y vociferaba incoherencias. Estaba afiebrado y sudado. No podíamos controlarlo. Se desvaneció y lo llevamos a su recámara.

—¿Ha recobrado el conocimiento?

—Sí. Está más tranquilo. Tiene la mirada fija en el cielo raso y murmura, todo el tiempo murmura.

—¿Llamaron al médico?

—Sí. Lo sangró, nos dijo que le diésemos de beber una tisana y se marchó. Fue imposible darle la tisana.

Entraron en la recámara. Romelia aguardó afuera. Se aproximaron a la cama. Lo

primero que percibió Emanuela fue el aroma familiar y dulzón que inundaba la estancia. Después, se dio cuenta de que, si bien había luz, los ojos de Lope se habían vuelto negros; las pupilas estaban tan dilatadas que ocupaban el iris por completo. Apoyó el pulgar en la muñeca del enfermo y se percató de que, por mucho que lo hubiesen sangrado, el corazón le batía violentamente. Urgía hidratarlo; tenía los labios partidos. Le apoyó la mano sobre la frente, y Lope reaccionó al contacto. Giró apenas la cabeza sobre la almohada y la miró, no con la mirada vacua de instantes atrás, sino con discernimiento. Le sonrió, una sonrisa amplia que le desveló los dientes y le alzó los pómulos.

—Manú —pronunció con voz seca—. Mi adorada Manú.

Inhaló profundamente, infló el pecho, contuvo el aliento y murió al soltarlo.

—¿Lope? —Emanuela se inclinó y volvió a buscarle el pulso en la muñeca—. ¿Lope? —lo llamó con acento tembloroso, mientras lo sacudía tímidamente—. ¡Lope! —Las sacudidas se volvieron frenéticas—. ¡Lope! ¡No, Lope! —Aitor la envolvió con sus brazos e intentó apartarla de su hermano muerto—. ¡No! ¡Déjame! ¡Tengo que tocarlo! ¡Tengo que tocarlo!

—Jasy, amor mío —le habló al oído con pasión—. Se ha ido. No hay nada que puedas hacer.

—¡Lope! ¡No, no, no! ¡Lope! ¡Tengo que tocarlo! Tengo que tocarlo —repitió, vencida, mientras observaba a Ginebra bajarle los párpados. Quedó laxa contra el cuerpo de Aitor, la cabeza echada hacia delante—. ¿Por qué? ¿Por qué? Lope, amigo mío.

Giró en el abrazo de Aitor y hundió el rostro en su pecho. Lloró sostenida por su fuerza. Lloraba por ella, porque la desgarraba la pena y el desconcierto; lloraba por Emanuelita y por Milagritos, y también por Octavio, que amaba a su padrino; lloraba por don Vespaciano, que se arrepentiría de haber sido tan duro con un alma buena y generosa como la de Lope; lloraba por la injusticia que significaba que Tupá se lo hubiese llevado tan joven; lloraba porque no volvería a verlo, y eso se le hacía intolerable. Se arrodilló junto al lecho y siguió llorando con la frente en la almohada, junto al rostro sereno y sonriente de su amigo.

El aroma dulzón que la había recibido al entrar en la estancia se tornó intenso, casi hediondo. Provenía de la almohada, sin duda. Metió la mano bajo la funda y extrajo una bolsita de ñandutí. Tiró de la jareta y descubrió lo que sabía que hallaría: varias flores frescas de floripondio. Se puso de pie y enfrentó a Ginebra.

—¿Qué hace esto aquí? —Ginebra se secó los ojos y se aproximó—. ¿Tú se las diste, Ginebra?

—Es la primera vez que veo eso. ¿Dónde estaba?

—En la almohada de Lope. Son flores de floripondio. Usé unas similares para narcotizar a nuestro padre cuando le acomodamos el hueso. ¿Lo recuerdas?

—Sí, sí —contestó, insegura—. No sé qué hacen allí.

—Hay suficientes flores para matar. Lope murió envenenado por estas flores.

—¡Qué! —Ginebra la contemplaba con una mueca desquiciada—. ¡Eso es imposible! ¿Por qué Lope pondría eso en su almohada?

—Emanuela —intervino Aitor—, si esas flores son venenosas será mejor que las saque de aquí.

—No las tires, Aitor —le pidió, mientras se las entregaba—. Colócalas en un sitio aireado, fuera del alcance de la gente, pero no las tires.

Aitor abandonó la estancia, y Emanuela paseó la mirada entre su madrastra y su medio hermana. Nicolasa la contemplaba con el usual desprecio.

—¿Por qué no me llamaste antes, apenas se puso malo?

—Era de madrugada, Manú —se justificó Ginebra—. No quería molestarte.

—¡Molestarme! ¡Ginebra, por amor del cielo!

—¡Perdóname! Mi madre y yo no juzgamos que fuese grave. Al principio él lucía perdido y hablaba necedades, pero no parecía enfermo. Pensé que estaba borracho.

—¿Lope tenía problemas para dormir últimamente? —preguntó en castellano.

—Sí. Estaba muy inquieto desde la reaparición de Aitor y desde tu boda. Temí que volviese a la bebida. Tal vez conocía el efecto del floripondio —coligió Ginebra— y decidió emplearlo para conciliar el sueño.

—Jamás le hablé del floripondio —señaló Emanuela.

—Lope era un hombre muy culto y leído —intervino Nicolasa—. Tal vez conocía las propiedades de esa flor gracias a sus lecturas.

—Tal vez —admitió Emanuela, y se volvió hacia el cuerpo sin vida de su amigo. Se arrodilló junto a la cama de nuevo y le tomó la mano. La besó con reverencia—. Amigo mío —dijo, y la voz le falló—. Perdóname por haber llegado tarde. Perdóname. Siempre estarás en mi corazón y en mis oraciones. Siempre, querido Lope, amigo fiel.

* * *

Dos semanas después del entierro de Lope, Emanuela se propuso restablecer la rutina de su casa y la de su familia; sobre todo, quería que las cosas con Aitor volviesen a ser como durante el viaje de bodas. Desde la muerte de Lope, se había sentido perdida en el dolor y en la confusión, y jamás pensó que la ausencia de su amigo la sumiría en una pena tan honda. Aitor estaba celoso, y se enfurecía cuando la encontraba llorando. Ella también se había enojado con él al descubrir que había quemado la bolsita de ñandutí con las flores de floripondio.

—¿Para qué querías conservarlas? Tú misma dijiste que eran venenosas.

—Porque podrían haber sido la prueba de que, tal vez, alguien las puso allí.

—Sí, Lope, porque quería dormir.

—¿Y si no fue Lope, Aitor? No creo que Lope tuviese entre sus cosas una bolista de ñandutí, algo tan femenino, que las mujeres usan para llevar un pañuelo cuando salen.

—La habrá tomado prestada de entre las cosas de Ginebra.

—Ginebra dijo que era la primera vez que la veía.

—¡Fue Lope, Emanuela! Quería dormir y se le fue la mano con las dichosas flores. Deja de buscar donde no hay. Lope murió. Fin de la historia.

Emanuela se cubrió los ojos con una mano, y Aitor vio que le temblaba el mentón. Elevó los ojos al cielo y soltó un suspiro.

—Tengo esta sensación de que estoy defraudándolo. No me deja vivir en paz, Aitor. No llegué a tiempo para curarlo. Al menos quiero saber qué fue exactamente lo que ocurrió.

—Al que estás defraudando es a mí, a tu esposo. —La sujetó por los antebrazos y la sacudió apenas—. A mí —repitió, cerca de los labios de ella—, a quien no le has permitido hacerte el amor desde que él murió.

—No puedo, no puedo —sollozó, y Aitor la soltó con una interjección despectiva.

La tristeza de don Vespaciano no la ayudaba a recuperar el dominio sobre su disposición. El hombre se lo pasaba yendo al cementerio de la Compañía de Jesús para visitar la tumba de su hijo o sentado en su recámara, contemplando el jardín, donde jugaban sus cinco nietos. Emanuelita y Milagritos prácticamente vivían con ellos, y a Emanuela la serenaba tenerlas bajo su ala protectora. Se preguntaba si realmente comprendían que no volverían a ver a su padre. Octavio, por ejemplo, cada tanto preguntaba: «¿Adónde se fue tío Lope? ¿Cuándo regresa?», y si lo hacía frente a Aitor, Emanuela no necesitaba mirarlo para saber que bullía de rabia. Una tarde, don Vespaciano lo tomó de la mano y lo llevó al cementerio. Emanuela no sabía qué había acontecido frente a la tumba de Lope. Octavio volvió con los ojos llorosos, aunque sereno.

—Tío Lope está en el mismo lugar que la mamá de María y de Ana. De ahí no se vuelve —le explicó, y se abrazó a sus caderas—. ¡No quiero que tú vayas a ese lugar, mamita!

Emanuela se acuclilló frente a él y le despejó el rostro con las manos.

—Ya te dije tiempo atrás que te quedas tranquilo. Tupá no me alejará de ti.

Cansada de lágrimas y conjeturas, esa mañana del 24 de agosto se decidió a voltear página y comenzar de nuevo. Lope así lo habría querido, en especial por el bien de sus hijas. Cuando se despertó, Aitor no estaba en la cama. ¿Se habría marchado? ¿Adónde? ¿Al puerto? ¿A lo de Conan? ¿A lo de Engracia? La decepción casi aniquiló su buen ánimo, y solo después de que Orlando trepó en la cama y le ladró y movió la cola, esbozó una sonrisa y halló la fuerza para levantarse. Se lavó y se perfumó con el ungüento de almizcle de yacaré y flores de franchipán, y trasgrediendo las reglas del luto, se puso el vestido rosa, el que él le había regalado en el 53, muy despojado en comparación con los que le había hecho confeccionar en Río de Janeiro, pero con un significado que él apreciaría. Le pidió a Romelia que la peinase con esmero y que le remarcase unos bucles con el hierro caliente. Se coloreó las mejillas con polvo de cochinilla y se puso un ungüento en los labios para que

brillasen.

Aitor no estaba en la casa; doña Inmaculada le informó que había salido muy temprano. Desayunó con los niños en la recámara de juegos y les informó que el lunes reiniciarían las lecciones con Lucía, Raquel, Carmina y Teodora, lo que complació a los pequeños. Fue al despacho; lo encontró vacío, y se sentó en su escritorio para escribir billetes para los padres de las niñas en los que les informaba del comienzo de clases. Los lacró y se los entregó a un esclavo de las caballerizas para que los repartiese.

Convocó al servicio doméstico y ordenó que se aireasen las estancias y se quemase anímoni y ámbar gris en los pebeteros. Le indicó a doña Inmaculada que preparase para el almuerzo los platos favoritos de Aitor, y, como era viernes, envió a una esclava al mercado por el pescado que más le gustaba a él, el *mbirai*, al que los españoles llamaban pacú.

Aitor faltó al almuerzo. Se presentó alrededor de las tres de la tarde, mientras Emanuela, lista para llevar a Octavio a su clase de música —era hora de recomenzarlas—, buscaba el violín.

—¿Dónde lo has dejado, hijo?

—En mi recámara, mamita.

—Ahí no está, Octavio.

Entró en el despacho seguida por el niño y por Argos y se detuvo de golpe al descubrir a Aitor sentado en su escritorio con un documento en la mano, de esos con los que ella comenzaba a familiarizarse y que él llamaba «contrato».

—No sabía que habías vuelto. —Aitor, sin levantar la vista, esbozó un sonido a modo de respuesta—. ¿Has almorzado? Te había preparado tu pescado favorito, *mbirai*. ¿Quieres que caliente un poco y te lo traiga?

—No, ya comí.

«¿Dónde? ¿En lo de Engracia?»

—Aitor, ¿has visto el violín de Octavio? No podemos hallarlo.

—Lo tengo yo. Bajo llave. —Levantó la vista y la fijó en la desconcertada de ella—. No habrá más clases de música. Desde ahora, la educación de mi hijo está en mis manos.

Emanuela se volvió hacia Octavio, le sonrió para borrarle la expresión confundida y le indicó que volviese a la recámara de juegos, con sus hermanas y primas. Pero Octavio no se marchó. Se quedó allí, frente a la puerta cerrada del despacho, que no resultaba suficiente para amortiguar los gritos y reproches que se desataron dentro. Emanuela la abrió de golpe y se lo encontró de frente, con los ojos dorados cargados de lágrimas y un temblor en la barbilla; se restregaba las manitas a la altura del pecho. El niño, al descubrir la mueca angustiada de su madre, rompió a llorar. Emanuela lo alzó y se sentó con él en el tresillo. Lo acunó y le susurró palabras para tranquilizarlo. Le sonó la nariz y le ajustó la coleta.

—Lo odio —masculló el niño.

—No, Octavio. Es tu padre.

—¡Yo no soy un flojo! ¡Yo soy valiente!

—Por supuesto que lo eres, tesoro mío.

—Lo odio —insistió.

—No lo odies, por favor. Me haces daño si lo odias. Yo lo amo, hijito.

—No quiero que lo ames, mamita.

Emanuela suspiró y cerró los ojos. ¡Qué similares eran los dos hombres de su vida!

—Te voy a contar una historia. —Lo acomodó en su regazo, y el niño se distendió y le apoyó la cabeza en el brazo—. Había una vez un niño al que le gustaba estar cerca de su *pa'i*. Un día, su *pa'i* lo subió a una embarcación y, mientras navegaban de noche por el río, escucharon un alarido que provenía de la selva. —Octavio levantó los párpados, y Emanuela le admiró las pestañas espesas y renegridas—. La sangre se les heló y el corazón les batía a gran velocidad en el pecho. ¿Qué será?, se preguntaban. ¿Un animal herido? El *pa'i* ordenó detener la embarcación y descendió para ver de qué se trataba. El niño se quedó en la balsa y esperó con ansiedad. Cuando su *pa'i* regresó, traía un pequeño bulto, al que depositó en una caja. El niño se acercó lentamente. Tenía miedo, no sabía con qué se encontraría. Cuando se asomó... ¡oh! —Octavio se estremeció entre los brazos de su madre—. ¡Era una niña! Una niña muy pequeña; acababa de nacer. La luna llena le iluminaba el rostro diminuto, y el niño no podía apartar la mirada de ella. Nunca había visto a alguien cuyo color semejase al de la luna. La llevaron al pueblo y el *paje* explicó que probablemente moriría, pero el niño dijo: ¡No! ¡No, morirá! La sacaron de la caja, la recostaron en una vasija de barro, la cubrieron con plumas de pato y la pusieron cerca del fuego, para que no tuviese frío. El niño se sentó junto a la vasija y nunca se movió de su lado, siempre atento a ella, a que nada la molestase, a que nada le faltase. Giraba la vasija para que el fuego la calentase de manera uniforme, y la miraba, todo el tiempo la miraba, y como sus ojos semejaban al sol, la calentaba, y así ahuyentaba el frío que amenazaba con llevársela. Días después, cuando el *paje* declaró que la niña no moriría, admitió que había sido el calor del niño lo que la había salvado. Y desde ese día, el niño protegió a la niña de todos los males, a veces a riesgo de su propia vida. Y se amaron con todas las fuerzas de sus corazones.

—¿Terminó?

—Sí, tesoro. ¿Te gustó?

—Mucho, mamita. Cuéntamela otra vez.

—¿Sabes, Octavio? Ese niño, el que le salvó la vida a la niña, era tu padre. Y la niña era yo. —La expresión de asombro del pequeño la hizo reír—. El amor de tu padre me envolvió cuando yo estaba muriendo de frío y de tristeza y me salvó. Y nos hemos amado desde entonces. Si no fuese por tu padre, yo no estaría aquí, sino donde ahora vive tío Lope.

—Él no me quiere. Dice que soy flojo.

—Octavio, tendrás que aprender a conocer a tu padre. A veces dice cosas que lastiman, pero que él no siente de verdad. Las dice porque, cuando está herido, ataca.

—Quiere que aprenda a tirar con el arco, y a mí no me sale.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no le pedimos que nos enseñe a los dos?

—¿A ti también, mamita?

—Sí, cariño. Tu padre no tiene paciencia para enseñar. Si nos enseña a ti y a mí, cuando tú no comprendas algo, yo estaré para corregirte y señalarte cómo se hace.

—¡Sí! ¡Sí, mamita! ¡Vamos a decirle a padre...!

—No, ahora vamos al Colegio Seminario. Tu tío Juan te espera para la lección.

—¿Sin violín?

—Juan te prestará el de él.

—¡Es muy grande! —se quejó.

Emanuela le explicó lo del violín a Juan, que rio por lo bajo y sacudió la cabeza, mientras mascullaba: «¡Ay, este hermano mío!». Emanuela no tenía deseos de regresar a su casa. Necesitaba calmarse para enfrentar a Aitor. Salió del Colegio Seminario y se dirigió al edificio adyacente, la iglesia de San Ignacio. No había nadie, ni siquiera las beatas que se lo pasaban encendiendo velas y desgranando rosarios. Ningún jesuita ocupaba los confesionarios. El aroma a incienso aún se suspendía en el aire mudo. Se arrodilló frente al Santísimo y rezó, primero por el alma de Lope, y después por Aitor, y por ella, para que le concediese paciencia, y por su adorado Octavio.

—Manú.

Se sobresaltó y levantó la vista. Un hombre estaba junto a ella. No lo reconoció enseguida; la media luz de la iglesia y el hecho de que luciese más crecido, más hombre, la confundió en un primer momento.

—¡Laurencio! —exclamó, y se puso de pie.

Él extendió la mano para ayudarla; ella simuló no darse cuenta y se incorporó por sus propios medios, mientras evocaba lo que su *pa'i* Ursus le había referido tiempo atrás, que Laurencio nieto se había convertido en un pillo y que había cometido todo tipo de tropelías durante la guerra con los mamelucos y los peninsulares; incluso se murmuraba que les había vendido información a los militares portugueses. Una vez más, el juicio de Aitor se demostraba certero.

Laurencio bajó la mano ofrecida y sonrió. La emoción que le causaba tenerla frente a él suavizó la pena que le procuró el desprecio de Manú. Iba cubierta por un rebozo negro, pero debajo llevaba un vestido rosa que debía de sentarle muy bien. Estaba hermosa con sus ojos azules, sus labios brillantes y los pómulos enrojecidos. Ese día, primero se había cruzado con el luisón. Se quedó de una pieza cuando lo vio avanzar por la Samuhú-Peré montado en un caballo negro. Vestía ropajes costosos; igualmente, sus facciones indias y los tatuajes le delataban el origen. Lo siguió hasta la casa de la que hablaba toda Asunción. Desde que habían llegado con Domingo Oliveira y su banda, donde sea que fuesen —el prostíbulo, la pulpería, el mercado—,

alguien sacaba el tema de la casa que parecía palacio, construida enteramente con ladrillos, nada de madera para evitar que se incendiase, como ocurría a menudo con las otras viviendas. Evidentemente, sus correrías como Almanegra habían resultado provechosas. Estudió la casa durante un buen rato y se decidió a esperar en la pulpería del frente para averiguar más acerca del maldito al que había detestado durante sus veintiséis años de vida. Ya se le había escapado una vez, en el 56, cuando, gracias a sus malas artes de luisón, se deshizo de los tientos que lo mantenían estaqueado y huyó. Era poderoso, el muy hijoputa.

Se incorporó en la mesa cuando se abrió la puerta peatonal del portón gigantesco y franqueó el paso a una mujer y a un pequeño. El niño, no cabía duda, era de la semilla del luisón. En cuanto a la mujer, estaba seguro de que se trataba de Manú, pese al rebozo negro que la cubría de pies a cabeza. Los siguió. El niño hablaba continuamente y lanzaba vistazos devotos a la mujer que lo llevaba de la mano; la otra la cerraba en la oreja del perro que caminaba a su lado. Entraron en el Colegio Seminario de San Carlos, el de los jesuitas, y Laurencio se dispuso a esperar de nuevo, sin importarle que Domingo Oliveira se enojase por su demora. Tenían que emprender la marcha para seguir buscando al tal Calatrava. Árdenas les había colmado las faltriqueras de monedas y les había advertido que lo trajesen con vida.

La mujer abandonó el colegio de los jesuitas y caminó, esquivando baches y charcos, hasta la iglesia. Sí, no le cabía duda, era Manú. Su Manú, la única mujer que le había despertado un sentimiento tan fuerte y genuino que, pese a los años y a las decepciones, se reavivaba con solo posar los ojos en ella. Obsesionado por estudiarla de cerca, por oír su voz, oler su magnífico perfume, la siguió dentro. Se detuvo, contagiado por la actitud recogida con la que rezaba, y se la quedó mirando durante un largo rato.

—Manú —la llamó, y le dolió el miedo que cruzó por los ojos de la muchacha al reconocerlo.

—¡Laurencio! ¿Qué haces aquí? ¡Qué sorpresa!

—Te vi en la calle y te seguí —admitió—. No estaba seguro de que fueses tú. El niño que iba contigo, sin embargo, no cabe duda de que es del luisón.

—No lo llares así, Laurencio. Esas leyendas del luisón son puro invento, lo sabes.

—Cosas extrañas y misteriosas suceden en la vida, Manú, como que una niña cure con las manos. ¿Por qué no podría existir un hombre que, por tener el alma negra, se convirtiese en un perro gigante y rabioso cuando hay luna llena?

Emanuela apretó el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Vives en Asunción? —dijo, y se movió hacia el costado, en dirección a la puerta.

—No, estoy de paso.

—¿Dónde vives ahora? Mi *pa'i* Ursus me refirió que ya no lo haces en la doctrina.

—Por aquí y por allá, donde se presente una changa.

—Tu *jarýi* Malbalá es huésped en mi casa. ¿Te gustaría verla?

—No. Esa perdida no es mi *jarýi*.

Emanuela asintió con gesto sombrío y se echó el rebozo sobre la cabeza.

—Ha sido un gusto volver a verte, pero ahora tengo que marcharme.

—¿Adónde? —quiso saber, y se puso delante de ella.

Emanuela lo miró a la cara. No era muy alto, solo unas pulgadas más que ella; no obstante, fueron sus ojos los que la aterraron; había furia en ellos, no de la del tipo de Aitor, sino una teñida con un sesgo perverso, como si disfrutase de saber que estaba atemorizándola.

—Debo ir a buscar a mi hijo y regresar a mi casa.

—¿Hablas de la casa que es más grande que el Cabildo, la que todos llaman palacio? Aitor ha llenado cofres y cofres gracias a sus tropelías como Almanegra. Hasta se ha convertido en gran señor, cuando en realidad no es más que un abigeo y salteador de caminos que se oculta tras una máscara.

—¡No sé de qué hablas! —exclamó, e intentó reanudar la marcha. De nuevo, Laurencio se lo impidió.

—¿Cómo, Manú? ¿No has oído hablar de Almanegra, el azote de los caminos?

—Sí, he oído hablar de Almanegra. Lo que no comprendo es qué relación tiene con mi esposo.

Laurencio sonrió con sarcasmo.

—¡Ah, tu esposo! El luisón por fin lo consiguió. Pues tu *esposo*, querida Manú... —Tendió la mano y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla—. Siempre supe que tu piel era más suave que el algodón. Pues tu esposo es un delincuente, que hizo su fortuna robando ganado y asaltando carruajes y convoyes.

—¡Mientes! ¡Sal de mi camino! ¡Oh! ¡Suéltame!

Laurencio la aferró por los hombros y apretó con crueldad; sus dedos le llegaron al hueso. Emanuela gritó de dolor, y los ecos de su alarido rebotaron en las paredes solitarias del templo.

—No, Manú, esta vez no voy a soltarte. ¡Calla! ¡Silencio! O te estrangularé aquí mismo, bajo la cruz de Cristo.

—No me hagas daño, por favor —sollozó.

—No quiero hacerte daño —afirmó, y le pegó la boca a la mejilla, que Emanuela apartó, asqueada—. Quiero hacerte mía.

—Antes prefiero que me estrangules.

Emanuela luchaba para zafar de las garras de Laurencio, sin éxito; el rebozo se había convertido en una trampa, como si la hubiese maniatado.

—Si no te entregas a mí, iré con los militares y les diré que Aitor es Almanegra.

—¡No te creerán! Aitor es el primogénito de don Vespaciano de Amaral y Medeiros, un hijodalgo respetado y conocido por todos. Tú no eres nadie, un pobre indio y nada más.

—¡Te conviertes en una tigresa para defender a tu luisón! Siempre ha sido así. Me calienta que dejes de ser la santa y te conviertas en una fiera.

—¡Eres un desgraciado! —Liberó una mano del rebozo y lo empujó. Laurencio trastabilló y, cuando recobró el equilibrio, le dio una bofetada de revés. Emanuela se desmoronó en el suelo. El entorno se tiñó de negro, y chispazos rojos danzaron frente a sus ojos cerrados. Sintió el sabor de la sangre y pensó en Aitor, en la ira que nada ni nadie podría refrenar. Laurencio la levantó bruscamente y la circundó con sus brazos.

—Aitor te destruirá cuando sepa que me has puesto la mano encima. ¡Suéltame!

—Yo lo destruiré...

No finalizó la frase. Desapareció frente a ella y cayó un poco más allá con un sonido seco y un quejido. ¿Qué hacía Octavio allí, resollando? Lo vio que se lanzaba sobre Laurencio y lo golpeaba con los puñitos. Argos mordía el tobillo del indio, que luchaba por frenar a sus atacantes.

—¡No toques a mi madre! ¡Nadie toca a mi madre!

Emanuela corrió para apartar a su hijo antes de que Laurencio lo lastimase; llegó tarde. La mano del hombre le cubrió la cara y lo empujó. El niño cayó sobre el filo del escalón de una capilla lateral y se golpeó la frente. Emanuela soltó un alarido y corrió hacia él. Una punzada le atacó el estómago cuando le descubrió el rostro bañado en sangre.

—¡Octavio!

—Mamita... —gimoteó, medio desvanecido.

Lo tomó en brazos y corrió en dirección a la calle. Laurencio intentó seguirla. Argos se lo impidió; se lanzó sobre él y le cerró las fauces en el cuello. Antes de salir, Emanuela se volvió en el momento en que el guaraní pretendía hundir el filo de su cuchillo en los ijares del perro.

—¡Argos! —El alarido, estridente y aterrorizado, detuvo la mano de Laurencio y atrajo la atención del animal, que soltó a su víctima y corrió hacia ella.

Emanuela no miró hacia atrás. Corrió y corrió, con el niño en brazos, el rebozo que la entorpecía y sorteando baches. Frente a la puerta del Colegio Seminario, descargó el puño varias veces y gritó que le abriesen. El hermano César la contempló, horrorizado, antes de sujetar al niño y cerrar detrás de ella.

* * *

Doña Inmaculada se paseaba por la zona de las caballerizas. Se detuvo de golpe al escuchar el chasquido de la llave que abría el portón de mulas.

—¡Don Aitor! —exclamó, y corrió hacia él—. ¡Gracias al cielo que habéis llegado!

Aitor percibió que el rostro se le enfriaba y que una náusea le trepaba desde el estómago.

—¿Qué sucede?

—Vinieron de la Compañía de Jesús para avisar que doña Manú ha sufrido un accidente.

—¡Dónde está!

—La señora y el niño Octavio están en el Colegio Seminario, con vuestro hermano Juan.

Cabalgó con temeridad, sin importarle el pésimo estado de las calles ni la cantidad de carretas y gentes que las atestaban. Nada le importaba, solo llegar a ella. Siempre había sabido que el mundo se desmoronaría si algo malo le sucedía a Emanuela; había sido su gran temor y su pesadilla desde niño. Evocó la vez en que la raya le perforó la pantorrilla y la infección que casi se la llevó como consecuencia. Azuzó a Creso.

Los cuestionamientos se acumulaban, sin respuesta. Sintió culpa. Después de la discusión con Emanuela por lo del violín, se había dirigido a lo de Engracia para despejar la mente. Hablar con ella lo calmaba; con ella, era fácil dialogar, pues no lo perturbaban los celos ni la pasión que lo consumían cuando estaba frente a Emanuela. Había regresado más tranquilo, dispuesto a recomponer las cosas con su mujer. Ahogó un sollozo cuando pensó que la hallaría muerta, que no tendría tiempo de pedirle perdón una vez más.

El hermano César lo condujo hasta el dormitorio de Juan, donde se topó con varias personas a las que no identificó ni saludó. Caminó con determinación hacia el lecho donde Emanuela yacía con Octavio en brazos.

—¡Aitor! —exclamó ella, e intentó incorporarse, pero Malbalá, que le sostenía un paño húmedo sobre el costado izquierdo del rostro, la obligó a regresar.

Aitor hincó una rodilla sobre el colchón y se inclinó para tomarla entre sus brazos. Los contuvo a los dos, a su mujer y a su hijo, y los pegó a su cuerpo. El calor de ellos penetró el tejido de las vestiduras y calmó la náusea.

—¿Están bien? Por amor de Dios, dime que están bien.

—Sí, amor mío, estamos bien. Un poco golpeados y aturdidos, pero bien.

Aitor se apartó para estudiarla. El trapo se había movido y le exponía el pómulo con un hematoma y el labio inferior partido. Aitor apretó las mandíbulas; la respiración se le congestionó. Posó la mirada en Octavio, que tenía una venda sobre el ojo derecho.

—¿Qué sucedió? —preguntó casi sin aliento.

—Laurencio nieto los atacó —contestó Santiago de Hinojosa.

Aitor giró la cabeza de manera brusca y clavó la vista en el jesuita; luego la paseó sobre los demás: su hermano Juan, don Vespaciano, Malbalá y otro jesuita al que conocía de su última visita a San Ignacio Miní, de la vez que había ido a recoger a las niñas, y del cual no recordaba el nombre.

—¿Qué? —atinó a balbucear—. ¿Laurencio, el hijo de Bartolomé?

—Sí —respondió Malbalá.

—Mi nieto la salvó —manifestó Amaral y Medeiros, con expresión ufana.

—Y Argos —apuntó Octavio antes de volver a esconder el rostro en el regazo de su madre.

Aitor se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza. Caminaba de un lado hacia el otro en silencio, su respiración agitada el único sonido que inundaba la pequeña habitación. Su mente, en cambio, rugía de odio y frustración. ¡Laurencio nieto! ¡Maldito gusano! ¡Maldito, maldito!

—¿Cómo fue? ¿Qué te hizo, Emanuela? —preguntó con dureza.

—Yo... —Frunció la cara cuando se le abrió el corte en el labio. Aitor contempló la gota de sangre que brotó con una mueca pasmosa. No estaba viviendo esa tragedia. ¿Su Jasy sangraba? ¿Alguien había osado poner una mano encima de su Jasy? Bajó los párpados e inspiró profundamente; no era momento para perder los papeles; necesitaba guardar la calma.

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar, y miró al resto.

—Estaba rezando en la iglesia —tomó la palabra Juan— y Laurencio la sorprendió allí. Quería obligarla a ir con él...

—¿Estabas sola, Emanuela? —La muchacha asintió con el mentón en el pecho—. ¡Mierda, Emanuela! ¡Mierda! Tienes un ejército de mujeres a tu disposición, ¿y sales sola?

—Hijo, por favor —terció don Vespaciano, y le apretó el brazo.

—¡Voy a desollar a ese hijoputa de Laurencio nieto! ¡Lo voy a desollar vivo!

Emanuela, con los ojos cargados de lágrimas, le extendió la mano. Aitor no se la tomó; estaba devastado, enfadado, sofocado por la ira, la impotencia y las ganas de asesinar; no quería tocarla. Emanuela la apoyó sobre la espalda de Octavio y bajó la vista.

—Continúa, Juan —lo urgió con rudeza.

—Yo había salido un momento para atender una cuestión, y Octavio se escapó de...

—¡No me escapé, tío Juan! —El niño se incorporó—. Ya te dije que Argos me pidió que lo siguiese.

—¡Y menos mal que lo hiciste, valiente zagalejo! —lo esponjó don Vespaciano, y le acarició la coronilla.

—Octavio entró en la iglesia y, cuando vio que Laurencio maltrataba a Manú, lo embistió y lo arrojó al suelo. Y mientras él le daba de puñetes, Argos le mordía el tobillo.

Aitor levantó a Octavio y lo elevó sobre su cabeza. Se miraron a los ojos, el padre con una sonrisa, el hijo con un ceño.

—¡Bien hecho, hijo! ¡Bien hecho! —Lo aplastó en un abrazo y lo besó en la mejilla regordeta—. Estoy muy orgulloso de ti, Octavio.

—Yo no soy flojo. Soy valiente.

—¡Claro que lo eres, hijo mío! —Volvió a besarlo y lo presionó para que apoyase la cabeza sobre su hombro. El niño lo hizo y se durmió en cuestión de minutos.

—¿Por qué tiene esa venda?

—Laurencio lo empujó y cayó sobre el filo de un escalón —detalló Malbalá—. Se partió la ceja, como tú.

—El *pa'i* Segismundo lo cosió —apuntó Santiago de Hinojosa, y Aitor inclinó la cabeza en dirección al padre Segismundo Asperger en un gesto de reconocimiento—. Enhorabuena que llegó hoy de visita. Si no, habríamos tenido que llamar al doctor Moral, que no me despierta confianza.

—Yo lo habría cosido, *pa'i* —farfulló Emanuela.

—Hija, apenas si te sostenías en pie.

—¿Cuándo sucedió esto? —quiso saber Aitor.

—Hora y media atrás, más o menos —calculó Juan.

—Imagino que el gusano de Laurencio nieto logró escapar, ¿no es así? —Los demás asintieron—. ¿Enviaron a un grupo de hombres a buscarlo?

—Enviamos a dos esclavos para que rastreen la zona —indicó Hinojosa—. Aún no han regresado.

—Y regresarán con las manos vacías —profetizó Aitor—. Ese hijoputa es muy taimado y no se dejará atrapar fácilmente.

—Está herido —señaló Juan—. Argos lo mordió en el tobillo y, posiblemente, en el cuello.

—Ojalá muera de podredumbre —expresó Aitor, y, con Octavio en brazos, se acuclilló para palmear la cabeza del perro—. Bien hecho, amigo mío. Mereces una recompensa.

Puso a Octavio en brazos de Malbalá y levantó de la cama a Emanuela, que le rodeó el cuello y escondió la cara en la curva que se formaba con el hombro, donde inspiró su perfume, ese de algalia.

* * *

Octavio durmió durante el corto trayecto de regreso que hicieron en el carruaje que había conducido a don Vespaciano y a Malbalá hasta la Compañía de Jesús. Y siguió durmiendo mientras su abuelo se lo pasaba a Romelia, que se lo llevó a los interiores. Aitor saltó de Creso y abrió la portezuela del carruaje y levantó a Emanuela en brazos.

—¿Y Octavio?

—Quédate tranquila. —Le besó la sien—. Está con Romelia.

—¿Precisáis algo, don Aitor? —quiso saber doña Inmaculada.

—Sí, que alistéis la tina para mi mujer.

—Ahora mismo, don Aitor.

Aitor la desnudó en la recámara. Ellos no hablaban; los únicos sonidos eran los que se filtraban por la puerta del baño, los cuchicheos de las esclavas y de doña Inmaculada mientras vertían agua caliente y fría en la bañera. Aitor se quitó la casaca

y la chupa y se quedó en camisa. Se remangó y se ató el pelo, que llevaba completamente suelto. Emanuela lo observaba y percibía cómo iba humedeciéndose el lugar secreto entre las piernas.

—¿No te meterás en la tina conmigo?

—No, Jasy. Si me baño contigo, no podré controlarme, y tú no estás para eso ahora.

Emanuela bajó las pestañas y se ruborizó. Le habría dicho que sí, que estaba para eso, que lo necesitaba. La distancia que se había abierto entre ellos desde la muerte de Lope la volvía tímida y pudorosa. También le habría señalado que no era preciso que la cargase a todas partes; guardó silencio, no solo porque le gustaba el contacto de su cuerpo desnudo con las ropas de él, sino porque se daba cuenta de que él necesitaba tenerla cerca, saberla segura.

Emanuela suspiró cuando el agua le tocó el trasero. La temperatura era perfecta, y el aroma a melisa y a bergamota le devolvió la calma y el buen ánimo. Aitor la bañó con una esponja marina; se la pasaba por el cuerpo con actitud reconcentrada y en silencio; lo hacía lenta y delicadamente.

—Cuéntame cómo fueron las cosas —le pidió después de enjuagarle el cabello—. Necesito que me cuentes todo, Jasy. No tendré paz hasta que lo hagas.

Emanuela no se guardó ningún detalle; quería que Aitor supiese el calibre del enemigo que lo acechaba. A medida que el relato avanzaba y el gesto de Aitor se descomponía y los ojos se le inyectaban de lágrimas y de odio, Emanuela se arrepintió. Lo vio apretar los puños en el borde de la tina y fruncir la cara para reprimir el llanto. Acabó por explotar. Resollaba y soltaba gruesas gotas de saliva, mientras las lágrimas le bañaban las mejillas tatuadas. Emanuela temía tocarlo; lo hizo, estiró la mano y le acunó la mandíbula.

—Amor mío.

Ciego, Aitor estiró los brazos y la atrajo hacia él. Como la pared azulejada de la bañera se interponía, se puso de pie y la sacó del agua. Emanuela se pegó a él, sin preocuparse por el charco que se formaba en torno a ellos ni por empapar las ropas de su esposo. Lloró en sus brazos, abrumada por el dolor que estaba causándole.

—No lo soporto, Jasy. Quiero matarlo. Quiero encontrarlo y desollarlo vivo. La imagen de él tocándote está volviéndome loco. Te tocó, sus manos estuvieron sobre tu cuerpo, que es solo mío. ¡Mío! ¿Qué hubiese sucedido si Octavio y Argos no llegaban? ¡Dios bendito! —exclamó, y echó la cabeza hacia atrás, y Emanuela le besó el cuello expuesto. Arrastró los labios una y otra vez, le mordió el filo de la mandíbula y le entreveró los dedos en el cabello de la nuca.

—¿Te duele el corte del labio?

—No.

—¿Y el golpe en la mejilla?

Latía un poco, pero Emanuela negó con la cabeza. Se miraron a los ojos.

—Perdóname, amor mío. —Aitor frunció el entrecejo, confundido—. Por haber

dudado de tu juicio —aclaró Emanuela—. Siempre, desde que éramos pequeños, supiste que la índole de Laurencio no era buena. Yo no te creí. Perdóname. Nunca más volveré a dudar de tu juicio. Sin duda, eres mejor juez de la naturaleza humana que yo.

—Gracias por decírmelo. Respeto la opinión de muy poca gente, pero la tuya es la que única que necesito.

—Estoy orgullosa de ti, lo sabes.

La sentó en la butaca del tocador donde se tomó su tiempo para secarla y peinarla después de que Emanuela se desenredase las puntas con un aceite de almendras. La llevó en andas a la cama, que una doméstica ya había abierto, y la depositó con delicadeza, como si temiese romperla. La arropó. Se sentó en el borde y le rozó el pómulo morado.

—Descansa hasta la hora de la cena.

—Está bien. ¿Aitor?

—¿Qué, amor mío?

—Tengo miedo.

—No temas. Ese malnacido no volverá a tocarle.

—No temo por mí, sino por ti. Como te conté, Laurencio sabe que tú y Almanegra son la misma persona. ¿Y si cumple su promesa y te denuncia?

La besó en la frente y le sonrió.

—Quédate tranquila. Laurencio nieta es ladino y taimado como un zorro, pero tu Aitor lo es diez veces más. Confía en mí, amor mío. Ahora cierra los ojos y trata de dormir.

Esperó a que Emanuela se durmiese para cambiarse la camisa húmeda por una seca, abandonar la habitación y cruzar a largas trancadas el espacio que lo separaba de su despacho. Era perentorio tomar varias medidas, la primera, escribir una carta. Aunque le habría gustado que Emanuela le revisase la ortografía, tendría que bastar con su pobre castellano; lo urgía despacharla con Carmen cuanto antes. Embebió la péñola en el tintero y se concentró para mejorar la escritura. *Estimado teniente coronel de Alarcón*, escribió.

* * *

Cenaban en silencio. Las cuatro niñas lanzaban vistazos al rostro magullado de Emanuela y a la venda del pequeño Octavio. Se les había explicado someramente lo del ataque y, cuando Milagritos le preguntó a Octavio por qué había abandonado la clase de música e ido a la iglesia, el niño le explicó que Argos se lo había pedido.

—Argos no habla, Octavito —rio Ana.

—Conmigo habla. No como hablamos nosotros, pero me miró, ladró y fue hasta la puerta. Volvió, me miró de nuevo y volvió a ladrar. Abrí la puerta y él salió deprisa. Lo seguí. Él me llevó hasta la iglesia.

Todos se volvieron para mirar al perro que, a pedido de Aitor, engullía un guiso especial, de riñón de vaca y arroz. Como todavía estaba caliente, lo devoraba con ruidos que los divertían.

—Argos fue un regalo de tu padre, Octavito —señaló Malbalá—. Él lo llevó a *Orembae* para que los protegiese a ti y a tu madre.

Aitor aferró la mano de Emanuela por debajo de la mesa. Se miraron, él con el semblante grave, ella con una sonrisa y los ojos arrasados.

—Gracias, amor mío —susurró.

—Quiero que comas —la instó Aitor, y como Emanuela seguía hurgando las verduras, le quitó el tenedor y la alimentó en la boca, lo cual suscitó sonrisas entre los niños, que se convirtieron en risas cuando Emanuela, para entretenerlos, empezó a ensayar muecas y comportarse como una niña caprichosa; aun Aitor acabó riendo. Una cena que había comenzado con los ánimos caídos terminó en un ambiente alegre.

Antes de retirarse a dormir, Aitor se dirigió a su despacho, abrió la caja fuerte y extrajo el violín de Octavio. Entró en la recámara de su hijo y se topó con Aurelia, que le ponía el camisón. Argos se acercó para saludarlo, y Aitor le palmeó la cabeza.

—¡Mi violín! —exclamó Octavio.

—Está bien, Aurelia. Yo me ocuparé de él.

—Buenas noches, cariño —dijo la joven, y besó al niño en la frente, que le cerró los brazos en torno al cuello—. Buenas noches, Aitor.

—Buenas noches, Aurelia.

Aitor sentó a Octavio en medio de la cama y él se ubicó en el borde. Le entregó el violín, y observó cómo su hijo lo abrazaba y estudiaba.

—¿Por qué no vino mi mami... mi madre?

—Puedes llamarla como quieras —dijo en guaraní; necesitaba de su lengua para enfrentar el diálogo con Octavio—. No volveré a corregirte. Tu madre está muy cansada. Vine yo en su lugar.

—Padre, ¿podré volver a usarlo en mis clases? —preguntó, también en guaraní y con la vista de nuevo en el instrumento.

—Sí, hijo. Tu tío Juan estuvo explicándome lo talentoso que eres, y que es muy inusual que uno de tu edad toque con tanta habilidad. Tu tío está muy orgulloso de ti. Y yo también.

Octavio alzó la vista y abrió grandes los ojos.

—¿De veras?

—Sí, hijo. —Se miraron fijamente—. Gracias por haber salvado a tu madre.

—Está bien. ¿Por qué me quitaste el violín? ¿Porque no sé tirar flechas? —Aitor bajó la vista y asintió—. ¿Por qué tengo que aprender a tirar con el arco?

—Verás, Octavio. Cuando yo era pequeño como tú, aprendí a pelear y a defenderme porque la gente me atacaba, sobre todo el hombre al que yo creía mi padre. Él... no me quería.

—¿Tú me quieres, padre?

—Más que a mi vida —expresó, y le rozó el carrillo con el dorso del índice.

—¿Y a mi mamita? Hoy los oí pelear. No me gusta que peleen.

—Tu madre y yo podemos pelear días enteros, pero nunca dejar de amarnos.

—¿Con todas las fuerzas de su corazón? —Aitor rio, confundido—. Ella me contó que tú la salvaste con tu calor cuando la tenían en una vasija con plumas de pato. Y dice que, desde ese día, se aman con todas las fuerzas del corazón.

—Sí, es así. ¿Cuándo te contó eso tu madre?

—Después de pelear contigo, cuando le dije que te odiaba. ¡Pero ya no te odio! Ella me dijo que le hace daño que yo te odie porque ella te ama.

Aitor experimentó un impulso que hasta el momento solo Emanuela le había provocado, el de abrazar a su pequeño hijo. Lo atrajo hacia él y lo encerró contra su pecho. Los bracitos de Octavio, con el violín en la mano, se ajustaron en torno a su cuello.

—Te quiero, hijo mío.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el infinito.

La risa de Octavio le dio fuerzas. Resultaba extraño que ese sonido le inspirase pensamientos tan bellos después de lo vivido por la tarde. Lo besó en la mejilla.

—Estoy tan orgulloso de ti. Fuiste muy valiente hoy cuando salvaste a tu madre. Ella me dijo que empujaste al bandido y que cayó de traste.

—Sí, lo embestí —dijo el niño en castellano.

—¿Lo embestiste?

—Hice lo que hace el toro cuando está en la arena. Me acordé de lo que don Leónidas me había contado de cuando él era torero, e hice lo mismo. Corrí, corrí y lo embestí.

—Muy bien —replicó Aitor, con menos entusiasmo. El nombre del torero siempre lo ponía de mal humor. Se lo habían encontrado en el velorio y después en el entierro de Lope, y cada vez que lo había buscado con la mirada, lo había pillado devorando a su Jasy con la vista. Solo le faltaba que su hijo lo reverenciase.

* * *

No sabía por qué estaba nerviosa, como si fuese una virgen por afrontar su primera vez; tal vez temía que la rechazase de nuevo, como durante el baño. Lo esperaba, desnuda, sentada en el tocador; solo llevaba una gargantilla que Aitor le había regalado para la boda. Se había recogido el cabello y le había pedido a Romelia que encendiese pocos blandones; no quería demasiada luz, no quería que él apreciase en detalle el moratón ni el corte. Una esclava había encendido un pebetero donde se quemaba una pastilla de mirra, y el aroma comenzaba a inundar la estancia.

Lo oyó acercarse en el mutismo de la casa, y sus pulsaciones se dispararon. El taco de los zapatos de Aitor resonaba con la fuerza de su pisada, segura, constante. Se

aproximaba, en pocos segundos estaría frente a ella. No habían hecho el amor desde la muerte de Lope, y la distancia que había nacido entre ellos le resultaba intolerable.

Aitor abrió la puerta y notó que la luz escaseaba. Aguzó la vista y buscó a Emanuela. No estaba en la cama. Divisó su silueta en la butaca del tocador. Se miraron a través del espejo, donde le vio los pechos desnudos; después le notó la espalda y el nacimiento del trasero, que se hundía en el terciopelo de la tapicería. Se puso duro bajo el calzón. Cerró la puerta y echó la traba sin apartar los ojos de su mujer, que abandonó la butaca y se dio vuelta para enfrentarlo y exponerle su desnudez. Le notó la gargantilla en el cuello, y el brillo en los labios, y la mirada cargada de deseo, aunque también de suspicacia.

—Quiero que me hagas el amor.

Aitor caminó hacia ella. Se miraron con una intensidad que arrancó un quejido a Emanuela. Aitor le miró el labio partido y la besó del otro lado con delicadeza. Se aferró a él, conmocionada por la reacción de su cuerpo, que temblaba, se erizaba y se humedecía al tímido contacto de sus bocas. El latido entre las piernas cobró un vigor que lo convirtió en un padecimiento.

—Amor mío, amor mío —repetía él, mientras la lamía y la mordía en la mandíbula, en el cuello, en el escote—. Te he echado tanto de menos.

—Lo sé. Perdóname. Me sentí perdida y confundida, pero ahora solo deseo tenerte dentro de mí. Te necesito, Aitor. No sabes cuánto.

Inclinó la cabeza y se metió uno de los pezones en la boca. Lo hizo rodar con la lengua y lo mordisqueó delicadamente. Emanuela se arqueaba y jadeaba, se refregaba contra la erección de Aitor y le clavaba los dedos en los hombros.

—Tócame —rogó él, y la mano de ella se deslizó por la tela suave de la chupa y se cerró en torno a la carne dura de él, que profirió un gemido largo y ronco. Giró con ella y la obligó a inclinarse sobre el escritorio. La base de mármol del tintero le tocó el pezón derecho, y un escozor la recorrió de pies a cabeza, acentuando las sensaciones, sembrando palpitaciones y espasmos en las partes más sensibles.

Aitor se liberó el miembro con una mano, mientras mantenía la otra cerrada en torno a la nuca de Emanuela, como si temiese que se le escapase. Le apoyó la erección sobre el trasero; ella la colocó entre sus nalgas y la apretó.

—¡Oh, Jasy! —clamó él, y le sujetó la parte fina de la cintura y se restregó entre sus glúteos, hacia arriba y hacia abajo.

—¡Aitor, por favor! Te necesito.

Le separó los cachetes del trasero y le indicó que colocase las caderas en un ángulo que la obligó a ponerse en puntas de pie. La penetró con lentitud; cada tanto se detenía y respiraba afanosamente sobre el hombro de ella. La humedad de su aliento le golpeaba la piel caliente y la hacía estremecer.

Aitor comenzó a mecer la pelvis, con embistes suaves al principio, más exigentes al cabo de pocos segundos cuando los gemidos de Emanuela y la rotación de su trasero lo sumieron en una excitación avasalladora.

—Mira el espejo, Jasy —le ordenó con voz agitada—. Quiero verte cuando te alivias y gritas mi nombre.

Emanuela apoyó el mentón sobre el escritorio y levantó los párpados. La imagen de él le robó el aliento. Aitor la contemplaba con seriedad. Anhelaba ser testigo del instante en que ese semblante grave se disolviese en una mueca de placer que parecía de dolor; la hacía sentir poderosa.

—¡Aitor! —exclamó cuando el éxtasis se derramó dentro de ella y las ondas se prolongaron como un trémolo hasta hacerle vibrar las entrañas.

El rostro de Emanuela transido por el gozo y sus alaridos bastaron para que Aitor explotase dentro de ella y la colmase con su semilla. Acabó con la cara pegada en la espalda de su mujer.

—Gracias —farfulló él, entre jadeos—. Te necesitaba.

—Lo sé.

La depositó sobre el colchón. Emanuela se arrodilló de espaldas a él y liberó su cabello, que se le derramó, pesado, sobre los hombros. Aitor, todavía de pie junto a la cama, le cerró la mano en el cuello y la acercó para susurrarle:

—¿Estás provocándome, Jasy?

Llevó la mano hacia atrás, la cerró en torno al miembro satisfecho y la ahuecó para contener sus testículos, los que se tensaron entre sus dedos. Aitor la mordió en el hombro y resolló sobre su piel.

—Mira lo que he dejado sobre la mesa de noche.

—¿Esto? —se intrigó Aitor, y señaló una vasijita de barro cubierta por una tapa de cuero. Emanuela se había vuelto hacia él y, aún de rodillas, lo observaba con una mirada traviesa.

—¿Qué es?

—El ungüento que me dijiste que precisaríamos cuando me sodomizaras. —Se cubrió la boca y rio cuando el pene de Aitor se endureció de golpe; su color oscuro destacó sobre la tela de tonalidad beige de la chupa.

—Con qué poco me pones duro.

—¿Y con esto? —dijo, y lo llamó agitando el índice. Aitor apoyó una rodilla en el colchón y se acercó. Emanuela le habló al oído—: Quiero ser tuya de todas las formas posibles. Quiero que me sodomices esta noche. Desnúdate, por favor.

Pocas veces Aitor le había regalado una sonrisa tan genuina. Siempre lo encontraba magnífico; con esa sonrisa, su belleza le resultaba inverosímil. Le acunó la cara entre las manos y lo besó en los labios aún estirados.

—¿Te hice feliz?

—Siempre me haces feliz.

—Tu sonrisa es distinta. Me dejó sin aliento.

—Estoy feliz por el placer que me darás, por el que yo te daré a ti, pero sobre todo porque esto significa que confías en mí.

Le deslizó las manos bajo las solapas de la casaca y se la quitó.

—Luce extremadamente atractivo con todo puesto y su verga colgando fuera, señor de Amaral y Medeiros, pero quiero verlo desnudo. Su cuerpo es mi objeto favorito. —Rio y levantó la vista. Aitor la contemplaba, serio, los ojos ennegrecidos, y por un instante Emanuela se asustó; tal vez había dicho algo inapropiado.

—Me vuelves loco cuando dices verga. Dilo de nuevo. Muchas veces. —Ella se quedó mirándolo, de pronto acobardada—. Anda, Jasy.

Cerró los ojos porque, pese a todo lo que había compartido con ese hombre desde que tenía memoria, la avergonzaba ese lenguaje. La excitaba cuando él le decía cochinerías, pero le resultaba difícil devolverle el favor. Por eso, no entendía por qué acababa de emplear la palabra castellana verga; se le había escapado. Pensó en Engracia, en Ginebra, en Olivia, y se convenció de que ellas no se habrían mostrado timoratas ni pacatas. Levantó los párpados.

—Quiero que esta noche pongas tu verga en todo mi cuerpo.

—Jasy. —Aitor inspiró ruidosamente y le clavó los dedos en la cintura.

* * *

Los días después del ataque de Laurencio nieto fueron difíciles. Aitor no permitía a Emanuela salir excepto con él, que se lo pasaba fuera la mayor parte del día, en las barracas del puerto o en lo de Conan, también en lo de Engracia por el asunto de los caramelos Almanegra, que cada día se vendían a un precio mayor; esa realidad, sin embargo, quedaba fuera del conocimiento de Emanuela. Octavio tenía prohibido salir para sus clases de violín, por lo que Juan Ñeenguirú iba a lo de su hermano.

Entre las medidas que Aitor había tomado después de la aparición de su detestado sobrino, una había sido convocar a un grupo de hombres de la mina, los de mayor confianza, para que escoltasen a su mujer cuando él no pudiese hacerlo. Manuel Cabrera —ya no más López— estaría a cargo del retén, pues, pese a la ojeriza que le despertaba su hermano mayor, admitía que el muchacho era de las personas más sensatas y confiables que conocía. Ismael Matas, el caporal, se lamentaría de perder a su mano derecha.

—Ten paciencia, Jasy —le pidió una noche en la intimidad de su recámara cuando Emanuela se quejó de que había rechazado la invitación de doña Mencía para tomar mate esa tarde porque él no estaba para acompañarla—. En unos días llegarán Manuel y sus hombres y si yo no estoy, saldrás con ellos.

Aunque tentada de decirle que Laurencio no se aventuraría de nuevo, guardó silencio. Como había admitido días atrás, Aitor se había demostrado mejor juez de la índole humana. Por fortuna, no se había opuesto a que retomase su pequeña escuela, y eso la mantenía ocupada y entretenida, lo mismo la visita de su *pa'i* Ursus, que había llegado a Asunción para dar el pésame a los Amaral y Medeiros por la muerte de Lope. Emanuela lloró en sus brazos con el abandono que no hallaba en los de nadie, tal vez solo en los de Malbalá, y le refirió las dudas acerca de la muerte de su

amigo.

—Jamás sabremos qué sucedió —admitió, desanimada—. Tal vez sea cierto lo que conjetura Ginebra, que quería conciliar el sueño y no advirtió que colocaba una cantidad letal de flores dentro de la bolsita. La flor del floripondio es tan bonita y simple; tiene aspecto inofensivo.

—Entonces —dijo el jesuita, y la besó en la frente—, deja el asunto por la paz y recuérdalo con el cariño que Lope merece. Ya no te atormentes, mi niña. ¿Has tenido noticias de tu padre? Tu *pa'i* Santiago dice que Leónidas Cabrera ha ido dos veces a buscar el tónico que le manda tu *taitaru*.

—No tengo noticias, *pa'i*, y me atormenta pensar en su futuro. ¿Tendrá que huir toda la vida?

—Me temo que sí, Manú. El Santo Oficio no olvida ni perdona.

Una tarde, ocho días después del ataque, Aitor daba su segunda clase de tiro con el arco a su mujer y a su hijo. La familia, aun Ursus, Santiago de Hinojosa, doña Mencía, Juan y Conan, invitados a almorzar, la presenciaban, y reían con los intentos fallidos de Emanuela y la falta de paciencia de Aitor. Era una tarde agradable del primer día de septiembre, y se encontraban en el jardín, donde Aitor había hecho levantar una diana. La familia y los invitados se habían sentado a una distancia prudente, bajo la sombra de unas palmeras, y, mientras contemplaban la clase, saboreaban el refresco de aguaribay y las tartitas de piña que las esclavas ofrecían.

—Padre, ¿puedo intentarlo? —pidió Ana, y como Aitor la miró por sobre el hombro con una mueca entre confundida y enfadada, Emanuela intervino:

—¡Por supuesto, cariño! Toma, intenta con mi arco.

—Pero... —se pasmó Aitor, y al detener la mirada en la de su esposa, asintió. No le dio instrucciones y se alejó dos pasos hacia atrás. La niña se colocó en posición y, tras unos segundos, disparó. El tiro no dio en el centro por poco. Aitor se quedó mirando fijamente la flecha clavada en la diana, mientras los demás aplaudían a la pequeña de ocho años, que sonreía con los carrillos oscuros teñidos de rubor y los ojos verdes y rasgados que le chispeaban.

—¡Felicitaciones, cariño! —la esponjó Emanuela y le dio un abrazo.

—¡Ana, Ana! —la llamó su hermano—. ¡Enséñame, Ana!

—Ese fue un tiro excelente —declaró Aitor, y la sonrisa de la niña se congeló y comenzó a desvanecerse.

—Gracias, padre.

—Inténtalo de nuevo —ordenó, y le entregó otra flecha. Le dio unas pocas indicaciones —cómo colocar las piernas y la posición de los hombros— y se alejó unos pasos. Ana volvió a tomarse un momento antes de disparar. Esa vez, el tiro se aproximó unas pulgadas más al centro de la diana, y de nuevo explotaron los aplausos.

Doña Inmaculada apareció en el jardín y se aproximó a Aitor a paso presuroso y con gesto preocupado.

—Don Aitor, lo buscan, señor.

—¿Quién? —preguntó Emanuela; el estómago se le había vuelto de piedra a causa del mal presentimiento.

—El jefe de la Policía del Cabildo, doña Manú.

Emanuela cerró las dos manos en torno a la muñeca de Aitor y casi corrió para mantener el ritmo de sus largas zancadas. Los adultos los siguieron. Doña Inmaculada y las esclavas les impidieron a los niños regresar a la casa.

Apenas cruzó mirada con Venancio Arguizábal, jefe de Policía y padre de Teodora, Emanuela supo que una tragedia se desataría en su hogar. No estaba solo; dos agentes lo escoltaban. Arguizábal la contempló con semblante desolado y bajó la cara. Emanuela se colocó delante de Aitor.

—¿Qué sucede, don Venancio? —preguntó, y la voz le surgió chillona e inestable.

—Doña Manú... —El hombre se aclaró la garganta—. Lo siento tanto, doña Manú, pero vuestro esposo, el señor de Amaral y Medeiros, ha sido acusado de abigeato y robo.

—¡Qué! —exclamó, al tiempo que se levantaba un murmullo detrás de ella—. ¡No, no! ¡Esa acusación es falsa! ¡Mi esposo...!

Aitor la obligó a volverse y la encerró en un abrazo. Le susurró sobre la sien.

—Tranquila, mi Jasy. Tranquila, amor mío. —Emanuela se rebulló; Aitor ajustó la sujeción—. Déjame ocuparme de esto. ¿Estamos de acuerdo? —Emanuela asintió, y cuando Aitor aflojó los brazos, se mantuvo pegada a él, el rostro escondido en los pliegues de la guirindola. Inspiraba con desesperación el aroma de la piel sudada de Aitor mezclado con su perfume y buscaba serenarse. «No puede estar pasando esto. No de nuevo. No de nuevo esta pesadilla», lloraba su alma.

—¿De qué se trata este desatino? —intervino el vozarrón enojado de don Vespaciano.

—Un funcionario del Cabildo asegura que vuestro hijo es el salteador de caminos conocido como Almanegra.

Emanuela apretó los párpados y los dientes y hundió los dedos en la espalda de Aitor para prevenir los alaridos de terror y los espasmos.

—¡Qué disparate! —exclamó el hombre—. ¡Qué desatino! ¿Y quién es el orate que se atreve a culpar a mi hijo de semejante calumnia?

—Uno de los regidores, el señor Saro Pelliza, el que este año se desempeña como fiel ejecutor. —Arguizábal movió la vista hacia Aitor—. Lo siento, tendré que pedirle que nos acompañe al Cabildo.

—¡Nooo! —El clamor de Emanuela detuvo a los agentes que avanzaban para colocar las esposas a Aitor—. ¡Nooo! ¡No se lo llevarán! ¡Mi esposo es inocente! ¡Es inocente! ¡No, no! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera de aquí!

—Por favor, doña Manú —suplicaba Arguizábal, al borde del quebranto.

Aitor le besaba la cabeza y la frente e intentaba apartarla de él.

—Amor mío, déjame ir.

—¡No te dejaré ir!

—Doña Manú, estoy seguro de que don Aitor es inocente. Todo se aclarará debidamente.

—¡No se lo llevarán! ¡Tendrán que matarme!

—¡Pa'í! —lo llamó Aitor, y Ursus se pasó el dorso de la mano por los ojos y caminó hacia las dos personas que más amaba. No precisó palabras. Sus manos enormes se cerraron en los hombros de Emanuela y la apartaron.

—¡Nooo! ¡Aitor, nooo! —Emanuela estiraba los brazos y se sacudía, fuera de sí, mientras veía con ojos desorbitados cómo los agentes esposaban a Aitor—. ¡Iré con él! ¡Llebadme con él! ¡Apresadme a mí también!

—Manú, hija mía —le habló Ursus—, piensa en Octavio y serénate. Te lo suplico, hijita, cálmate, por Octavio y las niñas, que estarán preguntándose qué sucede.

—Pa'i... —sollozó Emanuela, la mirada fija en la de Aitor—. ¿Por qué me lo quitan de nuevo?

—Hijo, ve tranquilo —lo alentó Vespaciano—. Arreglaremos este desaguisado, no te preocupes.

—Esto es obra de Domingo Oliveira y de Laurencio Ñeenguirú —pronunció Aitor en castellano, y Venancio Arguizábal levantó las cejas, asombrado—. Tratad de averiguar qué relación existe entre esas dos alimañas y el funcionario que me acusa.

—Lo haré, hijo. Y ahora mismo iré a hablar con el notario Lacalle.

—Pondré manos a la obra —aseguró Conan.

—Padre, bajo ningún concepto Emanuela puede abandonar la casa.

—Pero...

—¡Padre, por amor de Dios! ¡Laurencio estará al acecho para arrebatármela!

—Está bien, está bien, como tú digas.

—Convoca a tus hombres de confianza de *Orembae* para que custodien la casa. En unos días llegarán Manuel Cabrera y otros de la mina. La vigilancia será de día y de noche. ¿He sido claro?

—Don Aitor —lo urgió el jefe de Policía.

Se dio vuelta, y la expresión brutal con que lo enfrentó hizo que el funcionario retrocediese.

—Me despediré de mi esposa, señor jefe de Policía. *Después* lo acompañaré.

—Sí, sí, como vuesa merced disponga.

Ursus aflojó las manos y Emanuela corrió hacia Aitor, que, en un gesto instintivo, trató de abrazarla. Ella le encerró la cintura y hundió la cara en su pecho. Aitor le habló con la boca pegada en la cabeza.

—Sé fuerte, amor mío.

—No puedo si no estás conmigo.

—Estoy contigo, siempre estoy contigo. Vives en mí, Emanuela.

Levantó la vista y la fijó en la de él. Estiró los labios en una sonrisa que no acabó

de nacer.

—Y tú en mí. —Las lágrimas se derramaban en silencio por sus mejillas sonrojadas—. Te amo, Aitor. Como a nada, como a nadie.

—Saber eso me basta para enfrentar lo que sea.

—Yo estaré a tu lado, luchando contra lo que sea que intente separarnos.

—Lo único que quiero que hagas es cuidarte. Laurencio estará al acecho. ¿Me lo prometes? ¿Me prometes que te cuidarás? ¿Por mí? Me volveré loco si no lo haces.

—Lo haré.

Emanuela le acunó el rostro y lo besó con labios enfebrecidos.

—Don Aitor —volvió a urgirlo el jefe de Policía.

Aitor suspiró y se apartó de Emanuela, que corrió a los brazos de su *pa'i* en busca de refugio y consuelo. Cerró los ojos y apoyó la frente en la sotana del jesuita. No quería verlo partir.

CAPÍTULO XVI

Los días que siguieron al arresto de Aitor, Emanuela los vivió como si estuviese atrapada en una pesadilla, en especial porque don Vespaciano le prohibía abandonar la casa. Encerrada en su habitación, daba rienda suelta al dolor y a la desesperación; lloraba o se echaba en la cama y ahogaba alaridos en la almohada que aún conservaba el perfume de él. Las visitas estaban prohibidas en las mazmorras del Cabildo; no obstante, Aitor las recibía a diario gracias a los permisos especiales del jefe de Policía, que a su vez era el alcaide de la cárcel. Todos los días, Emanuela acondicionaba una canasta con comida, ropa limpia y otros enseres, que don Vespaciano o Conan le llevaban. Cuando se enteró de que no le proveían suficiente agua para higienizarse, comenzó a enviarle cuatro tinajas con dos esclavos.

Le aseguraban que estaba bien, que recibía buen trato y que don Venancio Arguizábal le hacía limpiar la celda y cambiar los juncos del suelo cada dos días; además le había entregado un jergón bastante grueso y mullido para que no durmiese sobre la litera pelada. Con todo, nada la conformaba: quería verlo. Cada mañana que se despertaba sola en la cama le costaba más abandonarla. Pensar en la sonrisa que debería impostar para los niños y en las mentiras que se vería obligada a inventar le drenaba los pocos arrestos que le quedaban.

Doña Concepción, madre de Teodora y esposa del jefe de Policía, que por esos días llevaba a su hija a clase en lugar de la esclava, permanecía un momento para dar una palabra de consuelo y aliento a Emanuela, además de noticias, que ella comenzó a esperar con ansias.

—Os lo suplico, doña Manú, no penséis que mi esposo es un desagradecido —se lamentó la mujer en una ocasión—. Diréis que, después de haber salvado la vida de nuestra Teodora, él os agradece de este modo tan cruel. Me siento avergonzada.

—Doña Concepción, vuestro esposo está cumpliendo con su deber; yo lo comprendo. No os atormentéis. Ha sido tan generoso de permitir que mi suegro y el señor Marraque lo visiten a diario, y autoriza que le entreguen la canasta y las vasijas de agua que le envió. Sé muy bien que son excepciones que él hace en consideración a mí, y le estoy muy agradecida. Solo me gustaría saber por qué el regidor Pelliza ha calumniado a mi esposo.

Doña Concepción se aproximó un poco en el ademán de secretar, y Emanuela la imitó.

—A mi esposo, ese Saro Pelliza no le gusta nada, tenéis que saberlo, doña Manú. Ya lo tenía entre ceja y ceja antes de este malhadado asunto con don Aitor. Asegura que es un cascaciruelas y so capa de su puesto como fiel ejecutor, aprovecha para extorsionar a los comerciantes.

—¡Oh!

—Ya veis, querida doña Manú, ese Pelliza no es trigo limpio.

—Pero ¿de qué acusa a mi esposo exactamente?

La mujer agitó la mano en el acto de desestimar la denuncia del funcionario del Cabildo.

—Puras patrañas. Que en el 57, él viajaba hacia Corrientes y que el tal Almanegra y su gavilla de malhechores atacaron su carreta, y que él le vio claramente las facciones, y que eran las de vuestro esposo. Dice que lo reconoció sobre todo por los tatuajes y por los ojos amarillos.

—¿Cómo es eso posible? He oído decir que el tal Almanegra siempre lleva una máscara, que es imposible ver su rostro.

—Pelliza afirma que la careta se le salió con el zangoloteo y la agitación. No os atormentéis, doña Manú, que mi esposo está investigando a ese bueno para nada. Llegaré al fondo del asunto. Todos sabemos que don Aitor es inocente. Con todo el bien que está haciendo a la ciudad, ¡por todos los santos! ¿Quién se atrevería a sospechar de él?

Doña Concepción se refería a las donaciones que Aitor había realizado al Cabildo para que colocase iluminación pública en las calles principales, en especial la de su casa, la Samuhú-Peré, y para que se iniciasen obras con el fin de canalizar el agua pluvial que erosionaba el terreno y provocaba aludes.

Fue duro cuando se presentaron para registrar la casa en busca de pruebas condenatorias. Gracias a las órdenes de don Venancio, procedieron con cuidado, sin romper nada ni revolver demasiado. Le exigieron que abriese la caja de hierro que Aitor tenía en el despacho, lo cual Emanuela hizo con la llave que él le había dado tiempo atrás y después de mirar al notario Lacalle y recibir su aquiescencia con un asentimiento. Solo encontraron papeles, sus joyas y las de las niñas y dos bolsas con monedas de plata ensayada, que Conan, presente durante la inspección, declaró que se trataba del dinero separado para pagar el quinto real.

Unos días más tarde, Emanuela, sentada en su tocador, intentaba zurcir un siete que Emanuelita se había hecho en un vestido de muselina. Pensaba en Lope, en cuánto la habría reconfortado su presencia. Desde que Ursus se había visto obligado a regresar a San Ignacio Miní, se sentía un poco sola, pues no quería descargar el peso de su desolación en Malbalá, que estaba destrozada. Se echó a llorar, abrumada por la nostalgia que le causaba la ausencia de su mejor amigo y por el pánico que la atenazaba desde que Aitor no estaba a su lado. También comenzaba a pesarle el encierro. La casa era enorme y el jardín, un gran desahogo; no obstante, la sensación de ser prisionera la sofocaba, lo que a su vez alimentaba las tortuosas imágenes de Aitor reducido a una celda maloliente y estrecha.

El llanto arreció, las lágrimas caían sobre la muselina, la vista se le nublaba, las manos le temblaban. El dedal resbaló de su índice y rodó bajo el tocador. Ahogó una imprecación y se agachó para ver dónde había acabado. Estaba demasiado lejos para

alcanzarlo con la mano; se hallaba contra el zócalo. Se hizo del apagavelas, bastante largo dado la altura de los blandones. Lo extendió bajo el mueble y usó la campanilla con la que se ahogaba el pabilo para atraer el dedal. Lo presionó contra el zócalo, y escuchó un chasquido. Un pedazo salió despedido hacia fuera y sin embargo no cayó, permaneció firme, paralelo al muro, como si de un cajón se tratase.

—¿Qué es eso?

La luz que ingresaba desde el jardín no bastaba para estudiar lo que había bajo el mueble. Intentó correrlo, pero fue en vano. No quería pedir asistencia, ni siquiera la de Romelia. Echó traba a la puerta, cerró las contraventanas y vació el tocador, incluso extrajo las seis gavetas, que apoyó en la cama. Volvió a intentarlo, y el mueble se separó de la pared. Se acuclilló junto al segmento de zócalo que se había deslizado fuera. Orlando hundió el hocico dentro para olfatear el contenido y Emanuela lo apartó. Dentro descubrió tres cosas: una máscara blanca, una capa negra y un rollo de papel. No tenía duda: la máscara de cuero blanco era la de Almanegra. ¿La capa sería parte del atuendo? Desenrolló el pliego, un documento en realidad, emitido en Buenos Aires, en el 53, a nombre de Francisco de Paula Almanegra.

Sufrió un estremecimiento al imaginar qué habría sucedido si esos elementos hubiesen acabado en manos de los funcionarios del Cabildo que habían registrado la casa días atrás. Se puso de pie frente al espejo y se apoyó la máscara sobre el rostro. Orlando ladró furiosamente.

—Sí, lo sé, cariño. Da miedo.

Se debatió entre quemar el hallazgo o devolverlo al sitio secreto. Respetaría la voluntad de Aitor, y los acomodó de nuevo en el cajoncillo simulado tras el zócalo. Cerró el artilugio y colocó el mueble en su sitio.

* * *

Se impacientaba cerca del mediodía, mientras aguardaba la visita de su padre o de Conan, y comenzaba a caminar por la celda. Necesitaba sacarse de encima la vitalidad que lo ahogaba, y el ejercicio físico se imponía como una necesidad. De noche, cuando se apagaban las teas y el sótano quedaba sumido en la oscuridad, se masturbaba fantaseando con los labios de Emanuela en torno a él. Solo así conseguía dormir por unas horas, aunque siempre se despertaba con un sobresalto. Desvelado, pasaba el tiempo ideando las formas de tortura que aplicaría a Laurencio y a Oliveira antes de asesinarlos. Al cabo, unos policías encendían las teas seguidos por unos empleados del Cabildo que repartían un potaje incomible. Esa rutina anunciaba que había amanecido, pues para él y los demás presos era siempre la misma y constante oscuridad; en las mazmorras nunca salía el sol.

En general, Conan y su padre iban a verlo juntos. Apenas se aproximaban a las rejas, él les disparaba la misma preguntaba, «¿Cómo está Emanuela?», y la respuesta era invariablemente «Está bien». Luego quería saber si habían recibido noticias del

teniente coronel Titus de Alarcón; hasta el momento, nada se sabía de él. Solo después de ese interrogatorio de rigor, se hacía con la serenidad para hablar del resto —de la evolución de la denuncia, de la mina, de la familia y de las tantas cuestiones que lo tenían como responsable—.

Don Vespaciano le aseguraba que, tarde o temprano, conseguirían su libertad. Confiaba en que la carta enviada al conde de Superunda solucionaría el problema; después de todo, no existía juez más poderoso en las Indias Occidentales que el virrey, y Vespaciano de Amaral y Medeiros era un hijodalgo de peso. La había enviado con un propio de los jesuitas que, a mata caballo, cubriría la distancia hasta la Ciudad de los Reyes en poco más de un mes, por lo que aún faltaban quince días para que la entregase. La duda que cabía era cuánto se tomaría el conde de Superunda para dirimir el asunto.

Don Vespaciano también había pedido audiencia con el gobernador Jaime Sanjust, que lo había recibido en el fuerte dos días después del arresto de Aitor. El militar, solícito y atento al discurso de Amaral y Medeiros, había prometido ocuparse del caso personalmente, por lo que la denuncia de Pelliza, que de ordinario habría caído en manos de un juez capitular del Cabildo, estaría a cargo del propio Sanjust, que enseguida mandó pedir al responsable del Tesoro Real un informe sobre las sumas depositadas por el acusado como consecuencia de su actividad minera. Ya estaba al tanto, gracias a lo que le había referido el jefe de Policía Arguizábal, de que el hijo de don Vespaciano era un buen súbdito del rey, cuyos aportes económicos a las arcas del Cabildo permitirían emprender obras para mejorar la calidad de vida de los asuncenos. Pidió también que se le informase acerca de la situación económica del regidor Pelliza; quería descartar que se hubiese precipitado a acusar a un inocente para hacerse con la suculenta recompensa que obtendría en caso de que sus afirmaciones se probasen verdaderas. Por último, solicitó a don Venancio Arguizábal que rastrillase la ciudad y la campaña hasta dar con esos dos que, en opinión de don Vespaciano de Amaral y Medeiros, eran los confabuladores ocultos tras la denuncia del regidor, el tal Domingo Oliveira y Laurencio Ñeenguirú, que se la tenían jurada a su hijo.

También lo visitaba el notario Lacalle, quien, a pedido de Aitor, había enviado un nuevo mensaje al presidio en la zona del Guayrá a cargo de Titus de Alarcón solicitándole su presencia en Asunción. Hasta el momento, tampoco habían obtenido respuesta.

—Notario, ¿qué me sucedería en caso de que me encontrasen culpable?

—La horca.

—No quiero que mi esposa se entere de esto.

—Por el momento, intentaré que se mantenga ajena a esta información, pero...

—¿Pero qué? —se impacientó Aitor.

—A juzgar por el semblante de doña Manú, lo sospecha.

Aitor se alejó de la reja y le dio la espalda al notario. La declaración de Lacalle no

debería haberlo afectado, ¿o acaso él no sabía que, por mucho que Conan y su padre le asegurasen que ella estaba bien, Emanuela padecía? Siempre acababa sufriendo por su culpa. Amarla como la amaba, loca, desesperadamente, había sido una maldición para ella. De igual modo, a su naturaleza egoísta no le importaba. Ahora era su esposa, lo que muchas veces había creído imposible. «Mi esposa», susurró, y ese pensamiento le dio ánimos. Se volvió hacia el notario.

—Lacalle, quiero hacer testamento. El señor Marraque y el padre Santiago de Hinojosa, de la Compañía de Jesús, serán los testigos.

—Lo prepararé todo y los convocaré para firmarlo aquí. Pediré a don Venancio que nos permita entrar en la celda. Se ha mostrado muy solícito y generoso con vuesa merced, Dios sabrá por qué, pues es sabido lo estricto que es; jamás hace concesiones. Será en consideración a vuestro padre.

—¿Hay noticias de los hombres que contrató para que rastreasen a Oliveira y Ñeenguirú? Los del jefe de Policía no han conseguido nada.

—Los que contraté yo tampoco, me temo.

Aitor masculló un insulto y apretó las manos en torno a los barrotes.

* * *

El 18 de septiembre llegaron Manuel Cabrera y su retén, que se unieron al grupo de peones de *Orembae* para reforzar la búsqueda de Laurencio nieto y de Oliveira, como también la vigilancia de la casa. Emanuela, que se había encariñado con el hermano de don Leónidas durante su luna de miel en la mina, le pidió que eligiese a tres de sus hombres, los de más confianza, y que la escoltasen al Cabildo.

—No, ángel mío, tú no sales de esta casa —se impuso don Vespaciano—. Mi hijo ordenó que bajo ningún concepto podías salir.

—Pero su hijo no está aquí para impedírmelo, y yo no puedo vivir un día más sin verlo. O perderé la cordura. —Se miraron en silencio—. Manuel y tres de sus hombres me acompañarán, además de Romelia y los esclavos que llevarán las tinajas de agua. Usted también puede venir, y tantos más como quiera. Nadie se atreverá a tocarme. Iré, don Vespaciano. Nada me lo impedirá.

—Ahora comprendo por qué mi hijo afirma que eres testaruda como una mula.

Emanuela sonrió y lo besó en la mejilla. Se cubrió la cabeza con el rebozo, se tomó del brazo que su suegro le ofrecía y caminó hacia la puerta principal, con Romelia a su lado y los cuatro hombres de la mina detrás de ella. En la calle los aguardaban los esclavos con las tinajas suspendidas en los extremos de unas pértigas. Los peatones los observaban, pues componían un grupo peculiar. Emanuela, ajena a las miradas, iba callada, la vista al suelo, mientras imaginaba el encuentro con su amado.

Era la primera vez que entraba en el edificio del Cabildo. Por fortuna, Amaral y Medeiros, que lo visitaba a diario, los guió por los patios y las estancias.

—Buenos días, don Vespaciano —lo saludó un guardia, de pie frente a una puerta cerrada.

—Buenos días. Además de mí y de los esclavos con el agua, hoy bajará la esposa de mi hijo.

—¿La esposa? —El guardia fijó la vista en Emanuela—. Pero...

—¿Qué sucede? —lo urgió Amaral y Medeiros.

—La esposa de don Aitor llegó hace un rato. Está todavía abajo con él.

—¡Qué estáis diciendo! —se enfureció don Vespaciano, y Emanuela ajustó el brazo en torno al del hombre. Había desayunado frugalmente y no había almorzado; el estómago de pronto le pareció un peso que latía y ardía.

—¡Abrid esa puerta, insensato! La esposa de mi hijo es ella, doña Emanuela de Amaral y Medeiros. Quien sea que haya bajado a las mazmorras es una impostora.

«Engracia», pensó Emanuela.

Excepto la escolta de Emanuela, bajaron todos, con el guardia por delante, que sostenía un fanal para iluminar las escaleras que los conducían a las entrañas del ayuntamiento. Emanuela se cubrió la nariz con un pañuelo embebido en agua de rosas cuando el hedor le dificultó la respiración y le acentuó las náuseas.

Antes de verla, Emanuela escuchó la voz de su hermana Ginebra.

—¡Yo te amo, Aitor! —la oyó declarar—. ¡No puedes haber olvidado las noches de amor que compartimos!

El estómago le dio un vuelco y la rapidez con que le pulsó la sangre en las venas le provocó un ligero desvanecimiento. Se recuperó enseguida, y supo que Romelia la sostenía.

—¡Ginebra! —El vozarrón de don Vespaciano rebotó en las paredes del sótano—. ¡Qué desatinos son estos! —La aferró por el brazo y la obligó a soltar los barrotes.

—¡Suélteme! —le gritó a la cara.

—¿Has estado bebiendo, muchacha? —Ginebra se encogió de hombros e hizo un gesto apático—. ¡No seas impertinente! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué le has dicho al guardia que eres la esposa de Aitor?

—¡Porque yo debería ser su esposa y no... —apuntó a Emanuela con desprecio— y no ella!

A las palabras de Ginebra, Aitor abandonó la litera, corrió hacia la reja, insertó la cara entre los barrotes y forzó los ojos hacia la izquierda, hacia donde Ginebra había apuntado.

—¿Emanuela? —la llamó, con timbre esperanzado.

Emanuela no fue capaz de responder ni de moverse. Seguía presa de la sorpresa, en especial desde que había divisado la figura de doña Nicolasa, que contemplaba a su hija con expresión ufana como si el espectáculo que estaba dando no fuese humillante sino enaltecedor.

—¡Emanuela! —vociferó Aitor, y extendió el brazo hacia afuera.

Su grito la rescató del trance. Corrió hacia la mano ofrecida, la tomó entre las de

ella y la besó, una y otra vez, y se la pasó por las mejillas empapadas en lágrimas.

—Amor mío, amor mío —repetía.

Ginebra se lanzó sobre ella y la apartó con un empujón.

—¡No lo toques! ¡Es mío!

—¡Ginebra! —vociferaron Aitor y Vespaciano al mismo tiempo, mientras Emanuela contemplaba a su hermana con ojos como platos.

—¡Padre! —exclamó Aitor cuando se dio cuenta de que la muchacha iba a atacar a su esposa—. Está borracha. Sácala de aquí. A las dos.

Ginebra luchaba para zafar de las manos de don Vespaciano.

—¡No me iré! ¡Tú! —Señaló a Emanuela con el índice—. ¡Tú me lo robaste todo! ¡A mi esposo, a mi amante, a mi padre! ¡A mis hijas! ¡Hoy mismo las sacaré de tu casa!

—Mis sobrinas están con nosotros porque ellas así lo desean. Se sienten a gusto a nuestro lado. No las castigues a causa de tus rencores. Ya han perdido demasiado y echan de menos a Lope.

—¡A Lope nunca le importaron porque no se las habías dado tú! Quería más a Octavio que a sus propias hijas. ¡Regresarán a mi lado! ¡No quiero que vuelvan a verte!

Emanuela le habría suplicado que no se las quitase, que sufrirían lejos de ella, en el desamor y la indiferencia. Guardó silencio y se mordió la cara interna del cachete para no romper a llorar.

—¿Por qué me tratas así, Ginebra?

—¡Deja de hacerte la mosquita muerta! —intervino doña Nicolasa, pese a no comprender el guaraní.

—Cierra el pico, Nicolasa.

—Tú a mí no me das órdenes, Vespaciano. El día que elegiste a la india para que te calentase la cama, perdiste todo derecho sobre mí.

—¡Vamos!

—¡Me las pagarás, Manú!

—¿Por qué? —susurró Emanuela, que no daba crédito a sus ojos, mientras observaba a su madrastra y a su hermana retirarse escoltadas por don Vespaciano y el guardia, que les iluminaba los escalones.

La serena y siempre compuesta Ginebra se había transformado en una criatura irreconocible. «Está ebria», la justificó, y enseguida se recordó: «Los ebrios y los niños siempre dicen la verdad». ¿Tanto odio albergaba su hermana en el corazón?

—Emanuela —la llamó Aitor, y volvió a rescatarla de su abstracción—. Ven, amor mío. No prestes atención a ese par.

Dirigió la mirada hacia la de él, y la sobrecogió el impacto que fue verlo después de más de quince días. Un momento antes, mientras adoraba su mano, había mantenido los ojos deliberadamente cerrados. «*¡Yo te amo, Aitor! ¡No puedes haber olvidado las noches de amor que compartimos!*» Las palabras de Ginebra regresaron

con la crueldad de la descarga de un látigo. Le estudió el semblante demacrado, y las ojeras profundas, y las mejillas enflaquecidas, y el cabello aplastado y sucio, y caminó rápidamente hacia él. Aitor sacó los brazos entre los barrotes, los cerró en torno a la cintura de ella y la pegó a la reja. Emanuela metió las manos y le acunó la cara. Se besaron con un hambre que los mantuvo ajenos a los varios pares de ojos que los observaban. Romelia se puso de espaldas al matrimonio y frente a la escolta y a los esclavos y, con un ademán de mano y sin importarle su condición de esclava, les ordenó que se diesen vuelta, lo que cumplieron sin chistar.

—Te echo tanto de menos. Estoy volviéndome loco lejos de ti.

—Yo también. No puedo dormir sola en nuestra cama. Estoy fea por eso, porque no duermo bien desde que te llevaron.

—Estás hermosa, hermosa, Jasy mía. En cambio yo huelo mal. Estoy sucio.

—Estás hermoso, como siempre, y hueles bien. ¿Quieres que te haga traer más vasijas de agua?

—No, no. ¿Para qué? Es tan complicado lavarse aquí. Pero dime, ¿por qué has venido? No te quiero en este hueco maloliente. Además, le dije a mi padre que no te dejase salir de casa.

—Hace unas horas llegaron Manuel y sus hombres. Ellos me escoltaron hasta aquí. —Aitor apretó el ceño, y las cejas se le volvieron más acusadas, más diabólicas—. No me reproches, te lo suplico. ¿Cómo has podido pensar que no vendría a verte? No tengo paz, no vivo, estoy angustiada todo el tiempo. ¿Por qué me niegas este solaz? Estar entre tus brazos, besar tu boca perfecta... No me niegues este solaz.

—No, no —dijo él con fervor, la frente pegada a la de ella, las manos enterradas en su cintura, los ojos cerrados.

—Don Aitor —intervino el guardia, que había regresado con Vespaciano—. Vuesa merced sabe que no puede haber contacto físico con las visitas. Fue la condición que impuso el jefe.

—¡Oh! —Emanuela enrojeció e intentó apartarse; Aitor se lo impidió.

—Trueba —habló con una mueca divertida y acento autoritario—, esta es mi esposa, y te aseguro que don Venancio no se opondrá a que la toque, así que no fastidies. Y si sigues mostrándote amable conmigo y con mis invitados, tendrás ese puesto que te ofrecí. La paga siempre llegará en término y no será en especie, sino en metálico, el triple de lo que obtienes aquí. Ahora, abre la celda para que puedan entregarme el agua y la canasta.

El guardia asintió con un movimiento nervioso e indicó a los esclavos que colocasen las tinajas sobre el piso. Levantó las tapas, metió su cuchillo y lo hizo girar.

—Quiere comprobar que no hayas escondido un arma u otro objeto, Jasy —le explicó al oído—. Hará otro tanto con el contenido de la canasta.

—Espero que su cuchillo y sus manos estén limpias —se preocupó Emanuela, y Aitor profirió una carcajada que atrajo las miradas.

—Veo que hoy estás de buen humor —bromeó don Vespaciano, de regreso—. Me

pregunto por qué.

—Padre, ¿por qué le permitiste salir de casa?

—La conoces mejor que yo, hijo. Habría precisado atarla a una silla para impedir que viniese a verte.

Trueba acabó la revisión de la canasta y abrió la reja. Emanuela entró antes que los esclavos con las tinajas, y Aitor la arrastró al sector más alejado y oscuro, donde le pasó un brazo por la parte baja de la espalda y la sujetó por la nuca para devorarle los labios y penetrar su boca con una lengua que hablaba del deseo reprimido durante esos diecisiete días de separación.

—Me devuelves la vida —jadeó sobre los labios entreabiertos de Emanuela—. Estoy feliz de que hayas venido. Me das fuerza, Jasy.

—Por eso vine, porque sabía que me necesitabas tanto como yo a ti.

—Ah, el aroma de tu aliento, y el perfume que escondes tras la oreja... —Hundió la nariz e inspiró ruidosamente—. Me hacen olvidar de este albañal.

—Saldrás pronto de aquí, amor mío. Rezo por ti y por nuestra familia todo el tiempo, para que volvamos a estar juntos.

—Si tú se lo pides a Tupá, Él te lo concederá. Eres su hija dilecta. Es por eso que no comprendo por qué me permite ser tu dueño.

—Tupá es bueno, por eso me dio al mejor hombre por marido.

—¿De veras piensas que soy el mejor hombre, aunque tengas que venir a visitarme a la prisión?

—Sí. Eres el mejor. El único para mí.

—Jasy, te amo, amor mío. Hasta la demencia.

—Te amo, Aitor. Para siempre.

Le habría preguntado por la visita de Ginebra y decidió que no desperdiciaría esos minutos hablando del desplante de su hermana. Prefirió usar los labios para besarlo.

—Vendré todos los días —le prometió—. No quiero que te angusties por mí. Manuel y sus hombres me acompañarán.

—Don Aitor, el tiempo se ha excedido —advirtió el guardia.

—Quiero quedarme aquí contigo.

Aitor le sonrió sobre la boca y ajustó el abrazo, embargado de ternura y de lujuria, dos sentimientos que solo Emanuela le inspiraba simultáneamente.

—Si te quedases, ningún preso dormiría esta noche. Tus alaridos los mantendrían en vela.

—Sabré ser silenciosa, te lo prometo.

Aitor profirió otra carcajada y le besó la frente.

—Te amo, Jasy.

—Volveré mañana.

—No quiero que andes por la calle, no quiero que salgas.

—Solo para verte. Estaré muy atenta, lo prometo.

Aitor la pegó a su cuerpo y se preguntó con qué voluntad le permitiría abandonar

la celda. Verla irse sería como la muerte, lo sabía. Le hundió la cara en el cuello e inspiró por última vez su fragancia.

—Daría lo que fuese por hacerte el amor. Estoy tan duro. ¿Recuerdas la mañana del día de mi arresto, cuando te tomé en mi despacho, sobre el escritorio? Pienso en eso todo el tiempo, Jasy.

—Sí, me acuerdo. Mi *tako* está tan húmedo y caliente ahora como lo estaba aquel día, con tu lengua entre mis piernas. Está húmedo y caliente por ti, para ti, para recibirte dentro de mí.

Aitor emitió un gruñido, le sujetó el rostro por las mandíbulas y le aplastó la boca con la de él. La apartó y se alejó. Le dio la espalda y se cruzó de brazos.

—¡Trueba, abre la maldita reja!

Emanuela se quedó mirándolo, atónita. Bajó la vista y salió con actitud vencida.

* * *

Engracia había intentado ver a Almanegra todos los días desde que Conan le había dicho que estaba preso. Nunca le concedían el permiso. «Solo familiares y el notario, señora», le repetía quien estuviese delante de la puerta de la mazmorra. Conocía los detalles de la denuncia del tal Saro Pelliza, quien, de seguro, era un monigote de dos enemigos ancestrales de Almanegra. Ese día, mientras se aproximaba al Cabildo, se detuvo al verla salir a ella, a Emanuela, del brazo de un hombre de edad. Una pequeña multitud los circundaba, y Engracia enseguida reconoció a Manuel Cabrera y a otros amigos de la mina. Habría corrido a saludarlos; la presencia de la esposa de Almanegra la mantuvo quieta, tras el grueso tronco del palo borracho que le daba nombre a la calle principal, la Samuhú-Peré.

Intentó ganarse la buena voluntad del guardia, sin éxito. El hombre la despachó, malhumorado, y de nada le valieron su belleza y coquetería. En la calle de nuevo, miró hacia uno y otro lado. Se sentía sola y perdida. Añoraba a Almanegra como ni siquiera había añorado a su padre después de su muerte. Le faltaba un pedazo de ella misma, y se recriminaba haberse enamorado de él. Aquella noche lejana del 53, cuando se aproximó al fogón para seducirlo, solo había buscado un poco de diversión.

Decidió ir al prostíbulo no tanto para cobrar los últimos caramelos que les había entregado sino para preguntar por la salud de Sixtina, la pequeña de ocho años, hija de una prostituta muerta semanas atrás después de que la atropellase un caballo desbocado. Desde entonces, la niña había caído enferma con unas tercianas que los mejunjes y brebajes de la curandera payaguá no sanaban; es más, parecían empeorar el cuadro. Le había rogado al doctor Moral que visitase a la niña; ofreció pagarle lo que le pidiese. El físico se había negado al enterarse de que se trataba de la hija de una mujer de la mala vida, «el fruto del pecado más vil», había rematado.

Agitó la aldaba del burdel, cerrado a esas horas tempranas, y le abrió Adela, una

de las prostitutas, de las más simpáticas, con quien Engracia había hecho migas.

—¿Cómo está Sixtina?

—Mejor —contestó la joven con una sonrisa sincera—. Hoy amaneció sin fiebre.

—A Dios gracias.

—Amén. Pasa, le diré a doña Camelia que la buscas. —Adela frunció el entrecejo—. ¿Qué te ocurre, Engracia? Te dije que Sixtina está mejor. ¿Por qué aún tienes esa cara de velorio?

Engracia suspiró y sacudió la cabeza. Se debatió entre guardarse el dolor o compartirlo con Adela. Aunque hablaba con Conan a diario acerca de Almanegra, no era lo mismo que hacerlo con una mujer, que la comprendería y no la observaría como si le hubiese crecido un tercer ojo.

—Estoy muy mal pues un amigo fue injustamente encarcelado. Uno de los regidores del Cabildo, un tal Saro Pelliza, lo acusa de ser el bandido Almanegra.

—¡Oh, Almanegra! —exclamó la prostituta, y Engracia sintió celos de la admiración que trasuntaban sus ojos y su voz. Las leyendas que se tejían en torno al salteador de caminos lo habían convertido en un héroe, sobre todo porque combatía a los lusitanos.

—Mi amigo no es Almanegra. Estoy segura de que Saro Pelliza lo acusa para hacerse de la recompensa ofrecida por el gobernador.

—¡No tengo duda de que es así! —expresó Adela, con un timbre y una expresión que intrigaron a Engracia.

—¿A qué te refieres?

—El día de la Asunción de la Virgen, Pelliza vino a terminar los festejos patronales entre las piernas de Dora, su favorita, y en la mesa de juego, su segunda pasión. Jugó con ese pícaro portugués, Domingo Oliveira...

—¿Domingo Oliveira? ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. Oliveira, que es más tramposo que el demonio, lo desplumó en media hora. Pelliza siguió jugando y acumuló una deuda que ni siquiera me atrevo a mencionar. El regidor le ofreció sus mulas, su carreta, las joyas de su esposa... Nada. El hombre quería metálico. ¿De dónde iba a sacarlo el tonto de Saro? Cuestión que, desde ese día, tiene el aliento de Oliveira en la nuca, y créeme, Engracia, a mí no me gustaría enemistarme con ese diablo. Es perverso.

—¿Estás segura de lo que estás diciéndome?

—¿Por qué sigues preguntándome si estoy segura? *Estoy* segura.

Engracia le destinó una sonrisa que confundió aún más a la joven. Se despidió y corrió a la calle, sin importarle el negocio que la había conducido hasta allí. Montó la mula que Almanegra le había regalado poco tiempo atrás para su natalicio y marchó a lo de Conan. Maldijo entre dientes cuando el doméstico le informó que el señor no estaba.

—Me dijo que visitaría a la esposa del señor de Amaral y Medeiros. Debe de estar en su casa en este momento.

Un azote de celos le acentuó el mal humor. Subió de nuevo en la grupa de la mula y la condujo a la casa de Almanegra, el palacio de quien todos hablaban y del cual le habría gustado ser la reina.

* * *

Emanuela, más tranquila después del encuentro con Aitor, cebaba mate a su familia y a Conan, fray Pablo y doña Mencía, que la visitaba a diario desde lo del arresto. Doña Inmaculada entró en la sala con un ceño, y Emanuela intuyó que algo iba mal.

—Si me permitís, doña Manú, tengo un mensaje para el señor Marraque.

—¿De qué se trata?

—Una persona pide por él.

—Hacedla pasar —indicó Emanuela.

—Pues...

—Iré a ver de qué se trata. —Conan se puso de pie.

—No, no. Hacedla pasar.

—Es la señora Engracia, doña Manú —confesó el ama de llaves.

—Oh.

—Asegura que es urgente, señor Marraque —añadió la mujer.

Emanuela se puso de pie y, con autoridad, insistió:

—Que pase.

—Pero don Aitor ha dicho...

—Don Aitor no está aquí ahora. Hacedla pasar.

Emanuela se arrepintió de su decisión apenas Engracia entró en la sala detrás de doña Inmaculada. La belleza escandalosa de su rival se evidenciaba aun embozada. Conan y Emanuela salieron a recibirla. Engracia miró fugazmente a la dueña de casa y le dedicó una sonrisa forzada.

—Gracias por permitirme entrar, señora.

—De nada. ¿Deseáis beber algo?

—Oh, no. Cona... Conrado, es imperativo que hablemos.

—Podéis usar el despacho de mi esposo —ofreció sin mala intención, y advirtió que el gesto y las manos de Engracia se tensaban con la palabra esposo.

«Debe de amarlo mucho», concluyó. ¿Por qué le había permitido entrar en su hogar? Una curiosidad malsana la había impulsado. Quería verla bien; la noche de la boda se había tratado de un vistazo.

—Lo que tengo para decir es acerca de vuestro esposo, señora.

—Oh. Doña Inmaculada —la llamó Emanuela—, acomodad al señor Marraque y a la señora de Atalaya en el despacho. Enseguida me uniré a vosotros.

Se disculpó con doña Mencía y fray Pablo, a quien dejó con Malbalá y Juan, y se retiró con don Vespaciano tras ella.

—Si eso que dices es cierto, hemos hallado el modo de sacarlo de este lío —

expresó Conan en el momento en que Emanuela y Amaral y Medeiros entraban en el despacho—. ¡Don Vespaciano! Engracia acaba de realizar el más sorprendente de los descubrimientos.

Conan relató lo que la mujer acababa de referirle, con algunas intervenciones de la propia Engracia que enriquecieron la exposición.

—¡Maldito Oliveira! —renegó Amaral y Medeiros—. Aitor tenía razón. Ese ladino y el malnacido de Laurencio Ñeenguirú usaron a Saro Pelliza para tenderle una trampa.

—No comprendo y hace días que deseo preguntar —intervino Emanuela—, ¿qué relación existe entre Laurencio y Oliveira?

—Laurencio se unió a la banda de Oliveira hace algunos años —reveló Conan, y se abstuvo de aclararle que Aitor se había enterado mientras lo mantenían estaqueado en el vivac del ejército portugués.

—Ya veo —balbuceó—. Esos dos juntos en contra de mi Aitor —dijo, y enseguida miró a Engracia, que bajó la vista. Se la quedó mirando; la atraía la belleza de esa mujer. El hechizo se quebró y los celos tomaron su lugar. Aitor le debería la libertad a su antigua amante. ¿Cómo se lo agradecería? ¿La abrazaría? ¿La besaría? Incapaz de ocultar la envidia y la rabia, dio media vuelta y se alejó hacia una de las contraventanas.

—Es una excelente noticia —concedió don Vespaciano—, pero debemos admitir que entre la palabra de una... mujer pública y la de un regidor, el gobernador no dudará en elegir la de este último.

—Debemos pedir audiencia a don Venancio Arguizábal —dijo Conan—. Él está de nuestra parte. Hay que contarle lo que Engracia ha descubierto y pedirle que interrogue a Pelliza. Por lo que trasunta, es un hombre débil. Tal vez, con los métodos adecuados, el hombre se decida a contar la verdad.

—El jefe de Policía debería registrar la casa de Pelliza —opinó Engracia, y su voz sensual al tiempo que cargada de ansiedad causó una punzada en el pecho de Emanuela, que se la imaginó susurrando palabras de amor a su esposo—. Si Pelliza firmó un documento a Oliveira por la deuda, tiene que haberse quedado con una copia. Serviría para probar la relación entre esos dos.

—No suelen firmarse copias de esos documentos —expresó Amaral y Medeiros—, sin embargo, se podría intentar. Por mi parte, iré a ver al gobernador y, en plan de confidencia, le referiré lo de la deuda de Pelliza con Oliveira. Por fortuna, en mi primera audiencia, le dije que sospechábamos de él. Vamos, no hay tiempo que perder.

Emanuela se mantuvo de espaldas al grupo, la vista fija en la fuente del jardín, donde una pareja de saíras azules se bañaban y se seducían, ajenos a los acontecimientos que amenazaban con destruir su vida. La esperanza renacía con el descubrimiento de Engracia, y sin duda a ella la colmaba de dicha que se hubiese abierto un resquicio en la oscuridad más profunda. De igual modo, no conseguía

desembarazarse del sentimiento negro que significaban los celos. Amar tenía muchas aristas; algunas en absoluto agradables.

—Buenas tardes, señora de Amaral y Medeiros —escuchó decir a Engracia.

—Buenas tardes —dijo, y volvió apenas el rostro.

* * *

A la mañana siguiente, Emanuela sufrió un disgusto cuando Ginebra y doña Nicolasa se presentaron para llevarse a Emanuelita y a Milagritos. El primer impulso de Emanuela al ver a su hermana fue echársele encima y arrancarle los cabellos. ¿Cómo se había atrevido a declararle su amor a Aitor? ¿Y doña Nicolasa, ser testigo del desvarío de su hija y no hacer nada? Es más, la había contemplado con orgullo y una media sonrisa, como si la alentase. Sofocó el arrebato, inspiró profundamente para aflojar el estómago y se recordó que lo único que contaba era que no la apartase de sus sobrinas, que tanto la necesitaban. Se dispuso a hacer las paces.

—Ginebra, tú y yo somos hermanas.

—¡Medio hermanas! —apuntó doña Nicolasa—. ¡Y tú eres una bastarda!

—Cierra el pico, Nicolasa —intervino don Vespaciano— o juro por mis antepasados que te arrastraré fuera a puntapiés en el trasero.

—Te has vuelto vulgar desde que fornicas con...

—¡No! —terció Emanuela, y se interpuso cuando Vespaciano se abalanzó sobre su antigua amante.

—Dame a mis hijas, Manú.

—Sí, por supuesto. Lo único que te pido es que me prometas que me permitirás verlas.

—No.

—¿No? ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido para que te hayas vuelto en mi contra?

—Ha sucedido que me di cuenta —expresó, y miró fugazmente a su madre— de que me has arrebatado lo que más quería en el mundo. No te permitiré que también me arrebates a las niñas.

—Son tus hijas, por supuesto que no te las arrebataría. Solo te suplico que me permitas seguir viéndolas. Son como mis hijas también.

—¡No, Manú! —Ginebra avanzó y Emanuela retrocedió—. ¡Son mías, solo mías! ¡Doña Inmaculada, traiga a las niñas! ¡Ahora!

—Y te harás cargo de esa perra escandalosa —manifestó doña Nicolasa, y señaló a Marã, que ladraba como una posesa—. Después de todo, fue idea tuya que Emanuelita la adoptase.

—¡Ginebra, no puedes separarlas de Marã también! Es una crueldad.

Las niñas lloraban y tendían los brazos en dirección a la perrita y a Emanuela, que intentaba convencerlas con la voz quebrada y labios temblorosos que pronto volverían a verse. Octavio, María Antonia y Ana Dolores contemplaban el cuadro sin

pestañear.

Por la tarde, mientras caminaba del brazo de don Vespaciano, rodeada por Manuel Cabrera y sus hombres, se instaba a poner buena cara para no mostrarle a Aitor cuán destrozado estaba su corazón. No podía quitarse de la cabeza los rostros de Emanuelita y de Milagritos. Se pellizcó las mejillas antes de bajar a la mazmorra y estiró los labios en una sonrisa. Sus esfuerzos resultaron vanos; Aitor frunció el entrecejo apenas la vio. Cuando abrieron la celda y la sujetó entre sus brazos, se echó a llorar como una niña. Él era el único con el poder para consolarla. Abandonó el Cabildo más tranquila.

Al día siguiente, Emanuela se paseaba por su recámara a la espera de noticias; don Vespaciano había ido a lo del notario para conocer las novedades. Romelia entró con una bandeja; le traía un refrigerio pues apenas había tocado el almuerzo; tenía el estómago cerrado y nauseoso. La esclava depositó la bandeja sobre el escritorio y detuvo a Emanuela en su ir y venir.

—Has perdido peso desde que lo arrestaron. Cuando Aitor regrese te encontrará flaca y demacrada.

—¿Regresará? —dijo, y los ojos se le calentaron.

Romelia chasqueó la lengua y la obligó a reclinarse sobre su pecho generoso.

—Claro que volverá, Manú. No pierdas la fe, mi niña. Aitor tiene más vidas que un gato y saldrá de esta con bien, ya lo verás.

—Anteayer, cuando esa mujer vino a decirnos lo que te conté, me llené de esperanzas. Pero todo se mueve tan lentamente. Y él sigue en ese sitio insalubre, húmedo y maloliente, lejos de mí. Ya no sé qué decirles a los niños cuando me preguntan.

—Tú sigue con la historia de que partió hacia la mina.

—Estoy tan cansada de sufrir, Romelia.

La esclava la besó en la frente.

—Lo sé, mi niña. Ahora siéntate y cómete las torrijas y bebe la leche tibia con miel. Tienes que recuperar el color.

—Comamos juntas. Es demasiado para mí.

Romelia acercó la butaca del tocador al escritorio y se sentó frente a Emanuela, que mordisqueaba una torreja.

—Te han salido exquisitas, Romelia. Gracias.

—¿Sabes, Manú? Tengo la sospecha de que el tal Manuel, el hermano de don Leónidas, anda enamorado de nuestra Aurelia. —Emanuela alzó las cejas y siguió masticando—. La sigue con la mirada y la observa con fijeza cuando cree que nadie está viéndolo. Aurelia se pone colorada cuando él aparece y le tiemblan las manos.

—Aurelia sufrió con la traición del hombre que la dejó encinta y juró que jamás se uniría a ningún otro. Para ella, todos son ladinos.

—Entonces —dijo Romelia, y le guiñó un ojo—, habrá que hacerle ver que Manuel es un pan de Dios.

—¿Sí, verdad? Yo también tengo la impresión de que es una persona de bien.

Después del refrigerio, Emanuela estaba de mejor ánimo. Las novedades eran alentadoras. El gobernador le había ordenado a Arguizábal que interrogase a Pelliza y que registrase su casa, lo que se estaría llevando a cabo en ese momento. Agradecía la presencia de doña Mencía, una distracción bienvenida, no solo por ella sino también por sus alumnas, pues la señora había resultado una hábil modista y estaba enseñándoles a cortar y confeccionar prendas como parte de su educación. Emanuela le hacía de asistente.

Había enviado un billete solicitándole a Ginebra que les permitiese a Emanuelita y a Milagritos asistir a clase. La respuesta había sido tajante y garabateada en el mismo trozo de papel: *No volverán a verte*. La crueldad incomprensible de la respuesta la dejó atónita; segundos después se percató de que no era la caligrafía de su hermana, sino la de doña Nicolasa. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Me oyes, querida?

—Disculpadme, doña Mencía. Estaba con la mente en otra parte.

—Pues te mostraba este bordado de realce que ha realizado Teodora. Mira qué constante la puntada, qué pareja.

Emanuela tomó el trozo de lienzo y admiró la letra bordada en tonos azules y verdes, una E. Levantó la vista y se halló con los ojos expectantes de la niña. Ningún rastro quedaba de las fiebres pútridas que por poco se la habían llevado casi seis meses atrás.

—Es bellissimo, tesoro. Eres talentosa. Y muy prolija.

—Gracias, doña Manú. Es para vuesa merced. Me dijo Octavio que os llamáis Emanuela.

¿Por qué estaba tan sensible? ¿Por qué esas simples palabras le anudaban la garganta y le nublaban la vista? Carraspeó.

—Gracias, tesoro. Lo pegaré en el estomaguero de alguno de mis vestidos.

—En esa bata de cotilla verde cardenillo que llevabas en la procesión del día de la Asunción quedará muy bien —sugirió doña Mencía.

Doña Inmaculada entró en el salón de clases sin llamar.

—Doña Manú, ha llegado alguien y, como le informé que don Aitor no se encuentra, pide por vuesa merced. Dice llamarse Titus de Alarcón.

—¡Oh! Sí, sí, enseguida estaré con él. Doña Mencía, ¿puedo dejarla un momento a solas con las niñas? Un querido amigo de Buenos Aires acaba de llegar.

—Por supuesto, mi ángel. Ve tranquila.

No se detendría para examinar su aspecto. La ansiedad por volver a ver a Titus la hizo levantarse el ruedo de la falda y correr por los patios y las habitaciones hasta la sala principal. Sabía cuánto deseaba Aitor ponerse en contacto con el teniente coronel. Preguntaba por él todos los días. Emanuela se lo quedó mirando, pasmada, y cuando lo interrogó acerca de cómo lo había conocido, él le respondió que se lo contaría en otra ocasión; por prudencia, no insistió; en la prisión no había intimidad

para hablar.

La vio primero a ella, a Micaela de Riba, que admiraba el clavicordio, y después a Titus, gallardo en su uniforme, ya no de los blandengues, sino del ejército regular de Su Majestad. Soltó un gritito y corrió a los brazos de su amiga.

—¡Qué felicidad volver a veros! No es necesario que os pregunte lo obvio: os habéis casado.

—Sí, cuatro meses atrás —contestó Micaela, y Emanuela pensó que nunca la había visto tan hermosa ni vital.

—Venid, por favor. Sentaos. Poneos cómodos. Doña Inmaculada, por favor, traed el servicio del mate y algo para comer.

Se sentaron, y Emanuela guardó silencio para recuperar el aliento, mientras observaba las expresiones asombradas de Titus y de Micaela, que giraban las cabezas hacia uno y otro lado sin comedimiento para admirar los muebles y los frescos de las paredes y los trampantojos del techo.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Quince días atrás llegamos al presidio a mi cargo en el Guayrá. Allí me encontré con la carta de Alma... de Aitor y la del notario Lacalle, y enseguida emprendimos el viaje hacia aquí, sin siquiera desempacar los baúles.

—¡Cuánto te lo agradezco, Titus! Aitor está ansioso por saber de ti. Seréis nuestros huéspedes durante vuestra estadía en Asunción.

—Oh, no, no —dijo Micaela—. No queremos importunaros. Iremos a una posada o al fuerte.

—No hay posadas dignas en Asunción. Además, ¿para qué tener una casa de estas dimensiones si nuestros queridos amigos tienen que buscar alojamiento en lugares extraños? ¡Volver a veros ha sido la primera alegría que he recibido en tanto tiempo! Quiero que conozcáis a nuestro hijo Octavio, y a las hijas de Aitor, que son como mías, María y Ana. Y a mi madre, y a mi suegro, y a mi hermano Juan, que le enseña violín a Octavio. —Estaba hablando demasiado y de modo atropellado, lo sabía. Pero no era capaz de detenerse. Estaba feliz, nerviosa, excitada. No sabía qué hacer con tantas emociones—. ¿Dónde habéis dejado vuestro equipaje?

—En una carreta, que nos espera afuera —informó Micaela.

Emanuela se puso de pie, y Titus hizo otro tanto.

—Iré a pedirle a uno de los esclavos que...

—Manú —dijo Titus, y ella cerró la boca—, ven, siéntate un momento. Después nos ocuparemos de los baúles. Ahora dime, ¿dónde está Aitor?

El contraste de sensaciones que le provocó la pregunta fue tremendo, y de nuevo la sobrecogió el estado de ánimo sensiblero. Apretó los labios y bajó la vista, que se le nubló cuando Micaela colocó una mano sobre las de ella, que estaban entrelazadas.

—¿Qué sucede, Manú?

—Está preso. Aitor... Desde hace tres semanas está preso en la cárcel del Cabildo.

—¡Oh!

—¿De qué lo acusan? —preguntó Titus, con una ecuanimidad que le dio consuelo.

—De ser el bandolero Almanegra.

Titus emitió un suspiro y se pasó los dedos por la frente.

—La recompensa que se ofrece por Almanegra es muy suculenta. La presión de los portugueses por atraparlos es muy fuerte. Y la España siempre cede ante los lusitanos. ¿Quién lo acusa? Es sabido que Almanegra actúa enmascarado. El que lo denuncia debe de contar con pruebas.

Emanuela le refirió los hechos desde el principio, desde lo del ataque de Laurencio Ñeenguirú en la iglesia de San Ignacio, la denuncia del regidor, la detención de Aitor y hasta las últimas novedades, la del posible vínculo entre Pelliza y Oliveira, socio en el crimen de Laurencio nieto.

—¿Crees que podemos verlo? A Aitor, me refiero.

—Sí, por supuesto que sí, Titus. Él está ansioso por hablar contigo.

—Lamento esta demora. Sé que su carta llegó al presidio el 2 de septiembre.

—Pocos días después del ataque de Laurencio —pensó Emanuela en voz alta—. Estoy tan angustiada, Titus. Además de este embrollo, temo que salga a la luz aquel asunto... el de Buenos Aires.

—Olvídate de aquello —la animó Alarcón—. Nunca lo interrogaron ni le preguntaron sus señas. No saben siquiera su nombre. Buenos Aires y Asunción están muy lejos.

—Pero Aitor es tan peculiar. Si algún blandengue de Buenos Aires se encontrase por aquí, podría reconocerlo de sus pocos días en prisión.

Micaela alternaba miradas entre su esposo y su amiga, y aunque no entendía de qué hablaban, se cuidaba de preguntar.

—No ocurrirá —la alentó Titus, sin mayor fundamento.

Aparecieron en la sala don Vespaciano y Conan, que se alegraron de saber que el joven militar no era otro que el esperado teniente coronel Titus de Alarcón.

—¿Qué novedades me traéis? —se impacientó Emanuela.

—Arguizábal, los otros regidores y el escribano del Cabildo —dijo Conan— están interrogando a Pelliza.

—¿Todavía? —se descorazonó.

—Paciencia, hijita. Los agentes de la Policía están registrando su vivienda.

Emanuela prefirió no acompañar a los caballeros a la prisión; por un lado sabía que Aitor pediría hablar a solas con Titus; por el otro, quería lucirse como anfitriona con su amiga Micaela y no dejarla en manos de doña Inmaculada, por muy competente que fuese. La condujo a una recámara ubicada en la misma ala de su habitación, cuyas contraventanas daban al jardín, su gran orgullo, y con frescos que el maestro di Vitta acababa de finalizar; aún se suspendía el aroma a trementina en el ambiente.

—¡Qué estancia tan espaciosa y bella! ¡Y mira ese jardín! Jamás había visto algo igual.

—Y espera a ver la sala de baño —dijo Emanuela, y abrió la puerta.

—¿Sala de baño? ¡Oh! ¿Y cómo se desagota, si está pegada a la pared? —quiso saber la joven de Riba, mientras señalaba la bañera alicatada.

—Tiene un tapón. Lo sacas y el agua escurre. Según me dijo Aitor, se va por un tubo de hojalata que está por debajo de la tierra y que acaba lejos de la casa, en el otro extremo del jardín. Así era en los baños de nuestro pueblo, en San Ignacio Miní.

—Qué ingenioso.

—Ordenaré que te preparen un baño y te traeré sales y aceites. —Se miraron y se estrecharon las manos—. Estoy tan feliz de teneros aquí. Estoy tan feliz de que tú y Titus os hayáis casado.

—Tenemos tanto de qué conversar, Manú.

—No veo la hora de que conozcáis a los niños. Te los presentaré a la hora de la cena.

—¿Cenarán con nosotros? —se asombró Micaela.

—Sí, compartimos las comidas con ellos. Espero que no te moleste. Son muy educados. Es que los guaraníes comemos todos juntos. No hacemos distinción entre adultos y niños.

—Será una experiencia refrescante, no tengo duda.

* * *

—Necesito vuestra ayuda, teniente coronel —dijo Aitor a través de la reja.

—Llamadme Titus.

—Y vuesa merced, Aitor. Os... Te agradezco que hayas viajado hasta Asunción.

—Apenas leí tu misiva y la de tu notario, apronté el viaje. Imaginé que se trataba de algo importante.

—En el momento en que la escribí era solo una medida preventiva. Mi esposa —dijo con intención— había sido atacada y amenazada. Tú eras el único capaz de neutralizar la amenaza. Habría sido tu palabra contra la de ese...

—Lo sé. Acabo de estar con ella. Me contó lo sucedido. No es necesario que digas nada. Entiendo todo. —Miró hacia atrás para comprobar que estuviesen solos.

—¿Has estado con ella?

—Sí. Mi esposa Micaela y yo estuvimos con ella —aclaró.

—¿Esposa? ¿Te has casado?

—Hace cuatro meses, en Buenos Aires. Acabo de regresar.

—Seréis nuestros huéspedes.

—Manú ya nos lo comunicó. Micaela está con ella, seguramente ocupando una de las tantas recámaras de vuestra casa. No reparaste en nada al construirla.

—Quería un palacio para Emanuela.

Titus de Alarcón se limitó a asentir con una sonrisa apretada.

—Me decías que necesitas de mi ayuda. Imagino de qué se trata. Soy de los pocos que ha visto la cara de Almanegra. Mis superiores lo saben, así lo redacté en el informe aquella vez que Almanegra y su gente me ayudaron a defender el presidio cuando fue atacado por los guaycurúes y los chiriguanos, que actuaban por cuenta del Portugal para hacerse con el territorio de los chiquitos. Y también he redactado un informe cada vez que he recibido inteligencia de Almanegra que me ha permitido defender el territorio de la Corona española y salvar las vidas de mis soldados. Todo esto iré a declarar ahora mismo al juez capitular.

—La causa está en manos del gobernador Sanjust.

—Oh, veo que eres de peso en el reino.

—Más bien mi padre.

—Yo diría que el rey del estaño tiene peso propio.

Se miraron en el silencio de la mazmorra.

—No sé me da fácil esto de mostrarme agradecido —admitió Aitor—. Nunca le he pedido ayuda a nadie. Siempre me las he arreglado solo. Pero tú te las has ingeniado para sacarme de apuros. —Tras una pausa, dijo—: Gracias. Volveré a deberte la vida.

—Sí, volverás a deberme la vida. Lo hago por ella, por la dulce y santa de Manú, pero también por mí, pues estoy cansando de los manejos insensatos de los peninsulares y de las bellaquerías de los lusitanos. Lo del Tratado de Permuta y las consecuencias para tu pueblo son cosas que no perdono. —Titus inclinó la cabeza y se marchó.

* * *

A pesar de que eran las siete de la tarde, el gobernador Jaime Sanjust aceptó recibir a don Vespaciano de Amaral y Medeiros y al teniente coronel de Alarcón. Los invitó a pasar a su despacho del fuerte y los convidó con un vino de garnacha y unas pelotitas fritas de carne de cordero y cebolla.

—Su superior, el coronel Albuera, se nos unirá en unos minutos.

—Gracias por convocarlo, Excelencia.

—Si, como decís, tenéis información que echará luz sobre el caso del señor de Amaral y Medeiros, no repararé en nada. En este momento, están interrogando a quien hizo la denuncia. Supongo que sabremos los resultados dentro de poco. He pedido al jefe de Policía que venga a verme apenas lo concluya.

Titus de Alarcón se puso de pie, se cuadró e hizo la venia cuando su superior Albuera entró en el despacho. El gobernador no se anduvo con preámbulos y le ordenó que hablase.

—Soy de las pocas personas que conocen la cara del bandolero Almanegra —manifestó, y Sanjust alzó los párpados caídos y se removió en la butaca—. Lo conocí

en el 57. Nos tendió una celada en medio de la selva, a mí y a mi escolta, él y sus hombres.

—¿Iba enmascarado?

—Sí, Excelencia. Llevaba una máscara blanca y una capa negra. Sus hombres apuntaban con sus armas a los míos, mientras él y yo nos alejábamos porque, según expresó Almanegra, quería ayudarme.

—¿Ayudaros?

—Así es. Cuando estuvimos fuera del alcance de mis hombres, se quitó la máscara y me reveló su rostro.

—¿Por qué haría algo así?

—No lo sé. Después de desenmascararse, se presentó, me dijo que su nombre era Almanegra y me manifestó su odio por los lusitanos. Me dijo que sabía que yo era un militar fiel a la Corona española y que no me vendería al oro portugués. Conocía mi desempeño durante la guerra guaraní.

—¿Es un guaraní, entonces?

—No —mintió Titus—, es un peninsular.

—¡Oh!

—Así lo consigné en mi informe. El coronel Albuera lo tiene en su poder.

—Así es, Excelencia —ratificó el militar.

—Se dice que habla fluidamente el guaraní.

—Los que han crecido por estas partes, Excelencia —señaló Albuera—, lo hablan.

—Comprendo. ¿Para qué os apartó el bandido Almanegra, teniente coronel? ¿Qué quería deciros?

—Me advirtió de un ataque de los guaycurúes y de los chiriguano. Según él, estaban soliviantados y pagados por los portugueses para quedarse con el territorio de los chiquitos, que es de la Corona española. Si Almanegra no me hubiese advertido, nos habrían masacrado. Él y sus hombres nos ayudaron a combatirlos. Durante el ataque, apostados sobre árboles que rodean la empalizada del presidio, lanzaron flechazos a los indios y los espantaron.

—¿Y todo esto consta en vuestro informe? —se sorprendió el gobernador, y miró hacia el coronel Albuera, que se limitó a asentir al tiempo que Titus decía que sí.

Sobrevino un silencio en el que Sanjust se abstraigo y los demás contuvieron el aliento con la vista fija en él.

—¿Conocéis al hijo de don Vespaciano?

—Sí, Excelencia. Soy amigo de su esposa, de doña Manú.

—Ah, sois amigo de la señora de Amaral y Medeiros —repitió el gobernador con acento suspicaz, y Titus temió que su declaración evidenciase parcialidad de su parte y arruinase el plan.

—Así es.

Llamaron a la puerta. Sanjust exclamó «adelante» sin apartar la mirada del joven

teniente coronel.

—Disculpad, Excelencia —dijo un amanuense—. Me atrevo a interrumpiros porque solicitasteis que, apenas se presentase el jefe de Policía, os lo comunicara.

Sanjust agitó la mano para indicar que le permitiesen entrar. Venancio Arguizábal caminó dentro seguido por los tres regidores y el escribano que habían participado del interrogatorio. Inclinaron sus cabezas frente al gobernador.

—Sentaos. Os presento al teniente coronel de Alarcón, de los pocos que han visto el rostro del misterioso Almanegra.

—¡Oh! —exclamaron los funcionarios del Cabildo.

—El teniente coronel asegura que Almanegra no es indio, sino español, por lo que la acusación que ha caído sobre el hijo de don Vespaciano es falsa.

—¡Algo que estamos en posición de ratificar, Excelencia! —manifestó Arguizábal con entusiasmo—. El regidor Pelliza acabó por confesar que jamás vio ni tuvo tratos con el salteador de caminos Almanegra.

—¡Maldito hijoputa! —masculló Amaral y Medeiros; enseguida añadió—: Disculpadme, Excelencia. Han sido días muy duros para mí y mi familia.

—Os comprendo, don Vespaciano. —Sanjust volvió la mirada hacia Arguizábal—. ¿Cómo habéis conseguido la confesión?

—Lo sometimos a toda clase de preguntas durante tres horas y lo confrontamos con dos testigos que aseguran haberlo visto jugar a los naipes en la casa pública y firmar un documento para cubrir la deuda en un tiempo futuro.

—Esos testigos, ¿son mujeres públicas?

—Oh, no, no, Excelencia. Se trata de dos parroquianos. Estos no conocen al hombre con quien Pelliza jugaba a los naipes, pero aseveran que hablaba con un marcado acento portugués.

—¡Ese es Oliveira! —interrumpió Amaral y Medeiros, y no se amedrentó con la mirada fugaz del gobernador.

—¿Lo describieron?

—Sí, Excelencia —prosiguió Arguizábal—, y la descripción coincide con la que nos proveyó días atrás el señor aquí presente —dijo, y señaló a don Vespaciano, que se puso de pie.

—Excelencia, señores —tronó su voz—, creo que hoy ha quedado más que probada la inocencia de mi hijo Aitor. La declaración del teniente coronel de Alarcón y la confesión de Pelliza así lo demuestran.

—Señor Arguizábal —dijo el gobernador después de lanzar un vistazo malhumorado a Amaral y Medeiros—, ¿qué explicación os brindó el señor Pelliza cuando lo confrontasteis con los testimonios de esos dos parroquianos?

—En un principio, se mantuvo en sus trece, Excelencia. Después, cuando le informamos que iríamos a su casa y que le preguntaríamos a su esposa si sabía dónde había pasado su esposo la noche del día de las fiestas patronales, se quebró. Parece ser que la señora sabía bien dónde había estado su esposo. Desde que se enteró, lo

echó del hogar.

—Dice que Pelliza se quebró y confesó —lo instó Sanjust.

—Así es. Oliveira le pidió que denunciase a Aitor de Amaral y Medeiros y que se hiciese con la recompensa ofrecida para, de ese modo, pagarle la deuda de juego. Le dijo que si no lo hacía, lo asesinaría.

—¡Lo habría hecho! —acotó don Vespaciano—. Ese Oliveira es un demonio.

Sanjust se puso de pie, y los demás lo imitaron, salvo Amaral y Medeiros que no había vuelto a sentarse; estaba ansioso por regresar a la casa de su hijo y anunciar las buenas nuevas.

—Creo que este asunto ha llegado a su fin —sentenció Sanjust—. Señor Arguizábal, proveed lo necesario para liberar en este mismo momento al hijo de don Vespaciano. No deberá pasar una hora más en prisión. Además, arrestad a Pelliza por falso testimonio...

—Ya hemos procedido a ello.

—Bien. Y proceded también a emitir orden de captura para el tal Oliveira.

—Así se hará.

Después de los saludos y los agradecimientos, don Vespaciano se calzó el tricornio y enfiló hacia la puerta a paso rápido.

—¡Don Vespaciano! —lo llamó el gobernador.

—¿Excelencia?

—¿A qué se debe la ojeriza que Oliveira tiene por su hijo?

—Aitor le plantó una flecha en el culo mientras ese demonio de Oliveira violentaba a una de mis indias encomendadas.

* * *

—Del que no hemos sabido nada en años es del doctor Murguía —comentó Micaela, y Emanuela, que la ayudaba a vaciar los baúles, detuvo el movimiento de las manos. La sola mención del nombre la paralizaba, y los recuerdos y la angustia la sofocaban.

—¿Ya no vive en Buenos Aires?

—No. Al menos, nadie lo ha visto. Ahora tenemos un nuevo físico, mucho mejor que Murguía, es menester acotar. Lo extraño es que en la casa, la de Murguía me refiero, siguen viviendo sus sirvientes, y cuando sus tres sobrinos terminaron la escuela, se instalaron allí. Pero a él, a Murguía, nadie lo ha visto.

Llamaron a la puerta, y Emanuela dio un respingo. Apretó las manos temblorosas y caminó para ver de quién se trataba.

—¡Doña Manú! —exclamó el ama de llaves—. Don Vespaciano acaba de llegar. Dice que don Aitor está al llegar.

—¡Oh!

—¡Manú! —se emocionó Micaela—. ¡Lo han liberado!

Se abrazaron, y Emanuela se echó a llorar. La tensión padecida durante esas tres

semanas se convirtió en un alivio arrollador. Micaela la condujo hasta una silla y la obligó a sentarse. Doña Inmaculada la obligó a sorber un poco de agua. Emanuela se secó los ojos y las miró alternadamente, y empezó a reír entre lágrimas.

—Ya estoy mejor. Gracias.

—Ve, querida —la instó Micaela—. Ve a prepararte para recibir a tu esposo.

A punto de salir, Emanuela se topó con Titus, que, escoltado por Romelia, buscaba su recámara y a su esposa.

—¡Querido Titus! —Le ofreció las manos, que el militar aceptó enseguida—. Esto te lo debemos a ti. Gracias, querido amigo. Mi gratitud hacia ti es eterna.

—De nada, Manú. Es un honor poder ayudarte, o ayudarlo a él, a quien tanto amas. Pero a decir verdad, creo que tu Aitor habría salido ileso de esta igualmente pues Pelliza se quebró en el interrogatorio y confesó que jamás había visto al bandido Almanegra y que había sido Oliveira el que lo había forzado a que lo acusase para cobrar la recompensa y de paso ajustar viejas cuentas con tu esposo.

—¿De veras? —En parte se desilusionó pues, pese a todo, le deberían a Engracia el descubrimiento de la deuda de juego entre el regidor y el antiguo capataz de *Orembae*, lo que había propiciado el interrogatorio—. Sin duda —se repuso—, tu declaración habría bastado, y estoy segura de que fue de mucha utilidad. —Titus se limitó a asentir y a sonreír—. Os dejo ahora para que os cambiéis y pongáis cómodos. Doña Inmaculada queda a vuestro servicio. Cenaremos un poco más tarde de lo habitual, alrededor de las diez. Enviaré a un doméstico para que os escolte.

Emanuela y Romelia se abrazaron en el corredor y se dirigieron a la recámara. Quería embellecerse para Aitor. Irrumpió en la habitación, donde dos esclavas encendían los blandones y abrían el lecho.

—Preparad el baño para el señor —indicó, y miró a Romelia—. Sé que vendrá loco de ganas de darse un buen baño.

—Yo solo sé que vendrá loco de ganas de encerrarse aquí contigo y de no salir en varios días.

—¡Romelia! —la amonestó, con las mejillas arboladas y el corazón palpitante.

Minutos más tarde, lo esperaba en el patio de recibo. Sola; ni siquiera Orlando estaba con ella; lo había encerrado en su recámara para que no la siguiese. Los adultos y los niños permanecían en la sala, mientras los sirvientes les entretenían el estómago con bocaditos y aperitivos. Caminaba desde una punta hasta la otra; ya conocía el número de mazarías que cubrían el recorrido que repetía una y otra vez. Caminaba de nervios y también para darse calor porque, como no quería embozarse para que Aitor le apreciase el atuendo elegido, estaba un poco desabrigada, y había refrescado en esa noche de cielo despejado y luna llena. Su vestido de novia, blanco y con bordados de oro, refulgía en la penumbra del patio.

Se detuvo de golpe al escuchar los pasos decididos y las voces risueñas que se aproximaban. ¡Era él! Y Conan. La llave giró en la cerradura y la puerta peatonal se abrió. Aitor levantó la vista y se le congeló la expresión risueña. Emanuela lucía

como una visión mágica en su vestido de bodas, los ojos azules y brillantes y los labios en los que despuntaba una sonrisa temblorosa. Avanzó, y ella retrocedió para franquearles el paso. Conan cerró la puerta y siguió de largo hacia los interiores.

Soltó el lío de ropas y enseres que había acumulado durante esos diecinueve días encarcelado, y Emanuela se arrojó a sus brazos. La despegó del suelo y la hizo dar vueltas entre risas ahogadas de llanto. Se detuvo y hundió la nariz detrás de su oreja, donde se demoró un largo rato, primero con inspiraciones agitadas, que, poco a poco, fueron apaciguándose. Emanuela lloraba en silencio y le mojaba la casaca.

—No puedo parar —confesó ella entre espasmos—. Estoy tan feliz de tenerte entre mis brazos de nuevo. Bienvenido a casa, amor mío.

—Tú eres mi casa.

—Sí, yo. Solo yo.

Aitor la apartó para contemplarla, sorprendido por la posesividad que acababa de trasuntar en esa corta respuesta. Le miró los labios gruesos y húmedos, y rojos y apetecibles, y la descubrió a ella codiciando los de él. La emoción que había significado encontrarla en la puerta, esperándolo, ansiosa, con las mejillas arboladas y el vestido que él le había hecho confeccionar para la boda, se convirtió en un deseo tan visceral que arrugó la cara cuando los testículos se le endurecieron y su pene creció bajo los calzones. Emanuela le ofreció esa sonrisa que reservaba para la intimidad de su alcoba, y le pasó la mano a lo largo de la erección.

—Jasy, ¿por qué me haces esto? Sé que la casa está llena de gente y que tendré que esperar hasta...

—Aquí estamos solos —lo interrumpió ella, sin detener las caricias, y Aitor se preguntó cómo era posible que le propusiese fornicar en el patio de recibo y conservase la inocencia en la mirada. Se acordó de la noche en la celda de la doctrina, cuando le pidió que fuese su esposa. «¿Eso que acabamos de hacer hacen los esposos, Aitor?» «Eso y mucho más, amor mío». «¿Más? Cuéntame». «No estás lista aún, Jasy. ¿Te gustó el beso?» «Sí. Me gustaría que volvieses a besarme, si es posible».

—Te amo, Emanuela. —Le encerró la cara entre las manos y le devoró los labios. Ella gimió y se aferró a su espalda con un ardor que atizó la excitación en él. La arrastró lejos del fanal, hacia unos macetones donde crecían güembés, y mientras ella lo besaba en todo el rostro, él se abría el calzón, se aflojaba la jareta de los calzoncillos y liberaba su miembro hinchado y negro de sangre. Se ocupó de ella y, entre insultos mascullados y ademanes impacientes, le levantó las capas de tela y le quitó los calzones, que acabaron a sus pies. La alzó, y Emanuela cerró las piernas en torno a su cintura. La apoyó contra la pared y se hundió en ella. Se mantuvieron quietos y con los ojos cerrados, hasta que Aitor comenzó a moverse, y supo que duraría poco. Apretaba los ojos y se impulsaba con la desesperación acumulada durante esos días en prisión. No podía deshacerse de la imagen de esa Emanuela de trece años, tan inocente, que le había pedido que volviese a besarla, «si era posible»,

y que en ese momento, diez años más tarde, era su esposa, la madre de su hijo, a la que solo él había tocado.

—Solo has sido mía —le jadeó al oído siguiendo la línea de sus pensamientos—. Solo yo te he follado. Solo yo te he chupado las tetas y te he sodomizado. Solo yo he estado en tu boca, y mi boca es la única que ha tocado tu *tako*. Solo yo te he poseído.

—Solo tú. Nadie más. Y nunca nadie lo hará, excepto mi Aitor. Soy de él. Nací para pertenecerle.

En los veintitrés años que la conocía, nunca le había dicho algo que lo afectase como esas palabras: «*Nací para pertenecerle*». La eyaculación fue violenta y no terminaba. Con cada impulso, un nuevo chorro bañaba las entrañas de su mujer, y la imaginó desnuda y gruesa con su hijo. Las fantasías más extrañas le pasaban por la cabeza cuando se hallaba enterrado dentro de su Jasy. Despegó los dientes del hombro de ella, y maldijo al percatarse de las marcas en la seda; le quedarían moratones.

—Perdóname. ¿Te he hecho daño?

—No —aseguró con esa dulzura y esa voz agitada que lo desarmaban.

—No quería que me oyesen.

—Está bien.

—Sé que no te has aliviado. No he podido aguantarme.

—Solo quería tenerte dentro de mí.

—Más tarde, cuando estemos solos, te compensaré.

La depositó en el suelo y la ayudó a ponerse los calzones. Le acomodó los bucles en torno a la cara, y le observó el brillo en los ojos, la hinchazón de la boca y ese rubor en las mejillas que solo él era capaz de imprimirle. Todos sabrían que la había follado, y eso le inflamó el pecho de vanidad.

—Necesitaba esto. Te necesitaba. No habría podido marchar dentro y poner buena cara a nuestros huéspedes si antes no me hubiese vaciado dentro de ti.

—Lo sé, amor mío. Por eso estaba aquí, sola, esperándote.

Sonrió y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

—Me conoces como nadie.

—Sí.

Se acomodaron la ropa. Aitor recogió el lío que había soltado al entrar y marcharon de la mano al encuentro de los demás. Le quitó el bulto mientras cruzaban el patio principal y antes de que entrasen se lo entregó a doña Inmaculada, que contemplaba a Aitor con embeleso. Si no se hubiese tratado de una mujer mayor —Emanuela le calculaba unos cincuenta años—, se habría puesto celosa.

—Me alegra que todo se haya aclarado, don Aitor.

—Gracias, doña Inmaculada.

—Mi esposo tomará su baño después de cenar. Mantened el agua caliente y echadle diez gotas de aceite de romero.

—Como ordenéis, doña Manú.

Aitor entró en la sala y lo recibió un gentío de caras sonrientes, que se precipitaron para saludarlo, palmearlo y dirigirle palabras de aliento. Él inclinaba la cabeza y agradecía, sin soltar la mano de su esposa. Malbalá se le echó al cuello y lo besó varias veces hasta que él, exasperado, la apartó. Amaral y Medeiros lo abrazó y le palmeó la mejilla. También estaban el padre Santiago de Hinojosa y doña Mencía, que no se había marchado y que pasaría la noche allí. Juan y Conan le soltaron unas chanzas, que hicieron reír a Titus y a Micaela, a quienes saludó por último.

—Gracias —dijo Aitor con la vista fija en la del teniente coronel, que se limitó a asentir—. Espero que os encontréis cómodos en vuestra habitación —manifestó, y dirigió la mirada hacia Micaela, que enrojeció, y a Emanuela la estremeció el sentimiento de orgullo que su esposo le inspiró, ese indio nacido y criado en una doctrina jesuita, que se había convertido en un gran señor. El rey del estaño lo llamaban. «*Logro todo lo que me propongo, Jasy*». «Sí, amor mío, logras todo lo que te propones», pensó, y allí, frente a la familia y a los amigos, le besó la mano. Aitor la contempló confundido, y como ella se limitó a sonreírle, él le sonrió a su vez.

—Ahora los niños.

Estaban un poco más allá; se les había ordenado que se mantuviesen quietos y apartados, y que permitiesen a su padre saludar a los invitados primero. Aitor contempló a sus tres hijos, uno nacido de un amor tan inconmensurable que a veces le resultaba difícil de comprender, las otras nacidas de una equivocación. Amaba a Octavio porque se lo había dado su Jasy; y tal vez aprendería a amar a María Antonia y a Ana Dolores, una tan similar a Olivia, la otra a Malbalá, porque su Jasy le enseñaría.

Sonrió al ver que lo miraban con miedo, incluso Octavio realizaba ese gesto con las manos, se las restregaba una y otra vez a la altura del pecho, y lo contemplaba sin pestañear, los ojos dorados enormes y expectantes. Los envolvió con sus brazos y los besó, y cuando se apartó, Octavio le tironeó la manga de la casaca. Se acuclilló, y el niño ahuecó la mano para hablarle al oído.

—Padre, no vuelvas a irte a la mina sin nosotros.

—¿Por qué? —preguntó, también en un susurro.

—Porque mi mamita lloraba todo el tiempo. Ella creía que no la veíamos, pero Argos y yo sí la veíamos. No me gusta verla llorar. A Argos tampoco.

Aitor se aclaró la garganta. Acarició el carrillo de su hijo y sonrió.

—No lo haré, hijo —contestó en guaraní—. Nunca más me separaré de ustedes.

* * *

Disfrutaban del baño en silencio. Emanuela apoyaba la cabeza en el pecho de Aitor y le repasaba el diseño del tatuaje del brazo con la punta del índice. Él le acariciaba el trasero. Lo escuchó reír por lo bajo y elevó el mentón para mirarlo.

—¿De qué ríes?

—Creo que mi *pa'i* Santiago está enamorado de doña Mencía.

—¡Aitor! —se escandalizó, y le apretó el pectoral.

—¿Qué, Jasy? La mira como si tuviese ganas de follarla.

—¡Eres imposible! Sería un grave pecado. Los sacerdotes hacen un voto de castidad.

—Algo que nunca me entrará en la cabeza —dijo, con gesto grave, y Emanuela rompió a reír.

—Sería un martirio para ti, ¿no, Aitor?

—Sí, un martirio sin sentido. Lo peor es eso, que es sin sentido. ¿Por qué no pueden casarse? ¿Qué tiene de malo?

—Mi *pa'i* Ursus dice que lo hacen para imitar a Cristo, que nunca se casó.

—Así como me resulta difícil imaginar a mi *pa'i* Ursus enamorado, me resulta muy fácil en el caso de mi *pa'i* Santiago. Él es más...

—¿Mundano? —lo ayudó Emanuela en castellano, y aclaró—: ¿Más terrenal? ¿Más carnal?

—Sí, todo eso. Además, es más rebelde, como si no se conformase con aceptar ciegamente lo que le dicen.

Emanuela asintió y volvió a apoyar la mejilla sobre el pecho de su esposo. Por alguna razón, el diálogo había evocado la escena de su hermana confesando su amor a viva voz en las mazmorras del Cabildo.

—Ginebra me quitó a las niñas —expresó, como si Aitor no lo supiese.

—Jasy, son sus hijas.

—Lo sé. Pero han sido como mías también. Las he criado yo, no ella, y me eligieron a mí después de que murió su padre. Y ahora no me permite verlas.

—Lo sé. —Aitor la besó en la sien.

—Y fue cruel, pues no les permitió llevarse a Marã. Me pregunto cómo estarán mis niñas. Estoy tan angustiada.

—Hablaré con Ginebra.

—¡No! —Se incorporó súbitamente—. No quiero que te acerques a ella.

—¿Por qué?

—¿Me preguntas por qué después de que la sorprendí gritándote que te amaba como si fuese una orate?

—Ginebra puede gritar lo que quiera, a mí nada me importa excepto tú.

Emanuela suspiró y se recostó de nuevo en el pecho de él.

—No quiero que vayas a verla —insistió, y hasta a ella su voz le sonó como la de una niña voluntariosa.

—Y yo no quiero que sufras por la falta de las niñas —arguyó Aitor.

—Si vas, intentará tocarte, besarte, convencerte de que vuelvas a su cama, y yo me volveré loca de... —Se detuvo.

—¿Loca de qué? —la acicateó Aitor.

—No te burles.

—¿Loca de qué? Dímelo y hazme feliz.

—¡De celos! —exclamó, exasperada—. Los celos son lo peor del amor.

—Jamás te traicionaría con ella, Jasy, ni con ninguna otra. Te hice una promesa, de muy fácil cumplimiento, así que tus celos son infundados.

—Tal vez, pero yo los siento igual. No hay remedio —añadió, resignada.

—Amor mío. —Le sujetó el mentón y la obligó a mirarlo—. Sonríeme. No soporto ver que algo te entristece. Aunque debo admitir que es muy tentador cuando estás malhumorada pues sacas el labio hacia afuera, y a mí me dan ganas de chuparlo.

—A pesar de sí, Emanuela rio—. ¡Ah, mi Jasy! Siempre me pareces hermosa, pero cuando ríes, me dan ganas de comerte.

—¿Qué parte? ¿Mi *tako*? ¿Mis senos?

—Señora de Amaral y Medeiros, vuesa merced es, sin duda, una...

—¿Una mujer muy enamorada de su esposo?

—Sí, eso, y una exquisitez en todas sus partes. —Rieron y afianzaron el abrazo—. Estoy tan feliz de estar de nuevo aquí, contigo.

—Tuve tanto miedo —confesó Emanuela—. El notario y tu padre me decían que todo se resolvería, pero yo sabía que la situación era grave. Habías sido acusado nada menos que por un regidor y...

—Shhh. No sigas pensando en eso.

—¿Y si Laurencio y Oliveira intrigasen de nuevo en tu contra?

—Nadie volverá a creer que Almanegra y yo somos la misma persona, ni aunque fuese el gobernador el que me acusase. Almanegra quedó en el pasado y nunca regresará a nuestras vidas.

Emanuela asintió mientras se acordaba de la máscara y de la capa escondidas en el zócalo, tras el tocador.

CAPÍTULO XVII

Aunque la pesadilla de la denuncia hubiese acabado, Emanuela percibía la tensión en Aitor por mucho que él intentase ocultársela. Se lo pasaba en conciliábulos con Conan y con Manuel y también con don Vespaciano y transcurría mucho tiempo fuera de la casa. ¿Con Engracia? ¿Habría ido a verla para agradecerle? ¿Le habría hecho un regalo tal como había hecho con Micaela y Titus? Para ella había encargado un clavicordio, que su hermano Juan estaba construyendo y que una vez terminado se lo enviaría al presidio de Yacuy, donde viviría con su esposo. A Titus le había regalado un caballo andaluz y una montura con aplicaciones de plata. ¿Qué le habría obsequiado a su antigua amante? ¿Se habrían abrazado y besado?

Se reprochaba lo injusto que era dudar de él cuando se mostraba tan pendiente de ella, cuando sus ojos la seguían a todas partes, cuando sus manos no podían dejar de tocarla, aun en público, donde fuese, cuando fuese. La sed por su cuerpo era inextinguible, y la poseía en cada oportunidad que se le presentaba o, más bien, cada vez que lo deseaba, y lo deseaba de continuo, sin importarle que fuese el mediodía y que la casa estuviese llena de gente; él hacía lo que quería, siempre, y ella lo admiraba por eso.

No dudaría de la fidelidad de Aitor, y se permitiría ser feliz después de tantos años de amargura e incertidumbre. No obstante, la inquietaba que el asunto de Almanegra no hubiese quedado en el pasado como él aseguraba, pues ella lo conocía demasiado para saber que no descansaría hasta ocuparse de Domingo Oliveira y de Laurencio Ñeenguirú, y al decir «ocuparse» se refería a darles caza como el cazador que era y asesinarlos. Y ese pensamiento la aterrorizaba. Sabía que, después del ataque en la iglesia de San Ignacio, había contratado a un grupo de baquianos para que siguiesen la pista de Laurencio; hasta el momento, habían fracasado en su misión. El mejor baquiano que ella conocía era Aitor. ¿Y si decidía dejarla para ir tras sus enemigos ancestrales? No se atrevía a preguntarle.

Desde su regreso de la cárcel, la relación con los niños había mejorado. No se mostraba tan exigente con Octavio, y con Ana se estaba creando un lazo gracias a la habilidad de la niña para manejar el arco. María, siempre más tímida y miedosa, se mantenía cerca de Emanuela o de doña Mencía, visitante asidua, mientras sus hermanos practicaban los tiros.

—¡Bravo, Octavio! —lo esponjó Aitor cuando la flecha dio cerca del centro.

—Ana me enseña mejor que tú, padre.

El rostro usualmente serio de la niña se iluminó con una sonrisa, y las mejillas se le colorearon cuando Octavio la abrazó y la besó. Emanuela, sentada a unas varas con el bastidor sobre las piernas, sonrió con la escena. Emanuelita y Milagritos estaban

habituidas a las muestras de afecto y al carácter efusivo de su primo; María y Ana, no. «Pronto lo estarán», vaticinó, pues nadie se resistía a las dotes seductoras de su hijo.

«Emanuelita y Milagritos», pensó, como lo hacía a diario desde que Ginebra le impedía verlas. A fines de octubre, hacía poco más de un mes que las habían apartado de ella, y la ausencia de sus niñas le pesaba en el corazón. No lo mencionaba por temor a que Aitor se decidiese a confrontar a Ginebra. Tenía noticias de ellas gracias a don Vespaciano, que iba a la casa de al lado todos los días, y si bien su suegro le aseguraba que estaban bien, ella tenía dudas. ¿Cómo podían estarlo rodeadas por el desamor de Ginebra y la perfidia de doña Nicolasa? ¿Cómo podían estarlo sin su mascota? ¿Cómo sabría de ellas una vez que su suegro regresase a *Orembae*? Acarició la cabeza de Marã, echada junto a ella y sobre el lomo de Orlando, que se había mostrado muy cariñoso con la perrita desde que la pérdida de sus amitas la había entristecido al punto de acabar con su apetito.

A Emanuela, la inapetencia de Marã la había tenido muy preocupada, por lo que una tarde, casi un mes atrás, después de que sus alumnas se hubiesen ido, convocó a Octavio y a las niñas y les propuso:

—Haremos comer a Marã, pero para eso primero tenemos que hacerla feliz de nuevo.

—¿Por qué Emanuelita y Milagritos no viven más con nosotros? —inquirió Octavio.

—Pues porque viven con su madre y su abuela.

—Ellas prefieren vivir con nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —se interesó Emanuela.

—Porque me lo dijeron, y yo les contesté que podían quedarse a vivir con nosotros para siempre, y las dos estaban muy contentas, pero después vino tía Ginebra y la vieja bruja...

—¡Octavio!

—Perdóname, mamita. Vino doña Nicolasa, y se las llevaron.

—Sí, lo sé, cariño. Yo también las echo de menos, pero nuestro deber es cuidar a Marã y hacerla comer, de lo contrario, enfermará. Entonces, ¿qué les diremos a Emanuelita y a Milagritos?

Aun Orlando se aunó al grupo que intentaba devolver a la perrita su espíritu juguetón y divertido, y mientras los niños y Orlando saltaban y le hacían monerías, Emanuela, que la tenía en la falda, la tentaba con pequeños bocados que Romelia le había preparado, sus favoritos: morcilla y pelotitas de harina de maíz y carne de cordero. La perrita los olfateaba y no abría la boca, y seguía contemplando el circo que se desenvolvía frente a ella con ojos desinteresados. Sin embargo, paró las orejas y levantó la cabeza cuando Octavio sujetó los cuartos delanteros de Orlando y lo obligó a bailar esa danza que doña Mencía les enseñaba a las alumnas, zarabanda o algo así se llamaba. Emanuela se echó a reír. La perrita saltó de su regazo y corrió

hacia la peculiar pareja de baile, y después de tantos días, ladró por primera vez.

—¡Hazla bailar a ella, cariño! —le sugirió Emanuela, y Octavio soltó a Orlando y bailó con Marã.

Micaela se sentó en el clavicordio y comenzó a tocar una zarabanda. Ana invitó a bailar a Orlando.

—¡María, baila con Argos! —le sugirió doña Mencía.

La niña, que le temía al perro de Octavio, agitó la cabeza para negar y apretó contra su pecho a Olivia, la tortuga, de la cual rara vez se separaba. Doña Mencía la tomó de la mano y la invitó a bailar, y la hizo reír. Las tres parejas danzaron además dos minuetos y una giga, hasta que Micaela se quedó sin repertorio. Orlando, hambriento después del despliegue danzarín, corrió hacia su dueña, le apoyó las patas delanteras en las piernas y le ladró. Emanuela le colocó un trozo de morcilla en la boca y enseguida una porción de harina de maíz y carne de cordero. Marã no tardó en imitarlo, y entre los dos, acabaron la ración.

Desde ese día, la perrita había vuelto a la normalidad. Emanuela, no. La enemistad con Ginebra la perturbaba. El último domingo de octubre decidió cambiar de iglesia, y en lugar de asistir a la de la Compañía de Jesús, como acostumbraba, le indicó al cochero que la llevase a la de Santo Domingo, pues Delia le había dicho que había visto a Ginebra, a doña Nicolasa y a las niñas salir de la misa de una el domingo anterior.

El templo le resultó ajeno y poco acogedor. Hizo extender la alfombrita al final de la nave, cerca de la salida. Se sentó con los niños y Romelia; Manuel y dos de sus hombres hacían guardia a escasas pulgadas detrás de ella. Aitor, que rara vez iba a misa, le había dicho que estaría en el puerto controlando una barraca y que pasaría a buscarla.

Al final de la misa, se apresuró a salir al atrio y observó la multitud con las pulsaciones aceleradas. ¿Tal vez habrían cambiado de iglesia? Las dudas comenzaban a deprimirla cuando escuchó «¡Tía Manú! ¡Tía Manú!». Emanuelita y Milagritos, preciosas con sus mantillas de blonda, corrían hacia ella. Abrió los brazos y las recibió.

—¡Mis tesoros! ¡Mis niñas preciosas! —exclamaba, mientras les besaba las cabezas embozadas.

Las niñas se sujetaban a sus caderas y hundían los rostros en su vientre.

—¿Cómo han estado, mis tesoros? —les preguntó en guaraní.

—Queremos vivir contigo, tía Manú.

—Ahora están con su madre.

—¿Y Marã, tía Manú?

—Está bien, pero las echa de menos.

—¡Emanuela! ¡Milagros! —La voz de Ginebra tronó sobre el murmullo del gentío.

Emanuela alzó la vista y divisó a su hermana que se aproximaba a paso rápido y

con el entrecejo fruncido. Resultaba novedoso apreciar una emoción en el rostro usualmente impertérrito de Ginebra.

—¿Qué haces aquí, Manú? ¡Dame a mis hijas!

—¡No! —exclamaron las niñas cuando su madre intentó arrancarla de los brazos de la tía—. ¡Queremos ir con tía Manú!

Algunas personas se volvieron hacia ellas, atraídas por el escándalo.

—Id con vuestra madre —las alentó Emanuela, y como si se tratase de un desgarró de su propio cuerpo, apartó las manos de sus sobrinas.

—¡No, tía Manú!

Ginebra las asió por los brazos y las tironeó para arrastrarlas. Se detuvo al oír la pregunta de Emanuela:

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te he hecho para que me castigues de este modo? Somos hermanas.

—¡Herманas! —se mofó—. Nunca lo sabremos con certeza. Tal vez la mujer hallada a orillas del Paraná no era la mujer de mi padre.

—Tal vez, pero siempre hemos sido amigas y...

—¡No! —la cortó Ginebra—. Tú y Lope eran amigos. Yo, no.

—¿Cómo has estado? —La pregunta descolocó a Ginebra, y se la quedó mirando—. ¿Estás sola? ¿Doña Nicolasa no te ha acompañado?

—Mi madre... —balbuceó—. Ella está allí —señaló con el mentón hacia el ingreso de la iglesia—. Está conversando con el inquisidor Ifrán y Bojons.

—¡Oh! —se inquietó Emanuela—. No dirá nada acerca de don Leónidas y de nuestro padre, ¿verdad? ¡Por amor del cielo, Ginebra! Si ella hablase...

—No —la interrumpió con dureza—. No dirá nada. Don Leónidas es de los pocos amigos que nos quedan.

—¿Volverás a *Orembae* con don Vespaciano?

—Me quieres lejos de Asunción, ¿verdad, Manú? Me quieres lejos de tu esposo, ¿no es así? Temes que vuelva...

—¡Calla! —le ordenó, y contempló las caritas apesadumbradas de las niñas—. No te reconozco. ¿Qué ha sucedido contigo?

—Ha sucedido que me di cuenta de que me lo has quitado todo.

Emanuela apartó la vista, asqueada de esa conversación y del odio que trasuntaban los ojos negros de Ginebra. El atrio se había despejado. La fachada de la iglesia volvió a embargarla de la sensación de ajenez y extrañeza que había experimentado al entrar. Sus ojos se detuvieron en los de doña Nicolasa, que, desde el ingreso, la observaba con la animosidad de siempre. Emanuela desvió la vista, y el corazón le dio un vuelvo al descubrir los ojos del inquisidor fijos en ella. El hombre hizo un ligero ceño. La necesidad de huir de esa mirada la impulsó a acariciar las mejillas de sus sobrinas y correr hacia el carruaje.

* * *

En los días que siguieron, aunque se mantuvo activa, Emanuela no cesaba de recrear la escena vivida con Ginebra en el atrio de Santo Domingo. Tampoco olvidaba la mirada del inquisidor, que la había traspasado como un filo y alimentado sus miedos más recónditos. Se ocupaba de la casa, preparaba las clases para sus alumnas, trabajaba en el huerto, disecaba plantas y confeccionaba electuarios y afeites, pasaba tiempo con los niños y, sobre todo, con Aitor. Él borraba los pensamientos tristes con una caricia, y ella se convencía de que solo eso le bastaba para ser feliz, el amor de Aitor. Le gustaba que compartiesen el despacho, y mientras ella escribía cartas a su *pa'i* Ursus y a su amiga Micaela o preparaba sus clases, él se ocupaba de los asuntos de la mina. La fascinaba ayudarlo; había comenzado por revisar la ortografía y la gramática de las cartas y de los documentos para después redactarlos por completo, pues su caligrafía era superior. Así había ido conociendo los vericuetos de un negocio que, en un principio, le habían resultado inextricables. La verdad era que no la fascinaba tanto impregnarse de los asuntos de la mina como el sentimiento de comunión que se afianzaba con Aitor. Que él la consultase la hacía sonreír sin remedio. Quería serle útil, quería que dependiese de ella tanto como ella de él, y así como la buscaba para extinguir el fuego que le ardía en la sangre, quería que la buscase para deliberar acerca de cada aspecto de su vida. No quería secretos entre ellos.

El despacho había terminado por convertirse en su habitación favorita, y cada tanto se acordaba de la ocasión en que Aitor se lo había mostrado por primera vez. Tenía la impresión de que habían transcurrido años cuando se trataba de cinco meses. Cada rincón y cada mueble guardaban un recuerdo lujurioso o dulce, pues habían copulado en todas partes, sobre todas las superficies y en las posiciones más escandalosas, pero también habían conversado y reído y evocado y planeado. Allí, en el despacho, Emanuela le daba lecciones de urbanidad sobre comportamiento en la mesa o cómo dirigirse a este o aquel funcionario.

—No es bien visto mencionar el valor de los objetos que se poseen —le señaló al día siguiente de que Micaela y Titus se hubiesen marchado. La noche anterior, mientras se celebraba una cena de despedida y Micaela estudiaba con admiración la porcelana de Sajonia, Aitor le había explicado no solo cómo la había obtenido en Río de Janeiro sino la pequeña fortuna que había pagado por ella. Algo similar había hecho tiempo atrás al informarle al alcalde de primer voto cuánto le había costado el anillo de topacios y zafiros que su esposa lucía en la mano izquierda.

—¿Por qué no es bien visto?

—Porque es un acto carente de humildad que incomoda a las personas.

—Yo no soy humilde, Jasy.

—Lo sé, pero no siempre puedes mostrar lo que eres sin esperar consecuencias.

—¿Debo esconder lo que soy por temor a las consecuencias?

—No se trata de esconder, sino de no incomodar a los demás con afirmaciones

que no conducen a nada, que te vuelven odioso.

—Que todos sepan que soy rico como Creso conduce a que me respeten.

—Todos saben cuán rico eres. Basta con tus ropas y esta casa para saberlo. Además, no te respetarán por eso, sino por tus acciones.

—A uno como yo, un indio con la cara tatuada, ilegítimo de un blanco, no lo respetarán por sus acciones, Jasy, te lo aseguro.

—Por supuesto que lo harán. Te has ganado la simpatía de la gente donando el dinero para la iluminación pública y para los trabajos de drenaje de las calles.

La tomó por la cintura y la obligó a sentarse sobre sus rodillas. Le habló mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—A mí me gusta que sepan que te cubro de joyas y que te tengo como a una reina. Quiero que sepan que nadie podrá agasajarte como yo. Nadie, ninguno. Quería que Titus lo supiese, quiero que todos lo sepan. —Emanuela suspiró, vencida, y sonrió movida por la ternura que le inspiraban las inseguridades de su amado—. Además, en esta familia eres tú a la que admiran y respetan, no a mí. A mí me temen, y eso me complace.

—Yo nunca te he temido —afirmó ella, y le sujetó el rostro y lo miró a los ojos—. Solo te he amado, tal como eres. No quiero que cambies. Pero una vez, en Buenos Aires, me pediste que te enseñase los modos de los blancos. Eso estoy haciendo.

—Gracias, amor mío. Pero me comporte como me comporte, siempre habrá alguien dispuesto a ayudarme no porque me respeten, sino porque te respetan a ti. Siempre ha sido así, Jasy. Cada vez que me he metido en un lío, me he salvado recogiendo los frutos del amor que vas sembrando por ahí.

—Recoge todos los frutos. Me alegra serte útil.

—¿Útil? —Aitor lanzó un soplando entre exasperado y risueño—. Eres el aire que respiro, Emanuela.

—Entonces le soy *muy* útil, señor de Amaral y Medeiros —acordó ella, y Aitor soltó una carcajada.

* * *

La mañana del sexto cumpleaños de Octavio, Emanuela fue a la cocina para organizar el almuerzo de acuerdo con los gustos de su hijo, y se topó con Aurelia y Manuel enzarzados en un beso que le arrancó una exclamación. Los jóvenes se separaron de inmediato. Manuel abandonó la cocina con la vista al suelo. Aurelia se dejó caer en una silla y se sostuvo la cabeza con las manos. Emanuela se sentó a su lado y la obligó a mirarla.

—Días atrás, Aitor me dijo que Manuel le pidió permiso para cortejarte. Le informó que ya se lo había pedido a tu padre antes de dejar la mina.

—Sí —masculló Aurelia.

—¿Lo amas?

—Me gusta —admitió, sin mirarla y con las mejillas coloradas—. Me gusta mucho. Es muy guapo, más que su hermano.

Aunque Emanuela no era de la misma opinión, calló su comentario. Manuel era un muchacho atractivo, nadie lo negaba, pero con la belleza de don Leónidas era difícil competir.

—Si te propusiese matrimonio, ¿lo aceptarías?

—Ya lo ha hecho. Todavía no le he dado una respuesta.

—¿Por qué?

—Porque no confío en los hombres.

—No todos los hombres son como aquel que te traicionó y abandonó.

—Manuel tampoco confía... tampoco confiaba en las mujeres. Desde que sorprendió a su prometida en la cama con su hermano Leónidas, perdió la fe en nosotras.

Al fin se desvelaba el misterio de la pelea entre los hermanos Cabrera, la que le había arrancado una promesa a don Leónidas en el lecho de muerte de su madre que le había cambiado la vida.

—Pero ahora confía en ti —la animó—. En caso contrario, no te habría pedido por esposa. Quiero que olvides el dolor del pasado y te permitas ser feliz si crees que Manuel podría convertirse en el compañero de tu vida.

—¿Y si me engaña? ¿Y si me abandona? No quiero volver a sufrir, Manú. Prefiero quedarme contigo toda la vida, junto a ti, a Romelia y a los niños.

—Puedes quedarte la vida entera con nosotros. Eres parte de nuestra familia, pero ¿no te gustaría tener tu propio hogar, tus hijos? Manuel puede hacerte muy feliz. He llegado a conocerlo durante este tiempo y creo que es un buen hombre.

—Lo es.

Días más tarde, Aurelia llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —invitó Emanuela, después de cortar el beso con Aitor y alejarse un poco—. Aurelia, pasa —la invitó—. ¿Qué necesitas?

—Quería decirles que he aceptado la propuesta de matrimonio de Manuel.

—¡Qué excelente noticia! —se alegró Emanuela, y aferró las manos de su amiga—. Estoy tan feliz por ti, por él. Seréis muy dichosos.

—Si tú, querida Manú, bendices nuestra boda, entonces seremos dichosos.

—¡La bendigo! —Besó las manos de la muchacha—. Seréis felices, lo sé.

—Gracias, Manú.

—¿Cuándo habrá boda? —quiso saber Aitor.

—El día de la Inmaculada Concepción.

—El 8 de diciembre. Nos quedan dos semanas para organizar todo —calculó Emanuela.

* * *

A la rutina se le sumaron los preparativos para la boda de Aurelia y Manuel, y Emanuela no tenía tiempo para aburrirse durante la jornada, de lo cual estaba agradecida, en especial porque la ayudaba a olvidar el desprecio de Ginebra y, sobre todo, la llegada de una esquila anónima que, según doña Inmaculada, la había consignado un niño payaguá, que salió corriendo apenas la colocó en mano del ama de llaves. La nota decía, en una caligrafía medio ilegible y desconocida: «*Doña Manú, ¿sabéis adónde va vuestro esposo cada vez que sale de vuestra casa? ¿Qué hay en la quinta frente a la parroquia de San Blas que lo lleva de continuo a ese sitio?*» La firmaba «un amigo». No se la mostró a Aitor y la guardó bajo llave dentro de una cajita taraceada que le había regalado su tío Palmiro. ¿En qué había quedado el propósito de no tener secretos con su esposo? ¿Por qué le ocultaba la recepción del anónimo? ¿Por qué lo conservaba?

La boda de Aurelia y Manuel, que celebró el padre Santiago de Hinojosa, llenó la casa de alegría. Después de la ceremonia, que se realizó en el jardín pues no había amenaza de lluvia, comieron dos corderos y varios pollos asados, que acompañaron con mandiocas, choclos y papas, también cocinados sobre los rescoldos. Aitor hizo traer varias botellas de vino de la bodega, ubicada en el amplio sótano, y la mayoría acabó enchispada. Después del almuerzo, Juan, Emanuela y Octavio ejecutaron varias melodías y a continuación María y Ana junto con las demás alumnas de Emanuela representaron una escena del poema *Orlando furioso*, de Ariosto, que los adultos aplaudieron de pie.

En cierto modo, también se trataba de una fiesta de despedida para Malbalá y don Vespaciano, que ya no podían prolongar la visita, pues por muy bien que se desempeñase Morales, *Orembae* reclamaba el ojo del amo. Emanuela no quería pensar en el día en que se marcharían, no solo porque los echaría de menos, sino porque, junto con don Vespaciano, desaparecería la posibilidad de saber de sus sobrinas.

* * *

Hacia finales de diciembre, llegó la noticia de que el 10 de agosto había muerto el rey Fernando VI, al que habían apodado «el imbécil» después de la firma del Tratado de Permuta. Su medio hermano, Carlos III, había asumido el trono. Según se comentaba, en Madrid lo habían recibido con difidencia pues había vivido casi treinta años en el extranjero desempeñándose como rey de Nápoles y de Sicilia. El padre Santiago de Hinojosa y lo mismo Ursus no sabían qué esperar del nuevo soberano. El anterior le había infligido a la Compañía de Jesús una herida profunda de la cual aún no se reponía, y si se tenían en cuenta los acontecimientos del Portugal, que había expulsado de su reino a los jesuitas en enero de ese año, el futuro se avizoraba bastante negro. La masonería ganaba preeminencia en las cortes europeas, en tanto la orden de Ignacio de Loyola perdía terreno.

El 20 de enero de 1760, natalicio del nuevo rey, se organizaron festejos desde la mañana. Comenzaron con una misa en la catedral, a la que aun Aitor asistió por el bien de las apariencias y que concelebraron el obispo Manuel Antonio de la Torre y el inquisidor Ifrán y Bojons, lo que daba una muestra de su poder e influencia. Ubicada cerca del altar, como correspondía a una Amaral y Medeiros, Emanuela mantenía la vista baja para evitar los ojos del inquisidor, que sin remedio caían sobre su esposo, y no podía culparlo; no era el único que le lanzaba vistazos curiosos o escandalizados, pues lucía exótico con el cabello peinado con aceite de Macasar y recogido en una trenza que le alcanzaba el final de la espalda, el rostro tatuado, los ojos como monedas de oro y un traje de seda azul claro, ligero para esas jornadas de intenso calor estival. A ella misma se le había cortado el aliento cuando Aitor acabó de vestirse y le sonrió, ignorante de su propia belleza. No quería que atrajese la atención, no quería que el inquisidor preguntase por él, no quería que averiguase, lo quería lejos de ella y de su familia. Se abanicaba furiosamente. Le faltaba el aire en esa iglesia atestada de feligreses en esa mañana de verano. Una ligera náusea fue acentuándose. Apretó la muñeca de Romelia, que se acercó para atender su llamado.

—Las sales —susurró.

La esclava extrajo una botellita del bolsillo del mandil, la descorchó y se la pasó bajo la nariz. Le quitó el abanico y lo agitó delante de su cara. Aitor, que se lo pasaba mirando a Emanuela más que al altar, se acuclilló enseguida junto a ella.

—¿Qué sucede?

—Un vahído —explicó Romelia—. Tal vez sea mejor sacarla de aquí. No corre el aire.

—No —se quejó Emanuela, en un hilo de voz.

—Ocúpate de los niños —ordenó Aitor a la esclava, y después miró al par de guardias que se mantenía a distancia prudente—. Enviaré el carruaje de vuelta para que venga a buscarlos.

La ayudó a ponerse de pie. A Emanuela le cedieron las rodillas y se aferró a la casaca de su esposo, que la levantó del suelo y la sacó en andas. Mortificada, Emanuela escondía el rostro en la guirindola de su camisa y se animaba inspirando el aroma del sudor de su piel limpia y del perfume de algalia, que tanto le gustaba. Casi a las puertas de la catedral, se atrevió a mirar en torno y se arrepintió enseguida cuando descubrió a doña Nicolasa y a Ginebra, que la contemplaban con sorpresa primero, con animosidad después. Cerró los ojos. Al salir al sol del atrio, el malestar se intensificó, y se dio cuenta de que perdía contacto, de que la voz de Aitor se desvanecía mientras le daba órdenes al cochero. Se esforzó por permanecer consciente. Debió de haber perdido el sentido durante algunos segundos. Cuando volvió en sí, estaba en el interior del carruaje, que arrancó con una sacudida que en nada ayudó al malestar en su estómago.

La palidez de Emanuela lo aterraba, lo mismo que un momento atrás cuando la sintió desmadejarse por completo entre sus brazos. La acomodó en el asiento del

carruaje y se ocupó de abrir las ventanillas para que se ventilase el interior y de correr los visillos para repararla del sol. Le quitó el rebozo de ñandutí y le secó el rostro perlado de sudor. Le apartó los rizos que se le pegaban a la frente y a las sienes y le besó los labios blanquecinos. Le abrió la casaca y le aflojó el peto, ajustado con unos cordones; tiró de las mangas y la liberó de ambas prendas; la dejó en camisa, confeccionada en una holanda tan fina que se le transparentaban los pezones relajados y rosados y los lunares del seno izquierdo; los del derecho, no se veían. Tomó el abanico de la escarcela de su esposa y lo aventó delante de su rostro y sobre el escote sudado. Un erizamiento cubrió los brazos de Emanuela, y le crispó los pezones, que avanzaron bajo la tela con una tonalidad encarnada. Aitor se obligó a apartar la vista.

—Aitor...

—¿Qué, amor mío?

—Ya me siento mejor. Gracias.

—Descansa. Falta poco para llegar a casa.

—¿Y los niños?

—No te preocupes por ellos. Romelia, Renato y Jerónimo se harán cargo.

Había caído un aguacero la noche anterior, por lo que las calles estaban intransitables. Aitor insultaba cada vez que el carruaje se sacudía y Emanuela fruncía el entrecejo. La cargó en brazos dentro de la casa, y ordenó a doña Inmaculada que preparase un baño con agua apenas tibia. La condujo hasta la recámara y la depositó en el lecho. La desnudó, y luego, mientras se desvestía, la observaba. Se había ovillado de costado y parecía dormir. Desnudo él también, la recogió de la cama y entró en la sala de baño después de asegurarse de que las esclavas se hubiesen marchado. Probó el agua con el pie; estaba a la temperatura justa. Se acomodó contra la pared de la bañera frente a la ventana y colocó a Emanuela sobre su torso. La rodeó con los brazos y le besó la sien.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—El calor, la falta de aire... Había mal olor. —No mencionó los nervios a causa del inquisidor.

—Sí, había mal olor. A los peninsulares les gusta bañarse tanto como trabajar.

Emanuela ahogó una risita, y Aitor sintió que le volvía el alma al cuerpo. Entrelazó los dedos con los de ella y le elevó la mano izquierda, en la que Emanuela lucía el anillo de topacios y zafiros.

—No sé qué haría si algo malo te sucediese —pensó en voz alta.

—Nada me sucederá. Fue solo una indisposición ligera. Ya me siento mejor.

—Te quedarás en cama todo el día. Quiero que descanses. Desde que se fueron Aurelia y Delia, has trabajado el doble.

El matrimonio de Aurelia y Manuel, que tanta felicidad había significado para

Emanuela, también se había convertido en un desafío para el funcionamiento del hogar, pues a los pocos días de la boda, los recién casados expresaron su anhelo de regresar a la mina, lo mismo Delia, a quien su esposo Ismael reclamaba. El capataz de *La Emanuela* les había permitido partir, a su mujer y a su hija, por un tiempo limitado, para que diesen una mano a Almanegra en la organización de la casa nueva de Asunción, sobre todo para contratar al servicio doméstico y comprar esclavos, tarea que habían desempeñado con excelencia, como lo demostraba el ojo que habían tenido al emplear a doña Inmaculada, una viuda originaria de Tenerife que llevaba la casa con mano férrea. Sin embargo, por muy buena que fuese el ama de llaves, la deserción de Aurelia y Delia se hacía sentir, y las cuatro esclavas, incluida Romelia, y los dos esclavos no daban abasto para ocuparse de los variados aspectos de una casa tan grande.

Por su parte, Manuel quería volver a la mina. Valoraba que Almanegra le hubiese encomendado la custodia de su bien máspreciado, pero no disfrutaba de su trabajo como guardia del cuerpo. Sabía, además, que su suegro lo echaba de menos y que el guaraní que lo había reemplazado, buen extractor de casiterita, resultaba incompetente para manejar a los mineros; carecía de la autoridad para dar órdenes a quienes habían sido sus pares hasta poco tiempo atrás. Al final, Aitor accedió a que regresasen, y se marcharon en las vísperas de Navidad. Desde ese día, aguardaba la llegada de Lindor Matas, el único a quien, además de Manuel, le habría encargado la seguridad de su casa y de su familia; junto con él arribarían unos indios para engrosar el número de guardias y Ciro, que se ocuparía de su cuidado personal y aligeraría las tareas de Emanuela. En el ínterin, se mantenía muy atento a los movimientos de su mujer, y prácticamente la seguía a sol y a sombra, pues no confiaba en nadie. Oliveira y Laurencio nieto seguían allí fuera, acechando, esperando para golpearlo donde pudiesen aniquilarlo.

—¿Qué sucede? —se preocupó Emanuela—. Has temblado.

—No. —Le besó el hombro—. Ha sido un escalofrío. Salgamos.

Aitor la envolvió en un lienzo y la cargó en brazos.

—Me siento mejor. Puedo caminar.

—Pero yo quiero llevarte en andas todo el día.

Emanuela le rodeó el cuello y le olisqueó la piel húmeda. Se durmió mientras Aitor la secaba con pasadas suaves y lentas. La despertaron Octavio y Argos, que se subieron a la cama y se acurrucaron junto a ella. Emanuela, sin levantar los párpados, que le pesaban como si fuesen de plomo, sonrió y acomodó al niño en su regazo. Conversaron en voz baja, como si temiesen despertar a alguien, y acabaron por dormirse los tres. Aitor regresó una hora más tarde seguido por una esclava, que traía un almuerzo tardío para la señora, y se topó con el cuadro. Sin apartar la mirada de su hijo y de su mujer, abrazados y dormidos, indicó a la muchacha que colocase la bandeja sobre el escritorio.

Lo atraía la imagen que componían la madre y el hijo, más allá de que habría

resultado difícil adivinar el vínculo al apreciar el contraste entre la piel casi traslúcida de la mujer y la oscura del pequeño. Aun en sueños, Emanuela sujetaba a Octavio contra su pecho con posesiva actitud, y el niño se aferraba a ella con la confianza de saberse amado incondicionalmente por esa mujer. La imagen lo atraía, sí, aunque también despertaba sus demonios más oscuros, los celos, la envidia y la rabia. Existía un lazo entre esos dos más poderoso que el que la ataba a él. Esa criatura había crecido en su vientre y se había alimentado de sus pechos, y ella estaba dispuesta a dar la vida por preservar la del niño, al igual que el niño había demostrado estar dispuesto a darla por su madre el día del ataque de Laurencio nieto. «Has sido tú el que lo puso dentro de ella», reflexionó, y las garras de la envidia se aflojaron. «Ese niño es tan tuyo como de ella», persistió la voz, y se acordó de lo que le había dicho su *pa'i* Ursus, que lo conocía como pocos: «*Emanuela ama a su hijo porque nació de sus entrañas, pero sobre todo lo ama porque es tuyo*».

Argos, que había parado las orejas apenas entraron en la recámara, lo observaba con el gesto flemático que lo caracterizaba. Agitó la mano para indicarle que se apartase y, si bien el perro se bajó de la cama, no abandonó la habitación, y Aitor sabía que no lo haría sin su pequeño amo. Le debía mucho a ese perro; lo palmeó entre las orejas e hizo una nota mental para hacerle preparar un buen plato de arroz con riñones.

Se sentó en el borde de la cama y acarició la mejilla de Emanuela con el dorso de los dedos. Octavio hizo unos ruiditos con la boca, se pasó el puño por los ojos y los abrió. Al descubrir a su padre, apretó las cejas.

—¿Qué te dije de venir a molestar a tu madre? —le recordó, sin severidad.

—Yo no la molesto.

—No me molesta —confirmó Emanuela, con una sonrisa y sin levantar los párpados.

—Ha llegado tu tío Juan —anunció Aitor—. Quiere que lo acompañes al desfile por el natalicio del rey.

—¿De veras? —Aitor asintió—. ¿Tú vendrás, mamita?

Le dolió que su hijo no le preguntase también a él. Alzó la mirada y se encontró con los ojos sabios de su Jasy, que estiró la mano y le contuvo la mejilla. Él se la besó.

—No, hijito. ¿Por qué no invitas a tu padre? Estoy segura de que le gustará ir contigo y tus hermanas.

—¿Te gustaría? —se sorprendió Octavio, y lo miró con una expectación que le arrancó un corta carcajada, más emocionada que divertida. Lo levantó de la cama y lo sentó sobre sus piernas.

—Me gustaría mucho, hijo.

Octavio lo sorprendió echándole los brazos al cuello y plantándole un beso en la mejilla. Saltó de la cama sin darle tiempo a reaccionar, lo cual era extraño teniendo los sentidos aguzados como se esperaba de un buen cazador.

—Ve a pedirle a Romelia que te peine y que te ponga la casaca —indicó Emanuela—. Y orina antes de salir.

El niño, sentado en el suelo, se colocaba los zapatos y asentía. Salió corriendo con Argos por detrás. Aitor se descalzó y se extendió junto a su esposa, que se movió hacia el centro de la cama para hacerle espacio. Se pusieron de costado y se miraron a los ojos.

—Abrazame como lo abrazabas a él.

—¿Cómo?

—Como si temieses que te lo arrebatasen.

Emanuela le cubrió la coronilla con el mentón, lo encerró entre sus brazos y le cruzó una pierna sobre la cadera. Lo apretó contra su cuerpo y sonrió cuando Aitor suspiró e hizo un sonido de complacencia.

—Si supiese que teniéndote así nunca nadie te apartará de mi lado, no volvería a soltarte.

—Jasy, nunca nadie me apartará de tu lado.

Al hablar, los labios de Aitor le acariciaron el escote, y su aliento le erizó la piel y los pezones, y ella, pese a la excitación, se preguntó: «¿De veras?», y se acordó del anónimo que rezaba que su esposo visitaba una casa frente a la parroquia de San Blas.

—No puedo vivir sin amarte, pero, por amarte como te amo, a veces me cuesta vivir.

—¿Por qué? —inquirió él, con acento angustiado.

—Porque sé en qué me convertiría si te perdiese, y ese conocimiento a veces empaña la felicidad que me das. Es una tontería, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—No es una tontería. Ya lo hemos hablado y te comprendo. A mí me pasa lo mismo.

—Bésame.

Aitor le besó el cuello, el mentón después y le mordisqueó el labio inferior antes de apoderarse de su boca y penetrarla con una lengua que demostraba la ansiedad que había refrenado a lo largo del día. Se acordó de esa mañana, mientras la tenía desmadejada en el carruaje y la holanda translúcida de la camisa le ocultaba malamente los pezones relajados y los lunares. La erección creció contra el calzón. Emanuela sonrió al percibirla en el muslo y la acarició.

—Basta o terminaremos como de costumbre, y tú todavía no te repones. — Emanuela se recostó sobre su pecho—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—Quiero que comas. Voy a buscar la bandeja...

—No, espera. Quiero quedarme así un momento. Abrazame.

—Está bien, pero después quiero que comas. Estás muy delgada.

—Lo haré —se apresuró a decir y, luego de una pausa, preguntó—: ¿No te gusto?

—¿Qué? —La sujetó por el mentón y la obligó a mirarlo—. Jasy, después haber

fornicado sin parar desde que volvimos a estar juntos, ¿tú qué opinas? —Emanuela se puso colorada y bajó las pestañas—. Contéstame.

—Tú me fascinas, me quitas el aliento cada vez que te veo, desnudo, vestido, como sea. Quiero tener el mismo efecto sobre ti.

—Cuando dices esas cosas, me haces sentir como si fuese lo único que existiese en el mundo para ti.

—Lo eres y lo sabes. Tienes tanto poder sobre mí —expresó, con resignación.

—Todo el poder. —Aitor la colocó debajo de él, se sostuvo con los antebrazos para no aplastarla y le frotó el monte de Venus con su miembro—. Soy tu amo y señor. Tu dueño, tu rey, tu amante, tu esposo. Tu servidor, tu esclavo, tu prisionero, tu súbdito. Tu todo.

—Sí, mi todo.

—Hace veinticuatro años que te amo. Cuando era pequeño e inocente, no podía apartar mis ojos de tu rostro, tan perfecto me parecía. El color de tus ojos me hechizaba. Tú no te dabas cuenta pero te obligaba a sentarte donde la luz los iluminase. Después, cuando me hice un muchacho y empezaron a pasarme cosas contigo, y me sentía culpable porque tú todavía eras una niña, así y todo, ¿cuántas veces me masturbé pensando en esta boca en torno a mi verga? —Le aplastó el labio con el pulgar, y después lo pasó de una comisura a la otra—. ¿Cuántas veces me alivié en los calzones solo porque me apoyabas las manitas en el pecho? —Le sujetó una y le besó la palma y la muñeca donde sobresalían las venas azules—. Jasy, me has vuelto loco desde que era un niño de cuatro años y seguirás haciéndolo hasta que sea un viejo al cual la verga ya no se le pare.

—Viejo y todo, tu Jasy logrará que se te pare, ya lo verás.

Aitor profirió una carcajada y le mordisqueó el cuello. Emanuela se agitó y rio a causa de las cosquillas e intentó quitárselo de encima, lo que acicateó las caricias de él.

—¡Basta! —suplicó entre risas, y Aitor se apartó y la observó con embeleso.

—No sabes lo feliz que me hace verte bien de nuevo. Estaba tan preocupado. Hoy, cuando te desvaneciste...

Emanuela le acunó el rostro y lo interrumpió con un beso.

—Soy fuerte, Aitor.

—Lo sé, pero quiero que comas más. Por favor.

—Lo haré. No quiero que te aflijas por nada. ¿Ustedes almorzaron?

—Sí. No fue lo mismo sin ti. Parecíamos de luto. —Emanuela rio—. De veras. Los niños tenían caras largas, y yo no sabía qué hacer. Fue muy incómodo.

—Deberías haberles contado alguna de tus anécdotas en la selva. A un niño, nada lo complace tanto como oír una historia.

Llamaron a la puerta, y Aitor elevó los ojos al cielo y resopló.

—¡Qué! —preguntó de mal modo.

—Aitor, por favor —masculló Emanuela con urgencia.

—Soy yo, don Aitor.

—¿Qué necesitáis, doña Inmaculada?

—Don Juan y los niños están aguardándoos, señor.

—Iré enseguida. —Besó a Emanuela en los labios y abandonó la cama. Se calzó y se colocó la chupa y la casaca en silencio, y mientras se peinaba, le encontraba la mirada en el espejo—. Quiero que descanses el resto de la tarde. No te levantes. Le pediré a doña Inmaculada que te caliente la comida. Se ha enfriado.

—Gracias, amor mío. Aitor, por favor, que los niños no se expongan al sol. Temo que enfermen de tabardillo. Tú tampoco. Ni Juan. ¿Me has oído?

—Sí, señora, os he oído —contestó en castellano.

—Te amo.

Aitor se inclinó y la besó en la frente.

—¿Hasta dónde?

—Lo sabes.

—¿Hasta el *Yvy Marae'y*?

—Más allá de la Tierra sin Mal. Más allá de todo.

* * *

Ifrán y Bojons emergió de la tina y alborotó el aroma del vinagre al cual se había acostumbrado. El esclavo Cristóbal, que con los años se había vuelto eficiente y conocedor de los caprichos de su amo, le secó el cuerpo con un lienzo de algodón de Castilla y dando golpecitos para no lastimar las pústulas y ronchas. Le untó las heridas con un unguento que, en principio, servía para cicatrizar y que, hasta el momento, no había demostrado sus propiedades. Lo cubrió con una camisa tan larga como la sotana y tan suave como áspera era esta. Los tiempos de sacrificios vanos habían terminado, como por ejemplo soportar la estameña del hábito sobre la piel lastimada. A veces elevaba la mirada hacia el Cristo crucificado entronizado en su despacho y se sentía culpable.

Recibió a Árdenas, que, como de costumbre, no tenía noticias sobre el tema que lo obsesionaba: Hernando de Calatrava.

—Domingo Oliveira y su gente han abandonado la búsqueda por un tiempo —admitió el cazador de brujas—. Yo la sigo por mi cuenta —se apresuró a añadir.

—¿Por qué la han abandonado?

—Tenían que atender unas cuestiones urgentes —mintió, pues sabía que habían huido debido al mandato de captura emitido por el gobernador Sanjust.

—Estoy muy disconforme con tu desempeño de los últimos tiempos, Árdenas.

—Excelencia, le he servido fielmente en todo —le recordó, con la vista al suelo— y hemos descubierto a muchas hechiceras, bígamos, judaizantes y sodomitas. Solo he fallado en encontrar a la señorita María Clara y a Calatrava.

—Has fallado en lo que más me interesa, en lo que me hizo aceptar venir a esta

tierra olvidada de la mano de Dios en la cual me he enfermado, y por nada. —El dominico se sentó en su butaca, apoyó el codo en el brazo y se sostuvo la cabeza—. He estado pensando en regresar a Lima —dijo más para sí, y como Árdenas lo conocía, no habló—. ¿Estuviste en la misa por el natalicio del rey?

—Sí, Excelencia.

—Entre las personas encumbradas, las que se ubicaban cerca del altar, no muy lejos del señor gobernador, había un hombre que llamó mi atención, un indio.

—¿Un indio entre las personas encumbradas?

—Sí. Las ropas costosas que lo cubrían no podían ocultar su catadura. Llevaba el pelo larguísimo y trenzado y tenía el rostro oscuro cubierto de tatuajes.

Árdenas se tensó. Su Excelencia hablaba del hombre al que Oliveira, usando a un pobre diablo, había acusado de ser el bandolero Almanegra.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Es un indio, sí, pero hijo de un hacendado, uno de los más poderosos del virreinato, don Vespaciano de Amaral y Medeiros.

«Amaral y Medeiros», repitió para sí el inquisidor, y se acordó de que el hombre había sido el primero en mencionar a la famosa niña santa de San Ignacio Miní.

—Averigua todo acerca de ese indio avenido en gran señor.

—Lo haré, Excelencia.

—Y ahora vete. El papeleo está tapándome y tengo que ponerme a trabajar, aunque sea el día del Señor y el natalicio del rey.

—¿Y el amanuense que estaba sirviéndoos, Excelencia?

—¿Sirviéndome? —se mofó el dominico—. ¡Estorbándome querrás decir! Lo despedí. Estoy buscando uno nuevo.

* * *

Aitor regresó del desfile con Octavio dormido en brazos. María Antonia y Ana Dolores lo seguían arrastrando los pies, extenuadas. Se habían divertido, y a él le había gustado verlos reír e intercambiar comentarios en armonía. Se dio cuenta de que se habían establecido vínculos entre sus hijos: Octavio admiraba e imitaba a Ana, mientras que María se refugiaba en Octavio, atraída por su simpatía y modos afables.

Durante la parada, les compró cocadas, buñuelos de piña y jugo de papaya, y después, a pedido de Octavio y guiado por las indicaciones de Juan, los llevó al sector del río Paraguay donde pescaban los payaguás. Se quitaron los zapatos y los calcetines y remojaron los pies mientras observaban con expresiones de asombro las redes de los indios cargadas de peces. El paseo se arruinó cuando Octavio comentó que don Leónidas los había llevado a ese sitio.

—¿Y tu madre os acompañaba? —preguntó a su pesar.

—A veces.

Pocos minutos después, sin reparar en las quejas de los niños, Aitor anunció que

regresarían. Dejaron a Juan en el Colegio Seminario y siguieron hasta la casa. Octavio, ajeno al dolor que le había causado al mencionar al torero, apoyó la cabeza sobre sus piernas, se rebulló hasta encontrar una posición cómoda y se durmió. Aitor lo observaba, perplejo en un primer momento, más relajado cuando los débiles ronquidos de su hijo lo hicieron sonreír. Eran tan parecidos y, al mismo tiempo, tan distintos. Ese niño, sangre de su sangre, amado y respetado desde el día de su nacimiento, poseía un espíritu alegre y amoroso, como el de su madre, y ahí radicaba la gran diferencia entre ellos.

Se negó a entregárselo a doña Inmaculada, a quien indicó que se ocupase de las niñas, y lo cargó hasta su recámara, donde lo recostó sobre la cama y lo desvistió, asombrado de que no se despertase. Él, a su edad, saltaba al mínimo ruido o movimiento, y había aprendido a dormir con un ojo abierto después de que Laurencio abuelo se divirtiese dándole vuelta la hamaca o sacudiéndolo en sueños. Su hijo, en cambio, confiaba en el mundo porque solo conocía la parte bella, y él se ocuparía de preservarlo de la fea.

No lo cubrió con la sábana; hacía mucho calor. Se inclinó y le apoyó los labios en la mejilla cálida, que le resultó suave y mullida, y arrastró la nariz para olfatearle el cuello, donde Emanuela lo perfumaba, y lo besó en la sien, en el carrillo, en la frente, en la barbilla respingona, semejante a la de la madre.

—¿Mamita? —farfulló Octavio, sin abrir los ojos.

—No, hijo. Soy tu padre.

—Papito —susurró, y se durmió enseguida.

Aitor percibió la alegría como unas cosquillas que le abarcaron el pecho y se lo calentaron, y no fue hasta ese momento en que su hijo lo había llamado como llamaba a su madre que admitió cuánto lo había anhelado. Palmeó la cabeza de Argos y abandonó la habitación ansioso por reencontrarse con Emanuela. La halló sentada frente al tocador; Romelia la peinaba.

—¿Por qué no estás en la cama? —inquirió con más dureza de la intencionada.

—Estoy preparándome para el baile por el natalicio del rey. El gobernador nos envió una invitación. ¿Lo recuerdas?

—No iremos. No te has sentido bien y no quiero que te esfuerces —expresó, mientras se quitaba la casaca y se desabotonaba la chupa.

—Me siento bien. He comido el almuerzo y dormido hasta recién. ¿Cómo les fue en el desfile?

—Bien. Muy bien —añadió para suavizar la respuesta—. Octavio está durmiendo y las niñas están preparándose para ir a la cama. Quedaron extenuados.

—¿No cenarán? —se preocupó Emanuela.

—Se atiborraron de dulces en el desfile. No sigas peinándola, Romelia —ordenó en castellano—. No iremos.

Emanuela abandonó el taburete y caminó hacia Aitor. Este, pese a que el humor había vuelto a agriársele al acordarse de que su mujer se había paseado por el río con

el torero, no pudo evitar admirar la manera en que la bata de seda se le ceñía a la cintura y cómo se le ajustaba en los senos. Apretó las mandíbulas cuando sintió la presión bajo el calzón solo porque Emanuela le acariciaba los pectorales a través de la tela de la camisa y le sonreía.

—No sería bueno faltar. Se entendería como un agravio al rey y al gobernador.

—El rey y el gobernador me...

Emanuela lo calló con el índice sobre los labios. Aitor cerró los ojos y lo succionó, sin importarle que Romelia anduviese por allí.

—Tengo deseos de ir. Es la primera vez que asistiré a un baile por el natalicio de un rey. Estoy intrigada.

—¿De veras te sientes bien?

—¿No luzco bien? —se desanimó.

—Estás preciosa. —La sonrisa de Emanuela le causó el mismo efecto del «papito» de Octavio, le calentó el pecho—. Iremos —cedió, con un suspiro.

—¡Gracias, amor mío! —Se colgó de su cuello y lo besó en los labios, y Aitor le encerró la cintura, apenas cubierta por la delgada seda, y profundizó el beso, y ninguno prestó atención cuando llamaron a la puerta. Romelia abrió y recibió la esquila que una esclava le extendía. Era para el amo Aitor; acababan de entregarla. Aitor quebró el sello y la leyó con un ceño que fue acusándose en tanto sus ojos recorrían las líneas.

—¿Qué sucede? —se preocupó Emanuela.

—Nada grave. Se ha presentado algo en la barraca del puerto y Conan me necesita —explicó, mientras se ponía de nuevo la chupa y la casaca—. Regresaré en media hora para llevarte al baile.

Emanuela no contestó y se quedó de pie en medio de la habitación mirando la puerta que acababa de cerrarse detrás de Aitor.

* * *

El carruaje se detuvo, y Emanuela corrió el visillo. Los fanales del coche iluminaban a duras penas el entorno. A unas varas avistó una iglesia —debía de ser la de San Blas—, alejada del sector principal de la ciudad y ubicada en un paraje solitario. El cochero abrió la puerta, y los dos guardias, Renato y Jerónimo, que los habían escoltado a caballo, asomaron sus caras preocupadas.

—Allí está el caballo de don Aitor —indicó uno de los hombres, y señaló hacia una propiedad frente a la iglesia.

Emanuela trastabilló en la zancajera, y el cochero la sostuvo del antebrazo. Las esperanzas de que el anónimo mintiese acababan de desvanecerse. Solo deseaba que se tratase de la casa de Conan; él mismo le había comentado que se encontraba en ese sector de la ciudad. Sin embargo, en tanto avanzaba hacia la construcción y avistaba la silueta de Creso, esas esperanzas también comenzaron a esfumarse. Notó que la

puerta de dos hojas estaba entreabierta. Guardó silencio, y le pareció oír un llanto. Se dio vuelta e indicó al cochero y a los guardias, con un ademán de mano, que la aguardasen allí. Se movía guiada por el instinto y un impulso temerario mientras empujaba la puerta y entraba en una casa a la que no había sido invitada ni sabía a quién pertenecía. Ingresó en un vestíbulo y enseguida se halló dentro de un patio bien iluminado. Se cubrió la boca al descubrir a Aitor y a Engracia abrazados. La mujer hundía el rostro en su pecho, y él le apoyaba el mentón en la coronilla. Ella se aferraba a su espalda, y él le circundaba los hombros en un gesto posesivo. La intimidad y la confianza entre esos dos eran palmarias.

Emanuela salió de la casa, y recién afuera llenó los pulmones del aire húmedo de la noche. Un dolor intenso le traspasó el pecho, y emitió un sollozo.

—¡Doña Manú! —se preocupó Jerónimo—. ¿Se encuentra bien? Está pálida.

—Sí, sí —susurró—. Llévame al baile del gobernador.

* * *

Conan se precipitó dentro de la casa sin llamar —la puerta estaba abierta— y se sorprendió al toparse con Aitor y Engracia abrazados. La mujer lloraba y Aitor la consolaba. Se aproximó con actitud tímida.

—Buenas noches.

—¡Conan! —exclamó Engracia, y lo abrazó.

—Lo siento tanto —susurró—. Máximo era un gran hombre.

—Sí, lo era —acordó la mujer.

Tomaron asiento en una salita. Engracia se secaba los ojos y se sonaba la nariz, mientras los hombres la contemplaban con gestos apenados.

—Me atormenta pensar que sufrió una muerte dolorosa —se descorazonó la mujer.

—Según Hugo —Aitor se refería a uno de los tres guaraníes que integraba la guardia del cuerpo de Máximo de Atalaya—, no sufrió. Recibió un tiro en la cabeza que lo mató en el acto.

—¡Oh, Dios bendito!

—¡Aitor! ¡Hombre, modérate!

Aitor agitó los hombros, le imprimió un gesto compungido a sus facciones y guardó silencio.

—¿Qué más dijo Hugo? —quiso saber Conan.

—Mataron a todos, y a él lo dieron por muerto.

—¿Cómo está?

—Tiene una herida en la sien provocada por el roce de una bala. Nada serio, pero lo dejó inconsciente. Eso confundió a los atacantes. —Aitor bajó la vista y apretó los puños—. Dice que Contreras los vendió y que huyó con la existencia de caramelos, que no era mucha, y con el dinero que habían recaudado en Lima, una pequeña

fortuna. ¡Maldito hijoputa!

El instinto siempre le había dictado que no confiase en ese gusano. Lo toleraba porque necesitaba hombres para el trabajo duro de la mina y porque se sentía en deuda; después de todo, el antiguo blandengue había desertado para ayudarlo a huir de la cárcel de Buenos Aires. Se trataba de una nueva lección aprendida con dureza, como todas en su vida: no permitir que los sentimientos le impidiesen seguir los dictámenes del olfato.

—Lo que más me preocupa es que Contreras conoce la ubicación de la mina. Temo que guiará a los salteadores hasta allá. Conan, necesito que envíes a Carmen a *La Emanuela* mañana, a primera hora, con un mensaje. Quiero que todos estén prevenidos de un posible ataque. Hay que reforzar la vigilancia. Mañana me ocuparé de despachar un cargamento de armas que compré a unos contrabandistas de Colonia.

—Ahora mismo me marchó para redactar el mensaje y entregárselo a Carmen. — Se puso de pie—. Me sorprendió encontrarte aquí. Cuando estaba llegando, me crucé con un carruaje que se dirigía hacia el centro y estoy seguro de que era uno de los tuyos.

Aitor se incorporó en la silla y entrecerró los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Sí, estoy seguro de que era uno de tus carruajes. Vi claramente el escudo de los Amaral y Medeiros en la portezuela.

Se puso de pie, y Engracia lo imitó.

—¿Ya te vas, querido? —La mujer le apoyó las manos en las solapas de la casaca.

—Sí. Debo asistir al baile por el natalicio del rey. Volveré mañana. Trata de descansar. —La besó en la frente y salió de la casa. Saltó sobre el caballo apremiado por un mal agüero, que se confirmó cuando doña Inmaculada le informó que doña Manú había partido hacia el baile.

Guió el caballo dentro del patio del fuerte, atestado de carretas —pocos contaban con el lujo de un carruaje en esa ciudad tan pobre— y de gente. Un mozo de paja y cebada le salió al encuentro y se hizo cargo de Creso. Cruzó el pórtico e ingresó en uno de los salones. La distinguió enseguida entre las parejas que bailaban un minueto, y la rabia que se le había esfumado un poco al descubrir que Emanuela lo hacía con el jefe de Policía, se le reavivó al verla sonreírle a Leónidas Cabrera, que la desnudaba con la vista desde el confín de la improvisada pista de baile. Si no intervenía, el malnacido cometería la osadía de invitarla a bailar y él tendría que degollarlo.

Emanuela le sonrió a don Leónidas a sabiendas de que Aitor la observaba. Debía de estar furibundo; regresar a la casa y saber que ella había partido sin él debió de sorprenderlo primero, encolerizarlo después. No le importaba. Había llorado durante el trayecto hasta el fuerte; en ese momento, quería demostrarle... ¿Qué deseaba demostrarle? En realidad, quería lastimarlo. Estaba mal, lo sabía; no obstante, le resultaba imposible cambiar el curso de su determinación, que se afianzaba en su mente en tanto la imagen de esos dos abrazados se le grababa como a fuego. Lo vio

avanzar hacia el centro de la pista y supo que no le importaría armar un escándalo y arrastrarla fuera. Se anticipó para evitar hacer el ridículo.

—Si me disculpáis, don Venancio, deberé dejaros antes de que finalice la pieza. Mi esposo acaba de llegar y debo entregarle un mensaje urgente.

El hombre la tomó de la mano y la guió en dirección a Aitor, que esperó a que lo alcanzasen. Saludó con cortedad al jefe de Policía, aferró a su esposa por el brazo y la condujo fuera del salón, hacia el patio del fuerte, donde su carruaje se distinguía fácilmente. Emanuela levantaba el ruedo de la basquiña y correteaba para seguirle el paso. El cochero y los guardias se aproximaron a la carrera.

—Renato, ocúpate de Creso. Volveré en el carruaje con mi esposa. Se lo entregué a aquel zagal.

—Enseguida, don Aitor.

Empujó a Emanuela dentro del vehículo y cerró la portezuela con un golpe excesivo, que la sobresaltó.

—¡Por qué carajo viniste sola al baile! ¡Te dije que me esperases! ¡Por qué mierda estabas sonriéndole al imbécil de Cabrera!

—Qué cínico.

—¿Qué? ¡Mírame cuándo me hablas! ¡No te oigo!

Emanuela apartó la cara de la ventilla y la volvió hacia Aitor.

—He dicho que eres un cínico. Me gritas y cuestionas mis acciones cuando tú estabas en casa de tu amante, abrazándola.

—¿Fuiste a lo de Engracia? —Emanuela lo miró fijamente y no contestó—. ¿Por qué?

—No importa. Ya nada importa.

Aitor le sujetó por los brazos, debajo de las axilas, y la atrajo hacia él con un movimiento brusco.

—¿Qué dices? —preguntó con angustia mal disimulada—. ¿Ya no importa?

—Toda la confianza que había comenzado a restablecerse en mi corazón fue destruida esta noche. Mañana prepararé mi regreso a *Orembae*. Los niños y yo viviremos con mi *sy* y don Vespaciano. No quiero volver a verte.

Aitor experimentó un terror como solo Emanuela podía causarle con palabras como las que acababa de pronunciar y con esa mirada.

—¿Qué estás diciendo? ¡Has perdido el juicio!

—Aitor, estoy cansada, no quiero discutir.

—¡Pero vamos a hacerlo, lo quieras o no! Jasy...

—No, Aitor. Volviste a traicionarme, y créeme, no te culpo. Aquí la única culpable soy yo por caer una y otra vez en tus trampas.

—Amor mío, no es lo que tú piensas.

—Estabas con ella, abrazándola como me abrazas a mí.

—No, *nunca* como te abrazo a ti —afirmó con vehemencia, e intentó acariciarle la mejilla.

—¡No me toques! Y suéltame, por favor. Estás haciéndome daño.

—Jasy, estaba consolándola. Acababa de recibir la noticia de que su esposo fue asesinado cerca de San Isidro de Curuguay.

Emanuela ahogó una exclamación y se quedó mirándolo.

—Lo siento por el pobre hombre, pero eso no cambia en nada lo que yo vi.

—Estaba consolando a una amiga.

—¿Una amiga? Aitor, por favor. Además, ¿desde cuándo eres compasivo? Ni siquiera muestras compasión a tus propios hijos. ¿Por qué a ella sí? Te lo diré: porque estás enamorado de ella.

—¡Qué dices!

Emanuela agitó la cabeza y cerró los ojos en un gesto de hartazgo.

—Basta, Aitor. Basta. Corriste a ella apenas leíste la nota que te envió, me dejaste tirada como un trasto... —Alzó la mano para hacerlo callar—. No me interrumpas. Me mentiste. Me dijiste que irías al puerto...

—Sabía que si te decía que se trataba de Engracia, te inquietarías. Habías estado mal todo el día. No quería perturbarte.

—Elegiste mentirme, como siempre. Así no se construye la confianza.

Un mutismo tenso se apoderó del cubículo. Emanuela se arrastró por el asiento y se ubicó en el otro extremo. Fijó la vista en el exterior oscuro y ominoso, como oscuro y ominoso se presentaba el futuro sin Aitor. Las lágrimas caían, y ella las secaba con disimulo; no quería que supiese que lloraba.

—¿Cómo te enteraste de dónde vive Engracia?

Se tensó al oírlo pronunciar el nombre de ella, y toda clase de imágenes la atormentaron. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Tiempo atrás recibí un anónimo. Allí me preguntaban si sabía por qué tú visitabas de continuo una quinta frente a la parroquia de San Blas.

—¿Un anónimo? ¿Y nunca me lo mencionaste? —Emanuela eligió el silencio como respuesta—. ¿Y tú me hablas de confianza?

—Porque quería confiar en ti, no le di importancia. Pero se ve que era cierto. La cuestión es *vox populi*. Todos saben que me engañas con ella. Como siempre en estas cosas, la principal perjudicada es la última en enterarse.

Aitor se lanzó sobre ella y la aferró por los hombros. Emanuela lanzó un grito. Aitor la obligó a mirarlo sujetándole la mandíbula.

—¡No te engañe con ella! ¡No es mi amante! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

Emanuela se rehusó a mostrarse asustada y lo contempló con desprecio.

—Suéltame. No vuelvas a tocarme con las manos que la tocan a ella. No lo soporto.

La soltó de inmediato y apartó el rostro. No reconocía a su Jasy en el gesto y en los ojos endurecidos de esa mujer.

* * *

Se había instalado en una de las habitaciones para huéspedes, la que habían ocupado su sy y don Vespaciano. La cama le resultaba incómoda y demasiado grande. Echaba de menos los brazos de Aitor en torno a ella, su olor, su respiración, la familiaridad con que sus cuerpos se amoldaban. La angustia continuaba alojada en el pecho aunque ya no le quedase energía para llorar. La almohada aún conservaba la humedad de sus lágrimas. Le dolía la cabeza y padecía el cansancio en cada articulación, en cada músculo. El sueño la rehuía y el miedo la ahogaba.

Se alarmó al escuchar el crujido de los goznes a sus espaldas, y luego de un instante de pánico en el que no se atrevió a volverse, supo que se trataba de él. ¿Qué hora sería? Calculó las tres de la madrugada. Una luz tenue teñía la recámara a medida que él se aproximaba. Lo oyó depositar la palmatoria sobre la mesa de noche y oyó también el roce de la bata mientras se la quitaba. Debajo estaría desnudo, conjeturó. El colchón cedió con el peso de él.

—No lo hagas. No te acuestes a mi lado.

Aitor hizo caso omiso de la orden y se extendió junto a ella. Le apartó el cabello de la espalda, donde arrastró los labios y refregó la cara mojada y la acarició con las pestañas aglutinadas. Emanuela apretó los párpados y tragó para deshacer el nudo en la garganta. La había hecho sufrir, y en lugar de querer vengarse, anhelaba consolarlo.

Aitor la encerró entre sus brazos. Emanuela luchó para quitárselo de encima y se detuvo de pronto cuando él, con llanto en la voz, le suplicó:

—No me dejes. No puedo vivir sin ti. Me prometiste que nunca volverías a dejarme.

—Me prometiste que no volverías a engañarme. Me dijiste que era una promesa que no te costaría cumplir.

—No he faltado a mi palabra siquiera una vez. Te lo juro por la vida de mis hijos. Tú, tú y solo tú. Tú me consumes, Emanuela, me devoras. Estoy enfermo de amor por ti. Existo para ti. En torno a mí no queda nada excepto tú.

—Suéltame —ordenó tras un silencio—. Necesito incorporarme.

Aitor retiró los brazos lentamente, como si temiese que desapareciera o que echase a volar. Se sentaron en la cama, uno frente al otro, y a él le dolió que ella se cubriese con la sábana. Se obligó a mirarla a los ojos. Le temía y la deseaba, y la ansiedad que eso le provocaba bullía en sus venas.

—No soporto que creas que te he traicionado cuando no lo he hecho ni con el pensamiento. —Que ella no respondiese era insoportable; prefería que le gritase y lo arañase—. Te amo a ti, solo a ti.

—Lo sé, pero también sientes algo por ella, y eso me lastima profundamente porque en mí solo hay sitio para ti. Siempre he tenido que compartirte con otras. Ya no lo soporto.

—Nunca me has compartido con nadie. Mi corazón es solo tuyo.

—¡No lo es! Sé que sientes algo por ella. Te vi, Aitor, vi cómo la abrazabas.

—Sí, siento algo por ella, lo mismo que tú sentías por Lope, lo mismo que sientes por Micaela o por Titus. Yo no podía comprender lo que sentías por ellos hasta que conocí a Conan y a Engracia, los únicos amigos que tengo. Pero mi amor de hombre ha sido y siempre será solo para ti, lo creas o no.

—Viviste seis años con ella. ¡Compartían la misma casa! Ella te cocinaba, lavaba tu ropa...

—¡No, jamás! De mis cosas se ocupaban Delia y Aurelia. Ella, no.

Emanuela se sujetó la cabeza y la agitó, confundida, triste, destrozada.

—Jasy...

—Vivieron juntos seis años, Aitor —sollozó, pese a que se había exhortado a resistir—. ¿Cómo es posible que no albergues sentimientos por ella?

—Es posible, Emanuela. No siento por ella como hombre sino como amigo.

—Me cuesta creerlo.

—Conan está enamorado de Engracia. —Emanuela abrió los ojos y lo miró fijamente—. Saberlo no me causa nada, solo el deseo de que ella lo corresponda. En cambio, si alguno te mira dos veces —apretó los puños, y la boca se le convirtió en una línea tensa—, soy capaz de arrancarle el hígado, de destrozarlo con mis dientes. Hoy, cuando te vi sonreírle al bardaje de Leónidas...

—Basta, por favor —suplicó en un murmullo—. Don Leónidas no significa nada para mí.

—Jasy... —empezó a decir, y se detuvo cuando ella cuadró los hombros y ajustó un poco más la sábana en torno al pecho.

—Aitor —expresó con finalidad, y a él se le cortó el respiro—, con el pasado que tú y yo compartimos, ¿crees que puedes jugar con fuego? ¿Por qué? ¿Porque la tonta de Emanuela te aguantará y te perdonará siempre?

—No, no... —susurró, y extendió la mano para tocarla, pero ella se retrajo.

—Por cierto que sea que solo eres amigo de Engracia, tu pasado te condena. Tienes que comprender cuál es la situación. No puedes ser amigo de una mujer con la cual compartiste seis años de tu vida, con la cual tuviste la misma intimidad que tienes conmigo.

—¡No compares lo que tú y yo tenemos con nada! Lo que tú y yo compartimos es único. Y sagrado.

Emanuela dejó caer la cabeza y emitió un suspiro exhausto.

—Aitor, ¿cómo puedes exigirme que, después de todo lo que padecí con tu traición, me quede tranquila y te sonrío cuando visitas frecuentemente a la mujer con la cual cohabitaste durante seis años?

—Para mí no es importante, por eso nunca lo entendí de ese modo. Fui un egoísta...

—Como siempre.

—Sí, como siempre. No supe ponerme en tu lugar, ahora lo comprendo. Perdóname, amor mío —imploró, y extendió las manos, que, luego de unos segundos, cayeron sobre el colchón—. Tienes razón. Siempre tienes razón. Terminaré mi amistad con Engracia. ¿Eso te dejaría más tranquila?

—Sí, quiero que tu amistad con ella termine, como yo terminé la mía con don Leónidas.

—Así lo haré, y no volveré a visitarla, y manejaremos el negocio a través de Conan. —La contempló con un gesto en el que la súplica y el miedo estaban impresos en cada plano de su rostro—. Jasy, perdóname —barbotó en un soplido impregnado de llanto—. Perdóname. —Inclinó el torso y apoyó la frente en la rodilla de Emanuela.

No lo tocó. Se quedó mirando cómo la cabeza de Aitor se mecía con el llanto. Percibía la humedad de su aliento sobre la piel que él mojaba con lágrimas y saliva. Le creía, creía que la amaba tan locamente como ella a él; le creía que solo sentía afecto por Engracia y que no había experimentado celos al saber que Conan estaba enamorado de la mujer que había sido su amante durante seis años. Le creía porque sabía que era verdad. Nadie lo conocía como ella, nadie veía su alma con la claridad que ella la veía; la compartían, era la misma. Le apartó el cabello y le acarició la espalda, y el llanto de Aitor se intensificó, y sus brazos le rodearon las caderas y la pegaron a él. Acabó enredado en torno a ella, sujetándola con una angustia visceral, mientras ella se volcaba hacia delante y le besaba entre los omóplatos, sofocada de amor y de compasión por ese hombre poderoso, invencible, que todo lo podía y que lloraba como un niño entre sus piernas, aferrado a ella como si de la vida se tratase. Nunca lo abandonaría; era una verdad tan contundente como que al día siguiente saldría el sol.

—Shhh... Cálmate.

—Dime que no me dejarás.

—No te dejaré.

—Gracias, amor mío. —Se quedó quieto, ovillado en torno a ella, la cara pegada en su muslo, las manos ajustadas en la base de su espalda. Poco a poco, la paz retornaba, y una somnolencia le entorpecía los miembros, le pesaba en los párpados. Debió de quedarse dormido. Se despertó con un sobresalto, y el corazón le golpeó el pecho al darse cuenta de que Emanuela no estaba.

—¡Emanuela! —la llamó con acento atormentado.

—¡Aquí! ¡Aquí estoy!

Se asomó tras el cortinado del tornalecho y la vio avanzar hacia la cama a paso rápido. El camisón, de una tela delgada para esas noches bochornosas, se le pegaba a las piernas, a los senos, le marcaba los pezones, y la luna que bañaba la estancia la desnudaba con su luminiscencia. Extendió los brazos y la sujetó por las muñecas, y la atrajo hacia él con rudeza, no le importaba; la desazón causada por la pesadilla y por haberse despertado en una cama desierta lo volvían impaciente. La recostó y la cubrió

con su cuerpo.

—¿Dónde estabas?

—Junto a la contraventana, mirando el jardín.

—¿No podías dormir?

—No.

Aitor alzó la cabeza, y sus miradas se entrelazaron en la penumbra. Todavía la sentía tensa, lejana, reacia.

—Por mi culpa —afirmó, y Emanuela no contestó; lo habría lastimado con la verdad, que no conciliaba el sueño por su culpa, pues cada vez que cerraba los ojos, los veía a él y a Engracia abrazados, y otras imágenes se le echaban encima con el peso de un aluvión.

Aitor le besó el rostro con delicadeza, y Emanuela bajó los párpados para apreciar la morbidez de sus labios, que se aplastaban apenas sobre la piel. La expectación fue creciendo mientras los besos de él le cubrían la cara excepto los labios, que se entreabrían para soltar el aliento cada vez más agitado. Ella ejercía un gran poder sobre él, pero él también sobre ella, porque minutos atrás le habría resultado impensable que el deseo volviese a dominarla, no mientras las imágenes de Aitor y Engracia copulando destellaban en su mente. Había bastado que esos labios mullidos le recorriesen el rostro para que ella comenzase a aflojarse y para que la húmeda calidez brotase entre sus piernas. Por fin la besó en la boca, y sus dedos se le clavaron en la espalda, y su pelvis se restregó contra la erección. La penetró con la lengua, y Emanuela gimió. Deslizó las manos hasta cerrarlas en las nalgas de él. Aitor arqueó el cuello y soltó un clamor doliente. Cuando entró en ella, no halló rastro de la apatía inicial, sino la viscosa y tibia humedad que le confirmaba que estaba lista para recibirlo.

Acabaron sudados y acalorados, y sin embargo no conjuraban la voluntad para apartarse y tomar un respiro. Aitor seguía dentro de ella, y ella seguía prendida al cuerpo de él, las piernas en torno a su cintura, los talones clavados en sus nalgas, las manos en su nuca.

—Te amo, Jasy, amor de mi vida, razón de mi existencia, te amo —afirmó sobre la boca de ella—. ¿Puedes sentir cuánto te amo?

—Sí.

—Nunca vuelvas a dudar de que mi amor es solo para ti. No hay sitio para nadie en mí excepto para mi Jasy. —Se contemplaron al resplandor de la luna—. Dios bendito, es tan fuerte esto que siento por ti. Ojalá pudieses leer mi mente, ver lo que hay en mi corazón.

—Puedo, soy la única que puede, y por eso estoy aquí todavía y no me iré a ningún sitio.

—Gracias —masculló Aitor con timbre quebrado—. Si me faltases... —empezó a decir, y calló repentinamente—. Hoy, cuando te descompusiste en la iglesia, sentí tanto miedo —insistió, y Emanuela comprendió que lo había afectado más de lo que

le había permitido entrever.

—Ya te dije que fue solo a causa del calor y del mal olor.

—Lo sé, lo sé, pero durante esos segundos en que quedaste como sin vida en mis brazos, creí...

Emanuela le apoyó el índice y el mayor sobre los labios.

—Shhh... Intenta dormir.

—Aquí no. Vuelve a nuestra recámara conmigo. Aquello es un páramo si tú no estás. Todo es un páramo si tú no estás, como hoy al mediodía, o como todos los años que tuve que vivir sin ti.

—En cambio es el Paraíso si estamos así, como ahora, tú dentro de mí y mis brazos en torno a ti, ¿verdad?

—Sí, amor mío, el Paraíso.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente, Aitor escribió una carta a Engracia en la cual le explicaba por qué no volverían a verse. Le relató los acontecimientos de la noche anterior y le explicó cuánto daño le había causado a su esposa sin intención. No se guardó nada; fue explícito, directo, franco, y se dio cuenta de que siempre lo había sido con su amante porque no había temido perderla; de ella podía prescindir. Tampoco se preocuparía por su caligrafía ni por los errores ortográficos ni los gramaticales; Engracia era menos cultivada que él.

Cerca del mediodía, Conan se presentó en la casa con unas órdenes de embarque, y Aitor lo recibió en su despacho.

—A primera hora, Carmen partió hacia *La Emanuela*.

—Muy bien.

—Esta mañana estuve con Engracia —anunció el cornuallés—. Está mejor. Dice que quiere viajar para recuperar el cuerpo de Máximo.

—Se lo habrán comido los animales. Quedarán las piltrafas.

—Espero que no seas tan brutal y se lo digas a la cara —se molestó Conan.

—De hecho, no lo haré pues no volveré a verla. —Extrajo la carta de una gaveta y la arrastró a través del escritorio—. Quiero que le entregues esto de mi parte. Es una despedida.

—¿Cómo? ¿Por qué? La destrozarás.

—Se le pasará. No puedo seguir con nuestra amistad sin lastimar a Emanuela, y ella es lo más importante para mí. Anoche casi la pierdo. Me vio mientras consolaba a Engracia.

—Entonces, era ella en el carruaje. —Aitor asintió—. Lo siento. ¿Están las cosas bien entre vosotros?

—Sí, pero no puedo seguir cometiendo errores a causa de mi ceguera y egoísmo. No puedo seguir lastimándola. Algún día se cansará de perdonarme.

—Pero... Pues, Engracia y tú no estabais haciendo nada, ¿verdad?

—No, nada, pero estaba abrazándola, consolándola, y eso bastó para que Emanuela quisiera dejarme. Y no la culpo. Después de todo, Engracia y yo fuimos amantes.

—Sí, comprendo. Le entregaré tu carta hoy mismo. Cenaré con ella. —Carraspeó y se rebulló en la silla.

—Escupe el sapo, Conan. Dime qué tienes.

—Verás... En fin... Quería decirte que... luego de un tiempo prudencial, propondré matrimonio a Engracia.

La sonrisa de Aitor sorprendió a Conan, lo alivió un instante después.

—¡Bravo, amigo mío! Estoy seguro de que aceptará.

—Yo no tanto. Después de todo, está enamorada de ti.

—Pero tú harás que se enamore de ti. Yo no volveré a verla, y eso facilitará las cosas. Me olvidará, y tú estarás a su lado para ayudarla con el negocio de los caramelos y con todo lo que necesite. Hablando de los caramelos, pasemos al tema que me preocupa: el ataque a la comitiva de Máximo. Ya sabemos, gracias a Hugo, que Contreras se vendió y los entregó. ¿Pero a quién?

—Hoy, cuando fui a lo de Engracia, estuve un momento con Hugo. Se repone muy bien, y me aseguró que recuerda con claridad lo sucedido antes de que el disparo lo alcanzase. Dice que varios de la banda eran portugueses, y que en especial el que parecía ser el jefe tenía un acento muy marcado.

—¡Oliveira!

—Me temo que sí, pues Hugo asegura que escuchó dos veces el nombre Domingo.

—Maldita alimaña. Maldita escoria humana. ¿Cuándo carajo le pondré las manos encima?

—Deberías mandar a llamar a los baquianos que contrataste y enviarlos hacia la zona de San Isidro de Curuguay.

—Oliveira es pícaro como un demonio. Ya debe de estar a varias leguas de allí. He pensado en usar a esos baquianos para formar la nueva comitiva que distribuya los caramelos. No es fácil conseguir hombres con pelotas y que conozcan el terreno, y el negocio está primero.

—¿Quién ocupará el lugar de Máximo? Tiene que ser alguien de confianza, que no nos robe ni nos estafe.

—Durante las semanas en prisión, conocí a un guardia, José Trueba se llama. Me pareció honesto y rápido de entendederas, de buen carácter, fácil de manejar. Está harto de cobrar en arrobos de yerba y siempre con retraso de meses. Es soltero, nada lo ata a esta ciudad. Iré a hablar con él hoy mismo. Si acepta, le diré que vaya a verte. Como te dije, de ahora en adelante, tú te ocuparás de los caramelos, y yo me ocuparé de las cuestiones en el puerto para aligerarte la tarea.

Emanuela entró en el despacho, y Aitor se puso de pie, no porque ella le hubiese enseñado que debía hacerlo cuando se presentaba una dama sino porque le hacía saltar el corazón, le aceleraba la sangre y lo impulsaba a correr. Le sonrió, dichoso de verla, hechizado por su belleza, que nada opacaba, ni el pañuelo en torno a la cabeza, ni el mandil manchado con esos potingues que preparaba, ni las ojeras después de una noche en vela. Aunque Emanuela le devolvió la sonrisa, Aitor la notó forzada, melancólica quizás, y se atormentó al meditar que tal vez las cosas no estuviesen tan bien como acababa de afirmarle a Conan y que la escena de la noche anterior con Engracia aún la perturbase. Caminó hacia ella dispuesto a estrecharla entre sus brazos y hacerle sentir el amor que lo consumía desde hacía veinticuatro años.

—Conan —se sorprendió Emanuela, y Aitor notó que se tensaba mientras él la

estrechaba—. No sabía que estabas aquí.

—Buenas tardes, Manú.

Le gustaba Conan; le gustaban su mirada serena, sus movimientos tranquilos, sus opiniones sensatas, sobre todo le gustaba que fuese el mejor amigo de Aitor. De igual modo, conociendo la naturaleza posesiva y celosa de su esposo, se cuidaba de mostrar un trato demasiado amistoso o afectuoso; no quería causar una grieta entre los amigos.

—Estamos por almorzar. ¿Nos harás el honor de quedarte?

—Gracias, Manú, pero me urge regresar al puerto. Las autoridades necesitan estos documentos para autorizar el embarque del estaño. No pueden esperar.

—Comprendo. Esta noche vendrán a cenar doña Mencía, su hijo y mi *pa'i* Santiago. Eres más que bienvenido.

—Nada me causaría más placer, pero tengo otro compromiso...

—Conan cenará con Engracia.

—Oh. En otra oportunidad, entonces —dijo, y con una sutil presión se deshizo del abrazo de su esposo.

Aitor escoltó a Conan hasta la puerta, y cuando regresó al despacho, lo encontró vacío. Con trancadas ansiosas, devoró la distancia que lo separaba de su recámara. Estaba seguro de que la encontraría allí. Abrió la puerta justo en el momento en que Emanuela, sentada frente al tocador, terminaba de quitarse el turbante, y el cabello le caía sobre la espalda. Cerró con traba y caminó, ciego, hasta ella. Se arrodilló junto a la butaca y descansó la cabeza en su regazo. El peso en el pecho se le aligeró cuando ella lo acarició. Cerró los ojos e inspiró profundamente el aroma fragante que despedían sus manos, indicio de que se había pasado la mañana encerrada en su cuartito fabricando afeites y jabones.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella.

—Te noto... lejos de mí.

—Estoy aquí. Siempre estaré aquí.

—Jasy... No soporto que sufras por algo que no tiene sentido. —Se puso de pie y la arrastró con él a la cama. Se sentó en el borde, ella en su falda—. Quiero que sepas que acabo de entregar a Conan una carta para Engracia. —Emanuela apartó el rostro, miró para abajo. Aitor le sujetó la barbilla y la obligó a enfrentarlo—. Es una carta de despedida. Allí le explico que nuestra amistad ha terminado y que no volveré a verla, y que el negocio de los caramelos quedará en manos de Conan. Quiero que estés tranquila y que vuelvas a mí.

La recostó sobre la cama y él se ubicó a su lado; se sostuvo la cabeza para tener una buena visión de ella. Emanuela pegó la mejilla al colchón para no mirarlo. El llanto la amenazaba; conocía los indicios, y ella no quería llorar. Aitor le besó el filo de la mandíbula, hundió la nariz en su sitio favorito y le cubrió el vientre con la mano.

—Amor mío, ¿qué tengo que hacer para que comprendas que lo eres todo para mí, que sin ti la vida no me importa? Dímelo, hago lo que sea, Jasy. No, Jasy, no —se afligió al descubrir las lágrimas que le cruzaban el puente de la nariz y caían sobre la manta—. No llores, amor mío, no sufras en vano.

—No puedo quitarme de la cabeza la escena que vi en casa de... ella —admitió entre sollozos—. Tú, abrazándola...

—Lo sé, es doloroso, pero no había nada en ese abrazo. Créeme, Jasy.

—Dame tiempo, por favor.

Aitor asintió, abatido, y se quedó inmóvil, la vista fija en ella hasta que las lágrimas cesaron y, al secarse, le marcaron un sendero en el rostro, que él recorrió con el índice.

—¿Sabes, Jasy? Conan acaba de decirme que, pasado un tiempo, le pedirá a Engracia que sea su esposa. —La apatía de ella ante la noticia lo desorientó—. Estoy seguro de que lo aceptará.

—Conan es un gran hombre. Si lo acepta, la hará feliz.

«¿Yo te hago feliz?», le habría preguntado, pero se acobardó. Su impaciencia exigía que Emanuela volviese a sonreírle y a sentirse plena en ese instante. La voz de su *pa'i* Ursus, que tantas veces lo había instado a dominar los impulsos, le recordó que a veces cultivar la paciencia daba buenos frutos.

—Esta tarde te llevaré al astillero donde estoy haciendo construir otra barcaza para la mina —anunció, y se dijo que su entrevista con José Trueba podía esperar—. Te gustará ver trabajar a los carpinteros.

—No puedo. Hoy vendrán las niñas para sus clases.

—Las llevaremos con nosotros. Iremos en los dos carruajes. Les vendrá bien un paseo. Octavio también vendrá. E invitaremos a Juan. ¿Qué opinas?

Emanuela lo miró y asintió con una sonrisa apenas insinuada. La besó en los labios, y cuando ella comenzaba a ceder al deseo, los sobresaltó un golpeteo en el vidrio de la contraventana. Aitor se incorporó y se asomó tras el dosel. Habría soltado una risotada si su hijo no lo hubiese fastidiado con la interrupción. Octavio, la nariz pegada al vidrio, acunaba las manos en torno a los ojos e intentaba columbrar el interior.

—Permítele entrar —pidió Emanuela, y él la complació.

Entraron los tres, María Antonia al último, con la tortuga Olivia bajo el brazo, como de costumbre, y con la actitud dubitativa con la que encaraba lo desconocido; nunca había puesto pie en la alcoba de su padre. Octavio se lanzó a los brazos de Emanuela, que lo esperaban abiertos. Aitor la observó reír y besar la cabeza del niño, mientras cuchicheaban, y sintió celos por no ser quien le inspirase ese contento. Emanuela extendió las manos hacia las niñas, que también acabaron en su abrazo. Orlando y Marã saltaban y ladraban en torno; Argos mantenía una postura circunspecta. Aitor lo palmeó entre las orejas y le rascó el hocico; se sentía cerca del animal.

—Esta tarde vuestro padre nos llevará al astillero donde están construyendo un nuevo barco para la mina —anunció Emanuela.

—¡Sí! —exclamó Octavio, y sorprendió a Aitor al treparse a sus rodillas y plantarle un beso en la mejilla—. ¡Gracias, papito!

Aitor lo encerró en un abrazo, acuciado por la necesidad de sentirse amado por su hijo, conmovido por ese segundo «papito», satisfecho porque, al igual que Cabrera, él también le mostraría sitios interesantes y divertidos. Apretó los ojos mientras lo estrechaba y lo besaba en el carrillo. Octavio, inquieto, se apartó enseguida y comenzó a confabular con sus hermanas acerca de la visita al as...

—¿Cómo se llama el lugar, papito?

—Astillero.

Doña Inmaculada se presentó para anunciar la inminencia del almuerzo, y Emanuela marchó con los niños para lavarles las manos y adecentarlos para la mesa. Aitor se quedó mirándola mientras se alejaba.

* * *

La opresión en la boca del estómago, la que había nacido la noche del baile por el natalicio de Carlos III, fue cediendo poco a poco, y la imagen de Aitor y Engracia abrazados se disipaba. Él no mostraba signos de lamentar el final de la amistad; por el contrario, se lo notaba más distendido y afectuoso con los niños y pasaba gran parte del día en su despacho o en el puerto. Trabajaban juntos, y a ella seguía alegrándola que, además de pedirle que revisase la ortografía y la gramática de sus cartas y documentos, le consultase las decisiones y los planes. Amaba cuando él le preguntaba: «¿Qué opinas, Jasy?»; la hacía sentir importante y respetada. Más le gustaba cuando se percataba de que había seguido su consejo en alguna cuestión, por muy banal e insignificante que fuese. No obstante, existía una razón por la cual a veces lo sorprendía ensimismado y serio, con el entrecejo apretado, las cejas puntiagudas y los ojos de oro fijos en un punto. Emanuela no necesitaba sonsacarlo; se trataba de Oliveira y de su banda, de la cual Laurencio nieto formaba parte, y que, con la ayuda de Rosario Contreras, habían asesinado a Máximo de Atalaya y a dos de los guardias. No solo implicaba un peligro para ella y los niños, sino también para la mina, pues Contreras podía guiarlos a ciegas, tanto conocía el camino. Enviaba cartas de continuo a Frías, a Perdías y al cacique Cristóbal Paicá, encargados de la vigilancia, y compraba armas y municiones tantas veces como los contrabandistas se las ofrecían, y las transportaba río arriba a escondidas, en la bodega del barco. De todo la participaba, aun de sus negocios ilegales de compra de armas y también de sus resquemores, por eso ella se sentía cada vez más cerca de él, y se daba cuenta de que la confianza se reconstruía de entre las ruinas.

Hacia fines de enero, llegó Lindor Matas junto con el refuerzo que se ocuparía de la seguridad de Emanuela y de la casa, y aunque su presencia la tranquilizaba,

también implicaba que, allí fuera, había un peligro que los acechaba. Trataba de no pensar, e intentaba distraerse con las cuestiones domésticas, los niños, las clases.

Una mañana de principios de febrero, después de haber soñado con Emanuelita y Milagritos, se propuso ganarse el corazón de Ginebra y le envió un pote con el ungüento de lanolina, almidón y óxido de estaño que tanto le gustaba. Agregó al paquete un par de guantes perfumados con bálsamo de copal y una nota afectuosa. Ciro, el sirviente personal de Aitor, que había llegado con Lindor Matas y a quien ella había elegido para entregar el presente, regresó desconcertado y con los regalos intactos. Le había abierto la india Drusila, a quien había conocido durante el viaje de bodas de doña Ginebra y don Lope, Dios lo tuviese en su gloria, y lo había hecho pasar muy amablemente al cuarto patio. Se había llevado el paquete para volver minutos después acompañada de una señora airada, que lo había echado con cajas destempladas.

—Doña Nicolasa —masculló Emanuela, y Ciro asintió al tiempo que le extendía el paquete y la notita.

Con su padre tal vez desaparecido para siempre y su hermana enojada, la pequeña familia a la cual Emanuela había creído pertenecer se esfumaba.

* * *

Al día siguiente, al atardecer, Emanuela entró en la cocina y se dio cuenta de que Romelia se giraba abruptamente para ocultarle el rostro y que se lo secaba con el mandil. La creía en el prostíbulo, ocupándose del vello de las mujeres, oficio que continuaba practicando más allá de que los tiempos de carestía hubiesen acabado.

—Romelia, ¿estás bien?

—Sí, mi niña.

—Nada de sí mi niña. Estás llorando.

—No. Un poco de resfrío.

—¿Tú también me tomas por tonta? —La esclava se dio vuelta rápidamente y la miró con desconsuelo—. Dime qué tienes o no volveré a dirigirte la palabra.

—No quiero decírtelo.

—Pues lo harás.

—Octa... Tu *pa'i* Ursus me matará. Tu esposo me linchará.

—Dime en este instante de qué se trata.

—De una niña, de Sixtina. Es hija de una de las... muchachas de doña Camelia. Está muriendo de tercianas. Tiempo atrás creímos que sanaría, pero la fiebre ha vuelto y con tanta saña. Ya casi no respira. Me he regresado porque nadie estaba pa' quitarse el vello.

—Llévame con ella.

—¡Oh, no! ¡Tú en una casa pública! En verdad quieres que Aitor me linche.

—¡Llévame! Estás perdiendo un tiempo precioso. Yo me ocuparé de Aitor.

Acordaron que la llevaría si se embozaba por completo y si le pedía a Lindor Matas y a sus hombres que la escoltasen. No usarían el carruaje, las delataría. Fueron a lomo de caballo, sentadas a mujeriegas, Romelia aferrada a la cintura de Emanuela, muerta de miedo, repitiendo padrenuestros, avemarías y glorias para evitar que el animal se encabritase y las arrojase sobre el lodo de la calle. Entraron por la puerta trasera. Matas y sus hombres las esperarían afuera.

—Doña Camelia —dijo Romelia—, le presento a mi ama Manú.

—¿La niña santa, la que curó a la hija de don Venancio?

«¡Vaya!», se asombró Emanuela, y Romelia asintió sin mirarla, avergonzada por la infidencia.

—¡Pase, señora! —se emocionó la propietaria del burdel—. ¡Es un honor recibirla en esta casa! La conduciré con nuestra pobre Sixtina.

Emanuela enseguida notó que la habitación estaban mal aireada y que había demasiada gente en torno a la cama de la enferma. Eran las prostitutas, que rezaban, algunas con rosarios. En la penumbra, sus ojos se toparon con un par bellísimo. Oscuros, rasgados y enormes, eran los de Engracia de Atalaya. El aire se le congeló en los pulmones. Se repuso cuando doña Camelia anunció su presencia a las mujeres, que emitieron un clamor admirativo y la contemplaron de pies a cabeza.

—Por favor —pidió Emanuela—, salid todas excepto la madre de la niña.

—Sixtina es huérfana —explicó Romelia.

—Pues que permanezca la persona a quien la niña esté más apegada.

—Doña Engracia —intervino la madama—, es a vos a quien Sixtina más quiere. Quedaos, por favor.

Engracia clavó una mirada suplicante en Emanuela, que asintió y apartó la vista.

—Abrid la ventana y la puerta —ordenó—. Es imperativo airear la habitación.

Se aproximó a la cabecera y se quedó prendada de la dulzura de la pequeña, en cuyos rasgos se amalgamaban la sangre blanca y la guaraní; le calculó entre siete y ocho años. Se quitó el rebozo, se lavó las manos en el aguamanil que le presentó Romelia y se las secó. Se arrodilló junto al pequeño lecho, que le recordó al camastro en el que había dormido hasta los catorce años, y procuró que las rodillas desnudas tocasen el piso de tierra apisonada pues con los años había aprendido que si estaba en contacto con la tierra mientras usaba su don, luego no se sentía tan cansada ni mareada. Inspiró profundamente y cerró los ojos para aislarse, en especial de la presencia de Engracia. Conjuró imágenes de Octavio, sano y vivaz, de la dulce María Antonia, de la astuta Ana Dolores, de la cariñosa Emanuelita y de la traviesa Milagritos, y le pidió a Dios que le permitiese salvar la vida de la pequeña Sixtina. Apoyó las manos sobre la frente sudorosa y caliente de la enferma, y siguió imaginando a sus niños, el que había nacido de su vientre y las que eran hijas de su alma. Los veía corretear por el jardín, con Argos, Marã y Orlando por detrás. Reían y cantaban. El cosquilleo en la palma de las manos no tardó en anunciar que pronto brotaría el calor sanador. Sonrió, dichosa y agradecida de que se le hubiese concedido

sanarla. Unos minutos después, el calor cedió, y Emanuela abrió los ojos. Inspiró profundamente y exhaló hasta vaciar los pulmones.

—¿Doña Engracia? —musitó la pequeña.

—¡Sí, mi niña, aquí estoy!

Emanuela se apartó para cederle el lugar junto a la enferma.

—¿Cómo te sientes, cariño? ¿Por qué sonrías?

—Porque mi madre vino a visitarme. Me acariciaba la frente y me decía: «Despierta, Sixtina, despierta. Tienes que ir a jugar». —Lo expresó en guaraní, y Emanuela tradujo cuando Engracia se giró para pedirle ayuda—. Por eso desperté.

Engracia se echó a llorar. Se alejó para no perturbar a la niña, que la seguía con una mirada confundida y ceñuda. Emanuela enseguida se colocó enfrente y la distrajo. Volvió a cubrirle la frente con la mano y advirtió que estaba fresca.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Bien. —Acentuó el ceño—. Vos... sois el ángel que estaba con mi madre. Vuestro rostro... Vos sois el ángel. ¿Y vuestras alas? —se extrañó, y movió la cabeza buscando descubrirlas plegadas en la espalda de la mujer—. ¿Dónde están?

—No soy un ángel. Soy Manú. Romelia, ayúdame a incorporarla. Quiero que beba la medicina.

—No —se quejó la niña—, medicina no.

—Verás que no sabe tan mal. Y después tomarás un exquisito caldo de gallina y comerás una compota de pelones.

—¿Compota de pelones?

—¿Nunca la has comido? —La niña movió apenas la cabeza para negar—. Te enviaré un poco de la que preparo para mis hijos.

Media hora más tarde, las prostitutas rodeaban el camastro de la pequeña, y entre llantos y risas, la mimaban y le prometían confituras, paseos y regalos, mientras Engracia le daba sorbos de un cocido muy aromático. Doña Camelia atendía a las indicaciones de Emanuela, que le entregó un cuenco con un bebedizo preparado con corteza de quino y una bolsita con hierbas para preparar una tisana febrífuga y sudorífica.

—Vendré a verla mañana por la tarde. Si le volviese la calentura, no dudéis en ir a buscarme. Doña Engracia sabe dónde vivo —añadió, sin volverse para mirarla.

—¿Volveréis, señora? ¿A esta casa? —se pasmó la madama.

—Volveré, y por favor, recordad: la niña debe descansar. Pedid a vuestras amigas que se retiren.

Doña Camelia las echó sin mayores miramientos, y las mujeres fueron saliendo en fila. Al pasar junto a Emanuela se hacían la señal de la cruz, otras le besaban la mano, otras, el ruedo del vestido. Emanuela se despidió de la pequeña y se cuidó de destinar siquiera un vistazo a la mujer que la alimentaba. Abandonó la habitación con Romelia por detrás. Iban de salida cuando un llamado las detuvo.

—¡Doña Manú! —Era Engracia.

—Está bien, Romelia. Espérame afuera, con Lindor. Enseguida estaré contigo.

Romelia asintió y se alejó. Emanuela la siguió con la mirada hasta que la esclava desapareció en la oscuridad del pórtico; luego se volvió hacia la antigua amante de su esposo. La mujer la contemplaba con el rostro bañado en lágrimas y las manos unidas sobre los labios. Después de segundos de silencio, le recogió el ruedo del brial y se lo besó. No lo soltó, sino que hundió el rostro en el nanquín y se echó a llorar amargamente. Emanuela la observaba, primero estupefacta, un momento más tarde con compasión. La angustia y la culpa de la mujer la alcanzaban como el calor de un fogón. Se inclinó e intentó levantarla.

—¡Perdonadme, santa mujer! No soy digna siquiera de miraros a los ojos, pero os suplico vuestra misericordia. ¡Perdonadme!

—¿Por qué debería perdonaros?

Engracia elevó el rostro alterado por el llanto y aun así bellísimo, y expresó:

—Por amar a vuestro esposo, por desearlo para mí, por intentar quitároslo. — Emanuela se irguió abruptamente—. Vos, en cambio, me habéis devuelto a mi querida Sixtina. Perdonadme —susurró, casi sin fuerza, y dejó caer la cabeza. Como Emanuela guardaba silencio, se atrevió a levantar la vista de nuevo—. El amor que Aitor os profesa es tan inmenso y fuerte y poderoso que es imposible luchar contra él. Quiero que sepáis que, desde que decidió regresar a vuestro lado, nunca, jamás os ha sido infiel por mucho que yo lo tentase —añadió, y bajó los párpados—. Nunca.

El mutismo de Emanuela se prolongó durante unos segundos. Al cabo, dijo:

—Lamento la muerte de vuestro esposo. Sé que era un buen hombre. Rezaré por él, para que su alma descanse en paz.

—Gracias, señora.

—Y a vos os deseo que algún día encontréis el amor de un hombre digno.

—Gracias.

—¿Amáis a Sixtina?

—Sí, con toda mi alma.

—Entonces, sacadla de aquí y hacedla feliz.

—Lo haré. Gracias a vos, ahora podré hacerlo.

* * *

Aitor se paseaba delante del portón de mulas dominado por la ira y por el miedo. Doña Inmaculada y Ciro se mantenían a distancia prudente y alternaban vistazos entre su amo y la oscuridad de la calle. El esclavo anunció que alguien se aproximaba, y Aitor detuvo su ir y venir. Las siluetas de cuatro caballos comenzaron a perfilarse en la media luz que lanzaba el fanal sostenido por uno de los jinetes. Aitor se aproximó con actitud impaciente, arrancó a Emanuela de la montura y elevó el índice hacia Matas.

—Tú y yo hablaremos después.

—¡No! —intercedió Emanuela—. Él no tiene culpa de nada. He sido yo la que...

—Cierra la boca —le advirtió en guaraní, y la arrastró dentro de la casa. En su recámara, dio un portazo detrás de él y echó el cerrojo, que provocó un sonido que erizó la piel de Emanuela—. ¡Dónde carajo te habías metido! ¡Llego a mi casa y me encuentro con el servicio y mis hijos agitados porque no pueden encontrarte! ¡Octavio estaba al borde de las lágrimas!

Emanuela se impulsó hacia la puerta y Aitor la detuvo aferrándola por las muñecas.

—¡Déjame ir con él!

—¿Ahora te acuerdas de que tienes un hijo?

—¡Suéltame! ¡Tengo que ir a tranquilizarlo!

—Romelia y doña Inmaculada ya le habrán dicho que estás aquí. —Se miraron fijamente—. Tendría que dejarte el culo al rojo por hacerme padecer esta tortura.

—¡Hazlo! —lo desafió—. ¡Castígame como si fuese una niña! ¡Eso es lo que crees que soy, una niña para manejar a tu antojo! ¡Oh! —exclamó cuando Aitor la obligó a plegarse sobre el filo del escritorio, le echó el vestido hacia delante, tanto que le cubrió incluso la cabeza, le bajó los calzones y le descargó la palma de la mano con vigor.

Emanuela profirió un alarido, y Aitor volvió a asestarle un bofetón en el otro cachete, al que siguió otro grito de Emanuela. Con el aliento acezante y mechones que le caían sobre los ojos, Aitor se quedó mirando los cachetes que cobraban un matiz rojizo, y aplicó presión en la mano apoyada en la espalda de su esposa cuando esta luchó por incorporarse.

—Quédate quieta —le ordenó sin mordacidad.

La erección le palpitó bajo el calzón, y la visión de ese trasero pequeño, rollizo y blanco teñido de rojo le secó la boca de deseo. Con la mano que acababa de azotarla, se liberó el pene y lo calzó entre sus nalgas. Emanuela gimió y elevó el trasero para salirle al encuentro. Aitor soltó un gruñido y se recostó sobre su espalda. Le retiró la falda que le cubría la cabeza y le acarició los costados de las piernas, mientras movía la pelvis suavemente hacia arriba y abajo.

—Perdóname, amor mío. Estaba enfermo de preocupación. Llegué a casa y encontré a todos inquietos porque no sabían dónde estabas. Octavio moqueaba y me pedía por ti y las niñas me miraban como si fuese a suceder una desgracia. Estaba volviéndome loco de angustia...

—Perdóname tú a mí. —Aitor estiró los brazos y entrelazó los dedos con los de Emanuela sobre el escritorio—. Salí deprisa. No me di cuenta de avisar adónde iba.

—¿Dónde estabas?

—Fui a sanar a una niña que estaba muriendo de tercianas.

—Jasy, Jasy. ¿Por qué te expones, amor mío?

—Aitor... Te deseo. Hazme el amor.

Apretaron las manos. Aitor le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Emanuela giró la

cara y le buscó los labios. Se besaron febrilmente; entrelazaron las lenguas, se devoraron los labios ansiosos, absorbieron los alientos del otro. Aitor se introdujo en ella y le clavó los dedos en las caderas. Se mantuvo quieto en su interior; quería sentirla contraerse en torno a su carne mientras le provocaba un orgasmo. No precisó demasiado tiempo; sus dedos actuaron con destreza y la hicieron gritar y contorsionarse debajo de él.

—Me vuelves loco cuando me aprietas dentro de ti —susurró, mientras le mordisqueaba el costado del cuello—. Dime que soy el único que te ha hecho sentir esto.

—Tú me enseñaste a sentir esto cuando todavía era una niña —expresó, entre respiros agitados— y eres el único que me ha hecho sentir este placer, el único que lo hará. Eres el único para mí.

—Jasy... —se emocionó—. Mi niña adorada.

—Sí, tu niña, y por eso me castigaste azotándome las asentaderas.

Aitor soltó la risa por la nariz mientras le clavaba los colmillos en la nuca.

—¿Te duele? —Le acarició las nalgas aún tibias—. Me calenté dándote esa azotaina.

—Sí, lo noté.

Aitor se retiró de ella y la obligó a incorporarse para recostarla de nuevo sobre el escritorio, esta vez de espaldas y con los pies apoyados en el borde. Le quitó los chapines y los calzones, y le dejó las medias.

—¿Quieres hacerlo en esta posición? —Aitor asintió—. ¿Quieres ver cómo tu *tembo* entra dentro de mí? ¿Te gusta ver cuando me penetras, cuando soy tuya?

—Siempre eres mía. Con mi verga dentro de ti o sin ella, siempre eres mía.

—Sí, siempre.

Aitor la guió para que elevase las piernas y apoyase los talones en sus hombros. La sujetó por las caderas y volvió a entrar en ella. Cuando acabaron, permanecieron en esa posición sin pronunciar palabra hasta que las pulsaciones se apaciguaron y el sudor se secó. Emanuela le deshizo la trenza y entreveró los dedos hasta alcanzarle el cuero cabelludo. Aitor tembló con el contacto y enseguida volvió a relajarse. No se movieron cuando doña Inmaculada les anunció a través de la puerta que servirían la cena. Emanuela contestó «gracias», sin molestarse en disimular la calidad rasposa y somnolienta de su voz.

—Una de las contraventanas está abierta —señaló, con acento preocupado—. Todos deben de habernos oído —se afligió.

—Mejor —respondió Aitor, y sonrió sobre el escote de su esposa—, así todos sabrán que te tengo bien satisfecha. —Sin darle tiempo a replicar, confesó—: No quiero salirme de ti.

—Piensa en cuando vuelvas a entrar más tarde.

Aitor le apoyó el mentón entre los senos y la miró con una ceja elevada y una media sonrisa.

—¿Mi Jasy quiere que la folle de nuevo más tarde?

—Si es posible —susurró, y las mejillas se le calentaron.

—Es posible, y verte toda ruborizada y avergonzada me calienta tanto como tu culo al rojo.

Más tarde, sin embargo, Aitor montó en cólera cuando Emanuela le confesó que Sixtina vivía en el burdel de doña Camelia y que se había metido en la casa pública para sanarla. Juró que le cortaría las pelotas a Matas y que acogotaría a Romelia, a la cual, desde ese momento, le prohibía regresar a ese sitio, y podía ir olvidándose de su oficio de vellera. Emanuela detuvo su retahíla de insultos y amenazas al revelarle:

—Allí me encontré con Engracia.

Aitor quedó con la boca entreabierta y los ojos fijos en ella. Dejó caer las manos y se aproximó con prudencia.

—Parece ser que está encariñada con Sixtina.

—¿Dijo algo que te molestase?

—No. Me pidió perdón por intentar quitarme a mi esposo. —Contuvo la risa que le suscitó la expresión desconsolada y temerosa de su fiero Aitor—. No te mortifiques; también me dijo que tú no me habías traicionado ni una vez.

—¡Es la verdad, Jasy! —Atravesó la distancia que los separaba y la sujetó acunándole la mandíbula—. Me crees, ¿verdad, amor mío?

—Sí, te creo.

* * *

Conan visitaba a Aitor como de costumbre, y Emanuela le preguntaba por Sixtina. No se le permitía regresar a la casa pública, y la suerte de la niña la tenía sobre ascuas. El cornuallés le informaba acerca de su evolución, y en cada encuentro le aseguraba que no tenía fiebre y que se reponía muy bien, y se marchaba con medicinas, hierbas y compota de pelones o algún otro dulce. Ese día a principios de febrero, Conan se presentó por segunda vez al atardecer. Traía una cara que, al encontrarse con la de Aitor, intensificó su gesto preocupado.

—¿Nos dejas solos, cariño?

Emanuela se excusó sumida en las dudas. Al pasar junto al amigo de su esposo, lo miró a los ojos.

—¿Sixtina está bien?

—Oh, sí, sí —se apresuró a tranquilizarla—. Dice... Me dijeron que hoy, después de almorzar, se levantó de la cama y dio sus primeros pasos.

Emanuela asintió y se forzó a sonreír. Conan veía a diario a Engracia; temía que trajese un mensaje para su esposo. Aitor trabó la puerta y clavó la vista en el cornuallés.

—¿Qué sucede?

—Dora y Adela, del burdel, le dijeron a Engracia que anoche entretuvieron a dos

hombres que se jactaban de pertenecer a la banda de Oliveira. Estaban borrachos. Les dijeron que vivaquean cerca de la ciudad. Aseguraron que volverían esta noche.

Aitor se lo quedó mirando durante unos segundos en los que meditaba qué pasos seguir. Se asomó a la puerta y llamó a Ciro.

—Mande, amo Aitor.

—Ve y dile a Matas que venga a mi despacho. Fue a buscar a Octavio a su clase de violín, pero ya debería de estar de regreso.

—Enseguida.

—Si piensas hacer lo que estoy sospechando —intervino Conan—, iré contigo.

—No.

—Aitor, necesitarás todo el apoyo que puedas reunir. No sé manejar el cuchillo con tu destreza, ni tampoco tengo tu puntería con el arco y la flecha, pero sé disparar muy bien las pistolas de sílex que me regalaste.

—Quiero que te quedes esta noche en casa. Eres al único a quien puedo confiarle la seguridad de mi familia. —Conan asintió, enmudecido por la sorpresa y la emoción—. Necesitaremos a algunos de esos indios payaguás que nos ayudan en el puerto con la carga y descarga del estaño. Son buenos lanceros.

—¿Para qué los quieres?

—Para que vigilen la casa por fuera, para que te den aviso si ven algo raro mientras tú permaneces dentro. Conan, esta es nuestra oportunidad de caer sobre ese maldito de Oliveira y el malnacido de mi sobrino.

* * *

Las muchachas aceptaron colaborar con el amigo de doña Engracia cuando se enteraron de que era el esposo de la niña santa, y de que Domingo Oliveira y su banda querían hacerle daño. Ocultos tras una cerca de tunas, Aitor y sus hombres aguardaban la señal que les indicaría que los clientes de Dora y de Adela estaban por salir. Alrededor de las dos de la madrugada, se abrió la ventana del costado, sobre la cual pendía un fanal, y una mano colgó un trapo rojo.

—Prepárense —masculló Aitor—. Están por salir.

Momentos después, se entornó la puerta, que junto con un haz de luz, dejó escapar las risotadas y el murmullo incesante del prostíbulo. Dos hombres trastabillaron fuera entre carcajadas y tardaron en subir a sus monturas. Aitor sostuvo la mano en alto hasta que, sin perderlos de vista, los juzgó a distancia prudente. Masculló la orden de avanzar. A los caballos, les habían envuelto los cascos con trapos, y no llevarían linternas ni teas, lo cual dificultaría la marcha. Los malhechores iluminaban el sendero con un fanal, y eso les servía de faro en la noche. Aitor calculó que se dirigían hacia sureste, hacia una zona de la Compañía de Jesús conocida como Campo Grande, o Ñu Guazú entre los naturales. Los hombres se detuvieron una hora y media más tarde, y Aitor alzó la mano para que su grupo los imitase. Desmontaron

y ataron las riendas a unos arbustos.

—Ciro —Aitor se dirigió a su sirviente personal—, tú te quedas aquí, cuidando los caballos. Si para el amanecer no regresa ninguno de nosotros, vuelves a la ciudad y le das aviso a Conan.

—Sí, amo.

Se adentraron en el monte. Aitor encabezaba la comitiva; Matas la cerraba; entre ellos iba el retén de cinco hombres. ¿Serían suficientes?, se cuestionaba Aitor. ¿A cuántos malvivientes enfrentarían? Las voces y los relinchos, al volverse más nítidos, les indicaron la cercanía del vivac. Elevó de nuevo la mano, y el grupo frenó detrás de él. Trepó a un árbol y columbró la distancia desde una altura de más de diez varas. Una fogata bañaba de luz el entorno. Aitor avistó a varios hombres dormidos; contó seis; a eso debía sumarle el guardia, que alimentaba el fogón en ese momento, y a los dos recién llegados después de la incursión en el burdel; en total, eran nueve. Ellos eran siete, pero contaban con la sorpresa de su parte. Descubrió tres mosquetes y dos fusiles con bayoneta, que reconoció como los que empleaban los soldados portugueses. De seguro además tendrían arcos y cuchillos.

Una corriente de anticipación le recorrió el cuerpo cuando el guardia acabó de atizar los leños y se incorporó. Las llamas le iluminaron las facciones. «Contreras», masculló para sí, y sonrió. Aguardó a que los recién llegados se tumbasen junto al fuego y se durmieran, lo que hicieron rápidamente. Contreras se sentó junto a la fogata, el fusil cruzado en el pecho. Aitor bajó del árbol y se unió a su gente.

—Son nueve. Uno está haciendo guardia. Tiene una bayoneta, y creo que le vi dos pistolas en el cinto. Eliminaré al guardia de un flechazo y luego nos acercaremos al campamento. Les caeremos encima mientras duermen. No quiero que quede uno con vida.

Aunque le habría gustado ocuparse de Oliveira y de Laurencio nieto, no podía darse el lujo de arriesgar. El mayor número de enemigos le jugaba en contra, y él tenía que ir por lo seguro. Eliminar de la faz de la Tierra el peligro que acechaba a su mujer era más importante que sacarse el gusto con una venganza.

—El guardia nos delatará al gritar cuando le des el flechazo —conjeturó Matas.

—No gritará —replicó Aitor—. Silverio Guiray, tú seguirás mis pasos. Deberás pisar el exacto punto donde pisaré yo, y así lo hará el que te sigue, y así hasta Matas, que cerrará la fila.

—Sí, señor —respondió el indio.

Caminaron el corto trayecto conteniendo el respiro, pisando con precaución, siguiendo las huellas del jefe, guiados por la débil luz que se adivinaba entre la vegetación densa que adoptaba formas amenazadoras. Aitor se detuvo, y sus hombres lo imitaron. Buscó la mejor posición para realizar el disparo. Con una rodilla en el suelo, se ubicó a la altura del blanco. Extrajo una flecha del carcaj, la calzó en la cuerda del arco y la estiró. Cerró el ojo izquierdo, apuntó y soltó. La flecha se introdujo en la boca de Rosario Contreras y se frenó después de haberle perforado la

parte posterior del cráneo. El hombre se derrumbó hacia atrás sin proferir siquiera un sonido ahogado.

—Vamos —masculló Aitor, quien, apenas emergió de la maleza que rodeaba el vivac, descargó varios flechazos sobre los cuerpos dormidos.

Oliveira saltó en pie y disparó sus pistolas hacia la oscuridad. Como no tendría tiempo de recargarlas, las arrojó y se hizo de un mosquete. Volvió a disparar, hasta que soltó el arma cuando una flecha se le clavó en la pierna. Se derrumbó y observó el astil que le penetraba el músculo. No se atrevió a extraerlo.

—¡Oliveira! —escuchó que lo llamaban, y se incorporó al reconocer la voz.

—¡Maldito indio del demonio!

—¿Otro flechazo? ¿Cuántas marcas te han dejado ya mis flechas?

Aitor podría haberlo fulminado con un disparo de pistola, y sin embargo desenvainó el cuchillo, al que había afilado concienzudamente. Oliveira lo imitó sin dudar, y se encontraron a mitad camino, donde frenaron para estudiarse y medirse.

—Voy a acabar contigo, Aitor Ñeenguirú.

Aitor, que había aprendido que lo mejor era ahorrar el aliento, se limitó a sonreír. Lanzó una finta hacia la derecha. Oliveira intentó atajarla, pero solo cortó el aire. Aitor pasó a su lado velozmente y, aprovechando el desconcierto de su enemigo, y le deslizó el filo por el costado derecho, donde le abrió un surco a la altura de la cintura. La camisa pronto se tiñó de rojo. Oliveira, tras un breve quejido, se repuso enseguida, y se lanzó, ciego de furia, hacia Aitor, que le permitió aproximarse para apartarse a último momento. Le tendió una zancadilla, y el portugués cayó de bruces, y lanzó una imprecación cuando el astil de la flecha se le incrustó aún más en el muslo. Aitor le estampó la bota en la parte baja de la espalda. Oliveira volvió a gritar de dolor. La voz se le estranguló cuando Aitor, sujetándolo por el cabello grasiento, le arqueó el cuello hasta encontrarle los ojos por detrás.

—¿Dónde está esa sanguijuela de Laurencio? —exigió, pues se había dado cuenta de que no se encontraba entre los que dormían.

—No lo sé.

—¡Mientes! —exclamó, y le clavó el cuchillo en una nalga.

Oliveira prorrumpió en gritos, que se agudizaron hasta adquirir un matiz femenino.

—¿Dónde está Laurencio?

—¡No lo sé! —Otra cuchillada en la otra nalga—. ¡No lo sé! ¡Estaba aquí! ¡Estaba aquí! ¡Lo juro! ¡Debió de haberse escapado cuando te vio llegar!

Aitor soltó una imprecación, le ajustó el puño en el cabello con un sacudón cruel, le expuso la yugular y lo degolló. El torso del portugués se desmadejó boca abajo, y Aitor lo escupió antes de dar media vuelta y toparse con varios pares de ojos que lo contemplaban con expresiones atónitas.

—¿Todos bien? —preguntó con impaciencia y gesto feroz.

—A Daniel lo alcanzó un balazo en el brazo.

—Matas, átale una cuerda bajo la herida para cortar la sangre. Lo curaremos una vez llegados a la ciudad. ¡Vamos! —los urgió—. Recoged las armas y todo lo que pueda sernos de utilidad.

En el registro del vivac, Aitor confirmó que todos estaban muertos. Además, halló una bolsa de cuero con caramelos Almanegra y el cofre que Máximo de Atalaya empleaba en sus viajes para transportar las ganancias. Caminó hacia Contreras, lo escupió y le deseó que se pudiese en el infierno.

* * *

Laurencio Ñeenguirú tapó la boca a María Cruz antes de que la mujer los delatase con un grito histérico, espantada por el espectáculo del chisguete de sangre que acababa de saltar del cuello de Oliveira. Se retrajo entre los helechos y se cerró sobre el cuerpo trémulo de su amante. Se habían salvado gracias a la concupiscencia de la mujer, que lo había despertado en la madrugada con ganas de fornicar. Se habían perdido en el monte buscando un rincón donde retozar y gemir a gusto, y al regresar, se habían encontrado con ese infierno desatado a manos del luisón. Apretó los ojos para cerrarse a la imagen de su tío Aitor degollando a su amigo. Los ojos le habían resplandecido de satisfacción, y al pasarle el filo del cuchillo por el cuello, había levantado el labio superior, como si de un belfo se tratase, y gruñido, y él le había visto los colmillos de una blancura sobrenatural.

Laurencio se atrevió a alzar la vista y a columbrar a través de la vegetación. Los asaltantes hurgaban entre sus pertenencias y se hacían con las armas y otras cosas.

—¡Jefe! —oyó que lo llamaba uno en castellano—. Aquí hay dos mantas y dos cabezales. Alguien estuvo durmiendo acá y ya no está. Han de ser dos, lo más seguro.

Como si lo hubiese olfateado, Aitor se giró abruptamente y clavó la vista en la maleza tras la cual él y María Cruz se ocultaban. Lamentó su imprudencia de alejarse del campamento sin su arma de fuego. La hubiese disparado contra el luisón, sin importarle que eso hubiese sido lo último que hiciese, pues sus hombres lo habrían liquidado poco después. Pero no la tenía, y en ese momento uno la sacaba de su morral y se la calzaba en el cinto con expresión de deleite. Era una pistola estupenda; se la había regalado Oliveira, y él la apreciaba más que a cualquier cosa, más que al cuchillo que le había dado su *taitaru* tantos años atrás.

De nuevo, su tío le quitaba lo que tanto quería. No le bastaba con llevar un apellido rimbombante ni ser rico como un rey ni poseer a la criatura más exquisita; tenía que arrebatarse a sus amigos y su arma. Dejó caer la cabeza y la hundió en la espalda de María Cruz. Se sentía abatido. El luisón era invencible, y él jamás podría destruirlo. Pero destruiría lo único que el luisón amaba, su posesión más preciada.

* * *

Alrededor de las seis y media de la mañana, Emanuela no hallaba paz. Se había pasado la noche en vela, con el corazón en un puño. La espera se volvía insoportable. Se paseaba por la recámara, y los faldones de su bata de gasa flameaban detrás de ella. Le huía a su imagen, que se reflejaba en los tantos espejos de caballete; no soportaba enfrentarse a su expresión de miedo y angustia. Aitor había partido con sus hombres al anochecer para dar la caza a Oliveira y a su banda de malhechores, y aún no regresaba. Acababan de rezar el enésimo rosario con Romelia, y ya no tenía paciencia para nada.

La esclava, sentada en el tocador, la observaba ir y venir, y no sabía cómo ayudarla.

—Doña Inmaculada ya debe de haberse levantado. ¿Quieres que le pida que te prepare una valeriana, así te calmas?

—Nada me calmará, excepto verlo regresar con bien.

—Manú, como siempre te digo, tu hombre tiene más vidas que un gato.

—¡Pero algún día se le acabarán! Es tan temerario, Romelia. Nunca le ha temido a nada. A nada.

—A perderte, eso es lo único que lo aterroriza, y está haciendo esto pa' asegurarse de que nadie te toque un cabello, mi niña. Tienes que entenderlo.

—¿No habría sido más sensato dar aviso a las autoridades para que enviasen a un grupo de soldados? Después de todo, el gobernador emitió un pedido de captura contra Oliveira. ¿Por qué tenía que ir él mismo? ¿Por qué tenía que exponerse?

—Porque sabe que si se ocupa él mismo de la cuestión, no fallará.

—¡Romelia, si algo llegase a sucederle! —Se había propuesto no llorar; sin embargo, el cansancio y la espera angustiosa comenzaban a pesarle, y las paredes de valor tras las cuales había ocultado el terror a lo largo de la noche se desmoronaban.

Como hacía calor y tenían las contraventanas abiertas, escucharon relinchos y el golpeteo de cascos contra el adoquinado de la caballeriza; luego voces masculinas, la de Aitor, la de Matas, la de Conan; después habló doña Inmaculada, y unos minutos más tarde, las botas de Aitor sonaron en el entablado del corredor; se acercaba. Romelia se puso de pie, y Emanuela corrió hacia la puerta, que se abrió para revelar a Aitor. Se lanzó a sus brazos con un gemido lamentoso y se aferró a él. Rompió a llorar sin importarle su propósito de guardar la calma; no le quedaba voluntad, solo un alivio que, poco a poco, le distendía los músculos y la aflojaba. Pasada la primera emoción, cayó en la cuenta de que Aitor la sujetaba sin misericordia; sus brazos la comprimían y le hacían doler las costillas. No se quejó, no dijo nada; amaba la necesidad visceral que ese abrazo comunicaba, lo mismo que los besos que le prodigaba una y otra vez en la coronilla, en las sienes, en la frente.

—¿Por qué no estás durmiendo? —le susurró con los labios pegados al cuello.

—¿Cómo me pides eso? He permanecido en vela toda la noche, rezando por ti.

—No debí decirte nada. Mira cómo te encuentro, pálida y temblando.

Romelia se deslizó junto al matrimonio hacia la puerta con la intención de pasar

inadvertida.

—Romelia —la detuvo Aitor—, dile a doña Inmaculada que me prepare el baño.

—Sí, Aitor, enseguida.

—Gracias por quedarte toda la noche conmigo, Romelia.

—De nada, mi niña.

—Ve a descansar ahora.

El ruido del pestillo indicó que la puerta se había cerrado a su espalda, y esa fue la señal para que Aitor aplastase la boca de su mujer, que separó los labios con un gemido y sacó la lengua para lamerlo. La iniciativa de Emanuela le erizó la piel y le endureció el pene. Una corriente dolorosa y placentera le recorrió el cuerpo, y se le alojó en los testículos.

—Quiero que me bañes. Quiero que tus manos me saquen de encima la suciedad que tengo. Quiero que me limpies.

—Sí, lo haré. —Comenzó a desvestirlo—. ¿Estás bien? —Aitor asintió—. ¿Y tus hombres?

—También —contestó, y decidió no mencionarle la herida de bala de Daniel. El barbero se ocuparía de extraérsela del brazo.

Emanuela no se atrevía a preguntarle acerca del destino que habían sufrido Domingo Oliveira y Laurencio nieto. Conociéndolo, esperaba a que él se lo contase. Continuó desvestiéndolo. Aitor se apoyó contra Emanuela, que lo guió al baño y lo ayudó a entrar en la bañera. Se sentó en el medio, las piernas extendidas y separadas, y cerró los ojos. Oía el roce de las prendas mientras su esposa se las quitaba y percibía la tibieza del sol que ingresaba por la ventana. También oyó cuando Emanuela se metió en la bañera. El olfato le indicó que se hallaba de pie, frente a él. Incluyó la frente y la apoyó en su monte de Venus, y suspiró cuando los dedos de ella se le hundieron en la parte posterior de la cabeza.

—Te lavaré el cabello primero.

Sin moverse, Emanuela se estiró hasta aferrar el aguamanil y vertió el agua tibia sobre la coronilla de Aitor. Hizo espuma en sus manos con la pastilla de jabón y lo lavó. Lo hacía con movimientos lentos, pero firmes, y le masajeaba el cuero cabelludo, al que notó pegado al cráneo debido a la tensión. Se movía con delicadeza para lavarlo, y le acariciaba la frente con el vello pubiano, y él comenzó a rotar la cara para que ninguna parte quedase sin su porción de caricias. Al mismo tiempo, le recorría las pantorrillas, y cuando su mano dio con la cicatriz causada por la espina de la raya, la repasó una y otra vez y dibujó su circunferencia con la punta del índice para no olvidar que, allí afuera, aún respiraba el responsable de esa marca que nunca abandonaría el cuerpo de su mujer.

Emanuela volvió a verter agua limpia y le enjuagó el pelo. Antes de que empezase a lavarle el cuerpo, Aitor la sujetó por las caderas y la mantuvo quieta delante de él. Se abrió camino entre los pliegues de su vagina con la lengua y le succionó el punto que, sabía, hallaría hinchado y palpitante.

—Abre un poco más las piernas, Jasy.

Lo obedeció enseguida, y primero uno, luego dos dedos de Aitor se alojaron dentro de ella. La lamió y la succionó, y mientras lo hacía, alzó los párpados hasta que las pestañas se los rozaron para admirarla en el placer. Arrastró la mano libre y le masajeó un pecho, luego otro, una y otra vez. Emanuela agitaba la pelvis sobre su cara y profería gemidos y jadeos que lo ponían duro. Lo fascinaba la entrega de su mujer, que, sin dudar, lo seguía en cuanto juego él la embarcaba. Lo fascinaba que gozase tanto como él, que esa cercanía física fuese para ella tan importante como lo era para él.

—Jasy... —susurró, abrumado de amor, de deseo, de admiración y respeto, humilde frente a la magnificencia de esa muchacha que lo había convertido en su siervo con apenas minutos de nacida. Su grandeza lo volvía pequeño, insignificante y paradójicamente lo enaltecía pues, por algún misterio de la vida, había aceptado ser de él, del luisón.

El orgasmo explotó entre las piernas de Emanuela. Sujetó a Aitor por la parte posterior de la cabeza y le pegó el monte de Venus a la cara sin consideración, y se refregó contra su boca, urgida por impedir que el gozo se esfumase. Se aflojó delante de él, que enseguida la sentó sobre sus piernas y le indicó que lo circundase. Aitor la elevó sobre su erección y la empaló aplicando presión en su cintura y conduciéndola hacia abajo. Emanuela emitió un jadeo cansino y arqueó la espalda hacia atrás. Aitor le observó los pechos y se dijo que estaban más redondos, más llenos, los pezones más gordos y largos. Se llevó uno a la boca y lo succionó con el mismo apremio con que sus manos la movían hacia atrás y hacia delante. Emanuela arrugó la nariz, tensó los labios y tembló de dolor cuando la boca de Aitor se prendió a uno de sus pechos, luego al otro, pero no dijo nada. Alcanzaron el placer casi al mismo tiempo, y acabaron con las frentes apoyadas, golpeándose el rostro con sus alientos acezantes, aún aferrados con la misma desesperación que durante el alivio. Emanuela arrastró los labios entreabiertos por la boca y las mejillas de Aitor.

—Dios bendito, Jasy. No creo que sepas lo perfecto que es esto que tenemos.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó, sin malicia.

—Sí, lo sé —admitió, con acento resignado—. Y aunque nunca me sentí orgulloso por haber estado con otras, pues siempre estuve enamorado de ti, ahora me sirve para saber lo que sospeché toda mi vida, que contigo sería sublime, y único, y que nada se le compararía. *Nada*.

Un mutismo cómodo se cernió sobre ellos. Emanuela descansó la mejilla en el hombro de Aitor, y este en la cabeza de ella.

—Oliveira no volverá a ser un problema —declaró, y sintió que su esposa se tensaba—. Laurencio, en cambio, sigue ahí afuera, amenazando lo único que amo en esta vida.

—¿Logró escapar?

—No estaba en el campamento cuando llegamos. Lo buscamos en los

alrededores, pero no lo encontramos.

—Tal vez ya no pertenezca a la banda de Oliveira.

—Sí, pertenece. O pertenecía, porque de la banda nada queda. Estaban sus cosas, pero de él, ni rastro.

Emanuela le acunó las mejillas y lo besó ligeramente en los labios.

—Quiero que estés tranquilo y que no te angusties. Te prometo que no me expondré. Nunca lo haré. No podrá acercarse a mí ni a nuestros hijos. Te lo prometo.

Aitor asintió y se forzó por sonreír, más allá de que la promesa de su mujer no había acabado con el miedo que tenía alojado en las tripas. Sabía que Laurencio nieto era una sanguijuela hábil y que volvería para golpearlo en su talón de Aquiles. No lo subestimaría.

—Gracias.

—¿De qué? —se intrigó Emanuela.

—Por haberme esperado despierta, por haber rezado por mí, por haberme dado tanto placer, por haberme lavado.

—De nada, amor mío.

—Llegué ciego de ganas de verte. Te necesitaba. Tanto, y tú siempre estás para mí.

—Siempre —le susurró sobre la nariz, y se la besó, y él cerró los ojos y ella lo notó relajado de nuevo. Lo estudió, le estudió las facciones perfectas y oscuras, y los tatuajes negros, y se los dibujó con la punta del índice, y meditó que ni siquiera cuando su hombre lucía manso y dulce, entregado y sereno, esos dibujos le permitían olvidar que se trataba de un hombre fiero y letal, que acababa de asesinar a unos cuantos delincuentes y que volvería a hacerlo, sin vacilar, sin remordimientos, si con eso la ponía a salvo.

—Te amo, Aitor. Más que a la vida —dijo, y se convenció de que no era una frase trillada. En verdad lo amaba más que a la vida pues no le habría importado perderla si él no estaba en el mundo, y la asustó que ni siquiera se acordase de Octavio ni de las niñas, que tanto dependían de ella. Así de infinito era su amor por ese hombre.

—En dos días será tu natalicio. ¿Qué quieres que te regale? Pídeme lo que quieras, amor mío.

—¿Qué podría pedirte? Nada queda que no me hayas regalado. —Aitor soltó una carcajada y la envolvió con sus brazos—. A ti, te quiero a ti.

—Me tienes, y lo sabes. Algún día te llevaré a Río de Janeiro y verás cuántas cosas existen que tu Aitor no te ha regalado. E iremos a Madrid, donde dicen que el lujo es todavía mayor.

Emanuela le sujetó el rostro y se quedó mirándolo. Él le sonreía, feliz, y ella se acordaba de cuando era pequeño y Laurencio abuelo le hacía la vida imposible, y los ojos se le calentaron.

—Eh, ¿qué es esto? ¿Lágrimas? —Aitor le pasó los pulgares bajo los ojos, y la dulzura con que esperaba una respuesta le acentuó las ganas de llorar—. ¿Qué

sucede, Jasy?

—Te admiro tanto —dijo, con voz trémula—. Has logrado cosas que para la mayoría habrían sido imposibles. Y habiéndote convertido en un hombre rico e importante, aún sigues amándome, a mí, que no soy nada.

—Nada de lo que he logrado en mis casi veintinueve años se compara con lo que conseguí el 29 de mayo de 1759, que te convirtieses en mi esposa, en la compañera de mi vida. Nada, Jasy. Nada. Quiero que lo entiendas de una vez. ¿Sí? —Emanuela asintió—. Y ahora, ¿vas a decirme qué quieres para tu natalicio?

—Primero llévame a Río de Janeiro y después te lo diré.

Aitor rompió a reír.

CAPÍTULO XIX

El día de su natalicio, Emanuela se despertó asaltada por una náusea. Apenas contó con tiempo para alcanzar el orinal y vomitar. Aitor, aún dormido y con los ojos achinados de sueño, estuvo a su lado enseguida y le sostuvo la trenza que caía hacia un costado. Emanuela se enjuagó la boca en la jofaina, y Aitor le pasó un lienzo para que se secase. La levantó en brazos y la llevó a la cama.

—¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? —quiso saber, ansioso.

—Embebe un pañuelo en perfume, ese que me regalaste, el de rosas. Está sobre mi tocador.

Aitor hizo como le había pedido y le alcanzó un fular humedecido en la fragancia. Emanuela se lo pasó por la cara, por el cuello, el escote y los brazos. Aitor se recostó a su lado y se sostuvo la cabeza con la mano para mirarla. Había cerrado los ojos, pero no dormía. Se quedó prendado de la piel traslúcida de sus párpados, recorrida por una miríada de vasos capilares azules y violetas; él no tenía eso en los párpados oscuros.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. Pero temo que si me muevo, la náusea regresará.

—Los dos sabemos qué significa esto, ¿verdad, Jasy? —Emanuela no contestó, y Aitor notó que la respiración, aunque imperceptiblemente, se le aceleraba—. Esta náusea y el dolor que sientes cuando te chupo las tetas me recuerda a cuando quedaste preñada de Octavio. —Guardó silencio, y esperó la contestación de ella, que no llegó—. Vas a darme otro hijo, Jasy. En el día de tu natalicio, el regalo me lo haces tú, amor mío. —Emanuela levantó los párpados súbitamente y lo miró con una expresión desesperada y miedo en los ojos azules—. Ey, ¿qué sucede?

—¿Lo quieres a este hijo, Aitor?

Aitor frunció el entrecejo y sonrió, confundido.

—¿Que si quiero a este hijo? —Le apoyó la mano abierta sobre el vientre—. Lo he deseado con todas mis fuerzas desde que volvimos a estar juntos.

—¿De veras? —preguntó, y la voz se le quebró.

—¡Jasy, por supuesto! Quiero vivir junto a ti todo lo que me perdí cuando me diste a Octavio. Quiero ver cómo mi hijo crece en tu vientre, sentir cómo se mueve dentro de ti, quiero estar contigo el día en que lo eches al mundo, quiero tenerlo entre mis brazos, verlo dar sus primeros pasos, decir sus primeras palabras. Me he perdido tanto, Jasy. Sí, quiero a este hijo.

Emanuela, emocional y sensible como estaba últimamente, se echó a llorar y se abrazó al cuello de su esposo.

—Creí que otro niño te fastidiaría, que con las niñas y Octavio te bastaba y

sobraba.

—Jasy, fornicamos como conejos todo el día, todos los días. Sería un necio si no esperase dejarte preñada en cualquier momento. Pero más allá de eso, deseo este hijo como deseo todo lo que viene de ti. Lo deseo locamente. —Le apoyó la boca sobre la de ella y se la acarició mientras le hablaba—. Sé que me voy a calentar como nunca cuando se te abulte el vientre y las tetas se te pongan enormes.

—Así lo espero, pues con Octavio me puse redonda.

—¿Y las tetas? ¿Se te pusieron enormes?

Emanuela elevó los ojos y soltó un bufido cargado de significación.

—Parecía una vaca lechera.

—Sí, te vi esa noche, cuando fui a conocer a Octavio. Te vi las tetas enormes, pesadas de leche. Estoy duro, Jasy. Muy duro.

Sin mover la cabeza por temor a la náusea, Emanuela tanteó con la mano izquierda hasta dar con la erección, y allí la dejó. Él le pasó los labios por la frente y le cruzó el brazo sobre el vientre para pegarla a él.

—¿Cuándo crees que nacerá mi hijo?

—Si mis cálculos no fallan, lo engendramos a principios de enero. Nacerá, con la voluntad de Tupá, los primeros días de octubre. ¿Qué deseas, Aitor, un niño o una niña?

—Una niña —la sorprendió, pues Emanuela había supuesto que desearía otro varón—. Igual a ti, con tus ojos azules.

—Tengo la impresión de que será un niño.

—Cualquier cosa que tú me des, estará bien.

Emanuela sonrió y volvió a cerrar los ojos. Aitor le besó los párpados y la frente.

—Feliz día, amor mío. Feliz natalicio.

—Gracias. —Emanuela elevó la mano derecha y le acarició la mejilla—. Perdóname por no poder hacerme cargo de esto ahora —se disculpó, y ejerció una leve presión en torno a su pene.

—No te preocupes por mí. Estoy bien. Más que bien. Estoy feliz porque mi Jasy va a darme otro hijo. Gracias por darme tanto.

—Aitor, este —dijo, y se tocó el vientre— es el mejor regalo que podías darme.

—¿Cómo te gustaría que lo llamásemos?

—Hernando, como mi padre —expresó, y de repente se puso incómoda; casi no habían tocado el tema de Calatrava. Emanuela lo evitaba para no traer a colación a Cabrera.

—Si es niña, la llamaremos Emanuela.

—Está bien.

* * *

Se presentaron a desayunar pasada la hora habitual. Los niños ya ocupaban sus

lugares en la mesa y engullían a dos carrillos. Emanuela se inclinó para besar a su hijo en la coronilla, y el olor de la leche tibia en la que Octavio embebía trozos de pan de maíz le invadió las fosas nasales y le provocó un vuelco en el estómago. Dio media vuelta y se evadió por la contraventana, hacia el jardín, Aitor detrás de ella. Vomitó un poco de bilis. Las arcadas se sucedieron sin que nada brotase de sus labios. Aitor la sujetó por la cintura y la condujo dentro. Romelia, apostada en el umbral, sonreía; los niños la contemplaban con expresiones angustiadas.

—No es nada, mis tesoros —dijo, y les acarició las mejillas—. Vamos, regresen a la mesa y terminen el desayuno.

Octavio se abrazó a las caderas de su madre y le hundió la cara en el vientre. Emanuela le colocó las manos en la espalda y esperó con paciencia.

—¿Estás mala, mamita? —preguntó, y tan solo desveló los ojos y alzó las pestañas curvas y abundantes para mirarla con preocupación.

—No, amor mío. Quiero que te quedes tranquilo. Estoy bien. Muy bien.

—Romelia nos dijo que hoy es tu natalicio. —Emanuela asintió con una sonrisa—. ¿Darás una fiesta?

—Sí, por la tarde.

—Octavio —intervino Aitor—, regresa a la mesa, hijo, y termina la leche. Tu madre necesita recostarse.

Octavio obedeció, pero tal como Emanuela había previsto, apenas acabó el desayuno, se presentó en su dormitorio, con María, Ana y los perros por detrás. Octavio se sentó en el suelo y se quitó los zapatos antes de trepar a la cama donde yacía Emanuela. María y Ana no lo hicieron hasta que ella las invitó.

—¿Te sientes mejor, madre? —preguntó Ana.

—¡No tiene nada malo! —se impuso Octavio—. Ella dice que está *muy* bien.

—Entonces —lo enfrentó su hermana—, ¿por qué vomitó? Mi *sy* Olivia vomitaba antes de morir.

—¡No! —se enfureció Octavio, y se paró sobre sus rodillas con actitud amenazadora, los puños cerrados, el rostro congestionado de ira y ganas de llorar—. ¡Mi mamita está muy bien! ¡No se va a morir como tu *sy* Olivia!

—¡Octavio, baja el tono! —intervino Aitor—. Tu madre está bien, es cierto, pero en este momento necesita paz y silencio.

—Perdón —masculló el niño, y se ovilló junto a su madre.

—Quiero que se queden muy tranquilos. Nada malo me sucederá. Lo que ocurre es que dentro de unos meses tendrán un nuevo hermano.

Octavio se incorporó súbitamente y la contempló con ojos muy abiertos y las cejas acusadas y triangulares, como las del padre.

—¿Porque tendremos un hermano vomitas?

Aitor se cubrió la boca con el puño para esconder la risa. Emanuela le tomó la mano y la colocó sobre su vientre.

—Tu hermano, al igual que tú antes de nacer, está aquí, dentro de mí, y eso, al

principio, causa ganas de vomitar. Es normal, hijito.

—¿De veras, mamita? —se pasmó Octavio, los ojos fijos en el vientre materno.

—Sí. Vuestro hermano crecerá y crecerá hasta que esté listo para salir.

Romelia, que había seguido a los niños dentro de la recámara, alzó las cejas, escandalizada ante la franqueza de su niña Emanuela. No podía saber que, a diferencia de los blancos, que escondían el estado de preñez por embarazoso —de hecho, la mujer estaba embarazada cuando estaba encinta—, los guaraníes no lo ocultaban; al contrario, la familia se regocijaba durante la espera del nuevo miembro. Así había sido con el ser antiguo, y no había cambiado con la llegada de los *pa'i* y el buen ser.

—¿Estáis contentas? —preguntó a las niñas, que asintieron con difidencia—. ¿Me ayudaréis a cuidarlo?

—Sí, madre —afirmó María, y enseñó a la tortuga que llevaba siempre en la mano—, Olivia y yo te ayudaremos.

—Gracias, tesoro. ¿Y tú, Ana?

La niña arrugó la nariz.

—El bebé de Dominga —hablaba de una de sus primas, hija de Andrés Ñeenguirú— se hacía encima y despedía un olor feo.

Aitor rompió en una carcajada y le alborotó el cabello de la coronilla. La niña le lanzó un vistazo irritado.

—No me despeines, padre, por favor. Madre, ¿mi hermano también despedirá feo olor?

—Me temo que sí. Pero lo cambiaremos y lo lavaremos y lo perfumaremos, y volverá a ser un primor.

Siguieron conversando acerca del nuevo miembro de la familia hasta que Aitor declaró que Emanuela necesitaba descansar y los condujo fuera de la habitación. Romelia se marchó con las niñas. Aitor tomó de la mano a Octavio y lo guió hasta su despacho.

—Tengo algo para ti, hijo. —Abrió la caja fuerte y extrajo un estuche de cuero verde. Levantó la tapa y le expuso un cuchillo de unas cinco pulgadas—. Es para ti. Tómallo.

Octavio, fascinado con el brillo de la hoja, extendió la mano para sujetarlo.

—Nunca lo sostengas por el filo —lo detuvo Aitor—. Además de cortarte, lo vuelves romo.

—¿Romo?

—Que lo desafilas, que le quitas el filo para cortar. Tómallo por el mango. Eso es. —Aitor se sentó en un sillón y lo observó mientras Octavio estudiaba el objeto—. ¿Te gusta?

—Mucho, papito. ¡Gracias!

—Quería entregártelo para tu natalicio, pero no había llegado. Me lo trajeron ayer. Mira, la hoja está hecha de acero de Toledo. Dicen que es el mejor.

—¿Qué es acero de Tiledo?

—Acero de To-le-do. El acero es un metal muy noble, duro y resistente. Toledo, no tengo idea. Supongo que es el nombre de una ciudad. Le preguntaremos a tu madre, que todo lo sabe. Pero lo importante es que el acero de Toledo es el mejor. Y el mango es de marfil. Me dijeron que el marfil es de lo que están hechos los colmillos de un animal que aquí no existe y que se llama elefante. Mi *pa'i* Ursus asegura que es la bestia más grande que pisa la tierra. Altísimo y enorme.

—¿Más alto que tú?

—Mucho más alto que yo. Cuando lo empuñes, recibirás la fuerza del elefante. — Cerró su mano en torno a la del niño, que sujetaba el cuchillo, y la apretó ligeramente —. Mira, puedes plegarlo, así lo guardas en tu bolsillo. Presta atención al cerrarlo para no cortarte. Hazlo así, con cuidado. Ahora prueba tú. Así, muy bien. Siempre debes llevarlo contigo. Nunca sabes cuándo te será útil.

—Mira, Argos. —Octavio desplegó y plegó el cuchillo frente a la mirada impasible del animal—. Me lo regaló mi padre. —Lo metió en el bolsillo del calzón.

—¿Estás contento con tu cuchillo? —Aitor lo atrajo entre sus piernas y lo besó en la frente.

—Sí, papito.

—Ahora los dos tenemos un cuchillo, como debe ser.

Octavio le sonrió mostrándole los dientes y achinando los ojos y le echó los brazos al cuello. Aitor lo apretó contra su pecho y le olió el cabello, que siempre tenía un rico aroma. El niño se apartó enseguida.

—Papito, quiero hacerme tatuajes en la cara, como los de mi *jarýi* sy Vaimaca y como los tuyos.

—¿Por qué?

—Para parecer malo, como tú, así nadie querrá lastimar a mi mamita.

—Entiendo, pero quiero que sepas que yo me arrepiento de habérmelos hecho. No se pueden quitar. Siempre estarán conmigo, y a veces me gustaría no tenerlos.

—¿De veras?

—De veras. Temí mucho que tu madre se enojase conmigo por habérmelos hecho. La cara me había cambiado bastante.

—¿Se enojó?

—No, tu madre me ama de cualquier manera. De todos modos, creo que deberías esperar a ser más grande antes de decidir tatuarte la cara. Es para siempre, hijo, y no tendrás posibilidad de arrepentirte. Además, duele mientras te los hacen.

—¿Ah, sí? ¿Duele?

En realidad, Aitor recordaba poco de cómo los tatuajes habían terminado en su rostro; la borrachera lo había insensibilizado a los pinchazos.

—Los dibujos se hacen con una espina. Duele, sobre todo cuando te la clavan en la cara. Los del brazo, no tanto.

Octavio asintió, ceñudo, y guardó silencio.

—Papito, ¿a mi hermano también le regalarás un cuchillo?

—Sí, cuando sea grande como tú. A menos que sea niña, entonces no, no le regalaré un cuchillo.

—Yo quiero que sea varón. ¿Por qué ahora está adentro de mi mamita?

—Tú también estuviste dentro de ella. Allí estabas seguro mientras crecías, mientras te hacías fuerte.

—¿Quién lo puso dentro de ella?

—Tupá —se apresuró a contestar, y detuvo el jueguito de manos en el que Octavio caía cuando estaba ansioso o preocupado. Le besó el ceño para distendérselo—. ¿Estás contento con la noticia de que tendrás un hermano o una hermana? Podrás jugar con él —lo engatusó— o con ella y le enseñarás a tirar con el arco y la flecha. Últimamente has mejorado mucho.

—Sí. Y le enseñaré a tocar el violín. Le prestaré el mío. —Aitor asintió, resignado a que la pasión de su hijo por la música superase ampliamente la de la caza y el empleo de armas—. Cuando nazca, ¿será alto como yo?

—No, será muy pequeño, como lo eras tú cuando naciste. Cabías aquí, en la curva de mi brazo.

—Cuando fuiste a verme a *Orembae*, ¿era así de pequeño? —Le tocó el antebrazo. Aitor asintió—. ¿Fue esa vez que me llamaste hijo mío, hijo de mi alma?

—Sí —admitió, y un peso se le alojó en la garganta.

—¿Me querías?

—Sí. No sabes cuánto.

—Pero te fuiste para hacerte rico así mi mamita y yo vivíamos como reyes el día de mañana, ¿verdad?

—Así es. —Volvió a encerrarlo entre sus brazos y sonrió cuando los bracitos de su hijo le rodearon la cintura—. Tú y tu madre son lo que más quiero en este mundo, mis tesoros más valiosos.

—María y Ana también, ¿verdad?

—Sí, ellas también.

—¿Y Emanuelita y Milagritos?

—También; ellas también. ¿Las echas de menos?

—Sí.

—¿Cómo sabes que fui a visitarte a *Orembae* cuando eras pequeño?

—Mi *jarýi* siempre me lo cuenta. Yo le pido y ella me lo cuenta todas las veces.

Aitor le encerró los carrillos con las manos y lo miró directo a los ojos.

—Hijo, quiero que sepas que dejarlos a ti y a tu madre aquel día fue muy difícil para mí, lo más difícil que me ha tocado hacer en la vida, pero a veces un hombre tiene que hacer cosas difíciles por el bien de los que ama.

—Sí. Fue difícil cuando empujé al malvado que quería llevarse a mi mamita.

—Sé que fue difícil, hijo mío. Lo sé. Pero fuiste valiente. Salvaste a tu madre. Estoy tan orgulloso de ti. —Lo abrazó y le susurró—: Eres mi orgullo, hijo.

Cerca del mediodía, Aitor entró en su recámara y halló a Emanuela sentada frente al tocador; estaba arreglándose. Sus miradas se encontraron en el espejo, y Emanuela le sonrió con una expresión sugestiva. Se la veía repuesta y descansada. Aitor se colocó detrás de ella y le apoyó las manos en los hombros.

—Te ves muy bien.

—Me siento muy bien. Como nueva. —Giró sobre la butaca y le enfiló la mano bajo los faldones de la chupa. El pene de Aitor creció al calor de sus caricias. Alzó las pestañas y lo contempló con aire inocente—. ¿Puedo ocuparme de esto?

—Siempre, Jasy.

Hicieron el amor, y después, todavía desnudos y sudados, Aitor extrajo de la gaveta de su mesa de noche un estuche forrado en gros de seda roja y lo colocó sobre la cama, delante de Emanuela. Los contrabandistas se lo habían entregado el día anterior, junto con el cuchillo de Octavio.

—Para ti, amor mío.

La sonrisa que Emanuela le destinó y el brillo que le devolvieron sus ojos azules le causaron una profunda emoción, y meditó que estaba viviendo uno de los mejores días de su vida.

—¡Oh, qué preciosidad! —exclamó ella, y pasó la punta de los dedos sobre los distintos accesorios del aderezo de piedras traslúcidas violetas y rosas, ovaladas y talladas. Le robó el aliento la exquisitez del trabajo. Levantó el rascamoño, luego la gargantilla, los zarcillos y la pulsera, y los estudió con una sonrisa y el corazón exaltado—. ¡Oh, Aitor! Qué regalo tan hermoso. —Se inclinó y lo besó en la boca. Él la retuvo por la nuca y profundizó el beso.

—¿En verdad te gusta, Jasy?

—Es de tal belleza. No tengo palabras. Gracias, amor mío.

La observó estudiar las piedras, y le explicó que se trataba de amatistas y cuarzo rosa.

—Qué colores tan hermosos. Usaré el conjunto esta tarde con tu vestido rosa, el que me regalaste en el 53.

—Tienes mejores.

—Quiero llevar ese. Significa mucho para mí.

—Está bien, pero quiero que ahora te pongas las joyas y te pasees desnuda delante de mí. Solo las joyas sobre tu cuerpo. Tu cuerpo que es solo mío —aclaró, y le besó el vientre y le hundió el ombligo con la punta de la lengua—. Solo para mi placer.

La ayudó con el cierre de la gargantilla y con el de la pulsera. Emanuela se recogió el cabello en un rodete indisciplinado y lo ajustó con el rascamoño. Cambió los aretes de perlas que Aitor le había regalado tiempo atrás por los nuevos, y se bajó

de la cama. Al principio, se sintió conspicua y avergonzada. Se detuvo frente a uno de los espejos de caballete y estudió las joyas sobre su piel. Eran, en verdad, de una perfección y de una belleza extraordinarias.

—Camina para mí, Jasy —exigió Aitor, desde la cama, con los brazos bajo la cabeza a modo de almohada, y Emanuela lo complació, y con cada paso que daba se liberaba. La mirada codiciosa y hambrienta de su esposo la hacía sentir hermosa, y eso le proporcionaba seguridad y soltura. Se detuvo ante uno de los espejos, el que estaba frente a la cama, y le dio la espalda a Aitor. Se inclinó a propósito, simulando estudiar de cerca su reflejo, y lo escuchó inspirar bruscamente y moverse sobre las sábanas con premura. Lo tuvo detrás de ella en un instante, y cerró los ojos y entreabrió los labios para gemir cuando le aferró las nalgas y se las masajeó.

—¿Qué estás buscando, Jasy? ¿Volverme loco?

—Me detuve para ver de cerca los zarcillos —mintió, y lo contempló con aire inocente a través del espejo.

—Sí, los zarcillos. Pues ahora tendrás que hacerte cargo de las consecuencias. — Le insertó la erección entre las nalgas y le cubrió los pechos con suavidad pues no se olvidaba de que los tenía sensibles. Se quedó mirando el contraste de sus manos sobre la piel de su esposa—. Dios, qué blanca eres.

Emanuela giró y le echó los brazos al cuello.

—Y tú eres tan oscuro, y perfecto, y hermoso, y mío.

Cortaron intempestivamente el beso cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué? —inquirió Aitor, malhumorado.

—Don Aitor —habló doña Inmaculada desde el otro lado—, acaban de llegar sus familiares de San Ignacio Miní. Lo aguardan en la sala.

—¡Oh, qué sorpresa! —se alegró Emanuela—. Doña Inmaculada, que venga Romelia.

—Como ordene, doña Manú.

Aitor se vistió primero y se marchó para ocuparse de los recién llegados. Emanuela se presentó un rato después, elegante en su vestido de muselina rosa, realzado por el brillo del aderezo de amatistas y cuarzos. Abrazó y besó a Ñezú, a Vaimaca, a Bruno y a su cuñada Miriam, les prometió que en un momento podrían entregarle los obsequios y los dejó con los niños para saludar a Ursus, que se había encerrado con Aitor en el despacho. Entró sin llamar, ansiosa por un abrazo de su *pa'i*, que la aplastó sobre su torso.

—Mi niña —repetía, y le besaba la coronilla—. Mi niña adorada.

—¡*Pa'i*! ¡Qué feliz estoy de que hayas venido! ¡Gracias por haber viajado! Y gracias por traer a mi familia.

—De nada. No quería perderme tu natalicio. —Le sujetó el rostro pequeño entre sus manos enormes—. Cumple veinticuatro años, Manú. Veinticuatro años de aquella noche.

—Sí, *pa'i*, y estoy aquí porque tú decidiste detener la jangada e ir a investigar.

—*Pa'i* —intervino Aitor, y le quitó a Emanuela de los brazos—, hoy mi esposa me dio la mejor de las noticias. —Ursus alternó miradas entre los dos—. Vamos a ser padres de nuevo.

—¡Qué augurio en el día de tu natalicio, hijita!

—Bendícelo, *pa'i* —pidió Emanuela, y colocó la mano del jesuita sobre su vientre—. Si tú lo bendices, mi niño nacerá sano y fuerte.

—Como su padre.

—Sí, como su padre.

—¿Esperas otro machito, Manú?

—Sí, *pa'i*, es varón.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —se intrigó Aitor.

—Simplemente lo estoy. No puedo explicarlo. Con Octavio fue igual.

Ursus recitó una bendición, al final de la cual Emanuela se hizo la señal de la cruz, y codeó a Aitor para que repitiese el gesto. Ursus les informó que traía cartas y regalos de don Vespaciano y de Malbalá. Era la época de la zafra y de la cosecha del algodón; la hacienda bullía de actividad, y no habría sido sensato que el patrón se ausentase.

Almorzaron en un ambiente de risas y conversación distendida, y por la tarde se aunaron a los festejos Juan, el padre Hinojosa, doña Mencía y, para sorpresa de Emanuela, fray Pablo. Sus alumnas la visitaron con regalos e interpretaron una canción compuesta por Juan, que tocaba el clavicordio, mientras Octavio lo acompañaba con el violín. Y aunque feliz y rodeada de afecto, Emanuela esperó a que su hermana Ginebra y sus sobrinas se presentasen para saludarla. No lo hicieron.

* * *

Los Ñeenguirú y Ursus permanecieron una temporada en Asunción, y se amoldaron al ritmo de los Amaral y Medeiros y de su hogar. Vaimaca y Miriam colaboraban con los quehaceres, que parecían haberse multiplicado con la falta de Aurelia y Delia. El problema se zanjó cuando Aitor asistió a una almoneda y compró dos esclavas jóvenes y sanas, Lisa y Yolanda, y Emanuela contrató a una guaraní que le pidió limosna en la atrio de San Ignacio, una de las tantas víctimas del Tratado de Permuta, que había perdido a su familia en la batalla de Caaybaté y que, desde entonces, deambulaba en andrajos por la región; se llamaba Joaquina.

Ursus, que solo volvía al Colegio Seminario para pernoctar, se lo pasaba con Aitor en el puerto o en su despacho. Hablaban de todo, y Aitor le confió sus escrúpulos acerca de Laurencio nieto.

—Abandonó a su esposa en el 52 —le refirió el sacerdote—, cuando se marchó al otro lado del río Uruguay, y no hemos vuelto a verlo. Tus hermanos Bartolomé, Marcos y Fernando regresaron, pero él no. Por comentarios de los capellanes de los pueblos en conflicto, sé que no transitaba la buena senda. Lo acusan de robo y de

venderse al enemigo. Y lo que intentó hacer con Manú en la iglesia es imperdonable. Haces bien en mantener ojo avizor, hijo. Tal vez nunca vuelva a acercarse a tu familia (el miedo que te tenía era proverbial), pero no bajas la guardia.

—No lo haré, *pa'i*.

Los Ñeenguirú y el jesuita se marcharon a principios de marzo, después del festejo del natalicio de María Antonia y de Ana Dolores, y la casa pareció acallarse. Si bien lo complacía recibir a los pocos parientes por los cuales sentía afecto, Aitor experimentó alivio mientras los despedía en el puerto, y se daba cuenta de que se debía a que no tendría que seguir compartiendo a Emanuela. Vivían el mejor período desde su boda; todos los escollos se habían salvado, y la confianza, que ella le había dicho que se reconstruiría con el tiempo, en ese momento se erigía como el cimiento firme donde descansaba su amor.

Salvo las náuseas, que desaparecían a media mañana, Emanuela se sentía vital, y Aitor la notaba más hermosa, como si una luz fulgurase en su interior y le iluminase la piel. Tenía la impresión de que el cabello le lucía más abundante y brillante, sus labios, más carnosos, sus ojos, más azules. Le habían crecido los pechos y notaba que las caderas se le ensanchaban sutilmente, y amaba arrodillarse frente a ella y pasarle los labios por el vientre y besarle la ligera curva que comenzaba a formarse. Lo deleitaba verla comer con afición, un espectáculo inusual en ella, que desde niña siempre había sido frugal. Por las tardes, cuando Aitor ponía fin a su jornada de trabajo, se sentaban en el jardín, y ella le leía un libro para embarazadas, *Diez privilegios para mugeres preñadas*. Él simulaba prestarle atención cuando, en realidad, se limitaba a admirarla, a apreciar los movimientos de su boca grande y voluptuosa, lo delicado del diseño de su mandíbula, su perfil aguileño que él amaba y que ella detestaba, la feminidad de su cuello esbelto y blanco, lo elegante de su postura erguida, el subir y el bajar de su pecho, la turgencia de sus senos que los escotes contenían a duras penas. De todos los cambios sufridos por su esposa a causa de la preñez el que más feliz lo hacía era el hambre insaciable que demostraba por él, por sentirlo dentro de ella. Muy frecuentemente lo despertaba durante la noche y le suplicaba que le hiciese el amor. Emanuela siempre le había demostrado que la intimidad que compartían era tan importante para ella como lo era para él, y jamás se le había negado. Su esposa preñada mostraba una nueva índole. Lo buscaba aun durante el día, como asaltada por una sed que solo él conseguía extinguir. Habían hecho el amor en todas las estancias de la enorme casa, aun en la cocina, separada del resto y donde los había pillado la india Joaquina, que, desde ese día, no se atrevía a mirar al patrón a los ojos.

Cada mañana, Aitor se acordaba de los años que había vivido lejos de su Jasy, de cuánto le había costado encontrarle un sentido a la vida y de cuánto le había costado levantarse y enfrentar el día, en especial durante esos casi tres años en que no había sabido siquiera dónde estaba. Aún se preguntaba cómo había atravesado aquel período sin perder la razón. En el presente, saltaba de la cama para ir a buscar la

infusión de manzanilla que la ayudaba con las náuseas matinales y que Joaquina le preparaba y le llevaba hasta la recámara a las seis y media de la mañana. Aitor entornaba la puerta, la india se la entregaba y se marchaba. Él se la daba en la boca, a pequeñas cucharadas, muy lentamente, ella aún acostada, pues si intentaba erguirse, el estómago le daba un vuelco. No hablaban, ella no podía, y se limitaban a mirarse y a amarse. Nada de lo malo había mellado el sentimiento extraordinariamente poderoso que los unía, ni Olivia, ni Ginebra, ni Engracia, nada de nada había acabado con su amor. Aitor se daba cuenta de lo necio que había sido al intentar mantener la amistad con su última amante, y, aunque jamás lo admitiría, sabía que había sido un comportamiento tiránico obligarla a acabar su vínculo con Cabrera cuando él proseguía con el de Engracia. A veces la echaba de menos, y no perdía la esperanza de que la mujer acabase por aceptar a Conan, lo que ayudaría a restablecer la amistad. Tal vez desde que había prohiado a Sixtina, Engracia viese las cosas con otro prisma y se decidiese a sentar cabeza con un hombre que demostraba su valía en cada oportunidad, sin fallar una vez. Por ejemplo, se mostraba amoroso con la niña, que le había cobrado un afecto tan profundo como el que profesaba por Engracia. Por Sixtina, Conan había sido capaz de pedirle a Emanuela que la asumiese como pupila, no solo para que le enseñase a leer y a escribir, sino para que la pequeña, que siempre había vivido entre mujeres públicas, tuviese amigas de su edad y llevase una vida normal. Emanuela, conmovida por el gesto de Conan y por la devoción que transmitían sus ojos, contestó que sí, que la aceptaba como alumna, y la recibió al día siguiente. De igual modo, la asaltaron dos temores, el primero, que Engracia aprovechara la oportunidad para acercarse a Aitor, lo cual se demostró vano pues la niña se presentaba a clase de la mano de Conrado, como lo llamaba, y nunca de la de su madre adoptiva; y el segundo, que Sixtina insistiese en que ella era el ángel de sus sueños y que le buscara las alas en la espalda, temor que también se desvaneció pues parecía haber olvidado lo sucedido aquella noche. El más afectado por la llegada de la nueva alumna fue Octavio, que, desde el primer día, la contemplaba con fijeza, envuelto en una seriedad y un mutismo ajenos a su índole. No perdía gesto o movimiento de la alumna nueva, se lo pasaba distraído, ensimismado en su observación, y cuando llegaba el momento de dejar la clase para ir a la de violín, se despedía de sus amigas y de sus hermanas con la confianza de siempre, pero a la nueva se limitaba a mirarla sin esbozar palabra. Emanuela no lo culpaba; la niña era en verdad preciosa, de rasgos regulares, nariz diminuta y delgada, ojos enormes y verdes, boca pequeña de labios regordetes y la piel cobriza y suave que revelaba su parte guaraní; siempre llevaba el cabello negro atado y trenzado, lo que no impedía apreciar su brillo y cantidad, y poseía un carácter dulce y un tono de voz suave, casi parecía un susurro.

—Tu hijo está enamorado de Sixtina. ¿Puedes creer la ironía? —expresó Emanuela una noche mientras compartían un baño, y Aitor se echó a reír, no solo por lo divertido que le resultaba que su hijo se hubiese enamorado, sino de alegría pues la

tranquilidad y la soltura con que Emanuela le había dicho: «¿Puedes creer la ironía?» ponía de manifiesto lo que él sospechaba desde hacía un tiempo: la confianza que depositaba en él era tan sólida como lo había sido en su niñez.

Por eso, viviendo el momento más pleno y feliz de su vida, a Aitor lo tomó por sorpresa el mensaje que un niño payaguá le entregó en el muelle del puerto mientras controlaba el embarque de una partida de estaño con destino a Buenos Aires. «¿Sabe vuesa merced que su esposa se encuentra en casa de don Leónidas Cabrera?»

—¡Ey! —llamó al niño, que se perdió entre el gentío y el tránsito especialmente agitado ese lunes 17 de marzo.

Aitor elevó la vista hacia el cielo y calculó que, de acuerdo con la posición del sol, debían de ser las cinco de la tarde. Emanuela estaría terminando las actividades con sus alumnas para ir a buscar a Octavio a su clase de violín.

—¿Qué sucede? —inquirió Conan—. Traes una cara... —Aitor le pasó la nota—. No vayas. Podría tratarse de una trampa de tu sobrino Laurencio. —Conan lo miró con resignación mientras Aitor levantaba las solapas de la casaca y verificaba que la pistola y el cuchillo estuviesen calzados en el cinto de cuero. Si bien estaba prohibido ir armado, a Aitor no podía importarle menos.

—Te acompaño —ofreció Conan, y su amigo agitó la cabeza para negar—. Iré contigo para evitar que cometas una locura.

—No cometeré ninguna locura. Prefiero que te quedes aquí y que te ocupes del embarque.

Montó a Lucifer de un salto y enfiló hacia el oeste a todo galope. Le habían comentado que Cabrera poseía una quinta en las inmediaciones del polvorín. Media hora más tarde, supo la ubicación exacta de la residencia del torero al avistar su carruaje negro. Se le aceleró la respiración, y la ira le explotó en las venas. Azuzó el caballo y lo detuvo en seco junto al coche con el blasón de los Amaral y Medeiros grabado en ambas portezuelas. Matas y Jerónimo se aproximaron, y Aitor les lanzó vistazos furibundos.

—¿Dónde está?

—Adentro —contestó Matas—. Aitor...

—Ahora no, Matas. Te aconsejo que ahora no.

Desmontó y le entregó las riendas a Jerónimo. Caminó hacia el paredón blanco y alto que delimitaba la propiedad y sacudió la aldaba de hierro de un portón imponente de dos hojas. Le abrió un africano, que trastabilló hacia el costado cuando Aitor lo empujó y se precipitó dentro.

—¡Señor! —lo llamó, y se detuvo abruptamente cuando Aitor giró y, con el dedo índice cerca de su rostro, le ordenó:

—Llévame con tu patrón, ahora, y en silencio, o te destrippo.

—Sí, sí.

Cruzaron un patio y entraron en una sala. Le llevó pocos instantes acostumbrarse a la penumbra. Enseguida avistó la figura de su mujer encerrada por los brazos de un

hombre.

—¡Emanuela! —exclamó—. ¡Qué carajo significa esto!

—¡Oh!

—¡Pardiez! —escuchó Aitor a sus espaldas y lo desestimó para lanzarse sobre el hombre que tocaba a su mujer.

Emanuela se interpuso y abrió los brazos en cruz.

—¡Por amor del cielo, Aitor! ¡Es mi padre! ¡Es mi padre! ¡Hernando de Calatrava!

Aitor se detuvo a un paso de ella y se quedó mirándola; acezaba por la boca como una fiera. Hernando de Calatrava se colocó delante de su hija e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Os pido disculpas, señor de Amaral y Medeiros. Ansiaba ver a mi Manú, por eso concerté esta cita.

«Mi Manú», repitió Aitor con desdén. «Imbécil. No es *tu* Manú. Es *mía*».

Escuchó unos pasos detrás de él y volvió lentamente la cabeza. Leónidas Cabrera lo contemplaba con desprecio, aunque también con prudencia, pues sus atractivos rasgos conocían el daño que esos puños oscuros, endurecidos a golpes de hacha, podían infligir.

—¿Qué haces en la casa de este... hombre, Emanuela?

—Vine a ver a mi padre.

—Ya lo viste —expresó con dureza—. Ahora vamos.

Emanuela asintió, vencida, y se volvió hacia Calatrava, que le acunó la cara con ternura. Aitor apretó los puños a los costados del cuerpo y sofrenó el impulso de arrancarla de las manos que osaban tocarla.

—Ve, hijita. Perdóname por haberte causado un problema con tu esposo. —Emanuela sonrió y agitó la cabeza entre las manos de su padre para negar—. Volveremos a vernos dentro de un tiempo.

—La veréis de nuevo, señor, si yo lo apruebo. Vos sois prófugo de la Inquisición y estáis poniendo en riesgo a mi mujer pidiéndole que venga a veros. En el futuro, no oséis usar a Cabrera para concertar una cita con mi mujer o no volveréis a saber de ella.

—Así será —se avino Calatrava—. Os pido disculpas por mi imprudencia.

—Vamos, Emanuela.

—¡Padre! —Emanuela le echó los brazos al cuello y Calatrava la estrechó con los ojos apretados para no llorar—. Cuidaos, padre.

—Lo haré. No quiero que te inquietes por mí. El bueno de Leónidas no me hace faltar nada.

Emanuela se volvió hacia el torero y bajó la vista antes decir:

—Gracias, don Leónidas.

—De nada, Manú.

—Vamos —intervino Aitor, con la paciencia en un hilo, y la tironeó del abrazo de

Calatrava. La condujo fuera con la mano calzada bajo la axila.

—Ata a Lucifer al carruaje —indicó a Jerónimo, mientras ayudaba a Emanuela a subir los escalones de la zancajera. Se instaló en el asiento frente a ella y evitó mirarla; no podía hacerlo en ese momento en que la rabia lo dominaba y el corazón le palpitaba en la garganta. Se sentía traicionado y humillado. El coche se puso en marcha, y sus cuerpos se mecieron a causa del envión.

—¿Cuántas veces te has visto con Cabrera a mis espaldas? —inquirió, sin apartar la vista de la ventanilla, la mano en el mentón.

—Ninguna.

—¡No me mientas, Emanuela! —Sus ojos de oro se detuvieron en los aterrados de ella—. ¿Crees que soy imbécil?

—No, no eres imbécil. Y yo no miento. Es la primera vez que hablo con él desde que me lo prohibiste.

—¡Tú me prohibiste seguir mi amistad con Engracia!

—¡Descarado! ¡Tú y esa mujer fueron amantes! Don Leónidas y yo solo éramos amigos.

—Un amigo que te propuso que lo desposases. ¡Y que tú pensabas aceptar!

—No iba a aceptar —masculló.

—¿Cómo? ¡No hables en susurros! ¡No te oigo!

—¡No pensaba desposarlo! —Aitor bufó y apartó la vista hacia la calle con una sonrisa cargada de sarcasmo—. No pensaba desposarlo, ni a él ni a ningún otro. La sola idea de que otro que no seas tú me ponga una mano encima me repulsa.

La mueca sarcástica de Aitor se desvaneció poco a poco, pero mantuvo la mirada fija en la calle. Habló al cabo.

—¿Por qué tu padre estaba en lo de Cabrera?

—Hay algo que tú no sabes. —Aitor se volvió rápidamente hacia ella—. La noche en que nos advirtieron que al día siguiente el Santo Oficio arrestaría a mi padre, Cabrera cenaba con nosotros, en la chácara que mi padre poseía y que le confiscaron. Entonces, frente a nuestra desesperación, Cabrera propuso llevárselo y esconderlo, y así lo hizo. Está arriesgando su vida para ayudar a mi padre, Aitor.

—Lo hace por ti. Lo hace para hacerte sentir en deuda. Lo hace para esto, para poder atraerte a su guarida, para tenerte a su merced.

—Aitor, don Leónidas no es una mala persona.

—¡PERO DESEA A MI MUJER! —rugió, y Emanuela ahogó un sollozo y se retrajo contra la pana del asiento—. Y eso, a mis ojos, lo convierte en un gusano despreciable.

Un mutismo tenso e incómodo se apoderó de la cabina. Emanuela bajó los párpados e inspiró profundamente para contener las náuseas. Meditó que había dos caminos frente a esa situación: seguir peleando, lo cual llevaría a una ruptura, o intentar aplacar la ira de Aitor, que, ella sabía, se relacionaba con los demonios que le susurraban que él era solo un indio y que Leónidas Cabrera era un peninsular, un gran

señor. Abandonó su sitio y se ubicó junto a él, que seguía, terco, mirando por la ventanilla. Le tocó la mano que él apretaba en torno a una rodilla, y el contacto lo sobresaltó. Sin apartar la vista de los ojos de implacable brillo dorado, Emanuela intentó entrelazar los dedos con los de él, que los mantuvo tensos y muy juntos.

—Te amo, Aitor. Quiero que me perdones por haberte ocultado que don Leónidas es quien esconde y protege a mi padre. Desde que nos casamos, nunca volví a tener contacto con él hasta hoy al mediodía, que recibí una nota en la que me pedía que fuese a su casa por *ese asunto*. Yo sabía a qué se refería: a mi padre. Y he estado tan angustiada y preocupada por su suerte que no pensé en nada, solo en verlo.

—¿Por qué no me dijiste que Cabrera estaba ocupándose de tu padre? ¡Eso me corresponde a mí, Emanuela!

—Lo sé, lo sé, amor mío. Por favor, no me grites.

Aitor apretó el entrecejo y le aferró la mano que había rechazado un momento atrás.

—Estás pálida y tienes la mano fría.

—Una ligera náusea —admitió—. Hace calor aquí dentro.

Aitor abrió las ventanillas y le aventó aire con el abanico que encontró en su escarcela. Le secó el sudor de la frente y el del labio superior con su pañuelo y siguió abanicándola. Le apoyó los labios en la frente, y Emanuela se regocijó en su morbidez y suavidad.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. ¿Me perdonas?

—Sí, pero no vuelvas a hacer algo así sin consultarme. Podría haberse tratado de una trampa de Laurencio.

—Entiendo.

—Cuando me enteré de que estabas en casa de ese bardaje...

—Shhh... —Emanuela le encerró la cara con las manos y lo besó en los labios—. No te tortures. Don Leónidas fue un caballero, y mi padre siempre estuvo con nosotros.

—¿Por qué no me contaste que Cabrera es quien oculta a tu padre?

—Porque sé cuánto lo detestas, y no quería seguir cargándote con preocupaciones. ¿Cómo supiste que estaba en casa de don Leónidas? No se lo dije a nadie. Matas y Jerónimo me acompañaron sin saber adónde.

—Recibí una nota mientras trabajaba en el puerto.

—¿Quién te la envió?

—No estaba firmada.

—Un anónimo, como el que recibí cuando me advirtieron que visitabas con frecuencia la casa de... ella. ¿Lo conservas? —Aitor metió la mano bajo la solapa y lo extrajo—. Es la misma caligrafía —declaró Emanuela—, la recuerdo bien. ¿Quién podrá estar jugándonos estas tretas?

—No lo sé —mintió Aitor, pues en su fuero íntimo sabía de quién se trataba.

Abrazó a Emanuela y la besó en la frente, todavía húmeda y fría—. Lo único que cuenta es que jamás volveremos a ocultarnos nada.

—Nada, amor mío.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho?

—No.

—De ahora en adelante, Jasy, nada de secretos, nada de decisiones apresuradas. Todo debes consultarlo conmigo.

—Y tú, conmigo.

—Sí.

* * *

Aitor ayudó a Emanuela a desvestirse y la obligó recostarse antes de la cena. Aunque le aseguraba que se sentía mejor, él la notaba temblorosa y pálida. Esperó hasta que se durmiese, lo cual hizo en pocos minutos y que demostró que él tenía razón; estaba agotada. La besó en la frente, se colocó la casaca y salió en puntas de pie. Entró en la casa que había pertenecido a su hermano Lope con la llave que Vespaciano le había dado tiempo atrás. Cruzó el patio de recibo y un pequeño corredor hasta alcanzar el patio principal, rodeado por un pórtico con varias puertas. Ingresó por una de la que provenían voces.

—¡Aitor! —se emocionó Ginebra al descubrirlo en el umbral—. Puedes marcharte, Drusila. —Esperó a que la india se fuese para soltar el bastidor y correr a recibirlo. Aitor se echó hacia atrás cuando la joven intentó abrazarlo.

—No me toques —masculló.

—¿Por qué me tratas así? ¿Acaso nada significaron para ti las noches que pasamos juntos en *Orembae*?

—He venido a devolverte lo que hoy me hiciste llegar al puerto. —Le extendió el anónimo, que Ginebra tomó con mano insegura—. Sé que le enviaste otra nota similar a mi mujer.

—No sé de qué hablas. Yo no te he enviado nada. A Manú tampoco.

—Solo quiero advertirte que dejes de lado tus juegos. No van a funcionar para romper lo que existe entre Emanuela y yo. Es indestructible.

—¡Yo no envié esas notas! ¿Por qué me calumnias, Aitor? Pudo haber sido esa otra mujer que tienes, la tal Engracia.

—Estás advertida —prosiguió, como si su cuñada nada le hubiese dicho—. Y si insistes en causar problemas, le pediré a mi padre, que, desde la muerte de Lope, es el tutor de tus hijas, que te las quite.

—¡No! ¡No serías capaz!

Aitorladeó una comisura en una sonrisa siniestra.

—Soy capaz de lo inimaginable, Ginebra. Y no solo te quitaré a las niñas, sino que no seguiré pasándote la mesada...

—¡Eso me corresponde como viuda de Lope!

—Sí, te corresponde, pero yo elegiré no dártela. Tendrás que llevar el caso ante la Audiencia de Charcas si pretendes que te entregue un maravedí. Así que, ya lo sabes, o dejas de lado tus intrigas infantiles o atente a las consecuencias. No advierto dos veces.

—¡Maldito!

Aitor la sujetó por las muñecas antes de que le estampase los puños en el pecho.

—Y desde mañana, tus hijas retomarán sus clases con mi mujer.

—¡No, eso no! ¡Nunca!

—No tienes opción, Ginebra. ¿O acaso ya no comprendes el guaraní y no has entendido lo que acabo de decirte? Tus hijas no sufrirán a causa de tu estupidez. Ellas tienen derecho a ser cultivadas. Su padre lo habría querido así.

—¡Y desde cuándo te preocupa lo que Lope habría querido! Lo detestabas.

—Es cierto, pero me preocupa y *mucho* lo que opine y sienta mi mujer, y ella echa de menos a tus hijas, y yo no quiero que nada la perturbe ni le robe la sonrisa. Así que mañana, a las dos de la tarde, quiero a Emanuela y a Milagros en la puerta de mi casa, listas para retomar sus clases. ¿He sido claro? Ah, otra cosa. La perrita de las niñas vivirá con ellas, en esta casa, propiedad de mi padre, si así lo desean.

Le soltó las muñecas con un jalón, y Ginebra trastabilló. Abandonó la casa sin volver la vista atrás, sin compadecerse del llanto amargo que lo escoltó hasta la puerta.

Ginebra, derrumbada en el umbral, lloraba como no lo había hecho siquiera durante el entierro de su esposo. Lloraba movida por el odio y la humillación, y también por el amor perdido, o, mejor dicho, por el amor que jamás le había pertenecido y que codiciaba desde hacía tantos años, desde la tarde en que había visto a Aitor por primera vez en el recodo secreto del Yabebirí, cuando sus ojos dorados la hechizaron.

Cortó el llanto y se secó la nariz con la manga de la camisa cuando el ruedo del vestido de su madre entró dentro de su campo visual. No quería levantar la cabeza y enfrentarla. Le temía a su malicia y a sus palabras crueles. Esperó y esperó, ovillada contra el marco de la puerta. Nicolasa inspiró con la intención de hablar, y a Ginebra se le tensó el estómago.

—Hasta ahora hemos hecho las cosas a tu modo y no han dado resultado. El esposo de la bastarda jamás te pertenecerá si las cosas quedan en tus manos. Eres necia, y tus intentos, patéticos, poco sutiles. Desde ahora, querida hija, haremos las cosas a mi manera.

* * *

Al día siguiente, Drusila llevó a las hijas de Lope a casa de su tía Manú. Doña Inmaculada las guió hasta el salón de clases. Abrió la puerta. Emanuela levantó la

vista del cartapacio de Carmina y se quedó congelada al divisar a sus adoradas sobrinas, que la contemplaban desde el umbral. Los niños corrieron a recibirlas, y su algarabía se confundió con los ladridos de Orlando y de Marã, que saltaban en torno a las hermanas. Emanuelita y Milagritos sonreían y devolvían abrazos y sonrisas. Emanuela se abrió paso y abrazó a las niñas, que le ajustaron los bracitos en torno a las caderas y le hundieron las caras en el mandil que le cubría el vientre. Emanuela se colocó de rodillas delante de ellas y les acarició los carrillos.

—¡Qué sorpresa tan maravillosa! —exclamó en guaraní, con la voz gangosa—. ¿Sabe su madre que están aquí?

—Sí, tía Manú —contestó Emanuelita—. Nos dijo que desde hoy, retomáramos las clases contigo para aprender a leer, escribir y cifrar.

—¡No saben la alegría que me dan!

—También nos dijo —tomó la palabra Milagritos— que podíamos regresar a casa con Marã, si tú lo consentías.

—Mmmm... Tendré que pensarlo —dijo, y se tomó el mentón en actitud meditativa—. ¡Estoy bromeando, mis tesoros! Claro que pueden llevarse a Marã. Ella es de ustedes. No saben cuánto las ha echado de menos.

—Y nosotros a ella —confesó Milagritos.

—Y a ti también, tía Manú —susurró Emanuelita, y en su rostro de querubín se reflejó la pena a la que se la había sometido—. A ti más que a Marã —insistió.

—Y ustedes, amores míos, han estado en mis pensamientos todo este tiempo. Ni un instante he dejado de pensar en mis adoradas sobrinas. —Las encerró en un abrazo y les besó las cabezas—. Pero de ahora en adelante, nada volverá a separarnos.

Octavio, que después de saludar a sus primas, había vuelto a concentrarse en el objeto de su interés por esos días, se mantenía apartado del círculo, con la vista fija en Sixtina, que no se unía al corro en torno a las recién llegadas; no las conocía. Octavio se acercó lentamente y, sin abandonar los ojos verdes de la niña, que, con actitud nerviosa, lo contemplaba aproximarse, le extendió la mano. Sixtina la tomó. La guió hasta Emanuelita y Milagritos, que enseguida notaron a la nueva.

—Ella es Sixtina —anunció Octavio en castellano—. Y ellas son mis primas, Emanuelita y Milagritos, las dueñas de Marã.

—Oh —esbozó Sixtina casi sin aliento, pues había establecido un vínculo especial con la perrita.

Octavio aguzó la vista ante ese «oh» y enseguida levantó las cejas.

—Podrás seguir acariciándola y cargándola. Mis primas son muy buenas, y te permitirán hacerlo. ¿Verdad que sí? —preguntó, y buscó la aquiescencia de las niñas, que asintieron con vehemencia.

—Gracias —masculló la nueva.

Retomar la clase no resultó fácil; el alumnado estaba distraído. Por eso, cuando se presentó doña Mencía para darles sus lecciones de corte y confección y baile, Emanuela le pasó el mando con gratitud. Se dirigió a la cocina y llenó una vasijita de

barro con dulce de naranja y lima, que había preparado el día anterior y que sabía una debilidad de su hermana Ginebra. Cubrió la boca del cacharro con un paño y lo ató con un hilo de güembé. Escribió una corta esquela. Le entregó las dos cosas a Drusila cuando la india fue a buscar a las niñas. La mujer volvió minutos después con la vasija intacta y unas palabras garabateadas en el reverso de la esquela. «*Nada ha cambiado entre nosotras*».

CAPÍTULO XX

A finales de marzo, Aitor le anunció a Emanuela que Conan le había declarado su amor a Engracia y pedido que lo desposara; la mujer había aceptado. Emanuela calculó que apenas habían transcurrido dos meses desde la muerte de Máximo de Atalaya.

—Engracia nunca se ha preocupado por obedecer las ridículas reglas que impone la sociedad —adujo Aitor.

«Igual que tú», reflexionó Emanuela, y sintió celos y envidia de una mujer a la que su esposo semejaba y admiraba.

—La llegada de Sixtina aceleró las cosas —prosiguió él, ajeno a la aflicción de su mujer—. Conan se lo pasa con la niña, y Engracia no ve motivo para postergar lo inevitable.

—¿Has hablado con ella?

—No, Jasy. Te prometí que no volvería a hacerlo. Me lo ha referido Conan.

—¿Él está feliz?

—¡Ja! Nunca lo había visto tan complacido. —La sonrisa con que acompañó la afirmación tranquilizó a Emanuela; no había atisbo de enojo ni de celos en él. Se miraron en silencio. Aitor extendió la mano y la apoyó sobre el vientre de ella—. ¿Cómo está mi hijo?

—Bien. Tranquilo dentro de mí.

—Ven. —Aitor la guió hasta sentarla sobre sus rodillas. Le besó el filo de la mandíbula, se lo mordisqueó, la olfateó detrás de la oreja—. ¿Crees que le hace daño al niño cuando hacemos el amor?

—No, claro que no.

—¿De veras? —Emanuela asintió y le sujetó el rostro con las manos. Lo miró en lo profundo de los ojos, con aire inquisidor—. Es que recién te tomé con rudeza, lo sé, pero no conseguí dominarme. No sería capaz de aguantar si me dijese que no puedo tocarte hasta que el niño nazca. —Emanuela rio a mandíbula batiente—. ¿De qué ríes, Jasy? ¿Te burlas de tu pobre esposo?

—Río de felicidad, porque esto que dices y la cara de desconsuelo que pones hablan de que me necesitas tanto como yo a ti.

—¿Y ahora lo descubres después de que lo hemos hecho todos los días, a todas horas, durante casi un año?

—No lo he descubierto recién, pero amo que me digas que me necesitas.

—Emanuela, te he necesitado desde que tengo memoria. Te veo y me pongo duro. Y sé que tú me ves y te mojas entre las piernas, lo cual no sabes cuánto me complace.

Emanuela inspiró profundamente y cerró los ojos.

—Sí, me mojo para ti. No dejaremos de amarnos en tanto el niño esté dentro de mí. Una vez que nazca, tendremos que superar la cuarentena antes de volver a hacer el amor.

—¿Cuarentena? ¿Qué es eso?

—Un período de cuarenta días en los cuales no podrás penetrarme.

—¡Qué! ¡Cuarenta días! ¿Es algo religioso? ¿Tiene que ver con eso del ayuno y la abstinencia? —Emanuela rio de nuevo—. Porque sabes bien que a mí esas cosas me importan un pepino.

—Lo sé, lo sé. Estamos en plena Cuaresma, un tiempo de recogimiento y sacrificio, y tú acabas de hacerme el amor sobre la alfombra. —Emanuela sonrió al percibir que la erección de Aitor crecía bajo sus asentaderas.

—Mmmm —ronroneó él—. Cierro los ojos y te imagino de nuevo en cuatro patas sobre la alfombra, tu culito al aire, blanco y regordete, todo para mí. Creo que tendremos que seguir sacrificándonos en esta bendita Cuaresma, Jasy. Pero antes aclárame qué es eso de la cua... ¿cuaresta?

—Cuarentena. Como te dije, son los cuarenta días que siguen al nacimiento. No es conveniente que tengamos relaciones en ese período. No es una cuestión religiosa. Es por mi salud.

—Ah —masculló, derrotado—. Si es por ti, por tu salud, entonces lo haremos.

Emanuela apoyó la punta de la nariz en la de él.

—Gracias, amor mío. Pero el hecho de que no puedas entrar en mi *tako* no significa que no podamos aliviarnos de otros modos. —Se deslizó al suelo y se ubicó entre las rodillas de él. Le acarició la parte delantera del calzón, donde el pequín se tensaba bajo la erección que latía y presionaba—. Podrás penetrar mi boca y también sodomizarme, y aliviarte entre mis senos, como anoche, y de cualquier manera que desees, mientras no sea dentro de mi *tako*.

Aitor elevó la pelvis para ayudarla a deshacerse de las prendas que cubrían su miembro. Le sujetó la cabeza con una mano, en tanto con la otra retiraba el prepucio y le presentaba el glande hinchado y negro.

—Jasy, siempre ha sido igual contigo. Me hablas, abres esa boquita, me pones esa carita inocente, me miras con tus ojos de venado, y no sé cómo haces para decir poco y ponerme duro como el hierro. —Emanuela lo introdujo en su boca, y Aitor arqueó la nuca y ahogó un gruñido—. Jasy, creo que no tendré problema de pasar por esa cuarentena.

* * *

Vespaciano y Malbalá arribaron a Asunción el 1° de abril, el día anterior al natalicio de Aitor. El hacendado traía balas de algodón, atados de tabaco, tercios de yerba y sacos de azúcar procesados en el trapiche de *Orembae*, que su hijo le ayudaría a vender en el mercado o embarcar en el puerto.

Emanuela abrazó y besó a su madre y enseguida supo que algo le sucedía.

—¿Qué ocurre, sy?

Cuando la mujer iba a responder, Aitor la interrumpió para decir:

—Padre, sy, tenemos una buena nueva. —Rodeó a su esposa por detrás y le colocó las manos sobre el vientre—. Mi mujer va a darme otro hijo. —La besó en la mejilla, y Emanuela llevó la mano hacia atrás para acunarle el rostro sin apartar la mirada de Malbalá, cuyos ojos se tornaron brillantes y los labios le temblaron.

—¡Es la mejor noticia que podías darme, hijo mío! —Vespaciano se aproximó a la pareja y aventó la mano delante de Aitor—. Hazte a un lado y permíteme felicitar a mi ángel. —La abrazó y la besó en la frente—. ¿Qué será esta vez, Manú?

—Otro machito, don Vespaciano. Estoy segura.

—¡Ja! Otro Amaral y Medeiros que perpetuará el apellido. ¡Bien hecho, hijo mío! Bien hecho. —Lo estrechó entre sus brazos y le palmeó la espalda, y Aitor se puso rígido.

Emanuela y Malbalá se abrazaron. Al separarse, se miraron a los ojos.

—Gracias por hacer feliz a mi hijo, hijita mía.

—Gracias por haberlo parido, querida sy. —Malbalá se mordió el labio—. ¿Qué sucede, sy? ¿Ocurre algo?

—Nada, hijita. Estoy muy emocionada con la llegada de mi nuevo nieto.

Como el vigésimo noveno natalicio de Aitor cayó el miércoles de Semana Santa, Emanuela dispuso para ese día un festejo íntimo, con una cena frugal y entrega de regalos. El Domingo de Pascua, al atardecer, organizó un sarao en el que doña Mencía le dio una mano pues había invitado a las autoridades militares y a las del Cabildo, aun al gobernador Sanjust y al obispo Manuel de la Torre, y precisaba del asesoramiento de la señora; no quería cometer errores que dejasen mal parado a Aitor. Como quería que Conan Marrak participase del agasajo, invitó a su prometida y a Sixtina, para alegría de Octavio, que, desde el día en que la había presentado a sus primas, se atrevía a hablarle.

—Gracias, doña Manú —dijo Engracia en un momento en que Emanuela se había apartado del gentío y acomodaba unos bocadillos en una bandeja.

—¿Por qué?

—Por haberme invitado al natalicio de Aitor. —Emanuela asintió con gesto serio, aunque no severo—. Sé que no confiáis en mí, pero os aseguro que nunca os traicionaría. Lo que habéis hecho por Sixtina, salvarla de la muerte y recibirla en vuestra escuela, habla de que vuestro corazón es muy grande y generoso. Nunca podré pagároslo.

—No pretendo ningún pago por ello.

—Lo sé. Mi pago será mi eterna fidelidad y agradecimiento.

—¿Cómo está Sixtina? ¿Cómo se siente en su nuevo hogar?

—Creo que feliz. Conan ha sido de gran ayuda. A veces pienso que lo quiere a él más que a mí. Os aseguro que no siento celos, al contrario, me hace dichosa. Conan

merece ser amado.

—Sí, lo merece. ¿Cuándo será la boda?

—El 25 de junio. Conan acaba de pedirle al padre Hinojosa que la celebre en la iglesia de San Ignacio. Ha dicho que sí —comentó, exultante, y Emanuela entrevió que la idea de volver a casarse no le disgustaba, aunque no fuese con Aitor, el hombre que amaba.

—Os deseo la mayor de las felicidades.

—Gracias. Vendréis, ¿no es así?

—Aitor querrá estar junto a su gran amigo. Yo también.

—Gracias —repitió la mujer, y le destinó una sonrisa amplia y sincera.

* * *

A casi dos meses de la muerte de Oliveira y el resto de la banda, Laurencio Ñeenguirú se aventuró en Asunción apenas cayó la noche, y aunque sabía que se arriesgaba, se acercó a la casa de su tío Aitor. Lo sorprendió el movimiento que halló fuera y lo iluminada que se encontraba la entrada, con gran cantidad de teas de resina que despedían un aroma agradable que sofocaba el hedor del estiércol de las mulas atadas a los pocos coches y a las varias carretas estacionados a lo largo de la calle Samuhú-Peré. No cabía duda: en casa de Aitor estaban dando una fiesta, y a juzgar por la guardia militar apostada cerca del portón, asistían personajes de fuste.

Sofocó las ganas de reír a carcajadas y se echó al colete otro trago de chicha. La situación se le burlaba en la cara: él se había convertido en un prófugo de la ley, un indio sin amigos, muerto de hambre y sin destino, en tanto el maldito luisón, odiado y repudiado desde su nacimiento, se codeaba con gente de postín, nadaba en monedas de plata y de oro y, sobre todo, era dueño de la criatura más extraordinaria, la niña santa. Apretó los ojos, en parte para aliviar la quemazón en la garganta, en parte para borrar la imagen que lo asaltó como una pesadilla, la de Manú abriéndose para recibir dentro de ella la carne tumefacta y execrable del luisón, que la bañaba con su semilla maldita.

—¡Maldita! ¡Maldita seas, Manú!

Imaginó distintas maneras de vengarse, y fue desechándolas pues, aunque estaba un poco borracho, no había perdido el juicio, y sabía que acercarse a la mujer del luisón habría sido una empresa imposible. Le habían dicho que ella y su hijo iban custodiados como si se tratase de las joyas más preciadas de la Corona española, y que un grupo de hombres armados los seguían a sol y a sombra. No repetiría el asalto perpetrado en la iglesia de los jesuitas. Necesitaba afinar su imaginación e inventar un nuevo modo para desquitarse sin perder la vida en el intento.

Entonces recordó a Árdenas, el cazador de brujas y herejes, que años atrás le había preguntado por la niña santa de San Ignacio Miní.

Elevó la vista y estudió la escalera de piedra pegada a la pared que lo conduciría al piso superior, donde se hallaba el despacho de Claudio de Ifrán y Bojons, una leyenda entre los inquisidores. Su limitación se le notaría mientras se esforzaba por trepar los escalones, y eso lo irritaba. Que le tuviesen lástima, que lo mirasen con desdén, pocas situaciones lo fastidiaban tanto, y como todo lo que implicaba dolor y humillación en su vida, se lo debía a ella.

Había perdido la pierna izquierda, incluida la rodilla, a fines del 54, mientras seguía una pista falsa que lo había conducido hasta el pueblo de Yapeyú. Por aquella época, la zona, convulsionada por la tensión entre los guaraníes y los ejércitos español y portugués, era peligrosa e inestable, con permanentes escaramuzas, ataques y emboscadas. Un cañonazo a pocas varas por donde él cabalgaba espantó al animal, que lo echó por tierra y, al pisarle la pierna, le rompió el peroné en dos partes. Él sabía que una quebradura de esa índole muchas veces acababa en gangrena, y su caso no se convirtió en una excepción. Los días de delirio en que lo sumió la fiebre le impedían recordar la cirugía que lo había despojado de su pierna izquierda. Sí se acordaba del instante en que había abierto los ojos y sonreído porque la pierna no le dolía, ni latía; el hueso había soldado. Unos minutos después, un jesuita, médico de la doctrina de Yapeyú, le comunicó la fatal noticia. ¿Cómo era posible que ese cura estuviese diciéndole que se había visto obligado a cortarle la pierna para salvarle la vida? ¿Cómo era posible si él la sentía ahí, bajo la sábana? Se incorporó sobre los codos y empezó a soltar gritos desgarradores al ver que la sábana se pegaba al colchón en el sitio donde debería haber estado su pierna.

Tardó meses en sanar del todo y otros tantos para acostumbrarse al artilugio de madera que le construyó un guaraní, hábil carpintero, y que le suplantaría la pierna. Se caía, el equilibrio lo abandonaba, el muñón se le lastimaba, la cabeza le giraba; nunca volvería a ser el mismo. Su odio se intensificó durante los meses de convalecencia y siguió creciendo en tanto transcurría el tiempo y él comprendía cabalmente cuánto había perdido el día en que le habían cortado la pierna. Con los años, se había reconciliado con su suerte y aprendido a manejar bastante bien la pata de palo. Su odio, sin embargo, seguía creciendo y alimentaba su sed de venganza, que se intensificaba en momentos como esos, en el que su cojera se haría evidente por el simple hecho de subir una escalera.

El esclavo se detuvo al costado del primer escalón y, sin mirarlo, le señaló hacia arriba. Se tomó de la baranda de madera y echó a andar. En el silencio sepulcral del patio principal del Convento de Santo Domingo, el golpe de la pata de palo sobre la piedra se propagaba como un eco que rebotaba en las paredes y en las columnas del claustro. Prosiguió el ascenso con el esclavo detrás de él, que demoraba el paso. Alcanzó la planta superior, agitado y de mal humor, acalorado en ese clima húmedo y bochornoso, exasperado por el sudor que le corría bajo la peluca y que le provocaba

un prurito insoportable; se quitó el tricornio y se lo aventó cerca del rostro.

El africano le indicó la dirección y le abrió una puerta que lo condujo dentro de un despacho de amplias medidas, bien decorado, hasta un espejo con marco de pan de oro avistó, pieza que le resultó un despliegue vanidoso. Sin embargo, cuando sus ojos encontraron al que, seguramente, era fray Claudio de Ifrán y Bojons, sus pensamientos displicentes y su ánimo soberbio se esfumaron.

El dominico avanzó hacia su visita, ajeno a las emociones que le inspiraba. Su altura, su buena estampa pese a los años, sus ojos vivaces e inquisitivos, su gesto implacable, todo colaboraba para alimentar lo que se decía de él: era un ángel vengador del Señor en la Tierra. El recién llegado, olvidado de su condición, sobrecogido por la imponencia del sacerdote, intentó arrodillarse para besarle el hábito, empeño que Ifrán y Bojons detuvo colocándole una mano bajo el codo e impulsándolo a alzarse.

—No es necesario. Por favor, sentaos. Debéis de estar cansado después de vuestro viaje.

—Gracias, Excelencia.

—Cristóbal, tráenos de comer y de beber.

—Enseguida, Excelencia.

Sin perder tiempo, metió la mano en su morral y extrajo una carta sellada con lacre.

—Gracias por aceptar recibirme. Esto es para vos. Os lo envía el comisario de la jurisdicción del Río de la Plata.

—Sí, mi gran amigo Urbano de Meliá. —Rompió el sello y leyó hasta que levantó la vista, el ceño muy apretado—. ¿La niña santa? ¿Otra vez este asunto?

—Sí, Excelencia. Hemos sabido que se encuentra aquí, en Asunción. Fugó de Buenos Aires en el 53.

Ifrán y Bojons completó la lectura de la carta y devolvió su atención al recién llegado.

—Vuesa merced habla de que la niña santa *fugó* de Buenos Aires, pero aquí el comisario Meliá admite que no se inició un proceso en contra de ella.

—Hubo mucha presión por parte del gobernador Andonaegui para que se la dejase libre, pero lo justo habría sido que se le iniciase un proceso, Excelencia. Por brujería.

—¿Cómo sabéis que se encuentra en esta ciudad?

—Gracias a mis informantes. —No le diría que el dato se lo había comprado a Eerra de Urizar y Vega, viuda de Alonso de Alarcón. Durante los primeros años después de la desaparición de Manú, la mujer le había asegurado que desconocía qué había sido de la «ingrata», como la llamaba, que su hermano Octavio nada le decía, y él le había creído. Poco tiempo atrás, acuciada por la falta de dinero y acicateada por el odio, le había vendido la información que, según le había confiado, su hermano Octavio acababa de revelar por carta: Manú vivía en Asunción.

—Decís que practica la brujería.

—Así es, Excelencia. Es una bruja muy hábil. Debe de ser una de las concubinas dilectas del Maligno, pues le ha concedido poderes que desafían toda ley natural. Realizó una brujería muy portentosa frente a todos, incluido el gobernador Andonaegui, que se dejó hechizar por su influjo demoníaco.

—¿Cuál es su nombre? Años atrás me dijeron que se llamaba Manú.

—Ese es su sobrenombre. Se llama Emanuela Ñeenguirú.

—Emanuela —masculló el inquisidor. Abandonó la butaca y se retiró hacia la ventana, desde donde se apreciaba el puerto. Permaneció meditativo, la mano en la barbilla, la vista fija, la expresión relajada; su corazón, sin embargo, batía con furia. Carraspeó antes de pedir—: Repetid el apellido.

—Ñeenguirú. Es guaraní, Excelencia.

«Ñeenguirú». Le resultaba familiar.

—Debemos apresarla de inmediato, Excelencia, pues es posible que... —Se detuvo ante la mirada despectiva del inquisidor—. Os ruego que me excuséis, Excelencia. Me he dejado llevar por la emoción...

—Las emociones no tienen lugar en este oficio, señor... —Se interrumpió y consultó la carta del comisario de Buenos Aires.

—Murguía, Excelencia. Mi nombre es Rodrigo Murguía.

—Afirma mi amigo fray Urbano que sois un físico.

—Sí, Excelencia.

Se quedó mirándolo sin reparar en la incomodidad creciente del visitante.

—Doctor Murguía, por aquella supuesta brujería que realizó esta mujer Ñeenguirú no se inició un proceso, y yo confío en el buen juicio de mi hermano en la fe fray Urbano. Si él decidió dejarla marchar en libertad sus razones habrá tenido; dudo de que se haya debido a las presiones por parte del gobernador; el Santo Oficio está por encima de cualquier poder secular. Luego leeré más atentamente la carta de fray Urbano, pero, por lo que resulta de una rápida lectura, él asegura que la niña santa *abandonó* Buenos Aires.

—Así es, Excelencia. Fray Urbano le había dado un ultimátum: ingresar en el convento de las dominicas en Buenos Aires o...

—¿O?

—Convertirse en mi esposa, Excelencia —admitió, con la vista al suelo.

—Ah, pero veo que sí hay emociones involucradas. Y por lo que resulta, la mujer no hizo ni lo uno ni lo otro.

—Así es, Excelencia. De igual modo, permitidme que os aclare que no hay emociones involucradas. Manú... Emanuela Ñeenguirú necesitaba una mano firme para no caer en las redes del demonio, y eso es lo que fray Urbano pretendía al ponerla bajo mi potestad. Yo, como familiar del Santo Oficio, estaba en posición de marcarle el camino del bien.

Ifrán y Bojons asintió con gravedad. Entró Cristóbal con el refrigerio. Detrás de

él, caminaba Árdenas.

—¡Oh, excusadme, Excelencia! —se disculpó el cazador de brujas—. Pensé que estabais solo.

—Pasa, Árdenas, pasa. Me gustaría presentarte al doctor Rodrigo Murguía, familiar del Santo Oficio.

Árdenas se quitó el sombrero de ala ancha e inclinó la cabeza. Murguía, sin mirarlo, hizo otro tanto. Ifrán y Bojons dedicó unos minutos para explicar a su viejo asistente la situación de la famosa y elusiva niña santa.

—Doctor Murguía, para llevar adelante este caso tendremos que recolectar pruebas y testimonios. Jamás, en mis tantas décadas como inquisidor, se me ha acusado de haber procesado a un inocente. Siempre he sido escrupuloso en mis denuncias. No me gustaría cargar en mi conciencia con la condena de un cristiano honesto.

—Lo comprendo, Excelencia.

—En este sentido, trabajaréis codo a codo con Árdenas, que mantiene una amplia red de informantes y espías en la región.

—Sé quién podrá ayudarnos —declaró el cazador de brujas, mientras evocaba el diálogo que había mantenido esa mañana con su viejo informante Laurencio Ñeenguirú.

—Doctor Murguía, como familiar del Santo Oficio, vuesa señoría debe de estar familiarizado con los documentos y las prácticas.

—Así es, Excelencia.

—Pues bien. Necesito un adlátere y también un amanuense que se ocupe de asuntos para los cuales no tengo tiempo. Como tal, obtendríais la prerrogativa de alojaros en una celda del convento, donde se os proveería de tres comidas al día y otras comodidades, interesante oferta si se tiene en cuenta que en esta ciudad escasean los hospedajes y las pensiones, y los que hay son sitios inmundos y mal servidos. ¿Os interesa el puesto?

—Claro que sí, Excelencia —aseveró el médico, y se puso de pie.

—Por otro lado —continuó el inquisidor—, esta jurisdicción necesita un físico para controlar la salud del reo mientras se lo somete a los interrogatorios. El doctor Moral fue relevado de su cargo después de que un acusado de sodomía muriese durante el interrogatorio.

—Comprendo, Excelencia. Será un honor asistiros.

—Pues bien, todo está resuelto. Cristóbal, acompaña al doctor Murguía a la celda que está junto a la mía. Haz traer su equipaje y llévale agua fresca para que se lave.

—Sí, Excelencia.

—Gracias, gracias, Excelencia.

* * *

Emanuela se aproximó a la puerta del despacho, que estaba cerrada. Escuchó la voz de Aitor, un poco elevada, y no necesitó prestar atención a sus palabras para saber que estaba enojado. Reconoció la voz de Malbalá, que hablaba con acento lloroso. Entreabrió apenas y confirmó que estaban solos. Don Vespaciano había ido al cementerio de los jesuitas a visitar la tumba de Lope y luego almorzaría en casa de Ginebra, donde también vivía doña Nicolasa. ¿Sería por esa razón que su *sy* estaba inquieta? ¿Temía que su esposo volviese a los brazos de su antigua amante?

—Manú ya me ha preguntado varias veces por ella, y yo no sé qué decirle. No quiero mentirle, hijo.

—¡Pues lo haces! Por amor de Dios, *sy*, está preñada. No quiero que reciba una mala noticia. Quiero que tenga paz, que tenga una preñez tranquila, no como la que tuvo con Octavio. Y esa noticia la hará sufrir.

—Entiendo, hijo, pero Manú me ha dicho que tú tienes que ir a la mina por tus negocios y que ella aprovechará para pasar una temporada en *Orembae*, y que, a su regreso, se los traerá con ella, a los tres, solo que no hay tres; solo uno.

—¿Emanuela te ha dicho que pasará una temporada en *Orembae*? ¡Que ni lo sueñe! Viajará conmigo a la mina.

—Pero, hijo...

—¡No, *sy*! ¡No voy a separarme de ella! ¡No se hable más del asunto! —Malbalá le contuvo el rostro con las manos y le sonrió con melancolía—. No me mires de ese modo, como si me tuvieses lástima. No lo tolero. —Intentó desasirse, pero la mujer lo sujetó con firmeza—. ¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes?

—Nada ni nadie te apartará de Manú, Aitor. Ya no volverán a separarse, hijo. Es hora de que te tranquilices o terminarás por sofocarla.

—¿Cómo puedo tranquilizarme si tu nieto, ese hijoputa de Laurencio, merodea allí fuera, listo para arrebatármela?

—Laurencio es un alma mezquina y débil; lo ha sido desde niño. Nunca, ¿me entiendes?, *nunca* logrará separarlos. Laurencio no puede con tu fuerza ni con tu astucia. Nunca ha podido. Por eso te odia y codicia lo que te pertenece.

Aitor asió las muñecas de su madre y la apartó con delicadeza. Caminó hacia la ventana y guardó silencio, mientras contemplaba el reloj de sol y la fuente.

—Si algo llegase a pasarle a Emanuela, no sería capaz de soportarlo. Las dos veces que estuvimos separados fue un infierno para mí, tú lo sabes mejor que nadie, *sy*.

—Lo sé, hijo mío, lo sé.

—Pero conseguí atravesar ese infierno y salir vivo solo porque sabía que ella, en algún lugar, respiraba y pensaba en mí. Si ella...

Emanuela irrumpió en el despacho, el rostro bañado en lágrimas, y se arrojó a los brazos de Aitor, que la recibió, desconcertado.

—¡Nunca te faltaré, amor mío! ¡Te lo juro, Aitor! Te juro que no te faltaré. Ya no te atormentes, amor mío. Quiero que seas feliz.

Aitor la sujetaba por la mandíbula y le bañaba el rostro de besos. Malbalá los observaba tras un velo de lágrimas, mientras se reprochaba permanecer en el despacho cuando sus hijos precisaban intimidad. Lo cierto era que no reunía la voluntad para dar media vuelta y salir. Ella también había padecido cada vez que Aitor y Emanuela se habían sumido en la desesperación a causa de los escollos y de las trampas que les presentaba el destino. Tenía derecho, se justificó, a disfrutar de las mieles de la victoria, pues sin duda, el amor de sus hijos dilectos, el más fuerte que ella conocía, había salido victorioso.

—¿Qué es esa locura de que me dejarás para pasar un temporada en *Orembae*?

—No lo haré, no iré. Te acompañaré a la mina, si eso es lo que quieres.

—*Por supuesto* que es lo que quiero. Mi mujer siempre estará a mi lado, nunca volverá a alejarse de mí. Me duele que hayas pensado en separarte de mí para ir a la hacienda de mi padre cuando a mí me resulta intolerable transcurrir una hora sin ti.

—Pensé que tal vez querrías estar solo en la mina para poder ocuparte mejor de tu negocio. Conmigo y los niños allá, sé que te sientes en la obligación de prestarnos atención.

—¿Y crees que no seré capaz de hacerlo, de ocuparme de mi mujer y de mis negocios? Me ha tocado lidiar con cosas más difíciles.

—Lo sé, amor mío. Es que no quiero ser un estorbo.

—¡Estorbo! ¿La oyes, *sy*? Dice que no quiere ser un estorbo.

—La oigo, hijo. Mi hija nunca ha sabido cuánto vale.

—Es verdad. No sabe que, para mí, es más valiosa que todo el oro del mundo.

Aitor extrajo del bolsillo del calzón el pañuelo de seda blanca que Emanuela le había bordado con sus iniciales A, A y M y regalado días atrás para su natalicio y le secó las mejillas húmedas y las pestañas aglutinadas.

—Te amo, Aitor.

—Lo sé.

Emanuela giró en el abrazo y le sonrió a su madre adoptiva.

—¿Qué es lo que quieres decirme y Aitor no te autoriza, *sy*?

—Nada, hijita.

—Estabas al borde del llanto, *sy*. Debe de tratarse de algo serio.

—Nada serio. Una tontería.

—Es acerca de Timbé, ¿verdad?

Malbalá levantó los párpados un tanto caídos y mostró sus ojos oscuros cargados de asombro. Buscó a Aitor con la mirada, y luego de verlo asentir con aire fatalista, se atrevió a confirmar la sospecha de Emanuela.

—¿Cómo supiste que se trata de ella?

—La he soñado varias veces en estos días. Supe, entonces, que algo no andaba bien. ¿Qué le sucede? —Malbalá la contempló con desesperación—. Murió, ¿verdad?

—La abipona asintió de nuevo—. Mi Timbé murió —dijo, con acento congestionado, y se giró para hundir el rostro en el pecho de Aitor. Se aferró a su cintura y soltó el

llanto cuando él le besó la coronilla y le ajustó los brazos en torno a los hombros—. ¿Cómo murió, sy? ¿Sufrió mi pobrecita?

—Oh, no, hijita, no. —Malbalá se secó los ojos con el ruedo del mandil—. El día anterior la noté más caída que de costumbre. Le preparé su potaje favorito...

—¿El de choclo, zapallo y granos de trigo?

—Ese mismo. Apenas si lo olisqueó. Se lo terminó comiendo Miní. Así se lo pasó todo el día, desfallecida y echada en la galería, en su rincón favorito, junto al macetón con las glicinas. Vespaciano la obligó a tomar agua a cucharadas. Miní le abría la boca y Vespaciano le volcaba el agua dentro. Algo tragó, pero no hubo caso con la comida. A la mañana siguiente, amaneció muerta. Tuvo una muerte serena, Manú. No quiero que te atormentes.

—Mi pobre Timbé. Solo lamento no haber estado allí. Debía de mandar por ellos de inmediato, apenas me instalé en esta casa. Ha sido imperdonable que no lo hiciese. —Comenzó a inquietarse y a agitarse—. Nunca me voy a perdonar...

—Emanuela, quiero que te tranquilices. —Aitor se sentó en un sofá, la acomodó sobre sus rodillas y le cubrió el vientre con las manos—. Timbé tuvo una larga y buena vida gracias a ti, amor mío. Estaba destinada a morir apenas nacida. ¿Lo recuerdas?

—Sí —contestó, en un hilo de voz.

—Nunca me olvidaré del día en que te seguí dentro de la porqueriza porque querías hablar con la chancha para pedirle que te diese a esa cría que había nacido sin un cuarto trasero.

—Entraste con un palo en alto, muerto de miedo.

—¡Muerto de miedo por ti! La chancha era feroz cuando de sus cerditos se trataba, y tú planeabas *hablarle*.

Rieron con el recuerdo, y con otros que siguieron y que tenían como protagonista a la peculiar cerda con pata de palo.

—Sy, ¿cómo están Porã y Miní? Pobre Miní...

—Se lo pasaron todo el día junto al cadáver de Timbé y no nos permitían enterrarla. Hubo que engatusarlos y encerrarlos para poder enterrarla. Hacía mucho calor, y el cuerpo iba a comenzar a despedir olor.

—¿Cómo están ahora Porã y Miní? —Malbalá movió la mirada hacia Aitor en el gesto de quien pide ayuda—. ¿Qué sucede, sy? ¿Qué les sucedió a ellos?

—Porã está bien, hijita, muy apegada a Juan Javier. —La mujer se refería al nuevo mayordomo, el reemplazo de Adeltú—. Miní... Pues Miní hizo lo mismo que el día en que tú abandonaste San Ignacio: desapareció. ¡No te entristezcas, hijita! Ya verás que volverá un día de estos.

—Lo sé, sy. Miní volverá a mí y ya no nos separemos de nuevo.

* * *

Murguía siguió a Árdenas dentro del burdel, la casa de doña Camelia, como el cazador de brujas la llamaba. Lo recibió una nube de humo y el estruendo de carcajadas, y enseguida lo asaltaron el aroma del tabaco y el de la chicha, que disimulaban un poco el hedor de los cuerpos mal lavados. Se quedaría, decidió. Necesitaba distenderse. Esos primeros diez días de trabajo junto al famoso inquisidor Ifrán y Bojons lo habían dejado de cama y tenso, sin mencionar que haberla visto por primera vez ese domingo, lo había llenado de deseo y excitación, que planeaba sofocar entre las ancas de una de esas mujeres públicas. Buscaría la que más le semejase. Comenzó a estudiar a las prostitutas con la misma ansiedad con que había buscado a Manú entre las feligresas de San Ignacio, donde estaba seguro de que la encontraría. La había individualizado muy cerca del altar, sentada sobre una alfombrilla, cubierta por un rebozo de encaje blanco. Junto a ella, se erigía un hombre de estatura media, corpulento y de aspecto feroz, un paleta a decir verdad, pues por más que vistiese ropas finísimas, sus facciones de indio afeadas con tatuajes, su piel oscura y esa trenza negrísima que le alcanzaba las asentaderas hablaban de que se trataba de un ser bajo, sin educación ni honor. ¿Quién era ese ser despreciable? ¿Qué hacía cerca de su Manú? Avistó a un niño sentado junto a ella, y calculó que debía de tratarse del que él había planeado eliminar días después de nacido.

Pese a lo caliginoso de la jornada, un frío le recorrió el cuerpo al comparar los rasgos del pequeño con los del paleta. Más allá de los tatuajes del hombre, resultaba fácil advertir las semejanzas. Sin duda, eran padre e hijo, en especial porque compartían la misma tonalidad de ojos, un color ambarino que él jamás había visto en otro ser humano. ¡Ese indio asqueroso le había hecho un hijo a su Manú! Le había acariciado la piel, besado los labios, ultrajado el cuerpo al penetrarla con su carne oscura y fétida. Se precipitó fuera de la iglesia para aplacar la ira que amenazaba con cortar el respiro. No volvió a entrar, y aguardó a que la misa terminase. Manú y su cortejo salieron casi al último. Ella iba del brazo del indio y sonreía con las mejillas arreboladas mientras él le susurraba vaya a saber qué cochinidad. Distinguió a la esclava Romelia, que había pertenecido a doña Ederra, y se preguntó cómo diantres había terminado allí. Sin duda, ese domingo era un día de sorpresas.

Por eso había decidido aceptar la invitación de Árdenas, por más que no confiase en el hombrecillo, porque necesitaba descargar la rabia y la frustración que lo ahogaban. Eligió a una tal Adela, que era más blanca que las demás, con rasgos guaraníes más diluidos y el cabello parecido al de Emanuela, castaño y con abundante rizados, aunque sus ojos no eran azules, sino de un vulgar marrón. Le prometió que le pagaría en contante si le decía que se llamaba Manú y si le rogaba que se casase con él y le hiciese un hijo. Adela encogió los hombros y aceptó.

Salió de la pieza más relajado y se aproximó a la mesa que ocupaban Árdenas y otro sujeto, al que no distinguió bien en el local mal iluminado, sin mencionar que iba muy tapado, como si quisiese ocultar la identidad.

—Sentaos, doctor Murguía —invitó Árdenas, y se puso de pie para retirar una

silla y ofrecérsela al físico—. ¿Qué deseáis beber?

—Ginebra.

—¡Camelia, una ginebra para mi invitado! —El cazador de brujas se sentó de nuevo—. Me gustaría presentaros a uno de mis informantes. Laurencio Ñeenguirú.

—Buenas noches —saludó Murguía con el mentón ligeramente levantado y sin mirar al hombre, que apenas alzó el rostro para volver a bajarlo. Se trataba de un guaraní a juzgar por el color de la piel y el diseño de la cara.

—Buenas noches, vuesa merced —contestó el indio casi en un susurro.

—¿Ñeenguirú? —reaccionó de pronto Murguía—. ¿Habéis dicho que su apellido es Ñeenguirú?

—Así es, doctor Murguía —ratificó Árdenas—, pero, por favor, bajad la voz. Laurencio no quiere ser reconocido. Es pariente de la niña santa. Él está dispuesto a proveernos información invaluable.

—Ninguna corte del Santo Oficio tomará en serio su denuncia. ¡Es un indio!

—Lo sé, Excelencia, pero como vuesa merced comprobó en estos días pasados, no será fácil encontrar a alguien en Asunción o en los alrededores dispuesto a denunciar las prácticas satánicas de la niña santa.

Era cierto. Durante esos días de intensas averiguaciones, habían oído toda clase de hablillas acerca de los portentos operados por la niña santa. En especial una, que aseguraba que le había salvado la pierna rota a un hombre, lo había conmocionado especialmente.

—El que la denuncie tiene que ser una persona de fuste, un peninsular, o un criollo, pero de buena reputación. De lo contrario, Ifrán y Bojons no abrirá un proceso en su contra. Aunque no lo admita, vuestro jefe le teme a la Compañía de Jesús.

—Nadie puede negar el poder de la Compañía de Jesús —lo defendió Árdenas.

—Ni tanto —refutó Murguía—. El Tratado de Permuta lo demuestra. Y vienen tiempos peores para los loyalistas. Pero no es eso lo que nos ocupa ahora, sino cómo poner en el banquillo de los acusados a Emanuela Ñeenguirú.

—Yo conozco a alguien que estaría más que dispuesto a denunciarla —habló Laurencio en su castellano mal pronunciado—, incluso estaría dispuesto a mentir con tal de verla tras las barras.

—¿De quién se trata?

—De alguien muy cercano a Manú.

—¿Habéis hablado con esa persona?

—No —admitió el guaraní—, pero tengo informantes que así lo aseguran. Informantes muy confiables.

—Pasadle la información a Árdenas —le ordenó Murguía— y si él comprueba que es verdad lo que decís, os sabré recompensar.

—Así lo haré.

Murguía bebió un sorbo de ginebra y frunció la cara ante la aspereza de la bebida

de mala calidad.

—Ñeenguirú, hoy vi a Manú en misa. Estaba con un hombre, un indio a juzgar por los tatuajes...

—Su esposo —lo interrumpió Laurencio—. Aitor de Amaral y Medeiros.

—¡Amaral y Medeiros! Ese es uno de los apellidos más encumbrados del virreinato —se desanimó Murguía—. Vespaciano de Amaral y Medeiros es un hacendado muy rico, amigo del virrey.

—Así es —confirmó el indio—. Pero Aitor es más rico aún que su padre. Se dice que posee una mina de estaño en la zona del arroyo Aguaray Miní. Desde ahora les digo, si pretenden encarcelar a Manú tendrán que hacerlo con Aitor lejos de Asunción, en caso contrario será imposible quitársela. La cuida con la ferocidad de un perro rabioso y hará cualquier cosa por impedir que se la arrebaten. Es un hombre cruel y muy hábil con el cuchillo y el arco. —Se abstuvo de mencionar que era un luisón; Murguía lo desacreditaría pues, como buen blanco, era necio y, si bien creía a pie juntillas que el pan y el vino se convertían en sangre y en carne humanas, no habría aceptado que un hombre se transformaba en una bestia al influjo de la luna llena—. Sé de lo que hablo —recalcó—. No tomen a la ligera mis palabras o se arrepentirán.

* * *

Lo despertó el gañido de Orlando. Se incorporó y en un instante se liberó de la somnolencia y aguzó los sentidos, en especial los de la audición y del olfato; con la recámara sumida en la oscuridad, poco veía, apenas los perfiles de algunos muebles y el del pequeño montículo que formaba Emanuela dormida a su lado. Oyó un golpeteo en una de las contraventanas, la más próxima al tocador, calculó, al que siguió un olfateo proveniente de la puerta principal y un gruñido; Argos estaba en el corredor, alertado de algún peligro. Se cubrió la desnudez con los calzones que halló enredados en las sábanas y abandonó la cama. Extrajo el cuchillo con el que dormía bajo la almohada. El chasquido del yesquero hizo rebullir a Emanuela, que comenzó a despertarse.

—¿Qué sucede? ¿Por qué enciendes la palmatoria?

—Oí ruidos en una de las contraventanas, y Orlando y Argos están inquietos.

Se dirigió a la puerta y le franqueó el paso al perro de su hijo. El animal corrió hasta la contraventana más cercana al tocador y se puso a ladrar; Orlando lo imitó.

—Aitor... —se asustó Emanuela, y bajó de la cama.

—Vuelve a la cama, Jasy. No te acerques.

—Por amor de Dios, ten cuidado. ¿Qué es ese ruido? —se espantó, cuando los golpeteos en el vidrio de la contraventana se repitieron—. ¡No abras, te lo suplico!

Aitor corrió el espeso cortinado, elevó la palmatoria y un segundo más tarde echó a reír.

—¿Qué sucede? —Emanuela abandonó el lecho—. ¿Por qué ríes?

—¡Es Miní! —anunció, y abrió una hoja.

El carayá se precipitó dentro y saltó a los brazos extendidos de su dueña.

—¡Miní! ¡Miní! ¡Adorado Miní! —repetía Emanuela, y le besaba la cabeza.

Orlando y Argos saltaban y ladraban; conocían a Miní de la temporada compartida en *Orembae*. La habitación fue llenándose de luz a medida que Aitor encendía los blandones. Emanuela colocó al mono sobre el escritorio y lo estudió con cuidado.

—Mira en qué estado te encuentras, pilluelo. —Le estudió el pelo rojo apelonado y sucio y una pequeña herida en el hocico. Lo aferró por las manos y lo miró fijamente. El carayá, muy movedizo, detuvo los ojos negros en los de su dueña y, tras unos segundos de contemplarla, se puso a aullar. Cualquiera se habría estremecido ante la intensidad del sonido, que por momentos se convertía en un rugido. Emanuela, en cambio, reía, sin importarle que el animal despertase incluso a los sirvientes, que dormían alejados.

—Sí, sí, tesoro mío, yo también estoy feliz de volver a verte.

A la bulla causada por el mono, se le sumaron los ladridos de Orlando y Argos. Poco a poco, la recámara fue llenándose de gente. Sobre todo los niños, se regocijaron con la llegada de Miní, a quien sostuvieron en brazos por turnos no sin cierta dificultad ya que se había convertido en un ejemplar pesado y grande.

—Doña Inmaculada, por favor, echad trozos de pan en un poco de leche y traédmelo.

—Enseguida, señora.

—Romelia, por favor, ve a buscar el aceite de tomillo y un esparadrapo limpio.

—Sí, Manú.

Aitor se ocupó de conducir a los niños a sus dormitorios. Vespaciano y Malbalá se demoraron un momento para disfrutar del reencuentro. Al cabo, también ellos se retiraron; siendo las cuatro y media de la mañana, todavía quedaban unas horas de descanso.

Emanuela sacó la tijera del costurero y elevó el brazo para ponerla fuera del alcance del carayá, que siempre había tenido debilidad por los objetos plateados y dorados.

—Déjame que te quite estos enredos del pelo. ¿Por dónde has andado? Hueles muy mal, ¿sabes? Ahora mismo te lavaré un poco y mañana te daré un baño. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has hecho para encontrarme? Eres tan inteligente, tesoro mío. —Le besó la cabeza y el mono le echó los brazos al cuello—. Me alegro de que hayas vuelto a mí. Te echaba mucho de menos. Siento lo de Timbé, Miní. Sé que la querías, que era tu amiga. —El carayá se apartó y ladeó la cabeza para observarla—. La necesitas, lo sé, pero aquí, con nosotros, que somos tu familia, y con tus amigos Orlando, Argos y Marã, no te sentirás triste. —El mono sacudió la cabeza—. Y un día de estos iremos por Porã, aunque mi sy asegura que está muy encariñada

con Juan Javier. ¿Crees que querrá dejarlo para venir a Asunción? ¿Tú qué opinas?

Le desinfectó el corte en el hocico y lo lavó para quitarle el olor punzante de la selva. Le dio de comer los trozos de pan ensopados, y el mono bebió la leche solo. Aitor los observaba con una sonrisa de complacencia.

—¿Recuerdas cuando te lo traje del monte?

—Nunca lo voy a olvidar. Era tan pequeño y desvalido. —Emanuela se volvió y le acarició la mejilla—. Las posesiones más valiosas que tengo me las has dado tú, Aitor.

Esa noche, Miní durmió en un lecho que improvisó Emanuela al lado del canasto de Orlando. Al día siguiente, el carayá lo hizo en la habitación de Octavio, pegado a Argos, que si bien dejó en claro que no admitiría que se le trepase al lomo como había hecho con Timbé, se convirtió en su amigo inseparable. Esos tres iban juntos a todas partes, aun a las clases de violín, donde el mono se lo pasaba trepado al hombro y a la cabeza de Juan, la cola enroscada en el cuello del músico; después de todo, ese Ñeenguirú era uno de sus favoritos.

* * *

A fines de abril, Emanuela estaba por entrar en el quinto mes de gestación. Las náuseas habían quedado atrás; se sentía vital, para nada pesada, aunque el vientre le había crecido; con el rebozo encima, nadie lo notaba, y así salía para hacer sus visitas y mandados. Aunque no terminaba de comprender por qué la preñez era motivo de vergüenza, prefería adherir a las costumbres de la ciudad para evitar las cotillas que perjudicarían la reputación de su esposo que, poco a poco, se convertía en un ciudadano ilustre. El dinero donado al Cabildo para mejorar los sistemas de drenaje pluvial y para la iluminación pública lo había hecho popular, y algunos hablaban de que, en Año Nuevo, lo elegirían como alcalde de primer voto, y a nadie parecía importarle sus orígenes guaraníes. El apellido Amaral y Medeiros y su fortuna bastaban para que se lo llamase hijodalgo.

—¿Aceptarías el puesto si te eligiesen alcalde de primer voto? —inquirió Emanuela, sentada sobre las rodillas de su esposo, mientras este la olisqueaba detrás de la oreja.

—No.

—¿No?

—Jasy, los peninsulares aceptan esos puestos porque no tienen nada que hacer, y les gusta pavonearse con sus capas y varas de funcionarios. Yo, en cambio, tengo trabajo para repartir, y no pienso descuidar mi negocio y menos que menos a mi familia por un puesto en el Cabildo. Prefiero darles dinero y que se ocupen de arreglar esta ciudad que es un chiquero en comparación con los pueblos que levantamos bajo la guía de nuestros *pa'i*.

Octavio entró sin llamar, con Argos y Miní a la zaga, y se detuvo de golpe al

descubrir a su madre sentada sobre las piernas de su padre. Arrugó el ceño y frunció la boca.

—¿Por qué estás sentada en sus rodillas, mamita?

—¿Por qué entras sin llamar? —redarguyó Aitor—. Sal y cierra la puerta tras de ti. Llama como es debido y espera a que se te admita.

Después de una dura mirada destinada a su padre, hizo como se le ordenaba. Emanuela intentó ponerse de pie, pero Aitor se lo impidió.

—Adelante —invitó.

Octavio entró con un profundo ceño y se detuvo frente a sus padres. Comenzó con el jueguito de manos a la altura del pecho. Emanuela y Aitor lo observaban con gestos divertidos mientras esperaban que el niño hablase.

—¿Por qué estás sentada en sus rodillas, mamita?

—Porque amo a tu padre y me gusta estar cerca de él. ¿Quieres subirte sobre mis rodillas, así estaremos los cuatro muy juntos?

—¿Los cuatro? —Detuvo el estregamiento de las manos para contar con los dedos lo que sospechaba: él, su madre y su padre sumaban tres—. Somos tres.

—Y tu hermano que está dentro de mí, ¿él no cuenta?

El rostro de Octavio se iluminó en una sonrisa que le desveló los dientes blancos y sanos. Aitor lo ayudó a acomodarse sobre la falda de Emanuela. Se miraron y rompieron a reír.

—Dame un beso. Ahora a tu padre. ¿Me buscabas, hijito? ¿Necesitas algo?

—Quería mostraros una pillería que le enseñé a Miní.

—¿Pillería? —se asombró Aitor—. ¿Quién te enseñó esa palabra?

—Mi *taitaru* Vespaciano. Cuando le mostré lo que Miní había aprendido, la llamó así, pillería. La dijo en castellano porque no sabe cómo se dice en guaraní. Mirad. Miní —llamó al carayá, que se había echado junto a Argos—, cuchillo.

El mono se desplazó, se paró en dos patas y rebuscó en el bolsillo del pantalón de Octavio hasta extraer el cuchillo con mango de marfil que Aitor le había regalado en el día del natalicio de Emanuela. Con la destreza de un adulto, el animal lo desplegó y se lo entregó a su pequeño amo.

—¿Habéis visto qué inteligente es Miní? —se emocionó el niño, mientras palmeaba a la mascota en la cabeza.

—Sí —respondió Aitor, preocupado. Ver al carayá con un arma blanca en la mano no le había resultado tan divertido como a su hijo—. Muy inteligente.

—Mirad ahora. Miní, cuchillo, bolsillo.

El mono recibió el arma, insertó la hoja dentro del mango y la guardó en el bolsillo del calzón, el mismo del cual la había extraído.

—¡Bravo, Miní! —lo alentó Emanuela, y le acarició el hocico—. ¡Y bravo también a ti, amor mío! —Besó al niño en la mejilla regordeta—. Haberle enseñado esa *pillería* no debió de ser fácil.

—Miní es muy inteligente, mamita. Aprendió rápidamente.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Aitor.

—Doña Inmaculada, señor.

Emanuela depositó a Octavio en el suelo y se puso de pie. Aitor hizo lo mismo.

—Adelante.

La mujer traía cara de preocupación.

—Don Aitor, lo busca un soldado. Dice que el gobernador solicita su presencia de inmediato en el fuerte.

—¡Oh! —exclamó Emanuela, y miró a su esposo, que le atrajo hacia él y la besó en la frente.

—No quiero que te inquietes. No ha de ser nada.

El pedido cayó en saco roto. Emanuela empalideció frente a él mientras se angustiaba al pensar que de nuevo habían denunciado a Aitor por su pasado como salteador de caminos.

—Doña Inmaculada, acompañad a mi esposa a nuestra recámara.

—¡No! Iré contigo al fuerte.

—De ninguna manera.

—Entonces, pídele a tu padre que vaya contigo. Te lo imploro.

—Lo haré. Pero tú ahora te recostarás un momento. Regresaré enseguida. Verás que no es nada.

Emanuela lo aferró por los hombros y lo obligó a inclinarse. Lo besó en la boca, sin importarle que el ama de llaves y su hijo los observasen.

—Vuelve a mí —le susurró, sin apartar los labios de los de él.

—Siempre.

* * *

Desmontaron en el patio principal del fuerte. El mismo soldado que había ido a buscar a Aitor les recibió las riendas y se alejó con los caballos. Entraron en el recinto y se dirigieron en silencio hasta el despacho del gobernador; conocían bien el camino. Los recibió uno de los adláteres de Sanjust.

—Pasad, don Aitor. Su Excelencia os espera.

El gobernador salió a recibirlos con largas trancadas y una sonrisa forzada que evidenciaban su preocupación.

—¡Gracias por haber venido tan pronto y sin notificación alguna!

—A vuestro servicio, Excelencia —dijo Aitor.

—Don Vespaciano, no sabía que estabais en Asunción.

—Me lo he pasado en casa de mi hijo, Excelencia, jugando con mis nietos.

—¡Ah, quién pudiera! Pero pasad, por favor. Sentaos.

En ese momento, Aitor advirtió que había otro hombre en el amplio despacho. Bebía mate de un tazón y lo hacía ensimismado, abstraído en sus pensamientos.

—Él es Tolosa, un hombre de mi confianza.

Vespaciano y Aitor lo saludaron con un ademán de cabeza, y el hombre hizo lo mismo con aire indiferente hasta que sus ojos cayeron en el rostro de Aitor. Su reacción apática cambió drásticamente, se irguió en el sofá y las paletas nasales se le tensaron.

—Está un poco convulsionado el pobre —prosiguió el gobernador, ajeno a la transformación de Tolosa—. Disculpad su cortedad. Veréis, don Aitor, os he convocado pues Tolosa llegó hace un par de horas con la peor de las noticias. Mi sobrino, el único hijo de mi hermana viuda, que se dirigía a Córdoba para acabar sus estudios en leyes, fue cautivado por un grupo de indios que atacaron su diligencia. Tolosa, que era el mayoral y que salvó el pellejo de puro milagro, asegura que se trató de un ataque abipón.

—Excelencia —habló el mayoral—, los que nos atacaron llevaban tatuajes como los de este señor —afirmó, sin desviar la mirada de la de Aitor.

—Gracias, Tolosa. Don Aitor, cuando Tolosa me refirió que los indios posiblemente fuesen abipones, recordé que el Domingo de Pascua, cuando visité vuestra casa, me habíais contado que vos no sois mitad guaraní, sino mitad abipón.

—Así es, Excelencia. Mi madre es abipona.

—Si me permitís la franqueza, querido amigo, ¿puedo suponer que, a juzgar por la presencia de esos tatuajes en vuestro rostro, mantenéis contacto con vuestra familia abipona?

—Viví con ellos durante un tiempo, años atrás, y sí, mantengo contacto, muy infrecuente, pero sí, cada tanto sé de ellos y ellos de mí. ¿Qué precisáis, Excelencia? —preguntó, aunque ya se lo imaginaba.

El hombre se sujetó el mentón y miró hacia abajo. Soltó el aire con sonoridad y levantó la vista.

—Preciso un favor, don Aitor. Un inmenso favor. Preciso que recuperéis a mi sobrino. Que os adentréis en suelo abipón y pidáis a vuestros parientes que me devuelvan al único hijo de mi hermana. Pagaré lo que sea, pero lo quiero de vuelta.

Aitor inspiró profundamente y pegó la espalda al respaldo de la silla. La única palabra que le vino la mente fue «Jasy». Embarcarse en esa misión significaba separarse de ella, y ese pensamiento le resultaba intolerable. Pero con la posición que había alcanzado nacían los compromisos y las obligaciones, y él no podía negarle su ayuda a Sanjust, que tan solícito se había mostrado cuando lo de la denuncia de Saro Pelliza. Con el pasado que arrastraba y los enemigos que enfrentaba, no sabía cuándo volvería a necesitarlo.

—Está bien, Excelencia. Contáis con mi ayuda. Viajaré al Chaco Gualamba e intentaré recuperar a vuestro sobrino.

El gobernador saltó de la butaca y se aproximó a la de Aitor, que se puso de pie enseguida para recibir la mano extendida del peninsular, un gesto muy inusual, él nunca lo había visto entre los asuncenos, y se la quedó mirando. Sanjust le sujetó el

codo del brazo derecho y le dijo:

—Haced otro tanto, don Aitor, sujetad mi brazo derecho por el codo y apretad. Así se saludaban los patricios en la antigua Roma, así se demostraban su respeto y el reconocimiento de su casta. Desde este día, tenéis en mí a un leal amigo, que os admira y respeta. Con este apretón hemos sellado nuestra amistad.

—Espero no defraudaros, Excelencia. Espero regresar con vuestro sobrino.

—No tengo duda de que lo haréis. Si algo admiro en vos, don Aitor, es que lográis imposibles.

—¡En eso no os equivocáis, Excelencia! —exclamó Vespaciano—. Mi hijo logra lo que nadie sería capaz de conseguir.

Extendieron sobre el escritorio una vitela con el mapa de la región, y discurrieron acerca de los pros y los contras de la misión. Al final se decidió que viajarían en barco hasta el punto en el cual el río Bermejo desembocaba en el Paraguay y que, una vez allí, seguirían a caballo. Como lo más sensato era no perder tiempo, se decidió que el grupo partiría en dos días. Había mucho que preparar.

—Iré contigo —le comunicó Vespaciano cuando pusieron pie fuera del palacio de gobierno.

—Está bien.

* * *

Laurencio nieto vio salir a Árdenas de la fonda donde se hospedaba cuando pernoctaba en Asunción y le chistó. El hombrecillo caminó hacia él y cuando lo alcanzó, echaron a andar en silencio hasta un sitio alejado, donde el tránsito de carretas y peatones languidecía.

—Estás exponiéndote, Laurencio —lo reprendió el cazador de brujas—. El otro día en casa de doña Camelia y ahora aquí, a plena luz del día.

—Lo sé, pero me he enterado de algo jugoso hace apenas un rato. Estamos de suerte, Árdenas. Mañana, Aitor de Amaral y Medeiros emprenderá un viaje que lo mantendrá fuera de Asunción al menos dos meses, tal vez más. Es nuestro momento para actuar.

—¿Estás seguro? —Laurencio asintió—. ¿Cómo lo has sabido?

—Tengo mis fuentes. Son de fiar.

—Muy bien. Le haré una visita a Murguía y lo informaré de esto. Tú escóndete, no muestres la cara por aquí.

—¿Cuándo obtendré mi paga? Quiero mandarme a mudar de esta condenada tierra y, sin un maravedí encima, será imposible.

—Si la niña santa es apresada, la confiscación de los bienes de su marido será un hecho. Me ocuparé de que una tajada de eso sea para ti.

CAPÍTULO XXI

Emanuela repetía los avemarías del quinto misterio doloroso como todas las mañanas desde hacía quince días, desde que, frente a ese mismo altar de la Virgen María, le había prometido a la madre de Dios que, mientras Aitor estuviese lejos de ella, oiría la primera misa de San Ignacio y después rezaría el rosario, todos y cada uno de los días hasta que su amado esposo regresase con bien. Doña Mencía, fiel amiga, rezaba a su lado; le había asegurado que la acompañaría durante ese período de ansiedad, y hasta el momento no había faltado una vez a su juramento.

Bisbiseaba el avemaría en un acto mecánico, su mente invadida por otros pensamientos, siempre relacionados con él, con Aitor, la otra mitad de su alma. Había creído que no experimentaría de nuevo el desasosiego en que la sumía su ausencia. Se animaba diciéndose que no era como las otras veces, que él volvería, que nada se interponía entre ellos, que su amor y la confianza que se inspiraban eran más sólidos que nunca. De igual modo, no dormía bien de noche sola en esa cama inmensa, había perdido el apetito pese a estar encinta, y la angustia al imaginar los varios peligros que su amado estaría enfrentando en una tierra salvaje como el Chaco Gualamba le mantenían las pulsaciones siempre elevadas.

—¿Por qué supones que algo malo le sucederá? —se había enojado Malbalá días atrás, mientras le acercaba el tenedor a la boca para obligarla a comer un guisado de lentejas—. Si hay alguien capaz de enfrentar la selva, el monte y cualquier región, ese es mi hijo Aitor.

—Lo sé, sy, nadie lo sabe mejor que yo. Pero...

—¿Pero qué, hijita?

—Creerás que soy supersticiosa.

—Anda, dime. Algo está consumiéndote, Manú. Estás pálida, ojerosa. Dímelo.

—Cada vez que una de mis mascotas muere, alguna desgracia cae sobre mí, sobre él.

—Y Timbé murió hace poco. —Emanuela asintió—. Entonces, hijita, lo mejor será que dejes de coleccionar mascotas, pues, tarde o temprano, morirán.

Emanuela se echó a reír por primera vez desde que su amado había partido. La risa, sin embargo, se transformó en llanto, algo que habría querido evitar, pero el embarazo la volvía susceptible y lloraba por nada. Se lo había propuesto —no llorar— el día en que Aitor y Vespaciano debían partir; el fracaso había sido rotundo. No quería que la última imagen que su esposo se llevase fuese la de su cara congestionada, los ojos inyectados y la nariz roja; lamentablemente, así había sido. Durante los dos días en los que se ocuparon de aprestar el viaje, se mantuvo activa e intentó mostrar un ánimo entusiasta. Había mucho que hacer y nada de tiempo que

perder. Se dividieron las tareas. Joaquina y Romelia se ocupaban de lavar y planchar la ropa de Aitor y de don Vespaciano y acomodarla en las alforjas. Doña Inmaculada, Yolanda y Lisa preparaban viandas —huevos duros, carnes en vinagre, morcillas, quesos, tomates y frutas secas, galletas, compotas y cuanto no se pudriese en ese clima bochornoso—, atados de tabaco, paquetes de azúcar y de yerba, y lo que se juzgase útil para restaurar las fuerzas durante el largo periplo. Las otras esclavas y Ciro se pusieron a las órdenes de Malbalá y de Emanuela, que preparaban obsequios para los parientes abipones, un elemento clave para ablandar el corazón del cacique Icholay.

Emanuela conservó la sonrisa incluso durante la noche anterior a la partida, y mientras seguía repitiendo los avemarías, las mejillas se le coloreaban al evocar que habían hecho el amor cinco veces.

—Dormiré en el barco —la tranquilizaba Aitor cuando ella, todavía agitada por el último orgasmo, lo compelió a descansar—. En cambio, no te tendré para amarte, y es por eso que quiero desquitarme ahora, aunque es una excusa porque sé que nunca se acaban estas ganas de ti.

—El 29 de mayo será nuestro primer aniversario de bodas, y tú no estarás aquí.

—No, no estaré, porque dudo que consiga regresar antes del 29. Festejaremos a mi regreso.

—¿Cómo festejaremos? ¿Me llevarás a nuestro Paraíso?

—No. Estarás a punto de parir.

—¿Darás una fiesta para mí, entonces?

—Si eso es lo que deseas. Si me preguntas a mí, no hay mejor festejo que el que estamos teniendo ahora, ¿no lo crees, Jasy?

—¿Estar en la cama? —simuló desinterés.

—No estar en la cama, sino follar y follar y follar, en la cama o donde sea. Es el mejor festejo para mí —insistió.

Emanuela rio y le echó los brazos al cuello.

—También lo es para mí, amor mío.

El buen ánimo mantenido durante los dos días de preparativos se esfumó cuando Aitor montó su caballo para dirigirse al puerto. Emanuela se cubrió el rostro y se echó a llorar. Sintió primero los bracitos de Octavio en torno a las caderas y el calor de su carita hundida en el vientre, después el peso de Miní sobre los hombros, y por último la cercanía de María Antonia y de Ana Dolores, que la rodearon por detrás. Escuchó los gañidos de Orlando, y supo que se había deslizado bajo su guardapiés, como le gustaba hacer al pilluelo, cuando la humedad de su hocico y de su lengua le tocó la pantorrilla. Pero no fue hasta que la rodearon un par de brazos fuertes y adultos y le sisearon al oído palabras de amor que Emanuela halló un poco de consuelo.

—Jasy —le susurró, con voz ronca y afectada—, mi adorada Jasy. No llores, amor mío. No hay por qué llorar. Volveré a ti antes de que nazca el niño. Por nada del

mundo me perdería el nacimiento de nuestro segundo hijo.

Emanuela levantó el rostro, y sus ojos se toparon con los dorados de él, que comunicaban esperanza y amor, tanto amor. Como siempre, su belleza le quitó el aliento.

—Vuelve a mí, Aitor.

—Siempre.

Esas habían sido sus últimas palabras, y mientras repetía las letanías, Emanuela las evocaba. Las lágrimas rodaban y caían sobre el mazarí del altar, y ella se las ofrecía a Tupasy María, que de lágrimas sabía y mucho. Doña Mencía le aferró la mano y se la apretó, y el gesto fue de gran consuelo. Acabaron la oración y salieron al sol de esa mañana de mediados de mayo. El atrio estaba vacío, a excepción de Matas y Jerónimo, que las esperaban para escoltarlas hasta la casa; por eso se destacaron las dos figuras embozadas que se aproximaron a paso rápido. Matas se colocó delante de Emanuela.

—No os acerquéis o disparo —dijo, y levantó el poncho ligero para revelar una pistola calzada en el cinto.

—Manú, soy yo. —La mujer se descubrió apenas para revelar su identidad.

—¡Engracia! ¿Qué hacéis aquí?

—Gracias a Dios que te encuentro. Acabo de ir a tu casa, y doña Inmaculada me dijo que te encontraría aquí. Adela —señaló a la figura a su lado— acaba de decirme algo muy grave, muy importante.

—¡Le pasó algo a Aitor! —Le faltó el aire y la vista se le tornó nublosa.

—¡Oh, no, no! No se trata de Aitor. Es acerca de ti y no hay tiempo que perder. Vamos, Adela, cuéntale lo que me dijiste a mí.

Adela, a quien Emanuela recordaba de la tarde en que había curado a Sixtina, soltó el rebozo, le sujetó las manos y se las besó con emoción.

—Niña santa —susurró.

—No, no —masculló Emanuela—, por favor, Adela. Me comprometes.

—Vamos, Adela, no pierdas tiempo —la urgió Engracia.

—Anoche me enteré de algo... muy importante. Un parroquiano, uno que desde hace un tiempo viene a verme, se emborrachó, y cuando estábamos solos en la pieza, como siempre, empezó a llamarme Manú.

Emanuela ladeó la cabeza y apretó el ceño.

—¿El parroquiano se llamaba Laurencio?

—No. Se llama Murgía, o Murguiña, o algo así.

La náusea le apretó el estómago, la cara se le enfrió de repente y los labios se le resecaron. Trastabilló hacia delante. Doña Mencía la sujetó por la cintura, y Matas estuvo sobre ella enseguida.

—Vamos, doña Manú. El sol está empezando a pegar fuerte. No es bueno que os expongáis.

—No, no. Es importante... Dejad que Adela termine. —Buscó a la muchacha con

los ojos y le costó enfocarlos en sus facciones—. ¿Tal vez el apellido sea Murguía?

—Puede ser. Cuestión que este hombre, ya muy borracho, me confió que hoy se vengaría de la niña santa; así la llamó. La única niña santa que conozco sois vos, doña Manú.

—¿Qué clase de venganza? —intervino Matas.

—Murgía o Murguía o como sea que se llame trabaja para el inquisidor. Me dijo que hoy irían a buscaros y que os apresarían, que os condenarían por brujería.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó doña Mencía.

—¡Debes escapar, Manú! —la instó Engracia—. No deben encontrarte.

El atrio comenzó a girar en torno a ella. Un frío intenso, el que había nacido en su rostro, se expandió con rapidez y, al alcanzarle el vientre, se lo endureció. «Mi hijo», sollozó, y lo cubrió con las manos. Las voces la aturdían, los pensamientos la confundían. No sabía qué hacer. «¡Aitor, Aitor, vuelve a mí!»

Matas la sujetó por la cintura y la impulsó fuera del atrio. Sabía que doña Mencía estaba junto a ella porque percibía la tibieza de su mano. La mujer hablaba y lloraba, y ella no comprendía el sentido de sus palabras.

Al llegar a la casa, pidió unos momentos a solas para reponerse y pensar. Se encerró en el despacho, ese lugar que ella y Aitor compartían durante el día, donde reían y también hablaban de cosas serias, trabajaban y hacían el amor. Cerró la puerta y se dejó caer en la butaca de él. Inspiró varias veces para aplacar las náuseas y se secó el sudor frío que le perlaba la frente y el labio superior. «Debes ser fuerte», se apremió. «Debes ser la esposa digna de un hombre como Aitor, que siempre sabe cómo enfrentar las situaciones difíciles. No debes acobardarte. Debes ser sensata y meditar el próximo paso».

Entró Malbalá, seguida por Romelia y por doña Mencía. Sus expresiones desoladas amenazaron con lanzarla de nuevo a las garras del pánico. Se puso de pie y las enfrentó.

—No puedes permitir que te encarcelen, hijita.

—Tal vez la muchacha entendió mal —contestó Emanuela en castellano para beneficio de doña Mencía—, tal vez no se trate de mí.

—¡Ángel mío! —se exasperó doña Mencía—. Hablaba de ti.

—Si la muchacha entendió mal —adujo Malbalá—, entonces nadie vendrá a buscarte. Pero no puedes arriesgarte, pues si comprendió bien... Recuerda lo que nos prevenían los *pa'i* acerca de esas bestias, que atormentan y torturan, y tú estás preñada. Podrían dañar al niño. Tenemos que huir.

Llamaron a la puerta. Romelia abrió. Doña Inmaculada anunció a Conan, que se hallaba detrás del ama de llaves y la contemplaba con serena actitud.

—Gracias, doña Inmaculada —dijo, con bastante ecuanimidad; no quería que el servicio doméstico se enterase de nada. La puerta se cerró, y Conan arrojó el tricornio sobre el tresillo y se acercó a ella. Emanuela fijó la mirada en la de ese hombre, el único amigo de su esposo, a quien respetaba y quería por el simple hecho de que

soportaba a Aitor, su mal carácter, sus desplantes, su genio tiránico.

—Lo sé todo, Manú. Engracia acaba de decírmelo.

—Conan, no sé qué hacer.

—Mientras venía hacia aquí, me preguntaba: ¿qué haría Aitor? Y la respuesta es una sola: te pondría fuera del alcance de esos demonios. Todos sabemos lo que la Inquisición es capaz de hacer con sus víctimas.

—¡Y ella está encinta, Conan! —recordó doña Mencía.

—Tenemos que buscar un sitio donde esconderte —prosiguió el cornuallés—. Por lo pronto, es imperativo que salgas de esta casa. Será el primer lugar al que vendrán, y podrían estar aquí de un momento al otro.

—Escóndete en mi casa —propuso doña Mencía—. Allí no irán a buscarte, querida, al menos por un tiempo. Soy la madre de un fraile dominico, después de todo. No sospecharán de mí.

—Es una buena idea —admitió Conan.

—No quiero comprometeros, doña Mencía. Si el Santo Oficio...

—Manú, ángel mío, daría mi vida por ti, porque sin ti, estaría muerta. Dios está brindándome esta oportunidad para devolverte en parte el don que me hiciste cuando me salvaste. No me impidas ayudarte, querida, te lo suplico.

Emanuela asintió, y Conan la sujetó por el brazo.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

—¡Hay que dar aviso a Aitor! —reaccionó Emanuela—. Necesito que regrese, que esté junto a mí y a nuestros hijos.

—Primero necesito ponerte a salvo. Después me ocuparé de enviar a nuestros mensajeros, que son muy veloces y buenos baquianos, para que avisen a Aitor de lo que está ocurriendo. Vamos —las apremió.

* * *

Aunque intentaron comportarse sin levantar sospechas, el servicio doméstico supo que algo andaba mal. De repente, los niños y las señoras pasarían una temporada en la hacienda de los Amaral y Medeiros. La decisión, inopinada y sin asidero, las tenía a todas con los entrecejos fruncidos y cuchicheando. Se prepararon unas pocas mudas —se decía que en *Orembae* tenían ropa y de sobra— y, en menos de media hora, la casa quedó vacía. Doña Inmaculada, de pie en el patio de recibo, fijaba la vista en el portón por el cual acababan de desaparecer la patrona, su madre, doña Mencía, los tres niños, Argos, Orlando, el mono rojo y Romelia; la marcha la cerraba el señor Conrado, inusualmente agitado. El ama de llaves giró sobre sus talones y se encontró con las esclavas y la india que la observaban con desconcierto.

—Vamos, muchachas, no os quedéis ahí paradas sin hacer nada. Ahora que la familia se ha marchado, aprovecharemos para ocuparnos de tareas como el lavado de cortinas, el pulido de la platería y el rasqueteo de los pisos de madera.

Ciro conducía el carruaje hacia lo de Cerdán y Jaume, pues Conan no confiaba en el otro cochero; no lo conocía. Matas, Renato y Jerónimo los escoltaban a caballo. En tanto, dentro del vehículo, Malbalá explicaba a los niños que doña Mencía los había invitado a pasar una temporada en su casa. Tres pares de ojos la contemplaban con desconfianza, mientras su *jarýi* se afanaba en tentarlos con actividades novedosas.

—Conan, mis alumnas concurrirán a su clase y no me encontrarán —susurró Emanuela con voz temblorosa, lo mismo la mano que se pasó por la frente—. Sospecharán de mi repentina desaparición y comenzarán las hablillas.

—Manú, será imposible mantener oculto que eres una prófuga de la Inquisición.

—Nadie en Asunción sabe que mi padre es un prófugo del Santo Oficio.

—Tu padre era un pobre chacarero que vivía en las afueras, un chacarero al que nadie conocía. Tú eres la esposa de Aitor de Amaral y Medeiros, la señora de la casa más fastuosa de la ciudad. Será imposible acallar los cotilleos. No te preocupes por eso ahora.

Escondieron el carruaje en las caballerizas vacías de los Cerdán y Jaume. Para mayor seguridad, Conan ordenó a Ciro cubrir el escudo de Amaral y Medeiros. El esclavo se hizo de unas arrobas de yerba y partió hacia el mercado para comprar pintura negra. En el interior de la casa, doña Mencía ordenó a una Tomasa sorprendida e intimidada con la comitiva que sirviese el almuerzo; los niños tenían hambre. A Emanuela, en cambio, se la obligó a recostarse, lo cual hizo porque de pronto una extenuación incontrolable le hacía temblar los músculos. Doña Mencía la condujo a una recámara de huéspedes, y mientras abría las ventanas para airearla, Malbalá la ayudaba a desvestirse y a quitarse los botines. Emanuela apoyó la cabeza en la almohada y revisó los hechos que se habían desencadenado pocas horas atrás, en el atrio de la iglesia de San Ignacio. Una palabra repicaba en su cabeza: «Murguía, Murguía». Ese fantasma del pasado se alzaba para atormentarla y acorralarla de nuevo.

En los días que siguieron, el padre Hinojosa y fray Pablo los visitaron a menudo, lo mismo Conan, y lo hacían completamente embozados y a la caída del sol, cuando las calles se oscurecían y se volvían desiertas. Las noticias que traían resultaban alarmantes. La tarde del mismo día en que Emanuela se había refugiado en lo de Cerdán y Jaume, ese viernes 16 de mayo, el inquisidor y su amanuense, escoltados por el alguacil del Santo Oficio y el escribano de secuestros, habían comparecido en lo de Amaral y Medeiros. Doña Inmaculada les informó que doña Manú había partido hacia *Orembae*, la hacienda familiar, y no tuvo más remedio que permitir al escribano de secuestros realizar un inventario de los bienes muebles de la casa, lo que había comenzado el 16 de mayo y terminado el 21, pues hasta se habían incluido la fuente y el reloj de sol del jardín y las pailas y vasijas de la cocina.

A fray Pablo lo mortificaba no ser de utilidad en un momento de tanta congoja para la santa que había salvado a su madre. Pese a que vivía en el mismo convento de fray Claudio, llevaban vidas distintas y separadas; era como si el inquisidor no fuese un dominico más, sino un huésped, lo que en cierta forma era. Lo caracterizaba el secretismo, y desconfiaba de todos. Desde que había asumido a ese familiar del Santo Oficio, el tal Murguía, se lo veía un poco más distendido, no tan agobiado por la carga de trabajo.

—Trato de informarme, doña Manú —se justificó el joven dominico—, pero fray Claudio ha levantado un muro y nadie puede trasponerlo, menos que menos yo, que no gozo de su confianza. Apenas si me saluda con un movimiento de cabeza y jamás me dirige la palabra. Si bien no cuenta con pruebas para encarcelarme, sabe que fui yo quien alertó a vuestro señor padre.

—Lo siento tanto, fray Pablo. Perdiste vuestro empleo...

—Por favor, doña Manú. No lo lamentéis. El oficio de inquisidor no es para mí. Una vez lo creí así, pero luego el padre Santiago me hizo ver cosas que mi ceguera no me permitía.

—¿Por qué me busca ahora el Santo Oficio? —preguntó Emanuela, más allá de que sospechaba que se lo debía a Murguía.

—Alguien debió de haber presentado una denuncia en vuestra contra —conjeturó fray Pablo—. En la generalidad de los casos es así.

Emanuela se levantaba cada mañana pensando en Aitor, y no veía la hora en que se apareciera en el portal de doña Mencía, aunque para eso transcurrirían quizá varias semanas. Conan había despachado a dos de los mejores mensajeros con que contaba la mina para buscarlo.

Al atardecer del sexto día desde que Emanuela se había convertido en prófuga, Conan le expresó sus escrúpulos.

—Manú, creo que sería mejor dejar la casa de doña Mencía. Tarde o temprano, el inquisidor atará cabos. Sabe, porque ha interrogado a doña Inmaculada y al servicio doméstico varias veces, que doña Mencía estaba contigo la mañana que partiste hacia *Orembae*. Es lógico que mande a alguien aquí para investigar.

—¿Así lo crees, Conan? ¿Qué opinas tú, *pa'i*? —Dirigió la mirada angustiada hacia el padre Santiago.

—Creo que Conan tiene razón. Hoy se apareció don Leónidas en el Colegio Seminario. Venía a buscar el tónico que Damián trajo para tu padre. Al igual que todos los asuncenos, está al tanto de tu fuga. Dice que leyó un edicto pegado en la puerta de la iglesia de Santo Domingo. Yo vi uno igual en la Catedral. Ahí se ordena a la población dar aviso a las autoridades eclesiásticas o del Santo Oficio acerca de tu paradero so pena de castigo severo si ocultan información acerca de ti.

—Santo cielo, *pa'i*. ¿Qué será de mí? ¿De mis hijos? ¿De mi esposo? ¡Le quitarán todo por mi culpa!

—Manú, hija querida —la consoló el jesuita—, una cosa a la vez. Por los bienes

de tu esposo no te preocupes. Es lo menos importante en este momento.

—Pero él ha trabajado tan duro, *pa'i* —sollozó—. Consiguió lo que nadie habría conseguido. Siendo un indio pobre, se levantó como un gran señor y lo hizo de la nada.

—Lo sé, mi niña, pero para Aitor nada es más importante que tú, así que te pido que no te angusties por algo que no es relevante en esta instancia. Ahora debemos pensar en ponerte fuera del alcance de ese... Ifrán y Bojons. Como te decía, hoy estuve con don Leónidas. El pobre está más que preocupado por ti. Diría que está devastado. Y con la mayor de las vehemencias me dijo que se ponía a tu servicio. Que si lo deseases, él te conduciría hasta el escondite de tu padre...

—¡No, *pa'i*! Aitor enloquecería de celos si supiese que me he puesto bajo la protección de don Leónidas. Tú lo conoces bien, sabes cómo es.

—Hija, lo conozco muy bien, pero también quiero darle un poco de crédito y pensar que, antes que sus celos y el sentido de la posesión que tiene sobre ti, para él cuenta más tu incolumidad. Si don Leónidas es la respuesta a este embrollo, entonces debes tomar su ofrecimiento.

—Creo que el padre Santiago tiene razón, Manú. Por Aitor no te preocupes. Le diré cómo fueron las cosas, y que te convencimos para que aceptases.

—Por favor, dejadme pensarlo. Mañana os daré una respuesta.

Esa noche, cuando acababan de meterse en sus camas, las autoridades del Santo Oficio irrumpieron en lo de Cerdán y Jaume y las arrestaron, a Emanuela y a doña Mencía, acusada de complicidad con la rea. En la secreta, la cárcel de la Inquisición, vieron desde lejos a fray Pablo engrillado de pies y manos, incriminado de encubrimiento.

* * *

Oía voces, sentía roces, y se empeñaba en abrir los ojos, aguzar los sentidos, levantar las manos, sin éxito. Había algo importante de lo que tenía que ocuparse y, aunque se esforzaba por recordar, la idea se le escapaba. Ansiaba aflojarse para hundirse de nuevo en ese sitio oscuro y silencioso, sin preocupaciones ni responsabilidades no atendidas, solo que el frío era tan intenso que le impedía relajar los músculos.

La habían encontrado, de eso estaba segura. También evocaba sin dificultad la cara de perversa satisfacción de Murguía, con el que se había topado en el primer patio de lo de Cerdán y Jaume. Daba órdenes a diestro y siniestro y se calló de golpe cuando la vio. La mirada con que la había estudiado de pies a cabeza, deteniéndose unos segundos en sus pechos, le había causado repulsión, y la indujo a ajustarse la bata en torno al camisón para ocultarle su vientre abultado.

—¡Ella es Emanuela Ñeenguirú, Excelencia! ¡Ella es la bruja que hemos estado buscando!

Un hombre con capa negra, alto, de rostro enjuto y arrugado, cejas pobladas y

blancas y párpados tan caídos que le celaban los ojos, un clérigo a juzgar por la tonsura, se detuvo frente a ella y la miró con soberbia. Su voz la crispó; instintivamente, dio un paso atrás.

—¡Os declaro en arresto con la autoridad que me concede el Santo Oficio de la Inquisición contra la herética pravedad y la apostasía! ¡Alguacil, apresadla!

—Ella es la dueña de casa, Excelencia —habló un hombrecillo al que Emanuela no había visto. La impresionaron sus ojos pequeños y muy próximos al tabique y su boca en forma de hocico; parecía un roedor—. Doña Mencía Cerdán y Jaume, madre de fray Pablo. Ella ha protegido a la bruja.

—¡Arrestadla! —ordenó el clérigo de capa negra.

Emanuela reaccionó en ese instante e intentó desprenderse de las manos que intentaban cerrarle los grilletos en las muñecas.

—¡No, dejadla en paz! ¡No toquéis a doña Mencía! ¡Ella no estaba al tanto de nada!

Argos y Miní, al ver que maltrataban a su dueña, se deshicieron de la sujeción de Romelia y se lanzaron hacia el alguacil, quien, para empuñar su pistola, liberó a Emanuela.

—¡No! —Sujetó a los animales, que, con sus ladridos y aullidos, causaban un estrépito que había enmudecido a los funcionarios del Santo Oficio. El de capa negra, seguramente el inquisidor, no perdía la mueca despreciativa, si bien lucía intimidado por la ferocidad de las bestias.

—¡Sy! —llamó a Malbalá, que, desde un rincón, abrazaba a Octavio para que no se precipitase sobre su madre—. ¡Llévate a Argos y a Miní o los matarán!

—¡Hablad en castizo, señora! —la increpó el inquisidor.

—Le hablo a mi madre en nuestra lengua, señor, el guaraní —contestó, sin volverse, mientras luchaba con Miní y Argos, para que no atacasen al alguacil.

Malbalá, con Octavio pegado a ella, se aproximó con pasos vacilantes.

—Mamita... —sollozó Octavio—. ¿Quiénes son estas personas?

Segura de que Malbalá sujetaba al carayá y al perro, Emanuela se arrodilló frente a su hijo y le rodeó la carita con las manos. Lo besó en la frente.

—Tengo que ir con ellos para resolver un asunto.

—Yo iré contigo.

—No, amor mío, no. Necesito que te quedes aquí y que cuides de tus hermanas y de tu *jarýi* mientras tu padre regresa. ¿Harás eso por mí, tesoro mío? —Octavio asintió—. Te amo, Octavio. Eres mi vida, hijito.

—¿Cuándo volverás?

—Pronto. Sé valiente y cuida de tus hermanas y de tu *jarýi*.

—Sí, mamita.

Las arrastraron al frío de la noche en bata, camisón y chapines de cama, y Emanuela resolló cuando un viento helado se le introdujo por el escote y le golpeó el pecho. Se quedó sin aire. La aturdían el llanto y los gritos que quedaban atrás, la

enceguecían las lágrimas.

—¡Mamita, mamita! ¡No te vayas!

«Mamita, mamita, mamita». La voz del niño se propagaba en el espacio vacío y negro en el que se ovillaba para no sentir, para no recordar ese «algo» importante del cual no estaba ocupándose. Súbitamente, un par de ojos dorados, que brillaban con la pureza del oro, iluminaron la oscuridad que la ahogaba, pero que también la mantenía a salvo. Fijar la mirada en esos ojos había significado recibir una descarga con la potencia de un rayo. Recordó qué era lo relevante que estaba descuidando. «¡Aitor! ¡Octavio!», intentó gritar, pero el dolor en la garganta, que le arrancó lágrimas, solo le permitió soltar gemidos y farfullas.

—Shhh... Tranquila, señora. Vuelva a recostarse. Todavía no está del todo bien.

Levantó los párpados con esfuerzo, y pestañeó varias veces antes de enfocar el rostro que se suspendía sobre de ella.

—¿Quién es usted? —habló en guaraní sin pensar, y ante el ceño del hombre repitió la pregunta en castellano—. ¿Quién sois?

—Cristóbal, el esclavo de fray Claudio de Ifrán y Bojons.

«Ifrán y Bojons», repitió para sí. «El inquisidor». Contempló el entorno. Estaba recostada en un jergón tendido en un suelo inmundo, cubierto por paja húmeda y maloliente, tapada con una manta de lana áspera y que despedía hedor a moho. A medida que sus sentidos se aguzaban, comenzaba a registrar el entorno. La oscuridad impedía evaluar las condiciones de la habitación donde se hallaba; el olor, sin embargo, que le inundaba las fosas nasales y amenazaba con revolverle el estómago, le confería la idea de lo que habría encontrado si varias bujías la hubiesen iluminado. La fetidez hablaba de heces humanas, orina y cuerpos mal lavados.

—¿Dónde estoy?

—En la secreta. La cárcel del Santo Oficio —explicó.

—¿Qué...? ¿Por qué? ¿Qué...?

—Fuisteis arrestada cinco días atrás. Pero enfermaste de fiebres muy fuertes. Pensamos que moriríais. A Dios gracias desde hace unas horas no tenéis calentura. El doctor Murguía os cuidó con esmero. Él le dijo a mi amo que se os congestionaron los pulmones por el frío que tomasteis cuando os sacaron de vuestro escondite.

«Murguía», se estremeció. ¿La habría tocado mientras la cuidaba «con esmero»? ¿Se habría aprovechado de su estado desvalido? ¿Se habría dado cuenta de que estaba encinta? Ahora todo volvía a ella con claridad, y recordaba la mirada lasciva con que la había estudiado después de siete años. Aún le costaba creer que ese demonio hubiese regresado para atormentarla, para arrebatarse el mejor momento de su vida. Deslizó las manos bajo la manta y las colocó sobre su vientre. Cerró los ojos y se instó a respirar profundamente. Sonrió al comprobar que su bebé seguía vivo dentro de ella. Lo protegería con uñas y dientes del horror en el que había caído, nadie le haría daño al hijo de Aitor, al hermano de Octavio, de María Antonia y Ana Dolores. Repetiría sus nombres y recordaría sus rostros a cada momento para darse fuerzas.

—¿Fray Pablo? —preguntó, cuando una memoria la asaltó de repente—. Él... Creo haberlo visto la noche en que me trajeron aquí. Lo vi... engrillado.

—Fray Pablo y su madre están aquí, en la secreta.

—Presos a causa de mí —farfulló Emanuela, y giró el rostro hacia la pared para ocultar las lágrimas suscitadas por la culpa, aunque se volvió enseguida cuando una voz que habría deseado no escuchar de nuevo ordenó:

—Trae caldo para la rea, Cristóbal. El de la cocina del monasterio. Y cuida de que no se enfríe en tu camino hacia aquí.

—Como ordene, doctor Murguía.

El esclavo cerró la puerta de madera con grandes remaches oxidados, y el silencio ocupó la celda. Emanuela cerró los ojos, un modo de cerrarse a la figura que la amenazaba desde las penumbras. Segundos después, el silencio se quebró con sonidos que se filtraban desde el exterior, ya fuese por el ventanuco ubicado a la altura del techo, a unas diez varas del suelo, o por la ventanilla con barras de hierro de la puerta. Oía voces, llantos, quejidos, cascos de caballos, ruedas de carretas, ninguno le resultaba familiar, lo que le provocó una sensación de soledad y tristeza que le calentó los ojos y le hizo temblar el mentón. Se mordió el labio. No lloraría, no frente al hombre que la había echado en ese hueco del infierno.

Murguía avanzó hacia ella, y el golpeteo antinatural que producía su pata de palo obligó a Emanuela a alzar la vista y fijarla en la pierna izquierda, que no estaba.

—Ah, sí —habló el físico, de pie muy cerca del jergón—, esto te lo debo a ti, querida mía. En uno de los tantos viajes que emprendí para encontrarte, caí del caballo y me rompí la pierna. Como bien sabes, la rotura del peroné es difícil de soldar. Finalmente se gangrenó y un cura que hacía de cirujano en el pueblo de Yapeyú me la cortó. Me manejo bastante bien con la pata de palo. —La despegó del piso y la sacudió, y Emanuela apartó el rostro, asqueada—. Me pregunto si de haberte tenido a mi lado, habría salvado mi pierna. ¿Tú qué dices, querida Manú? —La asió por el mentón y la obligó a mirarla; Emanuela bajó las pestañas—. ¡Mírame! —Le hundió el pulgar en la barbilla. Vencida por el dolor, levantó la vista y la fijó en la de su captor—. Ah, esos ojos azules... ¡Cuánto he deseado volver a verlos! ¡Y estos labios! —Le pasó el dedo por el labio inferior con agresividad—. ¡Quieta! Déjame tocarte, es mi derecho como tu prometido.

—¿Prometido? —habló con voz enronquecida a causa de la sed y de la ira—. Yo no soy vuestra prometida, doctor. Soy una mujer casada...

—Sí, con ese indio asqueroso. ¡De solo pensar que sus manos te tocaron y te hicieron ese hijo que llevas en el vientre! —Emanuela ahogó un grito y se cubrió la cabeza cuando Murguía llevó el brazo hacia atrás en el ademán de descargarlo sobre su cara. La mano la tocó por fin, pero para apoyarse sobre su coronilla y acariciarla. Emanuela la apartó.

«Estás muerto», intentó decirle con los ojos lo que no le diría con palabras. «Cuando Aitor sepa que me has reducido a este infierno y que me has tocado, te

matará. Y lo hará tan lentamente que casi me apiado de ti».

Cristóbal regresó a la celda con una vasija de barro cubierta por una tapa de madera.

—Tráeme el banco que está afuera, el que usa el guardia.

El esclavo depositó en el suelo la vasija, a escasas pulgadas de Emanuela. El aroma del cocido le bailoteó bajo la nariz, y las tripas le gruñeron. Murguía sonrió.

—¿Tienes hambre, cariño? —Cristóbal entró con la banqueta y la ubicó donde el físico porteño le indicó, junto a la cabecera del jergón—. Ahora vete.

El africano lanzó un vistazo sombrío a Emanuela antes de cerrar la puerta y dejarlos solos. Murguía se sentó en el banco y se inclinó para recoger la vasija. Emanuela lo contemplaba con desconfianza.

—Está bueno, es de la cocina del convento, y no de la de la secreta, que preparan unos potajes incomibles. Si te portas bien y consientes a todo lo que te pido, comerás a diario estas exquisiteces. —Le acercó la cuchara cargada de sopa, y Emanuela estiró la mano para recibirla. Murguía la apartó, mientras chistaba con la lengua—. No, no. Yo te alimentaré.

—Yo puedo hacerlo.

—No. Te alimentaré yo, como cualquier prometido haría con su novia convaleciente. Si no me permites alimentarte, entonces arrojaré este caldo exquisito en la alcantarilla y ordenaré que te traigan la inmundicia que preparan para los reos.

«Ha perdido la cordura», dedujo Emanuela. La idea de aceptar comida de mano de ese perverso le quitaba el apetito. La humillación la ahogaría, y sin embargo, aceptaría porque no era su orgullo herido lo que contaba, sino la salud del hijo que crecía dentro de ella. Asintió y se inclinó para recibir la cuchara en la boca. Bajó la vista para no ser testigo de la expresión triunfal de su enemigo.

—Siempre que iba a comer a lo de Urízar y Vega te observaba tomar la sopa. Me excitaba pensando que algún día tus labios me apretarían de igual modo la verga.

Emanuela cerró los labios en el acto mecánico de impedir que su cuerpo vomitase lo que acababa de beber. Necesitaba el alimento para estar fuerte, por ella y por su bebé, y en verdad ese cocido era sabroso y gordo. Seguiría comiendo, sin prestar atención a las indecencias de Murguía; pensaría en Aitor, en sus hijos, en sus amigos, en sus mascotas.

—¿Me habrías salvado la pierna, querida Manú? —volvió a preguntar el hombre, y le sostuvo la cuchara delante de la boca. Ella intentó beber, y el médico la alejó—. Contéstame antes.

Emanuela se empecinó en callar. Temía responderle. En la oportunidad del interrogatorio al que la había sometido el comisario Meliá en Buenos Aires, su *pa'i* Santiago le había advertido acerca de la habilidad de los inquisidores para indagar y con qué facilidad lo enredaban todo y volvían en contra de los reos sus propias declaraciones.

—¿Lo habrías hecho? —insistió, con acento impaciente y un gesto que la

atemorizó.

—Os habría cuidado, pero no soy físico, así que ¿cómo habría podido salvar vuestra pierna?

Murguía separó los labios en una sonrisa macabra.

—Eres perspicaz e ingeniosa, la única hembra que conozco que lo sea. Eso también me complace. Me calienta. —Le acercó la cuchara y Emanuela comió—. ¿Me habrías impuesto las manos como hiciste aquel día en la arena con el toro?

—Por favor, doctor Murguía...

—Llámame querido Rodrigo si deseas obtener un favor de mí.

—Por favor, querido... Rodrigo, ¿podrías decirme qué día es hoy?

—¿Hoy? Martes.

—¿Y la fecha?

—¿Por qué debería decirte la fecha? En este sitio el tiempo pierde importancia.

—Por favor, querido Rodrigo. Me siento perdida.

—Hoy es 27 de mayo —claudicó con un suspiro.

—Gracias. ¿Puedo abusar de vuestra generosidad otra vez? ¿Podría pedirlos que hicieses llevar un poco de este cocido a doña Mencía y a su hijo fray Pablo? Ellos están aquí por mi culpa y son inocentes...

—No son inocentes, querida. Te escondieron y te mantuvieron apartada de mí. Pero me satisface comprobar que sigues siendo un alma gentil y bondadosa, así que sí, les haré llevar un poco de este cocido... con una condición. Que me des un beso.

«¡No!» Sus labios, los mismos que saboreaban los de Aitor, que besaban los carrillos de Octavio, no tocarían la piel de ese hombre detestable; le repugnaba. Bajó la vista y negó con la cabeza.

—¿No? —El tono sarcástico y divertido se había esfumado—. Pues entonces no volverás a saborear esta comida, sino la de la secreta, y tus amigos serán sometidos a ayuno durante tres días.

—¡Oh, no! Está bien, acepto.

—Muy bien. Comenzamos a entendernos. —Depositó la vasija al costado de la banqueta y se echó hacia delante—. Bésame y llámame querido Rodrigo.

Emanuela se aproximó para rozarle la mejilla con los labios cuando Murguía la tomó por asalto y le plantó un beso en los labios.

—¡Suélteme!

—¡Llámame querido Rodrigo! —insistía, mientras trataba de besarla de nuevo. Emanuela se sacudía y agitaba la cabeza hacia uno y otro lado para esquivar las tentativas del físico.

Murguía la soltó de pronto, y Emanuela comprendió que golpeaban la puerta.

—¡Doctor Murguía! —lo llamó Cristóbal—. El inquisidor fray Claudio os convoca en su despacho.

—¡Maldición! —farfulló con los dientes apretados, y se ajustó la peluca que le caía sobre la frente y le tapaba el ojo izquierdo. Se puso de pie con bastante soltura

pese a la pata de palo, y la banqueta cayó detrás de él. Emanuela bajó la vista para no toparse con el odio de ese hombre.

—Serás mía, Manú. Te guste o no te guste, serás mía. Por tu bien y del bastardo con el que cargas, será mejor que no te resistas o convertiré tus días en este sitio en una verdadera pesadilla.

Emanuela mantuvo el mentón pegado al pecho hasta que escuchó el pestillo que calzaba en el marco de la puerta y la llave que giraba en la cerradura. Se arrojó en el jergón y se echó a llorar. Se sentía sucia, no solo porque hacía días que no tomaba un baño y la ropa y su cuerpo hedían, sino porque ese gusano la había tocado, había besado los labios que solo pertenecían a Aitor. Lo odiaba como nunca había odiado a nadie. Lo odiaba por el infierno en el que la había arrojado, pero sobre todo por haberla separado de su hijo y del amor de su vida. Siguió llorando, mientras balbuceaba el nombre de Aitor; llamarlo le daba fuerza.

* * *

Ifrán y Bojons abandonó el despacho seguido por su amanuense Murguía, el procurador, encargado de redactar la acusación, y el notario del secreto, que anotaría con fidelidad lo que se dijese durante ese primer interrogatorio al que sometería a la señora de Amaral y Medeiros. Suspiró mientras avanzaba en silencio hacia la sala de audiencias, ajeno a los frailes que inclinaban la cabeza en su dirección, abstraído en sus pensamientos que lo llevaban a concluir que ese asunto de la niña santa había suscitado más revuelo del que él había anticipado. El gobernador Sanjust en persona había ido a verlo, lo cual le daba una idea de la posición que ocupaban los Amaral y Medeiros en la sociedad asuncena. También le habían solicitado audiencia, y él la había concedido, a los alcaldes de primero y segundo voto del Cabildo, y al jefe de Policía; este último, en especial, se había embarcado en una defensa apologética de doña Manú, como la llamaba. Como si fuese poco, lo había visitado el padre Alonso Fernández, provincial de la Compañía de Jesús, casualmente de visita en Asunción, quien había bregado por la inocencia de la señora de Amaral y Medeiros, criada en una de las misiones loyalistas bajo la doctrina cristiana. También habían comparecido los jesuitas Santiago de Hinojosa y Octavio de Urizar y Vega, que se había precipitado a la ciudad apenas avisado de la aprehensión de la muchacha. Así como Hinojosa lucía compuesto y dueño de sí, el otro, al que había oído decir que lo llamaban Ursus dado su contextura, se mostraba quebrado y ojeroso, y nada de su expansivo torso ni su altura de casi siete pies ni sus manos, que semejaban grandes abanicos, lo habían intimidado. De igual modo, se tranquilizó fray Claudio, los loyalistas podían seguir visitándolo tanto como lo deseasen; no les temía. Los últimos embates políticos habían golpeado duramente a la orden que años atrás parecía gobernar el mundo. Se decía que el nuevo rey, Carlos III, era de ideas progresistas y que se había rodeado de librepensadores y masones. ¿Cuánto pasaría antes de que el

soberano español procediese del mismo modo que su par del Portugal y expulsase a la Compañía de Jesús de sus territorios?

Caminaba a paso veloz, aunque en esa oportunidad su prisa no se debía al hábito de desplazarse con rapidez ni al hecho de que, dada la enfermedad en la que había caído la prisionera, llevase casi veinticinco días esperando interrogarla. En realidad, una inquietud, que desbancaba su usual certidumbre y le aceleraba el corazón, lo impulsaba a estirar la trancada. Deseaba volver a ver a la rea y no lo deseaba. La contradicción de sus sentimientos lo ponía de mal humor, porque él, salvo en una ocasión en el pasado, siempre estaba seguro de cómo debía sentir. Esa muchacha, a la que había visto la noche del arresto y luego en dos oportunidades mientras creía que la perdería a causa de las fiebres y de la congestión pulmonar, lo sumía en un desasosiego inexplicable, aunque, por otro lado, observarla le daba paz, y tal vez por eso lo fastidiaba, porque le otorgaba una serenidad largamente perdida, que había dejado un vacío que él había sabido llenar primero con la adoración que María Clara le inspiraba y luego con la devoción a su oficio de inquisidor. Apretó los puños y aceleró el paso. Se trataba de un hechizo, no tenía duda. Aun disminuida por el efecto de las fiebres, su poder lo alcanzaba e intentaba seducirlo. Conocía bien esa clase de poder, lo había padecido décadas atrás, y todavía no lo olvidaba, tanto lo había marcado.

El traqueteo de la pata de palo de Murguía lo rescató de sus cavilaciones. El físico porteño se le adelantó y le abrió la puerta con una inclinación del torso. Lo miró de reojo y confirmó lo que había sospechado desde el principio: había sentimientos involucrados en el caso de la niña santa. No le importaba. Murguía era su amanuense y un simple familiar del Santo Oficio; no participaría del juicio, por lo que la imparcialidad estaba garantizada. El hombre se limitaría a controlar el tormento de la muchacha, en caso de ser necesario. Había demostrado su pericia durante los interrogatorios de doña Mencía Cerdán y Jaume y de su hijo, fray Pablo, que habían acabado por confesar; solo restaba que confirmasen sus declaraciones fuera de la sala de tormento, lo que harían al día siguiente al firmar el documento redactado por el notario del secreto. En caso de que no ratificasen lo admitido durante la tortura — azotes para doña Mencía, la garrucha para fray Pablo—, regresarían a la sala para recibir una nueva sesión de tormento. «Lo harán», se alentó fray Claudio, admitirían que lo escupido entre alaridos y súplicas nacidos del padecimiento físico era la verdad, y las confesiones de esos dos reforzarían la denuncia que había dado origen al proceso.

Se ubicó en la silla de alto y ornamentado respaldo, el que le correspondía como presidente del tribunal, y pidió al alguacil que trajese a la rea. Se colocó los quevedos sobre el tabique nasal y simuló leer unos documentos, mientras se preparaba para el impacto de volver a verla después de tantos días. Murguía aseguraba que Emanuela Ñeenguirú se había restablecido por completo y que gozaba de buena salud. Sin embargo, cuando levantó la vista, delante de él se encontraba un rostro enflaquecido,

macilento y con profundos círculos en torno a los ojos. El Santo Oficio la había provisto de una camisa, un jubón y una falda pues habría resultado inadmisibile que se presentase en camisa de noche y bata. El costo incurrido en la compra de esas prendas se cubriría con lo obtenido de la venta de los bienes de la mujer, lo mismo la comida con que se la alimentaba y el agua que se le proveía para que se higienizase, aunque, a juzgar por el aspecto poco cuidado que presentaba, no era mucha; tenía el cabello opaco y aglutinado en mechones a causa del sebo, y las uñas orladas de negro. La falda apenas se abultaba para revelar su estado de preñez. Lucía tan joven y desvalida. Hizo un ademán con la cabeza al alguacil, que lo miró, confundido.

—Que la acusada tome asiento, señor alguacil —se explicó, con acento áspero.

—Como ordenéis, Excelencia —contestó el hombre, muy sorprendido pues, en todos los interrogatorios a los que había asistido, fray Claudio obligaba al reo a permanecer de pie. Estudió las expresiones de los demás funcionarios —del amanuense, del procurador y del notario— y sintió alivio al comprobar que ellos también se mostraban atónitos con la muestra generosa del inflexible inquisidor.

Ifrán y Bojons se obligó a apartar la vista de la muchacha y levantó el índice en dirección al notario, que asintió antes de comenzar.

—En el día 20 de junio del año de gracia de 1760 se da comienzo a la sesión para iniciar la fase sumaria e inquisitiva del juicio contra la rea Emanuela Ñeenguirú.

Emanuela tuvo la impresión de que viajaba ocho años en el tiempo y de que se hallaba de nuevo en el locutorio del convento de Santo Domingo en Buenos Aires, solo que en aquella ocasión había contado con el apoyo de su querido *pa'i* Santiago, de pie detrás de ella. En esa instancia la rodeaban extraños, a excepción de Murguía, que la contemplaba con ojos maléficos. Se prometió no mirarlo para evitar que la debilitase y la humillase como había hecho cada día desde que había recobrado la conciencia, en cada visita, mientras la torturaba con sus palabras e intentaba manosearla. Emanuela contaba con el auxilio de un cómplice, el esclavo Cristóbal, que se había aparecido en las instancias más cruciales, cuando creía que el médico la doblegaría y ella acabaría bajo su peso en el jergón. Se había ganado la amistad del africano una mañana en que se presentó para llevarle un tazón con mate y un trozo de pan, y ella le avistó las manos surcadas de laceraciones y grietas. Después de una resistencia inicial, le había permitido que se las estudiase.

—¿Por qué las tienes así? Debe de dolerte.

—Sí, duelen. Se me lastiman por limpiar la tina de mi amo, fray Claudio, con agua fuerte. El vinagre que usa para bañarse y curar sus problemas de la piel mancha las mayólicas, y él no quiere ver incrustaciones de cal en ellas. Por eso.

—¿Usas el agua fuerte con las manos desnudas?

—Sí, señora.

—Pues no, Cristóbal. Es una insensatez. Tienes que protegerte con guantes de tela embreada.

—No tengo guantes, ni de tela embreada ni de ningún tipo.

—Pues si me traes un retal, aguja gruesa, de esas que usan los colchoneros, e hilo te confeccionaré un par. —Volvió a mirarle las heridas en carne viva—. En cuanto a esto, es preciso que las cures o acabarán por pudrirse. Primero, te lavarás las manos con agua tibia y jabón de sosa. Las secarás a conciencia con un trapo muy limpio. Después untarás las heridas con la savia de una hoja gorda de aloe vera. ¿Conoces la planta? —El esclavo, mudo de asombro, asintió—. Corta una hoja vieja, de las que crecen en el externo de la planta, en la parte inferior, y hazlo al amanecer, antes de que la savia baje a la raíz. Te aplicas el jugo y lo dejas secar. Luego cubres las heridas con un unguento de tres partes de lanolina, una de estaño y otra de almidón. ¿Lo recordarás? Repite lo que te he dicho. —El esclavo lo hizo a pie juntillas—. Si no puedes proveerte de estas cosas...

—Puedo hacerlo. Conozco bien al boticario pues siempre voy donde él para buscar los unguentos y mejunjes de fray Claudio, que sufre de la piel. Puedo pedirle que me prepare la mezcla que vos acabáis de darme. Dios la bendiga, señora.

—Y no te olvides de la tela embreada para los guantes. De nada valdrá la curación si luego tocas de nuevo el agua fuerte con las manos desnudas.

—La conseguiré, señora.

El esclavo se había hecho de todo, de los medicamentos y de los elementos para los guantes, que Emanuela le confeccionó en menos de un día. En poco tiempo, las llagas y las lesiones comenzaron a cicatrizar. La gratitud del esclavo no conocía límite, y en cada oportunidad que entraba en su celda, se lo expresaba. Como le repetía, acongojado, era poco lo que podía hacer por ella, y le había prometido mantenerse atento a ese «pillo» de Murguía, porque había visto cómo la miraba. El favor más grande que le había hecho Cristóbal había sido arriesgarse a hablar con Romelia y preguntarle por los niños. Estaban bien, lo mismo Malbalá. También seguía llevándole los guisos y preparados de la cocina de los frailes pese a que tiempo atrás Murguía había ordenado que la alimentasen con la comida de la secreta porque ella se había negado a desnudarse frente a él y había amenazado con gritar y atraer al guardia que se apostaba en el túnel de la mazmorra.

Esa mañana, la del primer interrogatorio, Emanuela recordó lo que le había comentado Cristóbal, que su amo fray Claudio sufría de la piel, al descubrirle unas costras supurantes en el antebrazo cuando el dominico lo levantó y la manga del hábito se le deslizó hacia el codo. «Están lastimadas porque debe de rascárselas», dedujo. De qué manera bañarse con vinagre le curaría la enfermedad era algo que ella no podía comprender. Volvió a la realidad del juicio al escuchar el nombre de su amado.

—Casada en primeras nupcias con el señor don Aitor de Amaral y Medeiros, natural de estas tierras e hijo ilegítimo, reconocido por rescripto, del señor don Vespaciano de Amaral y Medeiros. Preside la sesión el señor inquisidor de este Santo Oficio contra la herética pravedad y la apostasía, fray Claudio de Ifrán y Bojons. —El procurador se aproximó con una cruz de madera y se la presentó, mientras el notario

del secreto seguía recitando—: ¿Juráis por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por esta santa cruz, decir la verdad?

—Sí, juro —contestó Emanuela, y enseguida dirigió la vista hacia el inquisidor, que abandonaba su trono para aproximársele. Era un hombre alto, delgado y, pese a los años, de postura erguida. Se detuvo frente a ella, a menos de una vara, y la observó fijamente. Emanuela no conseguía apartar la mirada, como si esos ojos la hubiesen encantado.

—Estáis aquí acusada de graves delitos contra la religión y la Santa Iglesia de Roma —habló de pronto, y Emanuela dio un respingo, afectada por la gravedad de esa voz que bien podría haber correspondido a un hombre más joven—. Este tribunal que presido os juzgará con equidad y bajo la luz sacra del Espíritu Santo, a quien en este momento invoco para que guíe nuestras decisiones y juicios. ¿Cuántos años tenéis, señora?

—Veinticuatro, Excelencia —contestó con acento apagado, que pareció propagarse en el mutismo, junto con el rasgueo de la pluma del notario, que escribía cada palabra con diligencia.

—¿De dónde sois oriunda?

—Del pueblo jesuita de San Ignacio Miní.

—¿Os declaráis guaraní?

—En mi corazón, me siento guaraní. Por mi aspecto físico, soy blanca, Excelencia.

—Entonces, ¿cómo es que sois oriunda de una doctrina de la Compañía de Jesús? Una mujer blanca en una misión es una clara transgresión a las ordenanzas de Alfaro.

—Lo es, Excelencia, pero mi *pa'i*... el padre Octavio de Urízar y Vega me encontró recién nacida a orillas del río Paraná y me llevó a vivir allí. Pasé mis primeros catorce años en ese pueblo.

—¿Y después?

—Partí a Buenos Aires, donde viví con la familia del padre Octavio.

—Entiendo que tuviste la oportunidad de conocer a mi hermano en la fe, el padre Urbano de Meliá.

—Sí, Excelencia.

—¿En qué circunstancias?

Emanuela se tomó unos segundos para contestar. El inquisidor la conducía por un camino que acabaría en una trampa, y ella no sabía cómo evitar caer en ella.

—Me convocó para interrogarme.

—¿Por qué?

—Porque... porque había curado a un toro, Excelencia.

—¿Porque habíais curado a un toro? —simuló asombrarse fray Claudio—. ¿Solo por eso?

—Sí, Excelencia.

—Pues aquí cuento con una carta escrita de puño y letra del padre Urbano en la

que asegura que usasteis malas artes para hacerlo y que, mientras pasabas las manos por el lomo lastimado del bovino, las heridas se cerraban como por arte de magia. En tanto, recitabas unos rezos ininteligibles.

—No rezaba, Excelencia. Le hablaba en guaraní al toro para calmarlo.

—¿Vos practicáis la magia, señora?

—No, Excelencia.

—¿Sabéis por qué os encontráis aquí?

—No, Excelencia.

—¿No sabéis de qué se os acusa?

—No, Excelencia.

—¿Tenéis idea de quién pudo haberos denunciado?

Después de que Murguía le hubiese asegurado que no se trataba de él, Emanuela se había formulado esa pregunta durante las casi tres semanas de encierro sin alcanzar una respuesta que la convenciese. Había pensado en Laurencio nieto, en Ginebra, aun en Engracia, si bien la había exculpado enseguida. ¿Para qué intentar salvarla aquella mañana en el atrio para luego entregarla seis días más tarde? ¿Lo habría hecho para alejar las sospechas, para que Aitor no la repudiase? No, Engracia no podía ser; después de todo era la prometida de Conan, y se casarían en cinco días, el 25 de junio. ¿O habrían pospuesto la boda debido a que ella estaba presa?

—No, Excelencia —respondió al fin—. No sé quién pudo haberme calumniado.

—¿Calumniado? ¿Acaso no reconocéis que sois una pecadora?

—Una pecadora sí, Excelencia, pero no tanto como para ser privada de mi libertad y alejada de mi familia. ¿De qué me acusáis?

—¿No os lo imagináis?

La irritaban el secretismo y el aire de intriga que envolvían al inquisidor.

—No, Excelencia.

—No os preocupéis, señora. Aquí lo averiguaremos. Después de todo, en esta primera etapa del juicio rige el lema *ad eruendam veritatem*. ¿Sabéis qué significa?

Emanuela lo sabía, aunque vaciló antes de contestar. Una mujer culta, a los ojos de un inquisidor, era un desorden de la naturaleza.

—Sé que lo sabéis, señora. El padre Urbano afirma que sois cultivada y leída como ninguna mujer que él haya conocido, digna hija de los loyolistas.

—Significa para averiguar la verdad, Excelencia.

—¡Así es! Para eso estamos en esta habitación, para averiguar la verdad acerca de vuestra naturaleza, para saber si sois tan santa como parecéis u ocultáis un alma negra. ¿Para qué son buenas las flores del floripondio?

—¿Cómo? —Emanuela ladeó la cabeza e hizo un ceño.

—Me habéis oído. Las flores del floripondio, ¿para qué se usan, además de para embellecer un jardín?

—Pues... ¿Me preguntáis para qué sirven desde un punto de vista medicinal? —El inquisidor asintió—. Se usan en un emplasto para aliviar el dolor de huesos

fracturados y otras heridas. También se lo emplea por sus propiedades narcóticas. Sirve para inducir al sueño y calmar los temperamentos alterados.

—¿De veras? ¿Cómo sabéis tanto en materia de botánica, señora?

—Tuve dos grandes maestros, Excelencia. Mi abuelo guaraní, que por haberse criado en la selva conoce bien la flora de este sitio, y el padre Johann van Suerk, que era el sotocura de la misión en la que me crié y un gran médico.

—Ah, sí, van Suerk, el que detuvo la peste de viruela aplicando métodos satánicos.

—Eran métodos científicos, Excelencia, si me permitís la irreverencia de corregiros, un método que un colega inglés refirió a mi *pa'i*... al padre van Suerk.

—Sí, sí —desestimó el inquisidor, mientras agitaba una mano con ademán impaciente—. Todo esto me lo refirió el propio van Suerk años atrás, y si la memoria me asiste, el médico inglés (luterano, seguramente) había tomado la idea de los herejes turcos, por lo que no queda más que concluir que el método era una herejía.

—Pero salvó la vida de miles de habitantes de San Ignacio Miní, Excelencia. El cuerpo humano, sea de un turco o de un guaraní, funciona de igual manera para todos. El Señor nos hizo a todos iguales.

—¡No todos somos iguales, señora mía! ¿Cómo murió vuestro cuñado, el señor Lope de Amaral y Medeiros? —Lo intempestivo del enojo y de la pregunta pasmó a Emanuela—. Habéis escuchado mi pregunta perfectamente, señora. Responded.

—Se cree que inspiró una dosis excesiva del alcaloide que despiden las flores del floripondio.

—¿Cómo se arribó a esa conclusión?

—Yo encontré una bolsita con esas flores bajo la funda de su almohada, en su lecho de muerte. Cuando me incliné para llorarle, el aroma dulzón de las flores me sorprendió. Metí la mano y extraje una bolsita de un encaje que tejen las indias de esta región; estaba lleno de flores de floripondio. Demasiadas. Creo que aspirar su perfume le causó la muerte.

—La muerte de vuestro cuñado convirtió a vuestro esposo en uno de los hombres más ricos de las Indias Occidentales, según entiendo.

—Mi esposo es un hombre rico sin necesidad de recibir un maravedí de la fortuna Amaral y Medeiros —dijo, a la defensiva, y por primera vez mostró un atisbo de enojo.

El inquisidor esbozó una sonrisa sardónica y le dio la espalda para tomar un documento del escritorio. Se volvió y la miró a los ojos.

—Aseguran que vuestras manos curan, que así como curasteis al toro en el 52, frente a una plaza repleta de gente, habéis curado la pierna rota de un hombre y las fiebres pútridas de una niña.

Emanuela pegó el mentón al pecho. Habría sido de necios negarlo. El padre Urbano de Meliá se lo había comunicado en la carta que Ifrán y Bojons declaraba haber recibido, sin mencionar que Murguía, como testigo de aquel día en la plaza de

toros, refrendaría lo que rezaba en ella.

—Así es, Excelencia.

—¿Curáis con vuestras manos, como lo hacía Nuestro Señor Jesucristo?

—No, no como lo hacía Él.

—¿Por qué no?

—Porque Él es Dios. Yo no soy nadie.

—Y sin embargo, afirmáis contar con un poder que semeja al que empleaba Jesucristo para realizar sus curaciones.

—Jesucristo podía usarlo siempre que quisiese; Él era Dios. Yo solo puedo usarlo si es la voluntad del Señor.

Ifrán y Bojons atajó a tiempo la exclamación que le barbotó en la garganta y apretó las manos en el borde del escritorio a sus espaldas. Había recibido esa respuesta varias décadas atrás, la exacta respuesta, palabra por palabra; él jamás la habría olvidado, y si bien la mujer que se la había dado, exuberante en su belleza, no semejaba en nada a esta joven de rostro enjuto y boca demasiado grande, algo parecía unirlos. «¡Sí, ambas son concubinas del demonio!», se recordó.

—¡Aunque con vuestras respuestas intentéis hacer creer a este tribunal que reconocéis la divinidad de Cristo, con vuestros actos la negáis! Pretendéis igualar a Cristo, vos, una mujer, el ser más débil y lábil de la Naturaleza. ¿Por qué Dios os concedería ese poder, a vos, la descendiente de Eva, la causante de la caída del hombre?

—No lo sé —sollozó Emanuela.

—¡Yo os diré cuál es la verdad! —vociferó Ifrán y Bojons—. ¡Ese poder no viene de Dios sino del demonio! ¡Vos sois la concubina del demonio! ¡Habéis entregado vuestra alma al príncipe de las tinieblas a cambio del don de curar!

—¡No! ¡No! —Emanuela se puso de pie sin pensarlo—. ¡Jamás haría algo semejante! ¡Amo a Cristo! ¡Jamás lo traicionaría con el demonio!

—¡Sentaos!

Emanuela volvió a ocupar su sitio, y por el rabillo del ojo avistó la sonrisa macabra de Murguía. La sorprendió imaginarse clavándole las uñas y arrancándole la piel del rostro. Ese hombre alzaba demonios en ella que no sabía que habitaban en su interior.

Otra vez, Ifrán y Bojons simuló consultar unos papeles para ganar tiempo y calmarse. Era famoso por su frialdad y compostura durante los interrogatorios. Esa jovencita, que le despertaba recuerdos que él intentaba sofocar, le arruinaría la reputación si no se moderaba.

—No creáis —dijo, con voz calmada— que por el hecho de estar encinta no os someteremos a tormento para extraeros la verdad oculta en vuestro negro corazón.

—Solicito a este tribunal se me permita contar con un abogado defensor.

—Lo tendréis —admitió Ifrán y Bojons—, pero no en esta primera instancia del juicio, sino en la que continúe, en la fase judicial —explicó.

—Os pido que designéis al padre Santiago de Hinojosa, de la Compañía de Jesús, para tal encargo.

—¡Vos no le indicaréis a este tribunal quién será vuestro defensor! Será el tribunal el que lo designará.

—¡Eso es injusto y arbitrario!

—¡A este tribunal lo asiste la luz divina del Espíritu Santo! ¿Os atrevéis a decir que el Espíritu Santo del Señor es injusto, es arbitrario?

Emanuela dejó caer el rostro, exhausta, vencida. Ese hombre retorcía sus palabras, les cambiaba el sentido, las convertía en lanzas para clavárselas en el corazón. Suspiró y, sin alzar la vista, preguntó una vez más:

—¿De qué me acusáis?

—Vos no estáis aquí para formular preguntas, sino este tribunal. ¿Coméis carne de cerdo, señora?

—¿Cómo?

—Si coméis carne de cerdo.

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no es de mi gusto. —No le explicaría que, desde que era una niña, desde que Timbé había pasado a formar parte de su pandilla de mascotas, se había jurado que jamás comería la carne de los semejantes de su cerdita.

—He sabido que a vuestro hogar concurren algunas niñas a las que les enseñáis a leer y escribir. ¿Es así?

—Sí, Excelencia.

—Las clases las impartís de lunes a sábados, ¿verdad?

—No, Excelencia. De lunes a viernes.

—¿Por qué no el sábado? ¿Por qué no trabajáis el sábado?

—Porque lo dedico a mi familia.

—¿A vuestra familia o a la ley de Moisés?

—¿La ley de Moisés? No sé nada...

—¿Secretamente practicáis la religión de los hebreos?

—¡No, claro que no! Soy católica.

—¿Habéis curado con vuestras manos la enfermedad que afectaba a la señora doña Mencía Cerdán y Jaume?

Emanuela apretó los puños, indecisa acerca de la respuesta que debía dar. Cristóbal le había dicho que el verdugo había sometido a tortura a doña Mencía y a su hijo, y que habían terminado por confesar. Qué habían confesado, Cristóbal no había sabido precisarle.

Al notar que vacilaba, el inquisidor volvió a arremeter.

—El doctor Moral le ha informado a este tribunal que la mujer en cuestión estaba a la muerte, que su corazón se había debilitado tras años de enfermedad y que había llegado a su fin. Días después, fue a visitarla y *mágicamente* la señora se había

repuesto. ¿Qué decís a ello? ¿Curasteis o no curasteis a doña Mencía Cerdán y Jaume?

—Sí, lo hice.

—¿Sois un bruja, señora?

—¡No, claro que no! Ni siquiera sé cómo es una bruja. ¡Yo soy yo! Así nací, con este don. No hay nada que pueda hacer para remediarlo. Ojalá el Señor no me lo hubiese dado.

—¡No ha sido el Señor el que os lo ha dado! ¡Sois una elegida de Lucifer! ¡Sois una de sus hijas dilectas!

—¡No! ¡Soy católica! ¡Amo a Cristo y a su madre, la Virgen María! —Emanuela se cubrió el rostro y se echó a llorar, y no le importó el triunfo que su quebranto significaría para Murguía.

—¡Admitid que habéis hecho un pacto con el demonio! ¡Admitidlo y arrepentíos!

—¡No, no! ¡Jamás admitiré lo que no es cierto! ¡Jamás!

—Excelencia —intervino el procurador—, de este modo nunca obtendremos nada. Es pertinaz como buena hija del demonio. Me atrevo a sugeriros emplear el método justo para extraerle la verdad.

Ifrán y Bojons asintió con el ceño muy apretado y una actitud que hablaba de su indecisión. Regresó al escritorio y revolvió los papeles con el mismo fin, el de serenarse.

—Desvestidla —ordenó momentos después.

Emanuela se puso de pie y se cubrió el torso con los brazos.

—¡No! ¿Qué me haréis? ¡No me toquéis! ¡Por favor, no me hagáis daño! ¡Estoy esperando un hijo! ¡No me lastiméis!

Sus ruegos cayeron en saco roto. El alguacil y Murguía, que sonreía y le buscaba la mirada para regodearse en su sufrimiento y humillación, le arrancaron el jubón, la blusa, la saya y los calzones. Emanuela luchaba, y lloraba, y gritaba, sin conseguir nada.

—¡Sujetadla! —ordenó el inquisidor, y Murguía se apresuró a cumplir la orden antes de que interviniese el alguacil. La aferró por detrás calzándole las manos bajo las axilas, rozándole los senos con los nudillos y pegándole el torso a la espalda. Aun en el frenesí que la dominaba, Emanuela percibió la erección del físico clavada entre sus nalgas, y decidió quedarse quieta para no incitarlo con la fricción. Ningún hombre la había visto desnuda a excepción de su esposo, y que esos ojos indignos rozasen con sus miradas libidinosas lo que solo era de Aitor la hacía sentir vejada y furibunda.

Ifrán y Bojons se aproximó con una bujía que quitó del candelabro y se inclinó para estudiarla con los quevedos calzados en el tabique nasal.

—Separad las piernas —le ordenó, y Emanuela obedeció con tal de que no la tocase—. ¡Ah! —vociferó, y levantó los brazos en un gesto histriónico—. ¡*Stigma diaboli!* —anunció, y asperjó agua bendita entre los muslos de Emanuela, donde se

ocultaba una pequeña mancha de nacimiento de color marrón—. Este es el signo que nos confirma que estamos frente a una concubina del diablo.

—¡Es solo una mancha de nacimiento! —se desesperó Emanuela—. ¡Mi madre tenía una parecida en el muslo derecho!

—Entonces vuestra madre también era una hija del demonio, que fornicó con el príncipe de las tinieblas para engendraros a vos, su hija dilecta.

—¡No, no! ¡No soy bruja! ¡No soy bruja! —La asaltó un desfallecimiento, y quedó laxa, sostenida por las manos de Murguía.

—Emanuela Ñeenguirú —pronunció Ifrán y Bojons—, ¿estáis dispuesta a confesar vuestros pecados y a abjurar de ellos? ¿Estáis dispuesta a hacer acto de arrepentimiento para así obtener la remisión de vuestros pecados?

—No sé qué confesar —admitió en un hilo de voz—. No sé qué pecado tan grave he cometido que merezca la humillación que estoy padeciendo.

—¡Vestidla! —ordenó el inquisidor.

Emanuela se arrojó al piso y recogió las prendas. Se alejó a un rincón, el más oscuro, y se vistió de prisa, consciente de que Murguía la observaba.

—Os daremos tres días, señora. Tres días para meditar acerca de vuestros pecados, tres días en los que comeréis solo pan y agua, para que el ayuno agudice vuestro entendimiento y purifique vuestra alma. Al cabo de esos tres días, os convocaremos de nuevo. Si no confesáis vuestros acuerdos y tratos con el demonio, quien os ha concedido el poder de la sanación, seréis sometida al tormento de cien azotes.

Emanuela ahogó un sollozo. A Aitor le habían propinado cuarenta y cinco latigazos y lo habían dejado medio muerto, sin mencionar que la tralla empleada en la doctrina era de cuero, sin accesorios para incrementar el padecimiento del reo; no le cabía duda de que la Inquisición le agregaría bolitas de plomo en las puntas u otros aditamentos macabros. Ella no sobreviviría a cien azotes, y si no sobrevivía, Aitor tampoco, porque no sabría vivir sin ella. Recordaba con claridad la noche en que la había desvirgado, a principios del 53, cuando le había confesado: «*Jasy, si tú murieses, yo me quitaría la vida*». «Dios misericordioso, apiádate de mí. ¡Ayúdame! No por mí, sino por el hijo que crece dentro de mí y por mi amado Aitor».

—Sabed —prosiguió el inquisidor— que vuestra obstinación no os llevará a nada. Si no os reconciliáis con Dios y volvéis al seno de su Santa Iglesia, vos y vuestros hijos hasta la séptima generación sufriréis el escarnio, y ellos jamás podrán ocupar un cargo público ni eclesiástico. Vuestras cuantiosas riquezas serán confiscadas para la gloria de Dios. Pero lo más importante es que perderéis vuestra alma, que arderá en el infierno durante toda la eternidad. Llevadla a su celda y traedla de nuevo aquí el próximo martes, 24 de junio, después de la hora nona.

* * *

El interrogatorio había devastado el poco vigor que le quedaba. Antes de caer en manos de la Inquisición, había experimentado un brío y una alegría que esa mazmorra le succionaba poco a poco. La fetidez le impedía recordar los perfumes que inundaban su casa, los que cubrían la piel de su hijo y la mandíbula de Aitor después de que ella se la afeitaba. La suciedad de su cuerpo la hacía sentir indigna; el ánimo le flaqueaba, pensamientos negros la asaltaban, y a veces se demoraba en la idea de acabar con ese encierro a como diese lugar; aun la muerte se le presentaba como una salida más digna que la de seguir viviendo como un animal. Debido a la orden de Ifrán y Bojons, solo recibía pan y agua, y esta última muy medida, solo para beber, nada para higienizarse, como si el inquisidor supiese cuánto le minaba la voluntad al mantenerla sucia, con los cabellos apelmazados, los dientes ásperos, el aliento pestilente y la piel pegajosa y maloliente. Tampoco le retiraban el balde donde hacía sus necesidades, y Cristóbal, que siempre la compensaba con algún gesto que atenuaba el tormento de la estadía en ese averno, no se había presentado desde el día anterior. ¿Habrían descubierto que la favorecía?

Era muy entrada la noche, lo sabía pues por el pequeño ventanuco próximo al techo no se filtraba ni un haz de luz. A menudo se preguntaba adónde daría ese hueco en la gruesa pared. Se decía que debía sentirse agradecida por contar con esa salida al exterior, aunque fuese inalcanzable. A veces oía voces y cascos de caballos. Soltó un grito cuando algo le golpeó la cabeza, y comenzó a sacudirse el pelo y a dar saltos en la oscuridad.

—¿Qué es este jaleo? —la increpó el guardia asomado a la ventanilla de la puerta —. ¡Quedaos quieta y callad!

—¡Algo me golpeó la cabeza!

—Será una rata.

—¡Las ratas no vuelan!

—Será un murciélago.

—¡Sacadme de aquí!

—¡Silencio! Es de madrugada. Despertaréis a toda la prisión.

—¡Os lo suplico, dejadme salir!

—¡Callad! O entraré y os haré cerrar el pico a azotes en el culo.

Se acobijó sobre el jergón y pegó la espalda al muro, y repitió el versículo once del salmo veintidós, su oración preferida por esos días y que su *pa'i* Ursus le había leído tanto tiempo atrás, durante la época en que Aitor se había visto obligado a huir de la doctrina, acusado de asesinar a la esclava María Dolores.

—No te alejes de mí porque la angustia está cerca, porque no hay quien me ayude —bisbiseaba una y otra vez. También recitó el salmo ciento treinta, *De profundis*, aunque lo interrumpió por la mitad cuando un objeto volvió a caer desde el techo; si bien la paja que cubría el suelo de piedra amortiguó el sonido del golpe, Emanuela lo había escuchado. Se mordió el labio para no gritar. El sonido se repitió tres veces, y el miedo comenzó a ceder ante la curiosidad. Ese no era el accionar de un roedor ni el

de un murciélago; alguien, *ex profeso*, arrojaba guijarros desde el ventanuco. Se incorporó sin despegar la espalda del muro y aguzó la vista, aunque sabía que se trataba de un gesto vano; ni siquiera con luz de día habría distinguido lo que se hallaba del otro lado, tan alto se encontraba el hueco. Un sonido familiar la hizo moverse con agilidad hacia la pared donde se hallaba la pequeña ventana. Pegó las manos a la piedra y elevó el rostro hacia al techo. El sonido, un gañido, un lamento, se repitió, apenas audible.

—¿Miní? ¿Miní, eres tú? —El carayá volvió a gañir, esa vez un poco más alto—. ¡Oh, Miní! ¡Bendito sea el cielo! ¡Miní, amado y adorado Miní! ¿Cómo están todos? ¿Cómo está mi niño? ¿Y María y Ana? ¿Y mi sy? ¿Y Romelia? ¿Se ha sabido algo de Aitor? Miní, Miní... —Se echó a llorar con la frente sobre la aspereza de la piedra. El carayá comenzó a aullar, por lo que Emanuela se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se instó a calmarse; temía que el guardia regresase—. Tranquilo, amigo mío, tranquilo. Estoy bien. Lloro de alegría. No sabes la felicidad que siento al saber que estás tan cerca de mí. Ojalá pudiese tocarte la mano, me sentiría tanto mejor. ¿Cómo están Orlando y Argos? Temo que Orlando no quiera comer ahora que me he ido. ¿Es así? Lo conozco, sé que no querrá comer. Por favor, hazlo comer, amigo mío. No quiero salir de aquí y encontrarlo enfermo. ¿Saldré de aquí algún día? ¿Tú qué...? — Calló de pronto cuando una luz se filtró por la ventanilla de la puerta. Enseguida oyó el sonido del cerrojo que se abría. ¿Se trataría del guardia, que venía a azotarla por hacer bullicio? No, era alguien más truculento; era Murguía, que le sonreía con la palmatoria en alto.

—Durante el interrogatorio, te preguntaron si sabías quién te había denunciado. ¿Quieres saber quién lo hizo? —Emanuela no contestó; no habría podido; le castañeteaban los dientes, y le temblaban las manos y las piernas—. Te lo diré igualmente. Mejor dicho, te lo mostraré. —El médico giró la cabeza y miró hacia el corredor—. Pasad —indicó, y una sombra se proyectó sobre el suelo de la celda. Emanuela aguardó con el aliento contenido hasta que la figura se perfiló bajo el dintel de la puerta.

—¡Doña Nicolasa! —exclamó.

—Así es, Manú. Soy yo. Y no sabes el placer que me da verte... aquí.

* * *

Dos meses antes.

Selló la nota con lacre y estampó el símbolo del Santo Oficio, la cruz, la espada y el ramo de olivo; el lema que lo orlaba resultaba ilegible, pero Murguía lo conocía de memoria: «*Exurge Domine et judica causam tuam*», que era un verso del salmo setenta y tres y que en latín significaba: «Álzate, oh Dios, a defender tu causa». Siempre lo conmovía repetirla y recordarla. Le entregó la esquila a Cristóbal y le ordenó que la entregase lo antes posible en la dirección que Árdenas le había

indicado. Regresó a sus tareas, a los documentos y escritos con los que el inquisidor Ifrán y Bojons le abarrotaba el escritorio.

La mujer se presentó, puntual, a las cuatro de la tarde, hora en que fray Claudio se ausentaría del convento para visitar al obispo. No podía correr el riesgo de que lo viese conversar con la que después se convertiría en la principal testigo en contra de Manú. La recibió en el locutorio y cerró la puerta con traba. La observó de pies a cabeza, toda vestida de negro, como si estuviese de luto.

—Doña Nicolasa de Calatrava, ¿verdad?

—Así es, vuesa merced —confirmó la mujer y elevó el rostro algo cubierto por el rebozo.

Debió de haberse tratado de una belleza en sus años mozos, conjeturó Murguía. En ese momento, las líneas profundas en la frente y a los costados de la boca y la expresión amarga apenas si permitían adivinar la regularidad de las facciones.

—Sentaos.

—¿Tenéis noticias de mi esposo?

—¿Vuestro esposo? ¿Quién es vuestro esposo?

—Oh —se sorprendió la mujer—. Pensé que me habíais convocado a causa de mi esposo. Él es un prófugo del Santo Oficio. Fue acusado de bigamia.

Maldijo a Árdenas por no haberle revelado esa pieza de información. ¿O acaso el cazador de brujas desconocía el hecho? Como fuese, no podía permitirse el lujo de rechazar la única posibilidad con la que contaba para llevar a juicio a Manú.

—No, doña Nicolasa. Os he convocado por otro asunto. ¿Habéis traído la nota que os envié con el esclavo? —La mujer asintió y la extrajo de una escarcela. El papel temblaba mientras la mujer se lo extendía—. Gracias. —Le prendió fuego con el pabito de la bujía que siempre ardía delante del cuadro de San Domingo de Guzmán. El papel acabó de consumirse en un pebetero. No podía permitir que esa prueba lo condenase. Había empleado el sello y el poder del Santo Oficio para atraerla al convento, más allá de que, desde ese momento, la conversación que sostendrían no sería oficial; jamás habría tenido lugar para los anales de la Inquisición, que tan obsesiva se mostraba a la hora de registrar sus actos.

Alzó la vista. La mujer lo miraba con ojos desorbitados.

—¿Quién sois vos, señor?

—Soy el doctor Rodrigo Murguía, familiar del Santo Oficio y amanuense de Su Excelencia, el inquisidor fray Claudio de Ifrán y Bojons. Estamos iniciando una investigación para averiguar posibles actos de brujería cometidos por una conocida suya. Su nombre es Emanuela Ñeenguirú. El populacho la llama Manú.

—¡Manú! —soltó la mujer con desprecio—. Sí, es conocida mía.

—¿Cuál es el vínculo que la une a ella?

Doña Nicolasa enseguida decidió ocultar que la malnacida era la bastarda de su esposo; le haría perder credibilidad.

—Mi hija es la viuda de Lope de Amaral y Medeiros. Manú está casada con el

hermano de Lope, con Aitor.

—¿La conocéis bien, entonces?

—Sí, muy bien.

—¿Qué podéis decirme de las hablillas que la rodean y que la tienen por hechicera?

—¡Que son ciertas, vuesa merced! Sus conjuros para curar a la gente son bien conocidos por todos. Pero hay más. Sospecho que ella asesinó a mi yerno.

—¿Cómo decís?

—Lope, de bien que estaba, murió mientras dormía. Se encontró una bolsita de ñandutí con flores de floripondio en su almohada. Según se me informó, son muy venenosas. Y yo vi a Manú usarlas para narcotizar a un hombre al que le salvó la pierna después de una rotura. El hombre estaba condenado a la gangrena y a perder la pierna, y Manú se la salvó. El doctor Moral no se lo explica.

—¿Con qué fin la sospechosa habría asesinado a su yerno?

—Para que su esposo heredase la totalidad de los bienes de mi consuegro, Vespaciano de Amaral y Medeiros. Pero hay más, Manú detesta la carne de cerdo.

—¡Oh! ¿De veras? —Doña Nicolasa asintió con los ojos cerrados y los labios en una línea tensa—. Señora, ¿estáis sugiriendo que la tal Manú es judaizante?

—No sería raro en esta zona plagada de lusitanos, doctor Murguía. Y se sabe que los lusitanos son todos judaizantes.

—¿Qué otro comportamiento sospechoso habéis notado en ella? ¿Descansa el sábado? ¿Practica algún rito extraño los viernes?

—Es una muchacha muy reservada. Sí, podría ser que practicase ritos extraños los viernes. En cuanto a descansar el sábado, no puedo asegurarlo.

—¿Habéis presenciado algún rito satánico perpetrado por la sospechosa y que haya terminado en una curación milagrosa?

—Lo que le mencioné, la curación de la pierna de ese hombre.

—¿Quién era el hombre?

—Mi esposo, Hernando de Calatrava. Él la convocó para que lo curase. Es famosa en Asunción. Yo le rogué que no lo hiciese, pero mi esposo es un mal hombre, impío y traidor, y la convocó igualmente. La vi curarlo. Hablaba en una lengua extraña y hacía gestos más extraños aún. También tendríais que convocar a doña Mencía Cerdán y Jaume. Ella es íntima de Manú. El año pasado estaba a la muerte. Corazón debilitado, creo haber oído. De pronto, un buen día, sanó y ahora se la ve de aquí para allá, como si tuviese veinte años. El doctor Moral tampoco se explica esa sanación. El hijo de doña Mencía es dominico y vive aquí, en este convento. Fray Pablo es su nombre.

«Fray Pablo», recordó Murguía, el antiguo amanuense de Ifrán y Bojons, sobre el que pesaba la sospecha de haber traicionado la confianza del inquisidor, si bien no conocía los detalles que rodeaban la acusación.

—Lo haré, doña Nicolasa. Convocaré a doña Mencía. Pero volvamos al tema que

nos ocupa. ¿Sabéis de algún otro caso de curación milagrosa a manos de la sospechosa?

Conocía la curación más milagrosa de todas, la de Vespaciano de Amaral y Medeiros, que de mover solo los ojos había vuelto a ser el semental que ella recordaba. Por mucho que lo detestase por haber elegido a la abipona en lugar de a ella, no lo echaría de cabeza con la Inquisición. Lo odiaba, pero también lo amaba, y en contra de todo pronóstico, albergaba la esperanza de volver a ser su mujer.

—No.

—¿Estaríais dispuesta a presentaros de modo espontáneo ante el inquisidor y referirle, como cosa vuestra, esto que sabéis acerca de la tal Manú?

—Tal vez.

—¿Estarías dispuesta a firmar un documento en el cual se asentasen estas circunstancias sospechosas que me habéis mencionado, lo de la curación de su esposo y que detesta la carne de cerdo?

—¿Qué lograría con ello?

—El arresto de Emanuela Ñeenguirú y su procesamiento por parte del Santo Oficio.

—¿La condenarían a muerte?

—No es lo usual, pero podría ser, sí.

—Entonces lo firmaré.

—Bien, bien —masculló Murguía, mientras se esforzaba por simular la exultación—. Su declaración y la confección del documento que firmaréis se realizarán frente a fray Claudio y al notario del secreto, que tomará nota de vuestros dichos. Lo mejor será que se presente para realizar la denuncia en unos días. En el ínterin, quiero que ensayemos su declaración.

—¿Ensayar? ¿Por qué?

—Porque su declaración debe ser expresada sin falla, sin vacilaciones. Si el inquisidor detectase una grieta que lo llevase a sospechar que vuesa merced está inventando...

—¡Yo no invento! Yo sé lo que vi.

—Muy bien. Igualmente, ensayaremos. Ifrán y Bojons es un astuto inquisidor y sabe descubrir a los que se presentan con el propósito de calumniar.

—Ifrán y Bojons es astuto, sí —acordó Nicolasa—, pero tenga por seguro, doctor Murguía, que yo lo soy aún más. Por ejemplo, me doy cuenta de que vuesa merced, en este asunto, es más que un familiar del Santo Oficio. Vuesa merced está embarcado en una revancha.

* * *

Había subestimado el odio de su madrastra, en ese momento lo comprendía mientras la mirada de doña Nicolasa atravesaba el espacio en penumbras y le comunicaba su

desprecio sin escrúpulos, sin reservas, y si bien la mujer nunca se había privado de expresar el rencor que la existencia de la «bastarda» le provocaba, en esa instancia Emanuela tuvo miedo. La esposa de su padre estaba mostrándole su verdadera cara, la que revelaba un espíritu malvado, y no tan solo uno pedante, antipático y gruñón, como ella había juzgado. De pronto, se hizo la luz sobre un misterio que, creyó, jamás se resolvería.

—Vos habéis asesinado a Lope —barbotó, y movida por la rabia, se abalanzó hacia la entrada. La detuvo Murguía al cruzarse en su camino. Se retiró enseguida y se puso fuera del alcance de esas manos que la habían mancillado bastante—. ¿Por qué? ¿Por qué asesinasteis al padre de vuestras nietas, al esposo de vuestra hija?

—¿De qué está hablando? —se inquietó el físico porteño, y volteó para mirar a la testigo.

—Es hábil esta malvada —habló doña Nicolasa—. Os lo advertí, doctor Murguía. Es una gran simuladora y sabe retorcer los hechos y la verdad. Trata de endilgarme el crimen que ella cometió.

—¡Jamás habría asesinado a Lope! ¡Yo lo amaba! ¡Era como un hermano para mí y vos lo sabéis! En cambio vos, mujer endemoniada...

—¡Yo, qué! —atacó la mujer, y caminó en dirección de Emanuela, que retrocedió hasta dar con la espalda en la pared, la que tenía la ventana cerca del techo. Se preguntó si Miní seguiría allí.

—Vos lo habéis asesinado con algún plan macabro en la mente.

—¿Cuál?

Emanuela aguzó la vista y la fijó en la oscura de su madrastra.

—Para quedaros con toda la fortuna de los Amaral y Medeiros, la de don Vespaciano y la de mi esposo. ¡Sí, ahora lo veo con claridad! Haciéndonos a un lado a Lope y a mí, Ginebra se quedaría con lo que tanto desea, con *mi* esposo, y vos con la inmensa fortuna que significa sumar las dos riquezas. ¡Sois... despreciable!

—No sé de qué estás hablando. Mientes, abres la boca y de ella solo salen mentiras y calumnias, fiel a tu espíritu de hechicera.

—No os preocupéis en simular frente al doctor Murguía, doña Nicolasa. Aunque vuesa merced admitiese la verdad, esto es, que asesinasteis a Lope y que me denunciasteis con el Santo Oficio para quitarme del medio, él no os echaría de cabeza con el inquisidor. Os necesita para destruirme. Él también tiene su propio plan de venganza que cumplir. Vosotros dos, repugnantes criaturas, estáis hechos de la misma baja estofa.

—¡Basta! —intervino Murguía—. Callad las dos. Vos, doña Nicolasa, habéis obtenido lo que os prometí, mostraros a Manú en estas mazmorras. Ya la habéis visto, vencida y quebrada. Ahora os escoltaré fuera antes de que regrese el guardia.

La mujer asintió y, tras un último vistazo a la hija de su esposo, salió de la celda. Murguía la siguió y cerró con llave. Emanuela se deslizó por la pared y acabó en el suelo. Apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cara. Lo que más le dolía era la

muerte sin sentido de Lope. La culpa la atormentaba pues la dominaba la certeza de que doña Nicolasa había sabido del poder letal de las flores del floripondio viéndola usarlas con don Hernando, mientras le sanaba la pierna. La culpa comenzaba a ahogarla cuando Miní volvió a arrojarle guijarros y a gañir, y le arrancó una risita teñida de llanto.

—¿Estás aún ahí, querido amigo? No sabes lo feliz que me hace saber que estás cerca de mí en este momento tan negro. —Siguió hablándole e intentó olvidar que se encontraba en esa prisión al evocar los viejos tiempos en San Ignacio Miní.

El sonido de la cerradura que volvía a abrirse la puso en alerta. ¿Qué nueva sorpresa le depararía esa noche nefanda? La peor, se respondió al descubrir que se trataba otra vez de Murguía. El hombre no pronunció palabra mientras cerraba la puerta con llave y depositaba la palmatoria en el suelo. Emanuela ahogó un gemido al verlo aproximarse con una determinación que se le reflejaba en la expresión seria y en el mutismo obstinado.

—¡No se acerque! —le ordenó, y se desplazó deprisa para ponerse fuera de su alcance. El hombre le adivinó el intento y se echó sobre ella. Para evitar caer de bruces y aplastar a su bebé, Emanuela adelantó las rodillas, que golpearon el suelo y le provocaron un dolor que le alcanzó las caderas. Ni el percal gastado y delgado de la falda ni la paja la protegieron contra la aspereza de las piedras, y supo que se había pelado las rodillas. Trató de huir en cuatro patas, mientras pedía auxilio. Un peso abrumador le cayó encima y la aplastó contra el jergón.

—Vas a ser mía. —El aliento agitado de Murguía le golpeó la oreja—. Estoy cansado de esperar.

—¡Auxilio! ¡Guardia, por favor, ayudadme!

—Grita todo lo que quieras. He echado opio en la bebida del guardia. Dormirá toda la noche y, por mucho que grites, no te escuchará. Solo conseguirás lastimar tu garganta. Relájate, Manú, y déjame amarte.

—¡Nunca! ¡Auxilio! ¡Alguien me ayude! ¡No, no! —se desesperó al sentir el frío en las piernas desnudas; Murguía estaba levantándole la falda.

—No sabes cuánto he deseado que llegase este momento. No sabes cuánto te he deseado, Manú.

—¡No, suélteme! ¡No me toque!

Murguía le cubrió la boca con una mano, mientras con la otra intentaba bajarse el calzón. Emanuela seguía gritando, aunque sus alaridos surgieran sofocados y nadie los escuchase. La agitación y algunos insultos mascullados de Murguía eran los únicos sonidos que ocupaban la celda. Hasta que un aullido irrumpió en la noche y rasgó la quietud como el filo de sable habría rasgado la seda.

—¿Qué fue eso? —se asustó Murguía, y quitó la mano que cubría la boca de Emanuela.

—¡Miní, Miní, ayúdame, por favor! ¡Sigue aullando, Miní!

—¡Cállate! Deja de hablar en esa lengua endemonia...

Otro aullido, más bien un rugido, volvió a irrumpir en la celda. Y otro, y otro más. Murguía se puso de pie y se tapó los oídos.

—¡Haz que se calle! ¡Despertará a todo el convento! ¿Qué es eso? ¡Haz que se calle!

Emanuela se incorporó y se colocó delante de su torturador. Lo aferró de las muñecas y le apartó las manos de las orejas. Gritó para que la escuchase sobre los aullidos del carayá.

—Es un demonio rojo y pequeño al que he convocado para que os lleve al infierno.

—¡No, calla, calla! ¡Tú no puedes convocar a ningún demonio!

—¡Sí que puedo! ¡Soy una bruja poderosa!

—¡No, no, tú no eres una bruja! ¡Tú eres una santa!

—Soy una bruja, la que os conducirá al infierno. ¿Acaso no lo oís? Sus dientes son afilados y se os clavarán en el cuello.

—¡Basta, basta! Hazlo callar.

Se escucharon gritos y correteos, y el pasadizo, oscuro un momento atrás, se llenó de luz.

—¿Qué está sucediendo aquí? —increpó una voz desconocida—. ¿Dónde está el guardia?

—¡Aquí, dormido! —contestó otra voz.

Miní había cesado de aullar, y Emanuela conjeturó que había escapado después de haber hecho saltar a los dominicos en sus camas.

—¡Auxilio! —exclamó Emanuela, y se lanzó hacia la ventanilla de la puerta—. ¡Aquí, por favor! ¡Ayudadme! ¡Auxilio!

Se retiró cuando un monje abrió la puerta. Emanuela se aferró a su torso.

—Por favor, padre, os lo suplico, haced que ese demonio salga de mi celda. Intentó vejarme. Intentó abusar de mí.

El dominico elevó la palmatoria e iluminó el rincón oscuro en el que el médico se acomodaba el miembro erecto dentro de los calzones.

—¡Doctor Murguía! ¿Qué hacéis aquí? ¡Esto es muy irregular, señor!

—¡Fray Luciano, disculpadme! Estaba durmiendo en mi celda, con pesadillas terribles, y de pronto me despierto aquí, en esta celda, con esta bruja. ¡Son sus hechizos poderosos lo que me trajeron aquí!

—¿Qué está pasando acá? —La voz de Ifrán y Bojons tronó en la celda—. ¿Qué es todo este jaleo? ¿Murguía, qué hacéis vos acá?

—Disculpadme, Excelencia. Le explicaba a fray Luciano...

—¡Trató de vejarme, Excelencia! ¡Entró en mi celda dos veces esta noche! Primero con doña Nicolasa de Calatrava...

—¿Cómo?

—¡Miente, Excelencia! ¡La bruja miente! Sabéis que estas mujerzuelas hablan con la lengua del demonio...

—¡Silencio! Salid de aquí. Vuesa merced y yo hablaremos mañana. Retiraos.

—Sí, Excelencia.

Murguía abandonó la celda sin levantar la vista, y Emanuela soltó el aire comprimido en los pulmones. Fray Claudio la observó de pies a cabeza durante unos segundos.

—¿Os encontráis bien? ¿Os ha hecho daño?

—No tuvo tiempo, Excelencia. Ese monje se presentó justo a tiempo.

El inquisidor asintió.

—¿Qué han sido esos aullidos que me hicieron saltar de la cama? —preguntó fray Luciano a Emanuela.

—No lo sé, padre.

Ifrán y Bojons la contempló con suspicacia y, sin esbozar palabra, abandonó la celda. Fray Luciano echó llave. Emanuela se colocó las manos en el vientre y cerró los ojos. El niño se agitaba dentro de ella. Necesitaba calmarlo. Pensó en Octavio, y se lo imaginó llevando de la mano a su pequeño hermano, mientras le contaba historias de *Orembae*, y lo imaginó también enseñándole a tocar el violín y a tirar con el arco. El bebé fue serenándose, y hasta que Emanuela no estuvo segura de que se había dormido, no apartó las manos. Recogió la palmatoria y la elevó hacia el ventanuco enrejado.

—¡Miní! —lo llamó entre dientes—. ¿Sigues ahí? —El gemido la hizo sonreír—. Asoma las manos entre las rejas, así puedo verlas. —El carayá las introdujo y apenas una parte del hocico—. ¡Ojalá pudiese tocarte, Miní! Gracias, amigo mío. Me salvaste de la peor humillación que una mujer puede sufrir, tal vez me salvaste la vida. Gracias. Te quiero.

CAPÍTULO XXII

Aitor se puso de pie y aguzó los sentidos. Su primo abipón Quebadín, que ronzaba un hueso de venado, lo tiró al fuego y lo imitó.

—¿Qué ocurre, primo Aitor?

—No lo sé. El monte está agitado. —En el atardecer, el juego de luces y sombras engañaba la vista, por lo que Aitor se servía más del olfato—. El cambio de viento me trajo un aroma inusual. A humano.

—¡Nedlanigrín! ¡Navedañac! —llamó Quebadín a sus hermanos, que dormitaban al costado del fuego—. Despierten. ¡Vamos! Sujeten sus armas. Alguien viene.

Vespaciano se aproximó secándose la cara; había ido al río a lavarse. Lo mismo hizo Luis María Quesada, el sobrino del gobernador Sanjust; dejó el libro que leía y se acercó.

—¿Qué sucede, hijo? —preguntó Amaral y Medeiros en castellano por consideración al joven Quesada.

—No lo sé con certeza. Creo que alguien se aproxima.

—¿Se tratará de indios? —se asustó el muchacho, que había quedado muy temeroso desde su experiencia con los abipones y de la cual lo había rescatado Aitor luego de mucho parlamentar con su abuelo Icholay y con sus tíos Añapiré y Payquín.

—Tal vez. Padre, lleva a Luis María y a los caballos hasta el río y no regresen hasta que mande por ustedes.

—Hijo...

—Haz lo que te digo, padre. Por favor. —Le clavó la mirada, y Vespaciano asintió.

Pasados unos momentos de tensión, Carmen, el mensajero de la mina, emergió de entre un monte de Algarrobos con su caballo a la zaga, y la montura de reserva en reata.

—¡Carmen! —exclamó Aitor, y salió de su escondite con las armas en las manos.

—¡Don Aitor! ¡Bendito los ojos, patrón! Hace semanas que llevo buscándolo.

—¡Bajad las armas! Carmen es amigo —indicó, y repitió lo mismo en abipón—. ¡Fernando! —llamó a uno de los soldados que, por orden de Sanjust, lo habían acompañado en su misión de rescate.

—¡Mande, don Aitor!

—Ve a buscar a mi padre y a Luis María. Están en el río, con los caballos.

—Enseguida.

Aitor tomó las riendas de Carmen y lo invitó a aproximarse al círculo donde minutos antes ardía el fuego que habían apagado echando tierra.

—Dices que andabas buscándome —comentó, y se esmeró por ocultar el

desasosiego que le causaba la presencia del mensajero—. ¿Algún problema?

—Don Conrado lo explica todo aquí, en esta carta. —La extrajo del morral y se la pasó.

—Tiburcio —llamó a otro de los soldados de Sanjust—, enciende el fuego y prepara algo para el amigo Carmen. Debe de estar hambriento y sediento.

—Sí, don Aitor.

Se retiró para leer la misiva en soledad. Temía romper el lacre. Sabía que si Conan había enviado a Carmen, el asunto era grave. El instinto le indicaba que se trataba de Emanuela. La mano le tembló, los labios también, la vista se le tornó acuosa. «Dios bendito, que nada malo le haya sucedido a mi Jasy». El sonido del sello al quebrarse le provocó un escozor. Leyó deprisa, atolondrándose, no entendiendo cabalmente lo que su amigo le comunicaba. ¿Emanuela estaba en manos de la Inquisición? La carta se sacudía en sus manos. Se quitó las lágrimas con el antebrazo; las líneas se desdibujaban, se mezclaban. «*Tengo que darte una mala noticia: la Inquisición anda tras Emanuela; quieren arrestarla. Por ahora, está a salvo en casa de doña Mencía. Pero necesito que vuelvas con urgencia*». Tomó una inspiración profunda e intentó calmarse.

—Gracias, Dios mío —susurró con el mentón al pecho, de pronto extenuado. Su Jasy estaba a salvo, oculta de esos maniáticos y perversos inquisidores. Se incorporó con un salto violento. ¿Y si la habían encontrado? ¿Y si alguien la había delatado? La carta estaba fechada el 17 de mayo, y de eso ya había transcurrido más de un mes. Lo sabía porque llevaba el paso del tiempo con actitud obsesiva —le había prometido a Emanuela que regresaría antes de que naciese el niño—, y podía afirmar que era 22 de junio. ¡Cuántas cosas podían haber sucedido en ese tiempo! El corazón se le desbocó en el cuello y le causó un dolor agudo. Corrió al campamento e indicó que se pondrían en marcha, que le importaba una mierda que estuviese por anochecer y que fuese una noche de luna nueva. Se hallaban a un día de Asunción, y él necesitaba llegar lo antes posible.

* * *

Se lo había pasado fuera del convento de Santo Domingo el día entero, agazapado, al acecho, a la espera de verlo aparecer. Debían de ser alrededor de las seis de la tarde; lo sabía porque un rato antes habían sonado las campanas para rezar el ángelus, y en ese momento las voces de los monjes se alzaban para entonar las vísperas, trasponían los muros del claustro y lo alcanzaban en la calle.

Empezaba a perder la esperanza cuando lo vio salir. El corazón le dio un vuelco. Ifrán y Bojons se precipitó fuera del convento con ese paso apurado que le conocía bien. Iba solo. Entró en la iglesia. No dudó en seguirlo. Lo vio introducirse dentro de un confesionario y cerrar la puerta con un golpe seco. Esperó a que terminase de confesar a la única feligresa y que esta abandonase la iglesia antes de arrodillarse

delante de la ventanilla enrejada.

—Ave María Purísima —dijo el inquisidor.

—No he venido aquí para hacer confesión alguna.

—¿Qué? —Ifrán y Bojons se incorporó en su asiento y aguzó la vista para descubrir al irreverente que le hablaba—. ¿Quién eres?

—¿No reconoces mi voz? ¿No la recuerdas de aquel día en la almoneda, cuando te susurré tu secreto?

—¡Calatrava! —Salió del confesionario de modo atropellado, y el impacto de la puerta contra la estructura de madera causó un estrépito en la quietud de la iglesia.

Hernando de Calatrava se puso de pie y lo aguardó con gesto impasible, que disimulaba un corazón desbocado.

—¡Te declaro en arresto por bígamo!

—No he venido a hablar de mí sino de la muchacha que has apresado bajo una acusación falsa. He venido a hablarte de Emanuela Ñeenguirú.

—¿Qué tienes tú que ver con ella? ¡Ah, pues claro! Ella fue quien te salvó la pierna con sus conjuros y hechizos satánicos. Le debes el favor a la bruja.

—Ella no es una bruja. Ella heredó de su abuela el don para sanar con las manos.

—¡Pues su abuela habrá sido también una bruja!

—Eso sostenías tú años atrás y por eso la hiciste arrestar en Lima. La pobre venía escapando de las Provincias Vascongadas, de las quemas que allí se perpetraban, para caer en tus manos en un sitio donde creyó hallar la libertad. Pero no contaste con el hecho de que te enamorarías de ella.

—¡Qué estás diciendo! ¡Cómo osas hablarme de este modo!

—Lo que intento decirte es que la muchacha que tienes prisionera desde hace semanas y a la que espero, por tu propio bien, no hayas sometido a tormento, es la nieta de Emanuela Zañartu, la hija de María Clara, y mía por lo tanto.

—¡Estás mintiendo!

—No miento. Emanuela Ñeenguirú es la hija que María Clara me dio, y a la que no conocí sino hasta hace cuatro años atrás. Emanuela es... tu nieta, Ifrán y Bojons, la hija de tu hija María Clara, que en paz descansa.

—Emanuela Ñeenguirú fue hallada a orillas del Paraná por un loyolista, se crió entre guaraníes. ¡No es la hija de María Clara! ¿Dónde está María Clara? ¿Por qué...?

—María Clara está muerta. —Hernando de Calatrava pronunció las palabras y se sentó en el escalón que conducía a la capilla de Santo Domingo de Guzmán.

—¿Qué dices, desgraciado? ¡Mi María Clara no puede estar muerta! ¡Ella vive! ¡Ella está viva!

—Cuánto quisiera yo que tus palabras fuesen ciertas, pero no lo son. El padre Ursus la halló medio muerta a orillas del Paraná. Acababa de parir a nuestra hijita. Murió desangrada. Sus restos descansan en el pueblo de San Ignacio Miní.

—No, no, no. —El dominico se dejó caer en el asiento dentro del confesionario y se sujetó la cabeza—. Mientes, mientes. Lo haces para torturarme, lo haces para

vengarte. Mi María Clara no puede estar muerta. ¡No está muerta!

—¿Dónde está, entonces? Llevas décadas buscándola. Tienes a ese perro rastrero, el tal Árdenas, tras su huella, y jamás pudo dar con ella. ¿Dónde está? ¡Dímelo! Porque si lo sabes, correré a ella, porque nunca he dejado de amarla.

Hablaban sin verse, uno dentro del confesionario, el otro en la escalinata de la capilla.

—¿Cómo sabes que Emanuela Ñeenguirú es la hija de María Clara? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque la descripción de la mujer que el padre Ursus halló a orillas del Paraná coincide con la de ella, porque parió a la niña en la misma época en que María Clara y yo esperábamos a nuestro hijo, pero sobre todo porque el padre Ursus asegura que la mujer que está enterrada en San Ignacio Miní tenía una mancha en el muslo derecho, de forma romboidal, igual a la que tenía María Clara.

—*Stigma diaboli* —farfulló Ifrán y Bojons.

—¿Cómo has dicho?

—Cualquiera podría tener una mancha similar —alegó, e hizo caso omiso de la pregunta de Calatrava.

—No lo creo así. De todos modos, si aún no te convences, ¿es que acaso no has observado detenidamente a Emanuela Ñeenguirú? Yo, cuando la veo, te veo a ti, el mismo corte de cara, la misma nariz aguileña, la misma frente amplia y despejada, pero en especial los mismos ojos grandes y azules. El azul de los ojos de mi hija, tan puro, tan bello, tan infrecuente en estas tierras, es igual al tuyo, Ifrán y Bojons, solo que los de Emanuela miran con dulzura y comprensión; los tuyos, con soberbia.

El inquisidor se mordió el puño y apretó los ojos para atajar el llanto. En ese instante comprendía qué lo turbaba cada vez que sus ojos se detenían en el rostro de la Ñeenguirú: veía a su propia madre, a doña Elisa de Ifrán y Bojons, a quien él había amado tiernamente y perdido cuando tenía dieciocho años.

—Oh, santo cielo —masculló con los dientes clavados en los nudillos. «Es la hija de mi María Clara», se convenció. «Esa muchacha a quien he tratado como a un desecho es mi nieta, carne de mi carne, sangre de mi sangre. Es la nieta de mi adorada Emanuela, de quien heredó el poder para sanar. Oh, Dios bendito, ¿por qué me castigas de este modo tan cruel?»

Se secó los ojos con la manga del hábito y se aclaró la voz.

—¿Por qué se llama Emanuela? ¿Quién le puso ese nombre?

—Su madre antes de morir se lo susurró al padre Ursus. Quería que su hija se llamase como su madre.

—María Clara no conocía su historia, no sabía nada acerca de Emanuela Zañartu. ¡Estás mintiendo! ¡Estás confundíendome! Estás enredándome con tus mentiras.

—Sabes que no estoy mintiéndote. María Clara conocía bien su origen, conocía la historia de su madre, de su *verdadera* madre. ¿Cómo crees que pude susurrarte esa verdad aquel día en la almoneda? Porque tu hija me la refirió antes de que huyésemos

de Lima. Tu hermano Martín le confesó la verdad en su lecho de muerte. No quería llevarse esa carga al más allá y le confesó todo antes de expirar. Le dijo que su madre estaba presa en la secreta, que tú la habías dejado encinta, que ella, mi María Clara, había nacido en prisión, que tú la habías arrancado de los brazos de su madre, Emanuela Zañartu, y que se la habías entregado a él y a su esposa, que no podían tener hijos, para que la criasen como propia. Cuando tu cuñada murió, tú decidiste llevártela a vivir contigo al Palacio de la Inquisición, con la excusa de que te ocuparías de su educación.

—No soportaba vivir lejos de ella —admitió, con voz gangosa—. Mi hermano vivía en el Callao y la mantenía lejos de mí. Y yo no soportaba su ausencia.

—Tu hermano Martín murió la noche en que le confesó la verdad a tu hija. Al día siguiente, ella viajó a Lima y, aprovechándose de los amigos que había hecho entre los guardias del palacio, consiguió entrar en la secreta y conocer a su madre.

—¡Oh, santo cielo!

—La mujer estaba débil, moribunda, pero fue feliz al saber que su hija la estrechaba entre sus brazos. Falleció serenamente durante la noche. Al día siguiente, María Clara y yo nos fuimos. Cuando quedó encinta de nuestra hija me pidió que, en honor a su madre, la llamásemos Emanuela, o Emanuel, en caso de que fuese varón.

Calatrava se estremeció al escuchar el llanto de Ifrán y Bojons. No se atrevía a abandonar su sitio, no quería presenciar el derrumbe de ese pedestal de orgullo y pedantería, no quería apiadarse de él ni consolarlo. Se quedó quieto en el escalón, a la espera de que el inquisidor recobrase la compostura. Lo oyó inspirar sonoramente y carraspear.

—Tú, maldito Calatrava, convertiste a mi pura María Clara en una pecadora. Si es cierto que murió, lo hizo en el pecado y ahora arde en el infierno.

—Déjate de sandeces. ¿Aun en un momento como este tienes ánimo para hablarme del infierno? María Clara jamás supo que yo estaba casado. Ella siempre creyó en mí. Siempre creyó que estaba casada con un hombre honesto, por lo tanto, no murió en pecado, sino en la gracia de Dios, junto a un jesuita que la absolvió de los pocos pecados que pudo haber tenido, aunque dudo de que haya tenido alguno. Yo no la merecía.

—No, no la merecías. Eres un infame.

—Tú tampoco la merecías. Ella te amaba, y tú la engañaste toda su vida. Trataste a su madre como a un despojo, la tuviste encerrada en esa celda inmunda durante veinte años. Eres una bestia sin sentimientos. Tú, que proclamas la religión de Cristo, no has comprendido nada de sus enseñanzas. Tu corazón es de piedra, está seco, y en él no ha penetrado nada del amor de Dios. Solo ves pecado, brujería, herejía, solo eso. Nada de la luz de las personas llega a ti, ni siquiera la de María Clara, que era la luz más brillante que he conocido.

Calatrava se puso de pie de un salto cuando Ifrán y Bojons se precipitó fuera del

confesionario y lo enfrentó.

—¡La luz de mi hija era mía, mía! ¡Tú me la robaste! La arrancaste de mi lado...

—¡No! Ella decidió irse conmigo cuando supo la calaña de hombre que era su supuesto tío, el recto e irreprochable fray Claudio de Ifrán y Bojons. Durante un tiempo te detestó, y jamás pronunció tu nombre. La hería profundamente que hubieses tratado a su madre como a un despojo, que la hubieses forzado a fornicar contigo...

—¡No! ¡Calla! ¡No sabes lo que dices! Jamás la forcé. Emanuela y yo nos amábamos.

—Tú no sabes amar, Ifrán y Bojons. Tú solo amas tus dogmas y tus malditas leyes eclesiásticas y amas infligir dolor a quien los quebranta. Eso es lo que tú amas, nada más. No se ama y se atormenta; no es posible.

—Yo amaba a Emanuela, y amaba con todas mis fuerzas a la hija que nació de ese amor. ¡Yo las amaba!

—Pues si es cierto que las amabas, entonces pon en libertad a tu nieta, la hija de María Clara, y redímete del sufrimiento que causaste a su abuela y a su madre. Emanuela, mi hija, tu nieta, es inocente, víctima de una intriga. ¿Quién la ha denunciado?

—Eso no te lo diré, no te compete.

—Pues yo te lo diré. La denunció mi esposa, Nicolasa de Calatrava. Nadie me convencerá de lo contrario. Sé que ella está detrás de esa denuncia. Desde que supo que nunca la amé sino que amé locamente a la madre de Emanuela, ha esperado el momento para golpearla a ella sabiendo cuánto daño me haría a mí.

—La acusación contra Emanuela es muy grave. Se sospecha que asesinó a su cuñado, Lope de Amaral y Medeiros.

La risotada de Calatrava provocó un respingo en fray Claudio y rebotó en los altos muros del templo.

—Qué mal has hecho tu trabajo de inquisidor. ¿Inquisidor no es aquel que hace preguntas e inquiere para averiguar la veracidad de los hechos? Pues aquí no has averiguado nada de nada. Tal vez con la edad, tus habilidades como inquisidor estén oxidándose. Porque ya eres un viejo, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes? Más de setenta, calculo. Si hubieses hecho gala de la destreza de la que todos hablan sabrías que Emanuela amaba a Lope como a un hermano, y que la confianza entre ellos era absoluta. Emanuela ayudó a Lope años atrás a superar su vicio con el alcohol, que se lo habría llevado a la tumba prematuramente si no lo hubiese abandonado. Y lo consiguió gracias al empeño de Emanuela. ¿Por qué lo envenenaría después con flores de floripondio?

—¿Cómo estás tú al corriente de estos detalles? Cuando el joven Amaral y Medeiros murió, tú ya eres un fugitivo del Santo Oficio.

Calatrava no le confesaría que Leónidas Cabrera, cada vez que lo visitaba en su escondite, lo ponía al tanto de los dimes y diretes.

—Lo sé y basta. Responde a mi pregunta. ¿Por qué Emanuela lo envenenaría con flores de floripondio sabiendo que todo el mundo conocía su destreza en el manejo de las plantas medicinales? Es una joven muy inteligente, eso lo habrás comprobado tú mismo. No habría asesinado a Lope para luego incriminarse sin sentido. ¿Qué responde tu mente de inquisidor?

Ifrán y Bojons lo miró con odio a través del espacio penumbroso de la iglesia, no porque repudiase lo que Calatrava le soltaba sin preámbulos, sino porque él mismo se lo había planteado.

—¿Dices que tu esposa sabe que Emanuela es tu hija?

—¡Por supuesto que lo sabe! ¿No te lo mencionó cuando se presentó para hacer la denuncia? Qué conveniente —añadió, con una sonrisa falsa.

—No, no lo mencionó —admitió el inquisidor.

—Nicolasa es una mala mujer. Y no tengo duda de que fue ella quien asesinó a Lope. Tiene una obsesión con la fortuna de los Amaral y Medeiros, y ahora que Aitor, el esposo de Emanuela, es un Amaral y Medeiros, rico por sus propios medios, quiere que nuestra hija Ginebra se quede con todo, con las dos fortunas. Ya se deshizo del pobre y bueno de Lope. Ahora va por Emanuela. Y está usándote a ti para lograrlo.

—¿Por qué no matarla al igual que hizo con su yerno? ¿Por qué echar mano de una intriga tan retorcida? En general, los reos de la Inquisición terminan cumpliendo condenas, no en la hoguera.

—Por un lado, no le habría sido fácil acceder a Emanuela para matarla. Emanuela desconfía de ella, sin mencionar que su esposo Aitor, que la ama de manera casi demencial, la protege como si se tratase de la gema más preciada. Por el otro, las sospechas habrían caído de inmediato sobre Nicolasa, pues es sabida la ojeriza que le tiene. De todos modos, si Emanuela confesase, gracias a vuestros métodos tan persuasivos, de que es la asesina de Lope, tú la entregarías a la Justicia secular y ellos la colgarían, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Entonces, Nicolasa habría triunfado. De igual modo, no intentes comprender cómo funciona la mente oscura de mi esposa; yo nunca he podido. Lo que más deseaba era infligir daño, a mí y a mi hija, y lo está consiguiendo. Desde que supe que está en tus manos, las manos del inquisidor más severo de las Indias Occidentales, solo he añorado regresar a Asunción y decirte la verdad. Llegué esta madrugada, y me lo he pasado todo el día esperando a que salieses del convento para enfrentarte, para rogarte que liberes a mi hija, a la hija de María Clara. A tu nieta.

Se miraron fijamente. Calatrava percibía que las estructuras de hierro de Ifrán y Bojons se quebraban y caían. Anhelaba oírle decir que liberaría a Emanuela de culpa y cargo. Se sobresaltó cuando una sonrisa inesperada curvó la boca del inquisidor. Enseguida sintió el frío del metal en la nuca. Se quedó quieto, la respiración contenida.

—No se mueva o disparo —escuchó la voz detrás de él.

—Árdenas —ordenó Ifrán y Bojons—, lleva al fugitivo Calatrava a una celda.

—¡Ifrán y Bojons! —se agitó Calatrava—. ¿Qué haces?

—Me cobro mi venganza. Por tu culpa, perdí a María Clara. Es hora de pagar.
¡Árdenas, condúcelo a la secreta!

—Como ordene, fray Claudio.

* * *

Entró en la celda con una palmatoria en alto y enseguida se cubrió la nariz con un pañuelo; no habían retirado el balde con las heces y la orina. La avistó sentada sobre el jergón, encogida contra la pared. Sus ojos grandes, habituados a la oscuridad, parpadearon cuando la luz del pabilo los iluminó. Enseguida se abrieron con terror evidente. Cerró con llave y se quedó de pie, observándola, estudiándola, permitiéndole a los recuerdos que lo avasallasen, que lo sofocasen. La vista comenzó a nublársele, por lo que carraspeó y dio un paso adelante. La rea... No, la rea no; Emanuela se ovilló aún más y gimoteó. Depositó la palmatoria en el suelo y extendió el brazo hacia ella.

—No temas. No voy a hacerte daño.

—¿Ya me tocan los cien azotes?

—No. Ya no habrá cien azotes. Nadie te hará daño.

—Pero yo no sé qué confesar para evitar que me hagáis daño. No sé qué hice para merecer esto. No hice nada malo. —Se echó a llorar tan quedamente que Ifrán y Bojons apenas oía los sollozos.

Le apoyó la mano sobre la coronilla, y no sintió asco al notar la cabellera apelmazada. La muchacha se estremeció ante el contacto e intentó alejarse.

—No te alejes de mí, no me temas. Sé que no has hecho nada malo.

—¿De veras?

—Sí, sé que estás aquí a causa de una injusticia.

Emanuela le tomó la mano y se la besó.

—¡Gracias, gracias, Excelencia! ¿Cuándo podré dejar este sitio? ¿Cuándo podré volver a ver a mi familia?

—Ven. —La ayudó a levantarse. Emanuela, que desde hacía dos días se sostenía con la magra ingesta de pan, se mareó y cayó en los brazos del inquisidor—. Te tengo, Emanuela —dijo, y al pronunciar su nombre por primera vez, experimentó un torrente de júbilo—. No te dejaré caer. —Caminaron hacia la puerta, y el inquisidor, sin soltarla, quitó el cerrojo y la abrió—. Rodea mi cuello con tu brazo. Te llevaré en andas. Estás muy débil.

Avanzó por los túneles malolientes y escasamente iluminados con su nieta en brazos. ¡Su nieta! Era un viejo achacoso, sin el vigor de los años pasados, y sin embargo subió las escaleras como si nada llevase entre los brazos, tan inmensa era la

alegría que lo impulsaba. La muchacha se aferraba a su cuello y le apoyaba la mejilla sobre el pecho, y ese gesto de confianza le devolvía treinta años de vida, de una vida sin sentido, en ese momento lo comprendía.

—Esto debí hacer con tu abuela casi cincuenta años atrás.

—¿Cómo habéis dicho, Excelencia?

—Nada, hija, nada. Descansa.

Sus hermanos dominicos se aprestaban para rezar las completas, la última hora canónica, por lo que vagó por el claustro y los pórticos con su carga en brazos sin que nadie lo molestase. Entró en la despacho, y Cristóbal sofocó una exclamación al verlo apoyar sobre un sofá a la rea Emanuela Ñeenguirú.

—Cristóbal, trae de beber y de comer a la señora de Amaral y Medeiros.

—Pero... Fray Claudio, yo...

—¡Deja de balbucear y cumple mi orden!

La sonrisa desdentada de Cristóbal lo tomó por sorpresa. Ahora que lo pensaba, nunca lo había visto sonreír. El hombre salió deprisa, y fray Claudio se quedó mirando la puerta cerrada. Se aproximó a Emanuela, que lo observaba con desconfianza.

—¿Por qué me ha traído aquí? ¿No podría dejarme ir a mi casa? ¡Echo tanto de menos a mi hijo!

«Su hijo, mi bisnieto. El bisnieto de Emanuela, el nieto de mi adorada María Clara».

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Octavio —contestó, con voz llorosa.

—¿Por qué lo llamaste de ese modo?

—En honor a mi *pa'i*... al padre Octavio de Urizar y Vega.

—¿El que te encontró a orillas del Paraná apenas nacida? —Emanuela asintió—. Le tienes mucho afecto, ¿verdad?

—Lo amo entrañablemente. Es como un padre para mí.

Los celos y la envidia lo obligaron a apartarse. Le sirvió un vaso con horchata mientras le daba la espalda e intentaba ahogar la angustia que se reflejaba en sus facciones.

—Bebe a sorbos. Tienes el estómago delicado después del ayuno.

—Gracias, Excelencia.

Emanuela sorbía y contemplaba al anciano que de mayestática figura se había convertido en un hombre bueno y comprensivo. Se instaba a no confiar en él. ¿Intentaría violarla como había hecho Murguía? Era un hombre muy mayor; resultaba improbable que pretendiese aprovecharse de ella o que contase con los bríos para hacerlo. ¿Cuántos años tenía? Más de setenta, seguro.

Cristóbal regresó con la comida y la sonrisa, y fray Claudio lo siguió con la mirada mientras ponía delante de Emanuela el plato de arroz con lentejas y un poco de conejo al romero.

—Qué bien huele, Cristóbal. Muchas gracias.

—Vuesa merced se lo merece. Esto y más. Mucho más.

El dominico observó el intercambio con ojos desconcertados. Cumpliendo sus órdenes, Cristóbal había asistido a la muchacha durante los primeros días, cuando era presa de las fiebres que casi se la habían llevado. ¿Habría bastado para que el africano cayese bajo su embrujo? «¡No es una bruja!», se reconvino. «Es gentil, bondadosa y dulce, como su abuela, por eso es fácil quererla».

—¿Por qué sonríes tanto, Cristóbal? ¿A qué se debe que estés tan feliz?

—A que doña Manú está fuera de ese sitio horrendo, Excelencia. Ella no pertenecía a ese sitio oscuro.

—¿Qué sabes tú de esas cosas, negro irreverente?

—¡Yo no sé naa, Excelencia! Solo sé que doña Manú me curó las grietas que se me hacían en las manos y que casi no me dejaban trabajar pa' vuesa merced. ¡Mirad, Excelencia! —Extendió las manos, y el inquisidor comprobó que las heridas no estaban. Había olvidado la condición que aquejaba la piel de su servidor, a la que Moral se había negado a curar pues él no trataba a esclavos. Ifrán y Bojons sospechaba que, de igual modo, no habría sabido hacerlo.

—¿Cómo lo has curado, Emanuela?

—Con aloe vera, Excelencia. Y le confeccioné unos guantes de tela embreada para que no volviese a tocar el agua fuerte al limpiar vuestra tina.

—¿Todo esto lo habéis hecho a mis espaldas? —preguntó, y alternó miradas entre la muchacha y el esclavo, que tuvo la deferencia de mostrarse contrito y bajar la vista.

—Sí, Excelencia —contestaron al unísono.

—No culpéis a Cristóbal, Excelencia. No pude evitar sugerirle que se tratase las heridas con aloe. Estaba sufriendo.

El inquisidor asintió con gesto grave y le indicó al esclavo que lo acompañase fuera.

—Come, muchacha —la instó antes de abandonar el despacho—. Hazlo despacio. En caso contrario, te sentirás mal. —Afuera, en el pórtico, susurró—: Cristóbal, ve a la casa de la señora de Amaral y Medeiros y dile a su esclava personal, quien esta sea, que se presente aquí ahora mismo, sin demora, con ropas limpias para su señora. Deja de mirarme con esos ojos de besugo, hombre, y ve a hacer lo que te digo.

* * *

—Adelante —invitó Ifrán y Bojons, y mantuvo la vista en el documento que simulaba leer. Le costaba mirar a la cara a Murguía. Lo despreciaba. Lo había despreciado cuando se dio cuenta de que había intentado vejar a la prisionera Emanuela Ñeenguirú, lo había despreciado mientras intentaba convencerlo de que se había tratado de un embrujo que la mujer le había echado, y lo despreciaba con fuerzas renovadas en ese momento al pensar que había estado a punto de mancillar a

su propia nieta.

—¿Me mandasteis llamar, Excelencia? —preguntó con voz y gesto más obsecuentes de lo normal. Después del episodio en la celda de Emanuela, temía que el inquisidor lo apartase de sus funciones. Notó que no lo invitaba a sentarse.

—Vos interrogasteis a doña Nicolasa de Calatrava la primera vez que se presentó aquí, ¿verdad?

¿A qué primera vez se refería? ¿Lo habría descubierto? ¿Sabía que se habían complotado para inculpar a Emanuela?

—Sí, Excelencia. El notario del secreto y yo la interrogamos en el locutorio, toda vez que las mujeres no pueden ingresar en el convento. La mujer se presentó espontáneamente y la interrogamos. La citamos de nuevo, y en esa oportunidad fuisteis vos el que la interrogó.

—¿Sabíais que la mujer es la madrastra de Emanuela Ñeenguirú? —Ifrán y Bojons alzó la vista por primera vez y la clavó en la confusa del físico.

—Yo... No... ¿Es su madrastra?

—Sí, lo es. Emanuela Ñeenguirú es hija de un bígamo llamado Hernando de Calatrava. Doña Nicolasa le tiene mala voluntad a la hija que nació del segundo matrimonio de su esposo, solo Dios sabe por qué, toda vez que la niña, mejor dicho, la joven no es culpable de los pecados de su padre.

—Por supuesto que no lo es, Excelencia. No estaba al corriente de esta información crucial.

—Sí, crucial en verdad. —Firmó el documento que había estado leyendo. Dejó caer unas gotas de lacre derretido bajo sus ringorrangos y hundió el sello del Santo Oficio sobre ellas—. Tomad, doctor Murguía. Esta es una orden de arresto para doña Nicolasa de Calatrava.

—¿Vais a arrestarla? —El pánico se apoderó de él. Si doña Nicolasa, bajo tortura, admitía la intriga que habían urdido, él también acabaría en la secreta—. ¿Bajo qué cargo, Excelencia?

—Bajo el cargo de calumnia. Sospecho, además, que fue ella quien asesinó a Lope de Amaral y Medeiros.

—¡Oh, no!

—Lo sabremos con seguridad después del interrogatorio. Ahora proceded con diligencia.

—¿A estas horas de la noche, Excelencia?

—¿Cuándo ha sido un problema la hora para defender la causa divina? Que os acompañen el alguacil y el notario del secreto. Id a buscarla ahora mismo. No volváis sin ella, doctor Murguía. Vuestro futuro como familiar y como amanuense depende de esta gestión. No traicionéis mi confianza.

Murguía, incapaz de articular, inclinó la cabeza y se retiró. Ifrán y Bojons soltó un suspiro cuando la puerta se cerró. Le habría gustado deshacerse de ese gusano, pero lo necesitaba para llevar adelante el plan que había trazado en esas horas desde que se

había enterado de que había perdido a una hija, pero ganado una nieta. Se levantó, de pronto exhausto; no obstante, la idea de entrar en su celda y encontrarse con Emanuela le devolvió la vitalidad. Insertó la llave en el cerrojo y la giró haciendo mucho ruido para alertar a las mujeres dentro. Igualmente, dio unos golpeteos para asegurarse de que su intención era comprendida. Entró y cerró con llave de nuevo.

Se quedó en silencio, mientras observaba a la muchacha pálida y ojerosa que lo miraba con aprensión, sentada en la única silla. La esclava —Cristóbal le había dicho que se llamaba Romelia— también lo miraba, pero pegó el mentón al pecho apenas él movió la vista en su dirección.

—¿Te sientes mejor ahora que te has dado un baño y puesto ropas limpias?

—Sí, Excelencia. Gracias.

—Quiero que comprendáis que dos mujeres dentro de un convento de monjes se consideraría algo muy irregular. No podréis abandonar la celda mientras permanezcamos aquí. Por eso echo llave.

—Excelencia, ¿no podría ir a mi casa? De eso modo, no os comprometeríais por mí.

—No —dijo, y la respuesta surgió demasiado cortante—. No, querida. Aún hay formalidades que cumplir, solo que no quería que permanecieras en esa celda insalubre. Por eso te traje aquí. Pero no puedes volver a tu casa. No por el momento. Si no estás muy cansada, me gustaría que me acompañases. Quiero que veas a alguien.

—Sí, Excelencia —vaciló Emanuela.

—Ven. No me tengas miedo. Nada malo volverá a sucederte. Yo no lo permitiré.

—¿Es seguro que salga?

—Sí. Mis hermanos están reunidos en la capilla. No te verán.

Emanuela se cubrió con el rebozo y lo acompañó a través del silencioso convento. El dominico llevaba una palmatoria, que solo encendió delante de una puerta que Emanuela reconoció y que la hizo sollozar.

—No temas. Solo te pido que entres aquí una vez más. Necesito que veas a alguien.

—¿A doña Mencía?

—A otra persona. Pero si luego quieres visitarla, te llevaré con ella.

—Sí, lo deseo tanto, Excelencia.

Los pasadizos y los túneles la desorientaron, y no habría sabido emerger de esas mazmorras sin la guía del inquisidor. Se detuvieron delante de una puerta. Ifrán y Bojons extrajo del bolsillo de la sotana una argolla con una decena de llaves negras, de varias pulgadas de largo. Probó dos antes de acertar y abrir la puerta.

—Ven, entra. Hay alguien que estará contento de verte. —Ifrán y Bojons elevó la palmatoria, y la luz cayó sobre una figura sentada en el suelo—. Calatrava, de pie. Aquí está Emanuela.

—¡Padre! —Corrió hacia él y no le dio tiempo a incorporarse. Se arrodilló y se

lanzó a sus brazos—. ¡Padre, padre! ¡Cuánto os he echado de menos!

—Hijita —balbuceaba Calatrava, entre sollozos—. Hijita mía. Tesoro mío.

—Padre, ¿qué hacéis aquí? —La pregunta le sonó estúpida y enseguida la rectificó—. ¿Alguien os delató?

—No, yo mismo me entregué. Cuando supe que habías caído presa de la Inquisición, no lo dudé un segundo y vine a ver a fray Claudio.

—¡Por qué! —se agitó Emanuela—. ¿Por qué hicisteis eso?

—Porque te amo demasiado, y no soportaba la idea de que estuvieses padeciendo este infierno. No lo mereces, hija mía.

—Anda, Calatrava. Quiero que le refieras lo que me dijiste a mí hace unas horas. Emanuela tiene derecho a saber.

—¿No te has atrevido a confesarle *tus* pecados? ¿Quieres que lo haga yo por ti?

—¡Padre! —se escandalizó Emanuela—. ¿Por qué le habláis así a Su Excelencia?

—Ah, hijita. Fray Claudio y yo somos viejos... conocidos. Le hablo como me da la gana, porque nadie lo conoce como yo.

—¡Anda! No pierdas tiempo. Díselo. Quiero que lo oiga de tus labios para que crea.

Emanuela volvió la mirada hacia su padre y tuvo miedo de lo que le diría. Calatrava le sujetó las manos y se las besó.

—Ángel mío, nunca te he hablado de la familia de tu madre, de María Clara.

—Me dijisteis que era huérfana y que la había criado un tío, que era clérigo.

—Nunca te conté su verdadera historia. Quiero que me escuches hasta el final. —Emanuela asintió—. Cuando nos conocimos en Lima, tu madre vivía con ese tío clérigo del que te hablé, un hombre muy duro, muy severo, pero a quien ella amaba profundamente porque, me consta, con ella era condescendiente y bondadoso, tanto la quería. Su padre, llamado Martín, vivía en el Callao, y cuando cayó enfermo, tu madre viajó de inmediato para estar a su lado. Martín, sabiendo que moría, le confesó que, en realidad, ella no era su hija, sino su sobrina. En realidad, era hija del clérigo que se hacía pasar por su tío.

—¡Oh!

—Lo primero que María Clara quiso saber y que Martín le confesó fue quién era su madre. Emanuela Zañartu, así se llamaba, y era una convicta de la Inquisición, que desde hacía dieciocho años estaba presa en la secreta.

—¡Santo cielo!

—El tío clérigo de María Clara, que ahora resultaba ser su padre, se había enamorado de Emanuela Zañartu y la había dejado encinta durante sus primeros tiempos de cautiverio, mientras su proceso por brujería se llevaba adelante.

—¡Qué!

—Emanuela Zañartu no era una bruja, hijita. Ella poseía el don de curar con las manos. Tú lo has heredado de ella.

Emanuela se miró las manos.

—Ese clérigo, el inquisidor que amó y torturó a tu abuela es él. —Alzó el índice y señaló a fray Claudio, pero Emanuela no conjuró la voluntad para volverse y mirarlo —. Tu madre, María Clara de Ifrán y Bojons, era su hija, que nació en las mazmorras del Palacio de la Inquisición en Lima. Tú, a quien ha retenido prisionera todo este tiempo, eres su nieta. La historia se ha repetido, y así como tu abuelo acusó y condenó a la mujer que amó, ahora te acusa a ti, y yo no podía permitirlo. Por eso salí de mi escondite para revelar la verdad, para salvarte.

—¡Pero caíste en sus garras!

—¡Haría cualquier cosa por ti, hijita! Tú eres la hija que me dio María Clara, el amor de mi vida. Haría cualquier cosa... —Se le cortó la voz y se cubrió el rostro.

Emanuela lo encerró entre sus brazos y lloró amargamente. La aliviaba llorar; después meditaría acerca de la verdad que acababan de soltarle a la cara. Al cabo, sintió una mano que le oprimía sutilmente el hombro.

—Vamos, Emanuela —dijo Ifrán y Bojons—. Tienes que descansar. Ha sido un día muy largo para ti.

—Quiero quedarme aquí, con mi padre. No quiero dejarlo solo en esta oscuridad. La oscuridad es lo peor del encierro. Si yo le hablo, la oscuridad no será tan insondable.

—Eso es imposible —declaró el inquisidor con el acento autoritario por el cual era famoso y que en esa instancia ocultaba los celos que la declaración de Emanuela le había causado—. Vamos. Tienes que descansar.

—Ve, hijita. No quiero que permanezcas aquí. Tienes que pensar en mi nieto. —Calatrava le rozó el vientre—. Ve a descansar. Y no temas. Tu abuelo no te hará daño —expresó, con la vista fija en Ifrán y Bojons.

—Está bien —aceptó Emanuela, y besó a su padre en la frente—. Haré lo imposible para sacarte de aquí.

—No te preocupes por mí, Manú. La verdad es que cometí un pecado y tengo que pagar por él. Tú no eres bruja, hijita, pero yo sí fui bígamo.

—¡Vamos! —se impacientó el inquisidor, y Emanuela se apresuró a abandonar la celda detrás de él; no quería enojarlo.

Se detuvieron cerca de la escalera al escuchar insultos y gritos; pertenecían a una mujer. Emanuela no necesitó avistarla en la cima para reconocerla; se trataba de doña Nicolasa. La mujer, que descendía arrastrando los pies por los peldaños mientras Murguía y Árdenas la asían de los brazos, gritaba y se contorsionaba, insultaba y maldecía. Calló al columbrar dos figuras ensombrecidas al pie de la escalera. Abrió grandes los ojos al descubrir de quién se trataba.

—¡Maldita bastarda! ¡Maldita seas! ¡Bruja! ¡Asesina! ¡Tú asesinaste a mi yerno Lope! ¡Tú, con tus malas artes, hija de demonio!

Ifrán y Bojons le cruzó la cara de una bofetada, y no solo Emanuela reaccionó con una exclamación, sino también Murguía y Árdenas, que lo contemplaron con gestos pasmados.

—¡Callad, mujer malvada! Habéis acusado injustamente a esta joven cuando habéis sido vos quien envenenó a Lope de Amaral y Medeiros. —Sin darle tiempo a contestar, se volvió hacia Árdenas—. ¿Tú sabías que esta mujer es la madrastra de Emanuela Ñeenguirú? ¿Sabías que Emanuela Ñeenguirú es hija de Calatrava y de María Clara?

—¡Qué! —La sorpresa del cazador de brujas resultaba genuina—. ¡Os lo juro, Excelencia, no lo sabía! ¡Os lo juro! ¿Cómo pensáis que os habría ocultado una verdad tan relevante?

—Llevad a su celda a esa mujer. Mañana, después del primer ángelus, os quiero a los dos en mi despacho.

—Sí, Excelencia —respondieron al unísono.

* * *

Aitor y su comitiva —sus primos abipones, los tres soldados asignados por Sanjust para acompañarlo, el joven Luis María Quesada y su padre— habían llegado pocas horas atrás a Asunción y se escondían en casa de Conan, quien les había comunicado la terrible noticia: Emanuela se encontraba en manos de la Inquisición, que la mantenía prisionera en la secreta. Aitor había pateado muebles y arrojado cuando estuviese a su alcance, mientras rugía e insultaba. Nadie se había atrevido a acercarse para calmarlo, ni siquiera don Vespaciano, que, doblegado por la pena, lloraba como un niño y no prestaba atención al desaguisado que cometía su hijo. Al final, esperaron a que la rabia se le consumiese. Lo vieron desaparecer en los interiores y no lo siguieron. Media hora más tarde, Conan se atrevió a buscarlo. Lo halló en su dormitorio, sentado en el suelo, la espalda contra la cama, los codos en las rodillas, las manos en el rostro.

—¿Aitor?

—Pasa —dijo, la voz pastosa de llanto, y se secó los ojos y la nariz con las mangas de la camisa—. Ven, Conan. Necesito que me refieras todo lo que sabes.

—Lo haré. Durante estos días, he averiguado cuanto he podido. Debes saber que Sanjust y don Venancio Arguizábal han intercedido por ella, lo mismo el padre Ursus y el padre Santiago. Incluso el provincial de los jesuitas habló con el inquisidor Ifrán...

—¡Pero es obvio que no lograron una mierda! ¡Mi mujer sigue en manos de esos maniáticos religiosos! ¡Oh, Dios! ¿Qué le habrán hecho? ¿La habrán sometido a tormento? ¡Oh, Dios! ¡No, no!

Aitor volvió a cubrirse el rostro y a sacudir la cabeza. Conan jamás lo había visto en un quebranto semejante. Estiró la mano y se atrevió a apretarle el hombro.

—Manú es fuerte, Aitor, muy fuerte. Sabrá resistir. Ten fe. La rescataremos.

—¡Está preñada, Conan! ¡Por Dios santo! Mi hijo crece en su vientre y la tienen ahí, en ese sitio inmundo, lleno de ratas y vaya a saber qué otras alimañas. Dios

bendito, ¿es que nunca tendremos paz mi mujer y yo?

—Tal vez, por estar encinta, no se atrevieron a torturarla.

—¡Ja! ¿Qué les importa a esos maniáticos? Solo piensan en hacerse de una confesión.

—Calmémonos, por favor. Necesitamos mantener la mente fría para trazar un plan.

—Sí, sí —aceptó Aitor, y se puso de pie. Se sirvió un vaso con agua y lo bebió de un trago—. Cuéntame lo que sabes.

Se pasaron un buen rato hablando, analizando la situación, haciendo conjeturas, sacando conclusiones, decidiendo un plan de acción.

—Lo primero que necesito saber es cuándo volverá ese gusano de Murguía al prostíbulo. Envía a Engracia para que alerte a Adela, que le prometa tanto dinero que no le bastará la vida para gastarlo. ¡Mierda! Debí asesinar a ese malnacido en el 53. Abandonar Buenos Aires sin haberle hecho sentir el filo de mi cuchillo fue un error que Emanuela está pagando muy caro. ¡Hijoputa! Nada de esto habría sucedido si lo hubiese matado.

—No te culpes. Recuerda que en aquel momento tenías a la milicia detrás de ti. No podías demorarte en una ciudad en donde te daban caza.

—¿Quién dices que ha estado en contacto contigo?

—Cristóbal, el esclavo del inquisidor. Parece ser que Manú le curó una enfermedad que lo aquejaba, y el hombre es devoto de ella. —Aitor rio sarcásticamente soltando el aire por la nariz—. El pobre se entera de poco y nada, pero podría resultar de ayuda.

—Tráelo. Ofrécele dinero, cualquier cosa, lo que él te pida, pero necesitamos tenerlo de nuestra parte. Necesitamos convertirlo en un espía.

—¿Qué harás con los soldados de Sanjust y con el joven que rescataste? Me expresaron su preocupación y disgusto por el arresto de Manú. Es evidente que te aprecian. —Aitor asintió sin entusiasmo—. ¿Qué hacen tus primos abipones aquí?

—Querían conocer la mina y, sobre todo, ir en barco. Siempre avistan las grandes embarcaciones que navegan por el Paraguay y el Paraná, y cuando les dije que poseía una, no descansaron hasta convencerme de que los llevase conmigo. Ahora tal vez resulten de utilidad. Son jinetes muy diestros y grandes arqueros. Vamos. Hablaré con ellos ahora.

Horas más tarde, habían acordado que mantendrían oculto su regreso a Asunción. Aitor necesitaba del anonimato para moverse con libertad, y como los hombres le habían jurado fidelidad, no discutieron la decisión.

—Manda por mi hijo —ordenó Aitor a Conan. Durante ese tiempo lejos de Asunción y para su sorpresa, había echado de menos a Octavio con la misma intensidad que había echado de menos a la madre del pequeño—. Y también a las niñas. Los quiero conmigo. Dile a doña Inmaculada que pasarán una temporada en tu casa. Y trae a mi madre también. A mi padre le hará bien volver a verla. Lo del

arresto de Emanuela lo tiene muy mal. No quiero que su salud se resienta.

Cenaron en silencio, y mientras bebían infusiones y bajativos, escucharon que se abría la puerta principal, y de pronto la casa se vio invadida por las voces de los niños y los chillidos de Miní. Aitor saltó de la silla, se limpió la boca y arrojó la servilleta sobre la mesa. Caminó deprisa hacia al patio principal. Se detuvo a la visión de su hijo. Le faltó el aire y un nudo le agarró la garganta. Plantó rodilla en tierra y abrió los brazos. El «papito» que soltó Octavio antes de echar a correr le causó un estremecimiento. Aun el parco Argos ladraba en torno al padre y al hijo y festejaba el reencuentro. Aitor apretaba al pequeño contra su pecho y le besaba la cabeza.

—Hijo mío, hijo de mi alma, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Yo también, papito. Mi mamita... —masculló, y se detuvo. Arrugó la cara y se echó a llorar.

Aitor volvió a estrecharlo en un abrazo que pretendía protegerlo, consolarlo, devolverle la paz, aunque resultaba obvio que no estaba surtiendo efecto. Emanuela habría sabido pronunciar las palabras justas para calmarlo; él, no.

—Sí, lo sé, hijo, lo sé. Ahora estoy yo aquí, tú no debes preocuparte por nada. Yo te devolveré a tu madre. Te lo juro, Octavio. —Levantó la vista y descubrió a María Antonia y a Ana Dolores, que lo contemplaban desde cierta distancia. Estiró la mano, y las niñas corrieron a refugiarse en su abrazo.

—Nos quitaron a mamá Manú, padre —lloriqueó Ana Dolores.

—No os preocupéis. Iré por ella y la traeré de regreso. Nadie os quitará a vuestra madre. Quien lo haya hecho, se las verá conmigo.

En otro sector del patio, Malbalá y Vespaciano se abrazaban y sollozaban, se besaban y se contemplaban con adoración.

* * *

A la mañana siguiente, Emanuela se despertó desorientada, aunque descansada. Después de poco más de un mes de dormir sobre un jergón maloliente en el suelo, el colchón de lana mullida y las sábanas de lino fragante le resultaron el Paraíso; se notaba que fray Claudio, a diferencia de muchos de sus hermanos, era limpio y apreciaba los lujos. Con todo, se sabía prisionera, pues la puerta estaba con llave, y solo el inquisidor podía entrar, ni siquiera Cristóbal tenía libre acceso, y solo lo hacía con fray Claudio a la zaga.

Escuchó a Romelia, que se removía en el jergón que le habían extendido junto al lecho y agradeció a Dios esa pequeña concesión, la de tener a su fiel esclava junto a ella, que hasta la madrugada le había referido lo acontecido durante su ausencia.

—¿Estás despierta?

—Sí, Manú. ¿Dormiste bien?

—Sí, muy bien. Creo que... —Se interrumpió al escuchar unas voces elevadas y un correteo en el pórtico, situación inusual en un lugar caracterizado por la

recolección y el silencio—. ¿Qué estará sucediendo?

Se enteraron más tarde, cuando Cristóbal entró con la bandeja del desayuno. Le había abierto Árdenas, que echó un vistazo dentro y enseguida volvió a cerrar con llave.

—¿No te acompaña fray Claudio? —se asombró Emanuela.

—No, está muy ocupado con una cuestión. Parece ser que una rea que trajeron anoche, a última hora, se suicidó. Se envenenó aspirando flores de floripondio. La hallaron muerta hace un rato, en su celda, y en la mano tenía un gran manojo de esas flores. Parece que las tenía escondidas en la faltriquera.

—¡Se trata de doña Nicolasa! —exclamó Emanuela.

—Sí, ese es su nombre —confirmó Cristóbal.

* * *

Árdenas entró en el despacho de fray Claudio y lo halló como de costumbre, cerca del ventanal que daba al puerto, la vista fija en el exterior, mientras se rascaba las costras del antebrazo.

—Siéntate, Árdenas —ordenó el inquisidor, sin volverse—. Cuéntame de nuevo cómo fue que hallaste a María Clara y dónde.

—Sí, Excelencia. La hallé en febrero del 36, en uno de esos puestos que los jesuitas mantienen a orillas del Paraná para los viajeros. La balsa en la que viajaba la señorita María Clara había hecho un alto por la noche. Llegué allí siguiendo una pista, y la encontré en el comedero del sitio, sentada cerca del fuego, alejada de la gente. Me acerqué y la llamé. Ella levantó la vista y me miró con ojos asustados. Se quedó quieta y luego de un rato me dijo: «Te ha enviado tío Claudio, ¿verdad?». Le dije que sí, y que la llevaría de regreso a Lima, donde le correspondía estar. No volvió a pronunciar palabra ni a responder a mis preguntas. Yo pensé que deseaba regresar con vuesa merced. La señorita se echó sobre un jergón a dormir. Yo había decidido pasar la noche en vela, por las dudas. Aunque no se había mostrado hostil, temía que la señorita escapase.

—Y eso fue lo que ocurrió, ¿verdad? Te quedaste dormido y ella escapó.

—Sí, Excelencia. Al amanecer, me desperté y no la vi en el jergón. Salí fuera del puesto y pregunté a la gente que se reunía en torno al fogón para tomar mate si la habían visto. Los bogadores que la habían conducido hasta allí me contestaron que no, y que ellos en media hora partirían, con la señorita o sin ella.

—¿Durante ese tiempo no te diste cuenta de que estaba encinta?

—No, Excelencia. Como le dije, ella estaba sentada en un rincón, muy recogida, como ovillada. Luego se acostó en el jergón y me dio la espalda. No me di cuenta, lo siento.

—Y así fue como mi sobrina María Clara acabó pariendo a su hija a orillas del Paraná y muriendo allí, como una cualquiera. A Dios gracias, fue hallada por un

jesuita, que le dio cristiana sepultura.

—¿Visitaréis el pueblo donde está su tumba, Excelencia?

—No hay tiempo. Pienso partir a Lima lo antes posible.

—¿Cómo?

—Óyeme bien, Árdenas. Quiero que, con la mayor de las reservas, comiences a preparar el viaje. Pero antes debes entregar esta misiva al gobernador Sanjust. Ahí le solicito una escolta para el viaje. Vamos, deprisa. —Lo acompañó hasta la salida, cerró con llave y la guardó en el bolsillo del hábito.

Al rato, Emanuela entró en el despacho por la puerta que lo comunicaba directamente con la celda, sin necesidad de salir al pórtico. El inquisidor miraba por la ventana y parecía no notar su presencia. Se rascaba el antebrazo y, al hacerlo, se lastimaba las heridas. Emanuela se aproximó con cautela y se detuvo a pocas pulgadas de él.

—Excelencia, ¿me permitís ver las lesiones en la piel?

—¡Oh! —El hombre se dio vuelta súbitamente—. Estabas aquí. No te escuché entrar.

—Parecíaís muy absorto en vuestros pensamientos.

—Pensaba en tu madre. —La mirada se le suavizó—. Era tan bella, muy parecida a...

—A Emanuela Zañartu, ¿verdad? —Ifrán y Bojons asintió—. Yo no soy bonita, lo sé. No semejo a mi madre.

—Semejas a la mía. Cuando te veía, allí, en la secreta, me causaba una gran inquietud. Tus facciones me resultaban familiares. Ahora comprendo por qué. Eres el vivo retrato de Elisa de Ifrán y Bojons, tu bisabuela, una gran mujer.

—¿Ella también tenía los ojos azules como nosotros?

—Sí, azules. Su mirada era dulce, como la tuya.

El anciano fijó la vista en el vacío y pareció perderse de nuevo en los recuerdos. Emanuela solo deseaba abandonar ese convento y correr y correr sin parar hasta acabar con Octavio en sus brazos. La falta de contacto con su hijo estaba convirtiéndose en un dolor físico. Ifrán y Bojons la miró de pronto y le sonrió. Se notaba que no era un gesto usual, más bien parecía una contracción de las facciones; no le iba a su rostro endurecido y severo.

—Mira —dijo, y se levantó la manga del hábito—. ¿Desagradables, verdad?

—Fui enfermera. He visto cosas peores.

—Desde que llegué a Asunción, sufro de este mal, y nada ha resultado para hacerlo desaparecer.

Emanuela le tomó las manos, y el inquisidor dio un respingo. No estaba habituado al contacto humano. Se distendió enseguida cuando la calidez y la suavidad de su nieta —cuánto le gustaba pensar en ella de ese modo— le acarició la piel. Sin palabras, la joven lo guió hasta su butaca y le indicó que se sentase. Con una consideración que lo serenaba, le enrolló las mangas y le estudió las lesiones y las

costras, y descubrió las que estaban infectadas oliéndolas.

—Tenéis en todo el cuerpo, ¿verdad? —dijo, y le rozó la parte expuesta del cuello.

—Sí. Con los años fue expandiéndose. Es muy fastidioso, doloroso a veces.

—Lo sé. Cerrad los ojos y pensad en algo hermoso, en aquello que más os guste, lo que os cause una sonrisa.

—Tu abuela —admitió, y se sorprendió de lo fácil que resultaba expresar sus pensamientos más arcanos, esos que jamás había compartido con nadie, ni siquiera con su confesor, delante de esa criatura perfecta que era Emanuela Ñeenguirú.

—Pensad en ella, entonces.

El calor lo sorprendió momentos después, y lo embargó de un placer tan grato como inefable, pues resultaba imposible describir la sensación contradictoria de calma y de exaltación que lo dominaba. Ese don no podía provenir del maligno, se convenció, sino de Dios. Solo Dios contaba con la capacidad para crear algo tan bello y sacro como el don con el que había bendecido a las dos Emanuelas, a la Zañartu y a la Ñeenguirú. El prurito, que minutos atrás amenazaba con enloquecerlo, fue desapareciendo, y un bienestar desconocido lo aletargó. Debió de quedarse dormido. Se despertó con un sobresalto. Emanuela lo contemplaba con una sonrisa.

—¿Os sentís mejor?

—Sí. Ya no escoce ni duele. No siento nada.

—Sanaréis. Pero debéis hacer lo que os diga.

—Lo que sea. Dime.

—No comeréis nada que contenga trigo. Vuestra dieta deberá contener principalmente sagú...

—¿Sagú? No sé qué es eso.

—Es una planta que está en la selva y que nosotros, los guaraníes, apreciamos mucho. Su palmito es sabroso, lo mismo sus tubérculos. Mandaré a Cristóbal al mercado para que compre sagú. Y también papaya. ¿Tampoco la conocéis? —Ifrán y Bojons dijo que no—. Es dulce y agradable al paladar. Y os aplicaré un emplasto de aloe vera, pero primero os lavaré las lesiones con anacardo hervido en vinagre. Sanaréis, Excelencia, os lo prometo.

—¿De qué sufro, Emanuela?

—Llamadme Manú, por favor. Creo que sufrís de albarazos. Estas manchas blancas me lo indican. —Ante la expresión confundida del dominico, explicó—: Es una malatía de la piel difícil de curar, pero nosotros la venceremos, lo veréis.

—Gracias, hija. ¿Cómo puedes desear sanarme después de todo lo que te hice padecer?

—No soy yo la que decide con quién tengo que usar mi don, sino Dios.

—¿Me has perdonado, Manú? Sé que sufriste durante ese mes de encierro.

Emanuela no comprendía qué le inspiraba ese anciano, y como no quería mentir, prefirió cambiar de tema.

—¿Puedo visitar a mi padre?

—No, Manú, es imposible. Nadie puede verte deambular por el convento. El abad no lo permitiría. Los guardias estarán preguntándose qué fue de ti.

—¿Podemos hacer que sus condiciones en la celda mejoren? ¿Que cuente con bujías y agua suficiente y un poco de jabón para higienizarse?

—Me ocuparé de ello, te lo prometo.

—Gracias, Excelencia. Me dijo Cristóbal que pedíais por mí.

—Sí. Quiero comunicarte mi decisión. Tú y yo viajaremos a Lima...

—¿A Lima? Pero... ¿Y mi esposo? ¿Y mi hijo? No puedo irme de Asunción sin ellos.

Ifrán y Bojons se puso de pie y regresó a la ventana con una expresión de fastidio. Emanuela se instó a ser cauta. Temía enojarlo, y acabar de nuevo en la celda.

—Excelencia, ¿es cierto lo que se comenta, que la señora... que mi madrastra ha muerto?

—Sí —contestó, seco, cortante, sin volverse.

—¿Lo sabe mi padre?

—No, y dudo de que le importe.

—Oh —balbuceó.

—Se suicidó, eso dicen. He abierto una investigación. Como sea, arderá en el infierno por haberte acusado de practicar la brujería y del asesinato de tu cuñado cuando fue ella quien lo hizo para hacerse de la fortuna de tu esposo y la de tu suegro.

Emanuela apretaba los puños y se mordía el labio para refrenar el temblor. No la sorprendían ni la estremecían una herida agusanada o un hueso roto y expuesto; la maldad humana, por el contrario, la perturbaba en lo profundo de su ser. La maldad humana constituía una entidad que se encontraba más allá de su capacidad de comprensión.

—¿Habéis dado aviso a su hija Ginebra?

—No todavía.

Emanuela sufrió por su hermana, que recibiría sola la noticia. Se sobresaltó cuando Ifrán y Bojons giró sobre sus talones y volvió con ella. Le asió las manos.

—Excelencia...

—No me llames Excelencia, al menos no cuando estemos solos. Llámame... abuelo.

—Os llamaré *taitaru*, que significa abuelo en guaraní, de modo que, si alguien nos escucha, no sabrá cómo os he llamado y no os comprometeré. —La sonrisa de Ifrán y Bojons la invitó a seguir—. *Taitaru*, ¿cuál es mi situación frente al Santo Oficio? ¿Sigo siendo una rea? ¿Se le confiscarán los bienes a mi esposo? ¿Mis hijos y los hijos de mis hijos sufrirán para siempre esta mancha que me ha cubierto?

Ifrán y Bojons hizo algo que a él mismo sorprendió: la abrazó. La abrazó fuerte, la apretó contra su pecho, que no le picaba ni le dolía, y le besó la cabeza.

—Perdóname, tesoro mío. Perdóname por haberte sometido a este tormento.

Perdóname. —La apartó sin soltarle los hombros—. Ya he redactado y firmado el escrito por el cual te declaro absuelta de toda culpa y cargo, y hoy mismo lo refrendarán los notarios. Y muy temprano por la mañana ordené al notario de secuestros que se os devolviese las sumas que obtuvimos al rematar los pocos objetos que tomamos de tu casa. Era para cubrir tus gastos en la secreta. Saldrás de aquí limpia como el día en que recibiste el bautismo.

—Gracias, *taitaru* —dijo, y el alivio le tiñó la voz de llanto—. Gracias.

—Manú, hija, quiero que pases una temporada conmigo en Lima, lejos de aquí, de esta ciudad a la que solo vine en busca de tu madre. Ahora que ella... —Se frenó, tragó varias veces, carraspeó—. Ahora que mi María Clara descansa en paz, quiero abandonar este sitio olvidado de la mano de Dios. Y quiero que tú me acompañes. Quiero que nos conozcamos. Soy viejo, achacoso, no me queda mucho tiempo en este mundo. Lo poco que me queda, quiero pasarlo a tu lado. Pertenece a una familia inmensamente rica y poderosa, Manú. Los Ifrán y Bojons han sido pares del reino desde la época de las guerras religiosas en Flandes. Llegamos al Perú con el conquistador Pizarro, y eso nos dio tierra, riqueza y poder. Vivirás como una reina en Lima, como vivía tu madre. Nada te faltará, ni a ti ni a tu hijo —afirmó, y le señaló el vientre.

Emanuela intentaba sonreír y controlar la respiración, que se le agitaba sin remedio. Un sudor frío le cubría el labio superior y la vista se le tornaba nublosa. Se dio cuenta de que sería en vano, tal vez peligroso, contrariarlo. ¿El dolor causado por la noticia de la muerte de María Clara le había robado la cordura? Ifrán y Bojons le hablaba, y la pasión con que lo hacía le resultaba una amenaza, no una atracción. Loco o no, se trataba de un hombre inteligente, por lo que se urgió a actuar con cautela. La aterraba decirle la verdad, que no iría con él a ningún sitio, que nadie la apartaría de sus amores, Aitor y Octavio, que nadie impediría a su esposo ver nacer a su hijo. Comenzó a agitarse; no daba con las palabras justas para comunicarle su resolución, una resolución que lo fastidiaría de seguro, que, tal vez, lo enojaría tanto como para devolverla a las entrañas de la secreta. La calma llegó de pronto al sonido de una voz amada, que volvió a susurrarle como había hecho en la víspera de su decimotercer natalicio: «*Jasy, siempre, siempre regresaré al sitio donde tú estés. Quiero que confíes en mí. Nunca, nada ni nadie me alejará de ti*».

—Acepto, *taitaru*, os acompañaré a Lima, pero con una condición. —La expresión del dominico se endureció rápidamente, y Emanuela esperó con el aliento contenido mientras lo observaba debatirse entre desatar la ira o escucharla. Resultaba evidente que el gran inquisidor Ifrán y Bojons no estaba acostumbrado a que sus decisiones se cuestionasen. Tomó una inspiración cuando lo vio asentir; el ceño profundo, sin embargo, no se había desvanecido—. La condición para acompañaros a Lima es que liberéis a mis amigos, doña Mencía y fray Pablo, y a mi padre.

El inquisidor le soltó las manos.

—¡Lo que me pides es imposible, Manú! ¡Imposible! Tal vez podría liberar a

doña Mencía, que te ocultó porque sabía que eras inocente. Pero fray Pablo violó mi confianza y alertó a tu padre de que su arresto era inminente. En cuanto a Hernando de Calatrava... Ese... Ese gusano... Fue bígamo, un pecado que se paga muy caro.

Emanuela tenía miedo, pero ella no había conocido a Aitor durante veinticuatro años sin aprender a manejar a la criatura dominante, tiránica y posesiva que era. En ese sentido, Ifrán y Bojons y su esposo semejaban. Sabía cuándo hacerse pequeña y simular sumisión, y cuándo mostrar los dientes para obtener lo que necesitaba. Esa, se convenció, era unas de las instancias en la cual la debilidad no habría servido de nada.

—Por vos, Excelencia, dejaré atrás a los dos seres que más amo en este mundo, mi hijo y mi esposo. Os acompañaré y compartiré vuestros últimos años de vida a cientos de millas de mi ciudad. Es un sacrificio enorme el que estáis pidiéndome. Os acompañaré atada y amordazada o lo haré con docilidad y diligencia, de vos depende. Mi condición es esa: la absolución y la libertad de mis amigos y de mi padre.

La tormenta de ira que le transformaba las facciones del inquisidor alcanzó el apogeo al volverle colorados el cuello flácido y las mejillas arrugadas. Después, comenzó a aplacarse; la piel recobró su tonalidad macilenta y la respiración se le acompasó.

—Está bien. Así será. —Se miraron fijamente—. No te pareces físicamente a tu madre, pero has heredado su resolución y su valentía.

—Es un honor saberlo. Solo emprenderé el viaje a Lima el día en que lea los documentos que los absuelven y cuando, asomada por esa ventana, los vea alejarse en libertad. Ahora, si me permitís, *taitaru*, me retiro. Debo prepararos la lavativa con anacardo y el emplasto de aloe.

* * *

Murguía abandonó el convento hacia el atardecer, con un sombrero de ala ancha encasquetado sobre la frente y el cuello de la capa subido para ocultar el rostro. Por fin abandonaba los muros del claustro, que amenazaban con sofocarlo. El inquisidor lo había tenido de aquí para allá todo el día, más tiránico y frenético que de costumbre, en especial a causa de la muerte de doña Nicolasa de Calatrava, que había traído aparejado un sinfín de papeleo y la intervención de los funcionarios y del doctor Moral. Después lo había pasmado al dictarle tres resoluciones de absolución, la de los Cerdán y Jaume y la del bígamo Calatrava, y le había ordenado que los transcribiese en los anales del Santo Oficio antes de terminar la jornada. Pocos minutos atrás, le había confiado que renunciaría a su cargo de inquisidor permanente de Asunción y a la canonjía de veinte mil pesos de plata ensayada y que regresaría a Lima, donde esperaba pasar en reposo los últimos años de su vida; cincuenta años de inquisidor eran más de los que cualquier hombre podía soportar.

Presas del pánico de que Ifrán y Bojons descubriese que el suicidio de doña

Nicolasa no había sido tal sino un envenenamiento, Murguía no se había detenido a meditar en el mudanza abrupta del inquisidor. En ese momento, de camino al burdel, las preguntas lo asaltaban. ¿Qué había sucedido el día anterior para provocar cambios y decisiones tan radicales? ¿Cómo habían atrapado a Calatrava? ¿Quién era la tal María Clara, la madre de Manú?

Deshacerse de doña Nicolasa había sido necesario, de lo contrario lo hubiese echado de cabeza al primer padecimiento provocado por la garrucha, el látigo con puntas de plomo, las empulgueras o el tormento favorito de Ifrán y Bojons, el del agua. Su reputación ya pendía de un hilo desde que lo habían hallado en la celda de Manú; la confesión de doña Nicolasa lo habría enviado a prisión. Fray Claudio era famoso por su severidad, pero también por ser un incansable defensor de la verdad.

La pregunta que más lo atormentaba era: ¿dónde estaba Manú? Sospechaba que Árdenas sabía y que no se lo decía por órdenes de Ifrán y Bojons o bien porque quería distanciarse de él después del desastre que había significado la muerte de doña Nicolasa. ¿Recelaría Árdenas de él? ¿Se habría dado cuenta de que la mujer había perecido a sus manos? No había resultado difícil presentarse de madrugada en la celda y ofrecerle una infusión a modo de conforto, una infusión con una dosis letal de opio. Lo de las flores de floripondio se había tratado de una ocurrencia magistral para plantar la idea del suicidio, que el inútil del doctor Moral no sería capaz de refutar.

Entró en el burdel, y el aroma rancio no lo disgustó; es más, lo necesitaba. Necesitaba echarse varios tragos de ginebra o de chicha al colete y perderse entre las ancas de Adela. Se quitó el sombrero y sonrió al descubrirla en el otro extremo de la estancia, los ojos fijos en él. Lo deseaba, disfrutaba de los jueguitos en los que se embarcaban. ¿Con qué lo sorprendería esa noche?

Después de dos vasos de ginebra, cruzó el patio y se metió dentro de la casa. Adela lo siguió. Lo llamó Rodrigo y él la llamó Manú, como siempre. Lo desvistió deprisa, acostumbrada ya a la visión de la pata de palo y del muñón, y le lavó las partes pudendas antes de practicarle una felación. Más distendido, Murguía se dejó conducir a la cama. La prostituta lo obligó a ponerse boca abajo. Se sentó a horcajadas sobre sus piernas, y lo impregnó con la humedad de su vagina.

—Te has portado muy mal hoy, Rodrigo. Mereces un castigo.

—¡Oh, no, Manú! Tú me amas. No me hagas daño.

—Porque te amo es que te aplico este correctivo. Por tu bien, Rodrigo mío.

Le abofeteó las nalgas hasta dejárselas calientes y doloridas, y con una erección tan grande que le molestaba contra el delgado colchón.

—Date vuelta, Rodrigo.

—Quiero entrar dentro de ti, Manú.

—Oh, no, todavía no hemos acabado con la lección. Eres un malcriado, mereces un castigo.

La mujer sacó dos lazos de tela y se movió hacia la cabecera de la cama.

—¿Qué haces, Manú?

—Te ato, Rodrigo, para que no escapes mientras te castigo sobándote la verga. Mmmm... —Ronroneó la mujer y siguió atándole las muñecas a las barras de bronce de la cama—. Veo que mis castigos surten efecto y que ni siquiera necesitas de los caramelos Almanegra para ponerte duro, a pesar de que acabas de aliviarte en mi boca.

—Es por ti, Manú. Solo por ti. Mi verga se pone como el hierro solo por ti. ¿Adónde vas? —se inquietó al notar que la mujer abandonaba la cama.

—A buscar un ungüento que preparé especialmente para sobarte la verga, Rodrigo. Relájate mientras regreso, porque cuando lo haga todo tu cuerpo se pondrá tan duro como este señor —dijo, y le rozó el glande con los dedos.

—¡Apresúrate, Manú!

Murguía cerró los ojos e inspiró hasta inflar los pulmones; soltó el aire lentamente. Sonreía mientras se imaginaba a Emanuela a horcajadas de él, empalada en su miembro, su vientre hinchado con el hijo de ambos volcado sobre su torso y sus pechos llenos de leche sostenidos por sus manos. Levantó los párpados al oír que Adela regresaba, solo que no se trataba de Adela. La sonrisa se le esfumó al advertir que una sombra se desplazaba en el sector oscuro de la habitación.

—Os habéis equivocado de pieza. Aquí estamos Adela y yo.

—No me he equivocado en absoluto —respondió una voz ominosa, oscura, grave; una tonalidad cavernosa la dotaba de un timbre que aterrorizaba.

—¿Quién sois? —se inquietó, y tiró de los lazos que lo mantenían atado a la cama sin lograr zafarse.

—Soy quien debió abrirte en canal allá por el 53 y mandarte al infierno. Ese soy yo. No pude hacerlo en aquel momento. Lo haré ahora.

—¡Quién eres! ¡Fuera de aquí! ¡Auxilio!

La figura oscura avanzaba, y en tanto las sombras quedaban atrás, las líneas de un hombre no muy alto aunque sí corpulento se perfilaban delante de él.

—¡No deis un paso más! ¡No os acerquéis!

—Doctor Murguía, no creo que estéis en posición de dar órdenes.

La figura se detuvo dentro del círculo de luz que arrojaba la bujía, y Murguía soltó un alarido al descubrir al enmascarado que se suspendía sobre él con un cuchillo enorme en la mano enguantada. A eso se debía el tinte cavernoso de su voz: el hombre hablaba tras una máscara, una máscara blanca y terrorífica, con dos cuencas negras y vacías en lugar de ojos.

—¡Por amor del cielo, no me hagáis daño! ¿Por qué estáis aquí? ¿Qué os he hecho? ¿Qué estáis por hacer? —El hombre había sacado una cuerda de debajo de la capa negra. Sacudió la pierna y la pata de palo al caer en la cuenta de que el enmascarado se aprestaba a atárselas—. ¡No! ¡Soltadme! ¡Auxilio! ¡Alguien me ayude! ¡Adela! ¡Ade... —La voz se le cortó cuando el enmascarado le impulsó dentro de la boca un pedazo de tela que al tocarle la garganta le provocó una arcada.

Aitor estaba disfrutando más que en la época en que se divertía con los

portugueses, mientras les robaba sus pertenencias y su ganado. Sabía que haberse puesto la máscara de Almanegra era un gesto histriónico, una exageración, una dramatización innecesaria, ¡pero cómo le gustaba aterrorizar a ese gusano! Matar a Murguía sería un placer que saborearía lentamente.

—Oye, pedazo de mierda, ¿quieres saber quién te mandará al infierno? —Se quitó la máscara. La cara de Murguía se contrajo en una mueca de espanto. Sus tatuajes y sus ojos amarillos nunca lo defraudaban—. Soy el esposo de Emanuela de Amaral y Medeiros, ese soy. Y ahora, Murguía, prepárate a morir.

Los ojos del médico se abrieron con desmesura y se llenaron de lágrimas, que le rodaron por las sienes cuando sacudió la cabeza. La cuerda y los lazos le mordían la carne de las muñecas y del tobillo con cada intento por liberarse, y la sangre le escurría por la piel. No sentía dolor. El pánico lo mantenía ajeno a todo excepto a los ojos de felino que parecían traspasarlo con esa mirada y a los colmillos que se revelaban en esa sonrisa macabra.

—Mereces una muerte lenta simplemente por el hecho de usar el nombre de mi mujer para llamar a Adela. Imagina lo que te tengo preparado por haberla arrojado a las garras de la Inquisición. —El trapo que sofocaba a Murguía no resultaba suficiente para ahogar sus alaridos de súplica, que emergían reprimidos y agudos—. Pagarás también por haberla perseguido y acosado en Buenos Aires, siete años atrás. Pagarás por todo, Murguía. Nadie se mete con mi mujer y sale ileso. —Le sujetó el pene con la mano enguantada y se lo cercenó con una cuchillada rápida y certera.

Los alaridos sofocados de Murguía alcanzaron un paroxismo, los ojos parecían a punto de saltarle fuera de las órbitas, y su rostro había adoptado un color azulado. La sangre manaba profusamente y se encharcaba en las sábanas. Los gritos cesaron, y Aitor vio que los ojos de Murguía se iban hacia atrás hasta que solo se veía la parte blanca; había perdido la conciencia. Le arrojó agua a la cara y le dio varias cachetadas hasta que las pestañas del hombre se agitaron y abrió los ojos.

—Despierta. No querrás perderte la parte final del espectáculo, ¿verdad? Mira. —Le clavó el cuchillo a la altura del corazón. El hombre curvó el torso, los ojos fijos e inyectados en el techo de la miserable habitación, hasta que soltó el aire por la nariz con un sonido congestionado y cayó de nuevo sobre el colchón. Había muerto.

Aitor se asomó a la puerta y soltó un silbido. Volvió junto a la cama y cortó la cuerda y los lazos que mantenían atado el cadáver, y lo envolvió en las sábanas. Quebadín, Navedañac y Nedlanigrín entraron y, sin mutar el gesto, arrastraron el cadáver amortajado fuera de la habitación. Aitor volvió a colocarse la máscara antes de encontrar a Adela en el patio. Le extendió un talego con monedas. Sin palabras, dio media vuelta y volvió a los interiores. Salió por la misma puerta trasera por la que había ingresado. Sus primos abipones ya cargaban el cadáver en la carreta y lo cubrían con esteras de totoras. Lo sacarían fuera de la ciudad y lo arrojarían en el monte para que sirviese de alimento a las bestias, mientras él cumplía con un último encargo en ese día que había sido largo y lleno de sorpresas, la más grande, la que

todavía lo pasmaba era que el inquisidor había sacado a Emanuela de la cárcel para conducirla a su celda, donde la tenía encerrada en compañía de Romelia. ¿Qué perverso destino le tenía reservado a su mujer ese viejo bardaje? Si llegaba a tocarle un cabello, también terminaría sus días como un eunuco. La otra novedad era que Ifrán y Bojons había decidido partir hacia Lima con Emanuela y Romelia, e iniciaría el viaje en dos días, al amanecer. ¿Qué diantres se había propuesto ese monstruo? Cristóbal, el esclavo, no había sabido darle más señas.

Caminó hacia las inmediaciones del fuerte y se detuvo para quitarse la máscara y estudiar el entorno antes de avanzar hacia el punto en el cual habían quedado en encontrarse con Luis María Quesada. El muchacho, decidido a ayudarlo a recuperar a su esposa, había aceptado presentarse ante su tío, revelarle que había regresado sano y salvo y convencerlo de entrevistarse con Aitor de incógnito; era imprescindible que nadie supiese que estaba en Asunción.

—¡Don Aitor! ¡Benditos los ojos, muchacho! —Sanjust le extendió la mano, y Aitor recordó el peculiar saludo que le había enseñado tiempo atrás—. ¡Gracias! ¡Gracias por rescatar a mi sobrino!

—No fue fácil, tío, como ya te he referido. Si estoy vivo y he regresado en una pieza es gracias a don Aitor. Le debo la vida.

—Fue un placer poder ayudar a vuestro sobrino, Excelencia.

—Gracias, don Aitor. No sé de dónde habría conjurado el valor para enfrentar a mi hermana si algo malo le hubiese sucedido a Luis María. —Las facciones de Sanjust se ensombrecieron—. Imagino que esta entrevista tiene que ver con vuestra esposa, ¿verdad?

—Así es.

—He hablado con el inquisidor Ifrán y Bojons...

—Lo sé, Excelencia —lo interrumpió Aitor—, y os lo agradezco, pero no creo que logremos nada con las palabras. El hombre está tramando algo que me tiene preocupado. —El gobernador hizo un ceño que manifestó su confusión—. Ha sacado a mi mujer de la cárcel y la tiene encerrada en su celda. Incluso mandó llamar a la esclava personal de Manú para que la sirva.

—¿Cómo? ¿Estáis seguro, don Aitor?

—Sí, Excelencia. Y lo que me tiene desorientado es que planea partir hacia Lima pasado mañana, al amanecer.

—Lo sé. Hoy me envió una misiva en la que me solicitaba un retén de soldados para que lo escoltase hasta Lima. Sabe que los guaycurúes y los abipones están aventurándose en los caminos para atacar caravanas y carruajes.

—Sí, estoy informado de eso. Mi fuente también nos refirió el pedido del inquisidor, y es por eso que os convoqué esta noche. —Aitor hizo una pausa y clavó la vista en la de Sanjust—. Excelencia, voy a recuperar a mi mujer. Es inocente de lo que sea que se la acuse.

—Lo sé, muchacho, lo sé. Sé que doña Manú es una mujer excepcional.

—Nada me impedirá que vaya por ella y la rescate. Lo único que os pido, si de algo sirve la amistad que me profesasteis tiempo atrás, es que no le otorguéis la escolta al inquisidor. Cuando mi gente y yo atacemos el carruaje, mi mujer estará allí, y no quiero que se abra el fuego. Tampoco quiero matar soldados inocentes. No quiero que corra sangre.

Sanjust se apretó el mentón con el índice y el pulgar y miró hacia el suelo. Aitor contenía el respiro. Estaba jugando una carta importante al revelarles sus planes a Sanjust. Nunca le habían gustado los peninsulares, y confiaba en ellos tanto como en un yaguareté enfadado. El riesgo de que disparos cruzasen sobre la cabeza de su Jasy lo habían impulsado a tomar esa medida riesgosa. Vespaciano de Amaral y Medeiros le había asegurado que Sanjust era un buen hombre y que no lo defraudaría.

—Está bien, don Aitor. Le negaré la escolta. Le diré que se ha producido un ataque guaycurú en uno de los presidios y que necesito contar con todos mis hombres.

—Gracias, Excelencia.

—Os pido una cosa: evitad el derramamiento de sangre a como dé lugar. Asesinar a uno de los miembros más antiguos del Santo Oficio solo os convertirá en un paria y en un fugitivo por el resto de vuestros días, sin mencionar que os despojarán de vuestras riquezas y de vuestro buen nombre.

—Ya lo han hecho, Excelencia, pero nada de eso tiene importancia para mí. Solo quiero de nuevo a mi mujer. Solo eso.

CAPÍTULO XXIII

En un rato amanecería. La ciudad aún dormía después de los festejos por el natalicio de San Juan Bautista. Árdenas, montado en su caballo, dos pistolas calzadas en el talabarte y un fusil cruzado en el arzón, miraba hacia uno y otro lado, como a la espera de un asalto inminente. Fray Claudio y las dos mujeres, Emanuela Ñeenguirú y la esclava Romelia, subían en el carruaje que los conduciría hasta Lima. El cochero, los dos mayores y Cristóbal cargaban el equipaje del clérigo y revisaban las barrigueras de los caballos y las sopandas del vehículo. Tiró de las riendas para que su montura se aproximase al coche cuando el dominico se asomó por la ventanilla.

—¿Ninguna novedad de Murguía?

—Ninguna, Excelencia. Como os comenté, lo vi por última vez antier, a última hora, y ayer lo busqué el día entero, y nada, como si la tierra se lo hubiese tragado.

El inquisidor asintió con gesto grave, metió la cabeza dentro del habitáculo y cerró el visillo. Árdenas les recordó al cochero y a los mayores que tuviesen sus armas de fuego cargadas y a mano y les ordenó que se pusiesen en marcha. No veía la hora de hallarse en el Camino Real, rumbo a la capital de virreinato, aunque, por otro lado, le temía a ese viaje largo sin la escolta de los soldados del gobernador. ¡Maldito Sanjust! Después de haber aceptado dotarlos de un retén para asegurar la incolumidad de Su Excelencia, había enviado un billete donde informaba que varios presidios de la zona del Guayrá habían sufrido ataques de los indios y no podía prescindir de ninguno de sus hombres; los precisaba para defender los puestos militares. Así, de un momento a otro, se habían quedado sin la seguridad prometida. Intentó disuadir a Su Excelencia de afrontar el periplo sin escolta, y el inquisidor se mostró inflexible: partiría el 25 de junio al amanecer, con soldados o sin ellos, y no se hablaría más del asunto. En cierta forma, lo comprendía; fray Claudio quería abandonar Asunción antes de que el esposo de doña Manú regresase.

Con tan poco tiempo de aviso, no había conseguido reunir un grupo de baquianos que los protegiese. Echaba de menos a Domingo Oliveira y a su banda, que habían desaparecido tiempo atrás, y detestaba a Laurencio Ñeenguirú, que se había negado a acompañarlo, por mucho que lo hubiese tentado con una buena suma una vez llegados a Lima. En un principio, había creído que la negativa del indio se trataba de una forma de revancha, ya que no había recibido un maravedí por haberlo ayudado a apresar a doña Manú. Después se dio cuenta de que tenía que ver más con el miedo que con el enfado.

—Si yo fuese tú —le había advertido el indio—, no emprendería ese viaje. Terminarán todos muertos. Aitor no les perdonará la vida a ninguno.

—Estaremos muy lejos cuando el esposo de doña Manú regrese a la ciudad —

alegó, y obtuvo una risotada por parte de Laurencio.

—No tienes idea de con quién estás lidiando, Árdenas. Aitor encontrará a Manú así tu patrón la esconda bajo una piedra. Él siempre encuentra a Manú. Siempre. — Con esa última palabra, el indio se alejó, y Árdenas quedó con una fea sensación en la boca del estómago, sensación que seguía alojada allí mientras avanzaban por la calle que bordeaba el puerto y que los conducía fuera de Asunción.

* * *

Emanuela se secaba las lágrimas con un pañuelo y mantenía la vista fija en el paisaje para evitar que Ifrán y Bojons descubriese que lloraba. Había aceptado marchar con él a cambio de la libertad de su padre y de sus amigos, y el día anterior, mientras los saludaba por la ventana y los veía alejarse, se convenció de que el sacrificio valía la pena. Por un momento, mientras salían del convento para trepar en el carruaje, Emanuela se había propuesto echar a correr, escapar. Desistió enseguida; pesada como estaba y todavía débil a causa del encierro, caería y le haría daño al pequeño, sin mencionar que Árdenas y los otros hombres saldrían tras ella y la atraparían en un santiamén. Juzgó más sensato esperar a que Aitor fuese por ella o a que se presentase una oportunidad más ventajosa. En ese momento, en que el carruaje la alejaba de Octavio y de su hogar, la pena la ahogaba. No tenía duda de que, tarde o temprano, Aitor la rescataría. No se desanimaría cavilando que su hijo nacería durante el viaje, que era tan largo, y que probablemente volvería a parir lejos de Aitor. Encontraría consuelo en que fray Claudio la hubiese absuelto y restablecido el buen nombre de Amaral y Medeiros, como también la propiedad de sus bienes. Echó un vistazo hacia el hombre que era su abuelo materno, el padre de María Clara de Ifrán y Bojons, un clérigo, que había faltado a su voto de castidad para amar a una mujer a la que había condenado a una celda oscura y maloliente por bruja. ¿Qué sentía por ese anciano? El miedo había cedido el lugar a la pena. Le tenía lástima. Resultaba obvio que, desde los veinte años, había vivido atormentado por un amor al que él consideraba pecado. Estaba segura de que la enfermedad de la piel que lo cubría de costras y laceraciones reflejaba el grito de dolor de su alma. Se secó los ojos y se volvió hacia su abuelo. Lo vio reconcentrado, el ceño muy marcado; estaba preocupado.

—*Taitaru*, ¿os sentís bien?

—Sí, Manú. Muy bien, como no me sentía en años. Nada escoce, nada duele, nada supura. Gracias, hijita. El alivio es inmenso.

—Romelia y yo hemos preparado emplasto y agua de anacardo para unos días. Esta noche, cuando hagamos un alto para descansar, Cristóbal volverá a lavarte las heridas y a cubrirlas con el aloe.

—Y tú me impondrás tus manos, ¿verdad, Manú?

—Lo haré, *taitaru*. —Se miraron a través del escaso espacio del carruaje—. Luces preocupado. ¿Algo te inquieta?

—Pensaba en Murguía. Ha desaparecido.

—Oh.

—Lo vi por última vez la noche en que condujo a doña Nicolasa de Calatrava a la secreta. Me temo que...

—¿Qué, *taitaru*? Dime.

—Temo que doña Nicolasa no haya cometido suicidio, sino que Murguía la haya asesinado.

—¡Santo Cielo! —exclamó Emanuela, y Romelia se santiguó—. ¿Por qué lo haría?

—*Mea culpa*, Manú. Yo sabía que Murguía no era imparcial en este asunto. Él... —Se interrumpió cuando los alcanzó la voz del cochero, que ordenaba al tiro que se detuviese. El vehículo frenó, y los pasajeros se sacudieron dentro del compartimiento—. ¿Qué sucede, Árdenas? —exigió saber el inquisidor, asomado por la ventanilla.

—Hay un tronco cruzado en el camino que nos impide avanzar, Excelencia. Lo quitaremos de prisa y continuaremos cuanto antes.

El inquisidor se limitó a asentir y mantuvo la vista fija en el exterior, las cejas muy juntas y apretadas. En el silencio que siguió, Emanuela escuchó los chasquidos de varias armas que se aprestaban para disparar. El corazón le golpeó el pecho y se lanzó a batir sin freno al sonido de la voz amada.

—Arrojad las armas, no mováis un pelo y nos os haremos daño. De lo contrario, moriréis. Vosotros sois cuatro hombres armados. Nosotros, diez.

—¡Aitor! —exclamó Emanuela, y se precipitó fuera del vehículo.

—¡Manú! —la llamaron Ifrán y Bojons y Romelia al unísono. El anciano estiró la mano para retenerla, sin éxito.

Aitor la vio salir del carruaje, y experimentó una de las emociones más fuertes de su vida, comparable con la de la tarde en que había vuelto a verla en el mercado de Buenos Aires después de casi tres años de separación. Los ojos se le humedecieron y la garganta se le secó, las manos le temblaron, el corazón se le desbocó en el cuello. Después de un instante de éxtasis, saltó de la montura y corrió hacia ella. Emanuela se arrojó a sus brazos con la confianza que lo volvía poderoso, y él la estrechó contra su cuerpo, y la apretó, y la besó, y siguió apretándola, temeroso de que volviesen a robársela. La pesadilla que, desde niño lo había angustiado, que se la arrebatasen, acababa de terminar, y todavía se preguntaba cómo había superado esos días desde que se había enterado de que la Inquisición la había arrojado a una de sus celdas.

—Jasy, Jasy, mi adorada Jasy —repetía en susurros sobre la coronilla de Emanuela, que lloraba abiertamente y no conseguía pronunciar una palabra coherente—. Shhh, amor mío. Tranquila, ya estoy aquí. Nadie te apartará de mi lado. Shhh, cálmate. —La separó de él para estudiarla; necesitaba comprobar que estaba bien, que esas bestias no la habían lastimado. Le contempló el rostro de mejillas arreboladas, ojos brillantes y húmedos y labios temblorosos como si apreciase una gema de valor incalculable—. ¿Estás bien?

—Sí —balbuceó con voz desfallecida.

—¿Te hicieron daño? —Emanuela agitó la cabeza para negar—. Dime lo que sea, Jasy. No me ocultes nada, te lo suplico. Necesito saber si Murguía...

—No te atormentes, amor mío. Nadie me hizo daño. *Nadie*. —Se miraron fijamente y en silencio, y Emanuela rompió a llorar de nuevo al notar que la barbilla de Aitor temblaba y que sus ojos amarillos cobraban un brillo especial—. ¡Amor mío! —dijo, casi sin aliento, y le echó los brazos al cuello. Aitor la atrapó en un abrazo brutal, que aflojó enseguida al recordar al niño.

—¿Cómo está mi hijo? —Le colocó la mano abierta sobre el vientre.

—Bien, muy bien. Los dos estamos muy bien. Gracias por rescatarme. ¡Sabía que vendrías por mí!

—Siempre, amor mío, siempre.

—¡Quidad vuestras manos de ella o disparo! —Ifrán y Bojons apuntaba a Aitor con una pistola, y Emanuela, aturdida por la sorpresa, se dijo que resultaba una imagen paradójica la de un hombre cubierto por el hábito blanco de los dominicos, la esclavina negra tradicional y las cuentas del rosario que le colgaban del cinto, y que sujetaba un arma de fuego y se disponía a disparar, porque ella no tenía duda de que el inquisidor dispararía antes de permitir que lo separasen de la hija de María Clara.

—¡No, *taitaru*! —Se colocó delante de Aitor, que de inmediato la obligó a ubicarse tras la protección de su cuerpo—. ¡Bajad el arma, *taitaru*! ¡Es Aitor, mi esposo! ¡No le hagáis daño, os lo suplico! Es el hombre que he amado desde niña, el padre de mis dos hijos. Por favor, *taitaru*.

—¡Nadie te apartará de mi lado, Manú! Me quitaron a tu madre. Pero no permitiré que te aparten de mí. ¡Tú eres mía!

A esas palabras, Aitor reaccionó. Lo había pasmado el «*taitaru*» de Emanuela.

—¡Vuesa merced se puede ir olvidando de llevarse a mi mujer!

—¡No! —vociferó Emanuela al descubrir la determinación con que el inquisidor elevó la pistola y apuntó a Aitor. El tiro la ensordeció y también su propio alarido—. ¡Aitor! ¡Aitor!

—Estoy bien, estoy bien. —La sujetó por las muñecas para aplacarla—. Tranquila. No me ha dado. No estoy herido.

Delante de ellos, Ifrán y Bojons barbotó unos sonidos inentendibles y se tambaleó. La flecha que le atravesaba la garganta le impedía hablar. Emanuela corrió hacia él y no llegó a tiempo para evitar que se desmoronase por tierra. Aitor giró la cabeza y descubrió a su primo Quebadín con el arco aún elevado. El flechazo le había salvado la vida. Reconoció el gesto con una inclinación la cabeza, lo que su primo imitó y bajó el arma.

De rodillas junto al cuerpo de su abuelo, Emanuela se urgía a no ser presa de los nervios y a estudiar la situación.

—Tranquilo, *taitaru*. No trates de hablar. Silencio. —Emanuela percibió la presencia de Aitor a su lado—. ¿Qué clase de flecha es? —preguntó en guaraní—.

¿Tiene punta de estaño?

—No. Se trata de una flecha abipona. La punta es parte de la barra. Es la misma barra un poco más acusada —aclaró.

Emanuela sabía que en el momento en que extrajese la flecha, la sangre borbotaría profusamente y que ella contaría con pocos minutos para restañarla antes de que su abuelo muriese, exangüe.

—¡Romelia! —La esclava cayó de rodillas a su lado—. Quítate el pañuelo de la cabeza. —La esclava se lo pasó y Emanuela lo plegó varias veces—. Aitor, Romelia, sujetaréis a fray Claudio mientras le quito la flecha. ¡Tranquilo! —lo instó, cuando el anciano, aterrado, comenzó a sacudirse—. Tranquilo, *taitaru*. —Le acarició la frente—. Os salvaré, os lo prometo, y no me separaré de vos, pero necesito que permanezcáis quieto. —Emanuela dirigió la mirada a Aitor, luego a Romelia y asintió—. Tranquilo. Abrid la boca y morded este género. No dolerá, lo prometo.

Extrajo la flecha con un tirón seco, y la sangre encharcó el camino en pocos segundos. Cubrió el cuello del anciano con ambas manos y cerró los ojos. Se concentró en la primera imagen que le vino a la mente, y era extraño porque lo que veía era como si lo viese desde arriba, como si lo sobrevolase. Debajo de ella había un río ancho y caudaloso, encajonado entre dos muros de selva. Avanzaba, etérea y libre y feliz, hasta que se detuvo atraída por los alaridos que, enseguida supo, no pertenecían a un animal, sino a una mujer. La halló echada de espaldas sobre la marisma. La mujer gritaba y se sujetaba el vientre abultado. Estaba pariendo. «Madre», intentó llamarla, pero solo movió los labios; la voz se le atascó en la garganta. La parturienta pujaba, y gritaba, y respiraba afanosamente entre contracción y contracción. Volvía a pujar, y a soltar alaridos de dolor, hasta que se echó a llorar y a reír al sonido del llanto del recién nacido. Elevó el cuello y estiró el brazo para sujetar al bebé que yacía sobre la marisma, entre sus piernas. Era una niña.

—¡Emanuela! ¡Hijita! —exclamaba mientras la colocaba sobre su pecho, y la niña se calmaba al ritmo de su corazón.

Emanuela seguía la escena con el aliento contenido; a veces la imagen se distorsionaba a causa de las lágrimas, y ella las quitaba rápidamente para no perder detalle. La mujer lloraba quedamente y sonreía y acariciaba la espalda de la niña, y repetía su nombre una y otra vez, hasta que sobrevino un instante en que las dos, la mujer sobre la marisma y ella, desde arriba, supieron que algo andaba mal. Emanuela pudo sentir, como si de su cuerpo se tratase, la calidez de la sangre que brotaba de entre las piernas de la mujer. Percibió también el frío que nacía en el rostro de la parida y que avanzaba y se expandía, y con cada pulgada que ganaba, la despojaba de la vida. Clamó por ayuda. Nadie la oiría en ese paraje desolado; ella igualmente suplicaba que salvarsen a su pequeña. Emanuela descendió y besó la frente helada y sudada de la mujer, y le colocó las manos sobre el vientre aún hinchado, y la amó como amaba a pocas personas. Amó a su madre, que la había amado en esos escasos minutos, y que la había acariciado y la había llamado Emanuela en honor a su abuela.

La sangre seguía brotando, y el amor, que siempre la dotaba del poder sobrenatural para sanar, en ese caso no surtía efecto.

—¡Madre! —la llamó con un alarido que perforó la quietud de la noche—. ¡Madre, no me dejes! ¡Madrecita! ¡Madrecita! ¡No te vayas!

La escena cambió bruscamente. Ahora sobrevolaba una jangada. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano para apreciar la escena que se desarrollaba debajo, en el río. Sus ojos se fijaron en un niño pequeño, no más de cuatro o cinco años, la tez oscura, cabello renegrado, lacio y largo, con un parche blanco en la frente. Se inclinaba sobre una caja y le hablaba a una criatura diminuta y blanca que yacía en ella; la piel de la niña fosforecía a la luz de la luna. «Aitor», se dijo, y la sobrecogió una calma repentina. El niño la llamaba, «Emanuela, Emanuela», y le tocaba la mejilla con la punta del dedo. «Jasy», lo oyó susurrar, y la dicha explotó en su pecho.

—¡Aitor! ¡Aquí, Aitor! ¡Ven por mí! —La garganta le dolía de tanto gritar. La jangada se alejaba y se llevaba a Aitor—. ¡Aitor, no me dejes! ¡No!

—¡Emanuela! ¡Emanuela, por amor de Dios! ¡Tranquila, amor mío! Shhh... Tranquila. Aquí estoy. Estoy contigo, a tu lado. Vuelve a mí, Jasy.

La voz de Aitor fue serenándola y guiándola fuera del sueño. Quedó laxa en su regazo, conectada a él a través del olfato. Amaba el olor de su piel, cuando la perfumaba con la loción de algalia o con el bálsamo de romero, laurel y menta, pero también el aroma de su sudor. Levantó los párpados y se incorporó.

—¿Está vivo? —inquirió, con la vista fija en su abuelo—. ¡Decidme! ¿Está vivo?

—Sí, Manú —contestó Romelia, que sostenía la cabeza del dominico sobre su regazo—. Detuviste la hemorragia.

Volvió a relajarse sobre el pecho de Aitor y cerró los ojos, aún débil y mareada.

—¿Qué me sucedió? —preguntó en un susurro.

—Comenzaste a llorar —explicó él, con los labios sobre la frente de Emanuela—. Gritabas «madre, madrecita» con tanta angustia, Jasy. Me partías el corazón. Después empezaste a gritar mi nombre, a pedirme que no te dejase. ¿Qué ocurrió?

Emanuela se aflojó con un suspiro. No sabía cómo responder a la pregunta de Aitor. Se había tratado del sueño más extraño, real y vivificante que había tenido en sus veinticuatro años. Había sanado a muchas personas, y jamás había atravesado por una experiencia similar.

—Vamos. —Se puso de pie con la ayuda de Aitor—. Regresemos a casa. Fray Claudio necesita reposo y cuidados. Ha perdido mucha sangre.

Los hombres contemplaban a doña Manú con expresiones atónitas. Aitor los sacó del trance al ordenarles que cargasen al dominico y lo acomodasen en el asiento del carruaje. También indicó que desarmasen a Árdenas, al cochero y a los mayores.

—Podéis marcharos —Aitor se dirigió a los hombres del inquisidor—, pero no volváis siquiera a acercaros a mi mujer o a mi familia. No os complacerá enfrentarme la próxima vez que os atreváis siquiera a mirarla. —A modo de advertencia, colocó la mano sobre el mango del cuchillo que llevaba calzado en el cinto.

—Estos hombres y yo —contestó Árdenas— hemos servido a Su Excelencia por más de treinta años. No lo abandonaremos.

—Seguidme, entonces. Pero moveos con cautela. Al menor gesto sospechoso, mis hombres tienen órdenes de liquidaros. Sin hacer preguntas. Simplemente os abatirán.

—Solo queremos permanecer cerca de Su Excelencia —confirmó el cochero.

Romelia se ubicó en el extremo del asiento y volvió a acomodar la cabeza tonsurada sobre sus piernas. Aitor y Emanuela ocuparon el del frente. Aitor la recogió entre sus brazos, y Emanuela buscó la calidez de su cuerpo. El carruaje echó a andar segundos después.

—Te vi en mi sueño, Aitor. En la jangada, la noche en que mi *pa'i* Ursus me trajo de la orilla, recién nacida. Ahí estabas tú, y te vi, amor mío. Y también vi a mi madre, mientras me paría. Contó con unos minutos para amarme antes de morir, y me llamó hijita y... —La voz se le quebró.

Aitor le acunó la cabeza y le besó la coronilla, y se meció para calmarla. No intercambiaron palabras. Romelia lloraba solo de ver llorar a su niña Manú, pues no había entendido nada del discurso que le había dicho a su esposo en guaraní. Bastaba con descubrir la pena que trasuntaban sus ojos inyectados y arrasados.

Fray Claudio se rebulló y masculló unas frases incomprensibles hasta que se convirtieron en una retahíla desesperada de «María Clara». Emanuela se arrodilló en el estrecho espacio entre los asientos enfrentados y le colocó la mano sobre la frente. Siseó para calmarlo y lo llamó *taitaru*. El anciano agitó las pestañas y acabó por abrir a medias los párpados caídos y arrugados.

—Manú.

—Sí, *taitaru*, aquí estoy. Estamos llevándote a casa y me ocuparé de ti. Has perdido mucha sangre, pero estarás bien.

—Vi a tu madre, a mi hija amada...

—Lo sé. Yo también la vi.

—Mi María Clara... Sola, dando a luz en ese paraje. Intentaba escapar de mí. ¡Dios mío, perdóname!

—Shhh... Duerme, *taitaru*, descansa. —Le apoyó los labios sobre la frente y lo besó—. Descansa. Todo va a estar bien.

—Dime que me perdonas, Manú. Perdona a este viejo por querer retenerte a su lado. Perdóname, hijita, por haberte encerrado en esa celda oscura y maloliente. Perdóname por haberte separado de tu hijo, de tu familia.

Emanuela sentía, como garras clavadas en el pecho, la mortificación y la ansiedad que atormentaban al dominico. Asintió e intentó sonreír con labios trémulos.

—Te perdono, *taitaru*.

—¿Crees que tu madre me haya perdonado antes de morir?

—Te amaba, *taitaru*. No tengo duda de que te amaba. Su amor por ti es lo único que contó al final. Ahora descansa. Quiero que te recuperes pronto. Quiero que conozcas a tu bisnieto Octavio. Pese a que solo tiene seis años, es un gran violinista.

Verás qué inteligente y talentoso es.

—Sí —susurró Ifrán y Bojons, los ojos entrecerrados y la respiración serena—. Quiero conocer a mi bisnieto. Estoy tan cansado.

—Duerme, *taitaru*.

* * *

Emanuela entró en la mansión de la calle Samuhú-Peré, y doña Inmaculada, siempre tan puesta, soltó una exclamación y corrió hacia ella; se detuvo, de pronto avergonzada, y Emanuela le sujetó las manos y le sonrió.

—Gracias por ocuparos de mi hogar durante mi ausencia.

—Doña Manú —habló con acento angustioso—, los de la Inquisición vinieron y se llevaron muchas cosas. Muchas cosas valiosas, señora. Tuve que firmar papeles. Tengo copia de todo...

—Lo sé —la interrumpió Emanuela—, no os preocupéis. Esa pesadilla ha terminado.

Las esclavas, alertadas por Joaquina, que había visto descender del coche a los señores, entraron en tropel en el patio principal y saludaron con alegría sincera al ama Manú. Con el patrón se limitaron a inclinar la cabeza a modo de gesto reverencial. Se alborotaron, aun doña Inmaculada, cuando cuatro hombres se presentaron cargando a un monje con el hábito blanco manchado de sangre. El anciano traía una palidez de muerte.

—Doña Inmaculada, ubicad a fray Claudio en la habitación para huéspedes que está próxima a la mía, la que tiene vista al jardín. Llevad agua hirviendo y esparadrapos. Cristóbal —se dirigió al esclavo del inquisidor, que lucía perdido y triste—, ocúpate de desvestir a fray Claudio con la ayuda de Árdenas. Lavadle las heridas con el agua de anacardo como tú sabes hacerlo. Romelia te proporcionará la lavativa.

—Como ordenéis, doña Manú.

Aitor y Emanuela marcharon a su recámara. Aitor la llevaba de la mano, y Emanuela correteaba por detrás. Entraron y, sin mediar palabra, la sujetó por la cintura y la besó en la boca. Cerró la puerta con el pie. Emanuela le circundó el cuello y se abrió a él, y enredó la lengua en la de su esposo, y sus dedos treparon y se ajustaron a su cuero cabelludo en tanto el ansia por profundizar la unión de sus labios, de sus cuerpos, de sus almas se volvía incontrolable y la hacía olvidar de todo. El anhelo de Emanuela arrancó gruñidos de placer a Aitor, que le encerró la nuca con una mano y ajustó el otro brazo en la base de la espalda. Emanuela gimió y se puso en puntas de pie para satisfacer la exigencia de su esposo, que cortó el beso y arrastró los labios por la mandíbula y el cuello de su mujer.

—Dios mío, Jasy, cuánto te eché de menos. Creí que me volvería loco sin ti.

—Amor mío, amor de mi vida. Sabía que vendrías por mí. Lo sabía.

Aitor se sentó en el borde de la cama y la ubicó en sus piernas. Le habló sobre los labios.

—Hay tantas cosas que quiero que me cuentes, que me expliques, pero ahora necesito tocarte, besarte, y que me toques y que me beses. Necesito saber que te tengo de nuevo.

—Siempre me tienes, aun cuando no estamos juntos. No pasó un instante de este tiempo lejos de ti en que no te pensase. Siempre estás conmigo, Aitor.

Emanuela entrelazó sus dedos en los cabellos que le cubrían las sienes y lo besó en la boca con intemperancia deliberada. Lo conocía, y sabía lo que él necesitaba en ese momento. Necesita asegurarse de que la había recuperado por completo, que nada había cambiado entre ellos durante ese tiempo, que ella era su Jasy, la misma de siempre, la misma niña locamente enamorada de su héroe, la misma joven a la cual él había desvirgado y moldeado para su gusto y placer.

—Me llamaste Jasy esa primera noche, en la jangada.

—¿Cómo?

—Me bautizaste Jasy la noche en que nací, cuando tenías solo cuatro años.

—Sí. Alguna vez te lo conté.

—Ahora lo sé porque te vi mientras detenía la hemorragia de fray Claudio. Vi claramente la noche en que mi madre me parió y luego te vi a ti, pequeño, con una venda sobre el ojo izquierdo —le dibujó con el índice la cicatriz que le partía la ceja—. Eras tan hermoso con tu pelito largo y lacio y tu carita perfecta, y tu boquita en forma de corazón, y me mirabas con tanto amor y sorpresa, y me llamabas Emanuela. Querías despertarme, y tuviste miedo al tocarme el carrillo con la punta del dedo. —Aitor, con los ojos arrasados, se limitó a asentir y a sonreír—. Entonces, me llamaste Jasy. Y me diste la fuerza para vivir. Estoy viva por ti, Aitor. Tu amor me mantuvo viva, y no sabes cuán agradecida estoy contigo por haberme rescatado de la muerte, porque esta vida que me has dado, sobre todo, los hijos que me has dado, me han hecho inmensamente feliz y plena. Gracias, amor mío. Tú no eres mío, ni yo soy tuya. Lo nuestro va más allá de eso. Yo soy tú y tú eres yo porque compartimos el alma, Aitor.

Aitor sonreía y asentía con la cabeza, incapaz de articular con el mentón que le temblaba y la garganta que le palpitaba con ferocidad. Hasta que la tensión de esos días y la dicha que las palabras de Emanuela conjuraban se transformaron en un huracán de emociones que arrasó con su fortaleza, y rompió a llorar como un niño. Se recostaron en la cama, y Emanuela le acunó la cabeza entre sus senos, y le acarició la mejilla sin afeitar, las sienes, las orejas, mientras le siseaba y le repetía que lo amaba más allá del entendimiento.

—Tuve tanto miedo de perderte —admitió él, entre espasmos y sollozos.

—Lo sé, y sufría sabiendo que, cuando supieses de mi encierro, sufrirías.

Aitor elevó las pestañas y fijó la mirada en la de Emanuela.

—Jasy... —Lo pronunció con angustia desesperada y la voz entrecortada—.

Sufrir ni siquiera se aproxima a describir lo que sentí. Le tuve miedo a lo que sentí — admitió.

—Shhh... Lo sé, yo también le temo a nuestro amor. A veces se demuestra demasiado grande y poderoso, ¿verdad? —Aitor asintió con los ojos apretados y los labios sumidos—. Pero ¿qué podemos hacer, amor mío? Confiar en Dios y seguir adelante. Hemos superado todas las pruebas. Somos invencibles, tú y yo. Ahora llévame con mi hijo. Necesito estrecharlo y saber que está bien.

* * *

En lo de Conan, la recibieron con una algarabía que casi la tumbó de espaldas. Las niñas corrieron a sus brazos, Miní se trepó a sus hombros, Orlando le tiraba del ruedo de la basquiña para llamar su atención, mientras Malbalá lloraba y le encerraba el rostro con las manos.

—¿Dónde está Octavio?

—Duerme aún. —Emanuela frunció el entrecejo, y Malbalá explicó—: No ha dormido bien últimamente. Tiene pesadillas y se despierta de madrugada, llamándote a gritos. Por eso descansa hasta tarde. Iré a despertarlo.

—No, sy. Iré yo.

Con Miní aún montado en su espalda y Orlando prendido a su falda, Emanuela entró en la habitación donde dormía Octavio y se sentó cerca de la cabecera. Palmeó a Argos entre las orejas cuando el perro abandonó su puesto a los pies de la cama y se acercó gañendo. Lo observó dormir, admirada del parecido con su padre, de lo adorable que lucía con las manitas metidas bajo el mentón, del amor infinito que le inspiraba. Se inclinó y olisqueó el aroma familiar de su cuellito entibiado por el sueño. Le depositó besos suaves en la frente, en la nariz, en el mentón, en las mejillas, y el niño comenzó a rebullirse.

—Despierta, dormilón. ¿No vas a saludar a tu madre?

Los párpados se dispararon, y la expresión de sueño y sorpresa de Octavio arrancó una carcajada a Aitor, que lo observaba detrás de Emanuela.

—¡Mamita! —Emanuela lo envolvió en un abrazo y lo incorporó para pegarlo a su pecho.

—Sí, tesoro mío, estoy de vuelta. Aquí estoy.

—¡Mamita! —repetía el niño.

—Sí, aquí estoy.

—Dijiste que volverías pronto y tardaste mucho.

—Nunca quise apartarme de tu lado, Octavio. Me obligaron a hacerlo. Pero ya estoy de vuelta y nunca más nos separaremos.

—¿Nunca volverás a dejarme?

—Nunca más, amor mío.

Emanuela acabó exhausta ese primer día de libertad. Octavio no había querido apartarse de su lado, y al igual que Miní y Orlando, lo arrastró de aquí para allá pegado a sus faldas, incluso cuando fue a la habitación que ocupaba Ifrán y Bojons para curarle la herida del flechazo y obligarlo a tomar caldo de gallina y a comer arroz con leche para que recuperase la sangre perdida. Octavio, parapetado detrás de Emanuela, se asomaba para atisbar al anciano que, recordaba bien, le había quitado a su madre aquella trágica noche en lo de doña Mencía. No le devolvió el saludo ni estrechó la mano que el hombre le extendió ni le devolvió la sonrisa. Quería que se fuese, y no entendía por qué su mamá lo llamaba *taitaru*. Los *taitaru* eran buenos y no le robaban la madre a los niños. A la hora de ir a la cama, Emanuela se recostó a su lado, y conversaron, mirándose y tocándose. Emanuela le hacía preguntas acerca de su tiempo de separación y le suavizaba la versión de lo que había vivido en la secreta.

—Mi hermano estaba contigo y yo no —soltó Octavio de pronto.

—Tu hermano es tan pequeño y frágil en este momento que si no estuviese dentro de mí, moriría. No tiene alternativa, hijito, como tampoco la tenías tú cuando eras pequeño y frágil como lo es él ahora. Si hubiese podido llevarte conmigo, si hubiese podido tenerlos a los dos junto a mí, lo habría hecho. Pero no lo hubiesen permitido.

—¿Mi papito te salvó de los malos? —Emanuela asintió, y la expresión de Octavio se iluminó con una sonrisa—. Mi papito es muy valiente, el más valiente de todos.

—Sí, lo es. Tu padre, por ti y por mí, sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de que estemos sanos y salvos.

—¡Yo también haría cualquier cosa por ti, mamita!

—Y yo por ti, tesoro mío.

La sonrisa del niño se esfumó, y un ceño le ensombreció la mirada.

—Quiero que el *taitaru* malo se vaya de casa. Cuando se ponga bueno, querrá llevarte de nuevo con él.

—*Taitaru* Claudio me pidió perdón por haberme apartado de ti. No volverá a hacerlo. Él es tu *taita guazu*, hijito, y me gustaría que lo conocieras e intentases quererlo. Está muy solo y triste. ¿Te gustaría tocar el violín para él uno de estos días?

—No. Mamita, cuéntame la historia de cuando mi *pa'i* Ursus y mi papito te encontraron en la orilla del río, de cuando eras muy pequeña y mi papito te salvó la vida.

Octavio se durmió poco después. Emanuela se quedó quieta, observándole las facciones relajadas, respirando el aire que él respiraba, estudiándole las manitas de uñas pequeñas, admirando las pestañas largas, espesas y negras. No reunía la voluntad para apartarse de él. Durante el mes de encierro en la secreta, cuando su ánimo decaía, había derramado tantas lágrimas temiendo no volver a ver a su adorado

hijo que en ese momento prefería mantener el contacto con su cuerpecito y no apartar la vista de él para sentirse tranquila.

Percibió la energía de Aitor antes de que la puerta se abriese y de que sus manos le tocasen la cintura y se le deslizasen por el vientre.

—¿Puedo tener a mi mujer ahora? —susurró—. He debido compartirla con demasiada gente durante el día. Todavía me pregunto cómo lo soporté de tan buen talante, porque debes admitir, Jasy, que puse buena cara y no mandé a nadie al infierno como me habría gustado para follarte en paz. —Emanuela sofocó una risita—. Ahora la necesito solo para mí, a mi mujer. ¿Puedo tenerla?

—Sí, señor de Amaral y Medeiros. Yo también necesito a mi hombre.

Besó a Octavio en el carrillo y en la sien, le acomodó el tul en torno a la cama y le permitió a Aitor que la llevase en andas hasta el dormitorio y que la desnudase en la sala de baño, donde doña Inmaculada les había preparado la tina y diluido esencias en el agua caliente. Pocas velas ardían sobre el borde de la bañera, y lanzaban sombras y destellos naranjas sobre el vientre abultado de Emanuela. Aitor se puso de rodillas y se lo acarició con las manos y con la boca.

—Era en lo único que pensaba mientras estaba lejos de ti —le confesó, mientras le deslizaba la camisa de Holanda por los hombros y le desvelaba los senos hinchados—, en compartir un baño contigo. —Le masajéo los pechos, y Emanuela gimió y se apoyó en sus hombros—. Nunca los has tenido tan grandes. Estoy duro de solo verlos. —Se metió un pezón en la boca y lo succionó, fascinado por la reacción de Emanuela—. ¿Duele?

—No. El otro, por favor.

La complació, y alternó succiones y lamidas en uno y otro seno hasta que la sostuvo cuando un orgasmo la sacudió y casi la arrojó al suelo.

—¿Te aliviaste, Jasy? —Emanuela asintió, y Aitor rio con un timbre entre feliz y jactancioso—. Una vez, en lo de Urizar y Vega, te aliviaste porque te chupé las tetas, ¿lo recuerdas?

—Sí —murmuró—. Fue la noche en que me hiciste tuya por primera vez. Tenía tantos deseos de ti. En aquel momento, ahora, siempre.

—Como yo de ti, amor mío.

Emanuela se arrodilló frente a él. Le sujetó el pene endurecido mientras lo miraba a los ojos, y no apartó la vista en tanto deslizaba la mano hacia arriba y hacia abajo.

—Gracias por haberme rescatado.

—También lo hice por mí, para seguir viviendo.

Emanuela le acarició la mejilla. Aitor, de pronto muy serio, se sentó en el borde de la tina, la erección como un mástil que se alzaba delante de los ojos hambrientos de Emanuela. Hizo el intento de llevárselo a la boca, pero él la detuvo y la obligó a ponerse de pie.

—No puedo esperar, Jasy. Necesito estar dentro de ti. Ha pasado demasiado tiempo.

La obligó a darle la espalda y le acarició el vientre desde atrás con una mano, en tanto con la otra le masajeaba el ano, y la enloquecía de la excitación.

—¡Aitor, por favor!

—Abre un poco las piernas y siéntate a horcajadas sobre mí. Sí, así, eso es. —Se sujetó el pene y lo colocó en la entrada de Emanuela—. ¡Ahhh! ¡Jasy! —clamó, cuando su esposa se deslizó sobre su erección y lo recibió dentro de ella.

A Emanuela le fascinaba esa posición, y no perdía detalle de las reacciones de Aitor, reflejadas en el espejo de la sala de baño ubicado frente a ellos. Había descubierto que le gustaba mirarse en el coito, mirarlo a él, dejarse impresionar por la desmesura con que sus manos oscuras se aferraban a sus senos, luego a su vientre hinchado, y de nuevo a sus senos. Por fin, los dedos de él se deslizaron entre los pliegues de su vagina y frotaron el punto secreto que la hacía gritar. Y gritó, y se estremeció, y luego de su alivio, sobrevino el de él, que fue escandaloso, casi violento, y Emanuela se preguntó si despertarían a fray Claudio, que dormía en la habitación de al lado. El pensamiento duró un instante; desapareció enseguida cuando sus ojos encontraron a Aitor en el espejo y su expresión torturada le robó el aliento. Se sujetó a las rodillas de él, que, en los estertores del orgasmo, se sacudía con un fervor inusitado. Lo admiró mientras él lanzaba la cabeza hacia atrás y permanecía tenso en una parálisis. Emanuela fijó su atención en el lineamiento del labio inferior y en el corte del mentón, y la belleza de sus facciones salvajes le provocó incredulidad. Ese hombre magnífico había sido de ella toda la vida.

—Jasy... —masculló él, y su aliento le golpeó la espalda y le erizó la piel y los pezones—. No veía la hora de tenerte para mí, de echarte un polvo. ¿Estás bien?

Emanuela rio por lo bajo al ver en el espejo la mueca contrita de su esposo.

—Fue maravilloso, Aitor. Verte en el placer es una experiencia de la que nunca me cansaré. Mi hermoso y magnífico Aitor.

—¿El niño está bien? —preguntó de repente, y Emanuela asintió—. Lo siento moverse.

—Está bien, feliz porque sus padres se aman.

—No creo que exista un padre que ame tanto a la madre de sus hijos como yo a ti, Emanuela.

—Lo sé. Sentémonos dentro de la tina. Ansío un baño.

Aitor la bañó y le lavó el cabello, y Emanuela lo bañó a él, y mientras le higienizaba el pene, lo vio crecer entre sus manos. Levantó la vista, y Aitor le devolvió una mirada de ojos dorados y chispeantes, que logró hacerle cosquillas en el estómago.

—Eres tan hermosa —susurró, y la miró a los ojos—. Siempre me has calentado, pero ahora, llena de mi hijo y con estas tetas, eres lo más lindo que he visto en mi vida.

Emanuela se sonrojó y bajó las pestañas. Aitor profirió una carcajada y hundió la cara en el cuello recién lavado de Emanuela. Se le erizó la piel cuando ella se la

humedeció con su aliento tibio al decirle:

—Aitor... Te amo tanto, amor mío. Es difícil explicar lo que siento por ti.

—Es difícil, Jasy, porque esto con que hemos sido bendecidos no es de este mundo.

Emanuela se apartó y lo contempló, sorprendida y conmovida por la sabiduría y la certeza de sus palabras.

—Sí —acordó—, es perfecto, e inexplicable, e infinito porque no es de este mundo.

Se besaron con el ánimo saciado, con suavidad, y prestaron atención a la morbidez de sus labios, a la aspereza de sus lenguas, a la suavidad de sus dientes, al aroma a sexo que se suspendía sobre el agua tibia, a la manera en que los pezones de Emanuela se friccionaban contra el pecho de Aitor. Este se estremeció y apretó los ojos cuando Emanuela se alejó de él, y encontró intolerable esa distancia de pulgadas. La sujetó por la cintura y la ubicó entre sus piernas, la espalda de ella contra el pecho de él.

—No te apartes de mí —le exigió con fiereza al oído—. No lo soporto.

—No lo haré, solo estaba acomodándome.

Aitor se dijo que había mucho de qué hablar, cuestiones que explicar, hechos que relatar. Lo dejarían para el día siguiente, decidió. Emanuela estaba exhausta después de una jornada en la que Octavio se había mostrado más exigente que de costumbre y que no le había permitido siquiera hacer sus necesidades en paz, sin mencionar el desfile de amigos y que, en su estado de avanzada preñez, se cansaba fácilmente. De todos modos, algo sabía pues Hernando de Calatrava, que ahora vivía con Ginebra y que, al mediodía, se había presentado para saludar a su hija, le había contado acerca de la extraordinaria historia de Emanuela Zañartu y fray Claudio de Ifrán y Bojons, que habían engendrado en la prisión de Lima a María Clara, la madre de su Jasy.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber, mientras le acariciaba el vientre.

—Maravillosamente bien. Distendida. Feliz en tus brazos. ¿Y tú?

—Feliz por tenerte entre mis brazos. —Le besó la sien—. ¿Estás cansada?

—Sí. Llévame a la cama.

Durmieron profundamente, Emanuela cómoda y segura circundada por el halo protector de su esposo, que no la soltó en toda la noche. Sus cuerpos amanecieron en contacto, las piernas entrelazadas y la mano de Aitor sobre el vientre que cobijaba al hijo de ambos. Emanuela se dio vuelta y sonrió al encontrarlo despierto, con la mirada anhelante que le disparaba las pulsaciones. Se besaron en los labios.

—Buen día, amor mío. Es como un sueño despertar en esta cama, contigo, en mi casa.

Le acarició la mejilla al verlo trepidar.

—Sufrí tanto, Jasy. Creí que moriría de dolor cuando supe que estabas en manos de la Inquisición. Temía que te torturasen. La desesperación que sentí...

—Fueron tantas cosas las que me preocuparon durante estas semanas de encierro,

pero lo que más me atormentaba era tu padecimiento. Y rezaba por ti todo el tiempo. Le pedía a Dios que te suavizase la pena.

—Eso es imposible, Jasy. Ni Dios habría podido. Él me hizo amarte de esta manera inexplicable. Lo que siento cuando alguien o algo te amenaza es consecuencia de ese amor. No existe uno sin el otro, y Dios lo sabe, por eso no escuchó tus rezos, y yo sufrí como un condenado.

—Lo siento —sollozó.

—Shhh... Nada de lágrimas, y no quiero que me pidas perdón. Esto no fue tu culpa, sino de ese malnacido de Murguía. Él estaba detrás de todo esto, Jasy. Para vengarse de ti.

—Lo sé.

—Dime la verdad, Emanuela. Necesito saber si... si él...

—Lo intentó, Aitor. ¡Pero no lo logró! —se apresuró a aclarar cuando una mueca de rabia y dolor deformó la belleza de su esposo—. Una noche entró en mi celda con esa intención, pero Miní me salvó.

—¿Miní? ¿Nuestro carayá?

—Sí, nuestro amado carayá, el que tú me diste. Había un pequeño ventanuco en el techo de mi celda, con rejas, por supuesto, que daba al exterior; no sé adónde. Tampoco sé cómo Miní llegó hasta allí ese día...

—Por el olfato. Son famosos por el olfato.

—Agradezco a Dios que estuviese allí esa noche, pues cuando Murguía se me arrojó encima y yo grité, él comenzó a aullar como tú bien sabes y despertó a todo el convento. Nadie habría oído mis gritos. Murguía había narcotizado al guardia. En cambio, Miní despertó a los monjes y a fray Claudio. Se armó un gran jaleo. Eso me salvó.

Aitor suspiró y pegó la frente a la de Emanuela. La envolvió entre sus brazos y le besó los labios.

—Murguía ya no es un problema. Ya no volverá a molestarte. —Emanuela abrió grandes los ojos—. Tenía que hacerlo, Jasy. Murguía tenía que desaparecer. De lo contrario, siempre nos habría perseguido y atormentado. No habríamos tenido paz, y yo solo quiero vivir en paz sabiendo que estás a salvo.

—Comprendo.

Pasados unos momentos en silencio, Aitor volvió a las preguntas y Emanuela le respondió con paciencia.

—¿Qué haremos con el inquisidor?

—No lo llames así, por favor.

—¡Por amor de Dios, Emanuela! ¿Crees que es fácil para mí olvidar que se llevó a mi mujer una noche y que la arrojó en un hueco inmundo? Tampoco olvido que me disparó y que tal vez me habría asesinado si Quebadín no lo hubiese herido de un flechazo. ¿Puedes tú olvidar todo eso, Jasy? Porque a mí me resulta imposible. Lo que me sorprende es que permita que siga bajo mi techo, que reciba los cuidados de

mi mujer y que coma mis alimentos.

—Es mi abuelo, Aitor. Fray Claudio de Ifrán y Bojons es el padre de María Clara, mi madre.

—Lo sé, lo sé. ¡Malditos curas hipócritas! No sé a cuento de qué viene eso de que no pueden tener mujer si se lo pasan follando por ahí.

—Fray Claudio amó a Emanuela Zañartu.

—¡Bonita manera de amarla!

Emanuela apretó los ojos y se mordió el labio.

—Perdóname, Jasy.

—No tienes por qué pedirme perdón cuando tienes razón. La historia es extraña, e injusta, y tormentosa, pero es *mi* historia, Aitor. Siempre me sentí una Ñeenguirú y una guaraní, y siempre lo seré. Pero algo me faltaba. Yo quería saber quién era realmente, de dónde provenía. Ahora sé quiénes fueron mis antepasados, ahora sé por qué estoy en el mundo, y por eso me siento agradecida. La de mi familia es una historia de dolor y de egoísmo, de fanatismo y de traición, pero también de amor. Mis abuelos maternos se amaron, mis padres también. Y si bien el amor de ambas parejas acarreó mucho sufrimiento, no dejó de ser amor. Mi madre y yo fuimos fruto del amor, como tú lo fuiste también. No sé si consigo explicarme —dijo, con acento frustrado.

—Te comprendo. Para mí también fue un alivio conocer mi historia. La furia que me dominaba cuando era niño se debía sobre todo a eso, a no entender por qué Laurencio abuelo me odiaba, por qué me llamaban luisón, por qué me despreciaban. Cuando supe que era un Amaral y Medeiros y que Laurencio abuelo sabía que yo no era su hijo, entonces mi rabia se calmó bastante. Te entiendo, Jasy. Te entiendo, amor mío. —Le besó la nariz y los labios.

—Gracias. No te pido que perdones a fray Claudio por el mal que nos hizo, pero al menos ten en cuenta que se ha arrepentido y que su sangre es la mía.

Orlando saltó fuera de la cama y le ladró a la puerta cerrada, por lo que Emanuela y Aitor supieron que alguien se aproximaba.

—Es tu hijo —informó Emanuela.

—¿Cómo sabes?

—¿Cómo no saberlo? Lo siento, como te siento a ti antes de verte.

—¿De veras? —dijo con una expresión esperanzada y embellecida por la inocencia y el anhelo—. ¿De veras presentes cuando estoy por llegar?

—Sí. Te siento, igual que lo siento a él, porque es tuyo.

Octavio intentó irrumpir sin llamar; la puerta con traba se lo impidió. Golpeó con los puñitos y llamó a su madre, mientras Orlando ladraba de un lado y Miní chillaba del otro.

—¡Ya voy, Octavio! —se exasperó Aitor, mientras se ponía los calzones y se echaba encima la camisa—. ¡Deja de hacer tanta bulla!

—¡Quiero ver a mi mamita!

—Sí, sí, tu mamita, tu mamita. —Abrió la puerta y lo atajó antes de que se precipitase dentro. Lo levantó en brazos y lo elevó por sobre su cabeza—. ¿No vas a saludar a tu padre? ¿Tan poco cuento para ti? —La sonrisa de Octavio tuvo el efecto de una caricia, y cuando lo abrazó y le humedeció la mejilla al plantarle un beso, experimentó una dicha inefable. El niño, impaciente, comenzó a rebullirse, ansioso por estar con su madre, que lo contemplaba desde la cama con una sonrisa. Lo depositó en el suelo, y Octavio corrió hacia ella. María y Ana se demoraban bajo el dintel, indecisas de imitar a su hermano. Aitor les besó las coronillas y las invitó a entrar.

—¡A quitaros los zapatos los tres! —ordenó Emanuela—. Así podréis subir a nuestra cama.

—¡Sí! —se regocijó Octavio, mientras la niñas emitían risitas tímidas.

Aitor, que tenía otros planes, elevó los ojos al cielo y soltó un suspiro sonoro por la nariz antes de regresar a la cama invadida por niños y animales. Se recostó junto a su mujer, que reía con un comentario de Ana Dolores. Al levantar la vista, descubrió a Miní colgado del paño que embellecía el tornalecho. El animal lo miraba con fijeza, y Aitor le guiñó un ojo e hizo una nota mental de mandar por cañas de azúcar al mercado, pues desde pequeño, Miní disfrutaba masticarlas y sorber el líquido dulce que soltaban.

CAPÍTULO XXIV

En los días que siguieron, Emanuela se propuso retornar a los hábitos y a las rutinas previos al cataclismo que había significado caer en manos del Santo Oficio. Necesitaba volver a sus actividades y obligaciones para recobrar la ecuanimidad y la de su familia, y ni siquiera la presencia de fray Claudio en la casa, que requería mucha atención, ni el desfile de amigos y hombres de negocios le impidió organizarse y sentirse de nuevo al mando de su casa y de sus miembros. Se ocupaba del huerto de plantas medicinales, ayudaba a Aitor en el despacho, daba clases a sus alumnas y a Octavio, preparaba ungüentos y medicinas, en especial para su *taitaru* Claudio, hacía los honores de anfitriona y organizaba las actividades del servicio doméstico con doña Inmaculada, y entre tantas actividades, ella y Aitor encontraban el tiempo para escabullirse y amarse, a veces en sitios insólitos, como en el carruaje que los conducía a una tertulia en el fuerte organizada por el gobernador Sanjust o en el guardamangel, una pieza adyacente a la cocina donde se conservaban los víveres y provisiones. La costumbre de amarse a cualquier hora del día, en cualquier lugar donde hallasen un poco de intimidad no era nueva para Emanuela, aunque sí lo era la necesidad compulsiva de Aitor por estar dentro de ella, sin juegos previos, sin demoras; solo contaba introducirse en ella, como si de ese modo se asegurase de que nadie se atrevería a quitársela de nuevo. Se daba cuenta de que, tanto Octavio como Aitor, habían quedado sensibles y afectados por ese tiempo de separación forzosa, y se mostraba paciente y comprensiva cuando el sentido de la posesión del padre o del hijo la sofocaba. Aitor, por ejemplo, se irritaba si pasaba media hora y no la veía; se fastidiaba si le comunicaba que se disponía a salir y para nada contaba que Matas, Jerónimo o Renato la escoltasen; despedía con descortesía a quienes se le aproximaban a la salida de misa o en la calle por temor a que le pidiesen que los curase, y a veces él mismo respondía con negativas a las invitaciones que le extendían otras señoras, pues Emanuela se había vuelto muy popular entre la población femenina. Octavio no se dormía si Emanuela no se acostaba a su lado; no servía que se sentase en la cabecera y le contase un cuento; quería que ella se acostase a su lado porque guardaba la esperanza de que su madre se durmiese y lo acompañase toda la noche. La engatusaba diciéndole:

—Mamita, mientras me cuentas el cuento, cierra los ojos.

A Emanuela la enternecían los esfuerzos en los que caía su hijo para no dormirse, y a veces se cubría la boca para sofocar la risa que le inspiraban sus muecas. Se había encaprichado con que Emanuela se quedase en la clase de violín y amenazaba con escaparse si ella no lo complacía. La exigencia implicó cambios, como que las clases de las niñas se dictasen por la mañana y que Joaquina cargase con una costura o un

bordado y los aparejos del mate para pasar el tiempo.

—Lo consientes demasiado —se enfadó Aitor en una oportunidad en que Octavio hizo un berrinche porque no querían llevarlo al baile que organizaba el Cabildo, y Emanuela decidió no asistir.

—Del mismo modo que te consiento a ti.

—Yo soy tu esposo.

—Y él es nuestro hijo, Aitor, y es pequeño y sufrió enormemente cuando me llevaron. Para él, fue como si yo lo hubiese abandonado. Además, la llegada de su hermano lo tiene inquieto, lo sé. Déjame actuar como mi corazón de madre me dicta, te lo suplico. Nada me importa un baile. Lo primero es la tranquilidad de mi niño.

Aitor se aproximó con el gesto relajado y una media sonrisa. Le acunó el rostro y le besó los labios.

—Haz como tu corazón de madre te dicte, Jasy. Nuestros hijos están primero —declaró, y le acarició el vientre.

—Gracias.

Por fortuna, al festejo por la boda de Conan y Engracia, que por fin tuvo lugar veinte días después de la liberación de Emanuela, Octavio, María Antonia y Ana Dolores estaban invitados. Se comió y se bebió a lo grande, y Juan, con algunos de sus alumnos del Colegio Seminario que se habían propuesto montar una orquesta, llevaron música, y hasta se bailaron minués, gavotas y contradanzas, aunque nadie mostraba dotes de gran bailarín, por lo que doña Mencía se destacó y dio lección a todos. Emanuela advirtió que, mientras la señora, recuperada del encierro y de los latigazos, se desplazaba con garbo en la improvisada pista de baile, los ojos de su *pa'i* Santiago la seguían con codiciosa intensidad. Octavio, por su parte, invitó a bailar la gavota a Sixtina, adorable en un traje de muselina rosa pálido. La niña aceptó con un sonrojo que le realzó las bellas facciones. Doña Mencía esponjó a sus alumnos, que, en su opinión, conocían los pasos de la danza y bailaban con más gracia que cualquier adulto presente. Emanuela, henchida de orgullo por la valentía y la determinación de Octavio, se emocionó al descubrir la sonrisa orgullosa con la que Aitor contemplaba a su hijo, quien, aunque un poco más bajo que su compañera de baile, era el que claramente llevaba la voz de mando. Resultaba asombroso ver cómo Sixtina se dejaba guiar, confiada y relajada.

—Con suerte —susurró Engracia—, el amor de Octavio por Sixtina será como el de Aitor por ti, de esos que comienzan en la infancia y que duran la vida entera.

Emanuela sonrió y asintió, serena en compañía de la mujer que tantas amarguras le había causado y que tantas desconfianzas le había despertado. La notaba contenta con Conan; no locamente enamorada, pero sí orgullosa del hombre que la había elegido por esposa. De seguro contaba que el cornuallés adorase a la pequeña Sixtina, que sentía devoción por el hombre al que había comenzado a llamar padre.

—¿Cuándo partiréis para la mina? —se interesó Emanuela.

Como Aitor había pospuesto el viaje para después del nacimiento de su hijo,

Conan había ofrecido visitar *La Emanuela* porque si bien Ismael Matas y Ambrosio Corvalán eran de confianza y la administraban con eficacia, estaba convencido de que el ojo del amo engordaba el ganado.

—El barco zarpará mañana. Ya tenemos el equipaje en la bodega. Os agradezco a ti y a Aitor que recibáis a Sixtina en vuestra casa. En ningún sitio la habría dejado excepto contigo, Manú.

—Yo estoy feliz de tenerla con nosotros, pero no es necesario que te diga quién fue el que dio un grito de alegría cuando se lo comunicamos.

Engracia rio, y juntas siguieron disfrutando de la imagen que componían Octavio y Sixtina mientras se desplazaban al compás de la gavota. Para que el júbilo fuese completo, meditó Emanuela, habría bastado que su hermana Ginebra olvidase los celos y las envidias, y hubiese aceptado el ramo de olivo que le había extendido al enviarle una nota en la que rezaba: «*Lamento lo de tu madre. Estoy aquí, a tu lado, por si me necesitas. Tu hermana Emanuela*». Ginebra había garabateado la respuesta en el mismo billete y con furia, a juzgar por la mala caligrafía: «*No lo lamentas sino que te alegras. No te necesito*». Se había ocultado en el cuartito donde disecaba las plantas y las flores para llorar. No quería que Aitor la descubriese en ese quebranto.

* * *

Emanuela visitaba a su abuelo Ifrán y Bojons dos veces por día, después del desayuno y antes de la cena. Le revisaba las laceraciones de la piel, que, poco a poco, iban desapareciendo bajo sus cuidados y los de Cristóbal, y la herida de la flecha, que cicatrizaba sin complicaciones. Le gustaba entrar en la habitación del dominico y encontrarle la mirada, que se iluminaba cuando la veía. La satisfacía comprobar que la dieta de carnes rojas, lácteos, legumbres y morcilla le devolvía el buen semblante y la fortaleza. Una mañana, con ayuda de Cristóbal, lo obligó a abandonar la cama. Fray Claudio se mareó, lo cual lo desmoralizó bastante.

—Sujétalo bien, Cristóbal, y tú, Romelia, abanícalo. *Taitaru*, toma inspiraciones profundas. Es normal que te hayas mareado. Perdiste mucha sangre y hace tres semanas que guardas cama. Mi *pa'i* van Suerk siempre decía que la cama debilita tanto como el ayuno.

—¿Van Suerk? ¿El de la viruela? —Emanuela asintió—. Debo escribirle e invitarlo a retornar a Asunción —dijo, más para sí.

—Hazlo, *taitaru*. Mi *pa'i* echa de menos esta tierra. Tu carta lo hará feliz.

Dieron unos pasos y se detuvieron frente a la ventana para contemplar el jardín.

—Qué bello espacio —susurró fray Claudio.

—Lope me decía que así son los jardines de los palacios franceses. A mí me recuerda al jardín que doña Florbela, la madre de Lope, tenía en *Orembae*.

—¿Qué había allí, donde la hierba presenta ese círculo amarillento?

—Oh —masculló Emanuela, y Romelia soltó un bufido, que llamó la atención del

inquisidor—. Allí había una fuente de agua. El notario de secuestros se la llevó —explicó en un tono casi inaudible.

Ifrán y Bojons asintió con la vista fija en el sitio vacío y pidió que lo devolviesen a la cama. Cristóbal y Romelia lo ayudaron a recostarse, y Emanuela lo arropó. Fray Claudio fijó la vista en el cielo raso. Emanuela tomó asiento junto a la cabecera y, al notar que caían lágrimas por las sienes de su abuelo, indicó con un ademán a Cristóbal y a Romelia que se retirasen. La puerta se cerró tras los esclavos, y el silencio reinó en la estancia.

—Yo amaba a tu abuela —expresó el dominico al cabo, con acento forzado—, aún la amo. No pasa un día en que no la evoque y sufra, pero este sufrimiento es mi justo castigo porque amarla fue un pecado.

—*Taitaru*, el amor no es pecado. Dice San Juan Evangelista: Dios es amor. Cuando nos amamos los unos a los otros es cuando más cerca de Dios estamos. Cuando nos amamos estamos mostrándole al otro el pedacito de Dios que habita en nosotros.

Ifrán y Bojons movió apenas la cabeza sobre la almohada para mirar a su nieta.

—No refieras esto a un inquisidor, hijita. De lo contrario, estarías en problemas.

Emanuela sonrió y le besó la frente.

—Gracias por la advertencia, *taitaru*. Pero no quiero que te angusties pensando que amarla fue pecado. ¿Acaso controlamos nuestros sentimientos? No, en absoluto. Amar no es pecado.

—Durante meses conseguía sofrenar el deseo de verla —siguió hablando el inquisidor—, durante meses lograba sofocar las ansias de escuchar su voz y de ver su sonrisa. Ah, la sonrisa de Emanuela... Era como un trozo de Paraíso. Hasta que la carga se tornaba insoportable y bajaba a la secreta, y me decía que solo la vería por la ventanilla de la puerta, que no le hablaría, que no le revelaría mi presencia. Todo en vano. Solo bastaba que mis ojos se posasen en su belleza para que mis fuerzas flaqueasen. Y ella siempre me recibía con alegría y con tanto amor. —La voz se le quebró, e Ifrán y Bojons apartó el rostro para que su nieta no lo viese llorar.

Emanuela le besó la sien húmeda de lágrimas, y guardó silencio mientras el anciano se desahogaba, y le sujetó la mano y se la colocó contra la mejilla.

—Así fue como tu abuela volvió a quedar encinta.

—¡Oh!

—Tu madre habría tenido un hermano o una hermana. Pero tu abuela estaba debilitada después de años de encierro y de tristeza, y sufrió un aborto. Murió dos semanas más tarde. Hace poco tu padre me confió que lo hizo en brazos de nuestra hija, de tu madre. Y no sabes cuán feliz me hizo saberlo. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Mi amada Emanuela murió en la secreta pero al menos lo hizo en brazos de su hija.

—Murió feliz, entonces, y eso debería darte paz, *taitaru*.

—No puedo tener paz cuando sé que la condené a pasar casi veinte años de su

vida en ese hueco inmundo, el mismo hueco inmundo al que te habría condenado a ti si tu padre no me hubiese advertido quién eras.

—¿Fuiste tú el que condenó a Emanuela Zañartu?

—Yo no era el presidente del tribunal en ese momento. En aquella época era un inquisidor muy joven, recién ingresado en el Santo Oficio, pero no hice nada por salvarla porque en verdad creía que era una bruja que me había hechizado con sus malas artes. Si me lo hubiese propuesto, la habría salvado, te lo aseguro.

—¿Eras muy joven, *taitaru*?

—Sí, *demasiado* joven —admitió con un suspiro resignado—. Mi padre se había propuesto que uno de sus hijos fuese influyente en las cuestiones del reino y otro, en las de la Iglesia. Nuestra familia era rica y poderosa. Así fue como tu tío abuelo Martín accedió a uno de los cargos más importantes después del de virrey, el de general de la Mar y Callao, y yo, a la edad de veinte años, me convertí en inquisidor, un puesto muy codiciado dentro de la Iglesia. Me envaneció, me volví pedante. Trabajaba con uno de los inquisidores más importantes de aquel momento y de él aprendí lo que sé. Era un hombre estricto, inflexible y enemigo acérrimo de la hechicería. Él condenó a tu abuela por brujería, y yo no hice nada por impedirlo. Como te dije, podría haber hecho mucho.

—¿No la condenó a morir?

—No. Tu abuela firmó una confesión y se arrepintió, y el tribunal se mostró benévolo con ella y no la condenó a morir a garrote vil para luego ser quemada en la hoguera.

—¿Firmó una confesión? Pero ella no era una bruja. Su don... Ella no podía evitar poseerlo, *taitaru*.

—Lo sé, Manú, lo sé. Pero cuando estás en el potro o te dan de latigazos terminas admitiendo lo que te exigen que admitas, aunque no sea cierto.

—Pasado el tormento, ¿no pueden desdecirse? ¿No pueden explicar que lo hicieron para que el padecimiento acabase?

—Pueden, pero entonces se los vuelve a someter a tormento hasta que claudican y acaban firmando la confesión. Si no la firman, los queman vivos en la hoguera. Si la firman, los queman muertos, lo cual es un alivio.

—Santo cielo.

—Tu abuela firmó la confesión, pero no fue relajada al brazo secular pues no se la condenó a muerte, sino a prisión perpetua.

—¿Has dicho *relajada*?

—Relajar significa entregar a la Justicia de los hombres, que es la que ejecuta la condena a muerte. La Iglesia no la ejecuta debido a dos principios que la rigen y que establecen que *Ecclesia abhorret a sanguine* y *Ecclesia non novit sanguinem*.

—La Iglesia aborrece la sangre y la Iglesia no derrama sangre.

—Exacto. Veo que el padre Urizar y Vega te ha enseñado bien el latín.

—Y el castellano. Y mi *pa'i* Santiago, el griego. Fueron grandes maestros. Mi

pa'i Ursus llegará de San Ignacio Miní dentro de poco. Estoy ansiosa por verlo, por abrazarlo. Es como un padre para mí.

Fray Claudio la miró con una sonrisa. Elevó la mano con esfuerzo y le acarició la mejilla delgada con el dorso de los dedos, que le temblaban.

—Qué fácil es para ti amar, Manú. Qué fácil es para ti ver la parte buena de las personas, como lo haces conmigo, que tanto te he hecho sufrir.

—Mi abuela y mi madre te amaron. Yo también quiero amarte, *taitaru*.

Fray Claudio esperaba con ansias las dos visitas diarias de su nieta, porque si bien lo abismaban a los errores y al sufrimiento del pasado, lo hacían sentir vivo y amado, lo que ponía de manifiesto cuán solo había estado en las últimas tres décadas, aferrado a la esperanza de hallar a su adorada María Clara.

—Tu esposo nunca ha venido a visitarme —dijo un día, como al pasar, mientras Emanuela le recortaba el cabello blanco—. Sé que no me ha perdonado que te haya apartado de su lado y que le haya disparado. Ni yo mismo me lo perdono.

—Para ser perdonado, hay que pedir perdón. Sé que habrá oportunidad para que hables con Aitor y le pidas disculpas.

—Nunca he pedido perdón, Manú. No sé cómo hacerlo.

—A mí me pediste perdón, *taitaru*.

—Contigo todo es fácil, hijita. Con tu esposo... Esos tatuajes y esos ojos de basilisco infunden miedo.

—Lo sé. Igualmente, Aitor te ha disculpado a su modo. No te permitiría que vivieses bajo su techo si no te hubiese perdonado.

—¿Y mi bisnieto? ¿Él tampoco vendrá a verme?

—Dale tiempo, *taitaru*. Quedó muy impresionado contigo la noche en que me arrestaron.

El anciano asintió y no volvió a pronunciar palabra. Emanuela acabó el corte de pelo, lo besó en la frente y se marchó. Ifrán y Bojons se quedó sentado en la silla, la vista en el jardín al estilo francés en el que faltaban una fuente de agua y un reloj de sol. El único sonido que lo circundaba era el de Cristóbal, que recogía los recortes de cabello y ponía orden. En verdad, no se aburría mientras esperaba a que su nieta se presentase y llenase de luz su existencia. Leía y, ahora que no guardaba cama el día entero, escribía. Recibía a menudo al abad del convento de Santo Domingo, que le llevaba la comunión, y también a fray Pablo, con quien había hecho las paces, y aun el obispo Manuel de la Torre lo había visitado en una oportunidad, perturbado por el hecho de que un grupo de salteadores de caminos se hubiese atrevido a atacar al inquisidor Ifrán y Bojons.

—¡Adónde iremos a parar si ya no respetan siquiera las investiduras talares!

Fray Claudio sonreía con benevolencia y asentía.

—Por fortuna —arguyó el dominico—, el esposo de doña Manú pasaba por allí con su gente y me salvó. —Era la historia que había decidido contar, y no le importaba mentir a la cara del propio obispo si con eso acallaba el escándalo y

salvaba al esposo de su nieta de los problemas legales.

El obispo carraspeó y se movió en la silla, con aire de incomodidad.

—Pues... Finalmente doña Manú era inocente de lo que se la acusaba.

—Así es. Se trató de una intriga que pergeñaron mi amanuense, que le tenía ojeriza a doña Manú del tiempo que esta transcurrió en Buenos Aires, y de una mujer llamada doña Nicolasa.

—¿Por qué le tenían ojeriza? —se interesó el obispo.

—Murguía, mi amanuense, porque doña Manú no aceptó desposarlo en el 53. Y doña Nicolasa... ¿Quién puede saber lo que ocurre en la cabeza de las mujeres? Parece ser que codiciaba la fortuna de don Aitor; la quería para su hija.

—¿Partiréis a Lima cuando os habréis repuesto, fray Claudio?

—No lo creo probable, Excelencia. Tal vez me quede en Asunción, después de todo. —Se quedaría cerca de su Manú, donde fuese que ella viviese. Adonde ella y su familia se estableciesen, ahí la seguiría, de lejos, para no enfadar a su esposo, pero siempre cerca de su nieta, que le devolvía el sentido a la existencia.

—¡Eso me conforta! —admitió el obispo—. Se trataría de una gran pérdida para nuestra ciudad que el inquisidor Ifrán y Bojons decidiese partir.

—Me quedaré, Excelencia, pero estoy pensando seriamente en renunciar a mi cargo en el Santo Oficio. He dedicado más de cincuenta años a esta sacra institución, y la verdad es que estoy un poco cansado.

—Os merecéis el reposo, estimado fray Claudio.

Árdenas lo veía todos los días y se ocupaba de despachar sus misivas y mensajes. En una de ellas, dirigida al obispo de Lima, presentaba su dimisión al cargo en el Santo Oficio. Alegaba cuestiones de la avanzada edad y de salud.

—¿Qué haré yo ahora si Su Excelencia renuncia al cargo de inquisidor?

—Deberás buscarte otro trabajo, Árdenas. ¿Qué te gustaría hacer?

—Me gustaría trabajar para don Aitor. Se dice que posee una mina de estaño y que siempre anda buscando hombres para trabajar en ella.

—Pídeselo, entonces.

—No me atrevo. Me mira torcido. Es un hombre que impone respeto.

—Hablaré con mi sobrina nieta, pero no puedo prometerte nada. Yo tampoco gozo de la estima de su esposo.

Ifrán y Bojons estaba cimentando una amistad interesante con el padre Santiago de Hinojosa, que lo visitaba a menudo. Una tarde sorprendió al jesuita al pedirle que lo escuchase en confesión. Le contó sus secretos más oscuros, sus pecados más agobiantes. Esa característica de los loyolistas, la de oír sin escandalizarse, la de mostrarse comprensivos con el pecador, esa particularidad que antes había condenado, en ese momento la juzgaba como una cualidad que le proporcionaba paz y consuelo. Tal vez la vejez lo estaba ablandando, quizá necesitaba un poco de lenidad a esa altura de su vida. Sabía Dios que había padecido por sus pecados. Su existencia se había convertido en un verdadero infierno desde que puso sus ojos en

Emanuela Zañartu, infierno del cual la otra Emanuela estaba rescatándolo.

* * *

Emanuela sufrió una fuerte impresión al encontrarse con su *pa'i* Ursus en el despacho de Aitor, y no se trataba de que la sorprendiese la visita, pues estaba esperándolo, sino que lo encontró avejentado y con mal semblante. Su *pa'i* Santiago le había contado que, al enterarse de que había caído en manos de la Inquisición, Ursus había viajado de inmediato desde San Ignacio Miní e intentado convencer a Dios y a María Santísima de que era inocente. Después de dos semanas de esfuerzos infructuosos, se dio por vencido. Rendirse lo quebró, y cayó enfermo con vómitos y diarreas que no se lo llevaron gracias a su constitución de oso. El viaje de regreso a San Ignacio Miní lo hizo tirado en un colchón dentro de la casilla de la jangada, con la salud achacosa y el corazón roto.

La huella de la enfermedad de Ursus aún se apreciaba en su aspecto delgado, macilento y avejentado. El cabello se le había encanecido por completo y la barba se le había tornado grisácea. Emanuela disimuló la impresión y corrió a los brazos extendidos de su *pa'i*, que la recibió con ojos humedecidos y que cayó en un mutismo de respiración afanosa.

—Gracias por haber peleado por mí, querido *pa'i*.

—No sirvió de nada, hijita —se desanimó con timbre gangoso.

—Me sirvió a mí saberlo, *pa'i*. —Lo tomó de las manos y lo condujo al sofá—. Siéntate. Romelia enseguida vendrá con el mate y unas tortitas muy sabrosas que hice preparar para ti con piña y crema. Sé cuánto te gusta la piña, *pa'i*.

Aitor se colocó detrás del respaldo y descansó las manos sobre los hombros de su esposa.

—Estuve contándole a mi *pa'i* acerca del inqui... de fray Claudio —se corrigió—. No me cree —remató, en tono risueño.

—¿Mi *pa'i* Santiago no te contó nada, *pa'i*?

—No lo he visto aún, hijita. Llegué hace media hora y, en lugar de ir al Colegio Seminario, vine directo hacia aquí. Ansiaba verte. ¿Cómo es posible, Manú, que ese hombre sea tu abuelo? ¡Menuda sorpresa, hijita! Hernando nunca mencionó que tu madre fuese una Ifrán y Bojons.

—No quería que nadie lo supiese por temor a que comenzase a correrse la voz. Aun hoy prefiere que sea un secreto, y yo también. No quiero perjudicar a mi abuelo. Después de todo, es un clérigo.

—Es una decisión sensata —concedió el jesuita—. No me gustaría que se dijese que te absolvió, algo muy infrecuente en el Santo Oficio, porque descubrió que eras su nieta, y que la causa volviese a abrirse.

Las manos de Aitor se ajustaron instintivamente en los hombros de Emanuela. Ella giró el rostro y le sonrió para tranquilizarlo.

—Eso no ocurrirá, *pa'i*. La pesadilla del Santo Oficio ha terminado. Fray Claudio me ha dicho que, en un futuro, cuando las aguas se aquieten, le gustaría que dijésemos que él es mi tío abuelo, el tío de María Clara de Ifrán y Bojons. —Ursus asintió con gravedad—. Quiere que la fortuna de su hermano, que le habría correspondido a mi madre, pase a mis manos. Él está convaleciente de un flechazo, aquí, en casa. Y espera conocerte. Está arrepentido...

Unos golpeteos en la puerta la interrumpieron.

—Adelante —invitó Aitor.

El gesto desencajado de doña Inmaculada asustó a Emanuela, y se puso de pie.

—¿Qué sucede? ¿Lo niños están bien?

—Don Leónidas Cabrera pide por vos, doña Manú. Se trata de la niña Emanuelita. Ha sufrido un accidente y...

—¡Oh, no! —Emanuela intentó precipitarse fuera, pero Aitor la detuvo al asirla por la muñeca—. ¡Suéltame, Aitor!

—Iré contigo —anunció con férrea determinación.

Salieron los tres, Emanuela, Aitor y Ursus. Romelia, que llegaba con la bandeja del mate, la apoyó sobre un bargeño y los siguió. Cabrera los esperaba en el patio de recibo, donde se paseaba en el espacio delante del portón principal.

—¡Oh, Manú, gracias a Dios que estás en casa!

—¿Qué sucede, Cabrera? —se adelantó Aitor, y colocó a Emanuela detrás de él.

—Emanuelita sufrió un accidente. Hoy Ginebra y yo llevamos a las niñas al río porque les gusta ver a los payaguás sacar sus redes. Y en un instante en que nos distrajimos, Emanuelita...

—¡Oh, santo cielo! —exclamó Emanuela—. Se metió en el río. ¡Les advertí que ella nunca aprendió a nadar! ¡Les advertí!

—La vi flotando y la saqué enseguida. Todavía respira, pero muy débilmente, y no ha vuelto a abrir los ojos. El doctor Moral asegura que su corazón bate sin fuerza. Dice que no pasará la noche. ¡Te lo suplico, Manú, ven conmigo! Vuesa merced también, padre Ursus. Tal vez necesite los santos óleos.

—¡Romelia! ¡Romelia!

—Aquí estoy, Manú.

—Pronto, mi rebozo y mi escarcela.

Partieron a caballo para evitar la demora que significaba preparar el carruaje. Emanuela se ubicó en la montura delante de Aitor, que condujo con prudencia para evitar que las sacudidas de Creso perjudicasen al niño. Con la mano izquierda sujetaba las riendas y con la otra protegía el vientre de su mujer, al que notaba endurecido.

—Respira, Jasy —le susurró—. Trata de distenderte.

—No puedo.

—Hazlo por nuestro hijo.

En la casa de Cabrera, Emanuela fue conducida a la recámara donde yacía la

pequeña. Aitor marchaba a su lado de igual guisa que en la montura, le rodeaba la cintura con un brazo, mientras colocaba la otra mano sobre el vientre como si temiese que algo lo golpease.

Apenas traspuso el umbral y sus ojos cayeron en la figura recostada sobre la cama, Emanuela supo que no le era concedido salvar a su adorada sobrina. Nunca, en sus veinticuatro años, había cuestionado la voluntad de Dios, y siempre había aceptado con sabio fatalismo las veces que se le había negado la posibilidad de usar su don. En esa ocasión un rugido se alzó dentro de ella, que resumía la mezcla de dolor, rabia, desesperación y amor que la abrumaban y que se transformó en un llanto que no pudo refrenar.

—Salid, por favor. Todos afuera —exigió de buen modo, aunque con firmeza, mientras se quitaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Todos, excepto Marã. Dejadme a solas con ella.

Emanuela sabía que Ginebra era una de las personas que se hallaba en la estancia en penumbras, y estaba preparada a sacarla a puntapiés si se atrevía a cuestionar su pedido. Escuchó susurros a sus espaldas, en los que reconoció la voz de Calatrava. La puerta se cerró y supo que se había quedado a solas con la niña. Marã, a quien se le había impedido acercarse a su dueña, saltó sobre la cama y le pasó la lengua por la mejilla pálida. Emanuela se sentó en el borde, cerca de la cabecera, y observó a su sobrina. Así, con las facciones relajadas, semejava tanto a Lope. Le pasó la mano por la frente y la notó fría. Allí dejó la mano, sobre la frente de la pequeña, y cerró los ojos, elevó el mentón e inspiró profundamente. Le pidió a Dios que, pese a haber decidido llevársela, le concediese la inmensa gracia de salvar a la hija de su querido amigo y cuñado Lope y de su hermana Ginebra, que había perdido demasiado en la vida, primero a su padre, que la había abandonado, después a Aitor, el único hombre al que había amado, después la amistad y la compañía de su esposo Lope y por último a su madre.

—No le quites también a su hija. Apiádate de mi hermana Ginebra —repitió una y otra vez, hasta que en un acto instintivo se recostó junto a la niña y no la tocó solo con las manos sino con todo el cuerpo. La recogió entre sus brazos y la cobijó contra su pecho, y le cubrió las piernitas con las de ella, y formaron un capullo los cuatro, Emanuela, Emanuelita, Marã y Hernando, que se movía y pateaba con fervor inusual. Emanuela sonreía con los ojos cerrados, mientras evocaba la época en que la niña perdía sangre por la nariz y andaba con el canuto embebido en agua de llantén, y el día en que la llevó a conocer las crías que había tenido una de las perras de *Orembae* y, acucilladas las dos junto a la camada, eligieron a la fiel Marã, o la mañana después del nacimiento de Octavio, cuando la pilló asomada en el moisés sonriéndole a su primo, a quien había amado desde ese primer momento; nunca lo celó, nunca lo envidió, pese a la diferencia que hacía don Vespaciano por su nieto varón.

El calor comenzó en las manos, como de costumbre, para luego brotar por cada poro de su piel. La experiencia era única, y Emanuela comenzó a llorar y a reír y a

repetir «gracias, Dios mío, gracias», porque en ese calor estaba su respuesta: «No me llevaré a la hija de tu hermana Ginebra». Marã, inquieta, excitada, gañía, movía la cola y lamía el rostro de Emanuelita y, de paso, la mano de Manú. Hernando parecía hacer piruetas dentro de ella. La alegría era inmensa, y contagiosa, y explotó en el corazón de Emanuela cuando escuchó la vocecita de su niña adorada.

—¿Tía Manú?

Emanuela abrió los ojos, y se encontró con los confundidos y siempre temerosos de su sobrina, tan azules como los de Lope. Rompió a llorar y a reír, y ajustó de nuevo el abrazo, y besó a la niña varias veces en la cabeza, en la orejita, en la sien.

—Sí, soy tía Manú, tesoro mío. Soy tía Manú.

—La abuela Nicolasa nos dijo que te habían llevado y que nunca volveríamos a verte.

¿Por qué le decía eso cuando se habían visto varias veces desde su regreso? Prácticamente todos los días, cada vez que concurría a clase.

—Sí, me llevaron, pero todo fue a causa de un error. Ya estoy de vuelta y nunca nos separaremos de nuevo.

Los labios y el mentón de la pequeña comenzaron a temblar, y sus ojitos se arrasaron.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, mi cielo.

Se abrazaron, y Emanuelita lloró en el cuello de su tía, mientras le confiaba, entre sorbidas y estremecimientos, que ella y Milagritos habían rezado todas las noches para que volviese.

—¿Ya lo ves? Gracias a vuestros rezos, estoy de regreso. Gracias por haberme salvado, amor mío.

La puerta se abrió de golpe, y Ginebra soltó un alarido al ver a la niña despierta y abrazada a su hermana. Se precipitó dentro y cayó de rodillas junto a la cabecera. Posó la mano temblorosa sobre la cabeza de su hija. Emanuela y Ginebra se miraron a través del espacio de la cama, sobre el montículo que formaba el cuerpo de la pequeña. Ginebra sonreía y lloraba, y la cara se le transformaba en una mueca que a Emanuela asombró, pues comunicaba sentimientos y emociones, algo que su hermana había aprendido a disimular desde temprana edad. Nunca la había visto mostrar su alegría de modo tan abierto.

—Saluda a tu madre, que estaba tan preocupada por ti.

La niña giró la cabeza, y Ginebra soltó un alarido ahogado al encontrarse con los ojos luminosos y los carrillos colorados de su hija mayor. La recogió de la cama y la apretó contra su pecho, y la pequeña, fláccida al principio, ajustó después los brazos en torno al cuello de la madre. Marã, fuera de sí, ladraba, saltaba sobre la cama y trataba de morderse la cola.

Aitor ayudó a Emanuela a levantarse, y la sostuvo cuando ella se reclinó sobre él en busca de un momento para reponerse. Se sentía más débil que en otras ocasiones,

aunque rara vez había experimentado tanta dicha al curar a alguien.

—Hija. —Calatrava, con los ojos inyectados y las mejillas húmedas, le besó la mano—. Hijita mía.

—Ya no hay de qué preocuparse, padre. Emanuelita está bien.

Calatrava seguía con los labios pegados en el dorso de la mano de su hija y lloraba.

—¿Dónde está Milagros? —preguntó Emanuela de pronto—. Me necesita. Lo sé. Debo verla.

—Por aquí —indicó Cabrera, y los condujo a una salita. La niña estaba con Drusila, que sollozaba con un rosario en la mano. Milagritos le hacía preguntas, que la india no respondía; se limitaba a agitar la cabeza y a seguir llorando.

—Milagritos, cariño —la llamó Emanuela desde la puerta, y la niña se dio vuelta bruscamente en la silla y se la quedó mirando en abierta confusión.

—¿Tía Manú? —Emanuela se mordió el labio para detener el temblor y asintió—. ¡Tía Manú! —La niña saltó de la silla y corrió hacia ella. Le circundó la gruesa cintura con los bracitos y hundió el rostro en su vientre.

—Aquí estoy, tesoro mío. Aquí estoy.

Milagritos apoyó el mentón en el vientre de su tía y elevó las pestañas para mirarla.

—Tía Manú, mi hermana se ahogó en el río. Ella no sabe nadar, por eso se ahogó. Drusila no me dice nada, pero yo creo que murió igual que mi padre y que la abuela Nicolasa.

Emanuela le sujetó el rostro por los carrillos y le sonrió.

—Emanuelita está bien. Ha despertado y está bien. ¿Quieres ir a verla?

—¡Sí! —exclamó, pero no hizo ademán de abandonar la habitación y se quedó con el abrazo ajustado en torno a su tía, los ojos fijos en los de la mujer—. Tía Manú, ¿podrías intentar enseñarle a nadar de nuevo, como nos enseñaste a Octavito y a mí?

—Haremos algo mejor. Le pediremos al mejor nadador que conozco, el que me enseñó a nadar a mí, que le enseñe a Emanuelita. Tal vez con él aprenda. Le pediremos a tu tío Aitor.

La niña se apartó un poco y abrió grandes los ojos. Miró de soslayo al mentado tío, que le daba miedo, y volvió a fijarlos en Emanuela.

—¿Tío Aitor es el mejor nadador que conoces? —Emanuela asintió—. ¿Él te enseñó?

—Así es. Si consiguió enseñarme a mí, que era muy zonza, ¡imagínate si no le enseñará a tu hermana!

La niña sonrió y asintió. Bajó la vista y la fijó en el vientre abultado de Emanuela.

—¡Cómo te creció la barriga, tía Manú! —exclamó, y los adultos, aun Drusila, que seguía moqueando, rieron.

—Es que tengo debilidad por los dulces que prepara Romelia —le mintió para no desautorizar a Ginebra, que sostenía el desatino de explicar las verdades naturales a

los niños.

Regresaron a la habitación de Emanuelita. Milagritos, pegada a la cadera de su tía y con la mirada temerosa, fijó la vista en el montículo que formaban su madre y su hermana, muy abrazadas en el lecho, y soltó una exclamación. Emanuela no habría sabido afirmar si la niña se asombraba por la recuperación de su hermana o por el hecho de que su madre la abrazaba; tal vez por las dos cosas.

—Ve con Emanuelita —la alentó, y la niña entró corriendo y se detuvo repentinamente en el borde de la cama.

—Ven, cariño —la llamó su madre, y estiró la mano, y Milagritos volvió a levantar las cejas, asombrada.

La madre y sus dos hijas se abrazaron en la cama, y los demás, luego de observarlas unos instantes, comenzaron a abandonar la habitación. Drusila se hincó delante de Emanuela y le besó el ruedo de la basquiña.

—Gracias, doña Manú, por devolverme a mi niña. Dios se lo pague, santa señora.

—De esto ni una palabra a nadie, Drusila —la conminó Aitor, aunque ya conocían la ineficacia del pedido.

—Don Leónidas —lo llamó Emanuela—, ¿podrías pedir que preparasen un caldo bien gordo para mi sobrina? De carne o de pollo, con un poco de papas y legumbres.

—Enseguida, Manú.

Ursus se aproximó y la contempló fijamente. Emanuela le sostuvo la mirada, y así permanecieron, mirándose, comunicándose sin palabras. El mentón barbudo del jesuita comenzó a temblar y los ojos se le arrasaron. Emanuela estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Te quiero, *pa'i*. Tanto.

—Y yo a ti, mi preciosa Manú.

Ursus movió la vista hacia Aitor.

—Hijo, llévala a casa. Luce extenuada.

—Sí, *pa'i*.

—No todavía. Quiero quedarme un poco más para asegurarme de que Emanuelita sigue bien. Quiero ver que tome el caldo.

—Emanuela...

—Por favor, Aitor.

Se ubicaron en la salita donde habían hallado a Milagritos y a Drusila. Se sentaron los cuatro, Aitor, Emanuela, Ursus y Calatrava, y al rato apareció una india con horchata, mate y vino tinto y unos bocadillos de pan de maíz, queso y pimientos asados. Emanuela se comió dos sin respirar; estaba famélica, y al levantar la vista, se topó con las expresiones incrédulas de su esposo, su padre y de su *pa'i*.

—¿Qué? Tengo hambre.

—Es una bendición verte comer con ganas, Manú. Solo que es infrecuente.

—Deberías verla comer los bocadillos de queso y arroz de Romelia, *pa'i*. Se los enfila como si fuesen cuentas de rosario.

Rieron, y la tensión fue diluyéndose. Cabrera anunció que el caldo para la niña estaba listo, y Emanuela se levantó para controlar que lo bebiese. Conociéndola, no la tomó por sorpresa que Emanuelita frunciese la cara y agitase la cabeza para negar. Quitó de manos de Drusila el cuenco y se sentó en el borde de la cama.

—¿Quieres que te cuente la historia de cómo conocimos tu tío Aitor y yo a tu padre y a tu madre? Ese día también estaba tío Bruno. Era mi natalicio, el número once.

—¡Sí, tía Manú! Cuéntame.

—Entonces, bebe una cucharada de caldo. —Así fue convenciéndola hasta que la niña lo bebió todo. Se habían quedado solas, Emanuelita, Milagritos, Marã y ella. Milagritos también aceptó algunas cucharadas del potaje, y cuando este se acabó, se recostaron las dos y se quedaron calladas, absortas en los relatos de tía Manú, que contaba las mejores historias. Se durmieron pocos minutos después. Emanuela les besó las frentes y salió de la recámara. Se sintió exhausta y deseó que Aitor estuviese junto a ella para apoyarse en su energía inagotable. ¿Dónde estaban los demás? Las voces masculinas la guiaron a través del patio principal, en el cual se destacaba una fuente con mayólicas. Iba a entrar en la sala cuando una sombra se movió en la periferia y la asustó.

—Soy yo —dijo Ginebra, y se acercó—. Estaba esperándote.

Emanuela se ajustó el rebozo en torno al vientre y la contempló con desconfianza. A pesar de que tenía las facciones marcadas por las horas de tensión y de dolor transcurridas, Ginebra lucía hermosa, trágicamente hermosa, se dijo. ¿Habría intentado seducir a Aitor mientras ella se ocupaba de las niñas?

—Gracias por amar a mis hijas. Gracias por haberme devuelto a Emanuelita.

Emanuela asintió y se dispuso a entrar en la sala donde se encontraban los hombres. Ginebra la detuvo por el antebrazo. Se miraron fijamente. La máscara de Ginebra comenzó a resquebrajarse; se le anegaron los ojos, se le agitaron las paletas nasales, le tembló la barbilla.

—Perdóname —dijo en un susurro entrecortado por el llanto—. Perdóname, hermana mía.

—¿Por qué me pides perdón? —preguntó con dulce disposición.

Resultaba evidente que Ginebra luchaba por sofocar el llanto que le impedía expresarse.

—Por envidiar tu suerte —admitió—, por intentar... por desear a tu esposo. Por querer ocupar tu lugar —dijo al cabo, y bajó la vista.

Emanuela se quedó mirándola. No sabía qué decir. Ante su mutismo, Ginebra la miró de nuevo.

—Todo lo que he hecho en mi vida, Manú, ha sido para complacer a mi madre. Desde pequeña, desde que nuestro padre nos abandonó allá, en Villa Rica, solo he querido verla sonreír. Pero solo la veía llorar y maldecir y odiar al mundo. Entonces hacía lo que ella me pedía con tal de hacerla feliz. Nunca lo logré. Me casé con Lope

porque era su mayor anhelo, verme convertida en una Amaral y Medeiros, en la señora de *Orembae*. Y lo hice, pese a amar a otro hombre.

—A Aitor.

—Sí, a Aitor. Sabía que él solo tenía ojos para ti, pero lo mismo me permitía soñar con que algún día estaríamos juntos. —Bajó la vista, avergonzada, y guardó silencio hasta que se atrevió a susurrar—: Creo que mi madre asesinó a Lope. — Como no obtuvo una exclamación ni una réplica por parte de su hermana, alzó el rostro—. ¿No te sorprende? —Emanuela negó con la cabeza—. Desde que Aitor se volvió rico y se convirtió en un Amaral y Medeiros, mi madre codició que todo eso fuese mío, y por ende de ella. No me permití pensar que ella hubiese asesinado a mi esposo. Era demasiado doloroso.

—¿Y qué pensaste acerca de la muerte de Lope?

—Que se había suicidado.

—¡Lope amaba a las niñas! Jamás las habría abandonado.

—Sí, las amaba, a su modo, pero las amaba. Desde tu boda con Aitor y, sobre todo, después de que partieron hacia la mina, Lope estaba muy deprimido, por eso pensé o quise creer que se había quitado la vida. ¡Me siento muy culpable, Manú! Una parte de mí estaba devastada por la pena. Lope me recibió con afecto cuando éramos niños y compartió todo conmigo, con la niña pobre. Era generoso y me quería. Pero otra parte de mí, esa oscura que prevalece, se alegraba, porque con su muerte me había librado de un matrimonio que era una cárcel. ¡Ahora daría cualquier cosa por que estuviese vivo! —Se cubrió el rostro y se echó a llorar amargamente. Emanuela estiró la mano y le apretó el brazo en señal de consuelo. Ginebra la sorprendió precipitándose sobre ella y abrazándola. Luego de un instante de confusión, Emanuela le circundó los hombros y la guió hasta el borde de la fuente de mayólicas, donde se sentaron y Ginebra siguió llorando. Los hombres se asomaron en el patio principal y al ver de qué se trataba, se retiraron en cómplice silencio, excepto Aitor, que permaneció vigilante a una distancia prudente.

—Cálmate.

—Gracias, Manú —balbuceó Ginebra, con voz entrecortada y gangosa—. Gracias por devolverme a mi hija.

—Una gracia muy grande nos fue concedida hoy, Ginebra, porque apenas puse pie en la habitación donde tenían a Emanuelita supe que no me sería concedido el don para sanarla. Dios había decidido llevársela.

El llanto de Ginebra recrudeció.

—¿Có... Có... mo ocurrió el... milagro, entonces?

—Porque hice algo que nunca había hecho antes: me rebelé ante la voluntad de Dios y le pedí que me permitiese despertarla, le pedí a Dios que desistiese de su decisión, le pedí a Dios que no te quitase nada más. —La voz de Emanuela se congestionó—. Le pedí a Dios una y otra vez que se apiadase de mi hermana. Una y otra vez, una y otra vez.

—¡Oh, Manú! —Ginebra ocultó el rostro en el vientre de Emanuela y lloró con fuerzas renovadas. Emanuela le acariciaba la cabellera negra y le siseaba. Ginebra fue serenándose. Se secó el rostro empapado con el pañuelo que le extendió su hermana y le devolvió una mueca de sonrisa insegura y ojos esquivos.

—Perdóname, Manú —susurró con voz enronquecida y la vista baja—. Dime que me perdonas. Necesito saber que mi única hermana me perdona. Sé que he cometido faltas despreciables en contra de ti. Me acuerdo de aquel día, en la cárcel, cuando fuiste a visitar a Aitor y te enteraste de que yo estaba allí, que me había hecho pasar por su esposa para verlo. Me avergüenzo al recordar cómo actué ese día.

—Habías tomado —la justificó Emanuela.

—No es excusa. Sabía bien lo que hacía. —Levantó la mirada y la fijó en la de Emanuela—. No comprendo por qué, después de lo que te dije en las mazmorras del Cabildo, insistías en que fuésemos amigas.

—Porque eres mi hermana y porque entiendo lo que es estar enamorada.

—¡Tú jamás te habrías comportado como yo lo hice!

—¿Quién sabe de lo que sería capaz con unas copas encima? —admitió, y los ojos le chispearon con humor y las comisuras se le curvaron en una sonrisa bribona.

Ginebra pestañeó un par de veces, asombrada, y sonrió.

—¡Oh, Manú! —Volvió a inclinarse y apoyar la mejilla en su vientre—. El niño está moviéndose.

—Deberías haber sentido cómo se movía mientras sanaba a Emanuelita. Estaba tan feliz por su prima.

—Nuestros hijos se amarán y siempre se tendrán el uno al otro, ¿verdad?

—Sí. Como yo los tuve a ti y a Lope cuando más los necesité. Tus hijas aman a Octavio, y Octavio a ellas. Y Hernando también las amará.

—Lo llamarás como nuestro padre.

—Sí. —Le habría contado que lo llamaría Claudio también, como su bisabuelo, pero decidió callar. El vínculo con su hermana acababa de nacer, por tanto era débil, y ella, para confiarle algo tan delicado, necesitaba cimientos sólidos.

Ginebra volvió a incorporarse y miró a Emanuela con curiosidad.

—¿Por qué te resulta tan fácil amar, Manú?

—Oh, no, a veces me resulta difícil, créeme, pero una vez mi *pa'i* Santiago me dijo que en la vida podemos optar entre dos caminos, el camino del amor y del perdón o el del odio y la venganza. El primero, me aclaró, es más difícil porque la naturaleza humana es proclive al enojo y al rencor; sin embargo, si siembras enojo y rencor, cosecharás enojo y rencor. Optar por el amor y el perdón implica tragarse el orgullo herido y la pena, y perdonar. Pero si siembras amor y perdón, eso será lo que cosecharás. Siempre me acuerdo de las palabras de mi *pa'i* cuando me dan ganas de gritar y de maldecir.

Ginebra emitió una risa ahogada.

—No te imagino gritando y maldiciendo.

—Oh, pero lo hago. Pregúntale a Aitor.

Ginebra bajó el rostro, y Emanuela vio cómo los labios de su hermana abandonaban la sonrisa.

—No creo que exista un amor más grande que el que Aitor siente por ti, Manú. En realidad, estoy segura de que no existe. Al ser testigo de su reacción aquel día en la cárcel, cuando supo que estabas allí... Oh, santo cielo, me llevé una impresión tan grande. Lo había visto infinidad de veces seguirte con ojos hambrientos y celarte como si todos amenazasen con apartarte de él, pero ese día supe que el amor de ustedes iba más allá de todo entendimiento.

—Estoy segura de que algún día conocerás esa clase de amor.

—No sé si lo merezco. —Levantó la mirada y volvió a sonreír, y Emanuela pensó que se trataba de la mujer más bella que conocía, más bella aún que Engracia—. Pero ¿sabes qué, Manú? Antes de que hallásemos a Emanuelita flotando en el río, Leónidas y yo estábamos caminando por la orilla, y él estaba diciéndome que un afecto muy profundo por mí había nacido en este tiempo, desde la muerte de Lope. Leónidas ha sido un gran amigo, Manú. Y quiere mucho a las niñas.

—¿Y tú? ¿Qué sientes tú por él?

—Es extremadamente galante. Es mundano y conoce la naturaleza femenina.

—Y es extremadamente bien parecido —susurró—. ¡No le digas a Aitor que te lo he dicho!

Las hermanas rieron, y sin pensarlo, juntaron las frentes y se sujetaron las manos.

—Ah, Manú, ya no me siento tan sola.

—Claro que no, hermana querida, claro que no.

CAPÍTULO XXV

Aitor se levantó al alba, y cuando Emanuela batió los párpados y se despertó, se inclinó y le besó la frente.

—No quiero que te levantes tan temprano. Anoche regresamos muy tarde de lo de Cabrera, y tú estabas extenuada.

—Tengo que levantarme. Las niñas llegarán en un par de horas para sus clases.

—Les mandaré aviso de que hoy no darás clases. —Aitor se dio cuenta del cansancio que doblegaba a su esposa cuando esta no protestó—. Quiero que guardes cama todo el día.

—Solo si tú vienes a visitarme de tanto en tanto.

Aitor arrastró la nariz detrás de la oreja de su esposa y sonrió.

—Vendré. Sabes que lo haré, sabes que no puedo estar mucho tiempo lejos de ti.

—¿Y me harás el amor?

—¿Cómo podría evitarlo, Jasy? Necesito estar dentro de ti tanto como necesito mi próximo respiro.

Emanuela ronroneó con los ojos cerrados, mientras Aitor le acariciaba el vientre y permanecía pegado a ella. Inspiraba sus aromas cálidos y se decía que nadie era más feliz que él. Se incorporó cuando se cercioró de que su esposa había vuelto a dormirse. La besó en la mejilla y salió de la recámara. Fue al dormitorio de las niñas, que estaban vistiéndose, asistidas por Lisa y Yolanda, y luego de besarlas, incluida Sixtina, que dormía con ellas, y desearles buenos días, les advirtió que Emanuela necesitaba reposo, que no fuesen a su recámara. Después se dirigió a la habitación de Octavio, que, recién lavado y cambiado por Joaquina, abrió la puerta y se precipitó en sus brazos.

—¡Buen día, papito!

Aitor lo levantó y lo mantuvo pegado a su cuerpo para embriagarse con el aroma a almizcle de yacaré. Octavio comenzó a menearse, impaciente.

—Quiero ir con mi mamita.

Aitor se apartó para observarlo. Le sonrió movido por el amor que le inspiraba.

—Eso venía a decirte, que no fueses a nuestra recámara. Déjala dormir.

—¿Mi mamita está mala? —se angustió el niño, y Aitor le besó el carrillo rechoncho.

—No, hijo, no. Está muy bien, solo un poco cansada. ¿Me prometes que no irás a despertarla y que le permitirás descansar? Tu madre lo necesita. —El niño sonrió mostrándole los dientes blancos y parejos y asintió—. Ese es mi muchacho. Vamos a desayunar. Estoy hambriento.

—¡Yo también!

Aitor, que no quería separarse aún de su hijo y que pretendía llevarlo en andas hasta el comedor donde desayunaban, se vio obligado a ponerlo en el suelo cuando Octavio se lo exigió.

—No me alces como si fuese un niño pequeño —lo conminó, apuntándolo con el índice.

—¿Por qué no? *Eres* un niño pequeño.

—¡No lo soy! Mi mamita me dijo ayer que ya tengo casi siete años.

Aitor sospechaba que la advertencia se relacionaba con la presencia de Sixtina en la casa. Intentó tomarlo de la mano para conducirlo al comedor; el niño se soltó.

—¿Tampoco me darás la mano?

Octavio se detuvo y le hizo una seña para hablarle al oído. Aitor se puso en cuclillas, y el pequeño se colocó la mano junto a la boca antes de susurrar.

—Sí, te la daré, pero no cuando esté Sixtina.

—Oh, ya comprendo. Mientras Sixtina ande por ahí, no podré levantarte en brazos ni llevarte de la mano. —Octavio asintió con una severidad que revelaba la importancia de la cuestión—. Descuida, no lo olvidaré.

—¡Gracias, papito! —Le rodeó el cuello y lo besó en la mejilla.

—De nada, hijo.

En la mesa se encontraron con las tres niñas, con don Vespaciano, Malbalá y el padre Ursus, que había pasado la noche allí para no regresar tan tarde al Colegio Seminario. Faltaban sus primos abipones, Quebadín, Navedañac y Nedlanigrín, que preferían comer en la cocina o en el cuarto patio, pues si bien se habían avenido a quitarse los taparrabos con plumas de ñandú y a vestir los calzones y las camisas que Emanuela les había mandado confeccionar, aún se sentían sapos de otro pozo.

Romelia y doña Inmaculada se afanaban para mantener las tazas llenas de mate o de café y los platos con comida. Octavio se ubicó en una silla junto a su *jarýi* y frente a Sixtina, a quien contempló con seriedad, como si la estudiase; no le habló. Aitor, antes de ocupar el sitio en la cabecera, le advirtió a doña Inmaculada que nadie molestase a la señora, que necesitaba dormir.

—¿Manú está bien? —se preocupó Malbalá.

—Sí, *jarýi* —se apuró a confirmar Octavio—. Está cansada, solo eso. ¿Verdad, papito?

—Sí, hijo.

—Mi *pa'i* Ursus estuvo refiriéndonos lo que sucedió ayer con Emanuelita —prosiguió Malbalá—. ¿Por qué no nos aviste, hijo? Habríamos ido con ustedes.

—Salimos a las disparadas, *sy*. Además, no quería alarmarlos. Doña Inmaculada —dijo, y cambió abruptamente al castellano—, enviad mensaje a las alumnas de mi mujer ahora mismo. Hoy no dará clases.

—Enseguida, don Aitor.

Volvió la vista hacia Malbalá y le explicó:

—Emanuela quedó extenuada después del asunto de Emanuelita. Creo que fue

una de las intervenciones más duras que le han tocado en su vida. Me confesó anoche que no le había sido concedido sanarla.

—¡Dios bendito! —masculló la mujer, y se hizo la señal de la cruz, en tanto Vespaciano y Ursus lo contemplaban con muecas azoradas.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó el jesuita.

—Dice que le pidió a Dios que cambiase de parecer y que le concediese la gracia de devolverle la hija a Ginebra.

—¡Ja! —se emocionó Vespaciano, y se pasó la mano por los ojos.

—¡Ah, Manú! —exclamó Ursus—. Bendita seas, hija mía.

—Amén —sollozó Malbalá.

Los niños lanzaban vistazos a los adultos y se miraban entre ellos y se encogían de hombros.

—¿Qué sucede, padre? —se atrevió a preguntar Ana Dolores—. ¿Cuál es el asunto de Emanuelita?

—Anoche, Emanuelita se puso mala, pero ya está mejor.

—¿No va a morirse? —se agitó María Antonia, y abrazó instintivamente a la tortuga Olivia.

—No, hija. No va a morirse.

Doña Inmaculada regresó al comedor e informó al patrón que Joaquina ya se había puesto en marcha para avisar a las alumnas que no tendrían clase esa mañana.

—Si me lo permitís, señor, quisiera referiros otro asunto —prosiguió el ama de llaves, y aguardó a que el dueño de casa asintiese brevemente—. El señor Árdenas pidió hablar con vuesa merced, cuando os convenga recibirlo.

Aitor apoyó los cubiertos y miró hacia el costado con fastidio.

—En dos horas, en mi despacho.

—Así se lo referiré, señor.

Comieron en silencio, con los ruidos como telón de fondo que producían Miní, al devorar las papayas y mordisquear las cañas de azúcar, y la tortuga Olivia, que masticaba los pétalos de la flor del hibisco, su favorita.

—¿No tendremos clase hoy, padre?

—No, Ana. Hoy vuestra madre necesita descansar y guardará cama.

—Entonces no iré a mi clase de violín —resolvió Octavio, y siguió ensopando trozos de pan de maíz en la leche tibia.

—Puedes ir con Joaquina y conmigo —propuso Malbalá. El niño sacudió la cabeza para negar, y el pelito lacio y negro se le agitó en torno al rostro.

—¿Te gustaría que yo te llevase? —ofreció el padre Ursus, y el niño volvió a negar con la cabeza, mientras engullía a dos carrillos. Tragó y anunció:

—Sin mi mamita, no voy.

Aitor elevó los ojos al cielo, y los demás adultos rieron. Ana Dolores y María Antonia intercambiaron miradas. Sixtina fijaba la vista en Octavio.

—¿Por qué no quieres ir sin ella? —quiso saber Ana—. ¿Acaso tienes miedo? —

lo provocó.

—¡Yo no tengo miedo a nada! —se enfureció, y los cachetes morenos se le tiñeron de rojo, aun los pabellones de las orejas.

—¿Entonces? —insistió la hermana.

—No quiero dejar sola a mi mamita.

—No estará sola. Nuestro padre estará con ella, y nuestro *taitaru* y...

—¡Nadie la cuidará como yo! —adujo el niño, y extrajo el cuchillo que su padre le había regalado tiempo atrás y que acarreaba en el bolsillo del calzón. Lo desplegó—. Mi mamita está a salvo conmigo porque tengo un cuchillo para defenderla de los malos. Miní, Argos y yo la protegeremos mejor que nadie.

—¿Mejor que nuestro padre? —se burló Ana, y a continuación soltó un bufido y dirigió los ojos al cielo.

—Ana... —le advirtió Aitor.

—¡Eres odiosa, Ana!

—¡Y tú, miedoso!

—¡Basta! —Aitor asestó un golpe en la mesa, mientras cavilaba que esas discusiones jamás tenían lugar cuando Emanuela presidía la mesa; con ella, todo era paz y armonía—. No toleraré peleas ni discusiones. Termina de desayunar, Octavio, que después te pondrás a repasar las tablas. Y ustedes tres, a practicar la lectura. Ninguno estará de vago hoy.

—Octavio no es miedoso —intervino Sixtina, y dejó a todos perplejos, pues rara vez hablaba, menos aún si Aitor se hallaba presente—. Recuerda, Ana, que el otro día te asustaste con la lagartija, y Octavio fue el único que se atrevió a agarrarla por la cola y echarla lejos para que tú no tuvieses miedo.

Aitor sofocó la carcajada en la servilleta, lo mismo que Vespaciano, al descubrir la expresión de éxtasis del niño, intensificada por una sonrisa enorme y los carrillos de nuevo colorados.

—Sixtina tiene razón —la apoyó Malbalá—. Mi nieto no es ningún miedoso. No olvides tampoco, Ana, que tu hermano salvó a tu madre cuando ese hombre intentó hacerle daño en la iglesia de San Ignacio. Se la habría llevado de no ser por Octavio.

—¿De veras? —se interesó Sixtina, que no conocía el hecho.

—Sí, de veras —intervino Octavio—. Esta cicatriz —se tocó la ceja derecha— me la hice defendiéndola.

Le contó los hechos magnificados y cargados de un heroísmo caballeresco que causó risas disimuladas en los mayores.

—Si no deseas descuidar a tu madre —intercedió Malbalá, y le apartó un mechón que le caía sobre la frente y que amenazaba con caer en el cuenco con leche—, le pediré a tío Juan que esta tarde venga a darte clase aquí. De paso, tocarán el violín para fray Claudio.

—¡No! —se enfadó Octavio.

—¡Octavio! —lo reprendió Aitor—. Pide disculpas a tu *jarýi* ahora mismo.

—Lo siento, *jarýi* —masculló, con el gesto enfurruñado.

—Está bien, tesoro. ¿No quieres tocar para fray Claudio? —inquirió la abipona, y le acarició la mejilla—. A él le gustaría escucharte.

—Él se llevó a mi mamita. No lo quiero. Es malo.

—Pero se arrepintió y le pidió perdón —intervino Ursus—. Y tiene muchos deseos de verte. Hoy iré a visitarlo. ¿Te gustaría venir conmigo?

—Contesta a tu *pa'i* Ursus, Octavio —lo conminó Aitor.

—No sé qué contestarle, papito.

—Dile que lo pensarás —sugirió Aitor— y que luego le responderás.

—Lo pensaré, *pa'i*, y luego te responderé.

—Muy bien, Octavito —contestó el sacerdote, y se cubrió la boca con la servilleta para simular la risa.

Más tarde, Aitor leía una carta de Ambrosio Corvalán cuando llamaron a la puerta. Farfulló un insulto al recordar que había concedido una audiencia a Árdenas, ese hombrecillo que le inspiraba de todo menos confianza.

—Adelante.

Árdenas entró con el sombrero entre las manos, sujeto cerca del cuerpo, y la vista al suelo.

—Permiso, Excelencia.

—No me llames Excelencia —le indicó, y lo tuteó de entrada, para marcar su autoridad y nivel superior—. Solo don Aitor.

—Como ordenéis, don Aitor.

—Deseabas verme. ¿Qué necesitas?

—Es un asunto delicado, don Aitor. —El patrón le señaló la silla delante del escritorio, y Árdenas la ocupó de inmediato—. Se trata de... pues...

—Habla, hombre. No tengo todo el día.

—De su sobrino Laurencio Ñeenguirú.

Aitor tomó una inspiración profunda y se irguió contra el respaldo. Apoyó los codos en los brazos de la butaca y colocó las manos en ademán de plegaria, el filo de los índices pegado a los labios. Fijó sus ojos en los de Árdenas, que de inmediato bajó la vista.

—¿Qué tienes que decirme de ese malnacido?

—Desde hace años, Laurencio me vende información.

—¿Cómo es eso?

—Él pertenecía a una banda de lusitanos, que se desplazaba constantemente por la región. Él y yo nos encontrábamos cada tanto y él me advertía de posibles herejes, judaizantes, bígamos...

—Un alcahuete —lo acalló Aitor, y Árdenas asintió—. ¿Ese gusano tuvo que ver con la detención de mi mujer por parte de la Inquisición?

—Él... Laurencio nos daba información.

—¿Nos daba?

—A mí y al doctor Murguía.

—¿Información acerca de mi mujer?

—Sí, de vuestra mujer y de vuesa merced. Por él supimos que doña Nicolasa se habría mostrado dispuesta a denunciar a doña Manú y también nos avisó que vuesa merced marcharía de viaje y que ese sería el mejor momento para realizar la detención. —El hombrecillo hizo girar el sombrero nerviosamente y se humedeció el labio antes de proseguir—. Laurencio afirmaba que tenía un informante, alguien cercano a vos y a vuestra familia.

—¿Quién?

—Eso nunca lo confesó. —El brillo feroz en los ojos amarillos de Amaral y Medeiros lo impulsaron a expresar con vehemencia—: ¡Os lo juro, señoría! ¡Os lo juro por mi vida! No sé quién es el informante de Ñeenguirú.

Aitor siguió mirándolo con fijeza, a sabiendas del poder desestabilizador de su mirada, hasta que el cazador de brujas bajó la vista y comenzó a temblar.

—¿Dónde se encuentra Ñeenguirú ahora?

—No lo sé, Exce... vuesa merced.

—¿Para qué vienes hoy aquí y me dices todo esto?

—Pues... Para demostraros mi lealtad. Vos y vuestra amable esposa habéis sido muy benévolos con mi patrón, fray Claudio, y conmigo, y yo quería expresaros mi gratitud.

—Si este es tu modo de demostrar tu gratitud, debo decirte que no es muy impresionante. —Aitor se puso de pie con un movimiento súbito y brusco, y Árdenas ahogó una exclamación. Intentó emularlo, pero su trasero volvió a la silla cuando el indio alzó la mano y le indicó que se estuviese quieto—. Vienes hoy aquí para decirme que, gracias a Laurencio Ñeenguirú, pudiste atrapar a mi esposa, pero no sabes identificar su fuente de información y menos aún decirme dónde se esconde ese gusano.

—Debe de haberse escondido bien. Os tiene pavora, señoría.

Aitor reveló los dientes en lo que simulaba una sonrisa, y Árdenas levantó las cejas al identificarle dos largos colmillos. Estuvo a punto de hacerse la señal de la cruz. ¿Cómo podía alguien tan dulce, gentil y suave como doña Manú amar a ese ser que no parecía por completo humano?

—¿Qué fue de Murguía? —lo sonsacó Aitor.

—Desapareció. Creemos que fue él quien envenenó a doña Nicolasa.

—¿Por qué?

—Seguramente porque Murguía y la señora de Calatrava estaban en tratos para perjudicar a vuestra esposa. Como os he referido, fue Laurencio quien nos apuntó en dirección de la mujer, fue él quien nos dijo que detestaba a doña Manú y que estaría dispuesta a denunciarla. Creo que Murguía la aleccionó para que su denuncia fuese creíble. Él, como familiar de la Inquisición, conoce bien de esas cosas.

Aitor detuvo su ir y venir a unos pasos del hombrecillo y se quedó mirándolo. Al

cabo, preguntó de nuevo:

—¿Qué es en verdad lo que quieres, Árdenas?

—Trabajar para vuesa merced.

Lo evaluó con un gesto que nada decía, mientras se preguntaba de qué manera podía usar a ese tipejo.

—Tú solo sabes cazar brujas, bígamos y sodomitas, y a mí eso no me sirve.

—Puedo hacer lo mismo que Matas, Renato y Jerónimo, proteger a vuestra familia.

La risotada de Aitor sobresaltó a Árdenas.

—¿Proteger a mi familia, cuando tan solo semanas atrás complotaste para robarme a mi mujer, una criatura buena e inocente?

—¡Yo no comploté, don Aitor! Si alguien complotó fue Murguía. Yo solo cumplía con mi trabajo. Lamento que se haya cometido tamaña injusticia con alguien tan bondadoso como doña Manú.

Aitor se echó sobre Árdenas y lo sujetó por el cuello. El hombre soltó un gemido y, en un acto mecánico, apretó los brazos de la silla y despegó apenas el trasero para aligerar la presión de la mano que lo acogotaba. Aitor la cerró viciosamente y le habló mostrándole los colmillos infrahumanos.

—Sí, *nadie* es más bondadoso que mi mujer. Así y todo, tú y tu patrón la mantuvieron por un mes en esa celda inmunda y la trataron como a un animal. Lo pagarán muy caro.

—¡Os lo suplico, don Aitor! ¡Permitidme que me redima! ¡Os lo suplico!

Aitor se lo quedó mirando a escasas pulgadas de distancia, los ojos fijos en los aterrados de Árdenas. Disfrutaba del pánico que estaba infundiéndole; como siempre, lo satisfacía, lo colmaba de energía, le daba poder. Lo soltó con un empujón y profirió un bufido de disgusto. Le dio la espalda y se alejó en dirección a la contraventana. Contempló el jardín en silencio, con la tos y la respiración afanosa de Árdenas como únicos sonidos. Los espacios que habían ocupado la fuente y el reloj de sol seguían amarillos y desolados. Ya había encargado una réplica de ambos al herrero de Potosí; tardarían meses, tal vez más de un año en recibirlas. Se dio vuelta y comprobó que el hombrecillo permanecía sentado.

—No te quiero cerca de mi mujer ni de mis hijos. Si osas acercarte a ellos, aunque sea para saludarlos, eso será lo último que habrás hecho. En breve, tu patrón dejará esta casa, y ya no tendrás excusa para entrar. Pero si quieres mostrarme tu lealtad como aseguras y deseas trabajar para mí, tráeme a Laurencio Ñeenguirú. No quiero que le toques un cabello. Tú solo indícame dónde está o tráelo aquí.

—Sí, sí, vuesa merced. —Árdenas se animó a ponerse de pie para inclinar el torso en ademán de reverencia—. Os consignaré a Ñeenguirú. Conozco bien las zonas por las que se mueve. No llevaba un maravedí encima cuando lo vi por última vez. No pudo haber ido muy lejos.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—El 24 de junio. Lo recuerdo bien porque era el día de San Juan, el día antes de que partiésemos hacia Lima.

Aitor apretó el entrecejo mientras hacía cálculos mentales.

—Hoy es 6 de agosto. Ha pasado mes y medio de aquello. Ñeenguirú podría estar muy lejos ya.

—O muy cerca, don Aitor. Como os digo, no tenía un cuartillo en la faltriquera. Conmigo ganaba bien, y de los asaltos y robos que perpetraban con Oliveira también, pero es vicioso. Le gusta la chicha, jugar a los naipes y acostarse con mujeres públicas, y eso cuesta y mucho.

—Empezarás a buscarlo por la zona. Digamos, hasta el río Ypané al norte, Corrientes por el sur, Villa Rica por el este y hasta el nacimiento del Chaco Gualamba por el oeste; no creo que Ñeenguirú se aventure en tierras de abipones y guaycurúes; es un cobarde. Irás con dos de mis hombres y me mantendréis informado. —Aitor abrió la puerta y le señaló la salida—. No te alejes. Te mandaré llamar en un par de horas.

—Como ordenéis, don Aitor.

Cerró detrás del hombrecillo y se quedó mirando un punto fijo. Al fin y al cabo, Árdenas no le había revelado nada concreto que lo pusiese tras la pista de su sobrino, aunque su visita había servido para alertarlo de que, tal como había sospechado, ese gusano seguía merodeando e intentando perjudicarlo. Se golpeó la mano con el puño y masculló un insulto. Laurencio Ñeenguirú acabaría por caer en su poder y él se ocuparía de que muriese lentamente. Había destruido a todos sus enemigos: Oliveira, Contreras, Murguía. Ñeenguirú no sería la excepción. Había hablado de que tenía una fuente de información, alguien cercano que conocía sus movimientos. ¿De quién podía tratarse?

Se asomó por la puerta y llamó a doña Inmaculada, que se presentó en el despacho. Le indicó que convocase a Matas. El antiguo blandengue se presentó enseguida.

—Dime, Aitor.

—Renato y Jerónimo acompañarán a Árdenas en un viaje que emprenderá por la zona para dar caza a Laurencio Ñeenguirú.

—¿Tu sobrino? ¿El que atacó a doña Manú?

—El mismo, por quien os convoqué para que viniesen a protegerla. En el pasado, Árdenas lo usaba como alcahuete para descubrir bígamos, sodomitas y herejes. Ahora se ha ofrecido para traérmelo. Dice que Laurencio estuvo detrás de la detención de Emanuela.

—¿Confías en él? ¿En Árdenas? —aclaró—. A mí me cae como patada al hígado.

—No confío en él más de lo que confío en una yarará. Por eso quiero que Jerónimo y Renato lo acompañen, más para vigilarlo que para ayudarlo. ¿Alguno de los dos sabe escribir?

—Eh... Sí, Renato —respondió, confundido—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque necesitaré que me mantengan informado, que cada tanto envíen un propio con un mensaje en el que me digan cómo van las averiguaciones. No confiaría ni en los buenos días que escribiese Árdenas. Necesito que alguien de confianza lo haga.

—Entiendo.

—Árdenas ha estado en contacto durante todos estos años con ese bardaje de Ñeenguirú y le conoce las mañas y los sitios donde suele ocultarse. No puede hallarse muy lejos. Parece ser que está quebrado, que no tiene un cuartillo. Cubrirán la zona que se extiende hasta Villa Rica, el Bermejo, el Ypané y Corrientes.

—¿Me quedaré solo para la protección de doña Manú y los niños? No puedo disponer de los otros hombres porque custodian la casa, día y noche.

—Te servirás de mis primos abipones. —Aitor sonrió al descubrir el gesto desolado de Matas—. Son muy fieles...

—Y muy salvajes, si no te ofende que lo señale. Tengo miedo de que maten a flechazos limpios al primero que se aproxime a doña Manú. También está la barrera del idioma.

—Están aprendiendo el castellano y ya balbucean algunas frases. Son muy rápidos de entendederas. En cuanto a su velocidad para echar mano del arco y de la flecha, hablaré con ellos. Quiero que Renato, Jerónimo y Árdenas salgan mañana mismo y que me traigan a Laurencio Ñeenguirú lo antes posible. Advierte a Jerónimo y a Renato que no pueden confiar en Árdenas, y que duerman con un ojo abierto si no quieren llevarse una sorpresa desagradable. Habrá cien pesos de plata ensayada para cada uno si me traen vivo a Ñeenguirú.

Más tarde, Romelia compareció al llamado de Aitor, la única del servicio doméstico que no temblaba cuando el patrón le dirigía la palabra o la miraba.

—¿Has ido a ver a Emanuela?

—Sí. Hace un rato le llevé el desayuno, que comió todo —se apresuró a decir—. Volvió a dormirse enseguida. Debe de estar extenuada pa' permitirse un día completo en la cama.

—¿La notaste bien? ¿La viste pálida, desganada?

—Está bien, Aitor. Solo cansada. Cuando se levante, le preparé un baño con sales porque ayer se quejó de que tenía los pieses hinchados.

—¿De veras? —La mueca desconsolada de Aitor provocó una carcajada de la esclava.

—No es nada grave, Aitor, más bien algo común en las mujeres en estado de buena esperanza.

Aitor asintió, al tiempo que se daba cuenta de que las pulsaciones se le habían disparado y la boca, reseca. Se conminó a guardar la calma. No saldría vivo del parto de Hernando si por un par de pies hinchados había estado a punto de sufrir un soponcio.

—Te mandé llamar también para preguntarte por los domésticos. —Romelia

frunció el entrecejo, desorientada—. ¿Estás conforme con todos?

—Pues... sí. Son trabajadores y prudentes. Joaquina es un poco parlanchina y se va de boca de tanto en tanto. Lisa a veces anda malhumorada. Ciro es muy callado, pero de buen carácter. Rogelio —se refería a uno de los esclavos asignado a las caballerizas— tiene cara de taimado, pero debo admitir que nunca lo he visto en nada sospechoso. —Así, Romelia fue enumerando uno por uno a los miembros del servicio doméstico.

—¿Todos te dan confianza?

—Bueno... No los conozco tanto pa' decir que me den confianza, pero si el instinto no me falla, diría que son buenas personas.

—¿Qué opinas de doña Inmaculada?

—Es un tanto vanidosa. Se sabe superior y nos lo hace saber, pero creo que está bien porque ella es l'ama de llaves.

Aitor asintió. Se tomó el mentón entre el pulgar y el índice y perdió la vista en un punto fijo del suelo.

—¿Ocurre algo, Aitor?

—No, nada. Solo quiero que te mantengas atenta y que cualquier cosa que te resulte extraña o sospechosa me la hagas saber.

—Así lo haré.

Al rato, se presentó Ciro, su fiel servidor, y Aitor lo sometió a un interrogatorio similar. El africano describió a los domésticos en términos similares a los de Romelia, y agregó que a las mujeres, aunque ruidosas y chismosas, las consideraba inofensivas.

—Aunque te parezcan inofensivas, quiero que las vigiles. Quiero que sepas dónde está cada una en cada momento, y que me avises se las ves salir o conversar con alguien que no pertenece a la familia.

—Como ordene, don Aitor.

* * *

Sin Conan en Asunción, el trabajo de Aitor se duplicaba, por lo que recién alrededor de las seis de la tarde, cuando regresó del puerto tras haber supervisado una carga de estaño, contó con tiempo para visitar a su esposa. Desde el corredor, escuchaba las risas y los cantos, por lo que no lo sorprendió descubrir que los cuatro niños habían invadido su cama y que formaban una ronda con Emanuela, que todavía estaba en camisón y bata. Tenían las manos unidas y, mientras cantaban una canción en guaraní, iban, por turnos, golpeando ligeramente la mano del compañero y repitiendo un versito, que en algún momento se detenía súbitamente y entonces todos se apresuraban a decir una palabra; el que la pronunciaba primero, ganaba. De niño, Aitor había visto a sus coetáneos jugar a ese juego, pero él no lo había aprendido pues nunca lo invitaban a participar.

Nadie había notado su presencia, a excepción de Orlando, que se había

aproximado para olfatearle las botas y besárselas, por lo que se mantuvo quieto y los observó jugar. Sonreía compelido por la ternura que le inspiraban esos cinco, y un calor le abarcaba el pecho cada vez que Octavio o Emanuela echaban la cabeza hacia atrás y soltaban una carcajada. ¡Cuánto los amaba! El sentimiento era tan infinito que no le cabía en el cuerpo, lo excedía, le quitaba el aliento.

Hasta que sus ojos cayeron en el vientre de su mujer. La bata se había abierto y revelaba el camisón, que claramente le iba chico; el género blanco se le ajustaba en los senos y en el vientre con el ombligo hacia afuera. No podía apartar los ojos de ese espectáculo, y cuando Emanuela se movió, y el escote del camisón se corrió y reveló la unión entre los pechos, que parecían incontenibles dentro de la prenda, supo que la tierna contemplación había acabado. La noche anterior, con lo de Emanuelita, y esa mañana, a causa de la extenuación de Emanuela, no habían hecho el amor, y Aitor comenzaba a sufrir los efectos de la abstinencia. Se aproximó a la cama y aplaudió para obtener la atención de los niños.

—¡Papito! —se alegró Octavio—. ¡Quítate las botas y ven a jugar con nosotros!

Por un momento, Aitor se arrepintió de ser el aguafiestas de costumbre, el que siempre apartaba a Emanuela de los niños, el que ponía fin a la diversión porque la reclamaba para él. Ese instante de vacilación se esfumó cuando su mirada encontró la chispeante de su mujer, y advirtió que el pecho le subía y le bajaba, agitado, y le remarcaba el contorno de los pezones engrosados.

—En otra ocasión, hijo. Ahora quiero que dejen descansar a su madre. —La risita de Emanuela atrajo su mirada, y le costó mantener la seriedad cuando su mujer le expresó con los ojos que sabía bien a qué clase de descanso se refería.

—Madre descansó todo el día, padre —se quejó Ana.

—Pues descansará un poco más. Vi al tío Juan en la sala. ¿Por qué no van y le hacen compañía? Vamos, pónganse los zapatos y vayan a verlo.

—Tío Juan ya me dio mi lección de violín.

—¿Y solo para que te dé la lección de violín quieres a tu tío?

—No, papito, pero...

—Entonces, ve con él.

Los cuatro, incluido Miní, que se hamacaba en la cortina del tornalecho, se bajaron de la cama, se sentaron en el suelo para calzarse los zapatos y se marcharon con expresiones desoladas o enojadas, dependiendo de sus temperamentos. Octavio cerró la puerta, y Aitor volvió la mirada a su mujer. Se sonrieron con picardía, y Aitor comenzó a desvestirse.

—¿Vas a *descansar* conmigo? —ironizó Emanuela, y alzó las cejas y se humedeció el labio inferior cuando su esposo se quitó los calzones y su erección saltó fuera—. Sí, veo que vamos descansar un rato.

—Así es —confirmó Aitor, y se inclinó para desnudarla. Emanuela lo ayudó—. Descansaremos, como tú dices, pero en la tina. Ya debe de estar llena. Vamos. —La levantó en brazos. Emanuela alzó la mano y le acarició la pantalla de la oreja, y la

mejilla, y los labios. Aitor bajó los párpados.

—Te eché de menos hoy —dijo, sin detener las caricias.

—Vine a verte, pero estabas dormida. Después fui al puerto y acabo de llegar, ciego por estar dentro de ti.

—Bésame. —Le sujetó la nuca y lo guió hacia su boca—. Llévame a la tina. Te necesito dentro de mí.

Aitor echó a andar con ella en brazos y, mientras se miraban fijamente, él intentaba enmascarar el sentimiento de angustia que le producía sentirla tan vulnerable, tan expuesta a los peligros, a las envidias, a las almas negras. La debilidad de ella lo debilitaba, e intentó animarse al recordar que su mujer era más fuerte de lo que aparentaba, que había soportado años de dolor, mucho del cual él mismo le había infligido, y que había padecido alrededor de un mes en una mazmorra hedionda y oscura; así y todo, había emergido tan inmaculada como había descendido a ese infierno. Pensó en contarle lo que Árdenas le había referido acerca de Laurencio nieto, de su colaboración para que ella acabase en manos del Santo Oficio, y decidió callar. Al menos, se dijo, los últimos tiempos de su embarazo Emanuela viviría en paz y no acechada por el miedo. Ya había padecido demasiado.

* * *

Ursus y Juan convencieron a Octavio, y con él a las niñas, para que visitasen a fray Claudio y le llevasen música. En tanto Juan enseñaba a las pequeñas una canción, que él y Octavio alegrarían con los violines, Ursus se adelantó para hablar con el dominico. Llamó a la puerta, y le abrió un esclavo negro.

—Dile a tu amo que el padre Octavio de Urízar...

—¡Adelante, padre Octavio! —lo interrumpió una voz algo cascada desde el interior—. Pasad, pasad.

—Gracias, fray Claudio —dijo al anciano sentado en una silla delante de la contraventana que daba al jardín.

—Sentaos, padre Octavio.

—Nadie me ha llamado así jamás. Llamadme padre Ursus o Ursus simplemente. —El dominico asintió con una sonrisa formal y le indicó una silla cercana a la de él—. He venido a inquirir por vuestra salud.

—Estoy muy bien gracias a los cuidados que me prodiga mi... Manú.

—No me extraña. Manú era una gran *curusuya*, una gran enfermera —tradujo—, en San Ignacio Miní.

Ifrán y Bojons asintió de nuevo y dirigió la mirada hacia el jardín. Transcurrieron unos segundos en silencio, hasta que el dominico levantó la mano y señaló con un índice sarmentoso.

—Allí había una fuente muy bonita y allá un reloj de sol. Fueron confiscados por mí y vendidos en una almoneda.

—Lo sé —susurró el jesuita.

—Ojalá os hubiese escuchado, padre Ursus, cuando fuisteis a verme. A vos y al padre Hinojosa.

—Hacíais vuestro trabajo.

—Sí, es cierto. Un trabajo que no volveré a hacer. Ha perdido sentido después de que condené por brujería a dos mujeres que tanto significan para mí, las dos Emanuelas. Imagino que ya conocéis la historia. —Ursus se limitó a asentir—. Si creyese en el destino, diría que se ha burlado de mí, que se me ha reído en la cara. Como no creo, sino que tengo fe en Dios, me digo que es una lección que Nuestro Señor quería que aprendiese.

—¿Cuál es esa lección?

—La de ser compasivo, algo para lo cual no estoy naturalmente preparado, y la de no condenar a aquellos que piensan de otra manera.

—Ambas lecciones muy valiosas, la última sobre todo.

—Es difícil no condenar a los demás cuando lo que defendemos los católicos es la verdad, la *única* verdad. —Ursus asintió, pero nada comentó—. No obstante, ¿quién soy yo para mirar la paja en el ojo ajeno cuando hay una viga en el mío? Somos débiles, los hombres, y por tanto la compasión con que miramos a los pecadores es indispensable.

Ursus volvió a asentir en silencio, con gesto severo. Habló al cabo.

—Temo por Manú —admitió, y el entrecejo fruncido del dominico lo impulsó a aclarar—: De que vuelva a caer en manos del Santo Oficio. Si un poco la conozco, nunca dejará de hacer buen uso del don que Dios le concedió. Es demasiado compasiva y bondadosa. Si alguien sufre, ella intentará aliviarlo, y eso podría condenarla de nuevo.

—Quedaos tranquilo, estimado padre Ursus. En la sentencia de absolución de mi... nieta he contemplado esa posibilidad, que sea acusada de nuevo, quiero decir. He demostrado que su don no proviene del demonio sino de Dios.

—¿Lo tendrán en cuenta otros inquisidores?

—No está inspirado en la vanidad lo que os diré, padre Ursus, sino en los hechos. Entre los inquisidores, aun los de la Península, mi palabra es escuchada y respetada. Conozco el *Malleus Maleficarum*, el *Directorium Inquisitorum* y el libro sobre magia escrito por vuestro hermano loyolista Martín del Río...

—¿*Disquisitiones Magicae*?

—Sí, *Disquisitiones Magicae*. Como le decía, conozco esa bibliografía y, en verdad, toda la que se ha escrito en materia de magia, brujería y hechicería, y puedo afirmar, sin resquicio para la duda, que el don de Manú proviene del Altísimo y no del príncipe de las tinieblas. Quedaos tranquilo, padre Ursus. He redactado finamente y con solvencia el documento que la absuelve. Mis conclusiones son contundentes. Nadie que conozca del tema pondrá en duda mi sentencia de absolución, y nadie volverá a encarcelar a mi nieta acusada de magia y brujería.

—A menos que se sepa que vuesa merced está emparentado con Manú.

—Sí, eso podría echar por la borda mi esfuerzo.

—Manú me ha referido que deseáis que reciba en herencia la fortuna de vuestro hermano y que para eso debería ser reconocida como una Ifrán y Bojons.

—Sí.

—No creo que sea conveniente —opinó Ursus—, dadas las circunstancias.

—Manú es una Ifrán y Bojons y tiene derecho a poseer los bienes de mi hermano Martín, de nuestra familia. Son cuantiosos.

—Manú no necesita el dinero. Aitor es un hombre muy rico. En cambio, lo primero que se debe salvaguardar es la incolumidad de... pues de vuestra nieta.

Fray Claudio suspiró y volvió la vista hacia el jardín, con la expresión abstraída. Al cabo, cedió.

—Tenéis razón, padre Ursus. Pedir que se la reconozca como una Ifrán y Bojons implica riesgos.

—¿Dónde está ese documento? Hablo de la sentencia que habéis redactado para absolver a Manú.

—En los anales del Santo Oficio, por supuesto. Estos quedarán en el archivo del convento, aquí, en Asunción. Si os deja más tranquilo, os haré transcribir una copia y la refrendaré con mi firma y sello de inquisidor.

—Sí, sería muy apreciado.

—En unos días estaré lo suficientemente bueno para volver a mi celda en el convento. Entonces, me pondré manos a la obra. Le pediré a fray Pablo que transcriba una copia. Será el salvoconducto para mi nieta. —Pasado un silencio, el dominico refirió—: Hoy Manú no ha venido a verme.

—Guardó cama todo el día. ¡Nada de qué preocuparse! —se apresuró a aclarar—. Solo cansancio. Se entiende en su estado. —El dominico asintió y regresó a su contemplación del jardín—. En unos minutos vendrán a traeros un poco de música Octavio, su tío Juan y sus hermanas. Sixtina, una amiga de los niños, también cantará para vos.

—¿Octavio vendrá? —Los ojos azules del inquisidor cobraron vida—. Lo vi en casa de Cerdán y Jaume, aquella fatídica noche, y el día en que llegué a esta, pero no lo recuerdo bien. Ansío volver a ver a mi bisnieto.

—Es un niño muy despierto y vivaz, de una precocidad sorprendente.

—El que no ha venido verme ha sido su padre, el esposo de Manú.

—Aitor —farfulló el jesuita—. No vendrá a veros, fray Claudio. No lo esperéis. Amo a ese muchacho como si fuese mi hijo, pero es resentido. Deberá bastaros que os permita permanecer bajo su techo después de haberle quitado lo único que cuenta para él en este mundo, lo que cela con una ferocidad que a veces no resulta humana: su mujer.

—Sé que ama entrañablemente a Manú.

—Oh, pero yo creo que lo que existe entre Manú y Aitor va más allá del amor. Ni

yo mismo, que los conozco desde el día en que nacieron, sabría cómo definir lo que une a esos dos.

—Padre Ursus —dijo Ifrán y Bojons, y carraspeó, nervioso—, apreciaría oír de vuestros labios, vos, que fuisteis testigo preferencial de los hechos, la versión de lo que sucedió la noche en que encontrasteis a mi... hija, María Clara, a orillas del Paraná.

Ursus refirió lo acontecido aquella noche y, pese a suavizar la crudeza de algunos detalles, lo reseñó con fidelidad. Al acabar, abandonó la silla y simuló interesarse en el paisaje que se apreciaba a través de la contraventana para darle tiempo al dominico a que enjugase las lágrimas y bebiese el agua que Cristóbal le ofrecía. Momentos después, Juan y su compañía de jóvenes músicos llamaron a la puerta, seguidos por las mascotas.

Ursus ahogó la risotada que le provocó el mohín enfurruñado con que Octavio marchó dentro de la recámara de su bisabuelo; era tan grotesco que se habría dicho que se trataba de una broma y que en cualquier momento reiría y se divertiría de su propia mueca, solo que Ursus lo conocía y sabía que el morro sobresalido, tanto que parecía a punto de soltar un beso, y las cejas, oscuras y tupidas como las del padre, tan juntas, no eran teatro, sino el reflejo del enojo y del rencor del niño. Suspiró y sacudió la cabeza. En ese momento, semejaba a Aitor no solo en el aspecto físico.

Guió al niño por el hombro y lo detuvo frente al dominico, que levantó las cejas, divertido, al toparse con la expresión rabiosa del pequeño.

—¡Qué ojos! —pensó en voz alta.

—Iguales a los de Aitor —comentó el jesuita—. Octavio, te presento a fray Claudio de Ifrán y Bojons. Fray Claudio, Octavio Vespaciano Aitor de Amaral y Medeiros, hijo de Manú. Es un mú...

—Tú eres el *taitaru* malo —farfulló el niño—. Me quitaste a mi mamita.

—Atento, Octavio —lo previno Ursus en guaraní—. Nada de insolencias.

—Lo sé, Octavio, y no sabes cuánto lo siento. —Le extendió la mano—. Me gustaría pedirte perdón y que fuésemos amigos.

El niño observó la mano blanca, seca y llena de venas y volvió a fijar la vista en los ojos azules del anciano.

—¿Volverás a quitármela?

—Jamás, lo prometo. Quiero estar cerca de ella, de ti, y ser parte de vuestra familia.

—Está bien —dijo. Dio media vuelta sin tocar la mano tendida y regresó junto a su tío Juan.

Ursus presentó al resto de la banda musical, y enseguida la estancia se colmó con las voces de las niñas, que interpretaron un versión muy melodiosa de *Kyrie eleison*. Hubo que sacar fuera a Miní porque se puso a aullar.

* * *

Gracias a la jornada de descanso, al día siguiente, Emanuela se levantó renovada. Después del desayuno y antes de que llegasen las alumnas, convocó a doña Inmaculada para organizar una cena de despedida a fray Claudio de Ifrán y Bojons, quien, habiendo completado su convalecencia, regresaría al convento. Aitor no dijo nada mientras las veía dirimir acerca de los platos que se servirían, más allá de que se preguntaba cómo toleraría partir el pan con ese viejo inquisidor cuando lo que más deseaba era abrirle un surco de oreja a oreja. Suspiró, vencido, y siguió escribiendo la respuesta para Ambrosio Corvalán, que le había propuesto un negocio interesante: desempolvar el viejo proyecto de explotar la mina de plata que se hallaba en la gobernación del Tucumán, en la jurisdicción de San Luis. Por supuesto, Hilario Tapary formaría parte de la comitiva, pues era él quien conocía la ubicación exacta del filón. Aitor financiaría la aventura y la consecuente explotación en caso de que el yacimiento fuese de ley, y en compensación recibiría a cambio un cincuenta por ciento de las ganancias. Aitor había decidido aceptar la propuesta de Corvalán con dos condiciones: la titularidad de la mina sería compartida y él recibiría el setenta por ciento de lo obtenido. Lamentaba no contar con Conan para discutir las varias aristas del proyecto. Igualmente, estaba decidido a aceptar; un párrafo de la carta del minero peninsular lo había convencido. *«Es importante abrir nuevas explotaciones toda vez que las minas se agotan, y si bien La Emanuela es rica y todavía dará frutos por muchos años, algún día su fecundidad irá menguando hasta desaparecer»*. Le contestó que comenzase a organizar el viaje y que se presentase en Asunción antes de partir, y le informó, sin dar explicaciones, que él no los acompañaría. Ni cien minas de plata lo alejarían de su Jasy cuando estaba a punto de parir.

Esa noche, en la cabecera de la mesa para treinta y seis personas, Aitor estudiaba a los comensales, y se sentía orgulloso, no porque su poder y su riqueza se desplegasen frente a todos, sino porque su mujer ocupaba el sitio frente a él y era quien, con su gracia, gentileza y don de gentes, mantenía la armonía en una velada en la cual, sin su presencia, las corrientes subterráneas de viejos odios y antipatías habrían emergido sin remedio, porque, por ejemplo, Calatrava y don Vespaciano nunca habían hecho las paces, y ahí estaban los dos, respirando el mismo aire, comiendo la misma comida, bebiendo el mismo vino. Él, por su parte, seguía aborreciendo a Leónidas Cabrera, y le importaba un pimiento que estuviese cortejando a Ginebra y que se mostrase concentrado en lo que la mujer estaba diciéndole y que no destinase vistazos a su esposa. La cara de fray Claudio lo tenía desconcertado, pues admitía que guardaba cierta semblanza con la de su Jasy, y eso lo ponía de malas, pues lo odiaba, pero cuando el anciano lo miraba con esos ojos azules y le sonreía con deferencia, Aitor sentía que su odio se derretía, y eso lo fastidiaba. Por otro lado, le daba risa el abad del convento de Santo Domingo, que no se resignaba a que los niños participasen de la mesa de los adultos, ni que los animales comiesen junto a ellos en el suelo.

—Veréis, fray Tomás —le explicó Hinojosa—, los guaraníes son gentes especialmente apegadas a sus niños y los hacen participar de la mayoría de los sucesos de sus vidas.

—¿Es así? —se escandalizó el dominico—. Extraño. Igualmente, este es un hogar cristiano, de españoles.

—Mi mujer —intervino Aitor, divertido con la posibilidad de alborotar aún más al monje— es descendiente de españoles y ni una gota de sangre india corre por sus venas, como vuesa merced podrá apreciar por sus rasgos y tono de piel. ¿Pero mis hijos y yo? —preguntó con acento retórico y elevó las cejas en una mueca inocente—. Somos naturales de estas tierras, fray Tomás. De eso no hay duda.

—Pero vivís bajo las reglas del Corona española.

—Sí, es cierto, pero haber conservado algunas costumbres ancestrales de nuestro pueblo, como compartir el pan con nuestros hijos, no creo que signifique un riesgo para vuestra conquista, más bien creo que deberíais imitarnos. En esto y en otras cosas también —remató.

—¿Imitaros? ¿Y en qué otras costumbres deberíamos imitaros?

Emanuela lanzó un vistazo severo a Aitor, que le sonrió antes de contestar.

—Como la de trabajar duro y bañarse todos los días.

—¡Oh! ¡Los españoles trabajamos duro!

—Bueno —intervino Hinojosa—, a decir verdad, fray Tomás, algunos españoles llegan a estas tierras creyendo que obtendrán riquezas sin mover un dedo y que podrán hacerlo a través de las encomiendas. Es un régimen brutal para los naturales y en absoluto cristiano.

Se armó una polémica, en la que se terminó hablando de Miguel de Cervantes y su Quijote, y si bien Aitor no pudo decir ni pío acerca de la mentada obra literaria, se enorgulleció de la solvencia con que opinó Emanuela. Le guiñó un ojo, y, al verla bajar las pestañas, cohibida y con los pómulos colorados, la habría arrancado de su sitio para arrastrarla hasta el despacho, la habitación más cercana, y hacerle el amor.

La cena finalizó, y los hombres marcharon a una sala donde se les ofrecieron bajativos, brandy, rapé y tabaco picado para las pipas confeccionados con el que se cosechaba en *Orembae*. Las mujeres se retiraron a una estancia profusamente iluminada a propósito para realizar sus bordados, costuras y tejidos. Emanuela estaba feliz; por primera vez en mucho tiempo sus sobrinas pernoctarían en su casa, sin mencionar que Ginebra había aceptado participar de la cena y parecía estar disfrutándola. El día anterior había temido que, una vez que languideciese la emoción por la recuperación de Emanuelita, volviese a ser la fría y desapegada hermana; por fortuna, se había equivocado. Al llegar, Ginebra la besó en las mejillas y le agradeció al oído que hubiese invitado a Cabrera.

—Sé que Aitor no lo quiere.

—Pero si llegase a convertirse en tu esposo, pasaría a formar parte de la familia —arguyó Emanuela—, por lo que tendría que aceptarlo.

—Es mejor que vaya acostumbrándose, entonces —expresó Ginebra—, puesto que hoy hemos hablado de nuevo de sus sentimientos y he aceptado su propuesta matrimonial.

Emanuela la abrazó.

* * *

Doña Mencía se excusó y salió al jardín, agradecida cuando la brisa fresca de esa noche de principios de agosto le acarició las mejillas afiebradas. Había bebido demasiado de ese vino extraordinario, de una zona cercana a un río de la Península, el Duero, le había informado el padre Santiago, que, en opinión del jesuita, producía cepas mejores que las de La Rioja. Ella no entendía nada del tema, aunque había prestado atención a la explicación de Hinojosa, como siempre que él se embarcaba en las disquisiciones que a ella hechizaban, no solo porque demostraban la vasta cultura del sacerdote, sino también la generosidad de su índole, siempre dispuesto a compartir su conocimiento, sin nada de pedantería. «Sacerdote», repitió, y la culpa que la asolaba desde hacía años se desató con ensañamiento. Se sentía sucia por nutrir las fantasías que la invadían de noche cuando cerraba los ojos. Era una pecadora, una mujerzuela, una digna hija del demonio.

—Mencía —susurró una voz a sus espaldas.

—¡Oh! —Al volverse súbitamente, se mareó.

Una mano firme la sostuvo por el antebrazo.

—¿Estáis bien?

—Sí, padre Santiago —aseguró, desconcertada por la corriente que la había surcado al percibir el vigor de Hinojosa en su piel, sin mencionar ese «Mencía», carente del doña, y le habría pedido que lo pronunciase otra vez si la vergüenza no le hubiese atado la lengua, a Dios gracias.

—No lucís bien.

—He bebido de más —admitió—. Ese vino era una delicia.

—Ah, sí. La bodega de los Amaral y Medeiros siempre ha sido una hucha de oro. Acompañadme. —Le ofreció el brazo. Mencía apoyó ligeramente la mano sobre la de él—. Caminemos por este bello jardín tan bien iluminado. El aire fresco de la noche os espabilará.

Mencía recobró el ánimo enseguida, un poco gracias al aire fresco de la noche y en gran parte a la compañía del padre Santiago. Ese hombre la revitalizaba; aun en sus peores épocas, cuando le faltaba el respiro y se agitaba por nada, verlo aparecer la hacía revivir.

—Se avecinan tiempos difíciles para la Compañía de Jesús —rompió el silencio Hinojosa.

—¡Oh! —se angustió la mujer—. ¿Por qué lo decís, padre? ¿Por lo del Tratado de Permuta?

—Por eso, que nos arrebató siete pueblos y desbandó prácticamente a la población, y por lo que está aconteciendo en la Europa. La expulsión de los jesuitas del Portugal el año pasado no será un hecho aislado, me temo. —Doña Mencía apretó la mano sobre la del sacerdote sin darse cuenta, y este se la cubrió con la otra—. El nuevo rey, Carlos de Borbón, es un hombre de ideas... digamos, poco tradicionales.

—¿Qué sucedería si también os expulsasen de la España?

—Correríamos el mismo infausto sino de nuestros hermanos en el Portugal. Acabaríamos desparramados como un rebaño atacado por el lobo, sin destino, sin sentido. ¿Sabíais que Roma impidió que el barco con jesuitas que venía de Lisboa atracase en el puerto de Ostia? Han buscado asilo en la Rusia, donde Catalina la Grande los ha acogido con magnanimidad.

—¡La Rusia! Ese sitio es tan lejano que da la impresión de no pertenecer a este mundo.

—A mí me provoca el mismo sentimiento, sin mencionar que el clima es uno de los más inhóspitos de la Tierra. Hace frío la mayor parte del año. No podría acabar en la Rusia así mi vida dependiese de ello.

—¿Qué ha sido de aquellos que no han accedido a marchar a la Rusia?

—Se les ha ofrecido vivir en pueblos de la Italia. De la caridad —remató, con disgusto—. Como para un jesuita eso es impensable pues nuestra filosofía es muy distinta de las de otras congregaciones, muchos se han integrado a la vida de los hombres y ocultan su verdadera identidad.

—Ya veo. No lo permita Dios que el rey Carlos os expulse de sus dominios, pero si eso ocurriese, ¿qué haríais, padre Santiago?

Hinojosa guardó silencio, y Mencía le miró el perfil con ansiedad creciente; el corazón, que ahora latía, sano, en su pecho, se había desbocado, pues, por alguna razón, sabía que la respuesta la turbaría.

—¿Qué haría? —repitió Hinojosa—. Eso dependería.

—¿De qué?

Hinojosa se detuvo y se movió para mirarla de frente.

—De vos, señora mía.

Sin darle tiempo a nada, la tomó por los brazos y la besó en la boca, y doña Mencía, que pocas veces había sido besada y menos en esa parte del rostro —su esposo nunca se había mostrado proclive a esa práctica— sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba, literalmente, hasta que se dio cuenta de que se trataba de sus piernas que temblaban. En un acto mecánico, se aferró a la sotana del jesuita y separó los labios, y cuando la lengua del sacerdote la invadió, experimentó una sorpresa perturbadora, a la que le siguió una dicha tan intensa que la impulsó a ponerse en puntas de pie y profundizar el beso, sin importarle su falta de técnica o destreza; lo único que contaba, como una necesidad casi animal, era estar cerca de ese hombre, fundida en él, si fuese posible. Se besaron por lo que parecieron horas, o tal vez segundos, Mencía había perdido el sentido del tiempo, también el del espacio, porque

ya no sabía dónde estaba, y cuando Hinojosa cortó el beso, ella batió los párpados y abrió los ojos y precisó de un instante para recordar que se hallaban en el jardín de Manú.

Hinojosa la contempló con una intensidad desconcertante. Ahogó un sollozo y se tapó la boca. El sacerdote la atrajo hacia él y le besó la frente. Sin apartar los labios de su rostro y mientras los arrastraba hasta alcanzar su cuello perfumado, iba pronunciando su nombre.

—Mencía, Mencía, mi dulce y adorada Mencía.

—Padre...

Hinojosa se alejó para volver a mirarla.

—Llámame Santiago. Aunque sea una vez, llámame por mi nombre.

—Santiago —dijo la mujer, y le acarició la mejilla áspera a causa del bozo que comenzaba a notarse—. Santiago, yo...

—No digas nada, te lo suplico. No es necesario expresar lo que sabemos, que esto es pecado. Pero, ¿lo es? ¿En verdad puede calificarse de malo este sentimiento que nos colma de una dicha que, sin duda, mejora nuestras almas? Porque te aseguro, Mencía, soy tan feliz que me siento capaz de perdonar a Ifrán y Bojons por lo que le hizo a Manú y al rey de Portugal por expulsar a los míos. —La risa de Mencía ahogó su llanto—. ¿Sientes igual, amada mía?

—Sí, igual, igual.

—Perdóname si te he turbado. Soy un egoísta, pero esto que siento por ti y que he escondido durante años... Era imposible seguir acallándolo. Toda la noche me lo pasé mirándote comer, hablar, sonreír, y solo podía pensar en cómo olería tu cuello, cómo sería pegar mis labios a los tuyos. —Hizo una pausa y su mirada cobró un matiz que provocó un vuelco en el estómago de la mujer—. Me lo he pasado preguntándome cómo sería compartir la vida contigo.

—¡Santiago! —exclamó la mujer, emocionada y asustada—. ¿Qué será de nosotros? No creo que pueda volver a verte y no querer tocarte o recibir tus besos. ¿Arderemos en el infierno por sentir así?

—No, ángel mío, no. Dios es amor. Dios es misericordia.

—Tal vez esta sea una prueba que Él nos ha enviado para templar nuestros espíritus débiles.

—Si es una prueba, hemos fallado rotundamente, ¿no crees?

La mujer volvió a reír, algo que Santiago de Hinojosa le provocaba desde siempre con su humor cáustico y sus ocurrencias inteligentes. Lo amaba y estaba orgullosa de él.

—Sé que soy viejo para ti...

—No, no...

—Sí, soy bastante mayor que tú. Tú eres hermosa, y podrías tener a quien quisieses.

—No quiero a nadie. Si no puedo tenerte a ti, no quiero a nadie —recalcó.

—Puedes tenerme, ángel mío. Siempre me has tenido. Siempre me tendrás.

Esa noche, Mencía regresó a su casa en la parihuela. Tomasa la ayudó a cambiarse y a higienizarse, le abrió la cama y le dobló el rebozo.

—Vete a dormir, Tomasa. Gracias por todo.

—Hasta mañana, doña Mencía.

Minutos después, caminó deprisa por la casa oscura y silenciosa, echándose luz con una palmatoria, y abrió la puerta principal. Santiago de Hinojosa, cubierto por una capa que le tapaba incluso la nariz y un sombrero de ala ancha echado sobre la frente, entró sin pronunciar palabra. La mujer cerró con traba, lo tomó de la mano y lo guió hasta su dormitorio, y mientras lo ayudaba a desembarazarse de las prendas y del sombrero, meditaba que la habían casado siendo apenas una niña —catorce años— con un hombre que contaba más de cincuenta, un hombre al que no había amado, sí temido y a veces odiado, con el cual le había repulsado yacer, al que muchas veces le había deseado el mal después de que la tomase bruscamente y le hiciese doler, al que había mentado para eludir sus atenciones. ¿Eso no era más pecado que lo que estaba a punto de compartir con ese hombre, ese sacerdote al que amaba, respetaba y deseaba? ¡Que Dios se apiadase de su alma, pero qué feliz era en ese momento!

* * *

Los días se sucedían en una rutina apacible que Emanuela disfrutaba y que la complacía. Por fin, su vida y la de Aitor salían de las aguas turbulentas que las habían sacudido durante los últimos años y se encaminaban hacia un sitio pacífico y seguro. A ella la tranquilizaba verlo feliz en esa realidad doméstica y repetitiva, porque, siendo un alma libre y algo salvaje, había temido que la encontrase restrictiva y confinada. Sin embargo, la sonrisa que le donaba cada mañana, los guiños de ojos con que la hacía reír cada vez que sus miradas se encontraban y la pasión con que la buscaba para poseerla le daban a entender que no echaba de menos sus aventuras en el monte ni en la mina ni como el bandolero Almanegra. A veces la sobrecogía el impulso de preguntarle si estaba aburriéndose de la ciudad, de la rutina de una casa con niños, del trabajo en el despacho, pero callaba pues le temía a la respuesta. «Confía en tu instinto», se reprochaba.

Hacia principios de septiembre, su vientre adquirió un tamaño desmesurado. Por la noche, le dolía la cintura y le costaba encontrar una posición en la cama. Aitor le calzaba cojines en varios ángulos y se mostraba muy paciente mientras ella los probaba y se los hacía cambiar de lugar. Pese a todo, dormía bien, más allá de que se levantaba dos veces para usar el orinal. A la mañana siguiente, se ponía en pie e iniciaba la jornada con una sonrisa que Aitor le ponía en la cara después de amarla. El escrúpulo que la había preocupado al principio de la gravidez, el que le decía que Aitor no la encontraría atractiva cuando estuviese a punto de parir, se demostró también vano. Una noche, después de que le hubiese indicado que se colocase en

cuatro patas en el centro de la cama y mientras la tomaba por detrás, la sorprendió al expresar:

—Siempre me calientas, Jasy, pero preñada, el vientre hinchado con mi hijo... — Hizo un sonido gutural entre un gruñido y un jadeo y apuró las embestidas—. Ando con la verga dura el día entero —confesó, con acento afanoso—. Creo que te mantendré preñada siempre, amor mío.

Emanuela no tuvo tiempo de contestar su aquiescencia. Aitor se cerró sobre su espalda y, al apretarle los pezones, le causó un orgasmo, y luego otro al descender entre sus piernas. En esa segunda ocasión, Aitor acabó con ella. Cayeron rendidos de costado. Él la cobijó en la curva que formaban su torso y sus piernas, y le acarició el vientre y la cadera hasta que la calidad del respiro de su esposa le señaló que se había dormido. Así cerraban la jornada y de ese modo la abrían, sin mencionar que las escapadas durante el día no habían cesado por muy gruesa y torpe que Emanuela estuviese. Aitor siempre hallaba el sitio y la posición para gozar de ella, con ella.

A principios de septiembre, don Vespaciano anunció que viajaría a *Orembae* para controlar algunas cuestiones de la hacienda y prometió regresar los primeros días de octubre, antes del nacimiento de su nieto. Pretendía que su esposa lo acompañase, pero Malbalá se mostró inflexible: no se alejaría de su hija en las vísperas del parto, porque nunca se sabía, la cosa podía adelantarse. Aunque a Emanuela la entristeció que su suegro partiese solo y con expresión desolada, la tranquilizó que Malbalá no se marchase. Su presencia y la de Romelia la serenaban y se repetía que todo marcharía bien si ellas la asistían.

Ginebra también le había prometido que la acompañaría y la alentaría del mismo modo que durante el nacimiento de Octavio, casi siete años atrás.

—Solo faltará doña Florbela, Dios la tenga en la gloria —apuntó la joven, y Emanuela, emocionada, asintió y le apretó la mano.

El giro que había dado la relación entre las hermanas era completo, ya que el cambio en Ginebra era profundo y radical. Sonreía y expresaba su parecer con frecuencia y libertad. Era dulce con sus hijas y las besaba al despedirse cuando las acompañaba a la clase de tía Manú. Se mostraba amistosa y agradable con Aitor, que le destinaba un trato cordial por el bien su esposa, aunque distante y desconfiado.

Emanuela y Malbalá se ocuparían de confeccionarle el vestido para la boda con una tela que Aitor había comprado a unos contrabandistas de Colonia del Sacramento. En realidad la había adquirido para su esposa, una finísima gasa de seda azul cielo, pero esta decidió regalársela a Ginebra.

—¡Oh, Manú! Es el género más suave y bello que he tenido jamás.

—Pensé que podrías usarlo para tu boda.

—¡Sí, sí! Será un vestido estupendo, pero tendrás que confeccionarlo tú, sabes que soy poco hábil con la aguja.

—Mi sy y yo lo confeccionaremos y serás la novia más hermosa del virreinato. Tengo aljófares con los que bordaremos el estomaguero y galones de plata para

embellecer el ruedo de la basquiña. Don Leónidas morirá de amor por ti.

—Gracias, Manú.

Se miraron en silencio a los ojos, con confianza.

—¿Eres feliz, Ginebra? Dime la verdad. Solo quiero que seas feliz.

—Lo soy. —Bajó la vista y acarició la tela—. Me avergüenzo de esto que te confesaré, pero sería una necia si lo negase. Desde que murió mi madre, me siento feliz. Por primera vez en mi vida, soy feliz. Su desaparición ha significado que me sacase un yugo de encima, un yugo que me volvía una criatura triste y envidiosa de la alegría de los demás.

—Entiendo. Doña Nicolasa, que en paz descansa, quería lo mejor para ti, estoy segura de ello, solo que no se daba cuenta de que, al tratar de procurártelo, te lastimaba. ¡En fin! —exclamó, y sacudió las manos—. Basta de recuerdos tristes. Es mejor que pongamos manos a la obra con el vestido. Si la boda ha sido fijada para el 20 de octubre, quiero confeccionarlo antes del nacimiento de mi hijo.

No tenía tiempo para aburrirse, y por muchas domésticas que la ayudasen, siempre había algo para hacer, a lo que en ese último tiempo se le sumaban las varias pruebas del vestido de Ginebra y las horas de costura y bordado. Acompañar a Octavio todas las tardes a su clase de violín comenzaba a pesarle, no tanto porque le cortaba el día sino porque la caminata con un vientre tan abultado le pesaba. Habría podido usar el carruaje, pero le resultaba insensato y ostentoso para recorrer tres cuadras. Seguía acompañando a pie a su hijo y ocultándole a Aitor cuánto le costaba desplazarse pues era uno de los pocos momentos que compartía a solas con Octavio, que, a medida que se acercaba el nacimiento de Hernando, se apegaba más a ella y en ocasiones se mostraba caprichoso y llorón, a menos que Sixtina estuviese en la casa, y como por arte de magia se convertía en un santo.

—¿Dónde está Argos? —se extrañó Emanuela una tarde, la penúltima de septiembre, día de San Miguel Arcángel, mientras ayudaba a Octavio a colocarse la casaca.

—Está echado en la cocina, doña Manú. No se siente bien —respondió Joaquina, que los esperaba con la canasta de la costura y la de los aparejos del mate—. Se devoró un plato de buñuelos de plátano que había preparado Romelia y se indigestó.

—Aún estaban calientes, mamita. Dice Romelia que eso le hizo peor.

—Joaquina, te esperaremos aquí. Ve y dile a Romelia que le prepare una infusión de flores de abrótano y que lo obligue a beberla. A mi regreso, iré a verlo.

—¿Infusión de flores de qué?

—A-bró-ta-no.

La muchacha corrió hacia los interiores. Emanuela volvió la mirada a su hijo que la contemplaba con preocupación. Le acarició el carrillo.

—No le pasará nada, hijito. Quédate tranquilo. ¿Y Miní? —preguntó, mientras lo buscaba en torno.

—Echado junto a Argos.

—Bueno —suspiró Emanuela—, seremos solo tú y yo hoy día.

—Y Joaquina —le recordó el niño, y le abrazó la cintura ensanchada, sin conseguir rodearla por completo. Como acostumbraba, le besó el vientre y apoyó el oído para escuchar los sonidos que hacía su hermano. Si el niño se movía o daba una patada, Octavio carcajeaba, y Emanuela sonreía, henchida por una felicidad que solo su hijo le procuraba. En ocasiones, el amor por Octavio le resultaba tan infinito, tan complejo e inexplicable que se preguntaba si era normal amar con esa intensidad a los hijos.

—Octavio, mírame. —El niño, sin despegar la mejilla de su vientre, levantó las pestañas y la miró—. Te amo, hijito.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el sitio más lejano y bello que existe, hasta el *Yvy Marae'y*.

—Y yo, hasta el infinito, mamita.

—Me gustaba más cuando me decías: hasta fimino, mamita.

Octavio ajustó el abrazo y sus labios en forma de corazón se separaron en una sonrisa de dientes brillantes y sanos, que ella cuidaba con tanto esmero, pese a que comenzaría a perderlos. La belleza de su hijo era un hecho indiscutible, y nadie podía acusarla de parcialidad.

—Decía fimino cuando era pequeño, mamita. Ahora soy grande. Ya tengo casi siete años.

—Tienes razón —simuló acordar Emanuela.

—¡Listo, doña Manú! —anunció Joaquina, que había regresado corriendo.

—Vamos —ordenó, y se pusieron en marcha hacia el Colegio Seminario, escoltados por Matas y los primos abipones, cuyos extraños cortes de pelo y tatuajes faciales, suscitaban miradas sorprendidas y comentarios musitados.

La escolta, como de costumbre, permaneció fuera, mientras Emanuela, Joaquina y Octavio entraban en el colegio jesuita y marchaban a la salita donde Juan impartía sus clases particulares. El músico guaraní ya tenía lista la caldera con agua caliente, por lo que Joaquina aprestó el mate y lo cebó al modo de los blancos, al que Juan y Emanuela habían terminado por aficionarse.

—¿Y Argos? —se sorprendió el músico guaraní—. ¿Y Miní?

—Argos se indigestó, el muy tragón —explicó Emanuela—, y Miní se quedó para hacerle compañía.

En tanto Octavio tocaba una melodía, que Juan interrumpía para corregirle la posición de los dedos o el movimiento del arco, Emanuela se afanaba en pegar aljófares en el estomaguero del vestido de boda de Ginebra, tarea que detenía para recibir el mate de manos de Joaquina. Levantó la vista cuando la puerta del estudio se abrió de repente. Laurencio se precipitó dentro con una pistola en una mano, un cuchillo de hoja enorme en la otra y la expresión alterada.

—¡Oh! —exclamó Emanuela, que soltó el bordado y corrió hacia Octavio. Se colocó de espaldas al intruso y cubrió a su hijo con el cuerpo. El niño soltó el violín y

el arco, que cayeron con estrépito en el suelo, y se aferró a la cintura de su madre.

—¿Te ocupaste del perro? —preguntó Ñeenguirú a Joaquina.

—Le di de comer esas semillas que me indicaste y se indigestó. No nos molestará.

Emanuela los miraba interactuar por sobre el hombro, presa de un estado de estupor que la mantenía callada. Solo atinaba a apretar a Octavio.

—¿Dejaste la nota en el despacho de mi tío? —La india asintió—. Bien hecho, María Cruz. Buenas tardes, Manú —la saludó con una sonrisa—. Buenas tardes, tío Juan.

—Laurencio —habló el músico—, baja el arma ahora mismo y retírate de aquí.

—Oh, no, tío Juan, no lo haré. Al menos no sin Manú y el pequeño luisón.

—¿Cómo has entrado aquí? ¿Cómo has sorteado la escolta de Manú?

—Entré por los techos, pero, como imaginarás, no podré tomar el mismo camino para salir con la carga que me llevaré. Necesito que me guíes por el colegio hasta la parte trasera, la que da a la Gran Plaza.

—No lo haré —declaró Juan, y dio un paso adelante en dirección a su sobrino, que elevó la pistola y la apoyó en la frente picada de viruela del músico guaraní.

—¡No! —gritó Emanuela al descubrir el gesto resuelto de Ñeenguirú. Octavio se echó a llorar.

—No estoy bromeando, tío Juan. Si no puedo llevarme a Manú y al hijo del luisón, los asesinaré y volveré a salir por donde entré.

—Aitor te desollará vivo —susurró Juan—. Lo sabes, ¿verdad? Así lo prometió cuando intentaste llevarte a Manú tiempo atrás, y te aseguro que mi hermano siempre cumple lo que promete.

—¡Basta! —se enfadó Laurencio, y Emanuela percibió que la advertencia de Juan lo había desestabilizado—. ¡Ponte en movimiento y guíame por el colegio hacia la salida trasera! —Se aproximó a Manú y la aferró por el brazo—. Mira, tío Juan, dónde coloco el cañón de la pistola. —Lo apoyó sobre el costado del vientre abultado de la joven madre, y el llanto de Octavio recrudeció.

—Hazlo callar, Manú, o le meteré una bala en la cabeza aquí mismo.

Emanuela se inclinó para susurrarle y calmarlo, e hizo un esfuerzo para que la voz le surgiera segura y lo apaciguase.

—Vamos, en marcha —ordenó Laurencio, y empujó a Emanuela.

Joaquina abrió la puerta, y su mirada encontró fugazmente la de su patrona. Cruzaron dos patios y un corredor antes de alcanzar la puerta trasera. Desde cierta distancia, Emanuela escuchaba el bullicio de la plaza, que aumentó cuando Juan insertó la llave y abrió. Pensó en ponerse a gritar y desistió enseguida, segura de que Laurencio cumpliría su palabra y los asesinaría. Había dos caballos en el palenque.

—María Cruz, maniátalo —indicó Laurencio y señaló a Juan con el mentón.

La mujer empujó al músico dentro del colegio, sacó tiras de cuero del bolsillo de su mandil y lo ató de pies y manos y lo amordazó.

—Cuando veas al luisón, tío Juan, dile que le he dejado una nota en su despacho. Que la lea atentamente si sabe lo que le conviene.

Juan, con lágrimas en los ojos, observó a Emanuela, ya ubicada en la montura delante de Laurencio, hasta que la puerta se cerró.

* * *

Atendía asuntos desde la mañana temprano y ni siquiera había contado con tiempo para ir a almorzar a su casa. El regreso de Conan y de Engracia de la mina, en compañía de Ambrosio Corvalán y de su comitiva, que se disponían a viajar en busca del yacimiento de plata en San Luis, había desatado una serie de diligencias y trámites que no le daban respiro. Se había permitido un momento para tomar mate y engullir un trozo de pan de queso y unas patas de pollo que Emanuela le había enviado con una de las esclavas. Lo hacía con Conan, Ambrosio Corvalán, Hilario Tapary y Cristóbal Paicá en la oficina que poseían en la barraca del puerto. Hablaban de la travesía, de cuál sería la mejor ruta, de qué tiempo les llevaría cruzar el territorio, de cuánto dinero precisarían. Aitor masticaba y cavilaba acerca de la posibilidad de ofrecerle a Hernando de Calatrava que trabajase en la mina en el puesto de Corvalán. Días atrás el hombre se había quejado de que se aburría en casa de su hija Ginebra sin nada que hacer. No era un hombre joven, pero el trabajo en la granja lo había templado y le costaba estarse de manos cruzadas.

Aitor levantó la vista al escuchar el chirrido de los goznes de la puerta. Lucía Paicá entró con una canasta en la mano. Ella y su padre formarían parte de la escolta de Corvalán. La muchacha, que había ido al mercado a comprar unos víveres, se aproximó a Aitor y lo miró con un ceño.

—Dime, Alma... Aitor. ¿Qué hacía María Cruz caminando por la calle con doña Manú?

—¿María Cruz? ¿Quién diantres es María Cruz?

—María Cruz, una de las viudas de San Nicolás. ¿No la recuerdas?

—No sé de quién estás hablándome —contestó, impaciente—. Jamás conocí a una María Cruz en San Nicolás.

La alarma en el rostro de Lucía lo inquietó.

—Como te digo, María Cruz es la mujer que caminaba junto a tu mujer y a tu hijo. Los vi de pasada cuando iba hacia el mercado. Los escoltaban Matas y unos tipos raros con tatuajes como los tuyos.

—Esa no se llama María Cruz sino Joaquina. Acompaña a mi mujer a la clase de violín de mi hijo. Le ceba mate.

—Esa no se llama Joaquina, sino María Cruz, y es una pícara que andaba muy de amiga con el traidor de Laurencio Ñeenguirú. Estoy segura de que era la soplona que le daba información a cambio de piezas de telas y cosas por el estilo y que se acostaba con los bandeirantes para que le pagasen. Puede hacerse llamar Joaquina,

pero en verdad es la muy zorra de María Cruz.

Aitor se puso de pie lentamente. La comida se le había transformado en una piedra helada en el estómago. El corazón le golpeaba en el pecho a un ritmo furioso. Se pasó la lengua por los labios de pronto secos y resquebrajados, mientras arrancaba la casaca del respaldo de la silla. Salió sin decir nada. Varios pares de ojos lo siguieron. Saltó sobre Creso y lo espoleó en una carrera imprudente. A medida que se aproximaba al Colegio Seminario de los jesuitas, el negro presentimiento que se le había alojado como la punta de una lanza en el plexo solar fue creciendo y tornándose más doloroso. A unas varas del ingreso de la casa de la Compañía de Jesús, un movimiento inusual le confirmó que su pesadilla más cruel estaba a punto de volverse realidad. Divisó a Juan, que se expresaba con gestos desmesurados y un mohín angustiado, y a Matas y a sus primos abipones que se agarraban la cabeza. Soliviantó al caballo y lo frenó de golpe delante del grupo.

—¡Juan! ¿Dónde están mi mujer y mi hijo?

—¡Oh, Aitor! ¡Se los llevó Laurencio! Ese malnacido y su cómplice, la tal Joaquina, se los llevaron. Solo que no se llama Joaquina sino María Cruz.

—¡Mierda! —Fulminó a Matas con una mirada—. ¿Acaso no lo viste entrar?

—Juan dice que se metió por los techos y que lo obligó a huir con doña Manú y Octavito por la puerta trasera, la que da a la Gran Plaza.

—¿Hace cuánto de esto?

—Una hora, más o menos —contestó Juan—. Me dejó maniatado. Hace un momento el hermano César me encontró y me liberó. Aitor, me dijo Laurencio que te dijese que hay una nota para ti en tu despacho, que la leas con atención si sabes lo que te conviene.

—Matas, pronto, que todos los hombres comiencen a buscar por los alrededores de la plaza. No pueden haber ido muy lejos. ¡Lo quiero vivo!

—¡Sí, Aitor, de inmediato!

Al llegar a la casa, saltó del caballo en el portón de mulas y se precipitó dentro. Halló la nota sobre su escritorio. El papel le temblaba en la mano y le costaba comprender la caligrafía; los nervios estaban jugándole una mala pasada. Cerró los ojos e inspiró. Volvió a leer. *Tengo a tu mujer y a tu hijo. Si quieres volver a verlos con vida, ven a buscarlos al sitio llamado Ñu Guazú, donde asesinaste a Domingo Oliveira. Te los devolveré a cambio de cincuenta mil pesos de plata. Ten cuidado, Aitor, y no lles contigo a ninguno de tus amigos. Mis cómplices me alertarán y mataré a Manú y al niño sin piedad y me iré. Esperaré hasta el amanecer. Si no has venido, todo acabará mal.*

—Morirás pronto, Laurencio nieto —juró Aitor, mientras aplastaba la misiva en el puño.

Abrió la caja fuerte y sacó dos talegos con monedas. No sumaban ni veinte mil pesos, pero servirían para engatusar a ese malnacido. Se calzó las dos pistolas de sílex en el cinto, las que habían pertenecido a don Edilson, comprobó que el

mosquete estuviese cargado y verificó que su cuchillo se hallase bajo la casaca. Llamaron a la puerta del despacho. Era Conan.

—¿Qué sucede, Aitor? Saliste tan precipitadamente de la barraca que...

—Laurencio Ñeenguirú tiene a Emanuela y a Octavio. Me ha pedido dinero a cambio de ellos.

—¡Iré contigo!

—No. Dice que los matará si no me presento solo, que sus cómplices le avisarán si llevo a mis amigos.

—¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Quiero que te quedes aquí y tengas preparados a los hombres. Si para las seis de la mañana no he regresado, vayan al paraje conocido como Ñu Guazú. Matas lo conoce. Fue donde liquidamos a Oliveira y a su banda. —Aitor hizo una pausa y miró a los ojos a su amigo, a quien se le cortó el aliento—. Si no salgo con vida de esta, te encargo a mis hijos y a mi mujer.

—No tienes siquiera que pedirlo, amigo mío.

Aitor asintió y corrió hacia las caballerizas. Cubrió la distancia en mucho menos tiempo de lo que le había tomado la última vez, mientras seguía a los cómplices de Oliveira. No obstante, cuando cayó la noche se vio obligado a aminorar la marcha y avanzar guiado por la luna llena.

Lo primero que detectó fue el olor a humo. Hasta ese momento ningún humano lo había seguido o espiado, a menos que fuesen más hábiles que él y lo hubiesen engañado al evitar el viento, de modo que no arrastrase el olor. Tal vez, reflexionó, Laurencio estaba solo en esa aventura y no contaba con ningún cómplice, salvo la india Joaquina, mejor dicho María Cruz. Después de todo, él había acabado con Oliveira y su banda, los únicos amigos de su odiado sobrino. Solo Laurencio había sobrevivido a la masacre porque ese pícaro tenía más vidas que un gato. «Pero esta noche, Laurencio, las vidas se te acabaron».

Media hora más tarde de haber olfateado el olor a leña quemada, avistó la luminosidad que lanzaban las llamas de una fogata. Supo que había llegado. Desmontó y avanzó a pie con Creso en reata. Lo ató a una rama y caminó con el sigilo del cazador que siempre habitaría en él, cuidándose de no hacer crujir el terreno y de que la brisa le acariciase el rostro y no la espalda. Frente a él se abrió un claro; allí acampaba Laurencio. Se acuclilló tras un arbusto y estudió el entorno. Además de la fogata, avistó una carpa de campaña, del estilo de las que había visto en el vivac de los lusitanos la vez que lo habían tenido estaqueado, confeccionada en tela embreada, bastante amplia y tan alta como para que un hombre de mediana estatura entrase de pie. Sentado sobre un tronco, cerca del fuego, con una pistola sobre las piernas, Laurencio acababa de comer un guiso y le extendía el cuenco a María Cruz para que volviese a servirle. Notó que la mujer también estaba armada; tenía la pistola en el bolsillo del mandil. Su instinto le señalaba que esos dos estaban solos, que no contaban con otros cómplices. Igualmente, el riesgo de enfrentarlos era grande y las

posibles pérdidas, inconmensurables.

Un sonido, similar a un quejido, atrajo su atención hacia un sector sumido en penumbras, alejado del fuego. Las pulsaciones se le dispararon al distinguir las siluetas de su mujer y de su hijo. María Cruz alimentó el fuego, y las llamas, al elevarse, echaron luz sobre ellos. Aitor descubrió que ambos se encontraban sentados a los pies de unos lapachos jóvenes y maniatados a los troncos, distantes entre sí una vara y media, tal vez dos. Octavio se reclinaba hacia Emanuela, que a su vez ladeaba la cabeza en dirección de su hijo sin lograr tocarlo. El niño lloraba, y su llanto perforaba el corazón del padre. Se instó a guardar la calma. Al entrar en acción, lo haría con la mente despejada, con frialdad y decisión. No podía permitirse fallar.

Se convenció de que no era sabio irrumpir y enfrentar a esos dos. Los asesinaría, pero antes de que acabase con ellos, alguno abriría fuego contra Emanuela u Octavio. Esperaría. En algún momento se presentaría una brecha por la cual deslizarse y hallar un punto de ventaja.

Creso relinchó, probablemente espantado por una alimaña, y Laurencio y María Cruz saltaron con las armas en alto.

—Ve junto a Manú y al niño y apúntales. ¡Aitor! ¡Sé que estás ahí! ¡Preséntate o liquidaré a tu familia!

Aitor emergió de la maleza que circundaba el claro con las manos en alto. Lo primero que vio fue a la india que apuntaba a Emanuela a la cabeza. Miró fugazmente a su mujer; los ojos azules le brillaban con lágrimas. Se urgió a no distraerse, a no caer en el sentimentalismo; tenía que mantener la mente fría.

—¡Papito! —exclamó Octavio, y Aitor hizo un esfuerzo sobrehumano para no voltear y sonreírle. La alegría que trasuntaba la vocecita de su hijo, al tiempo que lo enternecía, le confería el control para mantener la firmeza.

—Veo que recibiste mi mensaje, *jagua ne*.

Aitor hizo caso omiso del apelativo —perro hediondo—, que, de niño, lo había hecho rabiar y atacar.

—Desátalos y devuélvemelos ahora, y te perdonaré la vida.

—¡Sí, por supuesto! —se mofó su sobrino—. Aproxímate lentamente. No hagas movimientos bruscos.

—¿No tienes miedo, Laurencio? Hoy es luna llena. —El muchacho frunció el entrecejo, y la sonrisa se le esfumó—. Hoy es la noche del luisón.

—¡Calla o mataré a tu mujer! —amenazó, y se desplazó velozmente hacia sus cautivos.

—Como sea que termine esta noche, tú no saldrás vivo de ella.

—¡Calla!

—Por fin sabrás lo que es sentir la mordida del luisón. ¿Te harás encima como aquella vez cuando eras un niño?

—¡Calla!

—Está bien, está bien —se avino Aitor al escuchar que gatillaba la pistola cerca

de la sien de Emanuela.

—¡María Cruz, revísalo y quítale las armas! —La mujer permaneció quieta, como hechizada—. ¡Anda, mujer!

—Ve tú, Laurencio. ¿Qué haré si se transforma en luisón mientras estoy tocándolo?

—¡El luisón no existe!

—¿De veras lo crees, Laurencio? —preguntó Aitor.

—¡Hazlo, María Cruz!

La mujer se aproximó con la cautela que habría empleado frente a un yaguareté. Aitor, con las manos levantadas, le permitió que lo palpase. No quería asustarla y que Laurencio acabase disparando a Emanuela.

—Tiene solo este cuchillo y estos dos talegos con monedas.

—Bien. Tráeme todo. —La mujer obedeció. Laurencio clavó el cuchillo en un tocón y guardó los talegos en la alforja que colgaba de su montura—. María Cruz, átalalo a ese árbol.

—¿Atarme? ¿De qué estás hablando, Laurencio? Ahí tienes el dinero que me pediste. Ahora tú me devolverás a mi mujer y a mi hijo y nos marcharemos. Fin de la historia.

—Oh, no, no. No creo que las cosas marcharán de ese modo. No confío en ti, Aitor. ¡Átalo, mujer! Y tú, Aitor, obedece. Estoy cansándome de perder tiempo.

Caminó de espaldas hacia el árbol, sin apartar la mirada de la pistola que apuntaba otra vez a Emanuela. De acuerdo con las indicaciones que Laurencio impartía, se apoyó contra el tronco y lo rodeó con los brazos hacia atrás. No era demasiado grueso; se trataba de un ejemplar joven, con la superficie lisa, que de nada le serviría para desgastar los tientos con la fricción. Maldijo entre dientes.

—¡Átale los pies!

Cumplida la orden, Laurencio Ñeenguirú desató a Emanuela y la tironeó para que se pusiese de pie. La condujo por el brazo y la obligó a detenerse a una vara de distancia de Aitor. Emanuela lo observó en lo profundo de los ojos, y Aitor percibió que la garganta se le cerraba de emoción. «Te amo para siempre», estaba jurándole con la mirada, y él le sonrió con labios inseguros para comunicarle lo mismo.

—Ahora, Aitor —dijo el guaraní en voz susurrada—, haré algo que he deseado desde que la verga comenzó a ponerse dura al espiar a Manú mientras se bañaba desnuda en el Yabebirí. Voy a fornicar a tu mujer.

El rugido de Aitor asustó incluso a Emanuela, que ahogó un alarido tras su mano libre. Octavio gritó e intentó ponerse de pie, sin resultado, pues los tenía atados.

—¡Papito! ¡Mamita!

—¡Tranquilo, hijo! —atinó a exclamar Emanuela—. Nada ha sucedido. Todo está bien.

—¡Está preñada, hijoputa! ¡No te atrevas a tocarla, inmunda alimaña, o tu muerte será lenta! ¡Te lo juro por mi vida, Laurencio nieto, esta noche morirás lentamente!

Laurencio le sonrió, al tiempo que pasaba la mano por el seno de Emanuela, que se encogió con gesto de repulsión y se lo quitó de encima, lo que enojó al guaraní, que la sujetó por el rodete del peinado y le echó la cabeza hacia atrás. Emanuela se mordió el labio para no exclamar a causa del dolor; no quería asustar al niño. Aitor, en cambio, no se reprimió y volvió a rugir, enloquecido de rabia e impotencia.

—¡Suéltala! ¡Estás haciéndole daño! ¡Suéltala, maldito seas!

Laurencio, sin aflojar la sujeción, arrastró a Emanuela hacia la tienda.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió María Cruz.

—Quédate fuera y vigila a ese imbécil.

—¿Quedarme fuera? ¿Por qué? ¿Qué harás con ella dentro de la tienda? ¡Esto no es lo que habíamos planeado, Laurencio!

La mujer lo siguió dentro, despotricando y lamentándose. «Bien», pensó Aitor. Mientras esos dos peleaban, él contaba con tiempo para idear una manera de zafar de las ataduras. Concentrado como estaba, no se dio cuenta de que un animal emergía de la maleza y se encaminaba hacia Octavio.

—¡Miní!

El grito mascullado atrajo su atención. Divisó al carayá junto a su hijo, que reía quedamente y friccionaba la cabeza contra la cara del mono.

—Miní, cuchillo —comandó el niño, y se ladeó en el suelo para elevar la cadera y exponer el bolsillo del calzón—. Miní, cuchillo.

El carayá hurgó en el bolsillo y extrajo la navaja con mango de marfil y la desplegó con destreza humana. Aitor experimentó una emoción que pocas veces había sentido a lo largo de sus veintinueve años.

—Miní, ve y dale el cuchillo a mi padre. ¡A mi padre! —repitió el niño con voz de mando.

—¡Miní, ven aquí! —lo llamó Aitor—. Ven, amigo mío, ven.

El mono se giró, alerta, y caminó hacia Aitor, enfermo de impotencia y nervioso pues ahora Laurencio y María Cruz reían a carcajadas y era Emanuela la que gritaba. No quería oírla; necesitaba bloquear los alaridos de su esposa para conseguir cortar los tientos.

—Miní —masculló—, dame el cuchillo. ¡En la mano, Miní! ¡En la mano! —El carayá lo estudió y siguió con la mirada el recorrido de sus brazos, que se escondían tras el tronco. Si la situación no hubiese revestido ese carácter trágico, Aitor habría carcajeado; la expresión del animal mientras le buscaba las manos era cómica en verdad.

La superficie suave y fría del marfil le rozó los dedos, y Aitor los cerró en torno al mango. Se puso a trabajar. Se mordió los labios y agitó las pestañas para quitarse las lágrimas que brotaban cada vez que se infligía un corte. Por fin, se liberó. Se deshizo de los tientos atados a la altura de los tobillos y corrió hacia Creso, extrajo las dos pistolas y el mosquete, y antes de entrar en la tienda, recogió su cuchillo. Descubrió que María Cruz, de enojada y poco comprensiva, había pasado a

colaboradora y partícipe. Sujetaba a Emanuela contra el suelo de tierra, mientras Laurencio le levantaba la falda.

—¡Ey! —exclamó Aitor, y cuando la india alzó la cabeza, disparó la pistola. La mujer cayó de espaldas, con un hueco negro y humeante en la frente.

—¡Hijoputa! —vociferó Laurencio, que se puso de pie y caminó hacia atrás hasta dar con la pared de tela embreada—. ¿Qué has hecho?

—¿Hacer? Todavía nada. —Se aproximó a Emanuela, quien, aún de espaldas en el suelo, lo miraba con ojos desorbitados. Había llorado, y una marca roja le ocupaba la mejilla, donde, de seguro, Laurencio la había abofeteado. Extendió el brazo—. Dame la mano, amor mío. —Sin apartar la vista de su sobrino, la ayudó a incorporarse—. Ve afuera y ocúpate de Octavio. Quédense cerca del fuego. No se muevan de allí. Tápale los oídos. ¿Has entendido, Emanuela? ¡Tápale los oídos!

—Sí, sí —tartamudeó, incapaz de articular correctamente pues los dientes le castañeteaban.

—Sal, amor mío. Yo tengo que cumplir una promesa.

—No —sollozó Laurencio—. ¡Manú, no me abandones con el luisón aquí! ¡Manú, no!

—Oh, sí —dijo Aitor, y le mostró los dientes en una sonrisa macabra—. Te advertí que hoy morirías lentamente.

Emanuela encontró la fuerza para ponerse en marcha al escuchar el llanto de su hijo. Se precipitó fuera y corrió hacia él. No quería pensar en lo que sucedería ahí dentro. Solo deseaba abrazar a Octavio. Miní estaba junto al niño y le apoyaba la mano en la coronilla a modo de arrumaco consolatorio.

—¡Oh, Miní! ¿Qué haces aquí?

—Él ayudó a mi papito a desatarse, mamita.

—Ahora yo te desataré a ti.

—Miní, cuchillo —ordenó Octavio, y el carayá se deslizó deprisa hacia el árbol donde había estado prisionero Aitor y recuperó la navaja. Emanuela se la quitó y cortó los tientos y levantó en brazos a su hijo. Se arrodilló junto al fuego, como Aitor le había ordenado, con Octavio de pie delante de ella, que la miraba con severidad y un ceño marcado. Le barrió las lágrimas con los pulgares y esbozó una sonrisa. Desde la tienda los alcanzaban los gritos de súplica de Laurencio. Emanuela cubrió los oídos de su hijo y se puso a cantar.

—El naranjo tan majo, plantado en el Chaco, con ramas largas y flores blancas... Vamos, Octavito, canta conmigo.

Octavio la imitó y, a medida que la canción avanzaba y que él elevaba el tono de la voz, iba encontrando más divertido el juego. Emanuela cantaba y apretaba con delicadeza el trago del pabellón auricular del niño para preservarlo de la sensación aterradora que provocaban los alaridos que Laurencio profería. El guaraní había dejado de suplicar por piedad y se limitaba a gritar. Resultaba perturbador el punto en el que la voz se le quebraba y el alarido emergía con una calidad aguda similar a la de

una mujer.

Dentro de la tienda, Aitor clavó por última vez el cuchillo sobre el pecho inerte de Laurencio nieto y se incorporó. Acezante, los labios retirados, los colmillos expuestos, las fosas nasales expandidas, los ojos ennegrecidos de odio y las manos tensas a los costados del cuerpo, se quedó mirando a su sobrino, solo que nadie habría podido afirmar que se trataba de él, tanto se había ensañado. Cerró los ojos y tomó una inspiración profunda con el mentón en alto.

—Esa fue la última vez que me llamaste *jagua ne*, hijoputa.

Por fin, la pesadilla había terminado. Por fin, el último de los peligros que acechaban a su familia se había esfumado. El último de sus enemigos había sucumbido y no intentaría arrebatarse a Emanuela y, con ella, la vida.

Poco a poco, el torrente sanguíneo que lo había ensordecido cobraba normalidad y le permitía captar los sonidos que lo rodeaban. Fuera, Emanuela y Octavio cantaban. Sus voces, tan amadas y dulces, bendecían ese sitio de muerte y maldad, y lo trajeron de nuevo a la realidad, y lo despojaron del sentimiento oscuro que amenazaba con teñirle de nuevo el alma de negro.

A punto de abandonar la tienda, se miró la casaca y decidió desecharla; estaba arruinada con la sangre de ese malnacido. Se la quitó y la arrojó sobre el cuerpo de María Cruz. La chupa también tenía manchas de sangre, pero el bordado las disimulaba. Se limpió las manos y también la hoja del cuchillo en un lienzo que halló junto al fanal, el cual llevó consigo al salir y lo usó para prender fuego a la tienda. Vio cómo las llamas se alzaban y devoraban la tela untada en brea y todo lo que hubiese dentro.

Las voces se habían acallado. Se dio vuelta: Emanuela y Octavio lo contemplaban con fijeza y expectación. Caminó hacia ellos y cayó de rodillas a su lado y los circundó en un abrazo que en su brutalidad comunicaba el alivio y la emoción que lo dominaban. Enseguida percibió la desesperación con que Emanuela se aferraba a su espalda.

—Ya está —susurró—. Ya todo terminó. Ya todo pasó. Estamos a salvo y ya nadie, *nunca*, volverá a hacernos daño.

—¿Lo prometes, papito?

—Lo prometo, hijo, lo prometo. —Lo besó en la coronilla—. ¿Sabes, amor mío? Si pudimos salir de este embrollo ha sido gracias a nuestro hijo, a esa *pillería* que le enseñó a Miní.

—¡Mi hijo es el más listo de los niños! ¡El más listo! —repitió Emanuela, y lo besó en la frente y en los carrillos colorados varias veces.

Octavio reía y se acurrucaba contra el vientre de su madre.

—¡No tuve miedo! —declaró.

—Claro que no —acordó el padre—. Eres el muchacho más valiente que existe.

—Tú también eres valiente, papito.

—Los dos son valientes —afirmó Emanuela— y los dos son mis grandes amores.

—¿Dónde está Miní? —quiso saber Aitor—. ¡Miní! —El carayá descendió de una planta de papaya con un fruto en la mano—. ¡Ahí estás, pilluelo! —Aitor lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó, y el carayá lanzó un aullido, que hizo reír a los Amaral y Medeiros—. Gracias, amigo mío. Te debo la vida y la de mi familia. Debí de seguirme cuando salí de casa como un loco —explicó. Se puso de pie y ayudó a Emanuela a incorporarse—. Vamos. Montarás a Creso, y Miní irá contigo. Octavio y yo usaremos el caballo de Laurencio.

—Papito, ¿dónde están el hombre malo y Joaquina?

—Se fueron para siempre, hijo.

—¿Por qué prendiste fuego a la tienda? —siguió preguntando el niño, con la vista en las llamas, que se consumían poco a poco.

—Porque ya nadie la necesitará. Vamos. —Aitor apoyó la mano abierta en el vientre de su mujer y lo notó duro—. ¿Estás bien, amor mío?

—Sí —contestó Emanuela, y se forzó por sonreír. Aitor frunció el entrecejo y asintió, para nada convencido—. Antes de emprender el regreso, Octavio y yo necesitamos orinar. Además quiero que Octavio beba un poco de agua y coma algo. —Señaló el guiso que se mantenía caliente junto al fuego—. Hace horas que almorzamos.

Les llevó un rato satisfacer las necesidades. Más reconfortados, iniciaron la marcha. A mitad camino, se toparon con Conan, Matas y sus hombres y los primos abipones; estos profirieron los clamores que acostumbraban lanzar cuando ganaban una batalla. Octavio, que se había estremecido con los gritos de los primos de su padre, los contemplaba con difidencia y cerraba las manitas en el antebrazo de Aitor, que se inclinaba y le susurraba palabras de aliento.

Avanzaban lentamente pues a Emanuela le habría resultado imposible galopar. Aitor iba a su lado, más tranquilo desde que contaban con una escolta. Si bien se había convencido de que Laurencio actuaba solo, con María Cruz como única cómplice, no se atrevía a descartar la presencia de secuaces. Mantenía la vista adelante y los sentidos alertas, y, cada tanto, dirigía la mirada hacia su mujer, extendía el brazo y le tocaba el vientre.

—¿Estás bien, amor mío? —volvía a preguntar.

—Un poco cansada.

—Llegaremos pronto —la alentaba, aunque, a esa velocidad, calculó que entrarían en Asunción al amanecer.

Emanuela no quería revelarle a Aitor que las contracciones habían comenzado. A decir verdad, las experimentaba desde hacía un par de días, leves y pasajeras. En ese momento, habían adquirido una fuerza encarnizada y se repetían con frecuencia. Se inclinaba sobre la montura y apretaba los párpados en un acto mecánico. Entonces, se acordaba de las palabras de Ginebra en ocasión del nacimiento de Octavio, que dolía más si no respiraba, y se obligaba a erguirse y a tomar prolongadas inspiraciones. A cierto punto, rompió la bolsa, y siguió montada como si nada, como si el agua tibia

no se escurriese sobre la montura y la incomodase. ¿Para qué quejarse? Solo habría conseguido que Aitor se angustiara. Se limitó a rogar a Dios que le permitiese llegar a su casa; no quería que Hernando naciese en el medio del monte, sin la asistencia de su sy y de Romelia, sin nada con qué higienizarlo ni cubrirlo.

El cielo comenzó a clarear, y la comitiva entró en la ciudad por el sudeste. El último trayecto antes de llegar a la vía principal, la Samuhú-Peré, a Emanuela le resultó más largo que el que acababan de cubrir. Al divisar el palo borracho que marcaba el inicio de la calle de su casa, experimentó una oleada de alivio. Se detuvieron en la parte trasera, frente al portón de mulas, que Ciro abrió súbitamente; resultaba obvio que había estado esperándolos con la oreja pegada a la placa de madera. Conan saltó del caballo y recibió a Octavito, que se había dormido en los brazos del padre. El aire pareció congelarse cuando Emanuela profirió un alarido y se recostó sobre la cruz de Creso.

—¡Emanuela! —exclamó Aitor, y se arrojó de la montura al ver que su mujer estaba a punto de caer del caballo. La sujetó por la cintura y la sostuvo en brazos—. Dios bendito, Jasy, estás empapada.

—El niño... Rompí la fuente. Hernando está por nacer —murmuró con acento débil.

Malbalá, Romelia, doña Inmaculada y el resto del servicio doméstico se congregaron en la zona de las caballerizas y comenzaron a hablar a porfía y a dar indicaciones que Aitor no entendía ni escuchaba. Se dirigía, con la determinación de una flecha, hacia los interiores. Quería poner a su mujer en la cama, quería quitarle la ropa mojada, aliviarle del dolor, verla sonreír. El miedo que había experimentado solo pocas horas antes al leer la carta de Laurencio nieto volvía a azotarlo con la misma crueldad.

—Jasy, amor mío.

—No te angusties. Todo saldrá bien.

Octavio, que dormía en brazos de Conan, se despertó con el batifondo que armaban las mujeres, y lo hizo justo en el momento en que una contracción atacó a Emanuela. El grito de la joven hizo temblar aun a Aitor.

—¡Mamita! —exclamó el niño, aturdido de sueño, confundido, presa del pánico—. ¡MAMITA!

Aunque afectado por la potencia de los clamores del niño, Aitor hizo oídos sordos y siguió avanzando. Emanuela, aun agitada y tensa por el último espasmo, le suplicó que se detuviese.

—No, Jasy, ahora no. Él no está primero en este momento.

Emanuela le sujetó el rostro y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Detente. Quiero ver a mi hijo.

—No ahora.

—Detente o no sé de lo que seré capaz para llegar a él. Nadie se interpondrá entre mi hijo y yo, ni siquiera tú, Aitor.

La determinación de Emanuela lo asustó, le inspiró respeto. La acomodó en una silla del patio principal. Conan soltó al niño, que corrió hacia los brazos extendidos de su madre. Emanuela lo recibió y le permitió llorar. Los adultos contemplaban el cuadro en silencio reverencial. Octavito lloraba, y sus manitas se clavaban en la cintura engrosada de la madre con evidente angustia y desesperación.

—¿Por qué lloras tanto, tesoro mío? —preguntó Emanuela, con los labios pegados en la coronilla del niño.

Octavito se apartó e intentó hablar, pero el llanto lo convulsionaba y no lograba expresarse con claridad. Emanuela le acunó el rostro para detener los movimientos espasmódicos y lo besó en la frente, varias veces, y en la nariz, y en los carrillos empapados, y mientras lo hacía, le decía cuánto lo amaba, cuánto lo admiraba, porque él era el niño más valiente y listo que existía, y ella era la madre más orgullosa; ningún hijo era mejor que él, y ella se sentía dichosa de ser su madre. Argos, recuperado de la indigestión causada por María Cruz, frotaba el hocico contra la piernita de su pequeño amo. Miní, montado en el respaldo de la silla, le palmeaba la cabeza.

Más calmado, Octavito se apartó de Emanuela y comenzó a refregarse las manos a la altura del pecho como acostumbraba cuando algo lo preocupaba. Aún lo surcaban espasmos y sollozos, y sacudía la cabeza de manera incontrolable. Cada tanto, separaba las manos y se pasaba el dorso por la nariz, hasta que Malbalá le entregó un pañuelo a Emanuela, que lo limpió y lo secó.

—¿Por qué lloras, tesoro mío?

—Por... Porque... vas a mo... rir.

—¿Por qué piensas que voy a morir?

—¡Porque gritaste, y tú nunca gritas!

—Sí, grité, porque tu hermano está por nacer y me dolió la panza.

—¡Es malo mi hermano! ¡Te hace doler!

—Hijito, tú también me hiciste doler cuando naciste.

—¿Ah? ¿Te hice doler? —Emanuela asintió con una sonrisa, y casi se echó a reír con el mohín de Octavio—. ¡Yo no quería hacerte doler!

—Por supuesto que no, pero así es. Yo hice doler a mi madre cuando nací, y mi madre hizo doler a la suya. Y tu padre hizo doler a tu *jarýi* Malbalá, y tu *jarýi* Malbalá hizo doler a tu *jarýi* sy Vaimaca, y así, hasta el principio de la humanidad. Es normal. No tienes que asustarte.

—¿No vas a morir, entonces?

—No, tesoro mío. No.

Octavio volvió a abrazarla, y Emanuela lo pegó a su cuerpo y lo meció.

—Emanuela —intervino Aitor.

A la voz de su esposo, se apartó del niño y lo miró con una sonrisa.

—Ahora necesito que me hagas un favor. Quiero que vayas con doña Inmaculada a tu dormitorio e intentes descansar. Después tu padre irá a verte.

—Yo quiero ir contigo.

—No, hijito. Necesito que vayas a tu recámara y descansas. ¿Lo harías por mí? — El niño asintió de mala gana—. ¡Ese es mi niño adorado! Doña Inmaculada, por favor, dele un baño y un tazón de leche con miel antes de dormir.

—Sí, señora.

Emanuela lo besó en la frente, y el niño se alejó de la mano del ama de llaves y con las mascotas por detrás. Cada tanto, en el gesto de asegurarse de que no le habían mentido, daba vuelta la cabeza y miraba a su madre con ojos inquisidores, tan dorados, tan parecidos a los del padre. Emanuela le sonreía y agitaba la mano. Cuando lo vio desaparecer tras la puerta, se inclinó sobre el vientre y ahogó un grito de dolor. Aitor la levantó en brazos, mientras chasqueaba la lengua en señal de fastidio, y caminó hacia la recámara con mala cara y largas zancadas. Ciro se apresuró a abrir la puerta. Romelia, que los esperaba dentro, ya había abierto la cama y la había cubierto con lienzos. Una de las esclavas vertía agua caliente en una palangana. Otra, cumpliendo órdenes de Malbalá, le quitó los zapatos y las medias.

—Sy... —susurró Emanuela, cuando su madre se inclinó para quitarle la casaca.

—Aquí estoy, hijita. Todo va a salir bien.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que algo malo le suceda a mi hijo.

—Hernando nacerá tan sano y fuerte como su hermano. Ya lo verás.

Una mezcla de risa y llanto brotó de la garganta de Emanuela.

—¡Aitoor! —clamó, aterida por una nueva contracción, que la llevó a pensar que sería imposible salir viva de un padecimiento semejante.

—¡Aquí estoy, amor mío! —Malbalá se apartó, y Aitor le sujetó la mano, que se cerró con una sujeción demasiado fuerte para alguien tan delicado y frágil como su Jasy—. Aquí estoy, amor de mi vida.

—¡No me dejes!

—De aquí no me muevo. De aquí no me muevo. —Le besó la frente—. Jasy —susurró—, Jasy, tesoro precioso de mi vida, luz de mi vida, eres mi alegría, mi orgullo, mi vida entera, mi amada esposa. Te amo tanto, amor mío.

—Te amo, Aitor.

Se asustó con la nueva contracción de Emanuela, y, en un acto mecánico, quiso soltarle la mano, pero ella se la asió con una determinación que lo mantuvo irremediabilmente junto a ella, mientras Malbalá y Romelia le alzaban y separaban las piernas y la conminaban a pujar.

—¡Ahora, hija! ¡Puja ahora!

Emanuela se aferraba a la mano de Aitor y del otro lado, a la de Romelia y se erguía a medias en la cama y empujaba para ayudar a su hijo a salir al mundo. Caía exhausta, la cara enrojecida y el aliento entrecortado. Aitor le secaba el sudor de la frente con un paño húmedo, y le parecía que no transcurría un segundo que su sy

volvía a instarla a pujar. ¿No podía permitirle que se recuperase? ¿No se daba cuenta de que su mujer estaba agotada, de que no podía más?

—¡Ahora, hija! ¡Le veo la cabecita! ¡Fuerza, Manú! ¡Falta poco!

—¡Aitoor! —exclamaba cada vez que pujaba, y él ya no se molestaba en preguntarle qué deseaba. Se había dado cuenta de que encontraba fuerza al vociferar su nombre en el momento más difícil. ¿O estaría acordándose de que él la había metido en ese lío? No la preñaría de nuevo, se prometió. No volvería a atravesar por esa pesadilla. Nada lo calentaba tanto como el cuerpo maduro y redondo de su esposa encinta, pero ese padecimiento no valía una calentura. En esas meditaciones se encontraba cuando el llanto de un bebé lo sacudió de su abstracción. Era un llanto distinto de cuanto había oído, pero debía de ser normal porque las mujeres reían y lloraban.

—¡Sy, no te olvides de echar agua hirviendo a las tijeras antes de cortar el cordón! ¡No lo olvides!

—No, hijita, no —contestó la abipona con paciencia—. Y también aceite de tomillo.

Aitor observaba a su madre, que se ocupaba de algo a los pies de la cama. No se atrevía a asomarse. Estaba petrificado junto a la cabecera. No respiraba, no parpadeaba; se limitaba a mirar el bulto oscuro, y de pronto ahogó una exclamación cuando el llanto arreció y un par de bracitos oscuros y diminutos se sacudieron en el aire.

—Aitor, amor mío —susurró Emanuela, sin aliento.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó, aturdido, desorientado.

—Tráeme a Hernando. Tráelo, Aitor. Quiero verlo.

—¿Eh? —Ancló la mirada en los ojos azules de su mujer, que pese a la empresa enfrentada, lucían vivaces y felices—. ¡Oh, Jasy! —Hundió el rostro en el cuello de su mujer y lloró quedamente—. Jasy, amor mío. —Se incorporó de pronto, como si hubiese recordado una cuestión de importancia vital—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? —Le cubrió la frente con la mano—. ¿Tienes temperatura? ¿Tienes frío? ¿Sed? ¡Dímelo!

—Estoy bien, Aitor. Muy bien. Tráeme a Hernando.

—¡No!

—¿No?

—¡No me atrevo! —admitió.

—Hazte a un lado —le indicó Malbalá, que se inclinó para colocar el pequeño bulto sobre el regazo de Emanuela—. Mira a tu hijo, Manú. Mirá qué perfecto es. Completito. No le falta nada. Y muy bien dotado, debo decir.

—Oh, sy. Es igual a Octavio.

—Sí, los dos son iguales a mi hijo. Me pregunto si también tendrá los ojos amarillos.

—Tal vez herede los de Manú —opinó Romelia, mientras retiraba la placenta,

una especie de hígado gigante que causó náuseas a Aitor.

Volvió la vista hacia el niño. Emanuela lo estudiaba con una luz en la mirada y una sonrisa que la embellecían como pocas veces él había visto. ¡Qué hermosa estaba! ¡Ojalá pudiese pedirle al maestro di Vitta que la inmortalizase en ese instante! Sin acomodar sus bucles alborotados y húmedos de sudor, sin colocar afeites en su rostro, sin cubrirla con joyas o con un vestido costoso; quería que la pintase de ese modo tan natural, porque era su expresión de apasionado deleite y orgullo lo que habría hecho de esa pintura una obra maestra. Apasionado deleite y orgullo por un hijo que los dos habían creado, que era un símbolo del amor eterno que jamás los abandonaría, indestructible como lo era el vínculo de sangre que los unía al pequeño Hernando de Amaral y Medeiros. Tiempo atrás, su Jasy le había dicho: «*Nuestro hijo es el pacto de sangre más perfecto que hemos hecho*», ¡y qué razón había tenido! En aquel momento no había comprendido cabalmente el significado de sus palabras. En ese instante, mientras se atrevía a rozar con el índice el carrillo del recién nacido, las entendía. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y un calambre le hizo doler la garganta.

—Quiero que lo cargues —expresó Emanuela, y lo levantó hacia él, que le hizo un mohín desesperado—. Vamos, Aitor. Carga a tu hijo, mientras ponemos un poco de orden.

Malbalá intervino. Recibió al bebé de manos de Emanuela y lo colocó en brazos de su hijo, que lo observó tras un velo de lágrimas. Se echó a reír, embargado de emoción, cuando los ojos hinchados del pequeño se abrieron y comenzó a mover la boca y a hacer ruiditos graciosos.

—Está reclamando la teta —le explicó Malbalá—. ¿Ves cómo mueve los labios? Está pidiendo mamar.

Aitor lo besó en la frente y le pasó la nariz por la carita diminuta. No olía a nada, y lo sorprendió la suavidad de la piel.

—Es perfecto tu hijo, Aitor.

—Todo lo que mi mujer me da es perfecto, sy.

—Es igual a ti cuando naciste. Es como verte a ti, hijo mío, veintinueve años atrás.

Romelia, asistida por Lisa, acabaron de arreglar la cama y de cambiar a Emanuela. La ayudaron a incorporarse contra el respaldo y la rodearon de almohadas y cojines.

—Tengo sed, Romelia. Trae una jarra con agua. Voy a amamantar a Hernando.

Los sonidos divertidos de Hernando y las muecas de sus pequeños y carnosos labios fueron transformándose hasta convertirse en un llanto abierto e ininterrumpido. Emanuela rio al notar la cara de miedo y confusión de Aitor, que le entregó al recién nacido como si fuese una brasa. El llanto cesó intempestivamente, y el pequeño movió la cabeza hacia el seno materno. Emanuela separó los corchetes que le cerraban la cartera del camión y extrajo el pecho izquierdo. Hernando agitó la cabeza, y Aitor rio ante la visión de su hijo y los ruiditos que hacía mientras intentaba

acertar con su fuente de alimento. Emanuela lo ayudó, y apenas le rozó los labios con el pezón, el niño los separó y lo engulló. Comenzó a succionar.

Malbalá se alejó para poner orden en la habitación. Romelia depositó la jarra de agua sobre la mesa de luz y se retiró con las demás esclavas. Aitor, olvidado del entorno, ajeno a los demás, clavaba la mirada en el espectáculo que constituía su hijo prendido al pecho de su mujer. Se quitó las botas y se subió a la cama, y permaneció en silencio contemplando ese milagro que se llamaba Hernando. Que se llamaba Jasy.

Emanuela extendió el brazo y le acarició la mejilla. Aitor alzó la vista y respondió a la sonrisa de su esposa.

—¿Está saliendo leche?

—No, leche no. Lo que sale durante los primeros días se llama calostro. La leche baja después.

—¿Duele?

—No.

—¿Qué sientes?

—¿Físicamente? —Aitor asintió—. Es muy agradable, un poco extraño. Sientes fluir la leche, en este caso el calostro, y la tensión en tu cuerpo y en tus pechos se esfuma cuando el niño succiona. A veces, mientras amamantas, por el otro pecho empieza a brotar leche. Es común sentir un cosquilleo en la espalda cuando la leche baja. Y te da sed, mucha sed.

Aitor volvió a fijar la vista en su hijo y permaneció arrobado.

—¿Qué sientes tú, amor mío? —susurró Emanuela.

Aitor sacudió la cabeza y sonrió, los ojos siempre en Hernando.

—Jasy, tú sabes que he vivido y visto muchas cosas, pero nada que me conmueva tanto como esto. Solo lamento haberme perdido el nacimiento de Octavio. —Alzó el rostro, y las miradas de los esposos se encontraron—. Gracias, amor mío, por darme los hijos que me diste, que son mi orgullo y mi alegría. —Aitor hundió la nariz tras la oreja de Emanuela—. Gracias por hacerme tan feliz. Gracias por haberme perdonado tantas veces. Gracias por haberme amado, porque amándome, me diste sentido, mi hiciste existir. Una vez te dije que tenías el poder para hacerme desaparecer, ¿lo recuerdas? —Emanuela asintió—. Tu amor me hace ser, Jasy. Es difícil explicarlo, pero si no tengo tu amor, no soy nada. Gracias por amarme.

—Tanto, Aitor. Tanto.

* * *

Hernando dormía en el moisés, el mismo que habían usado Lope, Emanuelita, Milagritos y Octavio. Emanuela, exhausta, se relajaba entre los brazos de su esposo. Sin levantar los párpados, inquirió:

—¿Qué día es hoy?

—30 de septiembre.

—Nuestro hijo nació un martes 30 de septiembre de 1760. ¿A qué hora?

—Calculo que a las seis y media, más o menos.

—Nació con el día —declaró Emanuela—. Nuestro Hernando será alegre y luminoso.

—¿Quién lo bautizará? Creo que nos enfrentamos a un conflicto, Jasy, pues fray Claudio querrá bautizar a su bisnieto, pero mi *pa'i* Ursus no se lo tomará a bien.

—Mi *pa'i* bautizará a mi hijo —manifestó Emanuela, y Aitor elevó las cejas, sorprendido por el acento desafiante de su mujer.

—¿Estás decidida a llamarlo Hernando Claudio? No sé si complacerá a fray Claudio compartir el nombre de su bisnieto con el de Calatrava.

—¿Sabes, Aitor? Hernando Claudio, nuestro hijo, representará el inicio de una nueva relación entre mi *taitaru* y mi padre, y el amor que ambos dicen sentir por mí y por mis hijos tendrán que demostrarlo concediéndose el perdón el uno al otro.

—¿Se lo has dicho al viejo inquisidor? No creo que le guste nada tu pedido.

—Se lo he dicho. No quiero que viejas rencillas ensombrezcan la vida de mi familia. Ve a buscar a Octavio.

—Debe de estar durmiendo.

—Está despierto y desorientado. Ve y tráelo. Quiero que conozca a su hermano.

—Pero...

—Aitor, tu hijo padeció ayer una experiencia que a mí, que soy una mujer, todavía me perturba. ¿Puedes imaginar lo que está pasando por su cabeza de niño?

—Tal vez por eso, por ser un niño que no conoce plenamente los peligros y los hechos, no se sienta tan perturbado como tú.

—Puede ser, pero sé que está despierto y que nos necesita. Ve a buscarlo.

Aitor se calzó las botas, se metió la camisa arrugada dentro del calzón y abandonó la recámara. Iba despoticando, seguro de que se encontraría con Octavio profundamente dormido. Escuchó las voces de las niñas, que se habían levantado una hora atrás y que se entretenían en la sala de clases, y siguió de largo, urgido por regresar con su mujer y su hijo recién nacido. Entreabrió la puerta de la recámara de Octavio y se dijo que no debería sorprenderse de hallarlo sentado en medio de la cama. El sentido sobrenatural de Emanuela, en especial cuando a Octavio se refería, ya le había dado muestras de su poder y certeza en el pasado.

El niño se restregaba los ojos y miraba en torno, como si no reconociese dónde se hallaba.

—Hijo —lo llamó—, ¿qué sucede? ¿Has tenido una pesadilla?

—Sí —afirmó, con acento lloroso.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

Cargó a Octavio en brazos, y lo enterneció que el niño apoyase la mejilla en su hombro; en especial le agradaba la confianza que el gesto implicaba.

—Quieres contarme qué estabas soñando.

—El hombre malo venía para llevarnos de nuevo, a mi mamita y a mí, y tú no nos

escuchabas cuando te llamábamos.

—Ese hombre no volverá a hacerles daño, ni a ti ni a tu madre, simplemente porque ya no existe. Me ocupé de eso. El asunto está terminado. Quiero que estés tranquilo y que trates de olvidar.

—Está bien.

—Prepárate para una gran sorpresa —indicó Aitor, y abrió la puerta de la recámara matrimonial.

—¡Mamita!

—Aquí está el príncipe de mamá. Ven conmigo. Ven.

Aitor lo depositó en brazos de Emanuela y se volvió hacia el moisés. ¿Se atrevería a extraer a Hernando de allí? Se acordó de las recomendaciones de Malbalá, que había subrayado la importancia de sostenerle la cabeza. Lo levantó con cuidado, y al depositarlo en brazos de la madre, se dio cuenta de que había estado conteniendo el respiro.

—Octavio, conoce a tu hermano —dijo Emanuela—. Este es Hernando.

Octavio dibujó una exclamación muda y abrió los ojos en un gesto que se habría juzgado desmesurado si no hubiese sido tan sincero y espontáneo. Extendió la mano para rozarlo y la quitó enseguida cuando el bebé se rebulló y respiró ruidosamente. Emitió una carcajada cuando Hernando bostezó.

—¿Quieres cargarlo? —ofreció Emanuela.

—¿Puedo, mamita?

—Siempre que estemos tu padre, tu *jarýi* o yo, podrás cargarlo.

Octavio lo sostuvo un buen rato y, al igual que Aitor, no despegaba la vista de la carita del recién nacido.

—Así eras tú cuando naciste, hijito. Tu hermano es igual a ti. Y los dos son iguales a tu padre.

—¿De veras, mamita? ¿Yo también tenía pelo en la frente? Mira, tiene pelo en la oreja también —apuntó con el mentón y una mueca de disgusto.

—Tú también tenías esa pelusa en la frente y en las orejas. Después desapareció. ¿Estás feliz con tu nuevo hermano?

Octavio asintió sin alzar la cabeza.

—¿Podré enseñarle a tocar el violín?

—Si él lo desea, sí.

—¿Podré jugar con él?

—Estoy segura de que nada le gustará más a Hernando que jugar con su hermano mayor.

A lo de «hermano mayor», Octavio elevó la vista y la contempló con seriedad.

—¿De veras?

—Sí, tesoro. Estoy segura de que Hernando se sentirá orgulloso de tener un hermano tan bondadoso y valiente y listo como tú. ¡Mira, hijo! Ha abierto los ojos y está mirándote.

—¡Sí! —exclamó, y Emanuela y Aitor rieron porque Octavio comenzó a temblar y a sonreír—. ¡Está mirándome, mamita! Hola, Hernando. Soy Octavio, tu hermano mayor. No te preocupes, ese pelo que tienes ahora en las orejas y en la frente desaparecerá y serás como yo. ¿Quieres que te enseñe a tocar el violín?

* * *

Emanuela entreabrió los ojos y, todavía adormecida, distinguió a Aitor sentado junto al moisés con Hernando en brazos. Lo sostenía de una manera peculiar, delante de él, con una mano bajo la parte posterior de la cabecita del niño y la otra colocada en el trasero abultado a causa de los pañales. Emanuela sonrió; su Aitor había ganado confianza a lo largo de ese primer día con Hernando, y en ese momento lo sujetaba como si lo hubiese hecho cientos de veces. Estaba estudiándolo con un ceño muy pronunciado, no en el que caía cuando se enojaba, sino uno que hablaba de la profunda concentración en la que se hallaba y de la avidez por no perder detalle de su hijo. Emanuela advertía el movimiento rápido de sus ojos, que recorrían el rostro oscuro del bebé. Lo elevó unas pulgadas y lo acercó para mirarle una manita primero, la otra después. Ya le había mencionado cuánto lo impresionaban las uñas diminutas.

Emanuela abrió los ojos de nuevo y cayó en la cuenta de que se había quedado dormida admirando a su esposo admirar a su segundo hijo. No podía precisar cuánto tiempo había transcurrido, si diez minutos o una hora. Aitor estaba observándola. Había subido la silla al plinto donde descansaba la cama y la miraba con los codos en las rodillas y el mentón en las manos. Emanuela sonrió, y Aitor extendió el brazo y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla.

—¿Qué hora es?

—Deben de ser las dos de la mañana.

—¿No vienes a la cama a dormir? Debes de estar extenuado.

Durante ese primer día con Hernando en la casa y, pese a haber pasado la noche previa despierto, Aitor había actuado de cancerbero e impedido que los amigos y los conocidos invadiesen la recámara para conocer al recién nacido. No quería que perturbasen el capullo de paz y silencio en el que se reponían la madre y el hijo. A causa de la insistencia de Emanuela, había permitido a María Antonia y a Ana Dolores que visitasen a su hermano, pero se había mostrado inflexible con doña Mencía, Ginebra y Engracia. Conocerían a Hernando cuando él lo juzgase propicio.

Había comido y dormitado, pero nunca descansado cabalmente, y Emanuela se preguntaba cómo se sostenía en pie a las dos de la madrugada.

—¿Qué estabas haciendo?

—Te miraba dormir. Y pensaba.

—¿En qué?

—En nosotros, en lo que hemos construido juntos pese a las trabas que nos puso el destino.

—Ven. —Emanuela le ofreció la mano—. Acuéstate a mi lado. Te necesito. — Aitor se metió en la cama y se abrazaron—. Sí, te necesitaba —confirmó ella, y ronroneó con los labios pegados en el cuello de Aitor—. Algo fundamental estaba faltándome. —Se miraron a los ojos—. ¿Eres feliz, amor mío?

—Sí, porque te tengo. ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—¿Eres feliz con esta vida, Aitor?

—Soy inmensamente feliz con esta vida, Emanuela. Es lo que soñamos, lo que soñé desde que tengo memoria: formar una familia contigo, dormir contigo entre mis brazos y despertarme cada mañana con tu rostro cerca del mío. Y tú, ¿eres feliz a mi lado?

—A tu lado vivo en el Paraíso. Sé que suena trillado, pero es así, Aitor. Te veo entrar, me sonríes, y me siento en el Paraíso.

Aitor sonrió, esa sonrisa que a Emanuela le quitaba el aliento sin importar cuántas veces se la regalase, y la besó en los labios. Se apartó repentinamente.

—Empezó la Cuaresma, ¿verdad?

—¿La Cuaresma?

—Ese período en que no puedo entrar dentro de ti.

—¡La cuarentena! Cuarentena —repitió entre risas, y lo besó en los labios—. Sí, me temo que hoy fue el primer día de cuarenta de abstinencia.

—Pues déjame que te diga, Jasy, que este matrimonio en los próximos cuarenta días podrá ser tu *Yvy Maraë'y*, pero para mí será un infierno.

Emanuela se echó a reír y enseguida le susurró las prácticas que emplearía para asegurarse de que su vida junto a ella siguiese transcurriendo en el Paraíso.

EPÍLOGO

«Siempre guardaré en mi corazón, como un secreto, el abominable complot que ha requerido tal rigor, a fin de evitar al mundo un grave escándalo... Su Santidad tiene que creer en mi palabra. La seguridad de mi vida depende exactamente de mi profundo silencio».

Carta de Carlos III al papa Clemente XIII
(en la víspera de firmar la Pragmática Sanción
para expulsar a los jesuitas)

Titus de Alarcón, al que habían ascendido a coronel y que ocupaba un alto cargo en el fuerte de Asunción, le había suministrado la información que el propio gobernador de Buenos Aires Francisco de Paula Bucarelli le había confiado semanas atrás durante un encuentro en el pueblo de El Salto, donde el gobernador se había establecido para dirigir las operaciones que tenían como fin recolectar a los jesuitas desperdigados por el Paraguay, arrearlos como ganado hasta el Río de la Plata, echarlos dentro de un barco y expulsarlos de los territorios de ultramar de la Corona española, de acuerdo con una orden que Carlos III había firmado el año anterior.

Alarcón le había asegurado que un retén de una veintena de soldados entrarían en San Ignacio Miní el 6 de agosto de 1768 y se llevarían al capellán, Octavio de Urizar y Vega, al sotocura, Segismundo Asperger, y al coadjutor, Pedro de Cormaner. No se temía una rebelión por parte de los guaraníes; los sabían vencidos, defraudados y sin fuerzas.

Ese sábado era 6 de agosto de 1768. Con la cara cubierta por la máscara veneciana de Almanegra y oculto en la anfractuosidad de un isipoi, Aitor, apoyado por sus hombres de confianza, se aprestaba a atacar el retén enviado por Bucarelli para llevarse a su *pa'i* Ursus. Esperaban en una parte estratégica del camino, donde la espesura de la selva les serviría para ocultarse y desorientar a los militares.

«Te retorcería el pescuezo, *pa'i*», mascullaba para sí, pues si Ursus le hubiese hecho caso y abandonado San Ignacio Miní cuando él había ido a buscarlo en julio del año anterior, apenas enterados de la decisión de Carlos III, otro rey imbécil en su opinión, en ese momento no tendría que estar arriesgando el gacinate para conducirlo hasta Emanuela, que desde hacía meses andaba como alma en pena porque le quitarían a su *pa'i* para llevarlo vaya uno a saber dónde, a pasar necesidades y penurias, sin consideración de la obra que ese hombre magnífico le había donado al reino de la España. Y él no podía ver triste a su mujer, menos que menos si estaba preñada de su cuarto hijo, aunque en esa ocasión Emanuela sostenía que era una niña; y ella nunca se equivocaba.

Desde hacía tres días Ursus tenía fiebre, y ninguna medicina del padre Segismundo le aliviaba el misterioso mal. «Si estuviese Ñezú», se lamentaba, pero desde la noticia de la expulsión de la Compañía de Jesús del reino de la España y de sus territorios ultramarinos, el viejo *paje* había juntado sus petates y abandonado la misión con su mujer Vaimaca. Manú le había escrito para contarle que vivían con ella en Asunción.

Palmiro Arapizandú y el hermano Pedro lo ayudaron a salir de la cama, recorrer el trayecto hasta la entrada del pueblo y subir a la carreta que los soldados escoltarían hasta el fuerte de San Antonio del Salto Chico, a orillas del río Uruguay, donde el gobernador Bucarelli estaba juntándolos para luego conducirlos en barco hasta Buenos Aires.

A pesar de sus más de setenta años, Ursus aun mostraba una estampa imponente, de espalda ancha, brazos fuertes y manos que habían trabajado la vida entera. Ese mediodía, lluvioso y nublado, caminaba con la cabeza gacha y los hombros caídos, consumido por la pena de abandonar las que él consideraba su tierra y su gente, avergonzado también, pues se sentía que traicionaba al pueblo guaraní. No había vivido siete décadas en vano, y si conocía un poco la naturaleza humana, sabía que esas doctrinas en manos de administradores seculares y de otros curas, ignorantes de la peculiar idiosincrasia guaraní, acabarían por destruirse.

—Recuéstese, padre —le ofreció gentilmente el sargento a cargo del retén—. ¡Cabo Álvarez, traiga una manta para el curita!

Los indios ayudaron a cargar las pocas pertenencias de los *pa'i*, las que se les había autorizado a llevarse, mientras Asperger y Cormaner se acomodaban en el espacio libre. La carreta, tirada por una yunta de bueyes, inició la marcha con un sacudón. Los indios, aferrados a los adrales, caminaban junto a ellos y les deseaban buen viaje y toda clase de bendiciones. Ursus, abrumado por la pena y la vergüenza, cerró los ojos y tragó varias veces en un intento por refrenar el llanto. Más lo reprimía, más le dolía la cabeza y más afiebrado se sentía. Alzó los párpados y, tras el velo de lágrimas, admiró las copas de los árboles que formaban una cúpula sobre el camino que en tan buen estado habían conservado los *tapererepura*. A causa de los derroteros intrincados que suele tomar la mente, esos árboles lo llevaron a pensar en los dos seres que más amaba, en Aitor y en Manú, los hijos de su alma, a quienes, probablemente, no volvería a ver. Lo consolaba que esos dos, que tanto se amaban desde el inicio de sus vidas y que habían luchado con uñas y dientes para estar juntos y ser felices, lo hubiesen logrado. No le extrañaba; después de todo, Aitor era como un fenómeno de la naturaleza, poderoso, imparable e imbatible, y Manú... Manú era su alegría, su orgullo, su pedacito de Dios en la tierra. «Manú, hijita», sollozó su alma, y cerró los ojos de nuevo para frenar las lágrimas.

También evocó a su amigo Santiago de Hinojosa y al último encuentro, un año atrás, en el que se habían peleado; no habían vuelto a hablar ni a escribirse. En ese

momento, comprendía la decisión de su hermano y se arrepentía de su soberbia al juzgarlo y condenarlo.

—Abandono la orden, Ursus. Me voy.

—¿Qué? ¿De qué diantres hablas, Santiago?

—De esta nueva afrenta, la Pragmática Sanción del rey Carlos, de eso hablo. No permitiré que se me haga víctima de las intrigas políticas de los masones de Madrid. No toleraré acabar mis días como un mendigo en algún sitio de la Europa. Solo Dios es dueño de mi destino. Ningún rey de pacotilla, que se deja llenar la cabeza de ideas ridículas, me dirá dónde puedo vivir o dónde no puedo hacerlo. ¿Que los loyolistas somos un grupo de hombres sedientos de poder? ¿Que queremos fundar un imperio, erigirnos en reyes y formar un ejército con nuestros indios? ¿Sabes qué dice el masón de Pombal? —Hinojosa hablaba del primer ministro del Portugal, uno de los enemigos más encarnizados de los jesuitas—. ¡Que tenemos un ejército de más de cien mil indios y que los usaremos para fundar nuestro imperio en las Indias! ¡Cien mil indios! ¿Acaso el imbécil de Carlos no puede designar a un funcionario para que realice un censo? Comprobará que a duras penas juntamos treinta mil, y esto es contando a los ancianos, las mujeres y los niños.

—Dirán que los hemos escondido en la selva —había aducido Ursus—. Nos odian, nos temen, nos envidian... Quieren destruirnos. Echarán mano de cualquier calumnia y mentira.

—Si la Compañía ha decidido dejarse destruir por estos reyezuelos de pacotilla, influenciables, ingratos y traidores, después de todo lo que los guaraníes han hecho por ellos, pues bien, que así sea, pero no cuenten conmigo. Hasta aquí llegó mi amor. Desde ahora yo trazaré mi destino.

—¿Adónde irás? ¿De qué vivirás?

—Donde sea que vaya, viviré mejor que en la Europa, con una pensión misérrima que nos arrojarán como migajas y que no alcanzará ni para comer. ¿Acaso no recuerdas que uno de nuestros hermanos portugueses, al que exiliaron al norte de los Estados Pontificios, murió de frío porque no tenía para leña ni carbón? Después de haber pasado la vida en este clima benigno, ¿cómo crees que soportaremos la nieve y el frío? ¡Y sin dinero para combatirlos!

—Sí, sí, comprendo, pero ¿adónde irás?

—Viviré en la mansión que Aitor construyó para Manú en *La Emanuela*. Ellos la ocupan una o dos veces por año.

—¿Manú lo sabe?

—Sí, lo sabe, y está deseando que vengas a vivir conmigo. Conmigo y con... Mencía.

—¿Mencía? ¿Mencía Cerdán y Jaume?

—Sí, Ursus.

—¿Qué dice su hijo a todo esto?

—Fray Claudio le consiguió una beca de estudios en la Universidad de

Salamanca, y partió hacia Madrid el año pasado. Dudo de que regrese. Estimo que hará una gran carrera allá, en la Península. No me extrañaría que, contando con el padrinazgo del gran inquisidor Ifrán y Bojons, termine por ser nombrado Maestro General de la Orden de Predicadores. —Tras una pausa, añadió—: Fray Pablo no volverá, y su madre se quedará sola. Él no es un problema.

Se miraron con fijeza. Fue Ursus el que rompió el contacto. Agachó la cabeza y la movió con lentitud en el ademán de negar.

—Mencía y yo somos amantes, y no me avergüenzo.

—Hiciste un voto de castidad.

—Era joven y estúpido cuando lo tomé. Era joven, estúpido y no sabía nada de la vida. Creía que la vida era dolor y sufrimiento. Creía que padecer en esta Tierra me haría digno del Paraíso.

—¡Y así es!

—Ya no creo en eso, amigo mío.

—¿Has perdido la fe? —se horrorizó Ursus.

—La fe en Dios, no. La fe en las instituciones de los hombres, sí.

—Siempre serás un ministro de la Santa Iglesia, un sacerdote.

—Ursus, no puedo ser lo que no siento en mi corazón. Sería un farsante.

La conversación se había degenerado en ese punto, y su amigo y hermano de la vida había abandonado San Ignacio Miní sin despedirse. ¡Cuánto lo lamentaba en ese momento! ¡Cuánto habría deseado hacer las paces antes de que un océano se interpusiese entre ellos! Se preguntó si sería feliz viviendo en la mina, con la buena de Mencía. ¿Tendría remordimientos? ¿Le pesaría el pecado que cometía?

El boyero tiró de las riendas y soltó una voz de mando, y la carreta se detuvo. Ursus hizo el intento de erguirse, pero el hermano Pedro lo conminó a permanecer recostado. Los militares hablaban a porfía, y Ursus, desde su posición desventajosa, intentaba comprender qué sucedía.

—Parece ser que hay un tronco muy pesado que atraviesa el camino —explicó Asperger—. Hay que quitarlo para poder avanzar. ¿Quieres un trago de agua? Tienes los labios secos.

El zumbido de una flecha y el sonido al clavarse en el yugo de la carreta levantó exclamaciones entre los soldados y agitó a los bueyes. Cayó otra flecha, y otra, y otra más, y todas se hincaban con precisión en el yugo, sin herir a nadie. Ursus, ayudado por sus hermanos jesuitas, se sentó y observó los árboles cuyas copas se cerraban sobre el camino. Varios hombres, apostados en las ramas, les apuntaban con armas y flechas, todos con los rostros cubiertos por fulares.

—¡Estáis rodeados! —expresó una voz tan profunda y grave que causó un profundo miedo a Ursus—. Arrojad las armas al costado del camino.

Un soldado elevó el fusil para disparar, y el que acababa de hablar le soltó una saeta, que acabó insertada en la mano que sostenía la culata del arma. El hombre la arrojó con un alarido. Sus compañeros lo observaron con expresiones horrorizadas.

—No bromeo —advirtió el que, evidentemente, comandaba el grupo—. Soltad las armas al costado del camino y elevad los brazos sobre vuestras cabezas.

Se desplazó sobre la rama y emergió de la frondosidad de las hojas, y Ursus lo vio. La primera reacción fue de pánico al advertir la máscara blanca que se adivinaba bajo la capucha negra y que le camuflaba la voz. La segunda reacción le cortó el aliento, y estuvo a punto de vociferar: «¡Aitor, hijo mío!», cuando reconoció la máscara veneciana que Emanuela le había mostrado tiempo atrás, la que había convertido a su esposo en Almanegra. Fue inevitable: los ojos se le llenaron de lágrimas. «¡Hijo mío! ¿Por qué te arriesgas por tu viejo *pa'i*?»

—¿Qué deseáis? —preguntó el sargento a cargo del retén—. No llevamos dinero.

—Dadnos al cura Urízar y Vega y nos marcharemos sin lastimarnos.

—¡Eso es imposible! Tengo orden de llevar a estos tres al fuerte de...

—Tus órdenes me tienen sin cuidado. Entrégame al cura Urízar y Vega y os perdonaré la vida. De lo contrario, espero que hayáis hecho confesión pues hoy les llegó la hora.

El sargento miró en torno. No había duda, estaban rodeados. Los malvivientes, que debían de ser más de quince, se encontraban encaramados en los árboles a ambos lados del camino y, a juzgar por la destreza del jefe, eran hábiles tiradores. Un caballo emergió de la maleza, y a un silbido del enmascarado, se frenó junto a la carreta, de costado.

—¡Urízar y Vega! —exclamó el salteador de caminos—. ¡Montad! —Ante la indecisión del jesuita, el jefe de los malvivientes prometió—: Si no montáis, esto se convertirá en un baño de sangre.

Ursus, ayudado por el hermano Pedro y el padre Asperger, se ubicó sobre la montura, que echó a andar al sonido de otro silbido. El animal se internó de nuevo en la espesura de la selva y se perdió de vista. El sargento advirtió que el enmascarado se ocultaba en la fragosidad del árbol y que, al cabo, desaparecía. Los demás se mantenían en sus puestos, con las armas apuntando a sus cabezas.

—No os mováis —advirtió a sus soldados.

* * *

Aitor saltó del árbol, se trepó en Lucifer y cabalgó al encuentro de su *pa'i*. Creso, la montura del jesuita, se detuvo ante el silbido de su amo y esperó obedientemente entre los helechos que volvían casi intransitable la trocha, la cual, evidentemente, no se había usado en años, la misma que, en tantas ocasiones, los habían conducido al recodo secreto del Yabebirí. Aitor quitó las riendas al sacerdote y, con la otra mano, echó hacia atrás la capucha y la máscara.

—¡Sabía que eras tú! —exclamó Ursus, tironeado por las ganas de enojarse y las de abrazar a su adorado Aitor—. ¿Qué se te ha cruzado por la cabeza, que podías desobedecer una orden del rey?

—¿Acaso no me conoces, *pa'i*? Yo soy el único rey al que obedezco.

Ursus bajó los párpados e inspiró hondo.

—Pombal tendría que temerte a ti y no a nosotros, los jesuitas.

—Vamos. Mis hombres retendrán a los soldados para darnos tiempo a huir.

—¿Estás loco? ¡No iré contigo! ¡Te convertirás en un hombre buscado por la milicia! ¡No deseo que te condenes por mi causa!

—*Pa'i* —dijo Aitor, con indulgencia—, he sido un prófugo de la justicia muchas veces. ¿Crees que me importa? Además, ¿a quién buscarán? ¿A un grupo de enmascarados de los que no pueden dar siquiera una señal?

—Te relacionarán conmigo. Conocen nuestra amistad.

—*Pa'i*, si alguien llegase a relacionarme contigo, hay mucha gente en Asunción, entre ellos el coronel Titus de Alarcón, dispuesta a afirmar que hoy, 6 de agosto, a esta hora, me encontraba en mis oficinas del puerto.

—Hijo... No quiero que mientas por mí, que te condenes.

Aitor rio con burla.

—*Pa'i*, a juzgar por mis actos en esta vida, ya estoy condenado al fuego eterno.

—¡Eso no es cierto! No lo digas siquiera bromeando, menos que menos frente a Manú, que es tan pía.

—*Pa'i* —dijo Aitor, con tono impaciente—, basta con este desvarío. Estamos perdiendo tiempo. Esto acaba aquí y ahora. No habrá consecuencias ni para mí ni para mis hombres, te lo aseguro.

—¿Y qué será de mí? —esbozó el sacerdote.

—Deberías preguntarte qué será de ti en manos de tus enemigos, pero no deberías preguntarte qué será de ti cuando somos Emanuela y yo los que te protegeremos de ahora en adelante. Emanuela y yo —recalcó, y se inclinó para mirarlo en lo profundo de los ojos—. Tus hijos, *pa'i*. ¿Pensabas que te abandonaríamos, que no vendríamos por ti, que permitiríamos que te apartasen de nosotros, de tu familia?

Ursus pegó el mentón en el pecho y lloró quedamente.

—Llévame, Aitor. Llévame contigo. Con mi familia.

—Eso es, *pa'i*. Después de todo, a la vejez te me has vuelto sensato.

—¡Eres un irreverente! —fingió ofenderse.

—Siempre —admitió Aitor—, pero igualmente me has amado, *pa'i*.

—Como si fueses de mi propia carne, hijo mío.

Aitor soltó un silbido para anunciar a sus hombres que emprendía la marcha. Lucifer galopó con Creso por detrás.

* * *

Emanuela simulaba prestar atención a Hernando, que repetía la tabla del cinco. Su mente se hallaba lejos de la sala de *Orembae* donde sus hijos estudiaban y se entretenían. Su mente estaba con Aitor y con su *pa'i* Ursus, y el corazón se le

comprimía de miedo al imaginar que un escollo hubiese dado al traste con el plan maquinado para arrebatárselo a los militares. ¡Terco *pa'i* Ursus! Si tan solo les hubiese permitido sacarlo de la misión tiempo atrás, cuando los alcanzó la noticia de la Pragmática Sanción. El jesuita se había mostrado inexorable: no abandonaría a sus indios. Aitor había intentado hacerlo reflexionar: tarde o temprano, los hombres del rey lo alejarían de San Ignacio Miní. Ni razones ni súplicas lo habían quebrado. El sacerdote se había plantado en sus trece, y Emanuela sospechaba que su *pa'i* había esperado un milagro, tal vez que Carlos III rectificase su decisión o que el papa Clemente interviniese y los salvase de tamaña ignominia.

—Mamita —la llamó Santiago, el menor de sus tres hijos, que un mes atrás había cumplido cuatro años.

Giró en la silla y lo descubrió sobre la alfombra de Crevillente, junto al viejo Orlando, que, con dieciséis años, ya prácticamente no caminaba, y Emanuela lo llevaba en andas a todas partes. En ese momento, el fiel animal le permitía al menor de sus hijos que le cubriese los ojos con sus grandes orejas, y hasta movía la cola lentamente para expresar que le gustaba. Emanuela rio por lo bajo.

—¿Qué, tesoro mío?

Santiago era el más parecido a ella, con ojos grandes y azules, boca generosa, rostro delgado y barbilla respingona; su piel poseía la tonalidad oscura de la de Aitor, lo que componía un bello contraste con su mirada azul. Apacible y cariñoso, siempre andaba pegado a sus polleras, la acariciaba cuando se le presentaba la oportunidad y le sonreía con complicidad, como si entre los dos guardasen un secreto.

—¿Dónde está Octavito?

—No quiere que lo llamen Octavito —lo alertó Hernando.

—¿Por qué?

—Porque dice que es grande. Y menos que menos lo llames así cuando está Sixtina.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? —irrumpió Ana Dolores, que escribía su diario en el extremo opuesto de la mesa—. Porque está enamorado de ella.

Emanuela la contempló con una sonrisa benévola. A diferencia de María Antonia, enamoradiza y romántica, Ana se había escondido tras una coraza y se mostraba dura e intransigente. Ansiaba la aprobación de Aitor y pasar tiempo a su lado. Lo admiraba y quería semejarle, por eso se había convertido en una arquera quizá tan hábil como él y, últimamente, se le había dado por pedirle que la llevase al puerto a trabajar para la mina, a lo cual Aitor se oponía con decisión férrea. «Las mujeres deben permanecer en el hogar», sentenciaba. Conan y ella estaban intentando ablandarlo, pues para todos, salvo para Aitor, resultaba evidente que Ana Dolores no sería una gran ama de casa. En cambio, poseía una caligrafía de pendolista que se habría aprovechado para llevar los libros contables y para redactar los centenares de documentos y de cartas que implicaba el giro del negocio. Esa mañana, estaba

trompuda y malhumorada porque Aitor no había querido llevarla al rescate del *pa'i* Ursus.

—Soy mejor con el arco que cualquiera de tus hombres, padre —había alegado.

—Sí, es cierto —concedió Aitor—, pero ninguno de ellos es mi hija.

Emanuela sabía que, en el fondo, la respuesta le había agradado, pero que se la llevase el demonio si les permitiría entrever que la había conmovido. El único que, con su dulzura y modos serenos, conseguía hacerla asomar detrás de la armadura era Santiago. La llamaba Anita, y nadie sabía de dónde había sacado el diminutivo.

—¿Qué es eso? —preguntó el más pequeño—. ¿Estar...?

—Estar enamorado —lo ayudó Emanuela.

—Sí, estar enamorado. ¿Qué quiere decir?

Hernando y Ana Dolores se miraron. La joven se encogió de hombros y siguió escribiendo. Hernando dirigió los ojos achinados y dorados hacia su madre con una expresión curiosa, ávida, tan típica de él.

—Quiere decir que siente un cariño especial por ella —contestó Emanuela—, que siempre la piensa; que, cuando la ve, se le acelera el corazón; que cuando llega el momento de despedirse, siente una profunda tristeza. Quiere decir que la ama —concluyó.

—¿Cómo sabes tú eso, mamita? —se intrigó Hernando.

—Porque es lo que me sucede con vuestro padre.

—¿Tú estás enamorada de mi padre?

—Sí, Hernando, desde que era una niña.

—Y mi padre, mamita, ¿él te ama?

—Es evidente que la ama, Hernando —replicó Ana—. ¿No ves cómo la mira?

—No. ¿Cómo?

—Como si quisiera comérsela.

Emanuela soltó una carcajada y acarició la mejilla de Hernando, que la miraba con ojos como platos.

—Vuestro padre me ama, sí —confirmó.

—Ana, dime —persistió Hernando—, ¿crees que Sixtina esté enamorada de Octavio?

—Sí, está enamorada de él. Por eso juró no asistir al baile del fuerte, pues Octavio no estará allí. Es aún demasiado joven.

Santiago, que había abandonado su sitio en la alfombra y que, con sigilo, se había aproximado a Emanuela, le acariciaba el vientre abultado y se lo besaba y le dejaba rastros de saliva en la bata de cotilla.

—¿Cuándo saldrá afuera María Clara? —se interesó el más pequeño de los Amaral y Medeiros.

—Cuando termine de crecer.

Se abrió la puerta de la sala, y el padre Santiago de Hinojosa se asomó con una expresión preocupada. A Emanuela todavía le costaba acostumbrarse a verlo en ropas

de paisano. Le daba la impresión de que se trataba de otro hombre.

—¿Novedades, hija?

—Nada, *pa'i*. Octavio está en la torre con el telescopio que le regaló don Vespaciano. Apenas los aviste, correrá a avisarnos.

—Es pasado el mediodía —comentó el jesuita—. ¿Crees que hayan tenido algún problema?

—¿Quién ha tenido un problema? —quiso saber Hernando en guaraní, la lengua que empleaban con sus abuelos y los *pa'i*.

—Nadie, nadie —desestimó Hinojosa y aplaudió y sonrió—. ¿Quién me acompaña a recoger moras?

Los niños saltaron en pie. Santiago corrió a los brazos del hombre que era su padrino y rio cuando este lo hizo girar en el aire.

—*Pa'i* —lo reconvino Emanuela—, no lo levantes. Te hace mal a la espalda. Después doña Mencía tiene que darte friegas con árnica.

—Ah, Manú, no me prives de esta alegría. —Besó al niño en la mejilla, que lo besó a su vez—. *Ellos* son mi alegría —afirmó, y alborotó el pelito lacio de Hernando, que rio y encogió los hombros, avergonzado—. Vamos a juntar moras.

—¡Sí! —festejó Santiago—. Y se las daremos a mi *jarýi* para que haga una torta.

—¿Podemos cazar lagartijas como ayer, *pa'i*?

—Sí, Hernandito, pero me temo que ayer las exterminamos.

Las dejaron solas, a Emanuela sumida en su preocupación, que comenzaba a transformarse en angustia; y a Ana Dolores, empecinada en su enfado. Emanuela recogió a Orlando de la alfombra.

—Hija, ¿me acompañas afuera?

—Termino de escribir y te sigo, madre.

—Está bien, cariño. —Aunque sabía que la fastidiaban las muestras de afecto, la besó en la coronilla antes de abandonar la sala.

Encontró a Romelia, a doña Mencía, a su *sy* y a don Vespaciano tomando mate en la galería, la que se hallaba frente a una de las torres de vigilancia, ocupada por Octavio en ese momento. Se sentó con dificultad en un sillón —comenzaba a pesarle su vientre de seis meses— y, mientras acariciaba el lomo de Orlando, contemplaba el jardín de doña Florbela. Pese a los años transcurridos, seguían llamándolo así, en honor a la mujer que con tanta generosidad la había recibido en *Orembae*, encinta, sola y mancillada. Paseó la vista y la detuvo en las tumbas de sus mascotas, una junto a la otra, la de Saite, la de Timbé, la de Porã, la del toro Almanegra, la de Argos, que había muerto cuatro años atrás, mientras trascurrían el período pascual en *Orembae*, y por último la de Miní, que había seguido a su amigo pocos días más tarde. ¡Cuánta historia en esas tumbas! La de Kuarahy había quedado en San Ignacio Miní y la de Libertad, en Buenos Aires. No importaba dónde yacieran; sus recuerdos la acompañarían siempre, y la harían sonreír cada vez que evocase sus travesuras y pillerías, y también la harían llorar con un profundo sentido del agradecimiento pues

la habían amado, defendido y protegido con el mismo celo de Aitor. «Ojalá los seres humanos fuésemos como los animales», meditó, y pestañeó varias veces para diluir las lágrimas.

—¿Cómo te sientes, hijita?

—Bien, sy.

—No entiendo por qué tu esposo no me permitió ir con él —se quejó don Vespaciano por enésima vez.

—Pues porque habrías sido un estorbo más que una ayuda —aseguró Malbalá.

—Todavía monto como cuando tenía treinta años.

—¿Un mate, Mencía? —preguntó Malbalá en guaraní, pues la mujer algo había aprendido en los últimos años.

—Sí, gracias, Malbalá. —La mujer sorbió y miró de reojo a Emanuela, a la que descubrió con un ceño y los labios apretados—. Así que María Antonia se quedó en Asunción, con Vaimaca y Ñezú —comentó, más para distraerla, pues Romelia ya le había referido el asunto.

—No quería perderse el baile que se dará en el fuerte en unos días, con motivo de las patronales.

—Sí —concedió la señora—, el día de la Asunción de la Virgen siempre se ha festejado a lo grande en mi ciudad.

—Desde hace meses, María y sus primas se preparan para la ocasión. Romelia, mi sy y yo les hemos confeccionamos unos vestidos muy bonitos.

—María Antonia está enamorada del capitán Sánchez y Urijo, el asistente de Titus —comentó Romelia.

—Oh —se sorprendió doña Mencía—. Y el muchacho, ¿le hace caso?

—Esperemos que sí —habló don Vespaciano—, si no la tendremos llorando por los rincones, abrazada a su tortuga.

Rieron hasta que los ánimos volvieron a silenciarse. La tensión se palpaba.

—¿Cómo está tu hermana Ginebra, querida? —insistió doña Mencía, sin necesidad, pues viviendo cerca de la mina, donde trabajaba Hernando de Calatrava, estaba al tanto de todo.

—En excelente salud, a Dios gracias. Su niño nació en enero, sano y fuerte. Hermoso —remarcó, y sus ojos cobraron vida de nuevo—. Leónidas, después de dos niñas, no cabía en sí de la felicidad. Lo llamaron Manuel Tomás, en honor del hermano y del padre de mi cuñado.

—Y tus sobrinas, ¿cómo están?

—Las cuatro muy bien. Emanuelita se ha comprometido con un joven abogado, y está muy contenta. El muchacho trabaja para Aitor en la oficina del puerto. Romualdo (ese es su nombre) tiene grandes valores y siente por mi sobrina un cariño sincero. Milagritos me ayuda en la escuela y es la más involucrada en el hospicio que fundamos con el dinero que donó fray Claudio. Las dos más pequeñas, Paca y Juana, son mi debilidad, debo admitir, y aunque soy su maestra y sus padres me han

confiado su educación, las consiento demasiado.

—¿Cómo está fray Claudio?

—Muy envejecido, pero, teniendo en cuenta su avanzada edad, bastante bien de salud. ¿Y mi padre, doña Mencía? ¿Cómo se encuentra? La última carta que recibí de él fue hace tres meses.

—Muy bien, querida, muy bien. Rejuvenecido, diría yo. El trabajo parece quitarle años de encima. Me confesó que se siente útil y que es el ojo de Aitor y de Conan en la mina, pues nunca se sabe quién comenzará a hacerse el pícaro. Está preocupado porque se pregunta quién cuidará los intereses de tu esposo en la mina de plata, la que tiene en San Luis.

—Don Ambrosio Corvalán es un hombre honestísimo —adujo Emanuela—. De igual modo, no creo que nadie se atreva a pasarse de listo en *La Escondida* con los primos abipones que Aitor tiene allá. Les temen y los respetan, y... —Emanuela calló y dirigió la vista hacia la torre de vigilancia, desde la cual Octavio agitaba los brazos y vociferaba:

—¡Están llegando! ¡Ahí llegan!

—¡Santo cielo! —exclamó, y se puso de pie. Depositó a Orlando en el sillón, se recogió el ruedo del vestido y corrió hacia el portón tan aprisa como su vientre y sus pies hinchados se lo permitían. Los demás la seguían, y en un punto se sumaron Hinojosa, Hernando y Santiago. Ana también corría. Octavio bajó la escalerilla y se arrojó al suelo antes de tocar los últimos peldaños. Un indio abrió el portón, y el corazón de Emanuela dio un vuelco cuando Aitor y su *pa'i* Ursus entraron montados a caballo. La emoción no le impidió notar el semblante ceniciento de su *pa'i* y sus profundas ojeras.

—Deja el portón abierto —ordenó Aitor al indio—. Mis hombres nos siguen a poca distancia.

—¡*Pa'i!* —exclamó Emanuela, y corrió hacia él—. ¡Oh, *pa'i!*

—¡Eh, Ursus, amigo! —Vespaciano se acercó justo a tiempo para ayudarlo a desmontar.

Emanuela no veía la hora de lanzarse a sus brazos. Los niños miraban la escena con expresiones sonrientes, también curiosas. Amaban a Ursus, que siempre los visitaba en Asunción o allí, en *Orembae*, y lo amaban porque el jesuita los había amado primero, pero sobre todo porque, para su madre, el *pa'i* Ursus era especial, y a nadie pasaba inadvertida la preferencia.

Ursus buscó a Emanuela entre la gente que había salido a recibirlo, y cuando su mirada se detuvo en la brillante de su niña, lo sobrecogió un alivio tan intenso que le aflojó las rodillas.

—¡*Pa'i!* —se horrorizó Emanuela al verlo caer, y atinó a echar las manos hacia delante.

Aitor y Vespaciano lo sostuvieron y lo condujeron dentro. Romelia se apresuró a guiarlos a la recámara que habían preparado para el jesuita. Quitó el cobertor de un

sacudón y lo desembarazó de las sandalias, mientras Emanuela se afanaba sobre el sacerdote.

—Estoy bien, hijita.

—Tienes fiebre, *pa'i*. Oh, *pa'i*. —Lo besó en la frente—. Qué alegría tenerte aquí, entre nosotros.

—No me olvidaste, Manú, hijita. Tú y Aitor no me olvidaron.

Emanuela, con la garganta agarrotada, se limitó a sacudir la cabeza. Se retiró un momento para recobrar y para ordenar que le trajesen agua fresca, paños y que preparasen una tisana de perpetua amarilla, porque sospechaba que había congestión en las vías respiratorias. ¡Cuánto habría deseado que su *taitaru* Ñezú los hubiese acompañado a *Orembae*! El viejo *paje* siempre conservaba la calma y sabía qué hacer. Pero Ñezú y Vaimaca no estaban para viajes y habían preferido quedarse en Asunción.

Por lo pronto, se dijo Emanuela, le daría de beber un tónico muy fresco que había preparado esa mañana con el fruto del aguaribay y en el que diluiría una dosis pequeña de nuez vómica; era muy venenosa, pero bien administrada, bajaba la fiebre en lo que llevaba rezar un misterio del santo rosario.

Romelia, Malbalá y Emanuela se afanaron en atender al jesuita, que más que aquejado de una afección lucía abochornado por tantas atenciones y esmeros cuando había destinado la vida al trabajo y al servicio a los demás, sin mencionar que rara vez se había permitido pasar un día en cama por enfermedad.

—Permíteme cuidarte, *pa'i*. Es una alegría para mí darte conforto y aliviarte.

—Gracias, hijita.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, mucho mejor.

Emanuela recostó la mejilla sobre el pecho del hombre al que siempre había considerado su padre y enseguida percibió la familiar sensación de paz y protección que ella había asociado con el aroma de la sotana y que ahora, despojado de ella, se daba cuenta de que se trataba del perfume de su *pa'i*, ese que combinaba el del humo, el del sudor por el trabajo duro y el del jabón de sosa con que se lavaba.

—Estoy tan feliz de tenerte conmigo, *pa'i*. —Alzó la cabeza y clavó la barbilla en el pecho del jesuita—. Espero que no te hayas enojado con nosotros por haberte traído a *Orembae*.

—No, Manú. ¿Cómo podría?

—¿Tal vez querías partir con tus hermanos jesuitas? ¿Querías irte con ellos? No lo pensé, *pa'i* —se acongojó—. ¿Querías irte con ellos? Fui una egoísta, solo pensé en mí, en el dolor de saberte tan lejos de nuestra tierra, lejos de mí.

El jesuita le sujetó la mano y se la besó varias veces. Luego la colocó contra su mejilla arrugada y barbuda y cerró los ojos.

—No, hijita mía, no. Lo que más deseaba era quedarme en mi tierra, con mi familia. Contigo. Tú y Aitor son mis hijos, Manú. Tú y Aitor, hijita.

—Gracias, *pa'i*. Te amo.

—Y yo a ti.

* * *

A eso de las diez de la noche, Aitor entró en la recámara de su *pa'i* Ursus y lo encontró despierto. Manú dormitaba en una silla junto a la cabecera.

—Hijo, llévala a dormir. A mí no me hace caso.

—Lo haré, *pa'i*. ¿Cómo te sientes?

—Bien. No tengo temperatura.

Aitor asintió.

—Romelia está preparándote unas tisanas que Emanuela indicó. Ella pasará la noche junto a ti, por si se te ofrece algo.

—Romelia es tan vieja como yo, hijo. No le permitas que me vele toda la noche.

—Es vieja y *terca* como tú, y no hubo modo de convencerla de que le cediese el lugar a una de las indias jóvenes. Déjala hacer, *pa'i*.

—Está bien, hijo. ¿Tu *pa'i* Santiago ya se retiró a dormir?

—No.

—Pídele que venga.

Aitor salió y regresó con Hinojosa, que tomó el lugar que Emanuela acababa de abandonar.

—Que descanses, *pa'i*. —Lo besó en la frente.

—Tú también, hijita.

Antes de salir, Emanuela se volvió y vio a Ursus y a Hinojosa reír, mientras estrechaban las manos derechas. Sonrió, y no puso objeción cuando Aitor la levantó en brazos y la cargó hasta la recámara.

—¿Los niños?

—Duermen.

—Gracias por ocuparte de ellos.

—De nada, señora de Amaral y Medeiros.

—Conozco esa mirada, señor de Amaral y Medeiros. ¿Qué malvada fechoría tiene preparada ahora?

—¿Un buen hombre no tiene derecho a una recompensa después de haber rescatado a su *pa'i* del malvado rey y después de no haberse lamentado porque su esposa no miró en su dirección en todo el día?

La depositó en el borde de la cama y se sentó a su lado. Le colocó la mano sobre el vientre, al tiempo que Emanuela le acunaba el rostro y lo besaba con delicadeza en los labios.

—Ese buen hombre tiene derecho y se merece todas las recompensas que tenga a bien reclamar. Su esposa está dispuesta a complacerlo de la forma que él elija. Además, su esposa está inmensamente agradecida por tener a su *pa'i* con ella.

Gracias, amor mío, por habérmelo devuelto.

Aitor asintió, y Emanuela aguardó con el aliento retenido a que hablase; lo conocía para saber que esa pausa deliberada era el preludio de una confesión que le tocaría el alma.

—Dime la verdad, Jasy. ¿Mi *pa'i* morirá?

—No, amor mío, no. Creo que enfermó de cansancio, de tristeza también. Llegó deshidratado, con fiebre. De seguro no estuvo alimentándose bien últimamente y trabajó con el mismo ahínco de cuando tenía nuestra edad, pero no morirá. Es un oso nuestro *pa'i*. Un período de descanso en *Orembae* y se repondrá completamente. Ya verás. —Aitor volvió a asentir con un ceño profundo—. Lo amas mucho, ¿verdad? Lo amas tanto como yo, ¿no es así?

—Es que le debo todo, Jasy. Él me dio las dos cosas más importantes que tengo. Una noche te trajo del río y te puso delante de mí, y mi vida llena de tristeza y de odio se llenó de luz, como la luz de la luna llena que yo tanto admiraba.

—¿Y lo segundo?

—Me dio la fuerza para luchar, la fuerza con la que he construido lo que construí para dártelo a ti. Él me enseñó a ser valiente.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Una vez, cuando era pequeño y estaba triste porque Laurencio abuelo me había dado una zurra, le pregunté a mi *pa'i* por qué mi *ru* me pegaba. —Aitor deslizó los pulgares bajo los ojos de Emanuela y le recogió las lágrimas—. Quería entender por qué. Mi *pa'i* no me contestó; en cambio me recitó unos versos, en latín primero, luego en guaraní, y esas palabras anidaron en mí y nunca me abandonaron. Y cada vez que mis fuerzas flaqueaban, sobre todo cuando no te tenía conmigo, las repetía, y mi espíritu guerrero cobraba vigor de nuevo.

—¿Qué palabras? Recítamelas, por favor.

—Como una encina atacada por fuertes hachas, en los negros bosques del Álgido, pasando por pérdidas y heridas, del mismo hierro recibe energía y vigor.

—Oh, Aitor —sollozó Emanuela, y pegó la frente a la de su esposo y le cubrió las mejillas con las manos—. Te amo tanto. De nuevo, por favor. Recítalas de nuevo.

Esa vez las repitieron juntos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A la escritora Mercedes Rubio, que consiguió mapas del Paraguay y de Asunción, y a Julieta Obedman, mi editora, que hizo de intermediaria.

A mi querida amiga Victoria Ferrari y a su esposo Diego Ambasz, por todas las gestiones en que se embarcaron para conseguir el mapa antiguo del Paraguay, que tanto me sirvió.

A mi lectora María Rosa Lavorato, que me facilitó el libro Misiones jesuíticas y bandeirantes paulistas, de Enrique de Gandía, casi un incunable.

A la querida Carlota «Loti» Lozano, por servir de nexo entre María Rosa Lavorato y yo.

A Vale Catalfo, que, cuando se enteró de que ambientaría mi nueva novela en su provincia de Misiones, me escribió largos mensajes llenos de información valiosa que hablan del amor por su tierra.

A mi lectora Lorena López, periodista, por su libro Selva misionera, que tan bien detalla la riqueza de la flora y de la fauna de la bella provincia de Misiones, y por la información de primera mano.

A mi querida amiga, Paula Cañón, que siempre me regala alguna frase sabia o historia interesante para enriquecer mis novelas.

Y, por último, en esta tercera parte, agradezco especialmente a mi querida amiga Gloria V. Casañas, por la bibliografía tan valiosa que me prestó.

A Guillermina Delgado y Bernardo Neri Farina, de la librería El Lector, de Asunción, Paraguay, por haberme enviado material sobre su ciudad en la época colonial.

Y a Jorge Salvetti, que tan generosamente realizó una traducción y una exégesis de una frase en latín.



FLORENCIA BONELLI inició su exitosa carrera de escritora en 1999. Con títulos como *Bodas de odio*, *Indias Blancas*, *El cuarto Arcano* y *Me llaman Artemio Furia*, todos ellos enmarcados en los acontecimientos históricos del siglo XIX argentino, se convirtió en la referente actual de la novela histórico romántica de Argentina. Otras novelas como *Marlene*, que transcurre en el barrio de La Boca a principios del siglo XX, en los inicios del tango, *Lo que dicen tus ojos*, que nos traslada a la exótica Arabia Saudí y la trilogía *Caballo de fuego* (*París*, *Congo* y *Gaza*) la han situado como una de las autoras más populares y reconocidas del ámbito de la lengua castellana. Sus libros se han traducido a varias lenguas y han conseguido la admiración de lectores en todo el mundo. *La tierra sin mal* es la tercera y última entrega de la *Trilogía del perdón*.